



Familia,
élite de poder
historia social

Juan Francisco Henarejos López
Antonio Irigoyen López
(editores)

Escenarios de familia: trayectorias, estrategias y pautas culturales, siglos XVI-XX



**ESCENARIOS DE FAMILIA: TRAYECTORIAS, ESTRATEGIAS Y
PAUTAS CULTURALES, SIGLOS XVI-XX**

Juan Francisco Henarejos López
Antonio Irigoyen López
(editores)

**ESCENARIOS DE FAMILIA: TRAYECTORIAS,
ESTRATEGIAS Y PAUTAS CULTURALES, SIGLOS XVI-XX**

UNIVERSIDAD DE MURCIA

2017

1ª Edición, 2017

Esta obra ha sido financiada por el Proyecto de Investigación HAR2013-48901-C6-1-R: *Familias e Individuos: Patrones de Modernidad y Cambio Social (siglos XVI-XXI)*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

Colección *Familia, Élite de poder, Historia social*

Directores: Francisco Chacón Jiménez y Juan Hernández Franco

© Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2017



ISBN: 13 978-84-697-3461-2

CONSEJO CIENTÍFICO
Colección Familia, Élite de Poder, Historia Social

Carlos de Almeida Prado BACELLAR (*Universidade de São Paulo, Brasil*)

Joan BESTARD (*Universidade de Barcelona, España*)

James CASEY (*Universidade de East Anglia, Norwich, Reino Unido*)

Dora CELTON (*Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad, Conicet-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina*)

Ricardo DELILLE, Gerard (*Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, Francia*)

John ELLIOTT (*Universidade de Oxford, Reino Unido*)

Silvia EVANGELISTI (*Universidade de East Anglia, Norwich, Reino Unido*)

Francisco GARCIA GONZÁLEZ (*Universidade de Castilla-La Mancha, España*)

Mónica GHIRARDI (*Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad, Conicet-Universidad Nacional de Córdoba, Argentina*)

Pilar GONZALBO AIZPURU (*El Colegio de México, México*)

Antonio IRIGOYEN LÓPEZ (*Universidade de Murcia, España*)

Giovanni LEVI (*Universidade de Venecia, Italia*)

Nuno G. MONTEIRO (*Instituto de Ciencias Sociais, Universidade de Lisboa, Portugal*)

Pilar MORAD DE MARTINEZ (*Universidade de Cartagena de Indias, Colombia*)

Pablo RODRIGUE (*Universidade Nacional de Bogotá, Colombia*)

René SALINAS MEZA (*Universidade de Santiago de Chile, Chile*)

Ana VERA ESTRADA (*Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, Cuba*)

Bernard VINCENT (*Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, París, Francia*)

Índice

<u>Introducción</u>	11
<i>Juan Francisco Henarejos López y Antonio Irigoyen López</i>	
<u>Insaculación, familia y grupos de poder municipal en Monforte del Cid durante el siglo XVII</u>	15
<i>David Bernabé Gil</i>	
<u>La nobleza rural en La Mancha: cambio generacional y movilidad social entre el Antiguo Régimen y la Revolución Liberal</u>	25
<i>Ángel Ramón del Valle Calzado</i>	
<u>Familia y poder en el Almadén del azogue. La alcaidía de la real cárcel de esclavos y forzados en el siglo XVIII</u>	37
<i>Rafael Gil Bautista</i>	
<u>Pobres del oro: trayectorias de individuos y familias no blancas en la América portuguesa</u>	51
<i>Mónica Ribeiro de Oliveira</i>	
<u>Poder, cambio generacional y encumbramiento social: la familia Piédrola de Vélez-Málaga en el siglo XVIII</u>	57
<i>Pilar Pezzeri Cristóbal</i>	
<u>Una aproximación a la cultura y poder en el linaje de los Fernández de Córdoba</u>	69
<i>Sarai Herrera Pérez</i>	
<u>Mérito personal, tradición familiar y clientelismo político en el ayuntamiento de Alcoy durante la primera mitad del siglo XVIII</u>	79
<i>M^a del Carmen Irlés Vicente</i>	

<u>Miradas cruzadas y prácticas matrimoniales dentro del parentesco familiar: algunos ejemplos del reino de Murcia (siglos XVI-XIX)</u>	89
<i>Francisco Chacón Jiménez, Raquel Sánchez Ibáñez y José Antonio Martínez Martínez</i>	
<u>Trayectoria social y política de una familia de juristas valencianos: los Sisternes</u>	101
<i>Laura Gómez Ortiz</i>	
<u>Estrategia matrimonial y redes sociales entre los comerciantes extranjeros de Alicante. Los Cassou y los Carrere, dos ejemplos extrapolables</u>	111
<i>M^a Luisa Álvarez y Cañas</i>	
<u>La estrategia matrimonial en una familia infanzona de la Montaña</u>	121
<i>María Isabel Cobo Hernando</i>	
<u>“De tanto tiempo que no hay hombres en contrario”: el largo recorrido de los Torreblanca (Navarra, siglos XVI-XVIII)</u>	135
<i>Ana Zabálza Seguin</i>	
<u>De la clientela a la familia, ¿un camino de ida y vuelta? El fenómeno del padrinazgo en el valle de Iguña (siglos XVII-XIX)</u>	145
<i>Héctor Fernando Sánchez Díez</i>	
<u>El Conde de Toreno. Estrategias familiares y redes sociales</u>	159
<i>Pelayo Fernández</i>	
<u>Além da pia batismal: relações de compadrio na família silveira (c. 1750 – c. 1810)</u>	171
<i>Rachel dos Santos Marques</i>	
<u>El rey de su casa y la libertad de sus hijos: los efectos de la pragmática de 1776 en los matrimonios aragoneses</u>	183
<i>Daniel Baldellou Monclús</i>	
<u>La reproducción social de los fidalgos gallegos. Apuntes a través de sus archivos familiares</u>	195
<i>Iago Rodríguez Palmeiro</i>	
<u>Redes y relaciones en el espacio dinástico de los Borbones. Macanaz y los Courtois-Tamison (1725-1760)</u>	211
<i>Francisco Precioso Izquierdo</i>	
<u>El peso del apellido Borja-Borgia</u>	221
<i>Santiago La Parra López</i>	

<u>El precio de la lealtad. La familia Montanaro y la ciudad de Cartagena durante la Guerra de Sucesión</u>	235
<i>Juan Francisco Henarejos López</i>	
<u>Comprar y vender en canarias a fines del Antiguo Régimen. Aproximación al comercio al por menor en Santa Cruz de Tenerife (1750-1818)</u>	243
<i>M^a Eugenia Monzón Perdomo y Ana Rosa Pérez Álvarez</i>	
<u>Trabajo y curso de vida. Los artesanos de Albacete (1636-1792)</u>	257
<i>Carmen Hernández López</i>	
<u>El surgimiento de una actividad artesanal –la alfarería en el arrabal zamorano de Olivares– a partir del asentamiento de un clan familiar –los Cabañas–</u>	271
<i>Eduardo Velasco Merino</i>	
<u>Prácticas familiares y relaciones sociales en el mundo rural: Torre de don Miguel en la segunda mitad del siglo XVIII</u>	285
<i>M^a Angeles Hernández Bermejo</i>	
<u>A ourivesaria popular no património familiar do Baixo Minho (1750-1810)</u>	295
<i>Olanda Vilaça</i>	
<u>Familia, migración y matrimonio en una villa, modelo de atracción: Molina de Segura en los siglos XVII-XIX</u>	305
<i>Encarna Meseguer Hurtado</i>	
<u>Los desplazamientos espaciales de las familias que conformaron las élites de las ciudades de la provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX</u>	315
<i>Bibiana Andreucci</i>	
<u>Familia, hogar y agregados domésticos en la primera mitad del siglo XIX en Extremadura</u>	327
<i>Ana M^a Prieto García</i>	
<u>Parientes de leche a partir de ordenanzas reales en la Monarquía Borbónica en España</u>	341
<i>Elena Soler</i>	
<u>La adopción de expósitos a través de los fondos notariales. La casa cuna de Antequera (1667-1800)</u>	355
<i>Milagros León Vegas</i>	
<u>La protección y el interés del menor en la sociedad española. Las figuras jurídicas del tutor y el curador</u>	367
<i>Ana Chacón Martínez</i>	

<u>Mujer y subsistencia, las viudas pobres en Alicante durante el siglo XVIII</u>	375
<i>María Teresa Agüero</i>	
<u>Aportación al estudio social de las viudas en Sevilla a fines del siglo XVI</u>	385
<i>Clara Bejarano Pellicer</i>	
<u>La sociedad del sur valenciano frente al riesgo climático y natural en la segunda mitad del siglo XVIII</u>	397
<i>Adrián García Torres</i>	
<u>El difícil equilibrio entre solidaridad familiar e interés individual: los desafíos del primer liberalismo en la España de comienzos del siglo XIX</u>	409
<i>Cristina Ramos Cobano</i>	
<u>El matrimonio entre consanguíneos y afines. Política y procedimientos para la obtención de las dispensas en el siglo XIX</u>	423
<i>Margareth Lanzinger</i>	
<u>Espacio doméstico y cultural material: una propuesta de análisis diferenciado desde las tierras del Campo de Montiel (1650-1850)</u>	433
<i>Carmen Hernández López</i>	
<u>Vistiendo a la mujer vallisoletana: el atuendo femenino, 1700-1850</u>	445
<i>Rosa María Dávila Corona</i>	
<u>Apariencia y movilidad social. El atuendo español en el siglo XVII</u>	455
<i>Arianna Giorgi</i>	
<u>Espacios de convivencia en el Madrid del siglo XVIII: casas y cuartos</u>	463
<i>Natalia González Heras</i>	
<u>Consumos y apariencias de la burguesía leonesa: los interiores domésticos (1700-1850)</u>	471
<i>Juan Manuel Bartolomé Bartolomé</i>	
<u>Entre lo tradicional y lo moderno: la ropa interior en el entorno murciano (1759-1808)</u>	483
<i>Elena Martínez Alcázar</i>	
<u>Los discursos sobre la familia y el matrimonio en la juventud católica de La Habana y el semanario católico, dos periódicos del siglo XIX</u>	497
<i>Francisco Javier Crespo Sánchez</i>	

[La familia como eje vertebrador de una propuesta interdisciplinar: cambios y permanencias en *El sí de las niñas*, de Fernández de Moratín](#) 509

Ana Isabel Ponce Gea y Antonio Oliver Laso

[El fenómeno del coleccionismo fotográfico y los álbumes familiares durante el siglo XIX: una aproximación al estudio de la colección fotográfica Fontes Pascual de Riquelme Viudes](#) 521

Asensio Martínez Jódar

INTRODUCCIÓN*

Juan Francisco Henarejos López
Antonio Irigoyen López
(Universidad de Murcia)

La familia –y, por extensión, el parentesco– se revela como una potente herramienta teórica y metodológica para adentrarse en el análisis de la complejidad de la realidad social. Y si existe un rasgo que sobresale por encima de otros es su carácter dinámico, lo que justifica que, precisamente, sea la Historia una de las ciencias sociales y humanas más pertinentes para su estudio. Por consiguiente, cualquier investigación que intente profundizar en el conocimiento de la sociedad del pasado, y también del presente, encuentra en las relaciones familiares un imprescindible factor explicativo. A fin de cuentas, como es bien sabido, la familia es la unidad básica de socialización. Sea por esta razón o por otra, el caso que es uno de los vehículos articuladores de la sociedad. No se pretende dilucidar el factor genealógico, si la familia o si la sociedad; se trata, simplemente, de entender que, en el conjunto social, conformado fundamentalmente por relaciones, lo familiar tiene una trascendencia ineludible.

Existe toda una serie de cambios y permanencias a lo largo de la historia, que solo se han podido vislumbrar a través de la historia de la familia. La proliferación de trabajos en este campo permite profundizar en esta cuestión. Esta obra es el resultado de nuevos estudios, en donde el individuo y la familia son los protagonistas. La dualidad del matrimonio, puesto en práctica por los nobles y por otros grupos sociales, muestra comportamientos similares en cuanto al re-encadenamiento familiar. Los grupos nobiliarios tienen unos intereses marcados por la sucesión de títulos y la alianza con otras casas nobiliarias. Esta tendencia irá en detrimento con la abolición de los mayorazgos en el siglo XIX. La familia permanece, adaptándose a las idas y venidas de las transformaciones sociales que se van gestando. La primera parte del presente volumen sirve para conocer este planteamiento, a través del estudio de caso de diversos grupos sociales. Los escenarios familiares son amplios, llegando hasta la óptica más privada. Son trabajos que se nutren de estos nuevos enfoques y planteamientos que, en la actualidad, se dibujan en el horizonte historiográfico y que permiten situar a la familia y su capacidad explicativa en un primer plano, como antes se ha señalado. Pero esto no es algo que no esté exento de problemas respecto a los mecanismos de relación, ya que es necesario averiguar cómo toman forma los destinos individuales y en qué medida son influenciados, organizados y encuadrados por las estructuras y las relaciones sociales. Es evidente que durante el Antiguo Régimen nos encontramos en plena fase de cambio y transformaciones. La historiografía en los últimos años,

* Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación “HAR2013-48901-C6-1-R: *Familias e Individuos: Patrones de Modernidad y Cambio Social (siglos XVI-XXI)*”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España”

se ha dedicado a realizar obras de conjunto sobre la familia, aportando una visión global de su dimensión.

La razón es sencilla: entre otras muchas cosas, la familia es también un conjunto de relaciones. Pero son relaciones que, en primera instancia, vienen impuestas. En las familias biológicas, no se eligen los padres, ni los hermanos, ni los abuelos, ni los primos... Incluso se podría decir que las primeras relaciones sociales, que no se basan en el parentesco, también vienen determinadas por la familia. El individuo no es nada sin su familia. Y lo que es, se debe en gran parte a su familia, aunque luego sea él quien irá generando nuevas relaciones sociales; de ahí la necesidad de conocer los mecanismos que las hacen posibles. Una simple partida parroquial de bautismo ya puede servir para mostrar la maraña de vínculos en que se movían las personas.

Se puede hablar de diferentes familias según los grupos sociales, según los espacios geográficos, según los contextos históricos... Variarán las estructuras, los comportamientos, las estrategias... Sin embargo, existe y persiste una concepción que puede tener una validez casi universal: contemplar la familia como un apoyo para las personas que las componen. De tal manera que la identidad individual siempre lleva aparejada la identidad familiar. Quizás en la sociedad actual no tenga sentido hablar de esta forma, aunque esto es discutible. Pero en las sociedades del pasado, en concreto, en la sociedad del Antiguo Régimen, esto era indiscutible. La filiación por parentesco era uno de los componentes fundamentales, seguramente el más importante, de la identidad individual. El peso de la tradición y el ideal de perpetuación no hacían más que apuntalar la fuerza del parentesco¹.

La familia, por tanto, preparaba a los individuos para su inserción en la sociedad. Allí estaba siempre dando cobijo y soporte, mas también oportunidades, posibilidades y expectativas. Sin embargo, no hay que entender lo anterior referido únicamente de los familiares más directos, sino que también atañía a los parientes, tanto consanguíneos como afines. De tal suerte que las comunidades locales pueden ser vistas como un conjunto de redes de parentesco interrelacionadas entre sí y que servían para identificar socialmente a los individuos. A pesar de que, ciertamente, no todo era parentesco, lo que es indudable es que traspasaba los límites estrictos de las relaciones personales y se “colaba” en diferentes ámbitos de la realidad social, económica y política.

Por esta razón, ha sido en los estudios relacionados con las instituciones de poder donde con más éxito se ha ensayado este tipo de enfoque. De esta forma, el funcionamiento de los concejos o de otros órganos de gobierno local se explica mejor si se tienen en cuenta los lazos de parentesco que unían a sus diferentes componentes. Esta vía analítica, como se acaba de señalar, ha producido notables obras y en este volumen se podrán encontrar valiosos trabajos que inciden en este tratamiento. De igual modo, se podrán encontrar otros estudios que, en cierto modo, complementan la perspectiva anterior, pero que ponen el foco de atención, no ya en las instituciones, sino en los grupos familiares que intentan introducirse y participar del poder. Son, pues, estudios de trayectorias familiares que evidencian un hecho fundamental: existía toda una planificación por parte de las familias para conseguir una posición preeminente dentro de la comunidad local, utilizando las redes de parentesco, en primera instancia, y, después, las redes de

¹ Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, “Hacia una nueva definición de la estructura social en la España del Antiguo Régimen a través de la familia y las relaciones de parentesco”, *Historia Social*, nº 21, 1995, pp. 75-104.

relaciones sociales para conseguirlo. La literatura científica social ha acuñado un concepto para este tipo de actuación: el de estrategias familiares². No obstante, hay que ser prudente en su utilización y no todo puede explicarse desde ellas. Pero, evidentemente, las familias maniobran persiguiendo un objetivo: reproducir y, si es posible, mejorar la posición social de sus componentes. Es lo que explica que el término estrategia aparezca en no pocos de los estudios presentes en esta obra. Estas contribuciones permiten comprobar las dificultades y adversidades que, con frecuencia, debía afrontar aquellas familias que buscaban el ascenso social. Lo que conduce directamente a la cuestión de la conformación de las élites sociales y a las relaciones de todo tipo que se tejían a su alrededor y que, a menudo, se fundían o desbordaban los contornos del parentesco y generaban todo tipo de relaciones sociales, principalmente de tipo vertical, destacando por encima de ellas, el patronazgo y el clientelismo.

Pero este esquema no puede quedar circunscrito sólo a las élites. A la postre, los lazos de sangre entre individuos tienen un calado social muy profundo, aunque convencionalmente solo se ha prestado atención a grupos de poder. El ciclo de vida es esencial como forma de conocer los procesos de movilidad social de unos individuos que se valían de las decisiones que se tomaban en sus familias, frecuentemente supeditadas por su condición social. En este libro, se hallan importantes contribuciones que privilegian a los artesanos o comerciantes, en contraposición a los linajes nobiliarios, los cuales, por supuesto, siguen teniendo cabida y, de esta forma, se incluyen trabajos que permiten avanzar en su conocimiento.

Pero, como se indicó al comienzo, las relaciones sociales son cambiantes, lo mismo que las estructuras sociales en que se insertan. Por tanto, las familias deberán ir adaptando sus actuaciones. En última instancia, como señala Ricardo Cicerchia, la familia es una organización social que contiene intrínsecamente cambio y tradición, novedad y hábito, estrategia y norma. Es decir, se trata de una institución compleja, cuando no, contradictoria³.

Y en las postrimerías del Antiguo Régimen, por poner una fecha aproximativa, comienzan a vislumbrarse cambios de gran trascendencia que tendrán su repercusión en la familia, como pueden ser el asentamiento definitivo de ese ente de poder que se ha convenido llamar Estado, o la emergencia de la esfera pública. De esta forma, los nuevos regímenes políticos, a través de la legislación, intervendrán en la organización familiar. Es en el siglo XIX donde las corrientes ilustradas y la política liberal comenzarán a construir toda una normativa en torno a la familia y los códigos civiles serán los primeros resultados.

² Llorenç FERRER ALÒS, “Notas sobre el uso de la familia y la reproducción social”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, nº 13, 1995, pp. 11-27.

³ Ricardo CICERCHIA, “¿Astucias de la razón doméstica? Formas familiares y vida material: Estrategia, performance y narrativa de un teatro social”, en Francisco Chacón y Cosme J. Gómez Carrasco (eds.), *Familia y recursos materiales*, Murcia, Universidad de Murcia, 2014, pp. 42.

INSACULACIÓN, FAMILIA Y GRUPOS DE PODER MUNICIPAL EN MONFORTE DEL CID DURANTE EL SIGLO XVII (*)

David Bernabé Gil

Universidad de Alicante

La vinculación familiar ha sido tradicionalmente uno de los principales cauces e instrumentos a través de los cuales los grupos de poder constituidos en el ámbito municipal trataron de hacer prevalecer su preeminente situación de dominio y de asegurar su continuidad al frente de las instituciones locales. Más que en ningún otro espacio de poder de superior amplitud, donde las posibilidades de configurar y hacer operativas determinadas redes clientelares podían encontrar obstáculos derivados de su propia complejidad y de la posible competitividad interna por alcanzar su control, el marco municipal resultaba especialmente idóneo para tratar de desarrollar estrategias de autorreproducción, por parte de determinadas familias con aspiraciones a ejercer el liderazgo social. A través de la perpetuación de los oficios, sobre todo cuando procedía de compra-venta e iba acompañada por la fórmula *a juro de heredad*, no resultaba difícil constituir linajes de servicio en la *res publica* local. De gran difusión entre los municipios castellanos, es sabido que estas vías no siempre estuvieron disponibles, sin embargo, para las potenciales oligarquías municipales que pudieron llegar a configurarse en otros territorios de la Monarquía Hispánica. Pero, aun careciendo de mecanismos de ese tipo, más o menos formalizados, para asegurar la continuidad al frente del poder local, no por ello ha de inferirse una absoluta incapacidad para alcanzar resultados, si no similares, sí al menos lejanamente parecidos¹.

Allí donde la renovación de los oficios municipales gozaba de periodicidad anual y se confiaba al sorteo su provisión ordinaria, pudiera parecer, a priori, que resultaría más difícil hacer prevalecer criterios basados en buena medida en la asignación familiar, a la hora de alcanzar y de mantener el dominio de los resortes del poder por parte de un reducido núcleo de linajes o apellidos. Tal podría ser, supuestamente, el caso de los municipios realengos de la Corona de Aragón antes de la implantación del modelo regimental castellano, durante la etapa en que estuvieron regidos por procedimientos de insaculación. El análisis de la dinámica experimentada a medio y largo plazo por la clase dirigente de algunos de estos municipios, a partir del seguimiento de la aplicación práctica de dicho sistema electoral, ha ido mostrando, sin embargo, la efectividad de los mecanismos a través de los cuales un puñado de familias pudo llegar a ejercer un elevado

(*) Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto de Investigación HAR2011-27062, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

Abreviaturas:

ACA: CA: Archivo de la Corona de Aragón: Consejo de Aragón

AMMC: Archivo Municipal de Monforte del Cid

ARV: Archivo del reino de Valencia

¹ De la extensísima bibliografía al respecto, destacar como visiones de conjunto: Antoni PASSOLA I TEJEDOR, *La historiografía sobre el municipio en la España Moderna*, Lleida, Universidad de Lleida, 1997; José Manuel de BERNARDO ARES y Jesús Manuel GONZÁLEZ BELTRÁN (Eds.), *La Administración Municipal en la Edad Moderna*, Cádiz, Universidad de Cádiz-A.E.H.M., 1999; José Manuel de BERNARDO ARES y Enrique MARTÍNEZ RUIZ, *El municipio en la España moderna*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1996; José Ignacio FORTEA PÉREZ, "Corona de Castilla-Corona de Aragón. Convergencias y divergencias de dos modelos de organización municipal en los siglos XVI y XVII", *Melanges de la Casa de Velázquez*, n° 34, 2, 2004, pp. 17-58.

grado de control sobre su propia reproducción como grupo de poder². Con la presente comunicación se trata de contribuir a este conocimiento, al tiempo que incidir en las limitaciones que podían mediatizar la consecución de esos objetivos, a partir del estudio de un nuevo caso concreto: el correspondiente a la universidad de Monforte de Cid, en el sur valenciano, perteneciente al término general de la ciudad de Alicante y, por consiguiente, al distrito de la Gobernación de Orihuela³.

La universidad de Monforte obtuvo el privilegio de insaculación, que la facultaba para extraer cada año por sorteo los oficios municipales y los escaños del consell, en tiempos de Fernando del Católico. Aunque se desconoce el texto de ese documento, su vigencia fue efímera, pues durante la revuelta agermanada los rebeldes destruyeron las bolsas o sacos que contenían los nombres de los insaculados y los documentos que los acreditaban; volviéndose a restaurar el viejo procedimiento de cooptación. No fue hasta 1539 que, a petición del consistorio y con el decisivo apoyo del Gobernador de Orihuela, D. Pedro Maza de Lizana, consiguió reintroducirse nuevamente el sistema insaculatorio, mediante privilegio expedido en 22 de abril, que sería revalidado una vez más en 1564. La concesión —ya definitiva, de 1539— se inscribe en un contexto marcado por un cierto distanciamiento temporal respecto de los desestabilizadores acontecimientos que tuvieron lugar durante las Germanías en varios municipios valencianos, donde provocaron efectos similares sobre los sistemas electorales. Y también forma parte de una renovada actividad municipalista que parece desarrollarse bajo el virreinato del Duque de Calabrá, y que habría de traducirse en un impulso a las iniciativas insaculatorias, del que constituyen ejemplos, además del caso de Monforte, las concesiones otorgadas a Guardamar, Onteniente, Alcoy y LLiria⁴.

² Solo para el reino de Valencia, han sido objeto de estudios específicos los modelos insaculatorios de varias bolsas desarrollados en los siguientes municipios: Valencia (Amparo FELIPO ORTS: *Insaculación y élites de poder en la ciudad de Valencia*, Valencia, Ed. Alfons el Magnànim, 1996); Orihuela (David BERNABÉ GIL: *Monarquía y patriciado urbano en Orihuela, 1445-1707*, Alicante, Universidad de Alicante, 1989; y, del mismo: "La insaculación como instrumento de reproducción social y familiar de una élite de poder urbana. La clase dirigente oriolana entre 1445 y 1707", en Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, Juan HERNÁNDEZ FRANCO y Antonio PEÑAFIEL RAMÓN (eds.), *Familia, grupos sociales y mujer en España (ss. XV-XIX)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1991, pp. 95-115); Alicante (Armando ALBEROLA ROMÁ, *Jurisdicción y propiedad de la tierra en Alicante (ss. XVII y XVIII)*, Alicante, Ayuntamiento-Universidad de Alicante, 1984, pp. 87-156; del mismo: "Élites urbanas en el gobierno municipal de la ciudad de Alicante durante los siglos XV y XVI", en Francisco CHACÓN JIMÉNEZ (coord.), *Familia, parentesco y linaje*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997, pp. 121-129; del mismo: "Oligarquías urbanas en las ciudades y villas alicantinas durante el reinado de Felipe II", en Ernest BELENGUER CEBRIÁ (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, vol. II, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Carlos V y Felipe II, 1999, pp. 295-310); Castellón (Magín ARROYAS SERRANO, *El Consell de Castellón durante el siglo XVII*, Castellón de la Plana, Ajuntament de Castelló, 1989); Onteniente (Alfred BERNABEU SANCHIS, *Ontinyent, vila reial. (De les Germanies a la Nova Planta)* Tesis doctoral inédita, Universidad de Valencia, 1991); Guardamar (David BERNABÉ GIL, "Insaculación y oligarquía municipal en Guardamar del Segura durante el siglo XVII", en José Manuel DE BERNARDO ARES y Jesús Manuel GONZÁLEZ BELTRÁN (Eds.), *La administración municipal en la Edad Moderna*, Cádiz, Universidad de Cádiz-Asociación Española de Historia Moderna, 1999, pp. 501-508); Jijona (David BERNABÉ GIL, "Insaculación, oligarquía municipal e intervencionismo regio en la villa de Xixona (siglos XVI-XVII)", *Revista de Historia Moderna*, n° 19, 2001, pp. 79-122); Ibi (David BERNABÉ GIL, "Insaculación y participación vecinal en el consistorio ibense (1578-1706)", *Estudios de Historia Moderna en Homenaje a la Profesora Emilia Salvador Esteban*, Valencia, Universidad de Valencia, 2008, vol. I, pp. 55-71); Almoradí (David BERNABÉ GIL, *Almoradí en la edad moderna (ss. XV-XVIII)*, Almoradí, Ayuntamiento de Almoradí, 2013, pp. 236-251). Acerca de sus connotaciones sociales, ofrecí un planteamiento general, para los municipios de mayor relieve, en "Élites de poder municipal en el Reino de Valencia durante la época foral moderna", *Cheiron*, n° 41, 2005, pp. 135-156. Asimismo, son de interés las siempre atinadas observaciones de James CASEY, *El Regne de València al segle XVII*, Barcelona, Curial, 1981, pp. 190-204.

³ Sobre la inserción de Monforte en el término general de Alicante, vid. José V. CABEZUELO PLIEGO, "Un caso fallido de segregación en el Bajo Vinalopó a mediados del siglo XIV: La aldea de Nompot", *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, n° 9, 1992/93, pp. 241-255; y Mª Carmen DUEÑAS MOYA, *Territorio y jurisdicción en Alicante: el término general durante la Edad Moderna*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1997, págs. 141-144.

⁴ Sobre estas cuestiones, vid. David BERNABÉ GIL, *Privilegios de insaculación otorgados a municipios del Reino de Valencia en época foral*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, 2012, pp. 7-33.

El modelo insaculatorio de Monforte, parecido al implantado en Guardamar en fechas cercanas y, décadas más tarde, en las restantes universidades de la Gobernación de Orihuela – Callosa, Almoradí, Muchamiel y San Juan-Benimagrell- se distinguía –al igual que los mencionados- por la dotación de una bolsa única de insaculados, donde eran introducidos los nombres de los aspirantes a todos y cada uno de los oficios municipales. Eran éstos el justicia, los dos jurados, el sobrecequero y el mustasaf, así como los 10 puestos del consell⁵. La reducida base demográfica de Monforte, cuyo vecindario se situaba por entonces en torno al centenar de casas, y la previsiblemente escasa diferenciación social interna –propia de un núcleo rural con escasa incidencia del regadío y alejado de centros urbanos-, probablemente fueran factores que desaconsejaron el establecimiento de varias bolsas; tal como venía siendo habitual en los restantes municipios valencianos.⁶ Para poder concurrir a los sorteos anuales se establecía un requisito de índole patrimonial, consistente en la posesión de bienes raíces personales por un valor superior a 100 libras de moneda valenciana; y otro de tipo dedicacional, pues quedaban excluidos quienes se alquilaran en trabajos agrícolas o acudieran a la ciudad de Alicante a vender trigo. Otras incompatibilidades de carácter general, comunes a los demás municipios valencianos –como la intervención en el arrendamiento de las sisas, en el abastecimiento de las carnes o del trigo, ser deudores a las arcas municipales y mantener pleitos con el consistorio- eran también expresamente señaladas⁷.

Pero, más que la concurrencia a los sorteos anuales, el elemento clave del sistema era el acceso a la condición de insaculado, pues, al ser ésta vitalicia, una vez obtenida garantizaba la inclusión en el grupo dirigente, al tiempo que dotaba al individuo de una consideración social de preeminencia en el seno de la comunidad. Controlar el procedimiento de acceso resultaba asimismo primordial, ya que la institución que pudiera ejercer tal prerrogativa estaría en condiciones de desarrollar estrategias de reproducción de los grupos de poder; especialmente, al no establecerse más criterios objetivos que aplicar a los candidatos que la observancia de los requisitos patrimoniales y laborales ya señalados y el régimen de incompatibilidades. Y no menos relevancia tenía, asimismo, el número de insaculados y la periodicidad de los actos de habilitación o graduación de los nuevos aspirantes, que habrían de celebrarse para reponer las bajas que se fueran produciendo por defunción, senectud, incapacidad o emigración.

* * *

Según establecía el privilegio de 1539, tras la confección de la primera nómina de insaculados, a propuesta del consell y con la intervención del Gobernador, que habilitaron a un total de 30 vecinos, cada tres años debía procederse a la inclusión de nuevos candidatos, mediante votación secreta emitida por una comisión de 9 insaculados extraída por sorteo de entre los veteranos. La primera configuración de la bolsa arrojó, por tanto, un elevado grado de representación de la comunidad vecinal, pues –para una población de 94 casas- suponía aproximadamente uno de cada tres vecinos⁸. El número de familias representadas, con un total de 15 apellidos, muestra ya, sin embargo, una relativa concentración, pues, aunque no se dispone de una relación nominal coetánea que permita conocer cuantas de aquéllas se quedaron sin un solo insaculado, si tomamos como referencia el vecindario de 1510 –que recoge 64 vecinos

⁵ En realidad, el consell lo integraban 12 vecinos, pues a los 10 extraídos cada año por sorteo se añadían los dos jurados salientes.

⁶ Aunque, por otro lado, la posterior extensión del modelo precisamente en el ámbito de la Gobernación de Orihuela –y solo en ella-, donde constituyó peculiaridad propia diferenciada, con independencia de los factores socioeconómicos, invita a sospechar también la existencia de otras motivaciones. Cfr. David BERNABÉ GIL, “Los municipios valencianos de bolsa única: Identidades sociales en la implantación de la insaculación”, en M^a Angeles FAYA (ed.), *Las ciudades españolas en la Edad Moderna. Oligarquías urbanas y poder municipal*, Oviedo, 2014, pp. 63-90

⁷ Incluyo transcripción del privilegio de insaculación de Monforte, de cuyo texto procede la información sobre su contenido, en *Privilegios de insaculación...*, op. cit., pp. 287-296.

⁸ Procede el dato demográfico, referente a 1535, de Primitivo J. PLA ALBEROLA, “La población”, en VVAA, *Historia de la ciudad de Alicante. Vol. III: Edad Moderna*, Ayuntamiento de Alicante, 1990, p. 34.

cristianos- resultaría que 22 apellidos no tuvieron ningún representante⁹. Y algo más llamativa resulta la desigual distribución del promedio obtenido, pues, en realidad, entre solo 6 familias acapararon las dos terceras partes de la bolsa en 1539. Con todo, no parece que esta primera configuración de la bolsa de insaculados resultara excesivamente discriminatoria, al propiciar la participación de una elevada porción de la comunidad con aptitudes personales y patrimoniales suficientes.

La favorable evolución demográfica experimentada a lo largo del Quinientos, que derivó en una duplicación de los efectivos humanos de Monforte ya a principios del siglo XVII, acabó rebajando, no obstante, aquellas proporciones; especialmente, al decretarse, por parte del comisario regio, Dr. Teófilo Berenguer, una significativa reducción a 25 del número de insaculados. La mencionada reforma estatutaria, producida en fecha indeterminada, pero no demasiado anterior al año de 1605, es posible que se limitara -en esta materia- a hacerse eco de una situación de hecho, cual era la previsible tendencia decreciente del número de insaculados, ahora elevada a la categoría de norma¹⁰.

Pero la estipulada reducción de las listas electorales vino también acompañada por el establecimiento de un mínimo patrimonial mucho más elevado que el inicialmente decretado, hasta llegar a triplicarse. La posesión de bienes valorados en 300 libras -en lugar de las 100 tradicionales-, como requisito exigido a los insaculados a partir de las nuevas ordenanzas promulgadas por el Dr. Berenguer, sobrepasaba ampliamente cualquier interpretación basada en una simple adecuación a la inflación del Quinientos; y, junto al mencionado estrechamiento de la bolsa, apunta claramente al desarrollo de una estrategia de signo restrictivo¹¹. Carencias documentales impiden asegurar, por el momento, hasta qué punto ambas iniciativas partieron del sector mejor situado de los grupos dirigentes locales, especialmente interesado en reducir las bases de reclutamiento, excluyendo a los sectores medio-bajos del vecindario, justamente en los momentos de mayor crecimiento demográfico y, seguramente, económico. Pero la trayectoria posterior y las actuaciones de las comisiones de graduación -cuyas actas se conservan ya a partir de 1605- parecen avalar esta sospecha.

Si el cupo de 30 insaculados inicialmente estipulado es de prever que no llegara a prolongarse durante muchas décadas, tampoco su reducción a 25 habría de ser, en efecto, escrupulosamente respetada en adelante; y no podrá argumentarse que se debiera precisamente a falta de candidatos aptos y suficientes. Tanto en 1605 como en 1614, una vez efectuado el recuento de los “redolines” donde se hallaban escritos los nombres de los insaculados, el consell resolvió suspender los correspondientes actos de habilitación previstos, por entender que, al estar ya cubierto el cupo, no procedía incrementar su número¹². Es posible que se tratara de las dos únicas ocasiones a lo largo de la centuria en que concurrió tal circunstancia. Pero, durante ese período, la situación más frecuente fue aquella en que no llegó a alcanzarse el número establecido; ni siquiera tras el preceptivo acto de la graduación, teóricamente trianual, y cuyo cometido era precisamente la reposición de las bajas producidas.

A veces, en efecto, se dejó transcurrir más de tres años entre una graduación y la siguiente, incluso cuando -desde hacía tiempo- el reducido número de insaculados no justificaba, en modo alguno, esa inexplicable demora. Aunque no se han conservado la totalidad de las actas

⁹ Existe publicación de la relación nominal del vecindario de 1510: *El cens de 1510. Relació dels focs valencians ordenada per les corts de Montsó*, (ed. a cura de Rafael VALLDECABRES RODRIGO), Universidad de Valencia, Valencia, 2002, pp. 442-443.

¹⁰ Son varias las referencias a dicha reforma estatutaria. Por ejemplo, en AMMC, *Leg. 617/1, Cabildos de 1614*, ff. 28-28v

¹¹ *Ibidem*, *Cabildos de 1605*, ff. 31-32v; *Leg. 617/3, Cabildos de 1641*, ff. 365-365v, entre otras referencias.

¹² Así se declaró expresamente con motivo de la habilitación prevista para el 19 de febrero de 1614; y así debió suceder 9 años atrás, cuando el recuento de insaculados también arrojó la cifra de 25. AMMC, *Leg. 617/1, Cabildos de 1614*, ff. 28-28v; *Cabildos de 1605, pássim*.

de las graduaciones producidas –como parece deducirse de la comparación de las listas de insaculados correspondientes a años próximos entre sí–, no hay el menor indicio de que se convocara habilitación alguna, por ejemplo, en 1623, ni en 1632, a pesar de que en este último año solo permanecían 21 insaculados y no había motivos objetivos para diferir la renovación de la bolsa. Y tampoco parece probable que durante toda la década siguiente al año 1670, con unos niveles de efectivos que descendieron por debajo de la veintena, se efectuara ninguna; lo que, seguramente, acabó precipitando la realización de una habilitación extraordinaria llevada a cabo por un oficial real, en 1672¹³.

Buena prueba de que la reposición de las bajas no se producía con la inmediatez prevista en el reglamento es que la media anual de insaculados, por quinquenios, fluctuó entre 21 y 23 a lo largo de todo el siglo XVII, con unos mínimos en el período 1675-89, en que descendió hasta 17 y 18, y unos máximos durante la década de 1620 y los años centrales del siglo. Únicamente a finales de la centuria, merced a una intervención extraordinaria por parte de un comisario regio, experimentó la bolsa un vertiginoso crecimiento, para aproximarse a la treintena de integrantes, sobrepasando así claramente el cupo vigente hasta el momento. Por consiguiente, hasta llegar a esta coyuntura finisecular, en que debió obrar alguna reforma estatutaria correctiva, de signo más aperturista, solo se alcanzaron los 25 insaculados, como mucho, algunos de los años en que fue convocada la preceptiva graduación y, si acaso, en otros inmediatos. Pero como éstas se aplazaban con frecuencia más allá del trienio estipulado, es difícil encontrar el cupo reglamentario en más de dos o tres años de cada decenio¹⁴.

Aunque en la explicación de estas tendencias no cabe descartar del todo la probable incidencia de una cierta desmotivación por parte de determinados sectores del vecindario, que contemplaban la dedicación a la *res publica* más como una carga que como una fuente de prestigio y de poder –o como una plataforma propiciadora de algunos negocios lucrativos–, parecen predominar los efectos de ciertas estrategias de signo restrictivo, practicadas por una buena parte de las familias tradicionales, celosas de su arraigada hegemonía consistorial. La composición familiar de los insaculados y la dinámica que aquella presenta a lo largo del Seiscientos, así como los resultados de las graduaciones en las que los grupos ya consolidados valoraban las aptitudes de los nuevos candidatos, parecen apuntar, en efecto, hacia aquella dirección.

Al cabo de tres generaciones desde que, en 1539, se implantara la insaculación, el primer listado completo de insaculados conocido, correspondiente a 1605, revela la presencia en la bolsa de solo 5 nuevos apellidos¹⁵, que, junto a los 15 ya registrados aquel primer año¹⁶, hacen un total de 20. Seguramente fueron más los apellidos que, en ese intervalo temporal correspondiente a dos generaciones, llegaron a tener acceso a la insaculación; lo que relativiza bastante cualquier conclusión apresurada que, a partir de aquella constatación, pudiera desprenderse. Pero el hecho de que, durante la generación siguiente a 1605 –el período comprendido hasta 1634–, con una población que casi duplica la existente décadas atrás, fueran también solo cinco las

¹³ Aunque se ha conservado la mayor parte de los cabildos correspondientes a casi todos los años de la centuria, a veces faltan algunos cuadernos, que no fueron finalmente cosidos para su encuadernación; por lo que no podemos estar seguros de que la ausencia de las actas de las habilitaciones denote siempre su no realización. A través de la comparación de las listas de insaculados en años próximos entre sí, es posible detectar la aparición de algunos nombres que debieron incorporarse recientemente, a pesar de que no haya constancia de su admisión en habilitación alguna. La habilitación extraordinaria de 1672, en AMMC, *Leg. 620/1. Cabildos de 1663-1699*, ff. 185v-186.

¹⁴ Procede esta valoración de la consulta de todos los libros de cabildos del siglo XVII, en 5 volúmenes, y la correspondiente reconstrucción de las listas de insaculados que es posible obtener de su análisis minucioso. Salvo expresa indicación en contrario, los cálculos que siguen se basan en estas fuentes. AMMC, *Leg. 617/1, 617/3, 617/4; 620/1; Libro de cabildos de 1643-63*. Elaboración propia.

¹⁵ Beltrà, Gurrea. Morant, Rodríguez y Soria

¹⁶ El listado de los primeros insaculados de 1539 figura en el propio privilegio de insaculación, publicado en David BERNABÉ GIL, *Privilegios de insaculación...*, op. cit., concretamente en p. 294. Los 15 apellidos son los siguientes: Aracil, Bataller, Benito, Burgunyo, Busaldo, Caparrós, Cerdà, Diez, Ivanyes, Martínez, Miralles, Mirambell, Orgellés, Pujalt y Valera.

incorporaciones procedentes de familias ajenas a esa veintena ya anotada para el siglo XVI¹⁷ -para un total de 23 individuos-, sugiere que no debieron ser demasiados los apellidos no identificados con representación en la bolsa durante la etapa primitiva.

Partiendo, pues, del supuesto de que la veintena de apellidos registrados hasta 1605, incrementada en cinco más si prolongamos el período hasta 1634, refleja de forma bastante aproximada la composición de las familias tradicionales que venían repartiéndose los oficios municipales de Monforte -incluidos los escaños del consell-, su trayectoria posterior muestra que, en los 70 años que siguieron -hasta las vísperas de la abolición del municipio foral-, solamente se añadieron 8 nuevos apellidos¹⁸, para un total de 65 insaculados detectados, incluidos los que accedieron al margen del procedimiento ordinario. El promedio de renovación resultante, a razón de un nuevo apellido por cada ocho nuevos individuos habilitados, es, así, sensiblemente inferior al del período anterior; y refleja una clara acentuación del predominio de las familias consolidadas a la hora de colocar nuevos efectivos en las bolsas.

Ha de advertirse, por otro lado, que más de la mitad de esos 13 supuestamente nuevos apellidos que consiguieron registrarse en las bolsas a lo largo de la centuria comprendida entre 1605 y 1704 llegaron a contar finalmente con más de un representante; puesto que, una vez obtenida la primera admisión, luego resultaba más fácil conseguir introducir a otros miembros del mismo linaje. Por consiguiente, de los 65 vecinos que consiguieron insacularse a lo largo del siglo -mención aparte de los 25 que ya lo estaban en 1605-, 43 contaban ya con antecedentes familiares en la bolsa en el momento de ingresar. Y, entre los 25 apellidos que suministraron la totalidad de esos 90 nuevos insaculados, predominaban claramente los de mayor arraigo y tradición; que, posiblemente por haberse dispersado ya entre varias ramas familiares, a veces multiplicaron su presencia. Tales fueron los casos de los Pujalt, con 16 nuevos habilitados; Aracil, con 10; Martínez y Miralles con 8; y Benito, con 6. Más de la mitad de los vecinos incorporados a la insaculación durante esta centuria pertenecía, por consiguiente, a uno de esos cinco linajes, que, de forma prácticamente ininterrumpida, siempre contaron con representantes en la bolsa. Y también algunas de esas 13 familias de nueva promoción consiguieron colocar varios parientes directos durante el mismo periodo; destacando a estos efectos los Castelló, con cinco habilitados; y los Sirvent, con cuatro. Una vez conseguida la presencia de un primer miembro familiar, quedaba más expedito el camino para los sucesores.

El acaparamiento de las bolsas por parte de un estrecho núcleo de familias tuvo su lógico contrapunto en el alejamiento de un buen número de apellidos de cualquier posibilidad de llegar a contar con algún representante. Así, a partir de sendos vecindarios nominales de 1646 y 1663, y de la relación de mozos participantes en un sorteo para el reclutamiento de la milicia realizado en 1696, es posible calcular de forma aproximada que -como mucho- solo uno de cada tres apellidos, de entre más de un centenar que llegaron a figurar como vecinos de Monforte durante el siglo XVII, dispuso en algún momento de representación entre los insaculados¹⁹.

El dominio ejercido por un reducido número de linajes sobre el procedimiento insaculatorio como sistema de reproducción social y familiar se expresaba fundamentalmente en la mecánica de las habilitaciones. El carácter secreto del voto emitido por los integrantes de las

¹⁷ Agudo, Mira, Pardo, Romero y Sirvent.

¹⁸ Alzamora, Asensi, Blasco, Castelló, Gras, Pastor, Terol y Segura.

¹⁹ Cfr. el vecindario de 1646, realizado para el servicio de cortes de 1645, en ARV, *Generalitat*, 4.829. El de 1663 fue confeccionado para el repartimiento de una derrama vecinal y se conserva en AMMC, *Leg.* 620/1, ff. 25-28v. El de 1696, finalmente, recoge un total de 237 varones con edades comprendidas entre 18 y 50 años, para el sorteo de los 14 soldados que le correspondieron a la universidad para el Batallón de la defensa del reino de Valencia; en AMMC, *Leg.* 1.016/47. Aunque el número total de apellidos computados en las tres fuentes señaladas no alcanza el centenar, es seguro que, a lo largo de la centuria, también debieron estar avecindados -aunque no por mucho tiempo- otros que no quedaron recogidos en aquéllas; sobre todo durante las cuatro primeras décadas, para las que se carece de relaciones nominales.

comisiones de graduación permitía aplicar a los candidatos criterios de evaluación no explicitados y, en consecuencia, perfectamente discrecionales, cuando no decididamente arbitrarios. Además de la posesión del mínimo patrimonial dispuesto en las ordenanzas –incrementado ostensiblemente a 300 libras, desde poco antes de 1605-, que constituía requisito objetivo imprescindible, también se valoraba algo tan subjetivo como la aptitud personal para el desempeño de la función pública; o –para expresarlo con palabras de los aspirantes-: que se tratara de “persones honrrades y benemerites que tenen totes les qualitats y requisits necessaris per a ser insaculats”²⁰. Pero, sin llegar a ser necesariamente la cualidad más determinante y a pesar de que nunca fuera esgrimida como argumento –ni a favor ni en contra-, el apellido de los pretendientes a la habilitación era, sin duda, un elemento insoslayable en el momento de emitir el voto secreto sobre su idoneidad. Así fue expresamente denunciado en 1685 por el visitador real Dr. Damián Cerdá, cuando, refiriéndose al escaso número de concurrentes a las habilitaciones en Monforte, aseguraba que “los que tienen la mano en el gobierno solo convienen en admitir a los que por amistad y parentesco siguen sus dictámenes, estrechando a que aquel gobierno esté falto de número y en pocas familias”²¹.

La composición familiar, no ya de los insaculados, sino de quienes presentaron su candidatura, reafirma, en efecto, la importancia del apellido como elemento que podía favorecer u obstaculizar la integración efectiva en el grupo de poder local. Y, seguramente conscientes de esta realidad, no debieron ser pocos los que llegaron a considerarla con detenimiento y sopesaron sus posibles efectos, antes de decidirse a proponer su candidatura. Así, fueron solo 14 los aspirantes sin antecedentes familiares que se presentaron a las 13 habilitaciones de que tenemos noticia; y, de ellos, únicamente la mitad resultaron insaculados por las comisiones municipales correspondientes²². Frente a éstos, el número de candidatos que concurrieron respaldados por su apellido ascendieron a 56; de los cuales 39 –esto es, el 70 por ciento- fueron admitidos. Por consiguiente, quienes no contaban con antecedentes familiares en la bolsa solían mostrarse más remisos a participar, pues –asumiendo unas expectativas de éxito supuestamente mermadas de antemano- tenían menos posibilidades de ingresar en la misma; al menos durante la primera tentativa. Una vez fracasado en su primer intento, sin embargo, luego resultaba más fácil obtener el beneplácito de las comisiones de habilitación, presentándose a la siguiente habilitación. Y éste fue precisamente el caso de dos de los aspirantes que no contaban con precedentes familiares²³.

Junto a varios de los advenedizos –escasos en número- que, habiéndose decidido a probar suerte, no obtuvieron el resultado esperado, también algunos de los numerosos candidatos que contaban con familiares en la bolsa resultaron rechazados en las votaciones. Aunque generalmente contaron con un índice de aceptación superior, en torno a una veintena de aspirantes con apellidos consolidados vieron, en efecto, frustradas inicialmente sus aspiraciones de integrarse en el grupo dirigente, al no obtener la mayoría de votos favorables.

Descartadas las razones de índole patrimonial –pues, al constituir requisito imprescindible para presentar la candidatura, hay que presumir su cumplimiento por todos los concursantes-, los rechazos en las graduaciones pudieron estar vinculados a la competencia interna establecida entre las familias tradicionales por alcanzar o mantener determinadas posiciones hegemónicas dentro de la bolsa. En tanto que posible reflejo y expresión de una no siempre explicitada –o, a veces, latente- pugna entre facciones, la denegación de la insaculación cobraba una especial significación como estrategia orientada a impedir, no ya solamente la incorporación de advenedizos, sino también la relativamente desproporcionada representación de determinados linajes, debido a la

²⁰ ARV: *Real Audiencia. Procesos 1ª parte*, J/2963 (1628)

²¹ ACA, CA, *Leg.* 824, exp. 17/2.

²² Joan Agudo y Esteve Romero, en 1635; Miquel Asensi, en 1645; Bonifacio Gras y Miquel Pastor, en 1657; Cristófol Blasco, en 1660

²³ Concretamente, Joan Agudo, que había sido rechazado en la habilitación de 1629, fue admitido en la de 1635; y Miguel Asensi, que tampoco consiguió ver cumplido su propósito en 1635, lo obtuvo finalmente en 1645.

acumulación de miembros coetáneos. El hecho de que la mayoría de los rechazados en las graduaciones -12 de un total de 21- contaran, en el preciso el momento de producirse las votaciones, con más de un supuesto pariente entre los insaculados activos, sugiere, por consiguiente, la presencia de estrategias de amplio seguimiento orientadas a bloquear una excesiva concentración del poder municipal en manos de un reducidísimo grupo de familias.

Pero estos objetivos, supuestamente implícitos en muchas de las actuaciones rigurosas de las comisiones de habilitación, no siempre habrían conseguido imponerse a medio y largo plazo pues, aunque en la corta duración su consecución dependía en gran medida de la composición nominal de aquéllas -que eran extraídas por sorteo-, a la larga resultaba difícil de alcanzar. La búsqueda del conveniente equilibrio entre la admisión indiscriminada de cualquier nuevo linaje en ascenso, por un lado, y la excesiva preponderancia de determinados sectores de entre los ya consolidados, por otro, parece guiar, por tanto, la estrategia desarrollada por la mayoría del grupo dirigente. De su aplicación, de forma más o menos continuada, y en combinación con la tendencia orientada a mantener el cupo de insaculados por debajo del número prefijado, -incluso llegando a comprometer las necesidades de reposición de la bolsa-, se siguieron unos índices de rechazo del 38 por ciento para todo el período; con una distribución cronológica que presenta bastantes altibajos y que, en general, pueden calificarse de relativamente elevados.

Teniendo en cuenta, por otro lado, la totalidad de puestos a cubrir cada año, los niveles de concurrencia de potenciales aspirantes a las habilitaciones convocadas difícilmente permiten detectar entre el vecindario un cierto desinterés por formar parte del consistorio. Por el contrario, a pesar del riesgo que asumía el pretendiente, en caso de que fuera rechazada su candidatura, en lo tocante a su reputación personal, la presentación a la habilitación denotaba una inquebrantable voluntad por entrar a formar parte del reducido grupo de elegidos destinado a llevar las riendas de la administración municipal. En 1599, uno de los rechazados, Joan Ferrer, expresó “que haventse presentat una persona honrrada per a dita insaculació, haverla repellida es posar nota e infamia en aquella”, de modo que “aço sía en dany y perjuhi de la universitat y del dit suplicant, lo qual tots temps ha procurat lo be públich y comú de aquella”²⁴. Buena prueba de la perniciosa imagen que proyectaban en la comunidad vecinal tales rechazos es que no fueron pocos los que se negaron a aceptar el dictamen de las comisiones habilitadoras o, incluso, trataron de eludirlas, acudiendo en ambos casos ante la Real Audiencia de Valencia para obtener la insaculación por mandato directo del alto tribunal.

* * *

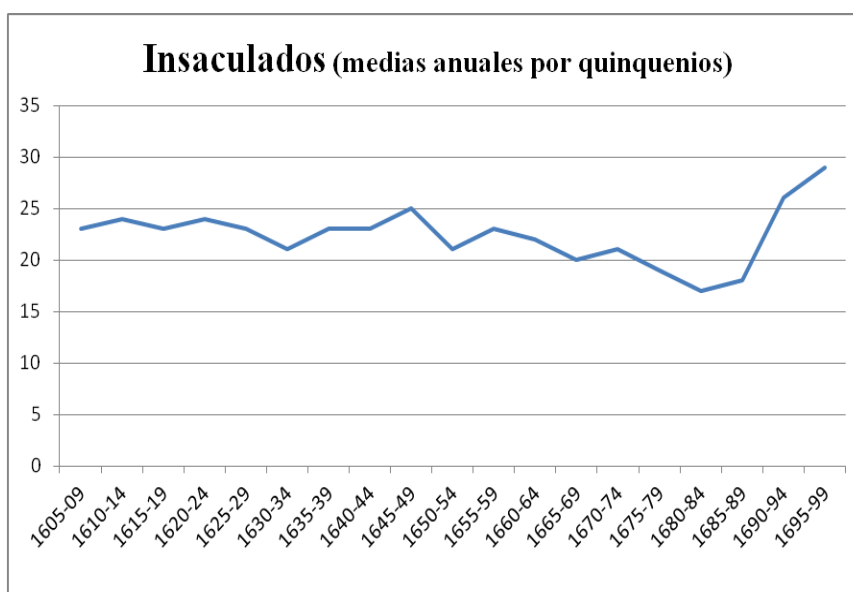
El recurso al alto tribunal valenciano para que interviniese en la resolución de supuestos agravios cometidos durante la celebración de las insaculaciones municipales se estaba convirtiendo en una práctica cada vez más extendida en muchos municipios del reino de Valencia; incluso allí donde los privilegios locales remarcaban la completa autonomía de las comisiones habilitadoras en esta materia²⁵. Más extraño resultaba, en cambio, la concesión de mandatos imperativos, por parte de la Audiencia, para que se atendieran las pretensiones de quienes aun no habían sido rechazados, por no haberse sometido formalmente siquiera al acto de habilitación. Y, sin embargo, tampoco resultó desconocido este tipo de intromisión precaucional, que tan eficazmente contribuyó a resquebrajar la teórica autonomía municipal en materia electoral que establecían los privilegios fundacionales.

²⁴ ARV, *Real Audiencia. Procesos 1ª parte*, J/1551 (1599).

²⁵ Ejemplos varios, en buena parte de la bibliografía citada en *supra*, nota 2. También, Mª Victoria BLÁZQUEZ SOLDEVILA, “El régimen insaculatorio en la jurisprudencia de la Real Audiencia”, 1490. *En el umbral de la Modernidad. El Mediterráneo europeo y las ciudades en el tránsito de los siglos XV-XVI*, València, Generalitat Valenciana, 1994, II, p. 191-202; David BERNABÉ GIL, “Els procediments d'intervenció reial sobre els municipis valencians (segles XVI-XVII)”, *Recerques*, nº 38, 1999, pp. 27-46

Entre el vecindario de Monforte, concretamente, se ha podido detectar a lo largo del siglo XVII hasta una docena de casos exitosos de solicitudes de insaculación presentadas en Valencia, y uno de resolución incierta. Precisamente el que encabeza esta muestra, por orden cronológico, aseguraba en 1599 que no era la primera vez que se planteaba tal aspiración, pues ya contaba con 7 u 8 precedentes en la propia universidad monfortina, y muchas más en otras villas y ciudades del reino²⁶. Dejando para otra ocasión –por cuestiones de espacio– un análisis más pormenorizado de una variada casuística concreta al respecto y de las reacciones que suscitó, interesa adelantar aquí, no obstante, que, de las trece peticiones detectadas, solo tres procedían de vecinos que carecían de familiares insaculados. Por consiguiente, la mayoría de quienes acudieron a Valencia a obtener la insaculación pertenecía a linajes ya consolidados. Disconformes con el dictamen negativo de las comisiones habilitadoras, cuyas resoluciones comprometían sus respectivas reputaciones personales –y, por extensión, podían afectar también a las del apellido–, o bien anticipándose a las actuaciones de aquéllas, los recurrentes expresaban de este modo su firmeza y perseverancia, asumiendo sin reparos los costes económicos que esa vía representaba.

Para una valoración final, ha de advertirse, en primer lugar, que las vinculaciones familiares no se limitaban, obviamente, a las que pudieran deducirse directamente de las concordancias entre apellidos; en segundo término, que en las redes familiares operaban otras relaciones de parentesco opacas a los meros listados nominales, que solo un profundo estudio de reconstrucción de familias podría poner al descubierto; y, finalmente, que, en sentido contrario, la coincidencia de apellido no expresa necesariamente pertenencia a la misma rama familiar. Todo ello relativiza las conclusiones que, en términos estrictamente estadísticos, pudieran extraerse del método aquí empleado, consistente fundamentalmente en el seguimiento de una sola variable, como es el apellido de los insaculados. Aun así, consideramos que aporta elementos de juicio suficientes como para plantear la efectiva incidencia de esa variable –y lo que pueda representar– en los procesos de conformación de los grupos de poder municipal basados en el procedimiento de la insaculación. Por otro lado, tampoco se trata de postular que el vínculo familiar era el único elemento a tener en cuenta, de forma tácita, por las comisiones de graduación, a la hora de emitir sus votos secretos; pero probablemente sí se convirtió en uno de los fundamentales. El caso de Monforte representaría, en definitiva, un ejemplo más que añadir a esa lista de municipios valencianos en los que la insaculación propició la formación de estrechos grupos de poder local.



²⁶ ARV: *Real Audiencia, Procesos 1ª parte*, letr. J, exp. 1551.

Resultado de las habilitaciones conocidas.

Año	Presentados		Habilitados		Rechazados	
	Con Apellidos viejos	Con Apellidos nuevos	Con Apellidos viejos	Con Apellidos nuevos	Con Apellidos viejos	Con Apellidos nuevos
1611	9	0	4	0	5	0
1617	6 (5)	0	4	0	2	0
1626	2	2	1	0	1	2
1629	7	1	4	0	3	1
1635	7 (6)	3 (2)	4	2	3	1
1645	3	1 (0)	2	1	1	0
1649	3	1	1	0	2	1
1654	5	1	5	0	0	1
1657	6 (4)	3	5	3	1	0
1660	6	1	3	1	3	0
1680	2	1	2	0	0	1
1686	4	0	4	0	0	0
TOTAL	60 (56)	14 (12)	39	7	21	7
TOTAL	74 (68)		46		28	

(..): Presentados por vez primera a la insaculación.

LA NOBLEZA RURAL EN LA MANCHA: CAMBIO GENERACIONAL Y MOVILIDAD SOCIAL ENTRE EL ANTIGUO RÉGIMEN Y LA REVOLUCIÓN LIBERAL¹

Ángel Ramón Del Valle Calzado

Universidad de Castilla La Mancha

Entre los miembros de las élites de la Restauración en La Mancha aparecen un buen número de familias y linajes de la nobleza castellana y manchega que hunden sus raíces en el Antiguo Régimen. Entre una época y otra han sucedido diversas generaciones que a lo largo del tiempo juegan sus bazas de adaptación y supervivencia. Especialmente interesante es la experiencia vivida a lo largo de la crisis del Antiguo Régimen y la revolución liberal. Las generaciones que afrontaron ese difícil periodo no sólo supieron mantenerse, sino que mejoraron social y económicamente. Si se supone que el liberalismo traía aparejado la crisis de la nobleza y sucede lo contrario, ¿cómo se produce ese proceso que en muchas ocasiones se retrotrae a los albores de la época moderna? Su naturaleza e hitos principales merecen un análisis detallado, centrado en este caso no en los segmentos más elevados de la nobleza sino en los de la pequeña nobleza provinciana y rural, formada por un pequeño núcleo de titulados nobiliarios de segunda fila y un numeroso grupo de hijosdalgos no titulados. Se presta una especial atención a algunas trayectorias concretas y a los cambios que van surgiendo de una generación a otra, y que permiten su conversión en muchos casos en extensas redes caciquiles, que dichos linajes fueron entretejiendo con el paso del tiempo hasta culminar en la Restauración. En concreto, vamos a estudiar el papel crucial que jugó la desamortización en su consolidación patrimonial, política y social gracias al trabajo realizado con un amplio abanico de fuentes para conocer a fondo el proceso desamortizador y a sus protagonistas².

HACIA UNA CARACTERIZACIÓN DE LA NOBLEZA Y LA HIDALGUÍA MANCHEGA EN EL ANTIGUO RÉGIMEN³

En la provincia de La Mancha, como así se denominó hasta la división provincial de 1833, la presencia de las Órdenes Militares limitó la formación de grandes señoríos nobiliarios y la

¹ El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación "Familia, desigualdad y cambio generacional en la España centro-meridional, ss. XVIII-XIX", referencia HAR2013-48901-C6-6-R, concedido por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² Se han consultado los fondos de la delegación de Hacienda conservados en el Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real (en adelante AHPCR) relativos a la desamortización (entre otros los expedientes de subastas de bienes nacionales –legajos 1-120–, los libros auxiliares de cuentas corrientes –del número 942 al 963– y los libros registro de fincas vendidas –legajos 875 a 877, 932 y 1.213–) y las escrituras de nueve notarías (Manuel Barragán, Agapito López, Fernando Menchero, Tomás Romeralo, José Cachero, José Díaz, Pedro Rico, José Peñalver y Isidoro Espadas). También las fuentes impresas imprescindibles (*Boletín Oficial de Ventas de Bienes Nacionales de la Provincia de Ciudad Real*, *Boletín Oficial de la Provincia* y la *Gaceta de Madrid*). Debemos de recordar que esta investigación actualiza dos viejos trabajos, el del Francisco QUIRÓS LINARES, "La desamortización, factor condicionante de la estructura de la propiedad agraria en el Valle de Alcudía y Campo de Calatrava", *Estudios Geográficos*, nº 96, 1964, pp. 367-407 y el del Francisco SIMÓN SEGURA, "La desamortización de 1855 en Ciudad Real", en *Hacienda Pública Española*, nº 27, 1974, pp. 87-114. Para todo ello ver Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *El liberalismo en el Campo. Desamortización y capitalismo agrario en La Mancha, 1855-1910*, Ciudad Real, Instituto de Estudios Manchegos, 2014.

³ Para el conocimiento de este grupo son fundamentales la obra de Jerónimo LÓPEZ-SALAZAR, *Estructuras agrarias y sociedad rural en la Mancha (s. XVI-XVII)*. Ciudad Real, Instituto de Estudios Manchegos, 1986, pp. 254-309 y las investigaciones sobre el Catastro de Javier María DONÉZAR, *Riqueza y propiedad en la Castilla del Antiguo Régimen. La provincia de Toledo en el siglo XVIII*. Madrid, Ministerio de Agricultura, 1984, pp. 255-379.

presencia de la nobleza titulada⁴. Por el contrario, si se constata la existencia de un apreciable grupo de nobles que, en buena medida, no responde a los parámetros clásicos dado que ni es señorial, ni absentista y que sólo en unos pocos casos posee título nobiliario. Podríamos decir que forman parte de los estratos medios-bajos de la nobleza a nivel nacional, que no sobresalía ni por su número ni por la calidad nobiliaria de sus antepasados, pero sí por formar un sólido grupo económico. La hidalguía manchega se caracteriza por ser muy activa económicamente, con una estructura patrimonial basada en la posesión de haciendas mixtas agrícolas-ganaderas con pocas tierras, pero una alta capacidad de labranza y grandes ganados. Solían ser arrendatarios de tierras de las Órdenes Militares y de los Ayuntamientos y, sobresalen porque explotan directamente sus tierras.

Aunque la hidalguía aparece por toda la geografía provincial, los linajes más relevantes residían en las localidades más importantes. La propia capital de la provincia como las cabeceras de las demarcaciones, muy ligadas históricamente a las sedes de las Órdenes, como Almagro y Villanueva de los Infantes, son los lugares donde encontramos un mayor número de familias hidalgas.

Los orígenes de esta nobleza local se remontan, en algunos casos, a los tiempos medievales, aunque López-Salazar subraya como esta se incrementó notablemente en el siglo XVI al conseguir el acceso a la hidalguía por diversos medios, algunos no muy limpios⁵. Una vez conseguido el ennoblecimiento, estos nuevos hidalgos intentaron consolidar su ascenso social mediante diversas estrategias como el servicio a la Corona, la obtención de hábitos de las Órdenes Militares o de algún título de nobleza⁶, la presencia en los ayuntamientos, la formación de relevantes patrimonios que pervivían gracias a la buena administración y el mayorazgo y, sobre todo, por las alianzas familiares mediante sus muy frecuentes lazos matrimoniales⁷. No obstante, las difíciles circunstancias del siglo XVII supondrán la desaparición de algunos de estos linajes y la supervivencia de otros⁸.

LA NOBLEZA MANCHEGA ANTE LA REVOLUCIÓN LIBERAL

La instauración de un nuevo sistema político como el liberal y la difícil e inestable situación política en el siglo XIX es evidente que podía laminar las bases del poder de la nobleza local. Algunos habían sido capaces de sobrevivir, adaptarse y crecer en los siglos modernos, pero ahora la situación era más compleja. Estaba en peligro su trabajada posición en el marco local. ¿Cómo les afectó la revolución liberal?, ¿supuso un cambio en sus estrategias?

Las medidas que más podían dañarles al extraer gran parte de sus rentas del sector primario eran las relacionadas con la reforma agraria liberal. Dado que no eran ni mucho menos señores ni titulares de señoríos, su abolición no tuvo consecuencias para ellos. Si fue mucho más relevante la desvinculación dado que solían ser titulares de mayorazgos. Aunque no está bien

⁴ La nobleza titulada presente en la provincia se debe a la venta de villas durante los siglos XVI y XVII y se limita al Marqués de Santa Cruz quién compró las villas del Viso, Santa Cruz de Mudela y Valdepeñas; el Conde de Salinas que compró la villa de Villarrubia de los Ojos y el Duque de Medinaceli quién a finales del XVII, por lazos familiares, consigue la villa de Malagón.

⁵ Destacan, por ejemplo, figuras como Gonzalo Muñoz Treviño de Loaisa, Alvaro Muñoz Torres o María Catalina de Torres. “Se enriquecieron, fundaron mayorazgos, levantaron capillas, compraron cargos perpetuos, lograron la mitad de oficios, acudieron al Consejo de Hacienda o a la Chancillería y, en definitiva, fueron adquiriendo lustre en un proceso no exento de marañas, pleitos, rivalidades, envidias y murmuraciones”, Jerónimo LÓPEZ-SALAZAR, “Hidalgos de carne y hueso en la Mancha cervantina”, *Pedralbes*, nº 25, 2005, p. 51.

⁶ La mayor parte de los títulos se obtienen a finales del siglo XVIII como es el caso del Conde de Montesclaros (1766), del Conde de la Cañada (1789), del Marqués de Casa-Treviño (1789) o el Conde de Casavallente (1791). Uno de los pocos titulados algo más antiguo es el de Conde de las Cabezas (1690).

⁷ Un seguimiento exhaustivo de sus genealogías se puede ver en Juan de la BARREDA ACEDO-RICO, *Viejos linajes de Ciudad Real*, Ciudad Real, autor, 2007. También en Carlos PARILLA ALCALDE y Miguel PARILLA ALCALDE, *Linajes y blasones de Ciudad Real*, Ciudad Real, Biblioteca de Autores Manchegos, 2008 y de los mismos autores *Linajes y blasones del Campo de Montiel*, Ciudad Real, Diputación Provincial de Ciudad Real, 2003.

⁸ Jerónimo LÓPEZ-SALAZAR, *Estructuras agrarias y [...]*, op. cit., pp. 309-463.

estudiada parece que fue un factor de debilitamiento de la hidalguía, aunque preservada por la tradición de favorecer en el proceso de transmisión del patrimonio al titular de la casa. Por el contrario, la venta de bienes nacionales fue una herramienta usada, en mayor o menor medida, por esta hidalguía, primero más tímidamente en la Desamortización eclesiástica⁹ y de una forma más generalizada en la Desamortización General.

En este último proceso participó una parte significativa de la nobleza manchega y, en conjunto, constituyen el cuarto grupo social que más se benefició de las ventas. En total se han localizado a 78 personas de este grupo, cuyas compras en porcentaje se sitúan en torno al diez por ciento del total de los compradores identificados profesionalmente. En realidad este conjunto de beneficiarios se reducen a unas veinte y cinco familias, que forman en entramado central de la oligarquía manchega durante la Restauración¹⁰. En los censos electorales suelen calificarse como “propietarios”, grupo en el que aparecen integrados como poseedores de importantes patrimonios rústicos. Estudiemos el protagonismo de sus compras.

NOBLEZA LOCAL Y DESAMORTIZACIÓN

En Almodóvar del Campo, centro y cabecera del Valle de Alcudia, vivían algunos hidalgos ligados a la ganadería. De todos ellos la familia Salido fue una de las grandes protagonistas de la desamortización en esa comarca. Ya en la etapa eclesiástica los hermanos **Salido Estrada** (Agustín, Antonio y José Andrés) participaron, junto con otros banqueros madrileños, en la compra del Derecho Maestral. La familia Salido ya figura ocupando cargos municipales en el siglo XVIII y el padre abrazó la causa liberal en los tiempos de la Guerra de la Independencia. Uno de los hijos, Agustín Salido Estrada, se convirtió en uno de los más insignes representantes del liberalismo moderado en La Mancha como diputado en varias legislaturas e incluso gobernador de la provincia¹¹. En la Desamortización General, el gran protagonista fue **Francisco Laso Salido**, nieto de José Salido Estrada. Compró 2.310 hectáreas, con una inversión cercana al millón de reales, lo que da prueba de su potencial económico. En 1875 figuraba en las listas de mayores contribuyentes de la provincia, y las compras desamortizadoras realizadas en 1877 no hicieron sino reforzar esa posición, como lo demuestran las certificaciones de bienes presentadas para ser admitido a senador, puesto que ocupó entre 1886 y 1896. Anteriormente había sido diputado provincial y alcalde de Almodóvar, todo ello por el partido liberal. Mantuvo un férreo control político de Almodóvar y del Valle de Alcudia hasta su muerte en 1900. Fue además presidente y gerente de la Sociedad Compradora del Término Municipal de Almodóvar del Campo, creada al efecto para comprar y especular con todas las fincas de propios y comunes del pueblo y que se vendieron a finales del siglo XIX¹².

Otra familia de raíces hidalgas son los Corchado, presentes en Almodóvar desde el siglo XVI¹³. El que mayor protagonismo tendrá en la desamortización será **Felipe Corchado Gijón** que invirtió cerca de cuatrocientos mil reales para adquirir 861 hectáreas, la mayoría de ellas pertenecía a uno de los millares del Valle de Alcudia, el quinto Guijo de los propios de Almodóvar. Al morir sin herederos directos, su fortuna pasó a su hermano José María que se emparentó por matrimonio con los Medrano Maldonado, y alcanzó un puesto relevante en la oligarquía de la Restauración tanto

⁹ Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización y cambio social en La Mancha, 1836-1855*, Ciudad Real, Instituto de Estudios Manchegos, 1996, pp. 187-197.

¹⁰ José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores. Ciudad Real durante la Restauración, 1876-1923*, Ciudad Real, 1986.

¹¹ Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización y cambio social* [...], op. cit., pp. 194-195 y 282-283.

¹² Vicente CENDRERO, “¿Privatización o expolio? La desamortización del monte público en Almodóvar del Campo, Ciudad Real (1845-1897)”, *Historia Agraria*, nº 63, 2014, pp. 89-114.

¹³ Carlos PARILLA ALCALDE y Miguel PARILLA ALCALDE, *Linajes y blasones de* [...], op. cit., p. 135.

como gran contribuyente (el cuarto de Almodóvar) como político al ser diputado provincial y diputado a cortes en varias legislaturas por el distrito de Almadén¹⁴.

En Almagro, sede histórica de la Orden de Calatrava, residían un buen número de linajes nobiliarios, que se fueron consolidando a lo largo del Antiguo Régimen. No obstante, la gran mayoría no participaron en la desamortización. Sólo las familias Ceballos y Rosales aparecen en los listados de compradores, aunque con un papel relevante. Ya en la desamortización eclesiástica **José Antonio Ceballos**, contador de la Mesa Maestral, y su mujer invirtieron cantidades importantes. Su hijo **Juan Jerónimo Ceballos** participó en ambas, en la eclesiástica y en la General, aunque en esta última muy modestamente. Fue uno de los líderes indiscutibles del progresismo manchego, y diputado nacional en seis legislaturas entre 1836 y 1852. Por su parte la familia Rosales si va a tener un papel más relevante en la desamortización de Madoz. Los Rosales se habían instalado en el Campo de Calatrava a finales del siglo XV, primero en la pequeña villa de Corral de Calatrava y después en Almagro, donde aún permanece la casa solariega, en las inmediaciones de la Plaza Mayor. A finales del siglo XVIII la rama principal se instala en Argamasilla de Calatrava, una localidad situada en los límites del Campo de Calatrava con el Valle del Alcudía. La excelente política matrimonial facilitó su asentamiento económico y a estar emparentados con los linajes manchegos más relevantes (Medrano, Maldonado, Treviño, Barreda, Acedo-Rico...). La situación de la familia no podía ser mejor a las puertas de la revolución liberal¹⁵ y esta mejoró sustancialmente con la desamortización. Durante la primera etapa desamortizadora, entre 1836 y 1854, algunos miembros de la familia realizaron compras de tierras modestas. **Juan Pedro Rosales Cabezas de Herrera** adquirió casi 76 hectáreas con una inversión de 24.820 reales. Mucho más significativa, en estos mismos años, fue su participación en la compra del Derecho Maestral de Argamasilla de Calatrava. Pero fue en la Desamortización General donde hicieron sus mayores compras. En total los diferentes miembros de la familia Rosales adquirieron más de 8.000 hectáreas con una inversión cercana a las dos millones y medio de reales. El mayor comprador fue **Juan Pedro Rosales Cabezas de Herrera** con cerca de 3.500 hectáreas, configurando lo que será la base patrimonial del linaje con centro en Argamasilla y extendido hacia las localidades de Abenojar y Mestanza. Su hermana **Antonia Cabezas de Herrera Rosales** y sus hijos **José y Francisco Rosales Medrano** redondearon un importante patrimonio con compras en Argamasilla. Otra rama de los Rosales también participó en las compras. Nos referimos a **Pedro Cabezas de Herrera y Armengol**, y a su sobrina **Antonia Cabezas de Herrera Rosales**. El primero, uno de los mayores contribuyentes del pueblo a finales del XIX, adquiere un quinto en Puertollano procedente de la Encomienda de Clavería y los millares Dehesa Pulido y Guijuelo en el Valle de Alcudía¹⁶. Gracias a las compras en la desamortización los Rosales terminaron por configurar un núcleo patrimonial de grandes dimensiones, que había empezado a formarse mucho antes, en el siglo XVII. Varios matrimonios provechosos y las compras desamortizadoras fueron los instrumentos básicos para su formación. La posesión de un patrimonio tan vasto les permitía ejercer un control exhaustivo de la sociedad en la que vivían. Los Rosales son un ejemplo de la oligarquía del Antiguo Régimen que aprovecha los resortes de la revolución liberal para “mantenerse arriba”, objetivo básico de cualquier elite. **José Rosales Medrano**, diputado provincial y alcalde, fue el cacique de Argamasilla de Calatrava hasta su muerte en 1912, y su familia extendió su influencia política en la villa hasta la dictadura franquista.

Pariente de la rama almagreña de los Rosales, era **Valeriano López Torrubia**, el primer contribuyente por territorial en Granátula de Calatrava en 1878 y el decimoctavo en la lista

¹⁴ BOPCR, 8/12/1884 y José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores* [...], op. cit., pp. 208-209 y 317.

¹⁵ Para más detalles ver, Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, “La consolidación de la pequeña nobleza rural manchega en la transición al régimen liberal: el caso de los Rosales”, en *Ciudadanos y familias. Identidades socioculturales en evolución durante el Antiguo Régimen (siglos XVII-XIX)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2013.

¹⁶ El matrimonio en 1819 de José Rosales Ladrón de Guevara y Antonia Cabezas de Herrera facilitó que parte de la familia Cabezas de Herrera se asentara en Argamasilla.

provincial de 1875. En su pueblo compró, entre otras fincas, algunos quintos de la Encomienda Clavería en el entorno del Santuario de la Virgen de Oreto o Zuqueca. Se definía asimismo como monárquico absolutista, aunque en puridad era un carlista reconocido. Fue sobrino del clérigo del mismo nombre Valeriano López Torrubia que fue fusilado por el propio Narváez, siendo éste Comandante General de la Mancha en la primera guerra carlista, por su participación en uno de los hechos más violentos de esta guerra en esta provincia, el asesinato en masa de los milicianos nacionales de Calzada y de muchos de sus familiares al incendiar la Iglesia en que se refugiaron, en total 164 muertos¹⁷. Es evidente que sus ideas no le impidieron participar en la desamortización y a la altura de su muerte era el propietario de un enorme palacio, que aún se conserva. Realizó importantes donaciones para el Santuario Nuestra Señora de Zuqueca, situado a orillas de la histórica Oreto. Muere, en 1880, siendo el más rico del pueblo¹⁸.

En la segunda mitad del XIX, los Rosales también emparentaron con los Márquez de Prado de Chillón, un linaje de origen extremeño. Los hermanos **Márquez de Prado Mena** (Ventura, Melchor y José) fueron grandes compradores de bienes desamortizados. El que configuró un mayor patrimonio fue Ventura que invirtió más de un millón doscientos mil reales en diversas fincas que en total superaban las dos mil trescientas hectáreas, constituyendo una base para sus actividades políticas, ya que fue diputado provincial entre 1879 y 1882, por las mismas fechas que su suegro Pablo Yegros era presidente de la misma¹⁹. También invirtieron cantidades significativas **Fernando Márquez de Prado Cárdenas** y **José Tardío Márquez de Prado**, otra familia de Chillón, también emparentada con los Rosales. Los abundantes bienes de propios del Ayuntamiento de Chillón quedaron prácticamente en manos de los Márquez de Prado y de la familia Tardío, aunque Ventura amplió su campo de acción a las dehesas del Valle de Alcudía en Almodóvar. Esto le permite ser, junto su hermano José, el mayor contribuyente de Chillón en 1877.

En Ciudad Real capital residen cuatro de los linajes más representativos de la provincia: los Maldonado, los Medrano, los Muñoz y los Treviño. Juan de la Barreda nos cita una coplilla popular del XIX muy ajustada:

“Para dinero Muñoz,
La política Medrano, y,
para limpieza de sangre
Treviños y Maldonados”²⁰.

Los que más participaron en las subastas fueron los Medrano y los Maldonado, linajes ambos muy unidos entre sí, a los que debemos sumar a **Rafael Acedo-Rico Amat**, conde de la Cañada, que pasa a residir en Ciudad Real a partir de su matrimonio con una mujer en la que se fundían las dos ramas anteriores, **Josefa Medrano Maldonado**. El matrimonio se dedicó con ahínco a la compra de bienes nacionales, con casi 2.500 hectáreas y una inversión de algo más de setecientos mil reales²¹. También compraron la madre de Josefa (**Ana María Maldonado Treviño**, aunque en poco volumen) y su hermano, **José Medrano Maldonado**, este último con adquisiciones muy significativas, algo más de 1200 hectáreas, localizadas no sólo en el término de la capital sino en

¹⁷ Manuela ASENSIO RUBIO, *El carlismo en la provincia de Ciudad Real, 1833-1876*, Ciudad Real, Biblioteca de Autores Manchegos, 1987, pp. 75-77 y 324. El impacto de la matanza fue tal en la época que un relato de la misma aparece en las obras de Pío Baroja (*La estrella del capitán Chimista*) y en uno de los episodios nacionales de Pérez Galdós (*Narváez*). Encabezó la lista carlista en el distrito de Almagro en las elecciones de marzo de 1871. Años después, en 1875, juró, pese a sus opiniones carlistas, obediencia a Alfonso XII (BOPCR, 19/07/1875).

¹⁸ Una pequeña biografía en Inocente HERVÁS Y BUENDÍA, *Diccionario histórico geográfico de la provincia de Ciudad-Real*, Ciudad Real, 1890, p. 353.

¹⁹ José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores* [...], op. cit., pp. 318-319.

²⁰ Juan de la BARREDA ACEDO-RICO, *Viejos linajes de* [...], op. cit., p. 565.

²¹ A estas cantidades debemos sumar las 100 que adquiere en la eclesiástica con una inversión de 155.126 reales. Ver Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización y cambio* [...], op. cit., p. 189.

zonas más alejadas como el Valle de Alcudia. Este último era en 1877 el segundo mayor contribuyente de Ciudad Real y el primero en Membrella.

En el caso concreto del matrimonio Acedo-Rico y Medrano, la desamortización si fue una herramienta fundamental para constituir un sólido patrimonio, antes casi inexistente, que les ayudó a labrarse un puesto principal dentro de la oligarquía local. La trayectoria del Conde de la Cañada como militar y político es muy amplia, y recorre casi todo el siglo XIX, desde las guerras carlistas hasta la Restauración, régimen al que apoyó denodadamente, siendo recompensado poco después con la Grandeza de España y con un puesto de senador vitalicio. Durante las primeras décadas de la Restauración y hasta su muerte en 1891 ocupó un puesto preferente en la oligarquía provincial tanto por su posición política como por su importante patrimonio, formado gracias a su matrimonio y a las compras en la desamortización, que le permiten encaramarse a la decimoquinta posición entre los mayores contribuyentes de la provincia en 1875. Tras su muerte, sus descendientes siguieron sus estrategias matrimoniales, uniéndose a otras ilustres familias como los Jaraba y ocupando puestos políticos relevantes hasta 1923²².

Dos de los primos de José y Josefa Medrano Maldonado, **José Joaquín y Manuel Maldonado Rosales** son, a su vez, grandes compradores²³. Ambos eran hijos de Álvaro Pedro Maldonado Treviño, señor del mayorazgo de Galiana²⁴, y de Calixta Ramona Rosales, que procedía de otro significado linaje de la hidalguía calatrava, con lo que unían en su estirpe tres de las sagas más importante de la nobleza provincial (Maldonado, Treviño y Rosales). Las compras más importantes fueron las de Manuel Maldonado Rosales, más de 2.600 hectáreas con una inversión muy importante de más de un millón seiscientos mil reales. Dado que no era el primogénito, su alta posición como mayor contribuyente (decimosexto en la lista provincial de 1875 y tercer mayor contribuyente de Ciudad Real capital en 1877) se debía en gran parte a sus compras en la desamortización. Las adquisiciones de su hermano José Joaquín fueron menores, pero no secundarias (753 hectáreas por 482.849 reales). La historia de esta familia es bastante llamativa, ya que eran significados carlistas al contrario que buena parte de la nobleza local, tanto que el pretendiente Carlos VII de Borbón concedió en 1869 a José Joaquín el título de Conde de la Galiana. Eso no impidió a los hermanos, como vemos, participar en la desamortización, llegando a adquirir bienes del clero secular y del maestrazgo de la Orden de Calatrava, y redondear con ello su patrimonio, que les facilitaba aparecer en 1875 entre los mayores contribuyentes de la provincia. José adquirió, entre otras, una dehesa emblemática de los propios de Ciudad Real, Benavente, ciudad de la que precisamente había sido alcalde entre 1852 y 1853. Tenemos algunos datos de sus ideas políticas. En 1869 fue condenado a garrote por comandar una partida guerrillera carlista y se le expropió la matriz del antiguo mayorazgo, la Finca Galiana, por negarse a jurar la Constitución de 1876²⁵.

Otra rama de la familia Maldonado residía en Calzada, villa muy relacionada con el Sacro-Convento de Calatrava La Nueva. **Carlos José Maldonado Maldonado**, hijo de Santiago Maldonado Treviño y Antonia Maldonado, una mujer con una gran riqueza patrimonial, invirtió en la compra del quinto Umbría de Trujillo del Maestrazgo de Almagro, de casi doscientas hectáreas. En 1877 era el primer contribuyente de su lugar de residencia. Al igual que otros Maldonados simpatizaba con los carlistas, lo que no le impidió hacer esa compra. Lo cierto es que el grueso de su

²² José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores* [...], op. cit., pp. 207-208.

²³ Otro primo, Carlos José Maldonado Maldonado, vecino de Calzada, fue también comprador, aunque en una cuantía menor. Era hijo de Santiago Maldonado Treviño, hermano de Álvaro Pedro y de Ana Maldonado Treviño.

²⁴ Fue éste quien heredó una de las posesiones más emblemáticas de la familia Treviño, el señorío de Galiana, fundado en el siglo XVI y que recayó finalmente en él tras diversos avatares y pleitos. Ramón José MALDONADO, "La casa de Treviño en Ciudad Real", *Cuadernos de Estudios Manchegos*, n° 10 (1980), pp. 91-92. Ver también, Juan de la BARREDA ACEDO-RICO, *Viejos linajes de* [...], op. cit., p. 586 y Jerónimo LÓPEZ-SALAZAR y Juan Manuel CARRETERO ZAMORA, "Ciudad Real en la Edad Moderna", en *Historia de Ciudad Real*, Ciudad Real, Ayuntamiento, 1993, p. 211.

²⁵ Juan Antonio INAREJOS, *Ciudadanos, propietarios y electores en la construcción del liberalismo español. El caso de las provincias castellano-manchegas (1854-1868)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 207.

patrimonio familiar no proviene de la desamortización²⁶. Con Valeriano López Torrubia, algunos de estos Maldonados son la excepción carlista entre una hidalguía mayoritariamente liberal, aunque conservadora.

La familia Treviño también compró, aunque en menor medida que los citados anteriormente. Su relevancia en la capital desde la época de la fundación de la ciudad la deja clara el genealogista Maldonado y Cocat:

“la gran casa de Treviño está en la primera línea de las tierras manchegas. Fue tan poderosa, tan noble y tan respetada que cualquier otra probará [...] su antigüedad, su nobleza o su limpieza por sus entronques, sus enlace o uniones con los Treviño, hasta el punto que puede llegar a decirse que ninguna familia noble manchega deja de tener en sus venas algo de la sangre de este generoso solar”²⁷.

Esta familia fundó diversos mayorazgos, entre ellos el muy conocido de Sancho Rey, y consiguió un título de nobleza, el marquesado de Casa Treviño Gotor en 1789, en la figura de Francisco Treviño y Dávila, miembro del Consejo de Hacienda en época de Carlos IV. Su única hija casó en segundas nupcias con Francisco Medrano Treviño, señor del mayorazgo de Valderachas. Al morir estos sin descendencia su título y bienes pasaron a la descendencia de un hermano del primer marqués, a Juan Bautista Treviño y Facende, III Marqués, quien casó en Ciudad Real con Doña **María Cortés López-Guerrero**, que una vez viuda realizó una pequeña compra en la desamortización en 1867. Su hijo y IV Marqués, **Juan Bautista Treviño López-Guerrero** (1829-1903), otro de los mayores contribuyentes provinciales en 1875, también participó en la desamortización al adquirir algunas fincas procedentes de los propios de Ciudad Real (273 hectáreas por 69.041 reales).

Otra rama de los Treviño, que se había aposentado en Campo de Criptana por un enlace con los Baíllo, también participaron. Se trata de **Francisco Treviño Medrano** y de su hijo, **José Treviño Medrano**. En ambos casos las compras tampoco fueron desorbitadas. Los Treviño no hicieron sino redondear con adquisiciones puntuales sus patrimonios con la desamortización. El hijo del IV Marqués y su sucesor, Juan Manuel Treviño Aranguren fue uno de los políticos más destacados de la provincia hasta su asesinato en 1936²⁸. La base económica de su poder político no procedía en este caso de la desamortización.

Algo bastante similar ocurre con los Muñoz, otro de los linajes históricos de la ciudad. Ya en el siglo XVII eran importantes “señores de ganado”²⁹ y formaban parte de lo más granado de la oligarquía local. En el siglo XVIII el matrimonio de Diego Muñoz y Catalina de Torres les facilitó configurar una gran hacienda al heredar buena parte de los mayorazgos de la casa, magníficamente descrita en el Catastro de Ensenada. Catalina de Torres, una vez viuda, fue una “excelente administradora” y tenía a su cargo, a mediados del XVIII, 167 criados³⁰. Ya a mediados del XIX Diego Muñoz seguía siendo uno de los mayores contribuyentes de la ciudad. Dos de sus hijos hicieron algunas modestas compras en la desamortización. **Gaspar Muñoz Antolínez de Castro** en Ciudad Real y **Luis Muñoz Antolínez de Castro** en La Solana donde residía por su enlace matrimonial con una Jaraba. Un hijo de este matrimonio, Gaspar Muñoz Jaraba, fue otro de los políticos más relevantes de la Restauración en la provincia, ligado en este caso al partido liberal³¹. En

²⁶ Antonio MEJÍA, *La desamortización en el siglo XIX. Calzada de Calatrava*, Puertollano, Ed. Ámbito, 2001, pp. 286-287.

²⁷ Para la cita Ramón José MALDONADO, “La casa de Treviño [...]”, op. cit., p. 73. Los datos genealógicos y familiares han sido obtenidos de este mismo trabajo.

²⁸ José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores* [...], op. cit., p. 209.

²⁹ Ver el estudio que sobre la hacienda de Diego Muñoz hace Jerónimo LÓPEZ-SALAZAR, *Estructuras agrarias* [...], op. cit., pp. 382-394.

³⁰ Juan de la BARREDA ACEDO-RICO, *Viejos linajes de* [...], op. cit., pp. 524-525.

³¹ José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores* [...], op. cit., p. 208.

el caso de los Muñoz también es evidente que el grueso de su patrimonio no se formó a raíz de la desamortización, sino que tiene orígenes mucho más lejanos en el tiempo.

Ligado a los Muñoz aparece **Fernando Palacios Azaña**, conde de Montesclaros de Sapán. Su abuelo, virrey del Perú en tiempos de Carlos III, obtuvo el título de nobleza en 1766 gracias a los servicios prestados al Rey. Este noble no tiene una relación especial con Ciudad Real hasta que se casa en 1781 con Ana María Muñoz Jofre de Loaisa, perteneciente a uno de los linajes más antiguos de la ciudad. A partir de entonces residen ocasionalmente en ella y pasan a formar parte de la elite local. El tercer conde, Fernando Palacios Azaña, es el sexto mayor contribuyente de la ciudad en 1852. Había comprado algunas fincas (150 hectáreas) en la desamortización eclesiástica a lo que le suma ahora unas pequeñas adquisiciones en la General. Posteriormente y seguramente por su segundo enlace matrimonial se desliga de la ciudad y se establece en Madrid, donde muere en 1894. Por lo tanto, la ligazón de este linaje con la ciudad fue ocasional, así como sus compras en el propio proceso desamortizador.

Por último, en Ciudad Real, aunque también alguno de sus miembros se instaló en Manzanares por cuestiones matrimoniales, residían los Enríquez de Salamanca. El padre, Ángel, que llegó a presidir la Junta Provincial de Agricultura en 1856, añade una pequeña compra a las que anteriormente había realizado en la época de Mendizábal. Ocupó numerosos cargos políticos a nivel local y provincial, y buena parte de su fortuna procedía de los beneficios que obtuvo como administrador de rentas decimales³². Su hijo, **Vicente Enríquez de Salamanca Jiménez**, abogado avecindado en Manzanares y ligado por matrimonio a los Ceballos de Almagro, ocupará un lugar relevante como miembro de la oligarquía de la Restauración, ya con un título de nobleza bajo el brazo, el marquesado de la Concepción, concedido en 1868 gracias a la relación familiar con Sor Patrocinio y la influencia de ésta con la reina Isabel II³³. Sus compras si fueron relevantes pues se acercó a las seiscientas hectáreas con una inversión, eso sí, no muy elevada, algo más de doscientos mil reales, mientras su hermano José sólo participa de manera testimonial.

Otros grandes compradores pertenecientes a la hidalguía en Manzanares son los **García-Noblejas**, especialmente uno de los hermanos Sebastián, que centró su esfuerzo inversor en los bienes de propios de la vecina población de Membrilla. La familia García-Noblejas configurará otro feudo conservador en esta población, que perdurará hasta los tiempos finales de la Restauración.

En el cercano Priorato de San Juan, en Campo de Criptana, viven los Baíllo, que fueron significados compradores. Los primeros Baíllo se instalaron primero en el Campo de Montiel en el siglo XV, pero se trasladaron a La Mancha, y desde muy pronto aparecen como titulares de relevantes mayorazgos, aunque era de nobleza dudosa, pues esta se le reconoció previo pago de cierta cantidad de dinero. Parte de la riqueza procedía de su relación con el linaje de los Migueles, que dominaron la vida de Campo de Criptana durante el XVI³⁴. El definitivo éxito del linaje se confirma a finales del XVII, cuando Gregorio Baíllo de la Beldad consigue el título de Conde de las Cabezuelas. El primer conde había logrado entrar en los círculos de la corte por su relación con Juan José de Austria, con el que había trabado conocimiento a partir de su nombramiento como Gran Prior de San Juan. Es el primer linaje de la nobleza manchega que lo consigue. Su riqueza patrimonial es creciente. Si el primer conde tenía siete mayorazgos, el quinto, a principios del XIX, reúne la significativa cantidad de 62. A la riqueza adquirida en los siglos modernos le van a añadir la procedente de la desamortización.

³² Ver más datos en Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización y cambio* [...], op. cit., pp. 192-193.

³³ La tía de Vicente, Rosario, estaba casada con el hermano de Sor Patrocinio. Según Voltes esta fue la razón fundamental para la concesión del título, cuya intitulación está directamente relacionada con la orden de la monja. Pedro VOLTES, "Las cartas de la M. Patrocinio a Isabel II conservadas en la Real Academia", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, nº 1, 2001, p. 63.

³⁴ Jerónimo LÓPEZ-SALAZAR, "Hidalgos de carne [...], op. cit., pp. 68-69.

El VI Conde, **Juan de la Cruz Baílo de la Beldad y Marañón** fue un importante comprador de bienes de propios en Alcázar y Campo de Criptana. En total algo más de 500 hectáreas y una inversión superior a los trescientos mil reales. Estas adquisiciones más su anterior caudal patrimonial le permite convertirse en 1875 en el mayor contribuyente de la provincia. Además su hijo el VII Conde, **Ramón Baílo Marañón**, redondeó aún más el patrimonio familiar con compras más sustanciosas en idénticos lugares y algunas otras en Pedro Muñoz y Tomelloso (1.070 hectáreas con una inversión de más de un millón de reales). Con esta base patrimonial los Condes se convirtieron en personajes relevantes de la oligarquía provincial en la Restauración, formando uno de los clanes políticos de mayor relevancia, adscrito al partido conservador y que dominó el partido de Alcázar de San Juan durante largo tiempo³⁵. Precisamente en esta localidad residía **José Antonio Marañón y Baílo**, sobrino del VI Conde, y gran contribuyente tanto en la propia ciudad ferroviaria como a nivel provincial dado que ocupaba la posición número veintiuno en la lista provincial de 1875, aunque sus compras fueron limitadas³⁶.

Otros miembros de la familia aparecen como significados compradores. Un hijo del IV conde, también hermano del V, **José Vicente Baílo de la Beldad Jaramillo** ya compró en la de Mendizábal, así como su hijo **Juan Bautista Baílo de la Beldad Justiniano**, aunque además este último siguió activo en la General, haciéndose con casi 1.200 hectáreas, situadas en Campo de Criptana, Tomelloso y Alhambra³⁷. Su hermano **Francisco de Paula**, que residió en Alcaraz, también se hizo con algunas fincas de los propios de Villanueva de la Fuente, mientras su hijo **Gregorio Baílo Chacón** lo hacía en Criptana donde vivía³⁸. La última generación del XIX de los Baílo también compró, aunque poco. Es el caso de **Francisco de Paula Baílo de la Beldad y Castilla-Portugal**, nieto de José Vicente y también dedicado a la política. Encontramos, en fin, a abuelos y nietos de una misma familia participando de la desamortización, una familia que dominó largamente la vida política de toda una comarca. En este caso las compras desamortizadoras reforzaron enormemente su grado de influencia y deja clara la conexión entre posesión de la tierra y poder político.

También en Alcázar de San Juan aparecen otros personajes de la pequeña hidalguía manchega que participan en la desamortización como los **Álvarez de Lara**. En Socuéllamos tenemos a **Pedro Acacio Parra**, un gran comprador de bienes desamortizados y figura central de un clan oligárquico. Aparece, en otras ocasiones, avencidado en Villarrobledo, donde también realizó importantes compras³⁹. En Herencia realizan ciertas compras **Gabriel Enríquez Antolínez de Castro** y su madre Catalina Antolínez de Castro. El primero recoge dos estirpes hidalgas: los Enríquez de la Orden, procedentes de Alcázar y los Antolínez de Castro de La Solana. Ya en el Catastro y en censos posteriores aparecen como importantes propietarios de tierras y ganados, patrimonio que se verá incrementado con las compras desamortizadoras⁴⁰.

Como hemos dicho los Antolínez de Castro procedían de La Solana, en donde aparecen ya en el siglo XVI. Atesoraban un caudal patrimonial muy relevante y consiguiendo uno de ellos

³⁵ José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores* [...], p. 206.

³⁶ Para los datos genealógicos y referentes a los mayorazgos nos hemos guiado por Juan de la BARREDA ACEDO-RICO, *Viejos linajes de* [...], op. cit., pp. 177-318.

³⁷ Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización* [...], op. cit., p. 192. También compra en Albacete, en El Bonillo, 2.797 has. por 757.200 reales, Antonio DÍAZ, *La desamortización en la provincia de Albacete (1836-1909)*, Albacete, Instituto de Estudios Manchegos, 2001, p. 391.

³⁸ Habría que sumarle las compras que hizo en la provincia de Albacete (800 has. por 111.000 rs.), Antonio DÍAZ, *La desamortización en* [...], op. cit., p. 402.

³⁹ Antonio Díaz, *La desamortización en* [...], op. cit., p. 402. En 1865 era el tercer mayor propietario de Villarrobledo y en 1875 el decimotercero de la provincia albaceteña, Rosa SEPÚLVEDA LOSA, "Propiedad de la tierra en Villarrobledo en la segunda mitad del XIX", *Al-Basit*, n° 10, 1981, p. 134. Sobre su papel como oligarquía, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y JAVIER MORENO LUZÓN, *Elecciones y parlamentarios. Dos siglos de historia en Castilla-La Mancha*, Toledo, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1993, pp. 189-190.

⁴⁰ F. HUERTA et al, *Herencia y la Orden de San Juan (siglos XIII-XIX)*, Ciudad Real, Instituto de Estudios Manchegos, 1991, p. 66. En 1877 vendió parte de sus bienes a Joaquín Acacio Moreno, *BOPCR*, n° 1, 1886, p. 8.

acceder a un título en el siglo XVIII como conde del Mérito⁴¹. **José Enríquez Antolínez de Castro** fue un importante comprador al adquirir más de 2.100 hectáreas, aunque con una inversión no muy elevada. En 1871 formaba parte de la lista de mayores contribuyentes de la provincia y en esos mismos años fue diputado provincial al igual que uno de sus familiares directos y también comprador, **Alfonso Antolínez de Castro**⁴². Igualmente, **Luís Muñoz Antolínez de Castro** fue fruto de la unión de la poderosa familia Muñoz de Ciudad Real y de los Antolínez de Castro de La Solana, y acabó casado con una Jaraba. Formó un considerable patrimonio apuntalado por algunas compras en la desamortización que le permiten ser el cuarto mayor contribuyente provincial en 1875.

No obstante, el linaje más significado de La Solana es el formado por los Jaraba, que entroncó a lo largo de los siglos modernos con los Muñoz, los Antolínez de Castro o los Ballesteros, y ya en el propio XIX con los Acedo-Rico e incluso con otros foráneos como el muy relevante linaje extremeño del Marqués de Castro Serna. Precisamente de la unión de un Jaraba y una Antolínez de Castro nace uno de nuestros más importantes compradores, **Francisco de Paula Jaraba Antolínez de Castro**, que adquirió algo más de mil hectáreas. Era uno de los mayores contribuyentes provinciales en 1871 y en 1875. Por azares del destino y su matrimonio con la heredera del título, su hijo, Gabriel Jaraba y de la Torre, se convirtió en el Conde de Casa Valiente, un título concedido a la familia Pérez Valiente en 1791⁴³, y consolidó otro cacicato político en la comarca durante la Restauración. Su hermano **José Joaquín** también participó, pero no tanto como otro familiar, **Francisco de Paula Jaraba Merino**, un gran comprador (1.771 has. por 295.656 reales), por lo que ocupaba posiciones relevantes en las listas de mayores contribuyentes tanto en 1871 como en 1875. En general los Jaraba, los Antolínez de Castro o los Muñoz Antolínez copaban los primeros puestos de la contribución territorial en La Solana en esas mismas fechas.

En el Campo de Montiel residía otra parte importante de la pequeña nobleza y, más concretamente, en su cabecera, Villanueva de los Infantes. Aquí algunos linajes utilizaron el proceso desamortizador para labrarse, primero, una sólida situación patrimonial en toda la comarca y, segundo, una zona de influencia política. Por esta razón el Campo de Montiel vivirá durante la Restauración el dominio político, social y económico de estas familias con raíces en el Antiguo Régimen pero que aprovecharon las oportunidades que les prestó la revolución liberal.

Uno de los linajes más significados y que además participaron de forma significativa en la desamortización, fueron los Ballesteros, familia “que cubrió con su presencia cuatro siglos en la vida del municipio”⁴⁴. Por lo tanto, sus orígenes se remontan, al menos, a los inicios de la Edad Moderna. En sucesivos matrimonios fueron entroncando a los primogénitos y titulares del mayorazgo familiar con otras familias de hijosdalgos manchegos como los Guevara de Ciudad Real o los Muñoz del Bado de Membrilla, ambos en el siglo XVII o como los Fernández Buenache, los Canuto o los Antolínez de Castro en el XVIII. Ya en el XIX nuestro principal protagonista **Diego José Ballesteros Buenache** se casó con la solanera Francisca Antolínez de Castro y una de sus hijas, Patrocinio, enlazó con Pedro Ignacio Pérez Valiente, conde de Casavaliente. Su padre ya compró bienes desamortizados en el Trienio y él, ligado a la causa liberal, seguirá haciéndolo en la época de Mendizábal y de Madoz, aumentando su ya de por sí cuantioso patrimonio. En nuestro estudio sobre la desamortización eclesiástica ya comprobamos que fue uno de los prototipos clásicos de beneficiario de la desamortización. Diego José era hidalgo, pero también un gran propietario

⁴¹ Carlos PARILLA ALCALDE y Miguel PARILLA ALCALDE, *Linajes y blasones* [...], op. cit., pp. 91-112.

⁴² BOPCR, n° 1, 1886, p. 8 y Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO y Rafael VILLENA ESPINOSA, “Diputación y estado liberal, 1833-1874”, en Isidro SÁNCHEZ SÁNCHEZ (coord.), *Historia de la Diputación Provincial de Ciudad Real (1835-1999)*, Ciudad Real, Diputación Provincial, 1999, pp. 121-122.

⁴³ Su tercer titular, Pedro Ignacio Valiente Merino, hizo una pequeña compra en el periodo de Mendizábal, Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización y cambio* [...], op. cit., pp. 189-190.

⁴⁴ Carlos PARILLA ALCALDE y Miguel PARILLA ALCALDE, *Linajes y blasones* [...], op. cit., pp. 178-195. En estas páginas se puede consultar la genealogía familiar. También C. CHAPARRO, *Memoria en plata. Una historia social de la fotografía en el Campo de Montiel (1863-1940)*, Ciudad Real, Biblioteca de Autores Manchegos, 2014, pp. 72-74.

agrícola-ganadero, que va a aprovechar las oportunidades de la revolución liberal para enriquecerse aún más. A la cantidad adquirida en la época de Mendizábal (unas 100 hectáreas) se le suman ahora la nada despreciable suma de 3.700 hectáreas. Debemos añadir además que sus estrategias inversoras pasaron por adquirir bienes no sólo en su lugar de residencia o pueblos limítrofes sino por una extensa área del Campo de Montiel, comprando en Infantes, Torre de Juan Abad, Villamanrique, Villahermosa, Alhambra, Carrizosa, Fuenllana y Montiel. La configuración de este importante patrimonio a nivel comarcal permitirá a la familia Ballesteros aparecer en lugar preferente en la lista de mayores contribuyentes de 1875 y formar un área de enorme influencia política en la época de la Restauración. La certificación de bienes que presenta en 1841 al ser nombrado senador demuestra el potencial de su patrimonio antes de sus compras en la época de Madoz, pero tampoco se puede negar que ese caudal aumentó exponencialmente con sus adquisiciones en las subastas⁴⁵. Otra rama de los Ballesteros, también muy poderosa y dueña del conocido Palacio de los Ballesteros en Infantes, participó en el proceso desamortizador, pero en menor medida. Nos referimos a **Diego Andrés Ballesteros Marañón**.

También de Infantes son los Melgarejo, otro linaje antiguo ligado al Campo de Montiel y La Mancha desde el siglo XVI, aunque avencidados en Infantes a finales del XVII. Ya en la de Mendizábal **Nicolás Melgarejo Melgarejo** adquirió algunos bienes. A mediados del XIX era el mayor contribuyente de Infantes y el segundo del partido, además de presidente de la mancomunidad de pastos del suelo y Campo de Montiel⁴⁶. Su hermano **Juan Antonio Melgarejo Melgarejo** sí que compra en la Desamortización General una cantidad de tierras significativa, cercana a las mil quinientas hectáreas repartidas entre varias poblaciones como Cózar y Montiel. Uno de sus sobrinos, **José María Melgarejo Enseña** se convirtió en un gran comprador, al adquirir más de 3.700 hectáreas en cinco términos municipales, aunque las más significativas fueron las realizadas en Villamanrique y Villahermosa. En 1875 era el sexto mayor contribuyente de la provincia. En 1883 por una serie de avatares sucesorios consiguió acceder a un título nobiliario con grandeza de España, el ducado de San Fernando de Quiroga, y su hijo Nicolás, también heredero del título, fue un significado cacique a finales del XIX⁴⁷. Otro sobrino de Juan Antonio y Nicolás, **Ramón Melgarejo Melgarejo**, hijo de Joaquín y Mercedes Melgarejo, realizó también importantes compras, casi mil hectáreas, y en 1875 aparecía como el decimotercer mayor contribuyente provincial. Este personaje ocupó el Palacio de la familia de la calle Caldereros, y construyó después el nuevo palacio en la calle Mayor. De esta forma estas familias trasladaban su dominio social en el imaginario colectivo a través de la construcción de palacios y casas señoriales⁴⁸.

También poseedores de otro palacio era los **Fontes Fernández de Córdoba**. Los dos hermanos, Antonio y Juan, no sólo estuvieron casados con la misma mujer, Reyes Ballesteros Antolínez de Castro (hija del gran comprador Diego José Ballesteros, que tras fallecer su primer marido Antonio se volvió a casar con su cuñado Juan), sino que participaron en la desamortización. La hacienda del matrimonio Antonio y Reyes era la más importante de Infantes en la segunda mitad del XIX y en parte se configuró con bienes desamortizados. A la muerte de Reyes Ballesteros, Juan Fontes se casó con Dolores Barnuevo, hija de un hidalgo residente en Santa Cruz de Mudela, **José Barnuevo López de Haro**, nieto de la Condesa de Montenuovo, de la que fue uno de sus herederos, y un gran comprador de bienes desamortizados en ambas etapas, unas 2.800 hectáreas con una inversión de más de un millón de reales, repartidos por el Campo de Montiel y La

⁴⁵ Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización y cambio* [...], *op. cit.*, pp. 190-191. Su expediente personal puede consultarse en la web del senado (<http://www.senado.es>).

⁴⁶ Para los datos genealógicos Carlos PARILLA ALCALDE y Miguel PARILLA ALCALDE, *Linajes y blasones* [...], *op. cit.*, pp. 263-277. Para el resto Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización y cambio* [...], p. 191.

⁴⁷ José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores* [...], *op. cit.*, p. 207.

⁴⁸ Carlos CHAPARRO, ¿Quiénes eran los grandes hacendados de Villanueva de los Infantes en el siglo XIX y cuáles eras sus casas?, blog *La Historia de Infantes en migajas*, diciembre de 2012. (<http://www.balcondeinfantes.com/>).

Mancha⁴⁹. Sus hijos emparentaron con lo mejor de la hidalguía manchega como los Acedo-Rico y los Treviño, y aparecen con cierta frecuencia en la política de la Restauración e incluso en la más reciente. En otras villas del Campo de Montiel aparecen otras familias hidalgas que participaron en las compras. En Torre de Juan Abad y Villamanrique, por ejemplo, están los Frías se quedaron con buena parte de los bienes de propios de ambos pueblos. El que más compró fue **Juan Tomás Frías Ayuso** que se hizo con más de 3.200 hectáreas, casi todo concentrado en dos grandes fincas de los propios de Villamanrique. En 1875 era el vigesimotercer gran contribuyente provincial y fue diputado provincial por el partido conservador seis años, entre 1875 y 1881. Su hijo **Mariano Frías Pérez de los Cobos** también realizó alguna pequeña compra, mientras otra hija, María, se casó con un Fontes Ballesteros, enlazando así con los más importantes linajes del Campo de Montiel, y de hecho el palacio de los Fontes en Infantes recayó finalmente en una rama conjunta de los Frías, los Fontes y los Ballesteros⁵⁰. En Montiel residen los **Gutiérrez de la Vega** (José Antonio y su hijo Andrés María). El que más compró fue el hijo (424 has. por 528.000 reales). Ambos se dedicaron a la política en el partido conservador. El padre fue diputado en dos ocasiones, pero Andrés María realizó una brillante carrera política, siendo uno de los baluartes del partido conservador en el Campo de Montiel. Fue además de diputado provincial, diputado del distrito durante once años, Director General de Prisiones y Gobernador Civil de Santander. La prensa lo llamaba “el señor de los Campos de Montiel” y lo definía así: “Es gran propietario del distrito, en donde su familia tiene viejo abolengo”⁵¹.

CONCLUSIONES

Después de este amplio repaso podemos concluir que una fracción de la nobleza manchega no sólo se mantuvo, sino que logró encaramarse a la elite local en la transición al régimen liberal, un régimen con el que la mayoría se comprometieron. Esta oligarquía local fue primero defensora del reformismo ilustrado y después del liberal. No todas las familias hidalgas sobrevivieron al convulso siglo XIX y las que lo hicieron utilizaron un arsenal de recursos variable: estableciendo redes, estrategias matrimoniales y tomando decisiones económicas importantes relacionadas con la irrupción del nuevo sistema capitalista, entre ellas, la de comprar en la desamortización, pero también la forma en cómo superar la desvinculación, cómo adaptarse a las nuevas fórmulas hereditarias, etcétera. Parte de la rancia oligarquía no fue ni mucho rancia en sus decisiones microeconómicas. Supieron adaptarse, conservar y ampliar su ya de por sí importantes patrimonios. Unos no participaron en la desamortización, otros lo hicieron de manera puntual y algunos más de manera muy significativa. Sea como fuere no sólo la desamortización les facilitó la transformación de oligarcas a caciques. La Revolución Liberal, en su conjunto y con ella la desamortización, les permitió el ascenso social a la cúspide de la sociedad rural local, que tuvieron que compartir con otros nuevos grupos sociales en ascenso. Como ya defendimos hace unos años no estamos hablando de simple continuidad social sino de la culminación de unas transformaciones sociales que se venían gestando desde los siglos anteriores, y que la revolución liberal no hizo sino culminar. Y muchos de estos hidalgos intuyeron que el liberalismo era el instrumento que les iba a facilitar su definitivo arraigo como una elite que, por fin, podría sobrepasar el marco local. Y por esta razón no sólo no lo combatieron, con unas pocas excepciones, sino que lo apoyaron denodamente⁵².

⁴⁹ Ver datos biográficos sobre su figura en Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, *Desamortización y cambio* [...], *op. cit.*, p. 201.

⁵⁰ Blog *Balcón de Infantes*, n° 208 (XII, 2009), p. 21 (<http://www.balcondeinfantes.com/>).

⁵¹ José María BARREDA FONTES, *Caciques y electores* [...], *op. cit.*, p. 213.

⁵² Para un mayor desarrollo de esta tesis ver Ángel Ramón DEL VALLE CALZADO, “Desamortización eclesiástica y cambio social en La Mancha, 1836-1854”, en *Sociedad y Utopía*, n° 5, 1995, pp. 47-70. Para comprobar el apoyo de esta oligarquía al liberalismo, Juan Antonio INAREJOS, *La Revolución de 1854 en la España rural. El Bienio Progresista en Ciudad Real (1854-1856)*, Ciudad Real, Instituto de Estudios Manchegos, 2010, pp. 21-38.

FAMILIA Y PODER EN EL ALMADÉN DEL AZOGUE. LA ALCAIDÍA DE LA REAL CÁRCEL DE ESCLAVOS Y FORZADOS EN EL SIGLO XVIII

Rafael Gil Bautista

Universidad de Alicante. IES Mare Nostrum (Torrevieja)

Los diferentes yacimientos mineros del alfoz almadenense, así como el nombre de la propia villa de Almadén, que cabalga sobre uno de sus principales pozos, deben su reputación a la riqueza de su subsuelo. De sus vetas de cinabrio, del que después de su extracción y destilación se obtiene el azogue, han dependido hasta hace sólo unas décadas el devenir histórico y socioeconómico de sus gentes. Aunque está bien documentado que desde la Antigüedad se explotaron estos filones, no será hasta bien entrado el siglo XVII (tras el descubrimiento y aplicación del proceso de amalgamamiento del mercurio con la plata y el oro) cuando se convirtieron en un baluarte económico para la Corona hispánica.

Brevemente, aun a riesgo de ser demasiado simplistas, podemos reducir a dos los procedimientos empleados en su gestión minera y económica en las etapas modernas y contemporáneas: el sistema de arrendamientos y el control directo por parte del Estado. En cuanto al primer método, fueron banqueros, hombres de negocio o personalidades del ámbito político los que firmaron los contratos con la Corona. El sistema se heredaba de las centurias finiseculares del Medievo; entre los rubricantes cabe distinguir a los prestamistas judíos de Augsburgo, los Fúcares (Fuggers en lengua germánica), quienes ejercieron su oligopolio como recompensa por las dádivas entregadas para el nombramiento imperial de Carlos de Gante, recién nombrado Carlos I de España, desde 1525 hasta 1645.

A partir de esa fecha, coincidiendo con la grave crisis del Seiscientos, fue la Hacienda Pública la que tuvo que hacerse con el control del establecimiento, hasta que en el segundo tercio del siglo XIX otro ilustre linaje de banqueros e inversores, los Rothschild, lo controlase en régimen de monopolio hasta principios del siglo XX¹. Por consiguiente, el tramo cronológico que nos ocupará en esta aproximación a la realidad almadenense, las últimas décadas del siglo XVII y toda la centuria dieciochesca, estará marcado por esta segunda manera de gestión, la estatal.

LOS DOS ESPACIOS CARCELARIOS: LA CRUJÍA (1550-1755) Y LA CÁRCEL NUEVA (1752-1969)

En este periodo, además de unos modestos calabozos municipales situados en unas dependencias próximas al ayuntamiento, por tanto, ajenos al establecimiento minero, dos fueron los recintos destinados a los esclavos y forzados que Su Majestad tenía en esta villa manchega: la cárcel vieja, tradicionalmente conocida como la Crujía, y la nueva cárcel.

El primero de ellos, que podemos localizar en el mapa adjunto con la letra A, estaba situado en los arrabales de la población. Su ubicación le permitía tener fácil acceso tanto a las

¹ Véase: Antonio MATILLA TASCÓN, *Historia de las Minas de Almadén*, Madrid, Minas de Almadén y Arayanes, S. A. e Instituto de Estudios Fiscales, 1987, 2 vols.; Victoriano MARTÍN MARTÍN, *Los Rothschild y las minas de Almadén: el servicio de la deuda pública española y la comercialización del mercurio de Almadén*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1980, 644 pp.

galerías subterráneas de la mina de El Pozo, como al inmediato cerco de destilación, conocido como Buitrones. Desde su edificación cuando mediaba el siglo XVI, hasta que fue sustituida dos centurias después, tenemos noticias documentadas que nos permiten conocer su distribución espacial, así como las duras condiciones que tenían que soportar quienes allí estaban recluidos. Sobre estos últimos y las insalubres vicisitudes que sufrieron destacamos el magnífico trabajo de Germán Bleiberg en la última década del Quinientos². De la recopilación que Mateo Alemán – juez visitador enviado por el Consejo de Órdenes, entonces, e insigne literato de la novela picaresca, siempre–, nos ha legado tras una estancia cercana a dos meses en estos pagos, todos los que nos hemos aproximado a la realidad almadenense nos hemos enriquecido. De manera sucinta, la parte que más nos puede interesar ahora son los datos aportados tras los interrogatorios a 12 de los 13 forzados. Gracias a ellos tenemos repetidos testimonios de las ingratas jornadas en los tornos evacuando en zaques las aguas que se filtraban, de los maltratos y azotes si se quejaban, o de las penalidades que padecían en los hornos de destilación al desbrasar, sacar y cernir las cenizas de las fundiciones, “porque de ello se azogan los hombre y quedan tontos y fuera de juicio y vienen a enfermar gravemente”³.

En referencia a las instalaciones y dependencias de la Crujía, nos podemos hacer una idea muy aproximada de las mismas gracias a que cada vez que se producía un nuevo nombramiento de alcaide se debía proceder a inventariar las personas y bienes que cada una de las estancias contenían. Como ejemplo de lo que estamos diciendo puede servirnos lo sucedido en el otoño de 1701, cuando recién estrenada la centuria y bajo la superintendencia de Miguel de Unda Garibay, se produjo el fallecimiento de Antonio Mayordomo y se dio el relevo a Andrés Martín Chamorro⁴.

El recorrido que realizaron será el mismo que nosotros iremos trasladando al papel. En primer lugar, el citado superintendente, el contador Gaspar Fernández de Noya, el escribano de minas y el interesado pasaron a la despensa. Los enseres allí relacionados eran los habituales en un espacio de estas características romanas: trébedes, tinajas con diversas capacidades para el vino, los panes existentes, la carne de “macho” guardada, calderos y algunos muebles. A estos habría que añadir peanas de hierro, cadenas con sus grillos, esposas, argollas y serpentines propios del lugar.

A continuación, se relacionaron los nombres y apellidos de los 57 forzados. Junto a cada uno se aclaraba en primer término si portaban cadenas, grilletes y peanas, para añadir después si tiraban agua de los tornos, tenían alguna enfermedad –tullidos, convalecientes en la enfermería y/o azogados– o si alguno gozaba de la suficiente confianza como para servir en la casa de la Superintendencia, hacer las funciones de pregonero, trabajar en las herrerías de la mina, enviarlo como recadero, ejercer de enfermero, incluso como roncador⁵. En términos muy similares se detallaban los 32 esclavos recluidos, por lo que no nos vamos a detener en ello, eso sí, en algunos se especificaba si eran moros, turcos o de cualquier otro origen.

La posterior sala que visitaron fue la Crujía propiamente dicha. Allí se reconocieron 94 jergones con sus respectivas mantas, más 3 cadenas para asegurar los esclavos y forzados durante la noche, algunos grillos y virotes⁶, una lámpara grande de hierro para el alumbrado nocturno de la estancia y algunos candados con sus llaves para guarnecer las puertas.

² Germán BLEIBERG, “El «Informe Secreto» de Mateo Alemán sobre el trabajo forzoso en la Minas de Almadén” en *Estudios de Historia Social: Revista del Instituto de Estudios de Sanidad y Seguridad Social*, nº 2-3, julio-diciembre 1977, pp. 357-443.

³ *Ibidem*, p. 368.

⁴ Archivo Histórico Provincial de Ciudad Real (en adelante AHPCR). Protocolos Notariales, leg. 4912, fs. 215 y ss.

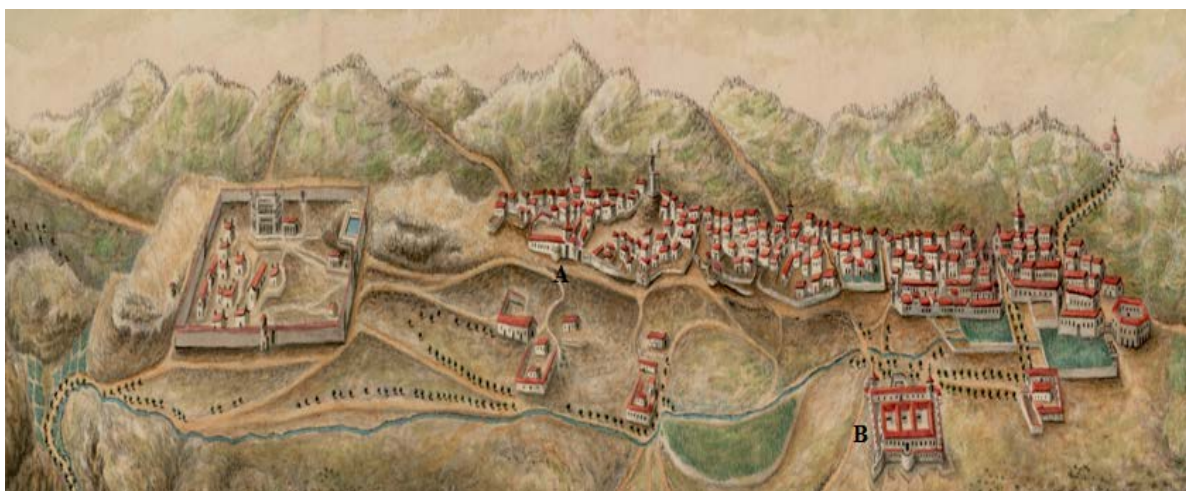
⁵ Persona de confianza del alcaide que entregaba y repartía diariamente los galeotes a los responsables de los pozos, desagües y herrerías.

⁶ Hierro largo que a modo de maza se colgaba de la argolla sujeta al cuello de los esclavos que solían fugarse.

Los siguientes pasos les llevaron a la enfermería. En ella, además de las ropas de cama y utensilios que se pueden considerar como los habituales (sábanas y almohadas de lienzo de La Vera, colchones y tarimas para aislarlos de la humedad del suelo, almirez con su mano, jeringas o cajas para los ungüentos de la botica), se anotaron dos lienzos de temática religiosa –uno de “Nuestra Señora del Rosario” y otro de “Cristo atado a la columna”–, algunos muebles y otros útiles vinculados a la función carcelaria: un candado en la puerta que la comunicaba con la capilla, una cadena para aprisionar a los galeotes de noche o una cerradura que estaba pendiente de instalarse en la puerta de la Crujía.

Terminaba la visita con la relación detallada de las piezas que componían la capilla de San Miguel. De la gran cantidad de elementos religiosos destacaremos: dos estatuas (una del Santo Cristo y otra de san Miguel), unas andas para procesionar al arcángel protector, atriles, misales, campanillas, ropa de misa de la más variada calidad, vinajeras de plata, candeleros, cornucopias, purificadores o un estandarte de tejido de Damasco carmesí con sus escudos y borlas.

De toda esta relación de pertenencias y personas, aunque abreviada por nosotros, se daba por enterado y conforme el nuevo alcaide Martín Chamorro, tanto en forma de depositario, como de administrador de esas instalaciones. En ese sentido las palabras que redacta el escribano son contundentes: “a cuyo cumplimiento obligó su persona y bienes, muebles y raíces, habidos y por haber, con poderío de justicias y en especial a dicho superintendente”.



España. Ministerio de Defensa. Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos del Centro Geográfico del Ejército. Planos y mapas núm. 247.- *Plano y perspectiva geométrica de la villa de Almadén* (detalle). Firmado F. Cruz. 2ª mitad del siglo XVIII

Por lo que respecta a la nueva cárcel, que consta con la letra B en el mapa que se aporta, como se puede visualizar estaba más alejada que la anterior del entramado minero y municipal, pero encontrar un espacio suficiente para la edificación del nuevo complejo requería de una superficie que difícilmente encajaba en la escarpada planimetría urbana de Almadén.

Un cúmulo de factores hicieron posible que se pusiera en marcha su construcción. Entre los más importantes: a) la necesidad real de espacio físico donde tuvieran cabida los galeotes con mayor desahogo y en mejores condiciones higiénico-sanitarias; b) los numerosos informes que se habían elevado a la Superintendencia General de Azogues y al Consejo de Indias –por medio de visitantes, de los propios superintendentes (Cortés de Salazar (1746) o Sánchez

de Villegas (1751) o de ilustrados que reconocieron las minas y sus dependencias—;pero, sobre todo, c) el pavoroso contagio de fiebres palúdicas que produjeron una terrible mortandad en los años 1750 y 1751. Las dramáticas consecuencias para la villa, donde se tuvieron que habilitar temporalmente edificios no hospitalarios para acoger a tal cantidad de enfermos, y para la propia cárcel —con 32 forzados y 35 esclavos fallecidos en los años mencionados— propiciaron sobremanera la decisión.

En cuanto al edificio, o mejor aún, al complejo de habitáculos que lo conformaban, se estructuraba en torno a dos rectángulos concéntricos, cuya fachada meridional miraba a la población. Se trataba de una amplia construcción de unos 100 m. de largo y de casi 50 m. de ancho. Sus cuatro lados se disponían del siguiente modo: las habitaciones para los oficiales y tropa de resguardo, así como las cuadras para los caballos en el lateral sur; la panda oriental acogía la capilla de San Miguel (como no podía ser de otro modo dada la longeva tradición al arcángel justiciero), la sacristía, la enfermería y la casa del médico; en dirección opuesta, es decir hacia poniente, se localizaban las salas de morada de los empleados y dependientes de la cárcel; mientras que la zona septentrional se dedicaba a las celdas de los reos. Como se intuye en el plano que aportamos, el rectángulo interior quedaba dividido en tres espacios (aunque el central duplicaba en espacio a los otros dos), que trazaban unos robustos porches porticados, cuyos arcos de medio punto apeaban en gruesos pilares rectangulares.

Pero la parte más lúgubre y siniestra es la que estaba por debajo del nivel del suelo: las celdas de los presidiarios. Se trataba de unos habitáculos reducidos, que en algunos casos compartían a modo de ventana un hueco vertical donde a duras penas cabía la mano. Además, tenían un orificio practicado en el suelo, el cual serviría de letrina. Desde estos calabozos, por una angosta galería subterránea entraban y salían los penados a sus malsanos quehaceres, sin ver la luz del sol, ni recibir la más pequeña brisa de aire limpio.



Aspecto de las celdas y de una de las “ventanas” de la Real Cárcel de Almadén. Verano 2103.

Las obras del recinto se realizaron con cierta rapidez, pues dieron comienzo en 1752 bajo la supervisión técnica del ingeniero Silvestre Abarca, del malagueño Everardo Pavís —como maestro mayor de obras— y de su teniente Francisco Felipe Camps, en tan solo dos años las obras

habían finalizado. Por coincidir temporalmente con las averiguaciones del Catastro de Ensenada, podemos ampliar el nombre de otros 3 aparejadores que allí intervinieron: Miguel de Azor, “sobrestante de la Nueva Crugia o Carcel de Forzados que se está construyendo”, Juan José de San Martín, “de estado hijosdalgo, pero que no fue recibido como tal en la villa. Sobrestante de las obras que se están construyendo en dicha villa”⁷, y Antonio Grande, igualmente sobrestante en Almadén para las labores que se estaban practicando para levantar el presidio de esclavos y forzados.

SER ALCAIDE EN EL ALMADÉN DEL AZOGUE

Tal vez hoy a muchos de nosotros nos pueda resultar difícil entender que hubiera cierto interés por desempeñar tal oficio. La grima actual por controlar, alimentar, cuidar y responder de un grupo social tan marcado para nada se ajusta a la visión que se tenía en el Setecientos. Es más, se percibía como un asunto utilitarista, donde los presidiarios cumplían una función indispensable para la buena marcha de aquellas cárcavas mercuriales, puesto que era fundamental evacuar las aguas subterráneas. Si se ponía énfasis en el cuidado y manutención de los galeotes era por la fuerte inversión económica que en aquellos infelices se hacía desde la Hacienda pública. En este sentido las palabras que redactaba el amanuense sobre los compromisos que asumía el nuevo alcaide Lucas Escribano Montoya, cuando este aceptó su nombramiento en 1715, son lo suficientemente esclarecedoras:

“servira dicho oficio y cargo de tal alcaide con la puntualidad y cuidado que se requiere, y en todo tiempo executara las ordenes que le fueren dadas por su señoría y demas superintendentes que fueren en estas dicha Rs. Minas, y cuidara con todo desbello de la guarda y custodia de los forzados y esclavos que son y fueren de su cargo y los cuidara con las raciones, besttidos, camisas, zapatos, jergones y mantas para sus lechos como sea estimado y dara cuenta de ellos; y si por su descuido, omission, o neglixencia alguno o algunos hizieren fuga pagara a Su Magestad los daños, intereses y menoscabos que se siguiesen por la dicha fuga, y finalmente hara y cumplira con la obligacion de su oficio”⁸.

Como se puede apreciar no solo era cuestión de atender con el mayor rigor las órdenes de la superioridad o de poner el celo debido en los encargos recibidos sobre ropa o alimento, sino que, si en algún momento algún preso lograba huir, lo que sucedió en más de una ocasión, debía reponer a otro esclavo o forzado por el precio y por el tiempo que le restaba al huido.

Sirva de muestra de lo que decimos lo que acaeció en marzo de 1727, siendo alcaide Juan Antonio Garzón. Este reconocía que se había escapado un forzado de nombre Jacobo Biridi, (mayor, azogado y de confianza hasta que se fugó en diciembre del año anterior), y que no obstante de haber practicado diligencias y persecuciones infructuosas para localizarle, se veía obligado a realizar como donación a las reales minas de un esclavo que había adquirido en el colegio de los agustinos descalzos de la villa de Almagro, “moro de nazion, llamado Cosimo Lemi, color amembrillado y picado de biruelas y demás de dos baras de altura”⁹.

Para asegurar y demostrar que era útil para el servicio, desde la Contaduría se hizo examinar por el médico y el cirujano, quienes dejaron constancia por escrito de que “estaba sano de sus miembros y para poder serbir en cualquier ejercicio de los de estas minas, y que tendría veinte y tres años de edad con corta diferencia”. El decreto que desde esa misma Contaduría se emitió, en base a los precedentes anteriores en casos de evasión, además de enriquecer la casuística y los diferentes precios que se abonaron en otras situaciones, terminaba por aceptar para el servicio a Cosimo Lemi y saldar así la deuda contraída por el alcaide con la Real Hacienda.

⁷ AHPCR. Catastro de Ensenada, leg. 643.

⁸ AHPCR. Protocolos notariales, leg. 4764, f. 30v.

⁹ *Ibidem*, f. 3 y ss.

Por otra parte, unas líneas más arriba mencionábamos el ejercicio de sus responsabilidades. Aunque sea de forma concisa, dos aspectos queremos destacar: en primer lugar, el control del equipamiento con que debían vestir y calzar a aquellos infelices; en segundo término, su alimentación y atenciones sanitarias. En realidad, los dos aspectos, con independencia de la generosidad y bondad de cada uno de los alcaides, respondían a ese fin utilitario que antes hemos citado: cuanto más robustos y mejor nutridos estuvieran aquellos reos, mayor provecho se les podría sacar.

Con el fin de poderlos diferenciar en el seno de las oscuras galerías mercuriales lo habitual era que, sumadas a las cadenas y grilletes que portaban, fueran rapados y vestidos de paño rojo. Para ello se les debía calzar con zapatos, todo un pequeño lujo, pues la mayoría iban descalzos o llevaban unas abarcas de esparto. La explicación radica en su ocupación, ya que la mayoría pasaban el día en los tornos evacuando las aguas subterráneas para que la mina estuviera practicable o se les sacaba a los hornos de fundición para ayudar en la carga de los mismos o en descarga de las cenizas y escorias que se retiraban. Para el abastecimiento de las suelas y pieles con las que se confeccionaban los zapatos se sacaba a pública subasta, como otros muchos pertrechos con los que se debía abastecer la mina y la propia cárcel, y se adjudicaban al mejor postor.

Algo muy similar ocurría con el lienzo de paño colorado con que se vestían. El equipamiento hoy nos parecería de lo más rudimentario: un jergón que le cubría el cuerpo y unos calzones las piernas, al que se le añadiría una anguarina que, a modo de gabán rústico y sin mangas, les cubría del polvo y las goteras, a la vez que los identificaba. El suministro de este tejido durante décadas, a pesar de salir a puja anualmente, estuvo en manos de tejedores y comerciantes de la villa cordobesa de Torremilano, actualmente Dos Torres.

En cuanto a la alimentación tres productos destacan sobre el resto: el pan, el vino y la carne de carnero. Aunque en los tres casos se procedía a regularizar su avituallamiento por medio de una obligación contractual con la mina, el pan solía abastecerse a nivel local. Habitualmente correspondía hornearlo a las mujeres, bien estuvieran casadas (en cuyo caso siempre se hacía constar el consentimiento del marido, quienes así figuran en las escrituras firmadas) o bien se hubiesen quedado viudas (habitualmente con cargas familiares); no obstante, en alguna ocasión también hemos localizado algunos mineros de edad avanzada, azogados y temblones, solicitando permiso para ello. Lo más frecuente era que se les hiciera entrega de una determinada cantidad de trigo y ellas se encargaban de devolver un número concreto de panes, a cambio de una suma de reales fijada en la subasta¹⁰. Eso sí, a satisfacción del propio alcaide, quien en teoría debía comprobar si la cocción y presencia de los panes era la adecuada. Como el acuerdo tenía una vigencia anual, a principios de enero se pactaba lo aquí explicado.

Cuestión distinta era la carne pues, aunque pudiera surgir algún hombre de negocios local que se arriesgase en su provisión, lo más frecuente fue que los forasteros se hiciesen cargo de su abasto. Al tratarse de una sociedad profundamente teocratizada, las obligaciones para el surtido se firmaban en primavera, justo después del periodo de ayuno cárnico que fijaban los mandatos eclesiásticos. La relación contractual establecía que se empezaba a servir el Lunes de Pascua de ese año y que se prolongaba hasta el Sábado Santo del año siguiente. Como en los casos precedentes el precio se fijaba por contrato, así como la fianza del que rubricaba el compromisario, pues tanto para la villa como la mina era fundamental en la pobre dieta de los mineros.

Pero si esas eran sus obligaciones más señaladas, como contrapartida estaban las prestaciones pecuniarias que recibían tanto el alcaide como las personas más significativas vinculadas al recinto penitenciario almadenense. Una magnífica ocasión para ello nos lo brindan

¹⁰ En adelante usaremos rs. para indicar los reales y mrs. para los maravedíes.

las *Ordenanzas* de 1735, especialmente en sus capítulos XX-XXII¹¹. Como responsable principal, se fijaba su salario en 200 ducados y 18 fanegas de trigo al año.

Para las funciones que correspondían al sotalcaide, que era el segundo mando, trasladamos lo que recogen las mencionadas *Ordenanzas*, aunque ya anticipamos que se le asignaba por esa labor un salario de 4,5 rs. al día.

“El sotalcayde es un ayudante del alcayde, que sirve para traer las llaves y abrir y cerrar las puertas de la carcel, assiste con el alcayde a hacer las visitas de noche, tiene su habitacion inmediata a la misma carcel y debe estar siempre prompto para abrir y cerrar de dia y de noche, y assiendiendo al alcayde en todo lo que alli se ofreciere; se mantendrá este oficio, por ser tan necessario en la forma que presentemente se practica”¹².

Además, otras dos personas estaban vinculadas directamente al presidio en las labores asistenciales: el médico y el cirujano. Estos tenían la obligación de visitar diariamente a los enfermos, recetando la medicación que estimasen necesaria y cuidando de que el alcaide hiciese cumplir sus orientaciones sanitarias. Al doctor se le fijaban, entones, 34.260 mrs., 50 fanegas de trigo y otras tantas de cebada; mientras que para el cirujano se estipulaban 2.000 rs., más casa propia o si no disponía de ella 300 rs. para su arrendamiento. Cabe indicar que, además de este médico, en la villa existía otro galeno que contrataba directamente el ayuntamiento de la localidad, pero quien gozaba de mayor prestigio y por consiguiente de mayor retribución era el que estaba vinculado a estas minas.

Por último, cabe mencionar: al boticario, que obviamente se encargaba de preparar los ungüentos y medicinas que recetaba el doctor; al capellán, que la mina nombraba entre los eclesiásticos de la villa; al pregonero, que impartía sus sermones en Cuaresma y que era enviado desde el vecino convento franciscano de San Antonio de Chillón (como contrapartida a dicha congregación se le entregaban al año 12 fanegas de trigo); y, finalmente, a algún enfermero que se elegía entre los reclusos de confianza y/o que estaban inútiles para tirar agua en los tornos.

UN CARGO EN MANOS DE LAS FAMILIAS MÁS PODEROSAS

El tándem mina y villa funcionó constantemente en el Almadén moderno. No en estricta igualdad de condiciones, ya que siempre prevaleció el interés del establecimiento sobre los cargos que desempeñaron en el concejo. De manera nada casual las personas que tenían las ocupaciones de mayor prestigio en el organigrama minero nos las volvemos a encontrar cuando escudriñamos entre los nombramientos de las actas municipales, empezando por el propio superintendente, que era a su vez gobernador de la villa, y continuando por un amplio elenco de oficios que compaginaban, hasta donde podían, sus obligaciones en ambos terrenos¹³.

Para lo que ahora nos ocupa, la alcaidía de la Real Cárcel, salvo en contadas ocasiones, se puede mantener esta misma línea argumental. Por tanto, vamos a ofrecer algunos ejemplos que ratificarán y concretarán lo que estamos exponiendo. Con ello no pretendemos dar por cerrados todos los casos, entre otras razones porque se escapa de las posibilidades de que ahora

¹¹ Biblioteca de la Real Academia de Historia. *Ordenanzas de Su Magestad de treinta y uno de enero de mil setecientos y treinta y cinco, para el gobierno de las Fabricas y Minas de azogue del Almadén: modo de laborearlas, entibarlas o ademarlas, sacar los metales y fundirlos, labar el azogue y purificarlo; ministros, oficiales y operarios que se han de ocupar en ellas, sueldos que han de gozar, y obligaciones de cada uno y lo demás que se ha de observar*. Ms. 3/2227. Ver para el alcaide, cap. XX, art. 214-243; para el sotalcaide, solo el apartado 244 del cap. XXI; y, finalmente, para el médico y cirujano de la cárcel, el cap. XXII, art. 245-247.

¹² *Ibidem*, cap. XXI.

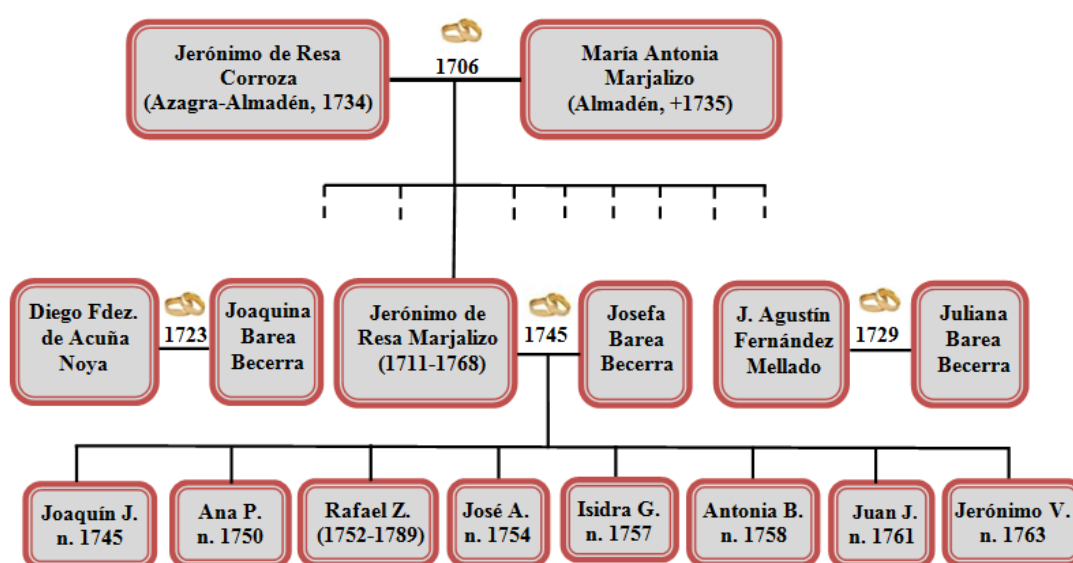
¹³ El primer superintendente en acaparar ambos cargos fue Pedro del Pozo Bustamante, quien ejerció sus responsabilidades desde mayo de 1656 hasta agosto de 1665. Era un hombre de sólida formación, ya que entre otros títulos poseía los de alcalde mayor de Toledo, abogado de los Reales Consejos y consultor del Santo Oficio.

disponemos, sin embargo, nos permitirá aproximarnos prudentemente a algunas de las cunas de mayor prestigio que ostentaron tal oficio.

El primer apellido que deseamos resaltar es el del linaje Resa. Fue esta una familia que llegó a la villa minera en la segunda mitad del siglo XVII desde las tierras navarras ribereñas del Ebro. El primero de ellos fue Jerónimo de Resa Corroza, quien ejerció la jefatura de la alcaidía entre 1684 y 1690. Al margen de su valía personal, de la que poco podemos aportar, estamos convencidos de que su situación profesional se vio favorecida tanto por el hecho de que su tío, Juan Ruiz de Corroza Araciel, ejerciese en esta real fábrica de pagador (segundo cargo en el escalafón del organigrama minero tras la superintendencia, al menos entre 1666 y 1684); como porque su hermano, Juan de Resa Corroza, continuase como hombre de confianza en la contaduría y la pagaduría (llegando a ejercer interinamente en dicho empleo en más de una ocasión).

Las ocupaciones que desempeñó en el concejo hemos tenido ocasión de acreditarlas en los folios que conforman los Libros de Actas del Archivo Municipal almadenense¹⁴. En ellos consta como segundo regidor en 1698, primer alcalde de la Santa Hermandad en 1709, aposentador de la Santa Bula (1712) y comisario para las fiestas del Corpus (en 1709 y 1722), como elector en reiteradas ocasiones, pero sobre todo como regidor perpetuo a partir de 1714, fecha en que adquirió por compra el título.

ÁRBOL GENEALÓGICO SIMPLIFICADO POR LA FAMILIA RESA



Fuente: Archivo Diocesano de Ciudad Real (en adelante ADCR) y <http://www.familysearch.org>. Libros parroquiales de Santa María de la Estrella de Almadén. Elaboración propia

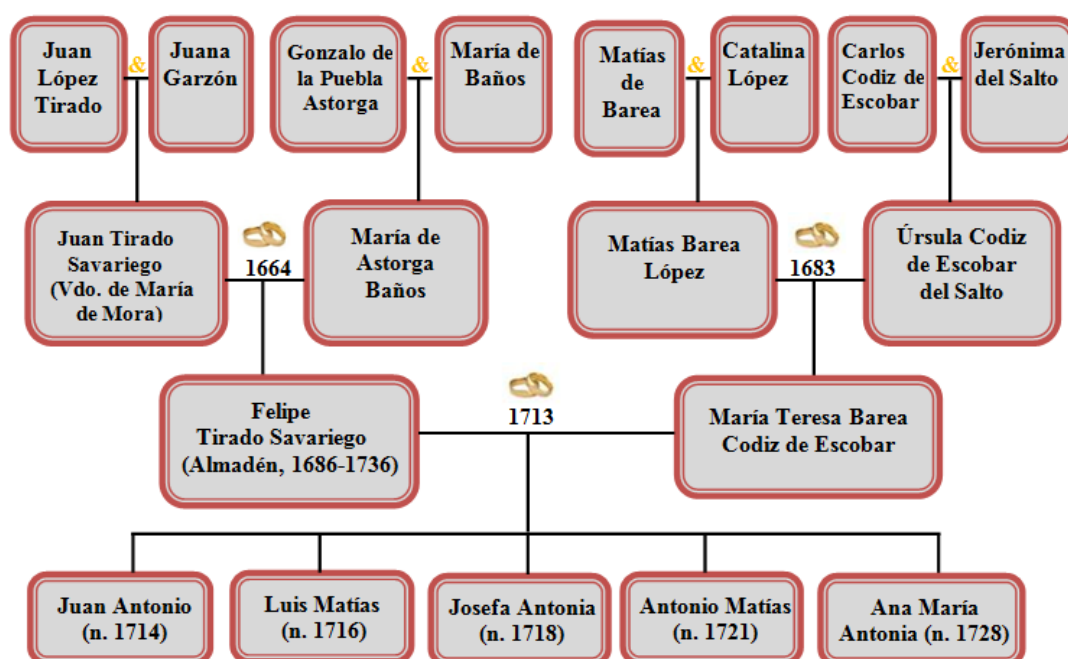
En el ámbito personal su matrimonio con María Antonia Marjalizo en 1706 le permitió consolidar su posición social entre la élite almadenense. Tuvieron una amplia prole, aunque a nosotros nos interesa destacar a su segundo hijo varón, Jerónimo de Resa Marjalizo (Almadén, 1711-1768). Añadamos que en la documentación que hemos manejado consta como familiar del Santo Oficio del Tribunal de Toledo. Sin ser este un cargo de relumbrón dentro del entramado inquisitorial, lo que sí es cierto es que le permitiría gozar de ciertas preeminencias sociales dentro

¹⁴ Archivo Municipal de Almadén (en adelante AMA). Legajos 31-34. Sería muy deseable que tan importante archivo estuviera en mejores condiciones de visita y consulta. De su riquísimo fondo todos nos veríamos beneficiados.

de la comunidad, al menos los amanuenses de los libros parroquiales no se cansan de recordárnoslo.

Respecto a su hijo, aun salvando las distancias temporales, pues lo volveremos a ver como alcaide en 1749 –por tanto, casi 60 años después– los paralelismos son constantes. Tanto la cuna como el matrimonio le volverán a situar entre lo más distinguido de la sociedad almadenense. No obstante de vivir contextos diferentes, los cargos de responsabilidad concejil fueron muy parecidos a los de su progenitor (alcalde de la Santa Hermandad, elector, aposentador de la Santa Bula y, de nuevo, primer regidor tras una rocambolesca historia¹⁵). La endogamia entre las familias de mayor alcurnia, que fue uno de los rasgos distintivos del Antiguo Régimen, tiene en esta familia un ejemplo paradigmático. De hecho, como podemos ver en el árbol genealógico que se adjunta, otro cuñado suyo, José Agustín Fernández Mellado, sería boticario en la Real Cárcel mientras él ejerció de alcaide.

ÁRBOL GENEALÓGICO SIMPLIFICADO DE FELIPE TIRADO SAVARIEGO



Fuente: ADCR y <http://www.familysearch.org>. Libros parroquiales de Santa María de la Estrella de Almadén. Elaboración propia

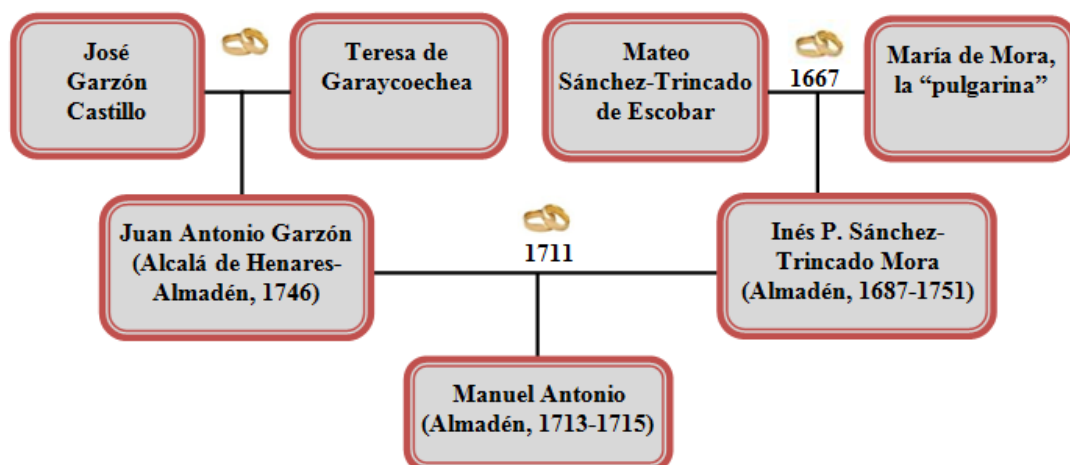
Un segundo ejemplo de las relaciones entre mina, municipio y alcaldía lo podemos hallar en Felipe Tirado Savariego (Almadén, 1686-1736). Igualmente, el linaje corresponde a otra familia importante, pues ambos apellidos los podemos localizar entre lo más florido de la villa minera. Por su partida bautismal sabemos que nació el primer día de mayo de 1686, aunque no recibió las aguas sagradas hasta unos días después. En ella figura como hijo de Juan Tirado Savariego, en aquel instante escribano del ayuntamiento, y de María de Astorga Baños, teniendo como padrino al médico de la villa Martín Ruiz Savariego Tirado, cuya similitud de apellidos parece evidente¹⁶.

¹⁵ Tras la muerte de su padre y posterior reparto de bienes, el cargo de regidor perpetuo fue vendido, carambolas del destino, a quien más tarde sería su cuñado, Diego Fernández Acuña Noya. Tras la muerte de éste y la cesión de su cuñada, Jerónimo volvería a ocupar asiento en el ayuntamiento como regidor perpetuo.

¹⁶ ADCR. Libro de Bautismos de Nuestra Señora de la Estrella núm. 6, f. 126v. Aunque la confusión por el baile de apellidos era ciertamente habitual, según nuestras averiguaciones se trataría de su tío carnal.

En cuanto a su recorrido vital y profesional las coincidencias se vuelven a repetir. El matrimonio con María Teresa Barea Codiz de Escobar, en la primavera de 1713, le vinculará con otra de las estirpes de renombre, además de proporcionarle una amplia descendencia¹⁷. Su esposa era hija de Matías Barea, médico de esta villa calatrava, y de Úrsula Codiz de Escobar. Entre los padrinos y testigos se anotaron algunas de las personalidades más significativas de aquel momento: como el licenciado Gonzalo Savariego Tirado o el presbítero Pedro Marjalizo Pizarro, comisario del Santo Oficio de la Inquisición en aquellos años.

ÁRBOL GENEALÓGICO SIMPLIFICADO DE JUAN ANTONIO GARZÓN



Fuente: ADCR y <http://www.familysearch.org>. Libros parroquiales de Santa María de la Estrella de Almadén. Elaboración propia

Sus ocupaciones en el ámbito minero nos vienen a manifestar nuevamente una doble realidad: por una parte, que contaba con la confianza de sus superiores; por otra, que disponía de la faltriquera o de los bienes suficientes para responder a tal desafío. Referente a lo primero, trabajó como alcaide de forzados (1722-1723); posteriormente como capataz de herrerías en la mina del Pozo; y, más tarde, por la muerte de Cristóbal Garzón Chicharro, desempeñó un cargo de mayor enjundia, mayordomo de Buitrones, donde debía controlar todas las mercancías y personas que entraban y salían del recinto de destilación, incluido el bien más preciado del establecimiento: el azogue. En cuanto a lo segundo, no debemos olvidar que en cada uno de los nombramientos se debía afianzar con las correspondientes hipotecas, lo que ponía de manifiesto que la superintendencia tenía que tener en mente a aspirantes que pudieran presentar los avales correspondientes. En el caso que nos ocupa desde luego que lo pudo hacer, eso sí, de forma mancomunada con su mujer, que aparece como su fiadora y avalista¹⁸.

Por lo que hace referencia a sus ocupaciones concejiles, estas se acumularon en el tramo final de vida. Salió propuesto y elegido cuarto regidor en 1728; elector y comisario de las fiestas que se celebraban en honor a Nuestra Señora del Rosario de 1732, y nuevamente elector en 1733, 1735 y 1736, año en que le sobrevino la muerte. A la vista está que, siendo cargos de perfil más bajo, lo cierto es que vuelve a poner de manifiesto los vínculos que se fueron tejiendo entre la mina y la villa a lo largo de toda la etapa moderna.

Cerraremos la terna de los personajes que hemos seleccionado y que se ocuparon de la alcaidía con Juan Antonio Garzón (Alcalá de Henares-Almadén, 1746). Gracias a su partida de

¹⁷ ADCR. Libro de Desposorios de Nuestra Señora de la Estrella núm. 3, f. 214.

¹⁸ AHPCR. Protocolos notariales, leg. 4764, s/f. El documento está fechado el 31 de julio de 1723.

matrimonio, sabemos que era hijo del doctor José Garzón Castillo y de Teresa de Garaycoechea, quienes habían llegado a la villa calatrava en las postrimerías del Seiscientos. Igual que su padre, era natural de Alcalá de Henares, pero como tantos otros acudió hasta estas tierras manchegas para ejercer sus labores nosológicas¹⁹. Sin embargo, su proyección social fue más lejos, ya que ejerció en distintos momentos de elector, procurador síndico o regidor bajo la superintendencia de Unda Garibay.

Con semejante cuna, sin menospreciar los sentimientos y atracción que sintiera por la que sería su esposa, es fácil de entender que a la hora de buscar matrimonio lo hiciese con alguna de las estirpes más acaudaladas. La elegida fue Inés Sánchez Trincado, hija de Mateo Sánchez Trincado de Escobar y de María de Mora, antiguo mayordomo en la mina de El Pozo y hombre de cierta fortuna, quien igualmente se había sentado en los sillones consistoriales para las más diversas funciones²⁰. En el enlace los padrinos fueron el alcalde de Gargantiel Fernando Dorantes Sotomayor y su esposa, Prudenciana Tirado Savariego, cuyos apellidos también nos acercan al anterior alcaide²¹. De este matrimonio, a diferencia de los anteriores carceleros, no hubo una gran pole, todo lo contrario: el único vástago que hemos localizado, Manuel Antonio, vivió poco más de dos años, ya que nació en junio de 1713 –la fecha elegida para recibir las aguas bautismales fue el día de san Juan, de emotiva raigambre en Almadén– y falleció en el otoño de 1715, coincidiendo con un brote epidémico en la villa del azogue²².

Ya que estamos citando los libros parroquiales en ellos consta Juan Antonio con cierta frecuencia como padrino. En unos casos la justificación es clara, ya que son sobrinos o familiares directos; otras por la proximidad de su cargo con los empleados de la cárcel, tal cual fue el caso de adoctrinar al hijo del médico extremeño Alejandro Félix de Medina en 1737; pero sobre todo donde queremos hacer mayor hincapié es cuando lo tuvo que hacer por ser alcaide de la real cárcel de forzados. Aunque han sido varias esas situaciones, nosotros hemos elegido por significativa la partida redactada en la primavera de 1729, pues recoge con precisión el sentir y proceder de la época respecto a estos galeotes.

[...] “Baptize solemnemente como manda el ritual romano a un moro de edad de veinte y un años, poco mas o menos, quien había nacido en la villa de Argel, Reyno del Gran Sultan, el que se llamaba Mostafa y profesaba la ley mahometana y que no sabe como se llamaba su padre, pero que su madre se llamaba Asia y su abuelo Soliman y que havra siete años que le captivaron y esta en tierra de cristianos y que es mozo soltero, al qual puse por nombre Francisco Raphael, y dicho baptizado esta sirviendo en las Minas del Rey Nro. Sr. (q. D. g.) fue su padrino que le toco y asistió a todos los actos y ceremonias de dicho baptismo D. Juan Antonio Garzón alcaide de los forzados y esclavos de Su Magestad, vezino de la villa y natural de la ciudad Alcala de Henares, a quien advertí el parentesco espiritual y obligación de conocer y enseñarle la doctrina christiana; fueron testigos D. Fernando Vigil de Quiñones, cura rector de dicha parrochial y D. Diego Valdes y Giron, Governador de esta villa y D. Francisco Antonio Tirado Sabariego, presbítero de ella, y lo firme = D. Diego Alfonso de Velasco”²³.

En cuanto a sus compromisos en el municipio, por ser muchos y dilatados en el tiempo, preferimos sintetizarlos en el cuadro resumen adjunto. A la vista está que fue un hombre versátil,

¹⁹ ADCR. Libro de Desposorios de Nuestra Señora de la Estrella nº 3, f. 200.

²⁰ En los Libros de Actas del ayuntamiento lo hemos localizado como: regidor (1725 y 1728), mayordomo del hospital (1712), alcalde de la Santa Hermandad (1702), comisario para las fiestas del Corpus (1703), comisario de Nuestra Señora del Rosario (1715); mayordomo de la ermita de san Sebastián (1717), entre otros muchos oficios.

²¹ ADCR. Libro de Desposorios de Nuestra Señora de la Estrella nº 3, f. 200.

²² ADCR. Libro de Bautismos de Nuestra Señora de la Estrella nº 8, f. 55. El padrino fue la misma persona que apadrinó el enlace matrimonial, Fernando Dorantes Sotomayor, en ese instante mayordomo de la iglesia parroquial. Para constatar la muerte hemos buscado en el Libro de Defunciones de Nuestra Señora de la Estrella nº 1, f. 204v. Los meses de noviembre y diciembre de 1715 fueron los que registraron las peores cifras de fallecidos de toda la década, con especial virulencia en los párvulos y niños.

²³ ADCR. Libro de Bautismos de Nuestra Señora de la Estrella nº 9, f. 24v. El documento está fechado el 1 de marzo de 1729.

puesto que supo compaginar sus tareas carcelarias durante varios lustros (nosotros lo situamos al frente del presidio entre 1721 y 1746, con un breve intervalo en 1722-1723) con sus quehaceres municipales. Precisamente en este ámbito, lo encontramos lo mismo de elector que de regidor, como alcalde de la Santa Hermandad, procurador síndico o bien como mayordomo en distintas ermitas. Por cierto, que falta el cargo que ocupaba en el momento de su óbito, el de mayordomo de la iglesia parroquial, circunstancia que le evitó a su mujer tuviera que pagar los derechos de rompimiento de su sepultura, pues ya hemos mencionado que ningún descendiente le sobrevivió.

CARGOS MUNICIPALES EJERCIDOS POR JUAN ANTONIO GARZÓN

1715	Segundo alcalde de la Santa Hermandad
1716	Mayordomo del sr. San Juan
1717	Mayordomo del sr. San Juan
1718	Cuarto regidor
1719	Cuarto regidor
1720	Tercer regidor
1721	Mayordomo de san Sebastián
1725	Elector y procurador síndico
1726	Tercer regidor
1729	Elector
1731	Primer regidor y aposentador de la Santa Bula
1732	Primer regidor y aposentador de la Santa Bula
1733	Procurador síndico y comisario para las fiestas de Nuestra Señora del Rosario
1735	Elector
1736	Elector y primer regidor
1737	Primer regidor
1738	Primer regidor y aposentador de la Santa Bula
1739	Mayordomo del Hospital de la Caridad
1741	Procurador síndico
1742	Comisario para las fiestas de Nuestra Señora del Rosario
1743	Elector

Fuente: AMA, leg. 31-34. Elaboración propia

Con este último personaje cerramos, por ahora, nuestras aportaciones a la figura del alcaide de la Real Cárcel de forzados y esclavos. La simbiosis entre la villa y el establecimiento minero (especialmente durante el siglo XVIII, aunque no exclusivamente) hemos tenido ocasión de comprobarla en las líneas precedentes. Naturalmente que no quedan agotadas aquí todas las líneas de investigación sobre este particular, pero una cuestión destaca por encima de las demás: que la familia (entendida como cuna y parentesco) ha sido y, en gran medida, continúa siendo una forma de ascenso y consolidación social.

De la habilidad para entablar lazos sentimentales con apellidos ilustres que les permitiesen ascender en el Almadén del Setecientos los ejemplos a los que nos hemos aproximado pueden ser buena muestra. Desde luego, parece obvio que los vínculos familiares posibilitaron a nuestros protagonistas acaparar el poder, aunque fuera en el ámbito local. Admitiendo que lo aquí expuesto difícilmente se puede extrapolar a otros contextos y villas del Campo de Calatrava, o incluso de toda La Mancha, parece notorio que los mecanismos de ascenso social por medio de la endogamia y el clientelismo no fue un caso aislado en la España dieciochesca.

POBRES DEL ORO: TRAYECTORIAS DE INDIVIDUOS Y FAMILIAS NO BLANCAS EN LA AMÉRICA PORTUGUESA

Mônica Ribeiro de Oliveira

Universidade Federal de Juiz de Fora

En el presente trabajo se llevará a cabo un ejercicio de análisis basado en una fuente del siglo XVIII producida para controlar el pago de los impuestos relacionados con la extracción de la minería de oro. Ese documento se prestaba a un objetivo importante, que era hacer un reconocimiento inicial de la población local para el pago de la “derrama”. Ésta consistía en el cobro de cualquier déficit en ingresos fiscales anuales del oro hasta alcanzar el nivel requerido por la Corona y se aplicaba sobre el valor total de cada uno de los residentes de las zonas mineras. Identifiqué en este documento una ventana de percepción del comportamiento de los agricultores establecidos en los alrededores de la región de Minas. Por otra parte, nos permite vislumbrar el universo de pobres coloniales, un grupo heterogéneo y difícil de identificarse en las fuentes.

La mayoría de las fuentes disponibles para el siglo XVIII fue producida por las autoridades y los sectores más acomodados, todos inmersos en los prejuicios y desconfianza de estos segmentos. Además, la condición de pobreza los ha llevado a producir unos pocos registros: no participaban en el mercado formal, no pagaban impuestos, no adquirieron muchas posesiones y no legitimaban sus relaciones. Los nombres de pila raras veces se acompañan de los apellidos, lo que dificulta aún más el acceso a los pocos registros producidos como las actas de bautismos y óbitos.

Para desbordar estas dificultades elegimos cruzar la información descrita aquí con los registros de otros tipos, tales como apuntes de bautismo y los inventarios. Esta elección se justifica por nuestra propuesta metodológica para el uso de la perspectiva micro histórica. Comprender las situaciones cotidianas, los comportamientos individuales o colectivos, las principales acciones políticas y económicas de los individuos y grupos y su red de relaciones, nos permitió un mejor acercamiento a la compleja realidad en la que se vivía en el interior de la América portuguesa.¹

Elegir el pobre colonial como objeto de investigación nos lleva a hablar de los problemas teóricos y metodológicos al manejar una categoría ambigua y fluida ya ampliamente discutida por la historiografía. En el Diccionario Bluteau del 1728 importante referencia para los estudios sobre la América portuguesa, los pobres serían aquéllos que no tenía lo necesario para su supervivencia. El autor analiza una serie de situaciones en las que se emplea el término como el pobre del Fidalgo con poca renta, o el hombre pobre más pródigo de las Escrituras, y la lista de los adagios portugueses sobre los pobres y realiza la misma descripción de la noción de pobreza.² Las diferentes aplicaciones del término que figuran en Bluteau revelan la relatividad del concepto.

En las fuentes de la época no es frecuente el uso del término. Uno que no paga el impuesto debido al “derrama”, o que se excluye del cobro del “quinto” por su condición de pobreza o misma indigencia (establecido en tierras de otros individuos cuyos activos estaban

¹ Giovanni LEVI, *A herança imaterial: trajetória de um exorcista no Piemonte do século XVII*, Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 2000, p. 47.

² Raphael BLUTEU, <http://www.brasiliana.usp.br/pt-br/dicionario/edicao/1>

restringidos a la posesión de una bestia, por ejemplo) se denomina simplemente como "no pagante". Por lo tanto, para esta investigación deduje que los individuos y las familias objetos del estudio eran los "pobres de oro", pero para ello tuve la precaución de explicar a qué tipo de pobreza yo me refería, a saber, pobres hombres libres en una forma o de otro modo vinculado al cautiverio, los propietarios o arrendatarios, o aquellos que tenían la posesión de pequeñas áreas de cultivo, del interior de Minas Gerais durante el siglo XVIII y la mitad del siglo XIX y sobre todo los que no tienen honor y prestigio – de acuerdo con los criterios de jerarquía social en la sociedad ibérica. Fueron sobre todo los que tenían vínculos remotos o más directos con la esclavitud, es decir, me refiero al grupo de los mestizos y negros libres.

Las dificultades para obtener más información acerca de estos grupos nos han llevado a utilizar una estrategia de investigación que consiste en seguir a través de los registros de aquellos a quien se subordinaban, es decir, los grandes terratenientes locales que tenían bajo lazos de clientela individuos y grupos desposeídos. Desenredamos las redes de clientela de los grandes terratenientes de la región, más específicamente un gran propietario – el de mayor referencia en el documento, ya que era dueño de la mayoría de las tierras ocupadas. Con ese procedimiento tratamos de entender las distintas relaciones entre los diferentes grupos sociales que vivían allí y obtener informaciones más significativas respecto a la trayectoria de los desposeídos.

El grupo de "pobres coloniales" era bastante heterogéneo en cuanto a su origen étnico. Como ya se lo dijo, se percibe que la mayoría era de mestizos y negros, pero también se observa la presencia de portugueses de la región del Minho viviendo lado a lado con otros blancos pobres, todos sometidos a lazos de clientela. En general, la comunidad que se encontró en la capilla de la *Borda do Campo* representa una síntesis de la sociedad colonial.

Reflejaba las contradicciones de esa sociedad, marcada por la coexistencia en el mismo espacio de distintos grupos sociales, como los grandes, medianos y pequeños terratenientes, hacendados y personas sin ninguna fortuna conviviendo en un contexto institucional y económicamente débil, sin la presencia de un Estado fuerte, capaz de reglamentar las relaciones entre los individuos en diferentes ámbitos de la vida, sea en las normas de convivencia social, la religiosidad, la sociabilidad, la adquisición de activos (tierras y esclavos, por ejemplo), así como en lo que se refiere a la cobranza de los impuestos por parte del fisco (llamativa característica de la empresa minera).

En este contexto, el estudio del parentesco es de importancia fundamental. El establecimiento de los lazos de sangre y rituales cumplirían la función de reconstrucción de lazos en una sociedad formada por esclavos que se volvieron libres, y mestizos de todo tipo y, a la vez, sirvió para reforzar las relaciones de poder, a través de las redes verticales. El parentesco cumplía la función de cementar las relaciones entre los individuos y las familias, sobre todo en una sociedad caracterizada por la inestabilidad y la movilidad, alimentada continuamente con nuevos miembros, recién libertados del cautiverio y mulatos libres de otras áreas de la colonia en busca de acceso a la tierra y para extraer oro de forma autónoma.

Los primeros años de los descubrimientos auríferos estuvieron marcados por la incertidumbre y el desafío de encontrar los mecanismos más adecuados para recaudar los derechos de la corona, fundamentales a la supervivencia del imperio. La Corona tenía que crear la estructura fiscal que permitiera el flujo del oro para los cofres reales y evitar los desvíos. Después de una sucesión de resoluciones y de afrontamientos de resistencias locales, fueron institucionalizados las "casas de fundición" (1724 – en donde se fundía oro en polvo y se extraía el impuesto) y más tarde hubo la ampliación de los contribuyentes a través de otro impuesto, la "capitación" (1735 - recaudación por cada esclavo que participa en la minería) y el "quinto" (el 20% de todo el oro extraído). Se recreaban formas de control fiscal sobre la producción de oro que sirvieron al doble propósito de aumentar los ingresos fiscales y también la influencia del

poder real, como parte de un proyecto para fortalecer los lazos que unen el reino, el centro de poder a las regiones más remotas.

Han ocurrido avances y retrocesos de las órdenes reales para la tributación adecuada del oro, que enfrentaba el poder privado ejercido por los pudientes locales. En la mitad del siglo XVIII, la Corona estaba enterada de que la rebeldía y el contrabando eran los responsables por la caída de los ingresos, y cada vez más aumenta la presión por mejorar el sistema de recaudación de los impuestos, sustituyendo la “capitación” por el “quinto”. En este contexto se creó la “derrama”, o sea, una recaudación con objetivos de hacer una recuperación de cualquier déficit de los ingresos anuales, hasta llegar a la cuota anual de cien arrobas (la arroba en el Brasil colonial equivalía a casi 15 kilos).³ Se sabe que en el momento de la creación de la “derrama” la minería de oro aún no estaba en decadencia, sin embargo, el foco en esta vez ya no era el minero, sino otros grupos sociales, con el objetivo de que el combate al contrabando se generalizara y volviera en bandera de todos, en el anhelo de que fueran eximidos de ese cobro extra de impuesto.

La “derrama” debería gravarse a través del poder municipal, con la asistencia de varios funcionarios, incluyendo los tesoreros de Intendencias que deberían elegir los recaudadores de impuestos locales responsables de su distrito. Se preparaba una lista conteniendo la población total del distrito, independientemente de tener bienes o no. La “derrama” se aplicaba sobre un porcentaje del valor total de los bienes de cada uno de los residentes. Cada condado, cuatro en total, debería recoger individualmente el equivalente a su participación en la deuda total. La primera “derrama” se llevó a cabo entre los años 1763 y 1764 tratando de recoger 17 arrobas de oro correspondientes a 13 años de “quintos” (el otro impuesto) insuficientes.⁴

Vamos a utilizar una lista de la “derrama” de 1764 para los residentes del distrito de Borda do Campo y a través de ella, cumplir con los objetivos de esta propuesta de investigación, que es, comprender el comportamiento de los grupos e individuos más pobres y sus relaciones con otros segmentos sociales de esa sociedad. Nuestro interés se fija en el análisis de la coexistencia, en un mismo espacio, de diferentes grupos sociales, insertados en diferentes lugares en la jerarquía social local. Centraremos nuestra atención principalmente en el comportamiento de los grupos no blancos libres, es decir, respetando las nomenclaturas de la misma fuente, libertos, mulatos y negros libres.

Tabla 1
Residentes de la capilla de la Borda do Campo: Blancos y no blancos libres, Derrama 1764

Total de residencias listadas: 72							
Residencias lideradas por blancos				Residencias lideradas por no blancos libres			
57		79,16		15		20,83	
Pago de la derrama				Pago de la derrama			
Pagaron		No Pagaron		Pagaron		No Pagaron	
28	49,12%	29	50,87%	05	34%	10	66%

Fuente: Derrama de la capilla de la Borda do Campo. Documentos avulsos. Casa de los Cuentos, Archivo Nacional

³ L. Figueiredo destaca que el cobro de la derrama revelaba una concepción de fiscalidad más pegada al pombalismo y a las nuevas concepciones de las relaciones coloniales, en las que el colono deja de ser el objeto de la política y pasa a participar de ella. Luciano R. FIGUEIREDO, “Derrama e política fiscal ilustrada”, *Revista do Arquivo Público Mineiro*, disponible en: http://www.siaapm.cultura.mg.gov.br/acervo/rapm_pdf/Derrama_e_politica_fiscal_ilustrada.PDF,

⁴ La segunda derrama transcurrió entre 1771-1777.

Respecto a los no blancos, éstos correspondían a una categoría marcada por la diversidad. De un total de 15 viviendas, 10 de ellas fueron exentas de pagar porque eran muy pobres; 11 de ellas no tenían acceso a la tierra y fueron nombradas como "tierras en favor de ...". Si para muchos el acceso a la libertad significaba la autonomía, para este grupo de personas, además de la pobreza que los caracterizaba, la libertad perpetuaba una relación de dependencia. La mitad de esas viviendas de no blancos era encabezada por negras libres, en el control de sus posesiones sin la presencia de un solo bien, simplemente eran nombradas campesinas que viven con sus hijos. El gran propietario de las tierras que fueron ocupadas de "favor" era Manoel de Oliveira Lopes y no por casualidad era el teniente-coronel, el mismo que elaboró la lista de los residentes locales a petición del Gobernador de la Provincia.

El 60% de los jefes de hogar en la localidad vivía bajo lazos de clientela; casi el 80% de ellos era hombres libres blancos pobres, o, al menos, no fueron declarados como esclavos libertos, negros libres o mulatos.

Así llegamos a la categoría de las personas blancas. Alrededor de la mitad de ellas no pagó la "derrama" y el 35% fue declarado como desposeídos, sin ningún bien, pese la presencia de pequeños cultivos con tan sólo la fuerza de trabajo familiar. Entonces, ¿cuál era el color y el origen de los pobres coloniales? ¿No eran necesariamente negro o mestizos, lo que nos lleva a considerar que la capa de pobres y desposeídos no era necesariamente formada por egresados del cautiverio? En las comunidades del interior reinaba una jerarquía basada en el control directo de los menos pudientes, independiente del color y origen.

Como ejemplo, encontramos en esa comunidad dos hogares de inmigrantes portugueses, casados con mujeres de la región, muy pobres y por lo tanto no contribuyentes. Cercano a ellos una vivienda de un negro liberto, Thomé Barbosa Lage que se destacó entre todas las otras personas no blancas libres por sus bienes, siete esclavos, veinteún bueyes y dos caballos, poseía una pequeña fortuna. El origen de esta propiedad es desconocido para nosotros. Podría haber sido legado por carta de manumisión, lo que representaba una posibilidad en el momento⁵. Trasciende nuestra meta esta discusión sobre el papel de la manumisión en la multiplicación de nuevas jerarquías sociales o incluso la posibilidad de que se enfríen las tensiones sociales y, por tanto, han servido como un instrumento de legitimación de la esclavitud, pero el hecho es que el esclavo liberto se distingue de los otros más empobrecidos. Investigamos más de cerca sus pasos en otras fuentes. Thomé, casado con la liberta Ana Dias da Costa, bautizó a sus cuatro hijos y fue capaz de extender sus redes familiares hacia los grupos sociales más ricos, e incluso tuvo como madrina de uno de sus propios hijos la cuñada de Manoel de Oliveira Lopes.⁶ ¿Serían sus objetivos protegerse a sí y a sus hijos, o simplemente lograr el reconocimiento social? Thomé se comportaba como la mayoría de los dueños de esclavos en no extender su red de compadres al mundo de los cautivos, sin embargo permitía a sus esclavos que actuaran como padrinos de una serie de otras parejas de africanos.⁷

La trayectoria del ex esclavo Thomé nos hace pensar sobre los significados de la movilidad social en el período. Sheila Faria dice que la búsqueda por la movilidad social constituía un aspecto preferencial de la conducta de los hombres coloniales y que ésta no se pasaba sólo por

⁵ Márcio de Souza SOARES, *A remissão do cativo: a dívida da alforria e o governo dos escravos nos Campos dos Goitacases, c. 1750 – c. 1830*, Rio de Janeiro, Apicuri, 2009; y Andrea, LISLY, *As margens da liberdade: estudo sobre as práticas de alforria em Minas Colonial e provincial*, Belo Horizonte, Fino Traço, 2011.

⁶ Actas Paroquiales de bautismo- Archivo del Arcebisado de Mariana y Archivo Histórico del Arcebisado de Juiz de Fora- MG.

⁷ Hay un rico debate en la historiografía brasileña sobre los significados de la red de compadres entre los esclavos. Consultar: Stuart SCHWARTZ, "Escravos, roceiros e rebeldes"; Robert W. SLENES, "Senhores e subalternos no Oeste Paulista", en Luiz Felipe de Alencastro (org.), *História da vida privada no Brasil. Império: a corte e a modernidade nacional*, São Paulo, Companhia das Letras, 1997.

la iniciativa individual, sino como una decisión regida por la familia. Roberto G. Ferreira subraya que la movilidad creaba patrones diferenciados entre los propios hombres negros, convirtiéndose en un proceso de cambio social en general, pero sobre todo dentro del grupo. En un sentido más amplio la movilidad social recreaba y solidificaba las jerarquías sin promoción de rupturas⁸.

Para los desposeídos en general, de color blanco o no blanco en el contexto de la falta de recursos y difícil acceso a la tierra, vivir bajo la tutela de un potente local se constituyó en alternativa más estable para mantener la supervivencia alimentaria, la seguridad y la vida en comunidad. Específicamente sobre Manoel, él no apadrina las familias de pobres portugueses, ni extiende sus lazos de parentesco espiritual a cualquier jefe de familia de los estratos más bajos, así como a negros libres. Levantamos todas las actuaciones de Manoel en las tierras ubicadas en las regiones montañosas de la Mantiqueira y encontramos entre 1738, el año del primer registro, y 1803, la fecha del último registro de Manoel, 41 asientos de bautismos en los que él se presenta como padrino. Confirmando otros estudios sobre las relaciones de compadres con sus cautivos, en los que esta relación es menos evidente, él apadrinó en su mayoría, a sus familiares y amigos, es decir, con aquellos con los que mantenía y tenía intereses en la ampliación de los lazos de parentela consanguínea de la confianza y la lealtad.

Entre todos estos registros encontramos que en 10 de ellos Manoel aparece apadrinando cautivos, y en el chequeo de los nombres nos dimos cuenta de que se trataban de propiedad de otros grandes propietarios locales, vinculados por redes de amistad y de parentesco con Manoel.⁹ El establecimiento de lealtades entre pares formaba parte de las estrategias de las familias consanguíneas de los ricos, incluso si tenían que romper con las prácticas cotidianas.

La red de compadres mantenida por el potentado Manoel no reforzaba sus relaciones paternalistas con los esclavos y los negros libertos, que vivían bajo su favor, lo que no significaba la ausencia de relaciones de subordinación. El principal medio de dominación y, por lo tanto, la recreación de relaciones de clientela, eran las concesiones de vivienda y la explotación de los cultivos agrícolas como "de favor", posibilitado de manera indiscriminada a los hombres libres pobres de la localidad. Éstos ocupaban de forma productiva las "sesmarias" (parcelas de tierra) que fueron donados a Manoel y éste mantenía un grupo de posibles agregados para la asistencia y administración de sus activos.

Encontramos también una serie de asientos de bautismos en que esclavos de Manoel aparecen como padrinos de otros esclavos ingenuos y adultos de propiedad de su propia familia. Esta práctica fue utilizada por señores de esclavos con fines de incorporar los africanos recién llegados más rápido, y también sugiere el interés en formar vínculos entre los esclavos de sus propiedades. La socialización podría significar una ganancia, un logro para los esclavos pero, por otro lado, podría favorecer el control y la subordinación de los mismos por el grupo local de los grandes terratenientes.

CONSIDERACIONES FINALES

La posición social que ocupaba cada grupo se mantenía sin cambios: libertos, preferentemente, solicitaban compadres de mejor condición o del propio grupo de libertos, indicando que las alianzas con hombres libres podrían llevar a un mejor reconocimiento social;

⁸ Roberto FERREIRA GUEDES, "Egressos do Cativo", en João Fragoso, Manolo Florentino, et al., *Nas rotas do Império: eixos mercantis, tráfico e relações sociais no mundo português*, Espírito Santo, EDUFES, 2006.

⁹ Investigadores encontraron poquísimos casos de compadres de esclavos con sus señores. Para mayores detalles lea: Roberto GUEDES FERREIRA, *Na pia batismal. Família e compadrio entre escravos na Freguesia de São José do Rio de Janeiro (Primeira Metade do Século XIX)*. (Dissertação de mestrado. Universidade Federal Fluminense, 2000); Tarcísio RODRIGUES BOTELHO, "Batismo e compadrio de escravos: Montes Claros (MG), século XIX", *Locus. Revista de História*, nº 3, 1997, pp. 108-115; Sheila FARIA, *A Colônia em Movimento*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1998.

grandes señores de esclavos utilizaban la relación de compadres para la extensión y el fortalecimiento de los lazos de parentesco y afinidad, y esclavos raramente se incluían en las redes de compadres que involucraban los señores.¹⁰ Se percibe la existencia de lugares definidos para cada grupo en la conformación de una sociedad fuertemente jerarquizada. El clientelismo, el paternalismo, vínculos sociales y los lazos personales configuraban la organización social de estas comunidades. Según A. M. Hespanha, la movilidad social, cuando ocurría, "casi no se la veía, poco se la esperaba, apenas se la quería", era casi invisible, y concebida como la estabilidad social¹¹.

En las relaciones entre los segmentos más ricos y los menos, las conexiones no se revelaron muy significativas, lo que nos lleva a creer que en las comunidades agrarias del interior los grupos de diferentes estamentos sociales no se mezclaban, o muy poco se interrelacionaban. Cuando se pasaba la relación de padrinos entre los cautivos y un selecto grupo de grandes pudientes locales, los apadrinados formaban parte del propio grupo de esclavos, lo que presupone el interés señorial de socialización e integración de sus cautivos.

Respecto a los estratos más inferiores libertos, blancos o no blancos, sometidos a los lazos de dependencia, éstos permanecían aislados de la vecindad más rica, es decir, los datos no nos muestran las conexiones entre estos grupos. Pero posibles relaciones entre los menos pudientes deberían existir, sin embargo, no pudimos obtenerlas a través de las fuentes disponibles. Por cierto, crearon formas comunitarias de solidaridad que los identificaban más allá de la condición de desposeídos: el espacio de la sociabilidad, las relaciones de apoyo con los vecinos, o cualquier otro mecanismo para la asociación de las familias que condujera a la creación de seguridad entre los miembros de la comunidad.

Por otra parte, cuando nos proponemos identificar las formas comunitarias de relaciones tendríamos que incluir en ellas las tensiones y los conflictos que por cierto existieron¹². Percibimos el conflicto de autoridad entre los gobernadores y los potentados locales; la tensión que debería significar la obligación de los pequeños agricultores a someterse a la "derrama". Inmiscuirse en la vida rutinaria de las personas y familias es una tarea difícil delante de las fuentes disponibles, sin embargo, se constituye una experiencia de búsqueda intentar superar la escasez de datos y proponer reflexiones sobre el comportamiento de las comunidades agrícolas pobres de los interiores de la América portuguesa en el siglo XVIII. Éste fue nuestro objetivo.

¹⁰ Para mayores detalles sobre las relaciones de compadres entre esclavos lea: Cacilda MACHADO. "As muitas faces do compadrio de escravos: o caso da Freguesia de São José dos Pinhais (PR) na passagem do século XVIII para o século XIX", *Revista Brasileira de História*, São Paulo, v. 26, n° 52, 2006, pp. 49-77.

¹¹ A.M. HESPANHA, "A mobilidade social na sociedade de Antigo Regime", en <http://www.scielo.br/pdf/tem/v11n21/v11n21a09.pdf>.

¹² F. Barth destaca que los agentes sociales estaban ubicados para la acción, realizaban elecciones condicionadas por las obligaciones, derechos y recursos disponibles, pero esas interacciones eran atravesadas por conflictos y tensiones. Frederick, BARTH, *O guru, o iniciador e outras variações antropológicas*. Rio de Janeiro, Contra Capa Livraria, 2001, pp. 39-45.

PODER, CAMBIO GENERACIONAL Y ENCUMBRAMIENTO SOCIAL: LA FAMILIA PIÉDROLA DE VÉLEZ-MÁLAGA EN EL SIGLO XVIII¹

Pilar Pezzi Cristóbal

Universidad de Málaga

La nueva historia social iniciada en España por Domínguez Ortiz marcó nuevas e interesantes vías para el estudio de los grupos sociales, y en aquellos que acaparaban el poder convergieron con la nueva historia política² y la historia social de la administración iniciada por Molas³. Desde el ámbito de la historia de la familia también se abordó el análisis de estas élites, sobre todo en lo que respecta a su reproducción social: “estrategias y alianzas, redes y vínculos, formas preferenciales de organización familiar, y modos de vida y comportamientos”⁴. En este sentido, el “ideal de perpetuación” era el objetivo prioritario de estas sagas, entendido éste como consolidación y mantenimiento en el poder a través de la institución donde lo desempeñaban⁵.

Sin embargo, en opinión de Soria, el evidente avance de las investigaciones en estos campos⁶ ha tardado en reflejarse en las oligarquías municipales, y destaca la confusión conceptual y la visión estática del grupo como principales carencias⁷. El Congreso Internacional “Las élites en la época moderna” de 2006 pretendió paliarlas y, a tenor del juicio de su editor, se habían conseguido algunos avances historiográficos⁸.

Al mismo tiempo desde la demografía se señalaba la importancia del estudio del “ciclo de vida, con especial atención a la movilidad intergeneracional”⁹, que nos permitía conocer las fases

¹ El presente trabajo forma parte del proyecto de investigación I+D+I “Familia, desigualdad social y cambio generacional en la España centro-meridional, 1700-1900”, referencia HAR2013-48901-C6-6-R subvencionado por el Ministerio de Economía y Competitividad, dentro del programa “Retos de investigación” 2013.

² Xavier GIL PUJOL, “Notas sobre el estudio del poder como una nueva valoración de la historia política”, *Pedralbes*, nº 3, 1983, pp. 61-88.

³ Pere MOLAS RIBALTA, “Vivir la Historia de las élites”, en E. SORIA MESA, J.J. BRAVO CARO y J.M. DELGADO BARRADO (eds.), *Las élites en la época moderna: La Monarquía Española. Vol. 1*, Córdoba, Universidad, 2009, pp. 133-141. Vide también *Studia Histórica*, vol. 15, 1996.

⁴ Juan HERNÁNDEZ FRANCO, “El reencuentro entre historia social e historia política en torno a las familias de poder. Notas y seguimiento a través de la historiografía sobre la Castilla Moderna”, *Studia Histórica*, nº 18, 1998, p. 187.

⁵ Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, “Hacia una nueva definición de la estructura social en la España del Antiguo Régimen a través de la familia y las relaciones de parentesco”, *Historia Social*, nº 21, 1995, pp. 75-104.

⁶ Sirvan de referencia sin afán de exhaustividad: James CASEY y Juan HERNÁNDEZ FRANCO (eds.), *Familia, parentesco y linaje*, Murcia, Universidad, 1997. José M. de BERNARDO ARES y Jesús M. GONZÁLEZ BELTRÁN (eds.), *La Administración Municipal en la Edad Moderna*, Cádiz, Universidad, 1999. Francisco J. ARANDA PÉREZ (coord.), *Poderes intermedios, poderes interpuestos. Sociedad y oligarquías en la España Moderna*, Cuenca, Universidad, 1999. Juan L. CASTELLANO, Jean P. DEDIEU y M^a Victoria LÓPEZ CORDÓN (eds.), *La pluma, la mitra y la espada. Estudios de Historia institucional en la Edad Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2000. Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Juan HERNÁNDEZ FRANCO, *Familia, poderosos y oligarquías*, Murcia, Universidad, 2000.

⁷ Enrique SORIA MESA, “Los estudios sobre las oligarquías municipales en la Castilla moderna. Un balance en claroscuro”, *Manuscrits*, nº 18, 2000, pp. 185-197.

⁸ Raúl MOLINA RECIO, “La historiografía española en torno a las élites y la Historia de la familia. Balance y perspectivas de futuro”, en E. SORIA MESA y R. MOLINA RECIO (eds.), *Las élites en la época moderna: La Monarquía Española. Vol. 2*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2009, pp. 9-38.

⁹ Sesión *Estado e Iglesia en la creación de formas de estratificación social y profesional* en el II Congreso Italo-Ibérico de Demografía Histórica celebrado en Savona en noviembre de 1992. Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Nuno G.

sufridas por cada familia y las distintas opciones planteadas a los individuos, en función de la transmisión del patrimonio y de los oficios y cargos, que posibilitaban la promoción social¹⁰.

Nuestra investigación pretende afrontar el estudio del ciclo de vida y la movilidad social de una saga de regidores, que están presentes en el cabildo municipal de Vélez-Málaga durante todo el siglo XVIII, a través de tres personajes relevantes¹¹. Nos parece peculiar el hecho de que los Piédrola recalasen en la ciudad sin apenas bienes propios¹² y que, con certeros enlaces matrimoniales y su gestión de los impuestos reales, en apenas tres generaciones consigan un encumbramiento social importante¹³. No hemos de obviar las dificultades que el carácter de uno los miembros provocó en ese proceso, obligando a poner en juego todo tipo de estrategias familiares¹⁴.

Los protagonistas son Juan Morante Piédrola, que consiguió su título de regidor en 1692¹⁵; su hijo Antonio Morante y Piédrola, que en 1710, aún en vida de su padre, comenzó una brillante y controvertida carrera política ocupando distintos puestos de responsabilidad¹⁶; y su nieto, Juan Antonio de Piédrola Coronado, menor de edad al fallecimiento de Antonio en 1737, quien accedió al oficio capitular en 1755¹⁷, y en 1790 ingresó en la Orden de Carlos III, logrando así un alto grado de reconocimiento social y político.

La principal fuente de información para nuestro estudio de la trayectoria vital y relevo generacional en esta estirpe es el informe realizado para que a Juan Antonio Morante y Piédrola Coronado le fuera concedida la Orden de Carlos III¹⁸. Además, han resultado imprescindibles los fondos del Archivo Municipal de Vélez-Málaga, en cuyo concejo ejercieron sus funciones políticas, así como los del Archivo Histórico Provincial y de otros archivos con documentación sobre dicha urbe en el siglo XVIII.

MONTEIRO (eds.), *Poder y movilidad social. Cortesanos, religiosos y oligarquías en la Península Ibérica (siglos XV-XIX)*, Madrid, CSIC, 2006, pp. 11-13.

¹⁰ Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, "Propuestas teóricas y organización social desde la Historia de la Familia en la Historia Moderna", *Stuvia Histórica. Historia Moderna*, n° 18, 1998, p. 20.

¹¹ Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, "La edad y el curso de la vida. El estudio de las trayectorias vitales y familiares como espejo social del pasado", en F. CHACÓN JIMÉNEZ, J. HERNÁNDEZ FRANCO y F. GARCÍA GONZÁLEZ (coords.), *Familia y organización social en Europa y América, siglos XV-XX*, Murcia, Universidad de Murcia, 2007, pp. 89-108.

¹² El estudio de la familia Alfaro Munera en Albacete presenta también la peculiaridad de no poseer grandes extensiones de tierra ni propiedades, cuestión paliada con su poder político y las redes informales que crearon a partir de ellos. Cosme J. GÓMEZ CARRASCO, "Élites, poder y burguesía a finales del Antiguo Régimen. Un complejo sistema de relaciones (Albacete, 1750-1808)", en *Las élites [...] Vol. 2*, op. cit., p. 199.

¹³ Bastante más rápido que el caso de los Lucas en Murcia estudiado por Antonio IRIGOYEN LÓPEZ y Raquel SÁNCHEZ IBÁÑEZ, "Conflicto y consenso en las familias de las elites locales: los Lucas en Murcia (ss. XVI-XVIII)", en *Las élites [...] Vol. 2*, op. cit., pp. 285-293.

¹⁴ Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, "Familia, poder y estrategias de reproducción social en la sierra castellana del Antiguo Régimen (Alcaraz, siglo XVIII)", en *Poderes intermedios [...]*, op. cit., pp. 202-203. Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, "Prólogo", en F. GARCÍA GONZÁLEZ (coord.), *La Historia de la Familia en la Península Ibérica (Siglos XV-XIX). Balance regional y perspectivas*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2008, pp. 9-22.

¹⁵ Archivo Municipal de Vélez-Málaga [AMVM], Actas Capitulares [AC], Signatura II-1-17, Libro 3°, Cabildo 17 diciembre 1692, ff.215-216v.

¹⁶ AMVM, AC, Sig. II-1-20, Lib. 3°, Cabildo 9 agosto 1710, ff. 86-88.

¹⁷ [Ibidem, Sig. II-1-29, Lib. 1°, Cabildo 3 julio 1755, f.69]. Con el preceptivo informe de la Real Cámara.

¹⁸ Archivo Histórico Nacional [AHN], Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400. Una copia de estos autos se conserva dentro de la escribanía de José Antonio de Ayala, fechada también en febrero de 1790. Archivo Central de Melilla [ACM], Papeles de Vélez [PV], CD 14, C6, L5, 1790.

LA FAMILIA PIÉDROLA EN VÉLEZ-MÁLAGA

Juan de Morante Piédrola, el primer miembro de la familia con regiduría en Vélez, nació en Arjonilla en 1641¹⁹, hijo de Juan de Morante Zamora y de Ana de Morales Piédrola, casados en 1622²⁰, y nieto por parte paterna de Marcos de Morante y de Isabel Rodríguez y, por la materna, de Pedro Morales Mingo y de Catalina de Piédrola, ambos también de Arjonilla, en el reino de Jaén.

Pocas noticias tenemos de esta rama familiar, apenas el testamento del padre, que hace referencia a los hermanos dejados atrás por el hijo pequeño en su emigración a Vélez: María de Morante y Zamora, viuda de Alonso Parra, Pedro, Marcos y Felipe. Se registra en el expediente únicamente lo concerniente a la filiación, omitiendo las referencias a los bienes heredados, aunque es interesante la anotación del escribano que lo copia al precisar:

están conformes con las de su original en el que se lee todo bien excepto el apellido del otorgante que con la gravedad de la enfermedad y poco saber escribir se dificulta dicho apellido si es Morente o Morante y, por lo tanto, va escrito en el mismo modo que se ve en el registro²¹.

No fue un problema la transcripción del apellido en la vida de Juan, pues el Morante irá perdiendo importancia mientras tomó mayor relevancia el más sonoro de Piédrola²², que servía a la postre para entroncarlo con otras sagas ilustres del reino de Granada²³, o del de Córdoba, donde incluso llegarían a ser marqueses de Valdecañas²⁴. Pero resulta curioso que fue tras la muerte de su progenitor cuando Juan solicitó ser recibido como hijosdalgo en la villa de Lahiguera, cercana a Arjona, como lo fueron sus padres y abuelos, señalando que se habían sorteado en la vara de hijodalgo en Arjona, Cazalilla y Arjonilla²⁵. Sin embargo, no consta que a mediados del XVIII quedaran miembros de esta familia con apellidos similares en los oficios municipales de dichas poblaciones, pertenecientes a la Orden de Calatrava. Si encontramos un

¹⁹ Nacido el 18 de noviembre, fue bautizado el 24 de noviembre de 1641, su padrino Alonso de Carmona, AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 10.

²⁰ El velatorio y el desposorio fue realizado por el Lcdo. Juan Calixto de Piédrola, sin duda familiar de la esposa, siendo testigos el Lcdo. Juan de Morales Jiménez presbítero, Manuel de Lara y Fernando Aguilera y sus padrinos Martín de Carmona y Aldonza Jiménez, su mujer. [*Ibidem*.]

²¹ Testamento del 25 de junio de 1665 ante Miguel López de Porcuna en Arjonilla. [*Ibidem*, ff. 10v.-12.]

²² No podemos afirmar con rotundidad que se tratara también de un apellido ajeno, pero si es sospechoso que se tratara de uno con gran raigambre en la zona, vide José C. DE TORRES “El mayorazgo fundado por Cristóbal de Piedrola y su mujer Isabel Palomino de Arjona (1525)”, en *Boletín. Instituto de Estudios Giennenses*, vol. 202, 2010, pp. 137-204. Félix LÓPEZ GALLEGO “Un Piedrola en el castillo de Linares. Documentos inéditos del año 1692”, *Boletín. Instituto de Estudios Giennenses*, n° 167, 1997, pp. 227-250. Tenemos otros casos bien estudiados, vide Enrique SORIA MESA, “Tomando nombres ajenos. La usurpación de apellidos como estrategia de ascenso social en el seno de la élite granadina durante la época moderna”, en *Las élites [...] Vol. 1*, op. cit., pp. 9-27; y Gregorio SALINERO e Isabel TESTÓN NÚÑEZ, “Introducción. Movilidad y antroponimia”, en G. SALINERO e I. TESTÓN NÚÑEZ (eds.), *Un juego de engaños: movilidad, nombres y apellidos en los siglos XV a XVIII*, Casa de Velázquez, Madrid 2010, pp. 1-8.

²³ Rafael M. GIRÓN PASCUAL, “Biblioteca privada y ascenso social en el seno de la Élite. La biblioteca de don Manuel de Piedrola Narváez y doña Teresa de Olivares Raya vecinos de Guadix (1707)” en E. SORIA MESA y J.J. BRAVO CARO (eds.), *Las élites en la época moderna: La Monarquía Española. Vol. 4*, Córdoba, Universidad, 2009, pp. 165-184.

²⁴ Sobre los Valdecañas, vide José M. de BERNARDO ARES, “La decadencia de los señoríos en el siglo XVIII. El caso de Lucena”, en *Lucena, apuntes para su historia*, Lucena, Ayuntamiento, 1991, pp. 61-83. Jean P. DEDIEU y Christian WINDLER, “La familia ¿una clave para entender la historia política? El ejemplo de la España Moderna”, *Stuvia Histórica*, n° 18, 1998, pp. 207 ss.

²⁵ AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, ff. 23-26v. Solicitaría pues la vecindad el 11 de junio de 1668 con confirmación de su condición hidalga para que constara a efectos fiscales. Sobre los tipos de hidalguía vide Antonio MORALES MOYA, “La hidalguía de privilegio”, *Studia Zamorensia*, n° 1, 1994, 219-222.

Luis de Piédrola en Bailén a finales del XVII, aunque no podamos establecer la relación familiar²⁶.

Probablemente, Juan Morante Piédrola residiera en Lahiguera con su esposa Catalina Alonso Moyano y Aguilar, que le dio dos hijos, Diego y Ana, y tras enviudar se plantearía un desplazamiento. Era por tanto un hidalgo del reino de Jaén, de quien desconocemos ocupación y patrimonio, que aparentemente sin apoyos cambia de ámbito espacial, sin duda buscando ciertas oportunidades que son hoy una incógnita documental pero que es posible intuir por sus resultados.

Podemos apuntar una hipótesis que justifique su irrupción en la ciudad y su sorpresivo acceso al poder político, dado que los protocolos notariales de principios del XVIII nos sitúan a otro miembro de la familia en esta zona, un presbítero y licenciado llamado Juan Francisco de Morante y Piédrola²⁷. Este clérigo quizás estuvo en la región antes y propició su emigración, pues bien sabida es la movilidad de los miembros de la Iglesia y sus habituales gestiones en pro de su familia y linaje²⁸.

Estos contactos pudieron ser origen del ventajoso matrimonio que Juan estableció al poco de su llegada con una acomodada viuda natural de Canillas de Aceituno²⁹, villa de señorío propiedad del marquesado de Comares³⁰. Isabel Pardo Lasso de la Vega, nacida en 1652³¹, había sido esposa de Pedro Vázquez de la Cuadra pero no tenía descendencia, y se casó en 1685 con Juan teniendo como padrinos a sus hijos Diego y Ana de Piédrola³².

Los padres de la novia, Bartolomé Pardo Camacho y su esposa María Lasso de la Vega, llevaban generaciones radicados en la zona, afirmándose en el expediente que sus ascendientes “vinieron a poblar a esta villa desde la de Martos, de donde eran vecinos, después de la rebelión de este reino”³³; un origen giennense que pudo también tener que algo que ver en el enlace. El progenitor había desempeñado los oficios de teniente de corregidor, capitán a guerra y alférez

²⁶ Archivo General de Andalucía [AGA], Casa Ducal de Medinaceli, Santisteban del Puerto, Leg. 17, Pieza 1. 1647-1717. Autos ejecutivos ante la justicia de Córdoba seguidos por Pedro Vázquez de Vega, como capellán de la capellanía fundada por Marina de Castro contra Luis de Piedrola y herederos, por 56 ducados que éste le debía de los corridos de un censo. Antecede escritura de censo a favor de la capellanía que fundó María García de Castro contra Luis de Piedrola.

²⁷ Archivo Histórico Provincial de Málaga [AHPM], Protocolos Notariales [PN], P5015, Luis de Ortega Vozmediano, 5-10-1705, f.141. Aparece con un poder de Felipe Barrientos y Galindo vecino de Riogordo y patrón del patronato y buena memoria del Hospital de las Llagas de Vélez-Málaga, para sustituir a Felipe Torrentes Hurtado.

²⁸ Francisco GARCÍA GONZÁLEZ (coord.), *La Historia de la Familia en la Península Ibérica (siglos XVI-XIX). Balance regional y perspectivas*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2008.

²⁹ Sobre el papel de las viudas en el siglo XVIII vide Juan F. SANZ SAMPELAYO, “Importancia de las nuevas nupcias contraídas por viudos en los ciclos demográficos antiguos”, en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Tomo I*, Córdoba, Caja de Ahorros, 1978, pp. 253-267 y M^a del Mar SIMÓN GARCÍA, “Poder y viudedad. Estrategias matrimoniales de la élite rural de Jorquera (ss. XVIII-XIX)”, en *Las élites [...] Vol. 2*, op. cit., pp. 361-373.

³⁰ En el siglo XVIII Canillas de Aceituno se integraba en el ducado de Medinaceli, M^a Luisa DE VILLALOBOS Y MARTÍNEZ-PONTREMULI, “Señoríos de la provincia de Málaga (siglos XV-XVIII). Datos para un estudio territorial del régimen señorial español”, en *En la España Medieval*, n^o 5 (2), 1986, p. 1317. Por lo que también pudieron ser relaciones entabladas en virtud de este ducado con propiedades en el reino de Jaén. Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Sebastián MOLINA PUCHE, “Familia y elites locales en las tierras de señorío. Las relaciones clientelares como elemento de promoción social”, en F. ANDÚJAR CASTILLO y J.P. DÍAZ LÓPEZ (coords.), *Los señoríos en la Andalucía Moderna. El Marquesado de los Vélez*, Almería, Instituto de Estudios Almerienses, 2007, pp. 57-75.

³¹ Fue bautizada en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario de Canillas de Aceituno el 4 de octubre de 1652, siendo su padrino el Lcdo. Antonio Rosado Montenegro beneficiado de la villa. AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 13.

³² La boda se celebró en la iglesia parroquial de San Juan el 17 de diciembre de 1685, oficiada por Francisco Pardo Lasso de la Vega presbítero y hermano de la novia, siendo testigos el Lcdo. José de Vera presbítero, Fernando de Salcedo y Bartolomé Pardo Lasso de la Vega también su hermano, velándose el 20 de febrero de 1686. [*Ibidem*, f. 14.]

³³ [*Ibidem*, f. 58 y v.]

mayor de Canillas de Aceituno, pero también los de escribano del rey y público de Vélez-Málaga, donde residía la familia³⁴. En su testamento, fechado bastantes años antes, declaraba tener los siguientes hijos: Francisco Pardo Lasso de la Vega, clérigo de menores órdenes; Bartolomé, casado con Francisca Centellas, residente en Canillas; María Lasso de la Vega, viuda de Pedro Palomino; y tres doncellas mayores de 25 años, Luisa Camacho, Isabel y Josefa³⁵.

Así nos encontramos con un matrimonio entre un hidalgo reconocido y una mujer de familia poderosa, a la cual vendría bien ese reconocimiento legal. De hecho, años después se instruiría una averiguación de nobleza para la rama de la familia Lasso de la Vega³⁶ (los Morante Piédrola no la precisaban), donde dejar constancia de “la reputación continua, pública e inveterada”³⁷ a través de testigos, quienes los calificaron como:

cristianos viejos, limpios de toda mala raza, personas nobles y de la mayor estimación, hijosdalgo notorios en posesión y en propiedad, y por tales tenidos y reputados, así en esta villa como en las demás partes donde han vivido y viven, y siempre han usado empleos honoríficos y de estimación [...] personas poderosas muy estimadas, y como tales tenían muchos privilegios y distinciones, como era llevar sus mujeres cuando iban a la iglesia tapetes y almohadas de terciopelo en que sentarse y oír misa desde las ventanas de su casa, que caía en frente de dicha iglesia, para lo cual habían ganado buleto de su Santidad³⁸.

Las declaraciones certificaban la reproducción por parte de dicha familia de modelos de comportamiento y valores propios de la aristocracia: “habían visto muchas veces pasearse por las calles de esta villa [...] en caballos de regalo, adornadas sus personas con cadenas de oro, y esclavos que les acompañaban”³⁹, lo que no era óbice para que pudieran constituir elementos fraudulentos, pues los doce testimonios adjuntados son tan parecidos como sospechosos⁴⁰.

El matrimonio de Juan e Isabel se instaló en Vélez-Málaga y en 1692 el esposo obtendría una regiduría municipal en sustitución de Pablo de Estrada, quien había fallecido sin renunciarla⁴¹. Parece evidente que Juan había conseguido capitalizar a su favor las relaciones de parentesco, clientelismo y vecindad entabladas por la familia de su esposa desde su establecimiento en la zona⁴².

Las condiciones de la concesión real de su título fueron muy amplias. Le permitía nombrar sustitutos y crear mayorazgos o vínculos a favor de quien quisiese, aún “en perjuicio de las

³⁴ Aparece como escribano de Vélez en 1675. AHPM, PN, P5009. Y en 1677. ACM, PV, CD 5, C13, L3.

³⁵ Testamento realizado en Vélez el 12 enero de 1677 ante Cristóbal de Vargas. AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 91v.-93v.

³⁶ Está inserta también en AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 29v.-69v. Expediente de nobleza de Juan Manuel Pardo Lasso de la Vega, su primo, para el ascenso de su sobrino, sargento de caballería en el regimiento de Bravante, en mayo de 1722 en Canillas de Aceituno.

³⁷ Antonio M. HESPANHA, “Las estructuras del imaginario de la movilidad social en la sociedad del Antiguo Régimen”, en *Poder y movilidad* [...], op. cit., p. 32.

³⁸ AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400. Expediente de nobleza de Juan Manuel Pardo Lasso de la Vega [...], Declaración de José Muñoz Murillo, f. 36r-v.

³⁹ [*Ibidem*, Declaración de José Jiménez Ortiz, f. 56v.]

⁴⁰ Jorge PÉREZ LEÓN, “El fraude en la hidalguía: intrusiones en el estado de hijosdalgo durante el siglo XVIII”, *Estudios Humanísticos. Historia*, vol. 9, 2010, pp. 121-141. Señala esos elementos como propios de una sociedad castizo-estamental, vide Juan I. GUTIÉRREZ NIETO, “Estructura castizo-estamental de la sociedad castellana del siglo XVI”, *Hispania*, n° 125, 1973, pp. 538-540.

⁴¹ Pablo de Estrada aparece en los cabildos de suertes de Vélez-Málaga entre 1653 y 1684. AMVM, AC. Miembro de una prestigiosa familia de origen norteno con nobleza e hidalguía reconocida. ACM, PV, CD 12, C3, L2 1624, ff. 1-112. Según las leyes en esos casos el oficio revertía en el Rey quien podía volver a enajenarlo, como hizo en este caso, Francisco TOMÁS Y VALIENTE, “Las ventas de oficios de regidores y la formación de oligarquías urbanas en Castilla (siglos XVII-XVIII)”, en *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las Ciencias Históricas. Metodología de la Historia Moderna. Economía y Demografía*, Santiago, Universidad, 1975, p. 529.

⁴² Juan HERNÁNDEZ FRANCO, “Estudios sobre las familias de las élites”, *Penélope*, n° 25, 2001, p. 162. Se trata de la herencia inmaterial señalada por Giovanni LEVI, *La herencia inmaterial*, Madrid, Nerea, 1990.

legítimas de los otros hijos, con que siempre el sucesor nuevo haya de sacar título”⁴³. Esta circunstancia nos indicaría que fue su esposa quien aportó los fondos imprescindibles para la compra del oficio, quedando de esta manera el primogénito de su primer matrimonio condenado al ostracismo, y beneficiando expresamente a su progenie con el encumbramiento social.

El mayor de los hijos de estas segundas nupcias fue el heredero de la saga, Antonio Morante y Piédrola, nacido en Vélez-Málaga en 1687⁴⁴, que accedió al oficio capitular en 1710, tras la cesión paterna⁴⁵. Posiblemente, porque Juan comenzó a dedicarse a actividades de menos lustre, aunque más lucrativas, pues en 1713 consiguió arrebatarse el arrendamiento de los impuestos reales a otro regidor, Diego Enríquez, ocupándose directamente de ellos hasta 1717⁴⁶.

En su testamento, fechado en 1718 y donde ejercieron como testigos eminentes figuras del ayuntamiento, declaraba como hijos de su segundo enlace a Antonio, Alonso y Catalina, difunta, aunque citaba como heredero también a Diego, quien lógicamente no podía recibir los bienes de Isabel Pardo⁴⁷. Por el testamento de su bisnieta, más de cien años después, conocemos el establecimiento de un vínculo para Antonio que incluía únicamente la casa familiar y la regiduría⁴⁸.

LA INCERTIDUMBRE DE UN MAL CARÁCTER

Los Piédrola eran ya considerados como una familia dirigente de Vélez-Málaga, de pública nobleza, a principios del siglo XVIII, hasta el punto de obviar la presentación de instrumentos en el alistamiento de nobles de 1706⁴⁹. Una cuestión que no pasó inadvertida para el corregidor Juan Suárez de Carvajal, quien señaló según certificación del escribano de cabildo, “la admitía cuanto ha lugar en derecho, y en este caso se permite, en atención a la grande urgencia con que su majestad se halla para la defensa de estos reinos”⁵⁰, reconociendo así la notoria hidalguía de sus miembros⁵¹.

Antonio había heredado el oficio de regidor en Vélez-Málaga aún en vida de su padre, y su hermano Alonso obtendría otro, primero en Alhama y luego en Vélez-Málaga, donde ejercería como teniente de Rodrigo José de Orozco por su minoría de edad, hasta su fallecimiento⁵². Tenemos referencia a otro miembro de la familia, que es citado también como hermano de Antonio, Carlos Morante Piédrola Villalobos, pero sin verificar su filiación⁵³.

⁴³ AMVM, AC, Sig. II-1-17, Lib. 3º, Cabildo de 17 diciembre 1692, ff. 215-216v.

⁴⁴ Nacido el 3 de febrero de 1687 y bautizado en la parroquia de San Juan el 14 de febrero de 1687 como “Antonio, Josef, Blas, Hipólito”, siendo su madrina su hermana Ana de Piédrola Morante. AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 3.

⁴⁵ AMVM, AC, Sig. II-1-20, Lib. 3º, Cabildo 9 agosto 1710, ff. 86-88.

⁴⁶ ACM, PV, CD 2, C 8, L 1 1713, ff. 61-64.

⁴⁷ Testamento de 11 enero 1718 ante Sebastián Francisco Barranquero, testigos: Lope Carrión, Francisco Lasso de la Vega y Antonio Polo, eminentes figuras del cabildo municipal. AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 75-76v.

⁴⁸ AHPM, PN, P5063, Manuel García y García, 22-5-1821, ff. 273v.-274.

⁴⁹ Francisco J. GUTIÉRREZ NÚÑEZ y Pilar YBÁÑEZ WORBOYS, “El llamamiento a la nobleza de las “Dos Andalucías” de 1706”, *Revista de Historia Moderna*, nº 25, 2007, pp. 53-87.

⁵⁰ AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 86v.

⁵¹ “Para una familia que se considerara noble, tener que litigar por su hidalguía era penoso, caro y desagradable, sobre todo porque hacerlo implicaba no ser de «nobleza notoria»”, Mª del Mar FELICES DE LA FUENTE, “Procesos de ennoblecimiento. El control sobre el origen social de la nobleza titulada en la primera mitad del siglo XVIII”, en F. ANDÚJAR CASTILLO y M.M. FELICES DE LA FUENTE (eds.), *El poder del dinero. Ventas de cargos y honores en el Antiguo Régimen*. Madrid, Siglo XXI, 2011, p. 252.

⁵² AMVM, AC, Sig. II-1-20, Lib. 5º, Cabildo 2 enero 1714, ff. 89-92; Sig. II-1-21, Lib. 2º, Cabildo 31 mayo 1718, f. 44v.

⁵³ AHN, Consejos, Sala de Gobierno, Leg. 65. Autos hechos en el Consejo a instancias de D. José Fernández Ortega vecino de Vélez-Málaga contra D. Lope de Carrión y otros consortes sobre ciertos excesos cometidos. Francisco Carlos Piédrola y Villalobos, clérigo de menores órdenes, aparece en 1720 como vecino de Málaga y apoderado del

Diego Sebastián Piédrola Morante, el hijo del primer matrimonio, siguió con los otros negocios familiares, mucho menos honoríficos que los de Antonio, que seguiría, no obstante, colaborando en ellos. En 1722 Diego era el encargado de hacer postura judicial para el subarriendo de las rentas de millones, nuevos impuestos, alcabalas, cientos, milicias y fiel medidor, obligando sus bienes⁵⁴. También tenía intereses en los abastos públicos, aunque a través de intermediarios, como entre 1715 y 1723, cuando controlaba el abasto de jabón mediante Miguel Mansilla y Carlos Perones⁵⁵.

Sin duda, Antonio Morante Piédrola fue todo un personaje, aunque su comportamiento no siempre fue aceptado en la sociedad veleña, llegando a tener amplias repercusiones legales como queda reseñado documentalmente. Su carácter pendenciero y conflictivo, desde su juventud, provocó una diatriba con un enviado del Padre Provincial de los Carmelitas cuando le recriminó “jugar a la pelota contra la fachada del convento, embarazando la entrada a la iglesia y hablando didarachos a las mujeres”⁵⁶.

Pese a que sus iguales, los caballeros regidores, intentaron soslayar estos abusos en la medida de lo posible, resultó imposible evitar que se le llegaran a abrir algunas causas judiciales, como la derivada de haber tirado “un pistoletazo al S.D. José Zençano siendo corregidor”⁵⁷, por haber intentado disolver un baile en que se hallaba presente. Para evitar las consecuencias de este acto se ausentó de la ciudad, sentando plaza de soldado pero, tras la finalización del mandato del delegado real, dejó su puesto y volvió a Vélez-Málaga, donde su padre le cedió el oficio capitular. Un cambio generacional que quizás pretendía poner fin a una juventud tumultuosa con nuevas responsabilidades de prestigio.

Sin embargo, su acceso al ayuntamiento no mermó sus excesos. En la sumaria ya mencionada se citan, entre otros, un auto de prisión por defraudador de tabaco, problemas con maderas decomisadas y desaparecidas, y numerosos enfrentamientos con vecinos de la ciudad durante sus empleos como alguacil mayor y comisiones varias. Podemos afirmar que el poder había acentuado aún más su mal carácter, dado que se sentía inmune ante las personas ofendidas. De hecho, Antonio reconoció haber estado dos veces preso, aunque solo refería una de ellas: “la quimera de algunos individuos en la distribución de aguas en tiempos de Juan Sánchez Escudero como corregidor”⁵⁸, es decir entre 1709 y 1713⁵⁹.

Este Piédrola fue uno de los miembros más activos del cabildo, haciéndose cargo de la Procuraduría General, que se encargaba de gestionar los pleitos de la ciudad⁶⁰. En 1714 consiguió la entrada en la Real Congregación del Dulce Nombre de Jesús, una de las más exclusivas de la ciudad⁶¹, y al año siguiente viajó a la corte para gestionar asuntos municipales en una comisión

Convento de religiosas del Arcángel San Miguel, de la Orden de Santo Domingo. AHPM, PN, P5016, Pedro Martínez de Sarriá, 11-3-1720, f.45.

⁵⁴ Ante Gaspar Francisco de Campos el 15 de enero de 1722 dio su poder a Mateo Sedeño y Gudiel para acudir al Corregidor de Málaga, Superintendente de Rentas y otros encargados para presentarlas. ACM, PV, CD 2, C 3, L 2 1722, ff. 8-11.

⁵⁵ AHN, Consejos, Sala de Gobierno, Leg. 65.

⁵⁶ [*Ibidem*].

⁵⁷ José Zençano y Chavarrí fue corregidor de Vélez-Málaga entre 1700 y 1703. Pilar PEZZI CRISTÓBAL, *El gobierno municipal de Vélez-Málaga en el siglo XVIII*, Málaga, Diputación Provincial, 2003, p. 440.

⁵⁸ AHN, Consejos, Sala de Gobierno, Leg. 65. Sumaria contra D. Antonio de Piédrola.

⁵⁹ Pilar PEZZI CRISTÓBAL, *El gobierno municipal [...]*, op. cit., p. 440.

⁶⁰ En 1710 sugirió recobrar el derecho del 25% sobre todos los artículos que se cargaban por el puerto de la ciudad. Su labor logró el agradecimiento del Cabildo por su interés en favor del bien común. AMVM, AC, Sig. 11-1-20, Lib. 3º, Cabildo 10 septiembre 1710, f. 90v.; Lib. 5º, Cabildo suertes 17 agosto de 1714, f. 145.

⁶¹ Pilar PEZZI CRISTÓBAL, “Fiesta religiosa y ostentación social. La Real Congregación del Dulce Nombre de Jesús de Vélez-Málaga y la puesta en escena del paso”, en F. NUÑEZ ROLDÁN (coord.), *Ocio y Vida Cotidiana en el Mundo Hispánico en la Edad Moderna*, Sevilla, Universidad, 2007, pp. 271-284.

que, pese a sus reticencias, se fue incrementando y lo mantendría fuera de la ciudad hasta 1717, cuando rindió cuentas⁶².

En este periodo madrileño consta que estuvo amancebado con una mujer casada, una relación ilícita que continuó tras su vuelta a Vélez y que acabó provocando que el corregidor, por orden del Presidente de Castilla, sacara a la mujer de la casa para devolverla a su esposo. Este suceso, sobre el que no tenemos más menciones que la sumaria ya citada, debió tener lugar en las fechas de su accidente más conocido y documentado: las fiebres de tabardillo, que lo llevaron a tomar una insólita decisión en 1718⁶³. Antonio, al borde de la muerte, remitió al cabildo un memorial de su puño y letra declarándose responsable de la sustracción de ciertas cantidades de caudales públicos en su comisión madrileña y solicitando el perdón⁶⁴. El hecho se difundió con gran notoriedad y, dado el cuestionamiento que suponía de la honorabilidad de las actuaciones municipales, se inició una investigación interna, rápidamente entorpecida por el principal implicado, que una vez repuesto de su enfermedad señalaba:

la resolución tomada fue efecto de su grave accidente, que únicamente le gravó el sentido por haber cargado toda su gravedad en la cabeza [...] y que habiéndose restituido a su cabal juicio y desembarazo del grave accidente no halla cosa que le grave la conciencia, ni la discurre⁶⁵.

Se inició un movido pleito en la Chancillería que dividió a los capitulares y animó las reuniones de todo el año, pero sin resultados concretos, pues en 1719 Antonio Morante Piédrola estaba ejerciendo de nuevo como regidor con una gran actividad, haciéndose incluso cargo de pagos y cobranzas de altas cantidades para el consistorio. No se resintió de este suceso ni siquiera su vida social y religiosa, siendo nombrado Hermano Mayor de la Real Congregación del Dulce Nombre de Jesús en 1723⁶⁶, y obteniendo además los títulos de Familiar y Alguacil Mayor del Santo Oficio.

Sin embargo, uno de sus incidentes más graves y de mayor repercusión documental fue el ocurrido con José Fernández Ortega, jinete de la Compañía de las Guardias Viejas y Caballería de Castilla. El 8 de diciembre de 1723, cuando se celebraba una festividad en el monasterio de Santa Clara, el soldado fue expulsado del templo y apaleado por Antonio y otros regidores en su pórtico⁶⁷. La causa llegó al tribunal eclesiástico, que decidió embargarles los bienes y excomulgarlos, pero el corregidor demoraba el cumplimiento de la sentencia, probablemente de manera intencionada, y José Ortega recurrió a tribunales superiores solicitando mayor imparcialidad. La Chancillería de Granada sospechó de la actuación del oficial real y envió a un oidor para hacer averiguaciones, aunque cuando llegó a la ciudad los testigos estaban amedrentados por:

Don Alonso de Carrión, sus hijos, Don Mateo Téllez y Don Antonio de Piédrola siempre que montan en sus caballos sea por la ciudad o por los campos, llevan sus trabucos y pistolas descubiertas, sin miedo de las justicias [...] con que de esta suerte todos les temen, porque el corregidor pone más cuidado en conservar su amistad que en administrar justicia⁶⁸.

⁶² AMVM, AC, Sig. 11-1-20, Lib. 5º, Cabildo 18 febrero de 1715, f. 211; Sig. 11-1-21, Lib. 1º, Cabildo 2 diciembre de 1715, f. 8v.; Cabildo 13 octubre 1717, ff. 231v.

⁶³ Pilar PEZZI CRISTÓBAL, "Temor ante la muerte: la experiencia de un regidor veleño, Antonio Morante Piédrola", en *Mentalidad e ideología en el Antiguo Régimen*, Murcia, Universidad de Murcia, 1993, pp. 419-430.

⁶⁴ AMVM, AC, Sig. II-1-21, Lib. 2º, Cabildo 18 mayo 1718, ff. 38-42.

⁶⁵ [*Ibidem*, Cabildo 23 mayo 1718, f. 43.]

⁶⁶ AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 70.

⁶⁷ Pilar PEZZI CRISTÓBAL, "Entre el claustro y el mundo: las monjas clarisas veleñas en el siglo XVIII", en P. PEZZI CRISTÓBAL y F.J. TORRES DELGADO (coords.), *Las Claras de Vélez. Quinientos años de presencia en la ciudad*. Vélez-Málaga, Ayuntamiento, 2003, pp. 157-174.

⁶⁸ AHN, Consejos, Sala de Gobierno, Leg. 65. Memorial de José Fernández de Ortega, f. 29v.

La apertura del juicio penal hizo refugiarse a los implicados, primero en el Hospital de San Juan de Dios y luego en la ermita de la Cabeza; en cambio, Antonio Piédrola, posiblemente por sus menores apoyos locales, fue rápidamente detenido y, desde abril de 1724, estaba en la cárcel de Vélez esperando el traslado a Granada, custodiado por seis soldados y un cabo veterano. Pese a la presencia de un oidor, los autos no avanzaban por la presión de sus familiares y se llegó incluso a pensar en desterrar temporalmente a los parientes para conseguir testimonios más libres.

Antonio acudió al Consejo de Castilla, a través de uno de sus primos maternos, reclamando contra su acusador, como también lo hizo el soldado agraviado para un mejor seguimiento del pleito. El poder ostentado por la familia Carrión en Vélez se hizo evidente: sus miembros acusados se pavonearon ante el pueblo desde los balcones de la casa consistorial, en el levantamiento del pendón real por Luis I, y luego en las fiestas y regocijos de toros, sin que el corregidor los prendiera como estaba ordenado. Durante este periodo inicial de reclusión, alegando estar enfermo de perlesía y a punto de morir, solicitó ser trasladado a su casa para seguir el tratamiento médico y desplazarse a Alhama a reponerse. Concedido el permiso y recuperada la salud, numerosos testigos señalaron que mantuvo la ficción de su enfermedad para poder salir de caza con sus perros y no volver al encierro.

La sentencia final, después de 64 testigos del sumario y 92 del querellante, pretendió ser ejemplar, y se dictó en febrero de 1725, condenando con las mayores penas a Lope de Carrión y Mateo Téllez, mientras que Antonio de Piédrola, el único detenido, obtuvo un veredicto de diez años de destierro, inhabilitación para cargo público y 200 ducados para costas, más 100 ducados destinados al culto del Santísimo también ofendido por su exceso. Tras la revista, en atención a llevar año y medio detenido en la cárcel con una guardia sufragada por él mismo, el alejamiento de la población fue reducido a seis años.

Posiblemente, Antonio de Piédrola cumplió su destierro en Torrox, aprovechando ese tiempo para pactar un buen matrimonio con el que conseguir descendencia; algo que parecía no haberle preocupado hasta dicho momento, pese a estar cercano a los cuarenta años. Aunque ya no vivía su padre para pactarle un buen enlace, las características requeridas estaban claras: una mujer acorde con su posición social, ligada al cabildo municipal en el que se desenvolvía, pero también perteneciente a una familia que aceptara el carácter conflictivo del futuro marido⁶⁹.

Encontró la opción perfecta en la hermana de un compañero regidor, vecina de Torrox, donde su padre era alcaide del Castillo Bajo, muy bien vinculado a las élites militares de la costa del reino de Granada, y receptiva hacia el maduro pretendiente. Así en 1727 se desposó con Isabel Coronado y Navas⁷⁰, nacida en 1705 y considerablemente más joven que su esposo, con el padrinzago de sus padres Julián Coronado y Guzmán, capitán de caballería de las antiguas guardas de Castilla, y María de Navas Carvajal y Artes, ambos de Vélez⁷¹.

⁶⁹ El matrimonio supone un ejercicio consciente de parentesco de afinidad entre poderosos, una estrategia para conservar lo alcanzado o para incrementarlo. En este caso se trataría de un enlace entre familias poderosas menos influyentes que recurren al matrimonio para aumentar sus conexiones y acrecentar su poder, en un proceso de ascenso social, según Ángel RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, "El poder y la familia. Formas de control y de consanguinidad en la Extremadura de los tiempos modernos", en F. CHACÓN JIMÉNEZ y J. HERNÁNDEZ FRANCO (eds.), *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, Anthropos, 1992, pp. 15-34.

⁷⁰ El 9 de febrero de 1727 se desposó con palabras de presente sin amonestaciones por habérselas dispensado el Vicario y Provisor Gonzalo de Prado Enríquez, sus testigos fueron Manuel de Figueroa, Juan Balcárcel, y Juan de Ortega, vecinos de Vélez. El 15 de febrero de 1727 recibieron las bendiciones nupciales. AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 6.

⁷¹ Nacida el 12 de octubre de 1705 y bautizada en el convento Hospicio de Torrox el 3 de noviembre de 1705 como "Isabel María Nicolasa", siendo su padrino José Coronado, vecino de Málaga. AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, ff. 4-4v. Su padre nacido el 15 de enero y bautizado el 2 de marzo de 1671 en San Juan y su madre el 7 de marzo y bautizada el 4 de junio de 1679 "condicionalmente (...) por haberle echado agua su padrino en su casa por

Antonio de Piédrola y su consorte residieron durante algunos años en Torrox, con la familia política y cumpliendo el destierro, hasta que finalmente las presiones sobre el soldado ofendido lograron el perdón de sus agresores, requisito imprescindible para un indulto real que pondría en juego la eficacia de su red social⁷². Entonces aparecieron los huidos, listos para que con ocasión del feliz parto de la Reina, en junio de 1730, fueran indultados y no hubiera inconveniente para la vuelta a sus oficios municipales, siendo admitidos al cabildo de suertes de 1731 mientras llegaba la confirmación de la amnistía⁷³. Todos volvieron así a sus quehaceres públicos sin ninguna reprobación social, de hecho, Antonio fue teniente de corregidor en 1735⁷⁴ y, de nuevo, Hermano Mayor de la Real Congregación del Dulce Nombre de Jesús en 1731 y 1735, y Secretario en 1732, 1734 y 1736⁷⁵.

EL RECONOCIMIENTO DE LOS SERVICIOS A LA CORONA

En 1737 tenemos constancia de un poder de Antonio para que su esposa testara en su lugar, declarando como sus hijos legítimos a María y Juan⁷⁶. Juan Antonio Morante Piédrola y Coronado nació apenas dos años antes de la muerte de su padre, cuando era teniente de corregidor, y fue su padrino la máxima autoridad de la ciudad: el licenciado Martín de Iburguen y Jausolo, corregidor de Vélez⁷⁷. Atrás quedaban los conflictos con otros oficiales reales. Desempeñó su oficio, durante su minoría de edad, el compañero y camarada de fechorías de su padre, Antonio de Carrión y Anaya, miembro de otra importante estirpe capitular, entre 1742 y 1755⁷⁸. Creció, por lo tanto, huérfano de la influencia paterna y manifestó un comportamiento ejemplar a lo largo de su vida, en la línea de lo que se podía esperar de un miembro de tan relevante familia veleña.

Entró de congregante en la Real Congregación del Dulce Nombre de Jesús en 1752 y ocupó los cargos de Secretario en 1762, Consiliario en 1766 y 1787, y Hermano Mayor en 1775. Se alistó como hidalgo para el reemplazo del ejército cuando le fue solicitado⁷⁹ y, tras su recepción en el ayuntamiento, cumplió con diligencia sus funciones. Solo dejaría de acudir a las reuniones en torno a 1779, cuando fue nombrado comisario municipal en las obras del camino de Málaga a Vélez y miembro de la Junta de Caminos de Granada⁸⁰.

Tras la finalización de la carretera entre Málaga y Antequera, en 1784, se ordenó al ingeniero Fernando López Mercader la apertura de otra hasta Vélez-Málaga con un ramal a Macharaviaya, que permitiera la exportación de sus naipes. La Junta de Vélez se ocuparía del

necesidad que tuvo”, el padrino era Sebastián de Valderrama. [*Ibidem*, ff. 16 y 17.] El testamento del padre con la declaración de sus hijos en 1737 [*Ibidem*, ff. 81-83.]: Juan Pedro, regidor perpetuo y teniente de auditor de la gente de guerra de la costa del reino; Antonia María Manuela, esposa de Fernando de Villanueva y Estrada; Agustín, alférez del regimiento de caballería de la costa; Rosa, religiosa profesa de velo negro en las Claras; Francisco Javier, alférez de caballería en el regimiento de Santiago; Carlos y Francisca, aún sin estado.

⁷² Francisco TOMÁS Y VALIENTE, “El perdón de la parte ofendida en el Derecho penal castellano (siglos XVI, XVII y XVIII)”, *Anuario de Historia del Derecho Español*, n° 31, 1961, pp. 89-ss. Tomás A. MANTECÓN MOVELLÁN, “Los criminales ante la concesión del indulto en la España del Siglo XVIII”, *Prohistoria: historia, políticas de la historia*, n° 5, 2001, pp. 70 ss.

⁷³ AMVM, AC, Sig. II-1-23, Lib. 4º, Cabildo 2 enero de 1731, f. 147.

⁷⁴ [*Ibidem*, Sig. II-1-24, Lib. 2º, Cabildo 10 enero de 1735, f. 31 v., hasta Cabildo 29 octubre de 1735, f. 81v.]

⁷⁵ AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 70.

⁷⁶ Poder del 25 de marzo de 1737 y testamento del 28, ante Fernando Ortega. [*Ibidem*, f. 72v.-75.]

⁷⁷ Nacido el 13 de marzo fue bautizado en la parroquia de San Juan el 22 de marzo de 1735 con los nombres de “Juan Antonio Martín, Leonardo, Benito”. [*Ibidem*, f. 2.]

⁷⁸ AMVM, AC, Sig. II-1-29, Lib. 1º, Cabildo 3 julio 1755, f.69. Con informe de la Real Cámara.

⁷⁹ AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 94v.

⁸⁰ Archivo de la Real Chancillería de Granada [ARCG], Cabina 321. Leg. 4.391, N° 60. PILAR PEZZI CRISTÓBAL, *Pasa y limón para los países del Norte. Economía y fiscalidad en Vélez-Málaga en el siglo XVIII*, Málaga, Universidad de Málaga, 2003, pp. 218-ss.

trayecto desde el arroyo de Iberos hasta su ciudad, dejando el otro tramo encargado a la de Málaga. En estos cometidos se ocuparía Juan Antonio de Piédrola junto con el corregidor D. Diego José Carrillo y el comandante militar Don Francisco Larrachea, hasta concluirlo en diciembre de 1787⁸¹. Tenemos constancia de que fue el depositario de los fondos destinados a las obras, procedentes de distintos impuestos sobre la exportación⁸², y su buena actuación lo hizo acreedor al nombramiento, en noviembre de 1789, como caballero de la Orden de Carlos III, constituida para premiar a la nobleza que hubiera hecho servicios a la Corona⁸³.

A fin de hacer efectivo dicho honor se realizó en Vélez-Málaga una averiguación sobre su nobleza, con un cuestionario similar al que su padre hizo respecto a su pariente en Canillas 70 años antes. En este caso los testigos son de mayor calidad, como también lo es la ciudad que los acoge, se cita al beneficiado de la parroquial de San Juan, al de Santa María, a regidores perpetuos y a personajes relevantes, los cuales ofrecen ofrecieron declaraciones muy similares sobre la nobleza y calidades del pretendiente y su estirpe. Sin embargo, debemos destacar que se introduce una sexta pregunta interpretable como un intento de separación o distanciamiento de Juan respecto a las actuaciones y comportamientos de su padre que pudieran perjudicarle: “Y finalmente, si saben que yo, dicho D. Juan Antonio de Morante y Piédrola Coronado, soy de buena y arreglada vida y loables costumbres, y que no estoy infamado de caso grave y feo”⁸⁴.

Parece evidente que el ascenso social de la familia, frenado en cierta medida por el carácter y actuaciones de Antonio, recobra su ritmo ascendente con su hijo una vez que este cumplió con los requisitos de “buena y arreglada vida y loables costumbres”, lo que no fue óbice para que éste se dedicara, como otros de sus parientes, a cometidos tan provechosos como el préstamo⁸⁵. Tenemos constancia de distintas obligaciones de este tipo por parte de diferentes vecinos de Vélez y pueblos cercanos, habitualmente pequeñas cantidades para sus urgencias⁸⁶. Y también de un conflicto con el Comandante de las Armas en 1775 respecto a un acuartelamiento que le causó un momentáneo encarcelamiento⁸⁷.

Siguiendo las estrategias habituales enlazó matrimonialmente con otra estirpe de regidores veleños al desposarse con Antonia de Igualada y Ríos, con la que tendría en 1762 una sola hija, Encarnación Piédrola Igualada, a quien dió poder para hacer su testamento en diciembre de 1804, ante Miguel del Álamo. Las únicas informaciones que disponemos a este respecto proceden de la última voluntad de Encarnación, donde reconoció haber recibido 5.000 ducados de dote en “alhajas, bienes muebles y raíces” en 1783, cuando contrajo nupcias con Pedro Ignacio Altamirano y Andrade, hijo del coronel Lorenzo de Altamirano y Mendieta y de Catalina de Andrade y Concha, y haber heredado tanto de su tía María⁸⁸ como de su padre todos los bienes

⁸¹ Juan BROTONS PAZOS (resp.) *Relación de las obras públicas que se han executado en los caminos que desde la ciudad de Málaga se han abierto hasta las de Antequera y Vélez...*, Madrid, Ministerio de Obras Públicas, 1995, p. 127.

⁸² AHN, Consejos, Sala de Justicia, Escribanía Escariche, Leg. 24.135; Sala de Gobierno, Leg. 1.272.

⁸³ Jordi MORETA I MUJUNOS, “Los caballeros de Carlos III, Aproximación social”, *Hispania*, nº 41, 1981, pp. 409-420.

⁸⁴ AHN, Orden Carlos III, 1.723, Exp. 400, f. 97v.

⁸⁵ Mónica MARTÍNEZ MOUTÓN, Eva Mª GIL BENÍTEZ y Jorge CHAUCA GARCÍA, “Escrituras de obligación y crédito a corto plazo en Málaga en el primer tercio del siglo XVIII”, en V.J. SUÁREZ GRIMÓN, E. MARTÍNEZ RUIZ y M. LOBO CABRERA (coords.), *El comercio en el Antiguo Régimen*, Las Palmas, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, 1995, pp. 109-118.

⁸⁶ AHPM, PN, P5037, Pedro Guirao y Rengifo, 10-10-1774, f.124; 6-10-1775, f.97.

⁸⁷ ACM, PV, CD 1, C1, L5, 1775, ff. 1-8.

⁸⁸ Su tía María era la única hermana de su padre, casada con Manuel Tello y Valladares, regidor perpetuo de Motril, que falleció dejando como único heredero a Juan quien llegó a un compromiso con su cuñado para evitar pleitos. AHPM, PN, P5039, Pedro Guirao y Rengifo, 4-3-1787, f.18.

familiares⁸⁹. Su esposo era sobrino de D. Francisco de Paula Altamirano Manrique de Lara, regidor perpetuo de Málaga, quien consiguió el marquesado de Isla Hermosa en 1793⁹⁰.

La lista de bienes que Encarnación deja en su testamento para su nutrida descendencia es considerablemente superior al escueto vínculo formado por el iniciador de la saga, Juan Morante y Piédrola, su bisabuelo, que “consiste en la casa principal de mi habitación [...] en la calle Alta de San Francisco y en un oficio, ya extinguido, de regidor perpetuo de esta ciudad”⁹¹.

El proceso de consolidación y ascenso social de la familia Piédrola en Vélez-Málaga contaba con un principio básico: una hidalguía reconocida legalmente, la cual garantizaba su aceptación entre las elites de una zona, como la Axarquía veleña, donde esta condición era habitualmente notoria, pero de difícil justificación documental. El desplazamiento abrió nuevas posibilidades y una certera utilización de las estrategias matrimoniales facilitó el establecimiento de relaciones, a la vez que aportaba cierta fortuna y, con ella, el acceso al poder municipal.

Aunque el proceso pasó por momentos de incertidumbre motivados por el difícil carácter de uno de los miembros, nunca se puso en duda su categoría ni su ascendiente, reavivándose el ritmo ascendente con la siguiente generación. Esta circunstancia demuestra que las regidurías constituían un excelente trampolín social, al permitir introducir otro elemento clave: el servicio a la Corona, no estrictamente pecuniario. Esta colaboración en aquellos proyectos de especial interés para el gobierno, permitió obtener un nombramiento de caballero y culminar, en apenas tres generaciones y menos de un siglo, el encumbramiento social.

⁸⁹ [*Ibidem*, P5063, Manuel García y García, 22-5-1821, ff. 272-278v.]

⁹⁰ Enrique SORIA MESA, “La creación de un grupo. La nobleza titulada del Reino de Granada en el siglo XVIII”, en J.P. DÍAZ LÓPEZ, F. ANDÚJAR CASTILLO y A. GALÁN SÁNCHEZ (eds.), *Casas, Familias y Rentas. La nobleza del Reino de Granada entre los siglos XV-XVIII*, Granada, Universidad de Granada, 2010, p. 134.

⁹¹ AHPM, PN, P5063, Manuel García y García, 22-5-1821, ff. 273v.-274.

UNA APROXIMACIÓN A LA CULTURA Y PODER EN EL LINAJE DE LOS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA

Sarai Herrera Pérez

Universidad de Jaén

De este modo, si cada uno de los ámbitos en los que fijamos nuestra atención se muestra proclive a la definición de los Fernández de Córdoba como un linaje de relevancia para la Historia de España, tampoco podemos obviar su trascendencia desde una perspectiva cultural. En este sentido, son dos los aspectos fundamentales en los que debemos centrar nuestra atención, de un lado, la labor realizada por los Córdobas como mecenas de ciertos literatos, y de otro, el patronazgo artístico desarrollado por los miembros de la estirpe. Así, en ambas cuestiones, aunque sobre todo a través del arte y de la heráldica, el concepto de autorepresentación se hace aún más manifiesto.

Si nos centramos en el análisis de la influencia ejercida por el linaje a la literatura de su tiempo, a priori, debemos advertir la importancia del conjunto de las dedicatorias que, desde las obras literarias, se realizan a los Córdobas. Estas inscripciones nos remiten tanto a la importancia del grupo familiar como a la acción de protección que brindaron a numerosos escritores, los cuales, posiblemente, en señal de agradecimiento, les dedicaron sus trabajos. Consideramos que no incurrimos en equívoco alguno al pensar que bajo estas dedicatorias entre los escritores y los Fernández de Córdoba subyacen ciertas relaciones e intereses, que se materializará en redes clientelares y de patronazgo¹.

La nómina de autores que tuvieron al linaje como referente viene a ser amplia, ya no sólo si nos ceñimos al hecho de que el asunto de la obra estuviera relacionado con cualquier aspecto referente al linaje², sino también en el ámbito de las dedicatorias, que se desarrolla más allá de la temática a la que se dedicara la obra. En ambos casos se cuenta, por tanto, con un denominador común: el deseo de prosperar bajo la protección de alguno de sus miembros, teniendo en cuenta el importante papel desempeñado por algunos de ellos en el contexto de poder del momento. Por lo que podemos advertir cómo estas dedicatorias se desarrollan en dos sentidos fundamentales, uno hacia los parientes de los biografiados y otro, a modo de agradecimiento o simple intento de lograr el mecenazgo de los Córdobas. Para ilustrar esta cuestión adjuntamos un esquema sinóptico en el que se recogen las obras más destacadas que fueron dedicadas a los Fernández de Córdoba.

¹ Esta cuestión es tratada por José DOMÍNGUEZ BÚRDALO y Antonio SÁNCHEZ JIMÉNEZ, *El mundo del libro a través de las relaciones clientelares en la Sevilla de entresiglos, 1582-1621*, Navarra, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2009, pp. 256-317.

² Este rasgo viene a ser común a la nobleza del momento, dado que algunas personalidades encargan o corren con los gastos de edición de las obras de determinados escritores, fundamentalmente genealogistas, con el objeto de que éstos exaltaran la magnificencia de sus ancestros.

Autor	Título	Fecha de edición	Dedicatoria
?	<i>Chronica del Gran Capitán</i>	1584	Dedicada a don Diego de Córdoba, caballero de Felipe II
Diego Fernández Herrera	<i>Arte de caza de altanería</i>	1585	Dedicada a don Alonso Fernández de Córdoba y Figueroa, V marqués de Priego
Juan de Ávila, Fray Luis de Granada (editor)	<i>Obras del padre Maestro Iuan de Anila</i>	1588	Dedicada a don Alonso de Aguilar, marqués de Priego
Juan Martínez de Rozas y Velasco	<i>Compendio histórico de la Casa Córdoba y Aguilar...</i>	1588	Dedicada a don Alonso de Aguilar, marqués de Priego
Martín de Roa	<i>Singularium locorum...</i>	1600	Dedicada a don Pedro Fernández de Córdoba, marqués de Priego
Martín de Roa	<i>Historia general de la provincia de Andalucía...</i>	1600	Dedicada a Luis Ignacio de Córdoba, marqués de Montalbán
Luis de Góngora y Argote	<i>De las damas de palacio</i>	1600	Dedicada a don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar
?	<i>Sermón predicado en el convento de Santa Clara de Montilla...</i>	1601	Dedicada a don Pedro Fernández de Córdoba, marqués de Priego
Juan de la Cueva	<i>Conquista de la Bética...</i>	1603	Dedicada a don Antonio Fernández de Córdoba, primogénito de la casa de Guadalcázar
Martín de Roa	<i>Vida de doña Ana Ponce de León...</i>	1604	Dedicada a don Pedro Fernández de Córdoba, marqués de Priego
Lope de Vega	<i>El peregrino en su patria</i>	1604	Dedicada a don Pedro Fernández de Córdoba, marqués de Priego
Álvaro Pizaño de Palacios	<i>Sermón a las honras de don Francisco Fernández de Córdoba...</i>	1606	Dedicada a Luis Fernández de Córdoba, obispo de Salamanca
Francisco Fernández de Córdoba, abad de Rute	<i>Didascalia multiplex</i>	1615	Dedicada a Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, duque de Sessa
Martín de Roa	<i>Vida y maravillosas virtudes de doña Sancha Carrillo</i>	1615	Dedicada a don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar
Diego de Cisneros	<i>Sitio, naturaleza y propiedades de la ciudad de México...</i>	1618	Dedicada a don Diego Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar

Álvaro Pizaño de Palacios	<i>Sermón que predicó el doctor Álvaro Pizaño de Palacios...</i>	1620	Dedicada a don Diego Fernández de Córdoba, deán y marqués de Armuña
Juan Bautista de Morales	<i>Jornada de África del rey don Sebastián de Portugal</i>	1622	Dedicada a don Juan Fernández de Córdoba y Aguilar, titular de la casa del Bailío
Juan Bautista de Morales	<i>Pronunciaciones generales de lenguas, Ortografía...</i>	1623	Dedicada a Alonso Fernández de Córdoba, marqués de Priego
Gabriel José de Arriaga	<i>Fiestas que celebró la noble villa de Baena a la canonización...</i>	1628	Dedicada a don Francisco Fernández de Córdoba y Figueroa
Varios autores	<i>Fama póstuma a la vida y muerte del doctor fray Lope Félix de Vega Carpio</i>	1636	Dedicada a don Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, duque de Sessa
Lope de Vega	<i>La nueva victoria de Gonzalo de Córdoba</i>	1637	Dedicada a don Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, duque de Sessa
Lope de Vega	<i>Las cuentas del Gran Capitán</i>	1638	Dedicada a don Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, duque de Sessa
Alonso Chirino Bermúdez	<i>Panegírico nupcial</i>	1640	Juana Fernández de Córdoba, hija del V marqués de Priego
Gonzalo de Hoces y Córdoba (Editor)	<i>Todas las obras de don Luis de Góngora en varios poemas</i>	1644	Dedicada a don Francisco Antonio Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcázar
Francisco de Llamas y Aguilar	<i>Epítome de las grandezas de la Casa de Córdoba...</i>	1648	Dedicada a don Luis Mauricio Fernández de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego
José Pellicer y Tóvar	<i>Justificación de la grandeza del marquesado de Priego</i>	1649	Dedicada a don Luis Mauricio Fernández de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego
Luis Mercado y Solís	<i>Tratado apologético de vidas y virtudes del venerable varón...</i>	1654	Dedicada a don Francisco Luis Antonio Fernández de Córdoba, señor de Belmonte
Francisco de Llamas y Aguilar	<i>Árbol genealógico de la casa de Priego y sus elogios</i>	1667	Dedicada a Luis Mauricio Fernández de Córdoba, marqués de Priego
Miguel de Pineda	<i>Sermón en la célebre solemnidad, que la nobleza de Montilla</i>	1668	Dedicada a don Luis Mauricio Fernández de Córdoba, marqués de Priego
Francisco de Quevedo	<i>De los remedios de cualquier como reconocimiento del amparo</i>	?	Dedicada a don Antonio Juan Luis de la Cerda, VII duque de Medinaceli

Francisco de Quevedo	Traducción de <i>El Rómulo</i> , de Virgilio Malvezzi	?	Dedicada a don Antonio Juan Luis de la Cerda, VII duque de Medinaceli
José Niño de Guevara	<i>Compendio genealógico del Exmo. Sr. D. Manuel Fernandez de Cordova y Figueroa...</i>	?	Dedicada a don Manuel Fernández de Córdoba y Figueroa, VIII duque de Feria y VIII marqués de Priego

Asimismo, no debemos olvidar cómo los escritores buscan estar al amparo de la nobleza como vehículo para lograr reconocimiento, beneficios económicos y ascenso en la esfera social³. Estos escritores, para lograr la concesión de este amparo, no sólo exaltarán la excelencia del linaje nobiliario, sino que incluso llegarán a entrometerse en disputas de naturaleza política⁴ con la finalidad de obtener la tan valorada protección. En definitiva, advertimos como cultura y nobleza se articulan como nuevas bases de desarrollo de los usos cortesanos⁵. Quizás, el caso más destacado en cuanto al mecenazgo literario, o mejor dicho, en cuanto a la vinculación entre nobleza y literatos, lo encontramos en el IV duque de Sessa, Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón⁶, quien llega a convertirse en uno de los más importantes protectores de Lope de Vega⁷. La relación entre Lope de Vega y el duque se iniciaría alrededor del año 1605, prolongándose hasta la muerte del escritor. No debemos olvidar como Lope de Vega llega a convertirse, incluso, en su secretario personal⁸.

Otra de las cuestiones que refieren la relación existente entre el linaje y la literatura es la propiedad de bibliotecas. Debemos tener en cuenta que el estudio de las bibliotecas viene a ser una temática de cierta importancia a lo largo del desarrollo de la historiografía. De este modo, han sido

³ Más allá de estas mercedes, con referencia a la vinculación entre literatos y nobles también podemos encontrarnos ante ciertos inconvenientes. De un lado, que el autor, en el desarrollo de su obra, viera mermada su capacidad creativa bajo las instrucciones del noble o, de otro lado, que el autor corriera el mismo destino del patrón, tanto en lo referido a la suerte como a la desgracia

⁴ Consideración que nos parece lógica si tenemos en cuenta que la vinculación a un protector contaba con la significación de formar parte de su red clientelar

⁵ Isabel, ENCISO ALONSO-MUÑUMER, “Nobleza y mecenazgo en la época de Cervantes” en *Anales Cervantinos*, vol. XL, 2008, p. 48.

⁶ Nos referimos a la figura de Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragón, VI duque de Cabra y VI duque de Sessa.

⁷ De forma anterior, también aparece vinculado a las figuras del marqués de Malpica o del conde de Lemos.

⁸ Teresa, FERRER VALLS, “Teatro y mecenazgo en el Siglo de Oro: Lope de Vega y el duque de Sessa” en Aurora Gloria, EGIDO MARTÍNEZ y José Enrique, LAPLANA GIL. (Coords.), *Mecenazgo y Humanidades en tiempos de Lastanosa: Homenaje a Domingo Ynduráin*, Huesca, Institución Fernando el Católico, 2008, p. 113.

⁹ El binomio entre biblioteca y poder es también considerado en las siguientes obras: Fernando, BOUZA ÁLVAREZ, *Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, 2001; Fernando, BOUZA ÁLVAREZ, *Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna* (siglos XV-XVII), Madrid, Síntesis, 1992. ; Fernando, BOUZA ÁLVAREZ, *El libro y el cetro: la biblioteca de Felipe IV en la Torre Alta del Alcázar de Madrid*, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2005; Rafael María, GIRÓN PASCUAL, “Biblioteca privada y ascenso social en el seno de la élite. La biblioteca privada de don Manuel de Piedrola Narváez y doña Teresa de Olivares Raya, vecinos de Guadix, 1707” en Enrique, SORIA MESA, y Juan Jesús, BRAVO CARO (Coords.), *Las élites en la Época Moderna: La Monarquía Española. IV. Cultura*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2009, pp. 176; José Manuel, PRIETO BERNABÉ, *La seducción de papel: el libro y la lectura en la España del Siglo de Oro*, Madrid, Arco Libris, 2000; José Manuel, PRIETO BERNABÉ: *Lectura y lectores: la cultura del impreso en el Madrid del siglo de Oro (1550-1650)*, Mérida, Editorial Regional de Extremadura, 2004 Y José Manuel, PRIETO BERNABÉ, “Espacios, formas y manifestaciones modernas de la cultura escrita: España y Portugal (siglos XVI-XIX)”, *Hispania: Revista española de historia*, nº 221, 2005, pp. 809-812.

sometidas a estudio las colecciones bibliográficas pertenecientes a la monarquía, al estamento eclesiástico o a la nobleza, e incluso, aquellas otras que se encontraban en posesión de los artistas. Las bibliotecas constituyen uno de los recursos más idóneos con los que cuenta el historiador para aproximarse al conocimiento de las dominantes culturales y de las corrientes ideológicas que imbuyen las actitudes mentales de un grupo social. De este modo, si nos acercamos al individuo a través de su propiedad literaria, se nos proporcionará una noción muy próxima a su persona, a su pensamiento, a su ideario, e incluso a su intimidad. Si, además, estos escritos son analizados teniendo en cuenta la pertenencia y representatividad del individuo con relación al estamento al que pertenece.

Entendemos que la cultura, en sí misma, puede ser tomada como un elemento de diferenciación, para ser aplicado en la carrera que se emprende hacia el pretendido ascenso social. No podemos olvidar cómo la cultura actúa distinción entre aquella élite que no la posee y la que no. La propiedad de una biblioteca se encuentra, por tanto, en la misma línea que marca el patronazgo de capillas o de templo, puesto que distingue a los miembros pertenecientes a un mismo estamento social⁹. Quizás los objetivos que llevaban a una personalidad a conformar su propia biblioteca pudieron llegar a ser diversos, pero quizás complementarios y no excluyentes entre sí. En este sentido, podemos citar tanto el interés en lograr una formación cultural o, por lo contrario, al afán de demostrar el poder, la riqueza o la vanidad personal. Por otra parte, debemos hacer referencia a la relación existente entre la formación de bibliotecas personales y el progreso en la cultura o en la formación, a la que no todo el mundo, sólo los privilegiados, los que gozan de un poder adquisitivo, tienen acceso. Por ello, como ya hemos mencionado, la cultura en sí, ya suponía un signo de distinción social.

De todos modos, el paradigma que parece alcanzar una mayor notabilidad, en el contexto de este linaje, es el correspondiente a don Pedro Fernández de Córdoba, destacado noble andaluz de su época que recibe el título de primer marqués de Priego en el año 1519¹⁰. La biblioteca que llegó a atesorar este miembro del linaje ha sido estudiada de modo pormenorizado por Quintanilla Raso, que nos indica que su contenido fue registrado en un inventario que data del 1518¹¹, un año después de su muerte, y al que hemos podido acceder a partir de la transcripción contenida en el artículo de la citada autora. La relación es extensa y abarca un número de 309 volúmenes. Entre las obras que la conforman abundan los clásicos, destacando cuantitativamente los autores latinos en consonancia a los rasgos culturales del momento. Los textos de Cicerón, Ovidio, Terencio, Marcial o Séneca, entre otros muchos, ocupan un puesto de primer orden en la biblioteca del marqués. De todos modos, la literatura griega se encuentra también representada, en este caso, por escritores de relevancia como Platón y Aristóteles. Por otra parte, las profundas convicciones religiosas del marqués se manifiestan a partir del amplio número de textos de carácter religioso, elemento que resulta común a otras colecciones bibliográficas de la época. Además de Biblias completas, abunda la obra de autores como los cuatro doctores de la Iglesia latina: San Juan Crisóstomo, San Bernardo, San Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura. La presencia de estos textos resulta también frecuente en las bibliotecas privadas de la época. De cualquier modo, la corriente del humanismo italiano, afín a la emergente mentalidad del momento, también se encontraba presente, y así, la producción de Dante, Petrarca, Boccaccio Valla o Ficino formaba parte de la recopilación de don Pedro Fernández de Córdoba.

Pero si los Fernández de Córdoba fueron un referente de trascendencia en la literatura, no lo fueron menos en el campo del arte, donde ejercieron un patronazgo de cierta proyección del que han quedado numerosas muestras, tal y como se manifiesta en la arquitectura de sus palacios, en las iglesias erigidas bajo su fundación y en el resto de obras de arte que sufragaron. La labor de mecenazgo, en los Córdobas, no se registra con frecuencia si atendemos a una protección de

¹⁰ Alfredo, ALVAR (dir.), *Gran enciclopedia cervantina*, Vol. 3. Madrid, Castalia, 2006, p. 162.

¹¹ ADM, sec. Priego, leg. 7, doc. 1.

determinados artistas, sino que fundamentalmente se desarrolla en el desempeño de un patronazgo que contará con repercusión en el ámbito plástico. Así, fueron ellos quienes financiaron una importante cantidad de obras de naturaleza artística, tanto en las iglesias de sus villas como en las capillas de las que fueron patronos o en sus residencias privadas. Las muestras de esta labor resultan ser incontables y, prácticamente, se extienden por toda España. En este aspecto, debemos destacar el sustento que es concedido a determinadas órdenes religiosas, fenómeno que resulta común entre la nobleza del momento como prueba ostensible de su magnificencia, y que derivará en un amplio desarrollo de la actividad arquitectónica. A lo largo de estas páginas podremos apreciar que el arte se erigirá como una herramienta, fundamental y pragmática, en la transmisión de los valores y de las convicciones que son propugnadas por el linaje de los Córdobas¹². A este propósito se le suman otros, como aquellos que nos refieren la relevancia que obtienen, en este contexto, conceptos como el de autorepresentación, el de ostentación o rivalidad familiar y cómo no, la pretensión de perpetuar la grandeza del linaje, de hacerlo eterno a través de los siglos.

Por tanto, y a modo introductorio, con el objeto de aproximarnos en el conocimiento de las empresas artísticas desarrolladas por los Córdobas, núcleo fundamental de la que será nuestra tesis doctoral, proponemos el siguiente esquema que, ordenado alfabéticamente en atención a un criterio geográfico, nos introduce en el conocimiento de los bienes artísticos que resultaron del patrocinio de los Fernández de Córdoba durante los siglos de la Edad Moderna. En él se contienen, por tanto, ciertos ejemplos relevantes de las empresas artísticas que, promovidas por los Córdobas, se emplazan en las ciudades y villas de señorío donde radicó el linaje.

A continuación, a modo de conclusión, adjuntamos un cuadro sinóptico a partir del cual podemos obtener una visión general, pero precisa, de la labor de patronazgo que es ejercida por nuestro linaje.

Nombre del personaje/ línea del linaje	Acción del patronazgo	Localización	Cronología
Catalina Fernández de Córdoba	Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Soterrano	Aguilar de la Frontera, Córdoba	1530
Luis Fernández de Córdoba	Iglesia parroquial de Santa María	Albendín, Córdoba	1er. tercio del siglo 16
Diego Fernández de Córdoba	Iglesia conventual de Madre de Dios	Baena, Córdoba	1510
Diego Fernández de Córdoba	Iglesia parroquial de Santa María: construcción del templo parroquial y de la capilla mayor destinada a su enterramiento	Baena, Córdoba	1er. tercio del siglo 16
Pedro Fernández de Córdoba	Iglesia parroquial de Nuestra Señora de Guadalupe	Baena, Córdoba	1er. tercio del siglo 16
María Sarmiento de Mendoza (esposa del primer duque de Baena,	Iglesia conventual de San Francisco	Baena, Córdoba	Mediados del siglo 16

¹² Para adentrarnos en el conocimiento de la relación existente entre los conceptos arte, poder y sociedad durante Edad Media véase Joaquín, YARZA LUCES, *La nobleza ante el rey: los grandes linajes castellanos y el arte en el siglo XV*, Madrid, El Viso, 2004.

Gonzalo Fernández de Córdoba)			
Antonio León Fernández de Córdoba	Iglesia parroquial de Santo Domingo	Cabra, Córdoba	1550
Cabra	Iglesia de San Juan de Dios	Cabra, Córdoba	1586
Cabra	Colegio de las Madres Escolapias	Cabra, Córdoba	1635
Diego Fernández de Córdoba (Casa de Comares)	Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso: patronato de la Capilla Mayor del Monasterio de San Jerónimo de Valparaíso	Córdoba	1ª mitad del siglo 16
Aguilar/Sessa	Palacio de los Señores del Bailío	Córdoba	1ª mitad del siglo 16
Deán Juan Fernández de Córdoba	Residencia palacial	Córdoba	Mediados del siglo 16
Antonio de Córdoba	Colegio de la Compañía de Jesús: fundación y construcción	Córdoba	1552
Diego Fernández de Córdoba	Portapaces del marqués de Comares, Catedral de Córdoba.	Córdoba	1578
Gómez de Córdoba	Capilla de San Antón de la Catedral de Córdoba: patronato	Córdoba	1579
Francisco Pacheco de Córdoba	Composiciones pictóricas para el retablo mayor de la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús.	Córdoba	1594
Gonzalo Fernández de Córdoba y Aguilar	Iglesia del monasterio de San Jerónimo: construcción de la capilla mayor y dotación de su retablo mayor, de su reja y de túmulos funerarios	Granada	2ª década del siglo 16
Diego Fernández de Córdoba y Melgarejo	Palacio de los marqueses de Guadalcázar	Guadalcázar, Córdoba	Principios del siglo 17
Diego Fernández de Córdoba y Melgarejo	Convento de carmelitas descalzos: fundación, construcción y dotación de elementos muebles.	Guadalcázar, Córdoba	Principios del siglo 17
Luis Fernández de Córdoba Portocarrero	Convento de carmelitas descalzos: Retablo mayor y pila bautismal	Guadalcázar, Córdoba	1612-1620
Luis Fernández de Córdoba Portocarrero	Convento de las bernardas de la Concepción: fundación, construcción y dotación de elementos muebles	Guadalcázar, Córdoba	1625
Diego de Córdoba y Mendoza	Convento de San Francisco: Capilla Mayor	Jaén	Mediados del siglo 16
Diego Fernández de Córdoba y Arellano	Iglesia parroquial de San Mateo: fundación, construcción primitiva y dotación de retablo.	Lucena, Córdoba	1498

Luis Fernández de Córdoba y Pacheco	Iglesia conventual de San Francisco: fundación y construcción primitiva	Lucena, Córdoba	1550
Luis Fernández de Córdoba y Pacheco	Santuario de la Virgen de Araceli: efigie de Nuestra Señora de Araceli	Lucena, Córdoba	Mediados del siglo 16
Ana Enríquez de Mendoza (Esposa de Luis Fernández de Córdoba y Pacheco)	Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Carmen	Lucena, Córdoba	1605
Luis Fernández de Córdoba Portocarrero	Catedral de Málaga: intervención en la capilla mayor	Málaga	1615-1623
Luis Fernández de Córdoba Portocarrero	Catedral de Málaga: donación de frontal de altar de plata	Málaga	1615-1623
Luis Fernández de Córdoba Portocarrero	Recinto amurallado: torreón del Obispo	Málaga	1615-1623
Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa	Iglesia parroquial de Santiago	Montilla, Córdoba	Principios del siglo 16
Catalina Fernández de Córdoba	Iglesia de la Encarnación (antiguo templo del colegio de la Compañía de Jesús): fundación y construcción de la primitiva fábrica	Montilla, Córdoba	Mediados del siglo 16
Luis Fernández de Córdoba	Oratorio de San Luis Obispo y San Ildefonso: fundación y construcción	Montilla, Córdoba	Mediados del siglo 16
Priego/Medinaceli	Palacio de los duques de Medinaceli	Montilla, Córdoba	Mediados del siglo 16
Alfonso Fernández de Córdoba	Cáliz del Comendador de la Iglesia parroquial de Santiago de Montilla	Montilla, Córdoba	1560
Pedro Fernández de Córdoba y Figueroa	Crismas de la Iglesia parroquial de Santiago Montilla	Montilla, Córdoba	2ª mitad del siglo 16
Casa de Priego	Portapaz de la Piedad de la Iglesia parroquial de Santiago de Montilla	Montilla, Córdoba	Siglo 17
Pedro de Alcántara Fernández de Córdoba y de la Cerda	Portaviático de la Iglesia parroquial de Santiago de Montilla	Montilla, Córdoba	1786
Francisco de Mendoza y de Córdoba	Catedral de Oviedo: impulso al desarrollo de las obras y retablo de la capilla mayor	Oviedo	1525-1527
Diego Fernández de Córdoba “El Africano”	Real monasterio de Santa María de Poblet: donaciones de ornamentos, composiciones pictóricas y esculturas.	Poblet, Tarragona	2ª mitad del siglo 16

Luis Fernández de Córdoba y Portocarrero	Colegio-Seminario: conclusión de las obras	Santiago de Compostela	1622-1624
Luis Fernández de Córdoba y Portocarrero	Catedral: intervenciones	Santiago de Compostela	1622-1624
Luis Fernández De Córdoba y Portocarrero	Palacio Arzobispal: reformas y conclusión.	Santiago de Compostela	1622-1624
Luis Fernández de Córdoba y Portocarrero	Torreón del Muelle nuevo	Santiago de Compostela	1622-1624
Luis Fernández de Córdoba y Portocarrero	Palacio Arzobispal: intervención y construcción de nueva escalera	Sevilla	1624-1625
Pascual Agustín Fernández de Córdoba	Catedral de Toledo: donaciones, construcción del camarín de Nuestra Señora del Rosario y de las dependencias anejas a la sacristía	Toledo	2ª mitad del siglo 17
Pascual Agustín Fernández de Córdoba	Convento de madres capuchinas de la Purísima Concepción de Santa María: fundación, construcción y dotación de ornamentos y elementos muebles	Toledo	2ª mitad del siglo 17

MÉRITO PERSONAL, TRADICIÓN FAMILIAR Y CLIENTELISMO POLÍTICO EN EL AYUNTAMIENTO DE ALCOY DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVIII*

M^a del Carmen Irlés Vicente

Universidad de Alicante

En los últimos años de vigencia del sistema municipal foral, el gobierno de la villa de Alcoy estuvo en manos de una serie de individuos que fueron accediendo a los cargos de *justicia* y *jurats* al ser extraídos sus nombres, por suertes, desde las bolsas en que se hallaban insaculados¹. Después de los decretos de Nueva Planta de 29 de junio y julio de 1707, fueron introduciéndose otros mecanismos para conseguir idéntico objetivo, esto es, dotar de personal al nuevo ayuntamiento alcoyano.

EL PRIMER AYUNTAMIENTO DE PROVISIÓN REGIA

Tras un período de titubeos, en Alcoy -como en las restantes sedes corregimentales valencianas- se introdujo el consistorio de regidores perpetuos de dotación regia, a imitación de la práctica vigente en Castilla.

Después de un arduo proceso de averiguaciones, a fin de no errar en la selección del personal que debía asentar el nuevo modelo municipal², en octubre de 1709 se expidieron los primeros títulos de regidores³. Las correspondientes credenciales fueron presentadas en el ayuntamiento el día 18 del mes siguiente, al tiempo que cada uno de los nuevos capitulares iba tomando asiento en el lugar que tenían asignado en función del orden en que iban propuestos y fueron designados por el rey. Para darles posesión, y ante la inexistencia de un órgano debidamente acreditado, fue necesario que Pedro Buendía y Arroyo, magistrado de la chancillería de Valencia, se desplazara hasta Alcoy para tomarles el debido juramento⁴.

Habida cuenta la sensible modificación experimentada en la forma de designación del personal encargado de regir el municipio alcoyano antes y después de la Nueva Planta, cabe también preguntarse si el cambio acontecido afectó, asimismo, al contingente humano que ocupó dichos cargos; esto es, si la naturaleza de la variación introducida, a raíz, no lo olvidemos, de un conflicto bélico –la Guerra de Sucesión al trono hispano- acabó desposeyendo, o al menos alterando, la composición de las elites ciudadanas con representación en el consistorio. Pues bien,

* El presente trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación HAR2011-27062, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

¹ Sobre el tema David BERNABÉ GIL, *Privilegios de insaculación otorgados a municipios del Reino de Valencia en época foral*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura “Juan Gil-Albert”, 2012. También Josep Lluís SANTONJA, *La desfeta d’Alcoi. Una vila valenciana entre l’Àustria i el Borbó*, Alcoi, Arxiu Municipal d’Alcoi, 2008, pp. 17-18.

² M^a del Carmen IRLÉS VICENTE, “De jurados a regidores. Los cambios en la administración municipal valenciana tras la Nueva Planta”, en Ricardo FRANCH (ed.), *La sociedad valenciana tras la abolición de los Fueros*, Valencia, 2009, pp. 105-132.

³ Los títulos de regidor estaban fechados el 8 de octubre de 1709.

⁴ El presidente de la Chancillería, Pedro Larreategui, encargó al relator de dicho tribunal, Pedro Buendía, la tarea de tomar el juramento a los individuos designados para ocupar las primeras regidurías de nombramiento regio en San Felipe, Alcira, Onteniente, Carcagente y Alcoy. En esta última población la toma de posesión se produjo el 18 de noviembre de 1709; seis regidores juraron su cargo en el consistorio, mientras que los dos restantes –José y Vicente Descals- lo hicieron en su propio domicilio, al encontrarse enfermos. Vid. Archivo Municipal de Alcoy (en adelante A.M.A.). *Cabildos*. Sig. 47, cabildo de 18 de noviembre de 1709.

las investigaciones realizadas para tratar de arrojar luz sobre el tema nos han permitido constatar que esos cambios fueron mínimos y, sobre todo, que los mismos apenas se percibieron en los primeros años de vigencia del nuevo modelo, pues apellidos como Merita, Descals, Puigmoltó, Sempere, o Valor —presentes en las nóminas de justicias y jurados forales— continuaron prodigándose entre los titulares de las regidurías⁵.

Fueron ocho los capitulares designados por Felipe V en 1709; el primero de ellos y, consiguientemente, regidor decano del ayuntamiento, fue Juan Merita y Capdevila⁶, acompañado en segundo lugar por su hermano Damián Merita. Completaban la nómina otros dos caballeros, José Descals y Basilio Puigmoltó, así como cuatro ciudadanos, Vicente Descals, Ignacio Sempere, Juan Sempere y Antonio Valor; todos ellos debieron abonar 480 reales a las arcas regias en concepto de media anata por el cargo que acababa de serles concedido.

Aún no había transcurrido una década desde la instauración del nuevo ayuntamiento, cuando corregidor y regidores supervivientes remitieron una representación al monarca en la que exponían la notable mengua experimentada en la composición del mismo, al fallecer varios de sus integrantes; se trataba de “D. Basilio Puigmoltó, de Vicente de Scals y de Juan Sempere”⁷. Con su escrito perseguían, básicamente, que el vacío producido quedara subsanado y contar, de esa manera, con la colaboración de más individuos a fin que las medidas de gobierno que se adoptaran en el ayuntamiento fueran las más adecuadas⁸. Un último punto queremos destacar, no obstante, y es el papel que pretendía asumir el consistorio en la renovación de su personal, al solicitar en la parte final del escrito “permiso para proponer a su majestad los sujetos que parezcan más apropiados para el ministerio y dignos de la honra de su real aprobación”.

El escrito del ayuntamiento alcoyano obtuvo una rápida respuesta, pues el 6 de febrero se acordaba pedir informe a la Audiencia de Valencia de los individuos que considerase más a propósito para cubrir los regimientos vacantes. Nótese, sin embargo, cómo se establecía una clara jerarquización institucional a la hora de fijar el procedimiento para renovar las regidurías. Si en la primera dotación de capitulares había tenido un peso decisivo Pedro Larreategui, el presidente de la chancillería, que había sido el encargado de realizar las correspondientes averiguaciones para comprobar la idoneidad de los propuestos, a la hora de cubrir las vacantes la tarea se encargaba a un órgano colegiado, el Real Acuerdo, esto es, la Audiencia bajo presidencia del capitán general.

La información solicitada desde el Consejo y Cámara de Castilla por su secretario, Juan Milán de Aragón, no tardó en ser remitida desde la Audiencia, que redactó un listado con los nombres de los individuos que consideró más beneméritos, y entre los que figuraban D. Isidoro Puigmoltó, para la vacante en clase de caballeros, así como Blas Valor de Juan Diego, José

⁵ M^a del Carmen IRLÉS VICENTE, “Oligarquía y poder local en vísperas de la Nueva Planta”, en *El món urbà a la Corona d'Aragó del 1137 als decrets de Nova Planta: XVII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó*, Vol. II, Barcelona, Publicacions de la Universitat de Barcelona, 2003, pp. 178-179.

⁶ Sobre la trayectoria política de este personaje vid. Josep Lluís SANTONJA, *La desfeta d'Alcoi* [...], op. cit., pp. 14-15. Datos muy interesantes sobre la familia Merita pueden encontrarse en Marqués de TEJARES, “Genealogías alcoyanas. Nobleza. Merita”, en *El Archivo de Alcoy*, t. I (julio, 1919), cuaderno II, en *El Archivo de Alcoy. Revista de investigación histórica local y Boletín del Excmo. Ayuntamiento*, edición facsímil, vol. I, Alicante, Universitat d'Alacant-Institut Alacantí de Cultura Juan Gil-Albert, 2006, pp. 20-25.

⁷ Archivo Histórico nacional (en adelante A.H.N). *Consejos*. Leg. 18.332. *La villa y corregidor a D. Juan Milán de Aragón*. Alcoy, 11 de enero de 1717. Como se podrá observar a lo largo del texto, las grafías de los apellidos de los regidores no siempre son las mismas-Descals/de Scals, Sempere/Sempere-, siendo ésta una tónica habitual en la documentación en el caso alcoyano y que, en alguna ocasión, induce a confusión respecto a la filiación familiar a la que se pertenece, no tanto en el primer caso cuanto en el segundo, por existir múltiples variantes que en ocasiones no responden a distintas familias, sino a la falta de unos criterios claros de uniformidad gráfica (Semper, Samper, Sempere, Sempere, Sampere, Sanpere...).

⁸ Previamente a la redacción del escrito se había acordado en una reunión del consistorio la necesidad de completar el número de regidores con que había sido dotado en 1709 “para que concurriendo más número de votos en el ayuntamiento se afiance mejor el acierto en los acuerdos para las providencias del buen gobierno”, en A.M.A. *Cabildos*. Sig. 47, cabildo de 11 de enero de 1717.

Sampere de Marcelino, Antonio Asensi, José Gisbert de Miguel y Buenaventura Gisbert para las acaecidas en la de ciudadanos⁹.

Llegada la información a la Cámara, ésta no tardó en hacer suyo el parecer de la Audiencia, de ahí que el 15 de marzo se procediera a nombrar a los primeros propuestos y remitir el correspondiente aviso al corregidor dos días más tarde.

El nombramiento auspiciado desde la Cámara conllevaba el reemplazo de Basilio Puigmoltó por otro individuo del mismo apellido¹⁰, mientras las vacantes de Vicente Descals y Juan Sanpere eran cubiertas por Blas Valor de Juan Diego¹¹ y José Sanpere de Marcelino¹², respectivamente. Pese a la rapidez con que se había llevado a efecto el proceso de renovación de las regidurías desde la llegada a la Cámara del escrito notificando las vacantes existentes, esa celeridad desapareció tras producirse el nombramiento de los sustitutos. De hecho, transcurrieron más de tres años sin que ninguno de los designados tomara posesión, razón por la cual se desarrolló una activa correspondencia entre el corregidor de Alcoy, Luis de Costa Quiroga, y Juan Milán de Aragón en aras a subsanar el correspondiente vacío. En uno de esos escritos, fechado en el verano de 1720, apuntaba el primero:

“en conformidad de las repetidas órdenes que V.S. me tiene comunicadas a fin de obligar a D. Isidoro Puigmoltó, a José Sampere y a Blas Valor, nombrados regidores de esta villa, acudan a sacar los despachos necesarios para ejercer los referidos sus empleos, les he apercibido al tenor de lo que V.S. me previene por su última carta que recibí días pasados”¹³.

Tras ser objeto de apercibimiento, dos de los provistos accedieron a cumplir “prontamente” el encargo¹⁴, mientras Valor se escudó en su condición de familiar del Santo Oficio para rehusar el empleo¹⁵. Ante esta negativa, el 21 de octubre fue confiada la vacante a Antonio Asensi. Finalmente, todos ellos tomaron posesión el 24 de marzo de 1721¹⁶.

LA PROVISIÓN DE REGIDURÍAS EN LA DÉCADA DE LOS TREINTA

Completado en 1721 el número de ocho regidores, que fue el introducido en 1709, el consistorio alcoyano estuvo funcionando con normalidad hasta 1731, momento en que falleció uno de los capitulares, Ignacio Sampere. Al producirse dicha vacante, el abogado Cristóbal Gisbert, doctor en ambos derechos, presentó un memorial al monarca en solicitud de la misma. En el escrito destacaba su condición de familiar del Santo Oficio, pero, sobre todo, la fidelidad familiar a la causa de Felipe V en la contienda sucesoria, personificada en su padre, de nombre Nicolás, quien había abandonado la villa de Alcoy –donde residía– durante la guerra para

⁹ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Informe de la Audiencia de Valencia*, 9 de marzo de 1717.

¹⁰ En diferentes documentos redactados con ocasión del nombramiento encontramos, asimismo, variantes en el onomástico de Puigmoltó, que es denominado Isidoro en alguna ocasión e Isidro en otras.

¹¹ Blas Valor había formado parte del primer cuerpo de regidores nombrados para la villa de Alcoy por el caballero D’Asfeld en 1708, si bien no consiguió ser refrendado por el monarca al año siguiente al no figurar su nombre en la lista de propuestos, en A.M.A. *Cabildos*. Sig. 47, cabildo de 6 de febrero de 1708.

¹² José Sanpere de Marcelino participó activamente en la defensa de los intereses de Felipe V en los comienzos del conflicto sucesorio, desde su puesto de capitán de una de las compañías formadas en la villa de Alcoy para proteger el territorio valenciano de las incursiones de la flota inglesa, en Josep Lluís SANTONJA, *La desfeta d’Alcoi* [...], op. cit., p. 26.

¹³ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Luis de Costa a Juan Milán de Aragón*. Alcoy, 20 de julio de 1720.

¹⁴ La razón que les había impedido sacar el real título era, según manifestaron, “no poder juntar para la satisfacción de la media anata el dinero que necesitaban, por la miseria que todos padecían en aquella villa”.

¹⁵ Apuntaba el corregidor que Blas Valor se negaba a tomar posesión escudado en su condición de familiar del santo tribunal de la Inquisición, “por cuyo empleo se le asegura está exento de servir semejantes cargos contra su voluntad”.

¹⁶ Los tres títulos habían sido expedidos en Madrid el 23 de diciembre de 1720, en A.M.A. *Cabildos*. Sig. 47, cabildo de 24 de marzo de 1721.

trasladarse a Ibi, en la vecina Hoya de Castalla, “con toda su familia y (sic) hijos, con el fin de mantenerse bajo del patrocinio y dominio de VM, como fiel vasallo, lo que logró con mucha pérdida y menoscabo de su hacienda”¹⁷.

Como ocurriera unos años atrás, también esta vez se solicitó el informe de la Audiencia sobre el aspirante, y ésta, al tiempo de evacuarlo en sentido positivo –“tiene por digno del regimiento al suplicante”–, se permitió añadir otros nombres de cualificados alcoyanos¹⁸, a lo que se respondió desde la Cámara con el nombramiento de uno de ellos, el Dr. Juan Sempere, según se apuntaba, hijo del difunto.

Conocedor del negativo resultado de su pretensión, Cristóbal Gisbert recurrió nuevamente al monarca indicando lo que en su opinión era un grave desajuste entre la normativa establecida tras la Nueva Planta y la aplicación práctica recientemente acaecida. Según manifestó, el agraciado con la vacante de Ignacio Sempere no era un hijo suyo, como se había afirmado por la Audiencia, sino de José Sempere, regidor en ejercicio en el consistorio alcoyano, y “según lo prevenido por leyes reales, no pueden ser a un tiempo regidores padre e hijo en una misma ciudad”, por lo que solicitaba la nulidad de dicho nombramiento y que se le confiara a él, que sí reunía “todos los requisitos necesarios para poderle obtener”¹⁹.

La confusión producida, y la denuncia de que fue objeto por parte de Gisbert, debió estar en el origen de la renuncia practicada poco después por José Sempere en favor de su hijo, aunque el regidor la fundara en “su cansada edad y accidentes”. Nuevamente, fue la Audiencia la encargada de informar si en el vástago recaían las “circunstancias” requeridas para el desempeño del regimiento. La opinión de los magistrados no pudo ser más positiva, tanto al enjuiciar la trayectoria desarrollada por el padre como las cualidades que adornaban al hijo; en este sentido afirmaron que:

“el referido José Sempere ha servido muchos años con gran satisfacción, desempeñando siempre las obligaciones del empleo; y que el expresado doctor Juan Bautista Sempere, su hijo, tiene iguales prendas y partidas, en que se asegura servirá también el empleo, continuando, ya que no quepa adelantar, los aciertos de su padre”²⁰.

El procedimiento habitualmente utilizado para proveer las regidurías se vio parcialmente alterado a comienzos de la década de los treinta. Hasta ese momento las vacantes habían sido cubiertas, básicamente, con individuos propuestos por la Audiencia de Valencia; a partir de 1733 empezaron a proliferar los memoriales de sujetos que se mostraban pretendientes a ocupar dichos cargos. Así, para cubrir las plazas que habían quedado vacantes por fallecimiento de Ignacio Sempere y Antonio Valor²¹ presentaron memorial seis individuos: el Dr. Cristóbal Gisbert -de quien ya hemos hablado-, Juan Valor -hijo del segundo de los finados-, Vicente Sempere, Juan Bautista Asensi, Ignacio Sempere y Merita, y D. Cristóbal Llácer.

Las cualidades de las que hicieron gala la mayor parte de los aspirantes eran tanto de carácter personal, como heredadas de sus ascendientes. Juan Valor se creía acreedor a la regiduría

¹⁷ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Memorial de Cristóbal Gisbert*.

¹⁸ A más de Cristóbal Gisbert, la Audiencia recomendaba al Dr. Juan Sempere, hijo del difunto, a D. Tomás Jordá, así como a D. Gaspar y D. Nadal Almunia; también consideraba adecuados a los doctores Vicente Blas e Ignacio Sempere, así como a Jerónimo Gisbert -hijo de Nicolás-, Andrés Margarit y Andrés Gisbert -hijo de Tomás-; en A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Informe de la Audiencia*. Valencia, 2 de octubre de 1731.

¹⁹ Aunque Gisbert tuviera razón al señalar la ilegalidad de dicha coincidencia familiar en un mismo consistorio, también es cierto que situaciones similares se dieron con cierta frecuencia, especialmente en los años inmediatos a la Nueva Planta; ejemplos en dicho sentido pueden encontrarse en M^a del Carmen IRLÉS VICENTE, *El régimen municipal valenciano en el siglo XVIII. Estudio institucional*, Alicante, Institut de Cultura “Juan Gil-Albert”, Generalitat Valenciana, Conselleria d'Educació i Ciència, 1996, pp. 65-66.

²⁰ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Informe de la Audiencia*. Valencia, 9 de diciembre de 1732.

²¹ La plaza que ocupara Ignacio Sempere se hallaba vacante desde su muerte, ocurrida en 1720, en tanto que la otra era más reciente, pues su titular, Antonio Valor, había fallecido el 17 de enero de 1732; en A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Representación del Ayuntamiento de Alcoy*, 15 de febrero de 1732.

que había ocupado su padre. Vicente Sempere también presentó como méritos los de su progenitor, ya difunto, Gregorio Sempere, quien “antes de la abolición de los fueros [...] sirvió a dicha villa de jurado primero y otros empleos de correspondiente honor”; así como los de su suegro, Ignacio Sempere, quien había sido agraciado con una regiduría por Felipe V en atención a “su fidelidad y recto celo en el tiempo más calamitoso de dicho reino”; como no podía ser de otro modo, Vicente Sempere deseaba “imitar a sus mayores, y progenitores, en el buen fin de servir a su patria”. Juan Bautista Asensi apuntaba que “sus padres y ascendientes han gobernado dicha villa, rigiendo los empleos de justicia y más honoríficos en los años pasados”; concretando su afirmación indicaba que era hijo de Basilio Asensi, nieto de Francisco Asensi y bisnieto de Pedro Juan Asensi, “y descendiente de otros que, arraigados y domiciliados en dicha villa, la rigieron en los referidos empleos”. Ignacio Sempere y Merita cargaba las tintas en el componente honorífico a la hora de solicitar una regiduría, indicando que se hallaba “comprendido en las familias de distinción que hay en dicha villa, y por tal es reputado por todos sus vecinos”; en idénticos términos se expresaba D. Cristóbal Llácer, aspirante, como los anteriores, a incorporarse al consistorio alcoyano.

Comentadas las ventajosas circunstancias que, siempre en opinión de los pretendientes, adornaban sus personas, haciéndoles merecedores del cargo solicitado, veamos cuál fue el parecer de la Audiencia. En dos informes distintos, evacuados en la misma fecha, el Real Acuerdo valenciano calificó a los aspirantes. En el primero de ellos, decía de Vicente Sempere que era “de las primeras familias de Alcoy, tiene un entendimiento vivo y claro, con que discurre y explica bien; es de recta intención y buen natural”. Aunque no tenía ninguna experiencia de gobierno, no cabía descartarlo por dicha razón, pues -con las buenas prendas que lo caracterizaban- se presumía que “desempeñará cualquier confianza, como con su padre lo experimentó la villa”.

En términos elogiosos se referían, asimismo, a Juan Valor, quien era calificado como “de maduro juicio; de mucha aplicación, celo y recta intención, con que ha desempeñado diferentes encargos de aquel común”. Juan Bautista Asensi presentaba un cierto inconveniente pues, aunque nacido en Alcoy, llevaba muchos años residiendo en la vecina Penáguila, “donde tiene su domicilio y gobierna”. De Ignacio Sempere y Cristóbal Llácer se limitaba a apuntar que no eran convenientes, aunque sin especificar la razón.

Junto a la valoración de los pretendientes, la Audiencia apuntaba, asimismo, su opinión sobre otros alcoyanos que parecían beneméritos “para desempeñar a satisfacción las obligaciones de los empleos”. Los dos más sobresalientes parecían ser Gerónimo Gisbert y Andrés Margarit²².

Extraña, del informe anterior, la falta de detalles explicativos que argumentasen la aseveración formulada respecto a Sempere y Llácer. La existencia de un memorial dirigido al rey por parte del corregidor de Alcoy, fechado en septiembre de 1732, y un segundo informe de la Audiencia centrado en describir la conducta partidista de dichos aspirantes, permiten aclarar la razón.

En el escrito del corregidor, Luis de Costa y Quiroga exponía que, desde su llegada a Alcoy en 1715, había gobernado una población tranquila y pacífica, sin contratiempos de ningún tipo, situación que había variado sensiblemente desde hacía algún tiempo. El responsable de que la paz ciudadana hubiera desaparecido no era otro que el abogado Cristóbal Gisbert; a él se refería en los siguientes términos:

“habiendo atraído con sus mañas, a su facción y dictamen, a diferentes ciudadanos y vecinos, con sus malos influjos han parcializado este pueblo; de suerte que me ha

²² Gisbert era “de muy recta intención y aplicado, con mucha actividad”, ventajas que reunía, asimismo, Margarit, quien era “de iguales calidades y muy honrado”.

ocasionado, y ocasiona, más cuidados de poco más de un año a esta parte, que en los quince antecedentes”²³.

Lo que más temía el corregidor es que dichos altercados, lejos de sosegar, fueran a más, y en esa dirección apuntaba la estrategia diseñada por Gisbert y sus coligados, quienes estaban intentando incorporarse al consistorio para desde él poder imponer su criterio con entera libertad.

Según Costa y Quiroga, tanto Ignacio Sempere, como el Dr. Ignacio Valor y D. Cristóbal Llácer se hallaban coligados con Gisbert, por lo que temía que de entrar alguno de ellos en el ayuntamiento “se han de seguir en este cabildo irreparables inquietudes y desórdenes, y de éstos las malas consecuencias que suelen producir”, de ahí que pusiera en antecedentes al monarca para que lo tuviera presente a la hora de proveer las vacantes existentes en el consistorio.

Si el corregidor escribía al rey para evitar el nombramiento de cualquiera de los cuatro referidos pretendientes, el regidor decano, Juan Merita y Capdevila, se dirigía a Lorenzo de Vivanco, secretario de la Cámara, para recomendar la continuidad de los Valor al frente del consistorio, pues solicitaba su intercesión para que la vacante ocurrida por fallecimiento de Antonio Valor se confiara a su hijo Juan:

“Me atrevo a suplicar a VS., como lo hago, con las mayores veras, sea servido dispensarme la honra de proteger la pretensión del dicho, para que se provea en él la plaza vacante por muerte de su padre”²⁴.

Antes de formular dicha petición, no obstante, Merita apeló a la buena memoria de Vivanco al insinuarle: “discurro que VS. no habrá olvidado mi nombre del tiempo en que por interino serví este gobierno”. Dicha aclaración se hacía necesaria para el logro del favor apetecido, pues los escritos solicitando gracias diversas eran muy frecuentes en la corte.

Merita cerraba su escrito intentando acallar los posibles escrúpulos de conciencia de su interlocutor, al asegurar que su protegido reunía las cualidades necesarias para ejercer el cargo - “desempeñará enteramente su obligación, como me lo prometo por la reiterada experiencia con que me hallo en los diferentes encargos que se han fiado a su cuidado”-, pero también manifestando su agradecimiento y mostrándose dispuesto a “devolver” el favor que pedía en cuanto le fuera requerido - “lo que apreciaré infinito, como igualmente que VS. se sirva tenerme en su memoria para mandarme en su servicio, al que me repito, como debo”.

En los informes practicados en aras a completar la nómina de regidores se observaron divergencias entre el parentesco que unía a Ignacio y Juan Sempere, por lo que pareció conveniente buscar una tercera opinión, en este caso de la Audiencia. En el segundo informe de 10 de marzo de 1733, al que hacíamos referencia anteriormente, se aclararon convenientemente dichos extremos.

Por los datos recabados se pudo averiguar que Juan Bautista Sempere no era hijo, sino yerno de Ignacio Sempere, como yerno era también otro de los pretendientes a incorporarse al consistorio a comienzos de los años treinta, Vicente Sempere, pues ambos habían casado con dos de las tres hijas del fallecido regidor; el primero con M^a Laura, y el segundo con Vicenta María²⁵.

El informe practicado por la Audiencia fue aprovechado, asimismo, para arrojar luz sobre la personalidad de Cristóbal Gisbert “y sus coligados”. El parecer de los magistrados valencianos vino a coincidir con la denuncia presentada por el corregidor, manifestándose en los siguientes términos:

“es cierto tienen parcialitad (sic) aquel pueblo con sus malos influjos, de forma que habiendo sido siempre el ejemplar de la uniformidad y paz, sin limitación de tiempos, hoy

²³ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Representación de D. Luis de Costa y Quiroga*. Alcoy, 27 de septiembre de 1732.

²⁴ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Juan Merita y Capdevila a Lorenzo de Vivanco Angulo*. Alcoy, 15 de febrero de 1732.

²⁵ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Informe de la Audiencia*. Valencia, 10 de marzo de 1733.

se ve en la mayor consternación, desunión y perturbación, por la mala conducta y disensiones que fomentan continuamente dicho doctor Gisbert y sus coligados”.

El corolario del informe del tribunal valenciano fue su rechazo a que fueran nombrados para regimiento alguno tanto el Dr. Gisbert como sus parciales.

En escrito aparte, redundaba en idénticos términos la máxima autoridad valenciana, el capitán general, príncipe de Campoflorido, que proponía, además, la adopción de medidas drásticas, como el alejamiento de la villa de Alcoy del susodicho Gisbert²⁶. Para fundar su petición hacía referencia al estrecho conocimiento que tenía del sujeto, así como a la conducta mantenida por éste.

Según apuntó Campoflorido, hacía ya tres años que, para moderar su comportamiento, había llamado a Gisbert a Valencia y le había reprendido; sin embargo, éste, en lugar de enmendarse, había pretendido, y conseguido, el fuero del Santo Oficio, a fin de librarse de la jurisdicción real. Logrado el fuero inquisitorial, las facultades de actuación del representante regio quedaron mermadas, por lo que únicamente cabía recurrir al destierro²⁷.

Desconocemos si llegó a adoptarse alguna medida punitiva contra Gisbert, lo que sí sabemos es que, merced a la favorable opinión vertida por la Audiencia en el primero de los informes practicado en marzo de 1733 sobre la persona y conducta de Vicente Sampere y Juan Valor, fueron ellos los provistos para cubrir las vacantes de Ignacio Sampere y Antonio Valor, dos meses más tarde.

Momentáneamente, el consistorio había quedado libre del influjo del Dr. Gisbert y sus coligados, pero ello no fue óbice para que un tiempo después renovara alguno de ellos su pretensión, tras ser conocedor del fallecimiento de otro capitular, esta vez de la clase de nobles, Isidoro Puigmoltó.

Tras el deceso de Puigmoltó en 1734, se mostraron aspirantes D. Gaspar Jordá y Aynat y D. Cristóbal Llácer. En los memoriales remitidos por ambos destacaron convenientemente su “fidelidad a la real persona de Vuestra Majestad”, así como la condición de doctor en ambos derechos, y graduado en la universidad de Valencia, en el caso de Jordá.

Ninguno de los pretendientes, ni de los propuestos algún tiempo después por la villa²⁸, logró la designación, por lo que, transcurrida casi una década, desde la Cámara se pidió información a fin de adoptar la resolución más adecuada. Había contribuido a refrescar la memoria, en lo que a la vacante se refiere, el memorial tramitado por Juan Bautista Asensio en solicitud de la plaza que llevaba harto tiempo sin cubrir.

Asensio era consciente de que no reunía la condición de noble, necesaria para obtener en propiedad la vacante existente, de ahí que solicitara su disfrute de forma interina “y hasta que haya persona del mismo estado que la ejerza”; llegado este caso, Asensio pretendía que se le confiara la futura de la primera regiduría que vacare perteneciente al estado de ciudadanos, con la condición, además, de que fuera “perpetua y por juro de heredad para el suplicante, sus hijos y descendientes”²⁹; para ello se ofrecía a entregar un servicio de 5.000 rls. de vellón.

De nuevo fue la Audiencia la encargada de valorar la pertinencia de nombrar a uno u otro personaje, ya fuera aspirante al cargo o bien recomendado por cualquiera de las instancias

²⁶ “Convendría apartar de aquella villa al referido Dr. Cristóbal Gisbert, por la mala inclinación con que va perturbando aquel pueblo”, en A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *El príncipe de Campoflorido al Abad de Vivanco*. Alicante, 26 de marzo de 1733.

²⁷ Apuntaba el capitán general en ese sentido que “habiendo hablado a los inquisidores, me dijeron que estando ya con la gracia de familiar, no podían revocarla, pero que no se opondrían a que yo le desterrase de aquel pueblo”.

²⁸ Fueron propuestos D. Vicente Sampere, D. Lorenzo Descals y D. Vicente Merita, en A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *El ayuntamiento de Alcoy a D. Salvador de Alagón*. Alcoy, 9 de noviembre de 1741.

²⁹ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Memorial de Juan Bautista Asensi*.

habilitadas para proponer candidatos. Entre los primeros, consideró claramente más benemérito a Cristóbal Llácer que a Gaspar Jordá; entre las razones aducidas en menoscabo de este último cabe apuntar su condición de soltero, poco versado en el trato con la gente, o su escaso patrimonio³⁰. Por su parte, Cristóbal Llácer era un individuo “muy cristiano en su proceder y de buen celo”, cualidades que se habían puesto de manifiesto en el desempeño de empleos como el de alcalde de la hermandad, que había desempeñado por espacio de dos años, o el de repartidor, que ejercía en aquel momento.

Entre quienes no se habían mostrado aspirantes, pero contaban con el respaldo del ayuntamiento, cabía destacar a D. Vicente Sempere, calificado como de “muy sobresaliente expedición, muy aplicado y celoso en el cumplimiento de sus obligaciones [...], y también muy cristiano en su proceder”, aspectos todos ellos puestos de manifiesto en los diferentes empleos públicos que había ejercido. De los otros dos propuestos, uno había fallecido –D. Lorenzo Descals³¹–, mientras el otro, D. Vicente Merita, se hallaba imposibilitado de ejercer empleo alguno a causa de su deteriorada salud³².

Visto el referido informe en la Cámara, ésta se inclinó por Llácer; los años transcurridos y, sin lugar a dudas, los cambios experimentados en el panorama político local, contribuyeron a modificar el deseo expresado por aquél a incorporarse al ayuntamiento, por lo que no tardó en remitir un memorial al rey solicitando la exoneración del cargo, al tiempo que escribía también a Francisco Campo de Arbe, secretario de la cámara, pidiendo su patrocinio e intercesión a fin de obtener la renuncia apetecida.

“paso a la parte de suplicar a VS. apadrine mi súplica, que va en el memorial incluso, que es lo mismo que le suplica mi primo D. José Moreno de Hurtado, para que logre el alivio y quietud que deseo, pues mis accidentes son estorbo para cumplir, según mi deseo, con mi obligación. De lo que quedará sumamente agradecido a los favores de VS.”³³

Con el memorial tramitado por Llácer, en solicitud de la exoneración del cargo, dio comienzo una espiral de renunciadas³⁴ que haría sumamente difícil encontrar un momento, en las décadas siguientes, en que estuviera completo el número de ocho regidores establecido en 1709.

LAS DIFICULTADES PARA ENCONTRAR REGIDORES EN LOS AÑOS CUARENTA

En el escrito remitido por Cristóbal Llácer a la corte planteaba dos graves inconvenientes que, en su opinión, resultaban incompatibles con el puntual desempeño de la regiduría que acababa de concederle el monarca: su delicada salud y la precisa supervisión de sus propiedades rústicas; en ese sentido no dudó en apuntar que:

³⁰ Se apuntaba que Jordá, “por su genio solitario y arrinconado, se ha extrañado de todos, de suerte que con nadie comercia, ni se le conoce aplicación alguna, por lo cual no se puede asegurar con sólido fundamento sobre su expedición en los negocios, a más de hallarse sin haber tomado estado, ni tener más hacienda que la cantidad anual que, por vía de alimentos, le mandaron en sus testamentos su padre y un hermano eclesiástico”, en A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Informe de la Audiencia de Valencia*, 28 de mayo de 1742.

³¹ La trayectoria de la familia Descals ha sido trazada por Primitivo J. PLA ALBEROLA, en algunos de sus trabajos, como “La Jurisdicción Alfonsina como aliciente para la recolonización del territorio”, en *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 12 (1993), pp. 79-139; “La carta puebla de un lugar sin nombre”, *Alberri*, 21 (2011), pp. 77-155; “Señorío y repoblación a fines del siglo XVIII. Dificultades tras la fundación del Lugar Nuevo de San Rafael (1773)”, en María José Pérez Álvarez y Alfredo Martín García (eds.), *Campo y campesinos en la España Moderna*, Universidad de León, 2012, pp. 497-509; “La Sarga, solar de los Descals”, en *Libro jubilar en homenaje al profesor Antonio Gil Olcina*, Alicante, Instituto Interuniversitario de Geografía, Universidad de Alicante, 2014, pp. 881-906.

³² De él se decía que “está por ahora imposibilitado de empleo alguno, por hallarse de dos años a esta parte tan postrado de sus accidentes que apenas le permiten que tal cual día deje la cama”.

³³ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *D. Cristóbal Llácer a D. Francisco Campo de Arbe*. Alcoy, 26 de agosto de 1742.

³⁴ M^a del Carmen IRLÉS VICENTE, “El Ayuntamiento de Alcoy en el siglo XVIII: la renuncia como práctica generalizada”, *Baetica* n^o 29, 2007, pp. 303-319.

“como todos mis caudales consistan en tierras, que necesitan de un continuo desvelo y asistencia personal para el logro de las cosechas; hallándome al mismo tiempo molesto de muchos y muy penosos accidentes, que me impiden la frecuente asistencia a los ayuntamientos, y mayor exactitud para el desempeño de mi obligación al nuevo honor que a Su Majestad le merezco”³⁵.

Considerados suficientes los argumentos presentados por Llácer, le fue admitida la renuncia el 7 de septiembre de 1742 y, acto seguido, se procedió a efectuar un nuevo nombramiento, que recayó en esta ocasión en el segundo de los propuestos por la Audiencia de Valencia, esto es, D. Vicente Sampere, a quien le fue comunicada la gracia un par de semanas más tarde³⁶. Sin embargo, tampoco éste acudió a la Cámara a sacar el correspondiente título, antes bien se aprestó a comunicar al monarca la existencia de un grave impedimento que le obligaba a solicitar la dimisión, y que no era otro que su condición de acreedor censalista de la villa por una cantidad de 4.750 libras³⁷. Admitida también esta vez la dimisión, a mediados del mes de diciembre la Cámara solicitó de la Audiencia la elaboración de un nuevo listado de candidatos a ocupar la vacante existente en clase de caballeros.

Parece que el tribunal valenciano se tomó su tiempo para practicar las necesarias averiguaciones, por lo que no redactó el correspondiente informe hasta mediados de junio siguiente; en él proponía a D. Miguel Galiano de Espuig, caballero de la orden de Montesa, así como a D. Rafael Descals, D. Gaspar Almunia y D. José Jordá. Todos ellos eran considerados “sujetos de conocida nobleza, de aptitud e inteligencia” para el desempeño del oficio, por lo que a comienzos de julio fue designado el primero de los propuestos.

Tampoco Galiano se encontró con fuerzas para asumir la regiduría y, como los anteriores, se aprestó a presentar la renuncia. En esta ocasión los argumentos esgrimidos fueron su avanzada edad y achaques, que le habían llevado a renunciar el cargo de alférez mayor que poseía en Almansa, de donde era natural, en su hijo Francisco Joaquín hacía casi una década. También alegó su intención de mudar de vecindad, trasladándose desde Alcoy a la villa que le vio nacer³⁸.

Preguntada la Audiencia sobre los extremos alegados, los corroboró uno por uno, destacando que, en efecto, se hallaba aquejado de “accidentes de melancolía, dolores de cabeza y angustias, con alguna frecuencia”; que había cedido a su hijo el alferazgo mayor de Almansa, y que allí tenía intención de trasladarse “si se le agravan sus accidentes”. Sin embargo, el informe del tribunal no se limitó a valorar la legitimidad de la petición formulada por Galiano, sino que fue más lejos al aportar información sobre la posible razón última de esa proliferación de renunciaciones que, según intuía, podía radicar en el carácter vitalicio de las regidurías:

“presiente que la causa de excusarse los caballeros de entrar en el gobierno de dicha villa es por ser sus regimientos perpetuos y, por consiguiente, arriesgados a la cuenta de muchos años, a lo que les parece no estarían expuestos siendo los regimientos anuales”³⁹.

* * *

Por último, y a modo de conclusión, nos gustaría destacar una serie de cuestiones que consideramos suficientemente probadas tras los ejemplos analizados. No cabe duda que los méritos familiares suponían la piedra angular sobre la cual cimentar la proyección de un individuo

³⁵ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Memorial de D. Cristóbal Llácer*.

³⁶ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *D. Juan Merita y Capdevila al Sr. D. Francisco Campo de Arbe*. Alcoy, 21 de septiembre de 1742.

³⁷ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Testimonio del escribano José Mataix*. Alcoy, 11 de octubre de 1742.

³⁸ Miguel Galiano aludió en el memorial tramitado a la corte que le resultaba imposible servir el empleo “por sus muchos accidentes habituales y crecida edad de más de 62 años [...], por cuyas razones renunció el oficio de alférez mayor de la villa de Almansa, su patria, que le pertenece en propiedad, en D. Francisco Joaquín, su hijo, el año de 1734 [...], estar próximo a mudar de residencia a la referida villa de Almansa”, en A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Memorial de D. Miguel Galiano*.

³⁹ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. *Informe de la Audiencia de Valencia*, 29 de octubre de 1743.

para lograr asumir el control del poder local; así como que dichos méritos podían ser tanto de carácter personal, como heredados de sus ascendientes.

Aunque el mérito personal resultó fundamental para el logro de una plaza en el ayuntamiento alcoyano -o la falta de éste un obstáculo insalvable-, al margen de la trayectoria de individuo y familia, a la hora de lograr ser elegido entre un conjunto de aspirantes o propuestos, jugaron también otros factores como los vínculos de clientelismo o amistad existentes con personalidades afincadas en la corte —muchas veces el propio secretario de la Cámara-; así lo testimonian claramente las misivas cruzadas entre personajes como el regidor decano de Alcoy, Juan Merita y Capdevila, y Lorenzo Vivanco; o Cristóbal Llácer y Francisco Campo de Arbe, entre otros.

Un apunte sobre los términos en que se establecía dicha relación podemos constatarlo a tenor de las palabras con que se expresaba Merita en su escrito, y que reproducimos más arriba. Además, tan importante era contar con valedores si se pretendía una regiduría, como si el objetivo era eximirse de ella; en este sentido resulta también significativa la petición formulada por Juan Merita y Capdevila en 1749 tendente a evitar que recayera uno de dichos cargos en su hijo Joaquín, para lo cual no dudó en dirigirse al consejero de Castilla Blas Jover en los siguientes términos:

“estando a la vista, en todo caso de ver inclinados a los señores de la Cámara a nombrar a mi hijo, se sirva continuarme su favor aplicando su mucha autoridad, y más eficaces oficios, para estorbarlo [...]. Espero que V.S. se sirva favorecerme como en todas ocasiones lo acostumbra, y no me tenga tan ocioso en su servicio, al que me repito”⁴⁰.

⁴⁰ A.H.N. *Consejos*. Leg. 18.332. D. *Juan Merita y Capdevila a D. Blas Jover*. Cointaina, 17 de mayo de 1749.

MIRADAS CRUZADAS Y PRÁCTICAS MATRIMONIALES DENTRO DEL PARENTESCO FAMILIAR: ALGUNOS EJEMPLOS DEL REINO DE MURCIA (SIGLOS XVI-XIX)

Francisco Chacón Jiménez, Raquel Sánchez Ibáñez y José Antonio Martínez Martínez.

Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

En la siguiente comunicación se exponen algunos de los resultados obtenidos tras el análisis de la información incluida en la base de datos *Linking Families*. Una herramienta informática para el estudio de las familias y sus relaciones sociales, diseñada por el Seminario Familia y Elite de Poder de la Universidad de Murcia, a partir de sucesivos proyectos de investigación financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación¹, y que tiene como base el software de Microsoft Access. La base de datos relacional *Linking Families* está estructurada en torno a lo nominativo puesto que su objetivo es la reconstrucción de familias, trayectorias vitales y relaciones sociales. Por ello, las personas con sus nombres y apellidos, sus circunstancias y relaciones constituyen el eje alrededor del cual se articulan los distintos campos de la base de datos. *Linking Families* contiene cuatro campos que sirven para recoger las relaciones entre las personas que aparecen en la documentación histórica. En concreto, se introducen las relaciones consanguíneas y no consanguíneas existentes entre dos personas teniendo en cuenta la direccionalidad de las mismas. Al respetar la direccionalidad de las relaciones se consigue realizar consultas diversas centradas en cualquiera de las dos partes de la relación. Este campo además está configurado para que despliegue un listado de relaciones tipificadas que se va retroalimentado con cada nueva entrada. En la actualidad se han introducido más de doscientas relaciones y un total de cinco mil cuatrocientas noventa y dos personas. Un último conjunto de campos recoge la información biográfica de las personas que se citan en la documentación introducida. Las relaciones entre los campos diseñados en la base de datos *Linking Families* permiten la reconstrucción de las trayectorias vitales de las personas, que pueden visualizarse a través de informes elaborados de forma automática por el programa. La migración automática de contenidos desde la base de datos *Linking Families* al programa genealógico *GenoPro* permite el levantamiento de genealogías y la representación de las relaciones sociales.

¹ El diseño teórico y técnico de la base de datos *Linking Families* se ha gestado a lo largo de dos proyectos de investigación financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación dirigidos por D. Francisco Chacón Jiménez (Universidad de Murcia), que llevan por título: “Sociedad, familia y grupos sociales. Redes y estrategias de reproducción socio-cultural en Castilla durante el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)” (2006-2009), y el proyecto coordinado “Realidades familiares hispanas en conflicto: de la sociedad del linaje a la sociedad de los individuos, siglos XVII-XIX” (2011-2014), en el que participan las universidades de: País Vasco (José María Imízcoz, I.P.), Valladolid (Máximo García Fernández, I.P.), Castilla La Mancha (Francisco García González, I.P.) y Extremadura (José Pablo Blanco Carrasco, I.P.). Por otro lado, la concesión de una acción integrada hispano-francesa financiada por el Ministerio de Educación y Ciencia en 2007 con el título “Sociedad, familia y poderes en el Mediterráneo Occidental durante el Antiguo Régimen”, dirigida por D. Juan Hernández Franco (Universidad de Murcia-España) y D. Michel Bertrand (Université de Toulouse-Francia), permitió la presentación de la base *Linking Families* en la Universidad de Toulouse II-Le Mirail en noviembre de 2007 y en la Casa de Velázquez (Madrid) en mayo de 2009. Queremos agradecer asimismo la colaboración en la concepción, diseño y puesta en práctica de dicha base de datos de los profesores Joaquín Recaño Valverde (Centre D’Estudis Demografics. Universidad Autónoma de Barcelona), y Pedro Manuel Díaz Ortuño (Facultad de Comunicación y Documentación. Universidad de Murcia).

Si bien la base de datos contiene en la actualidad información procedente de documentación de diversa naturaleza, para este estudio nos centramos en fuentes judiciales, en concreto, en expedientes de pleitos de familias murcianas por la posesión de mayorazgos. El intervalo temporal de la documentación es bastante amplio pues se recogen documentos que van desde el siglo XV hasta bien entrado el XVIII. Este hecho es fundamental para la consecución de los dos objetivos del trabajo. En primer lugar, el análisis de los comportamientos matrimoniales y sucesorios de los linajes de poder murcianos, para comprender por dónde circula la posesión de los bienes principales de las familias (vínculos, mayorazgos, oficios, hábitos, títulos) y, en segundo lugar, el análisis del papel de la mujer como poseedora de mayorazgos de prelación femenina y en los casos de ausencia de varonía del linaje. En síntesis, este trabajo busca aproximarse a las prácticas matrimoniales y hereditarias de las familias de poder, para caracterizar posibles modelos de comportamiento de los linajes de cara a su reproducción social en el interior de la nobleza de la Edad Moderna.

COMPORTAMIENTOS MATRIMONIALES Y SUCESORIOS DE LOS LINAJES NOBILIARIOS MURCIANOS

La élite de poder del reino de Murcia en el Antiguo Régimen estaba compuesta por un conjunto de familias que desde mediados del siglo XV y primera mitad del XVI acapararon durante generaciones los puestos de control político del reino, y se beneficiaron de la política regalista de los sucesivos monarcas españoles. Esta política de enajenaciones reales iniciada por el primero de los Austrias que comprendía la venta de oficios municipales², el derecho a la percepción de impuestos reales, e incluso la “venta de vasallos”, alcanzó su plenitud en el reinado de su biznieto: el monarca Felipe IV. En el reino de Murcia, las primeras décadas del siglo XVII fueron testigo del *boom* que generó este tipo de prácticas³. Las familias de la élite murciana, procedentes tanto de las villas vecinas a la capital del reino (Lorca, Cartagena, Caravaca, etc.) como de la propia ciudad de Murcia, acumularon de esta forma varias regidurías en el concejo murciano y, en algunos casos, llegaron a convertirse en señores de vasallos; al participar de las ventas de señoríos jurisdiccionales realizadas en la primeras décadas del siglo XVII sobre los heredamientos⁴ que miembros de la oligarquía local tenían fundamentalmente en la zona de huerta de la ciudad como Espinardo (1615), Cinco Alquerías (1614), La Vuznegra (1617) y Santa

² Algunas obras básicas para comprender lo que significaron estas venta de cargos son: Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, “La venta de cargos públicos en Castilla y sus consecuencias económicas y sociales”, *Instituciones y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, Ariel, 1985, pp. 146-183; Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*, ISTMO, Madrid, 1973, pp. 49-85; Francisco TOMÁS Y VALIENTE, “las ventas de oficios de regidores y la formación de oligarquías urbanas en Castilla (siglos XVII-XVIII)”, *Actas de las I Jornadas de Metodología aplicada a las ciencias históricas*, III, *Historia Moderna*, Santiago de Compostela, 1976, pp. 551-568, también “Ventas de oficios públicos en Castilla durante los siglos XVII-XVIII”, en *Gobiernos e Instituciones en la España del Antiguo Régimen*, Madrid, Alianza, 1982.

³ Para comprender algunas de estas ventas de señoríos sobre términos dependientes del Concejo murciano, véase: Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Vicente MONTJOJO MONTJOJO, “Señoríos y poder monárquico en Murcia (siglos XVI-XVII)” en Eliseo SERRANO MARTÍN y Esteban SARASA SÁNCHEZ (Coord.), *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica (ss. XII-XIX, Vol. 2., 1993, pp. 445-456*. De los mismos autores: “Aproximación al estudio de los señoríos murcianos en la Edad Moderna”, Madrid, Coloquio C.S.I.C.-Maison des Payses Iberiques (en prensa). Una obra a nivel general para Murcia es Guy LEMEUNIER, *Los señoríos murcianos. Siglos XVI-XVIII*. Universidad de Murcia, Murcia, 1998. Para Córdoba véase Enrique SORIA MESA, *La venta de señoríos en el Reino de Granada bajo los Austrias*, Granada, 1995. Para Asturias véase Alfonso MENÉNDEZ GONZÁLEZ, *Ilustres y mandones: la aristocracia de Asturias en el siglo XVIII*, Oviedo, 2004, pp. 39-43.

⁴ El monarca Felipe III al Concejo. Dada en Belén de Portugal a 28 de junio de 1619: “por vuestro voto decisivo en el Servicio de los diez y ocho millones con que el Reyno nos a servido por el consultivo de sus ciudades es, por quanto de algunos años a esta parte sean vendido por el nuestro consejo de Hazienda las jurisdicciones de algunos eredamientos que vecinos particulares tenían en el termino y huerta dela dicha ciudad todo con mucha cercanía della...”. AMM. Cartas antiguas y modernas. Sig. 784. vol. II. Caja 25 bis, expediente nº 113.

Cruz (1614), todos ellos dependientes del Concejo murciano y que fueron sustraídos de su dominio en apenas veinte años.

A finales del siglo XVII, la relación de servicios de la élite del reino de Murcia con la monarquía hispánica se realizó fundamentalmente a través de servicios tales como la participación de los procuradores murcianos en las Cortes, las prorrogaciones del servicio de Millones o los donativos voluntarios al monarca⁵. Todos ellos continuaron incrementando las cotas de honor y prestigio social de las familias de la élite murciana mediante la concesión fundamentalmente de hábitos de órdenes militares, especialmente de Santiago, que la Corona concedió con cierta regularidad en compensación a dichos servicios⁶. Igualmente, la participación destacada en alguna de las empresas bélicas de los reinados de Carlos II y Felipe V se utilizó del mismo modo como medio de ascenso social. Es precisamente de esta última forma como varias Casas patricias del reino de Murcia obtuvieron entre 1690 y 1760 un título nobiliario en recompensa a unos servicios destacados en una empresa armada puntual o bien como colofón a una carrera militar ya sea individual o familiar. Como muestra más representativa podemos indicar que de contar con un reducido número de caballeros de hábito y sólo dos títulos nobiliarios (conde de Albaterra y marqués de los Vélez), la élite del Reino de Murcia pasó a estar constituida por casi una veintena de titulados a finales del setecientos (Fontes, Puxmarín, Molina, Roda y Riquelme, entre otros)⁷. Se percibe así pues en la nobleza murciana una recuperación del espíritu militar que había estado poco presente en los siglos XVI, y sobre todo XVII. Esta nueva inclinación de los miembros de la nobleza a prestar servicios militares al monarca en la centuria del setecientos se ha manifestado igualmente en otras regiones y parece que se dio con generalidad en los distintos territorios de la monarquía hispánica⁸.

A lo largo de las dos primeras generaciones de titulados murcianos, estas familias buscarán enlazar matrimonialmente con otras Casas que compartan con ellas idéntico estatus nobiliario. Dos vías fueron las opciones posibles, la primera, entablar matrimonios entre el conjunto de familias tituladas murcianas, y la segunda, buscar posibles enlaces con otras casas aristocráticas de fuera del reino. El estudio de la política matrimonial de la nobleza titulada murciana revela que la mayoría enlazaron con linajes de distinta procedencia geográfica. Así por ejemplo, el I marqués de Beniel, don Gil Francisco de Molina y López de Ayala, se casó a los 19 años en Milán donde servía como capitán de caballos con doña Eleonora Gonzaga y Tresini, perteneciente a una familia influyente de nobles titulados milaneses. Su padre era marqués de Vescovado y Príncipe del S.R.I., y su madre, doña Aurelia Tresini, era hija del conde de Tresini. Este matrimonio significaba un salto cualitativo para la Casa Molina que hasta el momento sólo había enlazado matrimonialmente con familias de la élite murciana. Ninguna generación anterior del linaje Molina había establecido lazos de parentesco con miembros de la nobleza titulada. El punto de inflexión aparecería justo en el instante en el que el primogénito de la rama principal de la familia obtiene la categoría de marqués. Al igual que había ocurrido en la Casa Molina, la

⁵ Francisco Javier GUILLAMÓN ÁLVAREZ y José Javier RUIZ IBÁÑEZ (eds.), *Lo conflictivo y lo consensual en Castilla. Sociedad y poder político. 1521-1715*, Murcia, 2001.

⁶ Para Córdoba en el siglo XVII véanse Raúl MOLINA RECIO, *Los señores de la Casa de Bailío. Análisis de una élite local castellana (Córdoba, siglos XV-XIX)*, Córdoba, 2000, pp. 218-221 y Enrique SORIA MESA, *Señores [...]*, *op. cit.*, pág. 197. Para Madrid véase Mauro HERNÁNDEZ BENÍTEZ, *A la sombra de la Corona. Poder local y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*, Madrid, 1995, pp. 224-225.

⁷ Sobre el incremento de títulos nobiliarios en los reinados de Carlos II y Felipe V véase para Málaga Paula ALFONSO SANTORIO, *La nobleza titulada malagueña en la crisis de 1741*, Málaga, 1997, pp. 57-226. En Asturias ocurre una situación muy similar al Reino de Murcia, puesto que de tres títulos nobiliarios existentes a mediados del siglo XVII se pasa a 11 nuevos títulos concedidos durante los reinados de Carlos II y Felipe V. Véase Alfonso MENÉNDEZ GONZÁLEZ, *Ilustres [...]*, *op. cit.*, pp. 27-35.

⁸ A este respecto véanse los trabajos de Francisco ANDÚJAR CASTILLO, *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*, Estudios Históricos Chronica Nova, Granada, 1991 y Francisco ANDÚJAR CASTILLO, *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2004.

condesa de Montealegre y su segundo esposo Antonio Montoliú y Puxmarín concertaron el matrimonio del que iba a ser II conde de Montealegre y I marqués de Albudeite con Gabriel de Ortega y Guerrero, II marqués de Valdeguerrero y IV señor de Villar de Cantos y de la jurisdicción de Vara del Rey. Este noble titulado vecino de Madrid ostentaba de una envidiable posición social derivada no sólo de su título sino además de su carrera militar y política al ser coronel de caballería, gobernador del Real Sitio, gentilhombre de S.M, y lo más importante, ministro del Consejo Superior Supremo de Hacienda. Otros ejemplos que pueden citarse son: el matrimonio del I vizconde de Huerta con la hija de una familia oriunda de la villa y Corte de Madrid de nombre Teresa de Salvatierra y Moretoy el matrimonio concertado por el I marqués de Torre-Pacheco para casar a su hijo primogénito con la hija de un militar de alta alcurnia, oriundo de Madrid y miembro de la Corte, Francisco Alonso de Paz y Castilla, que fue capitán de Dragones en Flandes, alcalde por el Estado Noble de Frenegal y menino de la Reina-Madre.

En líneas generales, los enlaces matrimoniales de la nobleza murciana con estas familias también tituladas posibilitará que estas Casas murcianas accedan a nuevas redes clientelares desde las que poder potenciar sus cotas de poder social, económico y político⁹. Desde el inicio de sus carreras nobiliarias a comienzos de la edad moderna, cuando de forma mayoritaria fundaron sus mayorazgos, estos linajes murcianos comenzaron a transmitir su patrimonio vinculado siguiendo la línea de primogenitura. Los primogénitos ostentaron no solo el grueso del patrimonio familiar, sino que fueron atesorando cargos que perpetuaron a lo largo del siglo XVII y otros elementos de distinción social como hábitos, señoríos y capellanías, etc. De esta forma, lo que podemos llamar como el tronco principal de las familias fue sosteniéndose generación tras generación y nutriéndose de más bienes, libres y vinculados, a través de las dotes y arras que llegaban por vía matrimonial. Además del reforzamiento de las líneas de primogenitura, otras líneas también proliferaron mediante matrimonios ventajosos, carreras administrativas y militares exitosas y la ayuda de la parentela, a través de la fundación de vínculos para segundones o de prelación femenina. Estas prácticas permitieron en la segunda mitad del siglo XVII y primeras décadas del siglo XVIII, época de mayor crecimiento nobiliario de los linajes, que de ellos surgieran dos y hasta tres casas nobiliarias. Así, por ejemplo, el linaje Molina se desgajó en las Casas de Beniel, Corvera y Huerta y el linaje Fontes en las Casas de Villaleal, Torrepacheco y Ordoño.

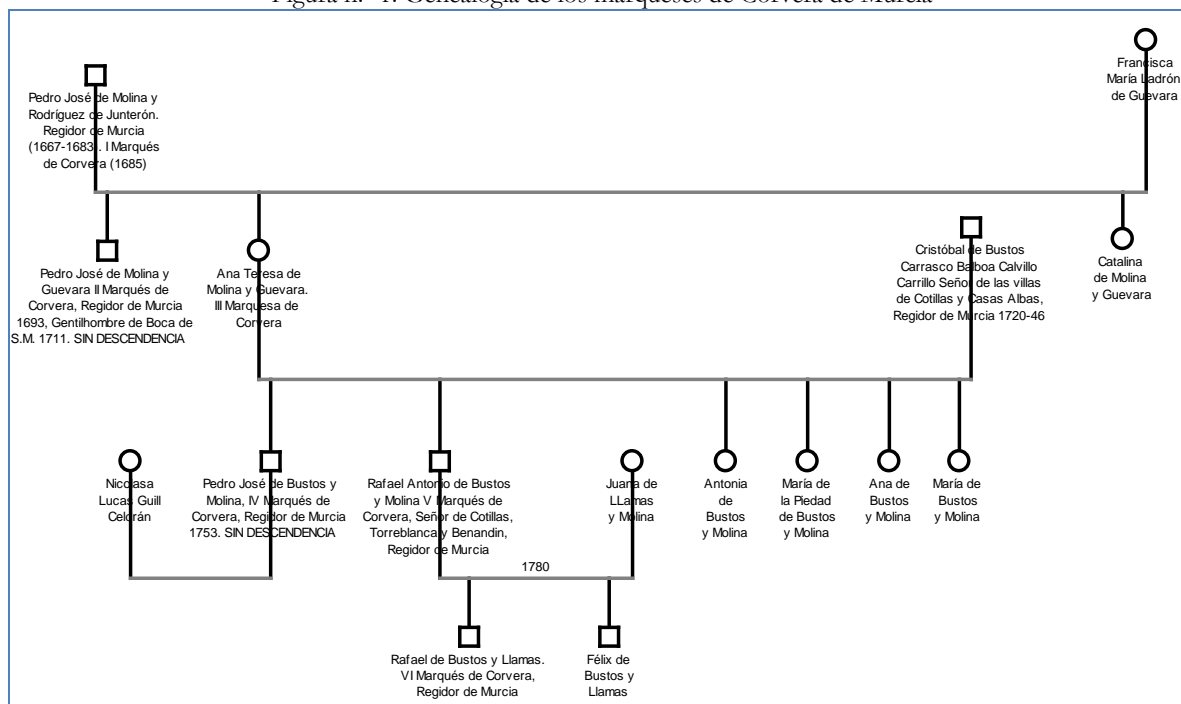
Sin embargo, esta tendencia reproductiva de los linajes nobles comenzó a disminuir a mediados del siglo XVIII, cuando en muchos de ellos empiezan a extinguirse algunas líneas por falta de descendencia, mientras que de forma paralela se observa una desaparición de la varonía en las líneas de primogenitura siendo mujeres las que ostentan los mayorazgos y títulos de las principales Casas murcianas. Esta circunstancia generalizada entre las Casas aristocráticas del reino de Murcia contrasta significativamente con la tendencia de crecimiento demográfico experimentada, tanto en la península ibérica como el continente europeo¹⁰. Las repercusiones de esta tendencia son varias. De un lado, en muchas Casas nobiliarias la línea de varonía se extingue, como acontece tras el V marqués de Beniel, Pedro Andrés de Molina y Saavedra, o mucho antes, con el título de vizconde de Huerta; que de los Borja Muñoz de Castilblanque pasa a una rama de los Molina al casarse la única heredera del título doña María Josefa Vicente Borja con Salvatierra

⁹ Entre la nobleza titulada de Asturias también comienza a arraigar con fuerza a comienzos del siglo XVIII una exogamia territorial que trata de buscar mayores cotas de promoción social. Los Miranda, por ejemplo, se instalarán en la Corte en la década de los veinte; los Navia Osorio se unirán por vía matrimonial con la nobleza titulada catalana; los Duques de Estrada enlazarán con titulados guipuzcoanos y los Queipo de Llano contraerán matrimonios con miembros de la nobleza titulada de Madrid y Málaga. Véase Alfonso MENÉNDEZ GONZÁLEZ, *Ilustres [...], op. cit.*, pp. 87-90.

¹⁰ Muchos historiadores han calificado el siglo XVIII como una época de “revolución demográfica”. Más allá de calificativos, el crecimiento demográfico resulta incuestionable y se inscribe en un fenómeno mundial, aunque a nivel particular exprese situaciones diversas o ritmos diferentes según el caso. Una visión general del panorama demográfico puede verse entre otras en M. W. FLINN, *El sistema demográfico europeo*, Barcelona, 1989, o M. LIVI-BACCI, *Ensayo sobre la historia demográfica europea. Población y alimentación en Europa*, Barcelona, 1988.

con Alejo de Molina y Molina. En otros casos, la descendencia familiar se limita a un único hijo o recae en un pariente próximo (hermano/a, primo/a, sobrino/a) como le sucede al II marqués de Torre-Pacheco cuando de los diez hijos que nacen de su matrimonio, siete de ellos fallecen en la década central del siglo XVIII¹¹. Esta circunstancia obliga a suceder en el título de marqués y el patronazgo de la Casa al hijo menor y único heredero, don Antonio Fontes y Paz nacido en 1730. Una situación similar experimenta el II marqués de Corvera, Pedro José de Molina y Guevara, regidor de Murcia y gentilhombre de Boca de S.M. fallecía sin hijos a mediados del siglo XVIII, sucediendo el título su hermana Ana Teresa de Molina y Guevara casada con Cristóbal de Bustos Carrasco (natural de Baza); padres del IV marqués de Corvera, Pedro José de Bustos y Molina que moría a finales de siglo sin dejar descendencia.

Figura n.º 1. Genealogía de los marqueses de Corvera de Murcia



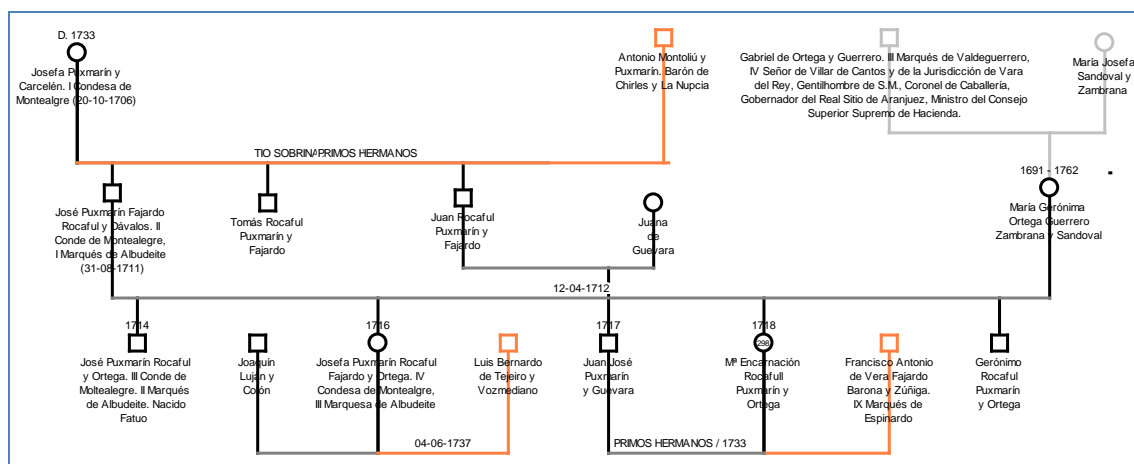
A juzgar por los matrimonios posteriores parece que las familias encontraron en la endogamia familiar una forma de contrarrestar los inconvenientes de la extinción de ramas del linaje¹². Ejemplos de esta conducta son, entre otros, el III marqués de Torre-Pacheco que contrajo matrimonio con la hija de unos parientes próximos en grado, señores de Guadalupe y casó a su hija en 1780 con el I marqués de Pinares, don Bernardo Riquelme Salafranca de la Rocha. La III condesa del Valle de San Juan doña Ana González de Avellaneda y Roda casó con su tío Miguel González de Avellaneda. Tras la muerte de la IV condesa de Montealegre y II marquesa de Albudeite, Josefa de Puxmarín y Ortega, que falleció sin hijos de sus dos esposos, su hermana y

¹¹ La extinción biológica de linajes también está presente en la nobleza titulada de Asturias, véase MENÉNDEZ GONZÁLEZ, A., *Ilustres y mandones* [...], *op. cit.*, pp.48-69. Para Málaga véase Paula ALFONSO SANTORIO, *La nobleza* [...], *op. cit.*, p. 41.

¹² La conveniencia de las uniones homogámicas para mantener el estatus adquirido limitó la posibilidad de elección matrimonial elevando a altas tasas los matrimonios consanguíneos entre la nobleza titulada. Para Asturias véase Alfonso MENÉNDEZ GONZÁLEZ, *Ilustres* [...], *op. cit.*, pp. 49-52. Los enlaces entre primos y tío-sobrino también se producen en un corte cronológico similar en la Casa de Osuna, véase Ignacio ATIENZA HERNÁNDEZ, *Aristocracia, poder y riqueza en la España Moderna. La Casa de Osuna. Siglos XV-XIX*, Madrid, 1987, pp. 74-77.

sucesora María Encarnación de Puxmarín y Ortega, contrajo matrimonio con su primo Juan de Puxmarín y Guevara.

Figura n.º 2. Genealogía de los marqueses de Albudeite de Murcia



Esta política matrimonial endogámica producirá tanto la unión de varias ramas de un mismo linaje como el reforzamiento de unas pocas familias que concentrarán la mayoría de los títulos nobiliarios otorgados en Murcia entre 1690 y 1760. Este hecho produce la acumulación en algunas Casas aristocráticas de un capital social, económico y simbólico sin precedentes. Como consecuencia, la distancia social entre aquellas familias que consiguen reunir dos y hasta tres títulos nobiliarios en un sólo núcleo conyugal¹³, y el resto de familias murcianas que forman parte del estado noble, se incrementa de forma considerable. Tengamos en cuenta que la mayor parte de los titulares de estas casas nobles murcianas son poseedores de mayorazgos que han ido pasando de generación en generación a lo largo de la línea de primogenitura. La salvaguarda de esta política de transmisión de mayorazgos produce el refuerzo de una línea del linaje en la que se concentran los bienes más antiguos y principales del linaje, bienes que otorgan además de forma simbólica la identidad a la Casa familiar.

El comportamiento matrimonial de la nobleza titulada del reino de Murcia analizado a través del estudio de las genealogías sociales de las familias, evidencia del grado de intencionalidad que se esconde tras la elección de los cónyuges en cada una de las generaciones. El hecho de que la mayoría de las familias tituladas murcianas emprendieran políticas matrimoniales semejantes prueba la existencia de una intencionalidad a la hora de mantener y mejorar el estatus adquirido a través de los matrimonios. Este hecho refuerza la idea de que más allá de los intereses individuales el objetivo de perpetuación del estatus familiar diseñó las estrategias matrimoniales y hereditarias de los linajes con el objetivo de perpetuar un estatus social privilegiado¹⁴. Es evidente que existe una interacción entre el individuo como ser social y el entramado familiar en el que está inmerso, pero en la sociedad del Antiguo Régimen en la que son determinantes factores como la desigualdad social, la jerarquía y el estatus social, la dialéctica entre ambas categorías se declina en favor de la entidad familiar, en la medida en que es ésta la que adscribe socialmente al individuo. De tal forma que no podemos sino concluir que la política matrimonial y hereditaria de la nobleza

¹³ Es el caso de doña María de la Concepción de Molina y Paz IV Marquesa de Beniel que contrae matrimonio con don Antonio Lucas y Celdrán, I Marqués del Campillo, quien al morir sin sucesión designa como heredera a doña María Francisca Vera y Aragón, VIII Marquesa de Espinardo.

¹⁴ Pierre BOURDIEU, "Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction", *Annales ESC*, 27 (1972), pp. 1105-1125. James CASEY, *Historia de la Familia*, Madrid, 1990, pp. 60-73 y, sobre todo, del mismo autor "La famille espagnole et européenne, aux XVI^e et XVIII^e siècles", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 41-2 (1994), pp. 275-295 y James CASEY y Juan HERNANDEZ FRANCO (eds.), *Familia, parentesco y linaje*, Murcia, 1997, pp. 13-16.

titulada del reino de Murcia era, como se ha visto, un eficaz instrumento estratégico a la hora de cumplir los objetivos de perpetuación del estatus adquirido y de reproducción social.

LOS MAYORAZGOS DE PRELACIÓN FEMENINA

Además de una política matrimonial endogámica, las élites de poder del Reino de Murcia desplegaron sistemáticamente a partir de la primera mitad del siglo XVI una serie de prácticas y estrategias hereditarias y sucesorias orientadas al mantenimiento de su estatus y a la reproducción de su condición y posición social privilegiada¹⁵. El pilar básico de esta práctica hereditaria, como es sobradamente conocido y ya hemos señalado, descansa sobre la concentración patrimonial que estas familias poderosas procuraron mediante las figuras jurídicas —especialmente vínculos, mayorazgos y capellanías— permitidas por el derecho castellano.

El uso del mayorazgo se generalizó en Murcia, al igual que en otros territorios castellanos, a partir de las facilidades que las Cortes de Toro de 1505 introdujeron para vincular el tercio de libre disposición y el remanente del quinto de los bienes sin la necesidad de obtener para ello la preceptiva licencia real¹⁶. Es entonces cuando las élites municipales murcianas comienzan a vincular sus posesiones en la ciudad y en la huerta: en 1520, por ejemplo, Juan Vázquez del Campillo, alcalde de sacas y regidor de la ciudad de Murcia, fundó un mayorazgo sobre sus posesiones de Cinco Alquerías¹⁷; en 1530 sería Diego Lisón el que fundaría un mayorazgo, luego convertido en uno de los más importantes de la ciudad, en sus posesiones del campo y de la huerta¹⁸ y cinco años más tarde, Gil Rodríguez de Junterón, protonotario apostólico y arcediano de Lorca, poderoso personaje que estuvo durante algún tiempo en la corte del papa Julio II, fundó un mayorazgo en cabeza de su sobrino homónimo sobre las 3200 tahúllas de tierra que poseía en el lugar de Beniel¹⁹. Otro tanto ocurre con los oligarcas de las villas del reino (en su inmensa mayoría caballeros cuantiosos venidos a más): así, por ejemplo, Juan de Mora, personaje que estuvo al servicio de los Reyes Católicos en la Guerra de Granada y en Italia, fundó hacia 1530 un vínculo sobre sus posesiones de Caravaca, cabeza de encomienda de la Orden de Santiago, y el tesorero Nicolás Garri vincularía ya más tardíamente, en 1565, los bienes que poseía en la ciudad costera de Cartagena²⁰. Son tan sólo algunos ejemplos que ilustran muy bien un comportamiento generalizado entre las élites o familias dominantes murcianas (de hecho, no hubo familia relevante que a finales del siglo no contara al menos con un vínculo o mayorazgo) que fue

¹⁵ Sobre las prácticas hereditarias existe una abundante bibliografía, a modo de ejemplo consúltese Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, “Patrimonio y matrimonio. Sistemas hereditarios y cambio social en la Europa Mediterránea (siglos XV-XVIII)”, Simonetta CAVACIOCCHI, *La familia Nell'economia Europea secc. XIII-XVIII*, Attidelle 40 Settimane di Studi di Prato, Firenze University Press, pp- 66-80.

¹⁶ Sobre el mayorazgo en Castilla es de obligada consulta el ya clásico estudio de conjunto de Bartolomé CLAVERO, *Mayorazgo y propiedad feudal en Castilla, 1369-1836*, Madrid, 1974. Para el caso concreto de Murcia consúltese el libro de María Teresa PÉREZ PICAZO, *El mayorazgo en la historia económica de la región murciana, expansión, crisis y abolición (ss. XVII-XIX)*, Madrid, 1990. Desde la perspectiva de la historia social consúltense el trabajo de Juan HERNÁNDEZ FRANCO y Antonio PEÑAFIEL RAMÓN, “Parentesco, linaje y mayorazgo en una ciudad mediterránea. Murcia (Siglos XV-XVIII)”, *Hispania*, Vol. 58, N° 198, 1998, pp.157-183. Sobre el relevante papel desempeñado por vínculos y mayorazgos en los procesos de reproducción y perpetuación social de la familia, véase el artículo de Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, “Hacia una nueva definición de la estructura social en la España del Antiguo Régimen a través de la familia y las relaciones de parentesco”, *Historia Social*, N° 21, 1995, pp. 75-104.

¹⁷ Sobre este particular véase el estudio de Vicente MONTOJO MONTOJO, “Aproximación al estudio de los señores de vasallos murcianos en la Edad Moderna”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, n° 30, 2010, p. 132.

¹⁸ Miguel RODRÍGUEZ LLOPIS, *Historia General de Murcia*, Murcia, 2008, p. 210.

¹⁹ Para más información sobre la fundación del mayorazgo de Beniel consúltese la obra de Guy LEMEUNIER, *Los señores murcianos [...]*, op. cit. p. 69.

²⁰ Vicente MONTOJO MONTOJO y Juan HERNÁNDEZ FRANCO: “Patronazgo real y familias urbanas: comportamientos de poder (Cartagena, siglos XVII-XVIII)”, Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Juan HERNÁNDEZ FRANCO (Edit.), *Poderes, familias y oligarquías*, Murcia, 2000.

modificándose, como veremos seguidamente, según las necesidades y estrategias articuladas por las familias en cada determinado momento.

Lo normal, tanto en el Reino de Murcia como en otros territorios castellanos, al menos en los primeros momentos, era que los fundadores de vínculos y mayorazgos regularan la sucesión atendiendo a los clásicos criterios de masculinidad, primogenitura y legitimidad (esto es lo que se ha llamado mayorazgo regular), pero a partir de la segunda mitad del siglo XVII comenzaron a proliferar entre las familias dominantes murcianas tanto las fundaciones de vínculos de prelación femenina como los vínculos en cabeza de segundogénitos. No fueron la norma, es cierto, pero tampoco fueron la excepción. La documentación introducida en la base de datos *LinkingFamilies* sobre este particular todavía sigue siendo escasa, pero tiene la suficiente entidad y es lo suficientemente significativa como para permitirnos, con las debidas reservas, trazar algunas líneas de trabajo y esbozar las primeras hipótesis.

El mayorazgo de prelación femenina o más propiamente de contraria agnación era, como su propio nombre indica, aquel que regulaba la sucesión anteponiendo siempre los derechos de la mujer sobre los del hombre. Es decir, los bienes vinculados pasaban generacionalmente de mujer en mujer. Los restantes requisitos impuestos por los fundadores para suceder en los bienes afectos eran prácticamente los mismos que regían los mayorazgos regulares: primogenitura, legitimidad, etc. Casi nunca eran rigurosos, es decir, a falta de legítima descendencia de féminas podían suceder sin problemas los varones del linaje²¹. Los instituyen tanto hombres como mujeres, aunque aún debemos precisar si son más frecuentes entre los padres o si bien son los parientes cercanos que no tienen descendencia legítima (curas, viudas, beatas, solteras, etc.) los que realizan este tipo de fundaciones para sus sobrinas o hermanas. Lo que sí queda claro es que tanto las instituciones de vínculos o mayorazgos de prelación femenina como los vínculos en cabeza de segundogénitos tan solo se aprecian en familias con elevados recursos económicos²² y con cierta consideración social; familias, en definitiva, cuya línea primogénita ya cuenta con uno o varios mayorazgos de rentas lo suficientemente importantes como para garantizar a las futuras generaciones la reproducción social familiar.

Los mayorazgos reservados a las mujeres cumplían dentro de la familia una doble función: por un lado —dado que los bienes no podían ser enajenados— garantizaban cierta independencia económica de la poseedora (sobre todo en caso de viudedad); por el otro, la reforzaban patrimonialmente para facilitarle un buen matrimonio sin que los padres tuvieran que hacer grandes dispendios en los adelantos de la legítima, lo cual, desde luego, también repercutía beneficiosamente en la cuantía de las dotes del resto de hermanas, posibilitando mejores matrimonios y por extensión el aumento del capital relacional de la familia. Asimismo, los vínculos en segundogénitos y en mujeres cumplían con el objetivo de perpetuar el apellido en las líneas segundonas y femeninas y con el parte del legado simbólico del linaje.

Esta proliferación de vínculos de prelación femenina y de segundogénitos aparece en un contexto específico, una vez generalizada la fundación de mayorazgos entre las ramas principales de los linajes murcianos (a principios del siglo XVII y ya con mayor intensidad en la segunda mitad del mismo): parece claro, en este sentido, como ya he hemos referido, que una vez garantizada la reproducción social de la líneas primogénitas, las familias dominantes intentarán reforzar otras ramas para conservar dentro del linaje el patrimonio y evitar el descenso social de los segundones y de las líneas femeninas. No era algo nuevo, en todo caso, aunque ahora aparece en un contexto social diferente. Así, en la segunda mitad del siglo XVI, aquellas familias que contaban con los recursos económicos suficientes dividieron su hacienda proporcionalmente y fundaron un vínculo para cada uno de sus hijos. Pedro Muñoz “el viejo”, por ejemplo, un rico

²¹ Enrique SORIA MESA, *La nobleza en la España moderna: cambio y continuidad*, Madrid, 2007, pp. 227-228.

²² *Ibidem*, pp. 227-228.

ganadero afincado en el último cuarto del siglo XV en la villa de Caravaca, fundó en 1559 un vínculo para cada uno de sus tres hijos varones²³. Otro tanto ocurre en la cercana población de Cehegín con los Chinchilla (luego apellidados Fajardo), criados de los marqueses de los Vélez y una de las familias, junto con los Carreño, más relevantes de la villa. En este caso, lo que se persigue con estas fundaciones, más que intentar evitar el descenso social de las ramas segundonas, es excusar los pleitos y diferencias entre hermanos para evitar por un lado que se consumieran los bienes en interminables procesos judiciales y por el otro mantener cohesionado el linaje, todo ello en el contexto de luchas de bandos y de la conflictividad social inherente al siglo XVI.

Un ejemplo típico de vínculo o mayorazgo de prelación femenina lo encontramos en el que fundó doña Catalina Muñoz de Otálora por disposición testamentaria el 21 de marzo de 1614²⁴. Es importante que nos detengamos en algunos acontecimientos importantes de su vida para explicar esta fundación. Doña Catalina Muñoz de Otálora, hija del licenciado don Alonso Muñoz, del Consejo de Indias, y de doña Catalina de Otálora, hija del licenciado Sancho López de Otálora, nació en Caravaca en el seno de una rica familia ganadera de la oligarquía urbana con cierta proyección en la corte y muy bien relacionada —especialmente a partir de la segunda mitad del siglo XVI— con diferentes personajes adscritos a los tribunales y consejos de la monarquía. En 1575 contrajo matrimonio en la iglesia parroquial del Salvador de Caravaca con el oligarca murciano don Juan Calvillo Carrillo, señor de Cotillas²⁵. “A priori” era un buen matrimonio para Catalina, pero según un testimonio de la época:

“[...] a pocos años que estuvo casada vino el dicho don Juan, su marido, a cegar de unas viruelas y no solo cegó de los ojos corporales, más del entendimiento, porque solicitó la muerte de su muger, dicha doña Catalina, por cuia ocasión don Pedro y don Sancho, sus hermanos, como otros cavalleros, la çacaron de cassa de su marido y la llevaron a Carauaca a la de su madre²⁶”.

Hubo pleito ante el obispo de Cartagena, el cual, tras disponer que hubiera divorcio, condenó al señor de Cotillas a pagar a su mujer una renta anual de 400 ducados. Catalina, tras vivir algunos años con su madre en Caravaca y en Granada, se trasladó primero a Valladolid y después a Madrid con sus hermanos don Pedro Muñoz de Otálora, caballerizo de la Reina y caballero del hábito de Santiago, y don Alonso Muñoz de Otálora, alcalde de casa y corte. No tuvo hijos de su enlace con don Juan Calvillo y lo cierto es que tampoco contrajo matrimonio en segundas nupcias, así que, sin hijos legítimos que sucedieron en sus bienes, decidió fundar un vínculo en cabeza de su sobrina, doña Catalina Muñoz de Otálora, hija legítima de don Pedro Muñoz de Otálora, caballerizo de la reina, su hermano, y de doña María Díaz de Tudanca. Doña Catalina Muñoz de Otálora impuso como criterios reguladores de la sucesión en su mayorazgo la feminidad y la primogenitura, es decir después de su sobrina los bienes afectos al vínculo debían correr por su descendencia de hija mayor en hija mayor. Parece meridianamente claro que la voluntad de la fundadora era reforzar la línea femenina de la familia, proveyendo a su sobrina y a su futura descendencia femenina de un importante patrimonio que les garantizara, o al menos procurara, un buen matrimonio. Agotada toda la línea femenina, autorizaba la sucesión de los

²³ Archivo Real Chancillería de Granada (ARCHG). Caja 9081-007. 1559-IX-02. Escritura de fundación de mayorazgo de Pedro Muñoz el viejo a favor de Francisco Musso, alférez mayor de Caravaca, licenciado Alonso Muñoz, del Consejo de Indias, y Pedro Muñoz, regidor y fiel ejecutor de Caravaca, sus tres hijos varones. Fols. 8r/14r. Cada uno de los tres mayorazgos que fundó Pedro Muñoz “el viejo” fue valorado en 1.467.449 maravedís, tal y como consta en la hijuela y entrego que se hizo al licenciado Alonso Muñoz de la tercera parte de los bienes de tercio y quinto que le correspondía. Fols. 14r./16r.

²⁴ Archivo General Simancas (AGS). CME, 130, 34. Testamento de Catalina Muñoz de Otálora.

²⁵ Archivo Iglesia Parroquial de El Salvador de Caravaca. Matrimonios. Libro I (1565-1596), fol. 39r. 10/XI/1575. Velaciones de don Juan Calvillo Carrillo de Alborno y de doña Catalina Muñoz de Otálora.

²⁶ Fundación Sancho el Sabio. FSS_OZ_ARRATABE, C. 13, N.º 6, D. 1. Noticias genealógicas de la familia Otálora hecha por mano de Pedro de Otálora.

varones del linaje. Ahora bien, es importante señalar que no llamaba a suceder al hijo varón primogénito, sino al segundogénito. Parece claro que doña Catalina pretendía evitar la concentración de todo el patrimonio familiar en la línea mayorazgo de la familia, seguramente por dos motivos principales:

1. La línea primogénita de la familia disfrutaba ya de varios mayorazgos que generaban anualmente crecidas rentas. En este sentido, cabe señalar que Pedro Jacinto Muñoz de Otálora, sobrino de Catalina, mayorazgo de la familia, disfrutaría, además de las vinculaciones de sus padres, los mayorazgos fundados por Pedro Muñoz “el viejo”, el licenciado Alonso Muñoz, consejero de Indias, y doña Catalina de Otálora, abuelo y padres respectivamente de doña Catalina.
2. Garantizar, o al menos procurar, que la línea segundona de la familia mantuviera el estatus y no descendiera socialmente.

Además de la feminidad y la primogenitura, doña Catalina impuso como condición para suceder en su mayorazgo que la poseedora llevara el apellido Muñoz de Otálora. Este requisito, aunque era muy frecuente en todo tipo de mayorazgos y vínculos, como ya hemos explicado anteriormente, rara vez se cumplía cuando el poseedor disfrutaba más de un mayorazgo. Además, prohibió taxativamente la venta, el trueque y la enajenación de los bienes afectos al vínculo y advirtió que si alguno de sus parientes —especialmente su hermano Pedro Muñoz o alguno de sus hijos— ponía pleito o reclamaba algo de su hacienda, la fundación no tuviera efecto, quedando su alma como universal heredera de todos sus bienes. Finalmente, dispuso que, entretanto su sobrina cumpliera los 21 años y tomara estado de casada, la administración del mayorazgo quedara a cargo de fray Gregorio de Lezcano, abad del monasterio de San Benito de Valladolid, el cual habría de acrecentar el legado echando renta en juros y comprando bienes raíces.

Tras cumplir los 21 años, Catalina contrajo un buen matrimonio con don Gregorio López de Mendizábal, relevante personaje que tras pasar la Real Chancillería de Granada y el Consejo de Guerra llegaría incluso a ser miembro del Consejo de Castilla²⁷. De un segundo matrimonio de don Gregorio descienden los señores de San Gregorio, Condes de Torrubia. Era este un matrimonio dentro de la homogamia social y profesional, efectuado entre personajes adscritos a los diferentes tribunales y consejos de la monarquía (conviene recordar, en este sentido, que Alonso Muñoz, abuelo paterno de Catalina, había sido Consejero de Indias, al igual que su abuelo materno, Pedro Díaz de Tudanca, etc.). La dote ofrecida por don Pedro Muñoz, padre de doña Catalina, fue generosa: 12000 ducados. Si el mayorazgo no alcanzaba para cubrir completamente la mencionada cantidad el resto se entregaría a cuenta de la legítima de la novia. Doña Catalina Muñoz de Otálora murió en Granada el día 30 de noviembre de 1628, ciudad en que estaba destinado su marido como oidor de la Real Chancillería. No tuvo hijos, así que, a falta de mujeres en la familia, según la regulación impuesta por la fundadora, correspondía la sucesión en el mayorazgo al hijo segundogénito de don Pedro Muñoz de Otálora y doña María Díaz de Tudanca, don Alonso Muñoz de Otálora, su hermano. Pero don Alonso estaba destinado a la Iglesia y poco antes tomar el hábito de los Clérigos de las Órdenes Menores de Alcalá renunció en su padre los frutos que le correspondían de dicho mayorazgo. Don Pedro Muñoz de Otálora, caballero de la reina y caballero de la orden de Santiago, dispuso por el testamento que otorgó en 1622 que, llegado el caso de fallecer su hija sin sucesión —como ciertamente ocurriría algunos años más tarde—, administrara el mayorazgo durante los días de su vida doña María Díaz de Tudanca, su esposa, con la carga de echar 100 ducados en renta para fundar una capellanía a servir en la ermita que habían fundado en sus tierras de Singla, en el campo de Caravaca. Tras la

²⁷ AGS. CME, 304, 20. 1639-VI.29, Madrid. Testamento cerrado de don Gregorio López de Mendizábal y de doña Teresa de Uribe Insaurraga.

muerte de doña María Díaz de Tudanca sucedió en el mayorazgo don Pedro Jacinto Muñoz de Otálora, caballero de hábito de Santiago y caballero de la reina, su hijo primogénito y poseedor de todos los mayorazgos de la familia, entre los que se incluían tanto los fundados por Pedro Muñoz “el viejo”, el licenciado Alonso Muñoz y su esposa Catalina de Otálora, como el de prelación femenina de Catalina Muñoz de Otálora y los fundados por María Díaz de Tudanca, Pedro Díaz de Tudanca, del consejo de Indias, y su esposa Marina Trigueros de Prado²⁸. Una abrumadora concentración patrimonial que, como ya vimos, Catalina Muñoz de Otálora había tratado de evitar previniendo que a falta de descendencia femenina siempre sucediera en su mayorazgo el hijo segundogénito. Tras la muerte en 1652 de Pedro Jacinto Muñoz de Otálora sin descendencia legítima hubo pleito por sus bienes entre su hijo natural, don Pedro Jacinto Muñoz Orozco, y sus parientes más cercanos, tanto por el costado de los Muñoz de Otálora como por el costado de los Díaz de Tudanca. Finalmente los pleiteantes llegaron a un acuerdo y se repartieron más o menos amistosamente los mayorazgos de los Muñoz de Otálora Díaz de Tudanca, recayendo en Pedro Jacinto, hijo natural del último poseedor, el mayorazgo de prelación femenina que años atrás fundó doña Catalina Muñoz²⁹. En 1677 don Pedro Jacinto concertó el matrimonio de su hija primogénita, Josefa Muñoz, con Miguel Francisco de Toledo y Roa Castillo y Maza, natural de Granada, gentilhombre de casa de S. M, propietario, como poseedor de los mayorazgos de los Toledo y de los Roa, de sendas capillas en la Catedral de Córdoba y en San Francisco el Grande de Granada. La novia llevó como dote el mayorazgo de Catalina Muñoz y otros 5000 ducados que posteriormente serían agregados al vínculo³⁰.

²⁸ ARCHG. Cab. 502. Leg. 388, exp. 5. Testamento mancomunado de don Pedro Díaz de Tudanca y de doña Marina Núñez de Prado Trigueros.

²⁹ Archivo Histórico Nacional (AHN). CONSEJOS, 25857, Exp. 5. Juan Bautista Sáenz de Navarrete contra Pedro Jacinto Muñoz de Otálora, sobre la tenuta de unos mayorazgos de Pedro Muñoz el Viejo. Madrid y Caravaca (Murcia). Por otra parte, los vínculos de los Díaz de Tudanca, tras el fallecimiento del Padre Alonso Muñoz de Otálora, en abril de 1668, se dividieron entre doña María Manuela Díaz de Tudanca, esposa de Francisco Marañón y Goñi, señor del palacio de Marañón y lugar de San Millán, y el capitán Pedro Jacinto Muñoz de Otálora.

³⁰ ARCHG. Caja 9081-007. Ejecutoria en forma de sentencias de vista y revista en esta corte dadas y pronunciadas en pleito en ella seguido entre D. Antonio Francisco de Toledo Muñoz de Otálora y Tudanca, vecino de la villa de Caravaca, con don José Miguel de Cañaveral, vecino de esta ciudad, sobre la sucesión en propiedad de los mayorazgos que fundaron Pedro Muñoz el viejo, el licenciado Alonso Muñoz, doña Catalina de Otálora, su mujer, Pedro Díaz de Tudanca y Marina Núñez, a pedimento de doña Ana Francisca de Toledo.

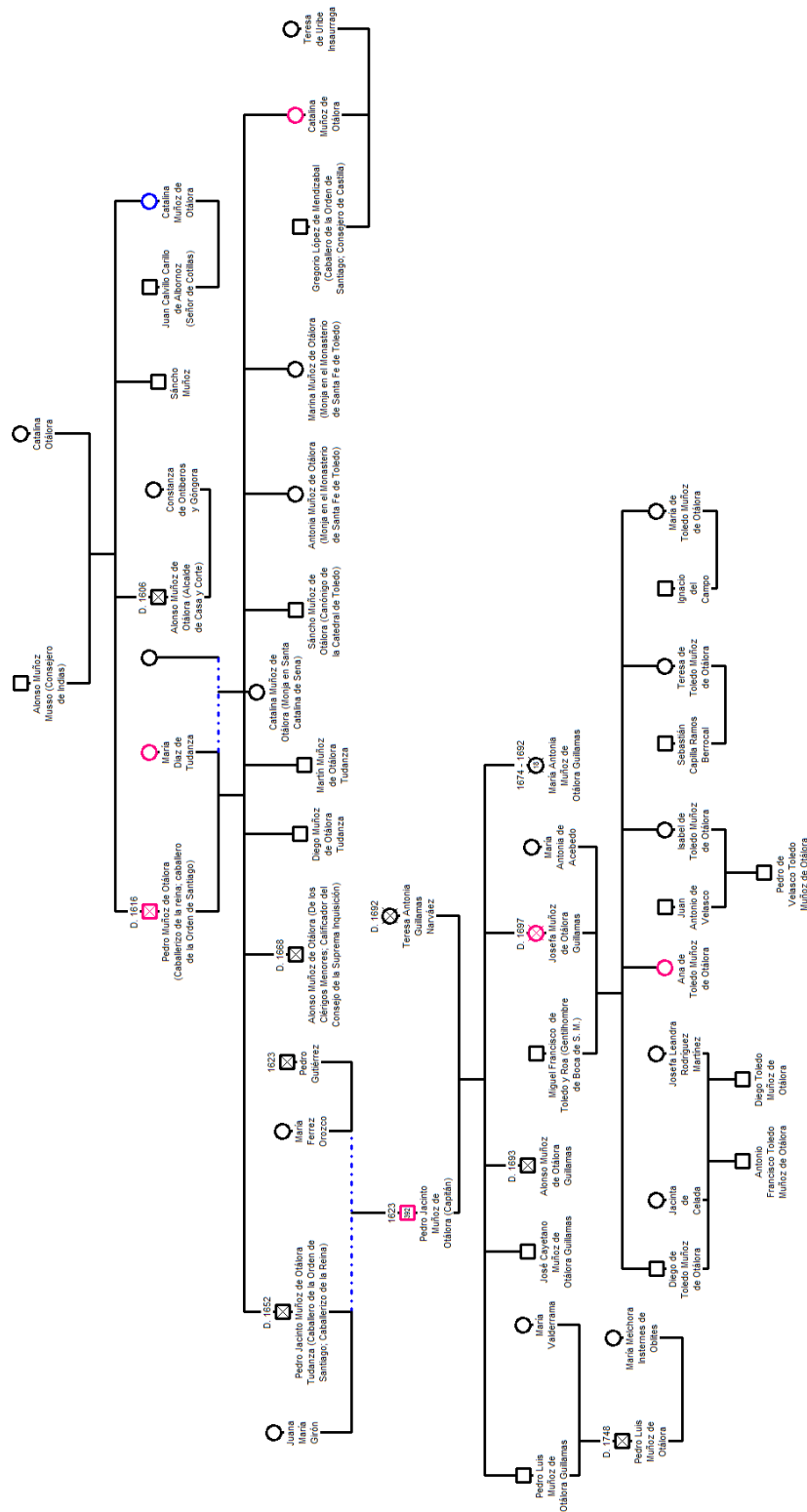


Figura n.º 3. Genealogía de la familia Muñoz de Otálora

TRAYECTORIA SOCIAL Y POLÍTICA DE UNA FAMILIA DE JURISTAS VALENCIANOS: LOS SISTERNES*

Laura Gómez Orts¹

Universitat de València

INTRODUCCIÓN

La familia Sisternes fue una importante y extensa familia de juristas valencianos, algunos de sus miembros formaron parte de la Real Audiencia de Valencia a lo largo de diversas generaciones; uno de ellos llegó a formar parte del Consejo Supremo de Aragón como regente; y otro alcanzó una notable proyección extraregnicola al ser nombrado regente de la Cancillería de Cerdeña y posteriormente de la de Mallorca. Además, otros miembros siguieron la tradición familiar de estudiar derecho, y aunque no llegaron a servir a la Monarquía en ninguna institución, también ejercieron como juristas. La cronología abarcada comprende desde mediados del siglo XVI hasta principios del XVIII, lo que nos permite abarcar prácticamente la totalidad cronológica de la edad moderna foral en la Corona de Aragón, y más concretamente, en el Reino de Valencia. Es por todos conocido el hecho de que hasta hace unas décadas la historiografía tradicional se había ocupado en gran medida del estudio de las instituciones, es decir, del conjunto de la organización jurídico-administrativa de la Monarquía; dejando de lado las personas que la componían y las prácticas llevadas a cabo por ellas. Sin embargo, estos últimos elementos son indispensables para intentar hallar una imagen lo más completa posible de la realidad de las instituciones de la época moderna. De ahí que nuestro trabajo intente ofrecer, a través de la prosopografía, una mirada sobre la elite social valenciana del siglo XVII principalmente, tomando como punto de partida a la importante familia de juristas que fueron los Sisternes.

Por ello el presente trabajo pretende ofrecer un análisis detallado de esta familia estructurado a través de las tres generaciones que la componen, mostrando una especial atención a las relaciones sociales desarrolladas por los Sisternes, es decir, las familias con las que enlazaron, para comprender así sus mecanismos de proyección social y política. Por ello resulta imprescindible acompañar esta explicación del árbol genealógico de la familia Sisternes, incluido al final del artículo, para facilitar su comprensión. Debido a la obligada brevedad de este escrito no será posible adjuntar los árboles genealógicos de las familias con las que emparentaron los Sisternes. En primer lugar, nos centraremos en la trayectoria social de esta familia, para adentrarnos posteriormente en las importantes carreras administrativas y políticas desarrolladas por tres de los miembros más destacados de esta familia. En el árbol genealógico insertado al final se han destacado en negrita los nombres de estos tres juristas, representantes cada uno de ellos de una generación distinta, para facilitar su localización.

TRAYECTORIA SOCIAL DE LOS SISTERNES

Esta saga de juristas se inicia con Marc Antoni Sisternes de Oblites y Torregrosa, que nació en Alcoi en 1550. Sus padres fueron Gaspar Sisternes de Oblites y Margarit y Jerónima Torregrosa y Gil. Marc Antoni se casó con Esperanza Centoll y Veana (-1636), cuyos padres

* Este trabajo se ha realizado dentro del Proyecto de Investigación DER2012-39719-C03-02, titulado “Cultura política, doctrina jurídica y gobierno en Cataluña y Valencia (ss. XVI-XVIII)”, dirigido por el prof. Xavier Gil Pujol.

fueron Melchor Centoll y Fores, notario, y Francisca Veana y Bot. El ascenso social de Marc Antoni se inició en 1586 al obtener familiatura de la Inquisición y título de consultor del Santo Oficio unos años más tarde, en 1594². Posteriormente, en 1596, recibió privilegio militar; la culminación de este ascenso llegó en 1612 cuando Felipe III le concedió título de nobleza³, consolidando así su posición social y la de su familia. Marc Antoni falleció en 1633.

Ha llegado el momento de referirnos a la descendencia que tuvo el matrimonio de Marc Antoni Sisternes y Esperanza Centoll, tuvieron seis hijos: Francisca, Melchor, Vicente, Sabina, Jusepa y Eugenia. Su primera hija, Francisca, se casó en febrero de 1610 con Vicente Pujasons, generós, señor del lugar de Benasau⁴, en la sierra de Aitana, natural de Cocentaina. Sus hijos fueron: Marc Antoni, Plácido, Luís y Paula. Marc Antoni Pujasons y Sisternes (1613-1658) tomó el hábito de la orden de Montesa en 1633⁵. Llegó a ser gobernador del marquesado de Elche, además de señor de Benassau. Se casaría con Vicenta García Salat. La orden de Nuestra Señora de Montesa y San Jorge de Alfama fue la orden militar propia del Reino de Valencia. Este hecho, la pertenencia a la orden de Montesa, va a ser una característica constante de las diversas generaciones de esta familia, a lo largo de este trabajo comprobaremos cómo muchos de sus miembros formarán parte de ella.

Del primogénito varón de Marc Antoni y Esperanza (Melchor) nos ocuparemos más adelante, ya que forma parte de la segunda generación de juristas de esta familia, y su trayectoria social y política merece una consideración especial. Por tanto, hablemos ahora de su hermano Vicente Sisternes y Centoll (1595-1654). Se doctoró en derecho, y aunque no llegó a formar parte de la Real Audiencia valenciana, ejerció como jurista. También formó parte de la orden de Montesa. Se casó con Paula Vidal, aunque según J. Cerdà años antes había obtenido licencia para hacerlo con Rufina Belloch i Roig⁶, sin embargo por el momento desconocemos si se llegó a efectuar dicho enlace. En el caso de Paula Vidal sí que sabemos con certeza que el matrimonio con Vicente Sisternes fue el segundo, pues ya había estado casada con Joan Batiste Verdejo, quien falleció en 1622. De este primer matrimonio tuvo un hijo, Josep Verdejo, muerto en edad infantil. Paula Vidal falleció en 1690 sobreviviendo largo tiempo a su segundo marido. Como más adelante señalaremos, Vicente Sisternes tuvo un hijo ilegítimo con Vicenta Badenes, Melchor, personaje que debemos retener en la memoria ya que tendrá una trayectoria profesional muy destacada, por ello lo incluiremos como máximo representante de la tercera generación de juristas de la familia Sisternes.

Otra de las otras hijas de Marc Antoni y Esperanza fue Sabina Sisternes y Centoll (1598-1672). Ésta se casó en 1620 con su primo Vicente Sisternes Descals (hijo de Gaspar, hermano de Marc Antoni, y Vicenta Descals). El hermano de Vicente, Miguel, formó parte de la orden de Montesa. Sabina fundó, junto a su sobrina sor Inés Sisternes de Oblites, el Convento del Corpus Christi de la orden de Santo Domingo en Carcaixent, donde profesó como monja unos años después de quedar viuda (1644) y fallecer todos sus hijos, concretamente lo hizo en 1657⁷. Sabina y Vicente tuvieron tres hijos, Marc Antoni (1621-), que obtuvo hábito de la orden de Montesa⁸;

² Archivo Histórico Nacional (en adelante AHN), Consejo de Inquisición, leg. 1313, exp. 14.

³ Jaume PASTOR i FLUIXÀ, "Nobles i cavallers al País Valencià", en *Saitabi*, 43, 1993, pp. 13-54. Archivo del Reino de Valencia (en adelante ARV), Real Cancillería (en adelante RC), 369, f. 12v-13r y f. 44v-47v. Y ARV, RC, 381, f. 181v-185r.

⁴ Sus padres fueron Luis Juan Pujasons, señor de Benassau, natural de Cocentaina y Ana Capdevila, natural de Penàguila.

⁵ AHN, OOMM, Caballeros de Montesa, exp. 378. Y Josep CERDÀ i BALLESTER, *Els cavallers i religiosos de l'orde de Montesa en temps dels Àustria (1592-1700)*, Tesis doctoral inédita, Valencia, Universitat de València, 2012, p. 611.

⁶ Joan de BORJA, *Breve resolución de todas las cosas generales y particulares de la Orden y Cavallería de Montesa*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2004, p. 223. Y Josep CERDÀ i BALLESTER, *Els cavallers i religiosos...*, *op. cit.*, p. 732.

⁷ Emilio CALLADO ESTELA, "Sor Inés Sisternes de Oblites o la observancia dominicana en el siglo XVII", en *Valencianos en la Historia de la Iglesia V*, Valencia, Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 2014, pp. 123-159.

⁸ AHN, OOMM, Caballeros de Montesa, exp. 459.

Ramón, y Andolsa, que llegó a casarse con Gaspar Salvador y Pardo (1622-1668). Éste fue doctor en derecho, asesor de la Gobernación en Orihuela y miembro de la Real Audiencia valenciana desde 1655 al ser nombrado abogado fiscal, para más tarde obtener privilegio para ejercer como juez de corte en 1659⁹.

Josepa Sisternes y Centoll (1598-1628) es otra de las hijas de Marc Antoni y Esperanza. Se casó en 1613 con Llorens Bou Penaroja y Zapata, hijo de Gaspar Bou Penaroja y Casanovas y María Zapata de Mercader. Llorens fue jurado y justicia por los caballeros de la ciudad de Valencia. Este matrimonio tuvo dos hijos: Teresa (1627-) y Policarpo (1628-1703).

La última hija de Marc Antoni y Esperanza fue Eugenia. De toda la familia quizá sea la persona que nos resulte más desconocida. Únicamente podemos afirmar que estuvo casada con Pere Baltasar Barberá (1562-1641), era hijo de Nofre Barberá, generós, y de Clara Anna Blasco¹⁰. Pere y Eugenia tuvieron una hija llamada María. Él se graduó en derecho en Lleida. Fue asesor del Justicia Civil y del Criminal, llegando a ser asesor del Gobernador e incluso afirma que actuó como abogado patrimonial, supliendo a su suegro Marc Antoni Sisternes¹¹.

Una vez realizado este breve recorrido por la descendencia de Marc Antoni Sisternes y Esperanza Centoll ha llegado el momento de referirnos por fin a su primogénito Melchor Sisternes y Centoll (1580-1642), representante de la segunda generación de esta importante familia de juristas.

Melchor contrajo matrimonio con Casilda Pellicer y Cebrià (-1639), hija de Vicent Pau Pellicer y Francisca Cebrià. Conviene detenernos en los Pellicer¹² para comprobar como, igual que los Sisternes, estos son una familia de clara tradición de servicio a la Monarquía. El abuelo de Casilda, Cristóbal Pellicer (-1592), fue abogado patrimonial de la Real Audiencia valenciana desde 1576, para unos años más tarde entrar a formar parte del Consejo Supremo de Aragón como abogado fiscal y patrimonial, desde 1582 y hasta su fallecimiento, ocurrido diez años después. Su hijo, y padre de Casilda, Vicent Pau Pellicer (-1607) fue asesor del Gobernador en las causas criminales, y miembro de la Real Audiencia de Valencia entre 1593 y 1607 como oidor civil. Recibió privilegio militar en 1599¹³. Su hijo, y hermano de Casilda, Vicent Pau Pellicer (1588-1634) llegó a ser abogado patrimonial (1632) y acabó recibiendo título de nobleza en 1633¹⁴.

Veremos más adelante cuando entremos a analizar el cursus honorum de los Sisternes cuán parecidas discurren las vidas de los miembros de ambas familias, forman parte de la Real Audiencia de Valencia, y algunos de sus componentes culminan sus brillantes carreras en el Consejo Supremo de Aragón. Obviamente, no podemos pensar que fuera una casualidad el que los Sisternes enlazaran matrimonialmente con una familia tan semejante a la suya desde todos los puntos de vista.

Del matrimonio de Melchor Sisternes y Casilda Pellicer nacieron tres hijos: Pau, Joan y Felicia. Su primogénito, Pau Sisternes (-1683), fue caballero de la orden de Santiago¹⁵ y paje del rey Felipe III¹⁶. Contrajo matrimonio con Isidora Pertusa y Sorell (-1670), hija de Simón Pertusa

⁹ Teresa CANET APARISI, *La Magistratura valenciana (s. XVI-XVII)*, Valencia, Universitat de València, 1990, p. 176. Vicente GRAULLERA SANZ, *Juristas valencianos del siglo XVII*, Valencia, Biblioteca valenciana, 2003, p. 315.

¹⁰ Sus abuelos paternos fueron Gaspar Barberá y Delfina Blasco. Un primo hermano suyo: Gaspar Barberá y Guzmán perteneció a la orden de Montesa. Josep CERDÀ i BALLESTER, *Els cavallers i religiosos [...]*, op. cit., p. 34.

¹¹ Vicente GRAULLERA, SANZ, *Juristas valencianos [...]*, op. cit., p. 141.

¹² Jon ARRIETA ALBERDI, *El Consejo Supremo de la Corona de Aragón (1494-107)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1994, p. 622. Teresa CANET APARISI, *La Magistratura valenciana [...]*, op. cit., p. 265; Vicente GRAULLERA SANZ, *Juristas valencianos [...]*, op. cit., p. 280 y 333.

¹³ ARV, RC, 373, f. 47v-48r y f. 132r-135r.

¹⁴ Jaume PASTOR I FLUIXÀ, "Nobles i cavallers al País Valencià", *Saitabi*, 43, 1993, pp. 13-54. Y AHN, Consejos, 2515, f. 55-55v.

¹⁵ AHN, OOMM, Expedientillos Santiago, exp. 663.

¹⁶ AHN, Consejos, l. 2514, f. 197v-199v.

(1586-1634) y Anna Sorell. Él fue paje de Felipe II, gentilhombre del príncipe Filiberto de Saboya, caballero de Montesa¹⁷ y comandante de Borriana. La abuela materna de Isidora, Josepa Salvador, señora de Vinalesa, había estado casada con Cristóbal Juan Monterde y Real (1564-1630), caballero y abogado patrimonial de la orden de Montesa. Además, fue doctor en leyes, oidor de la Real Audiencia de Valencia (1601) y regente de la Cancillería de Mallorca (1604)¹⁸. Pau Sisternes e Isidora Pertusa únicamente tuvieron un hijo: Melchor (-1672), caballero de Santiago como lo había sido su padre. Parece ser que Melchor fue una persona de salud delicada y ya en edad avanzada ocupó cargo de síndico de la Generalitat y la Diputación de Valencia. Estuvo casado con Luciana Ferrer, pero no tuvieron descendencia.

El segundo hijo varón del matrimonio de Melchor Sisternes y Casilda Pellicer fue Joan Sisternes (1627-1693). También formó parte de la orden de Montesa, sin embargo fue necesario obtener una dispensa de edad para poder acceder al hábito al contar únicamente con seis años de edad en el momento de la concesión¹⁹. Fue gobernador y capitán del Maestrazgo de dicha orden. En 1661 se le concedió licencia para casarse con Isabel Pellicer, hija de Joseph Pellicer y Constanza Vázquez²⁰.

La única hija de Melchor Sisternes y Casilda Pellicer fue Felicia Sisternes (-1682). Se casó con Llorens Bou Penaroja, éste ya había estado casado con Josepa Sisternes, tía de Felicia. Llorens y Felicia tuvieron como descendencia a Gaspar, Miguel y Baltasar. Los dos últimos formaron parte de una orden militar, en este caso de la orden de San Juan de Malta. Por el contrario, su hermano Gaspar Bou Penaroja y Sisternes (1643-1712) fue caballero de Montesa²¹ y se casó con Ángela Navarro Ferrer.

Finalizaremos hablando de Melchor Sisternes de Oblites y Badenes (1619-1689), representante de la tercera generación de esta familia. Es necesario recordar en este momento la mención realizada a este personaje al hablar de Vicente Sisternes, su padre, como ya habíamos adelantado Melchor fue su hijo ilegítimo, su madre era Vicenta Badenes²², de Villahermosa. Vicente finalmente lo reconoció en 1645 como se acredita en un proceso del brazo militar de las citadas Cortes valencianas²³. Melchor siguió la tradición familiar y también se convirtió en caballero de la orden de Montesa²⁴. Se casó con María Martínez Ros, dos de sus hijos, Vicente y Juan, fueron colegiales del Colegio de Corpus Christi. Otro de sus hijos, Plácido, se casó con Maria Ángela Manca y Sana de Cerdeña. La numerosa descendencia de Melchor Sisternes y Badenes todavía nos es desconocida debido, en gran parte, como veremos a continuación, a que Melchor se trasladó a Cerdeña, donde permaneció toda una década, por lo tanto, queda pendiente realizar un viaje a dicha isla con el fin de continuar allí esta investigación y ampliar nuestro conocimiento sobre estos miembros de la familia Sisternes.

Una vez hemos presentado a la familia Sisternes y conocemos también las familias con las que enlazaron matrimonialmente, conviene hacer una breve referencia a la situación económica de esta familia para determinar la posición social en la que se encontraban. Posteriormente nos adentraremos en las carreras profesionales de los tres miembros más destacados de esta importante familia de juristas valencianos.

¹⁷ Josep CERDÀ i BALLESTER, *Els cavallers i religiosos* [...], op cit., p. 593. Tomó el hábito en la iglesia del Temple el 29 de noviembre de 1591.

¹⁸ Teresa CANET APARISI, *La Magistratura valenciana* [...], op. cit., p. 165; Josep CERDÀ i BALLESTER, *Els cavallers i religiosos* [...], op. cit., p. 520.

¹⁹ AHN, OOMM, Caballeros de Montesa, exp. 460. Y Josep CERDÀ i BALLESTER, J. *Els cavallers i religiosos* [...], op cit., p. 729.

²⁰ AHN, OOMM, Casamientos, exp. 154.

²¹ AHN, OOMM, Caballeros de Montesa, exp. 63.

²² Conviene señalar que en el árbol genealógico incluido al final del texto no se incluye su nombre como madre de Melchor debido al intento de sintetizar en un único esquema la complejidad de la familia Sisternes.

²³ ARV, RC, 522.

²⁴ Josep CERDÀ i BALLESTER, *Els cavallers i religiosos* [...], op cit., p. 723.

La reconstrucción del patrimonio de la familia Sisternes, su composición, localización y transmisión resulta un elemento fundamental para situarlo en el ambiente socio-económico de la época, incluso nos permite realizar comparaciones con otras familias de similar posición social²⁵. Marc Antoni Sisternes poseía inmuebles urbanos por valor de más de 11.000 libras, entre ellos se contaban un horno de pan en la plaza Pellicers de Valencia; una casa en la plaza de la Bailía, en la parroquia de San Pere, posiblemente la más grande y señorial de cuantas poseía; otra casa situada en la calle Serrans y otra más en la calle Rosell, cerca del Baño de Pavesos²⁶. La posesión de bienes inmuebles es característica de la posición socioprofesional y económica de la que gozaban. Como recuerda Isabel Baixauli “la propietat d’immobles urbans és un signe de poder econòmic i una font de riqueses. L’arrendament dels immobles produeix un valuosa renda anual desitjada per tothom. Posseir immobles urbans (a més del propi habitatge) és una estratègia econòmica pròpia de les famílies rendistes i més poderoses de la ciutat”²⁷.

A esto debemos añadir la posesión del pueblo de Benillup, situado a 15 kilómetros de la ciudad de origen de nuestro jurista: Alcoi. Benillup había quedado prácticamente despoblado tras la expulsión de los moriscos en 1609, hecho que indudablemente pudo favorecer su adquisición por parte de Marc Antoni a finales de la década de 1620. En 1630 Marc Antoni se lo donó a su primogénito Melchor Sisternes y Centoll, quien creó sobre él un vínculo ligado al apellido Sisternes, objeto de múltiples disputas familiares a lo largo de los años. En su momento no encontramos ninguna valoración económica sobre este lugar, sin embargo, podemos pensar que posiblemente tuviera más importancia la cuestión honorífica, el ser propietarios, más que la búsqueda de rentabilidad económica. Tanto la posesión de este vínculo como la significativa importancia de su patrimonio urbano muestran claramente la imagen social que la familia Sisternes deseaba proyectar.

Con el paso de las generaciones el patrimonio de la familia no hizo sino aumentar. En general, la información patrimonial de los Sisternes permite situarlos entre los estratos mejor situados, económicamente hablando, de la sociedad valenciana de la época. Poseían una situación económica holgada, su patrimonio fue, sin duda, un apoyo imprescindible para sus carreras administrativas, y el éxito conseguido en ellas permitió a su vez el incremento de dicho patrimonio. Por ello resulta ineludible detenernos en esas exitosas trayectorias políticas desarrolladas por tres de los miembros de esta familia de juristas.

TRAYECTORIA POLÍTICA DE LOS SISTERNES

Empezaremos por el iniciador de esta auténtica saga de juristas valencianos, por Marc Antoni Sisternes de Oblites. Se doctoró en leyes en 1581. Entre 1589 y 1592 fue asesor del portant-veus de general governador de Valencia en las causas civiles. Ese último año fue nombrado abogado patrimonial, si bien es cierto que este cargo no suponía la entrada oficial en la plantilla de la Real Audiencia, su desempeño facilitaba el acceso al alto tribunal del reino. Este es el caso de Marc Antoni Sisternes, ya que en 1597 fue designado como oidor de las causas civiles en la Real Audiencia valenciana. Permaneció en el cargo durante casi tres décadas, concretamente, hasta 1624, momento en el que se le concede la jubilación.

²⁵ Por ejemplo: Teresa CANET APARISI, “Matrimonio, fortuna y proyección social en la élite administrativa valenciana del siglo XVII. Los casos de Sanz y Matheu”, en *Estudios de Historia moderna en homenaje a la profesora Emilia Salvador Esteban*, Universitat de València, 2008, pp. 73-100. Y Nuria VERDET MARTÍNEZ, “Enriquecimiento y ascenso social en la magistratura valenciana del seiscientos. Patrimonio y familia de don Francisco Jerónimo de León”, en *Estudis. Revista de història moderna*, nº 37, 2011, pp. 467-484.

²⁶ ARV, Real Audiencia, Procesos. Parte 2ª, Letra V, nº 313.

²⁷ Isabel BAIXAULI JUAN, *Casar-se a l’Antic Règim. Dona i família a la València del segle XVII*, Valencia, Universitat de València, 2003, p. 137.

Debido a su larga trayectoria, y a su experiencia acumulada se ocupó de asuntos de gran importancia: colaboró en la recopilación de la pragmática de la segunda sala civil de la Audiencia de Valencia, fue asesor de la visita de las amortizaciones, participó en asuntos importantes como la expulsión de los moriscos en 1609, centrado sobre todo en el tema de la falsa moneda; y en otros ámbitos como el de la imposición de nuevas sisas, el abastecimiento de trigo a la ciudad; además efectuó sendas visitas a la acequia real, entre muchas otras cuestiones.

Parece ser que también realizó una destacada labor de asesoramiento e intermediación entre la jurisdicción civil y la eclesiástica, llegando a resolver conflictos entre el arzobispo de Valencia y el virrey el marqués de Távora²⁸. Por último, nos referiremos a la labor de Marc Antoni Sisternes como asesor del virrey en las causas tramitadas mediante el sistema de la audiencia verbal²⁹. Éste mecanismo permitía al *alter ego* del rey resolver determinadas cuestiones judiciales por sí mismo, para lo que era imprescindible el apoyo jurídico prestado por un miembro de la Real Audiencia, en este caso nuestro protagonista. Se agilizaban así esas causas, dándoles un tratamiento de juicio rápido, tan característico de este sistema. Marc Antoni desarrolló esta tarea durante varios años, iniciándola en 1598, hasta 1604³⁰, aproximadamente, momento en que se establece un sistema rotativo entre todos los jueces de la Audiencia valenciana.

Su hijo Melchor Sisternes de Oblites y Centoll se doctoró en leyes en 1600. En 1609 fue abogado extraordinario de la ciudad de Valencia. Ejerció como letrado de la orden de Montesa, y como abogado fiscal y patrimonial de la misma, llegando a ser nombrado en 1638 asesor general de la Orden. También fue abogado fiscal del Consejo de la Cruzada, Bula y Excusado y en 1631 fue examinador de Leyes y Cánones de la Facultad de Derecho de Valencia. Su brillante carrera administrativa comenzó en 1610 al convertirse en asesor de la Gobernación de Valencia para las causas criminales. Ese mismo año ya entra a formar parte de la Real Audiencia de Valencia al ser nombrado abogado fiscal, puesto que ocupa hasta 1617; momento en que es nombrado juez de corte, y tan sólo unos meses más tarde, en noviembre de ese mismo año, es designado oidor de las causas civiles. Melchor Sisternes continuó su ascenso profesional al obtener el cargo de regente de la Cancillería valenciana en 1629. Tres años más tarde culminaría su brillante carrera al alcanzar el puesto de regente del Consejo Supremo de Aragón, donde permanecería durante una década, hasta su fallecimiento (1632-1642).

Como podemos comprobar Melchor Sisternes consagró gran parte de su vida al servicio a la Monarquía a través de los diferentes cargos que ocupó. Esa dedicación y la destacadísima labor desarrollada se ven continuamente recompensadas por las promociones obtenidas a lo largo de los años. Ya hemos dicho que en 1629 obtiene el puesto de regente de la Cancillería valenciana (1629-1632), lo que suponía la culminación de la carrera judicial en el reino de Valencia, por ello los escogidos debían ser personas que contaran con una amplia trayectoria profesional, como es el caso del jurista que nos ocupa.

Una de sus principales funciones era asesorar al virrey, de ahí la importancia otorgada a su experiencia. Además, el regente presidía de forma efectiva la Real Audiencia, ya que nominalmente se le atribuía al lugarteniente general del Reino. El hecho de presidir la Audiencia hacía que el regente se encargara por completo de la administración de justicia, presidía una de las dos salas civiles del tribunal valenciano, participaba en la votación de las sentencias, que debían contar siempre con su firma, y decretaba las avocaciones de causas y las distribuía entre los doctores, entre otras tareas. Obviamente como regente de la Cancillería se encargaba de dirigir esta oficina, la encargada de la elaboración, expedición y autenticación de documentos. El regente intervenía en esa expedición y vigilaba su correcta realización, controlando de esta forma la totalidad de la producción escrita emanada de dicha oficina.

²⁸ Archivo de la Corona de Aragón (en adelante ACA), Consejo de Aragón (en adelante CA), leg. 624, exp. 17.

²⁹ ACA, CA, leg. 624, exp. 10.

³⁰ ARV, RC, 1513 a 1536. Son los volúmenes correspondientes a los años que van de 1598 a 1604.

Este breve recordatorio de las funciones atendidas por Melchor Sisternes desde su cargo de regente de la Cancillería valenciana nos muestra el tremendo valor otorgado a su experiencia y el éxito conseguido en el desarrollo de su trabajo, siempre al servicio de la Monarquía³¹. La constatación más evidente de esto la encontramos en el ascenso que supuso para él el nombramiento obtenido en 1632 como regente del Consejo Supremo de Aragón.

Durante los diez años que se mantuvo en dicho puesto, hasta su fallecimiento, Melchor Sisternes se ocupó de asuntos de gran importancia. En esa misma época es nombrado asesor general de la orden de Montesa³², lo que hace que recaigan en él los más diversos asuntos, desde los referidos a la limpieza de sangre, o a las licencias otorgadas a los miembros de la orden para poder casarse, entre muchos otros. Este es un campo en el que todavía debemos adentrarnos para analizar la labor desarrollada por Melchor Sisternes. Hecho que nos servirá igualmente para profundizar en el conocimiento de la propia orden de Montesa y en los cargos que la componían.

Es significativo del importante trabajo realizado por Melchor Sisternes y de su experiencia acumulada a lo largo de tantos años de servicio a la Monarquía, el hecho de que al quedar vacante el puesto de regente de la Cancillería valenciana tras el fallecimiento de Gaspar Tárrega en 1635, y encontrarse ya nuestro personaje sirviendo en el Consejo Supremo de Aragón, se toma la decisión de aplazar el nombramiento de una nueva persona y se le encarga a Melchor Sisternes que se desplace a Valencia para ocupar de forma interina ese cargo. Recordemos que él había desempeñado ese oficio durante los tres años anteriores a su traslado a la corte. Esta situación transitoria se alarga hasta 1638, cuando Juan Jerónimo Blasco recibe su nombramiento como regente.

Durante ese periodo de tres años Melchor Sisternes recibe instrucciones directas del rey y del Consejo de Aragón para encargarse personalmente de diferentes asuntos durante su estancia en Valencia³³. Entre ellos, debe realizar la visita al Colegio del Corpus Christi de dicha ciudad, tarea que recaía en el regente de la Cancillería, y que en ese momento debe asumir él. Debido a la imprescindible brevedad de este escrito no podemos realizar un análisis pormenorizado de todos los cometidos encargados al regente, en otro momento comprobaremos la pluralidad de funciones y asuntos que recaían en dicha figura

Por último, referiremos la trayectoria política de Melchor Sisternes de Oblites y Badenes, nieto de Marc Antoni y sobrino de Melchor, representante de la tercera generación de juristas de esta familia. Como sabemos, siguió la tradición familiar al doctorarse en leyes en 1643. En 1649 fue elegido conseller jurista, desde 1654 fue asesor de la Gobernación para las causas civiles. En 1660 es nombrado juez de corte, iniciando así su carrera en la Real Audiencia valenciana. Unos años más tarde, en 1666, fue ascendido al cargo de oidor de causas civiles. En 1672 recibe su nombramiento como regente de la Cancillería de Cerdeña, culminando así la proyección extraregnícola iniciada en la generación anterior, con su tío Melchor Sisternes, cuando éste accedió al Consejo Supremo de Aragón.

Melchor Sisternes y Badenes ocupó el puesto de regente de la Cancillería sarda durante diez largos años. En 1682 fue nombrado regente de la Cancillería de Mallorca. La experiencia obtenida en ambos puestos y la confianza en su gestión le hizo merecedor del cargo de regente de la Cancillería de Valencia, como recompensa por los excelentes servicios prestados a la Monarquía a lo largo de toda su carrera administrativa. Dicho puesto había quedado vacante a principios de 1689 al fallecer el regente valenciano Carlos Valterra y Blanes, sin embargo, desgraciadamente Melchor Sisternes y Badenes sólo pudo ocupar ese cargo unos meses, al

³¹ Laura GÓMEZ ORTS, "Administrar y juzgar desde la Cancillería de un reino. La gestión del regente valenciano Melchor Sisternes de Oblites (1629-1632)", en M. J. Pérez Álvarez y A. Martín García (ed.), *Culturas políticas en el Mundo Hispánico*, León 2012, pp. 1567-1579.

³² AHN, Consejos, l. 554, f. 142r a 143r.

³³ ACA, CA, leg. 710.

fallecer en junio de ese mismo año, truncándose así su impresionante trayectoria política y administrativa desarrollada a lo largo de ambas orillas del Mediterráneo occidental.

La estancia de Melchor Sisternes y Badenes en Cerdeña a lo largo de esos diez años (1672-1682) es tremendamente interesante, debido, entre otras cosas, al hecho que en dos ocasiones llegó a ocupar el puesto de presidente del reino de Cerdeña al quedar vacante el puesto de virrey, concretamente en 1675 y 1678. Queda pendiente realizar una investigación en profundidad en los archivos sardos para esclarecer esta situación, es decir, conocer la problemática a la que se enfrentó, los asuntos tratados, la labor desarrollada; esto nos permitirá además plantear una historia administrativa y política comparada entre los reinos de Valencia y Cerdeña sobre el tema de los relevos virreinales.

Igualmente analizar la labor llevada a cabo por Melchor Sisternes y Badenes al frente de la Cancillería de Cerdeña también será importante en si misma, ya que ese profundo conocimiento nos permitirá, por ejemplo, realizar una interesante comparación con las funciones desempeñadas por el regente de dicha institución sarda con las llevadas a cabo por su homólogo valenciano. Otro tanto podría decirse del período en que ocupó el puesto de regente en Mallorca (1682-1689). La investigación en los archivos mallorquines será igualmente importante. El conocimiento de la labor desempeñada en dichos reinos nos permitiría avanzar y enriquecer así, a través del análisis de las personas concretas y de un estudio comparado, nuestro conocimiento sobre las instituciones que regían la Corona de Aragón en la edad moderna.

Todo ello sin olvidar, el aspecto personal de este personaje, es decir, centrarnos en su descendencia, en las alianzas mantenidas con otras familias de su entorno y su posición social, en su arraigo en ambas islas mediterráneas. Sería el paso previo imprescindible para determinar la posición social de esta familia dentro de las elites sardas y mallorquinas del momento.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Como hemos tenido ocasión de comprobar a lo largo de este breve trabajo, la familia Sisternes constituye un ejemplo paradigmático de un linaje de juristas ligado al servicio a la Monarquía. Es llamativo que esta vocación de servicio se desarrolle a lo largo de tres generaciones, abarcando así un enorme periodo cronológico, prácticamente la totalidad del siglo XVII. Iniciaron sus carreras profesionales en las diferentes plazas de la judicatura de la Real Audiencia de Valencia, para posteriormente alcanzar sus expectativas de proyección extraterritorial, al obtener las promociones para cargos en la corte (Consejo de Aragón) y en otros territorios de la Corona de Aragón (Cerdeña y Mallorca). La movilidad de profesionales entre las diferentes instituciones de la Monarquía es algo mucho más habitual de lo que podíamos pensar para la época, es una práctica corriente y completamente extendida en este momento. Encontramos regentes de un reino que luego lo serán de otro, y no en una única dirección, todo lo contrario, las promociones se daban en ambas direcciones.

Es sabido que la endogamia era una práctica social muy extendida en la época tratada, aseguraba el mantenimiento de la familia dentro de su grupo social y de los niveles económicos del mismo. En el caso que nos ocupa, la familia Sisternes destaca por la intensa práctica de ese comportamiento. A pesar del sintético recorrido que nos hemos visto obligados a realizar por la extensa y compleja genealogía de los Sisternes, se ha evidenciado la tradición familiar que suponía estudiar derecho, convertirse en juristas, ellos lo son, y sus descendientes también lo serán; lo importante es que tienden a establecer matrimonios y a relacionarse con familias de su mismo ámbito social y profesional. Un claro ejemplo es la familia Pellicer, que cuenta con varias generaciones de juristas en sus filas. Se va configurando así una densa red de relaciones mantenidas con otras familias presentes en la judicatura, en el municipio, es decir, con familias que forman parte de la clase letrada y de la baja nobleza local valenciana. Esa intensa práctica de

la endogamia fortaleció sin duda la posición de la familia Sisternes dentro del grupo socio-profesional al que pertenecían.

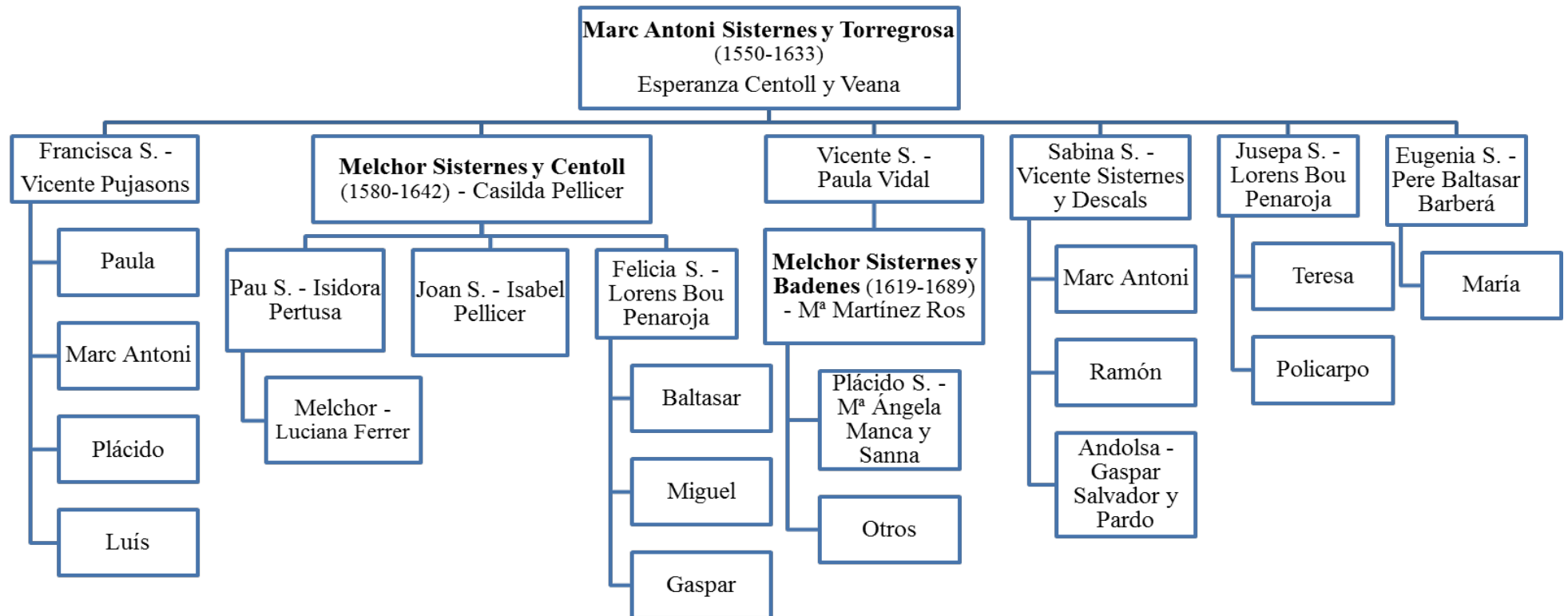
Otra cuestión que llama la atención es la relación de la familia Sisternes con las órdenes militares. Hemos visto como la gran mayoría de los miembros de esta familia formaron parte de la Orden de Montesa, propia del reino de Valencia, y que también lo eran algunos de los miembros de las familias con las que emparentaron. Formar parte de una orden militar los situaba entre los grupos más sobresalientes de la sociedad. En el seno de estas órdenes se tejían relaciones y amistades útiles a lo largo de toda la vida, se reforzaba el sentimiento de grupo, podían establecerse matrimonios entre sus descendientes, quienes a su vez también accederán a esa orden militar, haciendo carrera dentro de la misma, como es el caso de Joan Sisternes, que llegó a ocupar el cargo de capitán del Maestrazgo de dicha orden de Montesa.

A través del estudio de esta familia de juristas, perteneciente a la elite social y política valenciana, contamos con la posibilidad de ampliar y profundizar nuestra comprensión sobre ese grupo social, en este caso centrado por razones evidentes en el mundo de la judicatura. Sin dejar de lado el hecho de que este análisis de las prácticas políticas llevadas a cabo por los miembros de la familia Sisternes nos permite avanzar en el conocimiento de varias instituciones de época moderna en las que desarrollaron su labor. De esta forma se irá completando la visión que aportan los imprescindibles estudios existentes sobre estas instituciones, dotándolos del factor humano tan necesario para obtener una imagen lo más completa posible del aparato administrativo-judicial de la Monarquía.

Al ser este trabajo parte de una investigación en curso, quedan muchos campos por cubrir, muchas cuestiones a las que atender, por ello no podemos dar una visión completa y exhaustiva de la trayectoria profesional de estas personas. Mirando al futuro quedan importantes cuestiones a las que atender. Ya hemos tenido ocasión de referirnos al hecho de que Melchor Sisternes de Oblites y Badenes desempeñó cargos en la administración y gobierno del Reino de Cerdeña. Su análisis nos permitirá obtener interesantes datos sobre el funcionamiento del sistema de gobierno y justicia sardo que podremos comparar con los valencianos coetáneos. Además, otra de las prioridades será atender a su significativa descendencia para determinar su posición social en dicho territorio. Sabemos que uno de sus descendientes será obispo de Cállar ya en el siglo XVIII, lo que nos permitirá seguir la evolución sociológica de esta parte de la familia más allá del periodo foral. Quizá en futuros encuentros podamos presentar más detalles en este sentido.

Por ello, nuestro trabajo no sólo pretende acercarse al estudio de las elites valencianas, sino también al de las sardas y mallorquinas. El análisis, tanto desde el punto de vista profesional, como del personal, de la trayectoria del jurista Melchor Sisternes de Oblites y Badenes en las islas de Cerdeña y Mallorca nos permitirá avanzar en el análisis de las elites sociales y políticas de ambos territorios, que contaron con una significativa presencia de familias de origen valenciano, en una relación tremendamente interesante mantenida a lo largo de los siglos. Igualmente, los resultados de nuestra investigación podrán arrojar algo más de luz sobre los sistemas administrativos-judiciales de los diferentes territorios de la Corona de Aragón, permitiendo, como decimos, un interesante análisis comparativo entre todos ellos, centrando la mirada en los profesionales que dieron alma a esas instituciones.

FAMILIA
SISTERNES



ESTRATEGIA MATRIMONIAL Y REDES SOCIALES ENTRE LOS COMERCIANTEs EXTRANJEROS DE ALICANTE. LOS CASSOU Y LOS CARRERE, DOS EJEMPLOS EXTRAPOLABLES

M^a Luisa Álvarez y Cañas

Universidad de Alicante

La destacada presencia de una numerosa población de origen extranjero en Alicante, especialmente de procedencia francesa, al igual que en otros municipios del Mediterráneo español¹, dio lugar a la formación de notables redes familiares entretejadas con mimbres de variados intereses. A partir del asentamiento individual de estos inmigrantes, a veces modesto, también provisional en su inicio y, por tanto, cargado de incertidumbre, pero también de aspiraciones, se desarrolló un proceso de vida que los vinculó a la ciudad de forma estable. Atraídos en su mayoría durante el siglo XVIII, amparados por la legislación borbónica, por las posibilidades de negocio que ofrecía el puerto², así como por el reclamo de una consolidada colonia de compatriotas, participaron en la formación de una familia, establecieron importantes lazos sociales, y colaboraron de forma activa en la comunidad a la que se adscribieron de forma voluntaria.

Con el trasfondo de los graves acontecimientos políticos que desembocaron en la crisis del Antiguo Régimen, es decir, la Guerra contra la Convención (1793-1795) y la Guerra de la Independencia (1808-1814), sobrevivieron a la condición de su origen galo mediante su definitivo establecimiento como ciudadanos naturalizados españoles³.

A través del ejemplo de las familias Cassou y Carrere, representativas y extrapolables en su comportamiento a otros casos, es posible analizar su evolución a través de los años de residencia en Alicante, sin olvidar las múltiples dificultades que tuvieron que solventar con ocasionales destierros, el respaldo y solidaridad que obtuvieron en los tiempos de crisis, tanto de parte de sus familias como de su círculo social⁴.

Para ello es necesario conocer la procedencia de Luis Carrere y de Juan Claverie Cassou, que con su presencia en Alicante inauguraron ambas sagas familiares.

¹ A imagen de otras metrópolis comerciales como Cádiz, Málaga, Cartagena y Valencia. R. FRANCH BENAVENT, "El papel de los extranjeros en las actividades artesanales y comerciales del Mediterráneo español durante la Edad Moderna"; P. PEZZI CRISTOBAL, "El predominio extranjero en el comercio exportador de Vélez-Málaga durante el siglo XVIII", en *I Coloquio Internacional "Los extranjeros en la España Moderna"*, Málaga, M. B. Villar García y P. Pezzi Cristóbal (eds.), 2003, Tomo I, pp. 39-71 y pp. 529-541; P. FERNÁNDEZ PÉREZ, *El rostro familiar de la metrópoli*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, S.A., 1997, 315 p.

² E. GIMÉNEZ LÓPEZ, *Alicante en el siglo XVIII. Economía de una ciudad portuaria en el Antiguo Régimen*, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 1981, pp. 267-390

³ M^a. L. ÁLVAREZ Y CAÑAS, "El control político y social de la colonia francesa de Alicante en los momentos de crisis bélica (1793-1808)", en M^a. L. Álvarez y Cañas (dir), *La Guerra de la Independencia. Alicante (1808-1814)*, Alicante, Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", 2010, pp. 201-238.

⁴ M. L. ÁLVAREZ Y CAÑAS, "El protagonismo de la mujer de la colonia francesa de Alicante. La defensa de sus intereses patrimoniales en un periodo de crisis (1793-1795)", en *Familias y relaciones diferenciales: género y edad*, Murcia, coord. por Pilar Gonzalbo Aizpuru, Editum, 2009, pp. 81-94; *La Guerra de la Independencia en Alicante. Cambio político y crisis del Antiguo Régimen (1808-1814)*, Alicante, Patronato Municipal del 5º Centenario de la Ciudad, 1990, 173 p.

ORÍGENES, FORMACIÓN DE LOS HOGARES Y DESCENDENCIA

Entre las décadas de 1740 y 1760, años gran afluencia de franceses a Alicante, que prosiguió en ascenso hasta el periodo 1770-1793, se establecieron en la ciudad los que se constituyeron como cabezas de familia de los apellidos Carrere y Cassou, el primero en solitario, y el segundo acompañado de varios hermanos.

Por orden de antigüedad, Juan Claverie Cassou se domicilió en España a partir del año 1741. A lo largo de varios años le acompañaron sus hermanos Juan Pablo y Jaime, que con el tiempo se afincaron en Lorca, e Ignacio, que se trasladó a Alicante en 1759⁵. Descendientes de Juan Pedro Claverie Cassou y de Magdalena Lasala Sartou, eran naturales de Lahourcade en el Principado de Bearne⁶. Además, pertenecían a una extensa familia que, en consecuencia, mostraba importantes diferencias generacionales entre los hermanos, si tenemos en cuenta que Ignacio vino al mundo el mismo año de la llegada de Juan a Alicante, mientras que Jaime nació en el año 1747, fecha en la que Juan Pablo se estableció en Lorca⁷.

Luis Carrere era hijo de Pedro Carrere y de Catalina Poeymarlé, natural de Doûen, en el obispado de Olorón (Bearne), donde nació en el año 1740. En plena juventud, a partir del año 1764 y hasta 1766, se comenzó a registrar su actividad como negociante francés, interesado en el comercio al por mayor que se desarrollaba a través del puerto alicantino, en principio sólo en nombre propio, aunque probablemente comisionado por algún compatriota⁸. En poco tiempo pudo establecer contactos con otros comerciantes que se encontraban plenamente establecidos al frente de la administración y gerencia de compañías de firma francesa, consolidadas en actividades diversificadas de exportación e importación de materias primas y manufacturas, así como en el flete de embarcaciones.

Así fue como a partir de 1769 Carrere entró al servicio de una compañía de comercio dirigida por Juan José Revel, negociante de origen francés, también procedente del Bearne, cuya familia había establecido sus negocios en Málaga a finales del siglo XVII, con gran éxito. Varios de sus miembros se instalaron en Alicante desde principios del siglo XVIII, y a partir de 1745 Revel inició sus operaciones empresariales⁹. Fue socio de las compañías establecidas en esta ciudad y tituladas *Revel y Jaume* y *Revel y Beraud*¹⁰, para finalmente poseer su propia razón social: *Revel y Compañía*.

Una vez afincados en la ciudad de Alicante, Cassou y Carrere pronto abandonarían la soltería para fundar sus respectivas familias. En la elección de esposa se reflejaba el círculo social en el que se desenvolvían, al menos al principio de su estancia, pues por su procedencia siempre se encontraban relacionadas con el ámbito profesional donde desarrollaban sus actividades económicas, es decir, entre los comerciantes, así como con sus orígenes nacionales, entre franceses o descendientes de los mismos.

⁵ Archivo Municipal de Alicante (en adelante, A.M.A.), Arm. 9, Leg. 102: "Ramo de don Ignacio Cassou, año de 1793", fols. 3v.-6v.

⁶ Lugar de tradicional inmigración francesa que recaló en el Levante español y consolidó su presencia a lo largo del siglo XVIII. V. MONTOJO MONTOJO y F. MAESTRE DE SAN JUAN PELEGRÍN, F, "Le Béarn et le Levant espagnol", *Revue de Páin et du Béarn*, n° 32, 2005, p. 215-228.

⁷ Juan Pablo se encontraba al frente de la delegación comercial *Juan Pablo Cassou y Cia*. J. GRIS MARTÍNEZ, "La barrilla del Campo de Lorca en el siglo XVIII", *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, n° 2, 1982, pp. 25-42.

⁸ A.M.A., Quintas, Libro n° 5, años 1770-1771.

⁹ Habitaba una casa arrendada al comerciante genovés don José Ansaldo, y efectuaba su giro en un almacén propiedad de la viuda y herederos de don José Franqui, situado, al igual que su domicilio, en la plaza del Mar. Las rentas correspondientes a su disfrute eran altas, pues el alquiler de la casa era de 50 libras, y del almacén por contrato ascendía a 120 libras, aunque sólo los tres primeros años, pues en esas fechas se había reducido a 80 libras. A.M.A., Arm. 16, Libro 1: "Justiprecios originales de casas y tierras para el nuevo padrón. Años 1756 y 1757", fols. 9v.-10.

¹⁰ Archivo Histórico Provincial de Alicante (en adelante, A.H.P.A.), Protocolos Notariales, Juan José Revel, Negociante, Poder, Sig. 1660, 1-7-1750, Sig. 1660, fols., 96-96v; S. 806, Obligación, 17 de marzo de 1745, fols. 34-34v.

Juan Claverie Cassou emparentó por matrimonio con la alicantina Francisca Antonia Guimbeu Cerdá, hija del comerciante francés Pedro Guimbeu y de la española Ana M^a Cerdá, el primero nacido en Monein (Bearne)¹¹. Pedro Guimbeu emprendió sus negocios en la ciudad a partir de la década de 1730, en contacto con otros paisanos como Juan José Revel, al tiempo que invirtió sus ganancias hasta lograr un saneado patrimonio en bienes muebles e inmuebles que legaría a sus hijos: Francisca Antonia, Juan, Francisco Javier y Pedro¹².

También los cuñados de Cassou constituyeron unos miembros muy activos en la vida económica de la ciudad y reprodujeron los esquemas de parentesco practicados por la mayoría de sus compatriotas: Juan Guimbeu se casó con Juana Larroy Lasala¹³, descendiente de comerciantes franceses¹⁴; Francisco Javier lo hizo con Antonia Morales y Salinas¹⁵, hija del comerciante español Sebastián Morales, y Pedro tomó los hábitos y ejerció de presbítero y archivero en la Iglesia de Santa María¹⁶.

Respecto al resto de los hermanos Cassou, Juan Pablo permaneció soltero, Jaime contrajo matrimonio con María Ortiza, descendiente de comerciantes¹⁷, e Ignacio siguió las pautas de elección de esposa en el ámbito más cercano a sus intereses comerciales, en esta ocasión con un mayor grado de endogamia, pues contrajo matrimonio con su sobrina M^a Antonia, hija de su hermano Juan y su cuñada Francisca Antonia Guimbeu. La boda se celebró el 25 de diciembre de 1781, tras obtener la necesaria dispensa apostólica, y contando con unas condiciones económicas inmejorables para ambos contrayentes, pues Ignacio aportó un capital de 57.780 pesos, 8 sueldos y 6 dineros. Además, entregó a la novia otros 2.000 pesos en calidad de arras por el valor de bienes y alhajas, “deseoso de manifestar su particular aprecio”¹⁸.

El matrimonio formado por el cabeza de familia, Juan Cassou, junto a Francisca Antonia Guimbeu, había procreado hasta 13 hijos, de los que sólo sobrevivieron a una edad adulta: José, Juan, Antonio, Pedro, Luis, M^a Antonia, Teresa y M^a Luisa.

Luis Carrere encontró a la que sería su primera esposa en la compañía de comercio en la que trabajaba, poco después de la muerte de su titular, pues contrajo matrimonio con Magdalena Requier, viuda de Juan José Revel, cuando contaba con 35 años de edad, el 4 de abril de 1775. Magdalena, aunque natural de España, también era de procedencia francesa y sus hermanos Rosa y Esteban Requier se hallaban afincados en Valencia, este último dedicado a la exportación de seda¹⁹. En un principio Carrere se hallaba empadronado en la calle Labradores en el año 1770, en el domicilio de Revel, junto al piamontés Juan Marcidí, al servicio de la mencionada compañía

¹¹ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S.1.649, Poder, 17 de febrero de 1732, fols. 34-34v.

¹² A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.656, Carta de Pago, 21 de agosto de 1744, fols. 116-116v; S. 1.660, Fianza, 17 de septiembre de 1750, fols. 124-124v.

¹³ Su hermana Rafaela estaba casada con el francés Lorenzo Darreglade, poseedor de la compañía *Lorenzo Darreglade Padre, Hijo y Sobrino*

¹⁴ Juan Larroy y Agustina Lasala, esta última hermana del comerciante de Vinaroz Juan Bautista Lasala. M^a L. ÁLVAREZ Y CAÑAS, “La contribución de la mujer en tiempos de crisis. Empresas con nombre femenino”, en *Modernas de Época. Mujeres que vivieron el Alicante de la modernidad (ss. XVI-XVIII)*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura “Juan Gil-Albert”-Ayuntamiento de Alicante, 2013, (en prensa).

¹⁵ Sus hermanas también contrajeron nupcias con comerciantes: Teresa con Tomás Amérigo y Ortiza; Rosa con dos franceses, Juan Pedro Casamayor, y al enviudar de este con Juan Laviña (que estuvo casado con Margarita Delaplace Almiñana, hermana de otro conocido negociante de origen galo, socio principal de la *compañía Delaplace y Laporta*). M. L. ÁLVAREZ Y CAÑAS: “El protagonismo de la mujer [...]”, op. cit., pp. 81-94.

¹⁶ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.237, Arrendamiento, 4 de febrero de 1788, fols. 32v.34v.

¹⁷ Fallecido antes de 1781.

¹⁸ Dicha cantidad resultaba de la suma de 52.930 pesos, 8 sueldos y 6 dineros en efectivo, 3.000 pesos por el valor de una hacienda situada en la villa de Elda, y 1.850 pesos por un almacén que poseía en Villajoyosa. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1232: “Declaración”, 13 de diciembre de 1784, fols. 61-63v.

¹⁹ R. FRANCH BENAVENT y D. MUÑOZ NAVARRO, “Minorías extranjeras y competencia mercantil: franceses y malteses en el comercio valenciano del siglo XVIII”, *Minus*, n.º 20, 2012, pp.61-92.

de comercio²⁰. En 1775 continuaba en dicha sociedad junto a Pedro Bergeire, recién llegado en esas fechas de Francia, y encargado de los libros de contabilidad, y Pedro Die, empleado en la correspondencia mercantil²¹.

El matrimonio Carrere-Requier sólo pudo tener un descendiente, llamado Pascual Francisco de Paula, ya que como consecuencia del parto la madre falleció. Durante la infancia de su hijo Luis Carrere administró los bienes que como heredero universal recibió de su madre, beneficiaria a su vez del patrimonio de su primer marido, Juan José Revel. Como tutor de su hijo, vendió a don Miguel Pascual de Bonanza una casa en la calle Mayor que alcanzó el precio de 417 libras²². También, mediante poderes de su hijo, Luis Carrere compro al mismo Pascual de Bonanza una casa en la calle Labradores, sujeta a señoría directa al Obispo y Cabildo de Orihuela con pensión de 4 libras, por precio de 1.577 libras²³. Del mismo modo se encargo de cobrar las cantidades que se adeudaban a Juan José Revel cuya suma debía recaer en su hijo²⁴, y de reclamar junto a su tía Rosa Requiere la herencia que le correspondía de su tío don Esteban Requiere, tras el fallecimiento de la esposa de este, Francisca Bladó, en Valencia²⁵.

Finalmente, con motivo de la muerte Pascual Carrere Requiere, que permanecía soltero, Carrere reinvertió el capital de sus bienes en su propia compañía de comercio.

Luis Carrere se volvió a casar, en 1783, esta vez con Teresa Casamayor Rey, perteneciente de nuevo a una familia de origen francés, cuyos ascendientes también habían establecido sus negocios en la ciudad de Málaga, mientras que su padre, Pedro Casamayor, se instaló en el comercio de Alicante a mediados del siglo XVIII²⁶. La dote aportada por Teresa al matrimonio fue de 3.572 pesos, en dinero metálico, ropas y alhajas, incluida en esa cantidad la de 1.600 pesos que le donó Carrere en concepto de arras. Por otro lado, Carrere contribuyó al nuevo estado con 17.400 pesos de capital²⁷. De este matrimonio nacieron tres hijos: M^a del Rosario, Teresa y Pedro, que también perdieron a su madre durante la infancia, ya que Luis Carrere enviudó a finales de siglo²⁸.

DESARROLLO EMPRESARIAL, ALIANZAS Y TRASMISIÓN DE EXPERIENCIA

Los inicios en los negocios de las familias Carrere y Cassou fueron muy similares, pues contaron con el apoyo de compatriotas establecidos con anterioridad en la ciudad de Alicante y que poseían compañías de comercio, si bien en principio también emprendieron transacciones en solitario.

Desde los inicios estas empresas dieron cabida a los parientes más cercanos y sirvieron de escuela para el aprendizaje de los mismos. En cuanto las transacciones prosperaban y se obtenían ganancias, también sirvieron para expandirse a otras sedes, a modo de delegaciones, e incluso a desdoblarse las empresas con la creación de otras nuevas.

²⁰ A.M.A., Quintas n° 5, "Alicante, años 1770 y 1771".

²¹ A.M.A., Quintas, Libro n° 15, "Listas de comerciantes separadas en tres ramos, 10 de abril de 1775".

²² Esta casa se encontraba cargada con dos capitales de censo de 400 libras: uno de 300 a la administración de D. Juan Bautista Musteli, y el otro de 100 a favor de la Colegial de San Nicolás. A.M.A., Arm. 19, Leg. 79, Tomo II de la "Giradora del Libro Padrón General de Bienes de la Ilustre Ciudad de Alicante", fols. 811-812.

²³ A.M.A., Arm. 19, Leg. 79, Ibidem, fols. 812-813.

²⁴ Como el recibo de 80 libras de José Bernabéu de Plácida, labrador de Muchamiel, resto de 240 libras que le había prestado Juan José Revel. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S.1.312, Carta de Pago, 27 de julio de 1789, fols. 74-75.

²⁵ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 679, Poder de D. Luis Carrere a D. Luis Croiselles, 7 de enero de 1790, fols. 4-4v.

²⁶ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 782, Poder, 6 de enero de 1715, fols. 4-5; S. 787, Poder, 15 de enero de 1721, fols. 434-434v.; S. 638, Carta de Pago, 19 de septiembre de 1760, fols. 127-127v.; S. 649, 13 de julio de 1766, fols. 39-41.

²⁷ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.549, Testamento de D. Luis Carrere, 8 de octubre de 1808, fols. 161-163v.

²⁸ Nacidos en los años 1793, 1794 y 1796, respectivamente.

Las actividades laborales de Juan Cassou experimentaron una compleja evolución a lo largo de su vida en Alicante. Con toda probabilidad emprendió sus primeros negocios al amparo de su suegro Pedro Guimbeu, mientras que su hermano Juan Pablo se estableció en la ciudad de Lorca, aprovechando el auge del comercio de la barrilla, acompañado por Pedro Mouliáá²⁹, hijo de una hermana y llegado de Francia en 1766, para trabajar en calidad de aprendiz, en la firma *Cassou Hermanos, Sobrino y Compañía*, donde tenía participación Juan.

En 1764 Juan e Ignacio Cassou establecieron una sociedad junto a los también hermanos Juan y Pedro Juan Vergez, titulada *Vergez, Cassou y Compañía*. Aunque esta fue renovada en 1768, al año siguiente los Cassou destinaron sus fondos a la administración de los Vergez, pero con la intención de iniciar otro comercio por su cuenta, a partir de la mitad del beneficio obtenido y de los capitales propios, pero con el compromiso añadido de que se mantendrían los salarios y manutención de Jaime Cassou y los criados hasta entonces empleados³⁰.

Mientras tanto, en 1769 Juan e Ignacio se asociaron con su cuñado Francisco Javier Guimbeu, esta vez bajo el nombre de *Juan Cassou y Compañía*, donde se invirtieron los fondos de Juan y el capital de la legítima heredada por Francisco Javier a la muerte de su padre³¹. Aunque Ignacio no aportó ningún caudal, “en mérito del trabajo que hace”, se concedía a cada uno de los socios 1/8 de los beneficios y, en su caso, de las pérdidas, la compañía sustentaría los gastos de manutención y salarios, y todos, incluyendo a la familia, llevarían por separado las cuentas del desembolso en el vestir y necesidades particulares de sus propias ganancias y sin extraer cantidad alguna del capital social³².

En 1775 continuaba el negocio como empresa dedicada al comercio al por mayor, cuyos propietarios eran considerados extranjeros domiciliados: Juan Cassou e Ignacio Cassou, socios principales, más Pedro Mouliáá, que regresó a Alicante “para perfeccionarse en la carrera”³³ y se ocupaba del registro de los libros, y Juan Giraldel empleado en la correspondencia³⁴.

El año 1781 fue una fecha crucial para la familia Cassou. A principios de año falleció en Lorca Juan Pablo, antes de lo cual había convenido con María Ortiza y Jaime Cassou, viuda e hijo de su hermano Jaime, la cesión de varios bienes, mientras que por testamento otorgó la calidad de herederos universales a sus hermanos Juan e Ignacio. Este último, dada la cuantía de la herencia, se trasladó temporalmente a Lorca, aunque más tarde delegaron la administración de los bienes en su sobrino Jaime y el comerciante Fernando Raxa³⁵. A partir de entonces, las inversiones de los Cassou fueron constantes y muy diversificadas, en la adquisición de terrenos, almacenes, casas o una fábrica de papel en Alcoy³⁶. Para afianzar el enriquecimiento y el éxito de sus transacciones comerciales y su favorable posición social en Alicante, adoptaron la nacionalidad española³⁷, y en diciembre se produjo el enlace de Ignacio con su sobrina.

²⁹ A.M.A., Quintas, Libro n° 4: “Declaración de Pedro Mouliáá, de nación francés”, Alicante, 12 de abril de 1771, fols. 261-261v.

³⁰ Sin embargo, esta alianza se disolvió en 1780 con pérdidas para los hermanos Vergez y una ganancia de 4.642 pesos para los Cassou. A.M.A., Quintas, Libro n° 4: “Contrata, 20 de enero de 1769”, fols. 130-132; A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.796, Declaración y Carta de Pago Recíproca, 27 de enero de 1780, fols. 19-20.

³¹ Estimada en 3.349 pesos, 11 sueldos y 11 dineros.

³² A.M.A., Quintas, Libro n° 4: “Contrata de compañía, Alicante, 1 de febrero de 1769”, fols. 133-134v.

³³ A.M.A., Quintas, Libro n° 4: “Declaración de Pedro Mouliáá, de nación francés, Alicante, 12 de abril de 1771”, fols. 261-261v.

³⁴ A.M.A., Quintas, Libro n° 15: “Listas de comerciantes separadas en tres ramos que integran el comercio de esta plaza”.

³⁵ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.230, Poder, 24 de enero de 1781, fols. 15v.-16v.; Declaración y ratificación de escritura, 14 de marzo de 1781, fols. 52-53; Poder, 18 de abril de 1781, fols. 72v.73.

³⁶ Como la compra a Pedro Arabet, cónsul imperial en Alicante, de una casa y un almacén en la calle del Vall, valorada en 6.720 libras. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.230, Venta Real, 30 de abril de 1781, fols. 78-81v.

³⁷ Por Real Cédula del 10 de mayo de 1781. A.M.A., Arm. 19, Leg. 102, “Testimonio, Aranjuez, 10 de mayo de 1781”, fols. 3v.-6v.

En 1784 Juan e Ignacio delegaron la dirección de Cassou Hermanos, Sobrino y Compañía a su sobrino Pedro Mouliáá, con un interés para éste de 1/8 de la sociedad, para aumentar dicho porcentaje en las siguientes subcontratas a 1/6, 1/4 y 1/2 en 1798. A partir de 1808 se disolvió la compañía, suprimiendo la firma, que liquidó un total de más de 100.000 libras de fondo y beneficios³⁸. Mouliáá continuó con la compañía de Lorca a su nombre y alcanzó el reconocimiento de nobleza para su apellido³⁹.

A finales de 1792 se produjo el fallecimiento de Juan Cassou⁴⁰, pero su negocio nunca perdió la identidad de *Juan Cassou y Compañía*. Precisamente, pocos meses después, tras la orden de expulsión de los franceses del reino de Valencia en abril de 1793, Francisca Antonia Guimbeu, junto a su hija y mujer de su cuñado Ignacio, M^a Antonia, fueron las encargadas de preservar los negocios. Mientras Ignacio seguía en activo en Lorca, recibiendo poderes de varios clientes y otorgando los propios en distintos lugares donde poseían bienes, como una hacienda en Novelda o tierras en Monovar⁴¹.

En 1794, cuando aún todos los franceses domiciliados en Alicante se encontraban desterrados del reino de Valencia, la compañía se encontraba en manos de los hijos y sobrinos de los hermanos Cassou, y presentaba la siguiente nómina: Juan, de 34 años y soltero, como “otro de los principales directores” y encargado de los libros; Pedro Cassou, de 32 años y soltero, socio “con las mismas voces” y responsable de la caja; José, de 17 años, también soltero, “que por fallecimiento de su padre tiene haberes en dicha compañía”, empleado en la correspondencia.

Una vez recuperado el domicilio en Alicante, la razón social *Luis Cassou y Compañía* mostró la capacidad de renovación de sus trabajadores, así como su magisterio en la especialización de cada miembro de la familia, con Juan Cassou (socio), Luis Cassou (para la correspondencia), Antonio Cassou (considerado “principiante”), Sebastián Cazorla (escribano y agente), Pedro Raymond (destinado en el almacén y los cobros), y Beltrán Hourcades (mozo)⁴². En 1800 se produjo el reconocimiento como nuevos socios de Luis y Antonio, concediendo al primero 1/16 parte y al segundo 1/20 sobre los beneficios de la empresa⁴³.

En cuanto a la trayectoria comercial de Luis Carrere, se mantuvo bajo la firma *Revel y Compañía*, hasta poco después de la muerte de su propietario (1769-1775), pues en 1777 ya se encontraba al frente de *Luis Carrere y Compañía*, empresa dedicada al comercio al por mayor en la que participaron varios compatriotas en distintos empleos: Pedro Bergeire, como tenedor de libros y antiguo compañero, y Francisco Javier Laussat, encargado de la correspondencia, y emparentado con Carrere por ser primo de su segunda esposa⁴⁴. Laussat había llegado a España procedente de Olorón y contaba entonces con 21 años de edad.

Tanto Bergeire como Laussat contaron con la plena confianza de Carrere pues en varias ocasiones les cedió las riendas de la compañía. El primero ejerció la dirección de la empresa en varias oportunidades y distintas fechas. Así, con motivo de la marcha de Carrere en septiembre de 1786 a Francia, donde le reclamaban sus intereses económicos, Bergerie le representó junto a

³⁸ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.553, Disolución de Compañía, 26 de agosto de 1814, 223v.-228v.

³⁹ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.550, Poder, 27 de junio de 1810, fols. 78-80v.

⁴⁰ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.241, Sustitución, 24 de enero de 1792

⁴¹ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.242, Poder, 2 de mayo de 1793, fols. 155v.-156v; S. 82, 19-11-1794, Poder Sres. Arabet, Arabet y Longden, fols. 180v.-182.

⁴² En 1793 dejó como apoderado y fiador de sus bienes a Pedro Cassou con motivo de su salida del reino como francés domiciliado. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.739, Fianza, 13 de julio de 1793, fols. 35-35v.; S. 1.242, Poder, 11 de diciembre de 1793.

⁴³ “Aplicándose con el mayor esmero para adquirir los conocimientos relativos a fin de hacerse útiles a la sociedad”. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 429, Declaración, 27 de febrero de 1801, fols. 16v.-17v.

⁴⁴ Teresa Casamayor Rey Laussat. A.M.A., Arm. 9, Libro 72, Cabildos 1777, “Lista de comerciantes y dependientes del comercio por mayor, Alicante, 7 de enero de 1777”.

Ignacio Cassou como síndicos comisarios facultados por el Real Consulado en la junta de acreedores de la *Compañía Pedro Laviña e Hijos*, entonces en quiebra⁴⁵.

Francisco Javier Laussat se convirtió en socio de la compañía a partir de 1802⁴⁶, y fue nombrado albacea testamentario junto a Pedro Cassou y José Delaplace, así como tutor y administrador de los hijos de Carrere, en caso de su fallecimiento, durante la minoría de edad de los mismos⁴⁷. Las relaciones entre compatriotas y entre colegas profesionales cimentaban la solidaridad y la colaboración de ese grupo, reforzada a través de los enlaces matrimoniales. También Laussat encontró a su esposa en este estrecho ámbito, pues en 1800 contrajo matrimonio con M^a Luisa Cassou Guimbeu. Con ese motivo, su tío y cuñado, Ignacio Cassou, donó a la novia una casa de habitación y su almacén en la calle de San Francisco⁴⁸.

El devenir político de la Guerra contra la Convención, también afectó a esta empresa, que había ampliado sus dependientes y sirvientes con la incorporación de Juan Mirán, Juana Purcheu y Pedro Soube. Los intereses de la compañía fueron defendidos por Juan Guimbeu, cuñado de los Cassou mientras la familia Carrere se trasladó al completo a Murcia, y Francisco Javier Laussat a Almansa. La ausencia total de los propietarios dificultó la custodia del capital hallado en su casa, debido a la cuantía del mismo (15.400 pesos), de modo que se traslado en un arcón a la casa de del comerciante Sebastián Morales (cuñado de Francisco Javier Guimbeu), nombrado por el alcalde mayor junto a Jaime Lantier, en calidad de depositarios⁴⁹. Además, la firma comercial también perdió a sus empleados, pues Pedro Bergeire sería expulsado en 1793, con destino a Génova; Pedro Die, partió para Argel; el mozo Juan Mirán salió con destino a Rosas para embarcarse fuera de España, pues todos ellos fueron considerados transeúntes. Sólo Juana Purcheu, soltera y criada, consiguió su traslado a Murcia como domiciliada.

LA INTEGRACIÓN Y EL FUTURO DE LAS NUEVAS GENERACIONES

Todos los sectores sociales contaron con la colaboración de los Cassou y los Carrere, que vieron facilitada su integración mediante la obtención de prerrogativas. Así los primeros consiguieron el privilegio de la fabricación de salitre para la obtención de pólvora⁵⁰; la administración de los derechos de peaje (barcaje y tiraje) sobre las embarcaciones del puerto de Alicante⁵¹; delegados por el cuerpo de comercio para el abasto de trigo durante la escasez de 1802⁵². Incluso el gobernador político-militar de la ciudad de Alicante, teniente general Antonio Oliver, nombró a Ignacio Cassou apoderado de sus bienes tras su promoción al gobierno de Cádiz⁵³.

Luis Carrere junto a Ignacio Cassou fueron comisionados como síndicos comisarios en causas judiciales de quiebra por el Real Consulado⁵⁴. Y el primero también contribuyó a sus expensas para la recluta de cinco hombres con destino a servir en las tropas reales⁵⁵.

⁴⁵ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.229, Poder, 17 de septiembre de 1777, fols. 102-103; S. 1.230, Sustitución, 24 de agosto de 1781, fols. 145v.-146; S. 1.343, Poder, 5 de septiembre de 1786, fols. 92-92v.

⁴⁶ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 688, Poder, 17 de noviembre de 1802, fols. 183-183v.

⁴⁷ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.549, Testamento de D. Luis Carrere, 8 de octubre de 1808, fols. 161-163v.

⁴⁸ Según palabras de Ignacio Cassou “para efectuar esta alianza y enlace a satisfacción de ambas familias”. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S.429, Donación, 14 de diciembre de 1800, fols. 52v-54v.

⁴⁹ Fue designado por Carrere en calidad de encargado de asegurar los bienes de su casa y compañía, A.M.A., Arm. 19, Leg. 102 “Ramo respectivo a D. Luis Carrere. Año 1793”

⁵⁰ P. HERIARD, “Les français à Alicante (1746-1793)”, Memoria de Maestría, Universidad de París-Sorbona, 2000, p. 180. [Consulta facilitada por el A.M.A.]

⁵¹ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.346, 21 de julio de 1790, fols. 57-57v.

⁵² Junto al comerciante francés Esteban Die. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 429, Poder, 7 de mayo de 1803, fols. 14-15.

⁵³ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.464, Poder, 20 de abril de 1786, fols. 41-42.

⁵⁴ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.343, Fianza carcelera, 29 de mayo de 1786, fols. 55v.-57.

La Iglesia también mantuvo estrechas relaciones con miembros de estas familias en distintas facetas. Ignacio y Juan Cassou fueron nombrados por las religiosas del Convento de la Sangre de Cristo como administradores de sus bienes⁵⁶; e Ignacio aportó una fianza de 600 libras como dote de una novicia del convento de la Santa Faz⁵⁷.

La elección de esponsales en la segunda generación de estas familias mostraba los esfuerzos por consolidar su posición, su patrimonio y su asimilación a las élites socio-económicas de la ciudad, de manera que estos enlaces podían considerarse de conveniencia y ventajosos en todos los sentidos.

La hija mayor de Luis Carrere, Teresa, efectuó sus esponsales con José Gadea, oficial de la Contaduría del Real Consulado, propietario de la casa de comercio José Gadea y Compañía, que poseía un rico patrimonio inmobiliario e inversiones en tierras⁵⁸.

M^a del Rosario Carrere Casamayor tuvo que afrontar las circunstancias adversas de solicitar una dispensa para casarse con su primo Agustín Garay, hijo de su tía Juana Casamayor Rey y de Francisco Garay, residente en el reino de Aragón, y del conflicto de la Guerra de la Independencia, para llevar a cabo su enlace⁵⁹.

Pedro Carrere Casamayor contrajo matrimonio con Ana M^a Christiernin Fleming, hija del cónsul de Suecia Federico Christiernin. Su llegada a España se produjo en el año 1783, con destino a la casa de comercio establecida por su tío, Juan Jacobo Gahn, representante de la misma nación en Cádiz. En esa ciudad se casó con Ana M^a Fleming, nacida en el Puerto de Santa María y de religión católica, que recibió una dote de 10.000 libras en vales reales cedida por su cuñado, el comerciante Carlos Christiernin⁶⁰. En el año 1798 Federico se trasladó a Alicante con el propósito de establecerse en el comercio al por mayor, con grandes rendimientos en el mismo. Con esta misma familia emparentó uno de los hijos del socio de Carrere, Pedro Laussat Cassou, que celebró nupcias con Rosa Christiernin Fleming en el año 1835. Su hermana M^a Antonia Laussat Cassou lo hizo con Francisco Bushell, hijo del comerciante inglés Juan Bushell, casado con irlandesa católica y socio de *Jorge Moore y Compañía*⁶¹.

Los descendientes de Cassou también estrecharon lazos muy semejantes, y en el círculo más cercano, pues además de las nupcias contraídas por Ignacio Cassou con su sobrina M^a Antonia, y de M^a Luisa Cassou con Francisco Javier Laussat, Teresa Cassou Guimbeu contrajo matrimonio con Federico Christiernin, que había enviudado, en abril de 1814⁶².

En cuanto al resto de los hermanos, Pedro y Juan Cassou permanecieron solteros, mientras que el Ejército se nutrió del ingreso de José y Luis Cassou en el cuerpo de Infantería⁶³.

Ignacio y M^a Antonia Cassou no tuvieron descendientes y situaron su domicilio en Villajoyosa, tras haber recibido en 1808 los derechos de recaudación de las rentas reales del tercio

⁵⁵ A.M.A., Arm. 19, Leg. 102, "Ramo respectivo a D. Luis Carrere, Alicante, 7 de abril de 1793".

⁵⁶ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 378, Carta de Pago, 18 de diciembre de 1784, fols. 104-104v.; S. 1.241, Sustitución, 14 de enero de 1792, fols. 13v.-14.

⁵⁷ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 853, Fianza, 29 de abril de 1787, fols. 22-22v.

⁵⁸ A.M.A., Arm. 19, Leg. 70, "Sobre la declaración de bienes y comercios para la contribución Extraordinaria de Guerra, Alicante, 28 de julio de 1811".

⁵⁹ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 475, Poder, 28 de mayo de 1813, fols. 26-27.

⁶⁰ Debido a la disparidad de culto, pues Christiernin era protestante, debieron obtener un breve del papa. A.M.A., Arm. 19, Leg. 55, "Pretendiente a viceconsulado de Suecia, Alicante 19 de agosto de 1800", fols. 1-2.

⁶¹ A.M.A., Quintas, Libro 23, "Año 1794. Relación de los comerciantes extranjeros y sus dependientes".

⁶² Aportó una dote de 10.305 libras por el valor de dos casas, alhajas, ropas y efectos de ajuar. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S.1.553, Recepción de dote, 29 de abril de 1814.

⁶³ En plena guerra contra la Convención, Francisca Antonia Guimbeu se comprometía a asistir a su hijo como cadete. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.242, Declaración y Obligación, 25 de agosto de 1793, fols. 224v.-225.

diezmo de los frutos de Villajoyosa⁶⁴. Cuando el matrimonio se trasladó a Villajoyosa dejaron a Pedro Cassou, sobrino y hermano, respectivamente, como apoderado de sus intereses en Alicante⁶⁵.

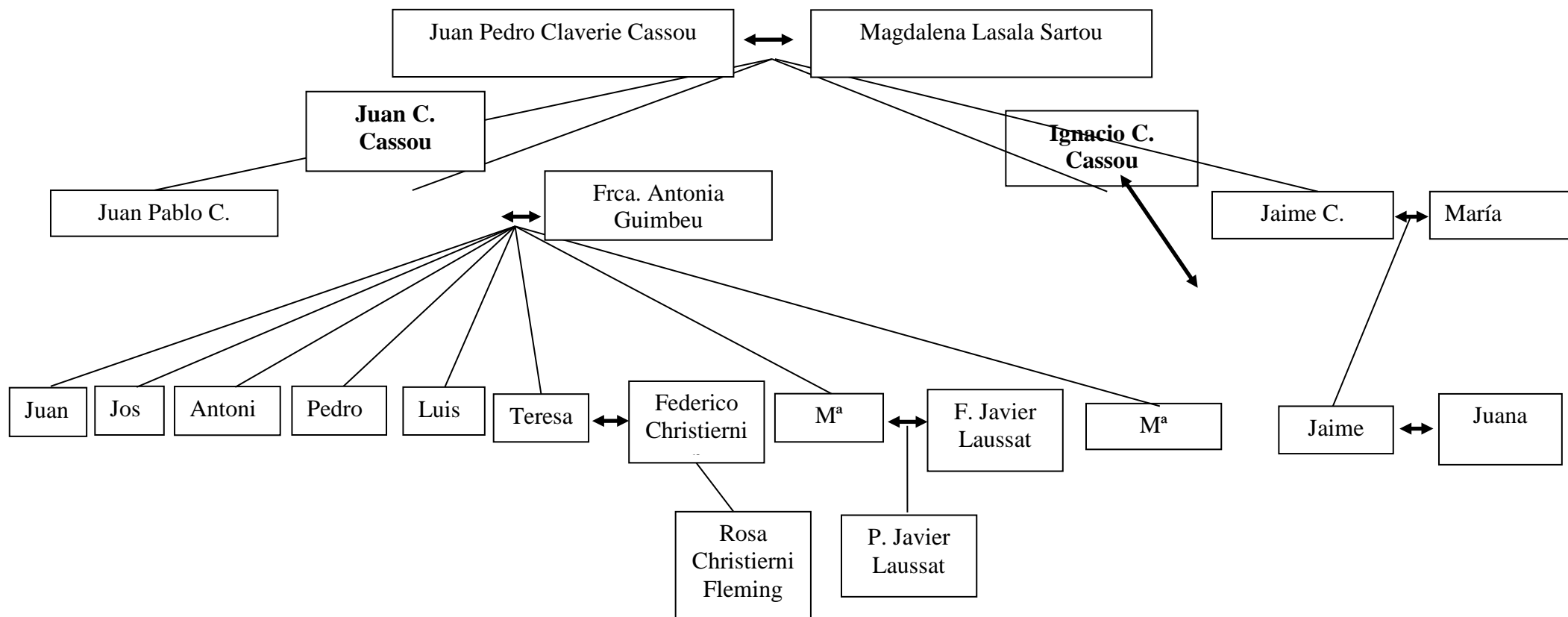
La implicación en la vida económica continuó de la mano de Pedro Cassou, en diversos empleos del Real Consulado: fue consiliario en 1799-1800 y en 1827-1828; y cónsul en los años 1821-1822. También Pedro Carrere ejerció como cónsul en 1834-1835; vicepresidente de la Junta de Comercio en 1836 y prior en 1842⁶⁶. Ellos y sus sucesores se encontraron entre los mayores contribuyentes y propietarios de fincas rústicas y urbanas, gracias al éxito de su diversificación de inversiones. Para conseguir un retrato más completo y exhaustivo de ambas familias merecerían un capítulo aparte el análisis sobre la calidad y el volumen de los negocios, su movilidad en España y el extranjero, el patrimonio acumulado o el reparto de herencias, que exceden el marco de esta comunicación.

Sí se puede constatar que los estrechos lazos entre las familias de la colonia francesa y de sus descendientes fue una constante, tanto en el terreno laboral como en el social. En la formación de sus hogares siempre destacó un moderno componente de confianza, tanto hacia las esposas como hacia los hijos, unidos en búsqueda de los mismos objetivos sociales y profesionales. La familia se convirtió en una prolongación de la empresa, y ésta en una continuidad de aquella, binomio que podía parecer un mundo cerrado al resto de la sociedad; sin embargo, también los intereses comunes a los comerciantes españoles dieron lugar a alianzas, colaboraciones y corporativismo en situaciones comprometidas o de crisis. El acierto de la acogida de estas familias en la sociedad alicantina, y el éxito de sus integrantes, convirtió a varios de sus descendientes a lo largo del siglo XIX en destacados miembros de la burguesía, con plena actividad en las instituciones sociales, políticas y económicas. Considerados inmigrantes en sus orígenes los progenitores consiguieron el apoyo de las autoridades agradecidas por la labor de revitalización de la economía alicantina, y los descendientes supieron aprovechar esta herencia para perpetuar su presencia como españoles.

⁶⁴ Por espacio de cuatro años, y precio de 3.050 libras anuales. A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 1.549, Convenio, 27 de abril de 1808, fols. 101v.-107v.

⁶⁵ A.H.P.A., Protocolos Notariales, S. 693, Retroventa, 18 de enero de 1813, fols. 35v.-38.

⁶⁶ Por Real Cédula de 26 de junio de 1785 Alicante contó con la creación de un consulado, independiente de Valencia, donde tuvieron cabida y representación los comerciantes más acaudalados.



ESTRATEGIA MATRIMONIAL EN UNA FAMILIA INFANZONA DE LA MONTAÑA¹

María Isabel Cobo Hernando

Universidad de Cantabria

A pesar de la controvertida acepción del concepto de estrategia aplicado al campo de la historia de la familia, las estrategias matrimoniales durante la Edad Moderna fueron uno de los medios de reproducción y promoción social utilizados por las familias notables. La historiografía ha ofrecido buena prueba de ello en las últimas décadas, aunque esto no ha cerrado el debate.

La familia era la primera y principal de las instituciones sociales en la Edad Moderna, era la célula básica de la sociedad, como explica J.M Imízcoz "los vínculos de familia y parentesco eran los lazos personales más inmediatos y universales. Tenían un fuerte poder estructurante para la organización de la vida económica, social y política de las personas"². A principios de la década de los ochenta, la historiografía de la familia se centraba principalmente en el proceso de la formación de la familia moderna occidental, desde diferentes disciplinas de la historia, como la demografía histórica, o la historia social y cultural, centrándose principalmente en tipificar a las familias o analizar la estructura del grupo doméstico. Es a finales de la propia década de los ochenta y, sobre todo, a partir de la década de los noventa el momento en que la historiografía de la familia ha ampliado su estudio hacia problemáticas relacionadas con las estrategias familiares, y el modo de vivir la familia, como los enlaces matrimoniales, los sistemas de herencias, la emigración, entre otros. Estos enfoques han tenido resonancias en la investigación directa dentro de la historia regional, tanto en España como en otros espacios del entorno Europeo. Centrándonos en los estudios sobre las familias nobles; es cierto que ya se habían desarrollado investigaciones relativas a la historia de las familias notables castellanas antes de que apareciera la historia de la familia como la conocemos actualmente, debido a que en la década de los sesenta y setenta, como consecuencia del auge de la historia social, aparece una gran cantidad de estudios sobre familias poderosas en Castilla, esta reaparición en España se debió principalmente a las investigaciones del historiador social Antonio Domínguez Ortiz a través de varios de sus trabajos³; y más tarde de algunos trabajos de José Antonio Maravall⁴. A partir de estos trabajos, se empiezan a estudiar otros aspectos de la nobleza como la cultura, el estilo de vida... no sólo sobre cuestiones políticas como sucedía antes de los años setenta. Para el caso de Cantabria, a partir de la década de los noventa, no se han realizado una gran profusión de estudios sobre las familias notables de La Montaña, pero si se están realizando más aportaciones a este campo, como Mantecón Movellán⁵ para el caso de los Velarde y los Bracho de Santillana, o Mar Díaz

¹ Esta investigación forma parte del proyecto I+D+I HAR2009-13508-C02-01: *Política e identidades urbanas en la Castilla Moderna, expresiones y proyecciones*.

² José María IMÍZCOZ BEUNZA, "Familia y redes sociales en la España Moderna", en Francisco Javier Lorenzo Pinar (coord.), *La familia en la Historia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, p. 137.

³ Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La Sociedad Española en el siglo XVII*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1963; o Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *Las clases privilegiadas del Antiguo Régimen*, Istmo, Madrid, 1973.

⁴ José Antonio MARAVALL, *Poder, honor y élites en el siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1979.

⁵ Podemos encontrar estudios sobre las familias infanzonas en Tomás Antonio MANTECÓN MOVELLÁN, "Indianos, infanzones y campesinos en la Cantabria Moderna: mecenazgo y estrategias familiares", en Luis SAZATORNIL RUIZ (ed.), *Arte y mecenazgo indiano: del Cantábrico al Caribe*. Gijón, Trea, 2007, pp. 105-140, o en Tomás Antonio MANTECÓN MOVELLÁN, *Conflictividad y disciplinamiento social en la Cantabria rural del Antiguo Régimen*, Santander, Universidad de Cantabria, 1997.

para el caso de los Ríos y Velasco en Reinosa⁶ o el estudio de Osvaldo V. Pereyra sobre los Velasco⁷. También encontramos algunos interesantes estudios de la nobleza hidalga en la Cornisa Cantábrica, como los de Pegerto Saavedra⁸, que no se concentra en una familia específica, sino en las élites del norte peninsular.

Para el análisis de la estrategia matrimonial de la familia Guerra de la Vega en la Cantabria de la Edad Moderna, se ha desarrollado una metodología que afronta la investigación como una "biografía colectiva"; siguiendo una metodología propuesta ya por Charles Tilly en los años ochenta del siglo XX, pero poco desarrollada por la historiografía, que permitirá ofrecer material nuevo y ópticas contrastadas para un debate más amplio. Para obtener la información necesaria para realizar esta biografía colectiva se han analizado diferentes documentos conservados en diferentes archivos a nivel regional y nacional. Los Guerra de la Vega era una familia noble infanzona; los infanzones eran la élite de la sociedad de la Cantabria Moderna, su estilo de vida será analizado para comprender mejor las estrategias de la familia. Los infanzones conformaban una élite, que como advierte Pegerto Saavedra era una élite rural en cuanto "minoría selecta o rectora", ya que las élites en la Edad Moderna son principalmente urbanas, "el poder, la riqueza y la cultura letrada, que constituyen las atribuciones que definen a las élites, se concentran en ciudades y villas, comenzando por la Corte"⁹. Por lo que teniendo en cuenta las escalas, debemos entender este tipo de élite en su contexto y entorno.

EL MATRIMONIO COMO ESTRATEGIA DE REPRODUCCIÓN SOCIAL

Las familias nobles en la Edad Moderna buscaron la reproducción social a través de diferentes mecanismos cuyo fin era la perpetuación de la propia familia, así como su posición preeminente dentro de la sociedad, e intentar ascender siempre que fuera posible, para ello utilizaban diferentes estrategias entendiendo las estrategias familiares como "un conjunto de prácticas llevadas a cabo de forma consciente o inconsciente por los individuos o las familias, tienen, como objetivo primordial, asegurar la descendencia familiar para, de esa forma, mantener o acrecentar su posición o propiedades"¹⁰ como la vinculación de bienes, la elección de carreras políticas, militares o eclesiásticas... o las propias alianzas matrimoniales, entre otras.

El matrimonio no era solo un sacramento católico a partir del cual se generaba una nueva unidad familiar, sino que para el caso de la nobleza, el nuevo matrimonio proporcionaba nuevos vástagos a la familia que perpetuarían el apellido y nuevos parientes que podrían ayudar en la promoción social, así como ayudar económicamente a sus nuevos parientes, como explica Soria Mesa, el "matrimonio venía a ser no tanto el sacramento que consagraba la unión de dos personas, como el eje que conectaba entre sí dos conjuntos familiares de distinta procedencia, uniéndolos por firmes lazos que permitían, en numerosas ocasiones, una eficaz sintonía de intereses"¹¹. A través del matrimonio no solo se buscaba principalmente la propia reproducción

⁶ Mar DÍAZ, "Las estrategias familiares de los Ríos y Velasco en el siglo XVIII", en Tomás Antonio Mantecón Movellán (coord.), *De peñas al mar: sociedad e instituciones en la Cantabria moderna*, Santander, Ayuntamiento de Santander, 1999, pp. 135-157.

⁷ Los Velasco eran una familia originarios de la llamada Región Oriental de la antigua merindad de Castilla la Vieja, la información sobre esta familia para los siglos que van del XIV al XVI lo encontramos en el Trabajo de investigación para la obtención del DEA de Osvaldo Víctor PEREYRA ALZA, *Señorío, Linaje y poder en la España Septentrional de la Temprana Edad Moderna*, Santander, Universidad de Cantabria, 2010.

⁸ Pegerto SAAVEDRA FERNÁNDEZ, "Las élites rurales de la España Cantábrica y Noratlántica", en Enrique Soria Mesa, Juan Jesús Bravo Caro y José Miguel Delgado Barrado (coords.), *Las élites de la época moderna: la monarquía española*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2009, pp.199-224.

⁹ Pegerto SAAVEDRA FERNÁNDEZ, "Las élites rurales de la España" [...], op.cit, p.199.

¹⁰ Mar DÍAZ, "Las estrategias familiares" [...], op.cit, p.142.

¹¹ Enrique SORIA MESA, "El matrimonio", en *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*, Madrid, Marcial Pons, 2007, p. 123.

biológica a través de los hijos, sino también la obtención de nuevos lazos familiares que contribuyesen en el proyecto familiar.

El matrimonio para los siglos modernos entre la nobleza no era una cuestión de amor, ya aparecería más adelante entre los cónyuges, sino que era otra estrategia de reproducción social, una de las que más rentabilidad podían obtener si manejaban bien sus opciones. El matrimonio no solo tenía implicaciones en el ámbito familiar sino que "era un elemento importante en la construcción de alianzas y de facciones nobiliarias y, como tal, tenía un gran significado para la articulación socio-política de los estados reales y señoriales"¹². Para las familias nobles no se trataba de una decisión que afectara solamente a los padres de los cónyuges, en la mayoría de los casos se trataba de una decisión grupal, ya que un enlace matrimonial de éxito o fracaso, afectaba a toda la parentela. A través del matrimonio se ampliaban los parientes con los que se mantienen no solo relaciones familiares, sino relaciones económicas a través de negocios, ayudas para la promoción social de diferentes miembros de la familia; se ayudaban y colaboraban entre ellos en diferentes aspectos de la vida desde la defensa en un pleito, la ayuda para pagar una deuda... desarrollando por lo tanto no solo estrategias de reproducción social, sino también de solidaridad y de protección entre familiares.

La familia noble de la cual vamos a analizar su estrategia matrimonial en el siguiente apartado es la familia Guerra de la Vega, originarios de Ibio, localidad situada en la actual Comunidad Autónoma de Cantabria, la mayoría de sus miembros varones ocuparon puestos militares a lo largo de la Edad Moderna. La Casa Solar se encontraba en Ibio, localidad en la que eran reconocidos como nobles infanzones, así como en otras localidades de la Cantabria Moderna, donde se ha podido localizar a la familia en diferentes fuentes, como Bárcena de Pie de Concha, Santillana del Mar o la propia Villa de Santander, en esta última localidad será donde, desde mediados del siglo XVII hasta mediados del siglo XVIII, se localiza a la familia del mayorazgo. La familia poseía varios privilegios en el Valle de Cabezón como el señorío del Agua, los derechos sobre la Herrería o el patronato de la Iglesia de San Pedro y San Felices de Ibio. La familia pertenecía al grupo de nobleza denominado infanzona que será analizado más adelante, debido a la importancia que tiene la pertenencia en este grupo en el desarrollo de sus estrategias matrimoniales.

LOS ENLACES MATRIMONIALES DE LOS GUERRA DE LA VEGA EN LA EDAD MODERNA

En este apartado analizaremos la estrategia matrimonial a lo largo de los siglos de la Edad Moderna de la familia Guerra de la Vega, tanto de los mayorazgos como de los hermanos y hermanas, siempre que sea posible. Para obtener la información de los matrimonios de la familia se han consultado diferentes fuentes; el Archivo Catedralicio de Santander¹³ ha aportado la gran mayoría de las informaciones sobre todo en el caso de hermanos y hermanas del mayorazgo, aunque se han consultado otras fuentes complementarias como Protocolos Notariales en el Archivo Histórico Provincial de Cantabria¹⁴, diferentes documentos como la fundación del

¹² José María IMÍZCOZ BEUNZA, "Familia y redes sociales" [...], op.cit, p.156.

¹³ Se ha consultado diferentes libros conservados en el Archivo Catedralicio de Santander, principalmente se han localizado informaciones de la familia en los libros parroquiales (bautismos, matrimonios y defunciones) correspondientes a los siglos XVII y XVIII de la Iglesia Colegial de Santander y de la Parroquia de San Pedro y San Felices de Ibio.

¹⁴ Se han consultado diferentes documentos, principalmente testamentos de la familia y padrones: Archivo Histórico Provincial (AHPC), Protocolos Notariales (P.N), Sección Santander (ST), Leg 149, ff42-48; AHPC Leg Corregimiento 28-47; AHPC, Leg Corregimiento 28-46; AHPC, Leg Corregimiento 1-37, o el Catastro de Ensenada.

mayorazgo conservada en la Biblioteca Municipal de Santander¹⁵, entre otros archivos como el Archivo Histórico Nacional¹⁶ o el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid¹⁷. El análisis de la estrategia matrimonial se hará desde los fundadores del mayorazgo en el siglo XVI hasta el IX Mayorazgo a mediados del siglo XVIII.

El mayorazgo de la Casa de la Guerra de Ibio fue fundado en 1522 por Juan Sánchez Guerra de la Vega y su esposa Doña Catalina de Salazar, quien era hija de los señores de la Casa de Salazar de Somorrostro. En el mayorazgo se establece que el mismo sea heredado por el hijo varón mayor legítimo, sucesivamente de mayor en mayor, sin exclusión de las mujeres, pero teniendo prevalencia el varón sobre la mujer.

El matrimonio tuvo varios hijos, de las fuentes que estudiamos podemos saber que al menos tuvieron tres hijos varones y una hija. Álvaro Sánchez de la Guerra era el mayor, se casó con Catalina González. Era el hijo primogénito, quien debía heredar el mayorazgo, pero murió sin descendencia y sin haber heredado el mayorazgo antes de 1534, por lo que el primer mayorazgo fue su hermano Gonzalo. Gonzalo, el I Mayorazgo, era militar, se casó con Leonor Hoyos Osorio y Rojas. Su esposa era hija de los señores de la casa Hoyos, y su familia era descendiente de los Marqueses de Poza y de los Castañedas. El matrimonio fundador tuvo un tercer hijo varón llamado Juan, pero desconocemos con quien contrajo matrimonio. En algún documento sobre el mayorazgo se menciona a una hija de los fundadores, llamada Juana de la Guerra esposa del Bachiller Villa, pero no se ha localizado más información al respecto.

El matrimonio del I Mayorazgo con su esposa tuvo al menos tres hijos varones llamados Juan, Gonzalo y Diego. Juan Guerra de la Vega, era el primogénito, realizó carrera militar, se convirtió en el II Mayorazgo; y se casó con Mariana de Guzmán; hija legítima de Antonio de Guzmán y de doña Isabel de Herrera. La familia de Mariana era originaria del norte de Burgos, su padre fue descendiente legítimo de la familia de los Osorios, señores de Abarca; su madre era descendiente de los Herreras de León. A través de las fuentes conocemos que el matrimonio tuvo tres hijos varones Diego, Juan y Gonzalo.

Don Gonzalo Guerra de la Vega, fue el segundo hijo del I Mayorazgo, contrajo matrimonio en la villa cántabra de Bárcena de Pie de Concha con Doña Ana de Obregón Castañeda. Doña Ana era hija legítima de Antonio Obregón Castañeda y su primera mujer Doña María de la Hoz, su padre pertenecía a un linaje noble importante de Bárcena de Pie de Concha. Gonzalo fue militar y realizó diferentes servicios a la Corona en Castilla y Nápoles. Sin embargo, cuando se retiró, se trasladó a vivir a Bárcena de Pie de Concha donde se había establecido tras su matrimonio, aunque no pierde sus lazos con la rama principal de los Guerra en Ibio; murió en torno a 1608. En Bárcena de Pie de Concha su familia posee un reconocido prestigio entre sus habitantes como noble infanzón. A pesar de que él fue un segundón, su segundo hijo Álvaro se convirtió en el V Mayorazgo. Aparte de Álvaro este matrimonio tuvo otros hijos; Antonio, Gonzalo, Juan, Pedro y María.

¹⁵ Se han consultado diferentes documentos en este archivo: Biblioteca Municipal de Santander (BMS), Doc 1062, Sección Fondos Modernos (Ms) 528; BMS, Doc 1061, Ms 674; BMS, Doc 324, Ms 547; BMS, Doc 1058, Ms 518; BMS, Doc 1060, Ms 546; BMS, Doc 1057, Ms 526.

¹⁶ En este archivo se han consultado principalmente Expedientes de concesión de Hábitos de diferentes órdenes como Santiago, Calatrava...o pruebas de nobleza para entrar en la Universidad: Archivo Histórico Nacional (AHN) ESTADO-CARLOS_III, Exp.581; AHN UNIVERSIDADES, 663, Exp.66BIS; AHN ESTADO-CARLOS_III, Exp.1170; AHN ESTADO-CARLOS_III, Exp.544; AHN OM-EXPEDIENTILLOS, N.3884; AHN OM-CABALLEROS_SANTIAGO, Exp.3647; AHN CONSEJOS, 8978, A.1796, Exp. 408.

¹⁷ Se ha consultado algún pleito relacionado con la familia como el pleito por el mayorazgo en 1637: Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (ARCHV), Registro de Ejecutorias (RE), Caja 2656,37, Leg. 1339.37; o el pleito de la esposa del IV Mayorazgo con su madre por un problema económico ARCHV, RE, Caja 2041,85, Leg. 1031.85; así como un pleito del IV Mayorazgo contra un vecino que le insultó públicamente; ARCHV, RE, Caja 2274,21, Leg. 1151.

Diego, fue el tercer hijo del I Mayorazgo, fue militar y murió sin sucesión durante una batalla al sur de la Península.

El II Mayorazgo, Juan Guerra de la Vega, tuvo varios hijos con su esposa Mariana de Guzmán. Diego, era el primogénito de este matrimonio, realizó carrera militar en La Montaña como capitán de la Gente de Guerra del Valle de Cabezón; y se convirtió en el III Mayorazgo, se casó en Santillana con Lucia Velarde, hija de Juan de Velarde de la Torre, mayor de la Casa de los Velarde y de Doña Catalina de Barreda, pertenecía a una familia infanzona de la villa de Santillana del Mar, más adelante volveremos a hablar sobre esta familia a través de otro enlace matrimonial de los Guerra con esta familia. El matrimonio tuvo cuatro hijos Juan, Diego, Leonor y Francisca.

Diego, el III Mayorazgo, tuvo dos hermanos; ambos, tanto Juan como Gonzalo, realizaron carrera militar fuera de La Montaña; de hecho, Gonzalo murió en 1621 en los contornos del Rhin ejerciendo su oficio, pero no se ha localizado si llegaron a contraer matrimonio, o si dejaron descendencia.

El III Mayorazgo tuvo cuatro hijos; el mayor fue Juan Guerra de la Vega y Guzmán, se convirtió en el IV Mayorazgo, como su padre heredó el oficio de Capitán de la Gente de Guerra del Valle de Cabezón, se casó en Ibio en 1604 con una noble santanderina llamada Juana de Cubillas. Juana era la única hija de su padre Francisco de Cubillas, pero no de su madre María de Herrera Escalante; quien tras enviudar se había vuelto a casar con Don Diego Arce Bracamonte, con quien tuvo una hija llamada Petronila. Para Juan era su primer matrimonio, pero Juana era viuda de Antonio Guerra de la Vega, con quien se había casado en 1600 "a distancia", primo de Juan y hermano del futuro V Mayorazgo Álvaro, quien no perderá la relación con la familia de Juana, ya que contrajo nupcias con Petronila Arce, la medio hermana de Juana.

El matrimonio del III Mayorazgo tuvo un segundo hijo varón llamado Diego, pero no debió llegar a edad adulta, y dos hijas, ambas fueron casadas con herederos de mayorazgos de lugares cercanos al Valle de Cabezón. Doña Francisca se casó con Don Luis de Bustamante Manrique señor y mayor de la Casa de Collantes, una familia infanzona del Valle de Iguña. Francisca murió sin descendencia entorno a 1632. La otra hermana, llamada Leonor, contrajo matrimonio en Buelna con Juan de Ceballos Cos. Su esposo era el señor y mayor de las Casas de Ruedas y Cevallos del valle de Buelna, señor de la casa de Villena, y familiar del Santo Oficio. El matrimonio tuvo varios hijos, el mayor Manuel, será por quien pleitearán el mayorazgo tras la muerte de Juan, el IV Mayorazgo, sin herederos.

Sólo Juan y Leonor sobrevivieron a sus padres, y sólo Leonor dejó descendencia, lo que dio lugar a un pleito dentro de la familia por la herencia del mayorazgo entre Álvaro Guerra de la Vega, (hijo de Gonzalo y Ana de Obregón) y Leonor y su esposo Juan de Cevallos para su hijo Manuel, que finalmente ganó Álvaro Guerra de la Vega, debido a que en el mayorazgo de la casa de la Guerra prevalecía el varón sobre la mujer en la línea sucesoria.

Álvaro Guerra de la Vega se convirtió en el V Mayorazgo tras ganar el pleito hacia 1647, era hijo de Gonzalo Guerra de la Vega¹⁸ y Ana de Obregón, este matrimonio tuvo varios hijos. Don Álvaro era el segundo hijo del matrimonio, se convirtió en el V mayorazgo tras ganarle el pleito a su prima Leonor por el mayorazgo de la familia. Álvaro se casó tres veces, pero sólo tuvo descendencia con su segunda mujer. Su primera esposa fue Petronila Arce, era la única hermana de Juana de Cubillas¹⁹, la esposa viuda de su hermano fallecido Antonio. Tras enviudar se casó con Micaela de Santiago Quevedo Arredondo y Herrera, hija legítima de Don Alonso de Santiago Quevedo, y de Doña María Arredondo y Herrera vecinos de Santander. Por parte de padre pertenecía al linaje de los Santiago, considerado en la Edad Moderna como uno de los linajes más

¹⁸ Su padre era hijo del I mayorazgo de la Casa de la Guerra, Gonzalo Guerra de la Vega, y por tanto tío del II Mayorazgo, Juan Guerra de la Vega.

¹⁹ Tras enviudar de Antonio Guerra de la Vega, se casó con el IV Mayorazgo Juan.

antiguos de la villa de Santander, la familia materna de Micaela también eran de nobleza infanzona. De este matrimonio nació su único hijo y heredero Fernando. Álvaro se casó por tercera vez con Doña Clara de Cudeyo Velasco, otra noble de la villa de Santander. Álvaro murió en 1651.

Álvaro tuvo más hermanos, al igual que él originarios de Bárcena de Pie de Concha. Don Antonio, era el varón mayor, pero murió en Medina del Campo a la vuelta de un viaje de Sevilla, en torno a 1601, se había casado "a distancia" en 1600 con Juana de Cubillas, quien después se casó con el IV Mayorazgo como hemos mencionado anteriormente. Otro hermano de Álvaro fue Juan, quien realizó carrera militar en Flandes, se casó con Juana de Vargas de quien desconocemos su origen, y con quien no tuvo hijos. Murió en Bruselas sirviendo a la Corona, donde fue enterrado en 1623. Los otros tres hermanos realizaron carrera eclesiástica, por lo que no tuvieron estrategia matrimonial. Gonzalo fue Presbítero en Pie de Concha, Pedro fue religioso premostratense y la única hermana llamada María, sólo hemos localizado que fue monja en San Andrés de Arroyo.

El V Mayorazgo, Álvaro, tuvo sólo un hijo con su segunda esposa Micaela, llamado Fernando, quien se convirtió en el VI Mayorazgo. Fernando Guerra de la Vega, nació en 1623, se casó con María Velarde Calderón en 1644. María era hija legítima de Don Pedro Velarde Calderón y Doña Catalina Calderón, la esposa del VI mayorazgo, pertenecía a una familia infanzona muy importante de la villa de Santillana del Mar. Su padre era el varón mayor de sus apellidos, era además el hermano mayor de Lucia Velarde, anteriormente mencionada por ser la esposa de Diego Guerra de la Vega, el III Mayorazgo. Por lo tanto, ya se habían producidos otros enlaces entre la Casa de la Guerra de Ibio y los Velarde de la Torre-Barreda de Santillana.

El matrimonio tuvo dos hijos Álvaro y Petronila, pero ninguno sobrevivió a Fernando quien murió en 1697, pasando el mayorazgo al hijo mayor legítimo de Álvaro, Joseph Luis, quien se convirtió en el VII Mayorazgo. Don Fernando murió en Santander en 1697. Sobre sus hijos sabemos que Doña Petronila nació en Ibio en 1646, profesó como monja en el convento de religiosas franciscanas de Medina de Pomar.

Don Álvaro Guerra de la Vega era el único heredero varón legítimo, había nacido en 1645 en Ibio, pero murió antes que su padre, por lo que nunca ostentó el mayorazgo, se casó en Galizano en 1671 con Doña Andrea de Liermo Albarado y Rivera. Su esposa era hija legítima de Don Antonio de Liermo Albarado y Rivera señor de las casas de su apellido y Doña Ángela Calderón de la Barca, quien era la única sucesora de los mayorazgos de su familia. El matrimonio según las fuentes tuvo cuatro hijos, pero sólo dos llegaron a edad adulta.

Álvaro llegó a ser Paje del Rey Felipe IV y obtuvo el primer hábito de la familia como Caballero de la Orden de Santiago. Álvaro tuvo también dos hijos ilegítimos con Sebastiana Camargo, Joseph y Fernando. Álvaro murió en Santander entorno a 1697.

Don Joseph Fernando Luis Guerra de la Vega se convirtió en el VII Mayorazgo, bautizado en Ibio en 1678. Heredó de su abuelo Fernando los mayorazgos, entre otros adquiridos por vía de su abuela paterna y los de su madre Andrea Liermo. Realizó carrera militar siendo Alcaide y Capitán del Castillo de la Santa Cruz de la Cerda, como su abuelo. Se casó en 1699 en la Ermita de San Bartolomé de Monte con Doña Margarita de Landa y León. Su esposa era hija legítima de Don Pedro de Ampuero y Doña Inés de León. Joseph Luis murió en 1712, tuvo once hijos, pero solo llegaron a edad adulta un varón, llamado Ignacio y cinco hijas.

Don Francisco Antonio era el segundo hijo de Álvaro y Andrea de Liermo, nació en Santander en 1682. Se casó con María Ignacia de Ampuero y Landa en Santander en 1705, con quien tuvo tres hijos. María Ignacia era la hija del Capitán Don Pedro de Ampuero e Inés María de León, vecinos de Santander, por lo tanto, hermana de Margarita la esposa del VII Mayorazgo.

Tras enviudar en 1712 Francisco Antonio no vuelve a casarse y realiza carrera eclesiástica, apareciendo en 1752 en el Catastro de Ensenada como Presbítero de la Colegiata de Santander.²⁰

Álvaro tuvo dos hijos ilegítimos con Sebastiana Camargo, una noble hidalga originaria de Peñacastillo, donde había nacido en 1647, hija de Josef Carrera Camargo, y doña María Cacho. La ilegitimidad de los hijos de Sebastiana se pone en duda en algunas fuentes, en el testamento de Fernando Guerra de la Vega, así como en la mayoría de fuentes parroquiales y en algunas probatorias de hidalguía como la de Francisco Guerra de la Vega, nieto de Álvaro y Sebastiana, para la concesión de la gracia como Caballero de Carlos III, aparecen como hijos ilegítimos o naturales; sin embargo, en otras aparecen como hijos legítimos. Por ejemplo en la pruebas de nobleza para la concesión de la merced de la Cruz y Pensión de la Real Orden española de Carlos III a Don Francisco Javier Fondevila y Guerra, bisnieto de Álvaro y Sebastiana, se presentan varios documentos que prueban que Fernando fue hijo legítimo de Álvaro, como la partida de bautismo de Fernando en la parroquia de San Lorenzo del lugar de Castillo en 1668, donde aparece como hijo legítimo, y se presenta una partida de matrimonio de la misma parroquia del año 1666 entre Álvaro y Sebastiana, sin embargo ambas partidas no han podido ser comprobadas porque no se conservan libros parroquiales de la Parroquia de San Lorenzo de esas fechas. Ni siquiera en las fuentes más fiables como las fuentes parroquiales aclaran al cien por cien este problema ya que, si bien en su partida de matrimonio se menciona a Fernando como hijo natural, por otro lado, en algunas partidas de bautismo de sus hijos aparece como hijo legítimo, por lo que es un problema que no se ha podido resolver.

De los hijos naturales de Álvaro tenemos más información sobre el mayor Fernando, nacido a mediados del siglo XVII. Sobre el otro hermano apenas tenemos información, su abuelo menciona en su testamento que Joseph es un religioso franciscano ciego. En el mismo testamento del VI Mayorazgo, Fernando aparece como trabajador en la Herrería de la familia, pero más adelante consigue un puesto militar en el Castillo de la Santa Cruz donde su hermano Joseph Luis es Alcaide. Se casó y vivió en Santander, aunque al final de su vida se trasladó a vivir a Ibio donde murió en 1744. Fernando se casó dos veces y tuvo varios hijos con ambas esposas. Con su primera esposa Ana Gómez, vecina de Santander, se casó en 1695, su esposa era hija de Pedro Gómez y Doña Francisca de la Maza, probablemente nobles hidalgos. Antes de fallecer Ana en 1710 el matrimonio tuvo cuatro hijas. Fernando tras enviudar se casó con Francisca de Cobos en 1714 en la Colegiata Santander, su esposa era originaria de Matienzo una localidad de Cantabria, hija de Pedro de Cobo y Doña María de Corlado. Con su segunda esposa tuvo once hijos, de los cuales le sobrevivieron diez.

Don Joseph Luis, VII mayorazgo, y su esposa tuvieron once hijos, cinco varones y seis mujeres. Ignacio Martin Diego Antonio Guerra de la Vega nació en 1708, como único hijo varón legítimo se convirtió en el VIII mayorazgo, se casó con Doña Ángela Ana de Peredo Barreda, hija de Don Luis de Peredo, Caballero del hábito de Calatrava y Doña María Antonia de Barreda Yhebra. El matrimonio vivió en Santander, donde Ignacio murió en 1748, sólo le sobrevivió una hija llamada Margarita quien se convirtió en la IX Mayorazgo.

Ignacio tuvo cinco hermanas, Josepha Luisa nacida en 1703, Antonia Mathias nacida en 1706, Nicolasa Antonia nacida en 1707, Margarita Ignacia nacida en 1710, y Margarita Mathias nacida en 1712, solo conocemos el nombre del cónyuge de esta última, quien se casó con Andrés de Pérez Bracho en 1746 en Santander. Los padres de Andrés eran Don Andrés Pérez Bracho y María Sainz de Rivas, vecinos del Valle de Cabezón. Su esposo era intendente de los reales ejércitos residente en la ciudad de Burgos.

Margarita Manuela Antonia Guerra de la Vega y Peredo, era la hija de Ignacio, el VIII Mayorazgo, y su esposa. Nació en 1732 en Ibio, se convirtió en la IX Mayorazgo al no tener

²⁰ En AHPC Catastro de Ensenada, Santander, Leg 849, f.142r; y en Leg 852, f.77r.

hermanos varones, se casó con Don Francisco Javier Cevallos Guerra en 1746. Ambos eran parientes, ya que Francisco Javier era descendiente directo de Leonor Guerra de la Vega, hermana del IV Mayorazgo. El esposo de Margarita era hijo de Don Manuel Francisco Cevallos, Caballero de la Orden de Calatrava y Doña Inés María Cevallos y Padrura, vecinos del valle de Buelna. Don Francisco Javier era Caballero de la Orden Calatrava, Señor y Pariente Mayor de sus apellidos. El matrimonio residió en San Felices, donde tuvieron diez hijos, siendo Manuel, el primogénito, quien heredó el mayorazgo.

A través de este matrimonio se unieron dos grandes familias infanzonas que con el paso del tiempo habían ido disminuyendo su protagonismo dentro de la región de La Montaña, pero continuaban siendo reconocidos como nobles infanzones. De hecho, los descendientes de esta unión lograron un gran ascenso social, la mayoría de los hijos varones de este matrimonio lograron puestos importantes dentro del ejército español y de la Administración de la Corona, destacando entre ellos el tercer hermano, Pedro Félix, quien llegó a ser entre otros cargos Primer Ministro de Estado, y se convirtió en un personaje muy importante tanto del gobierno bajo el Reinado de Carlos IV como de Fernando VII.

En el siguiente apartado se analizará la estrategia matrimonial desarrollada por la familia Guerra de la Vega, tratando de explicar diferentes cuestiones en torno a la misma como la elección del cónyuge o la importancia de los matrimonios de los diferentes miembros de los Guerra de la Vega dentro del proyecto familiar.

ANÁLISIS DE LAS ESTRATEGIAS DE LOS GUERRA DE LA VEGA: ENDOGAMIA SOCIAL PARA LA HEGEMONÍA DE GRUPO

Una vez analizados los matrimonios realizados por los miembros de la familia Guerra de la Vega, la primera estrategia matrimonial que aparece es la endogamia social, ya que todos los cónyuges son nobles, en su mayoría pertenecen a la nobleza infanzona de Cantabria y alrededores. La endogamia social para la elección de un cónyuge infanzón, que se repite generación tras generación, respondía al propio estilo de vida de los infanzones de La Montaña, por ello para entender esta estrategia matrimonial, debemos entender su estilo de vida.

Los infanzones conformaban la élite no sólo de la sociedad en general cántabra, sino también dentro de la propia nobleza de La Montaña bastante extendida entre la población cántabra. La actual Comunidad Autónoma de Cantabria, en la Edad Moderna, no conformaba una unidad jurídica, jurisdiccional, ni territorial; predominaba el paisaje rural, y apenas aparecen poblaciones urbanas salvo algunos casos como las villas San Vicente de la Barquera, Laredo, Castro Urdiales, pero de escasa población, incluso para finales del siglo XVIII no superaban los 5.000 habitantes, exceptuando Santander que ya convertida en Ciudad en 1755, era la única que a finales del XVIII se encuentra en vías de superar la barrera de los 5.000 habitantes²¹. Se han conservado datos que ofrecen información sobre el perfil de la población cántabra en los siglos modernos, "las fuentes fiscales demuestran que en el temprano siglo XVI más del 83% de la población que habitaba los territorios de la actual Cantabria era hidalga"²² mientras que "los pecheros, no podían significar más del 17%"²³. Por lo tanto, la gran mayoría de la población era hidalga, pero ese 83% de población para el caso del siglo XVI no representaba a la élite, sino que dentro de la hidalguía existía una jerarquía, y en lo más elevado de la jerarquía hidalga se

²¹ Datos obtenidos en José Ignacio FORTEA PÉREZ, "La ciudad y el fenómeno urbano en la España de la Ilustración", en Manuel-Reyes García Hurtado, Ofelia Rey Castelao y Domingo L. González Lopo (coords.), *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Tomo I, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, pp. 59-93.

²² Tomás Antonio MANTECÓN MOVELLÁN, "Población y sociedad en la Cantabria Moderna" en *II Encuentro de Historia de Cantabria. Actas del II Encuentro celebrado en Santander los días 25 a 29 de noviembre del año 2002*, Santander, Universidad de Cantabria, 2005, p.455.

²³ Tomás Antonio MANTECÓN MOVELLÁN, "Población y sociedad [...]", op.cit, p.455.

encontraban los infanzones, y estos sólo representaban el 4% de la sociedad cántabra²⁴. En este contexto rural la hidalguía era prácticamente universal en los siglos de la Edad Moderna, mientras que en el resto de la península, los hidalgos conformaban una minoría que sobre todo vivía en ámbitos urbanos²⁵.

En una sociedad en la que ser noble no era un símbolo de distinción entre la mayoría de la población, los infanzones se esforzaron por distinguirse, sobresalir sobre el resto de hidalgos. Los infanzones utilizaban diferente simbología visual para mostrarse como la élite y cabeza de la sociedad a través de la casa familiar blasonada, el solar, la capilla familiar, así como la propia posición de la capilla o los sepulcros privados²⁶, y el sitio preferencial que ocupaban los miembros de la familia tanto en las misas como en las procesiones o la propia la historia familiar, (que a veces podía ser real o ficticia), que se remontaba a la etapa de medieval en la que sus antepasados ayudaron a los reyes a luchar contra los musulmanes.

Todos estos rituales y lenguajes visuales se expresaban para mostrar su preeminencia social, siendo todas estas expresiones reconocidas por la comunidad, al fin y al cabo "debían su posición al reconocimiento por parte de la comunidad en la que realizaban «inversiones» de diversa naturaleza"²⁷. Thompson explica que la comunidad es la que reconoce como hidalgo o como persona importante de la comunidad²⁸, esta idea en el caso de los infanzones se reflejaba no solo en ser reconocidos por la sociedad como infanzones sino también en ser diferenciados del resto de hidalgos.

Los infanzones viven en un contexto en el que tratan de diferenciarse de otros nobles hidalgos remarcando su preeminencia social, por ello necesitan desarrollar unas estrategias familiares que les permitiera continuar no solo con su proyecto familiar de ascenso en la escala social, sino también diferenciarse del resto de sus vecinos hidalgos, esto se ve reflejado en su estrategia matrimonial principalmente basada en elegir sólo infanzones como cónyuges, reforzando su hegemonía como grupo, excluyendo de su grupo situado en la élite, no solo a pecheros, sino también al resto de hidalgos como posibles cónyuges, como hemos podido observar en el caso de los Guerra de la Vega.

Esta estrategia basada en la endogamia social, en principio, debía ser la que utilizase toda la nobleza castellana ya que en la Sociedad Moderna el matrimonio ideal era el homogámico, la Castilla del Antiguo Régimen era una sociedad estamental donde en principio no debía producirse una mezcla entre los diferentes órdenes; sin embargo la idea de la promoción social por parte de las familias nobles (y no tan nobles) provocó, como explica Soria Mesa en su libro:

²⁴ Tomás Antonio MANTECÓN MOVELLÁN, "La organización familiar: infanzones y campesinos ante la reproducción social", en *Conflictividad y disciplinamiento* [...], op.cit, p.159.

²⁵ Dentro de la nobleza hidalga también existía una jerarquía, Bartolomé de Bennisar Perillier, ofrece en uno de sus artículos, una división en cuatro categorías dentro de la nobleza hidalga: hidalgos de solar conocido, hidalgos notorios, hidalgos de ejecutoria y los hidalgos de privilegio. De estas cuatro categorías aparecen diferencias sobre todo en el prestigio y reconocimiento, mientras que los hidalgos de solar conocido o los notorios, su prestigio no es puesto en duda y es reconocido por toda la comunidad; los hidalgos de ejecutoria, a pesar de estar en posesión de un documento que les otorgaba la nobleza, su prestigio era inferior, ya que se había dudado de su nobleza, y el hidalgo de privilegio, eran los que tenían menos prestigio porque a veces escondía la compra de la hidalguía, lo que disminuía su nobleza, ya que se entendía que la verdadera nobleza era la inmemorial. Información obtenida en Bartolomé BENNASSAR, "Los hidalgos en la España de los siglos XVI y XVII: una categoría social clave", en Fernando Bouza Álvarez, Pedro Manuel cátedra García y otros, *Vivir el Siglo de Oro. Cultura e historia en la Época Moderna*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2003, pp.49-60.

²⁶ Normalmente se enterraban en las iglesias de sus localidades siguiendo un orden jerárquico, los sepulcros de los infanzones estaban situados lo más cerca del altar posible, de este modo más cerca se encontraban de la Santa Custodia, y por tanto de Dios.

²⁷ Pegerto SAAVEDRA FERNÁNDEZ, "Las élites rurales de la España [...], op.cit, p.199.

²⁸ I.A.A, THOMPSON, "Hidalgo and pechero: the language of «states» and «clases» in early-modern Castile", Corfield, P.J (ed), *Language, History and Class*, Oxford, Blackwell Publ, 1991, p.53-58.

*La nobleza en la España Moderna*²⁹, que aunque la homogamia fuera el ideal de la sociedad "casi ninguna familia noble renunció a practicar casamientos hacia arriba o hacia abajo en la escala social cuando las circunstancias se lo permitieron o se lo impusieron, respectivamente"³⁰, aunque no toda la nobleza castellana como explica Soria Mesa respetó la homogamia ideal, esto sí ocurría en el caso de los infanzones en Cantabria y en particular en la familia Guerra de la Vega, como hemos observado no realizaron matrimonios hacia arriba o hacia abajo, practicaron una endogamia social para remarcar su preeminencia como grupo hegemónico de la sociedad de La Montaña.

Sin embargo los infanzones a través de la endogamia social, no solo remarcaban su preeminencia social como grupo sino que reforzaban los lazos dentro del grupo con otros linajes infanzones, ya que debemos tener en cuenta que "la endogamia matrimonial contribuía a configurar grupos de parentesco bastante densos, en los que los parientes de una familia eran generalmente parientes entre sí y se hallaban ligados muchas veces por parentescos múltiples"³¹. Estos matrimonios fomentaron la conservación del patrimonio evitando su dispersión, pero también la propia acumulación de patrimonio al recaer sobre descendientes comunes como se ha observado en la familia de la Guerra en varios casos. En este sentido, a través de la estrategia matrimonial, existían dos vías para atraer patrimonio a la familia, por un lado, a través del matrimonio de los varones, principalmente del mayorazgo casándose con mujeres con posibilidades de heredar un mayorazgo, o cuando las mujeres de la familia se casaban con primogénitos que les permitiera a sus hijos heredar un mayorazgo que en un futuro pudieran incluir al de la familia.

Sobre la primera vía encontramos algún caso dentro de la familia de los Guerra de la Vega, como es el caso de Micaela de Santiago, segunda esposa del V Mayorazgo, este matrimonio, aparte de aportar el ansiado heredero, aportó patrimonio a la Casa de la Guerra al incorporar varios mayorazgos, así como casas en la villa y capillas en la Colegiata de Santander, además de la posibilidad de poder ocupar cargos en la villa de Santander reservados solo a los seis linajes más antiguos y principales de la villa como procurador general, regidor y alcalde de la Hermandad, permitiendo la expansión de los Guerra de la Vega fuera del valle de Cabezón hacia la villa de Santander, donde los mayorazgos siguientes residirán hasta Margarita, el IX Mayorazgo, quien por su matrimonio se trasladó a vivir a San Felices de Buelna. Trasladarse a Santander proporcionó nuevas opciones de oficios y relaciones, y el nieto del V Mayorazgo logra hacerse un puesto en la Corte. El matrimonio de Álvaro, hijo del VI Mayorazgo, es otro ejemplo de acumulación de patrimonio, ya que su esposa Doña Andrea de Liermo no entregó dote al casarse, pero aportó a la Casa de la Guerra varios mayorazgos heredados de sus padres.

El caso de las hermanas Juana Cubillas y Petronila Arce, ambas casadas con mayorazgos de la familia en la primera mitad del siglo XVII, a pesar de que ninguna tuvo descendencia con sus esposos, también está relacionado con la búsqueda de nuevo patrimonio en este caso monetario, el hecho de que Juana fuera la única heredera de su padre, la convertía en un buen partido para aportar patrimonio a la nueva familia, al igual que su hermana como su heredera, cuando Juana murió sin sucesión.

Los enlaces matrimoniales de las hijas debían pensarse bien, no solo por aumentar el patrimonio familiar, sino por el hecho en sí de que el matrimonio de una hija supone una pérdida del propio patrimonio, ya que la dote, supone cercenar una parte del patrimonio de los bienes libres. De todas maneras, a través del matrimonio de las hijas o hermanas se buscaba también capturar otros mayorazgos, probablemente tras esa idea se encuentren los matrimonios de las hermanas del IV Mayorazgo, ya que ambas casaron con herederos de mayorazgos de valles

²⁹ Enrique SORIA MESA, *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*. Madrid, Marcial Pons, 2007.

³⁰ Enrique SORIA MESA, "El matrimonio [...]", op.cit, p. 129.

³¹ José María IMÍZCOZ BEÚNZA, "Familia y redes sociales [...]", op.cit, p.145.

cercanos al Valle de Cabezón, y el de una de ellas Leonor, permitió unificar las dos ramas familiares años más tarde con el enlace de su descendiente Francisco Javier Cevallos Guerra con Margarita, la IX Mayorazgo. En un mercado matrimonial tan limitado no es de extrañar que la endogamia familiar, también fueran practicada por los infanzones, en este caso por la familia Guerra de la Vega, para evitar también la dispersión del patrimonio, sobre todo cuando no existían herederos varones; siendo este el caso del único mayorazgo femenino de la familia, quien no sólo realiza una endogamia social, sino que también es familiar. Margarita se casó con Francisco Javier Cevallos Guerra, descendiente de Leonor Guerra de la Vega, hermana del IV Mayorazgo, a través de este matrimonio ambas líneas vuelven a unirse, probablemente en este matrimonio se tuvo en cuenta una de las indicaciones de la fundación del mayorazgo³² donde se expresaba, que a ser posible se casase a las mujeres de la familia con hombres cercanos a la familia, para que no se dispersase el patrimonio, además en este caso se unieron varios mayorazgos los que aportaba Margarita como señora de la casa de la Guerra y los que aportaba Francisco Javier como señor de Rueda y Cevallos del Valle de Buelna. Aunque en principio es la única endogamia familiar que hemos encontrado dentro de la estrategia matrimonial de los Guerra de la Vega.

Aparte de la evidente endogamia social, encontramos otras pequeñas estrategias dentro de la familia Guerra de la Vega, aunque no se repiten generación tras generación, como el casamiento de dos hermanos con dos hermanas, denominada endogamia paralela, como fue el caso de las hermanas Juana de Cubillas y Petronila Arce, quienes se casaron con varones de la familia, pero más adelante Don Joseph Luis Guerra de la Vega y su hermano Francisco Antonio, se casaron con dos hermanas, tras este tipo de enlaces cruzados también suele aparecer el reforzamiento de los lazos solidarios y familiares entre los nuevos parientes que se convierten en familia a través del matrimonio.

La norma de los cónyuges infanzones sólo la rompe Fernando, el hermano ilegítimo del VII Mayorazgo, quien no se casa con nobles infanzonas sino con nobles hidalgas. En la familia Guerra de la Vega como sucede en la mayoría de familias nobles castellanas, los hijos ilegítimos no eran apartados de la familia sino que a diferencia que en el resto de Europa, en Castilla, como explica Soria Mesa, los hijos ilegítimos dentro de las familias nobles a veces se les protegía y entraban a formar parte de las estrategias familiares de promoción social y solidaridad³³. En este caso comprobamos que la estrategia matrimonial de Fernando es diferente a la de sus hermanos nacidos dentro de matrimonio legítimo, mientras que sus hermanos casan con mujeres infanzonas, las esposas de Fernando son solo hidalgas; sin embargo, sus hijos y nietos gracias a la solidaridad familiar lograron tener un gran ascenso social en el siglo XVIII. A pesar de que no se ha podido comprobar la ilegitimidad o no de los hijos de Álvaro y Sebastiana, lo que si se ha comprobado en las fuentes es que los hermanos legítimos mantuvieron contacto y relación familiar, al menos con Fernando como se comprueba al aparecer sus hermanos como padrinos de sus hijos, o la obtención de un puesto militar de Fernando en el castillo donde su hermano era Castellano. De hecho alguno de los descendientes de Fernando logró una gran promoción social; por ejemplo los hijos de su hija María Rosa, nacida en 1703 y casada con Jerónimo Fondevila Condor³⁴. Este matrimonio tuvo tres hijos: Don Francisco Javier fue Archivero en la Secretaria de Guerra de España, realizó carrera militar logrando ser Capitán de los Reales Ejércitos y oficial Mayor de la Secretaria del Despacho de Guerra; Don Joaquín fue asistente en Pamplona de Indias del nuevo reino de Granada, y Don Jerónimo fue comerciante en Cádiz. Por otro lado, Francisco, hijo de Fernando con su segunda esposa, fue comerciante en Cádiz, y gracias al

³² BMS, Doc 1058, Ms 518.

³³ Enrique SORIA MESA, "El matrimonio [...]", op.cit, pp.184-185.

³⁴ El matrimonio se produjo en 1727 en Santander; su esposo era natural de la villa de Ager, en Cataluña y pertenecía a una familia infanzona aragonesa.

ejercicio de su profesión, logró no solo la concesión de la gracia de Caballero de Carlos III, sino la obtención del título de Marqués de la Hermida a finales del siglo XVIII.

Tras un enlace matrimonial encontramos las estrategias familiares infanzonas para conservar y continuar escalando en la preeminencia social, por tanto, es una decisión grupal, con implicaciones políticas y económicas. Tras los enlaces matrimoniales encontramos "la supervivencia de la familia, la permanencia de la varonía y de las señas de identidad colectivas, la concentración o dispersión de los patrimonios, la creación de nuevas redes de parentesco y de influencias..."³⁵. Tratándose de una estrategia de promoción social, en la elección del cónyuge lógicamente no primaban los sentimientos, sino que era una decisión grupal, en la que pesaba en el caso de los infanzones, qué candidatos eran convenientes para entrar a formar parte de la familia. Una mala decisión podía hacer descender en la escala social, afectando a su honor y riqueza, y al contrario un buen enlace podía aumentar las posibilidades de promoción en la sociedad de toda la parentela.

El éxito de un enlace matrimonial no sólo estaba en conseguir emparentar con otra familia, y aumentar el patrimonio, sino que a veces las estrategias matrimoniales podían fracasar por factores ajenos, como el hecho de no tener descendencia, que podía deberse a la esterilidad de los cónyuges o la propia alta mortalidad infantil de esta etapa histórica; por ello "la importancia de los vástagos es doble; por un lado, por el sentimiento paternal, y por otro, por asegurar la descendencia de la saga familiar y evitar la fragmentación de la propiedad, sobre todo en una sociedad en la que la familia y el linaje poseen una relevancia tan grande"³⁶. Por ejemplo, el hecho de no tener descendencia el IV Mayorazgo, provocó un conflicto dentro de la familia por la herencia del mayorazgo, aunque se solucionó al haber descendientes varones, en este sentido los Guerra de la Vega no tuvieron problemas de herederos varones a lo largo de la Edad Moderna, excepto el caso del mayorazgo femenino a mediados del XVIII, el cual se solucionó al casarse con un descendiente de los Guerra de la Vega.

Los matrimonios de las familias infanzonas eran una estrategia más dentro del proyecto familiar para obtener la reproducción social; Tomás Mantecón explica que las familias infanzonas para su propósito de reproducción, elaboraron y emplearon un proyecto familiar, en el cual estaban implicados todos los miembros de la parentela solidariamente para mantener y ampliar no sólo los medios de poder, sino también el capital económico y simbólico³⁷. Estas familias se organizaban en torno al pariente mayor, quien generalmente heredaba el mayorazgo, viviendo de las rentas y propiedades que este le proporcionaba, pudiendo heredar oficios vinculados al mayorazgo y dependiendo de la etapa histórica realizando carrera militar en el ámbito local o fuera de Castilla; pero el resto de hermanos debían buscarse por un lado su sustento económico, a la vez que aportar recursos económicos a la parentela, ya que todos participan en el proyecto familiar.

CONCLUSIONES

El matrimonio como hemos podido comprobar se convirtió en una estrategia de promoción social muy importante para la familia Guerra de la Vega, ya que a partir de ella generó nuevas relaciones, ampliando la red familiar, fortaleciendo el linaje y permitiendo a veces mayores posibilidades de promoción social como ocurrió con el enlace del V Mayorazgo, a través del cual permitió el traslado de la familia desde el valle de Cabezón a la villa de Santander y de este modo permitió a la familia tener nuevas opciones de promoción. Además, como miembros de la élite

³⁵ Enrique SORIA MESA, "El matrimonio [...], op.cit, p. 124.

³⁶ Mar DÍAZ, "Las estrategias familiares [...], op.cit, p.154.

³⁷ Tomás Antonio MANTECÓN MOVELLAN, "La familia infanzona montañesa, un proyecto intergeneracional", en James Casey y Juan Hernández Franco (eds.), *Familia, Parentesco y Linaje*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997, pp. 111-120.

infanzona, el matrimonio les permitía mantener su hegemonía de grupo diferenciándose del resto de hidalgos, al excluirlas como posibles cónyuges dentro de sus estrategias matrimoniales. A la hora de elegir contrayente, practicaron una endogamia social y a veces también familiar; teniendo presente la idea de que la elección del cónyuge era proteger, mantener, y en la medida que se pudiera aumentar el patrimonio y la posición social.

El matrimonio del heredero al mayorazgo debía ser un enlace exitoso; ya que sobre su persona recae la responsabilidad del futuro familiar, así como la perpetuación del apellido. Por un lado, a través del matrimonio se buscaba la reproducción "biológica" del grupo a través de la descendencia, pero también como hemos podido comprobar a través de algunos enlaces de la familia, se podían acumular nuevos mayorazgos que serían incorporados al patrimonio familiar. Dentro de las familias nobles no sólo era importante el matrimonio del mayorazgo, sino también el de las hermanas y hermanos del mismo; teniendo en cuenta que las mujeres de los hermanos aportarán dote a la familia, mientras que los casamientos de las hermanas supone un quebranto del patrimonio familiar, ya que es la familia de la esposa la que debe pagar la dote, aunque a cambio se estrecharan lazos con nuevos parientes y nuevas posibilidades de ascender en la escala social. En los matrimonios de las hermanas no sólo preocupaba la cuantía de la dote sino la posible dispersión de la propia herencia familiar, ya que si sus hermanos varones morían sin descendencia ella se convertiría en la heredera pasando el patrimonio familiar a una nueva familia.

En los casos que hemos analizado no encontramos conflicto entre los cónyuges, o resistencia por parte de los miembros de la familia para contraer matrimonio, más allá de que algunos miembros tuvieron hijos ilegítimos, pero en general, aunque no se ha podido estudiar en profundidad porque no se han localizado capitulaciones o cartas privadas, no se han encontrado problemas entre los enlaces. El único conflicto lo protagonizó Juana de Cubillas, esposa del IV Mayorazgo, quien pleiteó con su madre porque no la permitía casarse con Juan Guerra de la Vega, ya que su madre le había dado la promesa de matrimonio a otro hombre, pero probablemente detrás de esa promesa encontramos una compensación económica que la madre buscaba de su hija como única heredera de su primer esposo.

De las estrategias matrimoniales de la familia de la Guerra, se ha podido sobre todo analizar los matrimonios de los herederos al mayorazgo, no así del resto de hermanos. No siempre se ha podido localizar a todas las hermanas, ya que es complicado localizarlas en las fuentes, normalmente, a pesar de ser costoso, suelen aparecer en los libros parroquiales, o en los testamentos pero no siempre aparece el nombre de su marido. En el caso de la familia de la Guerra se ha localizado a algunas hermanas, aunque no siempre se ha localizado el cónyuge. Con los hermanos del mayorazgo sucede parecido a las hermanas, aunque a veces se les localiza mejor que a las hermanas porque dejan testamento, o suelen aparecer en otro tipo de fuentes a través de sus carreras militares o eclesiásticas. El hecho de no encontrar cartas o documentación privada, sólo información a través de protocolos notariales o libros parroquiales, nos impide ver el aspecto de la elección y opinión individual del cónyuge para los matrimonios realizados por los miembros de la familia de la Guerra, así como conocer en profundidad posibles resistencias, aspectos que si han podido ser estudiados en otras familias. Por último, para poder realizar el estudio de los diferentes enlaces matrimoniales dentro de la familia Guerra de la Vega, se ha desarrollado una biografía colectiva, para poder analizar a través de un ejercicio de micro historia problemas relacionados con el matrimonio, de este modo el microanálisis, se convierte en una herramienta útil y válida para el estudio de las familias infanzonas, debido principalmente al funcionamiento y origen de este tipos de familias, quienes elaboran y emplean un proyecto familiar para lograr una promoción social, que en el caso de los Infanzones remarque su preeminencia social sobre el resto de nobles hidalgos de la Montaña de quien quieren diferenciarse, a la vez que les ayude a lograr una reproducción social y continuar ascendiendo en la promoción social.

DE TANTO TIEMPO QUE NO HAY HOMBRES EN CONTRARIO”: EL LARGO RECORRIDO DE LOS TORREBLANCA (NAVARRA, XVI-XVIII)

Ana Zabalza Seguin

Universidad de Navarra

INTRODUCCIÓN: LA CONQUISTA DE NAVARRA (1512)

De ser uno de los doce ricos hombres originarios del reino de Navarra, a afrontar graves problemas de solvencia y un cierto aislamiento social. Así podría resumirse, en pocas palabras, la trayectoria de un linaje que, a comienzos del siglo XVII, conservaba todavía algunas de las señas de identidad de un glorioso pasado, pero debía luchar ante los tribunales para evitar perderlas y verse así degradado aún más. La trayectoria de los Torreblanca puede ser significativa del reequilibrio de fuerzas que se operó en el interior del reino de Navarra tras el torbellino de acontecimientos que sacudieron el final de la edad media y comienzo de la moderna: problemas en la cúspide de la pirámide social –el sordo enfrentamiento del heredero príncipe de Viana con su padre, Juan II de Aragón– que acaba por fracturar al entero cuerpo social, en apoyo de uno o de otro, a causa de lo que puede ser calificado simplemente como deseo de acaparar las rentas y honores del reino¹. La banderización del reino acabó conduciendo a una guerra civil a partir de 1451 que dejó a Navarra dividida y arruinada. Tras la muerte de la reina Leonor, hermana menor del príncipe de Viana, el trono acabará pasando a una dinastía francesa; Catalina de Foix y Juan de Albret serán los últimos reyes privativos de Navarra –lejos de mostrarse imparciales, ambos beneficiarán ostensiblemente a uno de los bandos, los agramonteses, frente a sus rivales beamonteses, manteniendo así encendida la discordia–. Finalmente, en 1512 Fernando el Católico decidirá la invasión del pequeño territorio, lo que conseguirá en un tiempo realmente breve²; tres años después, en 1515 –se cumplen ahora 500 años– y ya en vísperas de su muerte, el Católico optará por incorporar el espacio recién adquirido a la corona de Castilla, y no a la de Aragón, de la que era titular.

A partir de 1512 se van a suceder una serie de reajustes que, con distinto ritmo e intensidad, irán consagrando la forma de inserción de Navarra en la corona castellana. Las consecuencias de este cambio son obviamente importantes y van siendo cada vez mejor conocidas³. El presente trabajo se centra en algunos aspectos del cambio social desencadenado por los sucesos recién mencionados: la pirámide estamental navarra quedó privada de sus reyes; el nuevo soberano pasó a ser el castellano, representado en la ciudad de Pamplona por un virrey, cargo que nunca desempeñó un natural de este territorio. Las transformaciones hubieron de afectar necesariamente a los estamentos privilegiados, en particular a la nobleza.

¹ Alfredo FLORISTÁN IMÍZCOZ, *El reino de Navarra y la conformación política de España (1512-1841)*, Madrid, Akal, 2014, p. 43.

² Recientemente se ha publicado un trabajo que arroja abundante luz sobre la conquista y las razones que la explicarían, combinando una síntesis de la historiografía antigua y reciente con nuevos datos: Luis Javier FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, “Derrumbe de la monarquía y supervivencia del reino: Navarra en torno a 1512”, en Alfredo FLORISTÁN (coord.), *1512. Conquista e incorporación de Navarra. Historiografía, derecho y otros procesos de integración en la Europa renacentista*, Barcelona, Ariel, 2012, pp. 201-298.

³ Prueba de ello son los trabajos recogidos en el volumen recién citado, Alfredo FLORISTÁN (coord.), *1512. Conquista e incorporación* [...], op. cit.

En cuanto al origen de la nobleza navarra, como en otras monarquías, también en ésta existen relatos escasamente apoyados en documentación que nos remiten a la comitiva que desde la alta edad media acompañaba al monarca, asistiéndole con sus consejos y, llegado el caso, proporcionando herederos al trono si faltasen al rey o poniendo su vida por la del soberano. De modo paulatino fue fraguando la idea de que eran estos magnates los que, tras recibir el juramento real que comprometía al monarca a respetar los derechos de sus súbditos, procedían a la ceremonia que equivalía a la coronación, y que consistía en el alzamiento del nuevo rey sobre un pavés. Interviene en la formulación de este relato el interés, muy posterior, por demostrar el origen pactado de la monarquía pamplonesa⁴. En cualquier caso, en torno a la figura regia aparecen esos ricoshombres, para los que también más adelante se fijará el número simbólico de doce. En realidad, los doce como grupo perfectamente configurado no aparecen en la documentación de la cancillería navarra en los siglos siguientes; incluso, cuando sus escudos se esculpen en el techo del refectorio de la catedral de Pamplona, se opta por plasmar solo diez, debido a razones del espacio disponible. Quienes han estudiado con detalle esa decoración reconocen que cuando se realizó, hacia 1330, varios de esos linajes o bien se habían extinguido o bien habían caído en desgracia hacía tiempo; la razón que se apunta es que, para los nuevos miembros de ese selecto grupo podía resultar prestigioso verse acompañados por nombres otrora ilustres⁵. Uno de esos doce linajes –el quinto– es el que va a ser objeto de atención en este texto: se trata de los Urroz-Torreblanca.

UNO DE LOS DOCE RICOSHOMBRES ORIGINARIOS DEL REINO DE NAVARRA: LOS URROZ-TORREBLANCA COMO EJEMPLO

En otros lugares he expuesto algunos datos sobre los orígenes del linaje, su localización geográfica y su adscripción política durante la guerra civil y en los años siguientes⁶. Ante todo, conviene subrayar lo ya mencionado: se trata de un linaje de ricoshombres, grupo reducido que constituye lo más selecto de la aristocracia del reino. Como sucede en otros casos –también en Castilla, como señaló en su día Salvador de Moxó⁷– también aquí nos encontramos con que los Torreblanca hunden sus raíces en la descendencia ilegítima de la familia real navarra. Precisamente la banderización del reino, a la que más arriba se ha hecho referencia, tuvo no poco que ver con el deseo de situar de manera decorosa a la abundante prole ilegítima de los soberanos y de sus familiares más directos, así como a sus descendientes, repartiendo entre ellos honores y prebendas.

Por lo años de la guerra civil, el noble linaje que nos ocupa aparece asentado en la villa de Urroz, una localidad situada a escasos 19 km de Pamplona, con unos 100 vecinos –no llegaría a los 500 habitantes–; en su término radicaban desde época medieval bienes patrimoniales de la corona. Situada en uno de los ramales del camino de Santiago, era asimismo lugar de paso en la ruta que desde la ciudad de Pamplona conducía al reino de Aragón. Lo estratégico del emplazamiento de este enclave en la edad media, unido a su activo mercado, explican que fuera una de las que tenía asiento en Cortes en el brazo de universidades. Los miembros del linaje son conocidos por el nombre de esa localidad, que es utilizado como apellido, si bien de modo progresivo irán abandonándolo, para terminar usando exclusivamente la denominación de su

⁴ Rafael D. GARCÍA PÉREZ, *Antes leyes que reyes. Cultura jurídica y constitución política en la Edad Moderna (Navarra, 1512-1808)*, Milán, Giuffrè, 2008.

⁵ Faustino MENÉNDEZ-PIDAL y Javier MARTÍNEZ DE AGUIRRE, *Emblemas heráldicos en el arte medieval navarro*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, pp. 283-286.

⁶ Ana ZABALZA SEGUÍN, “Escribanos y procuradores: los representantes del tercer estado en las Cortes de Navarra tras la incorporación a Castilla”, en Mercedes GALÁN LORDA (dir.), *Gobernar y administrar justicia: Navarra ante la incorporación a Castilla*, Pamplona, Thomson Reuters Aranzadi, 2012, pp. 61-94.

⁷ Salvador de MOXÓ, “De la nobleza vieja a la nobleza nueva. La transformación nobiliaria castellana en la Baja Edad Media”, en *Cuadernos de Historia*, III, 1969, p. 120.

solar, la Torre Blanca o Torreblanca⁸. En la villa rivalizarán con el otro palacio local, el de Santa María, si bien los avatares de la guerra civil acabarán favoreciendo al de Torreblanca⁹. En efecto, la villa, bastión del bando beamontés en un punto estratégico del territorio, había sido tomada por los agramonteses –que apoyaban a Juan II frente a su hijo, el príncipe de Viana don Carlos– en el verano de 1456. Como represalia al incondicional apoyo de los Santa María al príncipe don Carlos –con quien estaban emparentados asimismo por vía ilegítima–, su palacio fue incendiado y sus dueños tuvieron que abandonar la villa, para terminar instalándose en Pamplona, en unas casas cedidas por don Carlos. En aquel momento se encontraba al frente del solar del otro palacio, el de Torreblanca, una mujer, Isabel, hija única y muy probablemente viuda. Juan II, antes de abandonar la comarca, debió de forzar su matrimonio con un hombre probablemente muy joven, pero de su entera confianza, Juan Martínez de Oricín, quien garantizaría la conservación de la plaza recién conquistada. De este modo, el de Torreblanca quedó como único palacio de la villa, con su dueño como garante del sometimiento de la población¹⁰.

La patrimonialización de oficios públicos por parte del nuevo señor, unida sin duda a unas maneras prepotentes, enconaron y mantuvieron la ya de por sí conflictiva situación que debía de vivirse en la villa. Puede así entenderse la duradera fractura que se aprecia a partir de este episodio entre este linaje y los vecinos de la villa, manifestado prácticamente de todas las maneras posibles, que van desde discusiones por el lugar que debían ocupar dentro de la iglesia y por el uso del escudo de la villa como si fuese propio del linaje, hasta, en el caso más grave, el intento de asesinato de 1537, perpetrado ya contra el hijo de Oricín, Juan Martínez de Torreblanca, quien le había sucedido al frente de la casa a su muerte, en 1522¹¹.

En efecto, la tensión entre la comunidad y sus palacianos no se suavizó; el equilibrio de fuerzas no se había modificado, a lo que pudo contribuir el ejercicio de los oficios antes mencionados¹², que también asumió Juan Martínez de Torreblanca. Juan, quien participó activamente en todas las guerras de su tiempo, tanto la de Navarra en distintas fases como contra los comuneros de Castilla, al morir en 1558 dejó la casa endeudada, dos hijas sin casar y una amarga sensación de desasosiego y de sacrificio en vano que acompañará a sus descendientes, o al menos ésa es la impresión que se desprende de la documentación que generan. Esta amargura se percibe tal vez con mayor claridad cuando, en cada nueva generación que llega a la cabeza del linaje, es preciso mendigar acostamientos a fin de sostenerse con decoro; mucho tuvo que doler a Luis de Torreblanca, hijo de Juan, el que, al disputar en 1561 por uno de ellos a poco de morir su padre, se le respondiera que

“... en este Reyno ha habido y hay muchas personas que sirvieron mucho más que el dicho Juan de Torreblanca, y no se les ha dado ni da más ni aun de lo que se le dio y él llevó¹³”.

En su deseo de ser considerado un súbdito leal del rey de Castilla, Juan había llegado a traducir su apellido al castellano, pasando de Dorrezuri a Torreblanca, hecho que el linaje

⁸ Por cierto que desplegarán una notable energía en la defensa del uso con carácter exclusivo de este apellido, litigando duramente ante los tribunales para privar de tal derecho a ramas secundarias, ya a comienzos del XVIII: Ana ZABALZA SEGUÍN, “Escribanos y procuradores” [...] op.cit., pp. 81-82.

⁹ *Ibidem*, pp. 81-82.

¹⁰ Oricín estuvo presente en las Cortes de 1513, apenas un año después de la conquista, como uno de los dos procuradores de la villa de Urroz por el brazo de universidades; para entonces ya había obtenido, seguramente a través de proceso judicial, que se le reconociera su condición nobiliaria y en consecuencia la exención fiscal: *Recopilación de Resoluciones de las Cortes de Navarra (1503-1531)*, Pamplona, Parlamento de Navarra, 2014, n. 132 y 271; Luis J. FORTÚN PÉREZ DE CIRIZA, “Derrumbe de la monarquía [...]”, op. cit., p. 218 (equivocadamente se sitúa en Aoiz el palacio).

¹¹ ARCHIVO GENERAL DE NAVARRA (AGN), Consejo Real: Procesos; n° 317749 (1537).

¹² AGN, CO_PS. 1ª S, Leg. 6, N 29, Copia certificada del nombramiento del cargo de almirante de la villa de Urroz a favor de Juan de Torreblanca, hijo de Juan de Oricín, como sucesor de su padre, 24 de abril de 1522.

¹³ AGN, Consejo Real: Procesos, n° 097195 (1561).

ocultará o incluso negará, como si siempre hubiera sido castellano¹⁴. Orgullosos de su sangre, de su largo recorrido de servicio a la corona, acomodados desde antiguo en el organigrama de la monarquía inmediatamente por debajo del rey, el gran dispensador de mercedes, estos ricos hombres habían logrado superar la profunda crisis bajomedieval para encontrarse finalmente con que la incorporación de Navarra a Castilla dejaba sin ningún valor su condición. Desde el reinado de Carlos V, con la aparición de la grandeza de España, sus pares serían precisamente los grandes, pero está claro que no podían equipararse con ellos, del mismo modo que el pequeño reino pirenaico no admitía comparación con Castilla, sin olvidar que ahora su dependencia del monarca ya no era inmediata. Carentes incluso de título nobiliario, los viejos linajes o bien se habían puesto con anterioridad al servicio del monarca castellano –caso de los Baztán, el cuarto en la lista de los doce ricos hombres, que acabará convirtiéndose en Bazán- o bien habían procurado por distintas vías el acercamiento a Castilla. Tal aproximación comenzaba, no pocas veces, por el traslado de la residencia familiar a las poblaciones del valle del Ebro, al sur del territorio navarro, en particular a aquellas limítrofes con Castilla, pues allí se situaban las aduanas fiscales y se habían convertido en centros de un activo comercio, tanto lícito como ilícito¹⁵.

Tras años de disputas, los vecinos terminaron por quemar este palacio con todas sus pertenencias –el señor se lamentará más adelante de la destrucción de su archivo¹⁶-, obligando a los Torreblanca a abandonar definitivamente Urroz en torno a 1551. A comienzos de 1551 es seguro que Luis de Torreblanca –nacido en 1529-, señor del palacio, ya no residía allí¹⁷. Por tanto, quedaba la villa privada de vecinos nobles, liberándose así de las enojosas consecuencias que habían padecido; pero no tardarían en ser conscientes del vacío que habían dejado, en particular cuando llegase la hora de nombrar procuradores en Cortes, ya que cada vez sería más difícil encontrar en la villa vecinos capacitados para desempeñar tal papel¹⁸. Por lo que respecta a Luis de Torreblanca, respaldado sin duda por su extensa y bien situada red de contactos, no tardó en ser regidor y alcalde de Tafalla, al tiempo que continuaba vinculado al oficio de las armas, pero también al comercio de ganado y de lana¹⁹.

El lugar escogido por Torreblanca para su nueva residencia no fue una de las pequeñas aldeas del valle de Orba, rico en pastos, donde los Torreblanca tenían propiedades, diseminadas en un rosario de lugares²⁰, sino la villa de Tafalla –ciudad desde 1636-, próxima a dicho valle, en el centro geográfico de Navarra, atravesada por el camino real de Pamplona a Tudela –y por tanto a la Corte-. Se trataría de un ejemplo más del desplazamiento que por esas fechas se está dando de manera general en Europa, si no fuera porque en este caso hay un claro componente forzoso. Como en tantos otros casos, la mudanza no significaba el abandono de su patrimonio raíz –pues suponemos que buena parte del mueble se perdió en el incendio-, ni desde luego de todos los elementos de la herencia inmaterial. En cuanto a lo primero, aun quemado el palacio, los Torreblanca continuaban siendo señores del solar de ese nombre, ahora abandonado; entre sus tierras conservaban en particular una relativamente extensa y valiosa, de unas 80 robadas, en

¹⁴ Ana ZABALZA SEGUÍN, “Escribanos y procuradores” [...], op. cit., pp. 77-78.

¹⁵ Como han estudiado M^a Concepción HERNÁNDEZ ESCAYOLA, *Negocio y servicio: Finanzas públicas y hombres de negocios en Navarra en la primera mitad del siglo XVIII*, Pamplona, Euns, 2004, y Ana M. AZCONA GUERRA, *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, obras en las que se hace referencia a los antecedentes en el siglo XVII. También Ana ZABALZA SEGUÍN, “De 1512 a 1812 y de la periferia al centro: Navarra y la construcción del Estado español”, en Fernando Durán, *Hacia 1812 desde el siglo ilustrado*, Gijón, Trea, 2013, pp. 115-134.

¹⁶ Ana ZABALZA SEGUÍN, “Escribanos y procuradores” [...] op.cit., p. 79.

¹⁷ En 1553 aparece ya en los protocolos notariales de Tafalla vendiendo lana a un tal Jimeno de Calatayud: AGN, Protocolos Notariales: notaría de Tafalla, Miguel de Echeverri, 1553.

¹⁸ Ana ZABALZA SEGUÍN, “Escribanos y procuradores” [...] op.cit., pp. 91-92.

¹⁹ AGN, Consejo Real: Procesos, n° 044498, 3 de marzo de 1660.

²⁰ Y donde incluso habían vivido temporalmente en momentos de tensión, como sucedió a Juan Martínez de Oricin, que residió en algún momento en Unzué: AGN, Tribunales Reales, procesos 241674: declaración de Martín de Labiano, vecino de Pamplona, 3 de diciembre de 1565.

parte “pieza” (tierra de cereal) y en parte viña, conocida por el significativo nombre de *Gasteluzar* o *Gasteluzarra* (“palacio viejo” en lengua vasca), designación que se mantenía, con la característica fijeza de los topónimos, cincuenta años después de la salida de sus propietarios.

A ello habría que sumar la propiedad de un molino, conocido todavía mucho tiempo después como *Dorreçuri* (Torreblanca)²¹, más el oficio de alcalde de mercado²²: de contenido ante todo judicial, que enajenaron a cambio de dinero, poniendo así fin no solo a su presencia en la villa sino también a su posición de dominio sobre los vecinos de la misma. A partir de ese momento, don Luis y luego sus sucesores gobernarán el patrimonio que aún conservaban mediante un administrador, que acudirá cada año a Tafalla para rendir cuentas de su gestión²³; de las labores de la tierra se hará cargo un campesino arrendatario, que significativamente no era de Urroz²⁴.

Las nuevas circunstancias van a ir acompañadas de una nueva política a la hora de elegir cónyuge, en particular para el hijo heredero. Si durante el siglo XV había sido frecuente el entronque con familias de la Baja Navarra –la parte del reino situada al norte de los Pirineos–, como también sucedía entre los Santa María-Lizarazu o los Solchaga, relacionados con los Torreblanca, en las décadas que acompañan y siguen a la conquista prefieren a casas de la Navarra peninsular, de su misma adscripción política, entre las que aparecen algunos de los principales apellidos navarros, como Ayanz o Beaumont. Así, Juan Martínez de Torreblanca –el hijo de Oricin–, tras enviudar de su primera esposa, María de Ayanz, hermana del señor de Guenduláin, contrajo segundas nupcias con Leonor de Beaumont, hermana del señor de Mendiñeta. A partir de esta generación se aprecia un cambio de tendencia que inicia su hijo Luis, casado en 1551 en Tafalla con Jerónima de Altarriba y Echeverri, hija de un militar catalán llamado Agustín de Altarriba, quien a su vez era hijo de mosén Gaspar de Altarriba, dueño de la villa de Fígols en el principado de Cataluña; mosén Gaspar se había casado con Ana de Unzué, miembro de una destacada familia arraigada en esta comarca navarra²⁵. Jerónima de Altarriba y Echeverri era hija única, huérfana desde temprana edad –parece que vivía al cuidado de su abuela, Ana de Unzué– y propietaria de una notable cabaña ganadera. Se trató de un matrimonio entre dos herederos; sobre sus bienes se fundó un mayorazgo al que más adelante dedicaremos atención.

Como su padre, su abuelo y su suegro, Luis de Torreblanca es un hombre de armas; sigue en esto la tradición de su linaje y lo que es propio de la nobleza. Nacido ya, como veíamos, en la Navarra incorporada a Castilla, es al rey castellano a quien sirve –reclamando por ello su recompensa económica–. Pero, en cuanto hombre de armas, continuaba integrado en el antiguo encuadramiento banderizo. Antes de casarse, se encontraba al servicio del condestable de Navarra, cabecilla del bando beamontés –con quien le unían vínculos de sangre– y vivía en Lerín, feudo de dicho noble; al casarse, se instaló en la cercana Tafalla. Esto sucede en marzo de 1551, cuando habían transcurrido 39 años desde la conquista de Navarra por Fernando el Católico: es decir, algo más de una generación; pero todavía la división banderiza que había arruinado el reino seguía viva, como tal vez confirma esta circunstancia. El enlace con Jerónima de Altarriba fue sin duda muy ventajoso, en particular si tenemos en cuenta que el expolio del patrimonio de los Torreblanca ya se había iniciado en la generación anterior. La rica herencia de los Altarriba-Echeverri-Unzué es descrita así por un vecino de Tafalla en 1602:

²¹ También en este caso la toponimia conservó el viejo nombre del linaje tiempo después de que se tradujera el apellido y dando la razón en este punto, según todos los indicios, a los acusadores de los Torreblanca.

²² AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Joan de Burunda, vecino de Tafalla, p. 85.

²³ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601).

²⁴ Venía del cercano señorío de Mendiñeta: AGN, Consejo Real: Procesos: n° 241674: declaración de Pedro de Garralda, 12 de junio de 1706.

²⁵ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 241674 (1719). Para su matrimonio, Luis de Torreblanca recibió como dote 600 ducados de oro viejo, al tiempo que su familia entregó a la novia, Jerónima, 80 ducados también de oro viejo en concepto de arras: AGN, Consejo Real: Procesos: n° 040481 (1603).

“... con mucha hacienda muy rica y de grande nombre de ganaderos de ganado menudo, porque al tiempo no había número en la dicha villa [se entiende cupo restringido], y podrían tener todo lo que quería cada vecino, y como tan ricos y sobrados oyó decir tenían más de mil cabezas de ganado de vientre y otras muchas de borregos y cabras y su cría, y la mayor administración de la dicha villa por tener como tenía mucha tierra blanca, muchas viñas, cerrados y olivares, y también sabe y oyó decir que como casa tan sobrada tenía muchas yeguas y vacas y su casa muy amueblada y efecto de todas cosas muy sobrada y bastecida”²⁶.

Según los testimonios que nos han llegado por parte de algunos de los que le trataron en esta etapa de su vida, al llegar desde Lerín a Tafalla para su boda, don Luis era

“muy mozo, grande jugador de pelota y naipes, y cazador de podenco y de liebres, y de ordinario se entretenía en estos ejercicios con mucha gente honrada, llevándoselos a su casa a comer y regalarlos, y su persona muy honrada y adrezada siempre, teniendo en su casa muchos perros de caza y teniendo azores, y siempre criando caballo en su caballeriza y gastando mucha hacienda con sus amigos en convites y fiestas”²⁷.

Otro testigo añade:

“... solía andar jugando fuera de la villa y solía andar cazando, y cuando había algunos torneos y fiestas se hallaba en ellas de ordinario”²⁸

Al tiempo que califica a don Luis de “hombre muy generoso”.

Sin duda su comportamiento llamó la atención entre los vecinos de Tafalla, en particular por cuanto la hacienda de la que con tanta liberalidad disfrutaba era de su mujer; cabe suponer que su espléndido estilo de vida había sido adquirido durante su servicio al condestable. Como él mismo recordaría en su testamento, otorgado en octubre de 1584, en su contrato matrimonial habían vinculado en mayorazgo todos los bienes raíces que ambos aportaban²⁹. No contento con los bienes de que disponía en Tafalla, adquirió algunos más. Los gastos de la casa debieron de incrementarse al ir naciendo sus hijos: tuvo al menos cuatro hijos varones. Al ir creciendo, Torreblanca se preocupó de que recibieran la mejor educación:

“... todos ellos los crió en muy honrado hábito y gastando en ellos mucha hacienda, porque a uno le tenía con el duque de Alba, y este presentante [don Juan, a quien más arriba nos hemos referido] en la universidad de Alcalá y el otro murió en la guerra y el otro murió de cierta enfermedad, y sabe y vio que con mucho cuidado los crió y alimentó, gastando con ellos mucha hacienda, y aun siendo niños los tenía fuera de su casa en pupillaje a los cuatro con Juan Navarro, maestro capilla, [a] los unos enseñaba cantar, leer y buena crianza, y a los otros lo propio”³⁰.

Además del hijo muerto en la guerra de Flandes, falleció también el primogénito, de modo que sólo sobrevivió Juan, el estudiante de Alcalá. Cabeza del linaje en el tránsito al siglo XVII, se buscó para él un enlace con una familia castellana, concretamente de la sierra de Cameros, en la actual Rioja: la elegida fue doña Isabel de Rivera y de la Plaza, vecina de Torrecilla de Cameros. Era ésta una casa que entroncará de modo reiterado con linajes navarros, con vástagos dedicados al servicio al rey en la península o en Indias mientras otros son señores de

²⁶ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Miguel de Hualde, teniente de alcalde de Tafalla, 14 de abril de 1602.

²⁷ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Miguel de Hualde, teniente de alcalde de Tafalla, 14 de abril de 1602.

²⁸ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Martín de Arguiñano, vecino de Tafalla, 14 de abril de 1602.

²⁹ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); testamento de Luis de Torreblanca; Tafalla, 14 de octubre de 1584, p. 96.

³⁰ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Miguel de Hualde, teniente de alcalde de Tafalla, 14 de abril de 1602.

Lagunilla, Nestares y Ventas Blancas (actual Rioja); los vínculos entre los de Rivera y algunos de los más destacados linajes navarros se reforzarían en las siguientes generaciones.³¹

La erosión del patrimonio era de prever:

“Y al cabo de algunos años vio este testigo que la casa dio grande caída, porque la administración no se trataba con el cuidado que antes [...] y así sabe que con estas cosas y como sabía poco de casa de granjería, vino a dar grande caída”³².

Obligado por la necesidad, Luis comenzó entonces la venta de bienes muy valiosos, como el molino harinero de Urroz, con cuyo importe pudo al menos momentáneamente mantenerse; con los aproximadamente 1.400 ducados que obtuvo por las enajenaciones de patrimonio en Urroz, entre otras cosas compró piezas y viñas en Tafalla; a juicio del mismo testigo, “así vio que al cabo de algunos años volvió a empobrecer la casa, y vio vender de nuevo algunas piezas y viñas y aunque decían que eran del mayorazgo, no sabe este testigo cómo pudo ser aquello”³³. Junto a ello, Torreblanca tomó a censo cantidades de distintas personas e instituciones: por ejemplo, 300 ducados del cabildo de Tafalla, 100 más de un vecino de Olite,

“y algunas veces le vio buscar dinero prestado, porque este testigo siempre fue hombre que trató mucha amistad con el dicho Luis de Torreblanca, y así sabía los secretos, y entre otras cosas de sus necesidades le comunicó que cierta arrendación de los molinos de esta villa se había hecho, y por estar su casa con necesidad de trigo, le rogó a este testigo que secretamente le hiciese dar una parte en él, para que de allí tuviese trigo para sustentar su casa; y después vio que compelido de necesidades se reportó y principió a tener cuenta con su hacienda, y así con este cuidado vivió y murió siempre con alguna necesidad”³⁴.

En cuanto al estado en que quedó la hacienda al morir don Luis, hacia 1584,

“... quedó la dicha casa mucho menoscabada, porque no había tanto ganado, aunque dejó ganado menudo, y no dejó vacas ningunas”³⁵...

EL RETORNO AL ESCENARIO NAVARRO Y EL FINAL DEL LINAJE

En 1601, cincuenta años después de la salida del solar de Urroz, don Juan de Torreblanca y Altarriba debía cinco anualidades de la renta correspondiente a un censo tomado en 1567 por su padre, don Luis, por un valor de 200 ducados, para el que se habían hipotecado el palacio y la gran pieza y viña de Gasteluzar. Cada año debían pagar doce ducados, de modo que eran sesenta los que ya se adeudaban. El prestamista no era otro que don Fermín de Elso, señor de los palacios de Artázcoz, linaje que había emparentado en esa misma generación, y volvería a hacerlo en la siguiente, con una rama secundaria de los Torreblanca, con quienes éstos mantendrían una agria y larga disputa entre otras cosas por el uso del apellido: es decir, en caso de insolvencia, los Torreblanca correrían el riesgo de que su palacio cayese en manos de sus primos y enemigos, los Berrio. Dispuesto a no dejar pasar la ocasión, don Fermín de Elso envió a un escribano con requerimiento a su deudor para conminarle al pago, pero don Juan se había ausentado y se encontraba en Logroño. Elso continuó presionando para apropiarse de los bienes hipotecados. Como estaba estipulado, antes de proceder a la expropiación y subasta era necesario pregonarlo

³¹ Rocío GARCÍA BOURRELLIER, *Nobleza titulada y organización señorial en Navarra. Siglo XVII*, Pamplona, Eunat, 2013, p. 324-325.

³² AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Miguel de Hualde, teniente de alcalde de Tafalla, 14 de abril de 1602.

³³ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Miguel de Hualde, teniente de alcalde de Tafalla, 14 de abril de 1602.

³⁴ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Miguel de Hualde, teniente de alcalde de Tafalla, 14 de abril de 1602.

³⁵ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de Joan de Burunda, vecino de Tafalla, 14 de abril de 1602.

por las calles de la villa tres veces: así se hizo los días 28 de marzo, 3 de abril y 24 de mayo de aquel año de 1601; en las dos primeras ocasiones nadie compareció, pero en la última se presentó un individuo que ofreció por la casa y tierras 64 ducados “con el cargo de los 200 ducados que deben de principal” a Fermín de Elso. Al no haber otro postor, le fue adjudicado. El comprador –sería mejor decir el postor en la subasta- era Martín de Aroztegui, de profesión zapatero y vecino de la villa; hay que suponer que actuaría como testaferro, muy posiblemente del propio Elso. Pues bien, de ninguno de estos avisos tuvieron noticia ni Torreblanca ni –lo que es más extraño, ya que el señor vivía fuera- su administrador, lo que permite suponer alguna connivencia de los vecinos con los Berrío y Elso. Cerrada ya la puja, Francisco Serrano, el administrador, tuvo conocimiento de los hechos gracias a “ciertos vecinos de la villa”, que le pusieron al corriente de los pregones y del remate por parte de Aroztegui, aunque no de la cantidad que éste se había comprometido a pagar. Inmediatamente escribió a don Juan, quien se presentó en Urroz “muy ajeno a la dicha ejecución”, dispuesto a buscar al portero real para tratar de revocar la venta. A través de un pariente y amigo que testificó en su favor sabemos que don Juan “vive y reside y hace su habitación y morada personal con su mujer y familia en la villa de Tafalla y a temporadas en la ciudad de Logroño, y que así entiende este testigo que no pudo saber del remate que se hizo hasta que se lo hicieron saber de la villa de Urroz”³⁶. Se inició un proceso judicial en el que, tras una primera sentencia adversa a Torreblanca en la Corte mayor del reino, el palaciano recurrió al Consejo Real, que por dos veces le dio la razón.

Los Torreblanca, por tanto, consiguieron retener el palacio, si bien continuaron con su residencia en Tafalla. Sin embargo, parece significativo que, a partir de esta generación, la de Juan e Isabel de Rivera, la política matrimonial que había llevado a enlaces castellanos se truncase. De los tres hijos varones que conocemos, Francisco fue caballero de la orden de San Juan de Jerusalén; Martín, alférez, sirvió al rey en Nápoles; y el heredero, Pedro, contrajo matrimonio hacia 1620 con doña Agustina de Zuría y Ezpeleta, natural de Olite, ciudad vecina a Tafalla. Agustina descendía de uno de los principales clanes del bando agramontés en la guerra civil del XV, los Ezpeleta; por contraste, en el origen bajomedieval de los Torreblanca –y en enlaces posteriores- encontramos la sangre de los Beaumont, si bien el golpe de timón dado por Juan II al conquistar Urroz había impuesto a un agramontés al frente del linaje, pero ya en la siguiente generación se había regresado al enlace con los Beaumont, como veíamos. Las parcialidades no se habían disuelto con el fin de la guerra y la conquista castellana; sin embargo, en 1628 las Cortes de Navarra acordaron poner fin a tal división:

“... que de aquí adelante, en las provisiones de las plazas y las demás cosas [...], no se atienda a las parcialidades biamontessa o agramontesa, sino que estas parcialidades y bandos queden confundidos y yguales, sin distinción ni particularidad ninguna, sino que sean como si nunca los hubiera habido [...]”³⁷

El enlace Torreblanca-Zuría parece acompañar en incluso preceder a este nuevo estado de cosas, pero supone al menos aparentemente un repliegue sobre el territorio navarro. Pocos años antes, en 1618, Felipe III había concedido a los Zuría asiento en Cortes en el brazo noble o militar por el palacio de Atondo, sólo un mes después de que dicho monarca otorgara la misma merced a los Torreblanca³⁸. Parecen por tanto más dispuestos a participar en la política local que en la de la monarquía, al tiempo que continúan cediendo en arrendación los bienes de Urroz-villa y siguen luchando por la concesión de más y mejores acostamientos. Esta línea de actuación pudo haber sido una mera situación transitoria, pero la realidad era que el viejo linaje caminaba hacia su pronta extinción. A su temprana muerte, Agustina de Zuría dejó cuatro o cinco hijos: tal vez tres mujeres, de las que las dos documentadas fueron religiosas –una de ellas en el convento

³⁶ AGN, Consejo Real: Procesos; n° 040481 (1601); declaración de don Luis de Beaumont, señor de Mendinueta.

³⁷ *Actas de las Cortes de Navarra* (1530-1829), libro 2 (1611-1642), Pamplona, Parlamento de Navarra, 1993, p. 145-146.

³⁸ Alfredo FLORISTÁN IMÍZCOZ, “Honor estamental y merced real. La configuración del Brazo Militar en las Cortes de Navarra, 1512-1828”, en *Príncipe de Viana*, n° 234, 2005, p. 183.

de San Pedro extramuros de Pamplona-, y dos varones. Don Luis, el mayor, nacido a finales de 1622, era “mozo de buena salud y que ha servido al rey desde la edad de diez años³⁹”. Recibe por vía materna el palacio de Atondo, que llevaba aparejado el asiento en Cortes antes citado. Tras solicitar en 1649 el hábito de Calatrava, se puso en camino para recibirlo; entonces, “ viniendo del ejército de Cataluña a ponerse en esta ciudad, murió antes, por cuanto le traían enfermo de dicho ejército”. Quedaba aún otro hijo, don Baltasar, diez años más joven —nació en Olite, como su hermano, en 1632-. También al servicio del rey con las armas —en 1652 lo encontramos en Badajoz, en el ejército de Andalucía-, en él va a recaer la herencia de las dos ramas, paterna y materna, que incluye el llamamiento a Cortes tanto por el palacio de Atondo como por el de Torreblanca.

Obtuvo el hábito de Santiago; pero por alguna razón su trayectoria vital no respondió a lo que sus contemporáneos esperaban de él. En particular, en la villa de Urroz, donde debían de seguirse con interés las noticias que llegaban de sus antiguos palacianos, se preguntaban por qué “no tomaba estado de matrimonio [...], por ser ya persona de muy suficiente edad”⁴⁰. Muerto antes de 1705 sin hijos, se extinguió con él la rama principal, y quedó como heredera su única prima, doña Isabel de Torreblanca, hija de don Martín, al que veíamos sirviendo al soberano en Nápoles. Casada con don Martín Jacinto de Rada, caballero de Santiago, y vecina de Pamplona, queda viuda y contrae nuevo matrimonio con don Juan Agustín de Sarasa, vecino de Tafalla y “archivista de Tribunales Reales”; los tribunales reales custodian poca información sobre estos personajes, a causa de los interminables pleitos con sus primos Berrio, a quienes siempre negaron el derecho a usar el apellido Torreblanca, ahora envalentonados al sentir próxima la extinción de la rama principal, pues Isabel no tuvo hijos de ninguno de sus matrimonios. Esta situación alimentó asimismo la curiosidad de los vecinos de Urroz, que hacia 1696 se maravillaban de que se hubiera dejado abandonado el palacio, “de muchos años a esta parte está derruido”, y sin que nadie lo cuidara; puestos a dar una explicación, esgrimían “que sus dueños no cuidaban de componerlo por no tener sucesión, y ser de mayorazgo⁴¹”.

El recorrido de este antiguo linaje refleja, a mi parecer, los avatares de la sociedad navarra en los años que siguieron a su incorporación a la corona de Castilla. La nobleza tuvo que experimentar de modo rápido e intenso las consecuencias de su nueva situación, al quedar ahora supeditada a un rey lejano y desconocido, rodeado por otros nobles con los que no se podía rivalizar. La única manera de salvar esta situación era tendiendo puentes hacia Castilla: por ejemplo, mediante enlaces matrimoniales, acompañados del cambio de residencia hacia poblaciones de mayor entidad y mejor comunicadas con la Corte. En el ejemplo estudiado, no deja de ser significativo que, tras dejar el solar nativo en una villa del camino de Aragón, se establezcan en otra en el camino de la Corte, para terminar pasando temporadas en la ciudad de Logroño, ya en el reino de Castilla, en la ruta hacia Valladolid o Madrid. Se busca una mayor cercanía al monarca, el gran dispensador de gracias y mercedes, pero al menos este quinto linaje de ricos hombres originarios del reino de Navarra fracasó en su tardío empeño y no tardó en replegarse sobre el territorio que había sido su cuna.

En los Torreblanca, durante el periodo analizado, pueden encontrarse tanto comportamientos ya arcaicos como otros que manifiestan una mayor modernidad. Entre los primeros cabe destacar su dependencia del condestable, uno de los cabecillas banderizos bajomedievales, unida a su tradicional dedicación a las armas, presente de un modo u otro en todas las generaciones, primero bajo los reyes privativos de Navarra y a continuación a las órdenes del castellano. La pervivencia de la división del reino en dos bandos se manifiesta en las dependencias, relaciones, amistades y matrimonios, al menos hasta comienzos del XVII, cuando, pasado un siglo desde la incorporación a Castilla, llega el momento de cerrar esa herida, tal vez

³⁹ Cita proceso.

⁴⁰ AGN, Consejo Real: Procesos: 241674 (1719).

⁴¹ AGN, Consejo Real: Procesos: 241674 (1719).

primero con los hechos y luego con la ley. La actividad guerrera va unida a una serie de ejercicios que constituían un entrenamiento en épocas de paz, como era el mantenimiento de caballos y la destreza al montarlos, así como la caza y los torneos.

De Urroz y Dorrezuri a Torreblanca: del viejo linaje vascongado al apellido solariego castellano: encontramos asimismo rasgos de modernidad, que se plasman en la salida de la pequeña villa medieval donde tienen su solar –presionados como hemos visto por las circunstancias- hacia una población pujante, pronto ciudad, camino de las urbes castellanas. Sin dejar de usar, custodiar y defender su patrimonio inmaterial y lo que consiguen salvar del material, en su nueva etapa se van a volcar en nuevas actividades relacionadas con el comercio de la lana, el gran negocio sin duda de este reino. A ello se suma una política matrimonial que tiende a Castilla, si bien no llega a consolidarse. En la segunda mitad del XVI, aunque en la educación del primogénito continúan primando valores tradicionales y se le coloca bajo la tutela del condestable, en cambio para el segundo hijo se opta por los estudios de la Universidad de Alcalá, lo que constituye toda una declaración de intenciones. Del primer Juan de Torreblanca al que se refieren las fuentes en 1538⁴² como noble vascongado, a su nieto homónimo, estudiante de Alcalá a fines de ese mismo siglo, ha habido un largo camino en el que se han alternado luces y sombras.

⁴² AGN, Consejo Real: Procesos: 130487 (1538).

DE LA CLIENTELA A LA FAMILIA, ¿UN CAMINO DE IDA Y VUELTA? EL FENÓMENO DEL PADRINAZGO EN EL VALLE DE IGÜÑA (SIGLOS XVII-XIX)

Héctor Fernando Sánchez Diego¹

Universidad de Cantabria

INTRODUCCIÓN

La Historia de la Familia es un campo en expansión que comprende una serie de problemáticas cada vez más diversas, entre las que se encuentra la del parentesco espiritual y el padrinazgo². El estudio de los lazos de naturaleza “artificial”, como así a menudo se denomina, nos aporta una visión más completa de la red de relaciones entre la que se movían nuestros antepasados, y nos habla de un sistema de solidaridades e interdependencias complejas que aún hoy no terminamos de comprender del todo. Hasta el final del Antiguo Régimen, e incluso escasas décadas atrás, dependiendo del lugar, el bautismo era un momento de especial significado para toda la comunidad, en particular en un entorno rural, como lo era –y sigue siendo hoy- el del Valle de Igüña, en torno al que nos centraremos en esta comunicación. Se presentaba a un nuevo miembro de la parroquia, encuadrado a su vez dentro de una familia en particular que contaba con unas determinadas simpatías y enemistades, alianzas y feudos para con el resto de vecinos y moradores, circunstancias que se hacían visibles con motivo del bautizo, y ante las que dicha ceremonia podía suponer un cambio o una reafirmación. Así, este primer sacramento tenía un contenido de carácter eminentemente social, aparte del puramente religioso, y la ceremonia, pública, en la que debían imponerse los óleos, la crisma y el agua a la criatura recién nacida, era a su vez una oportunidad para la renovación de lazos preexistentes, de sangre, vecindad, solidaridad, negocios, etc., o bien para el establecimiento de otros nuevos y así extender la red de conocidos o quizá favorecer la resolución de alguna disputa. A lo largo de las siguientes líneas trataremos de discernir la importancia que jugó el parentesco de sangre en la elección de los padrinos y madrinas, así como su evolución durante la Edad Moderna. Asimismo, trazaremos en lo posible el mapa de relaciones de las familias formadas por foráneos, que en el siglo XVIII llegan a constituir un porcentaje nada desdeñable en este espacio, observado también al trasluz de los vínculos de padrinazgo y parentesco espiritual.

El Valle de Igüña es un espacio de carácter rural situado en el centro de la actual región de Cantabria, que durante la Edad Moderna formaba parte de las llamadas Asturias de Santillana, encontrándose desde 1444 bajo la jurisdicción señorial de los Manrique de Lara, marqueses de Aguilar y condes de Castañeda³. Las parroquias elegidas para su análisis dentro de este Valle, San Esteban de Arenas y San Jorge de Fraguas, conformaban el Priorato de San Román de Moroso, dependiente del Monasterio de Santo Domingo de Silos. Al filo del siglo XVII, la población de

¹ Licenciado en Historia y Máster en Historia Moderna por la Universidad de Cantabria, donde actualmente disfruta de una beca de investigación predoctoral otorgada por dicho centro. Asimismo, es miembro del proyecto de investigación *Ciudades, gentes e intercambios: Elites, gobierno y policía urbana* (HAR 2012-39034-C03-01), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² Una buena muestra de esta pujanza y diversidad aparece representada en la obra coordinada por Francisco García González, *La historia de la familia en la Península Ibérica. Balance regional y perspectivas*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2008.

³ Rogelio PÉREZ BUSTAMANTE, *Sociedad, economía, fiscalidad y gobierno en las Asturias de Santillana, s. XIII-XV*, Santander, Ediciones de Librería Estudio, 1979, p. 107.

estas parroquias, según el censo de 1591, era de 73 vecinos, es decir, en torno a 274 habitantes⁴, cifra que a principios del XIX se habría elevado hasta 649 almas⁵, o lo que es lo mismo, se habría más que duplicado. El periodo de mayor crecimiento demográfico parece que tuvo lugar durante el segundo tercio del siglo XVIII, que se sumaba a la estabilización y ligera recuperación de finales de la centuria anterior. Esta tendencia alcista de la población, un rasgo generalizado en la segunda mitad del Siglo de las Luces en prácticamente toda la región⁶, cuenta con un especial revulsivo en forma de infraestructura, esto es, el Camino de las Harinas, cuya construcción permitió enlazar de manera “rápida” y directa el interior de Castilla y el puerto de Santander, desde donde exportar las harinas y otros productos al Nuevo Mundo. Dicha vía cruzaba de Sur a Norte el Valle de Iguña, lo que se aprecia en la creciente presencia de foráneos, como veremos más adelante. A continuación, trataremos de establecer cuáles fueron las principales prácticas de padrinazgo en lo que se refiere a los criterios de elección de esta figura por parte de los padres, así como su evolución a lo largo de todo el periodo sujeto a este análisis.

LA SOCIEDAD MONTAÑESA AL TRASLUZ: STATUS Y PADRINAZGO

Las fechas tope entre las que se encuadra nuestro análisis, 1619 y 1811 coinciden en buena medida con lo que se ha venido en denominar como “la era clientelar del padrinazgo”⁷, un término que define de manera bastante aproximada la situación predominante en este Valle. En una región como la de las Montañas Bajas de Burgos, donde el estatuto de hidalguía podía considerarse prácticamente universal, pero en que la presencia de la nobleza titulada no era en absoluto habitual, el poder era ejercido habitualmente por un pequeño grupo de linajes locales de profundas prácticas endogámicas. Constituían una minoría que trataba de distinguirse del resto mediante el uso de una serie de elementos simbólicos (casonas palaciegas, blasones, posiciones preferentes en los acontecimientos públicos, etc.). El linaje más importante presente en Iguña es sin duda el de los Collantes, un grupo familiar al que buena parte del común recurría a la hora de elegir a los padrinos de sus hijos, en especial en Las Fraguas, donde se situaba su solar y casa principal. Dos miembros del linaje ejemplifican de manera cristalina esta circunstancia; en primer lugar, el mayorazgo Don Luis de Bustamante Manrique, que ejerció de padrino en no menos de treinta ocasiones entre 1619 y 1634, un 19’35% del total bautismos; por otro lado, don Diego de Velarde Calderón -casado con doña Francisca de Bustamante Manrique, heredera, y más tarde poseedora del mayorazgo-, sería el padrino de cincuenta y dos niños entre 1635 y 1657, es decir, que fue protagonista en alrededor de uno de cada cuatro bautizos.

Dado que el matrimonio era un tipo de lazo cuyas fronteras sociales eran especialmente rígidas, el recurso al parentesco espiritual constituía un método secundario para el establecimiento de vínculos con el resto de familias de un lugar dado. Al menos el caso que nos ocupa, no me cabe apenas duda de ello, dadas las más que evidentes connotaciones clientelares y de patronazgo asociadas a una concentración tan excesiva del ejercicio del padrinazgo por parte de un mismo linaje. Así, si bien esos dos personajes son los miembros que más aparecen en las partidas bautismales de estas parroquias –junto con sus esposas-, sus sucesores siguieron constituyendo

⁴ Hemos aplicado un coeficiente de 3’75 conforme a lo sugerido por José R. LANZA GARCÍA, *La población y el crecimiento económico de Cantabria en el Antiguo Régimen*, Madrid, Universidad de Cantabria-Universidad Autónoma de Madrid, 1991, pp. 70-74.

⁵ Leg. 230-231, Mapas y varios, Archivo Histórico Provincial de Cantabria (AHPC).

⁶ Tomás A. MANTECÓN MOVELLÁN, “Población y sociedad en la Cantabria moderna” en Manuel Ramón GONZÁLEZ MORALES Y Jesús Á. SOLÓRZANO TELECHEA (eds.) *II Encuentro de Historia de Cantabria*, vol. 1, Santander, Universidad de Cantabria, 2005, p. 446.

⁷ Guido ALFANI, “I padrini: patroni o parenti? Tendenze di fondo nella selezione dei parenti spirituali in Europa (XV-XX secolo)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Coloquios, Puesto en línea el 24 marzo 2008, consultado el 01 diciembre 2013, URL: <http://nuevomundo.revues.org/30172>;

DOI: 10.4000/nuevomundo.30172

un stock recurrente al que acudir ante la proximidad de un bautizo. A finales del siglo, entre 1672 y 1680, nos encontramos con otro mayorazgo, don Bernardo de Bustamante Manrique, como padrino de doce criaturas, y ya en el siglo XVIII, doña María Antonia de Bustamante Manrique y doña María Antonia de Bustamante –por problemas de homonimia no nos es posible establecer con claridad en cuántas ocasiones fueron madrinas por separado estas tía y sobrina- fueron elegidas en al menos veintisiete ocasiones entre 1722 y 1764 para llevar a las criaturas a la pila bautismal.

En cuanto a los propios padrinos y madrinas de los Collantes, se evidencia un cierre de filas en torno a miembros de, por un lado, su mismo estrato social y, por otro, de su misma parentela, especialmente en el siglo XVIII. Pese a que no contamos con la genealogía detallada de este linaje, a hemos podido observar este hecho a través de los datos complementarios señalados por el propio párroco en las partidas bautismales, así como del recurso de la homonimia, del que nos hemos servido –como se apreciará mejor más adelante- por su utilidad pese a ciertas imperfecciones de las que dicho método pudiera adolecer.

Aunque éste se trataba del linaje más importante del Valle, no era el único que trató de desarrollar parte de su red social mediante el padrinazgo, pues el resto de infanzones contaban a su vez con recurrencias propias llegado el momento de la elección de los padrinos de sus descendientes, así como a la hora de ser ellos mismos elegidos para tal fin. De las 2420 partidas de bautismo cuyo contenido aquí manejamos, en alrededor de un veinticuatro por ciento, uno de los progenitores –al menos- utiliza el tratamiento de “don”, símbolo de nobleza, presente aquí en un porcentaje que quizá parezca más alto de lo normal, pero que no lo resulta tanto si tenemos en consideración las especificidades antes comentadas de la sociedad de la Cantabria Moderna. Si nos fijamos en los padrinos, este porcentaje se dobla y en prácticamente uno de cada dos bautizos –en un cuarenta y siete por ciento concretamente- uno de los padrinos es elegido como mínimo de entre el grupo de infanzones que utilizan el mencionado tratamiento. De manera más precisa, un treinta y nueve por ciento de los bautizados con ambos padres del común contaron al menos con un padrino que utilizara el “don” o “doña”. A juzgar por los primeros cálculos realizados, este porcentaje se habría mantenido entre un cuarenta y un cuarenta y cinco por ciento, para comenzar a descender en la segunda mitad del siglo XVIII a un treinta aproximadamente.

Estos son indicadores de, por un lado, la estructura social de dichas parroquias como, por otro, de la verticalización de los lazos de padrinazgo que se produce tras la aplicación de los cánones tridentinos, introducidos en esta zona a partir de las Constituciones sinodales de 1575. En ellas se expone la decisión de los padres conciliares en torno a la reducción del número de padrinos permitidos a un máximo de dos, un hombre y una mujer, un modelo de pareja que se impuso tras un largo periodo en todo el orbe católico, a diferentes ritmos según la región. Los primeros registros bautismales que hemos utilizado datan de principios del siglo XVII, pero sabemos que ya desde mediados del siglo XV las Constituciones sinodales del obispado de Burgos –en cuya parte norte se encontraba el Valle de Iguña- pretendían imponer esta reducción, por los problemas a que daba lugar para las autoridades eclesiásticas, en especial particular en materia de impedimentos matrimoniales. Como sabemos, por medio del padrinazgo se establecía un vínculo de parentesco “ficticio”⁸, espiritual, que, como el carnal, daba lugar a una serie de prohibiciones matrimoniales⁹, si bien en la práctica, hasta la generalización de los libros

⁸ Francisco CHACÓN, “Identidad y parentescos ficticios en la organización social castellana de los siglos XVI y XVII. El ejemplo de Murcia”, en Augustin REDONDO, *Les parentés fictives*, París, Publications de la Sorbonne, 1988, pp. 37-50.

⁹ Hasta Trento, estos impedimentos se establecían en relación a aquellos vínculos espirituales que creaban parentesco, es decir, entre padres y padrinos (compadrazgo); entre ahijados y padrinos (padrinazgo); entre ahijados e hijos de los padrinos (*fraternitas spiritualis*); así como entre el oficiante y el bautizado. Tras el Concilio, tanto los lazos

parroquiales varias décadas después del Concilio de Trento, la comprobación empírica por parte de los párrocos de la existencia o no de un lazo de este tipo entre los contrayentes era prácticamente imposible. A esta ventaja precisamente recurrían estos últimos y sus familias en su propio beneficio de tal modo que “se levantan pleitos matrimoniales y acaesce dirimirse algunos matrimonios que se deverían de firmar y firmarse algunos que se deverían dirimir (...) por ignorancia: o por ventura por malicia deponen contra la verdad en gran peligro de sus animas y encargo de las conciencias de los litigantes”¹⁰.

Sin embargo, los sujetos objeto de nuestro análisis nacen más de cincuenta años después del Concilio, en un espacio donde ya hemos sugerido –y si no aquí lo reiteramos– que buena parte de las transformaciones sociales respecto al parentesco espiritual se habría iniciado con cierta antelación a las de otras regiones. Por esto, no es de extrañar el porcentaje tan elevado de infanzones o “dones” entre los padrinos elegidos, y aún más fácil de entender si tenemos en cuenta la cuestión de la propiedad de la tierra. Una de las principales bases de poder de los infanzones se encontraba en la propiedad de la tierra¹¹, obtenida por herencia, matrimonio (en forma de dote) o compra, tierra que ellos mismos no labrarían sino que en buena medida arrendarían a labradores y jornaleros a cambio del pago periódico de una renta, monetaria y en especie. De este modo si una determinada familia arrienda un terreno durante varias generaciones es posible que paralelamente sucesivos descendientes de los propietarios ejerzan de manera habitual como padrinos para los miembros de aquella. Entablar una relación de compadrazgo entre propietarios y arrendatarios añadía una capa más a la dependencia preexistente, lo que favorecería las relaciones de tipo clientelar o de patronazgo por las que el patrón veía incrementado su control sobre la población del espacio que le rodea. La reciprocidad de este vínculo estribaría en la consecución de un mayor contacto con las familias de la élite local, lazos que podrían servir de ayuda dadas determinadas dificultades futuras. De comprobarse esta hipótesis, se trataría de una estrategia similar a la seguida por la nobleza albaceteña tal y como lo describen Gómez Carrasco y García González¹².

Otro ángulo que debemos abordar al respecto de la relación entre status y parentesco espiritual es su funcionamiento cuando el bautizado en cuestión formaba parte de estos mismos linajes infanzones. Alrededor de un ochenta y ocho por ciento de los bautizados cuyo padre es registrado como “don” cuenta con un padrino o madrina del mismo estrato social; si por el contrario es la madre la que lo utiliza –en su caso el tratamiento de “doña”–, entonces el porcentaje se reduce ligeramente hasta un ochenta por ciento aproximadamente; una diferencia mínima que no desdibuja un panorama dominado por la horizontalidad en lo que al parentesco espiritual se refiere en los estratos más elevados de la sociedad. Es este un rasgo que también han observado otros, fundamentalmente Guido Alfani, quien utilizara el término de “endogamia espiritual” para referirse al fenómeno¹³. Las familias infanzonas, se situaban en la cúspide social de su entorno, y además no desarrollaban vínculos en su vida cotidiana con miembros de otros estratos superiores, si bien en contadas ocasiones se producían. Así, en 1638¹⁴ Doña Mayor de Quevedo, en representación de la que aparece descrita como “marquesa del Infantado” (sic), ejerce de madrina de Sancho, hijo de la pareja formada por Don Sancho Mesones Velasco y

de parentesco derivados del padrinazgo como los impedimentos asociados a estos se redujeron al padrinazgo, el compadrazgo y la relación bautizado-oficiante.

¹⁰ Íñigo LÓPEZ DE MENDOZA, *Compilación de las Constituciones sinodales antiguas y nuevas del Obispado de Burgos*. Alcalá de Henares, 1534, fol. XII.

¹¹ Ramón LANZA, *La Población y [...]*, op. cit, p. 371

¹² Cosme Jesús GÓMEZ CARRASCO y Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, “Parents, amis et parrains. Parenté spirituelle et clientèles sociales à Albacete (Castille-La Manche), 1750-1830”, en Guido ALFANI, Philippe CASTAGNETTI, Vincet GOURDON (dirs.) *Baptiser. Pratique sacramentelle, pratique sociale (XVIe et XXe siècles)*, Publications de l'Université de Saint-Étienne 2009, p. 404.

¹³ Guido ALFANI, *Fathers and Godfathers: Spiritual kinship in Early Modern Italy*, Ashgate, 2009, p. 61.

¹⁴ Partida de Sancho de Mesones. [29/09/1638], fol. 40 vº, Libro I de Bautismos Arenas de Iguña (1619-1682), ACS.

Doña Margarita Álvaro de los Ríos, miembros de sendos linajes muy arraigados en el Valle. A su vez el padrino Don Antonio de la Guerra, sin llegar a ser de la nobleza titulada, se trata de un infanzón procedente de fuera del valle. Se trata de una excepción, pues la pauta habitual era, como decimos, que eligiesen, o bien a miembros de otras familias de las élites del valle, o bien a sus propios consanguíneos y afines, una tendencia esta última compartida por buena parte de sus convecinos, como trataremos más adelante.

En este periodo, al menos en términos generales, los progenitores escogían a los padrinos de sus hijos –aunque no siempre, como veremos– fuera de su grupo familiar, en tanto que la elección de un tío o una abuela, por poner un par de ejemplos, suponía el desperdicio de una oportunidad de extensión de los lazos sociales a otros miembros y familias de la comunidad, todavía más si cabe en el contexto postridentino. La reducción del número de padrinos aplicada en base a los cánones de Trento había tenido como consecuencia principal la simplificación de las posibilidades del parentesco espiritual en cuanto a su perspectiva social. Hasta entonces el padrinzago y, sobre todo, el compadrazgo, eran instrumentos de relativa eficacia en el mantenimiento de la cohesión y paz social, tanto como medio de resolución de disputas como en términos de formalización o afianzamiento –por decirlo de alguna manera– de un lazo de amistad o vecindad preexistente. A estos fines se añadía, por supuesto, la dimensión de reproducción y ascenso social, pero era uno más de ellos; sin embargo, a partir de finales del siglo XVI será esta faceta del padrinzago la que sobreviva y prevalezca en términos generales. Ahora bien, ¿qué papel jugaba la familia en todo esto? A esta cuestión dedicaremos el siguiente apartado de la comunicación.

DEL PARENTESCO ESPIRITUAL AL CARNAL

Diversos estudios nos sugieren que según la región, hasta finales del siglo XVIII¹⁵ o incluso hasta el tan cercano siglo XX¹⁶ la elección de padrinos de entre los familiares próximos no se convierte en una realidad generalizada como ocurre hoy en día. Pese a ello, no faltan ejemplos de niños que contaran con familiares entre sus padrinos en épocas anteriores; pues se trataba, en definitiva, de una cuestión de estrategias, es decir, de la intención de los padres en torno a la extensión o la intensificación de sus lazos sociales¹⁷. El primer término se refiere a la elección de padrinos fuera de la parentela para favorecer y estimular relaciones de trabajo, vecindad o amistad, entre otras; mientras que el segundo significa encaminar el padrinzago a reforzar lazos de sangre (o afinidad) preexistentes. Bestard¹⁸ sostiene a este respecto cómo el parentesco espiritual, puede ser utilizado en la actualidad para mantener una relación de familiaridad con los colaterales y sus descendientes, relaciones que hoy se perderían por la escasa memoria genealógica de las familias actuales. Este razonamiento, con matices, puede ser asimismo utilizado para comprender en parte este recurso a los familiares, recurso que podía servir también como método para la conciliación de desacuerdos dentro de la parentela.

Para afrontar la cuantificación de esta realidad en las parroquias objeto de este análisis hemos intentado superar ciertas dificultades fundamentalmente en relación a la naturaleza de la propia fuente, es decir, las partidas de bautismo. En ellas, pese a que párrocos y mayordomos

¹⁵ En Nonantola, entre 1700 y 1800 el porcentaje de familiares que son elegidos como padrinos pasa del 21'21% al 49'69%. Guido ALFANI Y Cristina MUNNO, "Parrains, participant et parenté. Tendances de longue durée dans la sélection des parents spirituels au sein d'une communauté exceptionnelle: Nonantola, XVIe-XVIIIe siècles", en Guido ALFANI, Philippe CASTAGNETTI, Vincet GOURDON (dirs.) *Baptiser. Pratique sacramentelle, pratique sociale (XVIe et XXe siècles)*, Publications de l'Université de Saint-Étienne 2009, p. 310.

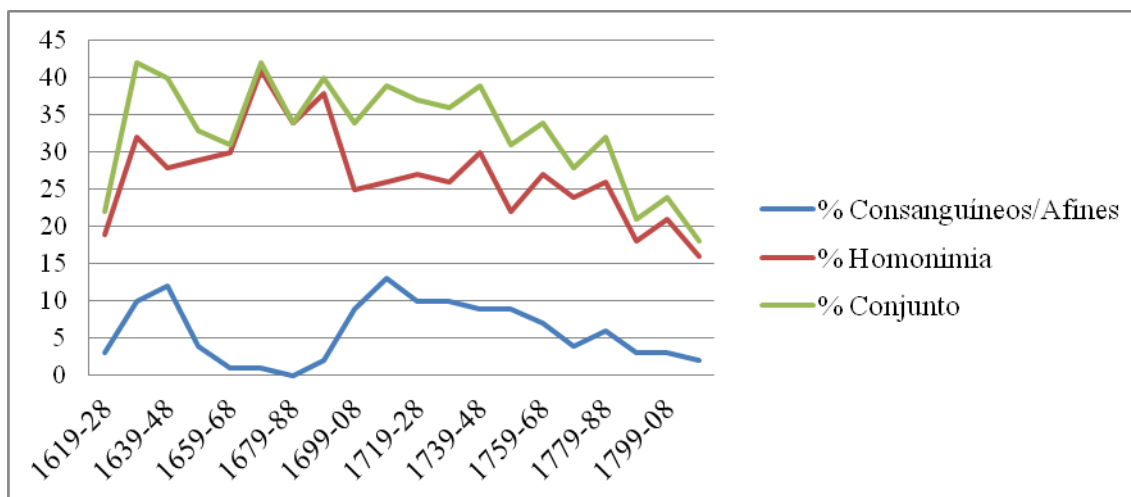
¹⁶ Guido ALFANI, *Fathers and Godfathers: Spiritual kinship in Early Modern Italy*, Ashgate, 2009, p. 219.

¹⁷ "Angelots, famille, patrie: parrains et marraines à Bouafles (Eure) au XVIIIe siècle", en Guido ALFANI, Philippe CASTAGNETTI, Vincet GOURDON (dirs.) *Baptiser. Pratique sacramentelle* [...] op. Cit., pp. 190-192.

¹⁸ Joan BESTARD, *Casa y Familia. Parentesco y reproducción doméstica en Formentera*, Institut d'Estudis Baleàrics, 1986, p. 41.

anotaban datos sobre la filiación de los padrinos, no lo hicieron con cierta regularidad hasta el siglo XVIII, y aun así no del todo. En multitud de ocasiones no se deja constancia más que del nombre, y tan sólo podemos llegar a intuir qué tipo de relación les vinculaba con los padres de los bautizados; de hecho, en el último tercio del siglo XVII apenas se menciona parentesco alguno entre aquellos, y no resulta plausible que tal cambio se produjera en la realidad. En un intento de paliar esta ausencia de información por infrarrepresentación hemos recurrido a la búsqueda de homónimos entre progenitores y padrinos, tal y como se observa en el siguiente gráfico.

Gráfico 1. Evolución del grado de Parentesco entre Padrinos y Ahijados



Se trata de un fenómeno difícil de cuantificar, dadas las reducidas dimensiones del espacio objeto de estudio, pues se trata de dos parroquias rurales que apenas superaron entre ambas los 600 habitantes en su mejor momento, por lo que los lazos de consanguineidad y afinidad son extremadamente comunes, y por tanto, la diversidad de los apellidos es reducida. Es decir, se comparte el mismo apellido en multitud de ocasiones pero eso no significa que existiera una relación familiar directa¹⁹, si bien es probable que ambas tuvieran algún ancestro común, lo que nos llevaría también a cuestionarnos hasta dónde llegaba la percepción del sentimiento familiar. Son preguntas que el investigador debe de considerar en su interpretación de las cifras obtenidas. Si tomamos como referencia exclusivamente las relaciones familiares explicitadas como tal en los registros se observa un acusado descenso durante toda la segunda mitad del siglo XVII, tendencia que se ve muy matizada cuando se introducen los porcentajes de homonimia en el periodo. Así, dicho descenso vería reducida su extensión temporal, así como su intensidad, pues se registra un incremento considerable en el porcentaje de padrinos homónimos, lo que si bien no puede considerarse como un reflejo por entero fiel a la realidad, nos permite descubrir una situación un tanto diferente.

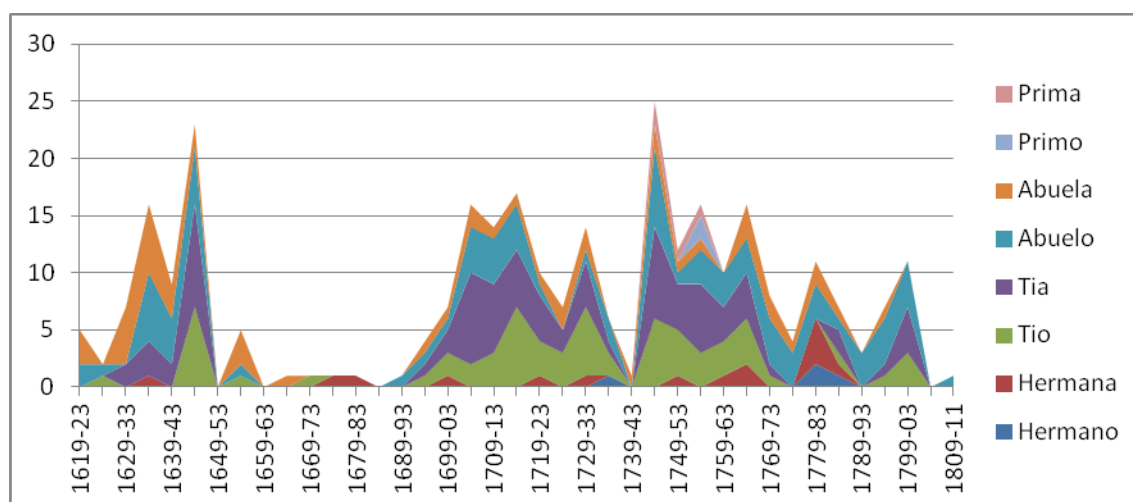
Considerados en su conjunto los datos de homónimos, consanguíneos y afines – explícitamente registrados-, se obtiene como resultado que entre 1619 y 1809 (no hemos tenido en cuenta los datos de los dos últimos años ya que desvirtuaban la escala de la gráfica) en torno a un 27% de los padrinos podría haber sido elegido en función de sus lazos familiares con los padres del bautizado. En cuanto a la evolución de esta variable, se observa una relativa estabilidad

¹⁹ Debemos tener en cuenta ciertos problemas metodológicos a que puede dar lugar el uso de homónimos. Jean-Pierre BADET, "Angelots, famille, patrie: parrains et marraines à Bouafles (Eure) au XVIII^e siècle", en Guido ALFANI, Philippe CASTAGNETTI, Vincet GOURDON (dirs.) *Baptiser. Pratique sacramentelle [...]* op. cit., pp. 170-176.

entre 1670 y 1750 aproximadamente, espacio de tiempo durante el que el porcentaje de familiares escogidos de entre los padrinos se situaría en torno al 37,7%, para comenzar una trayectoria lenta aunque visiblemente descendente que se acelera a partir de los años ochenta del siglo XVIII hasta alcanzar su punto mínimo –un 21%– en la última década de 1800, momento a partir del que se produce un ligero ascenso cuya evolución inmediatamente posterior desconocemos.

En un espacio rural como el Valle de Iguña, donde los apellidos se repiten generación tras generación y cuyo flujo migratorio es, en todo caso, negativo, al menos hasta la apertura del Camino de Reinosa, resulta lógico el recurso a la parentela. Por ello, en este caso, es muy posible que el recurso al vecino significara en multitud de ocasiones hacer uso de los lazos familiares. Precisamente, el descenso irregular que se observa claramente en la segunda mitad del siglo XVIII en la gráfica puede atribuirse al aumento relativamente considerable de la población, así como a la creciente presencia de foráneos que, casados, bien con vecinos, bien con otros recién llegados –circunstancia en relación con el paisanaje y los diferentes espacios y prácticas de sociabilidad–, bautizaban ya a sus descendientes en Arenas y Las Fraguas. Sobre los foráneos y sus prácticas de padrinazgo volveremos más adelante.

Gráfico 2. Evolución de los diferentes vínculos familiares entre padrinos y ahijados. Cifras totales, no porcentajes.



Una vez planteados brevemente nuestros datos y razonamientos acerca de la evolución del número de padrinos y ahijados entrelazados por un vínculo familiar, es el momento de tratar con más detalle qué parentescos sanguíneos y afines eran los más habituales entre aquellos. Para ello hemos elaborado otro gráfico en el que se refleja los tipos de parentesco familiar más habituales entre principios del siglo XVII y los albores de la Guerra de Independencia, elaborado a partir de los vínculos expresamente recogidos en las partidas bautismales, por lo que debemos de proceder con cautela en su interpretación, en particular en lo concerniente al siglo XVII, por los problemas ya comentados.

Los lazos familiares existentes en una mayor proporción entre padrinos y ahijados son –entre los registrados durante todo el periodo– los colaterales, es decir, los tíos y tías, seguidos de cerca por abuelos y abuelas; lo que se ajustaba a la costumbre habitual de otras zonas de Europa en periodos posteriores, cuando el proceso de “familiarización”²⁰ se generaliza. Si nos centramos, por pisar terreno más firme, en el siglo XVIII, observamos como durante los dos primeros tercios los tíos son la opción más común, pero durante los últimos treinta años el abuelo se

²⁰ Guido ALFANI y Vincent GOURDON (ed.), *Spiritual kinship in Europe, 1500-1900*, Palgrave MacMillan, 2012, pp. 26-36.

convierte en la primera elección de los padres. Habría que cotejar estos datos con otros extraídos de documentos testamentarios y reconstrucciones genealógicas para comprobar hasta qué punto este cambio tiene su reflejo en la realidad, o si es tan solo un problema derivado de un registro poco exhaustivo por parte del párroco. Pese a ello, y si así fuera el caso, una razón que podría explicar esta variación podríamos encontrarla nuevamente en los flujos de población, puesto que la apertura del Camino de Reinosa no sólo favoreció la llegada de personas procedentes de otros lugares, sino que también habría promovido la salida de población (en dirección sobre todo a Andalucía y las Indias²¹). Precisamente son los hombres jóvenes los que más emigran, con lo que el stock familiar de tíos se habría visto disminuido, siendo compensado entonces por la mayor presencia de los abuelos; hablamos en este caso exclusivamente de varones, tías y abuelas no se verían especialmente afectadas por este condicionante, no en este periodo al menos.

Sin embargo, no ocurría así en toda Europa, pues, por ejemplo, contamos con el caso de Albacete²², donde, también hacia finales del XVIII al menos un tercio de los padrinos eran tíos y tías de sus ahijados, mientras que abuelos y abuelas constituían tan solo un seis y medio por ciento. En un contexto mucho más reciente, referido a las formas de padrinzago de la Formentera de finales del siglo XX²³, resultaba habitual que los elegidos fueran los colaterales, quienes en dicho papel dotarían, por medio del parentesco espiritual, de individualidad al sujeto, esto es, al bautizado²⁴. En ese mismo espacio, el papel de los abuelos sería el de servir de epónimos, es decir, daban su nombre al bautizado, siguiendo una alternancia de las ramas paterna y materna que privilegiaba a la primera sobre la segunda y a hombres sobre mujeres, lo que se evidenciaba en los bautizos de sucesivos hermanos.

Por otro lado, si nos fijamos en aquellas partidas en las que ambos padrinos se encuentran emparentados con el bautizado nos damos cuenta de que, y esto no extrañará a nadie, la “pareja” más habitual fue la formada por un tío y una tía de la criatura en cuestión, seguidos bastante por detrás del par abuelo-abuela, y en tercer lugar, del binomio abuelo-tía. En todos ellos parece que lo más habitual era que ambos padrinos procedieran de la misma rama familiar, fuera esta paterna o materna, aunque bien es cierto que hay varios casos en los que ambas ramas están presentes. De todas formas, hasta la fecha aún no hemos podido establecer a qué rama de la familia del bautizado pertenecen todos los sujetos, fundamentalmente en aquellos casos donde el apellido o apellidos no coinciden con los de los progenitores. Es decir, que aunque intuimos que se trata del cónyuge de algún otro familiar carnal, no sabemos a ciencia cierta quién en concreto. Por otro lado, encontramos multitud de diferentes relaciones entre aquellos padrinos que se encontraban, a su vez, emparentados entre sí, desde cuñados hasta primos, aunque lo más habitual era encontrarse con cónyuges²⁵ (abuelos o tíos del bautizado), padres e hijas (abuelo y tía del bautizado) y hermanos (tío y tía del bautizado).

Para finalizar este epígrafe, y antes de pasar al tercero y último, me gustaría abordar brevemente cómo interactuaban status y parentesco carnal respecto al padrinzago. Nuevamente hemos recurrido a la homonimia para tratar de obtener un dato orientativo al respecto, incluyendo a aquellos mencionados como parientes expresamente en los registros bautismales. Así, obtenemos como resultado que un 30’85 por ciento de los bautizados, cuyos progenitores pertenecen al común, cuentan con familiares entre sus padrinos, mientras que ese porcentaje se

²¹ Ramón LANZA, *La Población y [...]*, op. cit, pp. 383-384.

²² Cosme Jesús GÓMEZ CARRASCO y Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, “Parents, amis et parrains. Parenté spirituelle et clientèles sociales à Albacete (Castille-La Manche), 1750-1830”, en Guido ALFANI, Philippe CASTAGNETTI y Vincent GOURDON (dirs.) *Baptiser. Pratique sacramentelle [...]* op. Cit, pp. 393-413.

²³ Joan BESTARD, *Casa y Familia [...]* op. Cit, pp. 33-42.

²⁴ Según este antropólogo “los tíos se transforman en padrinos y los sobrinos en ahijados. Íbidem, p. 33-42.

²⁵ En Lyon, a mediados del siglo XVIII tan sólo un uno por ciento de los bautismos involucraba a matrimonios ya emparentados con el bautizado. Étienne COURIOL, “Godparenthood and social relationships in France under the *Ancien Régime*: Lyons as a case study” en Guido ALFANI y Vincent GOURDON (ed.), *Spiritual kinship in Europe, [...]* op. cit pp.134-135.

eleva al 48% cuando nos referimos a los hijos de parejas donde al menos uno de los progenitores es registrado con el tratamiento de “don”. Al formar parte de un grupo social mucho más reducido, es plausible esta diferencia en tanto que el nicho de familias entre las que elegir a un padrino sería mucho menor para los miembros de la élite local siguiendo la lógica de la “endogamia espiritual”²⁶. A continuación, trataremos de conocer un poco mejor cuáles fueron las estrategias de parentesco espiritual desarrolladas por un colectivo muy concreto dentro de la población de estas parroquias, como era el de los foráneos.

MOVIMIENTOS MIGRATORIOS: LA IMPORTANCIA DEL PAISANAJE

Es difícil cuantificar el fenómeno de la llegada de forasteros a Iguña debido, una vez más, al escaso celo de los diferentes párrocos, por lo que hemos decidido centrarnos en el siglo XVIII que, no sólo es la época en la que más población foránea llega al Valle, sino que es en la que las partidas nos pueden aportar mayor cantidad de información de tipo cualitativo al respecto del origen de los padres de los bautizados. Por no dejar un vacío señalaremos que durante el siglo XVII se aprecia una fuerte endogamia si bien no deja de haber un cierto flujo de personas procedentes de los valles cercanos, en especial de los de Anievas, Cieza y Buelna, a quienes no entiendo como foráneos puesto que les unían fuertes lazos de parentesco con los locales. Asimismo, encontramos a algún forastero procedente de comarcas un poco más lejanas como Toranzo, o los valles pasiegos, quienes suponemos que llegaban para trabajar como jornaleros o en el servicio doméstico y se casaban en su mayor parte con locales, lo que les habría permitido integrarse fácilmente en las redes sociales locales. Durante la primera mitad del siglo XVIII encontramos ya algún que otro ejemplo de forastero de tipo diferente al hasta entonces habitual, en concreto dos varones procedentes de Asturias y Sevilla, y una mujer valenciana, casados todos con locales, siendo los padrinos de sus hijos o bien parientes cercanos de los oriundos de Iguña, o bien miembros de la élite infanzona; en especial en el caso de la mujer, Doña Luisa de Amorós, cuyo marido, don Baltasar de Mesones, pertenecía a uno de los principales linajes del Valle. Por otro lado, también llega un matrimonio procedente de la zona norte de Burgos –en concreto eran naturales de Lerma y Belorado- anticipando una tendencia que será bastante importante *a posteriori*.

De todas formas, no será sino hasta los años cincuenta del siglo XVIII cuando la presencia de foráneos en Iguña se incremente de una manera bastante visible y, sobre todo, amplíe sus focos de origen a lugares más lejanos y diversos. Esta tendencia tiene mucho que ver, como hemos venido anunciando, con el Camino de Reinosa o “de las Harinas”, construido entre 1749 y 1753, cuya apertura supuso una mejora importante de las comunicaciones terrestres, permitiendo a Santander entrar en liza en Bilbao como uno de los principales puertos del Cantábrico. Esta circunstancia atrajo población no sólo a la población de la villa marinera, sino también a los valles limítrofes y a las comarcas por las que dicho Camino transitaba, entre ellas el Valle de Iguña situado prácticamente a mitad de camino entre Santander y Reinosa, ocupándose muchos de sus habitantes a la carretería como actividad complementaria²⁷.

La importancia de esta nueva vía en la llegada de forasteros a la comarca se hace patente cuando nos fijamos en que uno de los principales focos de origen de estos recién llegados a Iguña es precisamente la comarca de Campóo y la mitad norte de las actuales provincias de Palencia y Burgos, dentro del área de influencia económica de esta novedosa infraestructura. Junto a este foco destaca otro no menos importante como es el de vascos y navarros que se asientan temporal o permanentemente en el Valle, colectivo bastante homogéneo en cuanto a su procedencia, puesto que los pueblos y villas de los que eran naturales se sitúan, en general, en una zona muy

²⁶ Guido ALFANI y Vincent GOURDON (ed.), *Spiritual kinship in Europe*, [...] op. cit., p. 31.

²⁷ Ramón LANZA, *La Población y [...]*, op. cit., pp. 438-443.

delimitada de la actual provincia de Guipúzcoa, un espacio que quizá haya sido una secular fuente de emigración y que, abierto el Camino, podría haber redistribuido parte del flujo en dirección a nuestra región.

Quizá la mejor forma de observar las formas de padrinazgo entre estos grupos de recién llegados sea fijarnos en dos familias²⁸ formadas por pares de locales así como por matrimonios mixtos local-foráneo. Tomemos por caso el matrimonio formado por los residentes en Fraguas Asensio Ugarte, procedente de Zarauz (Guipúzcoa) e Hipólita Revuelta Prado, originaria de la Vega de Pas, padres de seis niños -tres varones y tres mujeres- nacidos entre 1774 y 1792, un periodo de casi veinte años que nos habla de un asentamiento de tipo permanente en el Valle. Los padrinos escogidos para los hijos de esta primera generación de forasteros podrían dividirse en tres categorías: paisanos, vecinos y familiares.

En el primer caso encontramos tan solo a Isidro Zabala, natural, como el padre, de Zarauz, cuyo ahijado sería el primogénito del matrimonio; una opción lógica ante la imposibilidad de contar con un miembro de la élite local o de un familiar, y en un momento en el que posiblemente el matrimonio llevara poco tiempo en Fraguas. Sin embargo, ya entonces Hipólita había conseguido enhebrarse en parte dentro de la sociedad local como ahora veremos, lo que nos lleva a hablar sobre la segunda categoría de padrinos. En 1773, esta joven pasiega había sido elegida madrina de Juan José, hijo de un matrimonio con el que, a su vez, compartía situación, dado que el marido, Antonio Cuevas, era natural de Rioseco, localidad situada fuera del Valle, a unos veinte kilómetros al sur, si bien en su caso estaba casado con una mujer de Las Fraguas, Teresa Ruiz de Collantes. Cuando el primer hijo de Hipólita y Asensio fue bautizado en 1774, junto a Isidro Zabala se encontraba Antonia, hermana mayor del mencionado Juan José, en el papel de madrina, lo que demuestra la existencia de una reciprocidad y un vínculo entre ambas familias. Esta situación se repetirá en los sucesivos bautizos del resto de sus hijos; de lo que resulta que de los doce padrinos que estos reciben un cincuenta y ocho por ciento eran naturales de Arenas y Las Fraguas y, de una forma u otra, relacionados mediante lazos de familia con los compadres de Hipólita, señal de la importancia de las relaciones de compadrazgo. La tercera categoría es la constituida por los padrinos elegidos de entre miembros de la parentela, una opción que ya hemos visto que tenía lugar aquí con cierta frecuencia, y en el caso de familias de corta radicación en una sociedad determinada, podía llegar a constituir un recurso aún más habitual. En este caso Lorenza Revuelta, hermana de la madre, y Miguel López, marido de ésta -natural de San Pedro del Romeral y originario por tanto de la misma comarca que su esposa y su cuñada- fueron padrinos por separado del segundo (1780) y tercer hijo (1782) de Hipólita y Asensio, así como conjuntamente del quinto (1789). Tampoco se trata en esta ocasión de una relación unidireccional, sino que Asensio e Hipólita también llevaron a su sobrina Manuela a la pila bautismal en 1788. No me gustaría dejar de apuntar que los padrinos de los hijos e hijas de este matrimonio fueron asimismo sus epónimos, empezando por el propio Isidro, quien continuará esta tradición. La prenomiación²⁹ es una problemática que espero tratar en trabajos futuros.

Pues bien, si extendemos el análisis de esta familia en el tiempo apreciamos que se produce un cambio importante en la segunda generación, dado que los tres hijos varones ya contraerían matrimonio con mujeres naturales de las Fraguas. Por tanto, el establecimiento y la renovación de vínculos de parentesco espiritual han favorecido la integración de una familia de forasteros en la comunidad local, sobre todo en los primeros años desde su llegada. Su mayor expresión es en este caso precisamente la pareja conyugal formada por Isidro Ugarte y Teresa

²⁸Todas las partidas a las que hago mención en este apartado se encuentran contenidas en los Libros II (1683-1753), III (1753-1785) y IV (1785-1811) de Bautismos de Arenas de Iguña, Archivo Catedralicio de Santander (ACS).

²⁹ Beatriz Castro abordó en un estudio reciente esta cuestión en Pontedeume, Galicia. Beatriz CASTRO DÍAZ. "Familia, apadriñamento e onomástica na bisbarra eumesa: unha aproximación histórico-etnográfica (séculos XVII-XIX)", *Cátedra. Revista eumesa de estudos*, nº 18, 2011, pp. 411-474.

González de Collantes, prima carnal de la madrina de éste, y señal de la culminación de una relación familiar iniciada más de dos décadas antes.

Ya hemos observado, hasta aquí, la evolución a través del parentesco espiritual de una familia de origen vasco -al menos en parte-, así que resulta pertinente que, para completar el rompecabezas, dirijamos nuestra atención a una familia oriunda del otro gran foco de inmigración a Iguña, es decir, la comarca de Campóo y la zona norte de Burgos, como ya comentamos. No sólo eso, sino que en este caso se trata de una historia de ascenso en la escala social que permite la integración dentro del reducido grupo que conformaban las élites de este entorno rural. José de Cendrero, natural de Contreras (Burgos), desposa, en agosto de 1745, a Doña Gregoria Díaz de Terán, natural de la villa de Reinosa, donde tuvo lugar dicha ceremonia. Así, se establecen en Arenas, donde él ejercerá como boticario, oficio de reducido beneficio en este lugar “por ser partido corto y bastante estéril en la que no se practica ajuste ninguno”³⁰, por lo que complementaba su estipendio con lo obtenido del trabajo de ciertas tierras que había arrendado. Previamente a su matrimonio ya había vivido en este concejo durante varios años, periodo en el que nunca había sido llamado a la pila bautismal para ejercer de padrino. Sin embargo, tan solo unos meses después de los esponsales, Don José ya aparece como padrino, junto a su esposa, de un niño, Francisco Antonio, hijo de Francisco Gómez del Olmo, cirujano, una profesión profundamente asociada a la de boticario, de lo que se derivaría un trato cotidiano entre ambas familias. Tendrá Don José otros tres ahijados, siempre en compañía de su mujer, lo que nos lleva a inferir, junto a lo que veremos a continuación, un importante papel de ésta en la consolidación del capital social relacional de esta familia, de cuyo matrimonio sobreviviría tan solo un hijo. Pocos años después, Don José muere, y su viuda contrae muy pronto nuevas nupcias con otro boticario, Don Juan Manuel de Armañanzas, también natural de Burgos, aunque esta vez de la propia ciudad arzobispal. Juntos tendrán, entre 1757 y 1768, cuatro hijos, dos mujeres y dos varones, cuyos nombres, compuestos de dos, o incluso de tres elementos -como en el caso de María Brígida Apolonia-, nos remiten a un estrato socioeconómico que buscaba diferenciarse del de las familias de labradores que componían la mayor parte de la población local, como era la de Asensio Ugarte.

Se observa, una diferencia importante, asimismo, en el status de los padrinos propios de los hijos nacidos de este segundo matrimonio, pues parece que todos ellos pertenecen a la hidalguía infanzona a la que antes nos referíamos. Si aplicamos a los padrinos las mismas categorías que en el caso precedente se aprecia que este matrimonio cuenta con una red social de conocidos bastante mayor; de los ocho padrinos que eligen para sus hijos cuatro son del Valle de Iguña, dos del Valle de Anievas y otros dos de Reinosa. El criterio de paisanaje no parece que haya sido un condicionante importante, pues tan solo encontramos a dos padrinos que procedan del mismo lugar de origen que uno de los padres, en este caso por parte de la madre, si bien al menos uno de ellos es pariente suyo. Éste, llamado, Don Juan Díaz de Terán, se trata además de un clérigo -presbítero medio racionero-, una opción que se daba, si bien no era la más común, o al menos no desde que los padres conciliares determinaran la reducción a dos del número máximo de padrinos, lo que habría llevado a que los padres prefirieran encaminar la elección de los padrinos de sus hijos hacia aquellos sectores cuyo potencial relacional fuera lo más amplio posible, es decir a las familias de las élites³¹. El resto de padrinos de los hijos de este matrimonio habrían sido elegidos en razón de su calidad de vecinos pero, sobre todo, parece que respetando

³⁰ Archivo Histórico Provincial de Cantabria, Catastro de Ensenada, Leg. 53, fol. 339.

³¹ Una variable, la del padrinazgo eclesiástico, que por falta de espacio no hemos abordado, pero que se puede ver en Antonio IRIGOYEN LÓPEZ, “Ecclesiastical godparenthood in Early Modern Murcia”, en Guido ALFANI y Vincent GOURDON (Eds.), *Spiritual kinship in Europe, 1500-1900*, Ashgate, 2012. En mi Trabajo de Fin de Máster realicé asimismo una primera aproximación: Héctor F. SÁNCHEZ DIEGO, *El parentesco espiritual en la Cantabria Moderna: el papel del padrinazgo en el Valle de Iguña*, 2012. Disponible en línea en Repositorio Institucional de la UC. Consultado el 01 diciembre 2013.

URL: <http://repositorio.unican.es/xmlui/handle/10902/1480>

escrupulosamente en cuenta el criterio de la “endogamia espiritual”, del que ya hemos hablado. Y es que sin duda el elemento principal que diferencia a los Cendrero-Armañanzas-Díaz de Terán de los Ugarte-Revuelta es, como comentábamos, más que su procedencia, su status. Lo cierto es que su integración fue considerablemente rápida; y si consideramos, tal y como lo hacen Carvalho y Campos³², que ser elegido como padrino constituía un símbolo de prestigio, entonces este matrimonio, para ser un recién llegado, acumuló en pocos años un nada desdeñable capital social dentro de la comunidad local, como venimos observando. Entre 1751 y 1766 Don Juan Manuel y Doña Gregoria fueron elegidos como padrinos en un total de diecinueve ocasiones, cuatro de ellas de manera conjunta, y mientras que él en solitario fue elegido en otras cuatro ocasiones. Ella, por su parte, fue madrina por derecho propio en otros once bautismos, lo que constituye un diferencial importante, algo que me conduce a pensar, junto a lo ya expuesto, que Doña Gregorio fue la verdadera artífice o nodo social que permitió el ascenso de esta familia dentro del Valle de Igüña, en base a unos vínculos preexistentes con la comunidad, al menos en lo que a esta generación se refiere.

Respecto los descendientes de esta pareja -pues el hijo superviviente fruto del matrimonio con José Cendrero no volvería a aparecer en ninguna partida-, solo contamos con datos acerca del varón mayor, Juan Paulino de Armañanzas, quien, a la vista de la información de las partidas, se casa también con una mujer de Arenas, llamada María de Rasilla, no constando ya ninguno de los dos como “don” o “doña”. Sus tres hijos, dos mujeres y un varón, reciben como padrinos a vecinos del común del lugar, mientras que como madrinas encontramos a Doña Josefa de Quevedo, que lo había sido de la hermana de Juan, y nuevamente vuelve a ejercer dicho papel para las dos hijas mayores de éste. La madrina restante, Ángela Ruiz Carriedo, no solo era del común, sino que ni siquiera era natural del pueblo, pues procedía de San Pedro del Romeral. Parece que, aunque se ha producido la integración total de la familia en el Valle, su status parece haber empeorado, lo que afectaría a su vez a quienes eligen como padrinos. Paralelamente a la llegada de castellanos y vascos durante las últimas décadas del siglo llegaron al valle algunas familias de otras regiones, como Galicia, Asturias o Andalucía; e incluso algunas extranjeras, procedentes de Francia o Italia. En este último apartado hemos preferido realizar un acercamiento de tipo más cualitativo, que nos permitiera comprender la relación entre migraciones y parentesco espiritual de una manera más gráfica, pero en un futuro trataremos de hacer lo posible por conocer mejor los patrones desarrollados por todas estas familias y establecer pautas más generales.

CONCLUSIONES

En esta comunicación se presentan los primeros resultados de un análisis que abarca de 1619 a 1811, un espacio de tiempo lo suficientemente amplio como para poder observar las tendencias a largo plazo de un fenómeno con un profundo carácter social como el padrinazgo. Hemos escogido dos parroquias rurales cuyo tamaño nos permite con una mayor facilidad la combinación del análisis cuantitativo con el cualitativo, un enfoque que creemos es el más apropiado para tratar una temática como esta, puesto que a las estadísticas se les escapa en muchas ocasiones el factor humano. Gracias a esta conjunción de dato y número hemos podido establecer la importancia que jugaron determinados factores como el status, la parentela o el origen en la elección de los padrinos, tanto juntos, como por separado. Así, los hidalgos infanzones fueron una de las primeras opciones por parte del pueblo a la hora de elegir un buen padrino o madrina para sus hijos durante todo el periodo, si bien su influencia comenzaría lentamente a desdibujarse en las postrimerías del siglo XVIII. Es precisamente en esas últimas

³² Joaquim CARVALHO y, Rosario CÁMPOS, “Interpersonal networks and the archaeology of social structures; using social positioning events to understand social strategies and individual behavior”, *Revista de História da Sociedade e da Cultura*, nº 7, 2007, pp. 175-193.

décadas de nuestro estudio en las que se observa un ligero descenso en la presencia de familiares entre los padrinos, si bien habría que prolongar el análisis hasta un momento más avanzado del XIX para comprobar si esta tendencia se mantiene o es un punto de inflexión en relación con los cambios socioeconómicos que se producen con motivo de la apertura del Camino de Reínoša. A lo largo de esta comunicación hemos intentado explicar cómo el padrinazgo en la Edad Moderna fue una herramienta que trataba de mantener un complejo equilibrio entre élites y el pueblo, facciones familiares, foráneos y naturales y, por supuesto, sociedad e individuo, favoreciendo en términos generales la cohesión social. Finalizamos aquí llamando la atención sobre la riqueza del estudio del parentesco espiritual y el padrinazgo como fenómeno histórico, que cuenta con multitud de dimensiones de análisis que no se encuentran en absoluto agotadas, tal y como se desprende del presente trabajo.

EL CONDE DE TORENO. ESTRATEGIAS FAMILIARES Y REDES SOCIALES

Pelayo Fernández

Universidad de Oviedo

BREVES ANTECEDENTES HISTORIOGRÁFICOS, METODOLOGÍA Y BASE DOCUMENTAL

La familia Queipo de Llano, cuyos orígenes más próximos podrían ser delimitados en 1526 con la creación de su mayorazgo, es una de las más notables dentro del ámbito de la nobleza asturiana. Como tal, ha sido estudiada a través del tiempo desde distintos puntos de vista. Los miembros de la misma que han ido alcanzando distintos puestos de importancia política o religiosa se han visto reflejados a lo largo de los siglos en distintas obras, ya fuese de forma biográfica o enumerándolos dentro de distintos colectivos (como aquellos ostentando hábitos de caballería) pero sin centrarse específicamente en la propia familia. Una mirada más atenta, desde el punto de vista genealógico, la encontramos en el *Blasón de España* de Augusto de Burgos (1860), si bien sólo mencionando al linaje más próximo a los condes de Toreno y su ascendencia directa. Durante el último siglo, hemos podido encontrar diversos análisis más en profundidad de la familia Queipo de Llano, tanto desde el punto de vista de su patrimonio material como de su ascenso social y su servicio a la corona, dentro de estudios más amplios como *Nobleza y poder en la Asturias del Antiguo Régimen* (KRK, 2007) o *Nobleza y ejército en la Asturias de la Edad Moderna* (KRK, 2007).

El presente estudio trata de complementar, en cierta medida, estos análisis previos, a través de la metodología de redes y mediante un corpus documental muy concreto como es la correspondencia del I conde de Toreno. Utilizando la metodología de redes para aprender más acerca del entorno familiar de Don Álvaro Queipo de Llano y Bernaldo de Quirós, I conde de Toreno, se aspira a comprender mejor la extensión y hasta cierto punto de la influencia de esta familia a principios del siglo XVII. Fundamentalmente, el estudio se ha realizado a partir de la reconstrucción de una red egocentrada en torno a D. Álvaro, sin descender demasiado en profundidad dentro de un análisis cualitativo de las relaciones que allí se indican. El contenido de la correspondencia que aquí se ha trabajado, no obstante, si se ha utilizado de forma más superficial para resaltar los ámbitos de influencia dentro de la citada red.

El corpus documental del que parte este estudio procede del archivo de la Casa de Toreno, más concretamente la correspondencia relativa al período del I conde de Toreno. La presente investigación fue hecha y presentada sobre lo que se creía era la totalidad de esta correspondencia, sin embargo, una investigación posterior desveló aún nueva correspondencia recibida y emitida por el I conde de Toreno, así como cartas entre otros corresponsales pertenecientes al mismo periodo, que elevaba el total a 610 cartas procedentes de 195 corresponsales. Por esta razón, este estudio se centra únicamente en aproximadamente dos tercios de este corpus documental, localizado cronológicamente entre los años 1635 y 1662 y compuesto por 442 cartas de la mano de 133 distintos corresponsales.

Esta correspondencia no está relegada únicamente al Principado de Asturias, sino que procede de muy variados puntos de la Península Ibérica e incluso más allá (como es el caso de distintas cartas procedentes de Roma). No obstante, se ha trabajado con una muestra menor dentro de este conjunto de correspondencia, limitándose a trabajar con aquellos que comparten

lazos familiares con D. Álvaro Queipo de Llano y Bernaldo de Quirós, el que devendría (en un periodo posterior al de estas cartas) en I conde de Toreno. Así, el análisis concreto correspondiente a este estudio se ha realizado sobre 139 cartas procedentes de 32 corresponsales: 17 dentro de la familia de sangre del conde (con una producción de 81 cartas) y 15 entre su familia política (habiendo producido 58 cartas). Como puede observarse, y aunque será actualizado más adelante con la nueva información obtenida, esta investigación parte de una rica base documental que permite un estudio serio de las relaciones de D. Álvaro. A continuación, exponemos dos tablas en las que puede verse la relación numérica entre cartas y corresponsales, en ambos casos.

Familia de sangre		
Corresponsal	Cartas enviadas	Cartas recibidas
Gutierre de Argüelles y Valdés	3	1
Catalina del Espíritu Santo	1	-
Diego García de Tineo y Llano	1	-
Juan González de Uzqueta y Valdés	2	-
Melchora de Heredia y Bernaldo	1	1
Fernando de Llano y Valdés	8	1
Juan Queipo de Llano y Navia	2	1
Francisco de Llano y Valdés	8	2
Ares de Omaña y Queipo	1	-
Antonio Valdés Herrera	4	2
Juan Queipo de Llano y Flores	11	6
Antonio Queipo de Llano	1	-
Diego Queipo de Llano	4	-
Fernando Queipo de Llano y Valdés	27	-
Fernando de Valdés y Llano	1	-
Fernando Queipo de Llano y Lugo	3	-
Suero Queipo de Llano	3	-
	81	14

Familia política		
Corresponsal	Cartas enviadas	Cartas recibidas
Francisco de Zúñiga (abad de la Banza)	1	-
Juan Aleña Vega Arango	1	-
Alonso Carreño de las Alas	2	-
Ana María Josefa de Chaves y Lugo	2	-
Francisco Alonso de Cívico	2	1
Francisca Flórez de Valdés	1	-
Fernando García de Doriga	12	9
Diego López de Zúñiga	2	-
Juan de Lugo y Quiroga (cardenal de Lugo)	8	6
Francisco de Lugo y Quiroga (padre de Lugo)	5	1
Francisco de Lugo y Puebla	14	-
Martín de Lugo	2	2
Fernando de Malleza Oronte	2	1
Pedro Manso y Zúñiga	1	-
Manuel de Zúñiga y Acevedo	3	1
	58	21

Es necesario matizar ciertas cosas. Por un lado, mencionar qué hemos entendido por familia a la hora de seleccionar los corresponsales. La división entre familia de sangre y familia política parece, a priori, obvia, pero no está exenta de elementos limítrofes: por ejemplo, Francisca Flórez de Valdés posee vínculos de sangre con D. Álvaro; sin embargo, es agrupada con su familia política por ser al mismo tiempo su cuñada. La familia (tanto política como de sangre) es identificada principalmente (aunque no necesariamente de forma única) por sus apellidos (Queipo de Llano, Llano o Valdés en el caso de la familia de sangre; Lugo y Zúñiga respecto a la política), o bien por referencias explícitas dentro del contenido de las cartas, fórmulas de cortesía o expresiones tales que indiquen una relación familiar.

En ocasiones, se encuentran corresponsales que no parecen corresponderse a ninguno de los casos anteriormente expuestos, pero que sin embargo se encuentran en estrecha relación con la familia de sangre D. Álvaro o su familia política. En el caso de Gutierre de Argüelles y Valdés, pese a su intermediación entre éste y el cardenal de Lugo, he decidido clasificarlo como familia de sangre por la importante relación de los Queipo de Llano con la familia Valdés, que será posteriormente analizada; en el de Francisco Alonso de Cívico, pasa al grupo de la familia

política por hallarse no sólo en contacto con el citado cardenal, sino por señalar una relación familiar directa con doña Inés de Zúñiga (2ª esposa de D. Álvaro) y sus hijos. El conde de Monterrey (Manuel de Zúñiga y Acevedo) y el obispo de Oviedo (Antonio Valdés Herrera), a pesar de no expresar vínculos familiaridades o familiaridad alguna, son posicionados dentro de la familia política y de sangre respectivamente por sus apellidos. Individuos como Juan Aleña Vega Arango, Alonso Carreño de las Alas, Fernando García de Doriga o Fernando de Malleza Oronte son contabilizados como por familia política, por emparentarse con el conde a través de matrimonios de familiares de sangre, en mayor o menor grado.

Debe resaltarse igualmente, respecto a la tabla precedente, la fila referente a las cartas recibidas por los corresponsales. Se expone allí una muestra numérica que no debe ser tomada al pie de la letra, puesto que, a excepción de Juan Queipo de Llano y Navia (obispo de Guadix, del que hemos podido consultar su correspondencia), no sabemos a ciencia cierta cuantas cartas habían recibido procedentes de D. Álvaro. El número presente parte, con la excepción ya señalada, de la propia correspondencia emitida por ellos, en donde mencionan haber recibido determinadas cartas de D. Álvaro en momentos concretos.

Por último, y puesto que el análisis de este epistolario tan sólo incluye a las personas con la que D. Álvaro se relacionaba a través de sus cartas, no debemos presuponer que esta red egocentrada sea perfecta.⁴⁸⁹ Lógicamente, no refleja las relaciones que, por su proximidad geográfica, no se comunican por carta. Afortunadamente, la dispersión geográfica de la influencia de los Queipo de Llano en el caso que estudiamos es lo bastante amplia como para permitirnos tener en cuenta un nutrido grupo de familiares de D. Álvaro, lo que permite solventar en cierta forma estos puntos muertos por otra parte inevitables por la inexistencia de fuentes documentales con la familia más cercana, físicamente hablando.

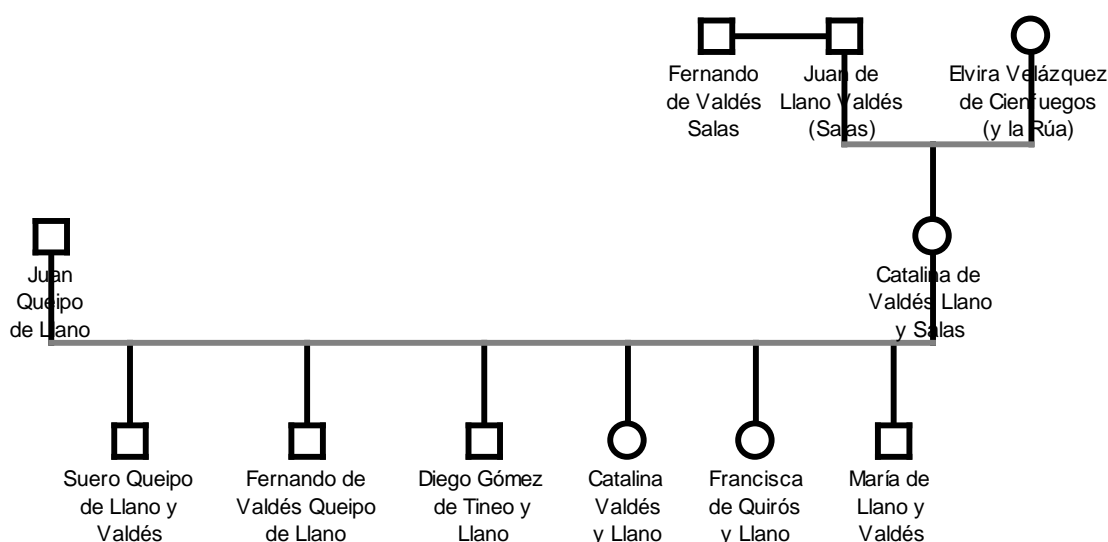
ORIGEN Y DESARROLLO DE LA FAMILIA QUEIPO DE LLANO

Aunque la fundación del mayorazgo de la familia Queipo viene fundado por Suero Queipo y María Alfonso en 1526, tuvo varias agregaciones posteriores. La mayor parte de su patrimonio material se encontraba en Asturias, en el partido de Cangas y Tineo y en los valles de Laciana, pero también más allá del Principado, en la comarca del Bierzo y diversos juros en Sevilla (donde los Queipo habían depositado diversos intereses). En 1592, la segunda, Juan Queipo de Llano mejora en el tercio y remanente del quinto de todos sus bienes a su primogénito, el capitán Suero Queipo de Llano, quien lo trasladaría a su hijo Suero Queipo de Llano y Bernaldo de Quirós. Al morir éste sin descendencia lo transmitiría a su hermano Álvaro Queipo, el que nos ocupa, quien la aumentaría igualmente. Su tío, Fernando Queipo de Llano y Valdés, agregaría en 1639 el patronato y presentación de la parroquia de Santa María Magdalena de Cangas de Tineo, cuya iglesia había fundado el año anterior. Igualmente poseían cargos públicos a nivel regional y local, que se habían comprado durante la última mitad del siglo XVI en Cangas y Tineo, fortaleciendo el control sobre su casa y patrimonio. A esto se le unía, por parte de D. Álvaro a finales del mismo año, el señorío de Toreno y Tombrío de Abajo en Ponferrada, que les otorgaba el derecho a administrar justicia y la percepción de derechos señoriales como nombrar a jueces, escribanías y otros cargos (derechos de los que ya gozaban en Cangas). Todo esto se combinaba con su creciente influencia en la Corte, así como la obtención de distintos

⁴⁸⁹ José María IMÍZCOZ BEUNZA, "Las redes sociales de las élites. Conceptos, fuentes y aplicaciones", en Enrique SORIA MESA, Juan Jesús BRAVO CARO, y José Miguel DELGADO BARRADO (coord.), *Las élites en la época moderna: la monarquía española: Nuevas perspectivas*, vol.1, Universidad de Córdoba, Córdoba, 2009, p. 103.

puestos de poder político y religiosos por distintos miembros del linaje, que ya se citarán posteriormente.⁴⁹⁰

De la genealogía del primer conde de Toreno, mencionaré desde su ya citado abuelo paterno, resaltando personas concretas que podrían actuar como semáforos de atención más adelante. Fue su abuelo don Juan Queipo de Llano, señor de la casa de los Queipos, y su abuela D^a Catalina de Valdés Llano y Salas, sobrina segunda del arzobispo de Sevilla, D. Fernando de Valdés. Generalmente se suele identificar éste parentesco como el principio del acceso de la Casa a distintos colegios mayores y menores en Salamanca y Valladolid⁴⁹¹ e, indudablemente, puede ser contemplado como un punto de inflexión dentro de la trayectoria de la familia Queipo de Llano. No olvidemos los méritos de Fernando de Valdés, protegido del cardenal Cisneros, quien fue obispo sucesivo de Elna, Orense, Oviedo, León, Sigüenza, arzobispo de Sevilla, presidente de la Real Chancillería de Valladolid, inquisidor general, presidente del Consejo de Castilla y consejero del Consejo de Estado.



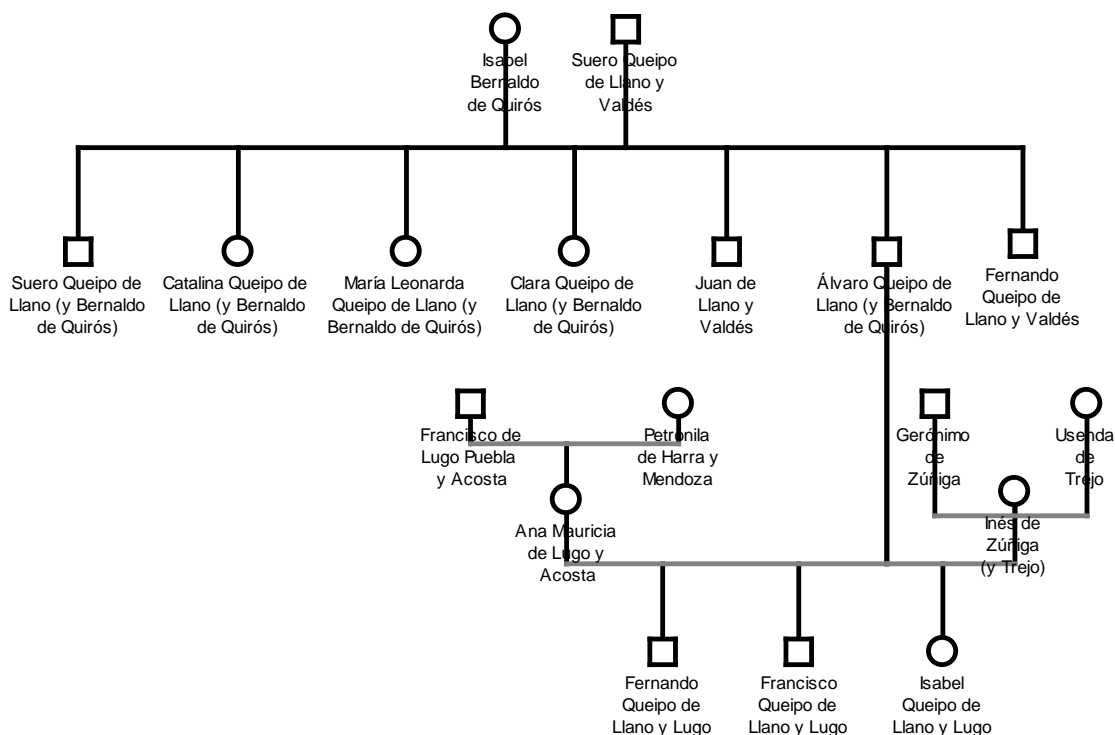
No resulta extraño que este matrimonio actuase como un elemento importante para la familia Queipo de Llano, como resultado de la construcción de una red de alianzas nobiliarias. Las alianzas de los notables configuraban redes de parentesco vinculando las casas más preeminentes de una comunidad⁴⁹², y en este caso, elevándolas más allá de los límites locales al acercar a los miembros de la familia al entorno de los altos cargos administrativos y religiosos peninsulares. A este respecto destaca D. Fernando de Valdés Queipo de Llano (obispo sucesivo de Teruel, León y Sigüenza, arzobispo de Granada y presidente de Castilla), tío del conde, nacido del matrimonio ya citado. Al menos tres nietos de D. Juan y D^a Catalina obtendrían igual preponderancia en el ámbito eclesiástico: D. Juan Queipo de Llano y Navia sería obispo de Guadix y Coria, Juan Queipo de Llano Flórez obispo de Pamplona y de Jaén y presidente de la Chancillería de Valladolid, y D. Fernando Queipo de Llano inquisidor de Valladolid; los tres aparecen directa o indirectamente ligados a la correspondencia del I conde.

⁴⁹⁰ Marta LÓPEZ BAAMONDE, "Los Queipo de Llano, condes de Toreno: servicios a la monarquía" en María Ángeles FAYA DÍAZ y Evaristo MARTÍNEZ-RADIO (coords.), *Nobleza y ejército en la Asturias de la Edad Moderna*, Oviedo, ediciones KRK, 2008, pp. 217-219.

⁴⁹¹ *Ibidem.*, p. 215.

⁴⁹² José María IMÍZCOZ BEUNZA, "Familia y redes sociales en la España Moderna", en Francisco Javier LORENZO PINAR (ed.), *La familia en la historia*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2009, pp. 146-147.

Exceptuando a D. Fernando, la política matrimonial de los hijos de este matrimonio fue la típica entre los miembros de la nobleza local, estrechando lazos con familias que en ocasiones ya estaban emparentadas entre sí. D. Diego Gómez de Tineo y Llano casó con D^a Teresa de Llano (fundando la casa de Abdalid, posteriormente refundida en la de los condes de Nava), y D^a María de Llano y Valdés contrajo matrimonio con D. Francisco García de Doriga. El capitán Suero Queipo de Llano, primogénito de D. Juan y D^a Catalina, hizo lo propio casándose con D^a Isabel Bernaldo de Quirós; una unión de la que nació D. Suero Queipo de Llano (caballero de Santiago, casado con Francisca Flores Valdés, señora de la casa de Piedrafita, sin descendencia), D^a Catalina (que casó con D. Lope de Omaña, señor de la casa de Omaña), D^a Clara (que casó con D. Sancho de Merás) y D. Álvaro (el que nos ocupa). El resto de hijos se dedicaron a la vida religiosa o (como D. Fernando) tuvieron matrimonios extralocales.



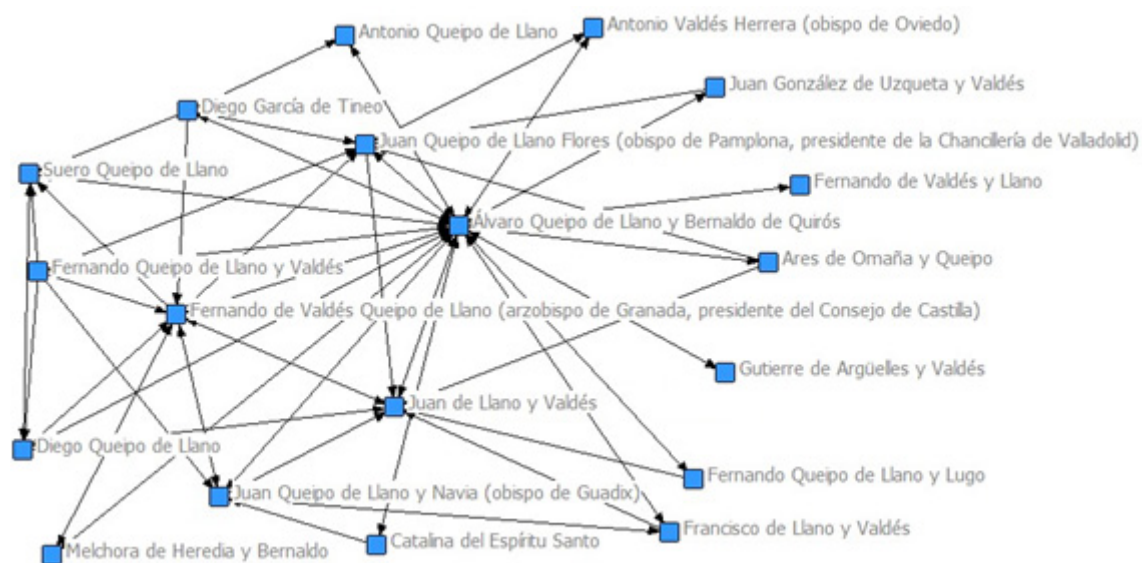
Don Álvaro Queipo de Llano y Bernaldo de Quirós, futuro I conde de Toreno, casaría a su vez dos veces. La primera, con D^a Ana Mauricia de Lugo Puebla y Acosta, señora de la casa de Lugo, hija de D. Francisco de Lugo Puebla y Acosta, veinticuatro de Sevilla, y de D^a Petronila de Harra y Mendoza, su mujer. Del primer matrimonio nacieron D. Fernando (futuro II conde de Toreno), D. Francisco (caballero de la orden de Santiago y maestre-escuela de Sevilla) y D^a Isabel (que heredaría el señorío de Llansol de Torella en el reino de Valencia a la muerte de su esposo D. Antonio de Calatayud y Toledo). El segundo matrimonio tuvo lugar con D^a Inés de Zúñiga y Trejo, señora de Valparaíso, hija legítima y de legítimo matrimonio de D. Gerónimo de Zúñiga (caballero de Calatrava) y D^a Usenda de Trejo, y no se le conoce descendencia (aunque por las cartas, hay sospechas de muertes infantiles en el seno de la familia).⁴⁹³ No obstante, es reseñable señalar en relación a este enlace que D^a Inés era sobrina del cardenal Gabriel de Trejo, presidente

⁴⁹³ Augusto de BURGOS, *Blasón de España: libro de oro de su nobleza: reseña genealógica y descriptiva de la Casa Real, la grandeza de España y los títulos de Castilla*, vol. 6, Madrid, Imprenta y estereotipia de M. Rivadeneira, 1860, pp. 135-137.

del consejo de Castilla entre 1627 y 1629, lo que suponía otra vía de influencia dentro de la administración castellana para D. Álvaro⁴⁹⁴.

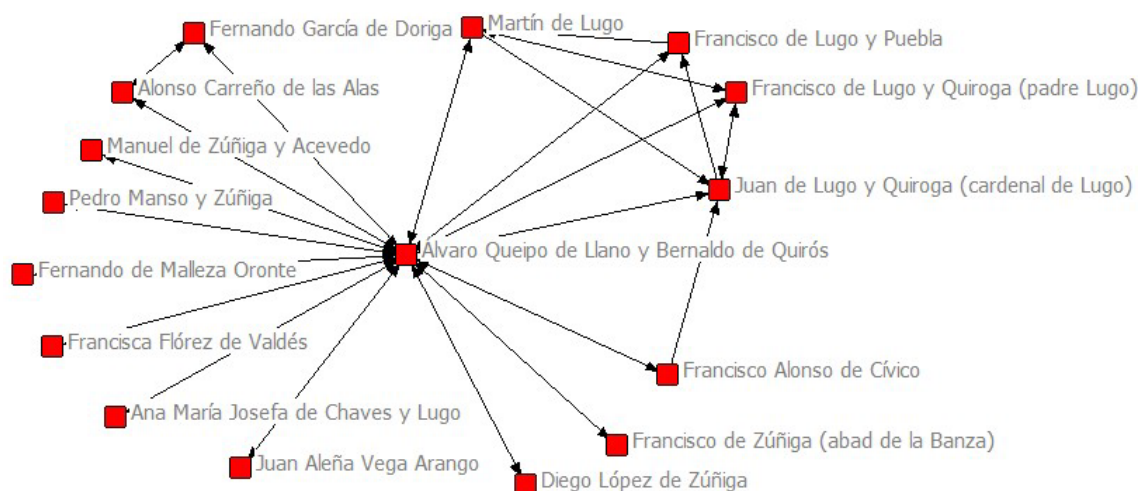
INTERACCIONES DEL I CONDE DE TORENO

En el siguiente apartado, como ya se había adelantado previamente, reconstruiremos una red egocentrada en D. Álvaro Queipo de Llano y Bernaldo de Quirós, basándonos en los vínculos familiares mostrados a través de su correspondencia. En un primer momento reconstruiremos una representación gráfica entre el futuro I conde de Toreno y su familia de sangre, para después hacer lo propio con su familia política, intersectando ambas variables para finalizar. El resultado, unido a un cierto análisis cualitativo, debería proporcionarnos una visión más nítida del ámbito de influencia del I conde y sus familiares.

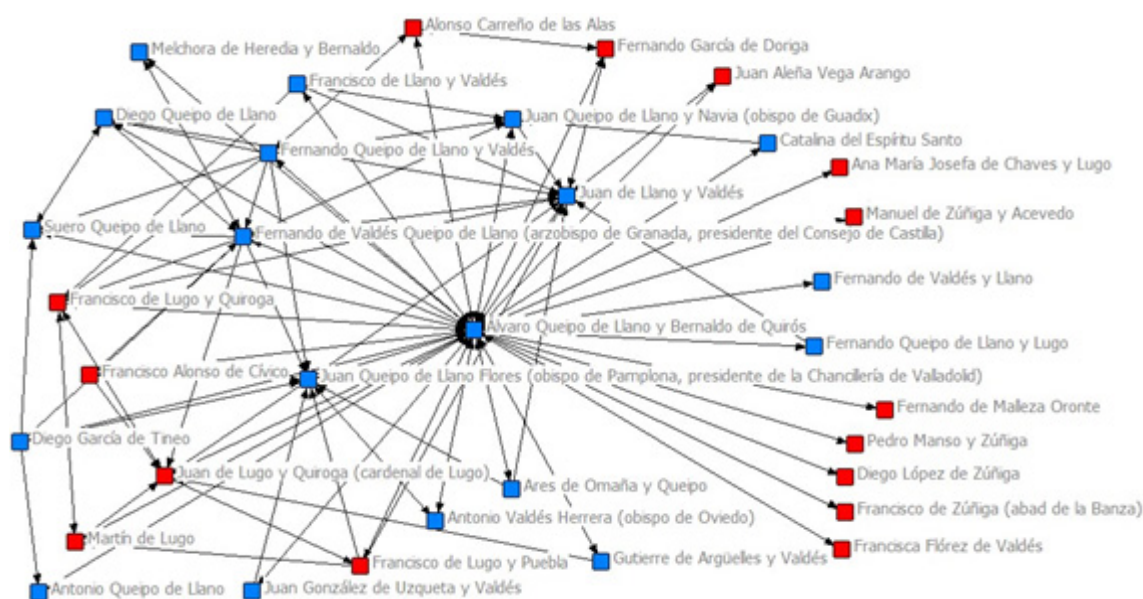


En esta gráfica podemos observar como el nodo principal es D. Álvaro, algo lógico en el momento en el que sabemos que todas las demás personas son corresponsales con respecto a él. Sin embargo, podemos ver igualmente, de forma muy visual, a los nodos que gozan también de un mayor número de conexiones con otros corresponsales, y éstos se corresponden no sólo a familiares más cercanos a D. Álvaro, sino más concretamente a aquellas personas que se encuentran en altas posiciones dentro de la administración, la Iglesia o ambas. Este es el caso de Juan Queipo de Llano Flórez (obispo de Pamplona y Jaén, y presidente de la Chancillería de Valladolid), Fernando de Valdés Queipo de Llano (arzobispo de Granada y presidente del Consejo de Castilla) o Juan de Llano y Valdés (padre jesuita).

⁴⁹⁴ Marta, LÓPEZ BAAMONDE, "Los Queipo de Llano [...]", Op. cit., p. 222.



En el segundo gráfico pueden encontrarse un número bastante mayor de corresponsales independientes unos de otros, y que sólo tienen en común su conexión con D. Álvaro (aparecen excepciones, no obstante, como Alonso Carreño de las Alas, Fernando García de Dóriga o Juan Aleña Vega Arango). Sin embargo, la parte izquierda de la gráfica resalta una conexión dentro de la familia de Lugo y un individuo afín a ella (como es Francisco Alonso de Cívico). Francisco de Lugo y Puebla sirve de vínculo a D. Álvaro con sus parientes Juan y Francisco de Lugo y Quiroga, ambos en importantes puestos eclesiásticos: Juan, como cardenal, participó en el cónclave que eligió a Inocencio X como Papa; Francisco en la congregación jesuita para escoger general. Ambos ofrecen favores a cambio de conseguir mejoras en la estancia del cardenal en Roma, en el caso más claro de economía moral dentro de este segmento de la correspondencia de D. Álvaro. Podemos encontrar una relación (si bien indirecta) entre sus dos familias políticas (fruto de los dos matrimonios de D. Álvaro) a través de Pedro Manso y Zúñiga. Éste se ofrece en servicio para el cardenal de Lugo en relación con el arcedianato de Lorca en Cartagena concedido por el Papa, pero no de forma directa, sino actuando D. Álvaro como intermediario.



En el último gráfico, en el que hemos fusionado la familia de sangre de D. Álvaro (en azul) con la familia política (en rojo), podemos observar como las tendencias que hemos señalado

por separado confluyen en cierta forma. Es importante observar como los dos grupos familiares del conde no son compartimentos estancos: tanto la familia de Lugo (especialmente los religiosos) como los miembros de la Queipo de Llano en mayor posición de poder ganan en interacciones con nuevos corresponsales, muy especialmente entre sí, reforzando una preponderancia que ya se había hecho destacar por separado.

No obstante, una influencia familiar ya preexistente en la Corte no implica, necesariamente, que D. Álvaro no tuviese influencia propia. Al contrario, numerosos corresponsales le escriben con la intención obtener de él favores y mercedes directos, no como intermediario ante terceras personas. Aunque sin duda entró en contacto con el mundo cortesano arropado por sus familiares, D. Álvaro hizo amplios méritos propios a la Corona durante toda su vida. La obtención del condado de Toreno en 1659 (a la que había precedido la compra del cargo de alférez mayor de la Junta General del Principado de Asturias en 1636, la obtención del señorío de Toreno en 1639 y la previa concesión del vizcondado de Matarrosa en 1657) vino justificada por parte de Felipe IV “teniendo en consideración a lo que me aveis servido en todo lo que os he encomendado con satisfacion mia”, ya que previamente, D. Álvaro había servido como gentilhomme y concertador de privilegios suyo (1634), consejero de Hacienda y corregidor de Málaga, Granada (1637) y Madrid (1644 y 1654).⁴⁹⁵ Aunque no aparece mencionada en la correspondencia, nos consta que como corregidor de Granada, D. Álvaro reclutó 1.000 hombres para la guerra de Portugal, y aún volvió como tal tras el corregimiento de Madrid, a fin de atajar un amotinamiento en Granada derivado de una baja de la moneda de vellón y la consecuente paralización de las actividades mercantiles.⁴⁹⁶

En la correspondencia podemos encontrar numerosas referencias a sus obligaciones para la Corona, resaltando distintos campos de influencia: cobranza a los prestamistas de la familia Fugger (un encargo revisado por Fernando de Llano y Valdés), referencias a las cosechas del trigo y la cebada en el sur peninsular (Fernando de Llano y Valdés, Martín de Lugo o Francisco de Lugo y Puebla nos dan información de problemas con las cosechas o el comercio, a este respecto, a veces en relación con la llegada y partida de los galeones a Sevilla), de juros (con su suegro) o los más delicados como servicio a la Corona (a juzgar por la premura que se les da al mencionarlos), como son la compra de caballos (tema tratado con Juan González de Uzqueta y Valdés y Manuel de Zúñiga y Acevedo), la aportación de dinero para los galeones o la leva, reclutamiento y remisión de soldados (mencionada por Fernando de Llano y Valdés, Francisco de Lugo y Puebla y de nuevo Manuel de Zúñiga). Esta última se realizaba en distintos lugares (Cartagena, Málaga) con distintos destinos (Italia y Portugal), y se sabe que D. Álvaro también dispuso la orden del Rey de excusar al servicio militar a los caballeros de hábito siempre y cuando sustentara a sus sustitutos con 15 ducados (la paga de un mes).

Por último, mencionar que existe un caso concreto que liga a algunos de los miembros más cercanos de la familia (tanto política como de sangre) de D. Álvaro. Es bien sabido que los valores de economía moral que sustentaban las redes relacionales familiares en esta época eran inculcados desde edades tempranas por diferentes vías, siendo una de las más importantes el enviar a los niños a casa de unos parientes a cuya autoridad quedaban sometidos, con la correspondiente creación de relaciones de dependencia y patrocinio, respectivamente.⁴⁹⁷ En relación con esto encontramos menciones dentro de las cartas con respecto a los dos hijos varones de D. Álvaro, Fernando y Francisco, que permanecen separados de su padre durante la

⁴⁹⁵ María Ángeles FAYA DÍAZ, “La nobleza asturiana: servicio a la Corona y ascenso social” en María Ángeles FAYA DÍAZ y Evaristo MARTÍNEZ-RADIO (coords.), *Nobleza y ejército en la Asturias de la Edad Moderna*, Oviedo, 2008, ediciones KRK, p. 163.

⁴⁹⁶ LÓPEZ BAAMONDE, Marta; “Los Queipo de Llano, condes de Toreno: servicios a la monarquía” en FAYA DÍAZ, María Ángeles y Evaristo MARTÍNEZ-RADIO (coords.), *Nobleza y ejército en la Asturias de la Edad Moderna*, Oviedo, 2008, ediciones KRK, pp. 221.

⁴⁹⁷ José María IMÍZCOZ BEUNZA, “Familia y redes sociales...”, Op. cit., 2009, p. 157.

mayoría del tiempo. Las cartas nos muestran como en un principio permanecen en Asturias (a lo que el cardenal de Lugo se opone, puesto que no lo considera un entorno digno para su crianza), hasta que se trasladan a vivir a Sevilla junto a su abuelo, Francisco de Lugo y Puebla. Es desde allí donde recibimos noticias de su formación, su desarrollo y su alfabetización (incluyendo cartas manuscritas de Fernando), aunque el conde no deja de recibir noticias de ellos también por parte de otros familiares que las recibieron a su vez de Francisco de Lugo, o por contacto directo con la familia.

CONCLUSIONES

La familia Queipo de Llano había sido estudiada, hasta la fecha, principalmente desde el punto de vista genealógico y material. No obstante, el análisis de la correspondencia del I conde de Toreno nos permite observar, de forma limitada, una red de favores y servicios que no había sido estudiada aún en esta familia nobiliaria asturiana, y que se extiende mucho más allá de su patrimonio material. A pesar de ser ésta una red egocentrada en el I conde, ya hemos situado al origen de sus influencias más allá del ámbito local, varias generaciones por detrás.

Durante el s. XVI, la Corte del monarca comenzó a ejercer una atracción para la nobleza, que vio sus intereses más ligados a los del soberano y su gobierno. En consecuencia, se crearon vínculos entre individuos de poder situados en la Corte del rey y las élites locales de los territorios provinciales de la Península. Estas redes clientelares diferenciaban espacios de poder y reforzaban el prestigio de ambas partes involucradas, en sus respectivos contextos,⁴⁹⁸ pero en la mayoría de los casos no dejaban de ser meros contactos con las verdaderas fuentes de poder cortesano, no auténticos participantes. Sin embargo, José María Imízcoz ya señaló un proceso según el cual, desde finales del siglo XVII al XVIII se produjo un proceso de transición de nuevos grupos hacia los puestos de poder de la monarquía castellana. Los protagonistas de este proceso se caracterizaban, según Imízcoz, por pertenecer a la pequeña y mediana nobleza de la periferia peninsular, especialmente entre los territorios hidalgos del norte de la Península Ibérica. Estas familias superaron sus tradicionales marcos de influencia extendiéndose a toda la monarquía católica y (en ocasiones) su imperio colonial, y una vez establecidos, tendieron a proteger y auspiciar el ascenso de sus propios parientes. Estas familias no sólo se reprodujeron socialmente en la administración, sino también dentro del alto clero, todo lo cual facilitó una dinámica de intercambios de favores y apadrinamiento de parientes que se mantuvo durante más de un siglo.⁴⁹⁹

La red de influencias que hemos estudiado tiende a perpetuarse y aumentar según el proceso señalado por Imízcoz, si bien encontramos que en el caso de los Queipo de Llano (aún es pronto para dictaminar si este fenómeno podría abarcar más casos en el territorio asturiano) no comienza a finales del siglo XVII, sino más bien a principios de éste, si no a finales del XVI. Esta red de favores tiene un centro importante en D. Álvaro, pero existen nodos de gran influencia de sus numerosos parientes en altos puestos eclesiásticos (y en menor medida, administrativos), que redundan (o intentan ser utilizados) por parte de parientes más lejanos.

A través de esta correspondencia, nos encontramos con que parece predominar más la economía moral que el conflicto en el seno de esta familia. La economía moral se sustentaba por un entramado de intercambios, solidaridades y reciprocidades dentro de la familia, de tal forma que las relaciones de confianza y respeto que ello creaba suponían el núcleo para el buen funcionamiento de las dinámicas familiares.⁵⁰⁰ No pocos casos encontramos en donde las cartas

⁴⁹⁸ *Ibidem*, pp. 181-182.

⁴⁹⁹ José María IMÍZCOZ BEUNZA, "Élites administrativas, redes cortesanas y captación de recursos en la construcción social del Estado Moderno" en *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, N° 19, 2007, pp. 12-16.

⁵⁰⁰ José María IMÍZCOZ BEUNZA, "Familia y redes sociales...", Op. cit., 2009, pp. 153.

únicamente se refieren al hecho de ponerse al servicio de D. Álvaro, reiterando los favores que le deben, tanto en el seno de la familia política (Ana María Josefa de Chaves y Lugo, sobrina política) como en la de sangre (Antonio Valdés Herrera, obispo de Oviedo; Antonio, Diego y Suero Queipo de Llano, etcétera), si bien suelen ser más abundantes aquellos que piden directamente favores y mercedes (sin dejar por ello de recordar las deudas que tienen para con D. Álvaro).

Como mucho, respecto a conflicto, encontramos negativas a favores por imposibilidad de concederlos, o excusas ante peticiones reiteradas con la fórmula “disculpe vuestra merced estos enfados”. Las mayores tiranteces las encontramos tras la muerte de Fernando de Llano y Valdés, arzobispo de Granada y los trámites en relación a su testamento, pero nunca parece darse a entender que haya habido una ruptura de relaciones dentro del seno familiar, ni siquiera un conflicto abierto. Participan en este tema corresponsales como Juan Queipo de Llano Flores (obispo de Pamplona, mencionado como fuente de cierta discordia de acuerdo al testamento), Juan Queipo de Llano y Navia (obispo de Guadix) y Diego García de Tineo y Llano.

Podemos apreciar como un paso previo para emprender la carrera administrativa o eclesiástica, y que por tanto puede ser considerado como el primero en el proceso de protección y elevación familiar, es la entrada en colegios mayores de Valladolid y Salamanca y en el menor de San Pelayo en Salamanca. Estos asuntos se tratan únicamente en la correspondencia desde la familia de sangre (con menciones de Juan Queipo de Llano Flores, Juan de Llano y Valdés, y Fernando de Llano y Valdés), mientras que se aprecia un esfuerzo también desde la política en el caso de la obtención de distintos hábitos de caballería, un paso tan importante como los colegios universitarios para medrar posteriormente en la Iglesia o la Corte real.⁵⁰¹

Respecto al hábito de la orden de Santiago, los Queipo de Llano parecían especialmente ligados a obtenerlo. Tres generaciones directas lo consiguieron (D. Suero, padre del primer conde, en 1626, el mismo conde en 1633, y su hijo Fernando en 1637), pero también otros parientes, como Fernando Arango y Queipo (tío segundo del primer conde, que llegaría a obispo de La Paz y Charcas), Arias Omaña y Queipo (pariente lejano), Rodrigo Queipo de Llano (en 1639, primo del primer conde), siendo éstos los más notables para el caso que nos ocupa.⁵⁰² En este sentido, podemos ver como no siempre existe una relación directa entre la concesión de estos títulos y los méritos propios (aunque existen casos, como el del propio I conde), sino que generalmente se obtienen por méritos de un familiar, influencias en la Corte, o ambas (como es el caso de Fernando Queipo de Llano, segundo conde de Toreno, que obtuvo su hábito de Santiago con 4 meses de edad).⁵⁰³

Así, encontramos un esfuerzo por parte del conde y sus familiares para obtener un hábito indeterminado para su suegro, Francisco de Lugo y Puebla (quizás para facilitar la obtención del hábito de sus nietos, estas diligencias fueron llevadas por Francisco de Llano y Valdés, y con la colaboración de Fernando de Llano y Valdés). Consta ampliamente el poder e influencia del arzobispo de Granada, su poder en la corte y su apoyo a familiares. Sabemos que el hábito de Santiago le fue concedido a Rodrigo Queipo de Llano por propuesta suya, e igualmente por su intercesión obtuvo el primer conde dos escribanías del juzgado de la alcaldía mayor de Cangas y Tineo.⁵⁰⁴ Lo más notable, no obstante, es el envío de testimonios de la Inquisición con genealogías de Francisco por parte de su abuelo materno (el citado Francisco de Lugo y Puebla), relacionándolo directamente con su hermano Fernando, seguramente en un intento de obtener un hábito de caballería para su segundo hijo varón (algo que no nos consta consiguiese, si bien sí

⁵⁰¹ María Ángeles FAYA DÍAZ, “La nobleza asturiana...”, 2008, pp. 155-157.

⁵⁰² María Ángeles, FAYA DÍAZ y Lidia ANES FERNÁNDEZ, *Nobleza y poder en la Asturias del Antiguo Régimen*, Oviedo, 2007, ediciones KRK, pp. 100, 107 y 109.

⁵⁰³ María Ángeles FAYA DÍAZ, “La nobleza asturiana...”, 2008, pp. 155.

⁵⁰⁴ *Ibidem.*, pp. 163.

sabemos que terminaría convirtiéndose en maestreescuela de Sevilla, ya fuera por influencia de su padre, su abuelo, o ambos).

Si bien la rama principal (continuadora del condado de Toreno) tendrá un papel más limitado, sabemos que las ramas menores de los Queipo de Llano aún continuarán ejerciendo importantes cargos administrativos y religiosos durante el resto del s. XVII y todo el XVIII.⁵⁰⁵ Si los siguientes condes de Toreno se mantuvieron en cierta forma más aislados de la corte madrileña, es de suponer que revertirían a la situación habitual entre la nobleza periférica durante el XVI; es decir, las ramas menores actuando como intermediarios cortesanos para reforzar los intereses e influencias provinciales de la familia Queipo de Llano en el Principado. En este sentido, continuar estudiando la correspondencia de estos condes puede ser fundamental para dar validez a esta hipótesis y entender este proceso.

Respecto al entorno del I conde, esta investigación es sólo un primer paso: un análisis del resto de cartas de D. Álvaro recibidas por sus familiares nos permitiría comprender más en profundidad esta realidad. Afortunadamente, el hecho de que parte de ellos ostentasen altos puestos eclesiásticos o administrativos probablemente facilite el acceso a estas fuentes, dando lugar a una mayor comprensión del potencial y profundidad del capital relacional del I conde de Toreno, y definiendo mejor los límites de su influencia en el seno de la monarquía hispánica de su época.

⁵⁰⁵ Marta LÓPEZ BAAMONDE, "Los Queipo de Llano...", *Op. cit.*, 2008, pp. 222.

ALÉM DA PIA BATISMAL: RELAÇÕES DE COMPADRIO NA FAMÍLIA SILVEIRA (C. 1750 – C. 1810)

*Rachel dos Santos Marques**

Universidade Federal do Paraná

O estudo de estratégias, sejam elas bem-sucedidas ou não, é importante na medida em que aponta para caminhos *possíveis* aos atores sociais, revelando assim aspectos do funcionamento de uma sociedade talvez não perceptíveis de outra maneira. Na pesquisa aqui apresentada foram estudadas as estratégias sociais de um grupo familiar do Rio Grande de São Pedro (atual estado do Rio Grande do Sul, Brasil) entre o final do século XVIII e o início do século XIX, período de grandes mudanças políticas, econômicas e sociais¹. Tal grupo manteve-se, de alguma forma, no topo da hierarquia social, mesmo atravessando diferentes e difíceis conjunturas. Dentre as estratégias analisadas, focam-se, nesse momento, aquelas relacionadas às relações de compadrio estabelecidas pelos membros de uma geração da família, a saber, as filhas e genros do casal Antonio Furtado de Mendonça e Isabel da Silveira, o qual migrou da Ilha do Faial para o Continente do Rio Grande de São Pedro, acompanhado de suas cinco filhas, no início da década de 1750. Essa família, entre suas várias gerações, atravessou um século durante o qual seus membros obtiveram, mantiveram e ampliaram prestígio e cabedal que permitiram que fossem galgando posições na hierarquia social.

O início da trajetória desse grupo no Continente do Rio Grande de São Pedro se deu por meio dos casamentos de Maria Antônia, Ana Inácia, Mariana Eufrásia, Isabel Francisca e Joana Margarida – mulheres que possuíam prestígio perante uma parcela significativa da população e, portanto, um cabedal imaterial – com Mateus Inácio, Manuel, Francisco, Manuel Bento, Antônio e Domingos – homens que forneceram a esses enlaces as possibilidades econômicas que possuíam em suas atividades de negócio, seu cabedal material, portanto.

Os maridos das irmãs Silveira foram comerciantes, detentores de sesmarias de grandes proporções, de grandes rebanhos de gado, de cargos de governança da República, de patentes militares, de contratos régios. Possuíam negócios e terras em sociedade, alternavam-se em cargos da Câmara de Viamão/Porto Alegre, possuíam patentes nas mesmas companhias. Juntamente com suas esposas, estabeleceram relações com pessoas das mais diversas posições na hierarquia social, instituindo uma diversificada base de sustentação à sua posição dentro da sociedade. Pode-se ter uma ideia da existência desses laços através da grande quantidade de vezes em que foram chamados à pia batismal na condição de padrinhos. Esse é um exemplo de que esses atores eram, pelo menos, reconhecidos como bons padrinhos em diversos patamares da escala social e eram reiteradamente buscados para cumprir tal papel.

* Graduada em História pela Universidade Federal de Pelotas, Mestre em História pela Universidade Federal do Paraná, Doutoranda em História pela Universidade Federal do Paraná sob orientação da Prof.^a Dr.^a Martha Daisson Hameister. Bolsista CAPES.

¹ No contexto mais imediato em que se situava o grupo familiar em questão, o Rio Grande do Sul deixou de ser apenas um fornecedor de animais – cavalgadas e bovinos – para o Sudeste da América portuguesa e passou a ser o mais importante produtor da proteína consumida nas grandes áreas escravistas, sob a forma de charque. Politicamente, passou de “Continente” para “Capitania” e depois para “Província”. Militarmente, é no final do século XVIII que a situação de guerras com as tropas dos “castelhanos” se apaziguou. Por outro lado, em 1835 tem-se a Revolução Farroupilha, que abalou mais uma vez essa sociedade.

Os membros da família Silveira aparecem seguidamente nos registros de batismo dos locais em que viveram, especialmente Rio Grande, Viamão e Porto Alegre. Algumas vezes, seus nomes aparecem na condição de pais dos batizados: foram encontrados vinte e um registros de batismos de filhos de Maria Antônia, Ana Inácia e Mariana Eufrásia e vinte e sete registros de batismos de netos seus. Em cada um desses batismos essas mulheres e seus maridos escolheram padrinhos e madrinhas para seus filhos, estabelecendo, conseqüentemente, relações de compadrio. As escolhas realizadas por ocasião do batismo de um novo membro da família, momento crucial numa sociedade cristã da América Portuguesa, podem sugerir proximidade entre atores, formação de alianças, existência de amizades e reiteração de laços já existentes.

Outras tantas vezes as irmãs Silveira e seus maridos aparecem nos registros batismais por terem sido convidados para serem padrinhos ou madrinhas dos filhos de pessoas das mais diversas posições na hierarquia social. Constam entre seus compadres ilhéus, membros de famílias tradicionais do Continente, migrantes de outros locais do Brasil, agricultores, soldados, capitães, agregados, sesmeiros, “Donas”. Ocasionalmente tomavam como afilhados um *exposto*² ou uma criança escrava. Tudo isso sem falar, claro, na reiteração ou estreitamento e diversificação de laços já existentes com seus irmãos, cunhados e sobrinhos. Ter um vasto conjunto de compadres poderia significar ter um conjunto de relações potencialmente utilizáveis em momentos de necessidade. Mais do que isso, pode indicar a existência de uma base de sustentação à posição que os membros da família ocupavam na hierarquia social.

Relações de compadrio são relações sociais intermediadas pela religião cristã, pois se formam no momento do batismo entre os pais daquele que recebe o sacramento e os padrinhos por aqueles escolhidos. As regras e formas com que esse tipo de relação se manifesta podem variar muito no tempo e no espaço. Segundo o antropólogo Stephen Gudeman, ainda que exista essa grande variação, trata-se em todos os casos de uma mescla entre os costumes locais e os dogmas da Igreja, sendo que regra e realidade influenciam uma à outra, modificando-se mutuamente num processo contínuo. Ainda assim, a instituição do compadrio possui um padrão central, que foi resumido pelo autor citado como consistindo em três papéis, criança, pai e padrinho, e três relações: “um laço de parentesco entre pai e criança; um laço espiritual entre criança e padrinho; e um laço espiritual entre padrinho e pai”.³

Por serem considerados irmãos espirituais, os compadres devem estabelecer entre si relações de respeito mútuo. É nesse ponto que o compadrio vai além do aspecto religioso, e é aqui que se percebe sua importância social. Sendo uma relação sacramentada pela Igreja, com características de parentesco, ela moralmente modifica a relação dessas pessoas fora da Igreja, dando-lhe um outro caráter. De acordo com Gudeman, a relação entre os compadres se torna mais *segura*, e essa segurança é atingida porque o laço do compadrio, laço da esfera do sagrado, elimina a desconfiança entre as casas: ao menos em tese é seguro permitir que as crianças brinquem na casa de seus padrinhos, assim como, devido ao tabu sexual e marital existente entre compadres, é seguro para um homem deixar sua mulher sozinha com o padrinho de seu filho, já que compadres são uma ordem diferente de pessoas, e são considerados irmãos espirituais, o que torna qualquer relação marital ou sexual entre eles incestuosa.⁴

Devido à importância desse laço é que existem regras na escolha dos padrinhos, ainda que tais regras possam variar muito nos diversos contextos. Gudeman aponta, porém, alguns padrões entre as variações. O primeiro deles é que os pais são universalmente proibidos de se escolherem para padrinhos. O segundo é que, dentro de uma determinada cultura, a retribuição

² Crianças, geralmente recém-nascidas, abandonadas em casas de terceiros.

³ GUDEMAN, Stephen. “The *Compadrazgo* as a Reflection of the Natural and Spiritual Person”. In: *Proceedings of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, v. 0, 1971, p. 45. Tradução livre.

⁴ *Ibidem*, p. 51.

da escolha pode ser obrigatória, permitida ou proibida.⁵ Reversão da escolha acontece quando o padrinho ou madrinha de alguém convida o compadre ou comadre para apadrinhar seu próprio filho, devolvendo, assim, um convite ao compadrio feito em momento anterior, reforçando o laço. No caso do contexto tratado, quando a escolha de um padrinho se faz quase sempre no interior de grupos social ou moralmente superiores, a reversão da escolha pode significar que os dois compadres se consideram como iguais, o que resulta na simetria da relação.

Embora se possa conjecturar acerca dos motivos que fizeram com que algumas pessoas recebessem muitos convites para apadrinhar ou amadrinhar os novos cristãos, é bem mais difícil tentar entender a relação no sentido inverso, ou seja, tentar encontrar padrões que revelem os aspectos que influenciavam a escolha feita pelos pais do batizando em cada caso específico. Em cada localidade, o número e a *qualidade* dos padrinhos em potencial podiam variar muito (por exemplo, em uma comunidade nova, poucos poderiam ser os cristãos disponíveis), as possibilidades de escolha mudavam de acordo com a posição social dos responsáveis pela escolha dos padrinhos, de acordo com as relações que possuíam, e de acordo com as estratégias que engendravam, o que tinham em mente no momento da escolha.

É preciso lembrar que entende-se aqui que tais escolhas eram realizadas a partir de uma *racionalidade limitada*⁶, o que faz com que se tenha em consideração as características do momento em que se vive, e também uma ideia de futuro feita a partir da (pre)visão limitada que se possui. O momento do batismo é único, representa desejos de alianças, manutenção ou criação de laços tanto para os pais/compadres quanto para o futuro do batizando/afilhado. Entretanto, as intenções com que se estabelecem laços nesse momento nem sempre surtem os efeitos desejados. Não necessariamente a relação formada vai ser “posta em funcionamento”, vai ser utilizada “socialmente”. Ainda assim, ela gera necessariamente uma *possibilidade* que não existia antes da formação da relação. A manutenção dos laços criados fica a cargo dos atores e do contexto.

Todas essas características das relações de compadrio – de serem relações sacramentadas utilizadas também com objetivos “mundanos” e de possuírem uma série de regras para serem iniciadas e postas em funcionamento – é que tornam seu estudo válido quando se busca entender parte das relações entre os atores sociais, das alianças estabelecidas entre eles, e de suas estratégias.

Parte das relações de compadrio tecidas pela família Silveira já foram estudadas por alguns autores. Entre estes estudos está o de Martha Hameister, que realizou um levantamento dos compadrios estabelecidos através dos batismos dos filhos de Mateus Inácio da Silveira e Maria Antônia da Silveira, Manuel Fernandes Vieira e Ana Inácia da Silveira, e Francisco Pires Casado e Mariana Eufrásia da Silveira na Vila de Rio Grande, até o ano de 1763. A autora observou que a maior parte das escolhas feitas por esses casais recaíram em pessoas da família das mães dos batizando:

“as madrinhas, quando existem, eram todas cunhadas dos pais da criança. Ou seja, não foi eleita madrinha externa à família consanguínea. Já os padrinhos, ou eram os cunhados ou gente de estatuto social semelhante. As filhas e genros de Furtado de Mendonça se alternavam no batismo de seus sobrinhos. Vê-se nesse ato, a reiteração de alianças e amizades previamente existentes, amalgamadas nos casamentos que inseriram os homens nesta família que tinha predominantemente, senão somente, mulheres colocadas ao mercado matrimonial. Os demais compadres das filhas e genros de Furtado de Mendonça também pertenciam aos estratos mais privilegiados dessa sociedade.”⁷

⁵ GUDEMAN, Stephen. “Spiritual Relationship and Selecting Godparent”. In: *Man*, New Series v. 10, n. 2. June 1975, p. 222.

⁶ LEVI, Giovanni. *A herança imaterial: trajetória de um exorcista no Piemonte do século XVII*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2000.

⁷ HAMEISTER, Martha Daisson. *Para dar calor à nova povoação: estratégias sociais e familiares na formação da Vila do Rio Grande através dos Registros Batismais (c.1738-c.1763)*. Tese (Doutorado) – UFRJ, Rio de Janeiro, 2006, p. 237.

Além de buscarem reiterar laços com pessoas com quem eram aparentados, como dito pela autora, as demais pessoas convidadas por eles para apadrinhar seus filhos eram de estatuto social semelhante ou superior. A pesquisa de Hameister, entretanto, se restringe à Vila do Rio Grande no período anterior à tomada pelos castelhanos, ou seja, até 1763. Sabe-se, no entanto, que houve batizados dos filhos desses casais em período posterior, especialmente nas localidades de Viamão e Porto Alegre.

Para a presente pesquisa levantaram-se, além dos batismos realizados em Rio Grande até 1763, também os batismos de Viamão e Porto Alegre no período imediatamente posterior ao ano citado até o final do século XVIII. Obteve-se, também, os registros batismais redigidos em Rio Grande após a retomada da Vila (1776), assim como aqueles realizados na Freguesia de São Francisco de Paula de Pelotas a partir de 1812. Nesse largo período foram encontrados batismos de filhos e netos de Maria Antônia, Ana Inácia e Mariana Eufrásia, que serão analisados a seguir.⁸

Batismos dos Filhos de Maria Antônia da Silveira e Mateus Inácio da Silveira

QUADRO 1 - COMPADRIOS DE MARIA ANTÔNIA DA SILVEIRA E MATEUS INÁCIO DA SILVEIRA				
Criança	Data Bat.	Local	Padrinho	Madrinha
Nicolau	06/12/1754	Rio Grande	batizado em casa por necessidade	
Francisco	03/10/1756	Rio Grande	Francisco Pires Casado [tio]	Mariana Eufrásia da Silveira [tia]
Alexandre	04/08/1758	Rio Grande	Francisco Lopes de Souza, solt.	Não consta
Dorotéia	17/02/1760	Rio Grande	Manuel Bento da Rocha [tio]	Joana Margarida da Silveira
Maurício	07/03/1762	Rio Grande	Cap. Mor Francisco Coelho Osório	Isabel Francisca Silveira [tia]
Inácio	17/03/1765	Viamão	Manuel Bento da Rocha [tio]	Isabel Francisca da Silveira [tia]
José	17/07/1766	Viamão	Sargento-mor José da Silveira Bitencurt	Inácia Xavier Pires [corroído]

Fontes: AHBGR: 2º, 3º e 4º Livros de Batismo de Rio Grande; 2º Livro de Batismos de Viamão. In: NEUMANN, Eduardo; KÜHN, Fábio (Org.). *Projeto Resgate de Fontes Paroquiais - Porto Alegre - Viamão (século XVIII)*. UFRGS, 2009. CD-ROM.

Nesses batismos as madrinhas são todas tias das crianças, com exceção de Inácia Xavier Pires, sobre quem não foi possível obter maiores informações, mas acredita-se ser a mulher do Sargento-mor José da Silveira Bitencurt, com quem fez par na pia batismal. Com relação aos padrinhos, há uma alternância na escolha entre tios dos batizados e homens não aparentados às crianças, ou que pelo menos não tiveram o parentesco identificado. Eram todos, entretanto, pessoas de destaque na sociedade sulina.

Mateus Inácio e Maria Antônia convidaram ao compadrio as irmãs de Maria Antônia e seus maridos, fortalecendo assim laços já existentes e provavelmente estreitando a relação entre eles. Chama a atenção o fato de que tanto Isabel Francisca da Silveira quanto Manuel Bento da Rocha foram convidados duas vezes. Considerando-se que nenhum dos filhos desse casal faleceu enquanto jovem – o que justificaria um novo convite – parece ter sido percebido como mais

⁸ Os registros batismais trabalhados têm os seguintes recortes: Rio Grande: 1753-1763 e 1776-1806; Viamão: 1747-1799; Porto Alegre: 1772-1799; São Francisco de Paula (Pelotas): 1812-1825. Os filhos cujos registros de batismo não pude acessar são: Joaquina Eufrásia da Silveira (segundo seu registro de óbito, nascida no Rio de Janeiro) e José Inácio da Silveira.

importante reforçar um laço já constituído do que usar a oportunidade do batismo de um novo filho para diversificar as relações do casal, estreitando laços com outras pessoas.

Batismos dos Filhos de Ana Inácia da Silveira e Manuel Fernandes Vieira

QUADRO 2 - COMPADRIOS DE ANA INÁCIA DA SILVEIRA E MANUEL FERNANDES VIEIRA				
Criança	Data Bat.	Local	Padrinho	Madrinha
Vicência	25/07/1753	Rio Grande	João de Souza Rocha	Não consta
Clemência	15/08/1756	Rio Grande	Cap. Antônio Lopes da Costa, morador na Cidade do Rio de Janeiro	Mariana Eufrásia da Silveira [tia]
Manuel	15/08/1761	Rio Grande	Anacleto Elias da Fonseca. morador na Cidade do Rio de Janeiro	Não consta
Ana	27/01/1765	Viamão	o Governador do Continente, Coronel Custódio de Sá e Faria	Isabel Francisca da Silveira [tia]
Joaquim	26/07/1766	Viamão	Anacleto Elias da Fonseca	e sua mulher dona Joana Maria de Seixas
Maria	25/05/1768	Viamão	[capitão] Inácio, solteiro	Vicência Maria do Rosário, solteira [irmã]

Fontes: AHBGR: 1º, 2º e 4º Livros de Batismo de Rio Grande; 2º Livro de Batismos de Viamão. In: NEUMANN, Eduardo; KÜHN, Fábio (Org.). *Projeto Resgate de Fontes Paroquiais - Porto Alegre - Viamão (século XVIII)*. UFRGS, 2009. CD-ROM.

Talvez a motivação maior nesse caso não fosse a reiteração da relação de compadrio, mas a criação de uma relação de apadrinhamento que poderia ser vantajosa para essa criança no futuro. Por outro lado, nem Ana Inácia da Silveira nem seu marido, Manuel Fernandes Vieira, constam como padrinhos dos filhos do casal em questão. Uma vez que Ana Inácia e Manuel Fernandes também não chamaram Maria Antônia e Mateus Inácio ao compadrio, imagina-se que talvez a relação entre os dois casais não fosse tão próxima. Com relação aos padrinhos que não eram membros da família, trata-se de homens de destaque no Continente, sendo principalmente homens de negócio e/ou proprietários.⁹ Os convites ao compadrio realizados por Ana Inácia da Silveira e Manuel Fernandes Vieira por ocasião do batismo de seus filhos destacam-se por não incluírem nenhum dos cunhados de Ana Inácia, como acontece nos batismos dos filhos dos demais casais.

⁹ Francisco Lopes de Souza foi dito solteiro no momento do batismo de Alexandre, seria Alferes da Ordenança e “homem de negócios”; Francisco Coelho Osório foi Capitão-mor do Distrito do Rio Grande até 1763, quando se deu a tomada da vila pelos castelhanos. Era proprietário de escravos e um dos homens mais convidados à pia batismal em Rio Grande no período em que fora capitão-mor; José da Silveira Bitencurt: foi Sargento-mor e Juiz ordinário da Vila de Rio Grande no momento em que a mesma foi tomada pelos castelhanos. Era homônimo de seu pai, que era Capitão. Na década de 1750, ambos lidavam com o comércio de gado e foram arrematadores dos contratos de cobrança de impostos sobre os animais levados “em pé” para serem vendidos fora do Continente.

Batismos dos Filhos de Mariana Eufrásia da Silveira e Francisco Pires Casado

QUADRO 3 - COMPADRIOS DE MARIANA EUFRÁSIA DA SILVEIRA E FRANCISCO PIRES CASADO				
Criança	Data Bat.	Local	Padrinho	Madrinha
Rosália	12/01/1755	Rio Grande	Francisco Antônio da Silveira	Joana Margarida da Silveira [tia]
Maurícia	01/10/1758	Rio Grande	Manuel Fernandes Vieira [tio]	Maria Antônia da Silveira [tia]
Manuel	17/02/1760	Rio Grande	Manuel Bento da Rocha [tio]	Isabel Francisca da Silveira [tia]
Francisca	02/08/1762	Rio Grande	Domingos de Lima Veiga	Não consta
Isabel	03/02/1769	Viamão	Antônio Moreira da Cruz, casado [tio]	Damasia da Silva, casada
Maria	09/04/1770	Viamão	cap Antônio Pinto Carneiro, solteiro	Nª Sª da Conceição
José	03/01/1772	Viamão	frei Francisco e frei Manuel de Santa Helena	Não consta

Fontes: AHBGR: 2º, 3º e 4º Livros de Batismo de Rio Grande; 2º e 3º Livros de Batismos de Viamão. In: NEUMANN, Eduardo; KÜHN, Fábio (Org.). *Projeto Resgate de Fontes Paroquiais - Porto Alegre - Viamão (século XVIII)*. UFRGS, 2009. CD-ROM.

Enquanto as madrinhas, quando presentes, seguem sendo da família (de cinco batismos, em dois não constava a madrinha, duas madrinhas eram irmãs de Ana Inácia e uma era irmã do batizando), os padrinhos eram todos homens de destaque no Continente ou na praça comercial do Rio de Janeiro, não aparentados ao casal (ou pelo menos não foi possível identificar parentesco). Essa peculiaridade poderia ser reflexo da importância das relações que Manuel Fernandes mantinha com esses homens nos negócios.¹⁰

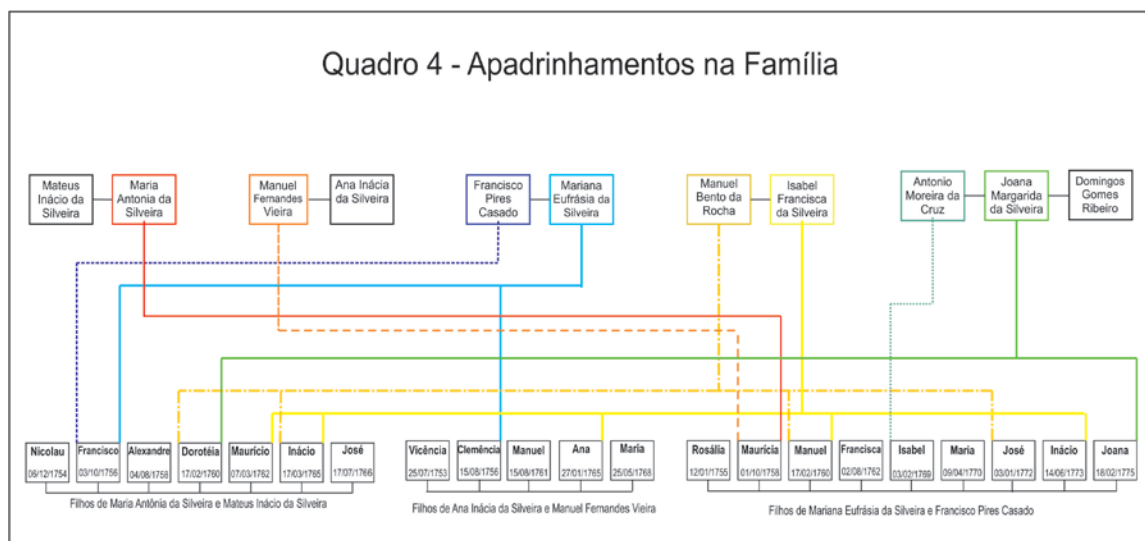
O casal que mais reforçou laços com membros da família Silveira por meio do compadrio foram Mariana Eufrásia da Silveira e Francisco Pires Casado. Entre os padrinhos de seus filhos, pelo menos um “representante” de cada núcleo familiar aparece. Talvez isso fosse facilitado pelo fato de que esse foi o casal que mais teve filhos. Entretanto, nos três primeiros batismos já aproximam todos os núcleos da família, já que constam como padrinhos Joana Margarida da Silveira, Manuel Fernandes Vieira, Maria Antônia da Silveira, Manuel Bento da Rocha e Isabel Francisca da Silveira. Os tios das crianças foram padrinhos em cinco dos nove batismos a que se teve acesso, mesmo número de vezes em que as tias foram madrinhas.

O batismo de Maurícia representou a devolução dos convites recebidos dos outros dois casais com filhos, configurados nos batismos do menino Francisco, afilhado de Mariana Eufrásia e de Pires Casado, e de Clemência, afilhada de Mariana Eufrásia. Esse segundo convite (que se

¹⁰ João de Souza Rocha: sabe-se que foi Almoxarife e posteriormente Tesoureiro da Fazenda Real, mas não foi possível obter mais informações; Antônio Lopes da Costa: tinha a patente de Capitão e era morador na Cidade do Rio de Janeiro, provavelmente tinha negócios com Fernandes Vieira, mas não foi possível averiguar; Anacleto Elias da Fonseca: comerciante de grosso trato da Praça do Rio de Janeiro; Coronel Custódio de Sá e Faria: foi Governador do Continente, era engenheiro militar e cartógrafo renomado. Participou da expedição de demarcação de territórios que tomou lugar em 1750 por conta do Tratado de Madri.

configura numa “retribuição” do primeiro) pode ser interpretado como o reconhecimento de uma simetria na relação entre os compadres.¹¹

As outras irmãs Silveira, Isabel Francisca e Joana Margarida, não tiveram filhos. Talvez isso tenha influenciado para que elas fossem seguidamente convidadas para serem madrinhas de seus sobrinhos: Joana Margarida apadrinhou três crianças e Isabel Francisca teve cinco afilhados dentro da família, sendo a única que foi comadre de todos os casais com filhos.



FONTE: ARQUIVO DA DIOCESE PASTORAL DO RIO GRANDE: 1º a 5º Livros de Batismos de Rio Grande; 2º a 4º Livros de Batismos de Viamão; 1º e 2º Livros de Batismos de Porto Alegre. In: NEUMANN, Eduardo; KÜHN, Fábio (Org.). *Projeto Resgate de Fontes Paroquiais - Porto Alegre - Viamão (século XVIII)*. UFRGS, 2009. CD-ROM ARQUIVO DA MÍTRA DIOCESANA DE PELOTAS: 1º Livro de Batismos de São Francisco de Paula.

Ao observar todos os batismos dos filhos das Silveira, percebeu-se que, embora as madrinhas não fossem todas da família (como apontado anteriormente por Hameister), as tias maternas dos batizados continuavam prevalecendo como mães espirituais de seus sobrinhos. Além disso, boa parte dos padrinhos escolhidos também eram tios dos batizados. Não apenas a maior parte dos padrinhos e madrinhas eram tios e tias, como eram na maior parte das vezes aparentados das mães dos batizados – irmãs ou cunhados – e dificilmente aparentados dos pais, ainda que alguns deles fossem, inclusive, sócios de seus irmãos. Ou seja, a reiteração de relações se dava principalmente entre os membros do grupo formado pelas irmãs Silveira e seus maridos.

Convidar ao compadrio pessoas com quem já se possuía uma relação parental pode indicar um desejo de reiterar e de fortalecer essa relação, dando a ela um novo caráter, mais sagrado. O casal que mais vezes buscou reforçar laços por meio do compadrio foram Mariana

¹¹ Demais compadres: Padre Pedro Pires da Silveira: Além de ser um pároco, foi o único irmão de Francisco Pires Casado a ser convidado ao compadrio, ainda que se saiba da existência de pelo menos dois outros irmãos de Francisco habitando no Continente; Francisco Antônio da Silveira: Provavelmente estava envolvido nos negócios de gado; Domingos de Lima Veiga: Natural de Portugal, possuidor de escravos, foi Sargento, Alferes da Cavalaria de Ordenança e Capitão da Ordenança na Vila do Rio Grande. Foi também oficial da Câmara em 1767 e escrivão da Fazenda Real na década de 1770; Antônio Pinto Carneiro: era membro de uma família já estabelecida no Continente. Recebeu a patente de Capitão de Dragões no ano de 1762, e foi Cavaleiro do Hábito de Cristo. Foi comandante da Aldeia dos Anjos (aldeamento indígena de Viamão) a partir de 1763. Além disso, tinha fazendas e campos nas regiões de Triunfo, Rio Pardo e Vacaria; não foi possível saber muito a respeito dos padrinhos do menino José, **frei Francisco** e **frei Manuel de Santa Helena**; **Damasia da Silva**: O registro de batismo da menina Isabel não trazia outra informação sobre sua madrinha além do nome e do fato de ela ser casada, e ela não foi encontrada batizando nenhuma outra criança no período e locais que esta pesquisa abarcou.

Eufrásia e Pires Casado. Talvez o fato de que tiveram mais filhos (e portanto puderam diversificar mais suas escolhas) tenha influenciado nesse aspecto. Por outro lado, esse reforço de laços já está presente nos batismos de seus primeiros filhos, e algumas pessoas, como Manuel Bento da Rocha, foram convidadas mais de uma vez, o que reforça a ideia de um desejo de reiteração e estreitamento de laços.

No mesmo sentido, os poucos laços de compadrio formados por Ana Inácia e Manuel Fernandes no interior da família podem indicar um certo afastamento desse casal do restante do grupo. Embora não estivessem totalmente ausentes (Manuel Fernandes Vieira é padrinho de uma sobrinha do casal), parecem não ter relações tão próximas com o restante da família. Por outro lado, esse afastamento do casal pode apenas indicar um outro tipo de estratégia e o desejo de fortalecer relações, enquanto compadres, com comerciantes do Rio de Janeiro de quem Manuel Fernandes era sócio. Isso pode ter sido importante não apenas para Manuel Fernandes (e para seus negócios) mas também para seus filhos – é possível que alguns dos filhos de Manuel Fernandes Vieira tenham se empregado, por exemplo, como caixeiros de seus padrinhos comerciantes do Rio. Infelizmente, não foi possível verificar.

Por outro lado, os apadrinhamentos por parentes também podiam significar vantagens para algumas pessoas, como é o caso da herança recebida por duas afilhadas de Isabel Francisca da Silveira. Dona Isabel faleceu em 1822 e, não tendo filhos, pôde dispor de todos os seus bens, entre eles a sesmaria de Pelotas, que deixou em testamento a duas sobrinhas-netas e afilhadas suas, Dona Dorotéia Isabel da Silveira e Dona Maria Regina da Fontoura.¹²

Tem-se outro exemplo no testamento de Isabel Francisca da Silveira, sobrinha homônima da citada acima, datado de março de 1849. No testamento, ela favoreceu algumas sobrinhas, das muitas que teve, e apenas um sobrinho: justamente aquele que era também seu afilhado.¹³ Esse exemplo se refere a um apadrinhamento de um neto de Mariana Eufrásia e Francisco Pires Casado (Alexandre Inácio Pires era filho de Maurícia Inácia da Silveira e Inácio Antônio da Silveira), o que poderia indicar uma certa regularidade na escolha de padrinhos internos à família, mesmo na geração seguinte. Em um segundo momento analisaram-se, ainda que rapidamente, não os convites ao compadrio realizados pelos membros da família, mas aqueles recebidos por eles. Encontrou-se um total de 224¹⁴ registros de batismos nos quais pelo menos um membro da família consta como padrinho ou madrinha nos Livros de Registro de Batismo de Rio Grande, Viamão, Porto Alegre e Pelotas. Em algumas dessas localidades há Livros de Registro de Batismo separados para livres e escravos, e nem sempre foi possível investigar o livro destinado à população escrava (é o caso de Rio Grande, já que desapareceram os Livros de Registro de Batismo de Escravos do período anterior à tomada da Vila por tropas castelhanas). Os únicos livros destinados exclusivamente à população escrava consultados foram os dois primeiros livros de batismo de escravos de Porto Alegre (1772-1800). O número de convites recebidos em cada localidade por cada um dos onze membros da primeira geração está organizado no quadro 5.

¹² GUTIERRES, Ester J. B. *Negros, Charqueadas e Olarias: um estudo sobre o espaço pelotense*. Pelotas: Editora Universitária/UFPel; Livraria Mundial, 1993; MAGALHÃES, Mario Osorio. *Opulência e Cultura na Província de São Pedro do Rio Grande do Sul: um estudo sobre a história de Pelotas (1860-1890)*. Pelotas: Editora da UFPel/Livraria Mundial, 1993. O testamento de Isabel Francisca da Silveira é repetidamente citado, sem que qualquer referência à sua atual localização seja feita por esses autores. Como ele tampouco foi encontrado no Arquivo Público do Estado do Rio Grande do Sul, até o momento não foi possível saber se essas são as únicas afilhadas de Isabel que foram suas herdeiras. Sabe-se que as duas irmãs realmente herdaram a fazenda por meio do testamento de João Duarte Machado – que era testamentário de Isabel Francisca – e também por meio de referências à fazenda e seus proprietários em medições existentes no Arquivo Público e na Biblioteca Pública Pelotense.

¹³ ARQUIVO PÚBLICO DO ESTADO DO RIO GRANDE DO SUL. *Inventário e Testamento de Isabel Francisca da Silveira*. 1829.

¹⁴ Nesse número estão incluídos os batismos das crianças da família, já tratados.

QUADRO 5 - CONVITES RECEBIDOS				
Nome	Rio Grande	Viamão	Porto Alegre	Total
Maria Antônia da Silveira	06	01	-	07
Mateus Inácio da Silveira	05	-	02	09
Ana Inácia da Silveira	02	03	-	05
Manuel Fernandes Vieira	07	02	-	09
Mariana Eufrásia da Silveira	05	08	-	13
Francisco Pires Casado	10	11	-	21
Isabel Francisca da Silveira	08	31	08	47
Manuel Bento da Rocha	08	33	10	51
Joana Margarida da Silveira	02	11	-	13
Antônio Moreira da Cruz	03	04	-	07
Domingos Gomes Ribeiro	02	24	01	27
				Total: 209

FONTE: AHBGR: 1º a 5º Livros de Batismos de Rio Grande; 2º e 3º Livros de Batismos de Viamão; 1º e 2º Livros de Batismos de Porto Alegre. In: NEUMANN, Eduardo; KÜHN, Fábio (Org.). *Projeto Resgate de Fontes Paroquiais - Porto Alegre - Viamão (século XVIII)*. UFRGS, 2009. CD-ROM ; AHDG: 1º Livro de Batismos de São Francisco de Paula¹⁵

O grande número de convites ao compadrio recebidos por esses atores revela o prestígio que possuíam no Continente. Isso é extremamente importante numa sociedade regida por parâmetros de Antigo Regime, segundo os quais as relações estabelecidas, a influência e o prestígio obtidos podiam influenciar as possibilidades que os atores possuíam de engendrar estratégias para manter e ampliar recursos econômicos e sociais.

A constituição de uma vasta rede de compadrio era parte integrante das estratégias de sustentação da posição que os atores ocupavam na hierarquia social. O compadrio não servia apenas para construir e reforçar laços com pessoas de *status* semelhante, mas também, e principalmente, para estabelecer laços de reciprocidade com pessoas das demais posições sociais. As sociedades de Antigo Regime eram extremamente hierarquizadas, mas essa característica não era naturalmente constante, e sim recriada e mantida dia a dia. Mais do que a manutenção da hierarquia em si, era preciso que os atores mantivessem sua própria posição dentro dela, já que estar no topo não era uma característica dada, mas socialmente construída. Para que a conformação da sociedade, ciosa de sua hierarquia como era, pudesse ser mantida, era preciso o *consentimento* de todos os setores, ainda que tal consentimento não fosse necessariamente consciente. Era preciso que todos participassem do jogo social, que ocasionalmente também modificava suas regras, construindo e reconstruindo a realidade constantemente. Para isso

¹⁵ Esse número é o total de compadrios estabelecidos por pessoa, mas não o total de batismos, já que algumas vezes dois membros da família apadrinhavam uma mesma criança (ex. Manuel padrinho e Isabel madrinha). O número total de batismos é de 137.

estabelecia-se uma série de negociações que, embora tivessem seus limites, exerciam papel fundamental na diminuição de possíveis conflitos.

A existência de relações de compadrio entre pessoas de diferentes posições sociais – relações assimétricas, portanto – não servia apenas aos interesses dos setores mais bem colocados, de onde saíam, geralmente, os padrinhos mais escolhidos de uma comunidade. É preciso lembrar que os convites partiam sempre dos pais de um batizando (ninguém poderia, pelo menos em tese, se oferecer como padrinho), e esses pais eram, na maior parte das vezes, hierarquicamente inferiores ao padrinho e madrinha escolhidos. Dentre o leque mais ou menos limitado de opções que possuíam, devia existir, por exemplo, mais de uma pessoa situada no patamar social condizente com a escolha: eles deviam ter seus motivos para escolher uma em detrimento da outra. Os setores subalternos também possuíam seus planos, suas estratégias, seus objetivos, e as opções que faziam levavam isso em conta. Nas palavras de Frágoso, “[se para as elites] estratégias sociais significavam a manutenção do poder, para os grupos subalternos, tê-las podia representar a própria sobrevivência física”.¹⁶

O caso do compadrio é especial, já que não se trata de relações comuns, mas de relações sociais sacramentadas por meio do ritual do batismo, momento em que é feita uma oferta de um “bem” espiritual muito superior a qualquer bem material existente: os pais da criança oferecem um filho espiritual ao padrinho. A não ser que o padrinho um dia retribua o convite, chamando os pais de seu afilhado para apadrinhar um filho seu, tal oferta nunca será retribuída, gerando uma dívida entre os atores.

Martha Hameister chamou esse fenômeno de uma *inversão na lógica do dom*, referindo-se aos trabalhos de Marcel Mauss e Maurice Godelier, nos quais o primeiro trata das três obrigações do dom: dar, receber e retribuir, e o segundo fala de uma quarta obrigação, ocorrida na reciprocidade entre desiguais, onde são oferecidos bens tão superiores que jamais poderão ser retribuídos na mesma medida. É o que aconteceria nas relações entre os seres humanos e suas divindades: o ser humano jamais poderá retribuir o dom da vida, ficando sempre em dívida com a divindade, obrigado a oferendas que, embora possam ser muitas e vastas, jamais retribuirão a dádiva inicial.¹⁷

No caso da relação entre desiguais, como ocorre no exemplo do dom da vida por parte de uma divindade, a dádiva superior, aquela que não pode ser retribuída, parte de quem é superior na relação. É por isso que Hameister considera que no compadrio se dá uma inversão dessa lógica, já que a dádiva principal parte daquele de posição inferior:

“Inverter-se-ia, assim, não a direção dessa relação, mas o sentido da mesma: partia de quem tem menos a oferta inicial e inexistia a possibilidade de quitação da dívida na mesma moeda por parte de quem tem mais. Havendo uma relação assimétrica, dos menos aquinhoados, como se verá melhor adiante, viria o ato de “generosidade ou violência”, havido sob forma de uma oferta de cunho religioso, que obrigava os mais aquinhoados à dívida impagável.”¹⁸

Sem poder retribuir a oferta, as pessoas em melhor situação social, os padrinhos, ficam eternamente endividadas, obrigadas assim a realizar uma série de pequenos favores em prol de seus compadres. A relação assimétrica de compadrio traz, por meio de sua dupla desigualdade, vantagens para os dois lados envolvidos na relação. Por meio dela, quem convida adquire um compadre de posição superior, capaz de fornecer pequenos presentes e influenciar na obtenção de alguma pequena mercê, e quem é convidado adquire um afilhado a respeitá-lo, e a lealdade, apoio, e respeito de seus compadres, que passarão a fazer parte de sua rede clientelar.

¹⁶ FRÁGOSO, João. “Afogando em nomes: temas e experiências em história econômica”, *TOPOI*, Revista de História do Programa de Pós-graduação em História Social da UFRJ, n. 5. 2002, p. 48.

¹⁷ GODELIER, Maurice. *O Enigma do Dom*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2001.

¹⁸ HAMEISTER, Martha Daissou. *Para dar calor à nova povoação* [...], op. cit., p. 364.

Os membros da família Silveira possuíam um vasto número de compadres, adquirindo assim prestígio e ampliando a sua base de sustentação no Continente. Encontrou-se um total de cento e trinta e sete batismos nos quais pelo menos um membro da família foi padrinho ou madrinha do batizando. Em dezesseis desses a criança era sua sobrinha, neta ou irmã, gerando a reiteração de laços discutida anteriormente. Em mais de cem batismos, portanto, se estabeleceu o parentesco espiritual com pessoas que ocupavam as mais diversas posições na hierarquia social. Alguns eram capitães, sargentos, donas, outros eram escravos, forros e agregados, mas a maior parte de seus compadres era composta de gente sem qualquer qualificativo especial acompanhando seu nome no momento em que o padre produziu o registro do batismo. Pessoas, por assim dizer, comuns, sobre quem não é possível saber mais no âmbito da presente pesquisa, mas que acredita-se terem sido elementos fundamentais nas diversas estratégias que geraram o prestígio que essa família obteve no Continente por mais de duas gerações.

Entre as pessoas que mais constavam como compadres das Silveiras e seus maridos estavam os ilhéus, o que não causa espanto, considerando que essas mulheres eram provenientes do Faial, descendentes de nobreza da Ilha, e seus maridos, embora não fossem todos ilhéus (Mateus Inácio da Silveira e Francisco Pires Casado eram), tinham condições de influir nas vidas de muitos dos casais das Ilhas, por serem detentores de patentes dos regimentos de ordenanças.

Além dos filhos de ilhéus, entre as crianças por eles batizadas encontram-se dez filhos de escravos e forros, quatro crianças expostas e pelo menos um filho de um casal de agregados. Se comparado com os batismos de filhos de homens de alta patente e descendentes das principais famílias do Continente, isso demonstra a diversidade das relações estabelecidas por eles, o que, como já foi indicado, era parte essencial da manutenção de sua posição.

Além de receberem convites ao compadrio de pessoas de diferentes estatutos sociais, muitos casais reiteraram essa escolha convidando várias vezes a mesma pessoa, ou várias pessoas da família. Observou-se, no conjunto de compadrios, que quanto mais próximos da família e de seu estatuto social estavam os pais das crianças batizadas, mais frequente era a reiteração de laços.

Infelizmente ainda não foi possível verificar até que ponto os descendentes da primeira geração mantiveram ou não essa tendência de diversificação das relações, ou se há uma mudança no padrão até aqui encontrado. O que é certo é que buscaram - convidando para o compadrio, adotando seus nomes - reforçar as relações parentais que tinham com seus pais, avós, tios e tias, demarcando assim não apenas suas afinidades, mas o pertencimento a um grupo bem posicionado e muito bem relacionado no Rio Grande de São Pedro.

EL REY DE SU CASA Y LA LIBERTAD DE SUS HIJOS: LOS EFECTOS DE LA PRAGMÁTICA DE 1776 EN LOS MATRIMONIOS ARAGONESES¹

Daniel Baldellou Monclús

Universidad de Zaragoza

INTRODUCCIÓN Y ESTADO DE LA CUESTIÓN: LA PRAGMÁTICA COMO LEY Y COMO REALIDAD

Después de las decisiones tomadas por el Concilio de Trento, el libre albedrío se convirtió en la piedra angular de la Contrarreforma. Esta certificación definió la posición de la iglesia católica europea a lo largo del Antiguo Régimen: dentro del sacramento del matrimonio primaba la libertad de elección. Salvo por cuestiones que invalidasen la unión automáticamente, la libertad de decisión de los contrayentes debía prevalecer sobre cualquier otra consideración². Los moralistas, sin embargo, promulgaban la obediencia a los padres sin oponerse directamente al libre albedrío, por lo general optaban por dar una serie de pautas que definían bajo qué circunstancias se podía prescindir del beneplácito paterno.

"Pero acerca de esto se ha de considerar si hay o no justa causa para dejar de obedecer al padre porque si la mujer que quiere dar el padre al hijo, aunque sea rica es de familia desigual o inferior, o enferma fea fatua o vieja no peca el hijo no obedeciendo al padre. También si el hijo quiere guardar castidad en estado de celibato o quiere entrar en religión puede no obedecer al padre que le manda casarse"³.

La Iglesia, pese a su insistencia en el libre albedrío, recomendaba por una parte contar con el consentimiento de los padres; y por otra, hablando de una sociedad donde el matrimonio era el principal elemento de transmisión de propiedad, resulta evidente que no se concebía que un negocio tan importante fuese realizado de manera unilateral por la joven pareja⁴.

La historiografía acerca de la importancia de la familia en la organización de la sociedad del Antiguo Régimen es extensa, aunque la investigación sobre la elección del cónyuge es todavía un campo de grandes posibilidades⁵. Es de común acuerdo, que el matrimonio normalmente estaba regulado por numerosos actores sociales que influenciaban la toma de decisión sobre las parejas de los individuos. Este consenso sobre la importancia del matrimonio no implicaba sin

¹La investigación reflejada en la presente comunicación se realizó dentro del proyecto HAR2012-34576.

²Esta libertad quedaba por supuesto subordinada a cuestiones definidas que invalidaban cualquier matrimonio, entre ellas destaca la siempre frecuente consanguinidad, véase: Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y José, HURTADO MARTÍNEZ, "Matrimonio y Consanguinidad en Lorca y su comarca, 1723-1850", en Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Juan HERNÁNDEZ FRANCO (Eds.), *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, Anthropos, 1992, pp. 215-250. Jean GAUDEMET, *El matrimonio en Occidente*, Madrid, Taurus, 1993, pp. 380-383.

³ Fray Francisco LARRAGA (Dominico): *Prontuario de la teología moral*, 1706, citado en: A. MORGADO GARCÍA: "Los manuales de confesores en la España del siglo XVIII", *Cuadernos Dieciochistas*, 5, 2004, pp.123-145.

⁴Leroy LADURIE, "Family structures and inheritance Customs in the Sixteenth Century" en Jack GOODY, Joan, THIRSK and Edward Palmer THOMPSON, *Family and inheritance: Rural Society in Western Europe (1200- 1800)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1976, pp. 37-70.

⁵ Para consultar el volumen historiográfico sobre familia y sociedad española conviene especialmente tener en cuenta a: Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, (ed.), *Historia de la familia en la península ibérica, balance regional y perspectivas: homenaje a Peter Laslett*, Albacete, Universidad de Castilla la Mancha, Servicio de Publicaciones, 2008. También resulta especialmente relevante el trabajo coordinado por David KERTZER y Marzio BARBAGLI (Coord.), *La vida familiar a principios de la era moderna (1500-1789)*, Barcelona, Paidós, 2002.

embargo estabilidad. Al contrario, el valor que suponía contar con la mayor autoridad para decidir sobre los enlaces fue fuente de numerosos conflictos, no solamente entre padres e hijos: luchas entre familias, tribunales de diverso signo e incluso rivalidad entre distintas instituciones eran situaciones cotidianas que tenían la elección del cónyuge como telón de fondo.

Dentro de este conflicto con numerosos protagonistas, la posición tridentina defendida por la iglesia fue predominante, aun contando con todos los matices que en la práctica pudiesen hacer los párrocos. El poder real, más tendente a reconocer la autoridad paterna, intentó en diversas ocasiones implantar medidas que garantizasen la autoridad paterna sobre el matrimonio por encima de la simple consulta⁶. Estas leyes, sin embargo, no llegaron a traducirse ni en una obediencia de los términos ni en una respuesta enérgica contra su seguimiento. Hasta la promulgación de la Pragmática de 1776, se puede decir que, pese a las numerosas presiones, el punto de partida para un matrimonio era la libertad de elección. Por otra parte, el aumento de interés por parte de la administración por el control familiar sugiere que la desobediencia a los padres comenzaba a ser un problema serio⁷.

La Real Pragmática de Carlos III no supuso, en principio, contradicción alguna contra el libre albedrío que promulgaba la iglesia. Lo único que esta ley implicó fue la transformación de la obligatoria información a los padres en obligación de contar con su explícito permiso. La obligación de contar con el permiso informado supuso la posibilidad de que los padres pudiesen impedir legalmente un matrimonio que considerasen inadecuado hasta que sus hijos cumpliesen los 25 años. Esta ley no implicaba un cambio sustancial con respecto al contenido de sus precedentes, salvo por el hecho de incluir a todos los hijos sin importar su sexo. Sin embargo, frente a los resultados obtenidos con otras iniciativas, la Pragmática de 1776 implicó un cambio importante entre las relaciones entre padres e hijos. Sus principios, bastante flexibles en cuanto a evitar la oposición paterna, se fueron limitando a lo largo de las siguientes décadas mediante nuevas Pragmáticas que para algunos autores supusieron la primera piedra en el camino a la secularización del matrimonio⁸.

La "Real Pragmática Sanción para evitar el abuso de contraer matrimonios desiguales" fue aprobada el 23 de marzo de 1776 después de que un año antes se hubiera creado una comisión para tratar el grave problema del aumento de matrimonios entre desiguales. La historiografía española ha prestado una especial atención a esta Pragmática y existen numerosos trabajos que indagan sobre sus orígenes y su intencionalidad⁹.

El análisis de esta Pragmática se ha llevado a cabo a menudo dentro de estudios de mayor envergadura que desde el punto de vista del derecho abordan la Pragmática como el más claro precedente de los códigos civiles liberales que trasladaron la base de la legislación familiar al recién nacido estado, en detrimento de la iglesia como varios autores apuntan¹⁰. Se ha trabajado

⁶ José María LAÍNA GALLEGU, *Libertad y consentimiento paterno en la legislación española*, Tesis doctoral dirigida por Don Alberto Panizo y Romo de Arce, Universidad de Zaragoza, 1992, pp. 41-44.

⁷ Stephanie COONTZ, *Historia del matrimonio. De cómo el amor conquistó el matrimonio*, Madrid, Gedisa, 2006, pp. 199-233. Isabel MORANT DEUSA y Mónica BOLUFER PERUGA "Historia de las mujeres e historia de la vida privada. Confluencias historiográficas", *Studia Historica, Historia Moderna*, 19, 1998, pp. 17-23.

⁸ José María LAÍNA GALLEGU, *Libertad y consentimiento paterno* [Op.Cit.], p. 182 y Luis CRESPO DE MIGUEL, *La secularización del matrimonio, intentos anteriores a la revolución de 1868*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra S.A. 1992, pp. 40-45.

⁹ Entre estos trabajos destaca especialmente la aportación de Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Josefina MÉNDEZ VÁZQUEZ, "Miradas sobre el matrimonio en la España del último tercio del siglo XVIII", *Cuadernos de Historia Moderna*, 2007, 32, pp. 61-85 y Mari Luz ALONSO, "El Consentimiento del matrimonio para los miembros de la familia real, (sobre la vigencia de la pragmática de Carlos III de 1776)", *Cuadernos de Historia del Derecho*, 4, 197, pp. 61-89.

¹⁰ Rafael OLAECHEA, "Relaciones entre la Iglesia y el Estado en el siglo XVIII", en A. ALBEROLA y E. LAPARRA (eds.), *La Ilustración española. Actas del Coloquio Internacional (Alicante, 1-4 octubre 1985)*, Alicante 1986, pp. 271-298.

también sobre la intencionalidad de esta ley, planteando diversas explicaciones sobre las razones de su promulgación en 1776. El texto señalaba como objetivo principal los crecientes problemas de conflictividad entre padres e hijos que, aunque habían sido una constante a lo largo de la Edad Moderna, estaban aumentando de manera alarmante. En vista de la actividad legal producida y de los testimonios anteriores y posteriores a la promulgación de la ley que analizaremos a continuación, resulta evidente que en efecto la Real Pragmática tuvo una buena acogida que quedó reflejada tanto en la actividad desplegada basándose en este nuevo derecho paterno como en las apologías publicadas al respecto¹¹.

Pese al efecto su efecto de regulación de matrimonios desiguales, varios autores han indicado también que podían existir otras razones para la promulgación de la Pragmática. Entre estas razones destaca la de evitar que el infante Don Luis de Borbón heredase la corona. Perder los derechos como heredero era la pena establecida en el texto por desobedecer el disenso de los padres contra un matrimonio. Varios autores sostienen que este mecanismo permitió garantizar que el polémico infante no tocaría la herencia familiar¹². Este tipo de interpretaciones parecen cobrar fuerza si tenemos en cuenta que ni ilustrados ni moralistas acogieron de forma unánime esta Pragmática; fueron muchos los que la consideraron innecesaria y problemática, pues no serían pocos los padres que querrían utilizarla de manera egoísta¹³.

Los estudios sobre la promulgación de la Pragmática y las reacciones a la misma, han permitido una importante aproximación para determinar cuál fue su motivación y cuáles fueron sus efectos sobre una sociedad que poco entendía de infantes o regalismo, pero en la que las tensiones de parejas y familias por causas matrimoniales estaban a la orden del día¹⁴. Para determinar en qué consistía dicha conflictividad, se ha llevado a cabo un análisis de los pleitos por disenso que tras la promulgación de la Pragmática aparecieron con fuerza en municipios, audiencias y chancillerías. En este trabajo, nos hemos centrado concretamente en los casos llevados a la Audiencia de Aragón, un territorio en el que, como en la mayoría, estas cuestiones de conflictos prematrimoniales habían sido competencia tradicional de la iglesia¹⁵.

LOS CASOS: QUIÉN, CUÁNDO Y POR QUÉ DISENTIR

El espíritu de la Pragmática de 1776 estaba fuertemente imbuido de paternalismo y de ideología regalista. No es difícil trazar el paralelismo entre la situación en la que quedaban los padres para con sus familias con la imagen del monarca paternalista como protector y regente de un reino al que guiaba en pos de su felicidad¹⁶. En este supuesto de que los padres guiaban a sus hijos hacia lo mejor para ellos estaba basada la Pragmática; de hecho, la sociedad entendía la

¹¹Conviene citar especialmente las de: Joaquín AMORÓS, *Discurso en que se manifiesta la necesidad y utilidad del consentimiento paterno para el matrimonio de los hijos y otros deudos*. Madrid, 1777. Pascual ARBUXECH y ESCOTO, *Consideraciones políticas sobre la conducta que debe observarse entre marido y mujer*. Madrid, 1792.

¹²José MARILUZ URQUIJO, "Victorián Villalba y la Pragmática de 1776. Sobre matrimonios de hijos y familia", *Revista del Instituto de Historia del Derecho*, Buenos Aires, 1960.

¹³Daniel BALDELLOU MONCLÚS, "La posición de la mujer ante el matrimonio en las familias aragonesas del siglo XVIII", *Mujer y Cambio Social en el Valle del Ebro, siglos XVI-XVIII*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2013, pp. 75-110.

¹⁴La creciente conflictividad relacionada con la libertad matrimonial y los problemas de herencias quedaron reflejados especialmente en la investigación de Llorenç FERRER I ALÓS, "Indicios de cambio en el sistema de heredero único en Cataluña (S. XIX)", *Revista de Historia Contemporánea*, 31, 2005, pp. 481-504.

¹⁵Sobre las actividades de los tribunales eclesiásticos en cuestiones prematrimoniales véase: María Luisa CANDAU CHACÓN, *Los delitos y las penas en el mundo eclesiástico sevillano del XVIII*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1993. Yolanda SERRANO SEONÉ, "El sistema penal del tribunal eclesiástico de la diócesis de Barcelona en la Baja Edad Media. Primera parte: estudio", Universidad de Barcelona, *Clio & Crimen*, 3, 2006, pp. 334-429.

¹⁶Sobre el despliegue de políticas regalistas a partir de la mitad del siglo XVIII véase: Maximiliano BARRIO GOZALLO, "Madrid y Roma en la segunda mitad del Siglo XVIII. La lucha contra las «usurpaciones» romanas", *Revista de Historia Moderna*, nº 16, 1997, pp. 69-82.

ubicación de los hijos en buenos matrimonios más como una obligación de los padres que como un privilegio. Sin embargo, la versión de 1776 se reservaba algunas cláusulas, como el límite de edad en el que los padres podían vetar un matrimonio y sobre todo la necesidad de que estos aportaran razones de peso para impedir el matrimonio. Las razones están en el propio texto: los legisladores eran conscientes del uso egoísta que se podía hacer de la *patria potestas*¹⁷. Por su parte, quedaban claras las transgresiones que se pretendían evitar con esta ley que dotaba a los padres de las armas para evitarlas. Entre las razones por las que se podía justificar el legítimo disenso contra un matrimonio estaban contempladas en la Pragmática como principales la "Grave ofensa al honor familiar" y "El perjuicio que se le pudiera hacer al estado con ella"¹⁸.

Una vez hecho público el disenso del padre, ningún párroco estaba autorizado a consagrar el matrimonio. Sin embargo, los hijos podían recurrir a los tribunales para intentar demostrar que el disenso de los padres era injustificado. En otros casos, los padres optaban por presentar ante el tribunal una queja porque sospechaban que sus hijos pretendían contraer matrimonio aún tras su disenso. Existían dos autoridades principales ante las que se podían presentar este tipo de pleitos: los tribunales municipales y las audiencias regionales. Aunque el pleito podía ser presentado tanto por padres como por hijos, lo más habitual era que fuesen estos últimos los que planteasen una queja por la actitud de sus progenitores. El alto número indica que los hijos frecuentemente necesitaban recurrir a una autoridad externa al núcleo familiar para obtener apoyo contra el disenso paterno; lo que parece sugerir que esta facultad de disenso que se otorgó a los padres fue, en reglas generales, bien acogida por las comunidades como una herramienta eficaz de control social.

Las denuncias acogidas por la Audiencia podían ser de dos tipos, independientemente del demandante. Por una parte, la Audiencia acogía denuncias de primera instancia, pero como tribunal de apelación también llegaba a esta corte todas las revisiones de casos sentenciados en los tribunales municipales. Existía un claro desequilibrio entre aquellos que acudían en primera instancia al tribunal municipal o la Audiencia de Zaragoza. Hemos podido comprobar que, mientras los padres o tutores preferían presentar sus alegaciones en el municipio, los hijos agraviados optaban por dirigirse directamente a la Audiencia de Zaragoza. Las razones son difíciles de discernir, pero es probable que los padres contasen con que el tribunal de su propio municipio fuese más tendente a preservar el orden social dando la razón a los cabezas de familia¹⁹. Estos tribunales daban más confianza a la autoridad paterna que una serie de jueces profesionales alejados de su red de apoyo comunitario que atendería a las causas de disenso desde una perspectiva más neutral²⁰.

Las situaciones desplegadas en estos pleitos demuestran que uno de los grandes fundamentos de la disputa estaba en los problemas económicos. Según la foralidad aragonesa que se mantuvo vigente a lo largo del siglo XVIII, la legítima herencia que debía repartirse entre los hijos no era igualitaria. Sin embargo, la costumbre dictaba que todo matrimonio debía contar con una donación al hijo o una dote a la hija lo bastante alta como para que pudieran formar un

¹⁷ Manuela FARGAS PEÑARROCHA, "Hacia la autoridad contestada: Conflictividad por la dote y familia en Barcelona (ss. XVI-XVII)", *Investigaciones históricas*, 30, 2010, pp. 99-118.

¹⁸ José María Laína, *Libertad y consentimiento paterno* [Op.Cit.], p.118.

¹⁹ No hay que olvidar que el objetivo final de los tribunales del Antiguo Régimen estaba más próximo a mantener el orden que a hacer cumplir la ley a rajatabla, véase: Tomás MANTECÓN MOVELLÁN: "El peso de lo infrajudicial en el control del crimen durante la Edad Moderna", *Estudis, Revista de Historia Moderna*, 29, 2002, pp. 43-76.

²⁰ En este tipo de situaciones, los padres solían contar con los apoyos de la comunidad, que a la altura del siglo XVIII solía considerarse plenamente autorizada a opinar e influenciar sobre este tipo de crisis familiares que también afectaban a su equilibrio: Nicole CASTAN, "The public and the private", Philippe ARIES y Georges DUBY (General Editors), *A History of Private Life*, Roger CHARTIER (Editor), *Volume 3, Passions of the Renaissance*, Cambridge, Belknap Press of Harvard, 2003, pp. 403-445.

núcleo familiar estable²¹. La obligación implícita de los padres a "dotar adecuadamente a su hijo o hija para el matrimonio", tal y como sentenciaban los tribunales, llevaba a muchos padres a buscar una resolución legal que demostrara la legitimidad de su disenso. Por otra parte, ante la negativa de un padre a dotar a su hijo, este podía solicitar al tribunal una revisión de las circunstancias para que el juez declarase irracional la disenso del padre y le obligase a permitir el matrimonio "y dotarlo adecuadamente"²².

En otros casos, la disputa solía ir más allá de la simple discusión económica. Según las observancias aragonesas, la *Patria Potestas* no se contemplaba en el territorio aragonés²³. Sin embargo, tal como ocurría con el reparto de la herencia legítima, que no estuviera registrada en la ley escrita no significaba que no se observase. La autoridad paterna sobre la familia era un pilar básico de la organización social europea del Antiguo Régimen. A este respecto, un pleito por disenso no solo ponía en juego una cuestión económica también era una cuestión de respeto a la autoridad paterna²⁴. Los jueces del tribunal eran conscientes de la importancia de respetar el derecho paterno al disenso. En consecuencia, los veredictos que declaraban su oposición irracional debían estar basados en sólidas argumentaciones.

Las sucesivas revisiones a las que se vio sometida esta ley mostraban dos tendencias: endurecerla y clarificarla. En efecto, la Pragmática no especifica exactamente las circunstancias por las cuales un matrimonio podía ser declarado "deshonroso para la familia", esta ambigüedad era lo que realmente se determinaba en los pleitos. La deshonra para la familia podía traducirse en la mayoría de los casos como desigualdad, sin embargo, era preciso definir dónde estaban los límites de estas jerarquías sociales cada vez más borrosas. La argumentación de la mayoría de los padres consistía en atribuir a su familia un estatus superior a la familia con la que su hijo o hija quería contraer matrimonio y argumentar que dicha unión supondría socavar el honor familiar. Otro tipo de circunstancia deshonrosa también presente, aunque menos común, era la consanguinidad de los contrayentes que si no contaba con los atenuantes necesarios podía legitimar un disenso paterno totalmente legal.

ARGUMENTOS DE PESO: HONOR PARA EL PADRE Y LIBERTAD PARA EL HIJO

Pese a que estos pleitos por disenso son la base de nuestra investigación, sería incorrecto pensar que era en estos casos en los que se discutía sobre la libertad de matrimonio. Siempre dentro de su propio orden, la iglesia católica fue una de las más firmes defensoras de la libertad matrimonial. Los pleitos por esponsales incumplidos o los procesos de secuestro solían ocultar un caso de matrimonio impedido o forzado. Resulta importante mencionar que en este tipo de procesos no eran pocos los padres que, descontentos con las libertades que se tomaban sus hijos bajo el paraguas del libre albedrío, reclamaban la falta de un recurso que les permitiera ejercer su derecho como padres de una forma más contundente.

²¹José Antonio SALAS AUSÉNS y Francisco José ALFARO PÉREZ, "¿Familia compleja o familia nuclear? Dinámica de las estructuras familiares en el Valle Medio del Ebro (1750-1800)", *Actas del VI Congreso de la Asociación de Demografía Histórica*, Castelo Branco, Escola Superior de Educação, 2004. 153-171. Antonio MORENO ALMARCEGÜI, "Pequeña nobleza rural, sistema de herencia y estructura de la propiedad de la tierra en Plasencia del Monte (Huesca). 1600-1855", en Francisco Chacón Jiménez y Juan Hernández Franco (Eds.), *Poder, familia y consanguinidad* [Op.Cit.], pp. 71-106.

²²Las referencias utilizadas pertenecen a los pleitos del Archivo de la Audiencia de Zaragoza sitos en el Archivo Provincial de Zaragoza, (Abreviado APZ).

²³Pascual SAVALL DRONDA y Santiago PENEN Y DEBESA, *Fueros, observancias y actos de corte del reino de Aragón, Tomo III*, Zaragoza, Justicia de Aragón, 1998, p. 196.

²⁴Elizabeth FOYSTER, *Manhood in Early Modern England, Honour, Sex and Marriage*, London, Longman, 1999, pp. 55-94.

Podemos destacar el pleito por incumplimiento de palabra de esponsales que presentó Antonio Casasnobas en Barbastro contra Doña Juana Noguero, con quien se había prometido años atrás. Tras las primeras declaraciones de carácter ambiguo por parte de Juana Noguero, su padre Don Bautista Noguero tomó las riendas del pleito defendiendo que era cierto que su hija se había comprometido, pero que lo hizo "de forma irracional y sin consultarle", con lo que consideraba que la promesa era inválida. Ante la decisión del tribunal de respetar los solemnes esponsales y la voluntad de los contrayentes, Bautista Noguero realizó una apasionada defensa de su derecho como padre a decidir lo más provechoso para su hija, que desde luego no era casarse con un cordelero. La característica más sobresaliente de este caso es que la declaración de Bautista Noguero está fechada en 1775, un año antes de que se promulgara la Pragmática cuyos principios defendió inconscientemente casi al pie de la letra, como se muestra a continuación:

"Que son muchas las provincias católicas que castigan el contraer esponsales sin el consentimiento del padre, hasta el caso de poner pena de muerte a los que introducen y fomentan semejantes esponsales y matrimonios fundada la razón de estas leyes en lo cristiano y lo político. [...] Por la causa pública interesa que los matrimonios se contraigan con la debida conservación de las familias, con exclusión de litigios, riñas y pendencias que producen la inconsideración de unos jóvenes y la preocupación de su concupiscencia, viéndose deplorables consecuencias de tales libertades a que ocurrieron dichas leyes eclesiásticas y seculares reconociendo en ello el pecado y la destrucción de la república" [...] "Y si bien es cierto que es posible indemnizar al hijo de tal obligación si el padre es injusto e irracional, este no se trata de dicho caso..."²⁵

Aunque nunca quedó muy claro qué provincias católicas eran esas en las que se condenaba a muerte a los que se prometían matrimonio a escondidas, este testimonio es uno de tantos en los que un padre justificaba la invalidación de una promesa de matrimonio por la concupiscencia y la juventud de su hija que no sabía qué era lo mejor para su ella. Este y otros casos constituyen un ejemplo de cómo la conflictividad por la libertad de matrimonio era un problema en ascenso. Por otra parte, la frecuente invocación a la Real Pragmática de 1776 en este tipo de pleitos tras su promulgación indica que padres como Bautista Noguero recibieron esta nueva ley como agua de mayo. Conviene indicar también que los jueces eclesiásticos interpretaron a menudo que ciertos actos como una promesa pública o un desvirgamiento igual de público conducían al matrimonio por encima de cualquier posicionamiento paterno²⁶.

Pese a las diferentes posiciones, no cabe duda de que tras 1776 el disenso se convirtió en una herramienta ampliamente utilizada. Frente a ella, la mejor opción que tenía la pareja era la de reclamar que el disenso paterno era injustificado y que existían segundas intenciones en la decisión de los padres o tutores. De entre estas motivaciones ocultas que podían alegar, la acusación más grave era que los tutores estaban retrasando o directamente impidiendo el matrimonio para evitar el consiguiente desembolso económico. La autoridad paterna que otorgaba la ley estaba justificada en el convencimiento de que los tutores actuaban buscando lo mejor para sus tutelados e impedir el acceso al matrimonio, sobre todo de una doncella, por motivos económicos era uno de los actos más inmorales que podían cometer²⁷.

La obligación moral de los padres para dotar adecuadamente a sus hijos era algo que se daba generalmente por supuesto, sin embargo, la realidad era distinta cuando el cabeza de familia pasaba a ser también uno de los beneficiarios de la herencia paterna. Veamos por ejemplo el caso que se presentó en Jaca el año 1787. El disenso fue presentado por el hermano de Joaquina Lagarda, nombrado tras su matrimonio Señor de la casa y por lo tanto heredero universal de sus

²⁵ADB, 1775, Don Bautista Noguero contra Antonio Casasnobas, 11 P -1010060.

²⁶Martine CHARAGEAT, "Cópula carnal, La preuve de mariage dans les procès à Saragosse au XV siècle", *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo 33 (1), Casa de Velázquez 2003, pp.47-63.

²⁷Impedir el matrimonio de un hijo era ir contra la ley natural y divina. Ya que se consideraba que el consentimiento de los cónyuges era tanto causa eficiente como causa formal del matrimonio. José María FERNÁNDEZ CASTAÑO, *Legislación matrimonial de la iglesia*, Salamanca, San Esteban, 1994, p. 69.

padres ya fallecidos. Su transformación en señor de la casa era la premisa común de la transmisión de la herencia indivisa según la tradición de las casas de montaña en los Pirineos y en buena parte de Aragón²⁸. Por otra parte, sería obligación de este heredero universal el dotar a su hermana con parte de su patrimonio para garantizarle un buen matrimonio. En la siguiente selección, podemos ver la declaración de dicha Joaquina quien solicita al tribunal que revisara, no los motivos por los que se pueda disentir a su matrimonio, sino el derecho que su hermano tiene a hacerlo.

"Que aunque la aprobación o desaprobación de los ejecutores testamentarios del difunto Don Antonio Lagarda para el caso de tomar estado de sus hijas no corresponde a este juicio considera que acomodará a sujetar su aprobación o desaprobación en cuanto a las facultades como tal ejecutor que le concede el testamento a lo que se decida por el Alcalde mayor de Jaca"²⁹.

Según el texto legal, el matrimonio debía ser sancionado en primer lugar por el padre, en su ausencia por la madre, en caso de faltar ambos por los abuelos y en última instancia por un consejo de parientes que no tuvieran un interés directo en el matrimonio. José María Laína hizo constar la ambigüedad que suponían estas situaciones³⁰. En este caso concreto, podemos hablar incluso de un choque entre tres fuentes legales: por una parte, puede considerarse que el hermano de Joaquina Lagarda tenía un interés en el caso; por otra parte, el padre de ambos le había dejado al cargo de la familia lo que le daba plena potestad según los fueros y finalmente entraba también en conflicto con la costumbre, que implicaba la obligación moral para Antonio Lagarda de procurar un matrimonio para su hermana.

Este conflicto quedó resuelto cuando el tribunal de Jaca dictaminó que Antonio Lagarda no podía oponerse por sí solo al matrimonio que pretendía su hermana, pues consideraron que para ello era necesaria la unanimidad de los ejecutores del testamento de su padre además de la suya. Esta decisión se tomó después de escuchar las declaraciones de la interesada y una extensa presentación en la que desmontaba los argumentos de su hermano sobre la desigualdad de esta con su prometido. En ningún momento dicha doncella llegó a acusar a su hermano de impedir su matrimonio por puro interés económico, pero sí se aseguró de que el tribunal viera que la supuesta desigualdad entre familias no existía y por lo tanto no había razón legítima para disentir contra dicho matrimonio. Apelar contra la disensión de un padre o un hermano mayor suponía para una doncella una doble transgresión, ya que debía enfrentarse a una autoridad masculina a la vez que a su tutor legítimo. Se ha indicado que esta Real Pragmática no estaba falta de una perspectiva de superioridad del varón por encima de la mujer en la que quedaba subordinada a la decisión de sus familiares por encima de su propia autonomía³¹.

Dentro de las razones legítimas para oponerse a un matrimonio, la consanguinidad y la desigualdad social destacaban por encima de las demás. Dicha consanguinidad sin embargo podía en varias ocasiones incluirse también dentro de las "razones falsas de oposición", ocultando a menudo razones más profundas relacionadas con problemas económicos.

La consanguinidad se trataba de un problema matrimonial de primer orden que ha sido analizado en profundidad por diversos profesionales³². Precisamente por tratarse de un problema común, existían vías para obtener dispensas sin demasiadas complicaciones. Una relación de

²⁸Joaquín COSTA, *Derecho Consuetudinario y economía popular de España*, Zaragoza, Guara, 1981. Severino PALLARUELO CAMPO, "Casa, matrimonio y familia en una aldea del Pirineo aragonés", *Temas de antropología aragonesa*, 2, 1983, pp. 62-79.

²⁹APZ, Archivo de la Audiencia de Zaragoza, 1787, Pleito por Disenso, 102057-2.

³⁰José María LAÍNA, *Libertad y consentimiento*, [Op.Cit.], pp. 80-84.

³¹Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Josefina MÉNDEZ VÁZQUEZ, *Poder, familia y consanguinidad*, [Op.Cit.], pp. 61-85.

³²Fernando MANZANO LEDESMA, "Aproximación al estudio de las dispensas matrimoniales en la Vicaría de San Millán del Obispado de Oviedo (siglos XVII-XIX)", *X Congreso de la ADEH, Albacete, 18-21 de junio de 2013*.

consanguinidad entre los pretendientes era en principio un impedimento dirimente, no solo por disenso paterna sino por derecho. Sin embargo, podía haber casos en los que la consanguinidad se trataba solamente de una excusa para impedir un matrimonio que el padre o tutor no deseaba por otras razones.

Según el derecho canónico, las dispensas por consanguinidad podían otorgarse dentro de una serie de circunstancias concretas, siendo la más habitual la imposibilidad de casar con ningún otro debido a la estrechez del lugar u otras circunstancias como estar estigmatizado por la familia o el oficio.

Si la consanguinidad venía dada por este tipo de circunstancias, no era extraño que primero las autoridades eclesiásticas y desde 1777 los tribunales de las Audiencias dieran vía libre a este tipo de matrimonios una vez que hubiesen demostrado la necesidad de los mismos. Llegamos a esta conclusión después de analizar los argumentos presentados ante ambas autoridades y comprobar que seguían argumentaciones similares. Citamos a continuación los argumentos con los que en 1795 el causídico de Paula Ros dio la vuelta al argumento del padre de esta para demostrar que el matrimonio con un primo tercero era su mejor opción para lograr un matrimonio entre iguales ya que:

"Resulta sabido que de los pretendientes que ha tenido la dicha Paula Ros de la villa de Caspe, uno es accidentado de una hernia y por ello no entro en quinta y otro que dicen habló y trató con ella ha sido y es estudiante hasta ahora y por ello no puede ser trabajador ni entender de labranza y otro que se ha dicho que pretendió a dicha Paula es muy inferior su patrimonio al de esta".³³

El representante legal de Paula Ros desmontó el disenso del padre de esta utilizando los propios argumentos que le daba la Pragmática de 1776. El matrimonio con su primo tercero era necesario porque: debido a la estrechez del lugar, los pretendientes que tenía esta doncella no permitían lograr un matrimonio igualitario; ya fuese por dificultades físicas, inferioridad económica o incompatibilidad con la fuente de ingresos de la familia. Los argumentos desplegados por este causídico sirven también para introducir las principales razones aceptadas por el tribunal para legitimar un acto de disenso: una manifiesta desigualdad social entre los contrayentes que pusiera en peligro la estabilidad del núcleo familiar o el honor de las familias de sus respectivos. Los pleitos en los que los padres se negaban a consentir un matrimonio por la pérdida de honor que supondría a su familia conforman el grueso de los casos presentados.

A la altura del siglo XVIII, el honor y la reputación seguían siendo valores indispensables para mantener autoridad social dentro de una comunidad. Sin embargo, la posibilidad de perder este honor nunca estaba demasiado lejos, principalmente porque raramente dependía de un solo individuo. Estamos hablando de una sociedad en la que la familia era la medida de la posición económica y el principal centro de toma de decisiones, esto significa que también era la medida de la posición social de cada individuo: un hombre era lo que era su familia, de forma que un acto vergonzante realizado por un familiar bastaba para afectar negativamente al honor y a la posición social de todo el núcleo. La deshonra pasaba de una persona a otra de una forma que podríamos calificar de contagiosa: a mayor comunicación con un sujeto vil mayor era la sospecha de que compartieran su vileza y dentro de la escala de relaciones sociales, el matrimonio y la sangre eran las más inapelables de todas³⁴.

La condición social se transmitía de padres a hijos, pero también a través del matrimonio cuando cada cónyuge se veía afectado por el estatus del otro. Esta concepción no solo funcionaba de forma descendente, si un hijo contraía matrimonio con alguien considerado

³³APZ, Archivo de la Audiencia de Zaragoza, 1795, 102356-8.

³⁴Georges VIGARELLO, *Historia de la violación, siglos XVI-XX*. Madrid, Catedra, 1998, pp. 25-30.

inferior, el honor de la familia se vería afectado³⁵. En estas circunstancias, un matrimonio libre era un peligro para toda la familia, los hijos podían ser una fuente de deshonor familiar y especialmente las doncellas, cuya honorabilidad nunca parecía estar suficientemente garantizada³⁶.

La fama de las familias podía aumentar o decrecer por innumerables factores. Sin embargo, existían una serie de casos que se repetían a menudo en las denuncias por disenso. El argumento más empleado por las familias para denunciar al pretendiente y su familia de comportamiento vil era el ejercicio de un oficio maldito, generalmente cortante o pregonero en los casos aragoneses. En una frecuencia mucho más inferior encontramos acusaciones de condenas por delitos, vida disoluta o, en casos muy concretos, condición de extranjero.

Es ampliamente conocido que el concepto de honor estigmatizaba a aquellos que trabajaban con las manos y muy especialmente a ciertos oficios que, por sus implicaciones simbólicas, se tenían por propios de personas viles y carentes de honor. La Real Cédula de 1783 en la que Carlos III declaraba honrados todos los oficios tuvo, al menos a corto plazo, un escaso efecto sobre los pleitos por disenso. Pese a la vindicación de las labores manuales, estos procesos siguieron aceptado el ejercicio de un oficio maldito como una de las principales razones para denegar un matrimonio. De entre todos los oficios estigmatizados, los cortantes eran los peor considerados en las comunidades aragonesas. Son conocidas en Zaragoza el alto número de dispensas solicitadas por este gremio debido a que, en muchas ocasiones, a los hijos de los cortadores de carne en sitios públicos solo les quedaba la opción de casarse entre ellos. Cortantes y en segundo lugar pregoneros parecía ser los peores empleos posibles para contraer matrimonio en el territorio aragonés, hasta el punto en el que conocidos burladores lo tenían más fácil para esquivar un disenso que estos cortadores de carne.

Pese a lo contundente que resultaban este tipo de acusaciones para evitar el matrimonio de un hijo, el tribunal no siempre aceptaba este tipo de acusaciones como dirimentes. En numerosas ocasiones, la queja no partía de que una joven intentase casarse con otro que ejercía el oficio maldito, sino en que dicho pretendiente tenía relaciones de parentesco con uno de estos intocables. La Pragmática otorgaba un amplio margen de flexibilidad para determinar qué era desigual y qué no lo era. Esto dejaba en manos de los jueces la decisión sobre hasta qué punto la relación con un cortante o pregonero deshonoraba lo bastante al pretendiente como para impedir su matrimonio. Estas “escalas de deshonor” eran con toda probabilidad fruto de la percepción popular previamente existente antes de la imposición de la Pragmática. Precisamente por tratarse de convenciones sociales previas, existían innumerables matices que ratificaban o solventaban esta supuesta inferioridad.

El primer aspecto en el que el tribunal se fijaba era en quién, dentro de la familia acusada, era el que ejercía efectivamente de cortante. Como hemos señalado, las actividades deshonorosas dentro de una familia afectaban negativamente a todo el conjunto. Sin embargo, si el pariente que ejercía el oficio estaba convenientemente alejado en el parentesco, o mejor aún muerto, el tribunal no solía poner objeciones. La vinculación con el cortante podía no estar basada en la sangre sino en lazos matrimoniales. Podemos poner como ejemplo un caso de 1777 en el que se dio por buena una disenso en la que el padre negó permiso de matrimonio a su hijo al certificar “que en el día, Antonia Murillo hermana carnal de la Manuela está casada con el actual cortante del abasto de carne de esta ciudad Santiago Pinilla³⁷”. Resulta llamativo en este caso el hecho de que Manuela Murillo tenía efectivamente relación familiar con un cortante; pero por otra parte también era hija de infanzones, es decir, perteneciente a la baja nobleza. El padre de Calixto Sola,

³⁵ Constanța VINTILA-GHITULESCU, “Rapiécer un honneur perdu”: filles, parents et sexualité dans la société roumaine (XVIII^e siècle), *Popolazione e Storia, Revista de la Società Italiana di Demografia Storica*, 1, 2013, pp. 105-128.

³⁶ Martine CHARAGEAT, *La délinquance matrimoniale, Couples en conflit et justice en Aragon (XV-XVI siècle)*, Paris, Publications de la Sorbonne, 2011, Introduction.

³⁷ APZ, Archivo de la Audiencia de Zaragoza, 1777, 10045-1.

quien intenta casarse con Manuela Murillo, "no le niega el honrado nacimiento a dicha Murillo que es público y bien conocido"³⁸, sin embargo pesa más en su ánimo el que un pariente ejerza un oficio deshonesto. Al parecer esta opinión fue compartida por el tribunal que declaró legítimo el disenso, dando más peso al oficio ejercido que a la nobleza de sangre.

No queda ninguna duda sobre el peso terrible que suponían los oficios negativos, precisamente por ello resulta sorprendente que, en su día, unos infanzones accediesen a casar a su hija con alguien que ejercía de cortante. Contamos con otros pleitos por disenso en el que, como defensa, los familiares del cortante afirmaron que en algunos lugares era posible ejercer el oficio como un arriendo durante un breve espacio de tiempo o que incluso en ciertas comunidades se trataba de un cargo rotatorio³⁹. La mancha por haber ejercido este tipo de oficios solía rastrearse hasta parientes muy lejanos como una apuesta segura para evitar un matrimonio. Sin embargo, este método podía convertirse en un arma de doble filo; puesto que nada impedía a la familia acusada de deshonesto hacer lo mismo y demostrar que el acusador era tan vil como ellos. Dadas las largas vinculaciones de sangre que se daban en las comunidades pequeñas, no era realmente difícil contrarrestar una lacra familiar con otra, pues como espetó a su padre Jorge Morlanes ante el impedimento que impuso su padre contra su matrimonio con la hija de un cortante:

"que su comprometido matrimonio no era tan desigual como el contrario se ha prometido, contentándome yo con hacer presente que los linajes son largos y que si se escudriñan los de los que viven en los pueblos con atención se encontraría en ellos de todo y por más que se blasone que todos somos de tierra y la tierra que descuelle en monte y declina en valle, será tierra y nada más".⁴⁰

Jorge Morlanes dio a entender a su padre y al tribunal que, si escudriñasen atentamente el linaje de su casa, tampoco sería complicado demostrar que su familia no estaba tan limpia como pretendía. Ya fuese por falta de pruebas o por respeto a su familia, este estudiante se limitó a insinuar esta posibilidad al tribunal que acabó por darle la razón a su padre. Otros litigantes no fueron tan escrupulosos y dado que intentar desvincular el oficio de los familiares con la persona prometida era una mala estrategia, fueron muchos los que optaron por un cambio de enfoque: si no era posible aumentar la honra de la familia de sus parejas, rebajarían la de su propio clan hasta demostrar que ambos eran igual de viles.

Por sorprendente que pueda parecer esta estrategia en una sociedad con tan alta valoración del honor familiar, cuando un joven veía su matrimonio amenazado podía optar por la polémica estrategia de airear sus propios trapos sucios hasta demostrar lo igualitario que iba a ser su enlace. Dado el considerable número de litigantes que optaron por esta estrategia, está claro que daba sus frutos. Contamos así con numerosos casos en los que, si los padres acusaban a las parejas de sus hijos de tener familias deshonestas, sus propios hijos sacaban a relucir familiares que habían ejercido oficios similares.

Veamos como ejemplo el caso de disenso de Vicente Moliner contra su hijo Martín en el año 1800. Dicho Moliner declara que la familia de la novia de su hijo: "Es hija de pregonero y también nieta de pregonero, cualidad que ofende gravemente al honor de mi familia y como sea esta mi familia es de buen crédito y reputación y honrada sin que se sepa haya estado mezclada con familias viles".

³⁸Ibidem

³⁹APZ, Archivo de la Audiencia de Zaragoza, 1803, 10094-7 y 1786, 102058-10.

⁴⁰APZ, Ibidem. Las dos últimas frases de la declaración son a su vez una cita extraída, probablemente por el propio Morlanes, se indica que es estudiante, de la obra del Padre Antonio CODORNIU *Índice de la Filosofía Moral Cristiano-Política, dirigido a los nobles de nacimiento y espíritu*, Impresor Antonio Oliva, Calle de las Ballesterías, 1753, Gerona, pp. 214-215.

Afirmación que su hijo no pretende negar pero que responde de la siguiente forma: "Que su padre y el mismo declarante han sido hospitalarios de oficio y enterradores cuyo ejercicio jamás se ha desempeñado en dicha villa sino por personas de la más ínfima plebe"⁴¹

Los documentos atestiguaban en este tipo de casos auténticos malabarismos en los que los hijos comenzaban a buscar oficios infamantes en parientes vivos o muertos mientras que sus padres buscaban razones para demostrar por qué en el caso de las parejas de sus hijos eran vilezas imperdonables y en los suyos factores irrelevantes. Son muchos los casos que por lo ilustrativo de sus circunstancias requieren un análisis en profundidad, sin embargo, podemos afirmar que la tónica general de los tribunales solía ser la de dar por válida esta estrategia para obtener el permiso de matrimonio. También se percibe una tendencia por parte de padres e hijos a evitar lanzar este tipo de acusaciones vergonzosas en los tribunales municipales, son varios los casos en los que durante la primera instancia apenas sí se hacen menciones a las vilezas de una u otra familia y sin embargo en las apelaciones llevadas a la Audiencia este tipo de acusaciones aparecían más a menudo y con mucha más intensidad, probablemente en un intento de evitar provocar un escándalo mayúsculo en una comunidad pequeña.

Los oficios deshonorosos componían el grueso de razones para justificar la desigualdad de los matrimonios. Existían no obstante otras razones que llevaban a los padres a considerar que las parejas de sus vástagos eran inferiores a su propia familia. Un historial delictivo, tanto del propio prometido como de su familia era una buena razón para alegar deshonra, sin embargo estamos hablando de una época en la que la solución para un estupro podía perfectamente ser concertar su matrimonio con la forzada⁴².

CONCLUSIONES: EL POLÉMICO ACCESO AL MATRIMONIO

Los pleitos por disenso fundamentados en la Pragmática de 1776 no reflejaban únicamente los principios legales recogidos en la nueva normativa. La ley era lo bastante abierta para que cada tribunal o incluso cada familia decidiesen qué entendían por matrimonio desigual. Es por ello que estos pleitos no son solamente el reflejo del cumplimiento de una ley, sino el de toda una concepción sobre leyes no escritas acerca de los matrimonios. Normas que tuvieron que ser puestas por escrito cuando pasaron a ser discutibles ante un juzgado. Como fuentes, los pleitos por disenso muestran disputas que raramente eran reflejadas en pleitos, resulta chocante ver a un hijo recordando a un padre que su familia tenía parientes de los que no estar orgullosos, sin embargo, no se separa mucho de los testimonios que tenemos sobre disputas domésticas a gritos. La Pragmática de 1776 supuso un gran apoyo para los padres que vieron ratificado por ley un derecho con el que de todas formas contaban y que según varios autores había comenzado a ponerse en duda. Sin embargo, la ley escrita probablemente no agregó nada que no estuviese en el derecho consuetudinario. La propia ambigüedad de la ley a la hora de determinar qué se entendía por matrimonio desigual parecía estar en concordancia con las dudas y las objeciones que los mencionados autores expusieron sobre los riesgos de dar tanto poder a los padres.

Estos riesgos no parecieron ser tenidos en cuenta por los reformadores. La Pragmática de 1776 fue solo la primera piedra de un entramado legislativo que inició una regulación de los matrimonios que hasta entonces solo habían dependido de la autoridad eclesiástica. Todo este aparato legislativo sentó las bases de una traslación de la autoridad sobre el matrimonio a manos del poder real, tanto desde un punto de vista simbólico como legal.

En relación a lo que hemos mencionado sobre los oficios malditos, en 1783 también se declararon honrados todos los oficios. Sin embargo, ello no implicó un cambio inmediato de la

⁴¹APZ, Archivo de la Audiencia de Zaragoza.

⁴²Renato BARAHONA, *Sex crimes, honour and the law in Early Modern Spain, Vizcaya, 1528-1735*, Toronto, University of Toronto Press, 2003.

percepción de estos, la prueba está en los mismos pleitos por disenso que certifican cómo se siguió considerando legítima la degradación de las familias que los ejercían. Ambas leyes tenían en común intentar poner fin a una fuente de conflicto social. Sin embargo, resulta evidente que no supusieron el fin de la conflictividad, sino el principio del cambio de una mentalidad fuertemente enraizada. Los problemas que otros autores han señalado en la estabilidad del camino al matrimonio aumentaron a lo largo del siglo XVIII, la Pragmática de 1776 sacó a la luz algunos de estos choques que hemos expuesto a lo largo de esta comunicación. Sin embargo, del mismo modo que nuevas formas de organización se agitaban en núcleo de las familias, el regalismo y las corrientes ilustradas también impulsaban un cambio que llevó al poder civil a tomar conciencia sobre la importancia de controlar la organización familiar. Nos encontramos por lo tanto ante un cambio en dos sentidos, por una parte, la Pragmática y las leyes que la siguieron implicaron un impulso a la autoridad paterna; por otra, promovieron el control del matrimonio desde la autoridad civil. Dos cambios que transformaron la percepción social de las familias y sin los cuales la promulgación del primer código civil español en el siglo XIX resultaría incomprensible.

LA REPRODUCCIÓN SOCIAL DE LOS *FIDALGOS* GALLEGOS. APUNTES A TRAVÉS DE SUS ARCHIVOS FAMILIARES

Iago Rodríguez Palmeiro

Universidad de Santiago de Compostela

INTRODUCCIÓN

En los primeros compases del siglo XVII, un campesino acomodado llamado Pedro Martínez de Matabo, natural de la feligresía de Santa María de Xermar, en el ayuntamiento de Cospeito (provincia de Lugo), había alcanzado un importante logro para cualquier miembro de su grupo social: casar a su hijo, de nombre Juan, con doña Isabel da Barreira, una mujer proveniente de una antigua familia hidalga y desde luego, mucho mejor posicionada que la de su nuevo marido. A mediados del siglo XIX, los descendientes de esta pareja señoreaban territorios que se extendían por las cuatro provincias gallegas, cobraban un elevado número de rentas en especie, y contemplaban, paradójicamente, el lento declinar del grupo social *fidalgo*.

De un extremo a otro tuvo lugar una evidente y positiva transformación cuyo éxito, más allá de diferentes factores como la expansión patrimonial o el dominio del poder local, recayó también en la centralidad del mayorazgo como garantía de la estabilidad y crecimiento de los bienes (según el caso) y la adopción de un modelo sucesorio no igualitario (común, por otro lado, en las élites nobiliarias españolas y europeas¹); en él, el matrimonio concertado y el celibato se erigirán como relevantes estrategias dentro de la reproducción social de la familia. Ello es así porque el recurso al primero estaba limitado por las cargas económicas de conllevar, por lo que el señor debía elegir cuidadosamente qué miembros de su prole se casarían y con quién; y cuáles llevarían una vida célibe.

En la presente comunicación analizaremos, de un modo somero, las estrategias puestas en marcha por cuatro parentelas *fidalgas* del interior de la provincia de Lugo: los ya mencionados Martínez Barrera, los Pardo Rivadeneira (Navia de Suarna), los Quiroga Rivadeneira y los Losada Somoza (Quiroga)². Debido a que se trata de una investigación en curso, nos centraremos

¹ En este sentido siguen siendo referencia los estudios sobre la reproducción social de la nobleza portuguesa, *cfr.* Nuno G. FREITAS MONTEIRO, *O crepúsculo dos grandes. A Casa e o património da aristocracia em Portugal (1750-1832)*, Lisboa, Imprensa Nacional Casa da Moeda, 1998; Mafalda SOARES DA CUNHA, *A Casa de Bragança, 1560-1640. Práticas senhoriais e redes clientelares*, Lisboa, Estampa, 2000; en Francia, la renovada edición del clásico estudio de Nassiet sobre la pequeña nobleza bretona, *cfr.* Michel NASSIET, *Noblesse et pauvreté. La petite noblesse en Bretagne au XV^e-XXVIII^e siècle*, Presses Universitaires de Rennes, 2012 y el apartado social del reciente y completo estudio de Figeac sobre la nobleza francesa, *cfr.* Michel FIGEAC, *Les Noblesses en France*, Armand Colin, Paris, 2013; en el mundo anglosajón, destaca Keith M. Brown, *cfr.* Keith M. BROWN, *Noble society in Scotland. Wealth, Family and Culture from Reformation to Revolution*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2000. En el ámbito español es imperativo referirse a la escuela modernista murciana y concretamente a los investigadores y publicaciones surgidas en torno al *Seminario Familia y élite de poder*, *cfr.* entre otros, Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Juan HERNÁNDEZ FRANCO, *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, Arthopros, 1992; Juan HERNÁNDEZ FRANCO (ed.), *Familia y poder. Sistemas de reproducción social en España (siglos XVI-XVIII)*, Murcia, Universidad de Murcia, 1995; James CASEY y Juan HERNÁNDEZ FRANCO (eds.), *Familia, Parentesco, Linaje*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997; Antonio IRIGOYEN LÓPEZ y A. L. Pérez Ortiz, *Familia, transmisión y perpetuación*, Murcia, Universidad de Murcia, 2002; Jaime CONTRERAS CONTRERAS (coord.) y Raquel SÁNCHEZ IBÁÑEZ (comp.), *Familias, poderes, instituciones y conflictos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2011.

² Las cuatro familias pertenecen a distintas áreas geográficas de la provincia lucense: los Martínez Barrera, se establecen en el municipio de Cospeito, comarca de la *Terra Chá*, al norte de la capital provincial; los Pardo

solamente en el análisis de los matrimonios y el número de hijos por generación. En la conclusión, trazaremos una síntesis de estos procesos, encaminados esencialmente al triunfo social y la perduración de la memoria familiar.

MATRIMONIO Y NÚMERO DE HIJOS/AS POR CADA GENERACIÓN

El matrimonio es la célula básica de la reproducción humana. Es una pieza fundamental en la conformación de alianzas y la formación y dispersión del parentesco, las redes y las solidaridades sociales, y posee una fuerte carga simbólica. Cuando hablamos de matrimonio en la Edad Moderna nos referimos las más de las veces a un contrato donde dos partes pactan el enlace buscando siempre un beneficio mutuo, dejando en un plano secundario los sentimientos de los contrayentes. El ideal muestra un camino a seguir: el casamiento entre iguales, pero la práctica demuestra que es el menos frecuentado, debido a que las circunstancias imponen en muchos casos uniones dispares, siendo esto así también para los hidalgos.

Michel Figeac resume muy bien la importancia del matrimonio en el devenir de las familias nobles, tanto en el aspecto puramente social como en el patrimonial, insistiendo en el alto grado de planificación que conlleva:

“En raison de l'incertitude quant à l'avenir des familles, le mariage représentait bien la sauvegarde de la descendance, la perpétuation du blason, la pérennité du sang noble, mais aussi la préservation du patrimoine. Il était en principe longtemps préparé, mûrement réfléchi et l'on peut dire, sans aucune connotation péjorative, que c'était d'abord une affaire, car il se concluait un peu comme une véritable alliance entre deux royaumes”³.

El tema del matrimonio en la sociedad moderna gallega ha sido oportunamente estudiado en una serie de trabajos centrados en sus características propias⁴ y en cuestiones particulares relacionadas con el mismo, como pueden ser el enlace a trueque, la articulación de la familia en el interior de Galicia, etc⁵.

En la cuestión específica de la hidalguía, debemos tener en cuenta dos perspectivas: la de las familias que aspiran a alcanzar el ascenso social y la de aquéllas que ya pertenecen a este grupo y pretenden consolidar o, incluso, mejorar su posición. En el primer caso, las familias de campesinos acomodados, escribanos, procuradores... ambicionan emparentar a sus hijos con algún hidalgo, a ser posible cercano geográficamente, que permita el ascenso social. La otra parte busca algún tipo de compensación económica en el trato, que justifique la disparidad del mismo.

Rivadeneira residen en Navia de Suarna, en las montañas que dividen Lugo y León; por su parte, los Quiroga Rivadeneira y los Losada Quiroga Somoza son naturales del ayuntamiento de Quiroga, sito en la *Ribeira Sacra*, en el límite con la provincia de Ourense.

³ Michel FIGEAC, *Les Noblesses en [...]*, op. cit., pp. 237-238.

⁴ Camilo FERNÁNDEZ CORTIZO, C., “Estrategias familiares y pequeña explotación campesina en la Galicia del siglo XVIII”, en P. Saavedra y R. Villares (eds.), *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX*, Barcelona, 1991, vol. 2, pp. 310-345, “A una misma mesa y manteles: la familia en la Tierra de Montes”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXIII, (1982), pp. 237-276, y “En casa y compañía: grupo doméstico, y estrategias familiares en la Galicia Occidental a mediados del siglo XVIII”, en J. C. Bermejo (ed.): *Parentesco, familia y matrimonio en la historia de Galicia*, Santiago de Compostela, 1989, pp. 145-165; Isidro DUBERT GARCÍA, *Los comportamientos de la familia urbana en la Galicia del Antiguo Régimen. El caso de Santiago de Compostela en el siglo XVIII*, Santiago de Compostela, 1987, y *La Historia de la familia en Galicia durante la época moderna, 1550-1850 (Estructura, Modelos hereditarios y Conflictividad)*, Sada, 1992; Isidro DUBERT GARCÍA y Hortensio SOBRADO CORREA, “La familia y las edades de la vida”, en I. Dubert (coord.), *Historia de la Galicia Moderna*, Santiago de Compostela, Servicio de Publicacións e Intercambio Científico, 2012, pp. 95-150.

⁵ Ofelia REY CASTELAO, “Mecanismos reguladores de la nupcialidad en la Galicia atlántica. El matrimonio a trueque”, en VV.AA., *Obradoiro de Historia Moderna. Homenaje al Profesor Antonio Eiras Roel en el XXV aniversario de su cátedra*, Santiago de Compostela, 1990, pp. 247-268; Pegerto SAAVEDRA FERNÁNDEZ, “Casa y comunidad en la Galicia interior”, en J. C. Bermejo (ed.): *Parentesco, familia y matrimonio en la historia de Galicia*, Santiago de Compostela, 1989, pp. 95-143; Hortensio SOBRADO CORREA, *La ciudad de Lugo en el Antiguo Régimen. Siglos XVI-XIX*, Lugo, 2001, pp. 64-100.

En el segundo caso, los señores fomentan uniones que repercutan positivamente en el patrimonio de la Casa, explorando entronques con otras familias de un nivel económico similar o superior que permitan obtener el control de otros vínculos⁶. Destacan sobremanera las nupcias entre primos para evitar la diseminación de los bienes; o los enlaces recurrentes entre casas hidalgas que refuerzan sus lazos a lo largo de los años. Se va tejiendo así un entramado de vínculos entre los componentes de la élite local: esta particular endogamia cerrará el grupo sobre sí mismo, con negativas consecuencias en la reproducción biológica a largo plazo.

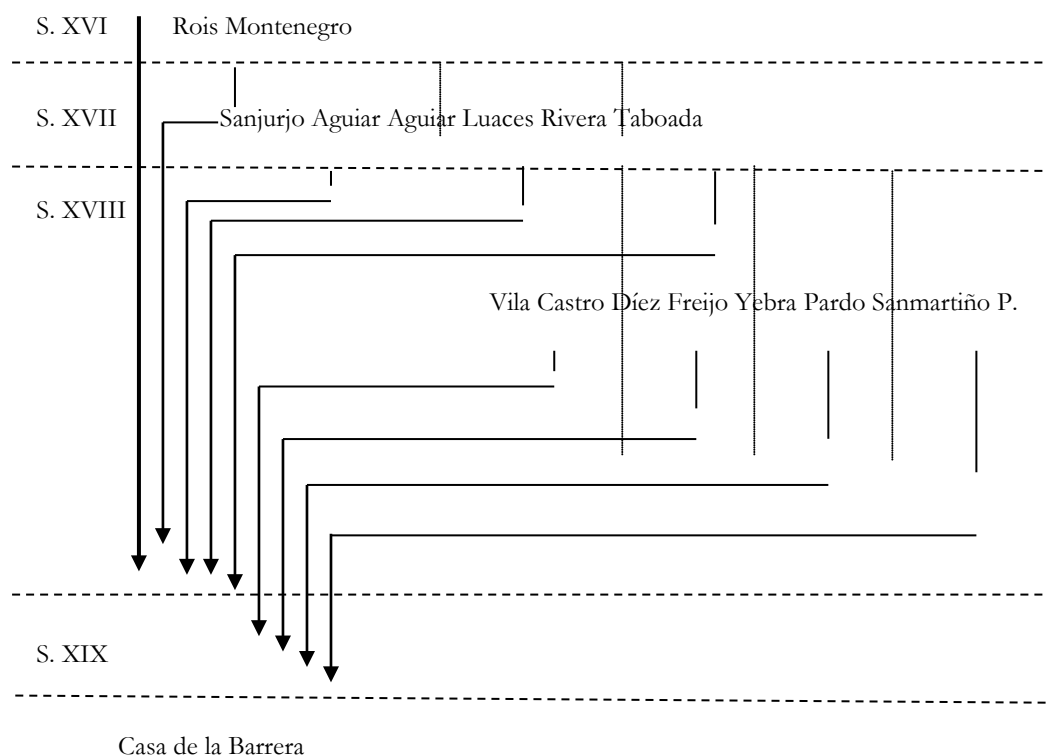
CASA DE LA BARRERA

La historia familiar de la Casa de la Barrera transcurre entre los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, siempre según nuestra documentación, aunque es posible que se remonte a la época de las Guerras Irmandiñas. Durante el XVII y XVIII se expandió desde su área de origen, Cospeito, por numerosos enclaves de la provincia de Lugo y otros de A Coruña. El cénit de su poder llegó en el siglo XIX, cuando los señores ya residían habitualmente en la ciudad de Lugo. La decadencia vendría con el último cuarto del siglo XIX y la partición de todos sus bienes entre los herederos de don Francisco Barrera y Montenegro.

La política matrimonial de esta familia persigue siempre enlaces beneficiosos, de una u otra forma, para la institución. De los nueve matrimonios que tuvieron lugar en su seno, ocho se dan con miembros de la hidalguía, y uno, el primero, con un capitán, hijo de un campesino acomodado. A través de estas uniones, la Casa acumula un patrimonio realmente extenso e influencia en zonas muy diversas de la geografía gallega, llegando incluso a agregar otras entidades en el siglo XIX⁷.

⁶ Por ejemplo, el matrimonio entre doña Elvira Eáns, hija de Martín Rodríguez de Xunqueiras, que se casó con Gonzalo López Mozón, un escudero que aportó al matrimonio una serie de heredades a través de la dote que pagó su primo Juan Núñez de Isorna, *vid.* A. S. IGLESIAS BLANCO, *A Casa de Xunqueiras nos séculos XVIII E XIX. Contribución ó estudo das economías fidalgas*, Valga, Concello de Valga, 2004, p. 31. Otro ejemplo es el del enlace entre Esteban Tenreiro (hijo) y Antonia Fernández de Selle, por el cual el hijo de ambos heredará sustanciosas aportaciones de su abuelo, *vid.* V. M. MIGUÉS RODRÍGUEZ, *As terras, as pousas e os vinculeiros*, Sada, Edicións do Castro, 2002, p. 57.

⁷ Los resultados de esta política de agregación de vínculos a través de los matrimonios dejaron resultados sorprendentes a la altura del siglo XIX. Por ejemplo, el Marquesado de Ombreiro llegó a agregar quince casas, V. M. MIGUÉS RODRÍGUEZ, *As terras, as pousas* [...], *op. cit.*, pp. 52-122. En 1838, cuando recae sobre don José Ramón Ozores el título de señor de Rubianes, son incorporados los bienes sobre los que tenía derechos hereditarios. Concretamente las Casas de Luaces, Ozores y Calo Romero, *vid.* Antonio PRESEDO GARAZO, “El dominio de Rubianes en el siglo XIX: Composición del mayorazgo y desvinculación”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 42, 1995 pp. 69-94. Otros ejemplos del mismo autor los encontramos en *Os devanceiros dos pazos. Economía e estratexias sociais da pequena fidalguía na Galicia interior (ss. XVI-XVIII)*, Santiago de Compostela, Sotelo Blanco, 1997, pp. 107-115. Estas agregaciones aparecen también en Luis DOMÍNGUEZ CASTRO, *Viños, viñas e xentes do Ribeiro. Economía e patrimonio familiar, 1810-1952*, Vigo, Xerais, 1992, pp. 18-28; Isidro GARCÍA TATO, *La Casa de Outarelo de Valdeorras. Formación y desarrollo de su patrimonio (Siglos XIV-XX)*, Santiago de Compostela, Trevinca, 2001, pp. 17-41. La Casa de Candendo, ubicada en el noroeste de la provincia de Ourense, pujante durante los primeros siglos de la Modernidad, fue absorbida por los Quiroga Taboada, una rama secundaria de los Garza de Tor (Monforte de Lemos), en los inicios del siglo XVIII, *vid.* Iago RODRÍGUEZ PALMEIRO, “Hidalgos del Ribeiro de Avia: La Casa de Candendo en San Miguel de Lebosende (Leiro), siglos XVI-XVII”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 127, 2014, pp. 81-115.

Gráfico 1. Entronques de la Casa de la Barrera con otras casas hidalgas

Fuente: Elaboración propia a partir de AMPL, Archivo de la Casa de la Barrera, Sección Barrera, 13 cajas.

Según el Gráfico 1, la incorporación de otros solares aumenta progresivamente en el tiempo merced a esta política. De una sola agregación en el siglo XVII, pasamos a cuatro en el XIX. Debemos observar, además, que la unión del patrimonio de los Sanmartiño Pambley hacia finales de dicho siglo supone la suma de varias casas al mismo tiempo (Virigo, Perdigueira, Tormaleo, San Antolín...), es decir, una multiplicación evidente del patrimonio. Este éxito responde a los frutos de unas estrategias familiares bien calculadas, en las que los señores tenían una influencia decisiva, en el sentido de que el matrimonio se entendía como un contrato socioeconómico previamente pactado entre las familias de los dos contrayentes. Esta planificación permitía considerar las ventajas y las desventajas de un arreglo matrimonial antes de que se produjese y excluía, las más de las veces, cualquier tipo de romanticismo en el arreglo. Algo parecido a lo que ocurría en las islas británicas, donde prevalecía siempre el interés familiar sobre el individual, como indica Jonathan Dewald:

“Such tensions between the family’s collective needs and the wants of its individual members emerged most visibly in the sphere of marriage, for here the individual’s preferences conflicted most directly with the family’s needs. Individuals may have wanted companionship, love, and sexual pleasures from marriage –but their families expected marriage to provide political power, status, and cash”⁸.

De una forma similar se pronuncia Guy Chaussinand-Nogaret cuando analiza la nobleza francesa del XVIII:

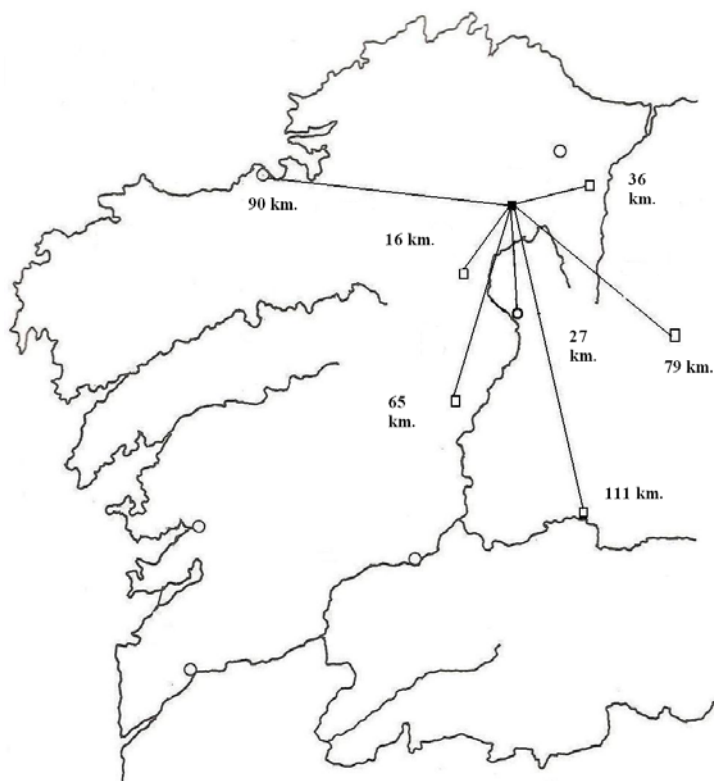
“Dans une société largement clanique, le mariage n’intéresse pas moins les deux individus qui s’unissent que les familles auxquelles ils appartiennent. Un mariage se conclue comme une alliance entre deux royaumes. La sympathie et l’amour peuvent céder le pas à des

⁸ Jonathan DEWALD, *The European nobility, 1400-1800*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 168

impératifs sociaux et économiques. Deux *gens* unissent leurs noms, leurs dignités, leur crédit, leurs fortunes⁹.

Estas imposiciones de los dirigentes derivaron en ocasiones en graves enfrentamientos en el seno de las familias, pese a que no fuese un hecho demasiado frecuente. En Galicia se han constatado algunos casos aislados entre la pequeña nobleza de Betanzos¹⁰, no obstante, las más de las veces los componentes de la parentela se doblegaban (aunque fuese con resignación) a la voluntad del *pater familias*¹¹.

Mapa 1. Vectores geográficos de los matrimonios en la Casa de la Barrera (Siglos XVII-XIX)



Fuente: La misma que para el Gráfico 1.

Como podemos apreciar en el Mapa 1, la distancia entre los contrayentes aumenta con el paso del tiempo. Así, en el siglo XVII se lleva a cabo el matrimonio que une a los Barrera con los Rois Montenegro, familia hidalga asentada en la ciudad de Lugo (27 km.). En el XVIII, la Casa celebra tres enlaces. El primero los une con la poderosa Casa lucense de los Sanjurjo y Aguiar, el segundo con los Aguiar Luaces, oriundos de Riotorto (36) y el tercero con los Rivera y Taboada de Monterroso (65). Es decir, las novias proceden de distintas partes de la provincia lucense. En el XIX, la Casa de la Barrera amplía todavía más los vectores geográficos, uniendo a su patrimonio el de la familia Vila Castro de A Coruña (90). Las otras uniones tendrán lugar con herederas de las Casas de Quiroga (111), Begonte (16) y Virigo (79). Vemos pues que la

⁹ Guy CHAUSINNAND-NOGARET, *La noblesse au XVIII^{ème} siècle. De la Feodalité aux Lumières*, Bruselas, Complexe, 1984, pp. 163-164

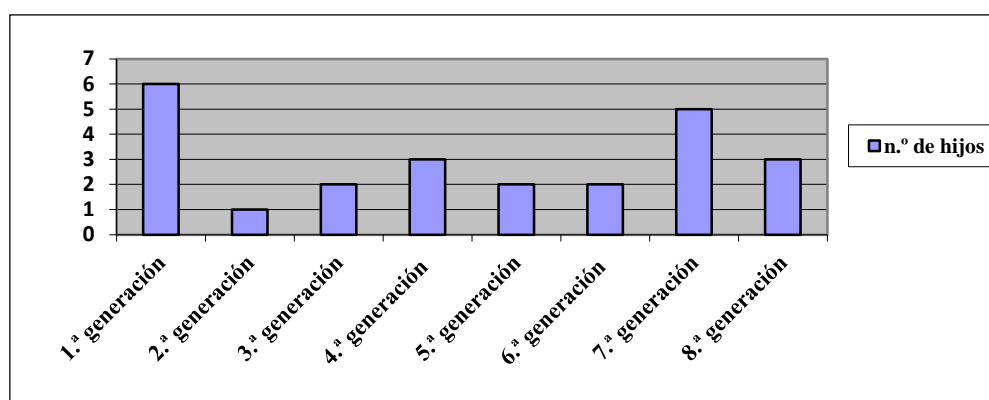
¹⁰ Berta VAQUERO LASTRES, "La hidalguía en Betanzos en el siglo XVIII", *Anuario Brigantino*, 9, 1986, p. 56.

¹¹ Enrique GACTO FERNÁNDEZ, "El marco jurídico de la familia castellana. Edad Moderna". *Historia, instituciones, documentos*, 11, 1984, pp. 37-66; Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, "Hacia una nueva definición de la estructura social en la España del Antiguo Régimen a través de las relaciones de parentesco", *Historia Social*, 21, 1995, pp. 75-104.

expansión geográfica de los matrimonios es más que evidente, si a principios del XVII la Casa incorporaba el vínculo fundado por Pedro Martínez en el área de Cospeito, el resto de enlaces se llevaron a cabo con miembros de la hidalguía residentes en otras áreas de la provincia o de Galicia, buscando entronques beneficiosos. Este progresivo incremento en la distancia de los pretendientes ha sido estudiado por Vitor Migués en su obra sobre el Marquesado de Ombreiro, con resultados similares a los que aquí aportamos¹².

Esta evolución responde a las tendencias de la Casa. Si al principio el objetivo se centraba fundamentalmente en la acumulación de patrimonio en el área cercana a su solar, la progresiva urbanización experimentada por estos grupos conllevará la búsqueda de consortes en las villas o las ciudades¹³. Ello demuestra también un cambio de una mentalidad local a una más cosmopolita, no sólo en sus intereses socioeconómicos.

Gráfico 2. Hijos/as por cada generación en la Casa de la Barrera



Fuente: La misma que para el Gráfico 1.

El total de generaciones de las que tenemos constancia documental es de ocho. La media de hijos por cada una es de tres, siendo la más fructífera la primera (1.ª mitad del siglo XVII) que alcanza los seis. En las cinco siguientes, correspondientes a la 2.ª mitad del siglo XVII y al XVIII, la media es bastante reducida, siendo don Francisco Antonio Barrera, con tres, el que más descendientes tiene. Habrá que esperar al siglo XIX para encontrar una natalidad más elevada. Juan Barrera llega a tener cinco retoños y su heredero Francisco tres. Como podemos observar, siempre siguiendo las fuentes consultadas, el número de nacimientos por generación no es cuantioso¹⁴.

¹² V. M. MIGUÉS RODRÍGUEZ, *As terras, as pousas* [...], op. cit., pp. 109-123.

¹³ Froilán de Troche y Zúñiga, gran experto en archivística y conocedor de la hidalguía, ya destacó en su momento este carácter urbano del sector más rico de los hidalgos en la etapa final del Antiguo Régimen reprochándoles el haber abandonado sus solares rurales y haber perdido el contacto con los campesinos, mientras derrochaban fortunas en las ciudades siguiendo el ritmo de las modas, *vid.* Pegerto SAAVEDRA FERNÁNDEZ, “La vida en los pazos gallegos, entre la literatura y la historia”, *Pedralbes. Revista d'Historia Moderna*, 23, 2003, p. 293. Podemos encontrar más información sobre este personaje en V. M. MIGUÉS RODRÍGUEZ, “A Obra de Froylán Troche y Zúñiga: A hidalguía galega a comenzos do século XIX”, *Anuario Brigantino*, 18, 1995, pp. 117-128.

¹⁴ Este dato es inferior al arrojado por Iglesias Blanco, que señala una media de 3,5 hijos por pareja, cifra que, sin contar con los cinco señores que no tuvieron descendencia legítima, se elevaría hasta 4,9 hijos; y si se incluyese el escaso número de hijos ilegítimos, las cifras se situarían entre 3,9 y 5,5 hijos, respectivamente. La evolución en Amarante pasa de 5,4 hijos para las primeras generaciones a 6,2 para los últimos, *vid.* A. S. IGLESIAS BLANCO, “La Casa de Amarante, siglos XVI-XIX” *Obradoiro de Historia Moderna*, 18, 2009, pp. 287-288. Presedo Garazo, da una media de 3,4 hijos (sin contar las posibles muertes de párvulos) para diferentes Casas del interior gallego, *cfr.* Antonio PRESEDO GARAZO, A., “Dinámica de Casa y reproducción social en la hidalguía gallega durante el siglo XVIII”,

Esta cantidad de hijos de los señores es un dato que viene condicionado, a nuestro juicio, por el hecho de que la documentación está incompleta. Por ello, creemos probable que el número real de hijos/as (y hermanos/as) de los señores sea superior al reflejado aquí. Esto es así porque hemos trabajado con fuentes familiares, que no incluyen los vástagos que pudieron haber muerto antes de realizarse el relevo generacional, por lo que el dato es aproximativo.

Tabla 1. Estado civil de los miembros de la Casa de la Barrera (siglos XVII-XIX)

Período	Varones		Mujeres		
	Jefes	Hermanos	Jefas	Hermanas	
	Casados	Solteros	Casadas	Casadas	Solteras
S XVII	1	—	1	—	—
S. XVIII	3	3	—	—	—
S. XIX	4	2	—	4	2
Total	8	5	1	4	2
%	40	25	5	20	4

Fuente: La misma que para el Gráfico 1.

Como indica la Tabla 1, los varones suponen el 65% del total de miembros, representando las mujeres el 35% restante. Los hombres que llegan a la jefatura siempre se casan, no existiendo ningún soltero. Los hermanos de los señores permanecen invariablemente en dicho estado, y tres de los cinco siguen la carrera eclesiástica. Sólo tenemos un caso de una mujer que desempeñe la dirección (doña Isabel Barreira) que se casa con Juan Martínez. Las hermanas de los señores tienden a unirse con otros componentes de la hidalguía, quedando un tercio de ellas célibes. Así pues, el número de varones solteros es superior al de las féminas. Nuestros datos son similares a los aportados por Antonio Presedo al analizar la reproducción social de distintas moradas hidalgas del interior de Galicia¹⁵. El mayor acceso de ellas al matrimonio se debe a que permiten forjar alianzas con entidades ajenas e incluso heredar patrimonio de otras que acaben agregándose¹⁶.

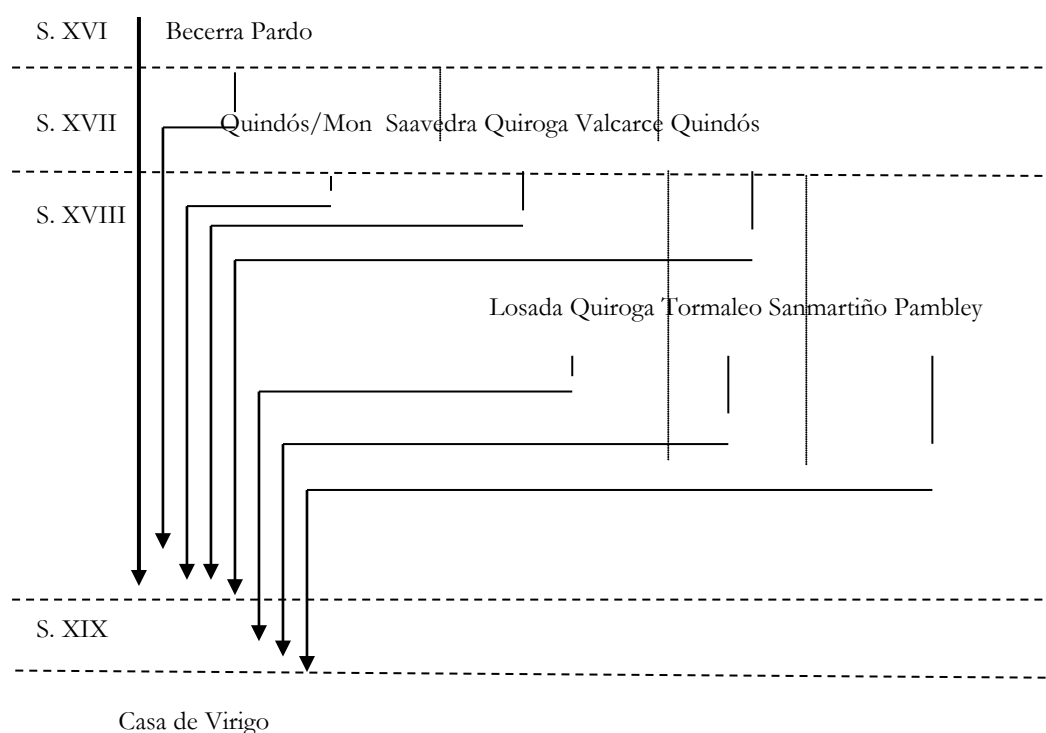
CASA DE VIRIGO

La historia de Virigo discurre por los siglos XVI, XVII XVIII y, en menor medida, el XIX. Los árboles genealógicos nos remontan a varias generaciones anteriores a los fundadores.

Espacio, tiempo y forma, Serie IV, Historia Moderna, 17, 2004, p. 132. Un valor parecido (3,32) es reflejado por el mismo autor en “O clero secular galego de orixe fidalga na Época Moderna: unha poderosa elite local”, *Compostellanum*, LII, 2007, p. 659. Nuestro dato dista también de los 5,8 hijos de las “familias de un nivel socio-económico superior a la media de la jurisdicción” en Xallas, *vid.* Baudilio BARREIRO MALLÓN, *La jurisdicción de Xallas en el siglo XVIII. Población, sociedad y economía*, Santiago de Compostela, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Santiago, 1978, p. 186.

¹⁵ Antonio PRESEDO GARAZO, “O clero secular galego [...]”, art. cit., pp. 658-659. No obstante, contrasta con el alto número de solteros que se registran en las familias hidalgas de Arzúa y Melide, *vid.* Antonio PRESEDO GARAZO, “Dinámica de Casa y reproducción social [...]”, art. cit., pp. 117-141.

¹⁶ V. M. MIGUÉS RODRÍGUEZ, *As terras, as pousas [...]*, op. cit., pp. 95-96; Antonio PRESEDO GARAZO, “O clero secular galego [...]”, art. cit., p. 660.

Gráfico 3. Entronques de la Casa de Virigo con otras casas hidalgas

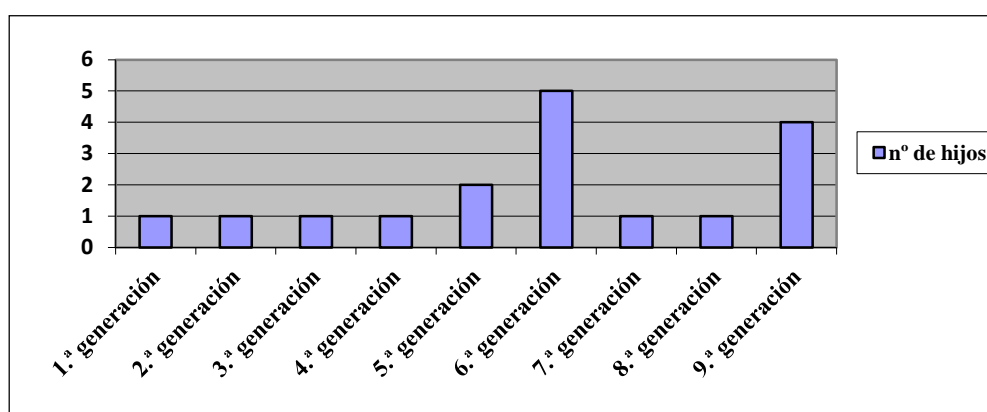
Fuente: Elaboración propia a partir de AMPL, Archivo de la Casa de la Barrera, Sección Virigo, 4 cajas.

Las referencias iniciales a los mismos las encontramos en la segunda mitad del XVI y la primera del XVII, sobre todo a la señora de la que conservamos mayor cantidad de documentación: doña Constanza Pardo. Los señores realizan diversas compras y un buen número de arriendos constatados a través de las escrituras. Hacia finales del XVII y comienzos del XVIII se vinculan con otros solares del área de Navia y del ayuntamiento de Ibias, en Asturias. En la segunda mitad del XIX se unen a la Casa de la Barrera por el matrimonio de doña Carmen Sanmartiño y don José María de la Barrera.

La información que tenemos para los enlaces de Virigo es menor, por lo que en muchas ocasiones desconocemos la filiación de los/las novios/as que entroncan con los señores. Tampoco sabemos qué bienes se agregan mediante estos acuerdos, a excepción de los últimos.

Siguiendo el Gráfico 3 y de una manera similar a lo que ocurre en la Casa de la Barrera, las incorporaciones aumentan en los siglos XVIII y XIX. De una en el XVII, pasamos a tres en el XIX. Si bien no hay tanta diferencia como en el caso anterior, la evolución es evidente. Además, debemos tener en cuenta que la unión que se produce en el siglo XIX entre la Casa de Virigo y las de Tormaleo y Coea implica la agregación de un elevado número de moradas correspondientes a la familia Tormaleo (p. ej. San Antolín, Perdigueira, Rezigüeno, Vega de Cabo, etc.). Así pues, queda demostrado el éxito de la planificación matrimonial en Virigo, fundamentalmente en el siglo XIX. Tenemos que recordar que esta residencia será asimilada por la Barrera a finales de la centuria.

Gráfico 4. Hijos/as por cada generación en la Casa de Virigo



Fuente: La misma que para el Gráfico 3.

La media de hijos/as por generación en Virigo es de 1,8, realmente baja si la comparamos con la de la Casa de la Barrera, que es de tres. El bajo número de retoños de las primeras generaciones probablemente se deba a la falta de documentación sobre los mismos en este archivo¹⁷. Destacan Manuel Joaquín, señor hacia mediados del siglo XVIII, que tiene cinco hijos, y doña Vicenta, (primera mitad del XIX), última señora que disfrutó del patrimonio íntegro antes de la partición entre sus cuatro hijas¹⁸.

Tabla 2. Estado civil de los miembros de la Casa de la Virigo (siglos XVII-XIX)

Período	Varones		Mujeres		
	Jefes	Hermanos	Jefas	Hermanas	
	Casados	Solteros	Casadas	Casadas	Solteras
S XVII	1	—	2	—	—
S. XVIII	3	2	—	—	—
S. XIX	1	2	2	1	1
Total	5	4	4	1	1
%	33,3	26,6	26,6	6,6	6,6

Fuente: La misma que para el Gráfico 3.

En la Tabla 2 podemos comprobar el estado civil y la reproducción social de los miembros de esta Casa naviense. A la luz de los datos, la cantidad de hombres (60%) es superior al de las mujeres (40%), desemejanza menos marcada que la que aparece en el caso precedente. Los jefes masculinos se desposan siempre mientras que sus hermanos no lo hacen nunca. La

¹⁷ Este inconveniente se refleja en diferentes obras, entre ellas Antonio PRESEDO GARAZO, “O clero secular galego [...]”, art. cit., p. 659 y “Dinámica de Casa y reproducción social [...]”, art. cit., p. 132. Además de A. S. IGLESIAS BLANCO, “La Casa de Amarante [...]”, art. cit., pp. 287-288.

¹⁸ Partija realizada en 1889 (sin fecha concreta). AMPL, Archivo de la Casa de la Barrera, Sección Virigo, caja 3, s. n.

principal diferencia que sostiene este solar con el antecedente es que presenta un número más elevado de féminas (4) que alcanzan la jefatura, mientras que en el anterior sólo una lo consigue. En lo que respecta a las hermanas, una se casa y la otra permanece soltera. Así pues, se mantiene la tendencia mostrada en la Casa de la Barrera que apunta a un mayor cupo de hermanos varones célibes, que en Virigo siguen en su totalidad la carrera eclesiástica¹⁹.

CASA DE LA HERMIDA

La Casa de la Hermida es de fundación tardía²⁰. Su origen radica en las últimas voluntades de don Francisco Losada y Somoza (1717) y doña Francisca Díaz (1716), en las cuales establecieron vínculo a favor de su hijo don Bernardo. Durante el siglo XVIII se amplió y entroncó con otras como la Granja de San Julián, de Sarria; la Casa de Santalla de Pascais o la Casa de las Moreiras. En el siglo XIX todo su patrimonio recaló en la Casa de Virigo de Navia de Suarna, uniéndose al de otros solares como Perdigueira, Son, Estremar...etc.

La documentación familiar que ha llegado a nosotros adolece de un problema básico. Existe una diferencia de información considerable entre los enlaces que tienen lugar antes de la fundación del vínculo y los posteriores. Las escrituras en las que aparecen los miembros más antiguos del linaje no son muy profusas en detalles.

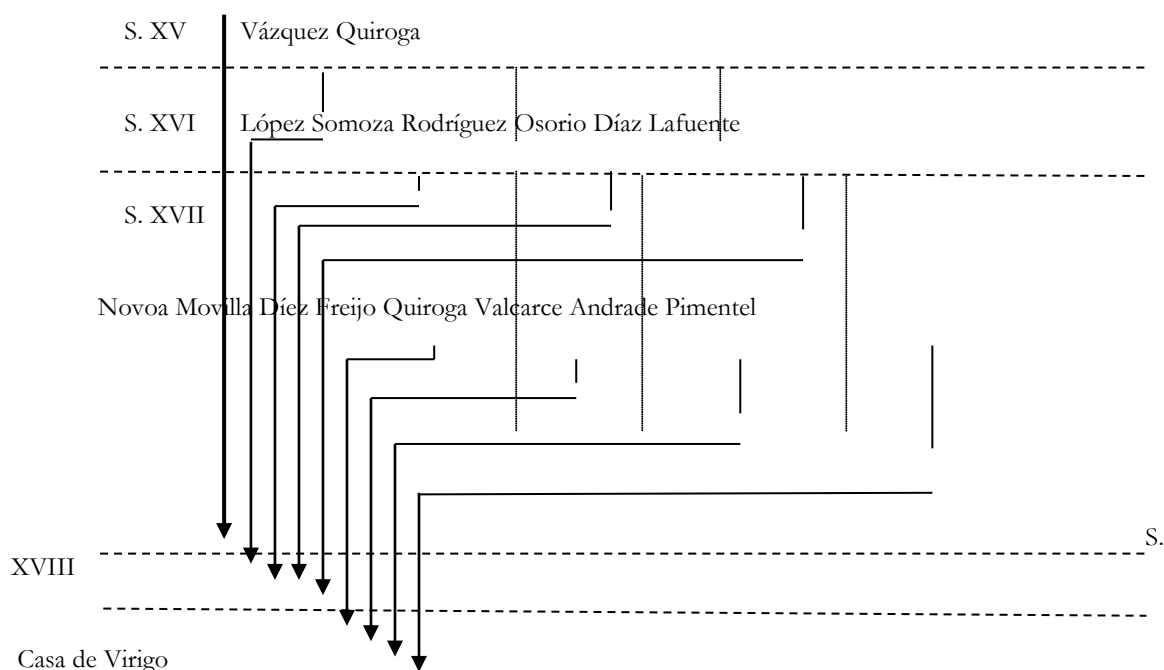
De los exiguos testimonios de los ascendientes emanan dos carencias que debemos resaltar. En primer lugar, la complejidad de fijar el origen social de los contrayentes y en segundo lugar, la procedencia geográfica de cada uno. En lo que se refiere al primero, la única variable que nos permite medirlo es el uso o no del “don” antes del nombre para diferenciar a los hidalgos de los que no lo son, puesto que carecemos de ejecutorias de hidalguía. El segundo es difícil de dilucidar, porque la información siempre refiere la residencia de la pareja una vez efectuada su unión, no así la anterior. No obstante, las escrituras son mucho más claras una vez llevada a cabo la vinculación y constituida la Casa.

Pese a esta problemática sí sabemos que la tendencia en los enlaces es mucho más local que la de la Barrera. Es decir, los señores de la Hermida contraen matrimonio en numerosas ocasiones con hidalgos de su entorno más inmediato, aun en las etapas finales del linaje, que suelen caracterizarse por la dispersión geográfica²¹. Es esta política la que permite la unión con las Moreiras, otra notable casa de una parroquia cercana.

¹⁹ Como es bien sabido, una salida muy socorrida por las familias, dado que tenía una fuerte significación social y simbólica para el orgullo de la Casa. Además, los bienes que acumulaban en vida podían acabar fortaleciendo el patrimonio de la Casa, *vid.* Antonio PRESEDO GARAZO, “O clero secular galego [...]”, art. cit., pp. 664-665.

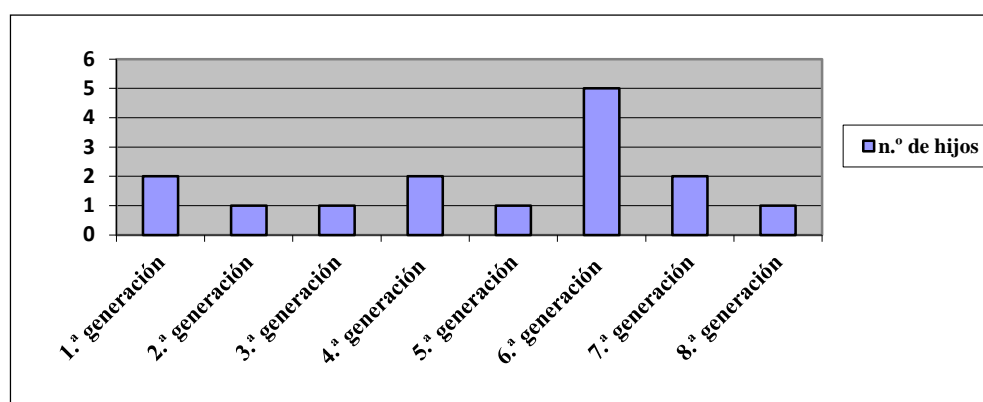
²⁰ Los estudios sobre hidalguía han constatado fundaciones de tipo tardío, fundamentalmente en el siglo XVIII. Entre otras, la fundación de la Casa da Fraga, o el ascenso de la familia Quindós, ambas en el siglo XVIII, *vid.* Antonio PRESEDO GARAZO, A., “A pequena fidalguía rural e a parcería de gando: A Casa da Fraga de San Xiao de Carballo -Friol-, 1680-1800”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 109, 1997, pp. 53-78; y María de los Ángeles FERREIRO NOVO, *Contribución al estudio de la nobleza en Galicia: los bienes de la condesa de Santiago en la provincia de Lugo*, ss. XVIII-XIX, Tesina (inédita), Santiago, 1986.

²¹ Véanse los casos de la Barrera o Virigo, comentados con anterioridad. Estas entidades logran presencia territorial progresiva, que Vitor Migués y Antonio Presedo denominan como *cosmopolitismo local*. Antonio PRESEDO GARAZO y V. M. MIGÜES RODRÍGUEZ, “Los privilegiados” en Isidro DUBERT GARCÍA (coord.), *Historia de la Galicia Moderna*, Santiago de Compostela, Servizo de Publicacións e Intercambio Científico, 2012, p. 286.

Gráfico 4. Entronques de la Casa de la Hermida con otras casas hidalgas

Fuente: Elaboración propia a partir de AMPL, Archivo de la Casa de la Barrera, Sección Losada-Somoza, 6 cajas.

En resumen, las estrategias que llevan a cabo los señores de la Hermida son claras, detrás de sus uniones con las hijas de hidalgos vecinos subyace la idea de un aumento del poder local a través del entroncamiento con los restantes miembros de la hidalguía quiroguesa (Rodríguez Osorio, Díaz Lafuente, Quiroga Valcárcel) e incluso familias de un rango geográfico más extenso (Novoa Movilla o Andrade Pimentel). Esto resulta patente con los enlaces que tienen lugar en el siglo XVIII, aunque el déficit de información con respecto a las estrategias anteriores a la fundación del vínculo no nos permite sacar una conclusión firme. Esto es así porque las escrituras omiten el origen social y geográfico de las parejas fijando únicamente la residencia conjunta una vez consumado el matrimonio.

Gráfico 6. Hijos/as por cada generación en la Casa de la Hermida

Fuente: La misma que para el Gráfico 5.

Como podemos apreciar en el Gráfico 4, la evolución en la política matrimonial de los Losada Somoza es evidente. De un solo entronque en el XVI, pasamos a tres en el XVII y cuatro en el XVIII. A diferencia de los casos de la Barrera y Virigo, no se producen entronques en el XIX por el mero hecho de que la casa ya ha sido absorbida por los hidalgos navienses²². Dada la breve extensión temporal de este linaje, hemos decidido incluir también en el gráfico las uniones anteriores a la fundación del vínculo, retrotrayéndonos al XVI, aunque, en puridad, la Casa como tal, nace y muere en un siglo, con lo que su política de enlaces comenzaría con la unión con los Díaz Lafuente de Bendollo y finalizaría en las nupcias con el heredero de los Andrade Pimentel de Virigo.

La media de hijos en la Hermida es idéntica a la de Virigo (1,8) e inferior a la de la Barrera (tres). Constatamos de nuevo el bajo número descendientes en las primeras generaciones, debido probablemente a las carencias de la documentación familiar. La sexta generación, que corresponde al matrimonio de don Francisco de Losada y Somoza y doña Francisca Díaz (primera mitad del XVIII) es la más numerosa, con cinco hijos. Asimismo, es la mejor documentada, puesto que es la inmediatamente posterior a la fundación vincular y aglutina diversas agregaciones en la persona de don Bernardo José. En las dos últimas el número de hijos vuelve a descender de manera drástica.

La Tabla 3 refleja que la proporción entre hombres (43,7%) y mujeres (56,2%) en la familia Losada Somoza beneficia a las segundas sobre los primeros. Un dato característico es el alto número de féminas que alcanzan la jefatura, idéntico al de Virigo (cuatro). El promedio de hermanos varones es muy escaso, mientras que el de hermanas es elevado. Ellas se casan siempre, con tan sólo una excepción, al mismo tiempo que, de los dos hermanos varones, uno contrae matrimonio y el otro queda célibe²³.

Tabla 3. Estado civil de los miembros de la Casa de la Hermida (siglos XVI-XIX)

Período	Varones			Mujeres		
	Jefes	Hermanos		Jefas	Hermanas	
	Casados	Solteros	Casados	Casadas	Casadas	Solteras
S. XVI	1	—	1	2	—	—
S XVII	2	—	—	1	1	—
S. XVIII	2	1	—	1	3	1
Total	5	1	1	4	4	1
%	31,2	6,2	6,2	25	25	12,5

Fuente: La misma que para el Gráfico 5.

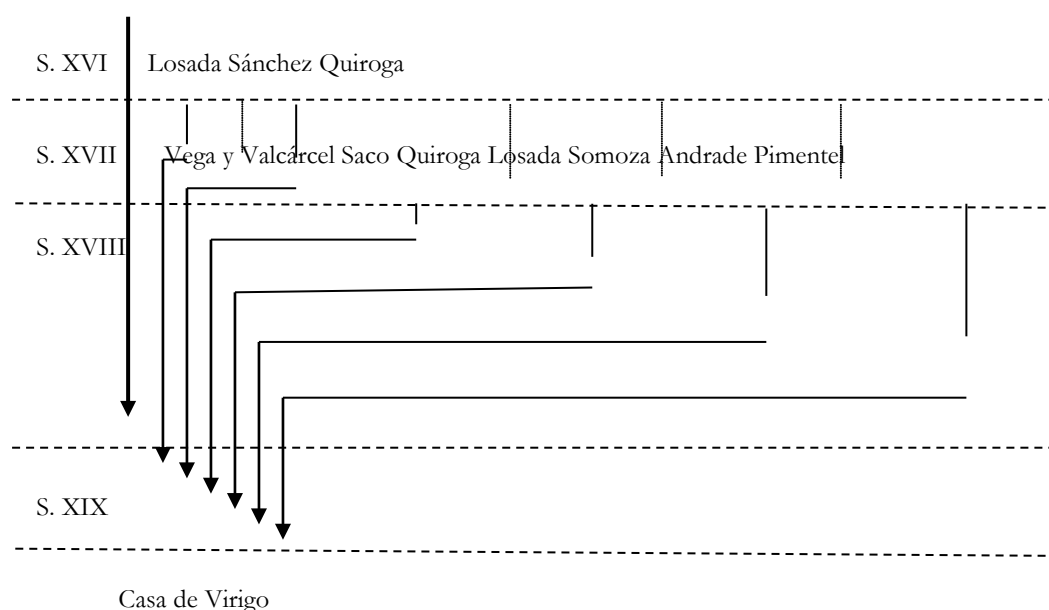
²² Se trata de una reacción en cadena. La Hermida y las Moreiras, cuyos patrimonios a la altura del XIX ya están unidos, pasan a formar parte del conglomerado de Casas que aglutina Virigo, que, a su vez, será absorbido en el XX por la Barrera. Ya hemos tenido ocasión en este trabajo de comprobar esta sucesión de entroncamientos de la hidalguía en el XIX. El caso más paradigmático en Galicia lo supone quizás el Marquesado de Ombreiro, que acabaría aglutinando un número elevado de solares hidalgos, *vid.* V. M. MIGUÉS RODRÍGUEZ, *As terras, as pousas* [...], op. cit., pp. 52-122. Otro ejemplo lo tenemos en los entronques de la Casa de Outarelo (Suárez de Deza y Tineo) con la de O Castro (Flórez Losada), *vid.* Isidro GARCÍA TATO, *La Casa de Outarelo* [...], op. cit., pp. 32-37.

²³ De una manera similar a lo que ocurría con la Barrera, el bajo número de célibes contrasta con los elevados índices de soltería recogidos por Presedo Garazo para los hogares hidalgos de Arzúa y Melide (68%), *cfr.* Antonio PRESEDO GARAZO, “Dinámica de Casa y reproducción social [...]” art. cit., pp. 117-141.

CASA DE LAS MOREIRAS

La historia de las Moreiras corre pareja a la de la Hermida, si bien es de germen más antiguo. Éste se remonta concretamente a la mejora vincular ejecutada en 1677 por Martín González para su hijo don Lucas González Rivadeneira, clérigo de Santa María de Quintá de Lor, que fue el fundador del vínculo por testamento fechado en 1711, en el que deja por heredero a su hermano don Felipe González. Durante todo el siglo XVIII esta Casa estuvo regida por jefatura femenina, a través de la cual se fusionó con la Hermida y derivó al patrimonio de Virigo.

Gráfico 7. Entronques de la Casa de las Moreiras con otras casas hidalgas



Fuente: La misma que para el Gráfico 5.

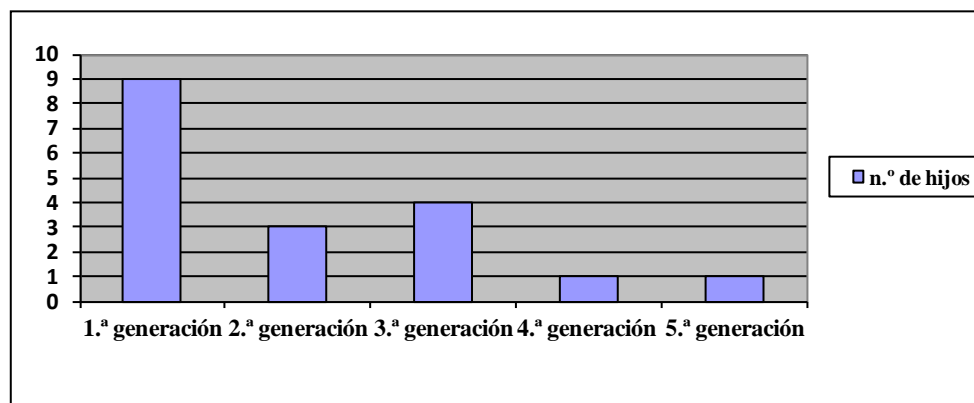
La extensión temporal de esta Casa es muy similar a la de la Hermida. Su creación tiene lugar cinco años antes. El análisis documental no ha permitido dilucidar las generaciones de familiares anteriores a la fundación del vínculo, de manera que el número de matrimonios al que hemos tenido acceso es menor. De nuevo, se han presentado dificultades para establecer el origen social y geográfico de los contrayentes.

Como refleja el Gráfico 7, el número de entronques (seis) de la Casa de las Moreiras es relativamente corto, más si lo comparamos con la situación de la Hermida, de Virigo o la Barrera²⁴. La principal razón es la complejidad que ha surgido para trazar las líneas de ancestros, pudiendo sólo acceder a la historia de la misma una vez constituido el vínculo, con lo que el número de enlaces y posibles entronques se reduce ligeramente. Así, durante el siglo XVII sólo aparecen en el archivo dos enlaces, que responden al padre y al hermano menor del fundador que, recordemos, es clérigo y, por tanto, no puede contraer nupcias. Durante el siglo XVIII, los señores de las Moreiras comienzan a realizar pactos matrimoniales en aras de expandir su poder, por lo que los consortes provienen de solares hidalgos del entorno, con la excepción de la familia Andrade Pimentel, originaria de Navia. El logro esencial de esta política está en la unión con la

²⁴ La Casa de La Hermida realiza ocho uniones, Virigo y la Barrera, siete.

Casa de la Hermida. La búsqueda del afianzamiento local a través de los enlaces con moradas que en un principio podían rivalizar en influencia con la propia es una característica importante de la reproducción social hidalga, a fin de engrandecer sus patrimonios y eliminar competencia en el monopolio del poder local.

Gráfico 8. Hijos/as por cada generación en la Casa de las Moreiras



Fuente: La misma que para el Gráfico 5.

Una de las principales diferencias de los Rivadeneira Quiroga con las otras familias que trata este trabajo es la menor cantidad de generaciones estudiadas, por los motivos que hemos expuesto anteriormente, y una media de vástagos más elevada (3,6). Esto responde a un número destacado de hijos en la primera generación (nueve), que desciende en las siguientes pero se mantiene constante a lo largo del siglo XVIII hasta la absorción de la familia²⁵. Es necesario tener en cuenta, además, que los datos sobre los hermanos de los señores son más completos, mientras que en los casos precedentes están más oscurecidos.

Tabla 4. Estado civil de los miembros de la Casa de las Moreiras (siglos XVII-XVIII)

Período	Varones				Mujeres		
	Jefes		Hermanos		Jefas	Hermanas	
	Casados	Solteros	Solteros	Casados	Casadas	Casadas	Solteras
S XVII	2	1	2	—	—	2	3
S. XVIII	—	—	1	—	3	3	1
Total	2	1	3	—	3	5	4
%	10	5	15	—	25	41	33

Fuente: La misma que para el Gráfico 4.

Otro apunte interesante es la importancia de las mujeres. Por las habitaciones de las Moreiras pasaron doce (66%), una cantidad que contrasta con la escasez de varones (33%). De ellas, tres llegaron a ser señoras, cinco pasaron por la vicaría y cuatro no contrajeron matrimonio. Los hombres cedieron el poder una vez traspasado el umbral del siglo XVIII, que sólo vería

²⁵ La cifra media sigue siendo elevada si la comparamos con otros casos estudiados y que ya hemos reflejado anteriormente.

mujeres rigiendo los destinos de la Casa. Otro dato que llama la atención es el hecho de que el fundador y señor durante los inicios del XVIII fue un clérigo, que cedió el vínculo a su hermano antes de su muerte²⁶.

CONCLUSIONES

El eje sobre el que se asientan las estrategias sociales de las casas estudiadas es un sistema hereditario no igualitario, asentado en la figura del mayorazgo o vínculo, según el caso, con la intención de agrupar la mayor parte de los bienes en manos de un solo heredero. La elección responde a la necesidad de garantizar una estabilidad económica y social que perdure a través del tiempo, limitando el acceso del resto de familiares al mercado matrimonial debido a la fuerte carga que suponían las dotes en las arcas hidalgas. Ello no obsta para afirmar que, en muchos casos, estos elevados dispendios producían enormes beneficios merced a volcados patrimoniales posteriores. De esta forma, mediante las calculadas uniones entre los señores de estos solares y los herederos de otros se produjo un número nada desdeñable de agregaciones, fundamentalmente en el siglo XIX, cuando un elevado número de las parentelas se extinguen biológicamente y sus bienes redundan en provecho de otras. Así, la Casa de la Barrera agrega a la de Virigo a finales de dicho siglo y ésta a terceras como Tormaleo, Perdigueira, Hermida, Moreiras...dependiendo del poder e influencia de cada una, los vectores geográficos de los enlaces pueden ampliarse a un ámbito provincial o incluso regional. En lo que a estas cuatro familias se refiere, el alcance de la Casa de la Barrera es más extenso que el de las otras tres, que raramente salen a buscar consortes fuera del ámbito local.

La jefatura de las familias solía estar ejercida por un varón, a excepción de las Moreiras, que supone un raro ejemplo de matriarcado. El número de hijos por generación resulta muy cambiante dependiendo del caso analizado: desde los 1,8 de Virigo o la Hermida, hasta los 3,6 de las Moreiras. Estos datos están muy condicionados por las carencias de los archivos, muchas veces deficitarios en las primeras generaciones. Aquellos individuos que están llamados a heredar el patrimonio se casan siempre, mientras que la asignación reservada al resto de hermanos/as varía según el caso. No obstante, las mujeres suelen tener mayor acceso al mercado matrimonial, en tanto que los varones acostumbran a permanecer célibes, dedicando sus vidas a la carrera eclesiástica. Sea como fuere, los destinos de todos y cada uno de los miembros estaban unidos a la voluntad del señor, que imponía su disciplina para asegurar la supervivencia de la familia y la Casa.

Así pues, y de forma provisional, podemos afirmar que los casos estudiados avalan el esquema de familia extensa ceñida a las disposiciones del señor o de la señora, donde todos y cada uno de los componentes tienen un rol asignado dentro del mecanismo que garantizará la perduración a lo largo de las generaciones y la memoria en el mundo futuro. El acierto o el error en la planificación de las estrategias sociales y económicas decidirán, en último término, qué Casas sobreviven y cuáles se pierden en la niebla del tiempo.

²⁶ Para una mayor información sobre la importancia de los clérigos en la conformación de los vínculos hidalgos *vid.* PRESEDO GÁRAZO, A., “O clero secular galego [...]”, art. cit., pp. 665-669.

REDES Y RELACIONES EN EL ESPACIO DINÁSTICO DE LOS BORBONES.

MACANAZ Y LOS COURTOIS-TAMISON (1725-1760)*

Francisco Precioso Izquierdo

Universidad de Murcia

POLÍTICA DINÁSTICA Y MOVILIDAD SOCIAL EN LA EUROPA DE LOS BORBONES

Los tratados y acuerdos internacionales que certificaron el final de la intervención de las potencias extranjeras en la Guerra de Sucesión española (Utrecht y Rastadt, 1713-1715), confirmaron la pérdida de los territorios extra peninsulares de la Monarquía Hispánica (Flandes e Italia)¹. Las gravosas consecuencias territoriales del conflicto marcaron por entero el reinado de Felipe V, quien intentó enmendar en lo sucesivo el menoscabo suscrito casi al comienzo del mismo. Con independencia del grupo de ministros o consejeros que coparan el favor del monarca, iba a imponerse desde entonces una línea de crítica y revisión dirigida fundamentalmente a la recuperación de la influencia y presencia española en el Mediterráneo². Se priorizaba la reivindicación de Italia como medio para neutralizar la situación de preponderancia inglesa en el control meridional del continente. En esta política, animada por las integrantes maniobras de la reina Isabel de Farnesio y su “mezquina pasión de mujer³”, Flandes y el norte de Europa quedaban reducidos a un notorio segundo plano.

* Este texto ha sido realizado gracias a la concesión de una beca pre-doctoral por la Fundación Séneca, Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia (15520/FPI/10). Así mismo, forma parte de los proyectos de investigación: “Nobilitas II- Estudios y base documental de la nobleza del Reino de Murcia, siglos XV-XIX. Segunda fase: análisis comparativos”, financiado por la Fundación Séneca, Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia (15300/PHC/10) y “Familias e individuos: Patrones de modernidad y cambio social (siglos XVI-XXI)”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (HAR2013-48901-C6-1-R).

¹ Sobre las consecuencias de los tratados anteriores, en especial el de Utrecht, vid. Virginia LEÓN SANZ, “La llegada de los Borbones al trono”, en Ricardo GARCÍA CÁRCEL, *Historia de España. Siglo XVIII*, Madrid, 2002, pp. 56-62; Lucien BÉLY, “Casas soberanas y orden político en la Europa de la Paz de Utrecht”, en Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, 2002, pp. 87-90; José María JOVEZ ZAMORA y Elena SANDOICA, “España y los Tratados de Utrecht”, en VV. AA., *La época de los primeros Borbones. La cultura española entre el Barroco y la Ilustración. (1700-1759)*, vol. I, tomo XXIX, Madrid, 1985, pp. 399-406; así mismo, remitimos al anejo XIII de los *Cuadernos de Historia Moderna* coordinado por Virginia León Sanz sobre los Tratados de Utrecht.

² Antonio BÉTHENCOURT MASSIEU, *Patino en la política de Felipe V*, Valladolid, 1954, pp. 7-11.

³ De gran interés el reciente análisis realizado por Vázquez Gestal sobre el tratamiento de la historiografía del siglo XIX y XX acerca de la reina Isabel de Farnesio: Pablo VÁZQUEZ GESTAL, *Una nueva Majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*. Madrid, Marcial Pons, 2013, pp. 172-205. El papel de Farnesio en la dirección de la política exterior del reinado, cada vez mejor contextualizado y matizado, dio lugar a un animado debate historiográfico en la segunda mitad del siglo XX. Por un lado, insignes historiadores como Domínguez Ortíz y el propio Ozanam, quienes seguían viendo la mano de la reina como principal causa de la obstinación italiana del rey (vid. Antonio DOMÍNGUEZ ORTÍZ, *Sociedad y Estado en el siglo XVIII español*, Barcelona, 1976, pp.55-56 y 63-64; Didier OZANAM, “La política exterior de España en tiempo de Felipe V y de Fernando VI”, en VV.AA., *La época de (...)*, op. cit., pp. 443-699, espec. 634-636). Por otro lado, quienes como Seco Serrano y Bethencourt, advertían otros móviles que conectaban directamente con la propia vocación mediterránea de la monarquía española (vid. Carlos SECO SERRANO,

Superadas las reticencias iniciales que tensaron las relaciones entre Borbones a uno y otro lado de los Pirineos⁴, Francia se confirmaría a partir de la década de 1720 como la principal aliada –la más habitual– de la monarquía española de Felipe V. El instrumento que hizo posible el desarrollo de esa comunión de intereses borbónicos (dinásticos, al fin y al cabo) fue la política del Pacto de Familia, acuerdos bilaterales entre las coronas franco-españolas que permitieron a Felipe V contar con un apoyo más o menos constante en su proyectada *reconquista italiana*⁵.

La mutua identificación entre borbones franceses y españoles dibujó una política que escapó a los objetivos meramente *nacionales*, adquiriendo una dimensión que respondía en buena medida a directrices *dinásticas*. La recuperación de los territorios italianos mediante el establecimiento de sendos tronos borbónicos, es en sí mismo, una prueba del dinasticismo que impulsó la política exterior en Europa a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII⁶. La consecución de esos fines dinásticos perseguidos por Felipe V y tolerados –no siempre de buena gana– por Francia, generó enormes posibilidades de acción para multitud de familias, grupos e individuos. En este sentido, contribuyó a consolidar un nuevo espacio de circulación y movilidad social que conectaba a élites y familias de territorios como el español (peninsular y americano) con el francés. Pero, sobre todo, se ponía el foco en aquellas otras zonas en las que se ventilaba algún tipo de interés dinástico, como Italia e incluso buena parte del antiguo Flandes español, territorios que podían considerarse integrantes de un nuevo espacio social articulado por un sinfín de lazos, vínculos y relaciones que rebasaba fronteras jurisdiccionales.

Atendiendo a la lógica dinástica de la actuación exterior de Felipe V, perfilando los márgenes relacionales del espacio a que nos referimos y reduciendo la diversidad de trayectorias a la unidad del servicio dinástico, se descubren nuevos componentes que desplazan nuestra atención desde la corte y el rey con sus ministros hacia otros sujetos de enorme interés. Si bien la función directriz y la impronta de los grandes hombres de gobierno –con el monarca a la cabeza– nos es bien conocida por haber merecido la atención primordial de la historiografía⁷, nuestro planteamiento relacional de la política dinástica puesta en marcha en el reinado de Felipe V, revela la importancia de otros protagonistas en la sombra que ayudaron a tejer numerosas redes de relaciones con las que mantener en contacto territorios geográficamente distanciados y jurídicamente separados.

Élites y grupos de españoles y franceses, pero también italianos y flamencos de origen español –vinculados por tradición al servicio de la monarquía– continuaron mirando al rey de España como fuente de ascenso y promoción de sus carreras. Si hemos concluido que las *monarquías compuestas*, como la española de los siglos XVI y XVII, fue por encima de la yuxtaposición de territorios e instituciones comunes, un agregado de familias, grupos e individuos que se movían y circulaban por diversos territorios unidos por la dinámica del

“El reinado de Felipe V en los Comentarios del Marqués de San Felipe”, en Vicente BACALLAR y SANNA (Marqués de San Felipe), *Comentarios a la Guerra de España e Historia de su rey Felipe V el Animoso* [Edición y estudio preliminar de Carlos Seco Serrano] Madrid, Biblioteca de Autores Españoles-Editorial Atlas, 1957, pp. XXXVII-XXIX; Antonio BÉTHENCOURT MASSIEU, *Patiño en la (...)*, *op. cit.*, pp. 9-11.

⁴ Didier OZANAM, “La política exterior (...), *op. cit.*, pp. 579-593.

⁵ Didier OZANAM, “Dinastía, diplomacia y política exterior”, en Pablo FERNÁNDEZ ALBALADEJO, *Los Borbones. Dinastía (...)*, *op. cit.*, pp. 17-46.

⁶ Lucien BÉLY, “Casas soberanas y (...), *op. cit.*, pp. 94-95.

⁷ Sobre los nuevos derroteros historiográficos de la historia de las relaciones internacionales, vid. Juan Carlos PEREIRA CASTAÑARES, “De la Historia Diplomática a la Historia de las Relaciones Internacionales: algo más que el cambio de un término”, *Historia Contemporánea*, n° 7, 1992, pp. 155-182.

servicio-beneficio a la corona⁸, ese componente social ¿desaparecería sin más tras la firma de los tratados anteriores?, ¿en qué situación quedarían las familias de los territorios italianos y flamencos ligadas hasta 1715 a la corona española?

Sólo recientemente algunos historiadores han comenzado a dar respuesta a tales interrogantes. El caso de Italia, cuyas élites y familias de la aristocracia local se insertaron pronto en la política de pacto y alianza con las autoridades imperiales, es bien significativo⁹. Davide Maffi ha defendido la permanencia de fuertes vínculos clientelares entre Madrid y varias regiones italianas a lo largo del siglo XVIII. Un entramado de redes y relaciones que tendría su expresión en las numerosas carreras de italianos en el ejército español del setecientos. Varios cientos de familias e individuos cuya participación “en los planes de Felipe V servía para mantener viva la esperanza de recuperar los territorios perdidos al final de la guerra de Sucesión española (...), lo que en último término favoreció la persistencia de un fuerte sentimiento filo español”¹⁰.

En cuanto a Flandes y los Países Bajos, la integración de sus noblezas en el escenario imperial español fue más delicada. El proceso se vio frecuentemente interrumpido por la problemática relación política y religiosa mantenida entre las élites locales y la monarquía¹¹. Dependiendo de la coyuntura, el acceso a la maquinaria administrativa del Imperio, la concesión de honores y privilegios e incluso el propio mercado matrimonial (mecanismos efectivos que favorecerían la formación de vínculos hispano-flamencos) se reducía o ampliaba notoriamente. A finales del siglo XVII, la reactivación de las relaciones entre la aristocracia de los Países Bajos y la española¹², fruto también de la importante labor desplegadas por otros agentes e intermediarios (comerciantes, religiosos, militares, etc.¹³), daría lugar a la formación de un creciente entramado relacional, fundamental a la hora de entender la interacción entre ambas unidades políticas ya en el setecientos. Thomas Glesener, al analizar la masiva participación de fieles flamencos al lado del duque de Anjou en la contienda sucesoria y su presencia posterior en el ejército de Felipe V, nos muestra multitud de ejemplos de familias originarias de los Países Bajos que, enroladas en el servicio dinástico, mantuvieron importantes relaciones con España después de la pérdida de sus territorios¹⁴.

⁸ Bartolomé YUN CASALILLA, “Introducción”, *op. cit.*, pp. 14-17; Xavier GIL PUJOL, “¿Centralismo y localismo? Sobre las relaciones políticas y culturales entre capital y territorios en las monarquías europeas del Barroco”, en Albert ROSSICH y August RAFANELL, *El Barroc català*, Barcelona, 1989, pp. 23-45.

⁹ Manuel RIVERO RODRÍGUEZ, “Italia en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)”, *Studia Histórica*, n° 26 (2004), pp. 19-41; la mayoría de los grupos y familias de la élite local predominantes en el periodo de dominio español, apenas sufrirán merma en su posición en la jerarquía social tras la separación de la monarquía española, vid., Antonio ÁLVAREZ-OSSORIO ALVARIÑO, “De la conservación a la desmembración. Las provincias italianas y la Monarquía de España (1665-1713)”, *Studia Histórica*, n° 26, 2004, pp. 191-223; una visión de conjunto, vid. Cristopher STORRS, *La resistencia de la Monarquía Hispánica (1665-1700)*. Madrid, Actas, 2013, pp. 343-373.

¹⁰ Davide MAFFI, “Al servicio del Rey: la oficialidad aristocrática de “nación” italiana en los ejércitos borbónicos (1700–1808)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, anejo X, 2011, pp. 120-121.

¹¹ FAGEL, R., “Es buen católico y sabe escribir los cuatro idiomas. Una nueva generación mixta entre españoles y flamencos ante la revuelta de Flandes”, en Bartolomé YUN CASALILLA, *Las redes del (...), op. cit.*, pp. 289-312; Miguel Ángel ECHEVARRÍA, *Flandes y la Monarquía Hispánica (1500-1713)*, Madrid, 1998, pp. 119-133.

¹² René VERMEIR, “Je t’aime, moi non plus. La nobleza flamenco y España en los siglos XVI-XVII”, en Bartolomé YUN CASALILLA, *Las redes del (...), op. cit.*, pp. 333-337.

¹³ En el reciente libro colectivo publicado por la editorial Sílex, se estudian algunos ejemplos de trayectorias flamencas vinculadas a España a finales del siglo XVII, vid. René VERMEIR, Maurits EBBEN y Raymond FAGEL, *Agentes e identidades en movimiento. España y los Países Bajos (siglos XVI-XVIII)*, Madrid, 2011.

¹⁴ Thomas GLESENER, “La hora felipista del siglo XVIII: auge y ocaso de la nación flamenca en el ejército borbónico”, *Cuadernos de Historia Moderna*, anejo X, 2011, pp. 77-101.

Diferentes ejemplos que demuestran el modo en el que los vínculos de buena parte de esas familias y grupos, súbditos de la monarquía española hasta 1714, no tuvieron porqué romperse totalmente con la firma de los tratados de Utrecht y Rastadt. Por debajo de las nuevas fronteras, permanecería una capa de relaciones que permitió comunicar territorios y personas con intereses coincidentes. Interesada en la revisión de las pérdidas territoriales, la corona podía seguir contando con un núcleo importante de familias de la élite italiana y flamenca pendientes a su vez de mantener su vínculo con la fuente de ascenso y promoción que todavía representaba para ellos la España borbónica, bien en el ejército, la administración¹⁵, la corte¹⁶, etc. Un interés mutuo que nos ayuda a reconsiderar la tradicional dirección de la política exterior del reinado filipino, poniendo el acento en la capacidad de “influencia recíproca”¹⁷ tanto de la corona como de las élites italianas y flamencas, subrayando de esta forma el papel de las últimas en la orientación y participación de la acción internacional de Felipe V.

El caso de las trayectorias entrelazadas de los Macanaz y los Courtois-Tamison puede resultarnos útil para valorar la definición y el alcance de lo expuesto hasta ahora. Se trata de dos familias conectadas matrimonialmente a mediados de la década de 1720; los primeros proceden del sur de Castilla, mientras que los Courtois-Tamison son una familia flamenca de origen español afincada en Lieja bastante tiempo atrás. Si los Macanaz hicieron de la carrera regimental y del servicio al rey su plataforma de ascenso y promoción, los Courtois destacaron en la segunda mitad del siglo XVII por el servicio al príncipe Elector de Baviera, José Clemente. ¿Casualidad que ambas familias se encontraran en Lieja –límite con Francia, otra corona borbónica- y decidieran ligar su sino?, ¿por dónde se mueven los Macanaz y los Courtois-Tamison?

LOS MACANAZ Y COURTOIS-TAMISON. DOS FAMILIAS EN EL ESPACIO DINÁSTICO DE LOS BORBONES

La evolución de los Macanaz presenta una serie de peculiaridades que merecen un comentario previo. Es sabido que tras haber dejado atrás el concejo de Hellín (cuna de la familia) como parte de la élite política de su comunidad, la falta de oportunidades para rebasar los límites de mando y distinción alcanzados en la segunda mitad del siglo XVII, llevó a la nueva generación a mirar más allá de lo local para seguir creciendo. La ejecutoria de don Melchor Macanaz Guerrero (1670-1760) marcó un nuevo hito en el desarrollo del proceso de promoción social de la familia¹⁸.

En muy pocos años, don Melchor lograba culminar sus estudios de Leyes y Cánones en la Universidad salmantina (1689-1694), vinculándose como abogado a una de las casas aristocráticas más antiguas y prestigiosas de la España Moderna, los Villena¹⁹.

¹⁵ María del Carmen IRLES VICENTE, “Italianos en la administración territorial española del siglo XVIII”, *Revista de Historia Moderna*, nº 16, 1997, pp. 157-176.

¹⁶ VÁZQUEZ GESTAL, Pablo, *Una nueva Majestad (...)*, op. cit., pp. 138-145.

¹⁷ Utilizamos el concepto de “influencia recíproca” propuesto por Ana Ma RAO y Steinar SUPPHELLEN, “Las élites del poder y los territorios «dependientes»”, en Wolfgang REINHARD, *Las élites del poder y la construcción del Estado*, México D. F., 1997, pp. 107-131, espec. 122-123.

¹⁸ Francisco PRECIOSO IZQUIERDO, “Encumbramiento familiar, proyección política: los Macanaz (1630-1700)”, *Chronica Nova*, nº 38, 2012, pp. 203-220; mismo autor, “Del concejo al consejo: bases locales en la promoción social de los Macanaz (siglos XVII-XVIII)”, *Norba. Revista de Historia*, vol. 24 (2013), pp. 85-96.

¹⁹ Francisco PRECIOSO IZQUIERDO, “Patronazgo nobiliario en la administración borbónica. Macanaz y el beneficio relacional de la fidelidad”, en Juan HERNÁNDEZ FRANCO, José Antonio GUILLÉN BERRENDERO y Santiago MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, *Nobilitas. Noblezas en España y en Europa en los Tiempos Modernos*, Doce Calles, Madrid, 2014, pp. 349-367; mismo autor, “El beneficio de la fidelidad: Melchor Macanaz y la casa de Villena (1694-1706)”, en José MARTÍNEZ MILLÁN, Carmen CAMARERO

Desde esta plataforma, Macanaz consiguió darse a conocer entre los grupos y redes pro borbónicas de la corte de Carlos II, participando en la Guerra de Sucesión hasta formar parte del cuerpo de administradores encargados de poner en marcha el programa inicial de reformas institucionales de la monarquía²⁰. Su carrera en ascenso le llevó a ocupar cargos en la Valencia borbónica (juez de confiscaciones del reino y encargado de la reconstrucción de la ciudad de Xátiva, 1707-1710) y diversos empleos fiscales en Aragón (1711 y 1712). La defensa de las prerrogativas absolutas del rey mantenida por Macanaz frente a autoridades locales, territoriales y eclesiásticas, le valió su nombramiento como fiscal general del consejo de Castilla (noviembre de 1713), cargo desde el que pilotó el proceso de reformas más ambicioso de los primeros años del reinado de Felipe V²¹. La desaparición de la reina María Luisa de Saboya (febrero de 1714), unido a la caída en desgracia de la princesa de los Ursinos (diciembre de 1714), convirtieron a Macanaz en el blanco fácil de los múltiples enemigos que su obra de gobierno generó. En febrero de 1715, el rey cesaba a don Melchor, quien ponía rumbo a Francia donde comenzaba un largo exilio de más de tres décadas²².

Sin embargo, la defenestración del todopoderoso fiscal general del consejo de Castilla no supuso su *muerte política*. Felipe V protegió a don Melchor en su particular “travesía en el desierto”²³, utilizándolo como agente diplomático oficioso para ciertas misiones relacionadas con el más puro interés dinástico. Una especie de agente personal del monarca para asuntos personales en lugares que el primer borbonismo intentó vertebrar como espacio político común. En este contexto, se entiende la utilidad de contar con fieles servidores como Melchor Macanaz, un recurso que fue aprovechado por la corona en el diseño del complejo escenario europeo dibujado tras el final de la Guerra de Sucesión española.

Muestra de la especial protección que Felipe V brindó a Macanaz en sus años de exilio fue la firma de un real decreto en el que reconocía la imposibilidad de que éste regresara a España para declarar por los delitos de herejía de los que era acusado por la Inquisición, manifestando que don Melchor se encontraba “de especial orden mía fuera de estos Reinos y en lugares de la frontera de Francia”, una forma un tanto velada de proteger a su antiguo fiscal, reteniéndolo *sine die* en Francia lejos del alcance de los inquisidores²⁴.

Los treinta y tres años que Macanaz vivió entre Francia y los Países Bajos tienen un indudable valor político. Más allá del conjunto de peripecias personales, desengaños y decepciones, el desempeño de ciertas funciones diplomáticas convierte a Macanaz en actor de excepción de la política exterior de los Borbón-Farnesio²⁵. Una función que se refleja en la regular correspondencia mantenida a lo largo de este tiempo con los diferentes secretarios de Estado, en especial, con Grimaldo, Orendain y el marqués de Villarias²⁶. A ellos transmitía numerosas informaciones fruto de la observación y conversación con la

BULLÓN y Marcelo LUZZI, *La Corte de los Borbones: Crisis del modelo cortesano*. Vol. II. Madrid, Ediciones Polifemo, 2013, pp.1163-1181.

²⁰ Carmen MARTÍN GAITE, Carmen, *Macanaz, otro paciente de la Inquisición*, Barcelona, 1982, pp. 116-184.

²¹ Juan HERNÁNDEZ FRANCO y Francisco PRECIOSO IZQUIERDO, “Discursos enfrentados en los albores de la monarquía borbónica. Reacciones al pedimento fiscal de Macanaz”, *Mediterranea. Ricerche Storiche*, n° 30 (2014), pp. 61-82; Concepción de CASTRO MONSALVE, “La Nueva Planta del Consejo de Castilla y los pedimentos de Macanaz”, *Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea*, n° 37, 2012, pp. 23-42

²² Carmen MARTÍN GAITE, *Macanaz, otro paciente (...)*, *op. cit.*, pp. 331-459.

²³ Xavier GIL PUJOL, “¿Centralismo y localismo?”, *op. cit.* pp. 23-45.

²⁴ Carmen MARTÍN GAITE, *Macanaz, otro paciente (...)*, *op. cit.*, pp. 354-361.

²⁵ Didier OZANAM, “La política exterior de España en tiempo de Felipe V y Fernando VI”, VV.AA., *La época de los primeros Borbones. La nueva monarquía y su posición en Europa (1700-1759)*. Historia de España. Menéndez Pidal. Tomo XXIX, vol. I. Madrid, 1985, pp. 443-699.

²⁶ La serie de correspondencia que se conserva de Macanaz con la corte durante parte de su exilio. A. G. S. Estado, leg. 4690-4695.

mayor parte del personal diplomático radicado en Francia y los Países Bajos; diferentes noticias de diversa gravedad de las que se hacía eco en las cartas y memoriales que continuamente remitía a la corte de Madrid desde Pau, Lieja, Huy o Bruselas.

En estos años, Macanaz llevó a cabo determinadas misiones que mediaron casi siempre en la línea de lo oficial, natural en quien conserva todavía la confianza del rey en una situación política del todo adversa²⁷. Entre los papeles políticos desempeñados por don Melchor, cabe destacar su temprana intervención en la relación que distanció a las cortes de Madrid y Versalles durante las regencias de los duques de Orléans y Borbón. La labor de espionaje desarrollada en los meses previos a la llamada *conjura de Cellamare* (1718)²⁸, así como los empleos de asesor y acompañante de los plenipotenciarios españoles en los congresos de Cambray y Soissons (celebrados a lo largo de la década de 1720), da buena prueba de la utilización diplomática de Macanaz en este periodo. Poco después, fue uno de los miembros de la comitiva que acompañó a la infanta María Ana Victoria mientras se negociaba su frustrado matrimonio con Luis XV, actuando como una especie de protector que daba cuenta a la corte de todo lo que se movía alrededor de la hija de los reyes (1724-1725)²⁹.

El servicio al rey llevó a Macanaz a recorrer durante parte de su exilio Francia y los Países Bajos. Será en el último donde recale a mediados de 1725 junto al diplomático, Berreti Landi, plenipotenciario de Felipe V en el congreso de Cambray³⁰. A su llegada a Bruselas, informaba Macanaz de la reacción positiva que había causado la presencia de los embajadores españoles entre los buenos flamencos: “quienes han comenzado a enjugar sus lágrimas por el consuelo de poder ver un día a sus antiguos reyes y tratar a sus amados españoles³¹”. Tras el fallecimiento del marqués en octubre de 1725, se había ordenado a don Melchor pasar a Lieja “y mantenerse allí con vida retirada y sin mezclarse en negocios públicos³²”. Muy posiblemente fue en esta ciudad donde casó -a lo largo de 1726- con doña María Maximiliana Courtois y Tamison, acontecimiento del que informaba a la corte de Madrid, dando noticia de la familia de su mujer, hija de don Jacobo Courtois, de quien decía que el Elector de Baviera, José Clemente (refugiado durante la Guerra de Sucesión en la Francia de Luis XIV), lo había tenido por su primer ministro³³.

El enlace con los Courtois-Tamison permitió a Macanaz establecer una base sólida en aquel espacio repleto todavía de familias de origen español. Para los Courtois, el matrimonio de doña María garantizaba una línea a través de la cual poder canalizar sus aspiraciones de servicio a la monarquía filipina. En este sentido, pronto se manifestaron las ventajas de contar con una persona como Macanaz, quien todavía fuera de España, seguía conservando el favor y el reconocimiento de muchos. Prueba de ello fueron las gestiones realizadas en 1728 por don Melchor a favor de sus dos cuñados, don José y don Jacobo (naturales de Lieja) con el objeto de ser admitidos en el real servicio “con grado de teniente

²⁷ Un agente diplomático *oficioso* que no comprometía al rey, pero del que se sirve para la realización de ciertas misiones; a este papel se referirá Didier OZANAM, “La diplomacia de los primeros Borbones (1714-1759)”, *Cuadernos de investigación histórica*, n° 6, 1982, pp. 189-190.

²⁸ A su papel en la preparación y desarrollo de la *Trama de Cellamare*, se referirá en la narración atribuida al mismo don Melchor (1726): “Agravios que me hicieron y procedimientos de que usaron mis enemigos (...)”. Una copia en AHN. NOBLEZA.FERNÁN NÚÑEZ, C. 2043, D.6; así mismo, vid. Rosa María ALABRÚS IGLÉSIES, “El pensamiento político de Macanaz”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, Historia Moderna*, n° 18-19, 2005-2006, pp. 177-201.

²⁹ Carmen MARTÍN GAITE, *Macanaz, otro paciente (...), op. cit.*, pp. 379-386.

³⁰ *Ibid.*, pp. 387-389.

³¹ AGS. Estado. Leg. 4691, Bruselas, 15 de junio de 1725, s/n.

³² Carmen MARTÍN GAITE, *Macanaz, otro paciente (...), op. cit.*, p. 397.

³³ AGS. Estado. Leg. 4693, París, 9 de mayo de 1729, s/n.

o de alférez” pues “desean pasar a España y emplearse en ella para toda su vida³⁴”. Pocos meses después, sabemos por carta de Macanaz que los hermanos Courtois (ya castellanizados como Cortés), no habían sido admitidos en el Regimiento de Guardias Walonas por no poder garantizar de asistencia al mes 4 doblones, lo que motivaba la consiguiente queja de don Melchor, quien asumía dicha cantidad “pues será menos sensible para mí carecer de esta parte que el que en los Países Bajos se sepa que dos caballeros, que han salido bajo el amparo de SM, se dejan en un tal abandono³⁵”. A finales de diciembre de 1729, don Melchor volvía a solicitar al marqués de la Paz la admisión de sus dos cuñados “en memoria de lo que esta familia mereció en servicio de los señores electores de Baviera”, pidiendo que se les concediera alguna “bandera o vacante” en el Regimiento de infantería de Córdoba, pues como el mismo Macanaz subrayaba “puede llegar muy en breve la ocasión de que hombres de su carácter sean muy útiles al servicio en los Países Bajos”³⁶.

De la trayectoria posterior de los hermanos Cortés conocemos la de don José, nombrado capitán del regimiento de Córdoba y coronel en 1747. Cercano a los círculos flamencos de la corte, con el paso de los años se convirtió en uno de los hombres de confianza del marqués de Croix, quien se refería a él como su dependiente: “M. de Cortès, lieutenant colonel de nos troupes et porteur de ma lettre, est un de mes amis intimes qui va d'ici à Bruxelles, Namur et Liège pour y terminer quelque'affaires de M. de Macanas, son beau-frère”³⁷.

Junto a Croix aparece a lo largo de las décadas de 1740 y 1750 como sargento mayor en las plazas de Ceuta, La Coruña y como teniente del rey en Valencia. Encargado de las pertenencias que Macanaz dejó en los Países Bajos tras su regreso a España, tanto Croix como su cuñado parece que favorecieron a don Melchor durante su estancia en la prisión de La Coruña, facilitándole cierta correspondencia, recepción de libros e incluso el traslado a una casa mejor acondicionada que el castillo de San Antón³⁸.

La conexión entre los Macanaz y Courtois-Tamison redimensionó a su vez la evolución familiar de los primeros en España. En Hellín, el único de los hermanos que continuaba en la casa familiar, el presbítero don Ginés, dedicó sus últimos años de vida a asegurar la conservación del escaso pero significativo patrimonio de la familia. Muestra del interés de don Ginés fue el pleito iniciado en 1720 por la posesión de la capellanía de San Ildefonso fundada por sus antepasados, don Alonso Ximénez y Ana de Moya, a comienzos del siglo XVII³⁹.

No menos importante fue la serie de adquisiciones, renunciaciones y cesiones de oficio de regidor en las que se vio envuelto a lo largo de la década de 1730. Los objetivos de tales operaciones se concretaban unas veces en la reunión de varias mitades o bien en la cesión del oficio a familiares y personas del entorno más próximo. Los intercambios arrancan en abril de 1731, fecha en la que doña María Macanaz cede a su hermano Ginés su parte en la mitad del oficio de regidor que ambos heredaron tras la muerte de su padre⁴⁰. Pocos días después, don Ginés compraba a los herederos de don Alonso Pérez Vela una mitad con la

³⁴ AGS. Estado, Leg. 4692, [...], 9 de septiembre de 1728, s/n.

³⁵ AGS. Estado. Leg. 4693, París, 9 de mayo de 1729, s/n.

³⁶ *Ídem*.

³⁷ Debo este dato a la generosidad del profesor Dr. Thomas Glesener. Procede del Archivo General del Reino de Bruselas (AGR), Familles, 13, Charles de Croix au Marquis d'Heuchin, Madrid, 18 de septiembre de 1749, s/n.

³⁸ ABAM. Ms. 740-V-3, s/f.

³⁹ AHPA. Prot. Not. Leg. 1970, ff. 31r-32r.

⁴⁰ AHPA. Prot. Not. Leg. 1978, ff. 33r-34v.

que el presbítero lograba al fin completar un oficio⁴¹. El montante de la adquisición, mil reales, se recuperaba un día después (17 de abril de 1731) al vender esa misma mitad de oficio a don Alonso Núñez de Prado⁴².

En 1732, don Ginés y su sobrino, don Rodrigo, capitán de caballos del regimiento de Calatrava, renunciaban conjuntamente a una regiduría formada por dos mitades de la que cada uno era propietario. El receptor del oficio no era otro que don Luis Montesinos Rubio Macanaz, nieto del viejo regidor don Juan Rubio Macanaz⁴³. Tras el fallecimiento de don Ginés en 1736, don Rodrigo -que había recibido en herencia la mitad del oficio de su tío⁴⁴- volvía a renunciarlo a favor de don Luis⁴⁵.

Los contactos entre ambas ramas de los Macanaz se consolidaron años después. En 1754, la única hija de don Melchor, doña María Maximiliana Macanaz Courtois, casaba con el capitán del regimiento de Montesa, don Antonio Macanaz Garaicoa, nieto de don Juan Rubio Macanaz⁴⁶, criado en Hellín tras el fallecimiento de sus padres (don José Macanaz y doña Antonia Garaicoa⁴⁷). La significativa unión de los Rubio Macanaz con los Garaicoa, originarios de la villa burgalesa de Belorado pero asentados en Cádiz desde mediados del siglo XVII, incorporaba al espacio familiar trayectorias tan relevantes como las de los tíos del pequeño don Antonio, fray Juan Garay, prior del convento de la Orden de San Juan de Dios en Madrid o el capitán don Francisco Garaicoa, gobernador de la ciudad de Portobello a mediados de la centuria⁴⁸.

CONCLUSIONES

El despliegue de la política internacional de los Borbón-Farnesio dio lugar a una honda reacción entre las muchas familias implicadas en los espacios en juego. La pléyade de servidores que participaron en el diseño y orientación de la empresa diplomática de la monarquía española, se vio fuertemente influida por su desarrollo. Fueron hombres, como Melchor Macanaz, los que contribuyeron al éxito y fracaso de los grandes planteamientos dibujados en la esfera internacional española de la primera mitad del siglo XVIII. A través de ellos se fue tejiendo una red de funcionarios y agentes oficiales y oficiosos de la corona que permitió mantener viva la presencia española en territorios como Italia o los Países Bajos. A su vez, actuando como catalizadores de un interés latente en el servicio a Felipe V, lograron contactar y mantener importantes vínculos y relaciones con grupos y familias originarias de aquellos territorios que continuaban mirando a España como fuente de gracias y servicios.

La trayectoria de la familia castellana, Macanaz, y la familia flamenca de origen español, Courtois-Tamison, nos ha servido de ejemplo para contrastar los límites de nuestra propuesta. Tras el fracaso del programa de reformas políticas intentado por don Melchor en el bienio 1713-1715, su defenestración no iba a suponer el final de su carrera. La importante labor de información y mediación diplomática llevada a cabo por el ex-fiscal

⁴¹ AHPA. Prot. Not. Leg. 1978, ff. 40r-42v.

⁴² AHPA. Prot. Not. Leg. 1978, ff. 43r-44r.

⁴³ AHPA. Prot. Not. Leg. 1978, ff. 128r-128v.

⁴⁴ AHPA. Prot. Not. Leg. 1979, ff. 110r-111v.

⁴⁵ AHPA. Prot. Not. Leg. 1979, ff. 114r-114v.

⁴⁶ Según el testamento de su abuelo, había nacido en Cádiz en 1714. AHPA. Prot. Not. Leg. 1970, ff. 127r-130v.

⁴⁷ Testamento de don Juan Rubio Macanaz: AHPA. Prot. Not. Leg. 1976, ff. 127r-130v.

⁴⁸ La información sobre los Garaicoa procede del testamento de don Ventura Garaicoa (padre de doña Antonia), fechado en Cádiz el 23 de diciembre de 1691. AHPA. Prot. Not. Leg. 2160, ff. 82r-83v.

tanto en Francia como en los Países Bajos, permitió a don Melchor seguir conectado a los derroteros políticos de la corona.

Un trabajo que supuso –ante todo– una creciente movilidad en un espacio de gran interés para la monarquía. Francia e Italia pero también los Países Bajos fueron durante la primera mitad del siglo XVIII tres objetivos prioritarios de la política internacional española. A ellos se dirigió don Melchor y en ellos participó de numerosas relaciones con grupos y familias que mostraron notable interés en el servicio al rey de España. Fruto de esa misma labor llevada a cabo por Macanaz fue su matrimonio y la vinculación con la familia flamenca de los Courtois-Tamison, un enlace que además de proporcionarle cierta estabilidad en el territorio flamenco, sirvió para asegurar la descendencia familiar de los Macanaz y sentar las bases de la reproducción social de la familia en la administración de finales del siglo XVIII⁴⁹.

⁴⁹ Francisco PRECIOSO IZQUIERDO, *Poder Político y Movilidad Familiar en la España Moderna. Los Macanaz (siglos XVII-XIX)*, Tesis Doctoral, Universidad de Murcia, Murcia, 2015, pp. 293-316.

EL PESO DEL APELLIDO BORJA-BORGIA

Santiago LA PARRA LÓPEZ

(*Universidad Politécnica de Valencia-
Escuela Politécnica Superior de Gandia*)

A la memoria de Manuel Ardit, fallecido cuatro días antes del comienzo del Congreso. Universitario excepcional por su humildad, ejemplo de rigor científico y generosidad intelectual, sentó cátedra con su obra científica, que es lo que permanece. Gracias, Manolo, y hasta siempre.

EL PESADO LASTRE DEL MORBO

El peso del apellido Borja, que es ya enorme de por sí, acaba haciéndose insoportable por el lastre del morbo añadido con el que parece condenado a convivir, como piedra de Sísifo. Sobre todo, en su forma italianizada, el patronímico «Borgia» ha acabado convertido universalmente en sinónimo de crimen y depravación, asociado a todo tipo de vicios. Tan perversa identificación, construida con trazo grueso y manifiesto abuso de sal gorda, ha quedado acrisolada y difundida por todos los medios posibles, desde la novela al cine, pasando por el teatro y la televisión, sin que a la cita oportunista falte la ópera e incluso libros de historia.

El único objetivo de todas estas creaciones panfletarias es mercantil, sólo buscan la rentabilidad económica, y lo más paradójico de tan inmenso despropósito es que la imaginación de todos esos autores –incluidos los historiadores pseudoborgianos, como los llamaba el P. Batllori– no alcanza, ni de lejos, el interés que la sutileza de los matices añaden a la realidad. El mejor consejo para los guionistas y novelistas que aspiren a escribir sobre tema borgiano sería simplemente que ahorren en imaginación e inviertan todo su esfuerzo en documentarse; o, dicho con otras palabras, que sigan el ejemplo de Maria Bellonci en su “novela histórica” –como ella misma la calificó– sobre Lucrecia Borgia, una de las obras más interesantes hasta la fecha sobre la protagonista y su familia, que conserva la lozanía de una envidiable juventud a los 75 años de su primera edición.¹ Actuar de forma contraria conduce a resultados tan decepcionantes como los de *La cárcel del amor*, de Luis Racionero,² o la mismísima *O César o nada*, de Manuel Vázquez Montalbán,³ que, pese a sus notorias limitaciones, quedan a una cierta distancia cualitativa de la

¹ M. BELLONCI, *Lucrecia Borgia*, València, Edicions 'Tres i Quatre, 1992 (orig. en italiano: 1939; hay traducción al castellano en ed. Miracle, Barcelona, 1948, pero es mucho más recomendable la versión que citamos, en valenciano, a cargo de Joan F. Mira, aunque ninguna de ellas reproduce el corpus documental del original).

² La novela ganó en 1996 el Premio Azorín, que otorga la Diputación de Alicante y publica la editorial Planeta; vio la luz en abril de dicho año y ese mismo mes salió ya la 2ª edición, lo que avala el éxito de la obra o, acaso, la rentabilidad de una buena campaña publicitaria, pues la calidad literaria nos parece muy discutible y la ambientación histórica paupérrima, a base de diálogos toscos y muy poco imaginativos, con algunos incisos pretendidamente provocativos pero que acaban volviéndose contra su autor como, por ejemplo, escribir (p. 152) que los inquisidores “solían ser reprimidos sexuales de la orden dominica, y cuyos medios sólo se utilizaban en países bárbaros ajenos a Italia”.

³ Barcelona, Planeta, 1998. Pese a la similitud del título, no tiene nada en común con el *César o nada* de Pío BAROJA (1910), quien se sirve ahí de la familia valenciana como excusa histórica para su crítica sociocultural a la España de su tiempo, rural y beata, recurriendo a Gregorovius para las puntuales referencias a los personajes históricos y a la guía Baedeker para moverse, con gran dificultad, por las calles y rincones de Roma.

obra póstuma de Mario Puzo, terminada por su compañera y colaboradora Carol Gino, cuyo interés juzgamos nulo, se mire como se mire.⁴

Aunque aquí no podemos detenernos en la polémica relación entre novela e historia, quede al menos apuntado que, en nuestra opinión, las referencias concretas a hechos históricos o a personajes con nombre y apellidos conocidos exigen un mínimo de rigor también al autor de ficción, de modo que su imaginación debe ceder el paso a los hechos conocidos cuando maneja los datos concretos y recuperar toda su libertad creativa a la hora de interpretarlos. Alterar la realidad para que se ajuste a la interpretación que buscamos es como inocular un virus al enfermo para que la enfermedad responda al diagnóstico previo de la misma. Aplicando este principio a la obra de Vázquez Moltalbán (que nos parece la más destacada de las citadas), se nos antoja un punto grosero y hasta manifiestamente reaccionario, por machista, que el autor pusiera en boca de Lucrecia Borja, dirigiéndose a su hermano César: “¿Es mi vagina lo que va a contribuir al esplendor de los Borja?” (p. 271); juzgamos grotesco que se presente a Miquel Corella (asesino a sueldo de César Borgia) como un intelectual que recita a Virgilio, a Séneca, a Ausiàs March o a Jorge Manrique y llegue a proclamar: “soy un humanista” (p. 150); creemos que dice poco de la imaginación del autor el recurso a todos los tópicos al uso, incluido el de la manida camisa de Isabel la Católica (a quien nos la presenta -p. 85- como “una castellana insoportable”); juzgamos, en fin, completamente fuera de lugar, por desenfocadas, las reiteradas alusiones peyorativas a María Enríquez (“una mujer horrible”, dice de ella en la p. 25), la prima de Fernando el Católico que se casó con Juan, el segundo duque de Gandía, y fue, por tanto, abuela de san Francisco de Borja; mujer tan inteligente que acertó a mantener una cordialísima correspondencia con su cuñada Lucrecia (pese a la distancia, también física, que las separaba); durante su regencia al frente del ducado gandiense (1497-1511) no sólo hizo mayor de edad el estado señorial fundado por su suegro, Alejandro VI, sino que se reveló como mecenas generosa y muy avanzada para su tiempo, sin que ninguno de estos méritos la apartara de su verdadera vocación de monja, que acabó ejerciendo durante el tramo final de su vida, hasta la fecha incierta de su muerte.⁵ Si, como se ve, la imagen difundida de los Borja no es precisamente edificante, mucho menos todavía lo es la de «las» Borja, como no podría ser de otra manera en nuestra arraigadísima tradición cultural machista, que aflora por los poros.

Nuestra conclusión es que con mimbres defectuosos no se puede hacer un buen cesto y, por tanto, nos resulta muy difícil aceptar que se pueda proponer una reflexión seria sobre temas universales que no prescriben (el amor, el poder, la ambición...) reduciendo la realidad a una caricatura irreconocible. Sea Vázquez Moltalbán, criticando cómo la irresistible atracción del poder puede inducir a violar todos los límites de la ética, o fuera en su día el propio G. Apollinaire (1880-1918), recreando exageradamente los vicios que pretende criticar en *La Roma de los Borgia* (1913),⁶ donde su supuesto fin moralizador se atasca en una deshilvanada sucesión de escándalos con protagonistas históricos caricaturizados. Y es que los ejemplos que se eligen equivocadamente o que se usan mal acaban actuando en contra de lo que se quiera avalar con ellos.

Con razón abría Martí Domínguez su aplazado ensayo sobre la familia de los papas valencianos advirtiéndole de que “en sonar la paraula Borja –o els Borja-, diríeu que l’ordenança

⁴ Mario PUZO, *Los Borgia*, Barcelona, Planeta Internacional, 2001; el original en inglés es de ese mismo año (Puzo había fallecido en 1999). Preocupante síntoma de la salud cultural de nuestra sociedad es que en el mismo 2001 se publicaran sendas versiones en catalán, por Columna Edicions en Barcelona y Bromera en Alcira (Valencia), y que no haya dejado de reimprimirse en castellano.

⁵ A falta de la biografía que merece un personaje tan atractivo como la duquesa de Gandía, se puede consultar la voz correspondiente, escrita por nosotros mismos, en el vol. XVII (2011) del *Diccionario Biográfico Español*, publicado por la Real Academia Española de la Historia.

⁶ La novela la escribió con su amigo René DALIZE y la edición original apareció en «Bibliothèque des Curieux»; nosotros la de Icaria, Barcelona, 1981, 2ª ed. (1977)

d'un tribunal ha cridat «Audiència pública!».⁷ La imagen tópica de nuestros protagonistas como encarnación del mal nos la topamos donde y cuando menos se espera. En *El hombre tranquilo*,⁸ por ejemplo, le ofrecen un vaso de leche en lugar del whisky que él esperaba al entrañable casamentero Michaleen Oge Flynn (interpretado por el genial secundario Barry Fitzgerald) y este fiel devoto de Baco (suponemos que también de San Patricio, pues la acción transcurre en Irlanda) replica contrariado: “¡ni a los Borgia se les habría ocurrido semejante mezquindad!”

Muy lejos de los guionistas de Hollywood, el propio Ortega proponía “la Roma de los Borgia” (sic) como referencia paradigmática del estigma sobrevenido de la descristianización que, según él, caracterizaría el tránsito del teocentrismo medieval al antropocentrismo renacentista, en un proceso que “lanza al hombre sobre el mundo con un apetito y una conducta tan profundamente irreligiosa que, sin vacilar, puede considerarse ésta como la etapa más irreligiosa que haya habido en toda la historia europea”.⁹ Una afirmación tan discutible y radical como ésta se asienta en la autoridad intelectual de su autor (de otra suerte pasaría desapercibida) y sólo parece posible en un contexto donde se da por establecido el consenso sobre la perfidia intrínseca de los Borja. No parece, pues, exagerado ni extemporáneo hablar de la leyenda negra borgiana (que haberla, hayla), si bien ésta no nace, sino todo lo contrario, como previsible réplica a una previa leyenda rosa o blanca, tal y como matiza Ricardo García Cárcel sobre el origen de la leyenda negra española.¹⁰

La leyenda negra borgiana no sólo existe sino que, en nuestra opinión (y no estamos orgullosos por la originalidad de la constatación), es la visión que predomina sobre estos personajes, cuya imagen nos llega, por tanto, muy distorsionada. Es el carísimo peaje que hay que pagar por un lastre así de pesado. Ante evidencia tan triste, nuestro propósito no es, en modo alguno, recorrer el camino a la inversa; o sea, trocar el color negro de la leyenda por otro tono más amable, sino intentar ajustar el enfoque y diafragma del objetivo para que la imagen nos aparezca lo más nítida posible. En cualquier caso, peor nos parecería que se nos alineara con la cruzada reivindicativa emprendida por don Elías Olmos y Canalda en pleno apogeo del nacionalcatolicismo (al que no hacía ascos), con tan buenos propósitos -queremos suponer- como falta de acierto y ausencia de todo rigor.¹¹ Puestos a decirlo todo, tampoco compartimos el empeño paralelo de Francisco Almela y Vives, quien -dicho sea en su descargo- contaba con menos apoyos bibliográficos en su tiempo.¹²

⁷ M. DOMÍNGUEZ, *Els Borja*, Gandia, CEIC Alfons el Vell, 1985, p. 1 (El original, que permaneció inédito durante bastante tiempo, fue rescatado con motivo del V centenario del nacimiento del ducado borgiano de Gandia).

⁸ *The Quiet Man*, 1952, producida por Republic Pictures y dirigida por John FORD, con guión de Frank S. NUGENT y J. FORD a partir de una historia de Maurice WALSH; protagonizada por John WAYNE y Maureen O'HARA.

⁹ JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *En torno a Galileo (Esquema de la crisis)*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 200-201 (ed. original en Madrid, Revista de Occidente, 1947).

¹⁰ “La leyenda negra no es sino el anverso de la medalla de la leyenda rosa, de la versión oficial de la política del país... [y, en consecuencia,] la leyenda negra no puede entenderse sin su paralela leyenda rosa” (R. GARCÍA CÁRCEL, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, p.104).

¹¹ E. OLMOS, *Reivindicación de Lucrecia de Borja. Notas para la historia de los Borja*, Valencia, 1951 y de *Reivindicación de Alejandro VI*, Valencia 1953, 4ª ed., donde la deuda con el aparato documental, que sí aporta el belga monseñor Pedro de Roo, es mucho mayor de la que el archivero catedralicio de Valencia reconoce expresamente (Cfr. P. de ROO, *Los Borja de la leyenda ante la crítica histórica. Material para una historia del Papa Alejandro VI, sus deudos y su tiempo*, Valencia, Publicaciones de la Academia Borja del Centro de Cultura Valenciana, 1952).

¹² *Lucrecia Borja y su familia*, Barcelona Ed. Juventud, Barcelona, 1943. El autor se empeñaba aquí, con esfuerzo digno de mejor causa, en hacer sobrinos y nacidos en Valencia a los hijos italianos de Rodrigo Borja y Vannoza Catanei, convirtiendo en “hijo del misterio” al desgraciado «Infans Romanus», el penúltimo hijo de Alejandro VI. Cfr. S. LA PARRA, “La mirada sobre los Borja. (Notas críticas para un estado de la cuestión)”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 15 (Alicante, 1996), pp. 387-401 y JOSÉ Mª CRUSELLES GÓMEZ, “Los Borja en Valencia. Nota sobre historiografía, historicismo y pseudohistoria”, *Revista d'Història Medieval*, 11 (Departament d'Història Medieval. Universitat de València, 2000), pp. 279-305.

SOBRE LOS COLORES DE LA LEYENDA

Nuestro anunciado propósito de no intentar cambiar el color de leyenda alguna responde básicamente a estas dos razones elementales, sin contar el consejo del sentido común: primero, porque, ciertamente, no todos los escándalos que se atribuyen a los Borja son fruto de la imaginación ni leyenda alguna; y, en segundo lugar, porque tampoco es cierto que todo lo relacionado con los Borja sea de color negro.

Respeto a lo primero, nadie nos tiene que convencer de que los Borja no eran ángeles, aunque tampoco creemos que fueran unos demonios (como pretenden los más, puestos a elegir) y se nos permitirá no detenernos aquí en matizaciones sobre los asesinatos que se les atribuyen y el procedimiento empleado en los mismos, pues no fueron tantos los crímenes como se da por supuesto que cometieron y en los que sí se vieron implicados (normalmente a través de un sicario a sueldo) el arma homicida preferida fue el puñal o la cuerda antes que el arsénico (la famosa «cantarella de los Borja» con un supuesto efecto retardado). Muchos otros de los escándalos en los que se les involucra, con frecuencia los más impactantes, son directamente inventados, pura leyenda, como es el caso paradigmático del famosísimo *baile de las castañas*, imprescindible en todo relato borgiano de serie B, que son la inmensa mayoría. Tal y como lo cuenta el puntilloso maestro de ceremonias Johan Burckard (quien no podía dejar escapar bocado tan succulento contra Alejandro VI)¹³ se trataría de una verdadera orgía celebrada en el Vaticano el domingo 31 de octubre de 1501; según su relato, tras la cena se esparcieron castañas¹⁴ por el suelo, que medio centenar de cortesanas, completamente desnudas, debían ir recogiendo como pudieran para regocijo del papa y sus hijos César y Lucrecia. Este supuesto aquelarre (como lo califica con razón Marion Hermann-Röttgen, atendiendo a su celebración en la víspera de Todos los Santos),¹⁵ sólo existió en la perversa imaginación del anónimo autor de la *carta a Savelli*,¹⁶ seguramente un Colonna, quien la envió desde el campamento napolitano de El Gran Capitán para desacreditar a Alejandro VI ante el emperador Maximiliano.¹⁷

Y en segundo lugar –decíamos– tampoco es cierto que todo lo relacionado con nuestros protagonistas sea de color negro. Puestos a poner etiquetas, y a convertir Hollywood en una de las fuentes de esta comunicación, nos parece oportuno recordar aquí la cínica alusión a los Borja añadida, al parecer, por Orson Welles al guión original de *El tercer hombre*.¹⁸ La escena transcurre

¹³ Johannes BURCKARD, *Dietari secret* (ed. de Mariàngela VILALLONGA), València, Eliseu Climent editor, 2003, p. 408. Este alsaciano, de turbio pasado al servicio del obispo de Estrasburgo, sería protagonista fundamental en la construcción de la leyenda negra borgiana. A Mario Menotti le parecía “hombre de talento común y de cultura mediocre, que quizás tenía intención de ser diligente y concienzudo”; y añadía, sin un ápice de buena intención, este mecenas apasionado de los Borja: “Pero, ¡ay!, el amor por el vino de las colinas del Lacio nubla muchas veces la mente y compromete la seriedad de sus afirmaciones” (M. MENOTTI, *Los Borja. Historia e iconografía*, ed. de M. BATLLORI y X. COMPANY, con un estudio de M. CARBONELL, Valencia, Bancaixa, 1992, p. 51; hay también versión en valenciano; original en italiano, Roma 1917).

¹⁴ Extrañamente Manuel VICENT habla de avellanas en su recreación teatral *Borja Borgia* (Barcelona, Destino, 1995; hay versión en valenciano), donde Maquiavelo psicoanaliza a Alejandro VI en su consulta neoyorkina de Broadway, mientras pasa el desfile de la victoria en la I Guerra del Golfo.

¹⁵ M. HERMANN-RÖTTGEN, *La familia Borja. Historia de una leyenda*, Valencia, IVEI Alfons El Magnànim, 1994, p. 71 (ed. orig. en alemán: 1992).

¹⁶ Donde no falta la inevitable nadería del pacto de Alejandro VI con el diablo y otros aspectos, tanto o más morbosos que esa orgía, como la famosa escena (datada a 11.XI.1501, jueves) en la que unos caballos montaban a unas yeguas en un patio interior del Vaticano, bajo la ventana desde la que el papa y su hija Lucrecia se divertían contemplando el espectáculo (J. BURCKARD, *Dietari secret* [...], op. cit., p. 410).

¹⁷ Kari LAWE denuncia los anacronismos que descalifican el documento, en “La llegenda dels Borja: les fonts contemporànies i la seua funció”, en *L'Europa renaixentista. Simposi sobre els Borja*, Gandia, CEIC Alfons el Vell y Editorial Tres i Quatre, 1998 (originales de 1994), págs. 63-81, concretamente en p. 74. El propio Ivan CLOULAS, cuya obra borgiana no es precisamente un dechado de rigor, califica este documento apócrifo de “carta panfleto” (*Los Borja*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1988, p. 263; ed. original en francés: 1987).

¹⁸ *El tercer hombre* (*The Third Man*), 1949, dirigida por Carol REED, con guión de Graham GREEN; protagonizada por Orson WELLES, Joseph COTTEN y Alida VALLI.

en la noria de feria desde la que se divisa la Viena devastada tras la II Guerra Mundial y Orson Welles (en el papel de Harry Lime) le comenta a Josep Cotten (Holly Martins en la película):

“En Italia, en 30 años de dominación de los Borgia hubo guerras, terror, sangre y muerte, pero surgieron Miguel Ángel, Leonardo da Vinci y el Renacimiento. En Suiza hubo amor y fraternidad, 500 años de democracia y paz y ¿qué tenemos?: el reloj de cuco”.

Sirva para corregir tan manifiesta exageración la constatación de que mientras que en los escasos 50 años que median entre la elección papal de Alfonso de Borja (Calixto III, 1455-1458) y la de su sobrino Rodrigo (Alejandro VI, 1492-1503) la Iglesia católica sólo conoció estos dos papas no italianos, durante los quinientos años siguientes a la muerte del segundo papa Borja (o sea, desde de 1503 hasta 2003) hubo ese mismo número de pontífices “extranjeros”: el holandés Adriano de Utrecht (Adriano VI) y el polaco Karol Wojtyła (Juan Pablo II).

El dato es sugerente, pues no somos nosotros los únicos en pensar que su condición de forasteros en Roma fue el verdadero y más grave pecado mortal de los Borja, alimentado por el empeño de Alejandro VI en fortalecer el poder temporal del papado¹⁹ en una Italia que no pasaba de ser, a la sazón, un mero concepto geográfico, mientras en Europa se asistía al parto de las primeras monarquías nacionales. Para intentar aplicar ese programa político no escrito, el segundo papa Borja debía estar muy atento, por una parte (concretamente la transalpina), a la disputa de Nápoles entre las dos grandes potencias vecinas: la monarquía «cristianísima» (Francia) y la «católica» (España).²⁰ Y, por otra (la cisalpina), su tablero de ajedrez era el mosaico político italiano, donde finos diplomáticos se codeaban con los más despiadados asesinos. En ese complejo campo de operaciones, los dos estados más fuertes eran el que gobernaba directamente el Papa desde Roma, rodeado de sus estados feudatarios, y Nápoles (el Reino por antonomasia), mientras el resto se lo repartían los grandes apellidos señoriales, cuyos segundones monopolizaban el trono de San Pedro en una rotación aleatoria (atribuida a la directa influencia del Espíritu Santo) que los Borja –insistimos– rompieron por dos veces en menos de medio siglo y, a mayor abundamiento, con el recuerdo todavía fresco de la amarga experiencia de Avignon...

Cuando 250 años después se enfiló la recta final hacia la unificación italiana, Pío IX recuperó aquel viejo sueño neogüelfo (acaso sin conocer el protagonismo en el mismo de su discolto antecesor setabense), cuya frustración daría lugar al largo contencioso de «la Cuestión Romana».²¹ El nuevo estado italiano acabó forjándose en torno a la figura de Víctor Manuel II de

¹⁹ Con frecuencia este proyecto pionero de Alejandro VI se le atribuye a Julio II della Rovere, el gran enemigo de los Borja. La proyección política del papado de Alejandro VI nos parece lo más destacable, con diferencia, de la obra de divulgación de Óscar VILLARROEL GONZÁLEZ, *Los Borgia. Iglesia y poder entre los siglos XV y XVI*, Madrid, Sílex, 2005 (hay una segunda edición reciente). Marià CARBONELL I BUADES explica el reflejo de dicho programa político (no escrito) en la iconografía de los apartamentos Borgia en su sugerente aportación a la citada obra de M. Menotti: “Rodrigo de Borja, cliente y promotor de obras de arte. Notas sobre la iconografía del apartamento Borja del Vaticano”, pp. 389-487.

²⁰ Tras la invasión de Italia por Carlos VIII, don Enrique Enríquez (padre de María, la duquesa regente de Gandía) intercedió ante a Alejandro VI para que concediera el título de «muy católicos» a los monarcas hispanos y equipararlos al de «muy cristianos» o «cristianísimos» que venían ostentando los de Francia desde 1464; el papa accedió finalmente a la solicitud de su consuegro (bula *Si convenit*, del 19.XII.1496), aunque rebajando la concesión a «católicos» (Miquel BATLLORI, “Palos de la Frontera, 3 d’agost de 1492”, en *Iberoamèrica: del descobriment a la independència*, vol. XIV de *Obra Completa*, València, Eliseu Climent Editor, 2000 –original de 1961–, 31-40). Cfr. Eusebio REY, S. I., “La bula de Alejandro VI otorgando el título de «Católicos» a Fernando e Isabel. I: Evolución del tema y texto”, *Razón y Fe. Revista Hispano-Americana de Cultura*, tomo 146, n° 654-655 (julio-agosto, 1952), pp. 59-75 y II: “Interpretación histórica”, *Ibid*, tomo 146, n° 658, pp. 324-347. Sobre las polémicas relaciones de Alejandro VI con los Reyes Católicos es fundamental el magnífico estudio de Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI y los Reyes Católicos. Relaciones político-eclesiásticas (1492-1503)*, Roma, Pontificia Universitas Sanctae Crucis. Facultas Theologiae, 2005; de este mismo autor “Imagen de los Reyes Católicos en la Roma pontificia”, *En la España medieval*-28 (2005), pp. 259-354.

²¹ Este litigio se solventaría con la firma del Pacto de Letrán (1929) entre Mussolini y Pío XI. Hasta entonces, los papas consideraban que el nuevo estado italiano había usurpado los territorios pontificios y ellos se sentían prisioneros en el Vaticano, desde donde mantenían su anatema (*Syllabus errorum*) contra el modernismo y el

Saboya, no del papa, y luchando contra los ocupantes austriacos. El tardío nacionalismo italiano fomentó la dosis necesaria de xenofobia para aglutinar a los patriotas contra el invasor extranjero y desplegó el velo romántico de los sentimientos, al son de la música de Verdi, para ocultar los intereses materiales de la industriosa burguesía septentrional, necesitada de un mercado “nacional” que le abasteciera de la mano de obra barata procedente de los latifundios meridionales y le garantizara el proteccionismo aduanero para asegurarse la rentabilidad de sus negocios. En paradójica consecuencia, al final de este proceso unificador los Borja dejaron de ser definitivamente referencia remota de la idea de unidad italiana para convertirse en los chivos expiatorios más idóneos de los males de la Iglesia Romana, dada su condición infamante de extranjeros, que no habían ocupado territorios como los austriacos sino –peor aún– habían «usurpado» la cátedra de San Pedro. Los aficionados a la ópera tenían perfectamente asumida la mala fama de los Borja, pues la venían oyendo desde 1833, año del estreno de la *Lucrecia Borgia* de Gaetano Donizetti, con libreto de Felice Romani basado en el drama romántico de Victor Hugo (1802-1885).

No creemos que el gran novelista francés hubiera pasado a la historia de la literatura por esta obra sobre la hija de Alejandro VI, donde inventa bulos para atraer la atención del lector. Pero el historiador no debe jugar con los sentimientos, pues su objetivo no es conmover sino explicar. Por eso nos ha resultado tan llamativo el reciente ensayo aparecido en Valencia con el rotundo título de *Contra els Borja*.²² Hemos de confesar que la publicación en cuestión nos pareció, de entrada, inquietante y un punto desconcertante, pues no acertábamos a imaginar cómo se puede estar contra toda una familia tan extensa y variopinta, de modo que manifestarse «contra los Borja» se nos antojaba, a priori, algo así como estar en contra de los nombres que comiencen por una determinada letra.

La lectura, luego, nos resultó decepcionante, pues las ansiadas explicaciones nos parecieron escasas y muy pobres; cuando se aducen, que no es siempre, se hace sin notas a pie de página, lo que no sólo no contribuye necesariamente a aligerar la lectura, como se pretende, sino que, además, priva al lector del oportuno aparato probatorio -documental y bibliográfico- y de las sugerencias u orientaciones para completar o ampliar determinados aspectos de interés. En cuanto al fondo de la cuestión, los autores (profesora universitaria y periodista, respectivamente) concentran la mayor parte de su animadversión en uno de los Borja, Alfonso (papa Calixto III), quien pese a sus orígenes plebeyos y un pasado “urgellista” fue ascendiendo en la corte del Magnánimo, paso a paso, hasta llevar su apellido a la cima de la Iglesia. Pero lo que aquí se concluye (p. 42) es que, “en ascendir al papat, s’oblidà dels seus orígens i va voler exercir com un monarca absolut”. Alfonso de Borja sería el primer valenciano en ceñir la mitra de Valencia y a los autores no les pasa desapercibido, desde luego, ni el notorio absentismo del flamante obispo ni sus desencuentros con el «consell» de la capital, desaires por su parte incluidos. Para este punto concreto recurren, sobre todo, a la documentada aportación de Agustín Rubio Vela,²³ pero pasando por alto la opinión reiterada de este autor, según la cual “tal vez estemos ante la persona

liberalismo, tal y como recogía fielmente la esquila de Pío X en el n° 744 (año XV) de *Revista de Gandía*, aparecido el sábado 22.VIII.1914, dos días después del fallecimiento del último pontífice canonizado hasta el día de hoy. La revista ultracatólica gandiense se refería ahí a Pío X como “Papa y Rey” y añadía: “Terminó su carrera en el tiempo y pasó a la eternidad en su prisión del Vaticano... Siguiendo las huellas de sus gloriosos antecesores, jamás transigió con la iniquidad triunfante representada por el llamado reino de Italia, restauró todas las cosas en Cristo, condenó el modernismo, proclamó la necesidad de defender la tesis católica contra toda clase de liberalismo y dilató en el mundo la llamada del amor a la Sagrada Eucaristía...”

²² JÚLIA BENAVENT i Manuel MUÑOZ, *Contra els Borja*, Paiporta, Centre Francisco Tomás y Valiente (UNED Alzira), 2013.

²³ A. RUBIO VELA, *Alfons de Borja y la Ciudad de Valencia (1419-1418)*. Colección de documentos del Archivo Histórico Municipal, Valencia, Fundación Valencia III Milenio, 2000. ²³ JÚLIA BENAVENT i Manuel MUÑOZ, *Contra els Borja*, Paiporta, Centre Francisco Tomás y Valiente (UNED Alzira), 2013.

²³ A. RUBIO VELA, *Alfons de Borja y la Ciudad de Valencia (1419-1418)*. Colección de documentos del Archivo Histórico Municipal, Valencia, Fundación Valencia III Milenio, 2000.

[Alfonso de Borja] que más ha contribuido a hacer universal el nombre de Valencia” (escribe en p. 11 y reitera, casi en esos mismos términos, en p. 96).

A partir de aquí disparan por elevación contra todos los miembros de la familia. En la p. 40 dan por sentado que “València oblidà els Borja com els Borja s’oblidaren de València” y añaden en la 60: “els Borja no tenien cap estima per la terra que els va veure néixer”. Ese supuesto desapego de los Borja para con su lugar de origen, su nación, lleva a estos autores incluso a cuestionar su amor a la lengua, poniendo en duda (de una tacada y sin más pruebas) la tesis al respecto de autores tan solventes como Max Cahner²⁴ e incluso del mismísimo P. Batllori,²⁵ lo que se nos antoja ejercicio intelectual muy arriesgado y poco meditado.

En nuestro rosario de desacuerdos pasaremos por alto errores puntuales como, por ejemplo, afirmar rotundamente (como hacen en la p. 54) que Alejandro VI ya “tenia nou fills quan va arribar al Vaticà en qualitat de papa”, pues lo cierto es (y no lo juzgamos detalle menor) que procreó sus dos últimos vástagos ciñendo ya la tiara pontificia. Tampoco nos detendremos en analizar hasta qué punto quepa admitir que fueron “els cants castellans” (¿sólo los castellanos?) los difusores durante el Seiscientos (¿antes no?) del espurio origen real de los Borja. Transigimos con la confusión de algún obispo de Barcelona con el de Valencia (aunque recomendamos tener siempre a mano la obra de Batllori cuando se hable de la familia Borja)... Pero sí criticamos el tufo maniqueo que desprenden ciertas comparaciones, algunas de ellas tan extemporáneas como lo que podríamos denominar la “valencianidad” de los Borja y la de San Vicente Ferrer y otras, que dejaremos en peculiares, como el contraste que glosan entre el mecenazgo de nuestros protagonistas y el de grandes apellidos castellanos, como los Mendoza o el propio Cisneros, que no sabemos si son los modelos de mecenas culturales que nos proponen los autores...

Nadie pretende que los papas Borja fueran grandes humanistas ni santos, pero creemos que los autores infravaloran algunas de sus realizaciones (atribuyendo una “clara desidia”, por ejemplo, a la firma de la bula fundacional del Estudi General de Valencia) y descalifican otras, como la adquisición del ducado de Gandía por el entonces cardenal Rodrigo Borja, con la sorprendente acusación de que actuó en este “negocio” (el término es nuestro, tomado directamente del propio Rodrigo Borja para referirse al caso) como un especulador, cosa totalmente cierta (y nada sorprendente), tal y como deja en evidencia la ubérrima correspondencia con su hijo Juan, el díscolo II duque de Gandía.²⁶ Tenemos, en fin, la impresión de que los autores conocen poco y mal el ducado borgiano de Gandía y que, así mismo, critican el mezquino mecenazgo de los Borja sin tener en cuenta lo que sí hicieron allí, en Italia,²⁷ y sobre todo aquí, en

²⁴ En contraste con lo que ocurría, a la sazón, en la corte “aragonesa” de Nápoles, “a la cort d’Alexandre VI, el català, llengua del papa i dels nombrosos familiars i compatriotes seus establerts a Roma, tingué un paper preponderant, fins al punt d’èsser parlat i escrit també pels aragonesos i castellans de palau”, escribía M. CAHNER en la «Introducció» a su *Epistolari del Renaixement*, Albatros, València, 1977-78, 2 vols., I, 21.

²⁵ Cfr. la recopilación de artículos de este autor sobre el tema en “El català, llengua de cort a Roma durant els pontificats de Calixt III i Alexandre VI”, en Miquel BATLLORI, *La família Borja*, vol. IV de su *Obra Completa*, València, Elisèu Climent editor, 1994, pp. 145-168.

²⁶ Esta apasionante correspondencia creemos que es, además, el mejor retrato de la faceta paternal del segundo papa Borja; la publicó Sanchis Sivera en 1919 y, ante la dificultad para su consulta, nosotros mismos hicimos una edición facsímil (a la que añadimos un Estudio Preliminar y notas, con la actualización de los textos en valenciano a cargo de Vicent Martínez) en *Alguns documents i cartes privades que pertanyeren al segon duc de Gandia en Joan de Borja. Notes per a la història d’Alexandre VI*, Gandia, CEIC Alfons el Vell, 2001. Sobre la formación del ducado de Gandía son fundamentales los estudios de José Luis PASTOR ZAPATA, en especial su *Gandia en la Baixa Edat Mitjana: la Vila i el Senyoriu dels Borja*, Gandia, CEIC Alfons el Vell, 1992. Cfr. S. LA PARRA, “El nacimiento de un señorío singular: el ducado gandiense de los Borja”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 24 (Alicante, 2006), pp. 31-66.

²⁷ Cfr. el magnífico estudio de Ximo COMPANYY sobre *Alexandre VI i Roma. Les empreses artístiques de Roderic de Borja a Itàlia*, València, Elisèu Climent editor, 2002. Del mismo autor “La potència artística dels Borja”, *Saó* (monográfico nº 5: *Els Borja*, abril, 1990), pp. 23-28.

Valencia, que es lo único que, al parecer les interesa.²⁸ No pedimos a estos autores, tan críticos con la compleja familia de los papas valencianos, que reparen en lo que se haya podido perder²⁹ y menos esperamos de ellos un acto de fe sobre lo que pueda faltar aún por descubrirse.³⁰ Pero sí cabe exigirles que, hablando con esa rotundidad «contra els Borja», eviten juicios tan sumarios, basado en pruebas parciales y sin tener en cuenta lo que se sabe del tema.³¹

EL SUEÑO DE LA RAZÓN PRODUCE MITOS Y PERPETÚA TÓPICOS

Lo peor de las leyendas, sean blancas o negras, no es tanto lo que enseñan como lo que no dejan ver porque lo tapa la imagen distorsionada que proyectan. En este sentido, la ausencia de análisis rigurosos –nuestra razón dormida– produce mitos (a veces, efectivamente monstruosos, como ocurre con los «Borgia») y perpetúa tópicos.

La figura histórica del IV duque de Gandía, el santo, ejemplifica a la perfección lo que decimos, pues hasta su iconografía institucionalizada es fruto de la leyenda (piadosa pero falsa, como todas las leyendas). El elemento peculiar que identifica su imagen es una calavera coronada, con la que se evoca el impacto que le causó contemplar el cadáver en descomposición de su buena amiga, la bellísima emperatriz Isabel de Portugal, cuando abrieron el ataúd para cerciorarse de que era a ella a quien se enterraba (mayo de 1539) en la cripta de la catedral de Granada, panteón real a la sazón. Ante espectáculo tan desagradable, se le atribuye a Borja la famosa promesa de no servir más a señor alguno mortal, que resulta del todo inverosímil porque desde allí mismo, desde Granada, partió hacia Barcelona para tomar posesión como virrey de Cataluña, al servicio –por tanto– del emperador Carlos I, que era monarca muy poderoso, pero no exactamente inmortal. Limitándonos a los hechos, sin más, la falsedad de la anécdota se impone por su propio contenido, pues darle crédito a la misma implicaría considerar a Borja un cínico que rompía tan pronto sus promesas. Pero es que, además, nos consta que ese supuesto compromiso es una recreación de su confesor y primer biógrafo, P. Dionisio Vázquez, quien sitúa la escena, que él mismo ambienta, no exactamente en la cripta de la catedral sino en la soledad de la pensión donde se alojaba Borja.³²

²⁸ Cfr. Mariano GONZÁLEZ BALDOVÍ i Vicent PONS ALÒS, *Vicent, Xàtiva, els Borja: una projecció europea*, Xàtiva, Generalitat Valenciana i Diputació de València, 1995, 2 vols.; de estos mismos autores *El hogar de los Borja* (catálogo de la exposición en Játiva, del 16.XII.2000 al 28.II.2001), Valencia, Generalitat Valenciana, 2001 (hay versión en valenciano). Sobre las huellas borgianas en Valencia, cfr. nuestra obra de divulgación *La ruta valenciana de los Borja*, Gandía, Ediciones Escapa-Punto Cero, 1997, un resumen actualizado de la cual es *La tierra de los Borja*, Gandía, CEIC Alfons el Vell, 2009 (hay versión en valenciano e inglés).

²⁹ Estamos pensando no sólo en el incendio borbónico de Játiva sino también en que la construcción de la actual colegiata setabense arruinó, por ejemplo, la capilla de Santa Ana, erigida por el cardenal Alfonso de Borja en la antigua colegiata como destino final de sus restos mortales y los de sus familiares directos.

³⁰ Nuestra fe en este punto no es exactamente la del carbonero, pues algunas de esas novedades se podrán pronto contemplar en el anunciado museo que se abrirá en Gandía con las obras aún conservadas en el convento de Santa Clara, tan estrechamente vinculado al patrocinio borgiano. Un avance de la riqueza de este fondo ya se ha dado a conocer públicamente en la exposición, con su correspondiente catálogo (celebrada en la Casa de Cultura de Gandía, del 5 de mayo al 29 de junio 2003), a cargo de Vicente PELLICER i ROCHER, *Els tresors de les clarisses de Gandia*, València, IMAC-Ajuntament de Gandia-CEIC Alfons el Vell, 2003, edición bilingüe castellano-valenciano.

³¹ Cfr. Ximo COMPANY I CLIMENT, *Paolo da San Leocadio i els inicis de la pintura del Renaixement a Espanya*, con Apéndice documental a cargo de Lluïsa TOLOSA i X. COMPANY, Gandía, CEIC Alfons el Vell, 2006, que es el estudio más completo de este pintor italiano, coautor de los ángeles músicos en el ábside de la catedral de Valencia, cuya obra más importante realizó en Gandía al servicio de la duquesa regente. De este mismo autor: *Pintura del Renaixement al ducat de Gandia. Imatges d'un temps i d'un país*, València, IVEI Alfons El Magnànim, 1985 y *L'art i els artistes al País Valencià modern (1440-1600)*, Barcelona, Curial, 1991, con abundantes referencias al ducado de los Borja. También Vicent PELLICER i ROCHER, *Història de l'Art de la Safor. Segles XIII-XVIII*, Gandia, CEIC Alfons el Vell, 2007.

³² Dionisio VÁZQUEZ, S.I., *Historia de la vida del P. Francisco de Borja, Tercero General de la Compañía de Jesús*, (c. 1586); edición crítica de S. LA PARRA, Gandía, CEIC Alfons el Vell, 2012. Este texto ha permanecido inédito hasta ahora

Por lo que al peso del apellido se refiere, el heredero de D. Juan de Borja Enríquez (III duque de Gandía) y de Dña. Juana de Aragón y Gurrea vino al mundo (Gandía, 28.X.1510) siendo bisnieto por vía materna de un rey (Fernando el Católico) y ni más ni menos que de un papa (Alejandro VI) por la paterna. Con tales antecedentes pasa desapercibido que el padre de su madre fuera arzobispo de Zaragoza (y que legara la mitra a otro hijo suyo) o que dos de sus hermanos llegaran a ser cardenales con apenas veinte años el mayor de ellos. A este singular punto de partida vital, Francisco le iría añadiendo, sucesivamente, el título de I marqués de Llombay (regalo de bodas de su buen amigo el emperador, de quien fue cortesano y albacea), el cargo de virrey de Cataluña, la condición de Grande de España inherente a la de IV duque de Gandía y, finalmente, su elección como tercer General de la flamante Compañía de Jesús. Todos estos títulos terrenales culminarían con la canonización en 1671, a los 99 años de su muerte (Roma, 30.IX.1572), lo que implicaba, como daño colateral, el traslado inmediato de su biografía al empalagoso territorio de la hagiografía. Si la losa que pesa sobre la memoria de sus «depravados» antecesores está lastrada por la irresistible atracción de lo morboso, lo que enturbie la imagen del santo de la familia será la sobredosis de moralina hagiográfica.

Los románticos, sobre todo, pretendieron hacer más llamativo todavía el sorprendente giro copernicano dado a su vida por el duque de Gandía, añadiéndole unas briznas de picante de cosecha propia a su etapa en la corte. Y así, por ejemplo, el Duque de Rivas urdió la trama de *El solemne desengaño* sobre unos inverosímiles amoríos entre nuestro protagonista y la emperatriz Isabel de Portugal,³³ de cuya belleza han dejado testimonio fehaciente los pinceles de Tiziano, si bien aquella mujer era, a la vez, tan recatada que en su testamento dejó expresamente prohibido ser embalsamada para que hombre alguno tocara su cuerpo desnudo ni aun después de muerta. Pretender una supuesta relación más allá de la sincera y castísima amistad entre ambos resulta así mismo impensable por parte del entonces marqués de Llombay, pues él fue hombre de una moralidad muy estricta desde antes de hacerse jesuita y de una coherencia vital inquebrantable, que a nosotros nos parece, por cierto, aspecto determinante de su personalidad no valorado en su justa medida por sus biógrafos hasta la fecha.

No podemos soslayar los dos tópicos fundamentales que, en nuestra opinión, lastran la memoria de «san Borja» (como es conocido en su Gandía natal) y que tienen la fuerza de una aparente e incontestable verosimilitud. Porque hemos de reconocer, en primer lugar, que efectivamente resulta tan fácil caer en la tentación de considerar a san Francisco de Borja el contrapunto de su bisabuelo paterno como, hablando de Alejandro VI, creerse más papistas que el papa (y nunca mejor dicho). El otro gran tópico sobre este Borja «atípico» insiste, por su parte, en emplazarlo cerca de las antípodas culturales y mentales del humanismo de su padre. Veamos, aunque sea con la brevedad que nos impone el espacio disponible, ambos estigmas.

Respecto al primero de ellos, hay unanimidad en ver en el duque de Gandía el necesario, eficaz y urgente antídoto frente a la maldad que representaría su bisabuelo, el papa; algo así como el clavo que saca otro clavo. Saint Paulien, por ejemplo, proclamaba ya en el título mismo de su obra citada la supuesta función del santo duque como «expiador» de los pecados familiares; Joan F. Mira, desde el otro extremos del arco ideológico, da por sentado que “en sus años romanos

por el veto expreso a su publicación del propio general de la Compañía Claudio Aquaviva, que fue quien hizo el encargo de su escritura.

³³ A los jesuitas Federico CERVÓS y Juan M^a SOLÁ, el Duque de Rivas les parecía “tan erudito en antigüedades heráldicas, como excelente poeta, si no afease sus romances con pensamientos falsos e indecorosos a la memoria de San Francisco de Borja” (*El palacio ducal de Gandía. Monografía histórico-descriptiva*, Barcelona, 1904; hay edición facsímil, con prólogo de Manuel Revuelta González, S.I., por Palau Ducal dels Borja con la colaboración del Ajuntament de Gandia y el CEIC Alfons el Vell, Gandia, 2004, p. 86-87). SAINT PAULIEN, pseudónimo del también jesuita Maurice-Yvan SICARD lo calificaba de “poeta mediocre” en su patrioter hagiografía *San Francisco de Borja, el expiador*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1963, p. 38.

Francisco de Borja, por supuesto, nunca quiso saber nada de su bisabuelo papa”³⁴ y según Ó. Villarroel, en fin, Alejandro VI acabó siendo “ignorado y dejado a la suerte de la Leyenda Negra por su propia familia hispana”.³⁵

Pues bien, frente a estos argumentos aparentemente tan lógicos y coherentes, ya el P. Batllori matizó que Francisco de Borja bastante tenía con sus propios pecados como para preocuparse por los de los demás, familiares incluidos.³⁶ Nosotros mismos hemos explicado en otro lugar, a donde remitimos para detalles más concretos,³⁷ que no sólo no es cierto que el duque de Gandía se desentendiera de la memoria de sus polémicos antepasados sino que, muy al contrario, fue precisamente él, el santo, quien institucionalizó en su propia familia y corte ducal una actitud de reconocimiento y expreso agradecimiento hacia la figura de su bisabuelo, el papa..., “per quant amor se ha de pagar ab amor”, tal y como él mismo dejaba escrito en el ítem 14º de su testamento (Gandia, 26.VIII.1550), instando a su heredero a que no olvidara pagar las 500 libras anuales que dejaba instituidas para sufragar el colegio que la Compañía pensaba abrir en Roma (conocido durante algún tiempo como Colegio Borgiano), “pus... ab açó satisfarà esta Casa lo que de Roma ha tret..., encara que sia ab bona consciència”.³⁸ Y ni qué decir tiene que esa Roma era la metonimia de Alejandro VI. Pero si hay que decirlo todo, esta conclusión nuestra nos pareció novedosa hasta que conocimos el texto del P. Dionisio Vázquez, donde leemos que su admirado Padre Francisco “era... hechura y criatura del papa Alejandro Sexto”.³⁹

Y en cuanto al segundo de los dos grandes tópicos que denunciábamos, no es menor el riesgo de avanzar conclusiones precipitadas sobre la mentalidad de Francisco de Borja, contraponiendo el rigor de sus prácticas espirituales con el humanismo de su padre, pretendiendo, así, que el hijo supondría un paso atrás respecto a ese espíritu más abierto y, si se nos permite el anacronismo, progresista del III duque de Gandía. Nosotros estamos convencidos de que D. Juan de Borja Enríquez era seguramente lo más parecido a un príncipe renacentista que podemos encontrar entre la nobleza valenciana y aun más allá de los límites del reino. El duque cultivaba los placeres terrenales con fruición y si su cuadra causaba envidia,⁴⁰ la exuberancia de su mesa dejó atónito al cronista Gonzalo Fernández de Oviedo.⁴¹ Esa dedicación al cuerpo no le impedía cuidar el alma y la mente. Aunque los hagiógrafos de su hijo alaban la piedad de don Juan, nosotros no entraremos aquí en cuestiones del alma (pues opinamos, como Pedro Crespo, que “el alma sólo es de Dios”). Por lo demás, si una biblioteca personal es reflejo de las inquietudes culturales de su dueño, la de don Juan de Borja nos retrata a un hombre culto, que

³⁴ J.F. MIRA, “Los Borja: historia y leyenda”, en Learco ANDALÒ y Eduard MIRA (coordinadores), *Los Borja. Del mundo gótico al universo renacentista*, catálogo de la exposición celebrada Valencia (22/XII/200 al 16/III/2001) organizada por Generalitat Valenciana y Palazzo Ruspoli (Fondazione Memmo), Valencia, 2001, pp. 109-114, cit. de p. 114.

³⁵ Ó. VILLARROEL, *Los Borja* [...], op. cit, p. 352

³⁶ M.BATLLORI, S.I, “El ambiente familiar de san Francisco de Borja”, *Razón y Fe. Revista Hispano-Americana de Cultura*, 186 (1972), p. 393-403, concretamente p. 401.

³⁷ “El ducado de Gandía y la memoria familiar de san Francisco de Borja”, *Revista de l’Institut Internacional d’Estudis Borgians (IIEB)*, 2: *Actes del II Simposi Internacional sobre els Borja* (València-Gandia, 2007), edición digital en pag. web del IIEB, València, 2009, pp. 81-103.

³⁸ El testamento de san Francisco se transcribe en *Monumenta Historica Societatis Iesu (MHSI)*. *Sanctus Franciscus Borja...*, I, Madrid, 1894, p. 545-546 y de forma mucho más respetuosa con el valenciano del texto original, por Joan IBORRA GASTALDO, “El testament de Francesc de Borja i Aragó, IV duc de Gandia”, *Miscel·lània Josep Camarena*, Gandia, CEIC Alfons El Vell y Ajuntament de Llocnou de Sant Jeroni de Cotalba, 1997, p. 43-67.

³⁹ D. VÁZQUEZ, *Historia de la vida* [...], op. cit, p. 187.

⁴⁰ El 5.V.1527 le escribía don Juan al vizconde de Évol (su cuñado, confidente y buen amigo), explicándole que le envía su caballo «Favorito» porque «Castaño», que es el que le pedía, lo tenía el virrey, duque de Calabria, quien se lo había pedido antes “para justar con él” (Enrique GARCÍA HERNÁN —editor—, *Monumenta Borja VI (1478-1551)*, vol. 156 de los *MHSI*, Valencia-Roma, Generalitat Valenciana (Biblioteca Valenciana) e Institutum Historicum Societatis Iesu, 2003, p. 137

⁴¹ *Batallas y quinquagenas*, Biblioteca de la Universidad de Salamanca, ms. de 1528-1552 (ed. de Juan Bta. DE AVALLE-ARCE, Salamanca, Diputación Provincial, 1989, concretamente p. 462).

había manejado los 280 volúmenes que integraban su muy bien dotada colección de libros, donde el autor más repetido (con 27 títulos) era Erasmo⁴² y, desde luego, no podían faltar obras de su buen amigo Juan Luis Vives, quien le dedicó su *De officio mariti* (Brujas, 1529). El mismo duque parece que impulsó algunas obras de tono subido, como *Thebayda*, *Seraphina* e *Hipólita*, que así mismo le fueron dedicadas.⁴³

Frente a éstos y otros datos que hablan de una corte ducal abierta y bastante tolerante, los hagiógrafos del santo duque glosan unas prácticas religiosas muy rigurosas, que comenzaba por practicar consigo mismo y que impuso no sólo dentro de su palacio (a su familia y criados) sino en la propia ciudad de Gandía:

“la casa del duque don Francisco –escribía D. Vázquez– no solamente parecía un convento de recogida religión, mas aun en todo el pueblo era gran consuelo ver la reformatión de las costumbres y la devoción y obras pías y uso de los santos sacramentos de confesión y comunión en que los más principales del pueblo se ejercitaban”.⁴⁴

Si don Juan de Borja tuteló a Bernardo Pérez de Chinchón, canónigo en la colegiata de Gandía y el más destacado traductor de Erasmo en su tiempo,⁴⁵ su hijo y sucesor Francisco se trajo consigo desde Barcelona a Gandía a Juan de Texeda, un atrabiliario lego franciscano de espiritualidad fanática, muy próxima al iluminismo, que cautivó al propio duque (cosa que nos desconcierta) y estuvo a punto de causar estragos irreparables en otros individuos menos formados o más débiles, como el P. Andrés de Oviedo –primer rector del colegio y universidad de Gandía– o el P. Cordeses, S.I.⁴⁶ Ignacio de Loyola, que conocía bien (por experiencia propia) de qué iba el asunto, cortó de raíz estos excesos que atentaban contra el espíritu de la Compañía y lo que en ella se esperaba de sus miembros.

Pero insistimos en que conviene no sacar conclusiones precipitadas de estos datos, aparentemente contundentes por su elocuencia, porque, ya de entrada, el terreno de la espiritualidad (las cuestiones del alma, en general) se nos antoja muy delicado. Al propio Bataillon se le ha «acusado» (no sin razón) de magnificar la influencia del erasmismo en España y, al parecer, no siempre es fácil separar el grano de la paja, la ortodoxia de la desviación. Así, F. Pons Fuster, quien ha estudiado estas cuestiones en Valencia, en general, y el ducado de Gandía, en particular, llega a la conclusión de que efectivamente “Francisco de Borja convirtió Gandía en una especie de santuario de espiritualidad”, pero “erasmismo e iluminismo, personificado en la figura de Bernardo Pérez de Chinchón, acaban fundiéndose”.⁴⁷

⁴² José Luis PASTOR ZAPATA, “La biblioteca de Don Juan de Borja Tercer Duque de Gandía († 1543)”, *Archivum Historicum Societatis Iesu*, LXI (Roma, 1992), 275-308. Según Francisco PONS FUSTER, “ninguna corte nobiliaria valenciana, tampoco la virreinal, mantuvo un compromiso tan prolongado con las obras de Erasmo, con Luis Vives y con los humanistas valencianos como la del duque de Gandía, Juan de Borja” (*Erasmistas, mecenas y humanistas en la cultura valenciana de la primera mitad del siglo XVI*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2003, p. 322).

⁴³ José Luis SIRERA, *Historia de la literatura valenciana*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1995, p. 206.

⁴⁴ D. VÁZQUEZ, *Historia de la vida* [...], op. cit., p.199. Esa imagen de Gandía como convento la usa también el P. Jacobo Saboya, S. I, en carta (Gandía, 29.IV.1567) a Francisco de Borja, en Roma (*MHSI. Sanctus Franciscus Borgia...*, IV [1565-1568], Madrid, 1911, p. 459).

⁴⁵ F. PONS FUSTER, “Bernat Pérez (de Chinchón). Un erasmista en la Cort dels Borja a Gandía”, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, 23/24 (1996), pp. 153-176 y de este mismo autor: “Nuevas aportaciones biográficas sobre el maestro Bernardo Pérez de Chinchón”, *Escriptos del Vedat*, vol. XXXIII (Valencia, 2003), pp. 329-367; Carmen MORÓDER y Carmen VALERO, “Notes sobre la traducció de la “Historia de las cosas que han passado en Italia” de Galeazzo Flavio Capella per l’erasmista Bernardo Pérez de Chinchón (València, 1536)”, *Afers*, 5/6 (1988), 125-181 y Joaquim PARELLADA, “Nuevos datos sobre la *raça* del maestro Bernardo Pérez de Chinchón”, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XLVI (1997-1998), pp. 157-198.

⁴⁶ Manuel RUIZ JURADO (S.I.), “Un caso de profetismo reformista en la Compañía de Jesús. Gandía 1547-1549”, *AHSI*, XLIII, fasc. 86 (julio-dicbre 1974), pp. 217-266.

⁴⁷ “El mecenazgo cultural de los Borja de Gandía: erasmismo e iluminismo”, *Estudis*, 21 (1995), pp. 23-43, cits. de pp. 35 y 43, respectivamente

Francisco de Borja, en efecto, debía incluso su antropónimo al santo de Asís y no por casualidad, pues el franciscanismo envolvía el palacio y hasta la Gandía que lo vio nacer. El convento gandiense de Santa Clara, que acogió a tantas Borja,⁴⁸ sería el foco irradiador por toda la Península Ibérica de la reforma coletina, de estricta observancia, incluyendo entre sus múltiples fundaciones los hoy tan populares conventos de la Santa Faz en Alicante o el zamorano del «Tránsito» y el selectísimo de las Descalzas Reales. Pero sorprendentemente, cuando el duque de Gandía decidió ingresar en religión no lo hizo en la de los seguidores del «poverello» de Asís, como parecería lo más lógico, a priori, por ese ambiente en el que se formó⁴⁹ e incluso por razones sociales de prestigio, como le comentaba sin ambages su buen amigo el emperador, quien nunca acabó de entender la decisión de Borja (aunque él mismo abdicara de la corona para retirarse a Yuste).

Borja optó por la Compañía de Jesús. La decisión desconcertó no sólo al emperador sino también a los historiadores actuales. Una de las razones (y no la menor) que podrían ayudar a entender esta polémica decisión sería la atractiva personalidad de Ignacio de Loyola y el enorme poder de persuasión que le otorgaba al fundador de la Compañía su conocimiento de las personas (don, por cierto, que no acompañaba a Borja). La incipiente orden ignaciana necesitaba, para afianzarse, de las influencias sociales y los recursos económicos del duque de Gandía. Y a Francisco, por su parte, nosotros creemos que le atraía precisamente el carácter moderno de aquella orden nueva, hija de la imprenta, cuyos miembros no vivían en conventos, cuidaban mucho la formación intelectual y se dedicaban a propagar la fe de Cristo por lugares remotos y a defender la ortodoxia católica en la Europa dividida por la Reforma. Borja fue, en efecto, «hombre del Renacimiento y santo del Barroco».⁵⁰ Su formación, de hecho, se ajustaba perfectamente a las pautas que, según B. Castiglione, definían al cortesano ideal.⁵¹ Definitivamente, Borja no sólo era un hombre de su tiempo, sino verdadero protagonista del mismo, como evidencia, a mayor abundamiento, su cordial relación con el monarca más poderoso del momento y haber acabado al frente de la orden religiosa más influyente de la era moderna..., cuya incursión en la docencia superior se inició, por cierto, precisamente en la Gandía del IV duque con la universidad que él mismo fundó. No se pueden vivir los acontecimientos históricos desde la primera fila, liderando algunos de los cambios más importantes del momento, con los pies en el presente y la mente en el pasado. Es imposible. Y, si lo que no puede ser, parece verosímil, lo que falla no es la realidad sino la explicación de la misma.

CONCLUSIÓN

La familia Borja es un buen ejemplo de hasta qué punto el peso del apellido puede llegar a aplastar a los individuos, deformándolos para ajustarlos a la imagen establecida. Visto lo visto, a

⁴⁸ Luis AMORÓS (O.F.M.), *El monasterio de Santa Clara de Gandía y la familia ducal de Gandía*, Gandía, 1981 (ed. original en *Archivo Ibero-Americano*, 1960-1961, n° 21, pp. 441-486 y n° 22, pp. 399-458) y Santiago LA PARRA, "La dona reclosa: monges en la Gandía dels Borja", en S. LA PARRA (coord.), *La memòria amagada. Dones en la història de Gandia*, Gandía, Departament de la Dona (Ajuntament de Gandia), 2002, pp. 81-128.

⁴⁹ Como escribía a principios del s. XVII el P. Gabriel ÁLVAREZ (S.I.), "al duque se le iba el corazón tras el hábito y pobreza del seráfico padre san Francisco, cuya devoción había mamado con la leche" (*Historia de la Provincia de Aragón de la Compañía de Jesús*, prólogo fechado a 12.III.1607, Ms. 452 de la Biblioteca Universidad de Valencia, II, fol. 16r°).

⁵⁰ Uno de los actos con motivo del V centenario del nacimiento de san Francisco de Borja fue un Simposio Internacional con ese título (celebrado en Gandía y Valencia, octubre-noviembre de 2010), de cuyas actas somos editores junto con María TOLDRÀ: *Francisco de Borja (1510-1572), hombre del Renacimiento, santo del Barroco*, Gandía, CEIC Alfons el Vell-IIIEB-Acción Cultural Española (Ministerio de Cultura), 2012.

⁵¹ Esto lo abordamos en nuestra participación en ese Simposio: "Francisco de Borja y Gandía: la formación del cortesano", *Francisco de Borja (1510-1572)* [...], op. cit, p. 83-105.

nosotros nos parece que no le faltaba razón a Vicente Blasco Ibáñez (quien nos interesa más como cronista de su tiempo que como escritor) cuando concluía en su novela *A los pies de Venus* (fechada en junio-septiembre de 1926) que “unos Borja fueron héroes; otros, santos; otros, terribles pecadores, pero ninguno vulgar ni mediocre”. Al final, el mayor pecado de todas esas leyendas, negras o blancas, es que, en efecto, hace vulgares y muy previsibles a unos personajes tan atractivos, verdaderos protagonistas de su tiempo, pertenecientes a una familia valenciana que dio dos papas en menos de 50 años y un santo en plena Reforma Católica. Y, además, la realidad es mucho más atractiva que esas ficciones previsibles y de una vulgaridad anodina.

EL PRECIO DE LA LEALTAD. LA FAMILIA MONTANARO Y LA CIUDAD DE CARTAGENA DURANTE LA GUERRA DE SUCESIÓN¹

Juan Francisco Henarejos López

Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

El Reino de Murcia jugó un papel destacado en la Guerra de Sucesión. Tras finalizar el conflicto es bien sabido como el propio monarca, Felipe V, otorgó la séptima corona de su escudo sobre un león y una flor de lis. El lema “*Priscas novissime exaltar et amor*” dio constancia de la lealtad borbónica mostrada. No obstante, 300 años después de la firma del Tratado de Utrech, aún son muchas las luces y sombras de este conflicto que marcó toda la Modernidad Europea. Esa división de la sociedad, algo que nos recuerda a unos de los episodios más trágicos de nuestra historia reciente. Nadie discute el carácter de guerra civil que adquirió este conflicto. Por otro lado, se pone en entredicho la lealtad Austracista y el posicionamiento en ambos bandos, hecho bastante discutible. Al igual debemos tener en cuenta las dificultades que en términos militares, tenía el Alto Mando español. En este sentido, además de combatir una guerra civil se rechazaba una invasión extranjera². El enclave de Cartagena como ciudad portuaria se sitúa como un ejemplo más que ilustra esa hegemonía comercial europea. Es evidente como manifiestan diversos autores que la Guerra de Sucesión Española escondía bajo la máscara de un simple conflicto dinástico, una encrucijada entre dos concepciones de Europa y de las relaciones internacionales³. En este estudio se va a analizar el comportamiento de la oligarquía local de la ciudad portuaria de Cartagena, en especial la colonia de comerciantes extranjeros, a través de un estudio de caso: la actuación de la familia Montanaro⁴. Se pretende comprobar el grado de compromiso y fidelidad hacia los dos bandos para superar las visiones en exceso reduccionistas pues se comprobará cómo incluso dentro de una misma familia se apoyaban a bandos distintos. La hipótesis que se baraja es que más que una convicción política a estos individuos de la élite comercial de Cartagena les movía su propio interés.

EL PROGRESO DE LA FAMILIA MONTANARO

Durante el último tercio del siglo XVII la familia Montanaro se establece en Cartagena. La elección de esta ciudad mediterránea viene promovida por la fructífera actividad comercial que esta familia realizaba por el mediterráneo. Desde Génova se trasladan a la Cartagena. Juan

¹ Este trabajo ha sido posible gracias al proyecto “Realidades familiares hispanas en conflicto: de la sociedad de los linajes a la sociedad de los individuos. Siglos XVII-XIX, referencia: HAR2010-21325-C-05-01, del que es investigador principal Francisco Chacón Jiménez; financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.”

² Así lo define en un trabajo clásico sobre la Guerra de Sucesión Charles Petrie en referencia a la magnitud que adquiere este conflicto en términos europeos. En Charles PETRIE, “La Guerra de Sucesión y la Guerra de Independencia”, *Revista de Historia Militar*, nº 6, 1960, p. 22.

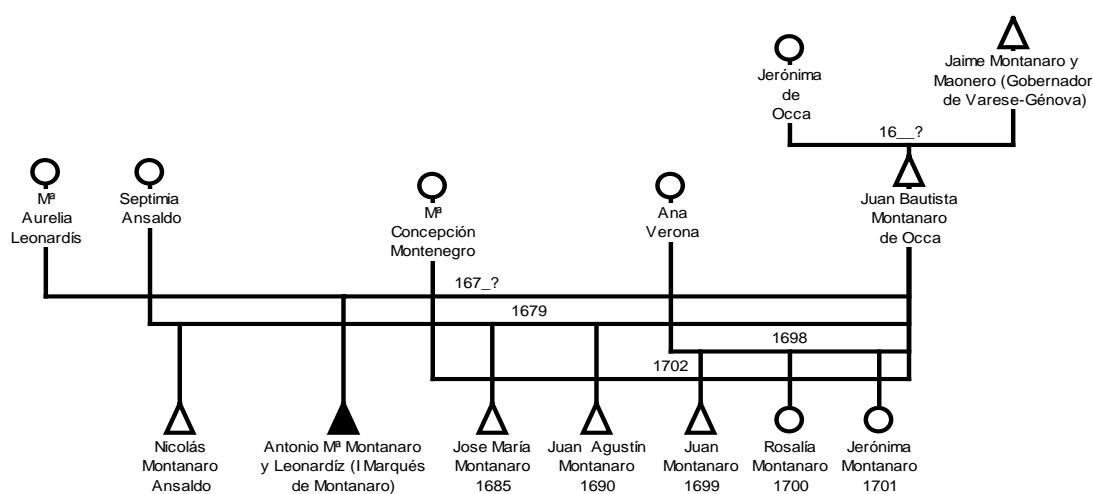
³ Agustín JIMÉNEZ MORENO, “La búsqueda de la hegemonía marítima y comercial. La participación de Inglaterra en la Guerra de Sucesión Española según la obra de Francisco de Castellví: Narraciones Históricas”, *Revista de Historia Moderna*, nº 25, 2007, pp. 144-178.

⁴ Se han hecho diversos estudios en torno a la repercusión social de esta familia. El primero de ellos es el de Rubio Paredes, en donde manifestaba la repercusión social de la familia Montanaro en Cartagena. Véase José María RUBIO PAREDES, *Nicolás de Montanaro. Observaciones sobre antigüedades de Cartagena*. Ed. Molegan, Cartagena, 1977.

Bautista Montanaro será el patriarca de una familia de comerciantes acomodada y con muchas ambiciones. Sus orígenes manifiestan que Juan Bautista procedía del patriciado genovés, donde gozaba de gran poder e influencia. Se les podía considerar como la familia más destacada respecto a la exportación de lana desde Cartagena⁵. Sus miembros tenían buenas relaciones con Venecia y Génova. Juan Bautista Montanaro fue hijo de Jaime Montanaro y Maonero, gobernador de Barazi (Varese) y de Jerónima de Occa.

Cartagena se componía de un gran núcleo de extranjeros, muchos de ellos dedicados al comercio. Ciudad que por su posición portuaria y la actividad comercial favorecerá el afincamiento de este tipo de familias. Según datos del padrón vecinal de 1634, para la ciudad de Cartagena se contabilizaban 1.174 vecinos de los que 85 tenían procedencia extranjera.⁶ De ellos, un 33% eran genoveses. Los Montanaro pertenecían a este sector.

Diagrama I. Genealogía de la Familia Montanaro.



Fuente: Elaboración propia.

Los respectivos matrimonios que contrató Juan Bautista Montanaro muestran diversas estrategias matrimoniales, así como el carácter endogámico de los mismos. Todas las contrayentes pertenecían a familias adineradas de comerciantes y la mayoría de origen genovés. Su último enlace con María Concepción Montenegro Corvari Imperial Preve le rentará grandes beneficios. En calidad de dote y arras propter nupcias obtendrá bienes valorados en 10.000 ducados.⁷ Pese a que las circunstancias favorecían al crecimiento de esta familia, no estuvieron exentos de problemas durante el siglo XVII. El más destacado data de febrero de 1684 por un navío procedente de Génova, que fue interceptado por navíos de guerra franceses⁸. Juan Bautista Montanaro recurrió al Concejo de la ciudad, sobre las graves pérdidas que les había provocado

⁵ En la ciudad de Cartagena el crecimiento comercial que se intensificó entre 1560 y 1630, a pesar de que el alumbre y la lana experimentaron la imposición de derechos fiscales desde 1558, pues su demanda fue capaz de sostener una exportación creciente. Es por tanto donde la familia Montanaro obtiene una coyuntura favorable a sus intereses. En Vicente MONTOJO MONTOJO, *Cartagena en la época de Carlos V*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1987.

⁶ Francisco VELASCO HERNÁNDEZ, "La colonia extranjera de Cartagena en los siglos XVI y XVII: Poder económico y arraigo social", en *I Coloquio internacional Los extranjeros en la España Moderna*, Tomo I, Málaga, 2003, p. 683.

⁷ Federico MAESTRE- DE SAN JUAN PELEGRÍN, "La Aristocracia de Cartagena en el siglo XVIII", en *Murgetana*, n° 125, Murcia, 2011, p. 113.

⁸ Archivo Municipal de Cartagena (En adelante AMC), Actas Capitulares, 1684-1695, Cabildo 26-3-1684, fs. 23 r.-24 r.

este revés. La reacción causa-efecto fue inmediata. En ese mismo año, Juan Bautista Montanaro solicitó a la ciudad de Cartagena, una Jarcia con víveres, ropajes y demás intendencia destinada a los ejércitos de Cataluña⁹. Es posible que todo ello hiciese que Juan Bautista Montanaro y su Hijo Antonio María, se volvieran más afines a la causa Austracista y pasasen a ser parte de ese grupo de “conspiradores”. El pretendiente francés podría afectar a sus intereses comerciales y como les ocurrió a otros muchos pertenecientes a esa burguesía emergente, el navegar a contracorriente podría ser algo beneficioso. Es el momento clave cuando comienza de forma activa a participar en el conflicto bélico que se avecinaba y a manejar el mejor recurso que esta familia poseía: el dinero.

Por otra parte, Nicolás Montanaro será afín a la causa borbónica. Así lo demuestra en la contienda mediante la financiación de tropas. Es muy significativa la situación en que se encuentra esta familia, fragmentada por la Guerra, pero dentro de una perfecta armonía. Las operaciones realizadas por los Montanaro no solo serán de índole local, sino provincial e incluso internacional. El apoyo logístico que realizan será clave en diferentes operaciones en Alicante, Orihuela, Cartagena y Barcelona. Al tiempo, Juan Bautista Montanaro se convierte en prestamista y acreedor de la ciudad de Orihuela, financiando y obteniendo gran beneficio por su apoyo en la sombra a las tropas del Archiduque Carlos. A través del estudio del ciclo vital de esta familia podemos obtener distintas lecturas. Los Montanaro se posicionarán en ambos lados, padre y primogénito del lado Austracista e hijo segundo de la parte Borbónica. El Archiduque Carlos compensará con honores el servicio prestado en la contienda, con la posibilidad de legar un título nobiliario y un mayorazgo a su familia. Por otro lado, Nicolás Montanaro se convertirá en regidor perpetuo de la ciudad de Cartagena por su fidelidad a la causa Borbónica, obteniendo la consolidación familiar deseada en la ciudad de Cartagena. La dinámica familiar, se verá condicionada tras el legado obtenido en esta época. El mayor legado a sus herederos será las mercedes borbónicas y austracistas tras la firma de los tratados de Utrecht y Rastald.

LA CIUDAD DE CARTAGENA COMO FOCO DE CONFLICTO

En su participación en la guerra de Sucesión, Cartagena no entrará en un primer plano hasta 1706. En diciembre de 1700 las calles de Cartagena fueron recorridas por una comitiva municipal, que anunciaba la muerte de S. M. el rey Carlos II, acaecida el 1 de noviembre de 1700. El pueblo esperaba conocer la persona en quién recaería en máximo poder español. Cartagena recibe al Duque de Veragua quien decide comenzar a reclutar efectivos y conducirlos a Sicilia¹⁰. La proclamación de Felipe V en esta ciudad castellana era un hecho inminente.

Los comerciantes franceses afincados en esta ciudad ven muy provechosa la unión franco-española. Juan Bautista y su primogénito, Antonio María Montanaro, se suman rápidamente a la causa Austracista. Antonio María envía ayuda a la resistencia de Alicante, asediada por tropas borbónicas, 150 fanegas de trigo y otras 60 reducidas a harina. Aunque lo más significativo es que el siguiente hijo de Juan Bautista Montanaro, Nicolás, se posiciona a favor de la causa borbónica; realiza la misma labor que su padre y hermano, pero posicionado con el bando contrario.

La trascendental batalla de Almansa¹¹ el 25 de abril de 1707 y a consecuencia de esta, el bloqueo de tropas que marchaban a Andalucía, como un punto de inflexión decisivo en la

⁹ AMC, Petición de Juan Bautista Montanaro a la Ciudad de Cartagena para remitir en una Jarcia surta en su puerto, paños para vestir a la gente de Guerra y cebada para los ejércitos de Cataluña, 1684, CH02289, 00015.

¹⁰ María Dolores COTALLO DE ARANGUREN, *Cartagena y el primer Borbón de España. Guerra de Sucesión (1700-1715)*, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial, Murcia, 1982, pp. 37 y 38.

¹¹ Sobre esta batalla existen diversos trabajos que analizan la trascendencia en esta batalla en el desarrollo de la Guerra de Sucesión. Véase Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, *La Guerra de Sucesión en España y la Batalla de Almansa*, Sílex, 2009; Germán GARCÍA SEGURA, “Almansa (1707): La nueva infantería española en acción”, *Revista de*

victoria borbónica. Previa a esta decisiva batalla, ocurrieron otros acontecimientos que pasaron más desapercibidos. De este modo, un año antes, Cartagena proclamaba de forma popular al Archiduque Carlos de Austria como rey de las Españas, el 24 de junio de 1706. Esta excepcionalidad existente en proclamar rey al candidato de los Austrias en una ciudad castellana es un hecho relevante, pero no único. Oligarquías urbanas, burguesía y sectores nobles compartían estas aspiraciones políticas y dinásticas, como ocurría en una u otra medida, en otras ciudades del Reino¹².

Mapa1: Puerto de Cartagena, Anónimo.



Fuente: Archivo General de Simancas. MPD XXVI-65, Guerra y Marina, Leg. 2338.

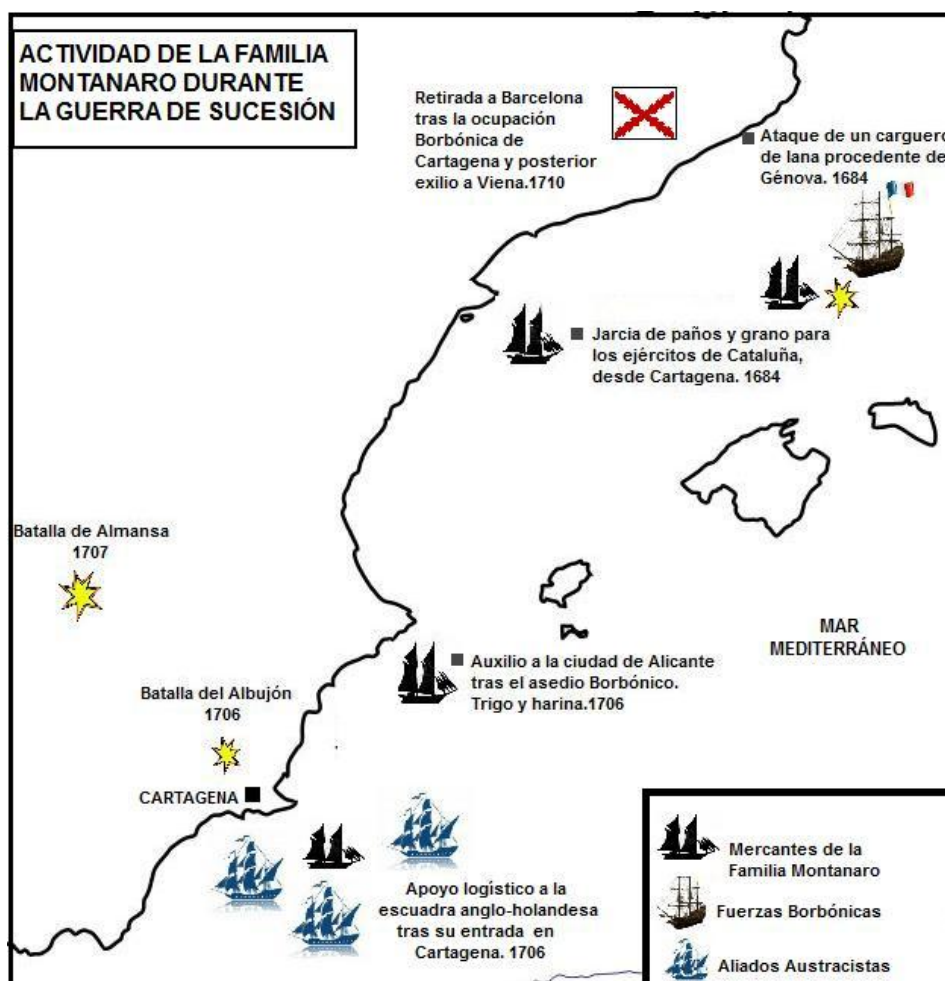
En su participación en la guerra de Sucesión, Cartagena no entrará en un primer plano hasta 1706. En diciembre de 1700 las calles de Cartagena fueron recorridas por una comitiva municipal, que anunciaba la muerte de S. M. el rey Carlos II, acaecida el 1 de noviembre de 1700. El pueblo esperaba conocer la persona en quién recaería en máximo poder español. Cartagena recibe al Duque de Veragua quien decide comenzar a reclutar efectivos y conducirlos a Sicilia¹³. La proclamación de Felipe V en esta ciudad castellana era un hecho inminente. Los comerciantes franceses afincados en esta ciudad ven muy provechosa la unión franco-española Juan Bautista y su primogénito, Antonio María Montanaro, se suman rápidamente a la causa Austracista. Antonio María envía ayuda a la resistencia de Alicante, asediada por tropas borbónicas, 150 fanegas de trigo y otras 60 reducidas a harina. Aunque lo más significativo es que el siguiente hijo de Juan Bautista Montanaro, Nicolás, se posiciona a favor de la causa borbónica; realiza la misma labor que su padre y hermano, pero posicionado con el bando contrario.

Historia Militar, n° 51, 2007, pp. 245-281; Josep M TORRAS I RIBÉ, "Catalunya després de la Batalla d'Almansa: Els desastres de la Guerra contra la població civil (1707-1711)", *Pedralbes*, n° 24, 2004, 311-334, entre otros.

¹² Uno de los mayores especialistas en esta cuestión es Muñoz Rodríguez, quien ha planteando la problemática existente en el Reino de Murcia durante la Guerra de Sucesión: Julio D., MUÑOZ RODRIGUEZ, *Felipe V y cien mil murcianos. Movilización social y cambio político en la Corona de Castilla durante la Guerra de Sucesión*, Universidad de Murcia, Tesis doctoral, 2010.

¹³ María Dolores COTALLO DE ARANGUREN, *Cartagena y el primer Borbón de España. Guerra de Sucesión (1700-1715)*, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial, Murcia, 1982, pp. 37 y 38.

Mapa 2: Actividad desarrollada por la Familia Montanaro durante la Guerra de Sucesión.



Fuente: Elaboración propia.

El conflicto bélico llega directamente a Cartagena en los primeros meses de 1706, cuando se conoce la presencia de fuerzas navales inglesas en el Mediterráneo. Fue en el mes de junio, cuando son avistadas doblando el Cabo de Palos. Desde Murcia acuden tropas para atacar el puerto de Cartagena. Pero la traición del conde de Santa Cruz de Los Manueles, cuadrilero de las galeras de Felipe V, posibilitó que el día 24 de junio de 1706, las tropas austriacas, italianas e inglesas, al mando del Duque de Peterborough y el almirante Leake, hicieran su entrada en Cartagena. Montanaro, al igual que su primogénito, apoyan de forma activa la entrada de estos contingentes. Los invasores reforzaron el sistema defensivo del puerto cartagenero con la fortificación de la Puerta de San José, la construcción de la torre de San Julián y la instalación de baterías en Los Picachos y el Cabezo de los Moros. Cuando el curso de la guerra parecía favorecer a los aliados, Luis XIV envió un cuerpo expedicionario bajo el mando del Duque de Berwick, cuya intervención resultó determinante. El Duque de Berwick, acude en ayuda del obispo Belluga y marcha sobre Cartagena, venciendo en la batalla del Albujón. El conde de Santa Cruz de los Manueles, huye en dos galeras que, hasta ese momento, defendían la entrada del puerto.

La conquista de Cartagena por Berwick sucedió el día 19 de noviembre de 1706. Liberada la ciudad de Cartagena de fuerzas Austracistas, comienzan días amargos y trágicos de saqueos y caos. Primero, por los partidarios del Archiduque Carlos y, posteriormente, por las tropas

borbónicas. Pese a las fortificaciones llevadas a cabo en esta ciudad, en ningún momento Cartagena se convirtió en un bastión que ofreciese resistencia¹⁴.

VICTORIA Y EXILIO TRAS LA GUERRA DE SUCESIÓN: LA CONTINUIDAD DE LOS MONTANARO

Tras la participación de Antonio María en la Guerra de Sucesión del lado austracista, éste se establece de forma permanente en Viena¹⁵, formando parte del séquito personal del Archiduque Carlos. El hijo de este último matrimonio, Agustín María Montanaro, heredará el título de Marqués de Montanaro, como hemos comprobado en su testamento¹⁶. La tensión entre descendientes del mismo Antonio María Montanaro derivó en un largo pleito¹⁷, no solo por la herencia del título, sino por la posesión del mayorazgo fundado por Juan Bautista Montanaro. El mayorazgo fue heredado por José Juan Montanaro y Aguado, último poseedor del mismo entre 1759 y 1764. Tal y como indicábamos, la familia Montanaro, de procedencia genovesa, se establece en la ciudad de Cartagena a mediados del siglo XVII. Juan Bautista Montanaro como principal cabeza de familia, pronto comienza a establecer relaciones siguiendo la estrategia de alianzas matrimoniales. En torno a la concesión del título de Marqués de Montanaro existen ciertas controversias y contradicciones. Por una parte, el título de Marqués de Montanaro se le atribuye a Antonio M^a Montanaro Leonardíz, por su apoyo y compensación durante la Guerra de Sucesión. Montanaro tuvo una gran implicación y entrega a favor de la escuadra angloholandesa en Cartagena en apoyo y proclamación del archiduque como rey. Este título se concedió por el mismismo Archiduque Carlos de Austria, el 31 de marzo de 1708. De forma inicial se le otorgó el título de Marqués de Huércal-Overa, señor de los Alcázares y sus aljibes, que tras la entronización borbónica se cambio por el de Marqués de Montanaro.

“El Archiduque Carlos de Austria me tiene hecha merced del título de Castilla, Marqués de Huercavera (Huércal-Overa).”¹⁸

El final de la guerra afectó de forma notable a su patrimonio, ya que sufrió diversas expropiaciones por una finca situada en Almoradí tras la ocupación borbónica de la zona de Orihuela. La explicación fue su condición de austracista, así como de acreedor y prestamista del Ayuntamiento de Orihuela¹⁹. Con el acceso de los Borbones, Juan Bautista Montanaro se exilió a Barcelona; previamente había fundado un mayorazgo. Testó a favor de la amplia familia que poseía, falleciendo allí en 1710. Existe abundante información en el Archivo Histórico Nacional²⁰ en torno a su marcha a Barcelona pero que no termina de esclarecer la concesión del título. Lo que si conocemos es que la familia Montanaro, mediante méritos militares, consiguió la concesión de mayorazgo y un título nobiliario que incrementó más su poder. Nicolás Montanaro, fiel a la causa borbónica, permaneció en Cartagena, convirtiéndose en regidor perpetuo de la misma. La repercusión social de la Guerra de Sucesión en esta familia fue su perpetuación en el levante mediterráneo y la conservación de los dominios adquiridos durante el conflicto.

¹⁴ Así se pone de manifiesto en diversa correspondencia que llega desde Madrid, en la que exigen que se defienda la ciudad de Cartagena con una mayor firmeza, dada su importancia geoestratégica. AMC, Misivas desde Madrid a la Ciudad de Cartagena, Extrañándose que esta ciudad no haya hecho demostración alguna para la defensa de esta plaza, confiando en que más adelante lo haya con mayor celo y firmeza, 1709, CH 02194, 00001.

¹⁵ Archivo Histórico Nacional (En adelante AHN), CONSEJOS, 5240, Exp. 34.

¹⁶ Archivo General de la Región de Murcia (En adelante AGRM), Protocolo Notarial 4916, referencia al testamento de Agustín María Montanaro, Marqués de Montanaro.

¹⁷ AHN, Sec. Consejo de Castilla, Leg. 31.594, N° 3.

¹⁸ AMC, Expediente de Hidalguía instruido a favor de Pedro Montanaro, CH00341 00007, Año 1784. Fragmento perteneciente a la copia del testamento de Juan Bautista Montanaro, fechado a 5 de agosto de 1710. p. 13.

¹⁹ Vicente MONTORO MONTORO, “Confiscaciones de bienes en Orihuela desde Murcia durante la Guerra de Sucesión”, *Murgetana*, n° 21, Murcia, 2009, p.125.

²⁰ Archivo Histórico Nacional, Consejo de Castilla, Leg. 31594, N°3.

La monarquía borbónica eligió a Cartagena como base naval para la defensa de los intereses españoles en el Mediterráneo, los que durante el siglo XVIII fueron múltiples, dado el continuo estado de lucha contra la piratería berberisca, la situación de frontera marítima contra los norteafricanos y la necesidad constante de fortificación, avituallamiento y dotación de tropas a los presidios allí establecidos, las reiteradas guerras contra los ingleses o las periódicas expediciones que tenían a nuestra ciudad como base de partida o de apoyo, así las de las conquistas de reinos en Italia para los hijos de Isabel de Farnesio o las expediciones a Argel (1775 y 1783)²¹.

CONCLUSIONES

A modo de conclusión, el estudio de la Familia Montanaro nos ha permitido conocer mejor el estudio de una etapa más de la Guerra de Sucesión en el frente mediterráneo y el como una familia de comerciantes genoveses llega a ser tan decisiva en este conflicto. El caso de los Montanaro es un perfecto ejemplo de cómo la participación en la Guerra de Sucesión condicionó las estructuras de poder local a finales del Antiguo Régimen. La concesión de títulos y bienes será resultado de la lealtad mostrada, así como de la participación activa en el conflicto. El posicionamiento de diversos miembros de esa familia en la causa Austracista y la causa Borbónica permitirá la perpetuación de esta familia en Murcia y Cartagena durante todo el Antiguo Régimen. La familia se superpone a la lealtad monárquica, buscando el único objetivo de su perpetuación.

²¹ Federico MAESTRE DE SAN JUAN PELEGRIN, “La aristocracia en Cartagena en el siglo XVIII”, *Murgetana*, nº 125, 2011, p. 114.

COMPRAR Y VENDER EN CANARIAS A FINES DEL ANTIGUO RÉGIMEN. APROXIMACIÓN AL COMERCIO AL POR MENOR EN SANTA CRUZ DE TENERIFE (1750-1818)¹

M^a Eugenia Monzón Perdomo

Ana Rosa Pérez Álvarez

Universidad de La Laguna

Las Islas Canarias, desde su incorporación a la Corona de Castilla, han servido de puente o puerta, como definen algunos autores², para los intercambios en el Atlántico. El rápido desarrollo en suelo canario de productos dedicados a la exportación favoreció los contactos con los centros comerciales más activos de Europa. La dependencia político administrativa de la Corona castellana las introduce en el próspero comercio con las colonias americanas y su exclusiva situación geoestratégica, junto al continente africano, las convierte en el punto de partida o de llegada de las expediciones africanas.

El modelo económico basado en la producción y transformación de artículos demandados y muy cotizados en los mercados exteriores (azúcar en el siglo XVI y vino en el XVII y XVIII), permitió, desde fechas muy tempranas y a lo largo de toda la Edad Moderna, que éstas pequeñas islas del Atlántico fueran un referente internacional para el comercio. En contrapartida, los altos beneficios obtenidos hicieron que la economía insular se sustentara sobre los ligeros hilos de la prosperidad de los intercambios, primero con el norte de Europa y posteriormente con América³.

El proceso de colonización implicaba para las autoridades isleñas cubrir el abastecimiento de productos de primera necesidad para una población en aumento. Desde los inicios del asentamiento castellano se distinguieron en el comercio interior dos grandes sectores: minoristas y mayoristas, los primeros eran revendedores bien de artículos previamente adquiridos o bien a comisión, recibían nombres diversos como regatones, vendederas, treceneras o triperas, y sus actividades estaban perfectamente reguladas para cumplir el objetivo previsto: agilizar el mercado sin encarecer los productos⁴.

Las necesidades básicas de la población, alimentos y vestidos, procedían de las producciones locales, pero las tempranas relaciones comerciales entre el Archipiélago y los mercados europeos constituyen un factor decisivo para que, al menos en las islas centrales, circularan mercancías venidas del exterior.

¹ Este trabajo forma parte de un proyecto más amplio bajo el título “Arqueología Moderna. Familia, infancia y formas de vida en la sociedad canaria del siglo XVIII”. Referencia HAR-2011-27413, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación”. El tema se desarrolla desde otra vertiente en la Tesis Doctoral en curso de Ana Rosa Pérez Álvarez titulada “Objetos de adorno personal, vida cotidiana y ritual funerario, procedentes de yacimientos arqueológicos del Archipiélago Canario (siglos XV-XIX)”.

² Juan M. SANTANA PÉREZ, Germán SANTANA PÉREZ, *La puerta afortunada. Canarias en las relaciones hispano-africanas de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, Catarata, 2002.

³ Francisco MORALES PADRÓN, *Comercio y emigración canario-americana*, en *Historia de Canarias. Siglo XVIII*, vol. III, Las Palmas de Gran Canaria, Prensa Ibérica, 1991, p. 546.

⁴ Eduardo AZNAR VALLEJO, *La integración de las Islas Canarias en la Corona de Castilla (1478-1526)*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1992, p. 413.

El fácil acceso a los artículos foráneos en el territorio insular está indisolublemente unido al establecimiento de mercaderes mayoristas europeos. La escasez de recursos financieros locales para hacer frente al creciente volumen de negocios, favorece la instalación de numerosas colonias de comerciantes de variadas procedencias: genoveses y portugueses inicialmente, a los que se suman aportes de otras naciones como flamencos, franceses, ingleses e individuos de diversas zonas de Italia⁵. Ellos se encargaron de organizar los intercambios, financiar todo tipo de empresas comerciales y actuar de cambistas cuando era necesario⁶.

La tendencia de estos mercaderes fue el asentamiento definitivo⁷, buscaron la integración social a través del mecanismo más usual del Antiguo Régimen: el enlace matrimonial. Un ejemplo temprano es el protagonizado por la colonia flamenca: el enraizamiento de la familia les llevaba a casarse con doncellas isleñas para consolidar el arraigo y conseguir una posición más sólida que les permitiera ampliar los beneficios. Prueba de ello es la rápida “canarización” de los flamencos, a través de la castellanización de sus apellidos, símbolo de su deseo de sumergirse rápidamente en el ambiente social de acogida⁸.

El último eslabón de la prolongada convivencia de los extranjeros con los propios es la naturalización. Este proceso solía ser largo, se requería una estancia mínima de veinte años, diez de ellos casados con naturales del reino, pero una vez logrado se beneficiaban de las ventajas económicas que disfrutaban los canarios lo que les permitía seguir manteniendo el control de las actividades comerciales tanto las internacionales como las del ámbito interinsular y local⁹.

Los comerciantes se instalan en las principales ciudades de las Islas (Las Palmas, La Laguna, La Orotava, Garachico, Santa Cruz), atraídos inicialmente por las transacciones a larga distancia, pero rápidamente constataron la posibilidad del negocio que suponía el establecimiento en lugares que permitían comerciar con los efectos que traían en los barcos que posteriormente zarpaban de los puertos canarios cargados de azúcar o vino. La posición geoestratégica de

⁵ Elisa TORRES SANTANA, *El comercio de las Canarias orientales en tiempos de Felipe III*, Madrid, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1991, p. 33; Alexis BRITO GONZÁLEZ, “La colonia maltesa en Las Palmas en el Antiguo Régimen” en *I Coloquio Internacional “Los extranjeros en la España Moderna”*, T. I, Málaga, 2003, p. 229.

⁶ Algunas referencias bibliográficas sobre el asentamiento de los comerciantes extranjeros en Canarias: Buenaventura BONNET Y REVERON, “Lugo y los mercaderes genoveses”, *Revista de Historia Canaria*, 90-91, 1950, pp. 248-250; José BORDES GARCÍA, “La participación de los mercaderes florentinos en el comercio (siglos XV-XVI)”, en *La Torre, Homenaje Emilio Alfaro Hardisson*, La Laguna, Artemisa Editores, 2005, pp. 145-159; Alexis BRITO GONZÁLEZ, “Un ejemplo de integración social: el flamenco Nicolás Martínez de Escobar”, *Vegueta*, 4, 1999, pp. 153-168; Alexis BRITO GONZÁLEZ, *Los extranjeros en las Canarias Orientales en el siglo XVI*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2002; Josette CHANEL-TISSEAU DES ESCOTAIS, “Le consulat de France aux Canaries, au XVIII^e siècle: une affaire de familles les Porlier et les Casalon”, *Pouvoirs de la famille, familles de pouvoir, Coloquio Internacional de F.R.A.M.ESP.A*, 2000, Toulouse, 2005, pp. 227-238; Agustín GUIMERÁ RAVINA, *Burguesía extranjera y comercio atlántico. La empresa comercial irlandesa en Canarias 1703-1771*, Santa Cruz de Tenerife, CSIC, 1985; M^a Luisa IGLESIAS HERNÁNDEZ, *Los extranjeros en Gran Canaria. Primer tercio del siglo XVIII*, Las Palmas de Gran Canaria, Consejería de Cultura y Deportes, 1985; Manuel LOBO CABRERA, *El comercio canario europeo bajo Felipe II*, Canarias, Gob. Canarias-Gob. Madeira, 1988; Manuel LOBO CABRERA y Elisa TORRES SANTANA, “Los extranjeros en Canarias durante el Antiguo Régimen”, *I Coloquio Internacional “Los extranjeros en la España moderna”*, Málaga, 2003, pp. 79-97; Enrique OTTE, “Los Sopranis y los Lugo”, *II Coloquio de Historia Canario-Americana*, T. I, 1977, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 1979, pp. 239-260.

⁷ Manuel de PAZ SÁNCHEZ, *Flandes y Canarias. Nuestros orígenes nórdicos*, 3 vol. Santa Cruz de Tenerife, Taller de Historia, 2004; Alexis BRITO GONZÁLEZ, “Naturalizaciones de extranjeros en Canarias en el Antiguo Régimen” en *XV Coloquio de Historia Canario-Americana*, 2002, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2004, pp. 274-287; Alexis BRITO GONZÁLEZ, “Matrícula de extranjeros en Canarias durante la segunda mitad del siglo XVIII” en *Anuario de Estudios Atlánticos*, n^o 45, 1999, 219-260.

⁸ José M. RODRÍGUEZ YANES, *Comercio y comerciantes flamencos (1560-1630). Algunos ejemplos de mercaderes*, en Manuel DE PAZ SÁNCHEZ, (Dir.), *Flandes y Canarias. Nuestros orígenes nórdicos*, T. I, Santa Cruz de Tenerife, Taller de Historia, 2004, p. 266.

⁹ Alexis BRITO GONZÁLEZ, “Matrícula de extranjeros [...] op.cit., p. 225.

Canarias, en el eje de las rutas comerciales que atravesaban el Atlántico, favoreció la difusión de nuevos hábitos en el consumo de artículos inexistentes en el entorno¹⁰.

El estudio de la circulación de esos productos en los mercados insulares es el objetivo del presente trabajo. La apertura de almacenes, tiendas o lonjas, lugares de exposición y venta de las mercancías importadas, unidos a la venta ambulante llegaron a constituir un importante reclamo para el consumo de la población isleña. La cronología del trabajo abarca el siglo XVIII y primeros años del siglo XIX cuando el comercio al por menor arraiga definitivamente en las principales ciudades del Archipiélago, especialmente en la isla de Tenerife.

Las fuentes de información no son muy abundantes, ciertamente es un tema difícil de rastrear, la inmersión en los protocolos notariales de fines del siglo XVIII ha aportado inventarios de tiendas y memorias de surtimiento donde se detallan los productos más vendidos y demandados. También la documentación de los despachos de productos que los comerciantes importaban, informan de los elementos con los que traficaban las diferentes empresas estudiadas¹¹. Otro foco de interés ha sido la localización de las ventas en el plano de las ciudades, los padrones de habitantes realizados entre 1797 y 1818 en Santa Cruz de Tenerife, han permitido establecer el ritmo de crecimiento del comercio.

EL COMERCIO DE SANTA CRUZ DE TENERIFE. TIPOLOGÍA DEL COMERCIANTE

El lugar de Santa Cruz, sin ser todavía el centro administrativo de la isla, acapara en el siglo XVIII el mayor volumen de población y desarrollo económico, en detrimento de la capital lagunera que en la centuria ilustrada ve decaer su antiguo protagonismo, siendo un síntoma inequívoco de ello el traslado de los comerciantes asentados en la capital hacia el floreciente puerto santacrucero¹².

Las actividades comerciales de la ciudad estaban organizadas en, al menos, tres categorías de negocios. Siguiendo los pasos de los comerciantes de Santa Cruz a través de los protocolos notariales aventuramos la siguiente clasificación.

En primer lugar, están los mercaderes, designados en la documentación como “*vecinos y del comercio*”, mayoritariamente de origen extranjero: irlandeses, italianos y franceses representan las procedencias más repetidas, a ellos se unen ingleses, flamencos y algún gibraltareño, especializados en el tráfico mediterráneo y atlántico conocido como “comercio del Estrecho”.

Muchos aspiraban a culminar su proceso de asentamiento definitivo en la isla iniciando el procedimiento para obtener la naturalización, la mayoría de las solicitudes presentadas en el siglo XVIII se concentran en Tenerife, con cierto predominio del Puerto de Santa Cruz, lo que les abría nuevas puertas, el acceso a los cargos públicos y a la participación, en pie de igualdad con los naturales, en el comercio con América¹³.

Los mercaderes foráneos habían conseguido una posición ventajosa a través del control del comercio del vino imponiendo sus condiciones a los cosecheros de las islas, permitiéndoles amasar importantes fortunas¹⁴, sin embargo, las colonias de extranjeros conformadas en el siglo

¹⁰ Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, *Entre paños y algodones: petrimetros y castizas. ¿"la nueva moda en arca se vende"?*, en Manuel R. GARCÍA HURTADO (Ed.), *La vida cotidiana en la España del siglo XVIII*, Madrid, Sílex, 2009, p. 125.

¹¹ Archivo Histórico Provincial de Santa Cruz de Tenerife (AHP SCT), Delegación Provincial de Hacienda, años 1770 y 1779.

¹² José Miguel RODRÍGUEZ YANES, “Los Extranjeros en La Laguna en el Antiguo Régimen”, en *Anuario del Instituto de Estudios Canarios*, LII, 2009, p. 101.

¹³ Alexis BRITO GONZÁLEZ, “Naturalizaciones de extranjeros [...] op. cit. p. 278.

¹⁴ Agustín GUIMERÁ RAVINA, *Burguesía extranjera y comercio [...]*, op. cit., pp. 95-155.

XVIII constituían un grupo social nuevo abocado a convertirse en la verdadera burguesía comercial de la isla no sin solventar antes los conflictos con la terratenencia tinerfeña¹⁵.

Forman parte de una élite social que se consolida y aumenta a medida que avanza la centuria. En los Protocolos Notariales de Santa Cruz, entre 1770 y 1779, hemos podido rastrear 50 personas dedicadas al comercio, trabajando solos o asociados con otros miembros de la familia, controlan todos los movimientos mercantiles de los puertos insulares. De estas 50 personas, 25 participan en 13 empresas que a lo largo del tiempo tuvieron hasta 19 nombres diferentes.

El grupo lo completan comerciantes venidos de la península (Cádiz, Navarra, Cataluña o Vitoria). No faltan tampoco naturales del puerto de Santa Cruz o trasladados de otras localidades de la isla. Algunos de los incluidos en este último listado no pueden esconder su procedencia familiar, sus apellidos les delatan. Dicen ser de Santa Cruz D. Thomas Cambreleng o D. Bernardo de Hanty, descendientes, sin duda, de franceses e irlandeses¹⁶.

La mayor parte de ellos tenían el comercio como principal fuente de riqueza combinando los intercambios a gran escala con otro más reducido de carácter insular¹⁷ o interinsular. Las compañías que agrupan a estos vecinos del comercio sirven como elemento de cohesión familiar, es habitual encontrar alianzas entre hermanos, padres e hijos, tíos y sobrinos, que garantizan la continuidad del negocio, aunque haya desaparecido el fundador de la dinastía. Incluso se dio el caso que al fallecer uno de los asociados el que sobrevivió formó compañía con la viuda de su compañero¹⁸.

Aunque ciertamente los foráneos siempre habían tenido sus tiendas en la isla centradas en las ventas al por mayor o en las operaciones de crédito a los hacendados, en el siglo XVIII se introducen definitivamente en la distribución de los productos al por menor; ya en 1749 el personero general de Tenerife eleva una crítica al Cabildo señalando que el número de tiendas propiedad de mercaderes foráneos era casi mayor que las pertenecientes a los naturales de la isla. Los datos manejados en 1752 señalan la existencia de dos ó más tiendas de extranjeros en cada calle de Santa Cruz, el crecimiento debió llamar la atención máxime cuando 20 años antes las tiendas dedicadas al comercio de exportación se limitaban a un único local en La Laguna, especializado en surtir a toda la isla de tejidos lujosos¹⁹. La apertura de estos lugares de venta está directamente relacionada con el crecimiento económico de un sector de la sociedad isleña capaz de demandar y consumir productos de importación. Al mismo tiempo su función es la de surtir al

¹⁵ Juan R. NÚÑEZ PESTANO, *La Nivaria triunfante y su capital gloriosa o los orígenes del pleito insular*, Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2001, pp. 31-61.

¹⁶ D. Tomás Cambreleng nació en Santa Cruz de Tenerife y era hijo de D. Esteban Cambreleng, natural de Berlaimont en Francia, y de D^a Rita Piar y Lotín, hija de D. Felipe Piar. Tanto su suegro como su padre eran comerciantes. (AHP SCT), Protocolos Notariales (P.N.) 1606, folios (fol), 132r-148v, 05/06/1770. (Apertura del testamento de D. Esteban Cambreleng)

D. Bernardo de La Hanty también nació en Santa Cruz era hijo del comerciante D. Roberto de La Hanty, natural de Irlanda, y D^a Isabel Macarty; y se casó con D^a Águeda Bignoni Logman, hija del genovés D. Nicolás María Bignoni. Archivo Parroquial de la Iglesia de la Concepción de Santa Cruz de Tenerife (APICSCT), Libro de matrimonios VI, fols. 49r-49v.

¹⁷ Alexis BRITO GONZÁLEZ, "Naturalizaciones de extranjeros [...]" op. cit. p. 279.

¹⁸ Algunos ejemplos de compañías creadas entre familiares: "D. Francisco y D. Pascual Bignoni Hermanos" AHP SCT, P. N. 1293, 1777; "Compañía de Bini y Dugi". AHP SCT, P. N. 1293, 1777 o "D. Francisco Dugi y Compañía". AHP SCT, P. N. 1294, 1784; "Francisco Casalón y Sobrinos Devigneau" Archivo Municipal de La Laguna, (AMLL), Sección I^a, E-XXIII, documento 1, 1793.

¹⁹ Juan R. NÚÑEZ PESTANO, *La Nivaria triunfante* [...], op.cit. pp. 50-51.

resto del comercio insular²⁰, proveer a las tiendas de menor categoría, la diferencia entre ambas radica en la variedad y calidad de la oferta y la extracción social de la clientela.

El inventario de la tienda de D. Esteban Mandilo, situada en la planta baja de su casa de la calle Castillo de Santa Cruz, apunta a la venta casi exclusiva de productos textiles, de ahí la variedad de tejidos que ofrece²¹; también las calidades de las telas se aprecian a través de calificativos como ordinario, fino, común; el surtimiento se completa con accesorios como botones, cintas, hebillas, sombreros y zapatos, además de escasos artículos no relacionados con la vestimenta como cajas, usadas frecuentemente para el traslado de la mercancía, libros²², navajas, papel y tabaco²³.

Por su parte, el inventario del establecimiento de D^a Juana María Lotín²⁴, ubicada en la calle de La Marina, también en los bajos de su residencia, es mucho más variado con predominio de los textiles²⁵ acompañados de calcetas, medias, sombreros, cintas, encajes, botones, guantes, gorros, zapatos, accesorios²⁶. También hallamos enseres domésticos²⁷ y productos de alimentación²⁸, mayoritariamente especias. Tiene una oferta diversa, pero sigue siendo un comercio de categoría superior.

Todo apunta a la consolidación del comercio minorista en la centuria ilustrada, como afirma Alejandro Cioranescu, la tipología de las tiendas y su dedicación debió ser un tanto promiscua como ocurría en el lugar de Santa Cruz “todos venden de todo, desde que hay algo para vender y alguien para comprar”²⁹. No es privativo del comercio isleño, en las ciudades castellanas la venta al por menor presentaba una organización interna pluriseccional con reducida o nula especialización³⁰.

El segundo escalón del comercio lo ocupan las lonjas y las tiendas de mercerías, o simplemente tiendas. No existe información que aclare las distinciones entre unas y otras acepciones, probablemente en esa promiscuidad de productos las primeras tenderían a especializarse en el abastecimiento de alimentos, y las segundas a cubrir todo tipo de demandas. La tienda, como espacio de venta al por menor, es una realidad temprana en las islas, las más numerosas son las que abastecen de alimentos³¹.

²⁰ Rosa María DÁVILA CORONA, *Transformaciones y permanencias del comercio minorista vallisoletano. 1750-1870* en J. TORRAS y B. YUN, *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla, siglos XVII-XIX*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999, p. 359.

²¹ Señala el inventario una amplia oferta textil: anascote, bayeta, bombasí, brin, camelote, caserillo, coleta, coletilla, cotín, crea, crudo, estopilla, holandilla, lamparilla, lienzo, lino, listado, monfort, paño, sangaleta, sarga, seda, sempiterno, tafetán, terciopelo. AHPST, P. N. 1292, fols. 155r-278v, 1775.

²² Una única obra titulada “Mítica Ciudad de Dios”.

²³ “70 libras de pimienta de tabaco que estaban dentro de un barril”.

²⁴ Viuda del comerciante D. Felipe Piar

²⁵ Relación de telas: breñaña, camelote, chupas, farfalaes, género, paño de grasalema, holán batista y clarín, lienzo, paños, persiana, sangaleta, seda, segrí, tafetán, clarín, etc. AHPST, P. N. 1593, fols. 543 r.-744 r., 1753.

²⁶ Abanicos de diversas calidades (bastos, más bastos, con flores doradas, con varillas de hueso y carey), abanillos, cruces (de metal, de metal y piedras falsas, para rosarios), zarcillos (de metal, de metal con piedras), rosarios.

²⁷ Botijas y botijones, cajetas (de carey, de carey con matices de plata, esmaltadas en plata de Bolonia, etc.), cajitas con espejuelos, calderas de cobre, candeleros, cuberterías (cucharas, tenedor, cuchillo de hierro, tenedores con cabo de marfil, dedales, escudillas, espabiladeras, espejos, estampas de papel, fechaduras, navajas de barbear, vasos, vidrios para lámparas, etc.

²⁸ Aceite (de almendra, de linaza), azafrán, cacao, clavo, cominos, matalahúva, pimienta negra, etc.

²⁹ Alejandro CIORANESCU, *Historia de Santa Cruz de Tenerife*, T. II, Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorro de Santa Cruz de Tenerife, 1977, p. 19.

³⁰ Francisco J. SAINZ DE LA HIGUERA, “De tiendas por Burgos (1750-1794)”, en *Investigaciones Históricas*, 26, 2006, p. 185; Rosa María DÁVILA CORONA, *Transformaciones y permanencias* [...], op. cit. p. 359.

³¹ M^a Eugenia MONZÓN PERDOMO, “Las mujeres en los espacios públicos. El abastecimiento del mercado interno como experiencia laboral para las mujeres del Antiguo Régimen en Tenerife”, en *Revista de Historia Canaria*, 191, 2009. M^a Eugenia MONZÓN PERDOMO, *Género y Vida cotidiana. Oficios femeninos en las ciudades canarias en el*

Algunas descripciones puntualizan que se trata de una tienda con ropas, no específicamente de ropas, sino que entre las mercancías que se despachan también hay tejidos.

Varios rasgos diferencian este tipo de comercio respecto del regentado por los mercaderes. Está mayoritariamente en manos de comerciantes naturales de Tenerife o de otras islas, y aumenta la presencia de mujeres. Mientras que en la categoría de comerciantes encontramos sólo tres mujeres al frente del negocio familiar³², en el comercio al menudeo el total de tiendas atendidas por féminas asciende a 26 frente a 17 hombres.

Probablemente cuanto más capital movía el comercio más se distanciaba de las manos femeninas. A pesar de ello, la atención al público tras el mostrador parece que se convirtió en una ocupación bien vista por los cónyuges, y algunos que emigraron encargaron a sus esposas poner tienda en su ausencia para ayudar a sobrellevar las penurias familiares³³.

La memoria de surtimiento de la tienda que Manuela Hernández dejó en herencia su hija Cathalina de Cárdenes donde suministraban telas³⁴, pañuelos, encaje, hilo, botones y cintas muchas de ellas procedentes de la producción local: “sintas de Icod, sintas de La Palma”. Se acompaña de especias³⁵ y enseres diversos³⁶. El negocio de Manuela Hernández entraría en la categoría del pequeño comercio de limitada capacidad económica que naturalmente condiciona la variedad y calidad de los géneros, habitualmente de escaso valor³⁷, dirigido a abastecer a un sector más humilde de la población.

Tanto en el comercio de mayor escala como en la pequeña actividad mercantil no solía haber separación entre el lugar de residencia y el negocio. La propia tipología constructiva de las edificaciones isleñas desde los inicios de la colonización lo demuestra.

La arquitectura canaria del siglo XVIII confirma el arraigo de las llamadas construcciones comerciales que fueron financiadas por los hombres de negocio de Santa Cruz, extranjeros o isleños³⁸.

La proliferación de espacios de venta al público en la ciudad de Santa Cruz debió ser algo llamativo, el plano de la ciudad da cuenta de la ubicación del comercio con los nombres que se dieron a las calles. La calle de la Caleta era de las de más tráfico por ser el paso obligado por el que transitaban las mercancías que iban a La Laguna. En paralelo a ésta, y a corta distancia, se hallaban las dos calles dedicadas al comercio, la de las Lonjas, hoy de la Candelaria, y la de las Tiendas, hoy de Cruz Verde. Así mismo, en el entorno de la actual Plaza de la Candelaria, anteriormente Plaza Real, del Castillo Grande o de la Pila, se localizaron los primeros almacenes

Antiguo Régimen, en Gloria FRANCO RUBIO (Ed.), *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España Moderna*. Almudayna, Madrid, 2012, pp. 273 - 298.

³² La “Compañía Russell e Hijos” de la que figura como titular Dña. Elena Prendergast la hereda su nuera Dña. Margarita Urte y Rusell. Son dos de las tres mujeres que figuran al frente de Compañías comerciales en el periodo consultado. AHP SCT, P. N. 560, sin foliar (s/f.) 06/04/1772. Testamento de D^a Elena Prendergast.

³³ [...] Antonia Manrique de Lara, vecina de Santa Cruz, mujer lexitima de Antonio Marrero de León [...] digo que al tiempo de hacer su viaje el dicho mi marido me dejó encargado que solicitara una casa en esta referida ciudad (Santa Cruz) cómoda y en buen paraje para el ejercicio de tienda de mercería [...]. AHP SCT, P. N. 1592, fols. 539 r.-541 r., 1752.

³⁴ Referencias a los tejidos: estupilla, olandilla de sangaleta, arralladillo, cotin, balleta, tocas y sedas. AHP SCT, P.N. 551, fols. 331.-332r, 1760.

³⁵ Azafrán, clavo, pimienta, cominos, matalauva, engrudo, incienso, alcaparras, añil, almidón, alcanfor, etc. AHP SCT, P.N. 551, fols. 331v.-332r, 1760.

³⁶ Papel, libros de doctrina y cartillas, rosarios, cruces, cascabeles, dedales, broches, espejitos, espejuelos, cucharas, navajas de barbiar, tijeras, cuchillo, agujas, escarmenadores, peines de palo, alfileres, hebillas (acero y peltre), botones, formillas, tinteros, barajas, cuerdas de biguela, anillos, alambre, anzuelos, etc. AHP SCT, P. N. 551, fols. 314r-335r, 1760.

³⁷ Rosa María DÁVILA CORONA, *Transformaciones y permanencias* [...], op. cit. p. 358.

³⁸ Fernando G. MARTÍN RODRÍGUEZ, *Arquitectura doméstica canaria*, Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife, 1978, p. 34.

de la ciudad y posteriormente en el siglo XVIII se dedicaron a oficinas y despachos, con la residencia de los interesados en la parte alta. Aunque las casas que bordeaban la plaza fueron pasto de dos incendios devastadores que asolaron la ciudad en 1727 y 1784, las edificaciones volvieron a levantarse rápidamente por ser el centro de negocios más importante de la isla a fines del siglo XVIII³⁹.

La última categoría dentro del comercio es la venta ambulante, documentada en toda Europa como medio adecuado de suministrar todo tipo de objetos a las comunidades rurales más alejadas de los núcleos urbanos. Los vendedores itinerantes del siglo XVII en Inglaterra llevaban libritos, cintas, tabaco barato, telas para confeccionar sábanas, camisas, ropa interior⁴⁰.

Si el comercio al por menor ha estado desde tiempos medievales regentado por mujeres⁴¹, la venta ambulante se convertirá en una actividad “apropiada” para la mano de obra femenina. Inicialmente vinculada a la comercialización de lo que ellas mismas elaboraban: embutidos, quesos, mermeladas o dulces, era considerado una extensión de las tareas domésticas, la venta del excedente de productos de consumo habitual constituía una aportación en rentas a la siempre maltrecha economía familiar⁴², en ocasiones, se trataba de un empleo temporal que cubría la demanda estacional de productos de consumo. Así lo reflejaba Sabino Berthelot “[...] (De camino a La Laguna) las campesinas bajan con sus cestas rebosantes de frutas: nueces, manzanas y castañas [...] Proseguimos nuestra marcha. Vemos pasar a la panaderas de La Laguna, a las lecheras de los Valles, a las carboneras de la Esperanza [...]”⁴³.

Muchas mujeres se animaban a participar en el negocio porque no requería una inversión previa de capital, la falta de establecimiento fijo libraba a las vendedoras de tener que pagar la licencia a las autoridades municipales, así mismo no requería de fiador y el deambular de casa en casa ofreciendo sus productos les permitía eludir fácilmente el control de las autoridades.

No siempre se limitaron a la distribución de alimentos, sus canastos solían completarse con tejidos y otras mercaderías. En el testamento de una mujer otorgado en 1803 afirmaba que se sostenía, y con ella su hija y sus nietos, gracias a la venta al menudeo. Las dos mujeres “iban de lugar en lugar a vender ropa con que cobré algunos realitos y compré dos casas”⁴⁴.

También Elizabeth Murray en sus *Recuerdos de Gran Canaria y Tenerife* cuenta el espectáculo que ofrecían cuando ofertaban sus mercancías,

“[...] los vendedores ambulantes de ropas femeninas que exponen de una forma muy tentadora sus variados artículos. Luego, vienen también los comerciantes de plata vieja y los joyeros ambulantes, con un gran surtido de oro y piedras preciosas. [...] más tarde aparece la mujer que trae mercancías procedentes de Manchester [...]”⁴⁵.

El origen de los productos que se venden no siempre coincide con la denominación dada por la vendedora. Son genéricamente procedentes de Manchester cuberterías llegadas de Francia, peines que dicen ser franceses y tienen grabados la frase “English comb”, perfumes ingleses preparados en Francia y un largo ectétera. No importa el lugar exacto en el que fuera hecho, lo

³⁹ Alejandro CIORANESCU, *Historia de Santa Cruz* [...], T. I, op. cit. pp. 135-137.

⁴⁰ Raffaella SARTI, *Vida en Familia. Casa, comida y vestido en la Europa Moderna*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 247.

⁴¹ Francisco RAMIRO MOYA, *Mujeres y trabajo en la Zaragoza del siglo XVIII*, Zaragoza, Prensas Universitarias, 2012, pp. 211-245; Margarita ORTEGA LÓPEZ, “Las trabajadoras madrileñas del pueblo llano durante el siglo XVIII”, en *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, vol. 13, nº 2, 2006, pp.313-334.

⁴² Margarita ORTEGA LÓPEZ, “Las trabajadoras madrileñas [...] op. cit. p. 326.

⁴³ Sabino BERTHELOT, *Primera estancia en Tenerife (1820-1830)*, Tenerife, Instituto de Estudios Canarios, 1980, p. 34.

⁴⁴ Manuel HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, “Las ventas, los oficios y el comercio al por menor en La Orotava en el siglo XIX”, en *El Pajar. Cuaderno de etnografía canaria*, nº 20, 2005, p. 70.

⁴⁵ Elizabeth MURRAY, *Recuerdos de Gran Canaria y Tenerife*, Introducción, traducción y notas de José Luis GARCÍA PÉREZ, Santa Cruz de Tenerife, Editorial Pedro Duque, 1988, p. 24.

destacado es que entran en la categoría “de fuera” que crea en el auditorio asistente a la exposición del muestrario un gran interés⁴⁶.

Las vendedoras ambulantes constituyeron el sector más vulnerable del comercio urbano. Por una parte sus beneficios fueron inferiores a los obtenidos en las tiendas estables y, por otra parte, el trabajo solía exigir mayores sacrificios⁴⁷. También fueron el blanco de críticas venidas de todos los sectores, las autoridades desconfiaban del cumplimiento de las normas establecidas y el comercio regulado las veía como serias competidoras para dar salida a sus productos.

Fruto de esta desconfianza generalizada son las reiteradas leyes promulgadas a lo largo de la edad moderna que culminan con las Reales Cédulas de 1781 y 1783 que pretendían acabar con este sector de la economía⁴⁸.

La Real Cédula de 1783, inspirada en las ideas ilustradas, trata de erradicar la “vagancia” instalada en los pueblos de la monarquía; asimilan la venta ambulante con el desorden y, sobre todo, con las pérdidas económicas que ocasiona a la Real Hacienda la falta de control sobre estas actividades comerciales⁴⁹ desempeñadas, afirma la cédula, por extranjeros (malteses, genoveses, piamonteses, etc.). La aplicación de la citada ley genera en las islas un animado debate en la sociedad ilustrada a través de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife a instancias del escrito presentado por un grupo de mujeres⁵⁰, vecinas de La Laguna, que dicen ser vendedoras ambulantes en la citada ciudad y estar dedicadas al abastecimiento de lienzos⁵¹.

El debate de los miembros de la Real Sociedad Económica gira en torno a los beneficios y perjuicios que acarrea el comercio ambulante, sin olvidar la obligación o no de todos los súbditos de acatar sin disidencia las leyes dictadas por el monarca.

Los argumentos esgrimidos abundan en el beneficio que supone para la economía canaria la venta de género local a través de las vendedoras. El escaso desarrollo de la industria textil insular⁵² se vería afectado si desaparecieran, son ellas las encargadas de mover de un lugar a otro las producciones isleñas localizadas en los pueblos del norte, ante la inexistencia de medios para

⁴⁶ *Ibidem*, p.27. “[...] la mayoría de la gente está absorbida por el contenido del cesto de la vendedora, que, lo mismo que la cornucopia de algún experto prestidigitador, parece poseer una gran variedad de artículos tentadores, que hace que los viejos, los jóvenes, los ricos y los pobres se sientan irresistiblemente atraídos”.

⁴⁷ Francisco RAMIRO MOYA, *Mujeres y trabajo en [...]* op. cit. p. 237.

⁴⁸ Novísima Recopilación de las Leyes de España, Leyes XII y XIII T. IV, Libro IX, Título V, p. 257-258.

⁴⁹ “[...] así mismo he advertido el grave perjuicio que ocasiona a mi Real Hacienda, y al fomento y progreso del Comercio los Malteses, Piamonteses, Genoveses y otros viandantes Buhoneros, Estrangeros y naturales de estos Reynos que andan por las calles, huertas y campos vendiendo varios géneros de Lencería, Lana, Estambre, texidos de Algodón y Seda, y demás ultramarinos, y del País, llevándolos a las casas sin domiciliarse, ni establecerse; pues además de no arraigarse en estos Reynos, extraen de ellos sus ganancias, y no pagan mis reales contribuciones, de modo que vienen a ser más privilegiados que los naturales y domiciliados en el Reyno contra toda buena razón política. [...] Y finalmente os mando no permitáis, ni consintáis que los Malteses, Genoveses y demás buhoneros estrangeros, ni naturales vendan por las calles, casas, huertas y campos géneros algunos, sino que lo hagan precisamente en tiendas y casas de comercio, avecindándose, y eligiendo, desde luego domicilio fixo [...]”. AMLL, Sección Iª, R-XXVIII, documento nº 10, fol. 75.

⁵⁰ Ana Rosa PÉREZ ÁLVAREZ, “Vendedoras o vendedoras de cesto. Las vendedoras ambulantes de Tenerife en los textos de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife (1783) I y II”, en *El Día. Suplemento La Prensa*, 9 y 16 abril 2005.

⁵¹ *Ibidem*, p. 2, “[...] que hallándonos empleadas y destinadas de mucho tiempo a esta parte en el ejercicio de vender por las calles los efectos de lienzos blancos, y otros precisos para el abasto de vestirse, cuia ocupacion tenemos por propio oficio en que nos hallamos acreditadas, y por lo mismo dan al fiado algunos de dichos efectos y otros a dinero de contado los Dueños de los almagrenes de dicha Ysla de thenerife [...]”.

⁵² Juan R. NÚÑEZ PESTANO, Carmen L. HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, José Á. GARCÍA MARTÍN, *Las Manufacturas textiles en Tenerife. Algunas consideraciones acerca de la decadencia de la industria popular y la crisis del Antiguo Régimen*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1984.

la distribución de sus manufacturas⁵³. En aras del adelanto de la industria de las islas los ilustrados canarios abogan por permitir la venta ambulante.

Es evidente que los debates y las leyes no acabaron con el comercio ambulante en las islas, nuevamente los viajeros de la segunda mitad del siglo XIX dan cuenta de ello, dice Verneau de las vendedoras callejeras “[...] hacían sus viajes a pie, descalzas y llevaban sus cestas en la cabeza, apoyadas en una almohadilla llamada <<rodilla>>, hecha de retales o plantas, y sin ayuda de las manos. El calzado era tan valorado que iban descalzas y se los ponían al llegar al destino [...]”⁵⁴.

LAS MERCANCÍAS

La importancia del comercio canario en los mercados europeos y la presencia constante de extranjeros afincados en el territorio insular, que adaptaron el mobiliario de sus casas y la indumentaria que lucían a las modas y costumbres de sus lugares de origen, facilitó que desde fechas muy tempranas los habitantes de las islas estuvieran en contacto con un modo de vida, y unas formas de vestir y adornar las casas, que pronto quisieron imitar como símbolo de distinción social.

Las transformaciones en los métodos de comercialización, distribución y promoción de los productos textiles al por menor, a través de las tiendas estables⁵⁵, puso al alcance de las élites sociales, que contaban con el poder adquisitivo necesario, tejidos de importación para confeccionar prendas de vestir a la moda inglesa y francesa. Posteriormente, el afán imitador de otros grupos sociales generalizó el consumo de productos extranjeros.

En el siglo XVII existía una cierta especialización en la procedencia de los tejidos más finos de Flandes y Amsterdam⁵⁶, Francia, Inglaterra o Alemania⁵⁷.

La colonia de flamencos durante el siglo XVIII continúa aprovisionando el mercado de tejidos, sombreros, zapatos, muebles, campanas, cofres y objetos de arte, joyas, armas, instrumentos musicales, artículos de ferretería: clavos, agujas, etc. en definitiva, todo tipo de efectos susceptibles de ser vendidos en las islas completando el flete del tornaviaje⁵⁸. Los objetos de lujo también proceden de otros lugares como Hamburgo que enviaba telas y lino; Francia cuyas exportaciones principales consistían en lino fino, ropas, sombreros, calcetines y pañuelos

⁵³ “[...] la mujer del campo viene al pueblo con su lienzo casero, tocas, calcetas, medias de lana, cordoncillo, etc. quiere volverse en el día a su casa, de donde la llaman sus labores, y el cuidado de su familia, para lo que ha de llevar empleado en lo que necesita, el importe de su tosca industria. No le es posible poner una tienda, ni esperar: busca quien le compre tocando en una puerta y otra puerta. Viene el paisano de Canarias con una corta porción de mantas, lienzo, sombreros, tejidos de lana, escobas, etc. Se ha de dar prisa; porque su casa, sus necesidades, o el barco instan [...] si esto se prohíbe se corta el principal ramo de nuestra Yndustria [...]”, Archivo de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife (ARSEAPTFE), Súplicas, Libro, nº 26, fol. 303-311.

⁵⁴ René VERNEAU, *Cinco años de estancia en las islas Canarias, La Orotava*, J.A.D.L., 1982, p. 9.

⁵⁵ Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, *Entre paños y [...]*, op. cit. p. 126.

⁵⁶ Elisa TORRES SANTANA, *El comercio de las Canarias [...]*, op. cit., p. 199. “Bramantes, pasamanos, holandesas finas y bastas, las sedas labradas y los terciopelos”; Germán SANTANA PÉREZ, *El comercio exterior de las Canarias Orientales durante el reinado de Felipe IV*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2002, p. 93 y 102. “Lencerías, ropas de lana, crea cruda, sombreros, lana, lino, lienzo, misales, breviarios, estampas, de Italia proceden las medias de seda, terciopelos, tafetanes o damascos”.

⁵⁷ Elisa TORRES SANTANA, *El comercio de las Canarias [...]*, op. cit., p. 199. “[...] de Francia llegaban los ruanes y lienzos de diversas texturas y colores; de los puertos ingleses lienzos, lencería de Alemania, paños, sargas, bayetas frisas y frisetas”.

⁵⁸ Miguel Á. GÓMEZ GÓMEZ, *Endogamia, comercio y poder. Consideraciones en torno a la presencia flamenca en Tenerife (1600-1750)*, T. II, en Manuel DE PAZ SÁNCHEZ, (Dir.), *Flandes y Canarias. Nuestros orígenes nórdicos*, T. I, Santa Cruz de Tenerife, Taller de Historia, 2005, p. 35.

de seda; de Génova ropas de terciopelo; de Gran Bretaña lana, sombreros, medias o lino en bruto⁵⁹.

Los despachos de comerciantes enclavados en los principales fondeaderos de Tenerife, como el Puerto de Santa Cruz, reciben las mercancías que venderán en sus tiendas y distribuirán al comercio al por menor tanto en Tenerife como en Gran Canaria. Los productos consignados genéricamente como “mercerías” serán transportados en cajas, cajetas o cofres por diversos valores entre los 1.200 reales que recibe el despacho de D. José Martinón a los 7.461 reales percibidos por D. Francisco Dugi en 1779⁶⁰.

Abundan en los recuentos consultados artículos de escritorio⁶¹, decoración doméstica⁶², accesorios en general⁶³, artículos para la confección o adorno textil⁶⁴, aderezos personales⁶⁵, etc.

La agilidad del comercio tinerfeño en la segunda mitad del siglo XVIII permitía afrontar la demanda prácticamente de todo el Archipiélago. La correspondencia de los comerciantes con sus representantes en la isla vecina ofrece datos de los productos más requeridos en Gran Canaria, el pedido realizado por Cipriano de Avilés a la “Compañía D. Juan Cólogan e Hijos” en 1777 hace hincapié en los siguientes géneros “[...] adbierto que de los camelotes anchos no manden vms. mas que algunas piezas azul, y encarnado, y tal cual pieza pardo para alguna capa por ser generos que ya poco se estilan por aca [...]”, en cambio si solicita “[...] botones llanos amarillos, y plateados finos para uniformes, y de los chiquitos para calzones, y si fueren con la formilla de hueso serán mejor que de palo, por que hasta en esto ai modas”⁶⁶.

La familia Cólogan se había especializado en la importación de productos textiles, en el inventario de bienes realizado en 1749 figuran en el 61,3% de las mercancías existentes en sus almacenes, dato que va en aumento, y en 1771 pasaron a representar el 86,6% del total almacenado. El destino de estas mercancías era la venta a los vecinos de las islas, bien directamente o por medio de otros comerciantes⁶⁷.

El monopolio ejercido por las compañías importadoras establecidas tiempo atrás se ve truncado con la llegada de los malteses a las islas a mediados del siglo XVIII. Fue una colonia que creció a gran velocidad al haber implantado un sistema de comercio desde Malta hasta Canarias, que pasaba por todo el Mediterráneo⁶⁸. Se centraron en las ventas al por menor, jugando ellos

⁵⁹ Nicolás GONZÁLEZ LEMUS, “Domiciliados, transeúntes y comerciantes en Canarias durante la crisis del Antiguo Régimen y la independencia de las Repúblicas iberoamericanas” en *XIX Coloquio de Historia Canario Americana*, 2010, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2012, pp. 1779-1803.

⁶⁰ AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-12, caja 3, 1779, fols. 6v-8r.

⁶¹ “900 plumas de escribir, una docena de compases de metal, 16 docenas de tinteros”. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-12, caja 3, 1779, fols. 6v-8r.

⁶² “[...] seis docenas de espejos dorados, una docena de veloncitos de vidrio [...]”. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-12, caja 3, 1779, fols. 6v-8r.

⁶³ En el despacho de D. José Martinón: “doce cajetas de cerdas para zapatos, seis mazos de peines de hueso, dos docenas de abanicos de caña, dos gruesas de alfileres de coco, dos gruesas de escarmenadores de madera al aire”. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-12, caja 3, 1779, fol. 6v.

⁶⁴ En el despacho de D. Francisco Dugi: “[...] 143 docenas de hebillas ordinarias de metal, 55 gruesas de botones de madera de aire, 6 gruesas de tijeras ordinarias, 7 gruesas de botones amarillos ordinarios, 4 pares de hebillas de piedra para mujer, 7 piezas de cinta de Francia angosta, 28 dragonas charreteras de plata y oro para oficiales [...]”. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-12, caja 3, 1779, fol. 8r.

⁶⁵ En el despacho de Dugi: “[...] una docena de cruces de cristal, 25 anillos ordinarios [...]”. En el despacho de D. Anastasio de Grandy: “[...] 27 mazos de abalorios de colores [...]”. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-12, caja 3, 1779, fols. 7r-8r.

⁶⁶ AHP SCT, Fondo Zárate-Cólogan, Sección 7ª: Correspondencia, 08/01/1777.

⁶⁷ Agustín GUIMERÁ RAVINA, *Burguesía extranjera y [...]* op. cit., p. 309.

⁶⁸ El 29 de mayo de 1770 pasa por la Real Aduana de Santa Cruz la carga del bergantín inglés “Nely” procedente de Génova que había hecho escala en Marsella y Canarias, con mercancías dirigidas al despacho de “Mateo Tabony y Compañía Malteses”. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 20r -23v.

mismos el papel de importadores y vendedores⁶⁹. Para algunos autores la aparición del comercio especializado en Santa Cruz en las llamadas tiendas de menudencias se produjo por la presencia de estos comerciantes, que ofrecían objetos de lujo o modas en torno a 1730-1750⁷⁰.

El asentamiento de los malteses en Santa Cruz es notorio en las últimas décadas del siglo XVIII, los protocolos notariales muestran una comunidad activa tanto en Tenerife⁷¹ como en Gran Canaria y La Palma⁷². Formando compañías o atendiendo directamente sus tiendas se localizan entre los años de 1770 y 1779 hasta treinta y cinco comerciantes oriundos de Malta traficando en la ciudad portuaria.

A través de las mercancías que recibían en sus despachos podemos deducir que en la década de los setenta del siglo XVIII se habían convertido en los principales proveedores del comercio al por menor de las islas.

El registro de la Real Aduana de Santa Cruz consigna mercancías de diversa naturaleza, como por ejemplo los alimentos⁷³, siendo en su mayor parte especias y artículos difíciles de conseguir en las islas. Pero el grueso de la carga lo constituyen las telas⁷⁴, el adjetivo más usado para calificar los diversos tipos de tejidos es ordinario o común, lo que indica la baja calidad del producto. Los envíos se completan con elementos accesorios para vestir o para confeccionar vestimenta⁷⁵, adornos⁷⁶, zapatos⁷⁷, complementos de arreglo personal⁷⁸ como peines y jabón de afeitar. Es de destacar, por ejemplo, que las importaciones de los peines atienden a demandas de diversas calidades, siendo los de marfil los importados en menor cantidad frente a los de madera de aire que son los más numerosos.

A estos se añade una gran variedad de artículos de usos diversos: enseres útiles para la vivienda⁷⁹, libros, juguetes, instrumentos musicales, barajas, pipas de fumar⁸⁰ y adornos personales⁸¹.

⁶⁹ Alexis BRITO GONZÁLEZ, “La colonia maltesa [...], op. cit. pp. 229-240

⁷⁰ Alejandro CIORANESCU, *Historia de Santa Cruz* [...], op. cit., p. 19.

⁷¹ Se han consultado los protocolos notariales de Santa Cruz entre 1770 y 1779 conservados en el AHP SCT, y en el rastreo se localizaron algunas cartas de connaturalización fechadas entre 1771 y 1775 AHP SCT, P.N. 1607, 1608, 1609.

⁷² Alexis BRITO GONZÁLEZ, “Matricula de extranjeros [...] op. cit., p.241.

⁷³ El Despacho de “Nicolás Calazón y Compañía Malteses” traía procedente de Génova: arroz, fideos, cominos, clavo de comer, salchichón, quesos; mientras que “Mateo Tabony y Compañía Malteses” recibía además canela, dátiles, avellanas, frascos de aceitunas, alcarras, anchoas, etc. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

⁷⁴ El apartado de los tejidos presenta una enorme variedad: lienzo de diversas calidades, estopillas, seda fina, tafetán, badana, anascote, brocatel, gamucilla, pelillo. De todas ellas destaca por la cantidad recibida el tafetán (1086 varas), griseta (637 varas), pelillo (1204 varas), lienzo romano (1012 varas) o la persiana común (720 varas). AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

⁷⁵ Abundan los sombreros bastos, ordinarios, de paja para hombres y muchachos; gorros de hilo basto; medias de lana, de hilo ordinario, de capullo y de seda, para cubrir la demanda de mujeres, hombres y niños; pañuelos comunes bastos de hilo, de hilo algo mejores que los comunes, y de seda para la nariz. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

⁷⁶ En la categoría de los adornos entran los quitasoles (96 unidades), cintas de diversos materiales, seda angosta, seda, terciopelo. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

⁷⁷ También de diferentes calidades 112 pares bordados de oro y plata, 231 pares llanos de mujer, 48 pares llanos para niños de pecho y 8 docenas de cortes de zapato de badanilla. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

⁷⁸ Peines de diversos materiales: marfil (14 docenas), de palo (20 gruesas), de hueso (50 docenas), de madera de aire (120 docenas) y escarmenadores de madera de aire (40 docenas). Jaboncillos para la barba (40 docenas). AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

⁷⁹ Las láminas de santos de diversos tamaños (446) y de países (108) eran habituales en la decoración de todos los hogares isleños, a éstas se añaden láminas con vidrios y en menor cantidad reciben espejos (38). También 3 docenas de figurillas de barro algo averiadas. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

El éxito de este comercio reside en la posibilidad de ofrecer productos de primera necesidad a precios más competitivos que los de otros comerciantes importadores. La explicación a este hecho radica en primer lugar, en la propia naturaleza del comercio que desarrollan, han eliminado los pasos intermedios, son ellos cargadores e importadores, es posible rebajar los costes al mantener en sus manos todo el proceso desde la adquisición de los productos hasta su distribución en las islas⁸².

En segundo lugar, por la calidad de los géneros, casi todas las mercancías están confeccionadas con materias primas ordinarias, bastas, es decir, son de mala calidad. Estas prácticas comerciales fueron denunciadas por el Personero D. Antonio Vizcaíno Quesada a través de una representación que eleva al Cabildo de Tenerife en 1769⁸³.

No solo los bajos precios de los productos favoreció el éxito de las mercancías maltesas, también la forma de pago “[...] no tomar dinero de pronto, sino al fiado, hallan compradores que queriendo fomentar el lujo y la profanidad se cargan de drogas y deudas que después paran en litigios y recrecidos costos”⁸⁴. La venta a crédito se convirtió en un comportamiento habitual del comercio al por menor que ha quedado reflejado en las deudas consignadas por los comerciantes en sus últimas voluntades.

La dura competencia de los malteses en las transacciones locales afecta también al aprovisionamiento de otras islas. Nuevamente el despacho de los Cologan es reemplazado en el abastecimiento de las tiendas de Las Palmas “[...] de los paños asules [...] del superfino mui poco, y grana ninguna; porque los Malteses an traído para uniformes de todo esto, y tendrán poca salida”⁸⁵.

Con estas facilidades es lógico que el consumo de productos de importación se disparara en las islas y con ello la proliferación de los lugares de venta.

Algunas voces se alzaron para criticar los malos hábitos que estaba adquiriendo la población de las islas como consecuencia de la amplia oferta que tenían a su alcance tanto en las tiendas como de la venta ambulante. Las quejas procedentes de los miembros de la Real Sociedad Económica se dirigen al supuesto proceder de las vendedoras itinerantes

“[...] ellas (las vendedoras) contribuyen en algun modo al fomento del lujo, y de la superfluidad, por que presentando cosas de mero gusto, y adorno, obligan con el atractivo de estas bujerías, à que se compren las que no se irían a buscar a una Tienda, por que no las precisan, sino la ocasion de berlas es la que mueve a comprarlas; y a veces lo que se gasta en esto haría falta para cosas de necesidad”⁸⁶.

La llamada a la vida austera que promueven los ilustrados canarios, aunque raramente la practicaban ellos mismos, les lleva a rechazar la distribución de los productos importados porque fomentaba el consumo, sobre todo entre las mujeres que se veían tentadas por los ofrecimientos

⁸⁰ 12 misales y 1 biblia, 2 barrilitos con juguetes de niños, varios juguetes de palo para niños, 2 violines, 140 gruesas de barajas, 2 docenas de boquines de barro con sus cañas para chupar, y 2 docenas de cachimbas de barro para chupar. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

⁸¹ 4500 medallitas de metal y 320 docenas de rosarios de palo. AHP SCT, *Delegación Provincial de Hacienda*, H-2-11, caja 3, 1770, fols. 5v-8r y 20r-23v.

⁸² Alexis BRITO GONZÁLEZ, “La colonia maltesa [...] op. cit. p. 235.

⁸³ “Su tráfico principal se reduce a los géneros de seda, que sobre faltarles aquel ancho y condiciones que prescriben las leyes de estos reynos, son en si tan endeble y de poca duración y quando ese notable perjuicio debiera retraer a nuestros naturales de tomar para su uso unos géneros tan poco estimables, los prefieren a los que se traen del reyno, no más sino porque engañados con la barateza superficial con que los venden, no consideran que pagan mucho mayor precio en lo que pierden por la falta de ancho y por su ligera fábrica [...]. Representación del Personero General de Tenerife sobre los males que provoca el comercio practicado por los malteses (23-1-1769). AMLL, Leg. E-XX, doc. 29. Citado en Juan R. NÚÑEZ PESTANO, *La Nivaria triunfante* [...], op. cit. p. 50.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 50.

⁸⁵ AHP SCT, Fondo Zárate-Cologan, Sección 7ª: Correspondencia, 08/01/1777

⁸⁶ ARSEAP TFE, Libro 26: Súplicas, fol. 316r.

de las vendederas. Pero, como señala Cioranescu, los habitantes de las ciudades en la segunda mitad del siglo XVIII ya se habían contagiado de las modas europeas, a pesar de la insistencia de alguna autoridad civil o religiosa que recordaba a través de las leyes o sermones lanzados desde el púlpito sobre aquellas mujeres que “olvidan la santa simplicidad de la tradición y sacrifican a las mantillas de blonda”⁸⁷.

La indumentaria femenina fue uno de los elementos de distinción social más acusados en la centuria ilustrada. La extensión de las modas y tejidos importados contribuyeron de manera decisiva al distanciamiento social a través de la apariencia. No solo los materiales empleados distinguían a sus portadoras, la tradicional mantilla que lucían tanto las damas como las campesinas, tiende a ser sustituida, entre las primeras, por la mantilla de encaje o seda fina, introduciendo además los colores claros⁸⁸.

Las actividades mercantiles constituyeron en el Antiguo Régimen uno de los negocios más prósperos del ámbito insular, el ascenso social de numerosas familias de comerciantes demuestran esta afirmación, los beneficios del comercio también alcanzaron a las tiendas al por menor, estas fueron no solo el mantenimiento de numerosas familias isleñas, sino que también propiciaron el enriquecimiento de algunos que iniciaron su labor con una modesta tienda en Santa Cruz o en La Laguna, “[...] con una tienda de lanas y lienzos adquirió caudal [...]”⁸⁹. Incluso llegaron a convertirse en miembros notables de la sociedad lagunera como reflejaba, no sin cierto fastidio, José de Anchieta en su diario “[...] que de vendederos e hijos de taberneros los veo capitanes y puños de oro en los bastones y pardos de linaje, que en mis días a unos y a otros hacer informaciones de nobles, siendo hijos de oficiales y nietos de gente muy de bajo linaje [...] sino de verles la vanidad que tienen [...]”⁹⁰.

Similares circunstancias relata Cioranescu de una vecina del comercio de Santa Cruz, que con los beneficios que ha obtenido de su venta ha conseguido cargos y oficios para su esposo⁹¹.

Es por ello que el comercio al por menor en las ciudades isleñas no dejó de aumentar a lo largo del siglo XVIII y sobretodo en el XIX, a través de los recuentos de población realizados en 1803 y 1818 se observa la extensión de la ciudad de Santa Cruz y con ella el aumento del comercio, pasando de los 158 contabilizados en los inicios de siglo XIX a los 287 en los albores de los años veinte. El emplazamiento del comercio santacrucero sigue concentrándose en las calles y plazas del núcleo urbano originario, donde residían las clases medias y altas, y las profesiones liberales, es la zona en la que se desarrolla el mercado diario, como ocurre en otras ciudades peninsulares⁹².

Las tiendas crecían al calor de la demanda, cada vez mayor, de una población en aumento, ávida de consumir las nuevas ofertas que el sector comercial proporcionaba.

⁸⁷ Alejandro CIORANESCU, *Historia de Santa Cruz* [...], T. II, op. cit. p. 322

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 322-323.

⁸⁹ AHPST, José de Anchieta, Cuaderno de citas J L, fol. 21v. (Transcripciones cedidas por D. Daniel García Pulido).

⁹⁰ AHPST, José de Anchieta, Cuaderno de citas M N O, fols 149r-150v.

⁹¹ Alejandro CIORANESCU, *Historia de Santa Cruz* [...], T. II, op. cit. p. 309. “[...] Ana Martín de Castillejo despacha víveres en su tienda de Santa Cruz, lo cual no impide a su marido, Miguel de Rivas, el llegar a capitán, regidor, veedor y contador de la gente de guerra y ser una de las personas distinguidas del lugar, gracias sin duda al dinero de la tienda”.

⁹² Rosa María DÁVILA CORONA, *Transformaciones y permanencias* [...], op. cit. p. 357.

TRABAJO Y CURSO DE VIDA. LOS ARTESANOS DE ALBACETE

(1636-1792)¹

Carmen Hernández López

Universidad de Castilla La Mancha

LA SALIDA DEL HOGAR PATERNO Y LA ENTRADA EN LOS TALLERES ARTESANALES O EN LAS CASAS DE SERVICIO (EN EL CASO DE LAS SIRVIENTAS DOMÉSTICAS)

El enfoque basado en el curso de vida introduce una nueva dimensión en el estudio e interpretación de la familia, como decía Tamara Hareven, ha pasado de ser un simple examen de las etapas del ciclo familiar a constituirse en un análisis de la evolución cronológica de las transiciones familiares e individuales, todo ello en relación con el tiempo histórico².

Y el primer paso en esa evolución cronológica de las transiciones familiares e individuales, es, sin lugar a dudas, la salida de los hijos del hogar paterno y su entrada en los hogares artesanos. Muchos de ellos eran niños de corta edad, que en el caso de las niñas, implicaba el paso al trabajo laboral remunerado.

En la villa de Albacete a finales del siglo XVII y principios del XVIII, los contratos de aprendizaje localizados en las notarías de la villa de Albacete ascendían a 90, de los que el 37,7% eran para aprender el oficio de alpargatero y cordelero; casi un 15% aspiraban a zapateros y cerca del 10% para cuchilleros y espaderos. Son los tres gremios que aglutinaban al 63% de los aprendices en Albacete.

En cuanto a las “cartas de soldada”, todas corresponden a mujeres y ascienden a un total de 84 contratos. Estas muchachas firmaban el contrato de soldada y en él, a diferencia de lo comentado en los aprendices, se estipulaba el precio de su trabajo. Hemos revisado las escrituras notariales de once escribanos, en total 68 legajos (siglos XVII y XVIII) y el escaso número de contratos hallados, nos indica claramente que estos contratos eran casi excepcionales, siendo el acuerdo verbal el que predominaba. J.P. Gutton³, para el caso francés así lo señalaba, a veces, dice, bastaba una simple mención en el libro donde se registraba el salario del criado para considerarlo ya contratado. En Galicia, Isidro Dubert⁴ indica igualmente el carácter verbal de las contrataciones, que se renovaban de manera automática cada año. También similares circunstancias comenta F. J. Lorenzo Pinar⁵ para el caso de los criados salmantinos, donde los asientos de las mozas de servicio se concretaban tras un periodo previo de trabajo, regulado simplemente por un acuerdo verbal entre las partes.

¹ El presente trabajo forma parte de los proyectos de investigación de referencia HAR2010-21325-C05-03 y HAR2013-48901-C6-6-R concedidos por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² Tamara HAREVEN, “Historia de la familia y la complejidad del cambio social”, *Boletín de la Asociación de demografía histórica*, XIII, I, 1995, p. 115.

³ J.P. GUTTON, *Domestiques et serviteurs dans la France de l'Ancien Régime*, París, Aubier Montaigne, 1981, p. 69.

⁴ Isidro DUBERT, “Criados, estructura económica y social y mercado de trabajo en Galicia rural a finales del Antiguo Régimen”, *Historia Agraria. Revista de Agricultura e Historia Rural*, 35, 2005, p. 10.

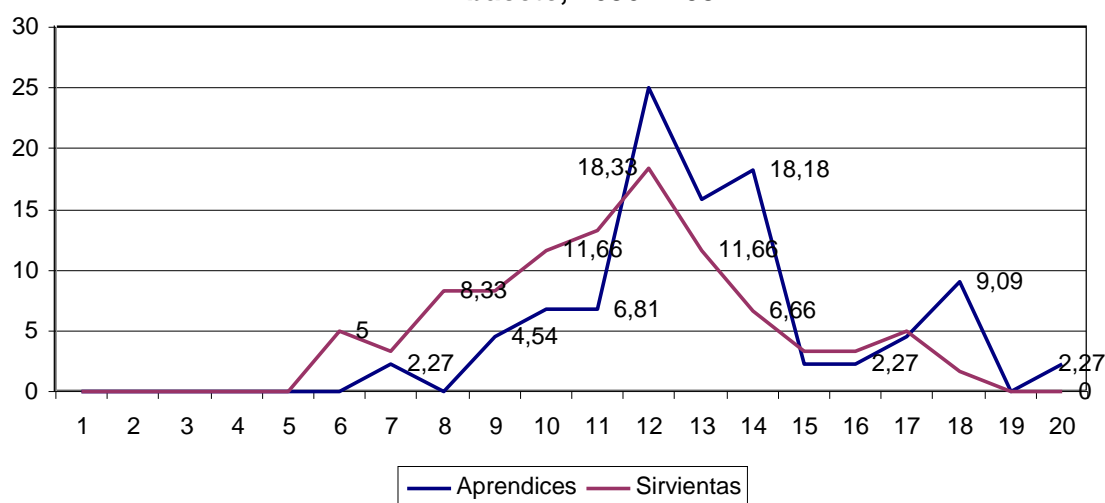
⁵ F.J. LORENZO PINAR, “Los criados salmantinos durante el siglo XVII (1601- 1650): las condiciones laborales”, en *Obradoiro de Historia Moderna*, nº 18, 2009, pp. 233-262.

La edad de inicio para el 25% de los aprendices (Gráfico 1) era de doce años, si bien desde los 7 años se están firmando contratos de aprendizaje en Albacete. Cerca del 7% tenían entre siete y diez años, y el 33 por ciento no superaba la edad de quince años. No obstante, solamente en la mitad de los contratos analizados, se reflejaba la edad del joven aprendiz, por lo que estos datos pueden ser aproximativos. Para las sirvientas domésticas se observan algunas diferencias, como es la edad de entrada en el servicio, mucho más precoz. Un 26% no superaban los diez años y el 38% tenían entre los once y quince años. A partir de esta edad disminuye el número de contratos de soldada, y es que pasados los 20 años quedaban pocas mujeres fuera del matrimonio, aspecto que determinaba la salida de la casa y del servicio laboral doméstico.

Pensemos por un momento en la vida de estos jóvenes que lejos de su hogar, se verán integrados en un mundo adulto, en un hogar desconocido y en un sistema manufacturero que, en muchas ocasiones, les someterá a una severa disciplina. Tras la firma del contrato el joven pasaba de una etapa infantil a una etapa de vida adulta, en la que debía asumir largas jornadas laborales, de trabajo continuo, impuesto por todas aquellas personas que sobre él ejercían alguna autoridad; desde el maestro, a oficiales, pasando por la mujer del maestro e incluso los sirvientes que hubiera en la casa. Todo ello para poder aprender un oficio y hacer una carrera profesional, que había sido igualmente impuesta por sus padres o tutores legales.

Gráfico 1

**Edades de inicio en el aprendizaje, por porcentajes.
Albacete, 1636-1708**



Fuente: AHPA, Sección Protocolos notariales, 180 contratos aprendizaje y cartas de soldada. Albacete, 1636-1708

En esa nueva etapa vital de integración en el hogar del maestro y formación en el taller, se incluirá una nueva dimensión, las relaciones socio-laborales, al funcionar los talleres artesanos como tiendas donde se recibía a los clientes. Así, desde la perspectiva del curso vital, observamos que estas tres dimensiones de la personalidad humana, se irán desarrollando de manera simultánea entre la población juvenil artesana, desde los doce años, como edad media.

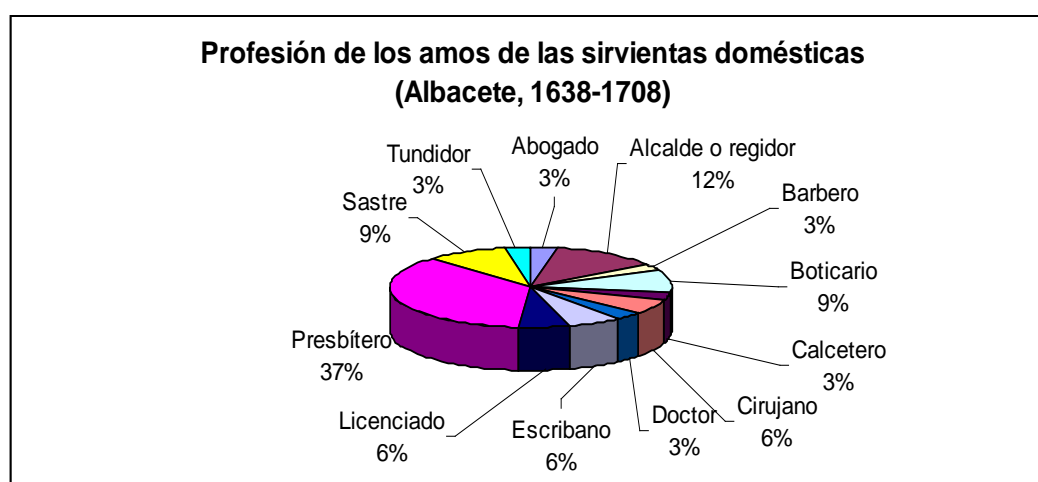
Las oportunidades para poder acceder al aprendizaje del oficio dependían de la familia, de la vecindad y paisanaje, y del oficio a aprender. En los contratos analizados comprobamos que el 92,2% habían sido otorgados a instancias de algún familiar: padre, padrastro, madre, tíos, cuñado o hermano. Las madres, en ausencia del padre, eran las encargadas de buscar taller y maestro para el hijo y los huérfanos eran representados por el procurador o los tutores. Las condiciones en los

talleres para estos muchachos solían ser peores que las que disfrutaban en una familia, al menos es lo que se deja ver en algún contrato, donde ni siquiera se indicaba que al final del aprendizaje se les un daría vestido nuevo.

Aprendices y jóvenes criadas pasaban a la casa del amo o maestro para ser educados e instruidos según las normas y conductas que se exigían para ellos. Este aprendizaje constituía la base del sistema de reproducción del mundo del trabajo, sobre todo en el caso de los aprendices de artesanos, porque ninguno de ellos podía llegar a ejercer un oficio, a tener tienda o taller, sin haber pasado por este largo, y en muchos casos, correctivo aprendizaje. Y será en el hogar y con la familia del amo o maestro, el espacio donde se llevará a cabo su formación mecánica o la dedicación laboral de las muchachas que entraban al servicio doméstico. Y es que como nos indica José Carlos Enríquez⁶, el aprendizaje de un oficio en las casas-talleres artesanales vehiculará, efectivamente, la dedicación laboral de muchas generaciones adolescentes, de la misma manera que el servicio doméstico estructurará el trabajo femenino durante siglos.

¿Qué tipo de conductas y valores se transmitían a los jóvenes? Desde los contratos o cartas de soldada se hablaba de vida honesta y honorable, responsabilidad, laboriosidad, y sobre todo disciplina. Sin embargo, en la práctica, la situación educativa de estos jóvenes, no exentos de malos tratos y amenazas, debió forjar en ellos un carácter sumiso y obediente, un obrero fácil decían los franceses de Annales, hábil, mañoso, recatado y productivo. En cuanto al servicio de soldada, desde el momento que entraban a trabajar de “balde”, eran trabajos gratuitos, nos lleva a pensar que nos encontramos ante una figura sustitutiva de la esclavitud, viviendo en una situación de subsidiariedad y dependencia de los amos y señores.

Gráfico 2



Fuente: AHPA, Sección Protocolos notariales, cartas de soldada. Albacete 1636-1708

Sabemos que muchas de estas jóvenes sirvientas entraban en casas de maestros artesanos y constan como criadas, pero sus funciones iban más allá de las que por su condición se les otorgaba. En algún caso encontramos datos de matrimonios con los oficiales o aprendices. Gaspar López, artesano a finales del siglo XVI se había casado con la criada de la casa de Juan⁷. Cerca del 20% de las sirvientas domésticas aparecen con artesanos, barberos, tundidores, sastres

⁶ J.C. ENRÍQUEZ, “Trabajo, disciplina y violencia. Los aprendices en los talleres artesanos vizcaínos durante la Baja Edad Media”, en J. M. IMIZCOZ, *Casa, familia y sociedad*, Universidad del País Vasco, 2004, pp.17-50

⁷ AHPA, Sección Municipios, leg.210, distrito de Albacete.

o calceteros. Con miembros del clero, un 37%. El 18% entraban en casas de las elites, alcaldes, escribanos o regidores y un 24% con licenciados, doctores, boticarios o cirujanos (Gráfico 2).

Con la firma del contrato y la entrada en el taller, el joven aprendiz deberá someterse a la disciplina gremial y cumplir y obedecer lo que el maestro y la sociedad le demande. Varios testigos firmaban el contrato, que adquiría así una dimensión pública, al que asisten el maestro, el padre y no sabemos si en todos los casos estaría presente el muchacho, puesto que muchos de ellos eran muy jóvenes.

Tabla 1. Años de aprendizaje y porcentaje sobre el total de contratos. Albacete, 1661-1708

Número de años como aprendiz	Número de aprendices	% sobre el total de contratos	Número de años como sirvienta	Número de sirvientas	% sobre el total de contratos
1	1	1,1	1	-	-
2	2	2,2	2	2	2,3
3	5	5,5	3	-	-
4	7	7,7	4	5	5,9
5	6	6,6	5	6	7,1
6	34	37,7	6	19	22,6
7	21	23,3	7	11	13
8	7	7,7	8	17	20,2
9	4	4,4	9	4	4,7
10	-	-	10	9	10,7
11	1	1,1	11	1	1,2
12	-	-	12	6	7,1
13	-	-	13	2	2,3
14	-	-	14	1	1,2
Sin datos	2	2,2	Sin datos	1	1,2
Contratos: 90		100	Contratos: 84		100

Fuente: AHPA, Sección Protocolos notariales, 180 contratos aprendizaje y cartas de soldada. Albacete 1636-1708

El periodo de aprendizaje para el artesano en Albacete se estipulaba mayoritariamente entre los 6 y los 7 años, para el 61% de estos jóvenes aprendices. El resto (tabla 1) oscilaban entre un año y los 11 años que acordaban el aprendizaje de un tal Alonso de Zafra, huérfano de padre, que pasaría al taller del maestro Blas Pastor, como aprendiz de guarnicionero, contaba 9 años de edad. En el caso de las jóvenes sirvientas, la media estaba entre los seis y los ocho años de permanencia en el servicio doméstico, un 56% de los contratos oscilaba entre estos años. Con diez o más años de servicio se firmaron veinte contratos de soldada. Isabel Báez tenía solamente seis años cuando su madre, Isabel Valiente, la pone en servicio doméstico para un total de 13 años, con Petronila Carbonell, estipulando que “los cuatro primeros años, de balde, los seis años siguientes a dos ducados y los tres últimos a tres ducados cada uno”⁸.

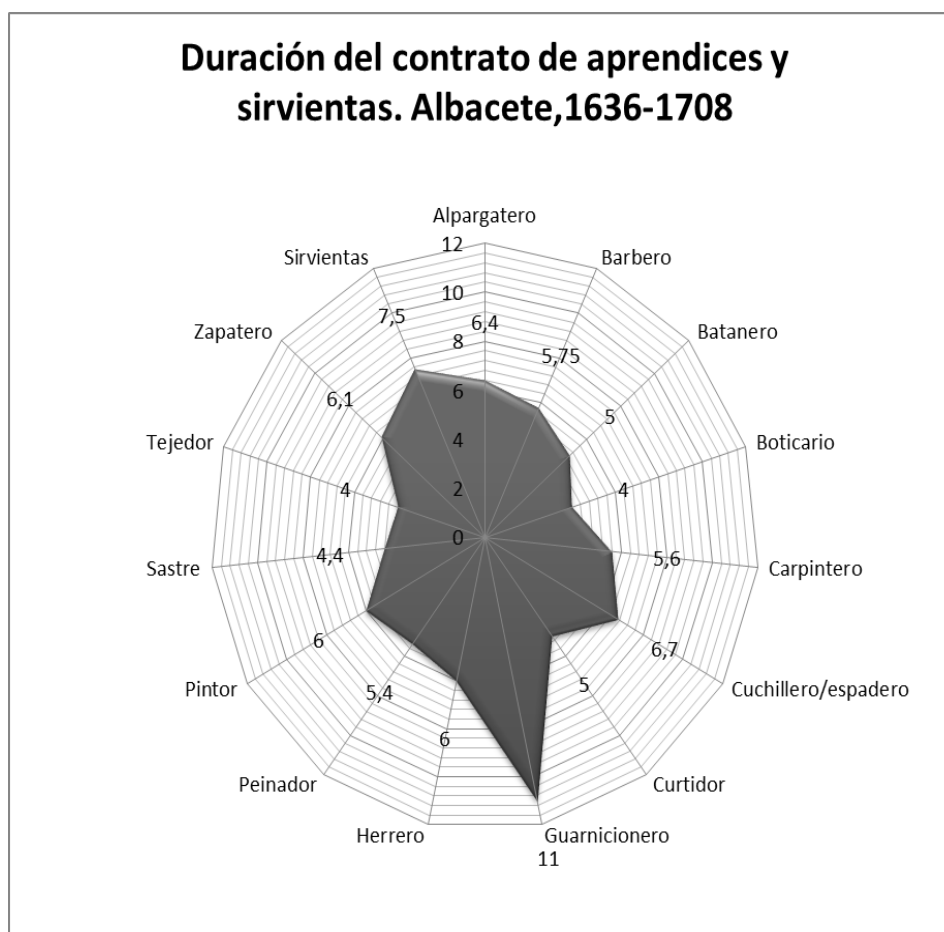
Si observamos la trama temporal de los aprendizajes en la villa de Albacete, (gráfico 3), la media más elevada es la del guarnicionero, pero no la consideramos representativa, dado que solo tenemos un contrato; quedando en primer lugar los aprendices de cuchilleros y espaderos con 6,7 años, y en el caso de las sirvientas de soldada que superaban los siete años de media.

Existe bastante relación entre la duración del aprendizaje y la habilidad necesaria en el oficio a aprender. El oficio de cuchillero requería ciertas destrezas para trabajar el metal, unido al hecho de que algunas navajas, al igual que las tijeras, sables o espadas, eran de encargo y decoradas artísticamente, el joven aprendiz debía someterse a un largo aprendizaje y prepararse

⁸ AHPA, sección Protocolos, leg.3271, folio 60, distrito de Albacete.

bien para satisfacer a la clientela más exigente. Otros aprendizajes más largos los relacionamos con su temprana incorporación y no tanto por la dificultad del oficio.

Gráfico 3



Fuente: AHPA, Sección Protocolos notariales, 180 contratos aprendizaje y cartas de soldada. Albacete 1636-1708

Por sectores, la media del aprendizaje en Albacete difiere bastante de la que Juan Carlos Zofio encuentra en Madrid. (Tabla 2). En la rama de la construcción, albañiles y carpinteros, obtenemos una media de 5,6 años en su aprendizaje, en Madrid no alcanzan los 5 años de media. El ramo del textil, de gran importancia en las economías de la zona, sobre todo si lo analizamos desde los aportes dotales, requería una media de 4,7 años y en Madrid se acercaba a los 4 años. Los artesanos del metal, herreros y cuchilleros registraban la mayor duración de estos contratos, 6,35 años en Albacete y 4,4 para Madrid. Los oficios artísticos, pintores, plateros y entalladores tenían también un largo aprendizaje, que en Madrid se acercaba a los cinco años y en nuestro caso alcanzaba los seis.

La mayor parte de los aprendices procedían de la propia villa, un 70%, y el 30% restante eran vecinos de las poblaciones del entorno o de algunas más alejadas en la provincia de Cuenca, caso de San Clemente, Quintanar del Rey o Villanueva de la Jara. Un reclutamiento de mano de obra de origen rural y de escasa o nula discriminación a la hora de contratarles. Los más selectivos eran los cuchilleros. Todos los aprendices contratados procedían de la villa de Albacete, con 14 años cumplidos en todos los casos. Su larga duración implicaba una formación completa y el acceso a un amplio círculo social que les permitirá ascender en su trayectoria profesional. Los oficios que requerían una mayor especialización preferían nutrirse de los aprendices formados

desde muy pequeños en el propio taller, como eran sus hijos o parientes más cercanos, y a un hijo no se le hacía contrato de aprendizaje.

Tabla 2. Media de los años de aprendizaje por sectores en Albacete y Madrid (Albacete, 1661-1708 y Madrid 1500-1650)

Sectores	Albacete	Madrid
Construcción	5,6	4,9
Artísticos	6	4,8
Metal	6,35	4,4
Piel	7,1	4,2
Profesiones liberales (barbero y boticario)	4,8	3,1
Textil	4,7	3,8

Fuentes: Albacete, AHPA, sección Protocolos notariales. Madrid, Juan Carlos ZOFIO LLORENTE, *Las culturas del trabajo en Madrid, 1500-1650: familia, ocio y sociabilidad*. Tesis doctoral, 2002, p. 320.

El 33% de las jóvenes sirvientas eran naturales de Albacete, por lo que el 67% procedían de otras poblaciones limítrofes, sobre todo de la provincia de La Mancha: Madrigueras, La Roda, Almansa, Casas Ibáñez, Cañavate, Malagón, Mahora, San Clemente... Estas entregas de las hijas desde edades tan tempranas quedan patentes en numerosos contratos, cuando los padres o tutores, sobre todo en caso de orfandad, indicaban que solicitaban con antelación una parte de la soldada. La pobreza y precariedad de estos hogares está detrás de las entregas a soldada. Maria Luisa era natural de Malagón, cuando firman el contrato de soldada tenía 10 años, y durante trece serviría como criada en la casa y hogar del escribano de la villa de Albacete, Juan Millan, “y por precio y cuantía, los cuatro primeros años de balde y los ocho siguientes a dos ducados cada uno y les entregara el dicho Juan Millan 20 Reales a cuenta de dicha soldada”⁹.

En cualquier caso, y al margen de situaciones extremas de pobreza, las criadas más jóvenes se vieron sometidas a relaciones contractuales de hasta 14 años, los primeros años de alguna manera se trataba de criarlas, por lo que no se les daba soldada alguna durante ese tiempo. No obstante, la mayoría de las jóvenes realizaban su trabajo principalmente a cambio de la manutención. El salario se entregaba al final del periodo, junto con alguna ropa de vestir. Por las edades que finalizaban el contrato, muchas de ellas salían de la casa del amo directamente al matrimonio, de ahí los textiles acordados como precio final de su salario y el complemento económico acumulado que formaba parte de la escasa dote para su matrimonio.

DESDE EL APRENDIZAJE A LA OFICIALÍA. LA FORMACIÓN EN EL TALLER, EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

En el recorrido vital de los artesanos de Albacete, nos llama la atención que tras la finalización del aprendizaje no existiesen contratos de entrada en la categoría de oficial. Y es que una gran variedad de transacciones escapará a nuestra observación, puesto que se realizaban de forma verbal, como era el caso de la contratación de oficiales. Estos silencios, para algunos historiadores pasan a ser actos cotidianos de la sociedad preindustrial¹⁰. No encontramos ni un solo contrato escrito de oficiales artesanos en la villa de Albacete. ¿Cómo es posible que estas

⁹ AHPA, sección Protocolos notariales, leg.3269, folio 42, distrito de Albacete.

¹⁰ J. C. ZOFIO LLORENTE, *Las culturas del trabajo en Madrid, 1500-1650: familia, ocio y sociabilidad*. Tesis doctoral, 2002, p. 37.

relaciones de contratación entre oficiales y maestros, por ejemplo, se hagan de forma verbal y los contratos de aprendices o las cartas de soldadas de las sirvientas eran escritos? La respuesta no es otra que el carácter de tales contratos. En el caso de los oficiales y maestros se definía en términos jurídicos, Según la tradición de la ley natural, el trabajo era una obligación natural y los trabajadores tenían derechos naturales de propiedad sobre su trabajo. De ahí que la relación entre el empleador y el empleado, se definía social y jurídicamente antes que económicamente. El salario de los sirvientes era el precio de su contrato; el salario pagado a los oficiales era el precio de su trabajo¹¹.

Probablemente el hogar del maestro ya no era la coresidencia de los oficiales, así lo constatamos en algunos de los padrones, repartimientos, censos e incluso en el propio Catastro de Ensenada. Se evidencia que la mayoría de los oficiales de Albacete residía en una casa de su propiedad o en una vivienda arrendada que compartían con mujer e hijos.

Nicolás de Arias constaba como oficial de zapatero en el Repartimiento de 1689, viviendo en una casa de la calle Zapateros¹². Cuatro años más tarde aparecía como maestro zapatero en el contrato de compraventa de un viñedo que compraba al albacea testamentario de Miguel Fernández, presbítero de la villa. También Miguel de Espinosa se registraba como oficial de alpargatero, y al igual que Nicolás de Arias, residía en la calle Zapateros. Y así constatamos hasta 10 oficiales de alpargatería viviendo en casas particulares y distribuidas por diferentes calles de la villa, según el Repartimiento de 1689 y el censo de 1702 para el casamiento de Felipe V.

La vida de los oficiales era muy diferente de la de los aprendices, sus circunstancias y diferencias no se explican solo por el cambio de edad, sino más bien se deban al nuevo estatus social adquirido que se correspondía con la estabilidad laboral que ahora iban adquiriendo, lo que les permitía una mayor movilidad. Las relaciones entre el maestro y el aprendiz van a experimentar un cambio significativo cuando éste pase a la categoría de oficial. Y situaciones como la sumisión o el paternalismo que marcaban los primeros años en la casa del maestro, daban paso a una relación mucho más impersonal y distante, no exenta de algunos enfrentamientos entre oficiales y maestros, hasta que aquellos podían optar al examen de maestros.

Entre la documentación revisada para esta investigación registramos 90 exámenes de oficiales artesanos de Albacete para obtener el grado de maestro entre 1665 y 1754 (Gráfico 4). El examen era el elemento principal para el acceso a la maestría y, por lo tanto, sobre el que gira la reproducción del oficio. De suma importancia en la trayectoria artesana, tanto es así que como señalaba Kaplan, para un artesano, “la maestría era su capital y su rango”¹³, les permitiría cambiar de estatus y obtener el reconocimiento profesional. El cuchillero Gabriel de la Vega, se declaraba hábil y suficiente en el oficio pues había estado practicando el oficio de cuchillero con maestros examinados durante varios años¹⁴. También Miguel Reboloso, oficial alpargatero señalaba en 1662 que ha practicado y usado el oficio de alpargatero y cordelero muchos años con maestros examinados y es hábil para usar los géneros¹⁵. Y en 1754, Martín López García, para obtener el título de maestro agrimensor decía que “ha ejercido y practicado el arte de medir tierras de toda suerte y figuras según la orden de agricultura, con maestros examinados y se halla hábil y suficiente para usar el referido arte de ajustar y liquidar sus cuentas, puntualizar y declarar”¹⁶.

¹¹M. SONENSCHER, *Work and Wages. Natural Law, Politics and the Eighteenth-Century French Trades*, Cambridge University, 1989, pp. 67-72, citado por J.C. ZOFIO, *Las culturas del trabajo en Madrid...*, op. cit., p. 38.

¹² Cantidad pequeña si la comparamos con la indicada por algunos maestros zapateros, como Alonso Sánchez con 270 reales o el cuchillero Juan Montero, 50 Reales (AHPA, Leg. 178, exp. Repartimiento de 1689).

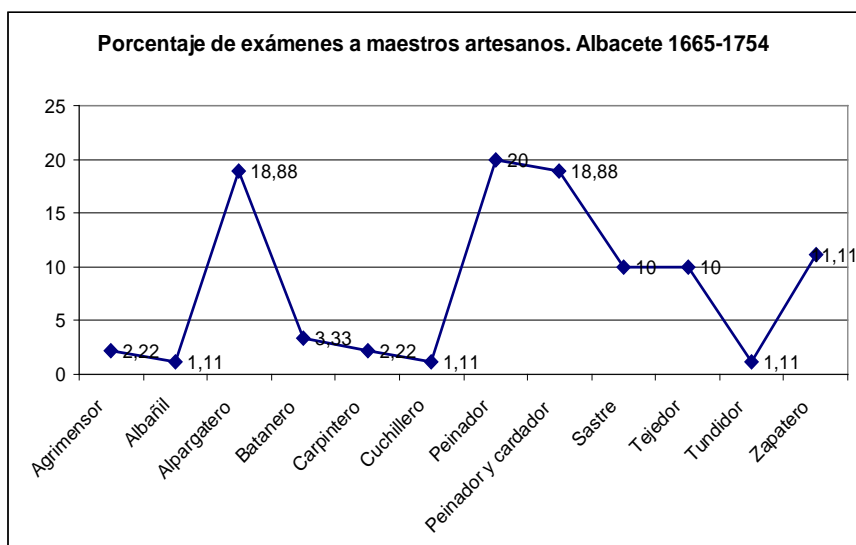
¹³ Steven L. KAPLAN, “Social Classification and Representation in the corporate world of eighteenth-century France”, en S. L. KAPLAN and C. J. KOEP (eds), *Work in France*, London, 1986, pp. 182-183.

¹⁴ AHPA, Sección Protocolos, 1017, leg. 5.

¹⁵ AHPA, 3262, prot. 2, p. 282.

¹⁶ AHPA, 1023, leg. 4, p. 9.

Gráfico 4



Fuente: AHPA, Sección Protocolos notariales, Albacete 1665-1754

Situaciones similares nos ofrecen los zapateros, tejedores, peinadores, sastres. Es decir, existía una amplia nómina de oficios que observaban cierto grado de experiencia profesional para poder realizar el examen y alcanzar el grado de maestro. Experiencia, trabajo y aprendizaje que superaba los diez años en algunos oficios de Albacete como el de cuchillero, alpargatero o curtidores de piel.

Los exámenes eran la prueba que medía las habilidades y destrezas para el desempeño del oficio, requerían un alto grado de especialización y sobre todo de licencias, fianzas o fiadores ante la cuantía exigida por los examinadores. Y es que para el paso a la condición de maestro la cuantía económica requerida, lo que se consideraban derechos de examen, en algunos casos llegaba a ser un impedimento para todo el que no podía satisfacer dicha cantidad; así lo confirma J. C. Zofio para el caso de Madrid, hecho que califica una vez más estas corporaciones como cerradas y privativas.

Las cantidades requeridas para un oficial podían resultar elevadas, pero entre los artesanos de Albacete no fueron un obstáculo para el aspirante, dado que en todos los casos escriturados se buscaba el aval de un fiador. Como es el caso de Martín García, contaba con dos fiadores, Alonso del Barrio y Benito González, para satisfacer los derechos del examen a peinador¹⁷

No tenemos constancia de que los maestros consolidados o los examinadores de esta villa, pusiesen trabas a sus oficiales para el acceso al examen, y así retenerlos, por ser buenos oficiales en sus tiendas y talleres. Tal vez el ocultamiento de ciertas habilidades a los oficiales para templar las navajas, en el caso de los maestros cuchilleros, era más evidente, y evitaban que éstos dejaran la oficialía para pasar el examen de maestros. Más común era la sustitución y conclusión de una obra principal por el artesano oficial. Traemos el ejemplo del maestro pintor Francisco Bergonzoli, quien escribía una circular a la corporación municipal de la villa, e indicaba que se encontraba enfermo para continuar las obras, por lo que dejaba el trabajo en manos de un oficial:

“imposibilitado de seguir las obras principales de las Salas Capitulares de esta villa, para cuya conclusión está esperando la llegada de un oficial pintor,

¹⁷ AHPA, caja 3267, prot17, p.473

discípulo del exponente, el que dará por concluida la especificada obra en el espacio y tiempo [...] y suplicaba se sirva suministrar la cantidad de doscientos Reales para sufragar la dieta del citado oficial y que sin cuyo auxilio no puede continuar la obra, a cuyo reintegro, responsabilidad y satisfacción queda el exponente”¹⁸

TRAYECTORIAS DE VIDA

Tejedores: del taller a la viña

Es a través del testamento y en ese momento de la vida del artesano cuando exponían los cambios y se marcaban los tránsitos más importantes. Entendemos que es desde la esfera individual y familiar desde donde se produce la movilidad social y la mejora de las condiciones laborales y materiales, como indicaba Juan Carlos Zofio para el caso de Madrid¹⁹, eran pequeños saltos cuantitativos acompañados de variaciones cualitativas en sus ocupaciones ejercidas.

El hecho de tener una casa y una viña, además del oficio, suponía un gran avance en las economías de hogares con escasos bienes y muchas deudas, como fue el de Julián Fuerte, tejedor de lienzos. De sus años de aprendizaje han quedado pocas huellas. Sabemos que su padre, Julián Fuerte era pastor, en calidad de mozo sirviente y vivían en la calle del Cornejo, según consta en el Repartimiento de 1637. Por aquellos años, el joven aprendiz de tejedor entraría a aprender el oficio con alguno de los quince maestros tejedores que había en la villa. No hay contrato de aprendizaje, por lo que es muy probable que se formase en el taller de Juan de Arenas, su cuñado, casado con su hermana Victoria Martínez, quienes vivían en la casa y taller de la misma calle del Cornejo.

Esta calle a mediados del siglo XVII no pasaba de ser una callejuela estrecha, que comunicaba con la calle Santa Quiteria, donde se ubicaban varios artesanos de la lana, bataneros, peinadores, tejedores, cardadores y tundidores. Aquí todos se conocían y en la calle, negociaban, murmuraban, establecían sus vínculos y relaciones. Todo un flujo de acontecimientos que concurrían en cada casa, pero fundamentalmente este universo relacional formaba parte de la vida del taller y de los jóvenes aprendices y oficiales. Para Julián Fuerte el acceso a la vida de los tejedores y de sus talleres surgió en el seno familiar y se alimentó en la propia calle, en su cotidianidad como vecino de tejedores.

Familiarizado con el trabajo y el taller, se casó con María de Honrubia, cuya aportación al matrimonio fue de poca consideración, 500 reales, que unidos a los 780 que aportó él, formaba su escaso capital inicial. Y señalamos escaso porque las dotes medias entre los tejedores de Albacete superaban los dos mil reales. Sin embargo, lo que más se valoraba en estos hogares no eran los ajueres que aportaban los contrayentes, sino disponer de medios para el trabajo, como las herramientas del oficio, pasar el examen de maestro para poder abrir tienda y taller propios, así como alguna pequeña parcela de tierra para complementar la economía, un viñado o majuelo.

Como maestro de taller, Julián Fuerte acumuló más deudas que bienes, además tuvo que hacerse cargo de dos niñas menores en distintos momentos de su vida. Solo tuvo una hija, María de Honrubia y cuando esta enviudó llevó a su casa a María Jover, su hija menor, “con la obligación, por parte del abuelo, de alimentarla y cuidarla mientras viviera a cambio de la casa y la viña, que pertenecía a Victoria Martínez, mi hermana, viuda de Juan de Arenas”²⁰. Dentro de un contexto donde predominaba la familia nuclear, los parientes corresidentes en estos hogares eran escasos. En 1787 la cifra para Albacete era de 0,05 parientes por hogar. Según las investigaciones

¹⁸ AHPA, caja 537, Sección Municipios, leg. Industrias y oficios, año 1829

¹⁹ J.C. ZOFIO LLORENTE, *Las culturas del trabajo en Madrid...*, op. cit., pp. 711-12

²⁰ AHPA, Sección Protocolos, exp. 1006, leg. 4, p. 7.

de Cosme J. Gomez Carrasco sobre el total de los hogares albacetenses, el 4,2% contienen en su interior a parientes corresidentes²¹. La coresidencia entre los artesanos está en relación con la solidaridad familiar que ante la imposibilidad de poder mantener a estos menores se delegaba en otros familiares para que pudiesen hacerse cargo de ellos, bien porque han quedado huérfanos o porque no se encontraba otra posibilidad de amparo. En el caso de Julián Fuerte, éste percibió una casa y una viña tras la acogida de la pequeña María Honrubia, pero cuando murió su padre, tuvo que hacerse cargo de otra niña: “María López, su sobrina y mi prima hermana, hija de Juan fuerte y Marta Jover, de la que era administrador y curador de su persona y bienes y estuvo en mi casa tres años hasta que murió y se enterraron conforme se declaró ante el escribano²². Estas dos circunstancias le obligaron a la venta de sus escasos bienes, precisamente la viña que adquirió tras la acogida de su nieta y que fue vendida a Tomás Royo en 760 reales²³. En el momento del testamento no tenía más propiedad que algunos maravedís para las 150 misas rezadas que encargaba por su alma.

Situaciones que se repiten en otros tejedores y que apuntan hacia trayectorias y procesos de movilidad descendentes. Como es el caso de Juan Parras, solo llevó al matrimonio “un telar equipado y varios paños y enseres por valor de 500 reales”, y su mujer Juana Duarte, “trajo la legítima de su padre que importaba otros 500 reales”. Las economías mixtas eran la solución más extendida entre los hogares de medios tan escasos, de ahí que Juan Parras compaginase su trabajo de tejedor con la crianza de ganado lanar²⁴. Juan Parras murió joven, tuvo hija que dejó huérfana siendo aún menor.

La conjunción de varios trabajos para complementar el oficio era una estrategia bastante extendida entre los artesanos. En 1669 algunos vecinos de la villa denunciaban precisamente la venta de productos desde los talleres sin licencia para ello:

“Josep Matamoros. Antonio Jiménez y Alonso Vázquez decimos que Bartolome Cañavate, Diego López Sarrión. Diego Cañadas, Martín Lucas, Andrés de Honrubia, Diego López, alpargatero... vecinos de esta villa de algunos años a esta parte venden en sus casas, sin tener licencia azúcar, arroz, garbanzos, lienzo, bayetas, ropa de cama”.²⁵

Pero a finales del siglo XVII, otro tejedor, Nicolás Reboloso²⁶ también complementó su economía con los ingresos complementarios que le reportaba el ser arrendador de diezmos y administrador de la casa de un importante hacendado. Casado con Francisca Ruiperez, su matrimonio empezó bien. Al tiempo que nos casamos- declaraba- “trajo mi mujer al matrimonio la herencia de sus padres y después heredó de Pedro de Sevilla, su hermano”, en total aportó 2500 reales. Tuvieron dos hijos, el padre fray Martín Reboloso y una hija, Isabel Ana. El hecho de enviar un hijo al convento va a condicionar la vida de esta familia, como también lo hará la vinculación a una hermandad religiosa.

Todos los testamentos examinados denotan un intenso fervor religioso, traducido en mandas pías, memorias, legados a las cofradías y muchas misas por la salvación de sus almas. Nicolás Reboloso además fue hermano de las hermandades de nuestra Señora de los Llanos, desde donde entabló fructíferas relaciones sociales que le llevaron a otros cargos de mayor rango. La hermandad tenía muy diversos fines, los puramente religiosos y devocionales a través de limosnas, así como otros de tipo más social o profesional. En cualquier caso, la pertenencia a ellas

²¹ C. J. GOMEZ CARRASCO, *Entre el mundo rural y el mundo urbano. Familia, parentesco y organización social en la villa de Albacete (1750-1808)*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 2007, p. 102.

²² AHPA, Sección Protocolos, exp. 1006, leg. 4, p. 7.

²³ El testamento se firmaba ante varios testigos y el escribano el 24 de septiembre de 1670. AHPA, Exp.1006, leg. 4, p. 7.

²⁴ AHPA, Sección Protocolos, Exp. 1019, Leg. 1, p. 6.

²⁵ AHPA, sección Municipios, exp.537, leg. Gremio de alpargateros.

²⁶ En el testamento de Nicolás Reboloso firmado el 7 de agosto de 1685 declaraba, ante el escribano Mateo López Carbonel, los momentos clave de su vida y de sus oficios, AHPA, sección Protocolos notariales, Exp. 3282, p. 154.

tenía carácter voluntario y su composición por tanto era muy heterogénea entre todos los vecinos de esta población. No podemos decir que la hermandad de N.S de los Llanos estuviese homogeneizada por gremios profesionales o cohesionada por un determinado estamento. Esta heterogeneidad no debe confundirnos y aventurar en ellas una capacidad innata para estructurar las relaciones sociales²⁷. Pero también es cierto que debemos reconocer en ellas la creación de un espacio de sociabilidad que indudablemente crearía redes de solidaridad y de amistad que trascendían más allá de la hermandad.

Y así fue como Nicolás Reboloso pasó pronto a ejercer como sacador de la uva y de otros diezmeños que tocaron a los señores Dean y Castillo en las tercias de esta villa, además de arrendador de lo menudo, después entró de mayordomo en la administración de la hacienda de don Pablo Carrasco, de cuyas cuentas dejó constancia por un memorial firmado por su hijo fray Martín Reboloso. Para Nicolás este cargo supone un momento de suma importancia en su vida, así lo resaltaba en su testamento y ser el mayordomo de esta hacienda fue, sin lugar a dudas, un salto cualitativo en su trayectoria vital. A pesar de todo esto, llama la atención que en el momento de su testamento no había ganancias, aunque sus paños y tejidos se vendieron en otras provincias, sobre todo en el campo de Cartagena y en Murcia, donde tenía cobradores en su nombre. Y es que gran parte de sus ganancias, más de 400 ducados los tenía gastados en su hijo fray Francisco, “al tiempo que ingresó en el convento de san Agustín, y en la profesión que hizo tras el noviciado en Murcia”. En cambio, con su hija, indicaba, “no he gastado nada”. De ahí que, para poder pagar las deudas de un censo contraído, a favor de los herederos de Pérez Peña, por un importe de 257 reales, tuvo que vender una viña a Miguel Tafalla de dos mil vides. A su muerte mandaba que se le enterrase donde dispusiera su mujer, Francisca Ruipepez y solo pudo encargar 50 misas por la salvación de su alma.

Y es que la primera generación, e incluso la segunda de algunas familias tejedoras no fueron ventajosamente productivas, y hay que esperar a la tercera generación para encontrar alguna trayectoria de movilidad ascendente. Como puede ser la referente a los descendientes de Miguel de la Cuesta.

Cuando falleció el tejedor Miguel de la Cuesta (1742) quedaban dos hijas de corta edad y el hijo mayor, Miguel de la Cuesta el menor, se obligaba con su persona y bienes a custodiar y administrar los bienes de sus hermanas menores al ser nombrado tutor curador por su difunto padre²⁸. De nuevo la orfandad de los menores obligaba a los hermanos mayores a fundar un nuevo hogar y, en este caso, continuar el oficio paterno. Huérfano de madre, con la muerte de su padre, se inicia el momento que marcaría el paso de este joven hacia la vida adulta, a trabajar activamente en el taller para mantener a las dos hermanas menores y labrarse su propio porvenir.

Perteneciente a una familia artesana, su abuelo igualmente llamado Miguel de la Cuesta, era barbero y en 1675 compraba una casa de morada, con pila y pozo en la calle Padre Romano de la villa, valorada en mil cien reales. Casado con María Romera, tuvieron 7 hijos. Precisamente uno de sus hijos mayores, Miguel de la Cuesta se independizaba del hogar hacia 1718 cuando adquiría un solar para construirse su vivienda en la calle del Carmen²⁹, donde instaló el taller y la tienda como tejedor de paños y lienzos. Como indicábamos al comienzo de su trayectoria, falleció joven y dejaba tres hijos huérfanos. Desde la muerte de su padre Miguel de la Cuesta el menor, ejercía como tejedor de lienzos, y en torno a 1750 debió de contraer matrimonio, al menos en esta fecha aparece como receptor de la dote matrimonial que llevó su mujer María León, hija de Pedro León, artesano albañil y de María de los Angeles Lario que le entregaron en adelanto de la legítima, una dote tasada en mil reales.

²⁷ J. AMELANG, “People of the Ribera: Popular Politics and Neighborhood Identity in Early Modern Barcelona”, citado por J.C. ZOFIO LLORENTE, *Las culturas del trabajo en Madrid...*, op, cit, p. 762.

²⁸ AHPA, Sección Protocolos, exp. 3293, Prot. 52, p. 31.

²⁹ El solar fue vendido por el presbítero don Amador Cebrián, AHPA; caj 1020, leg. 5, p. 289.

Es importante destacar las redes relacionales que en torno al gremio artesanal se tejían. Lo que Francisco García González denominaba la afinidad “espontánea” que vincula a personas y familias con similar posición y categoría social³⁰, se deja ver en cada una de las trayectorias de vida. Los contactos con vecinos y artesanos, además de una buena situación laboral propiciaron que a mediados del siglo XVIII los intereses del artesano se moviesen más hacia el mundo agrario que al menestral. Así, en 1753 Miguel de la Cuesta compraba al tejedor Antonio Sánchez 2500 vides, además a su cuñado y hermana les compró la mitad de una casa de morada tasada en 1106 reales, “haciendo esquina con la calle mayor”. Si bien las ventas entre parientes llevaban aparejadas otras servidumbres y por ello los precios solían ser más bajos, en este caso el precio se ajustaba a los valores de venta de inmuebles similares. De hecho, adquirió otra casa en la calle de La Cruz que fue tasada en 1750 reales. Y ese mismo año compraba al herrero Pedro de Molina un majuelo de dos mil vides. Su situación fue progresando y en poco tiempo había conseguido una posición destacada que le permitió en 1754 adquirir más tierra en el lugar de El Salobral tras la compra de otras dos mil vides. La hacienda aumentó al año siguiente cuando compraba a la viuda Marta Ramírez 1335 vides de majuelo. Sucesivas escrituras de compraventa se firmaron en los años siguientes, evidenciando una holgada situación económica. Y, sobre todo, que la inversión en tierras y en viñedos, era una estrategia muy recurrente entre los artesanos que alcanzaban ciertas mejoras o ganancias. Estas mejoras y aumentos de capital llevaban aparejados otros cambios cualitativos, sin duda alguna, el aumento del prestigio y la estima social. Miguel de la Cuesta, el menor, aparece como fiador en la causa de su cuñado Juan García, preso en la cárcel “por la corte de los pies de carrasca en el monte de San Pedro, para lo cual se ha ofrecido a dar la fianza Miguel de la Cuesta y para ello obliga su persona y bienes”³¹. Y meses más tarde será también el fiador del preso Antonio López, labrador en Ontalafía, sobre atribuirle exceso en haber labrado un haza en el collado de Ontalafía y dando fianza Miguel de la Cuesta de estar a derecho y entretanto de dicha causa, sea suelto de la prisión³². Su relación con los grupos de labradores evidencia de nuevo la estrecha vinculación con la tierra por parte de los artesanos, que a mediados del siglo XVIII sigue siendo una actividad complementaria, pero tan importante como el oficio artesano, consecuencia de unas débiles estructuras manufactureras.

Por lo que la situación de muchos tejedores en estos dos siglos se movía entre los procesos de movilidad descendente y alguna mejora ocasional. Si tradicionalmente se ha entendido el gremio como la asociación de artesanos unidos por el mismo oficio, las diferencias en el seno de los mismos eran tan profundas que no podemos afirmar que se trataba de un colectivo homogéneo, cohesionado.

Podemos decir que en todo este contexto socio-laboral y material había un componente común que no es otro que las diferencias de capital y de reconocimiento social en el interior de cada grupo. Pero había algo más, posiblemente el corporativismo de estos grupos, además de las oportunidades que podía ofrecer para sus artesanos, la pertenencia al gremio proporcionaba seguridad en sus ventas y trabajos, en algún caso bajo el amparo de la propia Corporación municipal. Precisamente los maestros alpargateros de esta villa a finales del siglo XVII se organizaron en rebeldía ante las incursiones de vendedores sin licencia y sin el título requerido. Antonio Maeso y Lucas Jiménez, en 1685, en nombre del gremio de alpargateros, se manifestaban a la Corporación municipal contra la venta de alpargates por vendedores no agremiados, sin licencia de tienda y oficio: “la prohibición a los revendedores de la venta de alpargates, que se ha causado una enorme rebeldía a causa de estársenos violentando una antigua posesión y estancados los gremios de nuestro oficio, les acusamos la segunda rebeldía”³³.

³⁰ F. GARCIA GONZALEZ, *Las estrategias de la diferencia. Familia y reproducción social en la Sierra (Alcaraz, siglo XVIII)*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 2000, p. 285.

³¹ AHPA, Sección Protocolos, exp. 3300, leg. Prot 68, p. 2.

³² AHPA, Sección Protocolos, exp. 3300, leg. Prot 68, p. 104.

³³ AHPA sección Municipios, exp.537, leg. Gremio de alpargateros.

Debido precisamente a las diferencias existentes en el seno de estos grupos, sin duda alguna, no eran colectivos igualitarios, ni mucho menos. Desde los inventarios de bienes post mortem, las dotes o los gananciales se evidencian las desigualdades persistentes que, en muchos de ellos, perduraban toda su vida. Y es que cada oficio, cada artesano, tenía una relativa autonomía en el modo de organizar y estructurar su trabajo, que derivaba en las diferencias de capital o de reconocimiento social. Un prestigio que los cuchilleros de la villa de Albacete se fueron ganando a través de estos dos siglos, registrando una cultura del trabajo de la cuchillería, creando como diríamos hoy, una marca, un estilo, que les hacía diferentes. Por esta razón ninguna Pragmática pudo acabar con el oficio, controlado desde comienzos del siglo XVII por una minoría de maestros, que detentaba el mayor poder y rango en el sector, empeñados en mantener la reproducción social del oficio, artesanos con una identidad propia y muy marcada, con una gran formación.

EL SURGIMIENTO DE UNA ACTIVIDAD ARTESANAL –LA ALFARERÍA EN EL ARRABAL ZAMORANO DE OLIVARES– A PARTIR DEL ASENTAMIENTO DE UN CLAN FAMILIAR –LOS CABAÑAS–

Eduardo Velasco Merino

Asociación Benito Pellicero (Zamora)

INTRODUCCIÓN

Las actividades artesanales y ocupacionales minoritarias, con frecuencia, solían estar ligadas en buena parte de su recorrido histórico a “clanes familiares”, que trasmitían generación a generación su conocimiento y su “arte”. Un *modus vivendi* que posibilitaba el que un “linaje” estuviera sujeto a una actividad profesional durante varias generaciones. La subsistencia y el modo de vida se adaptaban de tal forma a la economía doméstica del hogar, que todos sus integrantes asumían un rol participativo en el devenir cotidiano. Este comportamiento llegaba a convertirse en una herencia mimética que se transmitía de forma continuada de padres a hijos.

La investigación efectuada ha consistido en un análisis familiar y socio-profesional de un clan familiar de artesanos alfareros —los Cabañas—, que se establecen en uno de los arrabales zamoranos a finales de la segunda mitad del Setecientos y que, junto a otros agregados domésticos con los que tienen en común su procedencia y su actividad profesional, establecen las bases para el asentamiento y el desarrollo de la alfarería moderna y contemporánea en la ciudad de Zamora.

La supervivencia prolongada del clan nos ha permitido profundizar en el comportamiento singular y cotidiano de sus integrantes, así como en el conocimiento plural y evolutivo de los hogares que conforman la red familiar.

El proceso metodológico empleado para la obtención de los objetivos fijados al inicio de la investigación, se ha basado en un seguimiento genealógico de todas y cada una de las familias implicadas en este “proceso”, es decir, el de todas las familias alfareras¹. Hemos efectuado un vaciado nominal de todos los libros sacramentales de la parroquia de San Claudio de Olivares, al cual hemos de sumar el vaciado parcial de las parroquias de aquellas localidades de origen de determinados individuos, los pioneros del asentamiento alfarero en Zamora. Además, estos datos de origen eclesiástico, se han cruzado con aquellos otros procedentes de los diferentes recuentos de población consultados², así como con los protocolos notariales emanados de las

¹ “El objetivo es la exploración de las redes de relaciones que se tejen en un contexto determinado, percibir la creación y el intercambio de vínculos y captar las estrategias elaboradas y seguidas por los propios actores sociales.” Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, “La edad y el curso de la vida. El estudio de las trayectorias vitales y familiares como espejo social del pasado”, en CHACÓN JIMÉNEZ, F., HERNÁNDEZ FRANCO, J. y GARCÍA GONZÁLEZ, F. (eds.) *Familia y organización social en Europa y América, siglos XV-XX*, Universidad de Murcia, Murcia, 2007, p. 96-97.

² Los recuentos de población vaciados y empleados en esta investigación han sido: para el siglo XVIII, el Catastro del Marqués de la Ensenada [1752-1753], un padrón de Cahe-Hita de la ciudad de Zamora [1768], las revisiones del Catastro del Marqués de Ensenada [1770], los datos primarios del Censo de Godoy [1798]; para el siglo XIX, la matrícula de la Riqueza Industrial de Zamora [1819], los repartimientos de población de los años 1838 y 1842, los padrones de los años 1860, 1869, 1880 y 1889 y, por último, las matrículas parroquiales de los años 1905, 1935 y 1942. Todos los documentos anteriores se encuentran depositados en el Archivo Histórico Provincial de Zamora (A.H.P.Za), salvo las matrículas parroquiales que se encuentran en el Archivo Histórico-Diocesano de Zamora (A.H.D.Za).

escribanías de Zamora y con la información contenida en los libros de actas del ayuntamiento de la ciudad. Un ingente *corpus* documental que nos ha permitido sumergirnos en el interior de los diferentes agregados domésticos que ostentan el protagonismo del análisis familiar y social realizado³.

Los actores singulares son “los Cabañas”, aunque no hemos obviado a aquellos individuos que por su condición de parentesco o vecindad mantienen una estrecha relación con ellos, si bien, por razones de espacio, no podremos explayarnos en esas relaciones ni en el análisis de los agregados domésticos ajenos al clan protagonista.

ESPACIO PLURAL Y SINGULAR DE UN ASENTAMIENTO ALFARERO EN ZAMORA: EL ARRABAL DE OLIVARES

La ciudad de Zamora durante la Edad Moderna estaba flanqueada por cinco pueblos o arrabales, todos ellos, en este período histórico, con un contingente de población muy escaso. El arrabal de Olivares tiene, al inicio de la segunda mitad del Setecientos, un total de 264 habitantes, repartidos en 78 hogares⁴.

Su población se caracteriza por una fuerte volatilidad, de tal forma que el flujo de habitantes que llega y abandona su espacio es una constante. Así, podemos afirmar que este arrabal se erige como un lugar de tránsito para la población que llega procedente del mundo rural y la que marcha para asentarse en el casco urbano de la ciudad, lo cual dificulta sobremanera el seguimiento genealógico de sus vecinos.

El espacio que ocupa la Puebla de Olivares es muy reducido [Figura 1]⁵. Algunos de sus linderos naturales —el río Duero y las peñas de Santa Marta, sobre las que se asienta la muralla de la ciudad— le restan posibilidades a una expansión urbana horizontal. Por ende, su capacidad de ampliar el número de casas es escasa, quedando la misma reducida a una continua división en vertical de sus viviendas. Esta carencia de espacios habitables propiciaba que un elevado porcentaje de los descendientes de las familias vecinas se vieran abocados a abandonar el arrabal.

Además de esta restricción, se observa que los medios de producción imperantes estaban vinculados al sector primario, mientras que la actividad artesanal tenía una representación muy escasa, en la que sobresalen dos oficios: la alfarería y la fabricación de tejas; mientras que el sector terciario es meramente testimonial. Por lo tanto, los medios de producción dominantes en el arrabal tampoco eran susceptibles de generar nuevos puestos ocupacionales que contribuyesen a un incremento significativo de la población.

³ “La reconstrucción de los linajes, su seguimiento nominal, la recomposición y anclaje de sus actos y decisiones a través de complementar la documentación parroquial y la notarial es uno de los ejercicios más gratificantes para un investigador en su afán de ir más allá del conocimiento anónimo de las estructuras y acercarse a las diferentes realidades individuales a través de la cuales se puede acceder al grupo o a la familia.” Laureano M. RUBIO PÉREZ, *Arrieros maragatos. Poder, negocio, linaje y familia, siglos XVI-XIX*, Fundación Hullera Vasco-Leonesa, Madrid, 1995, p. 47.

⁴ La población de la ciudad de Zamora, en 1752, es de 7.262 habitantes. José Carlos RUEDA FERNÁNDEZ, Juan Francisco FERNÁNDEZ VECILLA y Eduardo VELASCO MERINO, “La población zamorana, siglos XVI-XIX” en AA.VV. *Historia de Zamora, T. II: La Edad Moderna*, Diputación de Zamora, Zamora, 1995, p. 268. La del conjunto de sus cinco arrabales de 1.258. Eduardo VELASCO MERINO, “La evolución demográfica de los arrabales de la ciudad de Zamora durante la 2ª mitad del S. XVIII” en *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora. T. 4. Moderna y Contemporánea*, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Zamora, 1993, p. 162.

⁵ Archivo Cartográfico y de Estudios Geográficos. Centro Geográfico del Ejército, Sección de documentación, nº 339. Plano de la plaza de Zamora con los proyectos de las obras provisionales que se proponen para su defensa. Zamora, 11 de Marzo de 1766. Juan Martín Zermeño

Figura 1. Arrabal de Olivares. Detalle del plano de la ciudad de Zamora de Juan Martín Zermelo (1766). [La línea roja señala el perímetro del arrabal de Olivares]



Aunque en el arrabal de Olivares se localizaban otros representantes del sector secundario de la economía, en concreto, aquellos que tienen una relación directa con las aceñas ubicadas en el propio arrabal, serán los alfares y tejares los que propicien que sus titulares, así como sus descendientes, tengan un asentamiento más prolongado en el arrabal, pues ambas actividades se transmitían, generación tras generación, de padres a hijos fidelizando su arraigo en el arrabal. Por el contrario, aquellos otros oficios, cuyos medios de producción eran de propiedad eclesiástica y, por ende, sus titulares tenían la condición de arrendatarios, no iban a estar nunca ligados a unas genealogías familiares perdurables y prolongadas.

El espacio singular del hogar alfarero era la casa-taller. Desde su establecimiento, y hasta su desaparición definitiva, los alfares estuvieron ubicados en el interior de las casas en las que residían los alfareros con sus respectivas familias. En éstas, amén de la vivienda y el taller, se encontraban las diferentes dependencias que el maestro precisaba para el desempeño de su trabajo y el de sus aprendices, e incluso, en las mismas se comercializaba la alfarería que producían.

Con el transcurrir del tiempo comenzaron a aparecer algunas dificultades como consecuencia de la reducción del espacio, propiciado éste por la división de las casas-taller. La segregación de las mismas era consecuencia del sistema imperante del reparto igualitario de la herencia. Así, a la muerte del alfarero, el inmueble era dividido entre sus herederos, lo cual favorecía el surgimiento de espacios minúsculos. Las nuevas dependencias eran incapaces de cumplir la doble funcionalidad primitiva de la casa-taller. Para solventar esta insuficiencia de espacio, el heredero o herederos, continuadores de la tradición artesanal del progenitor alfarero, solía adquirir a sus hermanos la parte de la casa que les había correspondido en herencia y, de esta

forma, volver a la configuración espacial anterior⁶. Esta práctica habitual explica que la generalidad de las operaciones de compra-venta, que efectuaban los alfareros de Olivares, se realizará en el seno de su red parental.

La mayoría del resto de las operaciones de compra-venta, que trascendían el nivel de consanguinidad y afinidad de la red familiar, solían restringirse al ámbito ocupacional. Era frecuente, que un alfarero adquiriera la casa-taller de aquellos otros fallecidos, cuyos herederos no daban continuidad a la actividad artesanal de su progenitor, o cuando el desaparecido carecía de descendientes directos.

Así, podemos concluir: que las transacciones de bienes raíces que protagonizaban las diferentes familias alfareras de Olivares, se enmarcaban en un “mercado endogámico” de índole familiar y ocupacional.

Por último, apuntar que los alfares ubicados en Olivares se concentraban en dos puntos concretos del arrabal: uno, junto a la iglesia parroquial, en la calle Cerrada de las Campanas; y el otro, en la calle El Arenal. En el primero de ellos llegamos a encontrar, a partir de los recuentos de población consultados, que en determinados espacios de tiempo todos sus vecinos eran alfareros y pertenecían al clan de “los Cabañas”.

En la actualidad, cuando la “alfarería de Olivares” es un vago recuerdo de una desaparecida actividad popular, permanece en el arrabal la denominación de “Pasaje de Lucas Cabañas”, aunque la mayoría de sus vecinos desconocen la identidad de este personaje.

LOS ALFAREROS PIONEROS

El asentamiento de los primeros alfareros en el arrabal de Olivares tiene lugar en la primera mitad del Setecientos. El pionero en establecerse en la ciudad iba a ser José Valderías. Aunque ignoramos la fecha exacta de su llegada, nos consta, a partir del asiento del acta de bautismo de su hijo Gregorio, que ya residía en el arrabal en 1734. Natural de Jiménez de Jamuz⁷, localidad en la que contrae sus dos primeros matrimonios, en 1727 con Petrona Tocino y en 1730 con Isabel de las Casas. Posteriormente, en 1754, contrae terceras nupcias con Manuela Cordero Álvarez. Antonio Cabañas será el segundo cabeza de familia en asentarse en Olivares. Al igual que su predecesor, también es jimienense, aunque había estado residiendo algunos años en la localidad zamorana de Pozoantiguo, en la que nacerán los cuatros hijos que le acompañan a su llegada a Zamora.

En la documentación del Catastro del Marqués de la Ensenada figuran dos “bañeros”: José Valderías y Antonio Cabañas; y un “alfarero”, Alonso de las Casas, natural de la localidad leonesa de San Mamed y San Pelayo. Alonso era sobrino de la segunda esposa de José Valderías y se inició en este oficio en el alfar de su tío. En 1752 se casa en Olivares, en su iglesia parroquial de San Claudio, con Agustina de Tábara, natural de Montamarta (Zamora).

Ignoramos el motivo o las causas que propiciaron la llegada de estos primeros alfareros, aunque es factible que en este proceso migratorio se conjugarán al unísono los factores de “expulsión” y “atracción”⁸. La causa del abandono de su localidad de origen vendría como

⁶ “Junto al concepto de familia se encuentra también el de casa (...) la casa hay que interpretarla como un archipiélago de unidades familiares dispersas por calles y barrio (...). Una vertiente y realidad muy plástica y, a la vez, muy urbana es la de la casa que se divide, se vuelve a unificar, incorpora partes de la casa vecina y cede de la originaria ...”. Francisco CHACÓN JIMÉNEZ. “Familias, sociedad y sistema social. Siglo XVI-XIX”, en Francisco CHACÓN y Joan BESTARD (dirs.). *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*, Cátedra, Madrid, 2011, p. 337.

⁷ Concha CASADO LOBATO, “Artesanía popular leonesa: la alfarería de Jiménez de Jamuz” en *Tierras de León*, XIX, nº 36-37, 1979, pp. 111-121.

⁸ Jan DE VRIES. *La urbanización de Europa 1500-1800*, Crítica, Barcelona, 1987, p. 279.

consecuencia del desmesurado número de alfareros en Jiménez de Jamuz⁹, lo que hacía ya inviable el incremento de alfares en esta pequeña localidad leonesa. Una vez que algunos individuos optan por emprender la senda emigratoria, aparece el interrogante de dónde establecerse. Aquí, entra en acción el otro factor, el de la atracción y parece evidente, que las oportunidades eran más amplias en un entorno urbano que en uno rural, y en particular en aquellas ciudades, como Zamora, en las que la actividad alfarera era residual.

A los factores apuntados cabe añadir el que denominaremos “efecto llamada”¹⁰. El protagonista principal de este agente iba a ser el pionero de todos ellos, José Valderías, ya que la llegada de los siguientes alfareros –Antonio Cabañas y Alonso de las Casas– se la podríamos imputar al asentamiento inicial de éste. Éstos y otros posteriores, posiblemente conocedores del vacío existente en la ciudad de Zamora de este tipo de artesanos, deciden emprender el camino hasta esta ciudad, estableciéndose no en un lugar cualquiera de la misma sino en el mismo arrabal en el que residía el supuesto informante.

EL CLAN DE “LOS CABAÑAS”

El patriarca inicial de la saga en Zamora iba a ser Antonio Cabañas Prieto, hijo de José y Ana, que contrae matrimonio, a la edad de veintidós años, en su localidad natal el quince de enero de 1733 con Águeda Vivas Pérez, paisana suya, que tenía en el momento del enlace matrimonial veinticuatro años. Los bienes que aportan ambos cónyuges al matrimonio, tal y como manifiesta Antonio en el testamento que escritura en 1768¹¹, tenían una valoración aproximada de cuatrocientos cincuenta reales, si bien en el testamento que ella otorga en 1772¹² manifiesta que, en el momento de casarse, ambos eran “pobres”.

A su llegada a Olivares, el hogar de Antonio estaba formado por el matrimonio y cuatro hijos –Lázaro, Benito, José Ramón y Bernarda Antonia–, todos ellos nacidos en Pozoantiguo, ya que su primogénita –Escolástica–, nacida en Jiménez de Jamuz, había fallecido prematuramente.

Fijan su residencia inicial, en régimen de arrendamiento, en una casa ubicada en la calle Larga, propiedad de Manuel Treitiño, al que le abonan una renta anual de treinta y ocho reales. Posteriormente adquieren una vivienda en la calle Nueva en la que este matrimonio permanecerá hasta el final de sus días.

Los tres hijos varones de Antonio iban a ejercer de alfareros en Olivares, mientras que su hija Bernarda Antonia no iba a dar continuidad a la tradición familiar, puesto que su primer cónyuge, Francisco Vidal, ejercía de tejero, y el segundo, Manuel Francisco Tascón, era hortelano.

Lázaro, que se casa en agosto de 1754, será el primero en abandonar el hogar paterno. Su cónyuge, Manuela, era hija del alfarero José Valderías. Este primer enlace, entre vástagos de alfareros, será el que dé inicio el sistema endogámico de matrimonios entre descendientes de los alfareros asentados en el arrabal de Olivares.

Lázaro, que accede al matrimonio a la temprana edad de diecinueve años, iba a ser propietario de su propio alfar, en el cual se iba a ejercitar como aprendiz su cuñado Gregorio Valderías. Posiblemente, la relación de maestro y aprendiz, además de su nexo de parentesco, llevó a ambos individuos a mantener una estrecha relación que se pone de manifiesto, pocos años

⁹ Según las RR.GG. del Catastro de Ensenada, esta localidad tiene un total de 72 vecinos, de los cuales 42 son alfareros.

¹⁰ “El «efecto llamada», el reclamo de familiares y paisanos, efectuado por los emigrantes pioneros que desde el destino informan a los que quedaron en el origen, animándoles con su experiencia a emigrar y ofreciéndoles ayuda en el destino.” Rocío GARCÍA ABAD. “Las redes migratorias entre el origen y la Ría de Bilbao a finales del siglo XIX: una aproximación metodológica”, *Revista de Demografía Histórica*, XX, I, 2002, segunda época, pp. 21-51, p. 27.

¹¹ A.H.P.Za. Notariales. Leg. 2.159, fols. 298-r y ss. Año 1768.

¹² A.H.P.Za. Notariales. Leg. 2.163, fols. 62-r y ss. Año 1772.

después, cuando ambos hacen un frente común contra José Valderías, suegro y padre respectivamente, como consecuencia de las desavenencias surgidas en torno a la herencia de la esposa de éste. El conflicto se salda con una escritura de apartamiento¹³ por la que Lázaro, en representación de su esposa, y Gregorio reconocen que la legítima materna, que les correspondía por la muerte de Isabel de las Casas, era correcta y ajustada a derecho.

Lázaro, en compañía de su cónyuge, abandona el arrabal para asentarse en Talavera de la Reina, dejando a su único hijo, Benito, en compañía de sus abuelos paternos. Todos los componentes de este hogar van a desaparecer sin que ninguno diera continuidad al trabajo alfarero.

Benito será el segundo en abandonar el hogar paterno. Contrae matrimonio, el doce de noviembre de 1760, con Ángela María Martín Rodríguez, natural de Olivares e hija de un tejedor. Fruto de este matrimonio iban a nacer siete hijos: Alonso, Bernarda, Atilana, Manuela, Antonio, Ángela y Josefa María.

Al igual que su progenitor, Benito Cabañas iba a ejercer de alfarero y como tal figura en los censos de 1768 y 1770. En el último de éstos, junto a su mujer y su dos hijos, aparece un quinto integrante del hogar, se trata de un criado, Luis de las Casas, hijo del también alfarero Alonso de las Casas. Se repite, al igual que sucede en el alfar de su hermano, que los hijos de los alfareros realizan su aprendizaje, o al menos una parte del mismo, en los alfares ajenos a los de sus progenitores.

Después del fallecimiento de su esposa, Benito contrae segundas nupcias, el diecinueve de junio de 1776 en la parroquia zamorana de San Antolín, con Alfonsa Emperaile García, hija de un panadero, vecino de la mencionada parroquia. Fruto de este segundo matrimonio nacerán cinco hijos, aunque todos ellos, excepto José Toribio, van a fallecer siendo aún párvulos.

En el momento de su muerte, que tiene lugar en junio de 1801 como consecuencia de un ataque de apoplejía, tan sólo sobreviven dos hijos¹⁴: Antonio, hijo del primer matrimonio; y José Toribio, hijo del segundo. Ambos ya estaban casados en esta fecha, y al igual que su padre, iban a ejercer como alfareros contribuyendo así a dar continuidad a la tradición ocupacional de la familia.

A partir de la documentación procedente de la revisión del Catastro conocemos que su casa se encontraba ubicada en la calle Cerrada de las Campanas, la cual había recibido en herencia de su suegro. Un patrimonio que paulatinamente fue incrementando de forma sustancial: de una parte, a través de herencias recibidas; y de otra, a partir de las compras efectuadas en el transcurso de su vida. La singularidad de habitar una vivienda en esta calle, en la que tenía establecido su alfar, no es insustancial, pues a partir de este individuo, el asentamiento de los descendientes de los Cabañas en esta calle va a perdurar hasta el primer tercio del siglo XX. En 1899, el Ayuntamiento para honrar a uno de los descendientes de esta Saga, acuerda cambiar la denominación de la calle¹⁵, la cual pasará a denominarse “Lucas Cabañas”, denominación que aún se mantiene.

¹³ A.H.P.Za. Notariales. Leg. 2.777, fols. 323-r y ss. Año 1760.

¹⁴ En el testamento, que otorga el 8 de octubre de 1799, especifica que ha entregado a su hijo Antonio la legítima materna y como anticipo de la paterna le tiene entregados 3.000 reales, cantidad que posiblemente hiciera efectiva en el momento en el que éste contrajo matrimonio. Respecto a la legítima del otro hijo, José, no figura referencia alguna, lo cual se explica porque en el tiempo de escriturarse este documento aún no había contraído matrimonio, y por ser menor de 25 años nombró a su esposa, Ildefonsa Emperaile, como su tutora y curadora. A.H.P.Za. Notariales. Leg. 2.788, fols. 760-r y ss. Año 1799.

¹⁵ A.H.P.Za. Secc. Municipal, L.A. n° 258, fol. 346-v (sesión del 6 de noviembre de 1899). “Homenaje al exconcejal Don Lucas Cabañas. De conformidad con la proposición de varios señores concejales, admitida en sesión de 16 de octubre pasado y con la propuesta acerca de la misma por la Comisión de Hacienda y el Ayuntamiento acordó en justo homenaje al que en vida fue digno y celoso concejal y honrado ciudadano, Don Lucas Cabañas, conceder a la

Benito será el primero de los Cabañas que iba a desempeñar un cargo público. En 1780 es nombrado “alcalde de barrio” del arrabal¹⁶, un empleo que también iban a ostentar en años posteriores otros descendientes del “clan” —Antonio Cabañas, Diego Cabañas, José Cabañas, (...), e incluso el aludido Lucas Cabañas —.

Bernarda será la siguiente en emanciparse, lo hará al contraer matrimonio el veintiséis de noviembre de 1763 con Francisco Vidal Gregorio, de oficio tejero. Este matrimonio, entre descendientes que provienen de hogares alfareros y tejeros, va a significar el punto de concordia inicial entre los representantes de los dos colectivos artesanales con mayor arraigo en el arrabal durante los siglos XVIII y XIX.

Viuda de su primer marido contrae segundas nupcias, el doce de agosto de 1769, con Francisco Tascón González —hortelano—. Sus descendientes: tres hijas de su primer enlace matrimonial; y dos del segundo, van a permanecer ajenos al mundo alfarero, pues los dos que alcanzan la edad de adultos —Ignacia y Cipriano— no van a tener relación alguna con el mundo alfarero.

José Ramón, el menor de los hijos de Antonio Cabañas, se casa el tres de junio de 1767 con Águeda Martín Rodríguez, hija de un tejedor del arrabal y hermana de la esposa de su hermano Benito. Siguiendo con la tradición familiar ejerce también como alfarero en Olivares, aunque ninguno de sus descendientes, todas mujeres, darán continuidad al oficio.

En los alfares de los Cabañas, como ya hemos apuntado anteriormente, ejercieron su aprendizaje algunos miembros de otros clanes alfareros —Gregorio Valderías y Luis de las Casas— y, también trabajaron en ellos, en calidad de criados, otros individuos, algunos de los cuales, como es el caso de Isidoro Paredes, terminaron emparentando con integrantes del clan.

La incorporación de criados, integrándose en los alfares, constituye una de las pocas vías de permeabilidad del clan. El mencionado Isidoro Paredes, natural de Burgos, se casa en septiembre de 1770 con Escolástica Vivas Hernández, sobrina de Antonio Cabañas. Otra admisión es la que protagoniza José Romeo, natural de la localidad zaragozana de Villafeliche, que en julio de 1819 contrae matrimonio con Alfonsa Ignacia Cabañas Juárez.

&&&

Los integrantes de la segunda generación del clan, los nietos de Antonio Cabañas Prieto, nacen todos ellos en Olivares. Los continuadores de la tradición alfarera serán: Antonio y José Toribio, ambos hijos de Benito y de sus dos respectivas mujeres. Antonio, nacido del primer matrimonio con Ángela Martín, y José Toribio hijo de su segunda esposa, Ildefonsa Emperale.

Antonio Cabañas Martín contrae matrimonio, en julio de 1791, con Josefa Silva San Martín, vecina del arrabal de San Lázaro. Fruto de esta unión conyugal nacerán siete vástagos, aunque tan sólo sobreviven tres —Diego, Bernarda y Nicolasa—, mientras que el resto fallecen siendo aún párvulos.

La situación económica de este alfarero debió de ser bastante holgada. Además de las compras de tierras que efectúa, con frecuencia lo encontramos ejerciendo como fiador de diferentes personas, en su mayoría relacionadas con la comunidad alfarera, lo que viene a sumar un eslabón más a la tupida red social que se teje en el seno del colectivo alfarero de Olivares.

Su oficio iba a encontrar continuador en la persona de su hijo Diego. Por lo que se refiere a sus hijas: Bernarda, contraerá matrimonio con Juan Antonio Martín de la Iglesia, hijo y

memoria de éste, una sepultura en propiedad con todos los gastos anejos; y dar el nombre de “Lucas Cabañas” a la calle Campanas del barrio de Olivares”.

¹⁶ A.H.P.Za. Secc. Municipal, L.A. n° 152, fol. 189-r [sesión del 31 de diciembre de 1779].

nieto de tejeros, ocupación que el mismo llegará a desempeñar; mientras que Nicolasa se casará con Benito Sobrino, molinero. La solvente situación de esta familia se ve refrendada en los matrimonios que contraen sus vástagos, ya que todos los tres van a emparentar con descendientes de familias de una posición socio-económica muy acomodada.

Antonio muere en 1833. Su esposa, Josefa, vivirá a partir de esta anualidad, y hasta su fallecimiento en 1837, en el hogar de su hija Nicolasa, a la que en su testamento¹⁷ mejora en el tercio y el quinto de sus bienes.

José Toribio Cabañas Emperaile, hermanastro del anterior, se casa en noviembre de 1800 con Manuela Juárez Vidal, natural, al igual que su cuñada, del arrabal de San Lázaro. Esta pareja iba a tener una numerosa descendencia, diez hijos, tres de los cuales fallecen siendo párvulos y un cuarto durante su etapa de juventud. En cuanto a los seis que alcanzan la edad de adultos, nos consta que dos de ellos —Diego y José Pablo— dan continuidad a la tradición ocupacional el “clan”, y que una de sus hijas —Alfonsa Ignacia— se casa con el también alfarero José Romeo Pascual, por lo que ésta también contribuye a dar continuidad a la actividad artesanal familiar.

José Toribio muere en diciembre de 1837, mientras que su esposa había fallecido el veintiuno de enero de 1836.

&&&

En la última década de la primera mitad del siglo decimonónico encontramos como titulares de alfares, según se observa en el padrón confeccionado en 1842, a los integrantes de la tercera generación de la saga: Diego Cabañas Silva y sus primos, José Pablo y Diego Cabañas Juárez. Además de éstos, también figura como alfarero el mencionado José Romeo Pascual. Los titulares de esta generación encarnan el establecimiento centenario de la saga Cabañas en el arrabal zamorano.

Diego Cabañas Silva contrae matrimonio, en agosto de 1816, con Ignacia Martín Valencia, natural de Olivares e hija de Esteban Martín —labrador— y Juana Valencia. Un enlace que se vio truncado en poco más de un lustro, pues ella fallece en julio de 1823. Fruto de este enlace matrimonial nacerán tres hijos: Ildefonso, Vicenta y Benito, aunque ninguno de ellos ejercerá el oficio de su progenitor. Diego se casa en segundas nupcias con Isabel Martínez, con la que llega a tener una abundante prole, seis hijos y cuatro hijas. De ellos, cuatro —Juan de Mata, Jacinto Saturnino, Benito y Agustín— acabarán ejerciendo el oficio de alfarero, por lo que la contribución de sus descendientes a la tradición alfarera familiar la podemos calificar de sobresaliente.

Su familia habita durante bastante tiempo en la vivienda que sus ancestros poseían en la calle Cerrada de las Campanas, pero en 1835 permuta la misma por otra ubicada en la calle Larga, cuyos propietarios eran el matrimonio formado por José Alonso y Manuela Fernández Cabañas, biznieta, al igual que Diego, del primer Cabañas, Antonio Cabañas Prieto. Esta operación de trueque, así como otras de compra venta, era una práctica habitual entre los integrantes del clan, la cual, en no pocas ocasiones, se hacía extensible también al resto de hogares alfareros. Por lo tanto, las transacciones comerciales de los bienes raíces de los alfareros zamoranos se solían circunscribir al interior de la propia comunidad artesanal.

Diego e Isabel otorgan, en enero de 1842, un testamento conjunto¹⁸, lo cual era bastante inusual, pues lo habitual era que cada persona otorgase un testamento individual. Él fallece,

¹⁷ A.H.P.Za. Notariales. Leg. 2.924, fols. 87-r y ss. Año 1837.

¹⁸ Hemos localizado para la población del arrabal un total de 354 testamentos, de los cuales, 22 son conjuntos, lo que arroja un porcentaje de un 6,2 por ciento.

víctima del cólera, en agosto 1855, mientras que su esposa morirá casi una década después, en abril de 1864.

Diego Cabañas Juárez, hijo de José Toribio y Manuela, se casa en la parroquia de San Lázaro en septiembre de 1830 con Gerónima Pérez Prada. Estos consortes tendrán una docena de hijos, aunque la mitad fallece siendo aún párvulos. Los seis supervivientes, cinco mujeres y un hombre, contraen todos ellos matrimonio en Olivares, aunque tan sólo permanecerán viviendo en el arrabal tres de ellos: Josefa y Gregoria, que se casan con sendos alfareros¹⁹, y Lucas, que será el continuador más destacado del clan alfarero de los Cabañas.

Aunque su aportación al matrimonio, tal y como manifiesta en su testamento, fue nula, su actividad laboral le debió reportar unos ingresos importantes, pues nos consta que adquiere diferentes inmuebles en el propio arrabal. El motivo que le impulsó a la compra de varias casas pudo ser el deseo de concentrar de nuevo la casa taller de sus progenitores, la cual, a la muerte de éstos, se había fraccionado en cuatro partes que habían heredado sus hijos. Así, en 1844²⁰ compra dos partes de la antigua casa paterna a sus hermanos José y Antonia, culminando su operación en 1852, año en el que adquiere la tercera parte que le restaba a su hermano Silvestre.

Diego muere en 1864 como consecuencia de una afección pulmonar, y esposa fallecería dos años más tarde, víctima de una pulmonía.

Este alfarero va a encarnar el paradigma de la solidaridad familiar, tal y como detallaremos a continuación, la cual se manifestará como una de las características clave para el mantenimiento y el sostenimiento de los Cabañas.

José Pablo Cabañas Juárez, al igual que su hermano mayor, se casa —en diciembre de 1841— con una vecina el arrabal del San Lázaro, María Florentina Matilla García. Fruto de este matrimonio nacerán once vástagos. Al menos seis de ellos alcanzan la etapa de adultos, aunque de éstos, tan sólo uno, Manuel, dará continuidad a la tradición alfarera familiar. Ni su hermano Prudencio, ni sus hermanas iban a tener relación ocupacional alguna con la alfarería.

A los pocos años de casarse adquiere dos casas: una, en 1845; y la otra, en 1847. La compra de éstas no tendría mayor trascendencia si no fuera porque ambos propietarios eran integrantes del “clan”. La primera, se la compró al matrimonio formado por José Alonso Alonso y Manuela Fernández Cabañas, los cuales se la habían adquirido a su hermano, Diego Cabañas Juárez. Los propietarios de la segunda casa, adquirida en 1847, eran Tomás Pastor y su esposa Bernarda Cabañas Silva —prima de José Pablo—, los cuales se habían hecho propietarios de la misma mediante un trueque con Benito Sobrino y su esposa, Nicolasa Cabañas Silva —hermana de Bernarda e igualmente prima de José Pablo—. Esta serie de operaciones comerciales, como apuntábamos anteriormente, entre los integrantes de la red parental de los Cabañas fue una constante que iba a perdurar durante los dos siglos de existencia del “clan” en Olivares.

El segundo lustro de la década de los años cuarenta fue una etapa de solvencia económica para este alfarero y su familia. Sin embargo, la siguiente década tuvo un signo totalmente opuesto. Sus dificultades económicas le llevan a solicitar en 1855 dos préstamos: uno, por un importe de tres mil reales, para remediar “sus urgencias”; y el otro, de mil ciento setenta reales “para remedio de su casa”. No obstante, estos empréstitos no debieron surtir los efectos deseados, y un año después, se ve abocado a poner en venta su casa.

La operación de compra venta de la misma que era, al unísono, centro de trabajo y residencia familiar, va a poner de manifiesto la solidaridad imperante en el seno del clan. El veintisiete de octubre de 1856 se escritura el documento de venta de la casa-taller, cuyo

¹⁹ Josefa contrae matrimonio con Andrés Antón Martín, mientras que Gregoria lo hará con Luis Bruno Pereira. Ambos individuos figuran como alfareros en el Censo de 1860.

²⁰ A.H.P.Za. Notariales. Leg. 8.113, fols. 21-r y ss. Año 1760.

comprador fue su hermano Diego Cabañas; el importe de la operación se cifra en seis mil reales. Ese mismo día, Diego, arrienda el bien adquirido mediante otra escritura notarial a su yerno, Juan Núñez, y éste se la entrega en usufructo a su tío, y anterior propietario, José Pablo Cabañas, al tiempo que se compromete a entregarle un salario, a él y a su esposa María Florentina, para que continúen ejerciendo la actividad alfarera en el taller que había sido de su propiedad²¹.

Esta compleja operación de compra, arrendamiento, cesión y contratación sirvió para mitigar la caótica situación económica del hogar de José Pablo. Algunos años después, en 1859, éste recompra a su hermano Diego la casa que le había vendido, si bien ahora la adquiere por la mitad del precio —3.000 reales—. Así, su hermano, en otra demostración de solidaridad familiar, accede a venderle la casa-taller por la mitad de lo que él le había pagado tres años antes.

No obstante, y a pesar de las ayudas familiares, este alfarero no llegó a sortear nunca sus penurias económicas. Tres meses antes de fallecer, vende a su hijo Prudencio la casa en la que habita con la condición de mantener el usufructo de la misma mientras viva. Además, en la escritura de obligación que otorga a su hijo, once días después de escriturarse la venta de la casa, éste se compromete a dispensarle los cuidados y la alimentación que precise, amén de entregarle los primeros días de cada mes y hasta el momento de su muerte, la cantidad de quince pesetas.

&&&

En el primer recuento de población de la segunda mitad del siglo decimonónico —1860— figuran como nuevos alfareros, integrantes del “clan”, los siguientes individuos: Juan Cabañas Martín y, su hermanastro, Jacinto Saturnino Cabañas Martínez, ambos hijos de Diego Cabañas Juárez; Luis Bruno Pereira y Andrés Antón Martín, esposos respectivamente de las hermanas Gregoria y Josefa Cabañas Pérez; y, por último, Miguel Cerrón Prada, casado con Mónica Tomasa Romeo Cabañas.

Con esta importante representación, “los Cabañas” se iban a garantizar su presencia en Olivares durante las décadas siguientes. Una presencia que fue efectiva, tal y como hemos podido constatar a través de los diferentes censos que se elaboran en la segunda mitad del siglo. Si bien la trayectoria de la genealogía comienza a bifurcarse en múltiples ramas, aunque en una buena parte de las mismas, el apellido “Cabañas” queda relegado a unas posiciones que desaparece de la información documental. No obstante, la metodología genealógica de reconstrucción familiar empleada nos ha permitido verificar el seguimiento de la totalidad de los integrantes del clan que ejercieron como alfareros en el arrabal zamorano hasta la desaparición de esta actividad artesanal.

Sin embargo, no disponemos del espacio suficiente para reseñar los datos biográficos y la trayectoria socio-ocupacional de todos y cada uno de los integrantes de los Cabañas en el último tercio del siglo XIX y el primero del siglo XX. Por ello, para concluir el análisis individualizado de sus integrantes nos centraremos tan sólo en la figura de Lucas Cabañas Pérez, el alfarero más “insigne” del clan en su trayectoria histórica en la ciudad de Zamora.

Lucas²² Cabañas Pérez, hijo de Diego y Gerónima, nace en Olivares el once de febrero de 1838. En julio de 1867 contrae matrimonio con Ángela Rábano Blas, natural de la localidad zamorana de San Cebrián de Castro, aunque su madre —Francisca— y sus abuelos maternos —

²¹ “La propiedad, hoy día un bien material que enlaza a individuos a través del mecanismo algo impersonal del mercado, era en la sociedad preindustrial una institución para asegurar la cohesión de un conjunto de personas que reconocían alguna obligación de solidaridad entre ellas.” James CASEY, “La conflictividad en el seno de la familia”, *Estudis. Revista de Historia Moderna*, nº 22, 1996, p. 9.

²² Aunque pueda ser interpretado como anecdótico, aunque no exento de significado, el que a este descendiente se le impusiera el nombre de Lucas —lo encontramos en 1752 en Jiménez de Jamuz y nunca antes se había utilizado en el arrabal de Olivares—, lo que viene a demostrar que en la “memoria colectiva” del clan se mantienen latentes las raíces familiares de sus ancestros jiminiegos.

Tomás y Andrea— eran naturales del propio arrabal. Fruto de este enlace matrimonial iban a nacer diez hijos, sin embargo, ninguno de ellos alcanzará la adolescencia, pues todos fallecen prematuramente. Lucas iba a quedar viudo el treinta y uno de agosto de 1885, fecha en la que fallece su esposa Ángela, víctima del cólera. Dos años más tarde, contrae segundas nupcias con Decorosa María Bernardino Venayas, natural de Tapioles (Zamora), aunque era vecina del arrabal de San Frontis. Fruto de este segundo matrimonio nacerán cinco hijos, aunque tan sólo tres de ellos logran sobrevivir.

Figura 2. Decorosa María Bernardino Venayas, segunda esposa de Lucas Cabaña



Lucas, continuador de la tradición alfarera familiar, amén de su ocupación artesanal también tuvo un destacado “protagonismo político”, ya que llegó a ejercer como concejal en el consistorio zamorano²³. Además de concejal, había ocupado con anterioridad el cargo de “alcalde de barrio”, empleo que como hemos señalado también habían desempeñado otros integrantes del clan familiar.

Lucas, que había quedado de nuevo viudo en diciembre de 1898, fallece el tres de octubre de 1899.

A MODO DE CONCLUSIÓN FINAL

Desde su asentamiento en el arrabal de Olivares, en la primera mitad del Setecientos, hasta su desaparición, sobrepasado el primer tercio del Novecientos, los diferentes miembros, así como sus respectivas familias, que integran el “clan de los Cabañas” son transmisores y herederos de unas pautas de comportamiento, tanto en el ámbito socio-familiar como en el ocupacional, que sirvieron de base y garantizaron la supervivencia del clan familiar. El devenir histórico de los “Cabañas” no se puede disociar de la actividad alfarera de Olivares, y aunque la cerámica que un día salió de los alfares zamoranos del pequeño arrabal de Olivares no fue un monopolio de esta saga familiar, resultaría imposible analizar y explicar la evolución de esta actividad artesanal al margen de los integrantes de las familias de los Cabañas.

El análisis y el estudio circunscrito a un clan específico, el que nos ocupa de los Cabañas, no supone que el mismo sea una observación diferenciada y exclusiva, es tan sólo una

²³ A.H.P.Za. Secc. Municipal, L.A. n° 243, fol. 91-v. Año 1884. Figura, junto a otros miembros de la Corporación Municipal, encargado del área de paseos y montes.

aplicación metodológica, cuya finalidad nos ha servido para aproximarnos al conocimiento de una comunidad artesanal integrada por una pluralidad de familias. Así, los comportamientos y las señas de identidad de este linaje familiar son susceptibles de extrapolarse al resto de familias que constituían la histórica comunidad socio ocupacional de los alfareros zamoranos.

Durante la sucesión descriptiva de la genealogía familiar de “los Cabañas” ya hemos mencionado algunos de los rasgos más definitorios y determinantes. Ahora, tan sólo vamos a enfatizar aquellos que consideramos más significativos.

Así, queremos resaltar el carácter cerrado de la comunidad alfarera, la permeabilidad del aprendizaje de este oficio era muy escasa, y tan sólo iba a ser sorteada por unos pocos individuos que eran incorporados como criados a los diferentes alfares. Una admisión, que en un principio tiene un carácter estrictamente profesional, y que posteriormente, en un buen número de casos, acaban formando parte de las familias que integran la comunidad alfarera²⁴.

Aunque los alfareros constituyesen una “comunidad cerrada”, ello no supone que su comportamiento social, en su entorno vecinal inmediato, fuese de aislamiento, pues su compromiso y su participación en la cotidianidad vecinal fue equiparable a la del resto de las familias asentadas en el arrabal de Olivares. Los Cabañas, así como el resto de los integrantes de las familias alfareras, participan de una forma activa en el arrabal, tanto en las organizaciones sociales, ocupando el cargo de “alcalde de barrio”, como en las eclesiásticas, ejerciendo como “mayordomos” de las cofradías que existían en la parroquia del arrabal. En cuanto a las relaciones socio-ocupacionales con otros oficios artesanales, destacar que las más estrechas las mantienen con los tejeros, otro colectivo con una dilatada trayectoria, similar a la de los alfareros, en el arrabal zamorano.

En el plano demográfico es evidente la existencia de una estrategia concebida en el seno de estas familias. En los años iniciales de su asentamiento la estrategia de las primeras familias alfareras, cuando el número de éstas era exiguo, se basaba en que sus descendientes contrajesen matrimonios entre sí. Con posterioridad, cuando su número aumenta y la estabilidad económica de las mismas está consolidada, la estrategia matrimonial se relaja, aunque nunca llega a desaparecer de una forma total. En esta segunda fase, garantizado el concierto matrimonial entre los descendientes de las diferentes familias de alfareros, observamos un aumento significativo en el número de descendientes que resultan de estas familias

En la segunda mitad del Setecientos el número de vástagos en los hogares alfareros, salvo excepciones, no superaba los seis. A partir del primer tercio del siglo decimonónico, y hasta alcanzar el mismo tercio del Novecientos, el número de hijos en los hogares alfareros alcanza con facilidad la decena. Es evidente que esta abundante descendencia sólo fue posible cuando la economía de estos hogares estaba asentada sobre unas bases sólidas y seguras, lo que iba a permitir que optaran por una estrategia vinculada a una abundante descendencia. El elevado número de descendientes, que siempre se iba a ver diezmado por las diferentes crisis de mortalidad, suponía una garantía de continuidad de la tradición familiar alfarera.

Por último, tan sólo nos resta apuntar la hipótesis que explicaría la desaparición de este clan alfarero, así como del resto de las familias alfareras del arrabal zamorano, ya que esta investigación no ha concluido y, por ende, no podemos aseverar las causas finales y definitivas.

²⁴ “Cada oficio tenía su propia cultura, entendida como el conjunto de habilidades y secretos de su trabajo, transmitidos de generación en generación”: Peter BURKE, *La cultura popular en la Europa Moderna*. Alianza Editorial, Madrid, 1996, p. 78.

La actividad productiva alfarera de Olivares mantuvo durante toda su existencia, una estructura propia del Antiguo Régimen²⁵, más próxima a un sistema gremial del Medievo que al que surge de la tardía Revolución Industrial española. Las bases de este sistema no evolucionaron, y aunque durante años sirvieron para garantizar la subsistencia familiar, llegado el siglo XX, las mismas comienzan a dar síntomas de agotamiento. Su incapacidad para mantener su cuota de mercado y competir con productos más novedosos y de un menor coste de producción, propició que los descendientes del clan familiar abandonasen paulatinamente la tradición ocupacional de sus ancestros y vehiculasen su futuro ocupacional a otras actividades económicas, de tal forma que la alfarería de Olivares desaparece por un efecto de inanición.

²⁵ “Pese a los impresionantes progresos del nuevo capitalismo, entre 1848 y 1914 la agricultura, el suelo urbano y las manufacturas para el consumo siguieron aportando las bases materiales fundamentales de los *anciens régimes* europeos” en Arno J. MAYER. *La persistencia del Antiguo Régimen*, Alianza Editorial, Madrid, 1981, p. 27

PRÁCTICAS FAMILIARES Y RELACIONES SOCIALES EN EL MUNDO RURAL: TORRE DE DON MIGUEL EN LA SEGUNDA MITAD DEL S. XVIII

M^a Ángeles Hernández Bermejo

Universidad de Extremadura

INTRODUCCIÓN

Este trabajo forma parte de un proyecto en el que abordamos, en un contexto espacial más amplio, el estudio de una comarca situada al norte de la provincia de Cáceres, conocida como Sierra de Gata¹. Se trata de una línea de trabajo que nos llevó en primera instancia al vaciado de los registros de matrimonio correspondientes a varios núcleos de población ubicados en esta zona, lo que nos ha permitido avanzar en el conocimiento de la nupcialidad y de modo particular de los niveles de endogamia y exogamia observados en estas comunidades.²

El siguiente paso nos ha llevado a la explotación de los registros notariales, con el objeto de identificar el comportamiento de los protagonistas del ciclo vital, en especial en los momentos clave del ciclo familiar, es decir su formación y disolución, un procedimiento que ya habíamos tenido ocasión de aplicar en otros trabajos sobre núcleos urbanos o semiurbanos, como la villa de Cáceres o la ciudad de Plasencia, en un marco temporal más extenso³.

En esta ocasión, nuestro propósito ha sido analizar los mecanismos utilizados por las familias que vivieron en Torre de Don Miguel, un pequeño núcleo de población situado en esta comarca del norte de Extremadura, para adaptar el sistema igualitario de transmisión de bienes a sus necesidades y preferencias, en un marco temporal que se corresponde con el tercer cuarto del siglo XVIII.⁴

La consulta y vaciado de los registros notariales, nos ha permitido confirmar algo que ya habíamos podido percibir en un anterior trabajo: la práctica inexistencia de escrituras de dote, así como de inventarios *post-mortem* o partijas de bienes⁵. Es muy probable que la corta entidad de los bienes existentes y el deseo de evitar un gasto considerado innecesario, hizo que los vecinos de estos núcleos de población no acudieran al escribano y prefiriesen recurrir en ocasiones a realizar memorias e inventarios de carácter privado, tal como se refleja en algunas de las escrituras de

¹ El trabajo se inscribe dentro del proyecto coordinado *Ciclo vital, familias y comunidades en el ocaso del comunitarismo. Crisis y adaptaciones del mundo rural hispano en una época de cambio. Extremadura (1700-1868)*. MEC. Ref. HAR 2101-21325-C05-04. Ha contado además con el apoyo del GEHSOMP.

² M^a Ángeles HERNÁNDEZ BERMEJO y Mercedes SANTILLANA PÉREZ, "Parentesco y consanguinidad en la Extremadura rural a finales del Antiguo Régimen", comunicación presentada al X Congreso de la Asociación de Demografía Histórica. Albacete, 2013. En prensa.

³ M^a Ángeles HERNÁNDEZ BERMEJO.: *La familia extremeña en la Edad Moderna*. Badajoz. Diputación provincial. 1990. M^a Ángeles HERNÁNDEZ BERMEJO. y Mercedes SANTILLANA PEREZ, "Familias y estrategias de transmisión patrimonial en Extremadura: la ciudad de Plasencia en el siglo XVIII", en *Familias, recursos humanos y vida material*, Universidad de Murcia, Murcia. 2014.

⁴ Para ello hemos procedido al vaciado sistemático de los registros notariales pertenecientes a Torre de Don Miguel entre los años 1750 y 1775, con el objeto de localizar las escrituras de dote, donaciones y testamentos, así como algunos otros tipos documentales que nos pudieran proporcionar información de interés.

⁵ Los núcleos analizados fueron Torre de Don Miguel y Valverde del Fresno y los protocolos correspondientes a ambos entre 1700 y 1730. Vid.: M^a Ángeles HERNÁNDEZ BERMEJO y Mercedes SANTILLANA PEREZ, "Parentesco y consanguinidad [...]". Op. cit.

testamento manejadas⁶. De manera que sólo hemos podido conocer de manera indirecta la información relativa a la configuración de los patrimonios disponibles, tanto en el momento de formación de nuevas familias, como a la hora de proceder al reparto y transmisión de los bienes tras la muerte de los padres, basándonos en los testamentos⁷.

Esto ha supuesto una importante limitación a la hora de determinar el proceso de adquisición y transmisión de bienes por parte de estas familias y ha convertido a las escrituras de testamento en la base fundamental para la realización de este trabajo, una fuente cuyas potencialidades no es necesario recordar aquí pues son de sobra conocidas. Gracias a ellos, y dado que contamos con una muestra suficientemente representativa⁸, hemos podido conocer de qué manera se materializó en la práctica el sistema de transmisión de bienes en este medio rural y en qué medida, a pesar del marco normativo y legal que obligaba a la división igualitaria en el sistema de herencia castellano, estas familias hicieron uso de una serie de mecanismos para adaptarlo a sus necesidades y controlar -de forma muy precisa en ocasiones- el destino de los bienes, marcando ciertas diferencias entre los distintos componentes de la unidad familiar.

CONFIGURACIÓN Y TRANSMISIÓN DEL PATRIMONIO FAMILIAR EN EL MUNDO RURAL

Como ha señalado Llorenç Ferrer y Alós, el acceso a los recursos por parte de las familias estaba determinado por diferentes variables que definían la producción de bienes, así como su consumo y transmisión. En las sociedades preindustriales y especialmente en el mundo rural, la dedicación agrícola era la que permitía fundamentalmente obtener bienes y servicios en mayor medida, aunque no fuera la única. A ello habría que añadir otros elementos como las capacidades individuales, la existencia de individuos y familias con mayor capacidad de negociación social y la existencia de prácticas legales⁹.

En cualquier caso, todos estos elementos harán que las familias desarrollen unas estrategias que les permitan optimizar su situación o evitar su degradación, teniendo en cuenta no sólo el acceso a los recursos sino otra serie de variables, tanto externas como internas que entran en juego.

Torre de Don Miguel, el núcleo sobre el que hemos centrado nuestro análisis, formaba parte de ese mundo rural y la mayoría de sus 240 vecinos, casi el 80%, desempeñaban actividades relacionadas con el sector agrario, tal como se refleja en las informaciones recogidas en el Catastro de Ensenada¹⁰, coincidiendo con lo observado en otros trabajos sobre esta misma zona¹¹. Por tanto, su estructura socio-profesional se caracterizaba, al igual que la de todos los

⁶ Prueba de ello es la declaración que Jerónimo Rodríguez Álvaro, casado en segundas nupcias, hizo en su testamento, en el que afirmó que los bienes que su mujer había aportado al matrimonio “constan de un inventario o memoria que se halla en mi poder firmada de mi letra y puño”. También en el testamento de María García, viuda, se aludía al “asiento o carta de dote” de los bienes entregados a una de sus hijas cuando contrajo matrimonio. Archivo Histórico Provincial de Cáceres. Protocolos notariales de Torre de Don Miguel. Leg. 521 y 522.

⁷ También las informaciones catastrales relativas a nuevas familias avecindadas en algunos de estos núcleos de población, proporcionan datos de interés en este sentido. Vid.: José Pablo BLANCO CARRASCO, “Notas sobre el matrimonio y el inicio de la vida familiar en el mundo rural extremeño del s. XVIII”, en M^a José PEREZ ALVAREZ y Laureano RUBIO PEREZ (eds), *Campo y campesinos en la España Moderna*, Fundación Española de Historia Moderna, Madrid, 2012, pp. 1066-1077.

⁸ La muestra total de escrituras con la que hemos trabajado está integrada por 172 testamentos.

⁹ Llorenç FERRER i ALOS, “Acceso y distribución de los medios de producción. Herencia y reproducción social”, en Francisco CHACON y Joan BESTARD (dirs), *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*. Madrid. Cátedra, 2011, pp. 255-324.

¹⁰ Archivo General de Simancas. CE RG L151.

¹¹ El término estaba constituido por 9.375 huebras de tierra de diferentes calidades cuya dedicación se concentraba en el cultivo de la vid, el olivo, castaños, regadío de linaza y hortalizas y frutales en huertas, siendo buena parte del término infructífero. Torre de Don Miguel tenía mancomunidad de pastos con otros pueblos vecinos como

núcleos circundantes, por la presencia mayoritaria de jornaleros y labradores. Por lo que se refiere a la actividad artesanal, ésta ocupaba al 12,5% de la población¹². También se empleaban los vecinos de esta villa en el servicio de siete molinos de aceite y un horno de pan, en los que trabajaban como jornaleros por temporada. No existía ninguna actividad comercial, sólo se celebraba un mercado semanal y tampoco había arrieros, aunque algún vecino realizase viajes de manera ocasional. Un tejido laboral que, como ha señalado J.P. Blanco estaba dominado por las dedicaciones agrarias y en el que el trabajo en el campo no solía tener un desempeño único¹³.

Quienes desempeñaban los oficios en el ayuntamiento, así como el procurador síndico, junto a un escribano, un médico, un maestro y preceptor de gramática, además del párroco, integraban una pequeña élite local, entre la que destacaba la familia Arias Camisón, que disfrutaba del título de hidalguía y controlaba la propiedad de buena parte de las tierras existentes en el término de la villa y otros colindantes y que utilizó la práctica endogámica como uno de los mecanismos para conservar y acrecentar su patrimonio y su posición¹⁴.

Teniendo en cuenta la estructura socio-profesional de la villa y las informaciones relativas a los recursos disponibles, hemos de considerar que las estrategias desarrolladas por la mayoría de estas familias serían adaptativas e implicarían la toma de decisiones que les afectaron a corto plazo, dado que sus recursos serían bastante limitados. Sólo en el caso de un número reducido de familias, el objetivo sería incrementar su poder social, económico y político dentro de la comunidad, es decir podríamos hablar de estrategias acumulativas¹⁵.

Matrimonio y herencia constituían los dos elementos fundamentales en la transmisión de la propiedad durante el periodo moderno. La formación de nuevas familias dependía de la posibilidad de disponer de los bienes necesarios para poder hacer frente a sus necesidades. Y la dote era sin duda la base fundamental sobre el que se basaba la constitución de estos patrimonios iniciales, especialmente en las zonas donde el modelo de residencia neo-local era dominante, a la que se sumaban las aportaciones realizadas por los varones. Aun cuando no disponemos de datos que nos permitan conocer la estructura de las familias de Torre de Don Miguel, si podemos suponer que al igual que en buena parte del territorio extremeño¹⁶, la familia nuclear era dominante y por tanto la residencia neo-local era lo habitual a la hora de iniciar la vida familiar por parte de las parejas recién casadas, de ahí la importancia que tenía el poder disponer de estos bienes.

A pesar de que no disponemos de informaciones precisas sobre la composición de las dotes otorgadas en Torre de Don Miguel, algunas de las declaraciones contenidas en los testamentos, nos permiten afirmar que, a diferencia de lo que era habitual en núcleos urbanos o semiurbanos, entre los bienes que se entregaron por esta vía a las jóvenes de la villa se incluyeron

Villasbuenas de Gata, Villa del Campo, Hernán Pérez y Cadalso. Respecto al ganado dos cortas pjaras de ganado cabrío, 8 ó 10 vacas, algunas pueras de cría y un hato de cabras. Unas 200 colmenas formaban parte también de su actividad agropecuaria.

¹² Estaba representada por 10 tejedores, 5 zapateros, 3 carpinteros, 3 boteros, 2 maestros de sastrer, 2 albéitares, 2 albarderos, 1 albañil, 1 herrero y 1 cerera.

¹³ José Pablo BLANCO CARRASCO, "Notas sobre el matrimonio [...]". Op. Cit. p. 1069.

¹⁴ M^a Ángeles HERNÁNDEZ BERMEJO y Mercedes SANTILLANA PEREZ, "Parentesco y consanguinidad [...]". Op. cit.

¹⁵ Llorenç FERRER i ALOS, "Acceso y distribución de los medios de producción [...]". Op. cit. p. 260.

¹⁶ Una realidad que ha podido constatar en otros trabajos relativos al estudio de la familia en nuestra región. M^a Ángeles HERNÁNDEZ BERMEJO, "Estructuras familiares y sistemas de transmisión patrimonial en Extremadura. La ciudad de Coria en el siglo XVIII", *Tierra y familia en la España meridional. Siglos XIII-XIX. Formas de organización doméstica y reproducción social*, Universidad de Murcia, Murcia, 1998. pp. 133-153. M^a Ángeles HERNÁNDEZ BERMEJO e Isabel TESTÓN NÚÑEZ, "La familia cacereña a finales del Antiguo Régimen", *Studia Histórica. Historia Moderna*, n^o 13, 1991, pp.143-158. José Pablo BLANCO CARRASCO, *Demografía, familia y sociedad en la Extremadura Moderna. 1500-1860*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 1999. pp. 287 y ss. Felícísimo GARCÍA BARRIGA, *Estructuras y dinámica familiar en La Extremadura del Antiguo Régimen*, Universidad de Extremadura, Cáceres, 2007. pp. 122 y ss.

bienes raíces. Es cierto que a menudo se trataba de pequeñas propiedades o participaciones en algunas de ellas, de viñedo, olivo, linares o huertos, junto a la ropa de uso cotidiano y enseres, pero aún así desempeñaban un papel importante, dado que en el medio rural la interrelación entre la tierra y la familia constituía un binomio en torno al cual giraba no solo la articulación o la estructura social sino también la formación y desarrollo de nuevas unidades familiares¹⁷.

En cualquier caso, los bienes dotales, escriturados o no, entregados a las jóvenes, así como los que eran aportados por los varones, constituían un anticipo de la herencia y sirvieron para hacer frente a las necesidades de la familia. No fueron pocos los maridos que reconocieron en su testamento el haber vendido o trocado algunos de ellos, haciendo uso del derecho que la ley les reconocía como administradores de estos bienes, aunque también expresaron su voluntad de que su valor le fuera restituido a sus mujeres en el momento de su fallecimiento. Una restitución que debía hacerse bien en dinero o por vía de compensación en la propiedad de algunos de los adquiridos durante el matrimonio.

Así lo declaró al testar Alonso Cansado en 1769: había vendido bienes dotales en hacienda raíz de su mujer María Chorrero por valor de 238 rs que debían serle compensados en la casa en que vivían y que habían adquirido durante el matrimonio. Sin embargo, en ocasiones la mujer renunciaba a estos bienes dotales que habían sido vendidos por su marido, por considerar que habían existido circunstancias en el transcurso de su vida matrimonial que lo justificaban. Francisca García Buesa, llevada casada más de treinta años con Benito Pacheco, y tenía cinco hijos, cuando al hacer testamento mandó que no se pidiera nada a su marido, a pesar de que había vendido un corral y una caballeriza que eran parte de su dote, por lo que había gastado en su larga enfermedad¹⁸.

En ocasiones, el disfrute de estas propiedades, a las que teóricamente deberían tener acceso al casarse, se dilataba en el tiempo y había que esperar a la muerte de los padres para que esta cesión se materializase. En 1774, Jerónimo de Mora mandó a su hijo Jerónimo cuatro poyos con diferentes olivos y algunas parras, en una heredad de su propiedad, en recompensa del usufructo de una huebra de olivar y tres cuarterones de viña que le correspondían como parte de los gananciales de su madre difunta, que debería haber percibido desde que contrajo matrimonio y que sin embargo había estado disfrutando su padre¹⁹.

Al igual que en otras muchas zonas del interior castellano, en Extremadura la dote se consideraba como un anticipo de la herencia y el valor de estos bienes se convertía en elemento de referencia para establecer la cuantía por la que debían ser compensados e igualados el resto de los herederos a la hora de establecer un reparto igualitario²⁰. A diferencia de lo que se solía ser habitual en algunos núcleos urbanos, como es el caso de la villa de Cáceres, los bienes recibidos, no se “traían a montón” sino que estos anticipos de la herencia, recibidos por diversas vías, eran descontados de la herencia que les correspondía e incluso en ocasiones, perdonados por los padres que expresaban su voluntad de que no se tuvieran en cuenta a la hora de hacer el reparto. En el testamento que otorgó Juan Gago, que se había casado dos veces y tenía cuatro hijos de su primer matrimonio declaraba tener entregados a sus hijos los bienes de su legítima materna con igualdad y de los suyos “aquellos que he podido todo con igualdad y sin agravio”, por lo que quería que cada uno se quedase con lo que había recibido sin “colacionar” cosa ni parte de lo

¹⁷ M^a J. PEREZ ÁLVAREZ y L. RUBIO PEREZ, “Familia y comunidad rural. Modelos agrarioscolectivismo social y comportamientos familiares en la provincia de León durante la Edad Moderna”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, n^o 36, 2014, pp. 177-212.

¹⁸ *Ibidem*. Fol. 183r.

¹⁹ *Ibidem*. Leg. 523.

²⁰ En 1773, María Martín, viuda, declaró en su testamento que cuando tomaron estado de matrimonio sus dos hijas una de ellas ya difunta- se les dieron en dote diferentes alhajas de ropa “aunque de poca monta”. Dado que tenía otro hijo, Juan, era su voluntad que antes de partir sus bienes se le diera a éste “otra tanta cantidad como importó la dote”. A.H.P. CC. Protocolos notariales. Leg. 523.

recibido, con lo que por su muerte hubieran de haber. “Que sólo han de dividir y partir los bienes que queden por mi muerte y estos con igualdad”. Para dar mayor fuerza a su disposición establecía que si alguno de ellos mostrase alguna objeción, lo desheredaría y mejoraría al resto de sus herederos²¹.

Evitar el fraccionamiento de unos patrimonios a menudo escasos, sobre todo cuando el número de hijos era elevado, llevó a alguno de estos vecinos a establecer una serie de mandas testamentarias claramente dirigidas a este fin. Las circunstancias familiares influyeron sin duda en este tipo de disposiciones, que podían modificarse a lo largo del ciclo vital de estas familias. Como ejemplo podemos citar el caso de Juan Flores Arellano, casado con Juana de Ontiveros en 1737²² y que acudió ante el escribano al menos en dos ocasiones para hacer testamento. En ambas escrituras vamos a encontrar una serie de disposiciones que también fueron habituales en buena parte de los testamentos que hemos manejado para este trabajo, además de aportarnos información sobre esta familia en particular. El primero de estos testamentos se escrituró en 1755, y en él mandó a su mujer, la mitad de un linar y una parte de casa que habían adquirido durante el matrimonio, en compensación de una cuarta de viña y media huebra de olivar que formaban parte de sus bienes dotales y que él había vendido²³. Le mandaba también todos “los bienes, frutos y alhajas” que al tiempo de su fallecimiento se hallaren “de puertas adentro” en las casas de su morada. En esa fecha eran siete los hijos mencionados en el testamento, todos menores y que quedarían bajo la tutela materna cuando se produjese su fallecimiento. Todos ellos, designados como herederos, fueron además destinatarios de otra serie de mandas que incluían bienes raíces, aunque no de manera individual²⁴. El segundo testamento lo hizo catorce años después, en 1769. En esos años, el matrimonio había tenido otros dos hijos, con lo cual eran nueve los que heredarían sus bienes, esa fue probablemente la razón que le llevó a incluir otra manda a su mujer, relacionada con los bienes adquiridos durante el matrimonio:

“Declaro que durante el matrimonio con dicha Juana Ontiveros, mi presente mujer, hemos adquirido diferentes bienes raíces que se hallan en distintos sitios y para evitar su partición entre dicha mi mujer e hijos es mi voluntad el mandar como mando a la susodicha mi mujer dos huebras cortas de olivar que tengo y poseo [...] y linda con más heredad que en dicho sitio me queda por cuya razón quiero se entienda lo que llevo mandado a la sobredicha mi mujer sólo los olivos y tierra que al presente se laborea con bueyes y arado y asimismo mando a la susodicha una cuarta de viña que se compone de un poyo [...] y una y otra heredad se la mando con la condición de que la susodicha no pueda pedir ni pida cosa alguna de lo que le corresponde de los bienes gananciales que hemos adquirido durante nuestro matrimonio[...]”²⁵

Esta nueva disposición le llevó también a cambiar las mandas que había hecho anteriormente a sus hijos, ya que en esta ocasión sólo dos de ellos se vieron beneficiados en el testamento paterno: a Juan Flores le mandó una capa de paño y a Francisco media cuarta de viña con cinco olivos “para siempre jamás”²⁶.

Al igual que Juan Flores, fueron bastantes los testadores casados – tanto varones como mujeres- que incluyeron la manda al cónyuge superviviente de los denominados “bienes de puertas adentro”, es decir los bienes muebles que existieran en la vivienda habitual, así como las reservas de grano, vino, aceite u otros alimentos y que podía o no incluir “la caballería mular y cebón”. Esta manda solía hacerse con carácter permanente “para siempre jamás”, y en ocasiones incluía también la parte de la casa de vivienda y la de otros bienes gananciales que le

²¹ A.H.P. CC. Protocolos notariales. Torre de don Miguel. Testamento de Juan Gago. 1752. Leg.521.

²² Archivo Diocesano de Coria- Cáceres. Libros de matrimonios de Torre de Don Miguel.

²³A. H. P. CC. Protocolos notariales. Torre de Don Miguel. . Leg. 521. Fol. 139r.

²⁴ A Juan Flores y Francisco Flores, les mandó tres cuarterones de rozo, a Domingo Flores, media huebra de olivar, “para siempre jamás”. A su hija María, cinco pies de olivos con unas parras. A los otros tres, Diego y Pedro Flores y Catalina Ontiveros, una huebra de olivar y una peonada de viña para que los partieran por iguales partes. Íbidem.

²⁵Íbidem. Leg. 522. Fol. 4r y v.

²⁶ Probablemente se trata de los dos mayores ya que en ambos testamentos son citados en primer lugar.

correspondían al testador. En este caso, sobre todo si se trataba de bienes raíces, lo habitual era que lo hicieran por “los días de su vida”, es decir, lo que se cedía era el usufructo de los bienes, lo que no impedía que en caso de necesidad el viudo o la viuda pudieran recurrir a la venta de los mismos, sin que los herederos pudieran reclamárselos. Es evidente que existe una clara voluntad de asegurar el futuro inmediato del marido o la mujer en lo relativo a la conservación de la casa familiar y de los bienes necesarios para el desarrollo de la vida cotidiana, tanto si los hijos eran menores como si éstos se hubieran ya independizado al contraer matrimonio, asegurando también que tras el fallecimiento del usufructuario, pasarían a manos de sus herederos.²⁷

Los cónyuges fueron también los destinatarios de otras mandas en las que se incluían bienes de todo tipo, de mayor o menor entidad- al margen de los gananciales- y que se legaban bajo ciertas condiciones, entre las que figuraba el que pudieran contraer un segundo matrimonio, en cuyo caso también pasarían a poder de sus herederos, o bien eran cedidos en propiedad.

El segundo momento en la transmisión patrimonial, y por tanto en el acceso a la propiedad de los bienes de la familia coincidía con el nombramiento de herederos. En Extremadura, como en el resto de la Corona de Castilla era la división igualitaria y el derecho de mejora del tercio y remanente del quinto de libre disposición la que de acuerdo con la ley estaba vigente. En el caso de Torre de Don Miguel, fueron muy pocos los testadores que hicieron uso de la mejora con el objeto de favorecer a alguno de sus herederos, pero sí fue mucho más frecuente la inclusión de una serie de mandas testamentarias²⁸ en las que uno o varios hijos van a percibir por esta vía no sólo prendas de ropa, pequeñas cantidades de dinero u otros objetos personales sino que también se transmiten mediante esta fórmula pequeñas propiedades²⁹ que -de este modo- quedarían excluidas de la herencia en el momento de llevar a cabo el reparto entre los herederos.³⁰ Como muy bien ha señalado L. Ferrer, estas mandas, al igual que las mejoras cuando se hacía uso de ella, han de ser consideradas no tanto como una vía hacia la desigualdad dentro de los límites de la partición igualitaria, como una elemento de compensación.³¹

El objeto de estas mandas “por amor de Dios y para siempre jamás” probablemente no era muy distinto al de las mejoras que se explicitaban como tales, aunque pocas veces se hacía constar el motivo que llevaba a los padres a hacer este tipo de legados. Hijas solteras³², o quienes a pesar de haber tomado estado eran compensados por haber recibido menos bienes que sus hermanos, por ser menores o haber ayudado a sus padres, bien en el mantenimiento de sus haciendas o el cuidado de sus personas, atendiéndolos o alimentándolos, fueron los destinatarios de estos bienes. Un ejemplo: en 1752, Ángela Mateos, viuda, mandó en su testamento media huerta que formaba parte de los bienes gananciales pro-indivisos a dos de sus seis hijos, dos hijas solteras que la habían ayudado en la asistencia de un horno de amasar para vender y habían cuidado de su persona y bienes. En caso de que alguno de sus otros hijos, todos ellos casados, reclamasen esta propiedad, mandaba que se pagase a sus hijas lo que les correspondiese en

²⁷ De los 170 testamentos con los que hemos trabajado, 122, es decir el 71% correspondían a varones y mujeres casados. Pues bien, el 69% incluyó alguna manda dirigida a su cónyuge, y en más del 50% de los casos se incluyó esta disposición, aunque el porcentaje es ligeramente superior en el caso de los varones, algo lógico si tenemos en cuenta que las mujeres viudas tenían mayores dificultades para mantenerse.

²⁸ La muestra sobre la que hemos trabajado nos permite confirmar que tanto la mejora como las mandas testamentarias y los legados actuaban como mecanismos correctores del igualitarismo hereditario, si bien la mejora explicitada como tal apenas es significativa, dado que sólo el 1% de los testadores recurrió a ella.

²⁹ En el 48% de los casos en que se incluyen mandas a uno o varios hijos, éstas incluyen algún bien raíz, si bien es cierto que se trata de pequeñas propiedades o partes de ellas.

³⁰ Aunque referido al ámbito urbano y a las familias burguesas, esta práctica también ha podido constatar en el caso de otras zonas de la Castilla interior. Juan BARTOLOME BARTOLOMÉ y Máximo GARCIA FERNANDEZ, “Patrimonios urbanos, patrimonios burgueses. Herencias tangibles y transmisiones inmateriales en la Castilla interior”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, n° 33, 2011. pp. 20-60.

³¹ Lloren FERRER i ALOS, “Acceso y distribución de los medios de producción [...]”. Op. cit. p. 301.

³² Miguel Sánchez perdonó a uno de sus dos hijos el dinero gastado en el aprendizaje del oficio de boticario, aunque a su hija le mandaba el valor de 550 rs en la casa en que vivía más una cama de ropa y algunos enseres.

concepto de soldadas y asistencia.³³ Los testamentos ponen de manifiesto el deseo de los padres de no perjudicar a unos hijos frente a otros y utilizan este mismo recurso para compensar estas diferencias respecto a los bienes recibidos.

Pero, además, si tenemos en cuenta que estas familias tampoco acudieron al escribano para escriturar inventarios de bienes *post-mortem*, ni partijas, el testamento se convertía en el instrumento principal para dar validez a una serie de decisiones que el testador había tomado en el transcurso de su vida, relacionadas con la entrega de bienes, por diferentes motivos y en distintos momentos, a sus herederos, así como a otras personas con las que tenía vínculos de parentesco o de amistad. El testamento, por tanto, se convertía en instrumento fundamental- en manos del padre o madre de familia- para decidir a manos de quien deberían ir a parar determinados bienes, aunque se respetase la ley y se procurase igualar a todos los hijos, ya que en ocasiones prácticamente todos los herederos eran objeto de alguna de estas mandas. En 1756 María Maseda, casada en segundas nupcias con Pedro Rodríguez Sotomayor, otorgó una escritura de testamento en la que fue dando cumplida cuenta de lo que había ido entregando a sus dos hijos, de algunos de los bienes adquiridos durante su matrimonio, de las mandas que hacía a su marido, a su nuera, a sus nietos y antes de proceder al nombramiento de albaceas y herederos declaraba:

“(...) que todos los bienes y alhajas muebles que constan y se hallan asentados en una papeleta fecha en el día del otorgamiento de éste (testamento) la que se halla firmada a mi ruego son míos propios de mi patrimonio y herencia de mis padres y todos los demás bienes y alhajas que se hallan puertas adentro en las casas de mi morada son gananciales”.

³⁴.

El control sobre el destino de los bienes que irían a parar a manos de sus herederos se evidencia también en el testamento de Catalina Hernández, una mujer viuda, en el que se refirió a “la partija y división” de los bienes raíces que eran de su propiedad y que se había realizado, previo acuerdo entre ella y sus dos hijas y yernos, ya que ambas estaban casadas. Al testar, esta mujer expresó su voluntad de que:

“los susodichos estén y pasen en todo tiempo por dicha partija, quedándose cada uno con lo que le cupo y tocó en quión, sin que tengan arbitrio para que se vuelva a hacer dicha partija de dichos mis bienes por haberse practicado la hecha con todo arreglo y quiero que subsista en todo tiempo como dicho llevo por haber sido tasada la hacienda como corresponde pues así es mi voluntad”³⁵

El testamento servía también para dar carácter de continuidad a algunas donaciones o préstamos que habían sido hechos con anterioridad atendiendo a las circunstancias vitales de la familia y que se orientaban a garantizar la supervivencia de los hijos mientras no se recibía la herencia. De manera similar a lo que se ha constatado en algunos estudios realizados en otras zonas del interior peninsular como la Mancha, en los que se hace referencia a cómo a través de estas mandas y legados los testadores intervenían en el reparto de su hacienda, asignando gran parte de sus bienes, no sólo a sus herederos forzosos, sino también a otros herederos o personas con vínculos de parentesco o no³⁶. Son varios los ejemplos que evidencian este intervencionismo por parte de los testadores, como el de Catalina Requejo, una mujer casada sin hijos, que además de las mandas a su marido, hermanos y sobrinos, en las que se incluían algunas propiedades que formaban parte de sus bienes gananciales, a la hora de designar a sus herederos, estableció una clara distinción entre los bienes heredados de su padre, que irían a parar a manos de uno de sus hermanos, los heredados de su madre que recibirían sus sobrinos, y el resto, que se repartiría

³³Ibidem. Fol. 47 r.

³⁴ Ibidem.

³⁵ Ibidem. Leg. 523.

³⁶ Carmen HERNANDEZ LOPEZ, *La casa en la Mancha oriental. Arquitectura, familia y sociedad rural (1650-1850)*, Sílex, Madrid, 2013. pp. 226 y ss.

entre todos ellos.³⁷ Otro vecino de la villa, Miguel Sánchez, que nombró como herederos a los dos hijos habidos en un primer matrimonio, decidió que buena parte del patrimonio raíz que poseía en el lugar de Hernán Pérez, de donde procedía, y que había heredado de sus padres junto a otros bienes que vendió durante su primer matrimonio, quedaran en poder de sus hermanos y sobrinos a quienes les mandó más de seis fanegadas de tierra³⁸.

El sistema igualitario de transmisión de bienes suponía a menudo un problema cuando se trataba de atender al cuidado de los ancianos, ya que la residencia neo-local suponía la marcha de los hijos de la casa paterna. Este problema podía aminorarse si tenemos en cuenta que en buena parte del interior peninsular, y también en Extremadura, esta neo-localidad era relativa dado que los hijos no solían vivir muy lejos y podían hacerse cargo del cuidado de sus personas y hacienda. Los testamentos nos proporcionan también información sobre algunas fórmulas a las que se recurrió por parte de los padres, en especial cuando estos habían enviudado para asegurarse estos cuidados. A diferencia de los que hemos podido observar en el medio urbano y semiurbano, algunas de las familias de Torre de Don Miguel establecieron acuerdos, bajo la forma de un contrato- bien de palabra o recogido en un papel privado- por el que alguno de los hijos se comprometía a hacerse cargo del cuidado de la hacienda y la persona de sus progenitores, normalmente viudos y de edad ya avanzada. Una práctica que ha sido también documentada en otros lugares de Extremadura³⁹ o del interior castellano⁴⁰. Este tipo de acuerdos suponían que al menos durante unos años algunas de estas familias, nucleares en su origen, se convirtieran en familias extensas, en función de las necesidades e intereses de ambas partes, una cuestión que tenía mucho que ver con el sistema hereditario.

Este contrato, hecho en papel y con testigos, fue el que se hizo entre Andrés Gómez San Martín, viudo, y uno de sus hijos, llamado también Andrés, casado al igual que los otros dos que fueron designados como herederos junto a su nieta, hija de su otra hija difunta, en el testamento que hizo en 1762. Probablemente se tratase del mayor de todos ellos y de acuerdo con este contrato, viviría en su compañía, en las casas de su morada, corriendo de cuenta y cargo de su hijo:

“El alimentarle y vestirle al uso de la tierra, por el tiempo de su vida y la de dicho su hijo y asistirle en todas las enfermedades de los necesario y cavar sus viñas y arar los olivos y pagar por dicha hacienda todos los haberes reales, durante el tiempo de su administración como igualmente pagar los censos de mi cargo, por cuya razón todos los frutos que produjese dicha mi hacienda durante el tiempo de nuestra compañía había de ser en propiedad de expresado Andrés mi hijo (...)”⁴¹

Poco después, en 1765, Juan Aparicio, viudo y con cuatro hijos, a los que nombró herederos junto a los tres hijos de su hijo Francisco, ya difunto, hizo testamento y en él entre otras disposiciones, declaró haber hecho un trato y convenio similar, aunque en este caso fue con Andrés Chamorro, su yerno en el que se acordó:

“ que por todo el tiempo de mi vida y la del dicho mi yerno habíamos de vivir y morar juntos siendo de cargo suyo alimentarme de lo necesario, asistirme, lavar y remendarme la ropa, cultivar mi hacienda, pagar tributos y censos que se devengaren durante nuestra compañía y que todos los frutos que produjese mi hacienda durante citada compañía habían de ser para dicho mi yerno y además ha de ser de mi cuenta y cargo pagar al susodicho un real por cada uno de los días que me asistiese y alimentase y habiéndolo

³⁷A.H.P. Cáceres. Protocolos notariales. Torre de Don Miguel. Testamento de Catalina Requejo. 1754. Leg. 521. Fol. 90r.

³⁸ Ibidem. Testamento de Miguel Sánchez. 1755. Leg. 521. Fol. 110r.

³⁹ Felicísimo GARCÍA BARRIGA, *Familia y sociedad en la Extremadura rural de los Tiempos Modernos (siglos XVI-XIX)*, Cáceres. 2009.

⁴⁰ Francisco Javier LORENZO PINAR, “La familia y la herencia en la Edad Moderna zamorana a través de los testamentos”, *Studia Histórica. Historia Moderna*, n° 9, 1991, pp.159-201.

⁴¹ A.H.P.CC. Protocolos notariales. Torre de Don Miguel. Leg. 521. Fol. 59v y 60r.

hecho desde dicho día hasta el presente y demás que continuare asistiéndome y atendiéndome como va referido, se le pague de mis bienes el real dicho”⁴²

Su incapacidad para trabajar su hacienda le había llevado también a ceder por los días de su vida a sus hijos una huerta que deberían sortear y que le correspondió en suerte a uno de ellos, Juan Aparicio, quien de acuerdo con la voluntad de su padre la estaba disfrutando y pagando sus cargas. La disposición testamentaria establecía que una vez fallecido el padre, la partiesen y dividiesen entre todos sus herederos⁴³.

En otras ocasiones esta convivencia bajo un mismo techo no tenía porque derivar de la firma de un acuerdo o contrato, sencillamente se trataba de proporcionarse ayuda mutua. Probablemente el hecho de ser viuda llevó a Francisca Rodríguez a compartir durante varios años su casa con una de sus hijas, Catalina, casada y con hijos, así como el uso y disfrute de un horno de pan que era de su propiedad y del que ella no podría hacerse cargo. Cuando hizo testamento en 1773 así lo declaró, expresando su voluntad de que el resto de sus herederos- otros tres hijos y cuatro nietos de otra de sus hijas ya difunta-, no le reclamasen nada pues todo se lo remitía y perdonaba. No obstante, el deseo de no perjudicar a unos frente a otros, hizo que Francisca estableciese también una serie de mandas dirigidas a dos de sus hijos y a sus nietos en las que les mandaba algunos pies de olivos y un cuarto y medio de viña.⁴⁴

La necesidad de compañía y de un medio para poder mantenerse, fue sin duda frecuente sobre todo cuando se trataba de mujeres viudas y sin hijos. En estos casos la familia más próxima cumplía esa doble función y eran hermanos o sobrinos quienes eran recompensados en el momento de hacer testamento. Por este motivo, María Lorenzo, dejó a su sobrino Andrés como heredero de todos sus bienes muebles, ya que durante cinco años había estado viviendo con ella y asistiéndola, manteniéndose ambos con los cortos frutos que producían sus viñas, por lo que no debería pedírsele cuenta.⁴⁵

Porque el ámbito de las relaciones familiares incluía también a otros individuos emparentados con el testador como hermanos, sobrinos, primos, tíos, cuñados, ahijados, que se convierten en beneficiarios de las mandas testamentarias, y a quienes se legan sobre todo prendas de ropa, bien de uso del testador o nuevas, cintas de paño, pequeños objetos de uso cotidiano o cantidades de dinero, de manera ocasional. Pero la solidaridad se extiende igualmente a criados, amigos y convecinos, aunque resulte difícil determinar el tipo de relación que existía entre ellos, una práctica que fue mucho más frecuente entre las mujeres.

⁴² A.H.P.CC. Leg. 522. Fol. 101 v y 102 r.

⁴³ Ibidem.

⁴⁴ Ibidem. Leg. 523.

⁴⁵ Ibidem.

A OURIVESARIA POPULAR NO PATRIMÓNIO FAMILIAR DO BAIXO MINHO (1750-1810)

Olanda Vilaça¹

Universidade do Minho

A nossa comunicação sustentar-se-á na inventariação e descrição da ourivesaria dos agregados domésticos constantes de 600 inventários e nos testamentos apensos para o período compreendido entre 1750-1810. Muito embora as joias fizessem parte do património familiar, o sentido de pertença era vivido sobretudo pela mulher. Desse modo, será nosso propósito identificar os proprietários destes objetos, ou seja, a quem realmente pertenciam, ao homem, à mulher ou ao agregado. Paralelamente, debruçar-nos-emos sobre as razões que determinaram a ausência deste item da cultura material nos inventários orfanológicos nesta região. Por último, daremos a conhecer as diversas tipologias da ourivesaria presentes no quotidiano das gentes do Baixo Minho de setecentos.

Tabela 1 - Distribuição de joias nos inventários/género do inventariado (1750-1810)

Concelho	Feminino	%	Masculino	%	Casal	%	Total de inventários
Barcelos	25	43	32	55	1	2	58
Guimarães	34	46,5	34	46,5	5	7	73
Póvoa de Lanhoso	32	47	34	50	2	3	68

Amostra: Total dos casos observados: Barcelos 58/200 (29%), Guimarães 73/200 (37%); Póvoa de Lanhoso, 68/200 (34%).

Fontes: ADB, AMAP, “Judicial Antigo”.

As joias, apesar das suas diversas funcionalidades estiveram relativamente ausentes nos patrimónios das famílias desta região do Baixo Minho. De facto, a percentagem de agregados domésticos com joias nos seus patrimónios, não foi insignificante, mas também não foi muito alta, se tivermos em conta que se trata de uma tipologia de bens enraizada nas regiões em análise. No Baixo Minho o ouro fazia parte quer dos dias do cotio como dos dias de festa da rapariga minhota. E ainda, dos seus rituais de passagem, quer ela pertencesse a famílias mais humildes ou à elite local. As tradições culturais impunham a todas as mulheres minhotas, pelo menos, o uso de brincos e fios de contas². A posse de outras peças de ourivesaria, como cordões e trancelins³, dependia das capacidades económicas das famílias.

¹ Doutorada em História, especialidade em História Moderna pela Universidade do Minho. Título da tese de doutoramento: *Cultura material e património móvel no mundo rural do Baixo Minho em finais de Antigo Regime*.

² Fio de contas - fio constituído por contas de ouro.

³ Trancelim - fio feito de elos de filigrana ou folha de ouro interligados, que podia alcançar cerca de dois metros de comprimento. Rosa Maria dos Santos Mota, *Glossário do uso do ouro no Norte de Portugal*, Porto, Universidade Católica Editora, CIONP, CITAR, 2011, p. 99.

No entanto, a parca quantidade de inventários com joias não significa que os demais agregados domésticos não as tivessem. Na nossa perspetiva, três razões podem justificar o facto da maior parte dos inventariantes ou cabeças de casal não terem declarado joias na feitura do inventário: em primeiro lugar, as joias podiam ter sido legadas em testamento ou em vida; em segundo, eram consideradas objetos pessoais de quem as usava e por isso não fariam parte do património do casal; por último, razão que não deve ser de modo algum ignorada, a existência da taxa de 5% a que estavam sujeitos os herdeiros com a feitura do inventário. Quanto mais rico fosse o inventário maior seria o seu custo e sendo o ouro um metal de grande valor económico, é provável que os herdeiros omitissem as joias.

A segunda parte da análise procurará averiguar se as joias estavam concentradas nos inventariados do sexo feminino, uma vez que era a mulher que geralmente as usava. Os resultados foram surpreendentes. A distribuição das joias por género foi análoga. Deste modo, foi necessário observar o estado civil dos inventariados que possuíam joias.

Tabela 2 - Estado do inventariado

	Barcelos		Guimarães		Póvoa de Lanhoso	
Estado	Mulher	Homem	Mulher	Homem	Mulher	Homem
Casada(o)	16	24	25	34	22	30
Viúva(o)	8	7	7	0	6	3
Solteira(o)	1	1	2	1	4	1
Total	25	32	34	35	32	34

Fontes: ADB, AMAP, “Judicial Antigo”.

Percebe-se que as joias surgem com forte predominância quando o inventariado era casado, demonstrando, assim, que eram objetos que pertenciam ao casal. Melhor dizendo, também o homem tinha propriedade sobre as joias ainda que fossem usadas pelas mulheres. Por outro lado, o número de inventários nos quais as mulheres referem joias foi, quando comparado com o dos homens, significativamente mais reduzido, nunca ultrapassando os 40%. Nestes casos, o que terá levado a que os inventários das mulheres arrolassem um menor número de joias do que os dos homens? Quando analisámos os testamentos que incluíam joias (96 testamentos), redigidos nos três concelhos, verificámos que os testamentos feitos por homens legaram recorrentemente moedas de ouro (35%), ou seja, não incluíam joias. Porém, quando observámos os legados efetuados por mulheres a situação é diferente. Cerca de 65% das mulheres legaram joias e/ou moedas de ouro como se verifica nos legados masculinos. A isto acresce um dado importante que não deve ser desprezado. As joias mencionadas nos testamentos das mulheres não constam dos inventários respetivos. Este dado poderá ajudar a explicar o número tão reduzido de inventários de mulheres que referiram joias. Neste sentido, vejamos alguns exemplos que, em parte, atestam esta hipótese:

Ana Maria Vieira, inventariada, casada, da freguesia de S. Miguel de Taíde, termo da Póvoa de Lanhoso, fez seu testamento em Agosto de 1807, vindo a falecer a 7 de Setembro do mesmo ano. Nos bens legados em testamento, deixa à sua filha Josefa o seu ouro constituído por um cordão, um laço e uns pelicanos⁴.

Maria Teresa da Costa, inventariada, casada, da freguesia de Fontarcada, Póvoa de Lanhoso, fez seu testamento a 26 de janeiro de 1799, data da sua morte, legando entre outras peças de ouro, uma venera à sua sogra, a qual não foi inventariada⁵.

Custódia da Silva, inventariada, casada, da freguesia de S. Cláudio do Barco, termo de Guimarães, fez seu testamento a 2 de maio de 1802, falecendo a 22 do mesmo mês. No seu testamento, a testadora lega ao seu próprio marido, Custódio da Silva, umas contas e uns brincos, tudo em ouro, “pela boa companhia que dele tem recebido e com muito amor que lhe tinha⁶”.

José Carneiro, casado com Ana Fernandes, inventariante, a qual declarou que as peças que se seguem não entram no inventário porque a dita inventariante as continua a usar: um cordão de ouro no valor de 16.000 reis, uma laça, 3.000 reis, um fio de contas, 2.400 reis e umas fivelas de prata de 2.800 reis⁷.

Na verdade, após a morte dos maridos, as viúvas continuariam a usar parte das peças de ouro adquiridas ao longo da vida. Deste modo, estes objetos, caso não tivessem sido legados em vida, só eram arrolados ao património após a morte das viúvas.

No caso dos inventários respeitantes a viúvos/as, a proporção é inversa da observada nos inventariados casados. São agora sobretudo as mulheres que arrolam as joias nos seus inventários. Ou seja, as mulheres viúvas detinham o uso e a propriedade destes objetos. Como referimos, as peças de ouro só passavam a fazer parte do património após a morte destas. O caso de Guimarães é significativo, já que nenhum inventário de viúvo listou joias. Deste modo, importa realçar dois aspetos importantes relativos às joias: por um lado, a sua propriedade, isto é, quem as detinha, por outro o seu uso. Assim se entende que apenas nos casos em que o inventariado era solteiro(a) ou viúvo(a) as mulheres possuíam simultaneamente a posse e o uso das joias. No caso dos casais a situação era diferente. O homem, enquanto cabeça de casal, possuía a propriedade destes objetos, mas não o seu uso. Enquanto ambos os cônjuges eram vivos as joias eram consideradas não só adornos femininos mas, nomeadamente, fonte de capital que podia ser investido ou convertido em numerário. Nestes casos, era o homem que as detinha, ainda que para dispor delas tivesse de ter a autorização da sua esposa.

As peças que abordaremos em seguida referem-se apenas às que se encontram arroladas nos nossos inventários orfanológicos e escrituras testamentárias. E, desde já podemos adiantar que, a diversidade de peças não foi muito relevante. As descrições, embora modestas, incluíam o essencial: tipologia, matéria-prima e o peso convertido no valor pecuniário. Esta última característica nem sempre foi descrita, sobretudo, quando as peças se encontravam penhoradas.

AS JOIAS E A SUA RELAÇÃO COM O SAGRADO

Era costume dizer-se “para a missa o que puderdes, para a feira quando tiverdes”⁸. Por um lado este adágio popular indica que muitas vezes o ouro podia não pertencer a quem o usava, mas possivelmente à família alargada (mãe ou sogra) que consentiam que as suas descendentes e futuras herdeiras o ostentassem, por outro, para a feira as mulheres só deveriam usar o ouro que era realmente delas e não em quantidades exageradas, uma vez que estariam sujeitas a furtos e perdas. O mesmo adágio considera a igreja o espaço público mais importante e o mais indicado

⁴ ADB, “Judicial Antigo”, Póvoa de Lanhoso, ct. 2671, 1807.

⁵ *Idem*, ct. 2848, 1799.

⁶ AMAP, “Judicial Antigo”, Guimarães, ct. C-7-1-135, 1802.

⁷ ADB, “Judicial Antigo”, Póvoa de Lanhoso, ct. 2862, 1798.

⁸ José Leite de Vasconcelos, *Etnografia portuguesa*, vol. VI, Lisboa, Imprensa Nacional - Casa da Moeda, 1983, p. 465.

para mostrar as peças de ouro. A sua ostentação, ao mesmo tempo que tornava as mulheres mais vistosas, salientava a capacidade económica da família. A relação das joias com o sagrado está patente na existência de cruzes, crucifixos, relicários, veneras, Senhoras da Conceição e rosários. Outras vezes, oferecem-se peças de ouro a santas e santos por dádivas pedidas e/ou concedidas, de que foi exemplo o inventário de Constantino da Cruz, em que a inventariante, Teresa José da Silva Ferreira, declarou que o cordão de ouro avaliado em 20.000 reis não fazia parte do património porque o tinha prometido à Senhora da Abadia⁹.

Observemos as características destas peças, ou como eram designadas, as “pendurezas”, por se tratar de joias de pendurar nos fios ou cordões¹⁰. A cruz, na generalidade, era lisa ou com a imagem de Cristo crucificado. No concelho de Barcelos, no inventário de Custódio Barreto, lavrador rico da freguesia de Sequeade, foi inventariada uma cruz de ouro adornada com esmeraldas, no valor de 5.000 reis¹¹. Ao todo, nos três concelhos, foram inventariadas 41 cruzes de ouro ou filigrana (21 cruzes em Barcelos, dez em Guimarães e dez na Póvoa de Lanhoso), cujo valor variou entre 500 e 5.000 reis.

Os crucifixos foram muito pouco inventariados nos três concelhos (três ocorrências nos concelhos de Barcelos e Guimarães e quatro no concelho da Póvoa de Lanhoso), sendo todos em ouro e de valor médio de 4.000 reis.

O relicário¹² denominado por “questódia” na linguagem popular, ou por “memórias”, era uma joia de suspender ao peito, geralmente muito trabalhada, na qual se colocavam relíquias ou retratos com o propósito de lembrar um ente querido ausente¹³. A presença desta joia foi insignificante nos nossos inventários: dois relicários no concelho da Póvoa de Lanhoso, um de ouro no valor de 33.600 reis e outro de aljófar no valor de 5.200 reis e dois relicários no concelho de Barcelos, estes últimos sem referência à matéria-prima ou ao valor. O mesmo se observou com as veneras de ouro, as quais tinham trabalhos de relevo de imagens de santos e santas¹⁴.

As imagens da Senhora da Conceição eram muito frequentes, principalmente, a partir da segunda metade do século XIX na região do Minho. No século XVIII, dispomos de um exemplar único no inventário de Manuel José Lopes da Costa, no concelho da Póvoa de Lanhoso, tendo sido inventariada e avaliada juntamente com um cordão de ouro, pelo que não é possível destrinçar o seu valor¹⁵.

Por último, o rosário, não era uma peça de pendurar como as anteriores, mas de orar. Muito embora houvesse rosários de diversos materiais, também os havia em ouro; disso é exemplo o rico rosário com contas maciças no valor de 37.100 reis referido no inventário de Manuel José Lopes da Costa¹⁶.

⁹ Constantino da Cruz, casado com Teresa José da Silva Ferreira, inventariante, da freguesia de São Tiago de Oliveira, termo da Póvoa de Lanhoso. ADB, “Judicial Antigo”, Póvoa de Lanhoso, ct. 722, 1797.

¹⁰ “Pendurezas” - termo utilizado no Minho para designar qualquer ornamento que se dependura num fio ou colar. Rosa Maria dos Santos Mota, *Glossário do uso* [...], *op. cit.*, 2011, p. 95; da mesma autora, “O uso do ouro nas festas da Senhora da Agonia, em Viana do Castelo”, in Gonçalo de Vasconcelos e Sousa (coord.), *Actas do II colóquio português de ourivesaria*, Porto, CITAR, 2009, p. 197.

¹¹ ADB, “Judicial Antigo”, Barcelos, ct. 3527, 1758.

¹² Relicário - o mesmo que custódia. Joia de ourivesaria tradicional de suspender ao peito em forma de caixa onde se colocavam relíquias. Entrada “relicário” disponível em www.portasadentro.ics.uminho.pt. Consultado a 16 de fevereiro de 2012.

¹³ Amadeu Costa, Manuel Rodrigues de Freitas, *Ouro popular português*, Porto, Lello & Irmão – Editores, 1992, p. 130.

¹⁴ Venera – todo o tipo de medalha de carácter religioso. Rosa Maria dos Santos Mota, *Glossário do uso* [...], *op. cit.*, 2011, p. 100.

¹⁵ ADB, “Judicial Antigo”, Póvoa de Lanhoso, ct. 9, 1810.

¹⁶ *Idem, ibidem*.

Todas estas “pendurezas”, ao mesmo tempo que enfeitavam, proporcionavam a quem as usava um conforto espiritual. Partindo dos inventários e testamentos, no que toca a peças relacionadas com o sagrado, foi clara a preferência pela cruz, símbolo da Igreja de Cristo.

AS JOIAS E A SUA RELAÇÃO COM O PROFANO

Nas festas religiosas, romarias ou na festa do padroeiro, toda a rapariga minhota mostrava com orgulho, no peito e nas orelhas, o seu ouro, comprado nas lojas, nos ourives feirantes e ambulantes ou ainda herdado de mães, avós ou madrinhas.

As joias patenteavam uma carga afetiva e simbólica. Mais que um adorno, eram elementos de distinção social e económica. No entanto, para a mulher minhota, a aquisição e uso de peças de ouro constituía antes de mais uma forma de entesouramento, ou seja, uma reserva de valor para ser utilizada nos momentos de crise económica, ou como era costume dizer-se “para nos valer numa doença, numa grande aflição, temos o nosso ouro, o nosso ourinho”¹⁷.

Desfazer-se do ouro, despoletava sentimentos de tristeza e vergonha. O ouro tinha um significado afetivo que ultrapassava a mera função de ostentação. Por isso, só em caso de necessidade é que a mulher minhota vendia ou penhorava o seu ouro.

Os penhores referenciados nas nossas amostras foram feitos sobre peças variadas de ourivesaria, muito embora a mais sacrificada tivesse sido o cordão. Um cordão de ouro de elevado valor estaria mais apto a resolver problemas económicos. Em contrapartida, exteriorizava para a comunidade a fragilidade económica da família, para além de provocar um sentimento de perda na mulher que dele era obrigada a prescindir.

Nesta região do Baixo Minho, a mulher e as joias eram indissociáveis. Algumas peças eram usadas diariamente, como os brincos e o colar de contas. Estes bens eram transmissíveis sobretudo aos familiares do género feminino, filhas, netas ou, ainda, afilhadas.

O ouro, para além de servir de entesouramento de património, estabelecia hierarquias, criava disputas e permitia a ostentação¹⁸. A nobreza local e os lavradores ricos assim como os grupos medianos da comunidade rural não exteriorizavam a riqueza ou estatuto apenas através do número de semoventes que possuíam, das colheitas (quantidade de carros de milho ou pipas de vinho), ou dos caseiros que lavravam as suas terras

Quadras populares e adágios, que permanecem ainda nos tempos de hoje na memória coletiva da população rural, reforçam bem os significados do ouro no *modus vivendi* das populações.

AS PEÇAS DE OURO NO QUOTIDIANO DA MULHER MINHOTA

Muito embora não o possamos depreender a partir da nossa documentação, a aquisição das joias obedecia a uma hierarquia social. Os rituais de passagem da vida de uma rapariga caminhavam lado a lado com a posse de joias. Logo à nascença furavam-se as orelhas à menina para receber os seus botões¹⁹. Apesar de terem sido inventariados alguns pares de botões nos três concelhos (20 pares no concelho de Barcelos, três em Guimarães e três na Póvoa de Lanhoso), não é de excluir que se tratasse de botões de punho.

¹⁷ Amadeu Costa, Manuel Rodrigues de Freitas, *Ouro popular português*, op. cit., 1992, p. 23.

¹⁸ *Idem, ibidem*.

¹⁹ Designação dada no Minho aos primeiros brincos das meninas. Estes seriam pequenos e em forma de botão. Rosa Maria dos Santos Mota, *Glossário do uso* [...], op. cit., 2011, p. 48.

Em segundo lugar, temos os brincos, os quais assumiam uma importância tal, que na eventualidade de não lhes serem oferecidos, as raparigas desde cedo começavam a amealhar para os comprar. Abel Salazar escreveu: “grãozinho a grãozinho, no canto da arca, ao lado da roupa perfumada de ervas rústicas” estavam “as moedas necessárias para a compra das argolas, que atormentavam os seus sonhos de moça com orelhas nuas”²⁰.

Os brincos e o cordão eram as joias mais importantes na vida de qualquer mulher minhota. Seria lógico esperar que todas as mulheres dos nossos inventários tivessem o seu par de brincos, mas não era o caso. Apenas 199 inventários em 600 (33%) inventariaram joias no seu património. Além disso, destes nem todos declararam brincos (Barcelos, 55%; Guimarães, 76% e Póvoa de Lanhoso, 43%). A inexistência destas peças nos inventários faz-nos voltar ao que anteriormente já foi referido: a mulher podia assumir os brincos como seus, justificando-se, deste modo, a relativa ausência de inventariação desta peça e da ourivesaria em geral. Os brincos inventariados eram, na sua maioria, de ouro, de filigrana e de aljófar. Quando a riqueza o permitia podiam ser adornados com pedrarias tais como diamantes e, em casos excecionais, ametistas. A avaliação dos brincos foi muito variada e oscilou tendo em conta características como o peso, a matéria-prima e a pedraria empregue.

As contas e os fios de conta, como sublinha Rosa Maria dos Santos Mota, eram “o segundo ouro que se comprava”²¹. Muitas contas avulsas foram inventariadas - desde 10 a 56 contas - que depois, seriam aplicadas em fios, formando assim o fio de contas. As contas seriam compradas à unidade quando as economias da mulher o permitiam. Lisas ou retorcidas, eram sempre de ouro²². No entanto, o seu valor variava consoante o feitio. Calculámos o valor médio das contas nos três concelhos tendo em conta esta variável. Uma conta de ouro lisa poderia custar em média 75 reis e retorcida, 190 reis, o que significa que um fio de contas retorcidas ficaria bem mais caro que um fio de contas lisas. Muito terá contribuído para a compra de contas a venda das colheitas provenientes do trabalho do campo e dos galináceos a cargo da mulher. À feira, a mulher levava os géneros que ela obtinha da sua labuta e, de lá, trazia as contas que ia juntando até formar um fio de contas ou amealhava como forma de entesouramento. Para estes fios, não existia um número exato de contas, variando sobretudo em função da capacidade económica da sua proprietária²³. O valor final de um fio de contas seria determinado pelo feitio e pela quantidade de contas de ouro. Entende-se, por isso, a grande diversidade de valores encontrada: desde 300 reis – neste caso seria talvez um fio com quatro contas de ouro lisas – a 3.000 reis. Não obstante, com poucas ou muitas contas de ouro, o fio de contas tinha um peculiar significado para a mulher minhota. Tal como os brincos, nunca o tirava do pescoço, mesmo enquanto dormia. A predileção por esta peça está bem patente nos inventários uma vez que era normal a posse de dois, três ou quatro fios de contas, tal como comprovou Rosa Maria dos Santos Mota partindo da análise de testamentos da primeira metade do século XIX²⁴.

Do fio de contas, passemos para o cordão, aspiração de toda a mulher minhota. Só depois de possuir dois ou três fios de contas é que a mulher minhota se podia dar ao luxo de ter o seu cordão de ouro. O cordão, ornato comum da mulher de todos os estratos sociais, era visto como

²⁰ Abel Salazar, *Recordações do Minho arcaico. Obras completas de Abel Salazar*, Luísa Garcia Fernandes (coord.), Porto, Campo de Letras, 2002, p. 121.

²¹ Rosa Maria dos Santos Mota, Gonçalo de Vasconcelos e Sousa (coord.), “O uso do [...]”, *op. cit.*, 2009, p. 197.

²² Maria Fátima Macedo apresenta cinco tipos diferenciados de contas: “quatro utilizando como base o prisma rectangular (...) e uma, contas bicônicas, formadas por duas lâminas dobradas em tronco de cone, soldadas pela base maior”. Maria Fátima Macedo, *As raízes do ouro popular do noroeste português*, Porto, Instituto Português dos Museus, 1993, p. 17.

²³ Maria Fátima Macedo no seu trabalho sobre as raízes da ourivesaria popular expõe várias coleções particulares de fios de contas para os séculos XVIII e XIX, os quais apresentam diferentes quantidades de contas: desde nove a 53 contas de ouro. *Idem*, pp. 19-22.

²⁴ Rosa Maria dos Santos Mota, Gonçalo de Vasconcelos e Sousa (coord.), “O uso do [...]”, *op. cit.*, 2009, p. 197.

“uma peça de valor, prestígio e ostentação”²⁵. Fino ou grosso era o terceiro ouro da rapariga, assinalando mais um ritual de passagem. Quando recebia o cordão transitava para o estatuto de “rapariga namoradeira”²⁶. Não obstante, o cordão expressava também a riqueza ou a pobreza da sua família como canta o poeta: “Eu não tenho cordão d’ouro / Sou filha de gente pobre / Bem haja minha mãezinha / Que me traz conforme pode”²⁷.

O cordão era um importante símbolo de distinção social. Toda a rapariga impossibilitada de ostentar um cordão seria olhada com desdém pelos outros, sobretudo pelos rapazes de melhor condição social que a excluía de imediato do mercado matrimonial. Para além do valor simbólico, o cordão tinha subjacente um valor económico, ou seja, constituía um investimento, uma reserva de capital e era “sinónimo de capacidade e estabilidade económica, que fica patente aos outros”²⁸. Guimarães foi o concelho com mais cordões inventariados (78 cordões), seguindo-se Póvoa de Lanhoso (47) e, por último, Barcelos (10). O caso de Guimarães é o que mais realça a importância do cordão. Apesar de 36% de inventários não referirem esta peça, dos restantes 64%, 46% tinham mais que um cordão. Certas famílias vimaranenses investiram em cordões de ouro, de que é exemplo o já citado inventário de Lourenço da Costa e sua mulher, Inês Maria, com cinco cordões de ouro no valor total de 138.200 reis, uns mais grossos outros mais finos, como é possível depreender mediante o valor atribuído a cada um²⁹. Nos restantes concelhos, para além de estarmos perante um número inferior de inventários com cordões, a maioria dispunha apenas de um cordão, à exceção de três inventários na Póvoa de Lanhoso e dois inventários em Barcelos. As descrições relativas ao cordão foram muito sucintas, limitando-se às simples expressões, “ouro” ou “ouro fino”, para além da estimativa do valor. Relativamente a este último a variabilidade foi bastante significativa. A mais valia do cordão estava no seu comprimento, que se traduzia nas voltas que podia dar ao pescoço, e no peso, embora este último fosse mais importante. Na nossa documentação não existe referência ao comprimento nem ao peso de qualquer objeto de ourivesaria, muito embora os louvados ao estimarem o valor do cordão convertessem a moeda da época (reis) em peso, como já referimos. Todavia, os valores falam por si. Um cordão de 9.000 reis não podia pesar o mesmo que um cordão de 20.000 ou 30.000 reis. Um cordão de valor inferior a 10.000 reis seria, talvez o cordão de “linha” de que nos falam Amadeu Costa e Manuel Rodrigues de Freitas³⁰. Estes cordões seriam ocos para além de finos, segundo Rosa Maria dos Santos Mota, pesariam cerca de 15 grs. O cordão mais grosso, denominado também de “soga”, pesava 1kg, e era maciço³¹. Partindo dos valores dos cordões dos nossos inventariados tentamos agrupá-los não tendo em conta as referidas denominações - cordão de “linha” e de “soga” - mas com baixo, médio e alto valor.

No universo de 129 cordões (seis não integram este universo por não terem estimativas de valor), o valor mínimo estimado para esta peça foi de 1.500 reis e foi registado no concelho da Póvoa de Lanhoso. O valor mais elevado foi de 48.260 reis, registado no concelho de Barcelos, no qual, note-se, apenas 10 inventários arrolaram cordões. Por forma a tornar esta análise mais abrangente, optámos por organizar o valor dos cordões por classes de 1.500 reis. Sendo posteriormente agrupados em três categorias, como já referimos: baixo, médio e alto valor (ver gráfico 29). Verificamos que, em todos os concelhos, em especial nos de Guimarães e Póvoa de Lanhoso, houve maior incidência de cordões de valor médio. No conjunto de 47 inventários com cordões, no concelho da Póvoa de Lanhoso, 68,1% integram-se nesta categoria. O mesmo se verifica em Guimarães em mais de metade das ocorrências num universo de 72 inventários.

²⁵ Rosa Maria dos Santos Mota, *Glossário do uso* [...], *op. cit.*, 2011, p. 68.

²⁶ Amadeu Costa, Manuel Rodrigues de Freitas, *Ouro popular português*, *op. cit.*, 1992, p. 127.

²⁷ Fernando de Castro Pires de Lima, *A arte popular em Portugal*, vol. I, Lisboa, Verbo, s/d., pp. 13-137.

²⁸ Eduarda Coquet, *Cadeia d’ouro*, Tese de mestrado, Lisboa, Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa, 1990, p. 28.

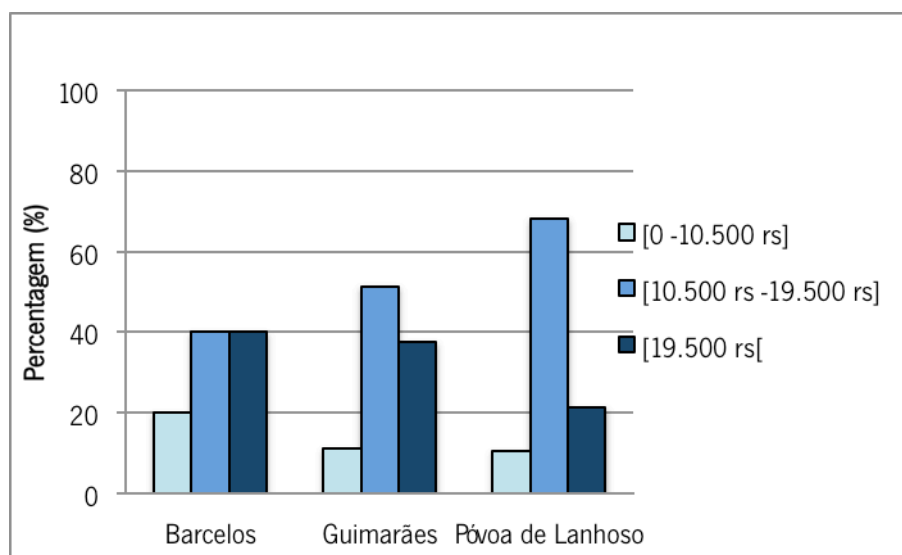
²⁹ AMAP, “Judicial Antigo”, Guimarães, ct. C-7-1-2, 1806.

³⁰ Amadeu Costa, Manuel Rodrigues de Freitas, *Ouro popular português* [...], *op. cit.*, 1992, p. 35.

³¹ Rosa Maria dos Santos, Gonçalo de Vasconcelos e Sousa (coord.), “O uso do [...]”, *op. cit.*, 2009, p. 197.

Cordões de valor baixo ficam-se pelos 10% em ambos os concelhos – Guimarães e Póvoa de Lanhoso. Nos inventários do concelho da Póvoa de Lanhoso, o valor máximo de um cordão atingiu os 33.000 reis. Em Guimarães, existem dois inventários em que o valor do cordão foi estimado em 36.000 reis, ou seja, de valor alto. E, por último, no concelho de Barcelos, apesar de poucos inventários incluírem esta peça, 40% são de valor alto.

Gráfico 1 - Valor do cordão de ouro nos inventários orfanológicos (1750-1810)



Amostra: 129 cordões.

Fontes: ADB, AMAP, “Judicial Antigo”.

Os valores indicam que, mais do que ter um cordão, o importante era possuir um bom cordão. Um cordão de valor médio era já um investimento importante. Se tivermos em conta o custo da maioria dos objetos do quotidiano deste período, a venda de um cordão médio daria para colmatar muitas necessidades e até investir num pedaço de terra ou em animais. Ainda sobre esta questão devemos acrescentar que, um cordão médio ou de alto valor seria suficiente para comprar não um mas vários ovinos ou caprinos ou ainda suínos, tão importantes para a sobrevivência das famílias, visto que, o valor médio de uma ovelha ou de uma cabra era de 200 reis, de um porco, embora com maior variabilidade, 5.000 reis e de um báculo de criação 2.000 reis. O cordão, mais que um adorno, era um investimento que podia ser utilizado para colmatar necessidades económicas ou para revitalizar e desenvolver a atividade agrícola da família.

O valor afetivo do cordão era diferenciado das demais joias uma vez que era a joia da família, transmitida de geração em geração, perpetuando o património e a memória dos defuntos. Por isso, vender, sobretudo, por necessidade, era muito doloroso.

Para além do fio de contas e cordão, a mulher minhota sonhava com um trancelim, quando as condições económicas eram favoráveis. No entanto, esta joia só seria adquirida quando possuíssem outras joias, sobretudo cordões. O trancelim não fez parte da ourivesaria das mulheres inventariadas ou inventariantes, à exceção de Maria Ribeiro Machado, que para além de um par de brincos de aljófar, uma laça cravada de diamantes, dois cordões de ouro de alto valor, tinha ainda um trancelim de ouro avaliado em 30.120 reis³². Apesar da ausência desta peça de ourivesaria nos inventários por nós analisados, não significa, todavia, que não fizesse parte do

³² AMAP, “Judicial Antigo”, Guimarães, ct. C-1-4-37, 1802.

quotidiano das mulheres do Baixo Minho. Como já fizemos notar por várias vezes, muitos objetos, entre os quais o trancelim, “escaparam” à inventariação.

A laça era uma joia feminina de suspender ao pescoço num fio de seda ou num colar. Segundo Carlos da Silva Lopes é a “velha jóia portuguesa” por se considerar genuinamente portuguesa³³. No norte de Portugal a laça ou sequillé³⁴ (denominação encontrada nos inventários da Póvoa de Lanhoso) foi fabricada para satisfazer o gosto das mulheres dos “lavradores honrados”, expressão corrente dos séculos XVII e XVIII, ou seja, os que possuíam casas agrícolas superiores às dos pequenos proprietários locais e que, de certa forma, se aproximavam da pequena nobreza local³⁵. No entanto, não significa que a pequena lavradeira não tivesse a sua laça, talvez mais singela.

Os principais centros de produção de laças foram o Porto, Guimarães, Braga e Gondomar³⁶. Apesar da sua grande produção neste período, a quantidade de laças nos nossos inventários não foi muito expressiva: Barcelos, 16; Guimarães, 34 e Póvoa de Lanhoso, 30. E, sendo Guimarães um dos principais centros de produção de laças e o século XVIII o período da sua difusão, podemos pensar que, tal como outros objetos, a sua ausência dos inventários não significa que não fizessem parte do quotidiano dos nossos agregados.

A primeira laça inventariada data de 1786, aumentando progressivamente o seu número a partir de 1793, ou seja, finais do século XVIII. O que terá determinado por um lado, a reduzida inventariação de laças nestas regiões e, por outro, a sua tardia inventariação nos nossos inventários?

A laça de ouro ou filigrana, e em alguns casos com diamantes, adornava o peito das mulheres do Baixo Minho. Para além de joia de suspensão, podia assumir também a forma de alfinete ou ainda de brincos³⁷. O valor das laças de ouro ou filigrana sem pedraria, nos concelhos em análise, oscilou entre os 1.700 reis e os 4.800 reis; com diamantes (não temos informação quanto ao número de pedras), a média foi de 7.000 reis. Contudo, no inventário de Francisca Maria Salgada foi inventariada uma laça com diamantes no valor de 48.000 reis³⁸. Infelizmente as descrições são muito sucintas, impedindo-nos de ter uma ideia do seu trabalho de ourivesaria e pedraria.

Nos concelhos de Guimarães e Póvoa de Lanhoso encontramos exceccionalmente alguns exemplos de laças acompanhadas por outras peças de ourivesaria: com brincos e anel (duas ocorrências); só com brincos (duas ocorrências) e com anel (uma ocorrência). Segundo Carlos da Silva Lopes estas peças compostas seriam mais requintadas³⁹. Em suma, as laças, singelas ou elaboradas, fizeram parte da ourivesaria da mulher do Baixo Minho. Todavia, não foram exclusivas das mulheres dos “lavradores honrados” porque simples lavradeiras também as possuíam.

³³ Carlos da Silva Lopes, *Estudos de história da ourivesaria*, Porto, GEAD, 2005, p. 30.

Laça - designação utilizada na Póvoa de Lanhoso. A laça usava-se ao pescoço como pendente ou ainda como alfinete e também na versão de brincos. Rosa Maria dos Santos Mota, *Glossário do uso [...]*, op. cit., 2011, pp. 85-86.

³⁴ Sequillé - denominação usada no norte de Portugal para definir um alfinete de peito aparentado com a laça. *Idem*, p. 98.

³⁵ Carlos da Silva Lopes, *Estudos de história [...]*, op. cit., 2005, pp. 30-31.

³⁶ *Idem*, *ibidem*.

³⁷ Veja-se na mesma obra algumas imagens de laças do século XVIII e XIX. Maria Fátima Macedo, *As raízes do [...]*, op. cit., 1993, pp. 51-54.

³⁸ Francisca Maria Salgada, casada, da freguesia de São Paio, Guimarães. AMAP, “Judicial Antigo”, ct. C-3-5-57, 1794.

³⁹ Carlos da Silva Lopes, *Estudos de história [...]*, op. cit., 2005, pp. 31-32.

O requife⁴⁰, peça de ouro ou filigrana, inventariado por vezes com diamantes cravados, era outro adorno de peito. O seu valor médio foi de 3.000 reis, mas alterava-se tendo em conta a presença ou não de pedras preciosas. O diamante foi a única pedra aplicada no requife. A presença desta peça nos inventários dos três concelhos foi muito reduzida: um em Barcelos; 16 em Guimarães e dois na Póvoa de Lanhoso.

Para terminar, não podemos deixar de fazer referência aos anéis. Apesar de, no último quartel do século XVII e primeiro quartel do século XVIII, se assistir a uma diversificação das tipologias de anéis - ovais, retangulares, redondos, lanceolados, losangulares, pedraria, esmalte, pinturas etc. -, não os temos para o período em questão (1750-1810)⁴¹. A lavradeira não tinha por hábito usar anéis no seu dia a dia. A labuta do campo não o permitia. Apenas as mulheres de condição social mais elevada, sem necessidade de colocar as mãos na terra, os poderiam usar. Ao todo foram inventariados 21 anéis: sete em Barcelos, três em Guimarães e 14 na Póvoa de Lanhoso de valor médio de 1.500 reis, com exceção dos anéis inventariados em Guimarães, cravados com diamantes, de valor médio de 3.500 reis. Estes pertenciam a mulheres de elevado estatuto, casadas com lavradores ricos, mercadores, prestamistas e com um juiz dos órfãos. Ou seja, mulheres mais adstritas ao espaço interior da casa e suscetíveis de frequentar os círculos de sociabilidade da elite local.

CONCLUSÃO

Para o período estudado e na região do Baixo Minho as joias, independentemente da sua morfologia, devem ser entendidas como um capital suscetível de ser convertido em numerário, sobretudo quando as famílias se viam a braços com dificuldades económicas. Para além disso, as joias assumem um papel importante quando se procura entender o significado de “pertença à família”. Apesar do uso do ouro ser uma constante nesta região, a verdade é que encontramos – através dos inventários orfanológicos – alguns patrimónios familiares onde as joias estavam ausentes. Isto não deverá significar que as mulheres do Baixo Minho não as envergassem. As joias e outras peças de ourivesaria eram transmitidas aos herdeiros não só através da legítima, mas também por doações inter-vivos. Esta última forma de transmissão fez parte do quotidiano das gentes do Baixo Minho. Não havia um momento específico para o fazer; as mulheres doavam-nas ou legavam-nas pessoalmente ou através das escrituras públicas. Consideramos que a ausência relativa de peças de ouro nos inventários orfanológicos das nossas amostras se deve sobretudo a esta forma de transmissão inter-vivos que servia para assinalar os momentos de passagem da rapariga minhota.

Todavia, não devemos anular a possibilidade de as joias nunca terem figurado no património de algumas famílias, pois na maioria dos casos não nos é possível saber se algum dia as possuíram.

Em suma, a ourivesaria demarcou-se pelo seu valor afetivo, ou seja, pelo sentido de pertença à família. Mais que um “simples objeto”, as peças de ouro guardavam memórias, sentimentos, e daí que as famílias as procurassem transmitir de geração em geração.

⁴⁰ Requife - fio batido, de secção reta, com torcidos. Rosa Maria dos Santos Mota, *Glossário do uso [...], op. cit.*, 2011, p. 97.

⁴¹ Gonçalo de Vasconcelos e Sousa, *A joalheria em Portugal (1750-1825)*, Porto, Civilização Editora, 1999, p. 103.

FAMILIA, MIGRACIÓN Y MATRIMONIO EN UNA VILLA, MODELO DE ATRACCIÓN: MOLINA DE SEGURA EN LOS SIGLOS XVII-XIX

Encarna Meseguer Hurtado

Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

Tanto la Historia de la familia como la Demografía Histórica son cruciales a la hora de investigar la historia de colectivos y de individualidades, acercándonos más a la historia social del pasado. La Demografía viene unida al hecho social de la vida y a la familia en su conjunto, no se puede estudiar la población si no se conocen los individuos que la componen como tampoco sus relaciones en la sociedad en la que les ha tocado vivir. No podemos por tanto prescindir de ellas como tampoco de la Historia Social, en el estudio de la reconstrucción de familias.

El estudio de la reconstrucción de familias emprendido en Francia por Louis Henry y Michel Fleuret, ha sido crucial para estudiar la mecánica matrimonial como era obtener las edades de acceso al matrimonio, la fecundidad marital etc, que nos han ayudado a conocer el vínculo matrimonial, pero que debe ser revisado con nuevas tecnologías para su dinámica en la obtención de los datos y en nuevos estudios de las fuentes que supondrán dar un paso adelante en la historiografía de las ciencias sociales en España.

A partir de los años 70 y 80 del siglo pasado, esta metodología tuvo su plenitud en distintos estudios y publicaciones. La aportación de la Escuela de *Annales* ha sido decisiva con estudios y publicaciones sobre Historia Social. Hoy con la elaboración de genealogías, de las trayectorias de vida, nos acercamos más a la historia del pasado no sólo en el estudio de su conjunto sino también en el de las familias e individuos que la forman.

Nuestro estudio se basa en la aportación de los datos obtenidos de las fuentes parroquiales, en las partidas de matrimonio. Como bien dicen algunos autores como la portuguesa María Norberta Amorim¹, la demografía histórica nos proporciona elementos y conexiones fundamentales para conocer la Historia de la Familia y las bases de datos de los registros parroquiales son imprescindibles para ello. Pero en el análisis de los datos vemos que estas relaciones van más allá de lo que es la Familia Nuclear, ya que intervienen una serie de lazos no sólo de sangre sino también de afinidad, en Francisco Chacón², la familia también está formada por lazos de parentesco consanguíneo y lazos de parentesco ficticio. Hay una protección y solidaridad entre los grupos y por ello la construcción de la familia tiene un espacio social concreto, donde la Historia Social es la base del estudio de las relaciones y los lazos familiares que se van formando a partir del vínculo matrimonial.

Además según Reher³, el matrimonio marcaba el comienzo de la formación del hogar y abría la puerta a la reproducción demográfica, poniendo en marcha uno de los mecanismos para la supervivencia de la sociedad. Así el matrimonio se convertía en catalizador para el desarrollo

¹ Maria Norberta AMORIM, "Demografía Histórica y Familia. Una propuesta metodológica", *Studia Histórica. Historia Moderna*, nº 18, 1998, p. 1.

² Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Joan BESTARD (dirs.), *Familias. Historia de la sociedad española*, Madrid, Cátedra, 2011.

³ David S. REHER, *Familia en España, pasado y presente*, Madrid, Alianza, 1996, pp. 223-233.

individual y familiar que generaba cambios tanto para los contrayentes como para las familias de origen.

Las oleadas migratorias también están ligadas a distintos factores, como se dan en el siglo XVI y XVII, en donde la mortalidad catastrófica debido a las epidemias como las pestíferas, la falta de alimentos y la falta de excedentes de otros años, hacen posible el movimiento de la población a otros lugares más productivos y saludables. En el siglo XVIII, hay una revolución económica y demográfica, por la desaparición de las enfermedades entre otras como la peste y por otra porque el contexto político, es menos codicioso y costoso que antes con los Austrias. Esto beneficia a la población que aumenta considerablemente y es por ello que con la revolución agraria se asentará en sitios donde haya un mayor terreno cultivable y los individuos puedan tener un nivel de vida mejor. Es por ello que la nupcialidad es decisiva dentro de este nuevo régimen demográfico. Esto es un punto importante en estudios, como el de Jordi Nadal sobre la nupcialidad en Cataluña⁴ porque hay un fomento y protección del estado matrimonial y eso se refleja en una obsesión en el contexto socio-económico de la época.

En Massimo Livi Bacci⁵, los años que van de 1800-1914, hay una gran transformación, ya que la población se multiplica por dos y medio. Pero otro punto a destacar es que la agricultura es un componente importante pero secundario según el autor, porque lo que prima es la renta y la organización del trabajo.

Concluyendo, todo esto repercute en el aumento demográfico, además de otros factores como serán el aumento de la productividad, la limitación de las tierras disponibles por el rápido crecimiento de la población rural, la emigración y por último tener una alimentación mejor y un nivel de renta superior. Por lo tanto, la reducción de la sociedad rural permitió cambios demográficos más rápidos, que se van a plasmar en la urbanística de las ciudades. Según Jose Miguel Martínez Carrión⁶ la población de Murcia desde 1860 hasta 1900, crece muy deprisa y duplica su crecimiento con respecto a la española en general, siendo la región de Murcia una de las regiones europeas más dinámicas del siglo XIX.

Así pues, las migraciones están condicionadas por múltiples factores, como son el económico, fiscal, social, familiar y esto se pone de manifiesto en estudios como el de la familia europea de Kertzer y Barbagli⁷, en donde uno de los factores que favorecieron el éxito de las migraciones en cadena, fue el que los individuos estuviesen relacionados entre sí y la buena propaganda de los que habían llegado antes, hacían del lugar, siendo por tanto la emigración parental una forma de migración familiar. En artículos como el de Martínez Carrión y Concepción Fenollos⁸, en los años del siglo XIX es cuando hay una mayor ocupación del suelo y se coloniza en su plenitud el territorio. La entrada en el siglo XX, cambiará el rumbo de la población y las oleadas migratorias tendrán gran repercusión.

Analizando la población del siglo XIX, hay un peso de la mortalidad excesiva y un progresivo aumento de la población al mismo tiempo, aunque más en Europa que en España. Y este desarrollo podemos basarlo sobre todo en una mayor nupcialidad, una prolongación de la vida y el cese de las emigraciones a países extranjeros. Todos estos factores hacen que la población española aumente. En el siglo XIX, las nupcias son más frecuentes y la fecundidad más alta. El cese de los desplazamientos de grandes masas de población que son una característica

⁴ Jordi NADAL, *La población española (siglos XVI a XX)*, Barcelona, Ariel, 1971, pp. 87-88.

⁵ Massimo LIVI BACCI, *Historia de la población europea*, Barcelona, Crítica, 1999, pp. 130-131.

⁶ José Miguel MARTÍNEZ CARRIÓN, *Economía de la Región de Murcia*, Murcia, Editora Regional, 2002. Pág. 278-279.

⁷ David I. KERTZER y Marzio BARBAGLI (dirs), *Historia de la Familia Europea*, vol. 2: *La vida familiar desde la Revolución Francesa hasta la Primera Guerra Mundial (1789-1913)*, Barcelona, Paidós, 2003.

⁸ José Miguel MARTÍNEZ CARRIÓN y Concepción FENOLLOS SORIANO, "Nupcialidad, estructura del hogar y economía campesina en el valle del Segura durante el siglo XIX", *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, nº 8, 1987, pp. 26-27.

sobresaliente de la época además tendrá repercusiones muy profundas. En los albores del siglo XX, el éxodo campesino produce la gran corriente migratoria del campo a la ciudad, por ello las crisis de subsistencias en siglos anteriores, pasarán a ser un factor demográfico secundario en el siglo XX, donde primará el impacto de la depresión económica y de las guerras (la Guerra Civil Española y las Guerras Mundiales).

El tema de las migraciones es un tema que ha sido tratado por ser un factor importante en el desarrollo demográfico y al igual que la Historia de la Familia, son temas de estudio muy interesantes, y como se expone en el libro *Territorios distantes, comportamientos similares*⁹, es que hay una necesidad a la hora de abordar la Historia de la Familia de nuevas formas de análisis y nuevas propuestas de investigación, porque la Familia ha sido la célula básica de la organización social.

LA INVESTIGACIÓN REALIZADA

En nuestra investigación, lo primero es plantear una hipótesis principal: “las migraciones, que fueron fundamentales para el desarrollo demográfico, económico y social de la villa de Molina entre los siglos XVII y XIX se llevaron a cabo, no sólo de forma individual sino también colectiva”. Observamos que las verdaderas protagonistas del proceso migratorio fueron las familias. A partir de esta hipótesis podemos desarrollar una serie de objetivos que nos proponemos a la hora de realizar nuestra investigación. Estos serían los siguientes:

A CORTO PLAZO:

1. Verificar que el aumento en el número de matrimonios no sólo procede del crecimiento natural de la población sino también debido a oleadas migratorias que se integran en ella.
2. Investigar los índices que nos dan pruebas de migración, como los índices de la Procedencia de los contrayentes y los padres. Estos índices son “ser natural de”, “ser vecino/a de”, “ser feligrés/a de”, nos darán la pista de su lugar de origen y si vienen con sus familias, o han nacido ya aquí porque los padres se establecieron anteriormente.
3. Comprobar el efecto de atracción de la villa a la hora de establecerse en ella debido a su demanda para el trabajo y para conseguir una tierra, aunque fuese en arrendamiento.
4. Analizar que el peso de estas migraciones en cadena hacía una población, supone un cambio en su estructura socio-profesional como en la modificación del plano urbano por el crecimiento sobre todo de barrios nuevos para el asentamiento de estas personas en la villa.

A LARGO PLAZO:

5. Establecer una comparativa entre diferentes núcleos urbanos de atracción con el fin de preguntarnos el porqué y el cómo, para confeccionar un modelo de atracción.
6. Verificar que la reconstrucción de familias a través de las partidas de matrimonio son un valioso instrumento para la Demografía Histórica, para ver los individuos y las familias que emigran y se establecen, familias que forman vínculos familiares y filiales con las de su sitio de origen. Por ello la reconstrucción de familias dentro del estudio de las migraciones también es valiosa para la Historia de la Familia y para la Historia Social.

⁹ Sebastián MOLINA PUCHE y Antonio IRIGOYEN LÓPEZ (dirs), *Territorios distantes, comportamientos similares. De familias, redes y élites de poder: Una introducción crítica*, Murcia, Editum- Ediciones de la Universidad de Murcia, 2009.

EL MÉTODO DE LA INVESTIGACIÓN Y LAS FUENTES UTILIZADAS

La metodología llevada a cabo ha sido a través de las técnicas de investigación aplicables a cualquier disciplina científica. Partimos de las técnicas cuantitativas porque queremos medir y descubrir nuevas relaciones con los datos, partimos de una hipótesis y establecemos relaciones entre las distintas variables obtenidas a través de los datos recogidos. Es por lo que utilizamos la Estadística que es la técnica cuantificadora por excelencia, viendo las variables e indicadores que intervienen en el fenómeno histórico expresando sus relaciones a través del análisis de los datos con gráficos, cuadros etc., y empleando a su vez el método deductivo e inductivo para llegar de lo general a lo particular y viceversa. Por tanto, nos valemus de la estadística descriptiva, como de la estadística inferencial o inductiva. El objetivo es conseguir no sólo una investigación cuantificada sino también cualitativa en su conjunto.

En el libro de Aróstegui¹⁰ en las ciencias sociales la aplicación de la Estadística a disciplinas como la Economía, Demografía, Sociología, Psicología es normal, pero vemos que en la Historiografía es sólo la Historia Económica la que ha hecho uso de ella. Es lamentable que no existan tratados de Estadística pensada para los historiadores y por ello es por lo que escasean este tipo de publicaciones.

También es imprescindible recurrir al método comparativo. Muy utilizado tanto en la Historiografía como en otras ciencias sociales pues permite observar tanto las analogías como las diferencias en distintas investigaciones. También este método es necesario para establecer generalizaciones históricas, pero con mucha cautela y evidencia empírica en base a otros trabajos, que es lo que se pretende en esta investigación.

Utilizamos, por tanto, la metodología de la Demografía Histórica, que está dando respuestas a muchos interrogantes hasta ahora desconocidos, ya que nos permite utilizar el método estadístico en la crítica histórica de las fuentes y a su vez en la aportación del historiador. Fundamental para nosotros han resultado las últimas tendencias dentro de la disciplina que tienen que ver con la atención puesta al ciclo de vida, concepto que se ha revelado como una potente herramienta para la comprensión de la organización social. Precisamente en nuestro trabajo ha resultado determinante a la hora de contemplar los procesos migratorios.

Esto es esencial junto con la aportación de la Historia Social, que a partir de la creación de la Escuela de *Annales* ha hecho que el historiador pueda percibir la Historia como la Historia del hombre y su grupo social. Es lo que se trata con este trabajo, poder percibir las migraciones en la Historia de una villa a través de una serie de personas que vienen de otros lugares para establecerse y formar una familia que estará dentro de otro grupo social a su vez integrado por varias familias. Es, en resumidas cuentas, la Historia Social es, en Cardoso y Pérez Brignoli¹¹: “una Historia de la Sociedad en movimiento”. También es necesario tener en cuenta estas migraciones en la Historia de la Familia porque forman parte del conjunto de la sociedad.

Además de estas fuentes ha sido necesario utilizar el Diccionario de Pascual Madoz¹², nos aporta la información de los pueblos de origen, donde explica sus recursos, sus habitantes y sus parroquias.

Al margen de los recursos bibliográficos, las principales fuentes documentales que hemos consultado son los registros parroquiales. Frente a la primera impresión que pudiera tenerse, respecto a una información que pareciera que se repite, lo cierto es que hay que decir que es difícil su análisis, debido a algunos problemas que se han planteado:

¹⁰ Julio ARÓSTEGUI, *La Investigación Histórica: Teoría y Método*, Barcelona, Crítica, 2001.

¹¹ Ciro F. S. CARDOSO y Héctor PÉREZ BRIGNOLI, *Los métodos de la Historia*, Barcelona, Crítica, 1981.

¹² Pascual MADDOZ, *Diccionario Geográfico Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, Murcia, Centro Regional de Estadística de Murcia, 1989, p. 114.

1º.- Las fuentes no tienen uniformidad. Esto quiere decir que las fuentes no son tratadas de la misma manera en los mismos años, ya que cada párroco escribe el registro según él considera. Esto dificulta el que cuando se llevan leídos varios registros tratados de la misma manera, de repente cambia porque lo escribe otro párroco y algunos datos o no se especifican o se cambian de otra forma.

2º.- Las fuentes son distintas según el periodo en el que se estudian. Si observamos los registros de matrimonio del siglo XVI, XVII y XVIII, sólo hablan de lo básico, del nombre del novio, la novia y los padres de ambos. Diciéndonos de dónde viene el novio o la novia, es decir, la procedencia. Conforme nos acercamos al siglo XIX, se comienza a hablar de la procedencia de los padres y si son feligreses o vecinos. También nos informan del estado de los novios y de los padres, si son solteros o viudos, y de la legitimidad y del oficio que tienen, aunque no se habla del oficio de la mujer. Conforme pasan los años, se van teniendo más datos. Ya a mediados del siglo XIX, se habla de la edad de los novios y a finales del XIX, de los oficios de la mujer. Por ello cada vez tenemos más aportación de datos que nos sirven para nuestra investigación, pero los datos en los años de la Edad Moderna, son más difíciles de tratar porque podemos deducirlos pero no siempre verificarlos.

3º.- Hay dificultad para comparar los datos. Es difícil contrastar los datos si carecemos de publicaciones en las que se traten los registros parroquiales, no sólo de estudios de Nupcialidad sino también de otros índices también interesantes, ya que buscamos los referentes a la migración además de datos que corroboren nuestra investigación.

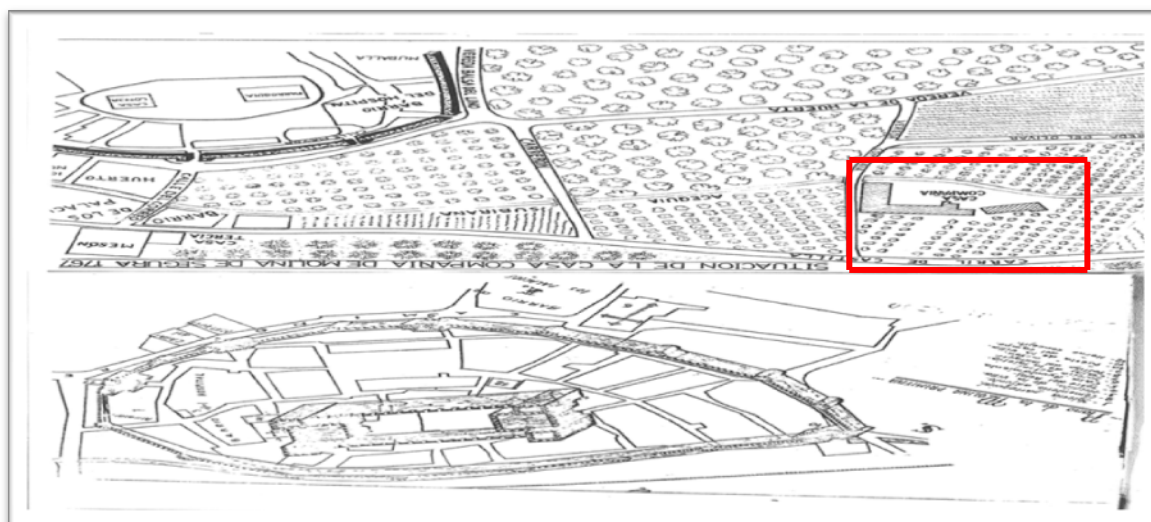
4º.- Es difícil la aplicación del método estadístico en el estudio de las migraciones. Necesitamos gran cantidad de datos para poder contrastar la migración, esto es en parte por la dificultad que tienen en sí mismo los archivos, tan diferentes en el tiempo y en el tratamiento por parte de los párrocos. Esto supone al mismo tiempo muchas gráficas, tablas etc. Necesitamos por tanto de tratados de Estadística aplicados a la Historia, para ahorrar tiempo y esfuerzo.

ANÁLISIS DE LA INVESTIGACIÓN

Antes de exponer los pasos a seguir en la investigación objeto de estudio, tenemos que tener presente ciertos aspectos que van a ser determinantes en la historia de la villa.

- A. La Carta Puebla de la villa, redactada el 30 de enero de 1397, durante el señorío de Juan Alonso Fajardo, concediendo una serie de privilegios a los vecinos de Molina fue muy beneficiosa para el reparto de tierras y para los nuevos pobladores.
- B. La situación dónde se encuentra la villa de Molina de Segura es privilegiada por estar cerca de varias villas y de la capital (fue importante para el viajero por ser zona de paso de camino hacia Castilla) y por encontrarse en una zona cercana al río y por ello sus tierras son también de regadío (grandes zonas de huerta). Por ello el radio de la migración es de corta distancia en su mayoría, aunque también hay migración de zonas de más de 50 Km y de ciudades cercanas como Albacete, Alicante, Valencia, Almería y alguna más alejada. Es una villa de gran atracción agraria.
- C. Importancia de las órdenes religiosas, como los jesuitas que hacen de la villa un gran centro de atracción desde el siglo XVII, pero con más difusión en el siglo XVIII. El establecimiento de esta orden y la gran cantidad de terreno cultivable que obra en sus manos atrae a gran cantidad de personas y de familias. Podemos ver en la Imagen nº1 la gran extensión de terrenos que tiene a su cargo la orden religiosa, es el Colegio-Granja (Casa de la Compañía) de los Jesuitas de Molina.

Imagen nº 1: Casa de la Compañía de Jesús en Molina de Segura



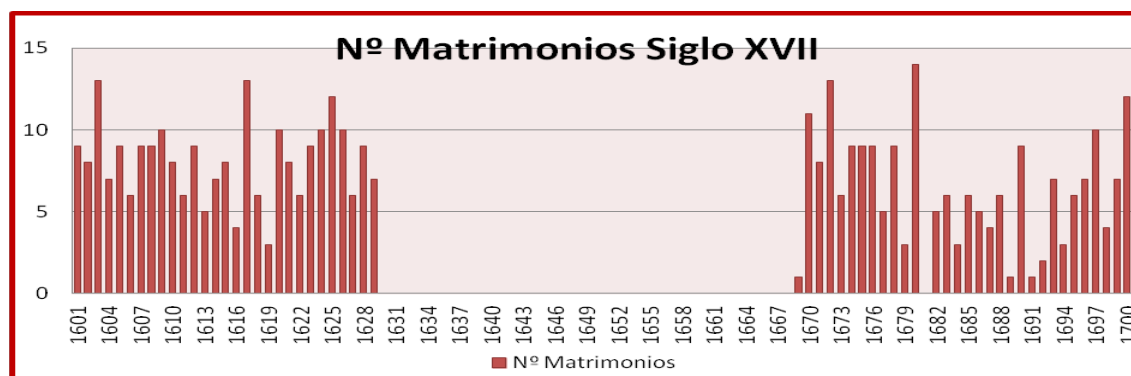
Fuente: Manuel Arnaldos Pérez, *Los Jesuitas en el Reino de Murcia*, p. 166.

Ahora analizaremos la investigación en sí y los pasos a seguir:

- 1) Para comprobar que nuestra hipótesis es viable tenemos que ver si existe movimiento poblacional como consecuencia del número de matrimonios que se realizan, para ello se hace un recuento de todos los matrimonios desde el siglo XVI-XIX, aunque en los que vamos a ver el aumento de matrimonios y de la migración más claramente es en el siglo XVIII. Es el resultado de la salida de la población del recinto amurallado, el crecimiento poblacional y el migratorio. Como consecuencia de todo ello, se construye la Iglesia de la Asunción para acoger a más gente. Los siguientes gráficos nos muestran el aumento de los matrimonios en los tres siglos: siglo XVII, XVIII y XIX.

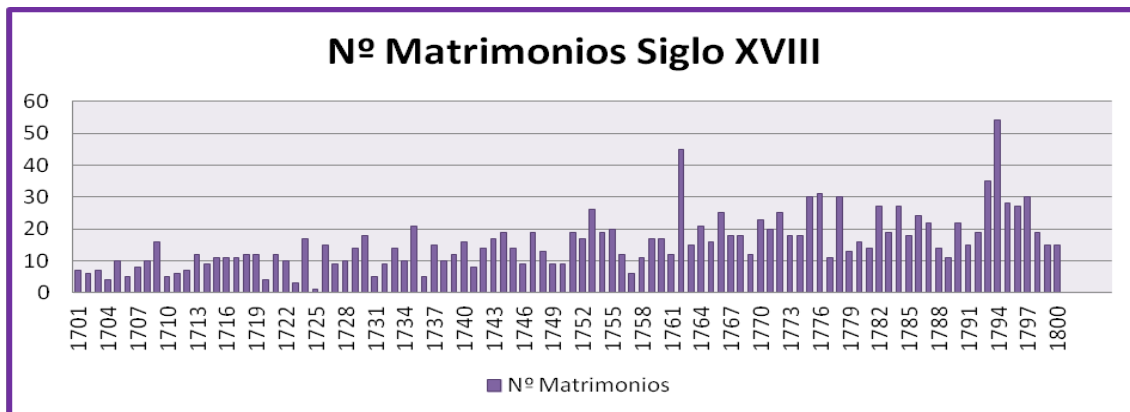
Al observar los gráficos comprobamos que los matrimonios van en aumento, sobre todo unos años antes de la inauguración de la Iglesia de la Asunción (1769) y en los años posteriores, manteniéndose estables por encima de los 40 al año a finales del XIX.

Gráfico nº 1: COMPORTAMIENTO DE LOS MATRIMONIOS DURANTE EL SIGLO XVII



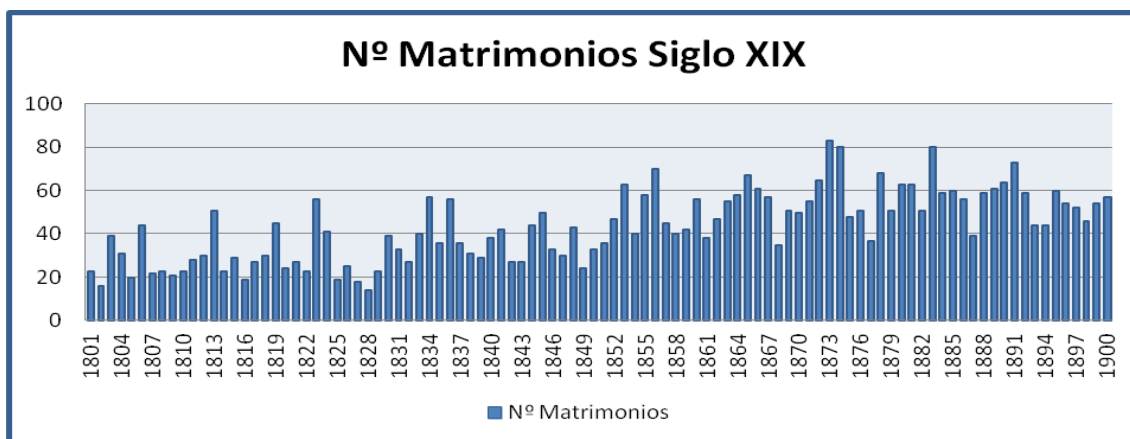
FUENTE: Elaboración propia en base a los datos sacados del Registro Parroquial de Molina de Segura. Nº de matrimonios durante el siglo XVII.

Gráfico nº 2: COMPORTAMIENTO DE LOS MATRIMONIOS DURANTE EL SIGLO XVIII



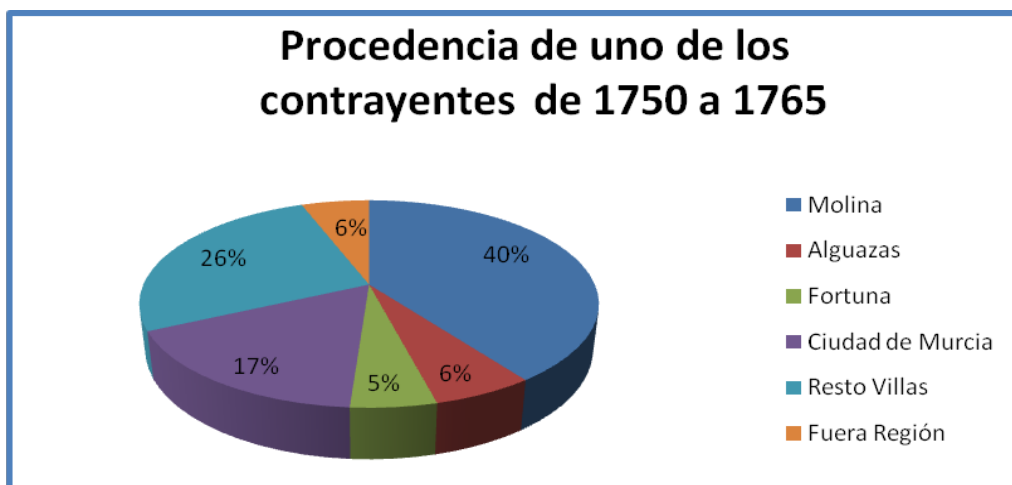
FUENTE: Elaboración propia en base a los datos sacados del Registro Parroquial de Molina de Segura. Nº de matrimonios durante el siglo XVII.

Gráfico Nº3: COMPORTAMIENTO DE LOS MATRIMONIOS DURANTE EL SIGLO XIX



FUENTE: Elaboración propia en base a los datos sacados del Registro Parroquial de Molina de Segura. Nº de matrimonios durante el siglo XVII.

Gráfico Nº4: PROCEDENCIA MATRIMONIAL DURANTE EL SIGLO XVIII



FUENTE: Elaboración propia en base a los datos sacados del Registro Parroquial de Molina de Segura. Nº de matrimonios durante el siglo XVII.

En los gráficos vemos que el siglo XVIII, es un siglo de migración, ya que la villa se convierte en un centro de atracción rural, debido a su gran extensión de terreno cultivable, de los grandes señores de la villa, de los Jesuitas, y de pequeños propietarios, arrendado a agricultores y trabajado por jornaleros. Esto se traduce en un gran aumento matrimonial, lo vemos en el siguiente gráfico de procedencia de uno de los dos contrayentes.

Esta migración se va mimetizándose con la población, pero será continua durante este siglo y a lo largo del siglo siguiente.

- 2) Establecemos varias catas en el siglo XIX para analizar varias variantes que nos dan información de la migración. Para poder comprender mejor nuestro trabajo de investigación, vamos a ver un ejemplo durante el siglo XIX, en una de las catas analizadas.

Cuadro nº 1: PROCEDENCIA DE LOS CONTRAYENTES Y LOS PADRES EN 1832-1836

	Novio	Novia	Padres	T O T A L
Molina	NF	NF		132
Molina		NF		33
Molina	NF	NF	NF	24
Molina	NF			10
Fortuna	NFM*			7
Fortuna		NFM*		5
Alguazas	NF			4
Archena	NF			2
Archena	NFM*			2
Espinardo	N			4
La Ñora	N			3
Blanca	NF			3
Alcantarilla	NF			1
Alcantarilla		NFM*		1
Alhama		NFM*		1
Jumilla		NFM*		1
Las Torres de Cotillas	NF			1
Ciudad de Murcia	NF			1
Ciudad de Murcia		NFM*		1
Plaza	NF	NF		1
Era Alta	NF			1
Torre Pacheco		NF		1
Beniaján		NF		1
Bilbao	NF		NF	1
Cieza		NFM*		1
Ulea	NFM*			1
Javalí Nuevo	NF			1
Cartagena	NFM*			1
La Habana	NFM*			1

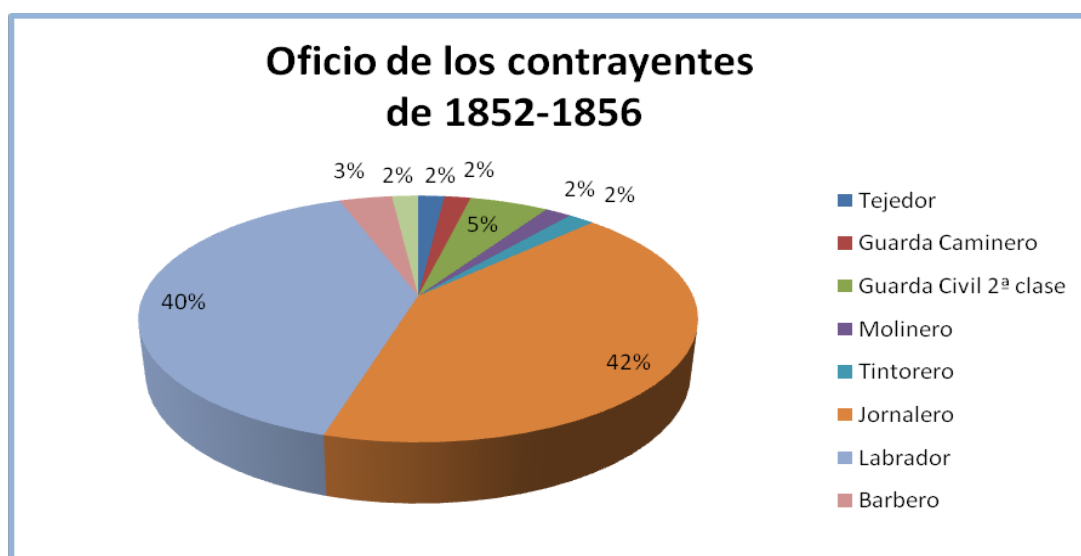
N: natural/es; **V:** vecino/a, vecinos; **F:** feligrés/a, feligreses de su villa; **FM*:** feligrés de Molina

FUENTE: Elaboración propia en base a los datos sacados del Registro Parroquial de Molina de Segura. Nº de matrimonios durante el siglo XVII.

Estos índices “ser natural de”, “ser vecino de”, “ser feligrés de”, serán decisivos en nuestra investigación sobre la migración en la villa de Molina de Segura.

- 3) De las catas analizadas en el siglo XIX, hemos hecho un gráfico de los principales oficios de la villa. Aquí observamos cómo estamos en una sociedad rural y las especialidades se desarrollan en torno a ella. Nos demuestra que la tierra atrae a gran cantidad de gentes. A finales del siglo XIX, irán surgiendo oficios liberales por el desarrollo urbano.

Gráfico nº5: OFICIO DE LOS CONTRAYENTES



FUENTE: Elaboración propia en base a los datos sacados del Registro Parroquial de Molina de Segura. Nº de matrimonios durante el siglo XVII.

CONCLUSIONES

A modo de conclusión hay que decir que este trabajo de investigación ha tenido como finalidad hacer un estudio exhaustivo de los Registros Matrimoniales de Molina de Segura, villa de atracción por la importancia de los Jesuitas y la desamortización de sus tierras. A través de estos registros podemos ver la migración o las oleadas migratorias que Molina ha sufrido a lo largo de los siglos. Aunque en un primer momento ese era nuestro objetivo hemos ido viendo a través de su análisis que nos ha aportado mucha más información como la de los individuos que contraen nupcias y de sus familias, así como de la organización social de ese momento.

Hemos ido analizando los datos de las partidas de matrimonio, observando que la PROCEDENCIA, nos va a dar información de dónde vienen los contrayentes, y de dónde viene la familia, o sea, los padres. Los índices “NATURAL/ES DE”, “VECINO/A DE”, “FELIGRÉS/SA DE”, nos dan información de si pertenecen, o no a la parroquia, si han nacido allí o vienen a casarse allí, si los padres (la familia) se ha establecido allí pero no son naturales de allí etc. De esta manera a través de una gran cantidad de porcentajes, de gráficos y de tablas podemos establecer las distintas conexiones y relaciones entre los individuos y sus familias.

El análisis de los matrimonios en esta investigación, se ha analizado desde la Historia Social a través de la nupcialidad y su crecimiento demográfico desde la Demografía Histórica,

pero además hemos dado otros enfoques. También es cierto que su análisis es complicado ya que supone hacer un estudio encadenado de los datos de unas fuentes como son las Parroquiales que no tienen uniformidad ni continuidad en su tratamiento. Tenemos además una dificultad añadida en el tratamiento de los datos, ya que es necesario el análisis estadístico para poder clasificar tanta información.

Al final no sólo podemos asegurar que en Molina de Segura hubo una migración continua sino que también hemos logrado saber el tipo de gentes que vienen a ella, sus familias y su condición social. Es muy importante conocer que en el análisis de la dinámica matrimonial son fundamentales la Demografía Histórica y la aportación de la Historia Social y la Historia de la Familia.

Otro punto a tener en cuenta es la falta de publicaciones en cuanto al análisis matrimonial de los Registros Parroquiales, en el estudio de las migraciones. Es necesario un análisis comparativo para poder establecer si los Registros siguen la misma tónica en distintas parroquias. Las migraciones son un punto fundamental en el crecimiento demográfico de las ciudades o pueblos, sobre todo las de corta distancia, donde hay un movimiento continuo de gentes de zonas cercanas a ellas. Quizás es demasiado complicado hacer un estudio de todas las parroquias, pero sí sería interesante hacerlo de las villas o ciudades que son focos de atracción, tanto rural como urbana.

En este estudio pues, la familia, la migración y el matrimonio están íntimamente ligados, las familias se reagrupan muchas veces por la importancia de la posesión de tierras, además del vínculo de parentesco. El estudio de los archivos parroquiales de las partidas de matrimonio, nos dan cuenta de familias de distinta índole, con más o menos patrimonio cuyo objetivo es cultivar y conservar la tierra, ampliándola si es posible. El matrimonio es una pieza clave en este trinomio, son las familias que se unen por afinidad y por conveniencia muchas veces en un lugar que no es el suyo. El matrimonio supone la base de la familia y el comenzar una nueva vida en un lugar donde mejorará la renta de los que la integran y sus hijos tendrán nuevas oportunidades. También la familia está ligada a la migración, ya que supone buscar un lugar donde establecerse con una renta mejor. Muchos de los que contraen nupcias son de zonas cercanas en su mayoría que ven en este lugar una nueva forma de vida, más trabajo y una renta segura.

LOS DESPLAZAMIENTOS ESPACIALES DE LAS FAMILIAS QUE CONFORMARON LAS ÉLITES DE LAS CIUDADES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX

Bibiana Andreucci

Universidad Nacional de Luján (Argentina)

INTRODUCCIÓN

El proceso de expansión de la producción pecuaria moderna en la región pampeana en la segunda mitad del siglo XIX fue de magnitud y velocidad sorprendentes, a tal punto que Argentina pasó de importar cereales a ser uno de los mayores exportadores mundiales de productos pecuarios en menos de cuatro décadas. Durante estos años la frontera agropecuaria avanzó más de quinientos kilómetros sobre el espacio relativamente vacío de las provincias de Buenos Aires, Santa Fé, Córdoba y del Territorio Nacional de La Pampa. Sobre esos territorios, numerosos pueblos y ciudades surgieron velozmente. De los cincuenta y dos municipios que contabilizó Maeso en 1855¹ en la Provincia de Buenos Aires, se pasó a setenta y nueve en 1869 - cuando se levantó el primer Censo Nacional- y a noventa y seis en 1895, con el segundo Censo Nacional. En esos años centenares de pueblos y algunas ciudades de relativa importancia alteraron por completo la fisonomía de la Pampa Argentina. La construcción de la Argentina Moderna supuso ingentes esfuerzos de gestión. Casi de la nada y como mencionamos anteriormente, en menos de cinco décadas, afloró una sociedad nueva. En la Provincia de Buenos Aires, los municipios, surgidos por la Ley de Municipalidades de 1854², fueron las cédulas políticas básicas. En el proyecto de la Ley de creación se determinó que el régimen económico y administrativo de cada uno de los partidos de campaña, quedaba a cargo de una Municipalidad, compuesta por el Juez de Paz y cuatro propietarios vecinos del distrito: Los municipales que debían cuidar los intereses materiales del partido con absoluta prescindencia de intereses políticos.³ En consecuencia, en cada uno de las ciudades de la provincia, surgió un grupo de vecinos que pasó a ocupar el poder local y que convirtió a las nuevas municipalidades en el ámbito de un embrionario accionar político desde el que se gestionó la modernización de la región. Nos proponemos en esta oportunidad identificar algunos rasgos de las élites locales y más específicamente por tratarse de un área de reciente colonización, nos detendremos en describir los desplazamientos espaciales de familias que identificamos como de la élite de algunas ciudades bonaerenses, para observar en sus derroteros previos las estrategias empleadas por sectores medios para consolidar su patrimonio y acceder al poder local.

Debemos aclarar, que la historiografía sobre la época ha prestado escasa atención a las élites de las ciudades y pueblos pampeanos, las que quedaron habitualmente subsumidas bajo la más potente élite provincial y/o nacional. Respecto a los núcleos más poderosos de la élite,

¹ Registro Estadístico del Estado de Buenos Aires correspondiente al 2º Semestre de 1854, redactado por Justo Maeso, Mit 8, Tabellen, Buenos Aires, 1855.

² El 11 de octubre de 1854 el Poder Legislativo de la Provincia sancionó la ley n° 35 que determinó la creación de las municipalidades.

³ Para acceder al cargo debían tener una renta específica y su función era inspeccionar los corrales del abasto y cuidar el aseo del pueblo, delinear y cuidar las calles y caminos, velar por el cumplimiento de los reglamentos policiales, visitar las casas de negocio e inspeccionar las pesas y medidas; encargarse de los establecimientos de instrucción pública, beneficencia y culto; y recaudar rentas municipales y fondos.

Halperín Donghi⁴ demostró que antes de la Revolución de Mayo, los sectores más poderosos no estaban vinculados a la tierra sino a la actividad mercantil. Las guerras de la independencia afectaron la minería altoperuana y el comercio a distancia, privando a la elite colonial de su principal fuente de ingresos, a la vez que la apertura comercial de 1810 colocó a este grupo ante la competencia de los comerciantes europeos arribados a la región tras el fin del monopolio comercial español. Estas circunstancias hicieron derrumbar a algunas fortunas rioplatenses; pero otras, estimuladas por la expansión de la demanda externa y la abundancia de tierras, se reorientaron hacia la producción pecuaria. Roy Hora⁵ indicó que dos tipos de figuras merecen distinguirse en la élite rioplatense de la primera mitad del siglo XIX. Por una parte, capitalistas que ya ocupaban posiciones relevantes en el período colonial, que movieron recursos desde el comercio a la producción agraria y por el otro, numerosas fortunas nuevas surgidas de las oportunidades que ofrecía el sector rural. Estas últimas ponen de relieve el elevado grado de renovación que la elite económica experimentó gracias al proceso de crecimiento agrario. Ello no dio lugar a la formación de dos grupos distintos. Con frecuencia, los empresarios de origen colonial que se volcaron a la producción rural mantuvieron intereses en otras actividades; muchos nuevos, por su parte, una vez que alcanzaron cierta escala, giraron capital desde el campo a la ciudad. Tanto la renovación del universo de empresarios como la diversificación de activos se hallaron relacionadas con la fuerte inestabilidad institucional que caracterizó a la economía de la región en la primera mitad del siglo XIX. Los sectores más poderosos se renovaron también durante el rosismo. Luego de los “Libres del sur” una parte considerable de la elite estanciera bonaerense sufrió la expropiación de sus propiedades⁶. Por otra parte, la igualación social promovida por la retórica republicana del rosismo, que importantes segmentos de las clases populares hicieron suya, recortaron la autoridad social de los grupos propietarios⁷. Sin embargo, en esas décadas la gran propiedad no retrocedió sino que se consolidó.⁸

A mediados del siglo XIX, el universo social pampeano era muy heterogéneo. Pequeños propietarios, vecinos sin títulos, labradores y peones ocupaban un lugar importante en la campaña bonaerense. En esta región la profundización de la economía mercantil, en lugar de acabar con la economía campesina, favoreció la intensificación de las relaciones de las familias productoras con el mercado. Pero además, el dinamismo de la economía exportadora dio lugar a la emergencia de un número muy considerable de nuevas fortunas rurales, muchas de ellas de origen inmigrante. Fue de esos sectores de los que emergieron las élites locales. En otros trabajos⁹ hemos demostrado como los sectores medios rurales cobraron dinamismo sin renovarse en el tránsito del rosismo al Estado de Buenos Aires. En éste pondremos la lupa en un grupo limitado de familias para ver de dónde provenían los miembros de las élites de las nuevas ciudades pampeanas e identificaremos los desplazamientos espaciales – pero también económicos – para observar procesos de acumulación y estrategias de reproducción social familiar desde fines del siglo XVIII hasta fines del XIX. Se analizarán a continuación desplazamientos hacia la frontera bonaerense de familias de la élite de Santiago del Estero, de labradores de San Juan, de exiliados de la Banda Oriental y de pequeños y medianos productores de los partidos cercanos de colonización más antigua. Los miembros de los dos primeros destinos engrosaron la

⁴ T. HALPERÍN DONGHI, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972.

⁵ R. HORA *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Editorial Siglo XXI, 2002.

⁶ J. GELMAN, y M. SCHROEDER, “Juan Manuel de Rosas contra los estancieros: Los embargos a los ‘unitarios’ de la campaña de Buenos Aires”, *The Hispanic American Historical Review*, Durham, vol. 83, 2003, pp. 487-520.

⁷ R. SALVATORE, *Wandering Paysanos: state order and subaltern experience in Buenos Aires during the Rosas era*, Durham, Duke University Press, 2003.

⁸ R. HORA, “La elite económica Argentina, 1810-1914”. *Rev. Sociol. Polit.* [online], vol. 22, n° 52, 2014, pp. 27-46 [cited 2015-03-03].

⁹ B. ANDREUCCI, *Labradores de frontera*, Prohistoria, Rosario, 2011.

élite local y tuvieron trascendencia provincial y nacional y la de los dos últimos, sólo local. Todas las familias tuvieron en común historias de desplazamientos –la región no contaba con presencia blanca un siglo antes- y de cambios rápidos y concisos en los procesos de acumulación.

ANTES DE IR A LA FRONTERA

Desde Santiago

Santiago del Estero, recorrida por los ríos Salado y Dulce, que forman dos valles estrechos, era la provincia más pobre del Norte. La agricultura basada casi exclusivamente en el cultivo de maíz, tenía caracteres muy primitivos que la hacían fracasar con frecuencia por las grandes sequías que la azotaban. La ganadería escasamente desarrollada se componía de animales menores, especialmente de cabras. Los tejidos domésticos que encontraban dificultades cada vez mayores en su venta generaban algunos dinerillos en esta economía paupérrima. La pérdida del Alto Perú impactó con más fuerza en Santiago que en las otras provincias norteñas. Y, la revolución le agregó nuevos problemas; inseguridad, requisas de ganado para los ejércitos de línea, etc. En 1810 Santiago era un villorrio marginal de aproximadamente cinco mil almas, que contaba con sólo veintitrés familias de “notables” entre los que estaban los Gorostiaga, los Iramaín, los Frías y los Carranza. Las rivalidades internas en la región se entrelazaron con las que oponían a Santiago con la próspera Tucumán. Fueron sobre todo, según Halperin¹⁰, comerciantes y las familias más ricas de la capital, dueñas de las escasas tierras irrigadas, las que alimentaron esa rivalidad. Su posición dominante en el Cabildo local que venía del pasado colonial se mantuvo sin esfuerzos durante la primera década revolucionaria; pero fue este sector el que se vio más perjudicado por las transformaciones que ocasionó la Revolución: la pérdida del mercado altoperuano y la escasez de mano de obra. El sector ganadero en cambio, fue el menos perjudicado ya que se benefició con la apertura del comercio. Además, la devastación que sufrió la ganadería del Litoral aseguró la demanda sostenida de los cueros santiagueños. A este cambio en el equilibrio económico acompañó otro en el político militar ya que quedaron a cargo de la frontera las tropas milicianas, fortaleciéndose sus caudillos, mientras que el ejército de línea se reclutó para la guerra realista. Se dieron entonces las condiciones para un cambio en el equilibrio político local: la hegemonía de la capital y de los propietarios de tierras irrigadas que tenían su fortaleza en el Cabildo quedó amenazada. Complicó aún más la situación el hecho que desde 1814, Santiago quedó bajo la directa dependencia de la Intendencia de Tucumán. Cuando en 1816 Santiago debió elegir a sus representantes, los “ciudadanos de mejor representación” se abstuvieron de votar, y sólo Juan Felipe Ibarra, el elector de Matará –centro principal de la frontera– estuvo de acuerdo en hacerlo. Ibarra, devenido de este modo un poderoso caudillo, avanzó con sus tropas fronterizas contra las familias capitulares obteniendo un sorpresivo triunfo, después del cuál y durante los treinta años siguientes, gobernó Santiago con manos férreas. Las familias Frías, Carranza, Iramaín y Gorostiaga formaban parte de la élite mercantil con representación en el Cabildo local. El alineamiento de la élite en contra de Ibarra no fue lineal e incluso algunos miembros de estas familias, como Pedro Pablo Gorostiaga llegaron a apoyarlo. Vayamos a las historias de estas familias.

El miembro fundador de la familia de los Gorostiaga en el Río de la Plata fue Joseph Antonio nacido en San Sebastián, Guipúzcoa, en 1755. Llegó en 1778 a Santiago donde se casó con Bernardina Luisa Urrejeola, emparentándose con esta antigua familia.¹¹ Los Gorostiaga, del mismo modo que los Iramaín, son buenos ejemplos de las transformaciones que a nivel mercantil generaron las reformas borbónicas: el reemplazo de los comerciantes del Sur de España por los

¹⁰ T. HALPERIN DONGHI, *Revolución y guerra...* Op. Cit.

¹¹ O. DI LULLO, “Genealogías Santiagueñas”. Citado en J. PERNIGOTTI, *Un Retazo de Historia Lugareña. Las Saladas, Chivilcoy y Gorostiaga*, Chivilcoy, Municipalidad de Chivilcoy, 2006.

del Norte, principalmente catalanes y vascos. Las fortunas de estas familias provenían, según Halperin, de prácticas comerciales nada innovadoras consistentes en traer mercaderías en consignación de Buenos Aires, que a su vez eran traídas del mismo modo de España y que les rendían altas ganancias a estos agentes, no tanto por la amplitud de los mercados sino por la posibilidad de fijar precios muy elevados. El comercio iba acompañado de funciones políticas, por eso Joseph Antonio Gorostiaga fue además, procurador y comandante. Falleció muy joven, cumpliendo funciones militares en la represión de un levantamiento de indios locales, aliados a la rebelión de Tupac Amaru. Sus hijos continuaron con la tradición endogámica de fortalecer vínculos con las familias principales a través del matrimonio; Pedro Pablo, se casó con Bernarda Frías y José Antonio con Sebastiana Taboada.¹² Los Gorostiaga quedaron unidos de este modo a las tres principales familias de Santiago del Estero: los Frías, Taboada y Urrejeola. Los Frías se remontan aún más lejos, porque desde principios del siglo XVIII estaban en Santiago del Estero. El patriarca Don Joseph de Frías y Suárez de Cantilena tuvo ocho hijos nacidos entre 1779 y 1787. Dos fueron sacerdotes y los otros tuvieron una marcada actuación política que incluso mantuvieron sus descendientes. Uno de ellos, Félix Ignacio, fue secretario del Cabildo porteño entre 1813 y 1817, Director del Banco de la Provincia de Buenos Aires entre 1824 y 1830, y Secretario del general Lavalle. Félix Frías falleció en 1831 —a los pocos días del nacimiento de su hija Luisa— en un accidente provocado por la estampida de los caballos que conducían su carruaje en el campo “Fortín Ayacucho” ubicado en Las Saladas. Sus descendientes heredaron varios inmuebles en territorio bonaerense, saladeros y pagarés en monedas extranjeras. Una de sus hermanas, María Bernarda, como dijimos, se casó con un Gorostiaga con quien tuvo nueve hijos nacidos en Santiago del Estero. Se trataba de Pedro Pablo Gorostiaga quien, como anticipamos, supo establecer buenas relaciones con Ibarra en el momento de su ascenso político e incluso en reiteradas oportunidades lo suplió en su gobierno. Sin embargo, los sucesos de la década de 1820 los distanciaron a tal punto que Ibarra lo mandó a matar. Fue en esa oportunidad, 1835, cuando su esposa, Bernarda Frías, huyó de Santiago con sus hijos y se afincó en la estancia “Fortín Ayacucho — ya en la frontera bonaerense—” donde ya estaba su hijo mayor Domingo Gorostiaga, encargado de los intereses de su tío ya difunto, Félix Frías. De los hijos de Bernarda, José Benjamín —que se casó con su prima Luisa Frías, hija de Félix— fue quien hizo la carrera más exitosa: estudió en el colegio de los jesuitas, graduándose de abogado en 1846 y fue constituyente por Santiago del Estero en 1853, Ministro de Interior, de Hacienda, Miembro de la Corte Suprema de Justicia, Presidente del Ferrocarril Oeste, etc.

Gregorio Iramaín fue otro de los comerciantes vascos de Santiago del Estero con intereses en la frontera bonaerense. Su abuelo había sido Gobernador de Armas a mediados del siglo XVIII, su padre, Domingo Iramaín, fue en los últimos años del siglo XVIII, Alcalde de 1º voto, Defensor de Menores e importante comerciante de Santiago, casado con Francisca Borges y Urrejeola. Era miembro de la élite capitular y primo de los Frías y Gorostiaga.

Desde San Juan

San Juan, a trescientas leguas del puerto de Buenos Aires, incomunicada con Chile durante siete u ocho meses al año, había logrado desarrollar una rudimentaria producción de viña y árboles frutales de los que obtenía vino, aguardiente y pasas que vendía al mercado porteño y a las provincias del Interior, aunque cada vez con mayores dificultades, por la competencia de los productos originarios de España, a los que el libre comercio le abrió el puerto de Buenos Aires. Bajo estas condiciones esta provincia crecía muy lentamente y todos, desde los descendientes de los primeros pobladores hasta las castas, compartían el modo de vida y las posibilidades de

¹² Casas comerciales incorporadas al comercio en Santiago del Estero con fiado, en E. SAGUIER, *Genealogía de la Tragedia Argentina*, apéndice B-VI, Buenos Aires, septiembre de 2007. Disponible en <http://www.er-saguiier.org>.

acumulación. Apenas unos pocos jóvenes ilustrados que habían estudiado en Córdoba, visitado Buenos Aires o Santiago de Chile, según un agudo observador como Damián Hudson, conocían los sucesos políticos de Europa y Estados Unidos y eran capaces de movilizarse tras las nuevas ideas; el resto sólo mostraba apatía frente a ellas.¹³ A pesar de ello, las guerras civiles fueron particularmente cruentas en la Provincia; en primer lugar se vivió aquí con gran intensidad los preparativos de la campaña a Chile, luego la invasión de Quiroga, con su secuela de barbarie y destrucción; que ocasionó en esta —como en tantas otras provincias argentinas— el clima de violencia y barbarie que, según Halperin Donghi, sucedió a las guerras revolucionarias. Fusilamientos, saqueos y matanzas de uno y otro bando se hicieron frecuentes por esos años e hicieron decaer aún más la producción local. A esto se agregó que esta provincia, alejada de los escenarios de lucha, actuó como proveedora de hombres, caballos, mulas y vacas a los ejércitos revolucionarios. Las migraciones de sanjuaninos a la frontera bonaerense deben entenderse en este contexto, ya que no fueron las más cuantiosas, aunque sí las que involucraron redes familiares y sociales más extensas.

En las primeras décadas del siglo XVIII, la familia Calderón, oriunda de Chile, cruzó los Andes y se instaló en San Juan. La residencia durante dos generaciones en esta provincia convirtió en “vecinos principales” a algunos de sus miembros, a pesar de haber sido censados como “mestizos” en el padrón de 1812.¹⁴ Por eso no ha de extrañar que Miguel, patricio, oficial del Batallón de Cívicos en 1817, fuera el elegido para rubricar el acta de incorporación de esa Provincia en 1820 y, además, fuera representante ante la Honorable Sala hasta 1830. Su hijo, José Calixto, nacido en San Juan al rayar el siglo XIX, formó parte de los ejércitos revolucionarios y fue teniente ayudante de Manuel Belgrano en las batallas de Salta y Tucumán. Luego fue capitán ayudante del general Mansilla en la guerra contra Brasil, siendo herido en Paso Ombú. Malherido, necesitó dos años de residencia en Buenos Aires para reponerse y cuando regresó a San Juan lo hizo sólo para buscar su familia; porque ya tenía decidido que su destino sería la frontera bonaerense, adonde llegó en los albores de la década de 1830, ya casado con la sanjuanina Petrona Falcato.

Desde el exilio

Las luchas políticas no sólo suponían el enfrentamiento en los campos de batalla, sino también el exilio. La huida abrupta, ganándole a la ira de un gobernador todopoderoso como Rosas, los acuerdos y el permiso de retorno, según los vaivenes de los contextos políticos y la voluntad del gobierno influyeron también en el poblamiento de esta región. La familia Villarino sirve de ejemplo. Provenientes de Vigo, España, una de las ramas familiares emigró al Río de la Plata en los albores del siglo XVIII. De esta, descendió Juan José Castelli, integrante de la Primera Junta¹⁵. De otra rama familiar provino Pablo Villarino, que llegó a Buenos Aires a fines del siglo XVIII, soltero y con veintidós años. Pablo se dedicó al comercio —tuvo una pulpería en la calle Suipacha— y compró en 1821 una suerte de estancia de 3.415 ha sobre el río Samborombón, partido de Magdalena. Adquirió además un terreno en Lorea, del que donó una parte al Estado para que hiciera una plaza pública, frente a la cuál construyó su amplia barraca, descripta por José Wilde:

“El frente que mira hacia el Oeste lo constituye una serie de cuartos con un ancho corredor que comprende toda la cuadra y que es frecuentado por troperos, barranqueros y acopiadores de frutos del país. En el centro de la fila de cuartos hay un enorme portón que da entrada a una extensísima barraca, propiedad lo mismo que el edificio del señor don

¹³ D. HUDSON, *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*, Tomo I, Imprenta de Juan Alsina, Buenos Aires, 1898.

¹⁴ AGN, Sala X, Padrón de 1812.

¹⁵ A. CAGGIANO, “Lazos parentales en la frontera del Salado”, en *Miradas al pasado desde Chivilcoy*, Chivilcoy, Centro de Estudios en Ciencias Sociales y Naturales de Chivilcoy, 2004, pp. 31.

Pablo Villarino, respetable y acaudalado español, casado con una hija del país y padre de una numerosa y respetable familia”¹⁶

Los Villarino, en el año 1830, eran una de las familias acaudaladas de Buenos Aires y sus tertulias fueron frecuentadas por lo más granado de la sociedad local, a tal punto que fueron objeto de acuarelas de un pintor de la talla de Carlos Pellegrini.¹⁷ Francisco e Ignacio, hijos de Pablo se hicieron cargo del campo del partido de Magdalena. Francisco hizo construir la Iglesia de Chascomús y participó de la campaña al desierto comandada por Rosas. Ignacio, en tanto, en sociedad con Melchor Romero (cuñado de Francisco) recibió la enfiteusis más grande de Chivilcoy: 14 leguas que mantuvo hasta 1835.

Cuando en la madrugada del 29 de octubre de 1839 estalló la Revolución de los Libres del Sur, Francisco y su hijo Manuel Villarino estuvieron entre los principales protagonistas. Los episodios tuvieron ribetes novelescos porque cuando la resistencia se tornó imposible, Francisco se comunicó con los barcos franceses que bloqueaban Montevideo y acordó con ellos arrasar al Fuerte y tirar la artillería al pantano, embarcándose luego a Montevideo. No tuvo esa suerte su hijo Manuel, que fue apresado y enviado a Buenos Aires. Gracias a las redes de esta “gran familia”, su abuelo Pablo intercedió ante su yerno Manuel Inciarte –Ministro de Gobierno de Rosas– y logró su liberación, argumentando que Manuel era menor.

Desde los partidos de antigua colonización

Confluyeron a la frontera entonces, personas de las más variadas extracciones, orígenes e historias, que hicieron que hacia 1850, cuando las comunidades comenzaran a adquirir sus rasgos de identidad, fueran un gran conglomerado heterogéneo compuesto también por quienes podríamos considerar “nativos” o oriundos de partidos vecinos, muchos de ellos provenientes de familias que habían colonizado las tierras de “vieja ocupación” y que buscaban el ascenso social a través de la propiedad de la tierra.

Una de esas familias fue la de Lobo Sarmiento, vecinos de Luján desde fines del siglo XVII y con representación en el Cabildo. A principios del siglo XVIII, esta familia compró uno de esos lotes rectangulares, en que se habían dividido las grandes mercedes, con la cabezada sobre el río, de ahí su tamaño reducido, y logró mantenerlo indiviso durante varias generaciones, apelando a la estrategia de enviar a los vástagos a las tierras libres de la frontera.

El caso de la familia Molina es muy similar al de los Lobo Sarmiento. Era también una familia muy antigua de la Villa que no contó con tierras propias hasta que Isidro adquirió una pequeña parcela de la merced de Vivar ubicada exactamente enfrente de la Guardia de Luján, en la margen opuesta del río. Isidro que había nacido en la Villa de Luján en 1762 se casó con Pasquala Butierrez en 1787 y en una fecha imprecisa se afincó en el lote de la Guardia y se transformó en uno de los vecinos más influyentes de la región. Isidro Molina tuvo por lo menos seis hijos. Los dos menores tuvieron una actuación muy destacada en Chivilcoy; ambos fueron tenientes alcaldes y voceros de la movilización de 1854, del mismo modo que su yerno, el puntano Francisco Laborde. Isidro y sus hijos tuvieron una participación mínima en las entregas de tierras por enfiteusis que se efectuaron a partir de 1825 en la frontera (sólo solicitaron un pequeño sobrante), dando cuenta de una capacidad de acumulación menor que los Lobo Sarmiento u otras familias. Recién con los loteos que se hicieron en Chivilcoy en 1854, aparecieron los varones de la familia Molina solicitando tierras públicas. La larga espera de esta

¹⁶ J. WILDE, “Buenos Aires, desde setenta años atrás”, Colección Austral, Espasa Calpe. Extraído de A. CAGGIANO, *Chiviloy, Biografía de un pueblo pampeano*, Chivilcoy, Imprenta del Diario La Razón, 1997.

¹⁷ La esposa de Carlos Pellegrini (h), Carolina Lagos, era bisnieta de Pablo Villarino. Dos acuarelas de Carlos Pellegrini, *Tertulia porteña* y *Minué en la casa de Villarino* representan escenas de esa familia.

familia para consolidar sus posesiones y la participación en este loteo, de pequeñas parcelas, destinadas a labradores de escasos recursos, habla a las claras de que las capacidades de acumulación fueron menores que las analizadas anteriormente.

EN LA FRONTERA

De los que vinieron desde Santiago del Estero, como Pedro Pablo Gorostiaga, Gregorio Iramaín y Felipe Ibarra, además de tener vínculos íntimos por pertenecer a las pocas familias de la élite santiagueña y compartir, por lo tanto, la cotidianeidad de un villorio de 5.000 almas, sabemos que formaron parte del Ejército del Norte, bajo las órdenes de Manuel Belgrano. Participaron de los triunfos de Tucumán y Salta y de las derrotas de Huaqui y Ayohuma. Como demostramos, la élite provincial santiagueña a la que pertenecían las familias que luego encontramos en esta frontera sufrió las luchas civiles en forma encarnizada. En primer lugar por su tamaño: eran sólo veintitrés las “familias principales” de Santiago y por eso los conflictos pueblerinos, las tensiones y las envidias propias de las comunidades pequeñas pudieron cobrar aquí mayor vigor. En segundo lugar, por sus marcados rasgos endogámicos; los conflictos necesariamente eran entre primos, cuñados, tíos, cuando no entre hermanos. Por eso algunos miembros vieron peligrar no sólo sus bienes sino también sus vidas. La hegemonía de Felipe Ibarra, construida a partir de redes clientelares tejidas en una región de frontera como Matará, hizo que su desempeño político no siempre fuera consecuente con los intereses de las familias capitulares, de las que él también provenía. Las dificultades que se presentaron durante su mandato tiñeron el gobierno de “violencia” y “barbarie” llevándolo a enfrentar a algunos de sus antiguos aliados. De una larga lista mencionaremos que Pedro Pablo Gorostiaga fue obligado a beber veneno y que dos hermanos sacerdotes de Félix Frías, fueron fusilados en 1842. Motivos no faltaron para que varias ramas de la familia buscaran destino lejos de la esfera de poder de Ibarra y migraron a la frontera bonaerense. A la luz de este desenlace, quizás resulta paradójico que estas familias, asentadas en otros ámbitos, utilizaran la lógica que los había guiado en su provincia: endogamia no sólo en el matrimonio sino también en los negocios, clientelismo y paternalismo. Manifestación de estas estrategias fue que la enfiteusis de doce leguas que en noviembre de 1825 se le había concedido a Ángel Carranza –también santiagueño– en diciembre de ese mismo año le fuera transferida a Félix Ignacio Frías, supuestamente abogado de la firma Iramaín y Cía., pero también Director del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Este lote sería parte del avance de más amplio alcance realizado por esa élite de comerciantes vascos-santiagueños que desde 1824, y aprovechando el cargo estratégico de Frías, comenzó a tomar posesión de una vasta superficie que se extendía desde el río Salado hasta la Laguna Brava en Bragado. El avance se legitimó con la solicitud de una enfiteusis de más de sesenta leguas en Bragado, a nombre de Gregorio Iramaín. Una vez conseguida, este último no tuvo problemas en transferir la enfiteusis de Las Saladas sobre la que estaba la estancia Fortín Ayacucho a María Bernarda, viuda de Pedro Pablo Gorostiaga y hermana de Félix Frías. Lo que da cuenta del entramado de negocios familiares con rasgos endogámicos practicados por estas familias.

Las historias de los labradores sanjuaninos –aunque socialmente en un escalón inferior– transita la misma senda. No formaban parte de la élite local como los Jufré, Zambrano, Morales o Mallea, descendientes de los conquistadores, sino de extractos medios, que en el contexto de atraso y pobreza no se diferenciaron en cuestiones sustanciales con la elite local, que incluso permitía que las castas tuvieran representación política; habían nacido al despuntar el siglo XVIII y compartían itinerarios, en los que las guerras de civiles ocuparon un lugar central. Sus historias facilitan la tarea de develar las migraciones en red. Mantuvieron vínculos desde antes de su partida y, posiblemente, estos se hubieran estrechado con la participación en las guerras de la Independencia y de Brasil. Las redes tejidas en el frente con militares porteños, que al retornar pasaron a formar parte del entorno rosista, les abrió el camino a las tierras libres de la frontera, a las que no llegaron como grandes terratenientes sino como labradores arrendatarios para

dedicarse a la labranza de trigo, a la molienda, al comercio y a participar de la política local como tenientes alcaldes o jueces de paz, en el mejor de los casos. Incluso, cuando llegaron a Chivilcoy se asentaron todos juntos manteniendo una estrecha vecindad espacial, que quedó reflejada en el padrón de 1837 que los censó en hilera uno detrás de otro. Algunos, como los Calderón o Souza acumularon fortunas de regular tamaño y pasaron a ser los “vecinos importantes” de la frontera; otros sólo permanecieron un tiempo y optaron por emigrar a Buenos Aires, donde el negocio de alquiler de propiedades ofrecía rentas seguras aunque no extraordinarias.

Las estrategias que esconden estas operaciones obedecerían al interés de “escapar” de la esfera de un caudillo irascible como Ibarra, pero también de participar del boom ganadero que comenzaba a vivir la región rioplatense. Si fuera así este sería un ejemplo de que no sólo la burguesía mercantil porteña buscó transformarse en terrateniente; sino que también buscó hacerlo la del Interior. Y, no deberían llamar la atención tales estrategias, atendiendo a los íntimos vínculos que se tejieron en la segunda mitad del siglo XVIII entre ambas. La existencia de intereses compartidos de esta índole serviría para cuestionar las imágenes que hicieron hincapié en la distancia de ideas e intereses entre el Litoral y el Interior.

Los que avanzaban cortos tramos, como los vástagos de familias de pequeños labradores asentados en los partidos de antigua colonización, llegaban a la frontera para acceder a sus tierras libres y con ello frenar el proceso de empobrecimiento que la división igualitaria de bienes ejercía. Por ejemplo, Martín Lobo Sarmiento se afincó entre Mercedes y Chivilcoy y se casó a fines del siglo XVIII, con María Ignacia Palomeque, miembro de otra antiquísima familia. Recibió de su padre para colonizar las difíciles tierras de la frontera tan sólo diez bueyes, tres caballos y doscientas cabezas de ganado vacuno. Ignacia contribuyó con unas pocas varas de terreno. El hecho de que fueran considerados “estancieros” en los padrones permite ver qué significados tenía este término a principios del siglo XIX. Ellos sólo tenían un campo muy pequeño, pocos y diversos animales: vacas, ovejas, corderos, yeguas, caballos y bueyes, así como otros bienes tales como una carreta, azadas, bateas, hoces, horquillas, tres esclavos, una casa en la Villa y dos ranchos en la estancia. Fue la “estrategia” de diversificar al máximo la producción, la que le permitió iniciar una módica acumulación. Por lo menos, dos de sus hijos, Jerónimo y Rafael Lobo Sarmiento, avanzaron un poco más y accedieron a una enfiteusis en Chivilcoy. Repitieron el patrón familiar de casarse con mujeres de pagos de antigua colonización. Rafael, que había nacido en 1775 se casó con Paula Ortega en la Parroquia de Exaltación de la Cruz, de donde ella era oriunda, en 1807. A través del ciclo de vida de Rafael quedan manifiestos sus desplazamientos espaciales: nació en Luján, se casó en Exaltación de la Cruz, fue productor en Chivilcoy, donde falleció.

La historia de los Lobo Sarmiento, similar a otras, muestra las dificultades para mantener y acrecentar el patrimonio de los más antiguos pobladores fronterizos. Pastores aunque denominados en la fuente “estancieros”, establecidos en la zona de más antigua colonización pampeana como la cuenca del río Luján, contaron con patrimonios reducidos que pusieron serios obstáculos al proceso de acumulación y que hizo que el patrimonio difícilmente pudiera mantenerse durante varias generaciones. La división igualitaria de los bienes que impuso el sistema sucesorio castellano les jugó en contra. Sin embargo, los Lobo Sarmiento, del mismo modo que los Barrancos –y que muchos otros casos analizados– gracias a la enfiteusis pudieron acrecentar la superficie de tierras que explotaban y consolidar el patrimonio. Por eso, la generación que accedió a ella fue la más beneficiada. El traspaso generacional siguiente puso en juego la estabilidad patrimonial que con tantas dificultades se había logrado.

LAS ÉLITES DE LAS CIUDADES NACIENTES. EL PRIMER ESCALÓN: LA JUSTICIA DE PAZ

Una larga tradición historiográfica afirmó que los grandes estancieros adquirieron en la primera mitad del siglo XIX centralidad en el manejo de los intereses públicos. Consolidadas sus fortunas y su poder durante los gobiernos de Martín Rodríguez y luego, el de Juan Manuel de Rosas, sus políticas locales favorecerían los intereses de los grandes propietarios. Para hacerlo debieron construir un aceitado aparato de coerción representado en la campaña por la Justicia de Paz. Sin embargo, actualmente hay evidencia que el proceso de construcción del nuevo orden en la campaña fue más complejo; el orden fue más inclusivo y en muchos casos estuvo en manos de sectores medios (mayordomos, comerciantes, labradores enriquecidos) y no en los estancieros que residían en Buenos Aires. Gelman (2000) llama la atención sobre la dificultad de la tarea de construir un aparato de dominación legítimo, que luego fuera alejándose de esa misma sociedad y que respondiera fácilmente a las ordenes del gobierno y a los intereses de los sectores dominantes.¹⁸ Este autor consideró que el resultado de esta maniobra fue la construcción de una Justicia de Paz con funcionarios muy inestables, poco formados para la función, muy vinculados a la sociedad que debían gobernar y muy susceptibles a los sucesivos cambios de gobierno y a las crisis políticas.

En este sentido no nos ha de extrañar que una vez llegados a la frontera, el primer cargo ocupado por los personajes que venimos analizando fuera el de jueces de paz o tenientes alcaldes. Por ejemplo, a Calixto Calderón, cuando se retiró del ejército, en 1836, lo nombraron teniente alcalde, cargo que ocupó hasta 1843, cuando ascendió a alcalde. No tuvo reparos en suscribir su adhesión a Rosas y se mantuvo como juez de paz interino hasta 1851. Luego de Caseros se “reposicionó” y fue miembro de la Comisión Municipal durante años. En el caso del exiliado Manuel Villarino, una vez liberado y “debiendo tener la casa de sus abuelos como cárcel” huyó de allí para reunirse con su padre en Montevideo, donde se relacionó con el general Rivera, al que le arrendó un saladero en el que estableció una jabonería.¹⁹ En 1844, impulsado por su padre, decidió regresar a Argentina y aceptar la propuesta de Diego White –su tío Ignacio, en 1835, le había transferido parte de la enfiteusis de catorce leguas que tenía en Chivilcoy– de habilitarlo con un capital de \$ 60.000 para hacerse cargo de su negocio ubicado muy cerca de las barrancas del río Salado, en el partido de Chivilcoy. Una vez allí, edificó una vivienda rodeada por un foso para defensa, conocida como “azotea de Villarino”, que oficiaba como pulpería y posta en el camino hacia Las Salinas.²⁰ Desde allí controló como Teniente Alcade el cuarte del “Salado” y con el negocio recuperó la ocupación familiar: el comercio. En cambio, Patricio Gorostiaga, asumió como Juez de Paz del partido de Chivilcoy después de Caseros. El sí era un acérrimo opositor a Rosas. Ni bien lo hizo, elevó una nota al Ministerio de Gobierno solicitando la creación de un centro de población en el partido de Chivilcoy.

LAS MUNICIPALIDADES

En los últimos años del rosismo se consolidaron los sectores medios de las áreas rurales; en parte porque los labradores se beneficiaron por los elevados y duraderos precios que alcanzó el trigo en la década de 1840, los ganaderos por el de la lana y los comerciantes por la mejora de ambos. El ascenso no fue sólo económico, sino también político: el tembladeral que acompañó el

¹⁸ J. GELMAN, “Crisis y reconstrucción del orden en la campaña de Buenos Aires. Estado y sociedad en la primera mitad del siglo XIX”; *Boletín de Historia Argentina y Americana* “Dr. Emilio Ravignani”, n° 21, 2000.

¹⁹ AGN, Sala X, 3-6-7, Nota de Rosas a Corvalán.

²⁰ La víspera del día en que tomó posesión de su puesto, su antecesor había sido lanceado y degollado por un grupo de indios y bandoleros blancos. Villarino, construyó una casa con azotea, a la que dotó de un cañón. En L. HENRY, *Palas. Revista de la Escuela Normal de Chivilcoy*, año 1916.

fin del rosismo continuó después de Caseros y produjo grietas, intersticios muy bien aprovechados por los sectores medios que se estaban asomando a la vida política. Y, además los debates previos a la sanción de la constitución, reflejados en una verdadera eclosión de diarios y publicaciones periódicas favorecieron una mayor conciencia política de estos sectores. En este contexto observamos como muchos Jueces de Paz se reposicionaron después de Caseros, a la vez que cada vez se hizo más evidente el aumento de la participación política en los nuevos municipios. En 1854 se promulgó la “Ley Orgánica Municipal” de la Provincia de Buenos Aires. Esta ley, inspirada en la idea alberdiana de separar la actividad política de la administrativa, le dejó a los municipios de campaña ésta última y la política quedó para la provincia. De este modo, cada partido de la campaña sería administrado por jueces de paz nombrados por la provincia a partir de una terna municipal y por cuatro vecinos. Las atribuciones eran promover los intereses materiales y morales del Partido (con absoluta prescindencia de los intereses políticos), encargarse de la seguridad - organizando el cuerpo de serenitos - de la higiene, de la educación, de las obras públicas y de la Hacienda, entre otras.

Sí bien se pretendía que los municipios se limitaran a tareas administrativas, no fue fácil aislarlos de las cuestiones políticas. En las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX, la construcción de la Argentina Moderna exigió ingentes esfuerzos para una administración pública aún muy reducida y con escasos funcionarios preparados para ella. Sí se observa con detención, fueron jóvenes criollos de familias como las que estamos describiendo los que engrosaron la burocracia local, provincial y nacional en sus primeros momentos. En una región donde el analfabetismo era muy alto – según el censo de 1869 en Chivilcoy el 90 % de los niños no iban a la escuela - los miembros de las familias analizadas sabían leer y escribir. La primera maestra llegó a Chivilcoy en 1853 y en su casa, un humilde rancho, enseñaba a leer y escribir a los niños del pueblo. En el campo el analfabetismo era alarmante; de aproximadamente 4000 niños menores de 14 años, sólo 40 sabían leer y escribir. En la década de 1860 y ante el crecimiento vertiginoso de la población local se crearon las primeras escuelas y en 1872 llegó una de las maestras norteamericanas que Sarmiento trajo a Argentina: Luisa Henry, designada directora de la Escuela N° 3. Entonces, era casi imposible acceder a una Escuela Primaria en Chivilcoy antes de la década de 1850, cuando debieron hacerlo los hijos de las familias que estamos analizando. Sólo se podía aprender en el seno de las familias cuyos progenitores fueran alfabetos. Este era un capital simbólico inestimable en el mundo rural a mediados del siglo XIX; valioso porque era muy reconocido entre los pares y porque abría las puertas de la administración pública.

Como hemos demostrado, si bien estas familias formaban parte de los pequeños grupúsculos alfabetos (incluso en sus provincias de origen), la educación de sus miembros se hizo más formal a mediados del siglo XIX. A medida que las familias consolidaban su situación económica, los varones pudieron continuar sus estudios en Buenos Aires. Por ejemplo, de los nueve hijos que tuvo Calixto, Miguel el mayor, fue un autodidacta que leía las obras de los constitucionalistas norteamericanos como *El federalista* de Hamilton, *Trabajo y Propiedad*, *Libertad y gobierno propio* de Franz Lieber;²¹ en cambio, su hijo Bernardo, nacido cuando la familia ya se había instalado en Chivilcoy, pudo educarse en el Colegio Republicano de Buenos Aires. Mitrasta en su juventud, participó en la Guerra del Paraguay y llegó a ser Diputado Provincial, Senador Nacional y Director del Ferrocarril Oeste, convirtiéndose en uno de los pro-hombres más importantes de Chivilcoy. Los Gorostiaga, que formaban parte de un linaje más destacado tuvieron una educación más esmerada: Benjamín fue un destacado constitucionalista en la Convención de 1853 y su hermano Patricio, fue el gestor de la fundación de Chivilcoy. Pero no sólo esta élite era depositaria de ideas, sino también gestora del progreso; por ejemplo, Manuel Villarino, sin ser agrimensor, delineó el nuevo poblado de Chivilcoy.

²¹ Entrevista a Luisa Henry (1916) en Revista *Palas*, Órgano del Centro de Estudiantes de la Escuela Normal de Chivilcoy.

La incipiente burocracia que acompañó al nacimiento de los pueblos pampeanos se nutrió de estos sectores y ellos respondieron positivamente a su llamado. Para ellos, la administración pública pasó ser la vía alternativa de ascenso social, al permitirles superar las dificultades que tenían sus familias para reproducirse socialmente, cuando el acceso a la tierra fue cada vez más difícil. Retomamos la historia de los Calderón para describir la inserción de los sectores medios en la burocracia nacional: los tres hijos varones de Calixto –de mismo modo que él– compartieron actividades agrícolas y mercantiles con funciones públicas; Calixto Primitivo y Miguel, a nivel local y Bernardo, a nivel nacional.

El hijo mayor, Miguel, casado con Mercedes Benítez heredó la casa principal frente a la plaza, en la que vivía con su familia nuclear, de nueve hijos. Miguel labrador desde 1848 primero en tierras públicas y luego propias, ocupó también cargos públicos. En 1873 fue procurador y encargado de Minoridad en la Municipalidad Local; luego, Juez de Paz y por último, Inspector de Escuelas. Bernardo, el otro hijo de Calixto, tuvo un desempeño público más notable aún. Nacido en 1838, se educó en el Colegio Republicano de Buenos Aires. Participó de la batalla de Pavón, como asistente de Mitre y se alistó en la Guerra de Paraguay, en dónde estuvo en los principales campos de combate, obteniendo el grado de Capitán. De regreso, fue nombrado Juez de Paz y luego fue electo Diputado Provincial. En enero de 1883 fue vocal de la comisión de Aguas Corrientes de La Plata; al mes designado Jefe de Policía de la Provincia de Buenos Aires. Fue senador entre 1884 y 1888; director del Ferrocarril Oeste, Presidente de la Municipalidad de La Plata y miembro del Consejo de Educación de la Provincia. No enumeramos los cargos anteriores como un ejercicio de memoria y mucho menos para otorgarle gloria a Bernardo, lo hacemos para mostrar la variedad de funciones que casi como en un *cursus honorum* marcaban la carrera de un hombre público.²²

La generación de los hijos de Calixto se caracterizó por compartir las actividades rurales, el comercio y el acopio, por un lado; y las públicas, desarrolladas principalmente en la esfera local, por el otro. En la próxima generación esa dicotomía desaparece y la esfera pública se impone. Las carreras trascienden el ámbito local y pasan al provincial y nacional, llegando sus miembros a formar parte de los grupos más selectos de escritores, artistas y jurisconsultos. Ahora sí necesariamente los esfuerzos se orientaron hacia la educación y la formación profesional, convirtiéndose en las élites indiscutidas, gracias a su paso por Colegios Secundarios, Universidades y viajes a Europa.

Antonio Bermejo – hijo de Ana Calderón- en la adolescencia ingresó en el Colegio Nacional. Doctor en jurisprudencia, su tesis fue sobre la cuestión de límites con Chile. Su paso necesario por los campos de batalla se lo dio en la Revolución del 80, en puente Alsina. Mitrista, inició una carrera política prematuramente frustrada cuando se postuló como candidato a gobernador de Buenos Aires en 1893. El fracaso lo llevó al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, desde donde creó el Museo de Bellas Artes, la Facultad de Filosofía y Letras, entre otros. Jurisconsulto de renombre, su carrera culminó en la Suprema Corte de Justicia de la Nación.²³ Manuel, hermano de Antonio, se graduó de agrimensor y luego se doctoró en Jurisprudencia. Fue Procurador Fiscal, Juez Civil y Diputado Nacional. Casado con una Civit – descendiente de una tradicional familia de Mendoza- allí se radicó y fue Ministro de Gobierno y Gobernador de esa provincia.

En síntesis, hemos abordado los desplazamientos espaciales de familias que conformaron la élite de un pueblo de la frontera de la Provincia de Buenos Aires como Chivilcoy, intentando indagar las lógicas de los individuos para entender la adopción de determinadas estrategias y el recorrido de ciertos caminos y ubicar el análisis en el espacio que media entre la libertad de los sujetos y factores condicionantes externos e internos. La tarea se ha presentado

²² V. CUTOLO, *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Buenos Aires, Editorial Elche, 1968.

²³ O. AMADEO, *Vidas Argentinas*, Buenos Aires, EMECE, 1934.

prometedora pero también difícil ya que el análisis se hizo sobre grupos subalternos, de los que no abundan las fuentes o son muy incompletas. A pesar de las limitaciones señaladas, hemos demostrado que en los casi doscientos años analizados, las familias se desplazaron varias veces; por ejemplo, de España a Santiago del Estero y de aquí a la frontera (Gorostiaga); desde de Chile a San Juan y desde este destino a la frontera (Calderón). Los desplazamientos coincidieron con momentos de grandes transformaciones en la historia de la región: reformas borbónicas; guerras de la independencia, expansión agroexportadora y modernización institucional. De este modo podemos ver como estos procesos incidieron en las lógicas familiares. La expansión ganadera que vivió la campaña bonaerense a partir de 1820 no fue sólo atractiva para la burguesía terrateniente porteña sino también para miembros de la élite santiagueña o para los labradores sanjuaninos. Demostramos que algunos de los inmigrantes que arribaron en las décadas de 1820-30 cuando comenzó el crecimiento demográfico del área, habían tenido participación previa en los ejércitos revolucionarios y la ruptura de los lazos primarios que sus ausencias generaron, el mejor conocimiento del territorio y de las posibilidades que podía ofrecer cada región, obtenidas del contacto con pares de otros lugares, facilitó las migraciones. Pero también la búsqueda de una sociedad más igualitaria y democrática actuó en esa dirección.

Los desplazamientos no fueron actos individuales o al menos no obedecieron a decisiones adoptadas en soledad, sino que lo que se puso en movimiento fueron redes más o menos extensas, con intereses en común y solidaridades entrecruzadas. La experiencia política adquirida en los campos de batalla y el vacío de poder en la frontera le abrió espacio a los Calderón, Gorostiaga- Frías, Villarino, entre otros, que aquí pudieron profundizar la participación política que ya habían desarrollado en sus provincias de origen.

Desde que los patriarcas de éstas familias tuvieran actividades públicas en sus provincias de origen o en los partidos de antigua colonización, todas las generaciones lo hicieron, pero los cargos pasaron a ser cada vez más importantes y cuando se organizó el Estado Nacional y surgió una burocracia “moderna” que debió hacerse cargo de la construcción de la Argentina moderna, los miembros de las familias vieron en ella una excelente vía de ascenso social. Presidente del Ferrocarril Sarmiento, miembro de la Suprema Corte de Justicia, Gobernador de Mendoza, inspector de Escuelas, Intendente, estas familias vieron en la administración pública el camino para formar parte de las élites locales y nacionales. En un verdadero “*cursum honorum*” fueron pasando por las diferentes funciones que requería la construcción de la Argentina Moderna.

FAMILIA, HOGAR Y AGREGADOS DOMÉSTICOS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX EN EXTREMADURA

Ana M^a Prieto García¹

INTRODUCCIÓN

El análisis de la estructura y la composición de la familia y del hogar ha sido uno de los temas que mayor interés ha despertado dentro de la historia de la familia desde los pioneros estudios de Peter Laslett². En las últimas décadas han sido numerosos los trabajos realizados sobre los agregados domésticos en España, tanto a nivel nacional³ como regional⁴ y local⁵, lo que

¹Trabajo realizado gracias a la concesión de la Beca de la Fundación Fernando Valhondo Calaff de Cáceres. Asimismo, este trabajo se inserta dentro del Proyecto de Investigación «Familia y comunidad rural: Mecanismos de protección comunitaria en el interior Peninsular (ss. XVIII-1900)», referencia HAR2013-48901-C6-5-R, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y cuyo Investigador Principal es José Pablo Blanco Carrasco.

²Peter LASLETT: “La famille et le ménage: approches historiques”, *Annales, ESC.*, 1972, pp. 847-872; “Introduction: the History of the Family”, en *Household and Family in past time*, Cambridge, 1974, pp. 1-90.

³Isidro DUBERT GARCÍA: *Historia de la familia en Galicia durante la Época Moderna, 1550-1830*, A Coruña, 1992; *Los comportamientos de la familia urbana en la Galicia del Antiguo Régimen. El ejemplo de Santiago de Compostela en el siglo XVIII*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1987; Pegerto SAAVEDRA: *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica, 1994; Camilo FERNÁNDEZ CORTIZO: “A una misma mesa y manteles: la familia de Tierra de Montes en el siglo XVIII”, *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XXXIII, 1982, pp. 237-276, Ramón LANZA GARCÍA: *La población y el crecimiento económico de Cantabria en el Antiguo Régimen*, Madrid, 1991; Ángel RODRÍGUEZ SÁNCHEZ: *La familia en el Antiguo Régimen*, Arcos, Madrid, 1996; Francisco CHACÓN JIMÉNEZ: *Historia Social de la Familia en España*, Instituto Juan Gil Albert, Alicante, 1990; “La historia de la familia desde la perspectiva de la historia social. Notas para nuevas propuestas de estudio” en Santiago CASTILLO (ed.): *La historia Social en España. Actualidad y Perspectivas*, Siglo XXI, Madrid, 1991, pp. 261-266; “Propuestas teóricas y organización social desde la Historia de la Familia en la España Moderna”, *Studia Historica, Historia Moderna*, n° 18, 1998, pp. 17-26; José Manuel PÉREZ GARCÍA: “Estructuras familiares, prácticas hereditarias y reproducción social en la Vega Baja del Esla (1700-1850)”, *Studia Historica, Historia Moderna*, n° 16, 1997, pp. 257-290, María José PÉREZ ÁLVAREZ: “El modelo familiar y la crisis del sector artesanal en una villa de Tierra de Campos a finales del Antiguo Régimen”, *Obradoiro de historia moderna*, n° 15, 2006, pp. 113-118; Estrella GARRIDO ARCE: “En Casa y compañía: la familia en la Huerta de Valencia, siglo XVIII. Algunas reflexiones teóricas y metodológicas”, *Boletín de la ADEH*, X, 3, pp. 63-82; “Tener o no tener en 1791. Estructuras familiares y tenencia de la tierra en la Huerta de Valencia, siglo XVIII” en Francisco GARCÍA GONZÁLEZ (ed.): *Tierra y familia en la España Meridional, siglos XIII-XIX. Formas de organización doméstica y reproducción social*, Murcia, Universidad de Murcia, 1988, pp. 193-223; David-Sven REHER: *Familia, población y sociedad en la provincia de Cuenca, 1700-1900*, Madrid, CIS, 1988; *Town and country in preindustrial Spain, Cuenca, 1550-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Francisco GARCÍA GONZÁLEZ: *La Sierra de Alcaraz en el siglo XVIII: población, familia y estructura agraria*, Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”, 1998; Fernando MIKELARENA PEÑA: “Estructuras familiares en España y Navarra en los siglos XVIII y XIX: Factores etnoculturales, diferenciación económica y comportamientos estratégicos”, *Revista de antropología social*, n° 2, 1993, pp. 105-136; Mercedes LÁZARO RUÍZ y Pedro A. GURRÍA GARCÍA: “La familia y el hogar en Logroño durante el siglo XVIII”, *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, vol. 10, n° 3, 1992, pp. 105-114; Felicísimo GARCÍA BARRIGA: “Hogar y agregado doméstico en la ciudad de Ávila a mediados del siglo XVIII. Un avance”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, n° 29, 2009, pp. 69-96.

⁴José Pablo BLANCO CARRASCO: *Demografía, familia y sociedad en la Extremadura Moderna, 1500-1860*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1999.

⁵María Ángeles HERNÁNDEZ BERMEJO e Isabel TESTÓN NÚÑEZ: “La familia cacereña a finales del Antiguo Régimen”, *Studia Historica. Historia Moderna*, n° 9, 1991, pp. 143-158; M^a. A. HERNÁNDEZ BERMEJO: “Estructuras familiares y sistemas de transmisión patrimonial en Extremadura. La ciudad de Coria en el siglo XVIII” en Francisco GARCÍA GONZÁLEZ (ed.): *Tierra y familia* [...] op. cit.; pp. 133-153; Rafael CASO AMADOR: “La población de Segura de León en 1627: estructura demográfica y composición familiar”, *Revista de Estudios Extremeños*, vol. 49, n° 1, 1993, pp. 65-98; José Pablo BLANCO CARRASCO: “Coria, 1753. Un modelo de ciudad agrícola en el siglo XVIII. Población, sociedad y estructura familiar”, *Actas de los XXII Coloquios Históricos de Extremadura*, Trujillo, 1995.

nos han permitido, por un lado, conocer las diversas estructuras y sus pautas de asentamiento, y por el otro, distinguir dos grandes modelos peninsulares. Uno en el que predominan el sistema patrilocal, basado en la familia troncal propio de Galicia, Asturias, País Vasco, Aragón y Cataluña, y el otro, obviamente, imperante en el resto de España, que se caracteriza por un sistema neolocal en el que prevalece la familia nuclear frente a los exigüos porcentajes de familias extensas y múltiples. En este último tipo denominado la “España nuclear”⁶ se inserta la región extremeña, en la que ha dominado el modelo de la familia nuclear compuesta, aproximadamente, por cuatro miembros por hogar, al menos a partir del siglo XVIII, y por un régimen residencial neolocal, lo que supone que para constituir una nueva familia, la pareja debía disponer previamente de suficientes medios económicos necesarios para subsistir⁷.

El propósito de este trabajo es analizar la unidad doméstica de los hogares de dos municipios cacerños para suplir la carencia de estudios sobre las estructuras familiares del siglo XIX, así como comprobar si los patrones de coresidencia del mundo urbano divergen del rural. Para conseguir nuestro objetivo hemos seguido la metodología propuesta por Laslett en 1974⁸, por lo tanto, en virtud de los modelos laslettianos distinguiremos seis tipologías básicas⁹ subdivididas en varios grupos. Las fuentes que hemos utilizado para la elaboración de este trabajo han sido el padrón placentino de 1847 y el realizado en 1829 de Aldea del Cano. No obstante, la carencia de información que nos aportan, ha limitado, en gran medida, el desarrollo del presente trabajo. En este sentido, la indicación de un solo apellido del progenitor y la ausencia de referencias del parentesco existente entre los miembros del hogar con el cabeza de familia, nos ha llevado a establecer, a través de la edad o el apellido, los familiares ascendentes, descendentes o colaterales. Problema que se acentúa cuando se trata de una mujer, sobre todo, si es ascendente, ya que en la mayoría de los casos los hijos suelen llevar el apellido del padre.

Respecto al ámbito geográfico, nos hemos centrado en dos municipios insertos en la provincia de Cáceres, concretamente, Aldea del Cano, un pueblo agro-ganadero situado al sureste de Cáceres que contaba en 1829 con 215 hogares y 820 habitantes; y la ciudad de Plasencia, ubicada al norte, cuya población en 1847 estaba formada por 1.064 hogares y 4.747 habitantes, constituida en su mayor parte por jornaleros, artesanos y profesionales liberales y de la administración.

ESTRUCTURAS FAMILIARES

Como podemos observar (cuadro I) existe una hegemonía, sobre todo en Aldea del Cano, de las familias nucleares¹⁰, es decir, la mayoría de los hogares estaban integrados por dos generaciones y su formación viene determinada por el matrimonio tras el abandono del hogar

⁶ Fernando MIKELARENA PEÑA: “Las estructuras familiares [...] op. cit., pp.15-61.

⁷ J.P. BLANCO CARRASCO: *Demografía, familia y [...] op. cit., p.287.*

⁸ P. LASLETT: “Introduction: the History [...] op. cit., pp.1-90.

⁹ Solitarios, sin estructura familiar, familia nuclear, familia extensa, familiar múltiple y familia con estructura indeterminada.

¹⁰ El predominio de la familia nuclear frente a los otros tipos de hogares, ha sido constatado en diversos estudios realizados en distintas áreas de la Península Ibérica: En Cuenca suponían el 72,2% de los hogares en 1840 (D-S. Reher: “Familias y hogares en Cuenca, siglos XVIII-XIX”, *Revista d’Estudis Balearics*, nº7, 1985, pp.93-94); en Castellón 79,1% en 1803 (Modest Barrera Aymerich y Tomás Esteban Castillo: *1803: demografía, familia y economía a finales del Antiguo Régimen en Castellón de la Plana*, Castellón de la Plana, Ayuntamiento de Castellón de la Plana, 1998, p.48); en Trujillo el 72,13% en 1824 (José Pablo Blanco Carrasco: “Dinámicas familiares en un entorno rural español: la ciudad de Trujillo a finales del Antiguo Régimen”, en: *Familles, pouvoirs, solidarités. Domaine méditerranéen et hispano-américain (XV-XXème siècle)*, Montpellier, Université de Montpellier, 2002, p. 110); en Lorca 78,3% en 1771 (J. Hurtado Martínez: “Familia y propiedad: análisis del hogar y de la estructura de la propiedad en Lorca (1771)”, en Francisco Chacón Jiménez (coord.): *Familia y sociedad en el Mediterráneo occidental: siglos XVI-XIX*, Murcia, Universidad de Murcia, 1987, p.306); en una serie de poblaciones extremeñas en primera mitad del siglo XIX constituía el 69,2% (J.P. Blanco Carrasco: *Demografía, familia y [...] op. cit., p. 291).*

paterno. Así pues, los hogares formados por la pareja conyugal y sus hijos constituyen el 68,37% en el mundo rural y el 39% en el urbano. A éstos les sigue las parejas sin hijos con un 16,28% y 14,17% respectivamente. Esto se debe a que el 60% en Aldea del Cano y el 40,26% en Plasencia de cónyuges sin hijos se corresponden con personas de avanzada edad, superior a los 40 años, por lo que los hijos, seguramente, ya hubieran salido del hogar para constituir uno nuevo, o bien, en el caso del mundo urbano, muchos hijos e hijas abandonarían el hogar paterno a edades tempranas para trabajar en casa de otras familias, circunstancia que explica la importante presencia de criados. Por último, el 9% está conformado por hogares nucleares con viudos o viudas con sus hijos.

El segundo tipo de estructura dominante difiere de un municipio a otro, mientras que en el Aldea del Cano predominan los solitarios y no existen familias complejas, en Plasencia se produce un predominio de este tipo de familias, principalmente de las múltiples (12,87%). Se ha aceptado que los hogares nucleares tienden a convertirse, en algún momento y por distintas circunstancias, en hogares extensos e incluso múltiples tras el fallecimiento de los padres, de hermanos, tío o primo. No obstante, los parientes que tienen mayor acogida en estos hogares son familiares colaterales y descendentes. En los hogares extensos, este tipo de acogida creemos que obedece a una explicación laboral puesto que es normal encontrarse en una vivienda cuñados o hermanos solteros que trabajan. Con respecto a los hogares múltiples, la inmensa mayoría (9,12%), se trata de personas que, con la misma profesión, a veces con lazos de parentesco, conviven bajo el mismo techo, lo que nos lleva a pensar que seguramente se trataba de casas de varios pisos.

Por otro lado, esa ruptura es la que produce la aparición de hogares sin estructuras (4,7%); de ellos el 0,56% están compuestos por hermanos o hermanas que o bien permanecen solteras o bien por haber enviudado optan por compartir la casa para poder hacer frente al futuro que les deparaba. Finalmente, la categoría que figura como “estructuras indeterminadas”, está conformada, por un lado, por los presbíteros y todos aquellos familiares o personas que vivían bajo su techo, y por otro, por núcleos conyugales que albergan a integrantes de los que desconocemos cuál es su relación con el cabeza de familia.

Las diferencias en la jefatura del hogar entre los diversos grupos de edad que se observan en el siguiente cuadro, determinan que ésta, en cierta medida, condiciona la estructura de los agregados domésticos. Comprobamos como la familia nuclear va a predominar durante todos los tramos de edad. Sin embargo, a medida que pasa el tramo de los 35-44 años, comienza a reducirse su peso y en cambio va subiendo el de los hogares complejos. Hay que tener en cuenta que en ese tramo se sitúa la esperanza de vida tanto para los hombres como para las mujeres, por lo tanto, es normal que tras la muerte de algún familiar, como ya hemos indicado, algún padre, hermano o sobrino sea acogido en otros hogares. En el caso de la tipología 1 y la 2, presentan valores muy parecidos, aumentando, lógicamente por el mismo motivo, con el aumento de la edad, pasando del 2,56% y 3% en la primera etapa hasta alcanzar cuotas del 8,86% y 15,19% respectivamente en la última¹¹.

¹¹ Este mismo hecho se ha observado en una muestra de localidades cacereñas en el primer tercio del XIX (Felicísimo GARCÍA BARRIGA: *Familia y Sociedad en la Extremadura de los Tiempos Modernos (siglos XVI-XIX)*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 2009, p. 168).

Cuadro I
Estructura familiar según los tipos de Cambridge. Aldea del Cano y Plasencia

	Aldea del Cano (1829)		Plasencia (1847) ¹²	
	Nº	%	Nº	%
1. Solitarios	12	5,58	47	2,44
1.a. Viudo o Viuda	10	4,65	38	3,57
1.b. Soltero o Soltera ¹³	2	0,93	9	0,85
2. Sin estructura familiar	-	-	49	4,61
2.a. Hermanos	-	-	6	0,56
2.b. Otros lazos	-	-	34	3,2
2.c. Sin lazos aparentes	-	-	34	2,92
3. Familia Nuclear	202	93,95	665	62,5
3.a. Pareja conyugal	35	16,28	154	14,47
3.b. Pareja conyugal con hijos	147	68,37	415	39
3.c. Viudo con hijos	10	4,65	26	2,44
3.d. Viuda con hijos	10	4,65	70	6,58
4. Familia extensa	-	-	116	10,9
4.a. Ascendente	-	-	29	2,73
4.b. Descendente	-	-	37	3,48
4.c. Colateral	-	-	37	3,48
4.d. Ascendente y colateral	-	-	12	1,13
4.e. Descendente y colateral	-	-	1	0,09
5. Familia Múltiple	-	-	137	12,87
5.a. Ascendente	-	-	2	0,19
5.b. Descendente	-	-	27	2,54
5.c. Colateral	-	-	8	0,75
5.d. Ascendente y colateral	-	-	2	0,19
5.e. Otros	-	-	98	9,21
6. Estructuras indeterminadas	-	-	50	4,7
6.a. Tipo I	-	-	25	2,35
6.b. Tipo II	-	-	-	-
6.c. Tipo III	-	-	25	2,35

Fuente: AHPC, Padrón de Aldea del Cano, 1829; AMPL, Padrón de Plasencia, 1847.

Con respecto a Aldea del Cano, la inexistencia de diferentes tipologías, sobre todo complejas, no nos permite mostrar si en algún momento se daba un cambio de un tipo de hogar a otro. No obstante, aunque la coresidencia no se diera dentro del mismo domicilio sí que se

¹² En los diversos cálculos que hemos realizado en este trabajo no se ha tenido en cuenta ni los conventos, ni hospitales ni administraciones.

¹³ En los hogares solitarios encabezados por solteros hemos incluido los dos clérigos que viven en Aldea del Cano, en Plasencia, sin embargo, están dentro del Tipo III, dado que todos ellos conviven y acogen a otras personas en su hogar.

produce a lo largo de la calle. Así pues, gracias a la indicación de los apellidos y a la edades de las distintas familias vecinas, hemos podido apreciar como se da esa “falsa coresidencia” caracterizada por la proximidad de unidades residenciales unidas por vínculos consanguíneos¹⁴. Este es el caso, por ejemplo, de Pedro Cordero, de 62 años, viudo y jornalero sirviente, que vive al lado de su hija Joaquina Cordero de 34 años, al lado de ésta su hermana, Isabel M^a Cordero de 28 años, unas casas más allá nos encontramos con sus dos hermanos, Juan Cordero Mayor de 61 años y Francisco Cordero de 53 años.

Cuadro II
Estructura de los hogares según la edad del cabeza de familia (Plasencia 1847)

Tipos/ Edades	<25	25-34	35-44	45-54	55-64	≥65
1	2,56	2,42	2,01	5,31	9,25	8,86
2	3	3,23	4,02	3,1	6,36	15,19
3	69,23	70,16	71,89	65,49	60,12	41,77
4+5	25,64	24,19	22,09	26,11	24,28	34,18
TOTAL	39	248	249	226	173	79

Fuente: AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

Tamaño del hogar y grupo socio-profesional

La dimensión de los hogares no solo estaba condicionada por la edad, la dedicación profesional de los cabezas de familia o por la de sus componentes, sino también por los factores demográficos, las razones sociales, económicas y culturales que inciden tanto en la estructura como en la composición del núcleo familiar. El dominio de la familia nuclear, como vimos en el apartado anterior, sobre todo, en el caso del mundo rural, unido a la baja esperanza de vida, da lugar a hogares con pocos miembros, ya que las dimensiones de los hogares son en Aldea del Cano de 3,81 y en Plasencia de 4, sin criados, valores similares a los que se han obtenido en otras investigaciones¹⁵. Comprobamos como tanto en la ciudad como en el ámbito rural, en aquellas tipologías en las que coinciden, es decir, en la tipo 3, se han obtenido valores muy parecidos y con escasa diferencia entre ellos. Lo que nos lleva a pensar, en primer lugar, que a pesar de existir un intervalo de tiempo de 18 años entre el recuento de las distintas poblaciones no se produce una variación a corto de plazo de las dimensiones y en segundo lugar, parece que realmente no existen tantas diferencias entre ambos ámbitos. Si bien es cierto, que en la ciudad se da una mayor variedad de familias, sin lugar a dudas, su explicación es de tipo económica, es decir, muchas de las familias complejas están constituidas o bien por padres que conviven con sus hijos u otros familiares o bien por grupos de jornaleros, artesanos o labradores que se agrupaban y vivían bajo un mismo techo pero en realidad constituían pequeñas familias nucleares cuyo nexo de unión era la vivienda o la profesión. ¿Este hecho nos puede estar poniendo de manifiesto que estas tipologías se adaptaran para poder vivir en la ciudad? Es lo más seguro, sobre todo, si tenemos en

¹⁴ José Pablo Blanco Carrasco ya advirtió que este tipo de coresidencia se establecía al menos en 84 casas de Granja de Torrehermosa (J. P. BLANCO CARRASCO: *Demografía, familia y [...]* op. cit., p. 296).

¹⁵ En Cartagena, 3,8 (Francisco CHACÓN JIMÉNEZ *et al.*, “Una contribución a la historia de la familia en el Mediterráneo occidental, 1750-850”, *Annales de Démographie Historique*, 1986, p.162); En Logroño 3,83 miembros (Mercedes LÁZARO RUÍZ: *La población de la ciudad de Logroño durante el Antiguo Régimen*, Logroño, Universidad de La Rioja, 1994, p.265); Segovia, con 3,7, y Huelva con 3,6 (Rafael Torres Sánchez: “Población y sociedad”, en *Los Borbones en el siglo XVIII (1700-1808)*, Madrid, Gredos, 1991, p. 39); en Albacete 3,42 (Cosme Jesús GÓMEZ CARRASCO: *Entre el mundo rural y el mundo urbano. Familia, parentesco y organización social en la villa de Albacete (1750-1808)*, Albacete, 2007, p.95); en la Vega Baja del Elsa 3,84 (José Manuel PÉREZ GARCÍA: *Un modelo social leonés en crecimiento: la Vega Baja del Elsa entre 1700-1850*, León, Universidad de León, 1998, p.88); en cinco municipios de Cáceres, 3,5 miembros por hogar (F. GARCÍA BARRIGA: *Familia y sociedad [...]* op. cit., p. 140).

cuenta que se tratan principalmente de jornaleros. En cualquier caso, los hogares de mayor tamaño son aquéllos que albergan además del núcleo familiar y sus hijos, a algunos parientes u otros corresidentes, con 5 y 6 miembros sin tener en cuenta a los criados. Estos últimos aumentan considerablemente las dimensiones del hogar, sobre todo, las compuestas por las familias complejas.

Cuadro III
Tamaño de los hogares según su estructura

Tipología	Plasencia		Aldea del Cano
	Con Criados	Sin Criados	
1	1,64	1,08	1
2	2,94	2,73	-
3	3,97	3,69	3,98
4	5,01	4,63	-
5	6,95	6,65	-
6	4,48	3,78	-
TOTAL	4,34	4	3,81

Fuente: AHPC, Padrón de Aldea del Cano, 1829; AMPL, Padrón de Plasencia, 1847.

Por lo tanto, si la estructura familiar influía en el tamaño del hogar, más aún va a incidir en él la posición social de los cabezas de familia. Ésta y el poder económico de las familias determinan la capacidad de acogimiento de parientes, la presencia de criados en los hogares e incluso el número de hijos¹⁶. Así los datos obtenidos apuntan que los grupos con familias más pequeñas son aquellos en los que la jefatura del hogar recae en solteros o viudos, como sucede con los pobres, las mujeres y el clero. En este último grupo, solo son reducidos en el caso de Aldea del Cano, ya que en Plasencia, sede del obispado con nombre de la misma ciudad, encontramos que todos ellos acogían en sus casas a otros familiares o personas sin ningún tipo de parentesco, aparte de a criados, ya que su posición económica se lo permitía. A este grupo, sino tenemos en cuenta los criados, le seguiría los privilegiados, conformado por la élite, los comerciantes y los profesionales liberales y de la administración, con casi 4 miembros en el mundo urbano, mientras que en el rural la élite queda reducida a 2 debido no solo a la falta de grandes propietarios sino también a que los criados no convivían en la misma casa, sino que tenían una propia. No obstante, en Plasencia, en este grupo social el agregado doméstico no familiar es más numeroso debido al reducido número de hijos que es suplido por un importante grupo de sirvientes que se le añade, lo que produce el aumento de 1 miembro por familia. Finalmente, los artesanos, sirvientes, labradores y jornaleros presentan valores en torno a los 4 miembros tanto en el ámbito rural como en el urbano. El único grupo que presenta una gran diferencia entre ambos ámbitos son los ganaderos, tiene casi tres individuos más que en el mundo rural. Esto se debe a que algunas de las familias de ganaderos que se asientan en Plasencia son complejas lo que provoca esa gran diferencia con el mundo rural donde son todas nucleares y también, en cierta medida, puede que en la ciudad la falta de tierras esté limitando la salida de los hijos del hogar produciendo así una mayor concentración de individuos en la misma casa.

¹⁶ La posición social condicionaba el número de hijos, puesto que un mayor retraso de la edad de acceso al matrimonio, sobre todo en los grupos privilegiados, reducía el período fértil de la mujer en el matrimonio, por consiguiente, la cantidad de hijos.

Cuadro IV
Tamaño de las familias por grupos sociales

Grupos socio-profesionales	Aldea del Cano	Plasencia	
		Con Criados	Sin Criados
Artesanos	3,9	4,3	4,08
Clero/Iglesia ¹⁷	1	4,97	4,25
Comerciantes	-	4,42	3,76
Criados/Sirvientes	3,93	3,5	3,5
Élites	2	5,27	3,95
Ganaderos	3,33	6,05	5,9
Jornaleros	4,04	4,18	4,17
Labradores	4,06	4,87	4,5
Pobres	2,88	3,12	3,12
Profesionales liberales y de la administración*	4	4,65	3,82
Trabajos no cualificados	-	3,55	3,5

Fuente: AHPC, Padrón de Aldea del Cano, 1829; AMPL, Padrón de Plasencia, 1847. * En los siguientes cuadros aparecerá abreviado en PLA.

COMPOSICIÓN INTERNA DE LOS HOGARES

Como hemos visto, la pareja conyugal y los hijos son los sujetos predominantes en los hogares de ambas localidades. Sin embargo, en el mundo urbano la presencia de criados, parientes y otros individuos aumentan considerablemente el tamaño medio de los hogares hasta 4,34 miembros. No obstante, no es tan grande la diferencia existente entre ambos municipios y la distribución interna de los hogares es similar, donde el mayor aporte de los agregados domésticos lo constituyen los hijos.

Cuadro V
Composición interna de los hogares

Componentes		CA	CO	H	P	C	O	Total
Aldea del Cano	Individuos	1	0,85	1,9	-	-	-	3,81
	%	26,22	22,2	51,58	-	-	-	100
Plasencia	Individuos	1	0,72	1,44	0,27	0,32	0,59	4,34
	%	23,04	16,59	33,18	6,22	7,37	13,6	100

Fuente: AHPC, Padrón de Aldea del Cano, 1829; AHMP, Padrón de Plasencia, 1847. CA: Cabeza de familia, CO: cónyuges, H: hijos; P: parientes, C: criados, O: otros miembros.

EL CABEZA DE FAMILIA

En Extremadura, la mayoría de los cabezas de familia, concretamente más del 85%, a mediados del siglo XVIII y principios del XIX eran varones. Hay que tener en cuenta, como indica José Pablo Blanco Carrasco, que la naturaleza y los criterios de elaboración de las fuentes así como la particularidad del derecho castellano de separar a la mujer de la jefatura del hogar, pueden incidir en ese porcentaje lo que determina la escasa representatividad de las mujeres como

¹⁷ Dentro de este grupo se encuentran las personas cuyo oficio estaba relacionado con la Iglesia, es decir, sacristanes, organistas, músicos, racioneros y pertigueros.

cabeza de familia¹⁸. En cualquier caso, el acceso a dicha jefatura, en un régimen nuclear y neolocal, estaba directamente asociado con el matrimonio, motivo que justifica la preponderancia de las estructuras nucleares. No obstante, cuando la familia constituida en torno al padre o al marido se rompía, la jefatura recaía en otra persona del hogar produciéndose un cambio en la estructura familiar.

Cuadro VI
Estado civil y sexo del cabeza de familia

Municipio/Estado Civil	Solteros		Casados		Viudos	
	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Mujer
Aldea del Cano	0,93	-	85,12	-	6,51	7,44
Plasencia	3,95	1,69	70,81	1,22	7,87	15,44

Fuente: AHPC, Padrón de Aldea del Cano, 1829; AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

Como se aprecia en el cuadro VI, la mayoría de los cabezas de familia en ambos municipios son casados, aunque también son bastante significativos los porcentajes de viudos y, en menor proporción, de solteros pero solo en el caso de Plasencia. Los motivos que explican esa gran presencia de viudos es la corta esperanza de vida. Así pues, cuando los matrimonios se truncaban por la muerte de uno de los esposos, el que sobrevivía asumía la jefatura del hogar familiar. Por otro lado, la mayor presencia de eclesiásticos en Plasencia es la causante del aumento considerable de los hogares regidos por solteros. En cuanto al sexo, eran los varones las personas que dirigían la mayoría de los hogares. Sin embargo, dentro de los viudos, son las mujeres las que predominan sobre los hombres, puesto que tenían una mayor esperanza de vida y también una mayor dificultad para volver a casarse tras superar la edad fértil. En contraposición, las solteras en el mundo rural no lideran ningún hogar y en la ciudad solo suponen el 1,69% de los cabeza de familia, tendencia que se ha observado en Europa y España¹⁹.

Tradicionalmente se ha aceptado que la jefatura del hogar estaba ligada a los hombres, por lo tanto, a través de la media de las edades de los varones que son los cabezas de familia podríamos establecer la edad media a la que acceden a la jefatura del hogar. En este sentido, podemos apreciar en el cuadro VII como la edad media de los cabezas de familia es un poco más baja en el mundo rural que en el ámbito urbano, concretamente 40,47 años en Aldea del Cano y 43,28 años en Plasencia, cifra similar a la obtenida en Coria, 42 años, para el año 1825²⁰. Respecto a las edades medias calculadas por estado civil, comprobamos que en el caso de los solteros no se ajusta al modelo de una población de Antiguo Régimen, ya que éstos en ambos municipios superan con creces las edades estimadas para los casados. Este hecho se debe a la computación de los clérigos en nuestro cálculo. No obstante, si éstos no se tuvieran en cuenta la edad media estimada para los solteros en el caso de Plasencia, puesto que en Aldea del Cano todos los célibes son presbíteros, sería de 36,21 años. Tras analizar individualmente los casos podemos concluir que una minoría de ellos (14,29%) accedió a la jefatura del hogar tras la muerte de su padre, otros por razones laborales fijaron su residencia en Plasencia junto a otros trabajadores (14,29%) o con sus hermanas (35,71%). Estos últimos se caracterizan por desempeñar profesiones liberales, tales

¹⁸ J.P. BLANCO CARRASCO: *Demografía, familia y [...]* op. cit., p. 298.

¹⁹ Inglaterra entre 1574 y 1821 las solteras suponían el 1,3% de las cabezas de familia y en Francia el 1% (P. LASLETT: "Mean household size in England give the sixteenth century" en *Household and Family in past time*, Cambridge, 1974, pp. 125-159). En Cuenca, entre el siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX las solteras representaban aproximadamente el 3% (REHER, D-S.: *Town and country [...]* op. cit., p.199) y en Extremadura constituían el 1,2% de los jefes de familia durante el siglo XVIII (J.P. BLANCO CARRASCO: *Demografía, familia y [...]* op. cit., p. 299).

²⁰ J.P. BLANCO CARRASCO: *Demografía, familia y [...]* op. cit., p. 300.

como las de abogado y escribano. Finalmente, el 35,71% restante está presidido por solteros que viven solos, rodeados de un arsenal de criados ya que tenían un poder adquisitivo elevado, como es el caso del Marqués de Mirabel, o pobres que acaban muriendo solos.

Cuadro VII
Edades de los cabezas de familia por estado civil

Municipio/Estado Civil	Solteros	Casados	Viudos	Total
Aldea del Cano	48,5	39,82	47,86	40,47
Plasencia	48,12	41,79	55,84	43,28

Fuente: AHPC, Censo de Aldea del Cano, 1829; AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

En esta misma línea, vemos (cuadro VIII) como el acceso a la jefatura del hogar obedece a un patrón socialmente marcado. Así pues, aquellos con mayores posibilidades económicas, los propietarios y acomodados, acceden más tarde que los campesinos y jornaleros, puesto que éstos no tenían que esperar a que se muriesen sus progenitores para disponer de medios para formar un hogar. Cabe destacar que tanto en el ámbito rural como urbano los jornaleros y los artesanos son los que presentan la edad media más baja.

Cuadro VIII
Edad media del cabeza de familia de algunos grupos socioprofesionales

Grupos socio-profesionales	Aldea del Cano			Plasencia		
	Solteros	Casados	Viudos	Solteros	Casados	Viudos
Artesanos	-	39,22	46,5	46	40,5	56,13
Clero/Iglesia	48,5	52	-	52,46	43,36	70,5
Comerciantes	-	-	-	40	40,56	62
Criados o Sirvientes	-	45,56	50	-	52,5	-
Élites	-	-	50,8	40,67	47,35	58,63
Ganaderos	-	45,33	-	-	44,84	54,33
Jornaleros	-	35,63	45,33	34,5	41,34	54,47
Labradores	-	40,63	49,2	-	43,37	60
PLA	-	38	-	33,17	42,03	49,87

Fuente: AHPC, Padrón de Aldea del Cano, 1829; AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

LOS HIJOS

La importancia de los hijos en el seno de las familias es un hecho evidente, más de la mitad de las familias que residen en los diversos municipios tienen uno o más hijos a su cargo, concretamente en Plasencia suponen el 61,84% y en Aldea del Cano el 78,14%, porcentajes similares a los de otros territorios²¹. Así pues, la diferencia entre el mundo urbano y rural seguramente se debe a que los hijos de las familias campesinas constituían indudablemente una mano de obra necesaria para mantener el hogar. También comprobamos que el número de familias placentinas que no tienen hijos, 38,16%, es mayor que las registradas en Aldea del Cano, 21,86%. Esta circunstancia se puede deber en primer lugar a que muchos de los hijos al trabajar como criados o sirvientes aparezcan reflejados en las fuentes dentro de las familias de sus amos

²¹ En Coria el Catastro de Ensenada indica que en 1753 el 47% de los hogares acogían un hijo o más (M^a. A. HERNÁNDEZ BERMEJO: "Estructuras familiares y [...]" op. cit., p. 141), en Ávila el 58% (F. GARCÍA BARRIGA: "Hogar y agregado [...]" op. cit., p. 86).

y no en la de sus padres. En segundo lugar, la elevada edad media de los cabezas de familia de Plasencia supondría una menor concentración de hijos en el hogar. No obstante, la propia estructura económica de las distintas localidades también está condicionando los valores, ya que en Plasencia encontramos muchos hogares regidos por personas solitarias o viviendas en las que conviven individuos cuyo lazo de unión es su actividad profesional, es decir, muchos de ellos se establecían o fijaban su residencia de manera temporal en la ciudad sin sus familias por motivos laborales. Por otra parte, dentro de las familias con hijos, en ambos casos, predominan las que tienen uno, dos e incluso tres hijos, mientras que las que tienen 5 hijos o más representa unos valores más reducidos, concretamente en el mundo urbano representan el 8,2% y Aldea del Cano un 6,56%.

Cuadro IX
Distribución porcentual de hogares por número de hijos

Nº de hijos	Aldea del Cano (%)		Plasencia (%)	
	1 ²²	2	1	2
0	21,86	-	38,16	-
1	24,65	31,55	22,56	36,47
2	13,35	19,64	15,79	25,53
3	19,53	25	12,78	20,67
4	13,49	17,26	5,64	9,12
5	3,26	4,17	2,54	4,1
6	0,47	0,6	1,88	3,04
Más de 6 hijos	1,4	1,79	0,66	1,06
Familias con hijos	78,14	100	61,84	100

Fuente: A.H.P.C, Padrón de Aldea del Cano, 1829; AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

Cuadro X
Número medio de hijos por hogares socioprofesionales

Grupos socio-profesionales	Aldea del Cano	Plasencia
Artisanos	2,3	2,55
Comerciantes	-	2,46
Criados o Sirvientes	2,38	1,5
Élites	2,4	2,3
Ganaderos	2,67	2,84
Jornaleros	2,09	2,19
Labradores	2,69	2,29
Pobres	1,62	1
PLA	2	2,32
Trabajadores sin cualificación	-	1,7

Fuente: AHPC, Padrón de Aldea del Cano, 1829; AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

Por grupos socioprofesionales, la mayor presencia de hijos por hogar en ambos municipios se encuentra en las familias ganaderas, artesanas y comerciantes, siendo mayor el peso de los hijos de labradores y criados, 2,69 y 2,38 respectivamente, en el mundo rural que en el urbano (2,29 y 1,5). El dato más sobresaliente es la equiparación de los jornaleros con los grupos privilegiados, circunstancia que se puede deber al hecho de que ambos se encontraban limitados por la propiedad. Así pues, mientras los primeros evitaban exceder la descendencia para lograr

²² El 1 se refiere al porcentaje de hijos sobre el total de familias y el 2 al porcentaje sobre el total de familias con hijos.

mantenerse con los exiguos recursos de los que disponían, los segundos intentaban no aumentarla con el fin de no perjudicar el patrimonio que aseguraba su supervivencia²³.

Finalmente, eran pocos los hijos que contaban con un trabajo y vivían dentro del hogar paterno. No obstante, los datos (cuadro XI) muestran que la mayoría de ellos se dedicaban a actividades productivas, contribuyendo así al sostenimiento del hogar. Así pues, si observamos el siguiente cuadro podemos apreciar como la distribución de la dedicación de los hijos es parecida al reparto de profesiones dentro de la población, con un predominio de artesanos seguidos de jornaleros y los profesionales liberales y de la administración, con un 38,04%, 22,83% y 15,22%.

Cuadro XI
Dedicación de los hijos residentes en el hogar paterno en Plasencia

Oficios	Número	%
Artesano	35	38,04
Clero/iglesia	1	1,09
Estudiantes	9	9,78
Ganaderos	3	3,26
Jornaleros	21	22,83
Labradores	5	5,43
PLA	14	15,22
Trabajadores sin cualificación	4	4,35
Total	92	100

Fuente: AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

LOS CRIADOS

El último componente que forma parte de la estructura familiar y contribuye a aumentar o disminuir en gran medida el tamaño de las familias, es el constituido por los criados. Así pues, en Plasencia suponía el 7,37% de los habitantes de los hogares, valores que varían en función de los grupos socioprofesionales, siendo mayor la presencia de éstos dentro de la élite y el clero. Si bien es cierto que hemos encontrado a criados formando un hogar independiente, en el caso de Plasencia suponen un 0,38% dirigidos el 50% por hombres y el otro 50% por mujeres viudas, mientras que en Aldea del Cano constituyen el 19,53% de los hogares, todos ellos encabezados por varones. No obstante, para realizar el cómputo no hemos incluido aquéllos que no residen en el hogar del amo, motivo que explica la ausencia del análisis de este grupo en el mundo rural ya que no parece que dentro del resto de las viviendas existieran sirvientes o criados, sino que éstos tenían sus propias casas. Por lo tanto, a la vista del cuadro XII podemos indicar que en Plasencia los grupos socioprofesionales que cuentan con más criados son la élite, dentro de este grupo el 76,92% alberga alguno bajo su techo; le sigue el clero y los profesionales liberales y de la administración, con un 70% y un 63,46% respectivamente. En contraposición, los jornaleros, ganaderos y artesanos solo tienen criados en el 1,06%, 4,54% y 18,63% de los hogares. Por lo tanto, la presencia y cantidad de sirvientes por hogar estaba determinada por el nivel económico del cabeza de familia. En total, cerca del 32,52 % de los hogares tenían criados domésticos en su interior.

²³ Este hecho ha sido constatado con anterioridad por José Pablo Blanco Carrasco en la muestra de pueblos extremeños (J.P. BLANCO CARRASCO: *Demografía, familia y [...]* op. cit., p. 303) y por Francisco García González en Alcaraz (Francisco GARCÍA GONZÁLEZ: *Las estrategias de la diferencia. Familia y reproducción social en la Sierra (Alcaraz, siglo XVIII)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 2000, p. 125).

Cuadro XII
Distribución de los criados por grupos socioprofesionales de Plasencia (1847)

Grupos	Nº de hogares	Hogares con criados	%	Media por hogar
Artesanos	263	49	18,63	1,16
Clero/Iglesia	40	28	70	1,36
Comerciantes	59	28	47,46	1,39
Élite	65	50	76,92	1,74
Jornaleros	295	3	1,06	1
Labradores	63	17	26,98	1,35
Ganaderos	22	1	4,54	3
PLA	104	66	63,46	1,32

Fuente: AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

Por último, de acuerdo con los valores que refleja el siguiente cuadro, apreciamos como el 72,78 % de los criados tienen menos de 25 años, porcentaje que por sexos es un poco más elevado en el caso de las mujeres (72,94%) que en el de los hombres (72,22%). Cabe señalar que la mayoría de los criados que indica el padrón se refiere a mujeres, así pues, éstas representan el 79,32% frente al 20,68% de los hombres. No obstante, a medida que va aumentando la edad vemos como se reducen los valores, lo que pone en evidencia dos cosas, la primera es que este grupo está constituido por personas muy jóvenes, y la segunda es que, probablemente, debido al desigual reparto de la tierra, la gran cantidad de hijos en los hogares y el sistema de transmisión igualitaria de los bienes producía una gran cantidad de jóvenes en edad de trabajar pero sin recursos para poderlo hacer por cuenta propia, lo que conlleva al trabajo asalariado como una de las posibles salidas. A todo ello hay que sumarle los diversos problemas que venían arrastrándose desde finales del siglo XVIII en el que la agricultura placentina se caracterizaba por la escasez de tierras cultivables debido a la preferente orientación ganadera de las explotaciones, elevados terrazgos del arrendamiento y la falta de continuidad de labores agrícolas debido a la anualidad del arrendamiento, así como, la ausencia de interés de los propietarios por mejorar sus posesiones.

Cuadro XIII
Distribución de los criados por edad y sexo

Tramos de edad	Mujeres	Hombres	Total
<25	72,94	72,22	72,78
25-34	14,12	12,5	13,76
35-44	5,88	5,56	5,81
45-54	4,31	6,94	4,89
55-64	1,96	1,39	1,83
≥65	0,78	1,39	0,92
Total	79,32	20,68	100

Fuente: AHMP, Padrón de Plasencia, 1847.

CONCLUSIÓN

A través de este estudio hemos podido conocer cómo estaban constituidos los hogares de dos mundos aparentemente opuestos. Así pues, ambos ámbitos se caracterizaban por ajustarse

al modelo reinante en la región extremeña, es decir, por la existencia de hogares en los que prevalece la familia nuclear con o sin hijos que, con el paso del tiempo, en el mundo urbano, se convierten en familias complejas al acoger parientes, hijos u otras personas sin parentesco dentro de su seno. En contraposición, en el mundo rural no se producía este tipo de coresidencia sino que era externa, en casas colindantes, hecho que puede explicarse como consecuencia de las estructuras familiares y del tipo de vivienda que predominaba en cada municipio, de modo que al darse la coresidencia dentro de los hogares placentinos, hace que disminuya la externa.

Con respecto a la dimensión de los hogares, el tamaño era similar en Aldea del Cano y en Plasencia siendo los hijos el mayor aporte de agregados domésticos. No obstante, en el mundo rural los hijos tienen mayor peso que en el mundo urbano, cuya razón radica en la necesidad de mano de obra para poder mantener el hogar. Otra diferencia sobresaliente es el aumento del tamaño de los hogares placentinos debido a la presencia de parientes y, sobre todo, criados que viven bajo el mismo techo, como consecuencia de la fuerte presencia de clérigos y grupos privilegiados.

PARIENTES DE LECHE A PARTIR DE ORDENANZAS REALES EN LA MONARQUÍA BORBÓNICA EN ESPAÑA¹

Elena Soler

Universidad Carolina de Praga

A lo largo de la historia de la humanidad es fácil encontrar referencias visuales, orales y escritas de mujeres nodrizas que eran contratadas para la lactancia y crianza de los hijos de reyes y reinas. En la India, por ejemplo, vemos como los jefes reales hindúes recurrían a mujeres de las mejores tribus para la lactancia de sus hijos. A partir de este momento, la familia de la nodriza adquiría un estatus de parentesco de leche. Esto significaba que cuando el niño criado por la nodriza llegase a ser jefe de la tribu, sus hermanos de leche mantendrían un estatus de prestigio e influencia en la Corte². Al igual que en la India, en China, Japón e incluso en el antiguo Egipto, las mujeres contratadas como nodrizas reales eran mujeres próximas a la realeza y de un alto rango social.

En el caso de España, y más concretamente en el periodo que nos ocupa, que abarcaría desde el reinado de Fernando VII en el siglo XIX hasta la proclamación de la Segunda República y finalización del reinado de Alfonso XIII en 1931, este método de crianza con su consecuente nueva relación de parentesco de leche, también se dio, aunque, a diferencia de periodos anteriores³, las candidatas a nodrizas para trabajar en la Casa Real fueron preferentemente mujeres campesinas ganaderas del norte de España siendo las pasiegas de Cantabria, sino la más demandadas, las que adquirieron más fama. En el año 1830, una mujer de Peñacastillo, pueblo cercano a Santander, fue seleccionada para la crianza de la princesa Isabel II. A partir de este momento, la Casa Real empezó a buscar mujeres del norte, concretamente de la comarca de los valles pasiegos, para la lactancia y crianza de personas reales. Una predilección regional que fue rápidamente seguida por la aristocracia y alta burguesía a partir de un proceso de emulación hacia la Corte tan propio de sociedades estratificadas socialmente como era el caso de la sociedad española.

Este estudio está dividido en dos apartados. Un primer apartado, más teórico, en donde brevemente se expondrán algunas cuestiones relativas a la importancia que considero ha tenido y aún tiene la leche en muchas sociedades no sólo como alimento, esencial en muchas ocasiones para la supervivencia del recién nacido por nuestra condición de mamíferos, sino como símbolo del parentesco en el caso de circular y ser compartida. Y un segundo apartado, que nos servirá como referente etnográfico, centrado en el papel que tuvieron las amas de cría, no sólo en la lactancia y crianza de príncipes, princesas, infantes e infantas, sino en la construcción de un cierto tipo de parentesco de leche en un periodo que abarcaría desde el primer tercio del siglo XIX hasta el primer tercio del XX. Un oficio prácticamente invisible en la historia del trabajo femenino que nos permite poner en evidencia tanto la importancia de la actividad de la lactancia asalariada y la leche humana en las representaciones del cuerpo: gestación, alimentación y constitución de la persona, como su papel en unas construcciones identitarias (hermano-a de

¹ El presente trabajo, en parte actualizado, forma parte de una investigación más amplia que abarcaría también la construcción del parentesco de leche entre el campesinado pasiego y la aristocracia y alta burguesía. Esta investigación está publicada bajo el título, Elena SOLER, *Lactancia y parentesco. Una mirada antropológica*, Barcelona, Anthropos, 2011.

² A.C. LYALL, *Asiatic Studies*, London, John Murray, 1882.

³ Durante la monarquía de los Austrias lo generalizado es que las nodrizas fuesen de un alto linaje y de zonas circunvecinas.

leche...) que se caracterizan por unas relaciones sociales cuyo eje principal es el parentesco de leche en toda su dimensión simbólica.

Con respecto a la metodología⁴, este estudio es de carácter etnohistórico. Si bien hay un largo debate respecto a las fronteras disciplinares de la historia y la antropología, mi acercamiento, como ya he escrito en otras ocasiones, sigue la orientación que borra fronteras y busca la convergencia en la línea que indica María Jesús Buxó:

“Si cabe extraer alguna lección de este viaje por los lindes de estos dos territorios llamados Historia y Antropología, esta debe ser la eliminación irreversible de las fronteras académicas y de investigación. No siendo las culturas islas en el tiempo y en el espacio, la vinculación con la historia es consubstancial al hecho mismo de etnografiar”⁵.

I. LA LECHE COMO SÍMBOLO DEL PARENTESCO ¿PARENTESCO DE LECHE?

Como bien nos demuestra la literatura antropológica, las personas definen las relaciones de parentesco de forma distinta según las diferentes culturas, utilizando, por tanto, diferentes patrones de terminología de parentesco para referirse a sus parientes. El caso del parentesco de leche, como voy a intentar demostrar a lo largo de este trabajo, no es una excepción. El papel del antropólogo interesado en relaciones de parentesco es llegar a ese sistema clasificatorio, taxonomía o tipología propia de la sociedad estudiada. Es decir, una taxonomía nativa, emic, que ha sido desarrollada y reconocida a lo largo de generaciones por las personas que viven en una sociedad en particular. Lo importante es llegar a ver esa percepción local. ¿Cómo se construye y reconoce un pariente?, ¿cuáles son los grupos reales de parientes?, ¿cómo piensan las personas acerca del parentesco? y ¿cómo clasifican a sus parientes? Pero antes de hablar de relaciones de parentesco quizá sea necesario determinar, ¿qué se entiende por pariente?, ¿en qué se basa el antropólogo para reconocer un pariente en la sociedad estudiada? y ¿qué relación tiene este concepto con el compartir un fluido biológico corporal, en este caso, la leche humana?

Siguiendo a F. Heritier⁶, entre otros antropólogos/as que han trabajado la antropología del cuerpo y la percepción de los fluidos con relación a cómo diferentes sociedades crean ideas de la reproducción y con ello del parentesco, en esta investigación partimos de la premisa que desde la Antigüedad hasta el siglo XIX, que es cuando aparecen descubrimientos en el campo de la biogenética, uno de los modelos “folk” de procreación que ha imperado en Occidente, es intrauterino y extrauterino. Un modelo, que incluye cuatro etapas: concepción, embarazo, parto y lactancia. La leche humana es percibida como sangre menstrual que desaparece durante nueve meses para alimentar al embrión en el útero y ser desviada y purificada al transformarse en leche. Una leche, como diría Galeno, sangre blanqueada, que sigue alimentando y configurando la identidad del recién nacido en el exterior durante el periodo de lactancia. Es decir, la frontera de los fluidos (sangre-leche) por su carácter de mutación y transformación no está muy definida siendo la sangre, en su sentido más amplio, el principio rector. Por eso se entiende que dos personas, hasta el momento no biológicamente relacionadas, el hijo-a de la nodriza y el ajeno-a, se reconociesen a sí mismas como hermanos-as de leche, al haber sido generados por la misma substancia, sangre-leche, y como me dijeron en alguna entrevista, “deber la vida a la misma mujer”.

⁴ Aquí cabe mencionar que para el desarrollo de esta investigación se trabajó con fuentes primarias del Archivo General de Palacio en Madrid, correspondencia, prensa de la época, manuales de pediatría y obstetricia, literatura, fotografías, como entrevistas e historias de vida de nodrizas y descendientes de las mismas tanto en el lugar de origen, los Montes de Pas, como el de destino (Barcelona, Santander, Madrid...).

⁵ M.J. BUXÓ, “Historia y Antropología: viejas fronteras, divergencias y nuevos encuentros”, *Historia y Fuente Oral*, n° 9, 1993.

⁶ F. HERITIER, “Identité de substance et parenté de lait dans le monde arabe”, en P. Bonte. *Epouser au plus proche*, Paris, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1994, pp. 150-164.

A partir de esta premisa, algunas de las cuestiones que me planteé en esta investigación, y que presenté en marzo de 2004 en Londres en un seminario del Royal Anthropological Institute (RAI)⁷, son: ¿Ha reconocido la antropología el parentesco de leche en otras sociedades, incluso en nuestra propia sociedad a lo largo de la historia? En caso de ser así, ¿cómo ha sido analizado y clasificado?, ¿“parentesco espiritual”, “pseudoparentesco”, “parentesco ficticio” “parentesco ritual”? Esto nos lleva al controvertido debate entre el parentesco “real” y “natural”, del parentesco “artificial” y “cultural”. Si decimos que el parentesco “real” es el que está relacionado con los hechos de la reproducción -cópula sexual, o el compartir una sustancia biológica-, un parentesco “biologizado” como diría Starthorn⁸. Afirmación que está cambiando con las nuevas tecnologías de reproducción asistida al intervenir en la naturaleza y orientar lo natural hacia lo artificial, ¿Qué sucede cuando la sustancia compartida no es la sangre, sino la leche humana? ¿Han tenido estos fluidos el mismo significado a lo largo de la historia e incluso en la actualidad en diferentes sociedades?

En otras palabras, no habrá sido nuestro sistema de clasificación del parentesco, desde sus mismos inicios, muy reduccionista en sus conceptualizaciones teóricas como categorías analíticas que muchas veces nos ha impedido ver la existencia de otro tipo de vínculos -vínculos incluso reconocidos desde el punto de vista “emic” o local, como parentesco- más allá de los generados por el compartir sangre-genes. ¿Es válido, por tanto, este sistema de clasificación del parentesco “real” como referente analítico para el estudio transcultural, incluso el de nuestra propia sociedad a partir de la etnohistoria?

Mi posición al respecto es que los lazos no están en la sangre ni la leche, ni tan siquiera en los genes, sino en la cultura. Coincido con Schneider en considerar que lo importante a la hora de analizar el parentesco en otra sociedad, como en nuestra propia sociedad a lo largo de la historia, es llegar a esa percepción y construcción social de cómo cada sociedad construye y reconoce un pariente⁹. Si decimos que el parentesco, aunque no de forma exclusiva, tiene que ver con los hechos de la procreación, las preguntas serían: ¿Cuál es el modelo, o modelos de procreación en la sociedad estudiada? ¿Qué elementos o símbolos forman parte de este modelo de procreación: sangre, semen, leche, genes, otros y definición de los mismos?, ¿ha sido siempre así? ¿Quién interviene en este modelo de procreación (hombre-mujer, ambos, otros) y, cómo? Este acercamiento emic, nos permitirá entender el parentesco no sólo en nuestra sociedad a través de la historia, sino en un sentido más amplio y completo en las diferentes sociedades estudiadas.

En este estudio, que parte de un modelo de procreación concreto que finaliza con la lactancia, la leche es analizada en su doble vertiente simbólica cultural: como alimento, método de crianza infantil; y como un fluido femenino corporal, una sustancia biológica mutable y transformable sangre-leche, que en caso de circular y ser compartido por mediación de la lactancia, en este caso de una nodriza, comúnmente denominadas en España, ama de cría, o simplemente ama, ha sido capaz de generar identidades (hermano-a de leche e incluso madre de leche) consideradas desde el punto de vista emic o local como parentesco de leche. Un parentesco que, como construcción cultural que es, definiendo no es universal, pero que, en caso de existir, por lo que he podido constatar después de años investigando este tipo de parentesco desde una perspectiva transcultural, ha convivido en muchas sociedades con otros tipos de parentesco sin que la

⁷ “Mother’s milk. Reconsidering milk kinship in our understanding of family and kinship in Europe”, Royal Anthropology Institute. 23 de marzo, Londres, 2014 (pendiente de publicación). Mi agradecimiento al director, D. Shankland, por la invitación, y a todos los participantes por los sugerentes comentarios que surgieron en el debate.

⁸ Véase M. STRATHERN. *After Nature. English Kinship in the late twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992 y M. STRATHERN, *Reproducing the Future. Essays on anthropology, Kinship and the new reproductive technologies*, Manchester University Press, 1992.

⁹ D.M SCHNEIDER, “American Kinship: A Cultural Account. New Jersey, Prentice- Hall, 1968, y D.M SCHNEIDER. “What is Kinship all about?”, en *Kinship studies in the Morgan Centennial Year*, Washington D. C., The Anthropology Society of Washington, 1972, pp. 32-63.

antropología lo haya sabido siempre reconocer y analizar, sobre todo en lo que respecta a esta parte del sur de Europa.

II. PARIENTES DE LECHE EN LA MONARQUÍA BORBÓNICA

La Corte por definición siempre es espejo de majestuosidad y grandeza. La Corona y el Palacio Real en todas sus manifestaciones y rituales ceremoniales se presenta como un teatro único. Es su distanciamiento del pueblo y la aparición en momentos concretos, con todo el ceremonial que ello conlleva, lo que mantiene a la familia real en una situación de reconocimiento y respeto especial. Es por ello que el contratar a mujeres del norte de la península para la lactancia y crianza de príncipes y princesas, infantes e infantas, no se percibió, como diría Bourdieu, como un signo de distinción social tan necesario entre otros grupos sociales emergentes a lo largo del siglo XIX y principios del XX, como fue la alta burguesía, porque entre la realeza no hacía falta.

El desarrollo de este mercado de la lactancia asalariada, a diferencia de otros contextos en los que se desarrolló esta actividad (casas de maternidad, nodrizas domésticas en casas particulares o, incluso, en sus propias casas), se debió a que ciertos sectores de la Casa Real, y por un cierto proceso de emulación hacia la Corte, también de la aristocracia y alta burguesía, en un periodo y contexto cultural concreto percibieron, en ese imaginario creado, a las mujeres campesinas del norte de España, y muy concretamente de los Montes de Pas¹⁰, como las más adecuadas y aptas para ejercer la profesión de nodrizas domésticas. La idea de “pureza de sangre”, que se remontaría a la Edad Media, y que se le adjudicaría en concreto a esta área del norte de la península y por extensión a su leche (por esa analogía creada entre sangre-leche), así como el hecho de que estas mujeres fuesen en su mayoría campesinas ganaderas (aquí la comercialización de su leche se puede entender como una extensión del producto autóctono), fueron algunos de los factores decisivos que nos pueden ayudar a entender el por qué las mujeres del norte, y muy concretamente las pasiegas de la provincia de Santander y norte Burgos, fueron las más demandadas.

Estas mujeres nodrizas fueron esenciales para la Monarquía en España, puesto que no sólo eran las responsables de la alimentación y primeros cuidados del niño-a lactante, sino de la continuidad de la realeza al ser la monarquía una institución hereditaria. Así como el objetivo del matrimonio era el de traer descendencia y en este caso la continuidad de la monarquía, a un Rey nunca le debía faltar una mujer, tampoco podía prescindir de esa otra mujer-nodriza que le asegurase la lactancia y crianza de sus hijos-as. En este contexto cultural y social, como podemos observar, la maternidad, por tanto, era una labor compartida entre la madre biológica, la Reina, y la mujer-nodriza, quien sería la responsable de finalizar el proceso reproductivo por mediación de la actividad de lactancia.

COMISIÓN REAL EN BUSCA DE AMAS

Las fuentes nos confirman que una Comisión Real encabezada por el médico de cámara se desplazó a tierras del norte del país (Burgos, Asturias, Santander, en donde destacarían las pasiegas) durante algo más de un siglo en busca de nodrizas: amas de cámara y de retén para la lactancia de príncipes, princesas, infantes e infantas. Para analizar el proceso de selección de nodrizas y posterior trayecto a la Corte he considerado sugerente transcribir, entre otras fuentes,

¹⁰ El área pasiega abarcaría las tres villas pasiegas: Vega de Pas, San Roque de Riomiera y San Pedro del Romeral con sus respectivos barrios y otras zonas consideradas de extensión pasiega, en donde destacaría los municipios de Selaya y Villacarriedo, aparte de otras zonas adyacentes de la provincia de Santander y norte de Burgos.

algunos de los datos del Archivo General de Palacio en Madrid y del trabajo de Cortés Echanove que es un referente esencial sobre el tema¹¹.

Este proceso selectivo con su consecuente migración, en el supuesto de ser seleccionadas por lo que pude constatar, fue espacial (campo-ciudad, en este caso la Casa Real en Madrid), e institucional (médico, párroco, alcalde), ya que hay que tener en cuenta que, aún queriendo, no todas las mujeres que quisieron fueron consideradas, según los cánones científicos y morales de la época, aptas para ejercer la profesión de nodrizas domésticas en la Casa Real. En la España del siglo XIX principios del XX, nos encontramos en un contexto social y cultural mayoritariamente católico, con lo cual se esperaba que las candidatas a nodrizas domésticas no sólo estuviesen sanas, sino casadas. Es por ello, que aparte de la autorización marital, tanto el informe de recomendación del médico como del párroco local fueron esenciales para poder emigrar. Su leche tenía que ser una leche 'éticamente' correcta.

Una vez pasaban los dos años de lactancia, que era el tiempo estipulado según los cánones científicos del momento, la nodriza regresaba a Pas, aunque se dieron casos en los que se quedó como ama seca, u otra actividad, por lo general relacionada con el servicio de la Casa Real, aunque siempre manteniendo un status especial.

Durante el reinado de Fernando VII y su esposa, M^a Cristina de Borbón, vemos la primera referencia de nodrizas cántabras en la Corte de España. Con el nacimiento de Isabel II, el 10 de octubre de 1830, un nacimiento que se anuncia con bandera blanca, y tan sólo 12 salvas, el rey se encarga personalmente de la búsqueda de un ama por tierras del norte. La provincia elegida para tal propósito fue Santander. Una predilección regional que duró prácticamente hasta la primera mitad del siglo XX. Tal como comenta Cortés Echanove, una Comisión Real, encabezada por don Francisco Blasco, funcionario de la Mayordomía Mayor de S.M, uno de los médicos de Cámara, el médico don Sebastián de Aso Travieso, y don José Fernández Merino, oficial de Veeduría, se desplaza en el verano de 1830 a la provincia de Santander en busca de amas. La mujer elegida fue Francisca Ramón de 21 años, casada y con un niño de cuatros meses y procedente de Peñacastillo, pueblo cercano a la ciudad de Santander (aunque en muchas ocasiones se ha dado el equívoco de considerarla pasiega). Un importante referente a tener en cuenta, ya que a partir de este momento se empezó a utilizar el término genérico de pasiega al referirse a las amas de cría de "alcurnia". Una definición que, entre otras, aún hoy encontramos en el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

Con respecto a las amas de retén o repuesto elegidas, también vemos que proceden de la provincia de Santander. En los tres casos se trata de mujeres casadas y con niños recién nacidos que se ven obligadas a llevarse consigo para que la leche no se les cortase durante el camino¹². En el segundo embarazo de la reina Cristina se procede de nuevo en la búsqueda de amas por tierras de Santander, un viaje realizado por el mismo médico Aso.

En el reinado de Isabel II, como en el reinado anterior, el médico de Cámara, en este caso, don José Figuer y Cubero, es enviado a Santander en el primer embarazo de la reina en busca de amas y regresa a palacio con dos mujeres: Francisca Guadalupe y María Pelayo. Unas nodrizas que apenas tienen que ejercer la lactancia al morir el príncipe después de ser bautizado. Con el segundo embarazo se busca de forma simultánea por diferentes comarcas del norte. En esta

¹¹ L. CORTÉS ECHANOVE, *Nacimiento y crianza de personas reales en la Corte de España (1566-1866)*, Madrid, CSIC, 1954.

¹² Una modalidad muy diferente a las otras mujeres que emigraron, principalmente a casas de alcurnia, que tuvieron que dejar el niño en el lugar de origen. Una vez seleccionadas, uno de los problemas que se le planteaba a la mujer pasiega era con quién dejar al niño-a en periodo de lactancia durante su estancia en la Corte. En este caso, las fuentes orales recogidas confirman que la red femenina familiar y o vecinal, incluso la existencia de un mercado de nodrizas local, fueron factores decisivos en la emigración. Para ver cómo se desarrolló este mercado de nodrizas local consultar, Elena SOLER, *Lactancia y parentesco* [...], op. cit., pp. 96-98.

ocasión, es elegida una mujer de Guipúzcoa, Agustina de Larrañaga. En el tercer embarazo de la reina en 1853, dos comisiones reales se dirigen a Burgos. En este periodo los viajes son más seguros y el servicio regular de diligencias ya está organizado. Es por ello que la comisión no usa un coche especial escoltado por tropa de caballería, como en el reinado anterior, con un pasaporte militar para cada comisión es suficiente. El Boletín Oficial de la provincia se encarga de anunciar la llegada de la comisión y expone cuáles son los requisitos que estas candidatas a amas tienen que cumplir para ser seleccionadas. Una de las comisiones se instala en la Fonda de Correos para hacer la selección que será completada con visitas a Vascongadas y Segovia.

Pero no es hasta el cuarto embarazo de la reina cuando realmente se puede hablar de la presencia de nodrizas pasiegas en la Corte de España, siendo María Gómez, oriunda de la Vega de Pas, con 25 años de edad y casada con el labrador Juan Mantecón, la primera en pisar la Casa Real. Esta mujer es seleccionada por la Comisión Real en una la Fonda del Comercio (calle de la Compañía) de Santander. María Gómez en un principio es seleccionada como ama de repuesto, pero rápidamente sustituye a la nodriza de cámara en la crianza del príncipe de Asturias, el futuro Alfonso XII en un viaje oficial que hacen los reyes por España. El príncipe nace el 28 de noviembre de 1857. Como ama de retén el Doctor Villanueva selecciona a otra mujer de Vega de Pas en Santander. Con estas dos elecciones es cuando la Comisión Real decide acercarse a los valles de Pas y Toranzo en busca de amas, sin tener mucho éxito en esta expedición, aunque se quedan maravillados por la salubridad de la gente y el lugar.

El quinto embarazo de la reina también cuenta con la presencia de una santanderina, Manuela Oria Ruiz y una burgalesa. Pero no es hasta el séptimo embarazo de la reina cuando vuelve a aparecer una nodriza procedente de Pas, Manuela Cobo, en este caso, natural de San Roque de Riomiera. Esta nodriza que es seleccionada como ama de cámara, está en la Corte hasta el destete de la infanta Doña María de la Paz. En el octavo embarazo es seleccionada una nodriza santanderina, en este caso, procedente de una zona de extensión pasiega, el municipio de Selaya. En el Archivo General de Palacio, por ejemplo, se guarda el expediente en “averiguación” así consta, “de vida, costumbres y sanidad” de la nodriza, Manuela Cobo, a fecha del 26 de abril de 1862. Una fuente que nos puede ayudar a entender cuáles fueron las condiciones físicas y morales que un ama, así como su familia debía tener. El informe, en el cual ya se reconoce al hermano de leche del príncipe Luís de Baviera, dice así:

“El temperamento de esta nodriza es sanguíneo, su constitución activa, sus carnes medianas consistentes, y de buena conformación. El pelo es de color castaño oscuro, los ojos pardos, y la coloración de la piel del rostro, rosa; boca sana y con buena dentadura. Tiene cuatro hijos; el 1º es una niña de ocho años de edad; el 2º es un varón y está con los abuelos; el 3º es el hermano de leche del Príncipe Luís de Baviera y el 4º que también es varón, es el que está lactando en la actualidad. Todos son de buena salud y bien constituidos «...»

Los pechos de esta nodriza son de buena conformación «...» La aureola es del color propio y el pezón de buen tamaño «...». La leche es abundante, de color blanco azulado, azucarada y de una gravedad específica.

El marido de la nodriza se llama Tomás Labín y Carral, natural de San Roque de Riomiera provincia de Santander, residente en Valladolid”¹³.

Con lo dicho hasta ahora, se puede afirmar que, desde el último tercio del siglo XIX, son seleccionadas nodrizas pasiegas, pero no en mayor porcentaje que de otras áreas de Santander, Burgos y zonas del norte de España. Sin embargo, la literatura ha alimentado la construcción del imaginario creado en torno a ellas al crear esa analogía nodriza pasiega de Santander, igual a nodriza realenga, tal como vemos en este fragmento del escritor santanderino, Amós de Escalante, publicado en el año 1873 en Madrid:

¹³ AGP, caja 241, exp 16.

“Así y durante algunos años y en ocasiones diversas, tocó a la Montaña de Santander dar nodriza a los Príncipes españoles. Dos médicos de Palacio recorrían los valles examinando a las candidatas, que ya se dejaba entender no serían pocas a pesar de las circunstancias requeridas, puesto que la crianza del regio vástago suponía la fortuna de la familia entera de la escogida; y pronunciando el fallo facultativo acerca de dos o tres, las más excelentes en todos conceptos, así de presencia y condiciones físicas, como de antecedentes y prendas de carácter eran llevadas bajo la prudente y exquisita custodia de los mismo profesores de palacio, donde recaía la elección definitiva en la más apta de las tres, o en la que mejor se congraciaba, al percatarse, la voluntad y simpatía de los Reyes (...)”¹⁴.

El 17 de noviembre de 1870, las Cortes nacidas como consecuencia de la Revolución de 1868, obligan a Isabel II a salir del país y entregan a Amadeo de Saboya la Corona de España. Un reinado efímero del que apenas, por lo que tengo constancia, se han encontrado referencias sobre el tema de la búsqueda de amas.

No es hasta el reinado de Alfonso XII y la Regencia de M^a Cristina cuando volvemos a tener constancia de esta búsqueda y selección de amas por tierras del norte del país. El médico de Cámara, don Laureano García, con el primer embarazo de la reina doña María Cristina de Habsburgo inicia un 6 de agosto un viaje a Burgos, Segovia y Santander con el objetivo de encontrar amas para la Casa Real. En este viaje, la mujer seleccionada es una mujer pasiega, Leocadia Fernández, de San Pedro del Romeral. Mujer que es contratada en dos ocasiones: una primera como ama de repuesto y una segunda como posible ama de cámara en el segundo embarazo de la Reina junto a otra mujer del valle de Pas, Josefa Ruiz Callejas, y cinco amas más de la provincia de Santander. En esta selección finalmente sólo dos mujeres de Miera, zona de extensión pasiega, se quedan en la Corte. Como particularidad de esta selección y trayecto de la Comisión Real, a diferencia de viajes anteriores, está el uso de la cámara fotográfica y el uso de papel timbrado con membrete propio para todos los escritos. En el tercer embarazo de la Reina es seleccionada otra nodriza de Santander, Maximina Pedraja que cría a Alfonso XIII.

No obstante, una de las últimas referencias que tenemos de mujeres pasiegas en la Corte de España es la de Rosalía Sainz, (oriunda del barrio de Pisueña de Selaya, considerado un barrio de extensión pasiega) y conocida en la zona como “La Ciriaca”. Una mujer que es seleccionada para la crianza de uno de los hijos de Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battemberg, pero cuyo destino no fue como el de las demás al tener que dejar el palacio por quedarse embarazada. Si el niño que nació a su regreso fue un hijo ilegítimo del Rey, no lo puedo afirmar ni desmentir por falta de datos fiables al respecto, pero lo que sí puedo constatar es que toda esta historia forma parte del imaginario narrativo local de lo que significó la estancia de las nodrizas pasiegas en la Casa Real.

Hasta ahora hemos mencionado fuentes que constan en el Archivo del Palacio Real con relación a esas comisiones reales en busca de amas por el norte del país, sin embargo, y tal como pude constatar durante mi estancia de campo en las diferentes villas pasiegas, San Pedro del Romeral, Vegas de Pas y San Roque de Riomiera, como de otras zonas de extensión pasiega, en donde destacaría los municipios de Selaya y Villacarriedo, esta selección no hubiese sido posible sin la intermediación de los médicos y párrocos de la zona, aparte de los anuncios en los diarios, que poca gente los leía pero mucha los utilizaba tanto para ofertar como para buscar trabajo. En este anuncio publicado en el diario local de Santander El Aviso, el 19 de agosto de 1880, por ejemplo, se avisa de la próxima visita de la Comisión Real a Santander en busca de amas para la princesa de Asturias, María de las Mercedes, hija del Rey Alfonso XII y su segunda esposa, María Cristina de Austria. El texto dice así:

“Habiendo llegado a esta Ciudad la Comisión nombrada de S. M el Rey para elegir en la provincia las amas de lactancia para el regio vástago que dé a luz. La Reina, las que se crean con las circunstancias que se requieren y se publicaron en el Boletín Oficial de esta

¹⁴ Amos de ESCALANTE, “La Montañesa”, Separata *Mujeres españolas, portuguesas y americanas*. Madrid, 1873.

provincia el día 7 del corriente, deben saber que la citada Comisión se halla hospedada en la fonda de la Sra. Viuda de Redón, donde deberán presentarse al EXCMO Sr. D. Laureano García Camisón, Médico ordinario de la Real Cámara, y al Sr. D. Antonio Giménez, Jefe de negociado de la Intendencia de la Real Casa y Patrimonio”.

Con respecto a los médicos locales que tuvieron relevancia en la selección de amas para criar en la Corte, por citar algunos ejemplos, me gustaría destacar las siguientes personalidades de la zona. En Vega de Pas, por lo que me comentó S. Carral, ex-alcalde de la localidad, destacó el Dr. Arenal. A este médico le correspondió examinar candidatas a amas, sin embargo, siempre fue poco amigo de esta actividad. En la zona, de hecho, aún se recuerda algún discurso público que el Dr. realizó en la escuela municipal defendiendo la lactancia materna. En estos discursos se alegaba que toda madre tenía el deber moral de criar a sus hijos, así lo mandaba la naturaleza, censurando con ello tanto la actividad de la lactancia asalariada, y con ello a todas las mujeres que recurriesen a nodrizas para la lactancia de sus hijos-as, como a las mujeres que quisiesen ejercer esta actividad. En San Roque de Riomiera destacó el Dr. Ruiz Abascal y, en el municipio de Villacarriedo, Don José Joaquín Diego Abascal y su hijo Andrés Diego García de la Quintana. El Dr. Don José Joaquín Diego Abascal, por ejemplo, llegó a recibir por parte del rey, Don Alfonso XIII, el título de Comendador de la Real Orden de Isabel la Católica por sus servicios en la selección de amas de la zona para la familia real. Si algo puedo constatar es que tanto él, como su hijo Don Andrés Diego de la Quintana¹⁵, se recuerdan con mucho orgullo en la zona, hasta el punto de que son las fotografías de estos ilustrados las que abren la exposición permanente de fotografías de nodrizas que hay actualmente en el museo de La Beata en el Santuario de la virgen de Valvanuz en Selaya, un proyecto impulsado por Felipe Crespo, presidente de la cofradía y un importante informante y sobre todo apoyo en esta investigación.

INFORME DEL PÁRROCO

Así como el pasar examen médico fue uno de los requisitos para que las mujeres pudiesen ser contratadas en este mercado de nodrizas, las referencias del párroco local también fueron importantes por ser una figura imprescindible en la vida de la comunidad en lo que concierne a autoridad moral. La religión católica, a través de la institución eclesiástica, era la responsable de suministrar los códigos de conducta adecuados en la sociedad. Por eso se entiende que el párroco local fuese el responsable de proporcionar a la Casa Real un informe detallado del buen estado moral, hábitos y buenas costumbres de la candidata a ama y su familia entera. Un informe que debería estar ausente de faltas y pecados, entendido como pecado el lenguaje de una comunidad moral (al igual, como nos demuestra la literatura antropológica, que el concepto de tabú en otras sociedades que diferencia el bien del mal, lo prohibido).

En este informe guardado en el Archivo General de Palacio, por ejemplo, se ve la importancia del cura en la contratación de amas. En este caso la candidata a ama real fue Manuela Cobo, nodriza ya mencionada, y su esposo, Tomás Labín. El autor es el cura de la parroquia pasiega de San Roque de Riomiera. El texto dice así: “Certifico que Tomas Labín y su esposa Manuela Cobo, han obtenido la conducta moral y política cumpliendo con los preceptos de Ntra Santa Madre la Yglesia”¹⁶.

¹⁵ Entre la correspondencia que pude consultar en el archivo familiar del médico en Villacarriedo destacan dos cartas. La primera es de agradecimiento al Dr. Don Andrés Diego de Quintana, en la cual Manuel de Baviera aprovecha para enviar los gastos por los análisis del ama y un adelanto para su viaje. En este caso se le pide al doctor que le comunique los honorarios por los servicios prestados en la selección del ama y toda la gestión. En la segunda carta, vemos la solicitud de una revisión médica, en la que se incluían análisis de sangre que el ama Clementina Crespo Fdez debe pasar antes del nacimiento del niño, que en cuanto nazca ya se le avisará. Esta última carta está firmada por la Infanta Mercedes el 29 de enero de 1949.

¹⁶ AGP, caja 241, exp 16.

Con lo comentado hasta ahora se puede, por tanto, afirmar que la sociedad y en este caso, la fuerte incidencia que tuvo la Iglesia al respecto, fueron las que impusieron las normas y el comportamiento sexual que las mujeres deberían tener durante su ciclo vital. El ideal a seguir era el de una familia monógama que sólo aceptaba hijos dentro del sagrado sacramento del matrimonio. Por eso se esperaba que las candidatas a amas no sólo tuviesen una buena conducta moral y religiosa sino que, como madres que ya eran, estuviesen casadas.

Al llegar a Madrid, las mujeres que fueron seleccionadas como amas de cámara o retén para criar en el Palacio Real se instalaron en casas particulares de personas de confianza de palacio o en un lugar especial asignado para ellas. Fernando VII, por ejemplo, decidió que las amas de repuesto saliesen de la Rectoría, establecida en Portería de Damas en Palacio y se alojasen en la habitación de don Servando Ángel Solana, responsable a partir de este momento de ellas. Sin embargo, no es hasta el segundo embarazo de la reina Isabel II cuando se habilitó un espacio especialmente para ellas. En el año 1851, se reservó una casa denominada “La Pajarera” en los jardines del Buen Retiro de Madrid. En este espacio las amas de retén o de repuesto se pudieron instalar con sus hijos lactantes bajo la dirección y supervisión de una rectora de amas a la espera de ser llamadas, aunque no todas lo lograban.

EL PARENTESCO DE LECHE A PARTIR DE ORDENANZAS REALES

Hasta ahora hemos hablado de cómo se realizó esta selección de amas, sin embargo, no es hasta el retorno de la mujer pasiega a los Montes de Pas, después de los dos años de lactancia, que será el tiempo estipulado según los cánones científicos de la época, con la excepción de las mujeres que se quedaron en la Corte, cuando se expone de manera explícita la importancia que tuvo la nodriza pasiega en la construcción de un cierto tipo de identidad-es y relaciones denominadas de parentesco de leche. Un nuevo tipo de relación más cercana, natural, y alejada, por tanto, de esa relación contractual que tuvo la mujer pasiega al llegar a la ciudad. En su retorno a Pas, la nodriza real se convierte en un orgullo para la zona, llegando incluso a configurar parte de esta identidad local. Hasta el punto de que rara fue la entrevista en la cual no se mencionase la existencia de mujeres pasiegas en Palacio, un tema que, como es normal, se ha llegado a mitificar

Es por ello que cómo punto de partida en este apartado cabe preguntarse: ¿cuál fue el papel de la mujer pasiega en la construcción de este tipo de parentesco de leche?, ¿percepción diferencial entre el campesinado y la Casa Real?, ¿características de esta relación: derechos, obligaciones y tipo de solidaridad: duradera o difusa, vertical u horizontal?, ¿identidades y relaciones creadas: hermano-a de leche, madre de leche y significado de las mismos en función de la clase social?, ¿duración? y ¿cómo afectó este tipo de relación generada a partir de la leche de la mujer pasiega entre dos grupos asimétricamente relacionados en esta sociedad jerarquizada y patriarcal?

Si afirmamos, como nos demuestra la literatura antropológica¹⁷, que el parentesco de leche es una construcción cultural que se puede presentar como una estrategia dinámica y activa para conseguir fines específicos según los intereses de cada individuo, grupo o sociedad, se puede decir que esta realidad cultural no fue una excepción. Por lo que pude constatar a partir de la investigación es que las relaciones creadas entre un grupo y otro, una vez reconocido ese parentesco de leche (hermano-as de leche e incluso madre de leche (o ama), llevaron a una serie de derechos y obligaciones beneficiando, con ello, al grupo más desfavorecido, el campesinado pasiego. Una estrategia que consistió principalmente en relacionar al campesinado pasiego con un grupo económicamente más pudiente y con una red de relaciones e influencias más amplia como es la Casa Real. Entre los beneficios de los que disfrutaron no sólo la nodriza¹⁸, sino los

¹⁷ V. MAHER, *The Anthropology of Breastfeeding. Natural Law or Social Construct*, Oxford-Washington, D.C, BERG, 1992.

¹⁸ Tal como señala Soledad Campos, aunque en este caso con referencia al siglo XVII, a efectos sanitarios y de asistencia las nodrizas una vez seleccionadas para la lactancia fueron tratadas como reales personas por los médicos

hermanos y hermanas de leche, aparte de otros familiares, me encontré con: una buena remuneración económica, que superaba a muchos salarios de la época; posibilidad de trabajo en la ciudad e incluso en el palacio real; cartas de recomendación; regalos; exenciones para los hijos del ama y familiares del servicio militar; herencias; pensiones vitalicias para los hermanos-as de leche e incluso, como bien consta en el Archivo General de Palacio, hasta la obtención del privilegio de hidalguía en reinados anteriores¹⁹. Con esta afirmación, no pretendo decir que no surgiese relaciones emocionales y afectivas entre los dos grupos, todo lo contrario, simplemente que en esta sociedad tan estratificada socialmente, como era la española, había una realidad y como me dijeron mis informantes en Pas en varias entrevistas, un aspecto que es esencial enfatizar, para muchas familias del entorno rural, “el hambre y la necesidad mandaba”.

En el año 1840, la Reina Gobernadora, en nombre de su hija, la reina Isabel II, promulgó una extensa Ordenanza compuesta por 814 artículos distribuidos en 71 títulos. Dicha Ordenanza fue expedida el 29 de mayo bajo el título, “Ordenanza General para el Gobierno y administración de la Real Casa y Patrimonio”. En ella, entre otras cosas, consta de forma explícita el reconocimiento a un parentesco de leche y en consecuencia los derechos de las amas y hermanos-as de leche:

“Las que ha Reyes o Príncipes de Asturias hubiesen dado el pecho, aunque fuese una sola vez, disfrutaran, desde que dejaron de hacerlo, la pensión vitalicia acostumbrada de cuatro mil y cuatrocientos reales anuales... las de repuesto gozarán la mitad de dicha pensión vitalicia desde que fueron despedidas. Las amas que hubiesen criado Infantes, hijos del Rey o Reina o del Príncipe de Asturias, gozarán por pensión vitalicia la mitad de la señalada a las del Rey. El hijo o hija del ama que hubiere sido separado de sus pechos para la lactancia del Rey, Reina o Príncipe de Asturias y que, por lo tanto, se considera hermano de leche de la Real Persona, gozará la pensión vitalicia de tres mil seiscientos y cincuenta reales de vellón anuales desde que se verifique aquel caso. La mitad de este haber pasivo era el asignado al hermano de leche de un infante. Los hijos de las amas de repuesto carecían de pensión”²⁰.

Esta fuente de archivo es relevante porque expone que para ser reconocido un pariente de leche se tenía que llevar a cabo la actividad de la lactancia. En el caso de que la nodriza nunca llegase a lactar y se quedase como ama de repuesto, los beneficios serían diferentes a los de cualquier ama de cámara aunque, de alguna manera especial, siempre se verá recompensada por parte de la realeza.

En otra carta tanto el ama de Isabel II, Francisca Ramón, como la hermana de leche, María Gómez, se vieron en su completo derecho, por ser “cosa de justicia”, de reclamar sus pensiones vitalicias. El documento, firmado en Santander el 8 de julio de 1876 por la misma nodriza, Francisca Ramón de Gómez, dice así:

“Muy Sor mio: no sé si recordará VE que estuve a presentarle dos solicitudes una mía y otra de mi hija para que tuviese la bondad de concedernos las pensiones vitalicias que solicitamos en vista de ser una cosa de justicia pues la mía es por haber sido ama de la Reyna D^a Isabel Segunda y la de mi hija María Gómez por ser la hermana de lactancia”²¹.

sanitarios y sus comidas, al depender de ellas el buen desarrollo del niño-a, fueron mucho más abundantes y cuidadas. Un trato especial que no disfrutaron las amas de repuesto llegando, por tanto, a crear jerarquías entre la misma actividad. S. CAMPOS, “Las enfermerías de damas y criadas en la Corte del siglo XVII”. *DYNAMIS. Acta.Hisp. Med. Sci. Illust*, n° 22, 2002, pp. 59-83.

¹⁹ Algunas de estas nodrizas, incluso, fueron retratadas por pintores de prestigio de la época. Por citar un ejemplo, Francisca Ramón, nodriza de la futura Isabel II fue retratada por el pintor de cámara Vicente López en 1830 y Agustina de Larrañaga y Olave, primogénita de Isabel, en 1851 por Federico Madrazo. Sobre la importancia del valor histórico de la obra de arte, y en concreto de la pintura europea, como testimonio de la época, consultar el trabajo. Y V. OLMEDO SANCHEZ, “Mujeres del servicio doméstico en la pintura europea de los siglos XVIII Y XIX”, *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista Digital del Grupo de Estudios del Siglo XVIII*, n° 20, 2014.

²⁰ AGP. Ordenanza 1840, título 59 de las pensiones, art. 734.

²¹ AGP. Caja 805, exp. 26.

En este tipo de parentesco, al igual que vemos en el Islam²², nos encontramos con la norma, aunque sin llegar a rango de ley, que lo legitima y avala. Las Ordenanzas reales estipulan quién es un pariente de leche, y cuáles son los beneficios (pensiones y tratos especiales) que los involucrados-as en este tipo de relación (la nodriza y el hermano/a de leche), deben tener.

Si analizamos el tipo de relación generado entre los hermanos/as de leche, es sugerente transcribir, tal como señala Cortés Echanove, la relación que tuvo la Reina Isabel II con su hermana de leche, María Gómez Ramón. Una niña que en un principio fue criada por una mujer de Peñacastillo por la cantidad de seis reales diarios, mientras su madre estaba en el Palacio Real, pero que rápidamente vio alterado su destino al ser educada en uno de los colegios más aristocráticos de Madrid. Isabel II, siempre denominó a su hermana de leche, María Gómez, con tono cariñoso, Mariquita:

“Tenía pensión de diez reales diarios la hermana de leche de la Princesa, pero al llegar ésta a ser Reina, hizo además que su querida Mariquita, ingresara en el colegio más aristocrático de Madrid, el Real Monasterio de la Visitación de San María (vulgo Salesas), que para educar jóvenes de la nobleza fundara la esposa de Fernando VI (...). Por sucesivas certificaciones firmadas entre 30 de abril e igual fecha de 1847, para cobrar sin duda en la Intendencia de Palacio el importe del Colegio, la Superiora de aquel Monasterio acredita que “doña María Gómez, natural de Peñacastillo, hija legítima de don Manuel y de doña Francisca Ramón, existe en clase de educanda...”²³.

Una relación y protección por parte de la reina que rápidamente se extendió a la familia, afines y colaterales de su nodriza, la santanderina de Peñacastillo; Francisca Ramón. Su marido, por ejemplo, pasó a ser el Interventor del Depósito de Santander y desde 1834 el Administrador de Correos de la misma ciudad, tres de sus hijos accedieron a estudios e incluso, el marido de una prima del ama fue nombrado, Interventor de la Real Fábrica Platería de Martínez que fundó Carlos III. En otras palabras, cualquier petición del ama, como de su hermana de leche Mariquita, era concedida sin tardanza. Una relación de la que muchos se vieron beneficiados y que tuvo como punto de referencia siempre a la mujer-nodriza, que es al fin y al cabo, quién había iniciado esta relación de parentesco de leche a partir de la actividad de la lactancia asalariada²⁴.

Aunque sólo haya sido un breve acercamiento a esta realidad, con los datos aportados podemos afirmar, por tanto, que la finalización del periodo de lactancia llevó a cambios sustanciales en la construcción de la identidad de la mujer pasiega en esa redefinición de sí misma y en su relación con los demás. El haber estado criando en la Casa Real1 llegó a alterar jerarquías tradicionales dando más posibilidad a la emigrante, una mujer nodriza, como a sus familiares, de ascenso y movilidad social. Para los que se quedaron en la zona, los ingresos conseguidos, y esas pensiones vitalicias en muchos de los casos fueron invertidos en la explotación familiar (ganado, pagos de deudas e hipotecas etc.) favoreciendo, al igual que sucedió con otras migraciones temporales, el desarrollo económico y social de la zona. No obstante, aparte de los beneficios económicos, si algo tiene de particular esta realidad social y cultural, fue esta nueva red de relaciones e influencias que se generó entre el campesinado ganadero y diferentes miembros de la Casa Real reconocido desde el punto de vista emic o local, como parentesco, un parentesco de leche. Un parentesco

²² La jurisprudencia islámica reconoce tres tipos de parientes: por consanguinidad (Nasab), por afinidad (Musahara) y de leche (Rida'a). Un parentesco de leche que, a diferencia del caso que nos ocupa, funciona prácticamente como el consanguíneo, es decir, hay una serie de tabúes matrimoniales entre los parientes de leche que están regulados por ley. Sobre el análisis del parentesco de leche desde una perspectiva transcultural, aunque con un énfasis especial en sociedades mayoritariamente musulmanas, consultar, Elena SOLER, *Lactancia y parentesco* [...], op. cit, pp. 29-44 y S. ALTORKY, S., “Milk kinship in Arab Society. An unexplored problem in the ethnology of marriage”, *Ethnology*, nº 19, 1980.

²³ L. CORTÉS ECHANOVE, *Nacimiento y crianza* [...], op.cit., p. 306.

²⁴ L. CORTÉS ECHANOVE, *Nacimiento y crianza* [...], op.cit., p 307.

que se intentó activar, en la medida de lo posible, llevando en muchos casos a las mujeres pasiegas y esos hermanos-as de leche a una movilidad de tipo ascendente en la estructura social²⁵.

Si esa fue la percepción más generalizada entre las familias campesinas ganaderas, para la familia real la percepción que se tuvo sobre este nuevo tipo de relación de parentesco de leche fue bien distinta. A partir de correspondencia (postales y cartas) que me proporcionaron en Pas, por lo que pude constatar, es que los diferentes miembros de la familia real que fueron criados por amas, o tuvieron alguna relación con esta actividad, siempre fueron conscientes de que la lactancia se había dado, en muchos de los casos, a expensas de la completa lactancia y crianza de los propios hijos-as de las nodrizas. Es por ello, que en su relación siempre estuvo presente esta sensación de agradecimiento continuo y estar en deuda con su antigua nodriza o ama como familiares de ésta²⁶. Dos grupos, por tanto, muy heterogéneos, aunque bien distantes en la escala social que, inevitablemente, llevó a que las relaciones creadas, temporalidad de las mismas, estrategias, derechos y obligaciones fuesen muy distintas independientemente del cariño que se pudiese crear.

CONCLUSIÓN

Para concluir podemos, por tanto, afirmar que en esta parte del sur de Europa mayoritariamente católica, el parentesco de leche ha convivido con otros tipos de parientes consanguíneos o por afinidad, matrimonio. Por eso se entiende, que terminologías como hermano-a de leche e incluso madre de leche, aún formen parte del marco conceptual del parentesco local en la memoria colectiva de la sociedad española.

Un parentesco de leche que no es universal pero que en caso de existir, como hemos visto en este contexto cultural concreto de la Monarquía Borbónica, se construyó en función del género, en este caso femenino (la mujer-nodriza) y la clase social, generando, por tanto unas relaciones campesinado/ganadero-Casa Real muy diferentes a las relaciones que se pudieron crear entre hermanos/as de leche del mismo grupo social como, por ejemplo, las que nos encontramos cuando los hijos-as de las nodrizas se quedaban en Pas a la espera del retorno de sus madres y ser lactados mientras tanto, por una nodriza local. Es por ello que más importante que la intensidad de este tipo de relación, ya que hay que tener en cuenta la distancia espacial y social que hay entre estos dos grupos, fue el reconocimiento mutuo y la continuidad²⁷. Unas relaciones que, en ocasiones, se han llegado a alargar toda una vida incluso han perdurado hasta en generaciones posteriores. Aspecto importante a tener en cuenta, si se considera el tiempo que ha pasado, aproximadamente más de medio siglo, desde que la actividad de la lactancia asalariada, bajo estas circunstancias y características comentadas en el trabajo, haya desaparecido en su totalidad.

Es decir, lo interesante en esta realidad cultural, siendo esta una de las razones principales que me motivaron a iniciar esta investigación y en la que después de tantos años aún sigo interesada, es el ver cómo en algunas sociedades, tanto en el pasado como en el presente, y a partir de un modelo de procreación concreto (intrauterino y extrauterino) y, por tanto, muy alejado en muchos casos del modelo de procreación que se impuso con los avances en biogenética a finales

²⁵ En el estudio de E. Montagut se habla de la Casa Real durante los siglos XVI-XVIII como una gran familia en donde el clientelismo es el que regula las relaciones entre el servicio doméstico y la familia real. Un servicio a cambio de varas y protección. En este contexto, las nodrizas siempre ocuparon un status especial. Véase E. MONTAGUT, "Criadas y nodrizas en la Casa Real. Sus recompensas: varas de aguaciles de casa y corte", *Torre de los Lujanes. Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, nº 20, 1992.

²⁶ Para profundizar sobre el tema de la indumentaria, el denominado traje de gala, joyas y demás atuendos de las nodrizas, consultar el trabajo de M Antonia Herradón Figueroa, conservadora del Museo del Traje en Madrid, M. A. HERRADÓN FIGUEROA, "Joyas para el ama de cría", *Altamira. Revista del Centro de Estudios Montañeses*, nº 79, 2010, pp. 58-61.

²⁷ Este tema está trabajado en E. SOLER, "Parentesco de leche y movilidad social: la nodriza pasiega", en G. LEVI (coord), *Familias, Jerarquización y movilidad social*, Murcia, Universidad de Murcia, 2010, pp. 171-181.

del siglo XIX (en el cual los símbolos del parentesco son principalmente la sangre y los genes), por el simple hecho de circular y compartir la misma leche, esa sangre-leche, o sangre blanqueada, ya sea por mediación de la lactancia de una nodriza o a través de leche procedente de un banco de leche (esa leche de una donante anónima, o no (que sería otro tema apasionante de investigación) se crea un pariente, un pariente de leche.

LA ADOPCIÓN DE EXPÓSITOS A TRAVÉS DE LOS FONDOS NOTARIALES. LA CASA CUNA DE ANTEQUERA (1667-1800)

Milagros León Vegas¹

Universidad de Málaga

LA EXPOSICIÓN Y LA ADOPCIÓN EN EL ANTIGUO RÉGIMEN: UNA APROXIMACIÓN CUALITATIVA

¿Qué llevó a tantos progenitores a renunciar a sus hijos y dejarlos en un torno o a las puertas de una inclusa entre los siglos XVI al XVIII? Resulta atrevido intentar adivinar las causas que arrastraron al alarmante abandono de la infancia desheredada. Con este gesto quizás esperaban preservar la vida de su vástago y librarle de una penosa existencia. Tal vez querían salvarle de un deceso seguro. Sin embargo, el fin más repetido de los expósitos era morir.

En efecto, la pequeña criatura ingresada en una cuna de beneficencia no podía aguardar otro destino más certero que la muerte. Nacer para abandonar este mundo casi al mismo tiempo, hace del expósito una realidad dramática y efímera, poco atractiva para ser tinta con la que escribir la Historia².

Los libros de asiento resumían las vidas de estas criaturas, anotando el día de su abandono, el de la entrega al ama, el de la adopción si procediere, siendo lo normal hallar al margen del texto un escueto y lacónico “murió”.

¹ Docente e investigadora a tiempo completo en el Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de la Universidad de Málaga desde febrero de 2007. Becaria de investigación, entre los años 2001-2005. Premio extraordinario de licenciatura en 2004 y Premio extraordinario de Doctorado de la Universidad de Málaga en 2012, este último gracias a la tesis defendida en 2005 titulada: *El sistema benéfico-asistencial en la Antequera Moderna. Plan hospitalario y calamidades públicas (siglos XVII-XVIII)*. Autora de un gran número de publicaciones destaca su monografía titulada: *Dos siglos de calamidades públicas en Antequera. Crisis epidémicas y desastres naturales (1599-1804)*, editada en 2007 y galardonada, en 2010, con el “Primer Premio de Investigación María Zambrano de la Fundación General de la Universidad de Málaga”. Desde junio de 2012 viene desarrollando tareas de gestión como Secretaria Académica de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga.

El presente trabajo queda inscrito dentro del proyecto I+D: “Familia y comunidad rural: mecanismos de protección comunitaria en el interior peninsular (ss. XVIII-1900)”, con referencia HAR2013-48901-C6-5-R, cuyo investigador principal es el Dr. D. José Pablo Blanco Carrasco.

² Afortunadamente, desde el ámbito historiográfico español, la infancia abandonada cuenta desde las tres últimas décadas del siglo pasado con interesantes aportaciones. Las primeras son las realizadas por Antonio EIRAS ROEL, “La Casa de expósitos del Real Hospital de Santiago de Compostela” en *Boletín de la Universidad Compostelana*, n.º 75-76, 1967-68, pp. 295-355 y Teófanos EGIDO LÓPEZ, “La cofradía de San José y los niños expósitos de Valladolid (1540-1757)” en *Estudios Josefinos*, n.º 53, XXVII, 1973, pp. 77-100. A partir de aquí, encontramos una nutrida nómina de títulos dedicados a esta cuestión en los cuales se puede vislumbrar la línea magistral trazada, a comienzos de los años ochenta, por León C. ÁLVAREZ SANTALÓ, *Marginación social y mentalidad en la Andalucía Occidental: Expósitos en Sevilla (1613-1910)*, Sevilla, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1980. El modelo sevillano perfilado por este investigador, en el que la estadística demográfica, la historia social y de las mentalidades van de la mano para configurar una obra pionera en esta materia y de gran envergadura —no sólo cronológica, sino también temática—, ha inspirado, sin duda, las monografías existentes sobre el tema en multitud de poblaciones españolas. El aumento exponencial de publicaciones sobre esta cuestión en los últimos años ha llevado incluso a autores como Pedro Carasa Soto a alertar sobre un problema de “sobresaturación” al respecto, según apunta en su ponencia inédita inscrita en el Congreso de la Asociación de Demografía Histórica, celebrado en Braga en 1993.

Con suerte, un pequeño porcentaje de ellos lograba salir de la cuna para pasar al cuidado y custodia de algún vecino piadoso o interesado, por diversas causas, en incorporar un nuevo miembro al grupo familiar. Precisamente, una de las nuevas líneas historiográficas desarrolladas en los últimos años es la que pone el interés en historiar el ciclo vital de quienes sobrevivieron al fatal destino marcado desde su nacimiento, de aquéllos que llegaron a alcanzar la adolescencia y la edad adulta, pudiendo mantenerse a través de un trabajo y constituir su propia unidad familiar. Las políticas ilustradas emprendidas durante el siglo XVIII constituyeron el contexto capaz de propiciar esta inclusión de seres desarraigados en ámbitos útiles para el servicio a la sociedad, desde el ámbito laboral o militar, desarrollando una conciencia sobre la necesidad de salvar estas vidas y darles provecho a partir de la formación y la educación³. En este sentido, resulta de capital importancia la integración del expósito en familias a través del acto jurídico de la adopción, el cual puede llevar al reconocimiento de legitimidad y borrar el estigma del abandono o simplemente, como pasa en la mayoría de los casos, que el contrato carezca de afectividad parental y suponga la simple incorporación de mano de obra a la familia de acogida con el fin de ayudar al sustento común. En este caso, la adopción sería un contrato de trabajo encubierto para el desempeño de un oficio o de tareas domésticas a cambio de la simple manutención. Esta "integración social del expósito" ocupa normalmente varias páginas en las obras dedicadas a abordar a la infancia marginal durante el Antiguo Régimen, como las de Manuel Vallecillo, Adela Tarifa, María Fernández Ugarte o María Gema Cava López, donde tras examinar el volumen de infantes acogidos en las distintas inclusas analizadas, encontramos un capítulo dedicado a la adopción o bien a la tutoría y curaduría, entre otras cuestiones⁴. Mucho queda por profundizar en este sentido, aunque encontramos contribuciones muy destacadas gracias a los estudios de Fresnada Collado y Elgarrista Domeque o en los más recientes de Alfaro Pérez y Salas Auséns⁵.

No obstante, la adopción no es una práctica vinculada inequívocamente a la infancia ilegítima, más bien, al mundo de la pobreza⁶. No faltaron padres, sin posibilidades de ofrecer siquiera un sustento digno a su hijo, que prefirieron entregarlo a un nuevo grupo doméstico encargado de su crianza, formación y dotación, una vez llegado el momento de contraer

³Son muchos los autores dedicados a incidir en este asunto. Sin ánimo de resultar exhaustivos, citamos los trabajos de: Antonio CARRERAS PACHÓN, *El problema del niño expósito en la España Ilustrada*, Salamanca, Universidad e Instituto de Historia de la Medicina Española, 1977; Bernabé BARTOLOMÉ MARTÍNEZ, "La crianza y educación de los expósitos en España entre la Ilustración y el Romanticismo (1790-1835)" en *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, n.º 10, 1991, pp. 33-62; Olegario NEGRÍN FAJARDO, "El niño expósito en el Despotismo Ilustrado. Su crianza y su educación" en *Historia de la Educación. Revista interuniversitaria*, n.º 18, 1999, pp. 51-66, o Luis M. MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ, "Función educativa de los hospitales y hospicios en España hasta la primera mitad del siglo XIX. La Cuna de Expósitos en las Palmas de Gran Canaria: de la respuesta socioeducativa a la lucha por la supervivencia" en M.ª R BERRUEZO ALBÉNIZ y S. CONEJERO LÓPEZ, (coords.), *El largo camino hacia la educación inclusiva: XV Coloquio de Historia de la Educación*, Pamplona-Iruñea, 20-30 de junio y 1 de julio de 2009, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2009, pp. 225-234, entre otros.

⁴ Manuel F. VALLECILLO CAPILLA, *Política demográfica y realidad social en la España de la Ilustración. La situación del niño expósito en Granada (1753-1814)*, Granada, Universidad, 1990, pp. 99-108; Adela TARIFA FERNÁNDEZ, *Marginación, pobreza y mentalidad social en el Antiguo Régimen: Los niños expósitos de Úbeda (1665-1778)*, Granada, Ayuntamiento de Úbeda-Universidad de Granada, 1994, pp. 225-247; María FERNÁNDEZ UGARTE, *Expósitos en Salamanca a comienzos del siglo XVIII*, Salamanca, Diputación, 1988, pp. 137-144, y M.ª Gema CAVA LÓPEZ, *Infancia y sociedad en la Alta Extremadura durante el Antiguo Régimen*, Cáceres, Institución cultural "El Brocense", 2000, pp. 137-219.

⁵ Rafael FRESNEDA COLLADO y Rosa ELGARRISTA DOMEQUE, "Aproximación al estudio de la identidad familiar: el abandono y la adopción de expósitos en Murcia (1601-1721)" en F.A. CHACÓN GÓMEZ-MONEDERO (coord.), *Familia y sociedad en la Mediterráneo Occidental. Siglos XV-XIX*, Murcia, Universidad, 1987, pp. 93-116; Francisco J. ALFARO PÉREZ y José A. SALAS AUSÉNS, "Inserción social de los expósitos del Hospital de Gracia de Zaragoza en el siglo XVIII" en *Obradoiro de Historia Moderna*, n.º 10, 2001, pp. 11-27.

⁶ La adopción no es una práctica iniciada en el Antiguo Régimen, sino constatada desde la Antigüedad y regulada por el Derecho Romano. Sobre las vicisitudes de la adopción en nuestro derecho histórico consúltese: Alfonso OTERO, "Sobre la realidad histórica de la adopción" en *Anuario de Historia del Derecho Español*, n.º 27-28, 1957/58, pp. 1141-1149.

matrimonio⁷. Si la familia “adoptante” no tenía prole propia, puede pensarse en una protección plena y legítima, aunque lo más usual era una relación contractual de servicio en calidad de criado, obviándose cualquier tipo de salario a cambio del alimento y la dote de emancipación.

Según la tipología adoptiva planteada por Álvarez Santaló, podemos distinguir entre una modalidad *legalista*, formalizada ante escribano público, y otra más *informal o pseudoadopción*, realizada directamente con el administrador del centro con menor fuerza legal⁸. En cuanto al primer tipo, el citado autor cuestiona la integración plena de la criatura en el seno familiar e incluso la transmisión de los apellidos, ciñéndose el compromiso adquirido a la mera manutención o a los intentos de asegurarles, en determinadas ocasiones, un futuro laboral y familiar a través del aprendizaje de un oficio o un pequeño capital para matrimoniar, respectivamente.

En relación a la segunda variedad, ésta correspondía al vínculo afectivo alcanzado, en determinadas ocasiones, por el niño y la ama a la cual se le entregaba la custodia y crianza del menor por tiempo indefinido, si ella así lo solicitaba, gozando de preferencia sobre otras familias. Cabe la posibilidad de plantearse si en algunos casos esta ama era la propia madre, quien sin medios económicos había “expuesto” a su hijo, solicitando, a los pocos días, el encargo de su lactancia y percibir así unas rentas que asegurasen su sustento⁹. En una sociedad donde abundaba tanto la miseria no debe extrañarnos estos episodios de picaresca. Para evitar dichas “estafas” o la posible permuta de los expósitos por niños sanos en el momento de la inspección, algunos centros —como el Hospital Real de Santiago, del cual dependía la crianza de los expósitos—, utilizaban desde el siglo XVII la aberrante práctica del “marcado”¹⁰. Ésta consistía en imprimir a fuego un sello distintivo en los bracitos de los pequeños, labor confiada a un cirujano por lo delicado de la operación¹¹.

Tampoco resulta extraña la precipitación de las instituciones por entregar a los expósitos, sin mediar información alguna sobre la idoneidad de los futuros tutores, señal de una perceptible urgencia por librarse de cuantas más criaturas mejor. Lo cierto es que esta costumbre de aceptación “informal” de la crianza de un desheredado, muy usual en el siglo XVII, fue disminuyendo en la centuria siguiente, motivada bien por una pérdida de rentabilidad o por las exigencias de actuar por el interés común y preservar las vidas de futuros súbditos, en sintonía con el espíritu de las políticas ilustradas del momento¹². De prolongar la existencia de estos desheredados se garantizaba el incremento de tributos a la hacienda del país, una mayor cantidad de manos cultivando sembrados y soldados en los ejércitos. La Monarquía española del siglo XVIII busca su rescate, de ahí la legislación emitida en dicha centuria para favorecer la conservación y supervivencia del expósito.

⁷ El perfil de la persona que decide entregar un hijo no es sólo el de un matrimonio. Una viuda sin recursos o decidida a contraer nuevas nupcias podía deshacerse de esta carga; un viudo, incapaz de ofrecer unos cuidados maternos, una madre soltera... De todas estas variables, no informa de manera exhaustiva M.^a Teresa LÓPEZ BELTRÁN, “El prolijamiento y la estructura oculta del parentesco en los grupos domésticos malagueños a finales de la Edad Media e inicios de la Edad Moderna. (Aportación a su estudio)” en M.^a B. VILLAR GARCÍA (coord.), *Vidas y recursos de mujeres durante el Antiguo Régimen*, Málaga, Universidad, 1997, pp. 49-77.

⁸ León C. ÁLVAREZ SANTALÓ, *Marginación social y mentalidad* [...], op. cit., pp. 104-105.

⁹ En Ceuta, por ejemplo, el elevado índice de adopciones practicadas por las amas, se interpreta en este sentido de maternidad legítima oculta. *Vid.* M.^a Dolores CID PÉREZ, “Veinte años de expósitos. Ceuta 1746-1767” en *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, n.º 10, 1996, p. 180.

¹⁰ La baja condición social y económica de las amas iba aparejada en numerosas ocasiones a desviaciones morales, produciéndose situaciones extravagantes, con el objeto de engañar a los inspectores y dar muestra de una buena lactancia cuando no era así. Para evitar su llanto le daban adormideras, para parecer saludables les pintaban las mejillas, para simular una buena alimentación y secreción urinaria los atiborraban de pan mascado y grandes cantidades de agua, etc. *Vid.* Antonio CARRERAS PANCHÓN, *El problema del niño expósito* [...], op. cit., pp. 54-55.

¹¹ Esta práctica se mantuvo hasta comienzos del siglo XIX. *Vid.* Delfín GARCÍA GUERRA, *El Hospital Real de Santiago (1499-1804)*, La Coruña, Fundación “Pedro Barrie de la Maza”, 1983, pp. 333-334.

¹² León C. ÁLVAREZ SANTALÓ, *Marginación social y mentalidad* [...], op. cit., p. 116.

Fuera de la adopción propiamente dicha, pero de igual y mejores efectos, es la recuperación de estas criaturas por parte de sus progenitores, utilizando una copia o parte de las cédulas incluidas entre las ropas del niño en el momento del abandono, donde la conciencia de culpabilidad y el deseo e intención de reclamar al hijo —una vez superadas las difíciles circunstancias que obligaron a su abandono—, quedaban manifiestas, expiando la gravedad de su delito con una insinuación de eventualidad¹³. Si el niño, por fortuna, era reclamado por sus progenitores, automáticamente dejaba de ser un expósito para no volver a serlo nunca más, algo que no ocurría con el adoptado, pues si bien es cierta su integración en el entorno familiar —e incluso a veces su consideración como un hijo más—, la condición de marginado planeaba sobre él durante el resto de su vida¹⁴. En consecuencia, el prohijamiento se entiende como una sustitución defectuosa de la idónea entrega del niño a sus legítimos padres¹⁵. Lógicamente, estos rescates sucederían con los niños de la cuna antequerana, aunque de ello no se ha conservado prueba alguna.

Para el caso de Antequera, sólo contamos con los datos e informaciones rastreadas en el fondo notarial, en concreto en el oficio segundo, empleado por el Hospital de San Juan de Dios para formalizar todos los asuntos y diligencias con particulares u otras instituciones locales¹⁶. De tal manera, los datos manejados en nuestro estudio corresponden, en su totalidad, a adopciones íntegramente legales, con la asunción de una serie de responsabilidades por parte de los adoptantes. El prior del centro convenía las cláusulas de entrega con las personas dispuestas a prohiar a un cunero, normalmente, de carácter ordinario y generales, centradas en la crianza, educación, asistencia en la enfermedad y compromiso de no traspasarlo a otra persona sin licencia previa del hospital, aunque contemplan otras más excepcionales como la legitimidad y el derecho de herencia¹⁷. Estos certificados firmados por el prior, recogían la fecha del acuerdo, los datos del niño y sus nuevos tutores, para ser remitidos al correspondiente escribano, con quien el centro tenía concertada la tramitación de todos los asuntos civiles. El documento notarial, reconocido por los prohijadores permanecía en el registro de la escribanía, mientras la papeleta expedida inicialmente por el superior juandediano, le era devuelta por el fedatario público una vez protocolizado el contrato. Aunque éstos eran los pasos a seguir, ello no implica la correspondencia inmediata de la entrega de un niño a un particular con el despacho de este certificado de legalidad, pudiendo mediar varios años después de tener efectiva custodia del menor. Tal circunstancia evidencia un cierto descontrol y desidia por parte del Hospital de San Juan de Dios a la hora de garantizar un destino cierto a los expósitos, aumentando la posibilidad de ingresar nuevamente en la cuna, en caso de devolución¹⁸. Esta situación de retorno a la incluso

¹³ El fenómeno de la recuperación de niños por sus progenitores o familiares directos fue muy apreciable en el siglo XVII. En el caso sevillano supone un 6% sobre el volumen total de ingresos: León C. ÁLVAREZ SANTALÓ, “La casa de expósitos de Sevilla en el siglo XVII” en *Cuadernos de Historia*, n.º 7, 1977, pp. 491-532. Para el caso de Murcia, el número de niños recuperados entre 1630 y 1721 representaba sólo el 1,54%. *Vid.* Rafael FRESNEDA COLLADO y Rosa ELGARRISTA DOMEQUE, “Aproximación al estudio de la identidad familiar [...], op. cit., p. 105.

¹⁴ León C. ÁLVAREZ SANTALÓ, *Marginación social y mentalidad* [...], op. cit., p. 101.

¹⁵ Manuel VALLECILLO CAPILLA, *Política demográfica y realidad* [...], op. cit., p. 106.

¹⁶ Una vez más, apuntamos y reiteramos la riqueza de los libros de protocolos, pues no sólo sirven para facilitar informaciones de tipo económico o artístico del Hospital de San Juan de Dios, sino también ayudan a rastrear y aproximarnos al mundo de los marginados, en concreto los expósitos.

¹⁷ Archivo Histórico Municipal de Antequera [AHMA], Fondo Municipal. Sección Beneficencia, leg. 1014, pieza n.º 19: “Papeletas para que el escribano don Antonio María de Talavera extendiere escrituras de adopción de niños expósitos. Años 1791 a 1796”.

¹⁸ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Francisco de Alcántara Cabrera, oficio n.º 2, leg. 2680, fols. 1385r-v (15/09/1654). Beatriz María, soltera, había recibido a un niño expósito a los pocos días de nacer y después de dos años a su custodia, formaliza la carta de prohijación, prometiéndole una dotación de 50 ducados cuando tuviera edad de emanciparse.

provoca que un mismo niño genere hasta dos cartas de aceptación de su crianza¹⁹. Veamos, a continuación, la variada casuística apuntada.

"CARTAS DE ADOPCIÓN" DE LA CUNA ANTEQUERANA: UNA VALORACIÓN CUANTITATIVA

En líneas generales, todos los estudios relativos a expósitos y a su acogimiento coinciden en señalar el importante número de adopciones efectuadas durante el siglo XVII, tendencia perpetuada en la siguiente centuria, si no con la misma intensidad, sí con más persistencia, debido al calado de la filantropía preconizada por los ilustrados en la sociedad del momento. La constancia en el nivel de prohijamientos del Seiscientos, hasta el punto de considerarse una práctica generalizada, lo convierte en palabras de Álvarez Santaló en un “siglo privilegiado en este aspecto”²⁰. Algunos autores ven en esta tendencia un cambio en el concepto de familia producido a partir de 1700, sobre todo si existían hijos, a la vez que las relaciones paterno-filiales son cada vez más emotivas y el niño resurge como ser necesitado de cuidados y mimos²¹. Sin embargo, aunque Antequera responde a este modelo, el volumen de cartas de obligación rastreadas evidencia un descenso en los primeros cincuenta años del Setecientos, recuperándose los valores marcados en la centuria anterior e incluso superándolos cuando examinamos los datos en la segunda mitad del siglo XVIII. Las cifras hablan por sí mismas: de un total de 536 cartas registradas en el oficio segundo, un 38% de las adopciones se localizan entre 1651-1700, un 43% entre 1751-1800 y, únicamente, el 19% entre 1701-1750.

Porcentajes de adopción de expósitos antequeranos²²

	<i>Total de expósitos</i>	Total de adopciones	Porcentaje de adopciones
1667-1700	2687	210	7,81%
1701-1750	3016	103	3,41%
1751-1800	2557	235	9,19%
Totales	8260	548	6,63%

Fuente: A.H.M.A., Fondo Parroquial. Libros Registro de Bautismos. San Sebastián n^{os} 430-458; San Pedro n^{os} 264-298; San Juan n^{os} 130-143 y Santa María n^{os} 25-36. A.H.M.A., Fondo Notarial. Oficio n.º 2: Escribanía de Francisco Alcántara Cabrera; Escribanía de Carlos Talavera Navarro y Escribanía de Antonio María de Talavera.

A la vista de estos porcentajes se comprueba la importante caída del número de prohijamientos durante la primera mitad del siglo XVIII, referencia aún más llamativa si consideramos la cantidad de expósitos contabilizados durante esos años en los registros

¹⁹ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Carlos de Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2578, fols. 735r-v (19/08/1691). Juan Diego Hortelano devuelve a una niña de cuatro años tras quedarse viudo y la prohija Antonio Flores. Éste se compromete a dotarla con 100 ducados de vellón y mantenerla hasta los veinticinco años de edad.

²⁰ León C. ÁLVAREZ SANTALÓ, *Marginación social y mentalidad* [...], op. cit., p. 105.

²¹ David LÓPEZ VIERA, *El niño expósito en Huelva y su tierra durante el Antiguo Régimen*, Huelva, Ayuntamiento, 2004, p. 315.

²² El cuadro ha sido elaborado a partir de los libros de bautismo de las cuatro parroquias de la ciudad, desde 1667 a 1800, y las cartas de adopción consultadas del fondo notarial.

parroquiales²³. Así, a lo largo del periodo señalado, la correlación entre el total de niños de padres incógnitos bautizados y los que consiguen ponerse bajo la tutela y patrocinio de particulares demuestra el importante declive del volumen de adopciones —sólo un 3,4% de los niños llega a salir de la Cuna y son entregados a personas comprometidas con su cuidado—, precisamente cuando el número de ilegítimos crece por encima de las otras dos fases delimitadas.

Consecuentemente, en Antequera confirmaríamos la reciprocidad inversa de los valores pues, cuanto más expósitos hay, menos adopciones se producen y al contrario²⁴. Si entendemos la continuidad del número de expósitos por motivos de ilegitimidad y el incremento de su volumen como causa de crisis coyunturales, debemos considerar, para la primera mitad del siglo XVIII, la conjunción de una serie de factores negativos —la Guerra de Sucesión, las sucesivas epidemias de tabardillos de 1709, 1730 y 1738, junto a las terribles hambrunas padecidas en esos tres años—, como generador de un ambiente de pobreza y miseria entre la población antequerana, caldo de cultivo para la proliferación de los abandonos de párvulos y limitación de las adopciones. Estas últimas se concentran en la década inicial del Setecientos, antes de la depresiva fase de los años treinta.

La división quinquenal del siglo XVII y XVIII evidencia periodos más concretos en los cuales aumentan las prohijaciones de manera significativa. Así, el intervalo de 1691-1695, donde se confirman hasta 54 acogimientos, es ligeramente superado cien años después, en el quinquenio de 1791-1795. Estos máximos absolutos se sitúan en fases donde las adopciones mantienen unos valores sin demasiados altibajos, apreciable a partir de 1750, donde obtenemos los porcentajes más elevados de la serie global, con un 8,7% respecto al total de bautismos de ilegítimos rastreados en los libros bautismales de las cuatro parroquias antequeranas.

Expuesta la evolución cronológica lineal, cabe preguntarse por la estacionalidad de las adopciones en el periodo concreto de un año. A tenor de las fechas consignadas en las cartas localizadas en la escribanía del oficio segundo, observamos la siguiente distribución:

Porcentajes mensuales de adopción de expósitos antequeranos (1667-1800)

<i>Mes</i>	<i>Adopciones</i>
Enero	5,54%
Febrero	7,83%
Marzo	10,70%
Abril	11,66%
Mayo	9,75%
Junio	8,41%
Julio	9,56%
Agosto	8,79%
Septiembre	8,79%
Octubre	8,22%
Noviembre	5,73%
Diciembre	4,97%

Fuente: A.H.M.A., Fondo Parroquial. Libros Registro de Bautismos. San Sebastián n.ºs 430-458; San Pedro n.ºs 264-298; San Juan n.ºs 130-143 y Santa María n.ºs 25-36. A.H.M.A., Fondo Notarial. Oficio n.º 2: Escribanía de Francisco Alcántara Cabrera; Escribanía de Carlos Talavera Navarro y Escribanía de Antonio María de Talavera.

²³ Milagros LEÓN VEGAS, "Un estudio de caso sobre abandono infantil en la Andalucía Moderna: Los expósitos de la inclusa antequerana" en *Revista de Demografía Histórica*, 2015 (en prensa).

²⁴ Aunque Álvarez Santaló desecha esta correlación para el caso de Sevilla, no encontramos ningún dato para invalidarla en nuestra localidad. *Vid.* León C. ÁLVAREZ SANTALÓ, *Marginación social y mentalidad* [...], op. cit., p. 106. Para rebatir esta premisa se basa en los altos porcentajes de ilegitimidad y adopción de los siglos XVII y XIX.

En vista de lo expuesto, tenemos que los meses elegidos por los vecinos antequeranos para prohijar corresponden al trimestre de marzo, abril y mayo. Esta predilección por la primavera podría justificarse dadas las buenas expectativas suscitadas por la cosecha venidera o como consecuencia de los sermones moralizadores desplegados durante la Cuaresma y la Semana Santa²⁵.

La leve superioridad de expósitos varones, según las cifras desprendidas de los libros de bautismos, nos lleva a plantearnos si también se ratifica su predominio en las adopciones²⁶. Sorprendentemente, los datos nos vuelven a dismantlar la tesis de la mayor utilidad y preferencia por los niños en detrimento de las niñas pues éstas —con un 53% sobre el total de cartas de adopción—, son más demandadas durante todo el periodo comprendido entre 1667 y 1800. Aún confirmando siempre el hecho de que el prohijamiento de expósitos se mueve entre unas cantidades muy exiguas, en todo ese largo tiempo de siglo y medio, un 5,12% de varones consiguen colocarse bajo la tutela de un protector, frente al 8,57% alcanzado por las niñas. Si deslindamos las cifras en los tres grandes bloques cronológicos fijados en nuestro estudio, los resultados varían muy poco:

Distribución de la adopción de expósitos antequeranos por sexo (1667-1800)

	Total expósitos	Niños adoptados	%	Total expósitas	Niñas adoptadas	%	Edad media niños (años)	Edad media niñas (años)
1667-1700	1337	81	6,05	1186	127	10,7	2,16	2,37
1701-1750	1543	35	2,26	1388	67	4,82	2,03	1,93
1751-1800	1360	96	7,05	1255	128	10,19	2,41	2,85
Totales	4240	212	5,12	3829	322	8,57	2,20	2,38

Fuente: A.H.M.A., Fondo Parroquial. Libros Registro de Bautismos. San Sebastián n.ºs 430-458; San Pedro n.ºs 264-298; San Juan n.ºs 130-143 y Santa María n.ºs 25-36. A.H.M.A., Fondo Notarial. Oficio n.º 2: Escribanía de Francisco Alcántara Cabrera; Escribanía de Carlos Talavera Navarro y Escribanía de Antonio María de Talavera.

En los tres periodos, el número de niñas abandonadas es inferior al de varones y el volumen de adopciones de aquéllas, siempre superior a los valores arrojados por estos últimos, sin excepción. En realidad, partimos del supuesto de libertad de los futuros tutores para poder elegir la criatura más acorde a sus intereses y gustos, en cuanto al sexo, condición física, edad..., aunque no debemos descartar una fijación o preselección por parte del Hospital con vistas a garantizar el destino del “sexo débil”, más inseguro que el del varón quien, sin necesidad de ser prohijado, podría valerse por sí mismo, a través de su colocación como aprendiz en algún oficio desde la temprana edad de seis años, percibiendo un salario por su trabajo y no la simple manutención y dote prometida a la mujer. En cualquier caso, la incorporación a la vida laboral durante la infancia y el asegurar un dinero para acceder al matrimonio, no difiere en nada de la situación vivida por el resto de niños legítimos de la sociedad, aunque sin las carencias afectivas

²⁵ Los porcentajes coinciden con la periodicidad señalada para Úbeda por Adela TARIFA FERNÁNDEZ, *Marginación, pobreza y mentalidad* [...], op. cit., pp. 235-236.

²⁶ Los datos sobre expósitos arrojados por los registros parroquiales de Antequera aparecen recogidos en el trabajo de Milagros LEÓN VEGAS, “Un ministerio heredado: el cuidado de expósitos y la Orden de San Juan de Dios en Andalucía (Siglo XVIII)” en el *X Congreso Asociación de Demografía Histórica*, Albacete, 18-21 de junio de 2013 (en prensa).

de partida²⁷. Por otro lado, la prueba evidente de la dificultad de “colocar” a las chicas es la creación en 1712 de un Colegio para Niñas Huérfanas en Antequera, donde también se incorporarían aquellas expósitas que no habían logrado ser prohijadas²⁸. El motivo más común para elegir a una niña —con independencia del gusto particular de cada uno de los adoptantes o la sensibilidad especial hacia el género femenino, por esa mayor indefensión—, radica en la practicidad sobradamente demostrada de ésta en el ámbito del hogar, entendida no sólo en las tareas de la casa, sino a la hora del cuidado y asistencia a los mayores, en este caso los padres, a quienes serviría y acompañaría hasta el momento de su emancipación para tomar estado de casada o religiosa. Quizás la escasa edad con la que niñas y niños eran sacados de la cuna —en ambos casos, en torno a los dos años y medio—, puede contrariar esta tesis de “utilidad”, tanto para la economía como para el servicio familiar. La explicación la encontramos en la corta esperanza de vida de un expósito, motivada por el ambiente hostil e insalubre de la inclusa, siendo muy pocos los que conseguían superar la barrera de los tres años de lactancia. En cualquier caso, la valoración precisa de estos datos resulta difícil, pues no todas las cartas de adopción refieren con exactitud los meses o años de vida de la criatura. A esas omisiones habrían de añadirse la ambigüedad de expresiones como la “de poco tiempo” o “de pocos días”. Las edades más elevadas se registran, sobre todo, de 1651 a 1700 y durante la segunda mitad del siglo XVIII, donde figuran casos máximos de catorce y quince años para ambos sexos. No obstante, el mayor número de adopciones con edades superiores a los 8 ó 9 años lo hallamos en las niñas, quienes en una gran proporción eran destinadas al empleo doméstico.

Para intentar explicar, o simplemente establecer hipótesis sobre este complejo fenómeno de la adopción —intrincado en el entramado de las mentalidades de las sociedades de la Edad Moderna—, debemos detenernos en el perfil de las personas decididas a tomar a su cargo una criatura y las mandas impuestas en las cartas de adopción a favor de los niños rescatados de la miserable inclusa. Si tuviésemos que establecer un modelo, atendiendo a los casos más repetidos, observaríamos una mayoría de adopciones correspondientes a matrimonios que escogen a niñas —en un índice algo superior a los varones—, a quienes nombran como herederas universales de todos sus bienes tras su fallecimiento, o bien las dotan con una cantidad de dinero para tomar estado de casadas. Sin embargo, las variables son mayores y las combinaciones múltiples, de las cuales intentaremos resaltar las tendencias generales y los casos más interesantes.

En cuanto a los adoptantes, cuatro son los modelos registrados desde 1667 a 1800 en los siguientes porcentajes: matrimonios: 66,9%; viudas: 15,2%; solteros: 12,5%; y solteras: 7,08%. Si especificáramos entre las tres etapas fijadas en nuestro estudio, poco variarían las cadencias, siendo los matrimonios quienes mayoritariamente deciden tomar a un cunero para su crianza.

Las parejas casadas sobresalen también, con amplia superioridad, en todos los tipos de obligaciones contraídas con los menores, según las escrituras protocolizadas. Son quienes en mayor proporción criaban a expósitos, los dejan como herederos de pleno derecho, dotaban con más generosidad a sus prohijados cuando alcanzaban la edad suficiente para tomar estado y los que se comprometían a iniciar al varón en el aprendizaje de un oficio. En definitiva, casi la totalidad de los matrimonios dejaban un capital a los niños, en unos casos prefijado para servir de dote, en otros, todo su patrimonio, transferible en el momento del fallecimiento de los progenitores. Les seguían, a una gran distancia, las viudas, prácticamente igualadas con los solteros y, por último, casos excepcionales de mujeres solteras mayores de veinticinco años.

²⁷ Para algunos autores, las incluidas no eran más que “un centro de mano de obra con posibilidades de explotación”. Vid. Isidro DUBERT GARCÍA, “Mecanismos asistenciales y mortalidad infantil en la Galicia del interior: el Hospital de San Pablo de Mondoñedo de 1780 a 1850” en *Semata*, n.º 1, 1988, p. 215.

²⁸ Milagros LEÓN VEGAS, “Origen, actividad y hacienda del Colegio de niñas huérfanas de Antequera” en *Estudios Modernistas sobre el Reino de Granada. Homenaje al Dr. Joaquín Gil Sanjuán*, Málaga, Universidad, 2003, pp. 141-180.

Pese a la existencia de esas cláusulas, donde quedaba recogido el compromiso de dejar en beneficio del adoptado una herencia pecuniaria, ya fueran todos los bienes familiares o el importe de una dote, no podemos pensar en grandes fortunas pues, la mayoría de los otorgantes pertenecía a unas categorías económicas medias-bajas²⁹. Además, las cartas reflejan en contadas ocasiones referencias al oficio de los adoptantes³⁰, lo cual puede llevarnos a pensar en la situación humilde de los mismos, en contraposición a un mínimo de vecinos, cuya actividad tenía mayor estima social o política: jurado, médico, escribano, abogado o un alférez retirado³¹. No faltan representantes del clero, aunque son los menos, con tan sólo tres casos³². Es necesario advertir que el hecho de ser nombrado beneficiario de los bienes patrimoniales no implica la exclusión de un dinero percibido antes de la muerte de los adoptantes, cuando el menor lograba la mayoría de edad, para poder emanciparse del núcleo familiar de acogida o bien para montar su propio negocio. En este sentido, no es raro encontrar cartas donde al niño se le favorezca como heredero universal mediante una dote o con la obligación de proporcionarle el aprendizaje de una profesión³³. Cabría hacer más esclarecimientos. A pesar de ser infrecuente consignar en las cartas de adopción cuando un expósito era designado como fiduciario de la hacienda familiar, podríamos considerar en tales circunstancias su condición de hijo legítimo con plenos derechos. Uno de los escasos ejemplos del reconocimiento conjunto de legitimidad y herencia sería el de Francisco de Paula, adoptado en julio de 1719 por el matrimonio formado por Manuel Cosme y Francisca López, bajo la siguiente cláusula:

[...] prohijamos y adoptamos por nuestro hijo y heredero forso de todos nuestros bienes, títulos, derechos y acciones que por el fallecimiento de cada uno de nos quedaren, al dicho Francisco de Paula, niño espósito para que en todos ellos subcedan en su propiedad y posesión por fin de nuestros días como nuestro heredero forzoso..., sin que podamos rebocar esta donación por nuestros testamentos, cobdicios, poderes ni otro ningún ynstrumento [...]³⁴.

El dinero atesorado durante una vida no podía ser entregado, sin más, a cualquier persona si no había un vínculo afectivo paterno-filial capaz de superar el estigma del abandono y la marginalidad. Los matrimonios decididos a prohijar, eran normalmente de elevada edad, sin hijos y sin posibilidad de tenerlos. Su interés iba más allá de dar con un simple heredero, por ello

²⁹ A veces, los recursos eran tan limitados que la esposa del matrimonio adoptante obligaba su dote para hacer frente a la crianza. Esto ocurre en el calamitoso año de la peste de 1679: A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Carlos Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2655, fols. 928r-v (03/02/1679).

³⁰ El mismo problema se le plantea a Álvarez Santaló en Sevilla, pues no siempre se consigna la situación socio-profesional de los adoptantes. La superioridad de adopciones por parte del sector artesanal supera al burgués, clerical y nobiliario, pudiéndose pensar en una mayor sensibilidad de aquel grupo o en un mayor interés en obtener un beneficio laboral gratuito en un futuro. *Vid.* León C. ÁLVAREZ SANTALÓ, "La casa de expósitos [...]", op. cit., p. 516. Otro estudio donde se pormenoriza los oficios —tanto de las familias de las amas de cría, como el de adoptantes y posterior dedicación de los expósitos a tenor de las partidas matrimoniales—, nos lo ofrece: Francisco J. ALFARO PÉREZ y José A. SALAS AUSÉNS, "Inserción social de los expósitos [...]", op. cit., pp. 11-27.

³¹ Las escrituras respectivas de cada uno son: A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Francisco Alcántara Cabrera, oficio n.º 2, leg. 2654, fols. 1140r-1141v (17/05/1652); Escribanía de Carlos Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2673, fols. 576r-v (07/10/1676); leg. 2660, fols. 316r-v (04/08/1687); leg. 2696, fols. 253r-v (24/04/1690); Escribanía de Antonio María de Talavera, oficio n.º 2, leg. 2512, fols. 39r-v (03/02/1779).

³² A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Carlos Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2573, fols. 455r-v (08/07/1675); leg. 2660, fols. 143r-146v (27/05/1687); Escribanía de Antonio María de Talavera, oficio n.º 2, leg. 2558, fols. 657r-v (28/11/1791).

³³ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Antonio María de Talavera, oficio n.º 2, leg. 2493, fols. 477r-v (21/07/1785). Es el caso de un matrimonio que adopta un niño, al que nombran como heredero universal sólo si moría antes una hija suya natural. El hecho de dejar herencia, indistintamente del volumen de capital transferido, supone un interés y preocupación de los nuevos progenitores por la futura promoción social de los niños, pues ese dinero iría destinado a la formación profesional de los varones y a la dote, en el caso de las mujeres, según advierte M.ª Gema CAVA LÓPEZ, "Economías infantiles: recursos materiales y gestión del patrimonio de los huérfanos extremeños durante la Edad Moderna" en *Obradoiro de Historia Moderna*, n.º 8, 1999, pp. 65-98.

³⁴ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Miguel Francisco de Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2515, fols. 177r-178v (28/07/1719).

no es extraño encontrar en las cartas de adopción una declaración abierta de su amor por la criatura:

[...] que por quanto estante nuestro matrimonio la divina Magestad de Dios, Nuestro Señor, ha sido servido de no darnos hijos, ni tenerlos de presente legítimos, ni naturales, y en consideración de hallarnos conforme a naturaleza imposibilitados de poderlos tener, respecto de nuestra edad por ser mucha; y por tener mucho amor y voluntad a Juan Bautista Savino, niño espósito que de presente será de año y medio, por lo qual hemos pedido, encarecidamente, al Padre Prior y demás religiosos del dicho convento y hospital de Señor San Juan de Dios desta ciudad a cuyo cargo está el criar los niños expósitos nos lo entreguen, que estamos promptos a prohijarlo, criarlo [...]³⁵.

Existen casos en los cuales la futura posesión del patrimonio completo queda sujeta a la condición de no tener más hijos naturales, en cuyo caso se partirían y dividirían entre todos los vástagos, una prueba más de la legitimidad implícita en el caso de los adoptados como herederos universales, pues no se anulan sus derechos sino que se consideran iguales a los descendientes carnales³⁶. De todas formas, no era necesario dejar todo el capital al “hijo adoptivo” para considerarlo un vástago natural y en algunas ocasiones, las menos, leemos la expresión “como si fuera hijo propio por no tener más hijos”, sin que medie ninguna herencia o dotación, tan sólo el compromiso de costear su sustento³⁷. La facultad de heredar podía ser rebatida por las mismas cláusulas de adopción pues, en 1687, una viuda se hace cargo de una niña a condición de obtener de la menor un periodo de servidumbre suficiente. En caso contrario, la despojaría de toda la hacienda, salvo una pequeña parte para su dote:

[...] le hacemos gracia y donación yrebocable de todos los dichos mis vienes y hacienda que quedaren por mi fallecimiento, esto con calidad y condición que la dicha Chatalina Manuela me a de asistir mientras bibiere yo la otorgante. Y si por causas justas no me asistiere, desde luego, le mando tan solamente cinquenta ducados para quando tome estado como sea a mi boluntad y si no lo fuere, no le mando cosa alguna [...]³⁸.

Normalmente, cuando el niño fallecía antes de alcanzar la edad adulta, en ocasiones la manda económica quedaba invalidada y en otras —por expreso deseo de los adoptantes—, el dinero o toda su hacienda pasaban al Hospital para invertirse en el cuidado del resto de niños³⁹. También podían fallecer los adoptantes antes que la criatura, en cuyo caso el hospital solía actuar en régimen tutelar, hasta la mayoría de edad del niño⁴⁰. Así, dos mujeres solteras responsabilizadas de una niña dejan dispuesto —si llegaban a morir antes de que ésta alcanzara la edad para emanciparse—, lo siguiente:

[...] y caso que fалescamos antes de la dicha se han de entregar dichos quarenta ducados a dicho hospital para que se guarden en su archivo hasta que la expresada niña tenga edad suficiente para tomar estado, cuia cantidad ha de ser en dinero físico, y no en trastos o en ropas, pues lo que tubiere de uso le ha de quedar libre con más los bienes que de nuestra voluntad quisiéremos aplicarle a la referida expósita [...]⁴¹.

³⁵ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Carlos Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2673, fols. 518r-519v (07/09/1676).

³⁶ *Ibidem*, leg. 2714, fols. 762r-v (01/10/1680); leg. 2704, fols. 655r-v (28/07/1681) y fols. 658r-v (04/07/1681); leg. 2708, fols. 1989r-1990v (02/11/1696). En este último caso el matrimonio ya tiene una hija natural y adoptan a un varón al cual le dejan la mitad de sus bienes.

³⁷ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Francisco Esteban Galán, oficio n.º 2, leg. 2468, fols. 237r-v (04/08/1761).

³⁸ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Carlos Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2660, fols. 148r-v (28/04/1687).

³⁹ *Ibidem*, leg. 2684, fols. 682r-v (24/09/1695) y fols. 737r-739r (15/10/1695).

⁴⁰ *Ibidem*, fols. 220r-221r (11/05/1695).

⁴¹ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Antonio María Talavera, oficio n.º 2, leg. 2469, fols. 69r-v (08/02/1769).

En estas ocasiones es cuando a la Orden de San Juan de Dios le interesa la protocolización de las escrituras y su validez legal para reclamar los bienes heredados o tutelar los capitales hasta alcanzar el expósito la mayoría de edad. Cuando el niño era adulto tenía potestad suficiente para transmitir el acervo pecuniario adquirido a su propia familia, sin poder sacar el hospital ningún provecho de todo ello⁴². Resulta imposible calibrar el volumen del patrimonio transferido —este dato no aparece en las cartas de adopción—, aunque podemos apuntar el valor de las dotes y su oscilación entre un máximo de quinientos ducados y un mínimo de veinte, adjudicados de modo indistinto entre niños y niñas.

Muy en la línea de los planteamientos ilustrados de formar a vasallos “útiles” vemos incorporada en las cartas adoptivas la obligación de ofrecer al expósito varón la posibilidad de aprender un oficio, sin consignar ninguno en concreto, sólo aquel donde el niño se mostrara más diestro, llegado el momento. Este tipo de formación costaba dinero, pues el adoptante debía pagar los honorarios del maestro encargado de instruir al párvulo⁴³. En otros casos, incluso, existe el compromiso de montarle su propio taller para asegurar más firmemente el futuro:

[...] y en teniendo edad ponerlo al oficio que elixiere hasta que quede enseñado y maestro en el todo a nuestra yntención, y siendo maestro, desde luego le ofrecemos y nos obligamos de darle para que ponga tienda en dicho oficio treinta ducados de vellón en reales de nuestro propio caudal, y si el susodicho no alcanzase en días le dexaremos así declarado para que los bienes que dexaremos se le den⁴⁴.

Las veces en las que los adoptantes se implicaban en ofrecer una educación algo más completa, esto es, a leer y escribir, se ciñen a tres casos —como era de esperar, localizados en el siglo XVIII⁴⁵—, aunque no se puede descartar la posibilidad de aprendizaje de otros niños, en cuya carta de prohijamiento no se consigne esta manda. De todas formas, los casos en los que los adoptantes firman resultan tan escasos como anecdóticos, coincidiendo con los elevados e irrefutables índices de analfabetismo de la época.

Si nos paramos a reflexionar sobre el tipo de compromiso adquirido por los adoptantes, en cada uno de los tres grandes bloques cronológicos en que dividimos nuestro estudio, comprobaremos cómo en la segunda mitad del siglo XVIII crece considerablemente la voluntad de enseñar a los hijos un oficio y el mero compromiso de crianza y dotación, en detrimento de las herencias del patrimonio familiar. Sin duda, la piedad barroca del siglo XVII, llevó a muchas personas a hacerse cargo de un menor marcado por el abandono, imbuidos de un profundo sentimiento de caridad cristiana y compasión que parece condicionar las relaciones con el expósito desde una cierta sensibilidad y ternura, sustituidas en el Setecientos por un evidente valor de “utilidad”, a fin de incrementar los efectivos de población a través de la crianza y salida de la cuna y, al mismo tiempo, formar vasallos aptos para el trabajo; en definitiva, rentables al Estado, al poder hacer frente a las cargas impositivas del gobierno central.

En vista de todo lo apuntado, resulta muy difícil hablar de un modelo de adopción, de unas preferencias o tendencias claras, pues la verdadera relación entre un adoptante y el expósito no aparece reflejada con claridad en ninguna carta de prohijamiento y atiende a motivaciones muy personales. En todos los estudios sobre este tema, encontramos una argumentación acerca de las causas generadoras del abandono de un niño y su vinculación al mundo de las mentalidades.

⁴² A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Francisco Alcántara Cabrera, oficio n.º 2, leg. 2677, fols. 405r-406v (27/05/1665).

⁴³ Es el caso de Catalina Muñoz, viuda, quien se compromete a pagar al maestro que le enseñara un oficio a Francisco, niño expósito: A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Carlos Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2642, fols. 212r-v (04/03/1674).

⁴⁴ *Ibidem*, leg. 2684, fols. 494r-495r (10/08/1695).

⁴⁵ A.H.M.A., Fondo Notarial. Escribanía de Miguel Francisco de Talavera Navarro, oficio n.º 2, leg. 2504, fols. 626r-627r (20/08/1721); leg. 2532, fols. 161r-162v (27/04/1722), fols. 171r-172r (30/04/1722), fols. 596r-597v (25/08/1722), leg. 2520, fols. 13r-14v (31/01/1747).

Pobreza y rechazo a la ilegitimidad son las conclusiones comunes para dilucidar este asunto, pero ¿cuáles fueron las razones que llevaron a cientos de vecinos de Antequera, ya fueran matrimonios, viudas o solteros a hacerse cargo de una criatura marcada por la marginación, el abandono y el desamor? A tenor de lo expuesto, la contribución a la economía familiar, incorporando una nueva fuerza de trabajo, o suplir el vacío de una paternidad frustrada parecen las causas más convincentes, aunque no tuvieron porqué ser las únicas. El hecho de salir de la inclusa era sin duda positivo, pero no tenemos aún constancia de la suerte alcanzada por cada uno de estos niños tras su salida. Cabe la posibilidad de no existir, en numerosas ocasiones, un compromiso de prohijación propiamente dicho, tal y como hoy lo entendemos, sino una especie de contrato laboral a cambio de la simple manutención. Realmente, el tema de la adopción es tan sugerente como complejo. Responder a estas interrogantes son los pasos a seguir para dar continuidad a la presente investigación.

LA PROTECCION Y EL INTERES DEL MENOR EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA. LAS FIGURAS JURIDICAS DEL TUTOR Y EL CURADOR¹

Ana Chacón Martínez²

(I.S.E.N. Cartagena. Universidad de Murcia)

INTRODUCCIÓN

El interés y la preocupación por el menor trasladados al plano jurídico-social son uno de los grandes cambios sociales y culturales que se han producido en la sociedad actual. El niño se ha convertido en figura clave dentro de la entidad familiar. Su protección en el contexto de las relaciones paterno-filiales queda garantizada y asegurada por la patria potestad y las figuras jurídicas de tutor y curador. Dentro de una perspectiva evolutiva es necesario integrar en sus respectivos contextos y situaciones históricas los problemas que en cada época han planteado los menores.

La individualización del niño³ es uno de los procesos más sugerentes desde una perspectiva histórico-jurídica y social; desde la necesaria perpetuación y continuidad de las líneas de filiación y herencia familiares, con las fundamentales estrategias matrimoniales que desempeñan en la reproducción biológico-social, pasando por el necesario y fundamental apoyo en las actividades de trabajo de distinto tipo, los hijos han constituido el necesario y fundamental punto de apoyo en las estrategias y en las realidades familiares. Pero esta mirada ha tenido siempre al niño o al menor como un ser dependiente de los intereses y necesidades paternas. La atención y protección específica ha ido, paulatinamente, otorgándole protagonismo y reflejándose en el plano jurídico.

Las relaciones paterno-filiales han sido contempladas desde muchos puntos de vista; tradicionalmente, ha sido la herencia y el sentido y sentimiento de continuidad y perpetuación, trasladados en términos genealógicos, los que han imperado en el análisis y estudio de dichas relaciones. Han constituido, pues, un estudio relevante y fundamental en los estudios de familia.

Las relaciones paterno filiales, el régimen demográfico, las prácticas sociales, la fuerza del parentesco y los hábitos y costumbres nos ofrecerán una imagen de la minoría de edad en la sociedad española y de la consideración de la juventud, término que necesita una evidente explicación y contextualización socio-cultural, dependiendo, muy directamente, de la época histórica que estemos tratando⁴.

¹ Este artículo se inserta dentro del proyecto de investigación: *Familias e Individuos: patrones de modernidad y cambio social (siglos XVI-XXI)*, Ministerio de Economía y Competitividad, convocatoria "Rectos de Investigación 2013", referencia: HAR2013-48901-C6-1-R, de cuyo equipo formo parte.

² Ana Chacón Martínez, Universidad de Murcia (ana.chacon@um.es)

³ J. GELIS, "La individualización del niño", en P. ARIÉS y G. DUBY, (dirs.), *Historia de la vida privada, vol. V: El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII*, Madrid, 1992.

⁴ La bibliografía sobre la niñez en su perspectiva histórica es no sólo abrumadora sino imposible de referir en esta nota. Si me gustaría indicar la consulta, junto a la obra mencionada en la nota anterior, el texto de uno de los mejores especialistas al respecto: M. GARCÍA FERNÁNDEZ, "Ya en pleitos desde la más tierna infancia: menores, tutores, litigios", *Revista de Demografía Histórica*, XXXI, II, 2015, pp. 87-112.

Distintas ciencias sociales, especialmente, la sociología y la psicología, han abordado estas relaciones, pero desde sus propios objetos de estudio y sin ponerlos en relación con el conjunto de la unidad familiar. Sin embargo, creo que es el derecho y, concretamente, dentro del derecho civil el derecho de familia, una de las materias que pone en relación a los diferentes protagonistas de la realidad biológico-institucional y sociológica que es la familia y aunque lo haga dentro de una normativa y legislación, ésta responde y refleja valores sociales, actitudes, comportamientos e indica la línea de separación entre lo aceptado y válido y la transgresión y, por tanto, el conflicto.

El estudio y análisis de las familias en las sociedades contemporáneas precisa concretar sus procesos de evolución, cambio social y conformación actual. Para ello nada mejor que recurrir a las legislaciones que dan forma y resuelven problemas y conflictos. Pero el derecho no debe entenderse como un conjunto de normas fruto de una determinada doctrina, sino como la respuesta que la sociedad ofrece para regular y establecer las formas de relación que ponen de manifiesto los valores sociales predominantes. Desde este punto de vista, el derecho privado protege a las personas que, en razón de múltiples motivos, carecen de los medios de defensa ante aquellos que puedan cometer actos de explotación en sus personas como de eventuales abusos en su patrimonio.

Una situación habitual pero muy escasamente conocida en su vertiente de prácticas sociales, es la que tiene como protagonistas a los menores de edad que por razones, normalmente demográficas, como la muerte de uno de los padres e, incluso, de ambos, acceden a responsabilidades, sobre todo, económicas y de gestión de patrimonios, y que exigen el nombramiento de responsables para ejercer la administración de bienes, propiedades y de toma de decisiones para las que el derecho no les reconoce capacidad legítima ni jurídica.

LAS FIGURAS DEL TUTOR Y CURADOR

La figura del tutor⁵ y del curador ha tenido una enorme importancia y trascendencia en la realidad social; sin embargo las prácticas han sido, como suele ocurrir, distintas. La figura del tío o tía, como curadores; o bien hermanos mayores, así como también la figura del algún clérigo han sido la que se han impuesto históricamente y también en las prácticas. Es por ello que he centrado mi atención en el estudio jurídico de las figuras de tutor y curador, con objeto de precisar la evolución a la que se ha llegado en el tratamiento de las relaciones paterno-filiales.

Desde el punto de vista jurídico y en relación con los padres, podemos afirmar que sólo si el padre no hizo testamento, o si no designó en él un tutor, o si designó a la misma madre, ésta se encargará del gobierno y asistencia de los hijos, bien entendido que en calidad de tutora y, en calidad de tal, sometida al régimen general establecido para regular la institución tutelar: redacción de un inventario de todos los bienes cuya administración asume, establecimiento de una fianza en garantía de que indemnizará a los hijos-pupilos en caso de inadecuada administración, periódica dación de cuentas a los parientes de los niños. Además, como condiciones especiales solamente exigidas a la viuda tutora, ésta habrá de renunciar formalmente a contraer segundas nupcias, y perderá el cargo en el supuesto de que, faltando al compromiso, las celebrara.

La literatura jurídica que, en líneas generales, se había manifestado favorable a otorgar a la madre la patria potestad, en defecto del padre, defendió, lógicamente, que la tutela se confiara a ella antes que a cualquier otra persona.

Un punto de referencia importante lo constituye la definición que el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, en su decimo novena edición (1970), da de las palabras:

⁵ I. HERRERO ALONSO, *Nombramiento de tutores: procedimiento para la ejecución del nombramiento*. Heredum Abogados. Presidente de Lexunión, España, 2013.

Tutor: “persona que ejerce las funciones señaladas por la legislación antigua al curador”. Respecto al acto de ejercer la función de tutor, tutela se define como: “Autoridad que en defecto de la paterna o materna, se confiere para curar de la persona y los bienes de aquel que por minoría de edad o por otra causa, no tiene completa capacidad civil”

Curador: “Persona elegida o nombrada para cuidar de los bienes o negocios del menor, o del que no estaba en estado de administrarlos por sí”, o bien: “persona que se nombraba para cuidar y administrar los bienes de un incapacitado”.

Tutela y Curaduría son relaciones “cuasi familiares”. Rubén Celis Rodríguez en su libro⁶ “*Las Guardas*” cita a Ruggiero para explicar que son aquella institución de carácter suplementario”, ya que entran a operar a falta de la potestad marital o filial. Las guardas “limitan” esas potestades. Jurídicamente implican obligaciones o deberes para los poderes públicos. Así se protege a las personas que, en razón de múltiples motivos, carecen de los medios de defensa ante aquellos que puedan cometer actos de explotación en sus personas como de eventuales abusos en su patrimonio. Es para ello que el derecho ha configurado una serie de instituciones destinadas a la protección de dichos incapaces, y que se denominan como las guardas en general.

Las tutelas y las curadurías o curatelas son cargos impuestos a ciertas personas a favor de aquellos que no pueden dirigirse a sí mismos o administrar competentemente sus negocios, y que no se hallan bajo potestad de padre o madre, que pueda darles la protección debida (Herrero, 2013).

Las personas que ejercen estos cargos se llaman tutores, curadores o defensor judicial (art. 215 Código Civil).

PRECEDENTES JURÍDICOS Y ACTUALIDAD

La institución de la tutela siempre ha existido. Tiene su origen en el Derecho Romano. En aquella época, los *sui iuris* tenían plena capacidad jurídica, pero podían estar imposibilitados para ejercer sus derecho en cuyo caso iban a necesitar una persona, tutor o curador que supliera esta incapacidad. En el Derecho Romano la función del tutor y del curador era de la proteger el patrimonio del incapaz, y no la de cuidar de su persona, ya que el cuidado de la persona solía corresponder a la madre, o a otro familiar.

En época romana, las personas sometidas a tutela eran los pupilos, impúberes *sui iuris* (*tutela impuberum*), es decir, varones menores de 14 años y mujeres menores de 12 años. Según el origen del nombramiento del tutor, podía ser una tutela legítima, testamentaria o magistratual. En la Legítima el tutor era nombrado por la ley, en la Testamentaria por el testador, y en la Magistratual por el Magistrado. Las 3 clases de tutelas se trasponen en el Código Civil de 1889. Posterior al Derecho Romano, en el Derecho Medieval también se regula la institución de la tutela.

Un posterior seguimiento se hace en el Código de Napoleón, el cual fue modificado por la Ley 13/1983, de 24 de octubre, sobre Reforma de la Tutela, y a su vez por la nueva Ley de Enjuiciamiento Civil – LEC- (Ley 1/2000, de 7 de enero). Si hacemos referencia a la tutela y curatela, también debemos de citar el Título X del Código Civil Español de 1889, ya que esta institución se encuentra regulada en dicho código normativo.

Por tanto, se debe de tener presente la denominación del título, ya que según su formula: “De la tutela, de la curatela y de la guarda de los menores o incapacitados” se hace referencia a aquellas personas que necesitan de un representante en su esfera personal y/o económica, así como también de los menores de edad necesitados de protección.

⁶ R. CELIS RODRIGUEZ, *Las Guardas*. Bogotá, 2011.

Existen tres formas de guarda y protección de la persona y bienes o solamente de la persona o de los bienes de los menores o incapacitados, como son: la tutela, la curatela y el defensor judicial.

ANÁLISIS DE LA TUTELA

Etimológicamente la voz, “*tutela*”, proviene del latín *tueri*, defender, proteger, y “*curatela*”, de cura, *curatio*, cuidado.

La **tutela** es la institución de guarda y protección de menores e incapacitados que comporta la existencia de un órgano permanente de actuación habitual y cuyo régimen es el más extenso e intenso (típico y uniforme) ya que excluye cualquier otro. Los Códigos Civiles, en la actualidad, con ligeras variantes, la delimitan de manera paralela a la potestad de los padres, como institución subsidiaria y sustitutiva de la misma. De ahí el carácter familiar con el que se configura, lo que es esencial en los cargos tutelares. Esto, no obstante, no implica eliminar al juez, que es esencial en su constitución y a veces en su contenido. Alcanza tanto a la esfera personal como a la patrimonial de la persona sometida y también comporta la representación legal⁷.

Tienen la obligación de promover la constitución de la tutela ordinaria los parientes llamados a ella, el cónyuge, la pareja estable y la persona o institución bajo cuya guarda se encuentre el menor o el incapacitado desde el momento en que conocieren el hecho que la motiva y son responsables de los daños y perjuicios causados por la falta de promoción. Asimismo, también el Ministerio Fiscal ha de solicitarla y el juez de oficio, desde que conoce que en el ámbito de su jurisdicción existe una persona que ha de ser sometida a tutela. La entidad pública competente en materia de protección de menores desamparados, también debe promoverla (art. 228 y 229 CC). De otra parte, cualquier persona (denuncia pública) puede poner en conocimiento del Ministerio Fiscal o de la autoridad judicial el hecho determinante de la tutela (art.230 CC).

La tutela se desempeña, fundamentalmente, a través del cargo del *tutor*. No obstante, en determinados casos, puede darse una pluralidad de cargos en el ejercicio de las funciones tutelares.

El juez constituye la tutela previa audiencia del menor o incapacitado si tiene suficiente conocimiento y en todo caso si tiene 12 años y si se trata de la tutela de un menor, de las personas obligadas a promover la tutela y de las que considere conveniente. Si no consta en el procedimiento, antes de constituir la tutela, el juez ha de solicitar certificados al Registro de Nombramientos tutelares no testamentarios y al Registro General de Actos de Última Voluntad que acrediten si existe o no una designación voluntaria de la tutela.

En beneficio de la persona tutelada, el juez puede acordar las medidas de vigilancia y control de la tutela y de la administración patrimonial y, si lo considera conveniente puede separar la tutela de la persona de la administración de los bienes y fijar la competencia exclusiva de cada uno de los cargos (art. 223 y 233 CC).

Hecho el nombramiento, es el juez quien da posesión del cargo al tutor y, en su caso, al administrador patrimonial (art. 259 CC)

El tutor está obligado a velar por el tutelado y en particular a proporcionarle alimentos, si los recursos de su patrimonio no son suficientes, y a educarle o procurarle una formación integral y, si procede procurar todo lo que sea necesario para la recuperación de la capacidad y su mejor inserción en la sociedad.

⁷ M. GARCIA FERNÁNDEZ, “Ya en pleitos [...], op. cit., pp. 97-112.

El tutor único y en su caso el de los bienes (el administrador patrimonial) es el administrador legal del patrimonio del tutelado y está obligado a ejercer la administración con diligencia de un buen padre de familia (art. 270 CC) de un buen administrador. Por otro lado, los frutos de los bienes pertenecen al tutelado.

Respecto a las personas sujetas a tutela, dispone el Código Civil en su artículo 222.4º, que serán los menores⁸ que se hallen en situación de desamparo. Se considera como situación de desamparo según la legislación civil *“la que se produce de hecho a causa del incumplimiento o del imposible o inadecuado ejercicio de los deberes establecidos por las leyes para la guarda de los menores, cuando éstos queden privados de la necesaria asistencia moral o material”*. Este apartado fue redactado con arreglo a la Ley 21/1987, de 11 de noviembre, que añadió el número 4º, ya que se reconocía por primera vez que cualquier menor que fuera declarado en *“desamparo”* la entidad pública pasaría a representar tanto la esfera personal como la patrimonial de la persona sometida.

Del mismo modo, cuando el Ministerio Fiscal o el Juez competente tengan conocimiento de que existe en el territorio de su jurisdicción alguna persona que deba ser sometida a tutela – en este caso, algún menor – pedirá el primero y dispondrá el segundo, incluso de oficio, la constitución de la tutela.

El artículo 234 C.C. considera beneficiosa para el menor la integración en la vida de la familia del tutor. Este último párrafo debe su redacción a la LO1/1996, de 15 de enero de protección jurídica del menor, por la cual se establece que se buscará siempre el interés del menor y se procurará, cuando no sea contrario a ese interés, su reinserción en la propia familia.

La tutela de los menores desamparados corresponde siempre por ministerio de la ley a la Entidad Pública pero, no obstante, se procederá al nombramiento de tutor cuando existan personas que, por sus relaciones con el menor o por otras circunstancias, puedan asumir la tutela en interés de éste. El Código Civil es taxativo en este aspecto, ya que para que se produzca el nombramiento de un tutor, debe acordarse la suspensión o la privación de la patria potestad o la remoción del tutor, en su caso. En este sentido, se debe de privar en primer lugar a los padres biológicos de la patria potestad de su hijo. Solamente estarán legitimados de las acciones de privación de patria potestad, remoción del tutor y para la solicitud de nombramiento de tutor de menores en situación de desamparo, el Ministerio Fiscal, la Entidad Pública y los llamados al ejercicio de la tutela. Igualmente, también podrán ser tutores de menores las personas jurídicas que no tengan finalidad lucrativa y cuyo uno de sus fines sea la protección de menores.

En cuanto al ejercicio de la tutela dispone el Código Civil que la entidad pública que asuma la tutela de un menor por ministerio de la ley o la desempeñe por resolución judicial no precisará prestar fianza. Sin embargo, para la constitución de tutela, en cualquier caso, y siempre y cuando no se refiera a menores en situación de desamparo, el Juez puede exigir al tutor la prestación de una fianza que asegure el cumplimiento de sus obligaciones.

Como hemos dicho anteriormente, el tutor es el representante del menor, salvo aquellos actos que pueda realizar por sí solo, ya sea por disposición expresa de la Ley o de sentencia. De igual forma, el tutor está obligado a velar por el tutelado en cualquiera de sus esferas, por ejemplo, procurarle alimentos, educar al menor, procurarle una formación integral, así como informar al Juez anualmente sobre la situación del menor. La tutela se extinguirá por la adopción del tutelado menor de edad.

ANÁLISIS DE LA CURADURÍA

Sin embargo, la **curatela** se delimita como institución subsidiaria y sustitutiva de la potestad de los padres y de la intervención de los padres, ya sea en su función de potestad

⁸ M. SERRANO RUIZ CALDERÓN, *Los menores en protección*, Madrid, Ed. Difusión Jurídica, 2007.

prorrogada o rehabilitada, ya en la de asistencia al menor emancipado o habilitado de edad; y como institución de protección de los que tienen judicialmente limitada su capacidad de manera parcial (incapacitación parcial).

El curador, a diferencia del tutor no ostenta nunca la representación legal de la persona a la que asiste, de modo que la protección, generalmente, es parcial y se refiere, de modo fundamental, a la espera patrimonial.

En esta situación, el presupuesto del que se parte es el de capacidad de obrar de la persona sometida, el emancipado puede regir su persona y bienes como si fuera mayor, pero ostenta una capacidad que está limitada para determinados y específicos actos jurídicos en los que debe contar con la asistencia (complemento de capacidad) del curador.

Esta curatela es temporal, ocasional e incluso la misma persona emancipada está legitimada para requerir que se constituya. La curatela tiene por objeto la intervención del curador en los actos que no puedan realizar por sí mismos los menores (art. 288CC). Éstos actos están delimitados legalmente, son fijos, *numerus clausus*. No es posible su ampliación ya que como se trata de una norma que limita la capacidad es de interpretación restrictiva (art. 2 LOPJM).

Los actos concretos que los menores no pueden realizar sin la asistencia del curador son los que se enumeran en los arts. 323 y 324, 1329 y 1338 CC. Por ejemplo: tomar dinero a préstamo, gravar o enajenar bienes inmuebles y establecimientos mercantiles o industriales u objetos de extraordinario valor, así como por ejemplo para hacer capítulos matrimoniales.

Para que proceda esta curatela es necesario, por lo tanto, que exista una declaración judicial de incapacidad en la que se acuerde, de modo expreso, tanto el grado de discernimiento del incapacitado (extensión y límites de la capacidad) como que la institución de guarda que procede es la curatela (art. 760.1 LEC)⁹.

La curatela no tendrá otro objeto que la intervención del curador en los actos que los menores no puedan realizar por sí solos. En el caso de los menores, solamente estarán sujetos a curatela los emancipados cuyos padres hubieran fallecido o quedaran impedidos para el ejercicio de la asistencia prevenida por la Ley.

CONCLUSIÓN

Respecto a las diferencias entre el tutor y el curador, en el actual derecho español la protección del curador es mucho menor que la del tutor y supone una menor limitación para el sometido a curatela. Si bien se entiende que alguien sometido a tutela no tiene capacidad de obrar, alguien sometido a curatela sí la tiene, pero limitada en ciertos aspectos definidos por la Ley o por un Juez.

Por ello, un curador sólo debe intervenir aconsejando al menor o al incapacitado, mientras que el tutor actúa en nombre y por cuenta del tutelado. Esto se debe a que al tutelado no se le reconoce capacidad de obrar, mientras que en la curatela sólo se busca reforzar esa figura. También por ese motivo el ámbito de intervención del curador puede estar limitada a ciertos aspectos de la gestión del patrimonio (como, por ejemplo, compraventa de bienes inmuebles), mientras que el tutor gestiona todo el patrimonio en general.

En definitiva, estas instituciones nacen de la necesidad de suplir la incapacidad de hecho de aquellas personas que carecen de los medios de defensa ante aquellos que puedan cometer actos de explotación en sus personas como de eventuales abusos en su patrimonio. No debemos olvidar que el estudio de estas instituciones se debe de desdoblar siempre en dos aspectos

⁹ C. VAZQUEZ IRUZUBIETA, *Comentario a la Ley de Enjuiciamiento Civil*, Madrid, Difusión Jurídica, 2012.

fundamentales íntimamente relacionados entre sí: por una parte, el análisis jurídico de las figuras y por otra su contexto histórico que le sirve de marco de referencia.

MUJER Y SUBSISTENCIA. LAS VIUDAS POBRES EN ALICANTE DURANTE EL SIGLO XVIII

María Teresa Agüero

Universidad de Alicante

INTRODUCCIÓN

“...dice que Luisa Pastor ha sido toda la vida persona honesta, de buenas costumbres, buena cristiana y temerosa de Dios y de la Justicia Real. Lo sabe porque ha conocido a sus padres, Juan Pastor y Luisa Cerdá, buenos cristianos que como tales criaron y educaron a su hija, siendo vecinos del declarante en la localidad de la Cañada del Fenollar en donde nació y se crió. Que la acusada ha venido a tal estado de pobreza que no tenía caudal ni bienes con que subvenir sus necesidades en tal extremo que le faltaba el preciso alimento, de suerte que vivía con gran penalidad y padecía mucha hambre antes de ser presa, y que según lo aniquilada que está la tierra, especialmente en la ciudad y en los lugares de Agost y Monforte y la jurisdicción, con la estrechez del tiempo, tiene por cierto que la dicha Luisa Pastor padecería lo que le han preguntado. La conoce desde hace más de cuarenta años”¹.

Así testificaba el regidor alicantino Juan Colomina en la causa que se inició en 1710 contra la viuda Luisa Pastor. El dilatado desarrollo de esta causa nos ofrece la oportunidad de acercarnos al recorrido vital de esta mujer y también aglutina una gran parte de los aspectos que nos proponemos observar en esta comunicación. No sólo queremos referirnos a aquellas mujeres cuyo estatus social era precario ya desde el momento de su matrimonio, sino también y sobre todo, a quienes como consecuencia de su viudedad se vieron abocadas a pasar de un “modus vivendi” digno a una situación de precariedad, o de extrema pobreza cuando su principal asidero económico y social desaparecía.

Nos interesa pues, el proceso mediante el cual se generaba este desplazamiento, así como observar las escasas estrategias de supervivencia que estas mujeres tenían a su alcance. Por otra parte, saber hasta qué punto el tejido parental, social e institucional era capaz de responder a estas estrategias ha sido otro de nuestros intentos.

Para ello, y como ocurre casi siempre que se trata un tema referido a las mujeres durante el siglo XVIII y mucho más ante el tema que intentamos abordar, el principal escollo ha sido la necesidad de construir un relato a partir de “escrituras ajenas”, en las que muy pocas veces se tiene la sensación de rescatar siquiera someramente, sentimientos o manifestaciones que nos permitan acercarnos a lo que fue su sentir y vivir. En otro sentido, aunque el término pobreza en todas sus apreciaciones es utilizado con profusión en los documentos manejados, bajo estos términos se abarcaba un amplísimo campo de situaciones y, de vez en cuando, la imagen descarnada de la pobreza más absoluta aparece a raíz de acontecimientos que nunca hubieran deseado protagonizar estas mujeres “solas”. Se trata pues de un material escaso y delicado, pero sólo a través de él podemos recuperar restos de estas voces condenadas, en caso contrario, a desaparecer a través de los tiempos.

Las fuentes utilizadas tienen como base fundamental documentación recogida en los registros del cabildo alicantino: Libros de actas capitulares correspondientes al siglo XVIII, Interrogatorios políticos, Vecindarios, Libros de quintas, Libros de expedientes y veredas y finalmente el apartado de Pleitos.

¹ Parte de la declaración del regidor Francisco Colomina, como testigo en el Auto contra la viuda Luisa Pastor en 1710. A.M.A., Sec. Pleitos, Lío nº 4, nº 34.

POBLACIÓN Y VIUDAS POBRES

Como ya hemos indicado no nos proponemos hacer un estudio demográfico de las mujeres viudas en situación de penuria, sino atender a la correlación de circunstancias que podían precipitar y agravar su pobreza. En todo caso, y teniendo en cuenta la volatilidad de la población a que nos referimos y la naturaleza de las fuentes, trataremos de seleccionar algunos datos que de alguna manera enmarquen a modo de referencia este aspecto. En este sentido, es cierto que cuando el cabeza de familia fallecía, era posible que estas mujeres perdiesen la posesión del hogar como espacio físico teniéndose que buscar otras fórmulas de supervivencia diferentes al hogar nuclear, en ocasiones recurriendo al hogar extenso, la co-residencia o en el peor de los casos a la caridad². Estos hogares extensos se nos descubren a veces por fuentes transversales³ y la itinerancia del grupo familiar, si lo hubiera, o de la mujer sola en busca de un medio de vida también dificulta el seguimiento de estos grupos⁴.

Considerando que Alicante era de 1708 a 1709 una ciudad diezmada por la guerra, recién salida de un asedio y con un gran número de pobres y mendigos en toda su jurisdicción (Alicante, Busot, Villafranca, Agost, San Juan, Muchamiel y Monforte), los vecindarios realizados en Alicante en 1714 (el requerido por Felipe V para el repartimiento de contribuciones) y el de 1717 (Campoflorido), también de carácter fiscal, nada nos aportan respecto al tema que nos ocupa. Aunque tampoco es muy fiable su contenido, sí que nos vamos a guiar en un principio por los datos del vecindario confeccionado entre 1731 y 1732, también con finalidad fiscal y con objeto de evitar ocultaciones en el repartimiento de equivalente. En este vecindario el recuento de pobres de solemnidad era de 317 sobre una población de 4.319 vecinos⁵. Los sucesivos vecindarios tienden a minimizar el número de pobres y mendigos y, en las respuestas a los Interrogatorios, se solía contestar que los indigentes eran en su mayoría extranjeros, y que la población autóctona generalmente trabajaba. Sólo a partir de la segunda mitad de siglo podemos hablar de porcentajes.

En nuestro caso, por las fechas en que se realiza, así como por la fiabilidad que ha venido mereciendo, tomaremos como referencia el Censo de Floridablanca, cuyo recuento se realizó en Alicante en 1786. Siguiendo los datos de este censo, sabemos que la proporción de varones en la Comunidad valenciana durante el siglo XVIII, 103 hombres por cada 100 mujeres, era superior a la registrada en el resto del país donde el número de varones era de 99 y que en 1787⁶ la población de mujeres viudas en el país valenciano era ligeramente inferior a la del resto de España, con un porcentaje de 12,24 frente a un 13,76 en el resto del país⁷, contabilizándose para Alicante un total de 937 viudas⁸.

² Este ha sido uno de los aspectos que trata Miguel Ángel GARCÍA SÁNCHEZ en su estudio comparativo: "Hogares pobres en Madrid y Londres, 1590-1700. Problemas metodológicos y primeros resultados", *IX Reunión Científica de la FEHM-UMA*, Málaga, 2009, pp. 677-692.

³ A través de los registros referidos a las exenciones en las quintas también encontramos este tipo de hogares, donde convivían grupos familiares sin vínculos biológicos: "En el arrabal de San Francisco, en casa del soldado José Marz, además de su hijo, vive un muchacho, Joseph Palacios de 17, a cuyo cargo está su madre viuda" Arm. 1, Lib. 60, fol. 39.

⁴ El debate abierto sobre la composición de los hogares pobres indica la complejidad del tema. Siguiendo la teoría de Th. Sokoll se podría considerar que la familia pobre era mayoritariamente nuclear, pero con tendencia a agruparse en hogares amplios bajo la fórmula de la co-residencia. M. A. GARCÍA SÁNCHEZ, en "Hogares pobres en ...", op. cit., p. 680.

⁵ Las ocultaciones debieron ser numerosas, aunque lejos de los altos índices de los vecindarios de primeros de siglo. Enrique GIMÉNEZ LÓPEZ, *Alicante en el siglo XVIII*, Valencia 1981, p. 40.

⁷ Pedro PÉREZ PUCHAL, "La población del país valenciano hasta la época estadística", *Cuadernos de Geografía* n° 10, 1972, p. 19.

⁸ Su distribución en cuanto edades era la siguiente:

Del censo de Godoy (1797) hemos recogido la información que nos es útil para conocer el número de mujeres viudas que residían en las casas de acogida existentes en Alicante, unas cifras muy bajas en función de la población de mujeres viudas que podrían encontrarse en estado de necesidad extrema. Las recogidas en la Real casa de Misericordia⁹ ascendían a nueve, cinco de “ochenta y tantos” años las otras cuatro “de cuarenta a sesenta, todas ellas impedidas”. A pesar de no estar en las mejores condiciones para ello, también se especifican los trabajos que las mujeres hacían en este centro y que se describen así: “...amasan, hacen la cocina, medias, coser, hilar, remendar y “...demás ocupaciones necesarias para la limpieza de la casa”. En la Real casa de Corrección también había dos reclusas viudas, sin que se recojan más detalles en cuanto a edades y circunstancias¹⁰.

Es significativo el alto número de viudas¹¹ contabilizado en el Interrogatorio de 1803 respecto al de varones en las mismas circunstancias. En este mismo Interrogatorio el número de pobres de ambos sexos era de 77. En cuanto a los mendigos, se contabilizan únicamente 25, añadiéndose que “por lo regular en esta ciudad son extranjeros, y aún manchegos: las gentes de este lugar son aplicadas al trabajo y sólo piden limosna los impedidos”¹².

MUJER, TRABAJO Y DEPENDENCIA. LA PRESENCIA DE LA MUJER VIUDA EN LOS REGISTROS MUNICIPALES

Una primera consideración respecto a este grupo de viudas con escasos recursos, se refiere a la dificultad que tenían en cuanto a vivir de sus ingresos, ya que habitualmente sólo podían acceder a aquellos trabajos peor remunerados, como empleadas domésticas¹³, costureras, lavanderas o empleadas en alguna industria local. Esta posibilidad se reducía aún más cuando la viuda tenía a su cuidado algún hijo de corta edad, aun cuando los hijos de la gente más humilde podían comenzar a trabajar muy pronto.

A lo largo del siglo XVIII, las actas municipales del cabildo alicantino recogían un gran número de memoriales de mujeres viudas en los que el término “quedar en la pobreza” era una expresión abundantemente repetida, tanto por parte de las viudas de funcionarios municipales como por otras mujeres en semejantes circunstancias. En cuanto a las primeras, el municipio no quedaba obligado a ayudar a la viuda por ley, pero sí en algunos casos parecía considerar su situación y concedía una ayuda a modo de indemnización, que podía aliviar de momento la falta de ingresos. Lo cierto es que la mujer viuda recurría a aquellos medios que le garantizaran algún

De 16 a 25.....10

“25 a 40.....148

“40 a 50.....191

“ + 50.....588

⁹ La casa de Misericordia de Alicante fue concluida en el año 1751.

¹⁰ A.M.A. Expedientes y veredas, año 1797, arm.15, Lib.28.

¹¹ Plaza del mar, calle Mayor, S. Nicolás, Bonayre, Labradores, Plaza de S. Cristobal, Porchins, Empedrado y callizos: viudos.....38; viudas.....108. Arraval de S. Francisco (Liorna, Valle, Plaza de Elche, Barranquet, plaza de S. Javier, y Morello, S.Francisco, Balseta, Plaza de las Barcas, Bavel, Parador, Virgen de Orito, Mar y callizos: viudos.....44; viudas....198. Arraval de San Antón: viudos.....44; viudas.....252. S. Roque, Llop, Verónica, parte de la calle Mayor y plaza del Mar, calle Toneleros, plaza de Ramiro, Postiguet y Pescadería: viudos.....23; viudas.....73. Villavieja y Arraval Roig: viudos....43; viudas.....141. Partición de Hospital, portería de S. Agustín, Virgen de Belén, Fuente de San Nicolás, Virgen del Remedio y del Diezmo, calle de Aro, Médicos, Alpargateros, plaza de Norma y calle de Arque, parte del barrio de S.Roque, barranco del Carmen y S. Ginés: viudos.....43; viudas.....141 Partidas (Condomina, Orchecha, Santa Faz, Campello, Aguas, Río Monnegre, Tángier y Almajada, Torregroses, Respeh, Cañada, Moralet y Verdegás; Alcoraya, Olla del Rebolledo y Vallonga, Serreta, Barranco de Colomina y Font Calent, Bacarot, Saladar, Agua Amarga y huertos del contorno). Viudos.....158; viudas.....237.

A.M.A. Interrogatorios Políticos mandados contestar por el Ministerio de Hacienda, 1803, Lib. 99, Arm.5.

¹² A.M.A. *Ibidem*, fol. 88.

¹³ En 1803 se contabilizaban en Alicante 476 criadas. A.M.A. Interrogatorios [...], *Ibidem*.

ingreso que pudiera paliar, en palabras de Francisco Sanz de la Higuera “la pérdida de la llave de la despensa”¹⁴. Si existía algún hijo en edad suficiente para realizar el mismo trabajo que había ocupado su padre, la viuda a veces presentaba sus memoriales ante el cabildo solicitando para su aquél su desempeño. En caso contrario, buscaba la posibilidad de proponer otra persona allegada que reuniera las condiciones necesarias para hacerlo y, a cambio, asegurar a la viuda y a su familia algún ingreso. Si estas circunstancias no se cumplían, el camino que se presentaba a estas mujeres podía ser muy incierto

Por otra parte, aunque sabemos que la mujer joven trabajaba en el ámbito doméstico mucho más de lo que queda reflejado en los documentos, muchas viudas añadían en sus memoriales la circunstancia de tener a su cuidado hijas doncellas. En 1753 la viuda de Vicente Violat, guardaporta del Ayuntamiento se refería a la necesidad de dar cobijo y sustento a sus tres hijas doncellas, y para ello proponía la ocupación de este puesto para Vicente Cerdá con la condición de que “socorra de alguna manera a las suplicantes”¹⁵.

Si nos atenemos a los argumentos que estas mujeres aducían en sus memoriales, muchas de ellas quedaban totalmente desprotegidas. El 30 de enero de 1785, Isabel Juana Galdó, viuda del maestro de primeras letras Guillermo Estela, exponía haber quedado “...en el más mínimo consuelo, puesta en la suma miseria por no haber dejado su marido bienes de ninguna especie”¹⁶. También en 1785, Micaela Hernández, viuda del sereno Juan José Egea argüía que: “...no tiene medios para volver a su ciudad natal, Murcia, dice que se encuentra en un país extranjero, que no tiene parientes ni conocidos y que no puede acudir a sus precisos y cotidianos alimentos. Propone a una persona con la condición que la ayude”¹⁷.

El hogar, símbolo de estabilidad, también se veía a menudo en peligro cuando el padre de familia desaparecía, más aún si su posesión dependía del trabajo desempeñado. Tal era la situación de las viudas de los porteros del Ayuntamiento. Año tras año se planteaba en sesión capitular la necesidad de resolver los conflictos surgidos a partir de la forzada convivencia de las familias de los porteros en activo con aquellas encabezadas por las viudas de los anteriores porteros fallecidos. Uno de los últimos testimonios que se nos ofrece al respecto data de noviembre de 1792. En esta fecha se comunicaba, una vez más, en cabildo que: “a pesar de haber muerto Manuel Rosell, portero del consistorio, su viuda e hijos aún viven en la azotea del mismo, así como otras familias de los anteriores porteros”¹⁸. La falta de interés en solucionar el problema por parte del cabildo nos hace pensar que se confiaba en la buena voluntad de las familias, obligadas a compartir espacios, mientras no se registraran conflictos mayores. Se relegaba, pues, a la solidaridad vecinal el acogimiento de estas familias.

En este proceso de vulnerabilidad progresiva, la dependencia de la mujer viuda de edades más avanzadas se hacía inevitable y en el mejor de los casos podía tener la posibilidad de vivir a expensas, generalmente, de algún hijo varón. Se trataba ya de un cambio sustancial, que a través de la documentación existente nos muestra a estas mujeres como sujetos pasivos que en muchos casos eran útiles en cierta manera para sus supuestos protectores. Un ejemplo claro lo tenemos con ocasión de los reclutamientos de varones en las temidas quintas. Uno de los requisitos más efectivos y utilizados para conseguir ser excluido del servicio al Rey era la de ser “hijo de viuda pobre de solemnidad”. Muchos de estos varones, a veces muy jóvenes, exponían la penuria

¹⁴ Francisco SANZ DE LA HIGUERA, “A la sombra de la muerte: viudez espléndida, viudedad paupérrima a mediados del Setecientos”, *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 22, 2005, p. 431-461.

¹⁵ A.M.A. Arm.9, Lib.43, acta capitular de 10 de mayo de 1753.

¹⁶ También añadía esta viuda: “...que su marido ejerció durante más de treinta años con conocida utilidad de muchos alumnos que hoy se encuentran en honoríficos empleos”. Para corroborar su pobreza aseguraba además “haber tenido que enterrar a su marido por Dios”. A.M.A. Arm.9, Lib.75, acta capitular de 30 de enero de 1785.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ A pesar de que en cabildo se decidió “tomar las medidas pertinentes”, se advierte una crónica lentitud en desalojar estas familias. A.M.A. Arm.9, Lib.82, acta capitular de 20 de noviembre de 1792.

existente en sus casas ya que el suyo era el único ingreso de la familia. En el libro de exenciones correspondiente al año 1771, a medida que nos acercamos a los barrios aledaños a la ciudad donde residían las gentes más humildes, estos eximentes van en aumento, pero también es verdad que la constatación en cuanto a la veracidad de los mismos quedaba a veces en entredicho, y muchos de ellos eran rechazados ¹⁹.

DE LA POBREZA SUPUESTA A LA POBREZA Y MARGINACIÓN. DOS CASOS JUDICIALES

Ya nos hemos referido al heterogéneo y amplio contenido que podía encerrar el término pobreza en los documentos considerados. En dos extremos opuestos podríamos considerar dos asuntos judiciales que tuvieron por protagonistas a dos viudas alicantinas.

El primer caso se refiere al pleito presentado por Josefa Castillo, “viuda y heredera de Nicolás Tredós” mediante el cual reclamaba ser declarada “en estado de extrema pobreza”. A pesar de su situación social destacada y su vinculación tanto por nacimiento como por matrimonio a familias influyentes, esta mujer declaraba en 1744 que: “...se alimenta a expensas de una hermana suya, imposibilitándola estos motivos el poder sostener los costosos gastos que ocasionan los pleitos”²⁰. Aquí se nos muestra la figura de una mujer viuda que aparentemente pierde apoyos dentro de su mismo entorno familiar.

Josefa presentó en este año un pedimento a D. José Javier de Solórzano, Juez Pesquisidor de la ciudad en quien recaía la jurisdicción ordinaria de la misma porque: “para poder continuar los autos que seguía con la compañía de los negociantes Pedro e Ignacio Geraers, establecidos en el comercio necesitaba justificar la notoria pobreza y miserable estado de viudez en que se hallaba”.

La declaración de Josefa Alfonsa Castillo, se dirigía a demostrar que no contaba con ningún recurso económico ²¹ y necesitaba recibir las cantidades correspondientes a su legítima herencia tanto por parte de su marido como de su suegra, cuyos papeles “justificativos” estaban en manos de sus cuñadas, Josefa y Victoriana Tredós²². Afirmaba Josefa Castillo que: “muerta la testadora acudió a reclamar los papeles que justificasen los créditos de los Tredoses y Alcaraces, encontrándose sin ellos y con altas sospechas de que se los hubieran ocultado”.

¹⁹A modo de ejemplo citaremos algunas de las alegaciones presentadas por estos varones para intentar ser considerados exentos:

Vicente Baeza, calle de san Agustín, afirma ser “...tardo de oído y, en haciendo viento de Levante, sordo del todo; y así mismo es quebrado, también que tiene una nubecilla bajo la niña del ojo derecho y, últimamente ser hijo de viuda pobre con dos hermanas de nueve y siete años de edad que viven bajo su amparo”. Se mandó que acreditase lo declarado. A.M.A., Lib.6, Sec.6, Subsec. C. Año 1771.

Francisco Cerdá en barrio de Santa Cruz: “excluido por hijo de viuda, pobre de solemnidad a quien mantiene juntamente con un hermano menor, y así mismo por ser tierno de ojos y corto de vista”. A.M.A. *Ibidem*.

Pedro Gómez, a espaldas del barrio de San Agustín: “... excluido por haber acreditado ser hijo único de viuda pobre a quien mantiene juntamente con una hermana soltera demente”. Declaraciones de exentos y no exentos hechas por el Exmo. Señor Gobernador y Corregidor en consecuencia de las Diligencias de primera medida. A.M.A. *Ibidem*.

²⁰ Declaración de pobreza de Josefa Alonso Castillo. Pleito sobre pérdida de papeles para poder justificar el estado de pobreza de la viuda Josefa Alfonsa Castillo A.M.A. Sec. Pleitos. Legajo 9/46. Año 1745.

²¹ Sus cuñadas Victoriana Tredós y Josefa M^a Tredós, afirmaban no saber nada de esos papeles y que nunca habían sabido nada de ellos. A.M.A. Sec. Pleitos, *Ibidem*

²² Victoriana Tredós, mujer del regidor José Alcaraz declaraba que “...es incierto que haya ocultado la declarante los papeles que dicho pedimento menciona, ni mucho menos saber cuáles eran ni dónde paran, sin que hayan oído jamás decir semejante cosa”. Josefa María Tredós, mujer del regidor Vicente Beviá también declaró que no sabía nada de esos papeles y que nunca había oído hablar de ellos. A.M.A, *Ibidem*

Finalmente, el 17 de noviembre de 1744, esta mujer conseguía su propósito y el juez así lo corroboraba en los siguientes términos: “habiendo leído los autos y la información producida [...] debo declarar y declaro a Josefa Castillo como pobre”²³.

Muy distinto es el caso de otra viuda, cuyo proceso judicial se prolongó durante cuatro años. Se trata de un trágico episodio ocurrido en 1710 en Monforte, en plena reconstrucción del territorio tras la larga Guerra de Sucesión, que nos permite acceder a un despliegue de testimonios en torno a la figura de una viuda, Luisa Pastor, acusada de la muerte por ahogamiento de su hija, Francisca Morant.

El auto se inicia con una notificación por parte del Alcalde ordinario de la Universidad de Monforte, dando fe del macabro hallazgo²⁴. Más tarde, el planteamiento de las distintas exposiciones del fiscal, abogado defensor y testigos nos describen un proceso de pauperización, marginación y posible locura de una mujer viuda desde una posición social relativamente estable en cuanto a sus vínculos familiares.

El 22 de febrero de 1710, una niña de muy corta edad (entre cuatro y cinco años) apareció ahogada en una acequia de Monforte del Cid (Alicante). La principal sospecha recayó sobre su madre, Luisa Pastor natural de Agost, viuda de Pedro Morant, quien en esas fechas intentaba encontrar trabajo como criada en este pueblo.

Tras las primeras pesquisas, Luisa Pastor fue detenida e interrogada. Posteriormente fue llevada presa a las Reales Cárceles de Alicante donde se procedió a un segundo interrogatorio, en el cual la acusada no desmintió el terrible hecho, yendo ambas declaraciones en el mismo sentido. Cuando se le preguntó sobre los motivos de tan cruel asesinato su respuesta fue: “... porque se hallaba sin remedio ni consuelo; necesitada de forma que pasaban los cinco y los seis días sin comer cosa de sustancia y por ver si hallándose sola la admitirían a servicio en cualquier casa pues reparaban admitirla por la dicha su hija”.

Pese a que nadie había visto a Luisa Pastor arrojar a su hija a la noria, las declaraciones de los vecinos de Monforte tendían a acusarla, describiéndola como un ser insensible al dolor producido. Para ellos esta forastera era la principal y única implicada en la muerte de su hija²⁵.

Sin embargo, en el desarrollo de esta causa criminal, sorprende la solidez de otras declaraciones que nos van informando sobre la figura de esta viuda, antes y después de fallecer su marido. Uno de los testigos fue Francisco Colomina, regidor perpetuo de la ciudad de Alicante, quien declaró eximiendo a Luisa de una parte de la culpa, haciendo hincapié en las muchas dificultades y reveses que esta mujer había tenido que afrontar.

La declaración de otros dos testigos, Bautista Marhuenda y Pedro Pina, también tendían a dar testimonios más favorables en cuanto al pasado de Luisa. El primero aseguraba “...que era

²³ *Ibidem*.

²⁴ “En la Universidad de Monforte a 22 días del mes de febrero de 1710, su Merced D. Esteban Aracil, Alcalde ordinario de dicha universidad, dijo que agora que serán las cinco horas y media de la tarde se ha dado noticia de que en la noria de los herederos de Joseph Sirvent que está a la orilla de esta Universidad hay una criatura muerta dentro del agua y no se sabe cuya es ni de dónde. Su merced se fue en derecho a dicha noria juntamente con Juan Limiñana, alguacil mayor y otros vecinos, la mandó sacar, la cual se halló difunta, vestida con un jubón de Calamanca de color encarnado y blanco y unas basquiñas de bayeta pajiza muy viejas y unas alpargaticas y por su merced fue mandado llevarla en casa de la viuda de Juan Martínez para que de allí se libre eclesiástica sepultura y se hagan las diligencias que convinieren para saber de dónde es y averiguar su muerte que, por ahora se ignora y se reciba la declaración de una mujer del lugar de Agost para que diga si sabe algo sobre esto por no ser la dicha difunta de esta Universidad y juntamente los testigos que se pudieren haber para la averiguación y que se hubieren hallado presentes para en su vista proveer justicia” Doy fe Esteban Aracil Ante mí, Joseph LLopis A.M.A. Sec. Pleitos, lío 4. N° 34, año 1710.

²⁵ Miguel Benito, vecino de Monforte declaraba que cuando Josefa acudió al lugar donde habían trasladado a su hija “...se quedó muy poco tiempo y no manifestaba mucho sentimiento”. Otra vecina de Monforte, Magdalena Guillo decía que “...comenzó a llorar pero no con aquel dolor y sentimiento que debe una madre, y estuvo allí muy poco tiempo”. A.M.A., Sec. Pleitos, fol 10.

una buena cristiana, temerosa de Dios y de la Justicia Real, creyéndola por tanto incapaz de cometer tal crimen”, mientras que Pedro Pina también aportaba su testimonio:

“... dice que no duda de que estaría en estado de pobreza, porque se fue a servir a la casa de Lorenzo Loup, banquero del tabaco y administrador de las rentas, y habiendo el susodicho ido a Valencia, por la misma necesidad se vio obligada a seguirle hasta la ciudad de Valencia, y por el embarazo de Francisca Morant, la despidió de su casa y se volvió a Agost, arrastrada por los caminos en los que padecería mucha necesidad y hambre. También que Luisa Pastor tendría unos cincuenta años pero que por su aspecto corporal no podría vivir de su trabajo. Ha visto tratar con amor de madre a su hija, y quitarse los bocados de la boca para dárselos a ella, y antes de que muriese su marido, tenía muchas pesadumbres con él porque trataba con mucho cariño a su hija y no la castigaba nunca”

Y también el cirujano José Piñuela vecino de Alicante testificaba:

“...que hace tres años que la conoce, así en el lugar de Agost, como en esta ciudad, y estando en casa de Lorenzo López el banquero de tabaco, sirviéndoles, en donde se fijó y acomodó por su necesidad, la ha conocido y visto vivir como mujer honesta, recogida, de buenas costumbres y buena cristiana, temerosa de Dios y de la justicia, de forma que se edificaba de ver los buenos procederes de dicha Luisa Pastor, y habiendo sucedido la muerte de su hija, no pueda el testigo presumirse verosíblemente creer que la perpetradora de dicha muerte haya sido la acusada, mayormente teniendo como tenía mucho amor a sus hijos y cuidando singularmente de ellos en medio de su mucha pobreza, lo cual sabe el testigo por haber vivido en dicho tiempo en dicho lugar de Agost y haber visto los procederes de dicha Luisa Pastor[...] que así en el lugar de Agost, como en esta ciudad ha oído a diferentes personas que Luisa Pastor es hija de buenos padres, cristianos viejos, honrados, de buen linaje, de buenas costumbres, fama y opinión.[...]que la mujer de Lorenzo la despidió por su embarazo de Francisca María por lo que se vio obligada a volver a Agost, con mucho trabajo por el camino y padeciendo extrema necesidad, según luego que vino de Valencia en Monforte, el testigo le preguntó que cómo se había vuelto y ella contestó que por su extrema pobreza.[...]que la acusada tendría unos cincuenta años pero que los trabajos y penalidades con que vivía la habían ajado y “descaecido” mucho y que con su trabajo corporal no podría adquirir su preciso alimento, mayormente en estos tiempos en que generalmente todos padecen necesidad y pobreza²⁶. Que por haber sido vecino de la acusada podía decir con certidumbre que el amor de la acusada por su hija era propio de madre y de maternal amor que la tenía y que se manifestaba que le suministraba fiel cuidado de suministrarle alimento del poco que para sí tenía, como en no apartarla de sí, y si le hacían daño otros muchachos, reprenderlos como una madre”.

La última declaración recogida en esta causa criminal hecha por Isabel Ana Soria, viuda de José Aracil el 30 de julio de 1710, nos aporta datos sobre las horas previas al terrible suceso:

“...dice que Luisa Pastor fue a Monforte solicitando servir a la viuda de Fernando Martínez, la cual no quería recibirla porque tenía una criatura pequeña y repitiendo Luisa Pastor que aunque fuera solo por cuarenta reales la serviría, dicha viuda refirió hacerle cargo de conciencia por la poca cantidad que pedía y también por el reparo de dicha su hija, y expresándole dicha Luisa Pastor que no hiciese escrúpulo por la poca cantidad, que a ello le obligaba la mucha necesidad que sentía y que tampoco reparara en dicha su hija, que la llevaría a Novelda y se la dejaría en casa de un tío suyo, lo cual era por el mes de febrero próximo pasado y conviniéndose en lo referido, el mismo día partió para ir a llevar a su hija a Novelda según decía y al toque de las oraciones la vieron llegar a la casa de la viuda de Fernando Martínez y preguntándole la testigo que de dónde venía tan tarde, respondió que de Novelda de llevar la muchachica su hija, y quedándose en dicha casa en que estaba la testigo, el día siguiente fueron las dos a coger aceituna al olivar y viña de dicha viuda de Fernando Martínez y habiéndolas dicho el ama de la casa que habían de ir el domingo a Novelda a traer un poco cáñamo, la testigo preguntó si habían de ir y Luisa Pastor contestó que no tenía mucho ánimo. La testigo, queriendo animarla, le dijo que allí vería a su hija, pero Luisa no contestó, y no habló más. Después cogieron un poco de ensalada y se fueron a lavarla a la acequia y cuando estaban lavándola oyó la testigo que una muchacha decía: una muchachica han sacado ahogada de la azequia y dicen que es de aquella mujer,

²⁶ *Ibidem*, fol. 49.

señalando a Luisa Pastor, ésta volvió a la casa con presteza y dijo: ¿Qué dicen esas muchachas? Al contárselo, Luisa Pastor se llevó las manos a la cabeza y dijo ¡Virgen Santísima!, y no se le oyó decir más palabra”.

La defensa de Luisa Pastor a cargo de Pascual Bueno, también pugnaba por analizar el proceso de deterioro físico y mental de esta mujer, pidiendo la absolución ya que:

“...necesariamente causaría la debilitación de su cuerpo la extrema debilidad con que se hallaba. Pues es cierto por experiencia, y nadie duda de aquella imbecilidad que causa la falta del preciso alimento, perturba el uso de las potencias, el libre ejercicio de la voluntad y entorpece los sentidos exteriores con el decaimiento del vital espíritu y, por consiguiente, es muy natural la inadvertencia y la falta de conocimiento que pudiese inducir malicia de libertad en la ejecución. A que se añade la melancolía que causa la necesidad extrema que es ordinariamente la causa natural de los accidentes de furor y demencia. Y siendo como es mujer de edad de más de cincuenta años tiene de su parte las disposiciones de derecho que la libran de la pena ordinaria de los delitos y templan su rigor con la fragilidad de sexo y la imbecilidad de edad tan anciana”²⁷.

“...que en el procedimiento no concurren las solemnidades debidas, carece de debido tiempo, forma y relación [...] que no es presumible que la dicha Luisa perpetrase y cometiese el supuesto delito que se le imputa, siendo esta como es y ha sido siempre una honesta, buena cristiana, temerosa de Dios y de la Real Justicia, de buena fama y opinión, hija de buen padre de linaje honrado, y tampoco es creíble que siendo la difunta niña como era hija legítima y natural de la dicha Luisa Pastor, tuviese ésta jamás ánimo deliberado de quitarle la vida”.

El abogado defensor argumentaba que era más bien posible que:

“...casualmente haya caído en la noria siendo como es de tan corta edad. Que este hecho no ha dejado vestigios que lo constaten ni testigos que lo hayan presenciado”.

Al considerar la declaración de Luisa en el sentido de que al pasar por la acequia sufrió una tentación diabólica, el defensor argumentaba que: “...en qué mente sana de un padre se plantea este hecho criminal”

La causa prosigue con el mantenimiento de la acusación por parte del fiscal quien consideraba culpable a la acusada, alegando que los testigos en contra: “...son más numerosos, temerosos de Dios y de sus conciencias y que no deben de ser consideradas de aprecio, las declaraciones a su favor”.

Este largo proceso llegaba a su desenlace el 6 de septiembre de 1714, con la sentencia de Francisco Esteban Zamora, y Cánovas, abogado de los Reales Consejos, alcalde mayor de la ciudad de Alicante. Su contenido era el siguiente:

Fallo: Atento a sus méritos a que en lo necesario me refiero que por dicho promotor fiscal se ha probado su acusación bien y bastantemente como [...] la debo condenar y condeno en la pena ordinaria de muerte en la horca y que después de muerta sea puesta y cerrada en una cuba o bota y arrojada al mar para que se sepa y no en la tierra. Dejo de hacer condenación pecuniaria y de costas por no haber de dónde satisfacerlas, y por esta mi sentencia definitiva administrando justicia sí lo juzgo, pronuncio y mando

Y ya, el 14 de noviembre, José Vicents, escribano de Cámara de la Corte y real Chancillería de Valencia certificaba que:

“En los autos criminales sustanciados de oficio por la Real Justicia de la ciudad de Alicante contra Luisa Pastor, viuda de Pedro Morant, del lugar de Agost, jurisdicción de esta ciudad presa en la cárcel [...] mandan que dicho alcalde Mayor ejecute su sentencia, añadiendo la calidad de ser arrastrada y que en la cuba se pinten los animales que dispone la ley y para lo cual se le devuelvan los autos con la certificación”.

Finalmente, el 11 de diciembre de 1714:

²⁷ *Ibidem*, fol.20.

“...entre diez y once horas del día, habiendo precedido en el antecedente el disponer, confesar y comulgar a Luisa Pastor, se ejecutó en su persona en la sentencia que dicha causa contiene y habiendo quedado en la horca colgada y muerta en la tarde del mismo día, fue encubada en una cuba en que se habían pintado los animales que dispone la ley y cerrada, fue arrojada al mar, concurriendo a uno y otro que se ejecutó con la formalidad del derecho y común práctica para mucho número de personas a su vez de esta ciudad como forasteros y extranjeros...”

Un día más tarde se procedía a cerrar el capítulo económico de esta tragedia:

“En la ciudad de Alicante, a doce de Diciembre, de 1714 se hizo pago al verdugo de la ciudad de Murcia que mediante carta que el Señor Alcalde Mayor de esta ciudad escribió al corregidor de aquella: vino a ejecutar en Luisa Pastor la sentencia y justicia que refiere la antecedente fe y diligencia de 75 pesos en que fue concertada, no habiendo podido ajustarlo por menos, y a seis guardias de la ciudad de Murcia, con sus caballos para custodia de dicho ejecutor por diez días de venida, estada y vuelta mil ochenta reales de vellón a razón de dieciocho a cada uno en cada un día, sin el gasto de comida en las posadas y en la de esta ciudad, que se pagó aparte y todo se ha satisfecho de cien libras que de sus propios ha dado esta ciudad, veinte la de Monforte que fue donde se cometió el delito y lo restante, la menor cantidad, a proporción en los demás lugares del partido, que el importe se les entregó en mi presencia”.

CONCLUSIONES

Mediante este breve recorrido por lo que pudo ser el devenir de la mujer viuda y con escasos medios durante el siglo XVIII en Alicante, subyace la idea de que eran muchos y variados los factores y circunstancias que podían afectar su capacidad de subsistencia y en muchos casos, este desplazamiento hasta la marginación podía producirse desde puntos estables dentro del tejido social. Si sucesivamente se iban rompiendo aquellos lazos que sustentaban el amputado núcleo familiar: parentales, sociales, de trabajo e institucionales, el camino hacia la marginalidad en todas sus variantes, y consecuencias podía estar abierto. Pero la mujer viuda y pobre podía también pasar de ser un elemento clave en el núcleo familiar a ser un sujeto pasivo de cara a determinadas situaciones en que se apelaba a su existencia para solicitar ayudas de distinta índole. Por otra parte, no parece que estas mujeres dejaran de recurrir a su trabajo y a intentar subsistir por sus propios medios.

APORTACIÓN AL ESTUDIO SOCIAL DE LAS VIUDAS EN SEVILLA A FINES DEL SIGLO XVI

Clara Bejarano Pellicer

Universidad de Sevilla

Es bien conocido que la historia social es un objeto de estudio que, para extraer conclusiones válidas, exige una metodología serial.¹ El perfil de la viuda, precisamente por englobar una amplia gama de sectores sociales muy heterogéneos, es uno de los que más necesita del contraste entre un gran número de muestras. Por fortuna, los ricos e incontables registros notariales sevillanos ofrecen grandes oportunidades de llevar a cabo este tipo de investigaciones, aunque en la ciudad hispalense la dificultad no resida en la escasez de fuentes sino precisamente en su desmedida abundancia. La exploración y el vaciado del archivo notarial es una tarea ingente que sólo puede ser llevada a cabo por secciones. No obstante su dificultad metodológica, es una fuente definitiva a la hora de construir la historia social, de la vida cotidiana y de las mujeres.² Este estudio viene a ofrecer las conclusiones extraídas de una pequeña muestra de documentos relativos a las viudas sevillanas de las dos últimas décadas del siglo XVI.

La aleatoriedad de la selección está garantizada por los motivos que le dieron origen. El denominador común de los diecisiete casos reunidos no es precisamente convencional: la onomástica. Con el fin de seguir el rastro de una viuda en particular, se han localizado diecisiete viudas contemporáneas llamadas Leonor Pérez. Aunque no ha sido posible identificar entre ellas al personaje buscado, que interesa a la historia de la música en Sevilla, ese detalle carece de relevancia si se tienen en cuenta las posibilidades que ofrece este pequeño conjunto de viudas para la historia social y para la historia de las mujeres.

El objetivo del rastreo era la investigación sobre una mujer citada en la documentación municipal de mayordomazgo como Leonor Pérez, viuda, entre 1582 y 1602 en que murió. El detalle que la caracteriza es que durante el período comprendido entre ambas fechas llevó a cabo la tarea de proveedora de atabaleros para el cabildo municipal de Sevilla.³ Puesto que es escasa la información con la que contamos respecto al cargo en general y a ella en particular, el extensivo fenómeno de la homonimia ha hecho imposible la identificación de la aludida. No obstante, la documentación de protocolos notariales ha permitido distinguir entre diecisiete Leonor Pérez viudas diferentes, la mayor parte de las cuales no presenta ningún obstáculo que les impida ser la

¹ Las fuentes notariales, que se utilizaban tradicionalmente para localizar documentos excepcionales para la historia de la literatura y el arte, desde los años 60 comenzaron a tratarse de manera serial y cuantitativa para estudios de historia económica y social. En 1982 se celebró el II Coloquio de Metodología Histórica aplicada, sobre las fuentes notariales. La sección de Protocolos Notariales de Sevilla del Archivo Histórico Provincial consta de veinticuatro escribanías. Los años más ricos en protocolos son los de la primera mitad del siglo XVII. Sólo algunos oficios y en algunos períodos ofrecen libros abecedarios que ayudan a explorar este fondo documental. Jesús AGUADO DE LOS REYES, *Riqueza y sociedad en la Sevilla del siglo XVII*, Sevilla, Universidad de Sevilla y Fundación Fondo de Cultura de Sevilla, 1994, pp. 15-18.

² Rosa María CAPEL MARTÍNEZ, "Los protocolos notariales en la historia de la mujer en la España del Antiguo Régimen", en María Carmen GARCÍA-NIETO PARÍS (coord.), *Ordenamiento jurídico y realidad social de las mujeres. Siglos XVI a XX*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1986, pp. 169-179.

³ Clara BEJARANO PELLICER, *El mercado de la música en la Sevilla del Siglo de Oro*, Sevilla, Fundación Focus-Abengoa y Universidad de Sevilla, 2013, pp. 266-267. Archivo Municipal de Sevilla (AMS), Sec. XV, Mayordomazgo, Libro Manual Mayor de Caja, tomos 3-17.

responsable de los atabales municipales. Entre las diecisiete personas localizadas, llamadas Leonor Pérez y con condición de viudas en las dos últimas décadas del siglo XVI, únicamente hay una que se puede descartar categóricamente.

La heterogeneidad de las diecisiete viudas es patente en todos los órdenes, pero hay que comenzar reconociendo que esta muestra, por muy aleatoria que sea, no puede reflejar la totalidad de la realidad social. Hay que tener presente que para intitular un documento notarial era preciso tener una cierta posición económica, verse implicada en operaciones o llevar a cabo actividades comerciales o financieras, o cuando menos tener algún bien que legar a los herederos. Por tanto, esta selección no representa a todas las viudas, sino al grupo de ellas que tenían intereses económicos por los que velar. Y si la pirámide social de la muestra, por la naturaleza de sus fuentes, ha quedado corta en su base, también ha sido seccionada en su vértice porque las Leonor Pérez lo bastante distinguidas socialmente para recibir el tratamiento de Doña han sido excluidas, ya que la responsable de los atabales no lo tenía.

Por consiguiente, contamos con una representación de una amplia clase media, que no obstante presenta gran variedad. Las Leonor Pérez localizadas acudían a seis de las veinticuatro escribanías de la gran metrópoli sevillana en aquellas fechas de pujanza económica, fuerte inflación y desbordante crecimiento demográfico. La selección de la notaría no se hacía por razones espaciales, como se evidencia en la composición vecinal de la clientela de cada una de ellas. Un oficio tan concurrido con el 1º reunió a seis Leonor Pérez entre sus habituales, y ninguna de ellas era vecina de la misma collación. En el oficio 7º hemos encontrado a dos Leonor Pérez, igual que en el 15º y el 20º, mientras que el 23º nos ofrece a cuatro. Estos datos, aparte de revelar la concentración de la actividad en unas escribanías determinadas de la ciudad, son fruto de la aleatoriedad.

Lo que sí hay que reseñar es que las integrantes de esta muestra se extienden por todas las áreas de la ciudad: tenemos dos en la collación de San Gil y dos en la de Santa Ana de Triana, en dos puntos extremos de la periferia de la ciudad, mientras que el resto se dispersa por las parroquias de la zona norte de la ciudad (Omnium Sanctorum, San Juan de la Palma, Santa Marina, San Marcos), las del centro neurálgico (Santa María, la Magdalena), zonas intermedias como San Andrés, y más orientales como San Román y San Nicolás. La muestra también abarca mujeres del hinterland de Sevilla (Brenes, Cantillana) y de Jaén, residentes en la capital hispalense o no, que tienen relaciones con ella a causa de su condición de puerto comercial.

De la mayoría de estas viudas sólo tenemos un testimonio. Son sólo tres aquellas que acuden varias veces al notario en el período estudiado:

- La de San Nicolás-San Juan de la Palma, que fue dos veces por negocios distintos y de un año para otro se había mudado de collación.
- La de San Juan de la Palma, que acudió tres veces en años distintos por el mismo asunto.
- Una de las de Triana, que fue dos veces, aunque la segunda ya había dejado de ser viuda, por temas distintos.

Aunque tener más negocios entre manos no tiene por qué ser indicio de una economía más saneada, al menos significa que estas viudas eran más dinámicas y activas que el resto de la muestra. Aunque sólo represente un 11,7% de ella, nos hace concebir esperanzas sobre la energía del conjunto de las viudas de Sevilla.

A continuación, veamos los casos individualmente. La primera de las Leonor Pérez localizadas, cronológicamente hablando, es la de la collación de Omnium Sanctorum. La conocemos a través de una carta de poder fechada en 10 de mayo de 1572, cuando todavía vivía Lázaro Pérez, su marido. Ignoramos si efectivamente llegaría a convertirse en viuda más adelante.

Ella otorgó poderes a él para que cobrase todo lo que a ella le correspondía como heredera de sus padres. De estos sólo sabemos que eran vecinos de Castilleja de Guzmán, lugar cercano a Sevilla, y que se llamaban Cristóbal Pérez y Luisa Díaz, su mujer. Aunque en 1572 declara ser mayor de veinte y cinco años, Leonor debía de haberse quedado huérfana mientras era menor de edad, antes de casarse, porque tuvo como curador a un tal Bartolomé Millán, vecino de Castilleja, y a otras personas antes que él. Todo apunta a que esta mujer era oriunda de esta localidad y se trasladó a Sevilla cuando se casó con Lázaro Pérez. No sabemos cuál era la profesión de él, pero sí nos consta que no sabía firmar y que presentó por testigos de su conocimiento a algunos vecinos de su collación que eran artesanos: un carpintero y la viuda de un herrador.⁴

La segunda Leonor Pérez era vecina de la collación de San Nicolás. Era viuda de Gonzalo de León y recibía el tratamiento de Doña. Sabemos que en 1577 tomó en arrendamiento una casa de Diego Pérez de León, vecino de San Juan de la Palma. Este inmueble estaba situado en dicha collación, a las espaldas de las casas del señor de Fuentes, las cuales lindaban con las del duque de Alcalá. El contrato de arrendamiento se hizo a principios de septiembre en la misma iglesia de la collación, y era de un año de duración, hasta que acabase el mes de agosto. El precio anual eran 57 ducados (21.375 maravedíes). Parece que Leonor Pérez no arrendó estas casas para obtener ninguna ganancia económica, sino para residir en ellas, porque al año siguiente intitulaba como vecina de la collación de San Juan de la Palma. No asistió a la emisión de la escritura, sino que envió a un hombre llamado Juan Montañés, cuya relación con ella no se detalla, que pagó en su nombre el alquiler por adelantado.⁵

Los arrendamientos se adjudicaban por una o varias vidas, en pública subasta, aunque en momentos de inflación serán por poco tiempo, uno o dos años. El crecimiento demográfico de la ciudad invitaba a la especulación sobre la vivienda. La Iglesia catedral sevillana era la gran propietaria de la época, patrimonio que había comenzado a reunir desde su fundación en el siglo XIII.⁶ La renta impuesta a Leonor Pérez era más bien baja, pero de acuerdo con las ventas de los inmuebles de los hospitales reducidos en los años 80, la mayoría de los arrendamientos eran de precio de hasta 20.000 maravedíes anuales.⁷ El alquiler que pagaba Leonor Pérez no es desaforado, pero roza un status medio. El enigma consiste en preguntarse de qué actividades obtenía la viuda esta cantidad.

La misma Leonor Pérez visitó al escribano en 24 de marzo de 1578 para pagar una deuda. Ella había comprado al sevillano mercader Juan de Torres 64 arrobas y media de aceite, al precio de un ducado cada una (24.187 maravedíes en total). Puesto que él había pagado por ella la alcabala de la reventa (2.193 maravedíes), Leonor había quedado debiéndole ambas cantidades, que sumaban 26.380. No podía pagarle hasta que no llegase la flota de Indias, de forma que mediante una carta de deuda se concedió de plazo más de cinco meses, hasta que acabase el mes de agosto. Esta noticia nos informa sobre los intereses que Leonor Pérez tenía en los negocios entre Sevilla y las Indias. La cantidad de arrobas de aceite de que se había provisto también nos invita a alimentar esperanzas sobre sus actividades comerciales. Sus testigos de conocimiento fueron dos vecinas de su nueva collación: Ana de Carrión y Mencía Sánchez.⁸

La tercera Leonor Pérez se da a conocer a través de su testamento en 1580. Sólo si hubiera burlado a la muerte en aquella ocasión habría podido convertirse en la responsable de los

⁴ Archivo Histórico Provincial de Sevilla (AHPSe), Protocolos Notariales de Sevilla (PNS), oficio 1, libro 2º de 1572, leg. 128, f. 89r.

⁵ AHPSe, PNS, oficio 1, libro 3º de 1577, leg. 144, f. 27r.

⁶ Antonio COLLANTES DE TERÁN SÁNCHEZ, "Propiedad y mercado inmobiliario en la Edad Media: Sevilla, siglos XIII-XVI", *Hispania*, nº 169, 1988, pp. 493-527. Juan Ignacio CARMONA GARCÍA, "Valor, rentabilidad y formas de cesión de la propiedad inmobiliaria en la Sevilla de finales del siglo XVI", *Archivo Hispalense*, nº 205, 1984, pp. 3-38.

⁷ *Ibidem*, pp. 3-38.

⁸ AHPSe, PNS, oficio 1, libro 1º de 1578, leg. 145, f. 1669r.

atabales del concejo. Esta vecina de la collación de Santa Marina, viuda del barbero Andrés del Valle, estaba enferma en 2 de abril de 1580 cuando hizo testamento. La humildad de su situación económica se refleja en las disposiciones referentes a su entierro: se resigna a ser sepultada en la parroquia de su collación, donde se le asignara, con el acompañamiento de clérigos que decidieran sus albaceas. Ofreció dos reales a la cera del Santísimo Sacramento de su parroquia y otros dos a la cofradía de las ánimas del purgatorio, cinco maravedíes y medio de mandas acostumbradas y seis a la catedral, y encargó diez misas rezadas y un treintanario de misas por su alma en su parroquia. Sabemos que tenía dos casas alquiladas, una al hospital de San Gil (donde había tenido un inquilino llamado Juan Pérez, tendero) y otra al convento de San Pablo, porque ordena que se pague la renta que debía. Afirmaba categóricamente que no tenía ninguna deuda en contra, pero que había prestado cuatro ducados al clérigo Pedro García y había dado 140 ducados a Francisco Núñez para que se los custodiara. Este hombre y su mujer doña Catalina de Silva eran vecinos de la collación y debían de ser personas de confianza para Leonor Pérez, porque fueron nombrados sus albaceas. Su sobrina Leonor Martel, hija de su hermana Isabel Pérez, la cual le había servido bien, recibió la quinta parte de sus bienes. La testadora tenía otro hermano, también difunto, llamado Francisco Pérez, el cual la había nombrado su heredera. Todavía tenía que cobrar una de las cosas que él le había legado: el beneficio del arrendamiento de una casa que estaba en San Gil y pertenecía a Melchor del Alcázar. Leonor Pérez quería que su sobrina recibiera la cuarta parte de este beneficio. Sus herederos universales serían sus nietos Alonso y María Pérez, hijos de su hijo Juan Pérez. Sus testigos de conocimiento fueron dos vecinos de las dos collaciones contiguas entre las que vivió: San Gil y Santa Marina, éste último mercader.⁹ Este testamento, que no es muy explícito por cierto, nos induce a intuir una situación humilde pero saneada, carente de deudas, con el amparo de familiares y vecinos. Esta Leonor Pérez parece recurrir al arrendamiento de inmuebles para mantenerse, ya que no nos da ninguna otra pista sobre sus actividades económicas.

La cuarta Leonor Pérez, que era vecina de Cantillana y tan sólo estante en Sevilla, no era viuda en 1581 y tampoco sabemos si llegó a serlo algún día. Se encontraba en Sevilla junto a su marido Domingo Cordero, tratante, por asuntos de negocios. Compraron diez libras de solimán y una de azogue (dos tipos de mercurio) al mercader genovés Esteban Lercaro.¹⁰ El precio fue de 352 reales de plata, pagados al intermediario Esteban Centurión. Los testigos de conocimiento de la pareja fueron un vecino de Cantillana y otro estante en Sevilla como ellos.¹¹ Ignoramos con qué comerciaban, pero esta compra apunta a las actividades mineras y sobre todo a la plata, cuya extracción americana en estas fechas estaba en un momento álgido.¹²

La quinta Leonor Pérez acababa de enviudar en julio de 1582. Vecina de la collación de Santa María como tal viuda de violero (artesano de lujo propio de las parroquias céntricas), no fue

⁹ AHPSe, PNS, oficio 7, libro 1º de 1580, leg. 4972, f. 738r.

¹⁰ Los genoveses han sido muy estudiados en la Baja Edad Media y la transición al siglo XVI, y en la Edad Moderna para el reino de Granada. Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ, *Genoveses en Sevilla (siglos XIII-XV)*, La Laguna, Universidad de La Laguna, 1988. Jacques HEERS, “Los genoveses en la sociedad andaluza del siglo XV: orígenes, grupos, solidaridades”, en *Hacienda y comercio: actas del II coloquio de Historia Medieval Andaluza, Sevilla, 8-10 de Abril, 1981*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1982, pp. 419-444. Francisco ANDÚJAR CASTILLO, “Los genoveses en el reino de Granada: comercio y estrategias mercantiles”, en Ernest BELENGUER CEBRIÁ (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, D.L. 1999, vol. I, pp. 357-376.

¹¹ AHPSe, PNS, oficio 15, libro 3º de 1581, leg. 9228, f. 528v.

¹² Luis BERRIO DE MONTALVO, *Informes para obtener plata y azogue en el mundo hispánico*, Granada, Universidad de Granada, 2008. Rafael DONOSO ALES, *El mercado de oro y plata de Sevilla en la segunda mitad del siglo XVI: una investigación histórico-contable a través de los libros de cuentas de la Casa de la Contratación*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 1992. Jaime J. LACUEVA MUÑOZ, *La plata del rey y sus vasallos: minería y metalurgia en México (Siglos XVI y XVII)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos-Universidad de Sevilla-Diputación de Sevilla, 2010. Manuel CASTILLO MARTOS, *Bartolomé de Medina y el siglo XVI: un sevillano lleva la revolución tecnológica a América*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, Delegación de Educación, 2001.

hasta septiembre cuando recibió los 200 ducados (35.000 maravedíes) que su marido, Fernán González, le había legado en su codicilo. Los recibió de manos de los dos albaceas de su difunto esposo, muy tardíamente, cuando se remataron los bienes del finado y cuando los albaceas recibieron un mandamiento de apremio del alguacil mayor. Por las amenazas de encarcelamiento de que éste constaba y 550 maravedíes más de costas o indemnización que tuvieron que pagarle, se presume mala voluntad por parte de Antonio González y Antonio Rodríguez. Éste es un buen ejemplo de la indefensión en la que se encontraban las viudas a la hora de recuperar su dote. La dote era una salvaguardia material para la esposa en caso de litigio, abandono o divorcio. Fue concebida como un adelanto de la herencia. Además, a las mujeres les correspondía la mitad de los bienes gananciales a la muerte de su marido en la corona de Castilla.¹³ Si Leonor Pérez consiguió cobrar su herencia fue gracias a la intervención de las autoridades públicas, puesto que le asistían todos los derechos y con la viudez por fin dejaba de depender jurídicamente de un hombre.

La Leonor Pérez de la collación de San Román, por su parte, tenía un hijo en Lima en 1584. Aunque la flota de Indias llegó en septiembre de 1583, no fue hasta el 4 de febrero cuando recibió ante notario los 400 reales que su vástago le enviaba del Perú a través del mercader Diego García de Almonte.¹⁴ Como se puede ver, no todas las viudas estaban solas y debían desenvolverse por sí solas: algunas contaban con hijos que las ayudaban. Sus testigos de conocimiento fueron una viuda y su respectiva hija de la vecina collación de Santa Catalina: Ana de Santana y Beatriz del Espíritu Santo.

La séptima, la Leonor Pérez de San Juan de la Palma, viuda de Miguel de Morales, recibía 2.678 maravedíes anuales de doña María Robles, doncella de la collación de San Pedro, en concepto de renta de un tributo que tenía a su favor, desde el 27 de mayo de 1591 en que se lo vendió la misma, hasta 1598 como mínimo.¹⁵ Probablemente, esta renta hacía mucho por el mantenimiento de la viuda, ya que vivía en una casa ajena que a buen seguro arrendaba, de doña Catalina Farfán.

De 1594 también data el testamento de otra Leonor Pérez distinta, vecina de la collación de San Marcos y viuda de Diego de Cariaca. Vivía en unas casas que eran propiedad del conde de Castellar. Cuando hizo su testamento estaba enferma, pero eso no nos garantiza que muriera en esas fechas. Como la otra Leonor Pérez de la que conservamos el testamento, también quería enterrarse en su propia parroquia por no tener otra alternativa al confesarse pobre. Deseaba una misa de réquiem cantada ofrendada con pan y vino, otra misa al gusto de sus albaceas, una vigilia de difuntos y dos misas rezadas. La cera, el acompañamiento de clérigos y el resto de sufragios se dejaba en manos de los albaceas. Leonor Pérez legaba dos reales para las mandas pías habituales: uno para la cera del Santísimo Sacramento de su parroquia, y el otro para repartir entre los destinatarios acostumbrados, cuatro maravedíes cada uno. Obviamente, éste es el ritual mínimo que podía solicitarse.

El grado de dinamismo económico de la humilde vecina de San Marcos se transluce en el estado de sus cuentas: no tenía ninguna deuda ni a favor ni en contra, según sus palabras. Tampoco tenía apenas familiares que la ampararan, puesto que nombró como albacea y heredero

¹³ Francisco NÚÑEZ ROLDÁN, "Compromiso ajuar y dote femenino en el Bajo Guadalquivir (1513-1556), *Archivo Hispalense*, n° 92, 2009, pp. 127-139. Francisco NÚÑEZ ROLDÁN, *La vida cotidiana en la Sevilla del Siglo de Oro*, Madrid, Sílex, 2004, pp. 103-124. A. RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, "Las cartas de dote en Extremadura", en *Actas del II Coloquio de Metodología Histórica Aplicada. La documentación notarial y la Historia*, Santiago de Compostela, 1984. Margarita María BIRRIEL SALCEDO, "Mujeres y género en la España del Siglo de Oro", en Juan Antonio MARTÍNEZ BERBEL y Roberto CASTILLA PÉREZ (eds.), *Las mujeres en la sociedad española del Siglo de Oro: ficción teatral y realidad histórica*, Granada, Universidad de Granada, 1998, pp. 37-55.

¹⁴ AHPSe, PNS, oficio 23, libro 1° de 1584, leg. 16094, f. 501v.

¹⁵ AHPSe, PNS, oficio 1, libro 1° de 1594, leg. 193, f. 932v. AHPSe, PNS, oficio 1, libro 1° de 1595, leg. 196, f. 1162v. AHPSe, PNS, oficio 1, libro 1° de 1598, leg. 205, f. 842.

universal a su vecino, el jardinero Francisco Hernández, el cual la había acogido en su casa y socorrido, ganándose la gratitud de la mujer. En los apéndices del testamento Leonor recordó que tenía un hermano llamado Martín, al que había prestado un asno: renunció a reclamárselo en un gesto de condescendencia fraternal que no había tenido en el momento de nombrar heredero. Por lo demás, Leonor presentó por testigos de conocimiento a dos vecinas de su collación, la una viuda y la otra casada.¹⁶

La novena, la Leonor Pérez de la localidad sevillana de Brenes, era viuda de un tal Gregorio Martín en 1594. En esa fecha debía a la alhóndiga de Sevilla 168 reales de plata. Había comprado doce fanegas de trigo traído por mar. Puesto que la Ciudad había creado una comisión para vender a plazos aquel trigo, el jurado Rodrigo Díaz Castaño se lo había vendido a ella en un almacén junto al río. Mediante esta carta de deuda, Leonor Pérez se comprometía a satisfacer el precio en un plazo de seis meses y medio exactamente. No conocemos la profesión de su marido, pero teniendo en cuenta su vecindad, la naturaleza del género y la condición de labradores de su fiador y testigos de conocimiento, parece bastante razonable pensar que esta Leonor Pérez procediera de un ambiente agricultor. Rodrigo Martín, su fiador, debía de ser bastante joven puesto que declara que es mayor de veinticinco años, límite de la minoría de edad.¹⁷

Nos consta que la alhóndiga debía desprenderse de las existencias de trigo viejo a finales del invierno o principios de la primavera, en febrero y marzo, especialmente el trigo “de la mar”, para hacer sitio a la nueva cosecha. Solía bajar el precio y venderlo de saldo, incluso fiado, captando clientes mediante pregones públicos. En última instancia se daba a los pobres. El año de 1593 no fue de gran abundancia en la cosecha, más bien fue catastrófico en trigo y cebada a causa de los temporales, y sin embargo quedó algo de cereal viejo que Leonor Pérez pudo comprar fiado. En 1592 había llegado gran cantidad de trigo de ultramar (Francia y Alemania) para paliar la escasez de la cosecha de la tierra de Sevilla, sobre todo al final del año, lo cual explica que a principios de 1594 todavía sobrara, ya de deshecho. La diferencia entre el precio de compra y el de venta suponía una pérdida para al alhóndiga.¹⁸

La décima de las Leonor Pérez que poblaron Sevilla en las dos últimas florecientes décadas del siglo XVI era viuda de Gabriel López ya en 1595. Vivía en la collación de San Gil. En esas fechas otorgó poderes al presbítero Diego Guerra para que se encargara de recabar lo que a ella y a su hermano, el pescador Juan Pérez, les correspondía heredar de sus abuelos maternos. La madre de estos hermanos, llamada Leonor García y casada con Juan Pérez, había muerto antes que sus propios padres. Bartolomé Gil y Leonor García, los abuelos, habían dejado a sus nietos como herederos con inventario de bienes. Aunque la herencia podría ser lo suficientemente apetitosa para que los dos hermanos se aprestasen a cobrarla con asesoramiento clerical, parece obvio que se trata de personajes humildes que se dedicaban a la pesca, no sabían firmar y presentan como testigos a un vecino que se titula “trabajador”, esto es, sin cualificación profesional, y a una viuda de la vecina collación de Omnium Sanctorum.¹⁹

La Leonor Pérez que había enviudado de Domingo Gutiérrez, por el contrario, se nos revela como una nodriza de cierta edad, puesto que el niño al que había amamantado en 1595 ya era hombre y estaba en la ciudad de Cuzco. Desde el Perú le enviaba 30 pesos de 8 reales, esto es, una suma de 240 reales. Aunque estaban destinados a Leonor Pérez, su nodriza, que era vecina de Sanlúcar de Barrameda, don Diego Martel de Cabrera remitió estos reales a su propia madre, doña Mencía de Cabrera, mujer del señor Álvaro Durán, que en 1595 era vecina de la collación de san Martín. Ella tenía la misión de entregárselos a Leonor Pérez ante notario, cosa que hizo en 27

¹⁶ AHPSe, PNS, oficio 20, libro 1º de 1594, leg. 13692, f. 309.

¹⁷ AHPSe, PNS, oficio 20, libro 1º de 1594, leg. 13693, f. 759.

¹⁸ Gregorio GARCÍA-BAQUERO LÓPEZ, *Sevilla y la provisión de alimentos en el siglo XVI*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 2006, pp. 139-143 y 167-168.

¹⁹ AHPSe, PNS, oficio 1, libro 1º de 1595, leg. 196, f. 1167.

de junio de 1595. La acto tuvo lugar en la casa de los Martel de Cabrera, y los testigos de conocimiento de la analfabeta nodriza fueron miembros de la familia nobiliaria, al parecer: doña Eloísa de Cabrera y don Francisco Martel Durán.²⁰ Es obvio que Leonor Pérez ya no tenía una vinculación profesional con esta familia, porque vivía lejos de ellos, cosa quizá motivada por su edad avanzada, pero que formaba parte del servicio tradicional de la casa y contaba con el afecto de sus miembros. No sabemos si la ocupación de nodriza fue llevada a cabo por Leonor Pérez teniendo ya la condición de viuda, porque ignoramos cuándo murió Domingo Gutiérrez. Por tanto, es imposible saber si aquella era una actividad a la que pudieran recurrir algunas viudas para mantenerse a sí mismas.

La duodécima, la Leonor Pérez que vivía en la collación de San Gil en 1595, había sido mujer de un tejedor de terciopelo llamado Francisco López. Un artesano de productos de lujo muy demandados en una ciudad de alto poder adquisitivo a la fuerza tenía que dejar a su viuda y a su hija en buena posición económica.²¹ Cuando su hija Andrea de San Francisco iba a casarse con el trianero Pedro Martín, Leonor Pérez la dotó con un ajuar valorado en 1.010 reales (38.624 maravedíes). Tal vez la novia o tal vez su prometido eran también profesionales de la confección de terciopelo, porque una importante parte del ajuar (44%) se componía de utensilios para el ejercicio del oficio: dos telares de 30 y 20 ducados respectivamente y material (seda y pelo negro). Sorprendentemente, no hay ni rastro de indumentaria femenina en esta dote, y por el contrario sí un traje completo de hombre por valor de 10 ducados, lo cual supone el 8,7% de la dote. La mayor parte del ajuar (30,6%) se compone de textil para el hogar: más de 14 artículos, que sumaban 385 reales. El otro contingente de objetos (10%) lo formaban los utensilios: 126 reales en 16 objetos. Los muebles eran varios, valorados en 78 reales, un 6,2% de la dote. Al conjunto, como único elemento suntuario, hay que añadir unos retratos (cantidad indeterminada) cuyo precio eran 6 reales (un 0,5% del total). Al conjunto de la dote, el novio sumó 100 ducados, como era habitual, en concepto de donación *propter nupcias*. Por su parte, Leonor Pérez presentó a un tejedor de terciopelo llamado Juan de Espinosa para que atestiguara su identidad, ya que no sabía firmar.²² Sea un oficial o un maestro, este dato demuestra que los oficios y gremios ejercían una labor de apoyo a las viudas e hijos de sus miembros. Sobre la cuantía de la dote ofrecida por Leonor Pérez, no se puede decir que fuera pobre porque las verdaderamente pobres eran las mujeres que no recibían ninguna dote por parte de su familia. Se trata de una dote respetable, pero que no se sale de la media: la mayoría de las dotes no sobrepasaban los 50.000 maravedíes a principio del siglo, cuando menos al final.²³ Así pues, la economía de un artesano, aunque fuera de lujo, se situaba en un término medio no especialmente llamativo.

La decimotercera, la Leonor Pérez que había sido mujer de Pedro de Carmona, ya era viuda en 1595. Era vecina de Jaén, pero residía en Sevilla seguramente porque tenía un hijo en Perú: para atajar los obstáculos de comunicación entre ellos. De hecho, en 10 de junio de ese año recibía el envío de 100 pesos (900 reales) que Alonso Ruiz, su hijo, había hecho desde la Ciudad de los Reyes a través de numerosos emisarios. Como testigos de conocimiento, la viuda presentó a dos hombres sobre los que nada sabemos, excepto su vecindad: Sevilla y Zafra.²⁴

La Leonor Pérez que vivía en la collación de San Andrés había sido la esposa de Lorenzo de Aldana y en enero de 1587 había casado a su hija, María de la O, con el cirujano barbero Juan Ramírez. La dote, bajo la forma de ajuar, fue valorada en 30.518 maravedíes, a la que el novio sumó 30.000 en concepto de arras. La desgracia llegó en una fecha indeterminada,

²⁰ AHPSe, PNS, oficio 1, libro 2º de 1595, leg. 197, f. 576.

²¹ Juan SEMPERE Y GUARINOS y Juan RICO JIMÉNEZ, *Historia del lujo y las leyes suntuarias de España*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 2000.

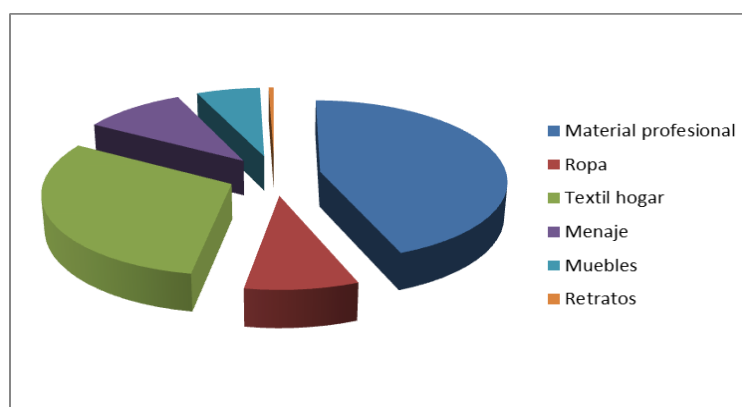
²² AHPSe, PNS, oficio 7, libro único de 1595, leg. 4995, f. 333v-335v.

²³ NÚÑEZ ROLDÁN, Francisco: "Compromiso ajuar [...]", op. cit., pp. 127-139. Blanca MORELL PEGUERO, *Mercaderes y artesanos en la Sevilla del descubrimiento*, Sevilla, Diputación Provincial de Sevilla, 1986, p. 24.

²⁴ AHPSe, PNS, oficio 15, libro 2º de 1595, leg. 9285, f. 469.

cuando María de la O falleció. Entonces Leonor Pérez, heredera de su hija, que había muerto sin descendencia, quiso reclamar no sólo su derecho sino también la dote y arras. Su yerno se opuso y debió de haber disensiones entre ellos, pero finalmente llegaron a un acuerdo. Para evitar un pleito que quizá hubiera sido costoso o desfavorable para la suegra a pesar de contar con el privilegio de las viudas,²⁵ ésta accedió a renunciar a sus derechos de reclamación a cambio de que su yerno le pagara 30 ducados. Estos 11.250 maravedíes no eran ni una quinta parte de lo que sumaba la dote y las arras, y además Juan Ramírez se los entregó por lo menos en dos pagas: 130 antes de marzo de 1598 y 200 reales en 16 de marzo. No obstante, ella pareció darse por satisfecha con esta compensación que no nos habla muy bien de su capacidad económica para enfrentarse a un pleito. Sus testigos fueron dos hombres: un vecino y un pariente de su difunto marido que se apellidaba como él.²⁶

Ilustración 1: Composición de la dote



La decimoquinta Leonor Pérez en 1598 era viuda de Pedro Díaz, que había sido piloto de Río de la Plata. Era de la collación de Santa Ana de Triana. En 22 de enero de 1598 había contraído una deuda con su vecina Ana de Betolaça, la cual le había prestado 140 ducados de plata en una fecha indeterminada. Leonor Pérez obtuvo un plazo de dos años para saldar su deuda, y contó con una figura cercana como fiador: su vecino Pedro Izquierdo,²⁷ con el que ya estaba casada en 18 de agosto del mismo año. Puesto que había sido nombrada albacea de su primer marido, en esa fecha otorgó poderes a su nuevo marido para que se hiciese cargo de cobrar las deudas que tenían los acreedores del difunto: Gil Marrero y Alonso González Malacara, con la dificultad que esto entrañaba por ser ambos vecinos de La Habana.²⁸ Este solapamiento de los hechos sugiere la impresión de que Leonor Pérez se casó en segundas nupcias al poco tiempo de enviudar con una persona muy cercana y de confianza, vecina de la misma collación.

De 1600 nos data el testimonio de la decimosexta Leonor Pérez, vecina de la collación de la Magdalena y viuda de Juan Cristóbal de la Umbría. Es la primera de las viudas que estamos estudiando de la que sabemos que tenía más de un hijo. Al parecer, su hijo Bartolomé Pérez vendió en su nombre una propiedad inmobiliaria: unas viñas dotadas de lagar a Ambrosio Valera por 17.000 maravedíes. No obstante, su otro hijo, llamado exactamente igual que su padre, intervino comprando dicha propiedad para sí y pagando a su madre el precio. Esto tuvo lugar en

²⁵ En el Derecho castellano subsistía esta ventaja procesal para las viudas, que consistía en poder dirimir sus controversias ante un órgano judicial superior del que les correspondería. María Teresa BOUZADA GIL, "El privilegio de las viudas en el Derecho castellano", *Cuadernos de Historia del Derecho*, n° 4, 1997, pp. 203-242.

²⁶ AHPSe, PNS, oficio 1, libro 1° de 1598, leg. 205, f. 896v.

²⁷ AHPSe, PNS, oficio 23, libro 1° de 1598, leg. 16031, f. 218r-219r.

²⁸ AHPSe, PNS, oficio 23, libro 2° de 1598, leg. 16032, f. 620r-621v.

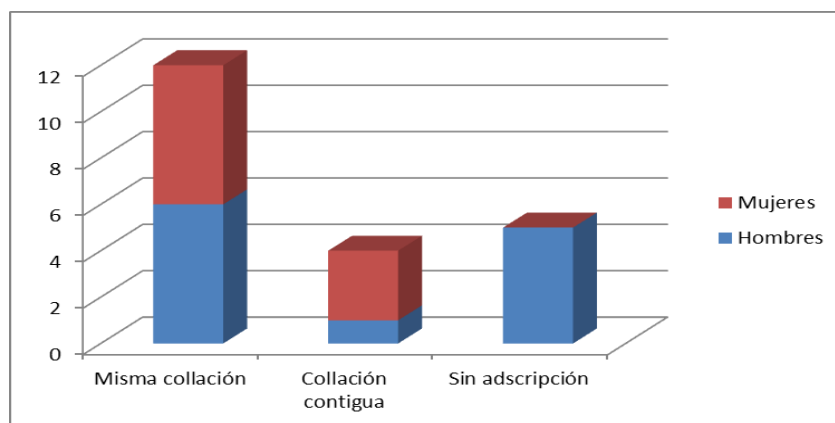
10 de abril de 1600. Debió de tratarse de un caso de descoordinación o disensión entre hermanos. Ambos hijos eran vecinos de Aracena.²⁹

La más tardía de nuestras Leonor Pérez era viuda del calafate Francisco Martín en la marinera collación de Santa Ana de Triana. En 27 de septiembre 1601 se había repartido la herencia de Isabel Pérez (quizá su pariente), la cual incluía una esclava, con un tal Pedro Díaz, también trianero y calafate como su difunto marido. El aludido tuvo que pagarle a ella 248 reales a cambio de que le cediese la mitad de esta herencia.³⁰

Una vez presentadas a las diecisiete personas individualmente, tratemos de obtener unos patrones comunes que resulten de alguna utilidad para el estudio social de las viudas a finales del siglo XVI. Resulta difícil observar constantes en una muestra tan heterogénea como ésta, teniendo en cuenta la escasa información que tenemos sobre cada una de estas mujeres. Por eso no podemos arrojar conclusiones, pero sí hipótesis que será contrastadas en futuros estudios más seriales.

Todas ellas intitulan diciendo cómo se llamó su marido, pero muy pocas mencionan qué oficio desempeñaba éste, apenas un 35,3% de la muestra. Los dos de Triana presentan profesiones muy ligadas a la actividad marítima: piloto de Río de la Plata y calafate. Los artesanos (violero y tejedor de terciopelo) corresponden a las viudas de las collaciones de Santa María y San Gil, mientras que el marido barbero era de la viuda de Santa Marina y el tratante era de la de Cantillana. Como se puede observar, esta clase media amplia que sale retratada en los protocolos notariales abarca tanto a artesanos y profesionales cualificados como a comerciantes. Salvo excepciones, ignoramos desde cuándo eran viudas o si habían tenido más de un esposo. Precisamente todo apunta a que la responsable de los atabales municipales sí dejó de ser viuda para casarse de nuevo con Bartolomé de Santillán, pero moriría nuevamente viuda.

Ilustración 2: Testigos de conocimiento



Los testigos de conocimiento de aquellas viudas eran sus vecinos en una proporción notable. Siete de ellas recurrieron a habitantes de su collación, dos a los de la collación contigua, tres de ellas tuvieron a testigos cuya vecindad no se conoce, y cinco de ellas no presentan a ningún testigo. En cuanto a los testigos identificados, un 57% de ellos vivían en la misma collación que ellas; un 19% en una collación contigua, y aún nos queda un 24% de cuya vecindad no tenemos noticia fehaciente. Detalle que nos informa acerca de la importancia de la red vecinal en el amparo de las mujeres que ya no contaban con la tutela de un hombre, y que quizá vivían solas. Entre estos testigos de conocimiento, un 57% eran hombres y un 43% mujeres, de las

²⁹ AHPSe, PNS, oficio 23, libro 1º de 1600, leg. 16137, f. 905v-906r.

³⁰ AHPSe, PNS, oficio 23, libro 3º de 1601, leg. 16142, f. 879r.

cuales al menos la mitad eran viudas como la intitulant. Entre los vecinos de la misma collación, la proporción entre hombres y mujeres es pareja; en la collación contigua, dominan los testigos femeninos, mientras que los testigos sin adscripción vecinal son todos hombres.

La extracción social de estos testigos de conocimiento es muy difícil de precisar, cuando el 72% de ellos no determina su oficio. En los afortunados casos en que sí lo conocemos, dos eran labradores, tres artesanos, un trabajador no cualificado y un mercader. Por lo que se ve, eran de grupos sociales medios-bajos, lo cual denota que las Leonor Pérez que pidieron su testimonio debían de compartir su situación. Por último, cabe destacar que cinco de las diecisiete Leonor Pérez no necesitaron ningún testigo de conocimiento, y esto nos hace concebir esperanzas sobre la frecuencia de sus visitas al notario. No coinciden con las que nos consta que fueron varias veces a la escribanía, ni siquiera coinciden con las que parecen estar en mejor posición, pero este conocimiento por parte del escribano podría indicar cierta actividad económica.

La documentación notarial revela que ninguna de las Leonor Pérez sabía firmar. Sabemos que la mayoría de las mujeres no era alfabetizada, salvo la aristocracia, por el miedo que suscitaba el uso inmoral de la escritura.³¹ La firma podía llegar a ser el único empleo que se hiciera de la escritura para una masa extensa de población, denotando un estadio intermedio de semialfabetismo. Había quien firmaba copiando un modelo, y otros que componían una firma en base a signos no alfabéticos, pero no son casos frecuentes.³² Teniendo en cuenta que existían muchas personas cuyo analfabetismo era funcional pero que al menos habían aprendido a trazar su propio nombre, este porcentaje del 100% de agrafismo total refleja el nivel de acceso de la mujer a la escritura, al menos en las clases medias artesanas de cualquier parte de la ciudad.³³

Además del calor que pudieran recibir de su vecindario, sabemos que algunas viudas contaban con familiares. Dos de ellas tenían un hermano, otras dos tenían al menos una hija, una Leonor Pérez tenía dos hijos que no vivían en Sevilla sino en Aracena, tres viudas contaban con un hijo biológico o de leche en América, y una de ellas tenía dos nietos y una sobrina. Por el perfil de los documentos, las hijas podían representar una carga para ellas por la obligación de dotarlas, pero los hijos suponían una ayuda económica mientras que las sobrinas brindaban su apoyo asistencial. Frente a este 53% de viudas con familia, tengamos en cuenta al otro 47% del que no tenemos constancia de que contaran con ella. En todo caso, los familiares no siempre estaban cerca o disponibles para las necesidades cotidianas, de ahí que muchas mujeres demostraran gran apego a los vecinos y a los compañeros de oficio de sus maridos.

En cuanto a segundas nupcias, es difícil obtener noticias sobre si las viudas sevillanas de finales del siglo XVI volvían a casarse, cuando se dispone de un solo documento relativo a ellas. Tan sólo hemos localizado un caso en 1598, en el que la viuda acaba casándose con su fiador después de ocho meses. Ignoramos cuánto tiempo llevaba como viuda, pero debía de ser poco puesto que todavía andaba gestionando el cobro de deudas a favor de su difunto.

Los estudios monográficos sobre viudas que existen confirman la impresión de que las mujeres cabezas de familia conocieron las situaciones económicas menos favorables en los siglos

³¹ Natalia MAILLARD ÁLVAREZ, *Lectores y libros en la ciudad de Sevilla (1550-1600)*, Sevilla, Rubedo, 2011, pp. 143-148. Elisa RUIZ GARCÍA, "El universo femenino y las letras (siglos XV-XVII)", en María del Val GONZÁLEZ DE LA PEÑA (coord.), *Mujer y cultura escrita. Del mito al siglo XXI*, Gijón, Trea, 2005, pp. 97-116.

³² María del Carmen del CAMINO MARTÍNEZ, "Alfabetismo y cultura escrita en las fuentes notariales", en Pilar OSTOS SALCEDO y María Luisa PARDO RODRÍGUEZ (eds.), *En torno a la documentación notarial y a la historia*, Sevilla, Ilustre Colegio Notarial de Sevilla, 1998, pp. 97-110. María del Carmen del CAMINO MARTÍNEZ, "Consideraciones sobre la difusión social de la escritura en Ceuta (1580-1640)", en Eduardo RIPOLL PERELLÓ y Manuel F. LADERO QUESADA, *Actas del II Congreso Internacional "El estrecho de Gibraltar"*, Tomo IV, Madrid, U.N.E.D., 1995, pp. 25-272.

³³ En una ciudad castellana como Ávila en el siglo XVI, sabía firmar el 16,6 de las mujeres. Serafín DE TAPIA, "Nivel de alfabetización en una ciudad castellana del siglo XVI: sectores sociales y grupos étnicos en Ávila", *Studia historica. Historia moderna*, nº 6, 1988, pp. 481-502.

XVI y XVII.³⁴ No obstante, no es exactamente ésa la imagen que ofrecen los documentos intitulados por Leonor Pérez. Doce hablan de ingresos monetarios para ellas, mientras que seis implican un gasto por su parte. Naturalmente, esta impresión es muy matizable porque no todos los ingresos reflejan una situación saludable y no todos los gastos son negativos. A este conjunto hay que sumar los dos testamentos, que dan la misma imagen de posición económica muy humilde, pero no miserable y desde luego saneada.

Para empezar, tres de los doce documentos a favor de las Leonor Pérez proceden de sus hijos o hijos de leche que residían en las Indias (los tres en las ciudades principales de los Andes). Se trata de ingresos consistentes (400, 240 y 900 reales), pero no dejan de ser puntuales. Si eran periódicos, no ha quedado huella de ello en la documentación notarial. Otros siete documentos a favor de Leonor Pérez hablan de herencias por parte de sus padres o sus maridos, por lo que también serían puntuales. Incluso la Leonor Pérez que está vendiendo unas viñas y un lagar, aunque no lo mencione, las habría heredado. La única Leonor Pérez que nos consta que recibía una renta constante es la que tenía un tributo que le reportaba 2.678 maravedíes anuales, y esto tampoco era suficiente para sobrevivir.

En cuanto a los documentos en contra, estamos hablando de varios asuntos. Una dote entregada a una hija, lo cual supone un empobrecimiento para la madre, pero también nos informa sobre la holgura de su posición económica. También hay que valorar tres deudas por compra de género (aceite, trigo, azogue), que no necesariamente implican una situación precaria, sino que también podían significar una actividad comercial que tenía su propio ritmo, su calendario, haciendo uso del crédito para poder sacar rentabilidad a los meses. Los únicos dos documentos que no sugieren más que gastos son un arrendamiento de una casa para habitarla, y un préstamo obtenido.

Es obvio que a partir de tan aislados datos es imposible dictaminar la posición económica de una persona, pero la impresión general que produce el conjunto de documentos es optimista dentro de un marco de humildad y modestia. La cantidad más abultada que se maneja en estas escrituras es 140 ducados, y aparece en dos casos: en el uno, la moribunda Leonor Pérez dice poseerlos, y en el otro una Leonor Pérez apurada los ha tomado prestados. Futuras muestras más amplias tendrán que confirmar o desmentir las direcciones que este pequeño conjunto aleatorio ha bosquejado del importante grupo social que debieron conformar las viudas sevillanas de finales del siglo XVI.

³⁴ Marie-Catherine BARBAZZA, "Las viudas campesinas de Castilla La Nueva en los siglos XVI y XVII", en María Teresa LÓPEZ BELTRÁN (coord.), *De la Edad Media a la Moderna: mujeres, educación y familia en el ámbito rural y urbano*, Málaga, Universidad de Málaga, 1999, pp. 133-164.

LA SOCIEDAD DEL SUR VALENCIANO FRENTE AL RIESGO CLIMÁTICO Y NATURAL EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVIII*

Adrián García Torres

Universidad de Alicante

INTRODUCCIÓN

El siglo XVIII supuso la fase final de la denominada *Pequeña Edad de Hielo*¹. Dentro de las oscilaciones que en esta centuria acaecieron, en la fachada mediterránea sobresalió la conocida como *anomalía* u *oscilación Maldá*, caracterizada por el aumento sin parangón de la incidencia de sequías y lluvias de alta intensidad horaria². En las tierras valencianas, la presencia de estos sucesos atmosféricos fue continua durante la segunda mitad del Setecientos y repercutió de manera negativa en las aspiraciones de mejora de las condiciones de vida de la sociedad en general y de la familia en particular. Así pues, estos dos riesgos inherentes al medio valenciano multiplicaron su repercusión³. En una centuria marcada por el crecimiento demográfico y el objetivo del gobierno ilustrado de aplicar reformas con las que expandir la economía a través de la mejora de las comunicaciones y la introducción de las superficies irrigadas, la situación climática fue otro de los frenos a esta aspiración⁴. A lo anterior, se sumaron otros inconvenientes

* Este trabajo ha sido elaborado mediante el proyecto de investigación HAR2013-44972-P, dentro del Programa Estatal de Fomento de la investigación científica y técnica de excelencia del MINECO.

¹ Armando ALBEROLA ROMÁ, *Los cambios climáticos. La Pequeña Edad de Hielo en España*, Madrid, Cátedra, 2014; Emmanuel LE ROY LADURIE, *Historia del clima desde el año mil*, México, Fondo De Cultura Económica, 1991; Brian M. FAGAN, *La Pequeña Edad de Hielo. Cómo afectó el clima a la historia de Europa, 1300-1850*, Barcelona, Gedisa, 2008; B. FRENZEL (ed.) *Climatic trends and anomalies in Europe, 1675-1715*, Stuttgart, Gustav Fisher Verlag, 1994; Juan Antonio GONZÁLEZ MARTÍN, Concepción FIDALGO HIJANO e Isabel PRIETO JIMÉNEZ, “La «Pequeña Edad de Hielo» en la Península Ibérica. Estado de la cuestión”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN, C. CAMARERO BULLÓN y M. LUZZI TRAFICANTE (coords.), *La Corte de los borbones: crisis del modelo cortesano*, Madrid, Polifemo, 2013, vol. 1, pp. 237-282.

² Mariano BARRIENDOS y Carmen LLASAT, “El caso de la anomalía «Maldá» en la cuenca mediterránea occidental (1760-1800). Un ejemplo de fuerte variabilidad climática”, en A. ALBEROLA y J. OLCINA (coords.), *Desastre natural, vida cotidiana y religiosidad popular en la España moderna y contemporánea*, Alicante, Universidad de Alicante, 2009, pp. 253-286.

³ Francisco Javier AYALA-CARCEDO y Jorge OLCINA CANTOS, *Riesgos naturales*, Barcelona, Ariel Ciencia, 2002; Armando ALBEROLA ROMÁ, “Risc natural, desordre climàtic i catàstrofe al Mediterrani espanyol durant el segle XVIII”, *Afers. Fulls de recerca i pensament*, n° 69, 2011, pp. 337-354; Francisco CALVO GARCÍA-TORNEL, *Sociedades y territorios en riesgo*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 2000; del mismo autor, “Panorama de los estudios sobre riesgos naturales en la Geografía española”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, n° 30, 2000, pp. 21-35; y “Le risque comme paradoxe et comme défi”, en G. CHASTAGNARET (dir.), *Les sociétés méditerranéennes face au risque. Disciplines, temps, espaces*, Le Caire, Institut Français d’Archéologie Orientale, Bibliothèque Générale, 2008, pp. 165-178; Silvia DíEZ LORENTE, *La importancia de los riesgos naturales en la ocupación de un territorio: el Bajo Vinalopó*, Alicante, Instituto Alicantino de Cultura “Juan Gil-Albert”, 2006; Ulrich BECK, *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1998.

⁴ Armando ALBEROLA ROMÁ, “Clima, crisis y reformismo agrario en tiempos del conde de Floridablanca”, *Mélanges de la Casa Velázquez*, n° 39-2, 2009, pp. 105-125; del mismo autor, *Los cambios climáticos [...]*, op. cit, pp. 199-248; y “El clima «trastornat»: sequera, temporals, riudes i inundacions a Catalunya i al país Valencià a les acaballes del segle XVIII”, *Estudis D’Historia Agraria*, n° 23, 2010-2011, pp. 301-318; Armando ALBEROLA ROMÁ y Jesús PRADELLS NADAL, “Sequía, inundaciones, fiebres y plagas en tierras aragonesas y catalanas (1780-1790)”, en BERNABÉ, D. y ALBEROLA, A. (eds.), *Magistro et amico. Diez estudios en Homenaje al profesor Enrique Giménez López*, Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2012, pp. 66-93; Armando ALBEROLA ROMÁ y Margarita BOX AMORÓS, “Sequía, temporales y cosechas deficitarias en el nordeste peninsular: un apunte de las consecuencias del

de origen biológico, de carácter exógeno al territorio, como las plagas de langosta, que pasaron a ser el corolario de otros males que ya se arrastraban.

En el presente trabajo expondremos tres ejemplos de cómo los contemporáneos hicieron frente a los menoscabos provocados por el clima y el medio. Las destrucciones derivadas de la avenida del río Vinalopó del 1 de octubre de 1767 en las infraestructuras hidráulicas de la jurisdicción de Elche, fundamentales para el riego; la llegada del abastecimiento potable a la ciudad de Orihuela en un período marcado por la sequía; y la psicosis que produjo la posible plaga de langosta de 1762 en la comarca del Bajo Segura tras la mayor presencia del insecto a mediados de siglo.

LA AVENIDA DEL 1 DE OCTUBRE DE 1767 EN LA VILLA DE ELCHE Y LA UNIVERSIDAD DE SAN JUAN

Entre los diversos daños que produjo la avenida del 1 de octubre de 1767 en el Bajo Vinalopó, el Pantano de Elche⁵ fue el más afectado. Éste ya de por sí arrastraba una situación complicada, pues en febrero el ingeniero Pedro de Haro, encargado de la construcción del cuartel en la villa, dio su parecer acerca de las intervenciones que se barajaban en esta vital construcción, pues se encontraba con problemas de ceno y con daños en su interior. Por lo tanto, era oportuno vaciarlo para su mantenimiento⁶. Tras el temporal, se acordó por la Junta de Propios y Arbitrios dar conocimiento de lo sucedido al Intendente, pues se habían tomado diversas providencias por los diputados del pantano sin licencia alguna para salvaguardar los graves daños que podían desarrollarse. El 14 de octubre, éste ordenó que se formara justificación de lo ejecutado y del dinero invertido sin permiso. Asimismo, que se presentara una declaración de peritos que diera luz a las actuaciones necesarias y, posteriormente, se prosiguiera con los capítulos para su remate⁷. A finales de mes, el Alcalde Mayor encomendó este parte al pantanero José Aznar, al cantero José Irlés y al carpintero Pedro Iglesias, dado que fueron los que vivieron este suceso.

La exposición de Aznar despejaba todas las dudas acerca de lo ocurrido. En la noche del 1 al 2 de octubre, los tres comisarios citados se encontraban en la habitación del declarante con todo preparado para cumplir con la apertura que se había fijado. Sin embargo, sobre las tres de la mañana las lluvias que caían se transformaron en una avenida que dada su magnitud llenó el cauce del pantano e hizo saltar las aguas por encima de su pared en más de 12 palmos, actividad que prosiguió durante muchos días. Por este motivo, hasta el día 19 no se pudo abrir el portón, mas al hacerlo la fuerza de la corriente se lo llevó y hasta la madrugada siguiente continuó expulsando fango. Cuando los encargados de las labores descendieron a la bóveda por donde se accedía a la compuerta, hallaron un peñasco de grandes dimensiones que impedía cualquier maniobra. De este inconveniente se dio noticia a la Junta mientras se intentaba erradicar este bloqueo. Éste se eliminó tras ejecutarse la propuesta del ingeniero líneas atrás citado, la cual

«mal año» de 1783 en algunos corregimientos aragoneses y catalanes”, en Jorge OLCINA CANTOS y Antonio M. RICO AMORÓS (coords.), *Libro jubilar en homenaje al profesor Antonio Gil Olcina*, Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2014, pp. 845-860.

⁵ En cuanto al Pantano de Elche véase Antonio LÓPEZ GÓMEZ, *Els embassaments valencians antics*, València, Conselleria d'Obres Públiques, Urbanisme i Transports, 1987; Gaspar JAEN I URBAN, *D'aigua i obres hidràuliques a Elx*, Alicante, Publicacions de la universitat d'Alacant, 1999; Tomás V. PÉREZ MEDINA, “Agua para los regadíos meridionales valencianos: las presas del siglo XVII de Elx, Petrer y Elda”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, n° 16, 1997, pp. 267-288; Pedro IBARRA Y RUIZ, *Estudio acerca de la institución del riego de Elche y origen de sus aguas*, Elche, Ajuntament d'Elx, 2003.

⁶ Archivo Histórico Municipal de Elche [AHME], H173/4, *Carta del Teniente Coronel de ingeniería Pedro de Haro dando su parecer sobre las obras precisas y necesarias a la conservación de este edificio, 17 de febrero de 1767*.

⁷ Archivo de la Comunidad de Propietarios de la Acequia Mayor del Pantano de Elche [ACPAMPE], AA53/4, *El Intendente Andrés Gómez de la Vega a la Junta de Propios y Arbitrios, Valencia, 14 de octubre de 1767*.

consistió en utilizar unos barrenos a la parte de fuera y una jácena. Lo aplicado se consideraba fundamental, puesto que dentro del cauce sobre el portón y arrimado al cubo de la paleta existían 30 palmos de cieno que amenazaban con dejar inhabilitada nuevamente la infraestructura hidráulica. Además de lo visto, la crecida igualmente afectó a la casa donde vivía el pantanero; a la conducción cubierta por donde salía el agua de las paletas hasta lindar con la puerta de la casamata; al enlosado de la bóveda que entraba al portón además de los pasos y escalones hacia éste; y a la acequia que se reedificó en 1765⁸.

Mientras tanto, la Junta de Propios y Arbitrios ponía al día al Intendente de la situación de las labores con el fin de deshacerse de la peña del portón y de la necesidad de vaciar todo el edificio para su reconocimiento. Gestiones que obtuvieron el visto bueno desde la capital de la provincia el 29 de octubre⁹.

A mediados de noviembre, Pedro de Haro asistido por el cantero José Irles, el carpintero Pedro Iglesias y el cerrajero José Galbis, analizó toda la presa. La paleta que estaba graduada para dar salida a las aguas que diariamente se usaban, se encontraba quebrantada, con falta de dientes en su rueda, lo que dejaba en vilo cualquier nivelación. Además, el empuje del contenido hídrico había destruido en este lugar dos sillares donde ésta descansaba. En el cubo se advirtió que todas las juntas de la paleta no tenían material, filtrándose hacia la muralla principal. Esta cuestión era clave para el ingeniero, así que encargó al cantero el método con el que rellenar las uniones y luego lacarlas. Las incidencias en esta zona proseguían en su exterior, pues el portón no podía cerrarse tras el golpe de la corriente que recibió, además el enlosado de su piso debía recomponerse, así como colocar una nueva puerta más segura. Estas tareas recaerían en el carpintero. No obstante, el mayor inconveniente era el histórico mal del fango que como de costumbre había conquistado la mayor parte del edificio¹⁰.

Analizado todo lo expuesto, el Síndico Procurador General Francisco Soler de Cornellà¹¹ subrayó ante la Junta de Propios y Arbitrios la importancia que recaía sobre el pantano, pues los fondos municipales se nutrían cada lustro de 2.000 pesos por las ventas para el riego de los cultivos fundamentales de la villa: grano y aceite. Bajo esta premisa, recordó que cuando en 1762 se hizo presente al Consejo de Castilla la petición de invertir fondos en su limpieza y composición bajo la batuta de Evangelio, recientemente fallecido, se obtuvo el límite de gasto de 14.000 pesos y lo necesario para su perfección. Como esta cantidad no se había alcanzado, entendía que bajo ese argumento existía la obligación de poner en curso la paleta, el portón y de este modo, cerrar el pantano. Es decir, los procedimientos no seguirían la orden del Intendente del 14 de octubre de 1767 y la única tramitación que se aplicaría sería la de informar que debido a la muerte del anterior director se designó a Pedro de Haro como sustituto a cambio de una gratificación económica¹².

Escuchada la propuesta, la Junta expuso que el portón y el resto de obras urgentes prosiguieran como ordenó el Intendente, en cuanto a las restantes, a la postre más caras y que podían esperar, lo dejarían a opinión del Contador Fiscal José Benedito Herrero. Éste no tardó en poner en duda lo defendido por el Síndico, pues incidía en que ya estaba fijado desde Valencia

⁸ ACPAMPE, AA53/4, *Declaración de José Aznar, 26 de octubre de 1767*.

⁹ ACPAMPE, AA3/10, *El Intendente Andrés Gómez de la Vega a la Junta de Propios y Arbitrios de Elche, Valencia, 29 de octubre de 1767*, f. 2.

¹⁰ ACPAMPE, AA22/3, *Junta de 16 de noviembre de 1767. Copia de Gerónimo Ruiz, 19 de noviembre de 1767*.

¹¹ En cuanto a esta ilustre familia y su papel en la villa de Elche véase Ramón BALDAQUÍ ESCANDELL, *El Soler de Cornellà a Elx en el segle XVIII*, Elx, Ajuntament d'Elx, 1993; Ramón BALDAQUÍ ESCANDELL y Jesús PRADELLS NADAL, "La familia de don Leonardo Soler de Cornellà: un linaje de caballeros en Elche durante el siglo XVIII", *Revista de Historia Moderna. Anales de la universidad de Alicante*, n° 11, 1992, pp. 25-66; Armando ALBEROLA ROMÁ y Rosario DIE MACULET, "Una boda en la pequeña nobleza alicantina del Setecientos: los Soler de Cornellà y los Juan a través de su correspondencia", *Revista de Historia Moderna. Anales de la universidad de Alicante*, n° 13-14, 1995, pp. 253-312.

¹² ACPAMPE, AA22/3, *Junta de 16 de noviembre de 1767. Copia de Gerónimo Ruiz, 19 de noviembre de 1767*.

un protocolo tras la representación hecha por la villa, dado que solamente las más precisas se harían bajo la tutela del ingeniero. Además, anulaba cualquier nuevo pago, pues éste ya disfrutaba de un salario previo por la construcción del cuartel¹³.

La valoración de las reparaciones del pantano les fue encargada a José Irlles y a Javier Gomis, quienes en enero de 1768 dieron su dictamen teniendo muy presente la relación previa de Marcos Evangelio del 13 de mayo de 1767. En su valoración, el coste total de cantería y albañilería ascendía a 5.458 libras.

Cuadro 1. Reparaciones necesarias en el Pantano de Elche

Es preciso reparar la muralla o macho que sirve para abrir el portón y desembozar las paletas, por hallarse éste solo y sin abrigo. Además, en la muralla del pantano hay un quebranto en el macizo de ella lo que debe dimanar de existir dicha pared en 100 palmos de elevación siguiendo sus plomos hasta los 70 que se introducen por toda la pared y resanan en la contrabóveda, que sigue para abrir el portón y otras cosas necesarias a dicho pantano; ofreciendo por este motivo la mampostería de la muralla muy poca subsistencia, resultando de ello las aperturas de la pared y macho. Éstas caminarán hasta que siga la pared desde los 70 palmos que se halla a plomo hasta ponerla igual a la elevación en que al presente se halla la referida pared, enlosándose todo el macizo de la muralla para que las avenidas no la estropeen.
Está estropeado el enlosado de la salida del portón por habérselo llevárselo las aguas con la mampostería del cimiento de éste, en partes hasta 5 palmos de profundidad.
Se necesita reforzar la parte de Levante del pantano al arrimo de la casita, para resguardo de ésta y firmeza del ángulo de la antedicha pared.
Es preciso colocar cuatro filas de cantería al frontis del pantano que deberán correr por toda la pared, necesarias para la firmeza de la obra.
El agujero o caverna que Evangelio dice en su certificación, no es tan preciso como supone, por ser el monte tan firme como el mismo refiere, pudiendo hacer poco daño, ni aumentar las aguas que fluyen y mucho más ignorándose por donde transpiran; sin que varios maestros de la mayor habilidad lo hayan podido tapar, según lo oímos a nuestros mayores, y lo mismo pueden decir en los cuarenta años que trabajan ellos en obras del pantano.
Las obras que citan son necesarias para la solidez de la pared del pantano, pero no es tiempo preciso para hacer las importantes. Su sentir es que se hagan las más leves, que permita el tiempo y la elevación de las aguas; la pared y el resto de cosas se hagan a la entrada del verano, por lo que se preparen los materiales.

Elaboración propia. Fuente: ACPAMPE, AA53/4, *Certificación de José Irlles y Javier Gomis, 10 de enero de 1768*.

La situación se mantuvo congelada hasta la sesión de la Junta de Propios y Arbitrios del 11 de julio de 1768. El pantanero denunció que de la paleta vieja y del portón salía una gran copia de agua y que se necesitaba remediar, aunque fuera de manera provisional tapándolo con atocha hasta que se pudiera hacer el enlosado. Ante tal menoscabo, se acordó que la propuesta se cumpliera siguiéndose la orden del Intendente del 14 de octubre de 1767, pues entendían que no se debería dilatar más tiempo la actuación¹⁴.

Durante los meses de octubre y noviembre de 1768 se practicaron las obras en la entrada del portón, donde se halló un hoyo hecho por el agua que penetraba en los cimientos. Por este motivo, dicho agujero se eliminó y se llenó de mortero y cantos. El paso final fue formar la superficie de cantería.

¹³ ACPAMPE, AA22/3, *El Contador Fiscal a la Junta de Propios y Arbitrios de Elche, Elche, 20 de noviembre de 1767*.

¹⁴ ACPAMPE, AA3/10, *Junta de 11 de julio de 1768. Copia de Gerónimo Ruiz, 23 de diciembre de 1768*, ff. 9-9v.

Cuadro 2. Coste de la fábrica de la entrada al portón del Pantano de Elche

Intervención	Coste
Trabajos de cantería del 17 a 22 de octubre.	18 libras y 12 sueldos
Trabajos de cantería del 24 a 27 de octubre.	14 libras y 8 sueldos
Trabajos de albañilería del 24 a 27 de octubre.	5 libras y 4 sueldos
Trabajos de cantería del 31 octubre y 2 a 5 de noviembre.	24 libras y 10 sueldos
Trabajos de cantería de 7 a 12 de noviembre.	29 libras y 8 sueldos
2 menores y un peón que trabajaron 12 días.	4 libras y 16 sueldos
Trabajar y acomodar un tablón a la paleta vieja que despedía mucha agua.	1 libra
Mortero usado del propio pantano y en su arrimo.	Sin coste
Total	97 libras y 18 sueldos

Elaboración propia. Fuente: ACPAMPE, AA3/10, *Memoria del coste de la obra y demás necesario para hacer la entrada del portón del pantano propio de esta ilustre villa en que se ha vaciado el boyo que había hecho el agua de la que tenía remansada*, José Irlés, 20 de noviembre de 1768, ff. 3-3v.

Las 97 libras y 18 sueldos de esta obra fueron adelantadas por el encargado de la misma, José Irlés. Así que quedaba que el Ayuntamiento diera libramiento para su reintegro, tarea que no resultaría sencilla, como veremos. Puesto que tras recibir el Contador Fiscal la certificación anterior, éste puso reparos al faltar licencia del Consejo de Castilla o al menos del Intendente, ya que no consideraba esta obra como urgente y para colmo, necesitaba la aprobación del Alto Tribunal. Su interpretación se basaba en la segunda parte de la carta del 14 de octubre de 1767 y la del 29 del mismo, concerniente a las obras que encabezaba el ingeniero. Con el objeto de subsanar estas labores implementadas sin la justificación y diligencias necesarias previas, el Contador Fiscal reclamó a la Junta de Propios y Arbitrios que diera providencia para reparar el lance y remitir toda la documentación a Valencia para que todo se resolviera y se pudiera abonar a Irlés las monedas prestadas¹⁵.

El expediente se remitió en febrero de 1769 al Intendente, de quien se obtuvo respuesta el 16 de marzo. Éste subrayó que lo resuelto por la Junta el 11 de julio de 1768 no era acorde a lo ordenado, pues ni se hizo visura, ni capítulos, ni presupuesto, ni remate. Por ende, el Contador estaba acertado en las objeciones que expuso y dejaba en sus manos que se pagara el libramiento si las subsanaciones efectuadas eran válidas. Finalmente, este dinero se extraería del fondo de extraordinarios para las visuras necesarias en el pantano¹⁶.

Recibida la carta en Elche, el Ayuntamiento pidió opinión al Contador Fiscal de lo propuesto. Éste, tras volver a criticar lo practicado por la villa, entendía que no había ninguna

¹⁵ ACPAMPE, AA3/10, *El Intendente Andrés Gómez de la Vega a la Junta de Propios y Arbitrios de Elche, Valencia, 16 de marzo de 1769*, ff. 10-11.

¹⁶ ACPAMPE, AA3/10, *Representación de José Benedito Herrero, 5 de abril de 1768*.

obra en el presente de consideración de las que representaron, al haberse hecho ya todas. Además, aunque encontrara conformes las diligencias para subsanar el gasto de la intervención que inició el proceso, esta cantidad monetaria no podría librarse como sugería el Intendente de la caja propuesta, ya que no se había presentado lo conveniente con la claridad y formalidad debida, más aún tras haber tenido que lidiar el propio José Benedito Herrero con el Síndico Procurador General a tenor del expediente formado por el uso estas monedas. Por lo tanto, se rebotó la decisión final a la capital de la provincia¹⁷.

Las precipitaciones de otoño también repercutieron en la universidad de San Juan al quedar afectada la presa de Marchena. En julio de 1768, Miguel Francia, acompañado de Ignacio de Acuña, partió al lugar donde se ubicaba con la finalidad de proyectar una nueva retención dado que la existente había sido víctima del torrente. Tras analizar el terreno, Francia concluyó que era “difícil el formar obra precisa por donde se tenía fabricada de nuevo sin crecidísimos gastos”. No obstante, la presa antigua situada también en la rambla, soportó la crecida sin daños a la vista a pesar de tener 260 palmos de longitud. Con esta realidad, al experto le parecía más conveniente que si era menester formar nueva construcción fuera sobre ésta, pues con levantarle 4 palmos más sería suficiente para sacar las aguas¹⁸.

LA LLEGADA DEL ABASTECIMIENTO POTABLE A LA CIUDAD DE ORIHUELA

Durante la década de los setenta y los ochenta las tentativas destinadas a lograr el abastecimiento potable en diversas localidades del sur alicantino fueron una constante¹⁹. La ciudad de Orihuela dependía del río Segura a la hora del consumo potable. Sin embargo, uno de los inconvenientes que los oriolanos tenían era el abasto durante varios meses del año. En el estío los males provenían del descenso de caudal del río que provocaba el estancamiento y la fangosidad de su curso; mientras en invierno, las corrientes descendían turbias. A todo lo visto se sumaban los residuos de las industrias. La medida que se había implementado tradicionalmente era la de guardar el líquido elemento en tinajas y vasijas durante varios meses con el fin de que sus elementos nocivos quedaran en el poso y poderse consumir en los períodos donde el Segura no lo permitía. Ahora bien, los pobladores que no podían recurrir a este remedio bebían sin pureza y claridad.

Tras una primera parte de los setenta donde la sequía estuvo instalada²⁰, el descubrimiento en la falda del monte cercano al convento de San Francisco de una fuente en octubre de 1776 supuso un punto de inflexión. A principios de 1777 se comenzó a tantear la opción de trasladarla a la ciudad así que se iniciaron las inspecciones. Mientras tanto, se cedía su uso al convento cercano y en el caso de que finalmente se explotara y existiera algún sobrante, se daría preferencia a los religiosos sobre los remanentes²¹. Este nacimiento se encontraba muy próximo a la población y su calidad, abundancia y perennidad estaban aseguradas, pues tras ocho meses sin noticias del cielo, su curso no se había alterado. Bajo esta base, el cabildo extraordinario del 8 de julio de 1777 planteó que arrancaran las gestiones con el fin de que el Consejo de Castilla diera su brazo a torcer para su trasvase. La estrategia pasaba por formar un plan y tanteo del coste

¹⁷ ACPAMPE, AA3/10, *Declaración de José Benedito Herrero, 5 de abril de 1769*.

¹⁸ Archivo de la Acequia de Marchena [AAM], amx70-1.14, *Copia de la certificación de Miguel de Francia relativa a las reparaciones de la presa de Marchena una avenida, 31 de julio de 1768*.

¹⁹ Adrián GARCÍA TORRES, “Remedios técnicos a la sequía y esterilidad en las tierras meridionales valencianas: el fracasado proyecto de conducción de agua potable de las fuentes de Boriza y Urchel a la villa de Elche en el siglo XVIII”, en María José PÉREZ ÁLVAREZ y Alfredo MARTÍN GARCÍA (coords.), *Campo y campesinos en la España Moderna; culturas políticas en el mundo hispano*, León, Fundación Española de Historia Moderna, 2012, vol. 2, pp. 333-343.

²⁰ Armando ALBEROLA ROMÁ, *Quan la pluja no sap ploure. Sequeres i rinades al País Valencià en l'edat moderna*, Valencia, PUV, 2010, pp. 87-96.

²¹ Archivo Histórico de Orihuela [AHO], A217, *Actas Capitulares, sesión del 27 de enero de 1777*, ff. 33-34.

de la llegada del líquido elemento a la plaza principal de la ciudad, la de las Santas Justa y Rufina, e inclusive si la abundancia acompañaba, ampliar el surtimiento a otra zona. Esta misión se encomendó a José Manuel Balaguer, regidor perpetuo y catedrático de prisma de leyes, entre otros cargos²². Por otro lado, que el Ayuntamiento dispusiera de sobrante en la caja de Propios era todo un avance de viabilidad económica para el devenir de los acontecimientos.

Los argumentos previamente vistos se subrayaron mediante una relación de testigos pedida por Balaguer. De entre lo desarrollado, el testimonio que más información nos revela era el de José Sánchez y Antonio Alonso, maestros de obras, puesto que se encargaron del peritaje. La distancia entre el manantial y la plaza pública era de 1.540 varas, con una caída y descenso para su conducción y salida de 20 palmos, siendo otros tantos los que el agua podría elevarse. En cuanto a su traslado, dibujaron un mapa y tasaron los costes en 50.000 reales. Asimismo, los expertos recordaban que de momento se había canalizado por los vecinos hasta el Camino Real, mas era muy endeble y rodeado por monte y cascajo. Así que existía la posibilidad de que una abundante lluvia llenara los buques y modificara la salida principal que el venero tenía²³.

Cuadro 3. Tasación del coste de la conducción de la fuente de San Francisco a la ciudad de Orihuela

Casa en el nacimiento para la toma y resguardo.	
Obra del canal que se ha de hacer para la cañería.	
Abrir el buque, los arcaduces, el pilón, columna y figura que lo adorne en mármol o piedra.	
Segundo pilón para recibir los sobrantes de la primera fuente que debe servir como abrevadero.	
Total	50.000 reales

Elaboración propia. Fuente: AHO, F608/12, *Copia de la información suministrada por el señor Don José Manuel Balaguer como comisario de esta ilustre ciudad para la fuente de San Francisco a fin de implorar el permiso del Real Y supremo Consejo para su fábrica, Testimonio de José Sánchez y Antonio Alonso, 19 de septiembre de 1777.*

Esta documentación se remitió a Madrid el 12 de octubre y la resolución no se dilató, pues la Real Provisión de 14 de noviembre de 1777 concedía este deseo y ordenaba que se redactaran los capítulos para su subasta bajo la tasación fijada. De este acto se debería informar a las ciudades de Alicante y Murcia. El único filtro era que no podría participar ningún labrador. Una de las condiciones obligatorias sería que cada vez que se desarrollara un tercio de lo construido no se pagaría hasta reconocimiento de peritos con la misión de que siempre quedara el importe de una paga como vía de fianza. Una vez que el remate se hubiera producido, el Consejo de Castilla tendría en su mano el aprobarlo. Esta cuestión de no conceder ningún adelanto al principio de la obra podría causar que los postores no se animaran a participar, por lo que el Corregidor de Orihuela recomendó al Alto Tribunal una modificación, la cual fue escuchada.

Sin embargo, los problemas no iban a desaparecer puesto que la adjudicación fue un fracaso. Según el Corregidor oriolano y el marqués de Arneva, los maestros alarifes de la ciudad no tenían facultades económicas suficientes y ninguno entre ellos era experto en tal materia. Así que el 18 de febrero de 1778 éstos ofrecieron a Madrid que dejase la dirección bajo su tutela.

²² AHO, F608/12, *Copia de la información suministrada por el señor Don José Manuel Balaguer como comisario de esta ilustre ciudad para la fuente de San Francisco a fin de implorar el permiso del Real Y supremo Consejo para su fábrica, Testimonio de Manuel Martínez Arquez del Cabildo extraordinario del 8 de julio de 1777, 8 de julio de 1777.*

²³ AHO, F608/12, *Ibidem, Testimonio de José Sánchez y Antonio Alonso, 19 de septiembre de 1777.*

Además, propusieron que antes de la obra sólida se practicara otra de barro a modo de ensayo, que supondría cortos dispendios²⁴. A mediados de marzo, el poder central delegó en el Ayuntamiento la decisión final. Si ésta fuera positiva se tendría que desgranar de manera pormenorizada el experimento del conducto y su coste.

Con el apoyo del consistorio, se encargó al cantero alicantino José Gómez y al alarife oriolano Joaquín Serrano plasmar el plan. Su primera tarea fue analizar la distancia del recorrido hasta la plazuela de los Capuchinos y la composición del terreno por donde circularía el agua. Concluyeron que era imposible hacer ensayo para conocer la abundancia y la permanencia si no era con una obra firme, pues la provisional supondría mucha inseguridad al flujo, ya que parte se disgregaría. Por este motivo, apostaban por una construcción maciza que con los mismos materiales enlazaría en el futuro hasta la plaza de las Santas Justa y Rufina. Así pues, proponían que se formaran arcaduces de barro de cántaros cocidos sin barniz con 7 dedos de luz, componente que el propio Gómez había implementado en las fuentes de Alicante. Tras lo visto, calculaban en 1.500 libras el coste de las labores hasta el convento de los Capuchinos. En último lugar, ambos se ofrecían a trabajar en este deseo y dar corriente posteriormente al líquido elemento hasta la plaza de las Santas Justa y Rufina por las 5.000 libras que en primer lugar se tasaron²⁵.

La Real Provisión de 11 de marzo de 1780 aprobó la propuesta remitida. Una vez que se finiquitaran los trabajos, el Corregidor y el marqués de Arneva informarían de lo invertido y de la copia de agua que a la placeta de los Capuchinos llegaba. Los resultados fueron presentados el 1 de mayo de 1781. La intervención había sido un éxito pues brotaban 4 caños de flujo continuo en el pilón fijado en el fin del trayecto, cantidad que se consideraba suficiente para abastecer al núcleo urbano. En cuanto a los costes, estos habían sido mayores que los que inicialmente se esperaban, pues ascendían a 2.918 libras, 17 sueldos y 10 dineros. Tras este triunfo, los encargados del proyecto y el resto del Ayuntamiento ya planteaban ampliar el abasto a la plaza de las Santas Justa y Rufina, así como desviar un caño a la de Monserrate. En lo concerniente al importe, al ser una distancia parecida a la de la primera fase, las facturas serían del mismo tenor²⁶. En el mes de agosto de 1781, ante la inconsumible agua del Segura y la lejanía de la ubicación de la fuente potable para muchos vecinos, la ciudad decidió que el agente en la capital presionara con la misión de que el nuevo deseo obtuviera curso en Madrid²⁷.

El 28 de junio de 1783, el marqués de Arneva expuso al Consejo de Castilla la necesidad de agregar más agua a la fuente con el fin de que en los años más secos no hubiera problemas, no solo para el surtimiento en la ciudad, sino para los habitantes de la huerta, campo y lugares de partido, que estaban con sus aljibes bajo mínimos. Así que el noble deslizó que en el circuito que era de la ermita de San Cristóbal, situado en otra de las montañas contiguas de la ciudad, se podría unir al conducto un nacimiento cercano por un presupuesto muy escueto y con mucha facilidad por su proximidad y caída²⁸.

²⁴ AHO, F620/31, *Expediente de la obra de conducción del agua y construcción de la fuente y continuación de la obra hasta la plaza de Santa Justa y Rufina de la fuente de San Francisco, Proyecto de José Gómez, maestro cantero, y Joaquín Serrano, maestro alarife, Representación de Pedro Buonafede y el marqués de Arneva, Orihuela, 13 de febrero de 1778.*

²⁵ AHO, F620/31, *Ibidem, Relación de José Gómez y Joaquín Serrano, 5 de agosto de 1779. Copia de Manuel Martínez Arquez, 9 de agosto de 1779.*

²⁶ AHO, F620/31, *Ibidem, Representación de Pedro Buonafede, Francisco Maseres, Agustín Cámara, José Manuel Balaguer, marqués de Arneva y Manuel Martínez Arquez al Consejo de Castilla, Orihuela, 31 de mayo de 1781.*

²⁷ AHO, A221, *Actas Capitulares, sesión del 9 de agosto de 1781, f. 134.*

²⁸ AHO, F620/31, *Expediente de la obra de conducción del agua y construcción de la fuente y continuación de la obra hasta la plaza de Santa Justa y Rufina de la fuente de San Francisco, Representación del marqués de Arneva al Consejo de Castilla, Orihuela, 28 de junio de 1783.*

Cuadro 4. Inversión en la conducción de la obra de la fuente hasta la plaza de las Santas Justa y Rufina

Gasto	Coste
Albañiles.	27.776 reales y 19 maravedíes
Cantería.	26.007 reales y 7 maravedíes
Pilas, lozas y respiradores.	9.256 reales
Arcaduces.	13.066 reales y 20 maravedíes
Cañones de órgano para los subes y bajas.	1.272 reales y 6 maravedíes
El muchacho del remate de la fuente.	690 reales
Expediente.	336 reales
Escultor y hortelano.	420 reales
Empedrado.	118 reales y 20 maravedíes
Aceite para la laca.	5.415 reales y 14 maravedíes
Caños de bronce para chorrear la fuente.	186 reales
Madera comprada y alquilada, a más de otra alquilada.	1.520 reales y 32 maravedíes
Ripio para mampostear.	2.754 reales y 26 maravedíes
Dieta de los maestros de la cañería.	5.527 reales y 14 maravedíes
Cadenas para el ruedo de los pilares de la fuente.	714 reales y 31 maravedíes
Conducción de la tasa.	150 reales
Recibir y hacer medir toda la cal.	240 reales
Cal para toda la obra.	11.601 reales y 12 maravedíes
Arena para la cal.	2.018 reales y 13 maravedíes
Capazos para conducir el mortero, piedra y tierra.	251 reales y 8 maravedíes
Trabajo ajuste de las cuentas.	72 reales
Total	110.516 reales y 13 maravedíes

Elaboración propia. Fuente: AHO, F620/31, *Expediente de la obra de conducción del agua y construcción de la fuente y continuación de la obra hasta la plaza de Santa Justa y Rufina de la fuente de San Francisco, Cuentas de gastos de la obra de la fuente que se ha concluido en el presente año de mil setecientos ochenta y seis, Oribuela, 13 de febrero de 1786.*

Ante dicha petición, el Alto Tribunal reclamó opinión del Ayuntamiento de si la obra principal se debería hacer antes de la propuesta por Arneva o ambas a la vez²⁹. Tras recabarse el parecer del consistorio, el resultado fue la Real Provisión de 17 de junio de 1784 que concedió la licencia para proseguir el tránsito hasta la plaza de las Santas Justa y Rufina, dejándose una porción de agua en la de los Capuchinos para el disfrute de sus vecinos³⁰.

En los primeros meses de 1786 la construcción había finalizado con un desembolso de 110.516 reales y 13 maravedís, cantidad que de nuevo superaba con creces el gasto inicial planteado. Una vez aprobadas las facturas por la Junta de Propios, éstas ya estaban en condiciones de enviarse al Madrid para cerrar este capítulo.

LA ALERTA ANTE LA POSIBLE PLAGA DE LANGOSTA DE 1762 EN EL BAJO SEGURA

El trauma que supuso la plaga acaecida a mediados de la centuria³¹ despertó la inquietud de las poblaciones ante el temor de un nuevo *castigo divino*, pues los daños del último episodio estaban muy presentes en la memoria colectiva. Sobre esta base debemos asentar lo sucedido en 1762.

Callosa del Segura inició en junio de 1762 las medidas pues, “teniendo presente los perjuicios que causó en los antecedentes años la plaga de langosta”, había tenido noticia de que en los próximos términos de Almoradí y Benejúzar se hallaban manchas del ortóptero que cada año iban expandiéndose sin haberse tomado solución alguna, a lo que se sumaba que, al estar en lugares poco transitados, podían desarrollarse con total libertad. Sin embargo, los problemas también se focalizaban en Cox y los barrancos de Los Casales, Las Parras y otros inmediatos al camino que conectaba ambas poblaciones. Esta situación fue comunicada por el Síndico Procurador General de Callosa al Real Acuerdo de la Audiencia de Valencia con el deseo de que se dieran las órdenes necesarias para evitar cualquier expansión³². Este órgano decidió el 25 de junio que el Corregidor o el Alcalde Mayor de Orihuela en su defecto, averiguaran la copia de langosta y si el peligro era real, se aplicara sin dilación la Real Instrucción de 1755, manual dictado por el Consejo de Castilla para hacer frente al insecto en sus tres fases³³.

Enterado de la comisión, el Corregidor ordenó a los pueblos implicados un informe de la situación. Benejúzar argumentó que, tras reconocerse el término de campo, se hallaron “algunas manchitas de langosta crecida que le parece haber en todas ellas como dos medios, y por ser por al presente no han advertido daño alguno”³⁴. Almoradí expuso que tras haberse revisado los barrancos y las lomas, “solamente en las cercanías del señor Pedro Mártir y Bojares, que miran a la huerta, se han encontrado algunas porciones” las que a pesar de ser aladas, todavía brincaban

²⁹ AHO, F620/31, *Ibidem*, Real Provisión del 31 de julio de 1783.

³⁰ AHO, F620/31, *Ibidem*, Real Provisión de 17 de junio de 1784.

³¹ En lo relativo a la mayor plaga del acrido en el Setecientos en las tierras valencianas véase Armando ALBEROLA ROMÁ, *Catástrofe, economía y acción política en la Valencia del siglo XVIII*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1999, pp. 208-235; del mismo autor, “Procesiones, rogativas, conjuros y exorcismos: el campo valenciano ante la plaga de langosta de 1756”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, 21 (2003), pp. 383-410; y “Plagas de langosta y clima en la España del siglo XVIII”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 129 (invierno 2012), pp. 21-50; Cayetano MAS GALVÁN, “La gestión de la catástrofe. Acción estatal y lucha contra la plaga de langosta en las diócesis de Murcia y Orihuela (1756-1758)”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 129 (invierno 2012), pp. 51-86; Adrián GARCÍA TORRES, “Víctimas del medio: culpabilidad y auxilio del cielo frente a la catástrofe”, en Armando ALBEROLA ROMÁ (coord.), *Clima, naturaleza y desastre. España e Hispanoamérica durante la Edad Moderna*, Valencia, PUV, 2013, pp. 114-116.

³² AHO, D1076, 21, *Cometido del Real Acuerdo de la Audiencia de Valencia para que se haga averiguación si es cierto se experimenta alguna langosta en los términos de Almoradí y Benejúzar, Orihuela, 1762*, Representación de Pedro Gallego, Síndico Procurador General de Callosa del Segura, Callosa del Segura, 19 de junio de 1762, ff. 2-3.

³³ *Novísima recopilación de leyes de España*, Libro VII, Título XXXI, Ley VI, Madrid, 1805.

³⁴ AHO, D1076, 21, *Ibidem*, Francisco Campos a Tomás Giménez de Ibluzqueta, Benejúzar, 28 de junio de 1762, ff. 6-6v.

para desplazarse. Además, en las proximidades de las escoteras de Benejúzar, cercanas a la casa de Blas García, también vivían otros grupos. De todas formas, se subrayaba que esta especie de ortóptero no era perniciosa, sino que eran los langostines propios de estas tierras, ya que no tomaban asiento en las mieses, tampoco en la paja de las eras y como ejemplo paradigmático los panizos del citado García estaban sin mordeduras³⁵. Finalmente, Cox respondió de forma concisa que existían algunas manchas, pero sin provocar incidencia alguna a tenor de su cortedad³⁶. Aunque los datos recabados animaban a la tranquilidad, desde Valencia le fue encargado al Corregidor de Orihuela que aplicara la *Instrucción* como precaución a pesar de “lo inocente y en tan pequeñas manchas”³⁷.

Los trabajos de exterminio se desarrollaron en Benejúzar desde el 29 de junio al 20 de julio. Las cuadrillas estuvieron formadas normalmente como mínimo por 15 hombres, salvo el último día donde participaron 54. No obstante, no se pudo erradicar a todo el insecto pues desde Orihuela y Almoradí entraban ejemplares, así que mientras perviviera en el foco madre, la langosta continuaría apareciendo³⁸. En cuanto a Almoradí, las relaciones de los diputados de campo y moradores volvieron a insistir en que las manchas que actualmente se advertían eran de langostines que producía la tierra y no habían afectado a ningún cultivo³⁹. En Cox no fue necesario aplicar brazos humanos para dar muerte al insecto, dado que las manchas que en la sierra se encontraron habían sido pasto de las bandadas de gavinias⁴⁰.

CONCLUSIONES

Los tres casos tratados en este trabajo nos muestran cómo actuó la sociedad desde los recursos que la ciencia y la técnica del momento ofrecían para intentar frenar o al menos disminuir las consecuencias que los episodios climáticos y naturales adversos producían. Las reparaciones en el Pantano de Elche y la presa de Marchena tras la avenida del 1 de octubre de 1767 y la urgencia de las mismas, dejan claro el temor a perder el uso de las infraestructuras hidráulicas de las que dependían la mayoría de los agricultores para generar beneficios económicos y la masa jornalera para subsistir. La falta de precipitaciones en períodos de concatenadas sequías no solamente perjudicaba a la agricultura, sino que el abastecimiento potable tras el aumento poblacional pasó a ser una de las nuevas preocupaciones. El traslado del manantial de San Francisco al núcleo urbano de la ciudad de Orihuela es una muestra de otras de las necesidades que la sociedad del momento comenzó a reclamar. Por último, las plagas de langosta y su poder destructor en la economía agraria fueron otro foco de dificultades. Tras la plaga del ecuador de la centuria y las pérdidas económicas que supuso, no deben sorprender las reacciones tan extremas ante la aparición de nuevos ejemplares, aunque estos no fueran realmente peligrosos.

³⁵ AHO, D1076, 21, *Ibidem*, Francisco Girona de Pujalte a Tomás Giménez de Ibluzqueta, Almoradí, 30 de junio de 1762, ff. 6v-7v.

³⁶ AHO, D1076, 21, *Ibidem*, José Menargues y José Meseguer a Tomás Giménez de Ibluzqueta, Cox, ff. 7v-8.

³⁷ AHO, D1076, 21, *Ibidem*, Pedro Luis Sánchez a Tomás Giménez de Ibluzqueta, Valencia, 6 de julio de 1762, ff. 9-9v.

³⁸ AHO, D1076, 21, *Ibidem*, Certificación de Francisco Gombau del testimonio del Alcalde primero ordinario de Benejúzar Francisco Campos, Benejúzar, 22 de julio de 1762, ff. 10-11v.

³⁹ AHO, D1076, 21, *Ibidem*, Certificación de Juan García Mateos, Almoradí, 22 de julio de 1762, ff. 12-12v.

⁴⁰ AHO, D1076, 21, *Ibidem*, Certificación de Francisco Gálvez y Guillo, Cox, 26 de julio de 1762, ff. 13-13v.

EL DIFÍCIL EQUILIBRIO ENTRE SOLIDARIDAD FAMILIAR E INTERÉS INDIVIDUAL: LOS DESAFÍOS DEL PRIMER LIBERALISMO EN LA ESPAÑA DE COMIENZOS DEL SIGLO XIX¹

Cristina Ramos Cobano

Universidad de Huelva

El 28 de abril de 1838, el escribano público de Almonte agregó a los protocolos de la villa una escritura de convenio entre Felipe de Cepeda Ortiz y la hijastra de su difunta hermana Joaquina, por la que ésta renunciaba a todos los derechos que pudieran tocarle en la herencia de su madrastra a cambio de 20.000 reales y un par de fincas en una localidad vecina². El tenor del documento podría inducir a pensar que se trataba de un acuerdo amistoso y sencillo entre dos parientes bien avenidos, pero en realidad sólo era el punto final de una larga serie de agrias disputas que habían dividido a la familia al completo durante más de quince años, hasta el punto de poner en peligro el principio de responsabilidad colectiva y solidaria que garantizaba la debida reproducción del sistema familiar³. El origen de sus desavenencias era bastante simple: puesto que Joaquina de Cepeda había fallecido sin herederos forzosos y en su testamento había designado como heredero universal a su marido, éste se creyó siempre con derecho a recibir parte de la herencia de sus suegros, pero nunca logró que sus cuñados formalizaran la división de esos bienes, y de ahí la querella. Sería la hija de su primer matrimonio la que pondría fin al litigio en 1838, probablemente tras llegar a la conclusión de que ganaría más renunciando que si porfiaba por la vía judicial, y eso es lo que quedó registrado en la escritura que se formalizó en la notaría de Juan José Lagares.

Aunque en el fondo las disputas entre herederos eran bastante comunes en las familias de un cierto nivel económico, en las páginas que siguen trataremos de demostrar que este peculiar episodio en la historia de los Cepeda, por lo general poco proclives a tales desencuentros y mucho más discretos dirimiendo sus diferencias, sólo puede entenderse plenamente a la luz de la revolución legislativa del primer liberalismo, y en especial de las medidas adoptadas para liberalizar el mercado de la tierra y favorecer la progresiva injerencia del Estado en la esfera privada⁴. En qué medida esta legislación liberal influyó en la configuración de las relaciones

¹ Este artículo forma parte del proyecto de investigación «Familias e Individuos: Patrones de modernidad y cambio social (siglos XVI-XXI)», referencia: HAR2013-48901-C6-1-R, y ha sido posible gracias a la financiación concedida por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

² Transacción y convenio entre Felipe de Cepeda Ortiz y Soledad Cepeda Gómez, otorgada en Almonte el 28/04/1838 ante Juan José Lagares. Archivo de Protocolos Notariales de La Palma del condado (en adelante APNLPC), leg. 135, ff. 50r-55v.

³ Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, "Hacia una nueva definición de la estructura social en la España del Antiguo Régimen a través de la familia y las relaciones de parentesco", *Historia Social*, nº 21, 1995, p. 84; Jack GOODY, *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona, Herder, 1986 (1ª edición en Cambridge: Cambridge University Press, 1983), pp. 308-311; Juan HERNÁNDEZ FRANCO, "Consideraciones y propuestas sobre linaje y parentesco", en James CASEY y Juan HERNÁNDEZ FRANCO (coors.), *Familia, parentesco y linaje*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997, p. 21.

⁴ Conviene aclarar que los Cepeda eran una familia originaria de Ávila, pero radicada desde finales del siglo XVI en Osuna, donde se habían integrado en la élite local al servicio de los duques. En 1729, el segundogénito de la línea principal había abandonado la casa paterna para contraer matrimonio con una rica heredera en Villalba del Alcor, actual provincia de Huelva, y juntos habían dado comienzo a una nueva rama familiar que, casualmente, acabaría convirtiéndose en la principal de su linaje por extinción de la línea primogénita, y en ella sería en la que nacería Joaquina.

familiares en la España de comienzos del siglo XIX constituye, por tanto, el interrogante que vertebra esta investigación, cuya finalidad última no es otra que conectar con uno de los problemas clave de la historia de la familia, el de su supuesta “modernización”, procurando trascender los estrechos límites de una perspectiva autorreferencial⁵.

Habitualmente, los estudios sobre la conflictividad hasta mediados del XIX parten del análisis de los expedientes custodiados por la Real Chancillería competente, a pesar de que el funcionamiento de estos altos tribunales y la calidad de la información que proporcionan sus documentos distan mucho de ser los ideales, como en su día apuntó James Casey⁶. En este caso, sin embargo, parece que el enfrentamiento entre los herederos de Joaquina de Cepeda se mantuvo en la vía extrajudicial, por lo que no hay manera de acceder al testimonio de los pleiteantes para averiguar las razones por las que no pudieron llegar a un acuerdo amistoso, máxime cuando las demás escrituras notariales de la familia tampoco aluden a los motivos del enfrentamiento y tan sólo evidencian una escalada de la conflictividad a través de los años. Así pues, el único modo de desvelar la verdadera dimensión de la disputa pasa por rastrear las huellas documentales que los implicados dejaron en todo tiempo y lugar, reconstruyendo sus redes relacionales, descubriendo sus pautas de comportamiento e identificando sus estrategias de reproducción social para determinar qué se escondía tras la herencia de la desventurada Joaquina. Con este fin hemos aplicado a nuestro trabajo los principios metodológicos de la microhistoria y el análisis de redes, valiéndonos de la matriz biográfica para poder asomarnos a procesos históricos más amplios que trasciendan la experiencia personal de los propios protagonistas⁷. Por ello hemos analizado de manera intensiva toda la documentación relacionada directa o indirectamente con los implicados en esta disputa (escrituras notariales, documentación eclesiástica, escritos personales, actas municipales, etc.), tratando de superar el carácter fragmentario de las propias fuentes y recuperar así la complejidad de las relaciones que ligan a los individuos con la sociedad a través de ese hilo de Ariadna del que hablaban Ginzburg y Poni en su artículo de 1991: el nombre⁸.

La historia que hemos podido reconstruir de este modo habla de un enfrentamiento por la herencia de Joaquina de Cepeda, en efecto, pero también de una violación del principio de responsabilidad colectiva y solidaria de la familia que sólo fue posible dentro del nuevo marco legal del primer liberalismo, aunque para comprenderlo es necesario remontarse al origen de la disputa. Ciertamente es que rara vez puede fijarse una fecha de inicio para las enemistades familiares, porque en la memoria de los afectados tiende a encadenarse como injurias detalles que en principio habrían podido ser inocuos, y, en cualquier caso, para el historiador resulta extraordinariamente difícil sumergirse hasta tales profundidades. Tomando la evidencia documental, sin embargo, situaremos el punto de partida en el 24 de febrero de 1822, día en que Joaquina de Cepeda Ortiz contrajo matrimonio en Villalba del Alcor con su primo en cuarto grado, Antonio Cepeda Márquez (véase el árbol genealógico del anexo)⁹. En el seno de esta familia nada tiene de especial que los novios fueran parientes de sangre, porque los Cepeda llevaban casándose entre sí como poco desde 1714, cuando la tía abuela de Joaquina se desposó

⁵ Nara MILANICH, "Whither Family History? A Road Map from Latin America", *American Historical Review*, n° 112-2, 2007, pp. 447-449; Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Joan BESTARD CAMPS, "Introducción", en Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Joan BESTARD CAMPS (coords.), *Familias: Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 19-20.

⁶ James CASEY, "La conflictividad en el seno de la familia", *Estudis: Revista de historia moderna*, n° 22, 1996, pp. 23-24.

⁷ Bernard LEPETIT, "Architecture, géographie, histoire: usages de l'échelle", *Genèses*, n° 13, 1993, pp. 125-127; Jean QUATAERT y Leigh Ann WHEELER, "Individual Lives: Windows on Women's History", *Journal of Women's History*, n° 24-3, 2012, pp. 7-12.

⁸ Carlo GINZBURG y Carlo PONI, "El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico", *Historia Social*, n° 10, 1991, p. 67.

⁹ Expediente secreto para el matrimonio apostólico de Antonio Cepeda y Joaquina de Cepeda, 1822. Archivo Diocesano de Huelva (en adelante ADH), fondo histórico, sección Matrimonios Apostólicos, serie Villalba del Alcor, leg. 4, expediente n° 371.

con su propio primo en Osuna, de la que eran originarios, aparentemente porque su asidua comunicación había generado tales sospechas en el vecindario que sus familias se vieron obligadas a casarlos para salvaguardar el honor de la adolescente¹⁰. También era una práctica común entre los Ortiz de Abreu, pues para cuando se casaron los padres de Joaquina ya en tierras onubenses su rama materna se había visto envuelta como mínimo en diez procesos para lograr la dispensa ante la Curia, todos ellos por distintos grados de parentesco y siempre ganados tras pocas dilaciones¹¹.

La lógica que subyacía tras esta práctica no es difícil de adivinar: con independencia de los motivos que argumentaran para justificar tan flagrante violación de las prohibiciones eclesiásticas, es incuestionable que los matrimonios consanguíneos constituían un modo muy eficaz de remediar los efectos de un sistema de herencia que tendía a debilitar sus bases materiales con cada nueva partición: en efecto, considerando que las mujeres tenían los mismos derechos hereditarios que los varones, cuando tomaban esposo fuera de su parentela sustraían al patrimonio global de su familia la parte que les correspondía de sus legítimas, por lo que bien podía dársele por perdida, a no ser que en generaciones posteriores se produjera un nuevo acercamiento a través de un enlace consanguíneo. Casándose con un pariente dentro de los grados prohibidos, en cambio, su dote y todo cuanto debían heredar a la muerte de sus mayores continuaría en manos del grupo familiar, entendido éste como una red horizontal de parentesco¹². Olvidándonos por un momento de la interpretación economicista de los enlaces consanguíneos, la boda de Joaquina con su primo podía tener otro atractivo: el de acercar de nuevo a dos ramas familiares largo tiempo separadas y comprometidas en nodos relacionales diferentes, porque la de Joaquina, radicada en Villaba del Alcor, se había convertido en la nueva poseedora de los bienes materiales y simbólicos del linaje tras la extinción de la línea primogénita en 1779 y desde entonces se había embarcado en un proyecto de consolidación interna a base de reencadenar matrimonios consanguíneos, mientras que la de Antonio procedía del cuarto hermano de Juan Lucas de Cepeda Torres-Montes, bisabuelo de Joaquina, y en las tres últimas generaciones no había hecho más que redoblar sus vínculos de sangre con otra familia de Osuna, los Valdivia¹³.

En todo caso, la unión de Joaquina y Antonio no entraba dentro de lo aceptable según los cánones de la familia Cepeda: en primer lugar, no había justificación biológica posible para un matrimonio tan tardío, pues, por más que el esposo tuviera veintiocho años, esto no solucionaba la esterilidad de una mujer ya entrada en la cincuentena, por lo que nunca cumpliría la principal función del matrimonio en todo proyecto de perpetuación familiar: dar continuidad biológica al

¹⁰ Expediente secreto para el matrimonio apostólico de Gonzalo Francisco de Ayala y Teresa Francisca de Cepeda, 1714. Archivo general del Arzobispado de Sevilla (en adelante AGAS), sección Vicaría, serie Expedientes Matrimoniales, subserie Apostólicos, leg. 315, expediente n° 317.

¹¹ Expedientes secretos para los matrimonios apostólicos de Manuel y Ana Ortiz de Abreu con Elvira Bejarano e Ignacio Galindo Valcárcel, 1674-1675. ADH, fondo histórico, sección Matrimonios Apostólicos, serie Almonte, leg. 1, expedientes n° 31 y 34.

¹² Llorenç FERRER i ALÓS, "Comment se perpétuer? Systèmes successoraux et transmission patrimoniale dans l'Espagne du XVIIIe siècle", *Histoire & Sociétés Rurales*, n° 27, 2007, p. 53; Joan BESTARD CAMPS, "La estrechez del lugar. Reflexiones en torno a las estrategias matrimoniales cercanas", en Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Juan HERNÁNDEZ FRANCO (coords.), *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, Anthropos, 1992, p. 121; Dolors COMAS D'ARGEMIR, "Matrimonio, patrimonio y descendencia. Algunas hipótesis referidas a la península Ibérica", en Francisco CHACÓN JIMÉNEZ y Juan HERNÁNDEZ FRANCO (coords.), *Poder, familia y consanguinidad en la España del Antiguo Régimen*, Barcelona, Anthropos, 1992, pp. 158-162.

¹³ Expedientes secretos para el matrimonio apostólico de Antonio Valdivia y Teresa de Cepeda (1762), y para el de Luis Valdivia y María Josefa de Cepeda (1766). AGAS, sección Vicaría, serie Expedientes Matrimoniales, subserie Apostólicos, leg. 318, expediente n° 558, y leg. 319, expediente n° 590 bis; José SÁNCHEZ HERRERO, "Osuna. La villa y su gobierno ducal. la Iglesia y la religiosidad, 1695-1739", en Juan José IGLESIAS RODRÍGUEZ y Manuel GARCÍA FERNÁNDEZ (coords.), *Osuna entre los tiempos medievales y modernos (siglos XIII-XVIII)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995, p. 363.

grupo¹⁴. Por otra parte, el novio nada tenía para aportar a la familia de su segunda esposa: ni en el plano económico, porque carecía de caudal propio y además tenía a su cargo una hija pequeña a la que criar, ni en el social, pues, al descender de una rama separada del tronco principal hacía ya cuatro generaciones, carecía del prestigio de la línea de Joaquina. Tampoco parece probable que su interés fuera la compañía mutua, porque para ese fin debía de haber multitud de fórmulas distintas que chirriasen menos que el matrimonio, considerando que la edad de Joaquina hacía más apto para ella el papel de suegra que el de novia primeriza.

A la vista de todas estas consideraciones, no es de extrañar que semejante matrimonio se granjeara la inmediata repulsa de la familia de la novia por más que fueran parientes, pues, como ya apuntó Flandrin en su momento, “un consanguíneo, si no tenía el nivel social y la cultura exigible a los miembros de la familia, quedaba, sin duda, excluido de ella”¹⁵. Por ello, lo más probable es que los novios siguieran un cauce alternativo al habitual en el seno de la familia Cepeda a la hora de sentar las bases de una unión matrimonial, y, si por lo general los pormenores se decidían a puerta cerrada en la casa paterna, en este caso más bien habría que imaginar un noviazgo secreto, iniciado en alguna tertulia frecuentada por los dos interesados o a través de la sempiterna reja de las casas andaluzas¹⁶. Que no fue una unión bien vista en la familia lo demuestran varios detalles, comenzando por el hecho de que ninguno de los parientes de Joaquina se dignó a ser testigo en su boda, por lo que tuvieron que asumir dicho papel el presbítero Arana, el fraile Sebastián de León y el alcalde del crimen honorario, José Maceda¹⁷. Tan señaladas ausencias sólo pueden entenderse como un gesto simbólico de rechazo por parte de los propios Cepeda, ampliado automáticamente a la red social de la que formaban parte, porque en otras bodas celebradas poco antes o después de aquel enlace siempre hubo algún pariente destacado y varios representantes de las autoridades civiles y eclesiásticas. En segundo lugar, en cuanto falleció el padre de Joaquina, Vicente de Cepeda Osorno, se quebró la pátina de calma que disimulaba el torbellino de emociones contrapuestas en esta familia: así, “por interioridades y fines particulares que a ello los mueve”, según la acusación de la pareja, Manuel, Rafael y Felipe de Cepeda hicieron frente común para desoír las continuas reclamaciones de su hermana sobre la división del caudal de sus difuntos padres, reducido a los bienes libres tras la derogación a comienzos de 1824 del decreto que abolía los mayorazgos¹⁸.

Es de suponer que en esta actitud pesó mucho la decisión de Joaquina de nombrar por único y universal heredero a su marido, pero lo cierto es que los hermanos Cepeda tenían motivos fundados para actuar así, a la vista de los expeditivos métodos a los que recurrió su cuñado para hacer valer sus derechos como heredero en cuanto ella falleció, cuatro años después de sus nupcias¹⁹. Y es que, sin mediar advertencia, el viudo se apropió de algunas fincas que no estaban incluidas en el inventario *post mortem* de sus suegros ni se hallaban sujetas a vinculación, con la pretensión de “subsana en parte con su goce los perjuicios que se me ocasionaban por la proindivisión del caudal de los antedichos”. Las maniobras de los demás herederos no fueron menos agresivas, pues Manuel y Felipe de Cepeda trataron sin éxito de deslegitimar ante los tribunales los derechos de su cuñado sobre una pequeña huerta de frutales que Vicente le había

¹⁴ Expediente secreto para el matrimonio apostólico de Antonio de Cepeda Márquez y Joaquina de Cepeda Ortiz, 1821. ADH, fondo histórico, sección Matrimonios Apostólicos, serie Villalba del Alcor, leg. 4, expediente nº 371.

¹⁵ Jean-Louis FLANDRIN, *Orígenes de la familia moderna: la familia, el parentesco y la sexualidad en la sociedad tradicional*, Barcelona, Crítica, 1979 (1ª edición en París: Hachette, 1976), p. 14.

¹⁶ Andreas GELZ, *Tertulia: Literatur und Soziabilität im Spanien des 18. und 19. Jahrhunderts*, Frankfurt, Vervuert Verlag, 2006, pp. 53-57; Gerald BRENAN, *Al sur de Granada*, Madrid, Siglo XXI de España, 1984, pp. 290-308.

¹⁷ Matrimonio por palabras de presente de Antonio Cepeda Márquez y Joaquina de Cepeda Ortiz, oficiado el 24/02/1822 por Manuel María de Rivas. ADH, fondo parroquial, sección Libros en Depósito, serie Villalba del Alcor, caja nº 3, libro 6º de matrimonios, f. 235r.

¹⁸ Real Cédula de 11 de marzo de 1824.

¹⁹ Testamento de Joaquina de Cepeda Ortiz, otorgado en Villalba del Alcor el 27/03/1826 ante Juan José Trabado. APNLPC, leg. 1.687, ff. 24r-26v.

donado poco después del matrimonio, aprovechando que éste no había tenido tiempo de entregarle todos los títulos de propiedad antes de morir. Por su parte, Francisco de Cepeda Cepeda, primo hermano y a la vez sobrino de la difunta, no dudó un segundo en embargar al viudo varios muebles de la casa en la que vivía para cobrarse los reales que le adeudaba²⁰. Ni siquiera la muerte de Antonio en 1833 ayudaría a resolver tan agria disputa por la herencia de Vicente e Ignacia, pues a partir de entonces sería la hija de su primer matrimonio, Soledad Cepeda Gómez, quien durante años reclamaría la parte que aquél habría debido recibir como heredero universal de su segunda esposa, hasta que en 1838 finalmente se dio por vencida y llegó al acuerdo con Felipe de Cepeda con el que iniciamos este trabajo²¹.

Quizá toda esta animadversión resulte más comprensible si tenemos en cuenta que el matrimonio de Joaquina debió de celebrarse en contra de la voluntad expresa de sus parientes, porque todo indica que sus padres habían decidido mantenerla soltera y en la casa familiar para que hiciera compañía a su madre en la vejez²². Por supuesto, no hay una sola declaración explícita al respecto y en principio sólo podríamos suponerlo considerando la edad que tenía cuando contrajo matrimonio, pero un detalle resulta lo suficientemente esclarecedor como para afirmarlo así, y es que las tres hermanas que se casaron antes que ella recibieron en conjunto todos los bienes inmuebles que su propia madre había aportado a la comunidad conyugal en Villalba: así, a Teresa se le entregó una bodega situada en la calle del Palomar que originalmente había pertenecido a su bisabuela, y que de generación en generación había formado parte de la dote nupcial de cada sucesora²³. Lo mismo puede decirse de los doscientos olivos que recibió Dolores entre los sitios de las Ánimas, el Camino del Campo y los Damascos, mientras que las tres fanegas de tierra de labor que se le entregaron en la Vera del Lugar formaban parte del aumento de dote que en 1763 se le había hecho a su madre²⁴. Por su parte, Ana María recibió una finca en los Aguilones que su abuelo materno había adquirido en la década de 1740 y que luego había pasado a formar parte de la dote de su madre, pero también recibió nueve fanegas de labor junto a la senda de Santa Águeda que habían permanecido como mínimo cuatro generaciones en la familia, pues su madre las había recibido en 1763 como parte de su legítima materna, y la madre de ésta las había recibido a su vez en 1736 como herencia de su abuela, así que volvemos a encontrarnos con una propiedad que venía perteneciendo a la misma familia desde hacía más de medio siglo²⁵.

Para cuando se celebraron los esponsales de Joaquina, en cambio, el caudal de sus padres no podía afrontar una nueva dote por más que hubieran transcurrido tres décadas desde la última boda de un hijo suyo: durante aquellos años, en efecto, los vaivenes políticos de principios de siglo habían mermado considerablemente los activos del patrimonio familiar, sobre todo a raíz de la guerra con el francés, a lo que se sumaban las desventajas de que el grueso de la fortuna hubiera estado amayorazgado todo aquel tiempo, por la insuficiencia del capital líquido disponible. De hecho, el precario estado en que se hallaba la fortuna de Vicente de Cepeda por los condicionantes estructurales de la vinculación y los efectos de la guerra lo habían forzado a apoderar al menor de sus hijos para que invirtiera cuanto fuera posible y recuperase el valor de

²⁰ Testamento de Antonio de Cepeda y Márquez, otorgado en Villalba del Alcor el 12/03/1833 ante José María Trabado. APNLPC, leg. 1.688, ff. 55v-60v.

²¹ Transacción y convenio entre Felipe de Cepeda Ortiz y Soledad Cepeda Gómez, otorgada en Almonte el 28/04/1838 ante Juan José Lagares. APNLPC, leg. 135, ff. 50r-55v.

²² Ángel RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, "El poder familiar: la patria potestad en el Antiguo Régimen", en *Chronica Nova*, vol. 18, 1990, p. 371.

²³ Carta de dote de Teresa de Cepeda Ortiz, otorgada en Villalba del Alcor el 24/01/1782 ante Juan Alonso Ramírez. APNLPC, leg. 1.672, ff. 1r-7v.

²⁴ Carta de dote de María Dolores de Cepeda Ortiz, otorgada en Villalba del Alcor el 24/01/1782 ante Juan Alonso Ramírez. APNLPC, leg. 1.672, ff. 8r-17v.

²⁵ Carta de dote de Ana María de Cepeda Ortiz, otorgada en Villalba del Alcor el 16/04/1787 ante Juan Alonso Ramírez. APNLPC, leg. 1.674, ff. 123r-131v.

los mayorazgos que tenía repartidos por Sevilla y Osuna²⁶. Por tales motivos, no es de extrañar que fuera incapaz de dotar a su hija como correspondía a la calidad de su casa y que para compensarla le destinase como mejora testamentaria una cerca recientemente comprada al convento de monjas carmelitas de la villa, así como el usufructo de la mitad de la hacienda conocida como La Ruisa, en el término de la villa de Niebla, cuya renta anual de 8.000 reales debería de permitirle vivir cómodamente²⁷. Este gesto, que en principio parecería poco relevante, en realidad demuestra que Vicente de Cepeda jamás pensó en casar a ninguna otra de sus hijas, pues de lo contrario el principio de solidaridad familiar habría forzado un reparto equitativo de los bienes dotales de Ignacia entre todas ellas; y es que, como indicó Gérard Delille refiriéndose a la Apulia del siglo XVII, “dans la mesure du possible, on essaie de constituer la dot des filles à partir des biens dotaux de la mère, et de réserver les biens paternels aux garçons”²⁸.

En cualquier caso, Joaquina había sido deliberadamente excluida de la reserva femenina, y por ello no cabe duda de que la soltería era el destino que sus padres habían trazado para ella, aunque finalmente terminara por rebelarse; en nuestra opinión, de no haber sido así, el principio de solidaridad familiar habría forzado un reparto equitativo de los bienes dotales de Ignacia entre la totalidad de sus hijas desposadas, y lo más probable es que la hubieran casado mucho antes y con un hombre del agrado de su familia, pero todo parece indicar que Joaquina había sido destinada a la soltería. Se trataba éste de un estado en general poco deseable tanto para las afectadas como para sus familias, porque una mujer soltera no confería a sus parientes un prestigio semejante al del fuero eclesiástico, ni tenía las mismas oportunidades de hacerse con una posición de poder como cuando se ascendía en la jerarquía conventual, o de favorecer a su familia como podía hacerlo una madre superiora. Si retomamos el análisis puramente material, pocos atractivos ofrecía el celibato en el siglo frente al regular, pues ninguna ley obligaba a las hijas solteras a renunciar a sus legítimas como sucedía con las que tomaban el velo negro. Ciertamente es que su doncellez perpetua evitaba el engorroso deber de dotarlas conforme a su calidad, pero, a cambio, quedaba el riesgo de que decidieran dejar sus bienes a personas o instituciones ajenas a la familia y no a sus hermanos o sobrinos, porque eran completamente libres de hacer con su patrimonio lo que se les antojara cuando carecían de herederos forzosos. Eso sí, la soltería era un estado fácilmente mudable si llegaba la necesidad, no así los votos religiosos, lo que significaba que una hija abocada al convento nunca podría ser recuperada para tratar de asegurar la continuidad biológica de su familia, si por los reveses del destino fallecieran los hermanos a los que se había adjudicado tal función. Naturalmente, las limitaciones de la naturaleza femenina jugaban en su contra, pues superado un cierto umbral era imposible valerse de ellas para este fin, pero esto no quiere decir que no pudiera utilizárselas para una tardía alianza, aunque se supiera que no daría fruto. La única ventaja verdaderamente incontrovertible de la soltería femenina era su absoluta integración en la familia, ya que constituía una ayuda valiosísima para todos sus parientes, fuera como acompañante de sus padres ancianos, como encargada de la casa tras la muerte de la madre, la hermana casada o la cuñada, como responsable de los niños e incluso como sostén económico del hogar. Tan importante era su papel en la familia, que hay quien ha invertido los términos del dilema hasta plantearse, no sin cierta exageración, “why any family in the period would have let all its female members marry”²⁹. En el caso de la familia Cepeda, está claro que su poder económico les permitía prescindir de tales apoyos, pero, ante una prole femenina tan abundante como la de Vicente e Ignacia, la posibilidad de mantener a una hija

²⁶ Poder de Vicente de Cepeda y sus hijos a Felipe de Cepeda, otorgado en Villalba del Alcor el 16/10/1817 ante Juan José Trabado. APNLPC, leg. 1.686, ff. 120r-122r.

²⁷ Testamento de Vicente de Cepeda Osorno, otorgado en Villalba del Alcor el 21/10/1822 ante Juan José Trabado. APNLPC, leg. 1.686, ff. 65r-70v.

²⁸ Gérard DELILLE, “Dots des filles et circulation des biens dans les Pouilles aux XVIe-XVIIe siècles”, *Mélanges de l'Ecole française de Rome. Moyen-Age, Temps modernes*, n° 95-1, 1983, p. 208.

²⁹ Amy M. FROIDE, *Never Married: Singlewomen in Early Modern England*, Oxford, Oxford University Press, 2005, pp. 74-75.

soltera como solaz de sus padres en la vejez no deja de tener cierta lógica, sobre todo considerando que ya las mayores habían satisfecho las necesidades relacionales y de reproducción biológica de la familia, y que la cuarta hija había tomado el velo negro en el convento carmelita de Villalba del Alcor. Además, considerando las frecuentes ausencias de Vicente desde que asumió los mayorazgos de Osuna, resulta lógico que Ignacia quisiera tener junto a sí a la menor de sus hijas, sobre todo porque las otras tres fallecieron una tras otra de sobreparto y los varones vivían todos fuera.

En estas condiciones, lo verdaderamente sorprendente es que Joaquina de Cepeda terminara rebelándose y contrayendo matrimonio cuando el destino que le habían diseñado sus padres era el de permanecer soltera para siempre. Por aquel entonces hacía ya varios años del fallecimiento de su madre, acaecido en 1814, y, aunque no hay pruebas documentales, lo más probable es que Joaquina se mudara a Osuna para vivir con su padre porque, siendo soltera, resulta impensable que permaneciera en Villalba sin un pariente varón bajo el mismo techo. Debió de ser allí donde conoció al reciente viudo Antonio, que hasta poco antes había residido en Ardales, en la actual provincia de Málaga, pero nada de todo esto explica cómo pudo ser capaz de contravenir los deseos de su familia, aunque hubiera fallecido la madre a la que debía acompañar. Bien es sabido que, en un tiempo en el que el máximo ideal al que aspiraba toda familia era su reproducción, tanto desde el punto de vista biológico como atendiendo a las bases materiales e inmateriales de la propia posición social, rara vez eran los propios interesados quienes escogían el papel que les tocaba desempeñar en el proyecto de perpetuación familiar, porque *había* papeles diferenciales para multiplicar las posibilidades de éxito, y eso puede apreciarse a simple vista analizando tanto los matrimonios como las ordenaciones eclesiásticas de los Cepeda³⁰. Con quiénes se casaban, en qué convento profesaban o cuándo abandonaban el fuero eclesiástico también eran decisiones trascendentales que no podían someterse al arbitrio de los impulsos sentimentales o de las preferencias de cada uno. José María Imízcoz expuso muy bien la clave de la cuestión reflexionando sobre el funcionamiento de las redes sociales:

Cualquiera de los vínculos que aseguraban la supervivencia del individuo, le ataban al mismo tiempo estrechamente, le imponían una serie de normas y obligaciones estrictas que estaban por encima de su propia voluntad individual, obligaciones para con el grupo al que pertenecía y obligaciones para con los miembros del grupo o de la red social a los que estaba vinculados³¹.

No resulta fácil hoy en día comprender los mecanismos que garantizaban el buen funcionamiento de un sistema en el que la voluntad individual quedaba supeditada a la perpetuación de la comunidad familiar, pero en realidad la clave era bastante simple, pues dependía sólo de dos principios irrenunciables: el de la responsabilidad colectiva y solidaria de la familia y el de la patria potestad. Con respecto al primero, consistía en la percepción cultural de la familia como un instrumento insustituible para perpetuar la posición de dominio que distinguía a los grupos de poder y, a la vista de cuanto ha observado Jesús Cruz en la notabilidad madrileña del siglo XIX, sobrevivió incluso a las revoluciones burguesas que dieron pie al mundo contemporáneo³². No obstante, su origen se remonta a los comienzos de la modernidad, cuando la sangre y la pertenencia a un linaje empezaron a considerarse calidades distintivas para justificar las diferencias sociales y la hegemonía de una élite minoritaria que ya no podía imponer su

³⁰ Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, "Hacia una nueva definición...", op. cit., p. 78; Giovanni LEVI, *La herencia immaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990 (1ª edición en Turín: Einaudi, 1985), p. 54; Cristina RAMOS COBANO, *Familia, poder y representación en Andalucía: los Cepeda entre el Antiguo y el Nuevo Régimen (1700-1850)*, Huelva, Universidad de Huelva, 2012.

³¹ José María IMÍZCOZ BEUNZA, "Comunidad, red social y élites. Un análisis de la vertebración social en el Antiguo Régimen", en José María IMÍZCOZ BEUNZA (coord.): *Élites, poder y red social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996, p. 24.

³² Jesús CRUZ VALENCIANO, *Los notables de Madrid: las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000 (1ª edición en Cambridge: Cambridge University Press, 1996), p. 230.

dominio por la fuerza³³. Como consecuencia, cada uno de los miembros de un linaje participaba de la consideración que disfrutara su grupo colectivamente y, por lo mismo, cualquier honor o deshonor individual afectaba también al resto, de modo que se hacía necesario aceptar la solidaridad como el pilar maestro de las relaciones familiares. En la mayoría de los casos, por consiguiente, la primacía de los intereses del grupo estaba profundamente interiorizada en cada uno de sus miembros, aunque ello no garantizaba que la aceptación del destino individual fuera siempre completamente libre y espontánea³⁴. Para remediar posibles disidencias estaba el segundo principio del que hemos hablado, la patria potestad, que consistía en el ejercicio de un poder casi absoluto dentro de los confines de la familia, al que se sometían todos sus miembros y que era aceptado socialmente como componente inseparable de la mentalidad colectiva³⁵. Su resultado más inmediato era un dirigismo proyectado sobre los hijos, cuya voluntad quedaba anulada gracias a un delicado equilibrio entre sometimiento y dominación, entre aceptación e imposición: a favor de la primera jugaba la interiorización inconsciente, propia del *habitus* del que hablara Pierre Bourdieu, pero también el adoctrinamiento constante desde los pulpitos y la literatura³⁶.

Pese a la efectividad de este tipo de discursos en lo que respecta a la interiorización de la patria potestad, muchas eran las transgresiones y graves las heridas que éstas infligían al orden social, como se aprecia en la multitud de pleitos seguidos en los tribunales españoles por causa de los matrimonios contraídos clandestinamente en contra de la voluntad paterna³⁷. Para mantener el orden familiar que sustentaba el sistema, por tanto, era necesario garantizar el respeto a la patria potestad mediante fórmulas coercitivas y sancionadoras, competencia exclusiva de la jurisdicción secular, y así se hizo en todos los Estados modernos de la Europa occidental³⁸. En España, la prohibición de los matrimonios clandestinos y la definitiva sanción de la autoridad familiar llegaron sólo bajo el reinado de Carlos III, con la Real Pragmática de 23 de marzo de 1776, que dos años más tarde fue extendida también a Ultramar. Con ella se obligaba a que todos los hijos e hijas menores de 25 años obtuvieran el consentimiento paterno para casarse y, en su defecto, el de la madre, los abuelos o cualquier otro pariente cercano; para los que superasen aquel umbral no sería obligatorio obtenerlo, pero sí solicitarlo, so pena de fuertes sanciones pecuniarias cuyo efecto más inmediato era la degradación de su estatus. Por lo general se ha interpretado la promulgación de esta ley como un intento de salvaguardar la pureza de la nobleza, que, al parecer, se habría visto muy perjudicada por la profusión de matrimonios hipogámicos contraídos de forma clandestina. Sin embargo, autores como James Casey o Paloma Fernández han visto en esta ley más bien un intento por reforzar el control del cabeza de familia sobre el patrimonio de sus herederos, a fin de asegurar la correcta reproducción del grupo a despecho de los intereses individuales³⁹. La necesidad de afirmar el principio de la patria potestad precisamente entonces habría nacido de los disturbios sociales que sacudieron al país durante la década

³³ Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, "Hacia una nueva definición...", op. cit., p. 84; Jack GOODY, *La evolución de la familia...*, op. cit., pp. 308-311; Juan HERNÁNDEZ FRANCO, "Consideraciones y propuestas...", op. cit., p. 21.

³⁴ Renata AGO, "Jóvenes nobles en la época del absolutismo: autoritarismo paterno y libertad", en Giovanni LEVI y Jean-Claude SCHMIT (coords.), *Historia de los jóvenes. 1. De la Antigüedad a la Edad Moderna*, Madrid, Taurus, 1996, p. 395.

³⁵ Ángel RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, "El poder familiar...", op. cit., p. 367.

³⁶ Pierre BOURDIEU, "Les stratégies matrimoniales dans le système de reproduction", *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, n° 27, 1972, p. 1107.

³⁷ Para algunos ejemplos andaluces, véase James CASEY, "Le mariage clandestin en Andalousie à l'époque moderne", en Augustin REDONDO (coord.): *Amours légitimes, amours illégitimes en Espagne (XVIe-XVIIe siècles)*, Paris, Publications de la Sorbonne, 1985, pp. 57-68.

³⁸ Muriel ROLLAND, "L'exercice de la puissance paternelle sur les mineurs en Bretagne (1731-1789) ou les moyens d'éviter les mésalliances", en Christiane PLESSIX-BUISSET (coord.): *Ordre et désordres dans les familles. Études d'histoire du droit*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2002, p. 30.

³⁹ Paloma FERNÁNDEZ PÉREZ, "El declinar del patriarcalismo en España. Estado y familia en la transición del Antiguo Régimen a la Edad Contemporánea", en James CASEY y Juan HERNÁNDEZ FRANCO (coords.), *Familia, parentesco y linaje*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997, p. 380; James CASEY, *Historia de la familia*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990, p. 163.

anterior, con el consiguiente cuestionamiento de la autoridad, pero, sin duda, también influyó bastante el cambio que venía produciéndose en el clima ideológico desde mediados de siglo, pues incluso la propia Iglesia católica había empezado a cambiar su discurso a favor de la doctrina del libre consentimiento por otro más proclive a favorecer la del consentimiento paterno, hasta el extremo de que a finales de siglo abandonó por completo su papel de defensora de las parejas que querían casarse contra la voluntad de sus familias⁴⁰.

Como puede apreciarse, los medios que la jurisdicción secular proporcionaba a la familia para imponer su autoridad se limitaban a la esfera del matrimonio, pues las leyes no garantizaban a los padres el derecho de violentar a sus hijos para obligarlos a contraer matrimonio o para ingresar en la Iglesia; eso quedaba para la interiorización de la patria potestad y del supremo fin de la perpetuación familiar. Aun así, no por ello resultaba menos revolucionaria la iniciativa, pues era la primera vez que la política se inmiscuía sin cortapisas en la esfera de lo privado, amparándose en la “razón de Estado”. Por supuesto, una vez hollada la senda ya no se la abandonaría fácilmente, y entre 1796 y 1803 se promulgaron diversos decretos para abolir de manera definitiva la pena de cárcel con que se obligaba a los hombres a cumplir su palabra de matrimonio. El resultado, lógicamente, fue doble: por una parte, las mujeres que entregaban su honra amparadas en la promesa de futuros esponsales quedaron aún más desprotegidas si cabe; por otra, la patria potestad se vio reforzada, porque así se podía deshacer un noviazgo inconveniente sin que la mujer pudiera obligar a que se celebraran las nupcias prometidas⁴¹. A medio y largo plazo, las innovaciones legales sobre el consentimiento paterno y la libertad para romper la palabra de matrimonio afectarían sustancialmente tanto al principio de la responsabilidad colectiva de la familia como al de la patria potestad.

En todo caso, el sacrificio de los derechos individuales en aras del bien colectivo de la familia no podía forzarse invariablemente sin consecuencias, y es que la interiorización del valor supremo de la familia y el ejercicio de la patria potestad no garantizaban que sus miembros hallasen la felicidad desempeñando el papel que se les daba. Tampoco era ése el fin, en todo caso, y las disidencias normalmente se acallaban de tal modo que no es fácil encontrar traza alguna en la documentación, o al menos así es en la documentación de los Cepeda con anterioridad al siglo XIX. Una vez iniciado éste, en cambio, los malestares antes acallados pasaron a proclamarse abiertamente y la ciega obediencia en alguna ocasión se transmutó en abierto desacato, como parece ser en el caso de Joaquina. Naturalmente, sería ingenuo pensar que la revolución legislativa que se estaba produciendo motivó por sí misma tales transgresiones; a lo sumo, proporcionó los medios necesarios para que las contradicciones del sistema adquiriesen el protagonismo que hasta entonces se les había negado legalmente. No obstante, estamos hablando de una minoría muy específica dentro del grupo familiar de los Cepeda, porque hasta entonces la interiorización de la solidaridad familiar y los mecanismos coercitivos proporcionados por las autoridades civiles habían bastado para garantizar el correcto ejercicio de la patria potestad. Sin embargo, en realidad los Cepeda se hallaban sujetos a las mismas tensiones que estaban transformando la concepción tradicional de la familia en todo el occidente europeo, y así permiten afirmarlo las singulares circunstancias que rodearon al casamiento de Joaquina de Cepeda a comienzos de 1822, pues todo indica que el suyo era un matrimonio de conveniencia, sólo que en este caso no pretendía fortalecer las bases del grupo familiar, como el resto de las uniones programadas de los Cepeda, sino socavarlas por completo al amparo de la revolución que se estaba llevando a cabo en las Cortes.

En efecto, para comprender el verdadero significado de este matrimonio no hay que perder jamás de vista la fecha en la que se celebró: comienzos de 1822, en pleno Trienio Liberal. Por aquel entonces, las Cortes habían suprimido todos los tipos de vinculaciones posibles

⁴⁰ Paloma FERNÁNDEZ PÉREZ, *El rostro familiar de la metrópoli. Redes de parentesco y lazos mercantiles en Cádiz, 1700-1812*, Madrid, Siglo XXI, 1997, p. 67.

⁴¹ James CASEY, "Le mariage clandestin en Andalousie...", op. cit., p. 67.

mediante el decreto de 27 de septiembre de 1820, y esto cambiaba por completo las expectativas de sucesión entre los hijos de Vicente de Cepeda: así, el primogénito Manuel ya no sería el único beneficiario de los seis mayorazgos que aún poseía su padre, sino sólo de la mitad y bajo el régimen de bienes libres, porque el resto debería dividirse entre todos los herederos forzosos de Vicente a partes iguales, incluyéndolo también a él⁴². En consecuencia, además de sus legítimas, Joaquina heredaría una doceava parte de los mayorazgos paternos, lo que le auguraba una fortuna personal envidiable; he ahí el atractivo que sin duda vio su primo Antonio en ella. Las cuentas cuadran a la perfección: él carecía de medios económicos con los que sustentarse a sí mismo y a su hija, según declararía más tarde en su testamento, y ella carecía de herederos forzosos salvo su padre, pero, como éste era ya muy anciano, cabían muchas posibilidades de que falleciera de un momento a otro, y en ese caso Joaquina podría elegir libremente a sus herederos, incluido su viudo.

Si éstas eran las cábalas de Antonio Cepeda cuando inició el cortejo, desde luego no debieron de pasar desapercibidas a sus futuros parientes, pero no había forma legítima de que éstos impidieran la celebración de aquellas nupcias si así lo querían los novios, pues hacía mucho tiempo que Joaquina había superado el umbral de veinte años al que Carlos IV había rebajado la edad necesaria para que las mujeres pudieran casarse sin el consentimiento de sus parientes⁴³. Por otra parte, como aquel matrimonio no ofendía gravemente al honor de su familia ni perjudicaba al Estado, tampoco había motivo válido para recurrir a la justicia a fin de que ésta impidiese su celebración. El único modo en que Vicente de Cepeda pudo manifestar tácitamente su repulsa hacia aquel enlace fue negándose a acudir a la ceremonia y a través de las condiciones que impuso a la mejora testamentaria que hizo a nombre de Joaquina unos meses después de la boda, teóricamente para compensarla por la pobreza de su dote, lo que, por otro lado, quizá enmascaraba una artimaña para impedir que Antonio pasase a administrar los bienes dotaless como “marido y conjunta persona” de Joaquina: la primera era que La Ruisa sólo sería administrada por Rafael, el hermano de Joaquina, y, la segunda, que a su muerte la hacienda pasaría íntegramente a los hijos de sus difuntas hermanas, Ana María y Dolores, de forma que no podría dejársela en herencia a su marido⁴⁴. En cuanto a lo primero, constituía un claro desaire hacia su joven yerno que contrastaba abiertamente con el buen entendimiento que había reinado en su trato con el marido de su primogénita, a quien en 1794 había dado poder para que administrase todos sus caudales, fincas y tributos de Osuna mientras él se hallara ausente⁴⁵. El fideicomiso implícito en la segunda condición, por su parte, casaba perfectamente con el ambiente favorecido por las leyes seculares de finales del siglo XVIII, pues al fin y al cabo era una forma de fortalecer la autoridad del padre y su control del patrimonio familiar a despecho de lo que quisieran sus hijos, o, como en este caso, los consortes de sus hijos⁴⁶. Bien pensado, esta argucia le permitía proporcionar a Joaquina una renta más que adecuada para mantenerse conforme a la calidad de su sangre sin poner uno solo de los bienes familiares en manos de su advenedizo esposo, y su éxito quedó demostrado cuando la hijastra de Joaquina terminó desistiendo de sus derechos hereditarios después de años de inútiles reclamaciones y querellas interminables⁴⁷.

⁴² Bartolomé CLAVERO, *Mayorazgo. Propiedad feudal en Castilla, 1369-1836*, Madrid, Siglo XXI, 1974, pp. 367-370.

⁴³ M^a Ángeles ORTEGO AGUSTÍN, *Familia y matrimonio en la España del siglo XVIII: ordenamiento jurídico y situación real de las mujeres a través de la documentación notarial*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2000, p. 92.

⁴⁴ Testamento de Vicente de Cepeda Osorno, otorgado en Villalba del Alcor el 21/10/1822 ante Juan José Trabado. APNLPC, leg. 1.686, ff. 65r-70v.

⁴⁵ Poder para administrar y cobrar de Vicente de Cepeda Osorno, otorgado en Villalba del Alcor el 05/09/1794 ante Juan Alonso Ramírez. APNLPC, leg. 1.679, ff. 193v-195r.

⁴⁶ James CASEY, *Historia de la familia...*, op. cit., pp. 164-165.

⁴⁷ Transacción y convenio entre Felipe de Cepeda Ortiz y Soledad Cepeda Gómez, otorgada en Almonte el 28/04/1838 ante Juan José Lagares. APNLPC, leg. 135, ff. 50r-55v.

Como hemos tenido ocasión de ver, los acontecimientos se precipitaron a finales de 1822, cuando Vicente falleció y la sucesión patrimonial, que de por sí habría sido compleja en cualquier caso, dio pie a una auténtica guerra familiar en la que no se escatimaron impropiedades, acusaciones y ataques personales⁴⁸. Comoquiera que el caudal de la difunta pareja permaneció pro indiviso dos largas décadas, los efectos económicos de la desvinculación casi no se sintieron, pues en estas circunstancias los bienes permanecían inmovilizados por la falta de acuerdo entre los coherederos, aunque su administración quedó repartida entre los hijos varones⁴⁹. El resquebrajamiento del principio de la responsabilidad colectiva y solidaria de la familia ante la mayor conciencia de los derechos individuales de sus miembros, en cambio, se hizo patente a ojos vista⁵⁰.

Como es bien sabido, la real cédula de 11 de marzo de 1824 declaró nula toda la legislación desvinculadora y los efectos que se hubieran derivado de su cumplimiento: según rezaba el artículo primero, debían reponerse todos los mayorazgos y las demás vinculaciones “al ser y estado que tenían en 7 de marzo de 1820”, lo cual incluía la restitución de los bienes que se les hubiera desmembrado en virtud de las órdenes y decretos del gobierno constitucional⁵¹. Sin embargo, los Cepeda no habían hecho uso de los derechos que les daba la legislación desvinculadora y por este motivo su anulación no les supuso mayores problemas, así que los efectos de las tentativas abolicionistas resultarían sólo definitivos tras la muerte de Fernando VII, con el real decreto del 30 de agosto de 1836 y la ley de desvinculación del 19 de agosto de 1841. En virtud del primero quedaron restablecidas las medidas adoptadas durante el Trienio Liberal con objeto de satisfacer a los compradores de bienes vinculados cuyos intereses habían sido atropellados en 1824, mientras que la segunda ampliaba el número de supuestos en los que debía liberalizarse la propiedad, hasta eliminar por completo toda sombra de vinculación⁵². A corto plazo, las consecuencias de este proceso de privatización masiva de la propiedad se manifestaron en diversos frentes, pero el que nos interesa es la rapidez con que Felipe de Cepeda se apresuró a zanjar la disputa que los había enfrentado a él y a sus hermanos con los herederos de Joaquina, en aquel entonces reducidos a su hijastra Soledad y al marido de ésta como su representante legal, Luis de Valdivia⁵³. Esta voluntad de enmendar el pleito con la hijastra de su hermana obedecía sin duda a una notable transformación en la forma de concebir las rentas, pues ya no resultaba admisible el fenómeno de la irresponsabilidad patrimonial que iba aparejado a la sucesión vincular, signo más que evidente de los nuevos tiempos que corrían⁵⁴.

A la luz de cuanto hemos visto, que Joaquina de Cepeda se atreviera a contraer matrimonio a despecho de la oposición de su padre y hermanos constituye una deliberada quiebra de la solidaridad familiar, transgresión que, de por sí, habría podido producirse incluso sin la revolución legislativa que estaba teniendo lugar en aquellos años, considerando que los

⁴⁸ Testamento de Joaquina de Cepeda Ortiz, otorgado en Villalba del Alcor el 27/03/1826 ante Juan José Trabado. APNLPC, leg. 1.687, ff. 24r-26v.

⁴⁹ Obligación de Rafael de Cepeda Ortiz a la disposición testamentaria de su padre, otorgada en Villalba del Alcor el 16/04/1823 ante Juan José Trabado. APNLPC, leg. 1.687, ff. 28r-29v.

⁵⁰ Transacción y compromiso de don Felipe Cepeda Ortiz y otros, otorgada en Sevilla el 18/02/1842 ante Miguel González de Andía. Archivo de Protocolos Notariales de Sevilla (en adelante APNS), leg. 872, ff. 147r-162v; James CASEY, "La conflictividad en el seno...", op. cit., pp. 18-20; Paloma FERNÁNDEZ PÉREZ, "El declinar del patriarcalismo...", op. cit., pp. 379-380.

⁵¹ Bartolomé CLAVERO, *Mayorazgo. Propiedad feudal...*, op. cit., pp. 372-373.

⁵² *Ibidem*, pp. 378-383; Juan PRO RUIZ, "Las tierras de las ánimas ante el mundo moderno: una interpretación del proceso desamortizador de las capellanías en los siglos XVIII y XIX", en José Luis GONZÁLEZ PERALBO y otros (coords.), *In memoriam. Estudios dedicados a Antonio María Calero*, Pozoblanco (Córdoba), Ayuntamiento de Pozoblanco, 1998, p. 79.

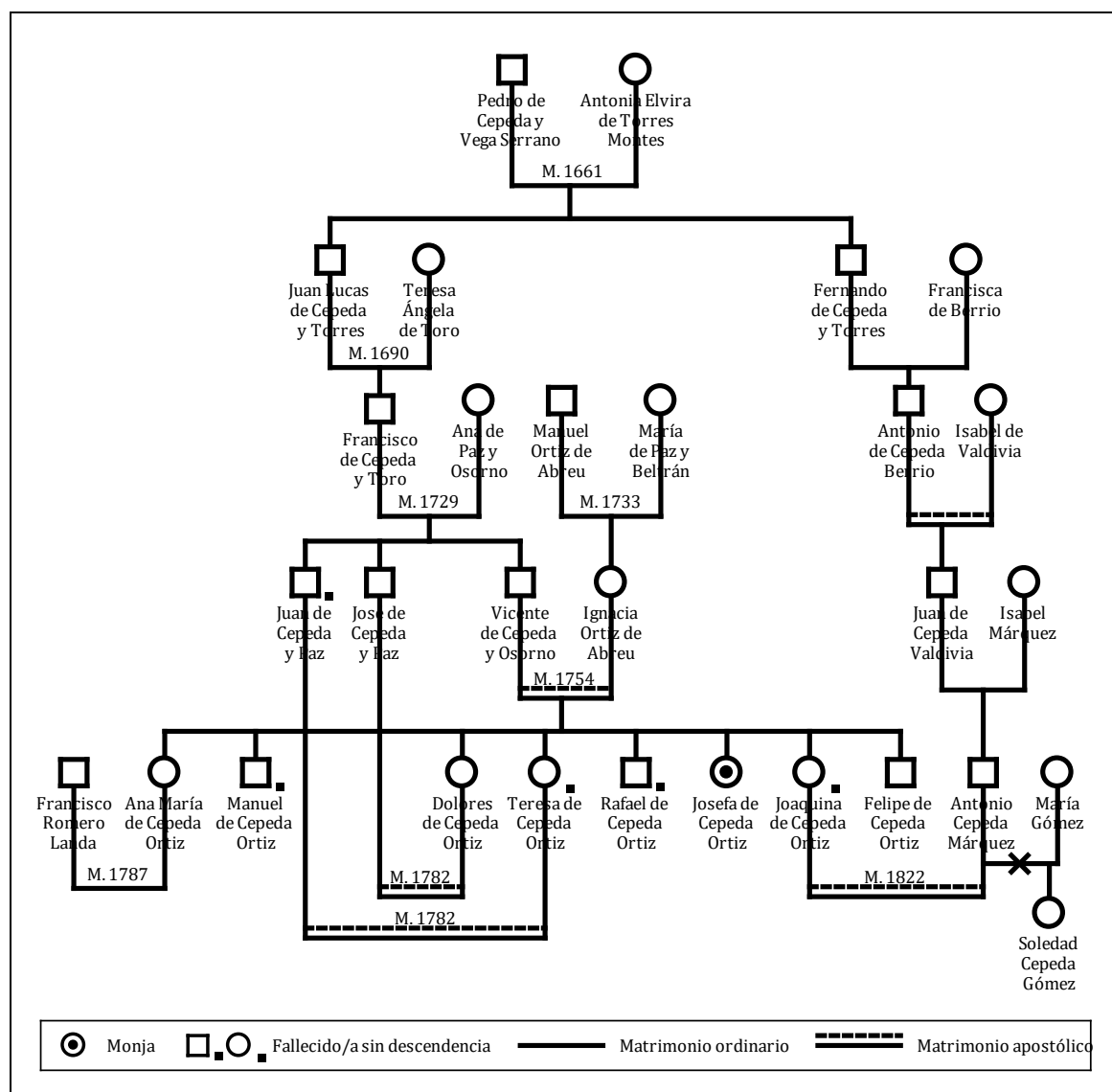
⁵³ Transacción y convenio entre Felipe de Cepeda Ortiz y Soledad Cepeda Gómez, otorgada en Almonte el 28/04/1838 ante Juan José Lagares. APNLPC, leg. 135, ff. 50r-55v.

⁵⁴ Juan CARMONA PIDAL, *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX: la casa de Alcañices (1790-1910)*, Ávila, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 2001, pp. 107-108.

mecanismos coercitivos habituales habían perdido vigor porque la ley permitía que las mujeres mayores de veinte años pudieran casarse sin el consentimiento de sus parientes⁵⁵. Ahora bien, no cabe duda de que aquel matrimonio se realizó únicamente por las expectativas generadas ante la extinción de los mayorazgos, prueba inequívoca del modo que en los aires liberales estaban afectando al orden tradicional con el que se habían regido las familias hasta entonces. Igualmente, la posibilidad de poner remedio al lamentable estado en que se hallaban las propiedades antes vinculadas fue la que indujo a Felipe de Cepeda a poner punto final al pleito por la vía de la negociación, por lo que, en definitiva, hemos de concluir que, si bien las novedades legislativas no motivaron en sí mismas las transgresiones evidenciadas en esta disputa, sí proporcionaron los instrumentos necesarios para que las contradicciones del sistema familiar cobrasen fuerza legalmente, hito inevitable en su proceso de modernización.

⁵⁵ M^a Ángeles ORTEGO AGUSTÍN, *Familia y matrimonio en la España...*, p. 92.

Anexo: Árbol genealógico de Joaquina de Cepeda Ortiz.



Fuente: Elaboración propia a partir de diversos documentos.

EL MATRIMONIO ENTRE CONSANGUÍNEOS Y AFINES. POLÍTICA Y PROCEDIMIENTOS PARA LA OBTENCIÓN DE LAS DISPENSAS EN EL SIGLO XIX

Margareth Lanzinger

University of Vienna

El matrimonio y el parentesco son relaciones sociales que han influido profundamente en la estructura de las sociedades europeas.¹ En el periodo entre 1215 y 1917 el derecho canónico prohibía el matrimonio entre consanguíneos y afines hasta el cuarto grado.² Sin embargo, al otorgar las dispensas, la iglesia católica estaba facilitando la herramienta misma para eliminar los respectivos impedimentos a unas condiciones determinadas.³ Según unas investigaciones realizadas en distintas localidades y regiones europeas, a partir de mediados del siglo XVIII —o a lo sumo desde finales de siglo— los proyectos matrimoniales entre parientes afines y consanguíneos aumentaron marcadamente.⁴ Ese aumento pero no se produjo en la misma medida en todos los lugares, un resultado que sigue sin hallar una explicación.⁵ Según una investigación que he concluido recientemente, hay que tener en cuenta que las políticas que regían el procedimiento para la obtención de las dispensas en las diócesis católicas eran muchas.⁶ Al parecer las formas de tratar las instancias de dispensa, la decisión de mandar o no una instancia a Roma y de encomendarse para que ésta fuera acogida, diferían mucho entre una diócesis y otra.⁷ Esta variedad de actitudes incidió tanto en las probabilidades de obtener una dispensa como en el éxito de las distintas tácticas a las

¹ Cf. Daniela LOMBARDI, *Matrimoni di antico regime*, Bologna, il Mulino, 2001; David WARREN SABEAN, Simon TEUSCHER y Jon MATHIEU (eds.), *Kinship in Europe. Approaches to Long-Term Development (1300-1900)*, New York/Oxford, Berghahn, 2007.

² Cf. Jack GOODY, *La evolución de la familia y del matrimonio en Europa*, Barcelona, Herder, 1986 [orig.: *The Development of the Family and Marriage in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983].

³ Cf. A[dhémar] ESMEIN, *Le mariage en droit canonique*, vol. 2, Paris, Larose et Forcel, 1891; Arturo Carlo JEMOLO, *Il matrimonio nel diritto canonico. Dal Concilio di Trento al Codice del 1917*, Bologna, il Mulino 1993.

⁴ Cf. André BURGUIERE, “«Cher Cousin»: Les usages matrimoniaux de la parenté proche dans la France du 18^e siècle”, in *Annales Histoire, Sciences Sociales*, 52, 6, 1997, 1339-1360; Jean-Marie GOUESSE, “Mariages de proches parents (XVI^e-XX^e siècle). Esquisse d’une conjoncture”, in: *Le modèle familial Européen. Normes, déviances, contrôle du pouvoir. Actes des séminaires organisés par l’École française de Rome et l’Università di Roma*, Roma, École française de Rome, 1986, pp. 31-61; Gérard DELILLE, *Famille et propriété dans le Royaume de Naples (XV^e-XIX^e siècle)*, Rome/Paris, Écoles françaises de Rome, 1985, pp. 369-370; Raul MERZARIO, “Terra, parentela e matrimoni consanguinei in Italia (secoli XVII-XIX)”, in: Marzio BARBAGLI y David I. KERTZER (eds.), *Storia della famiglia italiana 1750-1950*, Bologna 1992, pp. 253-272; David WARREN SABEAN, *Kinship in Neckarhausen, 1700-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, pp. 429-430; Jon MATHIEU, “Kin Marriages. Trends and Interpretations from the Swiss Example”, in: David Warren Sabean, Simon Teuscher y Jon Mathieu, *Kinship in Europe* [...] op. cit, pp. 211-230; Ida FAZIO, “Parentela e mercato nell’isola di Stromboli nel XIX secolo”, in: Renata AGO y Benedetta BORELLO (eds.), *Famiglie. Circolazione di beni, circuiti di affetti in età moderna*, Roma, Viella, 2008, pp. 141-181; Edith SAURER, “Belles-mères et beaux-fils. Au sujet du choix du partenaire en Autriche vers 1800”, in *Annales de démographie historique*, 1998, 59-71.

⁵ Gérard DELILLE, “Evolution within Sibling Groups from One Kinship System to Another (Sixteenth to Nineteenth Century)”, in: Christopher H. JOHNSON y David WARREN SABEAN (eds.), *Sibling Relations & the Transformation of European Kinship 1300-1900*, New York/Oxford, Berghahn, 2011, pp. 145-163, pp. 159-160.

⁶ Margareth LANZINGER, “Consanguinei e affini nella diocesi di Bressanone: la prassi ottocentesca delle dispense”, in: Renata Ago y Benedetta Borello, *Famiglie* [...] op. cit, 285-313; EAD., *Verwaltete Verwandtschaft. Eheverbote, kirchliche und staatliche Dispenspraxis im 18. und 19. Jahrhundert*, Wien/Köln/Weimar, Böhlau (será publicado en primavera de 2015).

⁷ En la investigación arriba mencionada se comparó el procedimiento de dispensa en cuatro diócesis: Bresanona, Coira (Suiza), Salzburgo y Trento.

que recurrían las parejas emparentadas. Por tanto, el objetivo de esta comunicación es el de establecer las conexiones entre la política de las dispensas, el proceso administrativo y la forma de plasmar las instancias de dispensa.

La presente contribución versa en aspectos del procedimiento y de la política de las dispensas en la diócesis de Bresanona, que en el siglo XIX incluía parte del actual Tirol del Sur, casi todo el Tirol austríaco y el Vorarlberg, en la frontera con Suiza. La diócesis estaba dividida en 26 decanatos que más tarde se convirtieron en 28. El Vorarlberg fue además vicariato general, una instancia intermedia entre los decanatos y el consistorio episcopal de Bresanona. El material que aquí se examina se refiere a las dispensas papales, es decir las dispensas de los impedimentos matrimoniales de parentesco entre cuñados o de sangre cercanos, que en la diócesis de Bresanona llegaron hasta el segundo y tercer grado desigual. Los grados desiguales son los que resultan de distintos niveles generacionales, por ejemplo, el de un hombre que quiere casarse con la hija de un primo suyo. En las diócesis de Salzburgo y Trento los propios obispos estaban autorizados a conceder las dispensas para el segundo y el tercer grado desigual durante unos periodos determinados y en virtud de las denominadas facultades quinquenales.⁸ La investigación se centraba en la diócesis de Bresanona, pero se han estudiado también unas muestras de las diócesis fronterizas de Coira (Suiza), Salzburgo y Trento desde una perspectiva comparativa para detectar diferencias tanto a nivel administrativo como a nivel de las instancias de dispensa como fuente.

La correspondencia de la que disponemos, relativa a la diócesis de Bresanona, se refiere al periodo entre 1831 y 1910. A partir del 1890 faltan, pero los comentarios y las respuestas del consistorio obispal; por eso el banco de datos –que incluye casi 2.150 casos– llega hasta este año. Por todo lo que se refiere al periodo anterior, por un lado tenemos los registros que contienen algunas informaciones sobre las dispensas concedidas: nombre de los novios, sus respectivos grados, los decanatos de pertenencia e institución que ha concedido la dispensa.⁹ De esta documentación se deduce por ejemplo que en los años difíciles, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX –con guerras y cambios en el poder– la mayoría de las instancias de dispensa en grados cercanos o en casos más difíciles –que al fin y al cabo en aquella época eran pocas– no se transmitían a Roma sino a la nunciatura apostólica de Viena.¹⁰ Por otro lado, contamos también con la correspondencia habida entre distintas autoridades civiles que desde 1783 en adelante –a partir de la Ley Matrimonial (*Ehepatent*) promulgada por José II– formaban parte de los procesos administrativos de las dispensas en grados cercanos.

Esta contribución intenta ofrecer en primer lugar una idea de las posibles consecuencias de la competencia entre derecho canónico y derecho civil en el ámbito de las dispensas en el área austríaca, y en segundo lugar examinar las lógicas que concurrían en el proceso, las diferentes *constelaciones de parentesco* de los novios y las trabas específicas que aparecieron en los circuitos administrativos. Por último, cabe preguntarse en qué medida el procedimiento altamente estricto del consistorio episcopal de Bresanona incidió no sólo en el número de dispensas concedidas sino también en el número de solicitudes realizadas que han dejado una huella en los archivos. Todo ello lleva a la conclusión de que no tiene mucho sentido comparar sólo números y porcentajes. La comparación hay que hacerla a nivel mucho más contextualizado, es decir teniendo en cuenta las

⁸ Cf. en general Leo MERGENTHEIM, *Die Quinquennalfakultäten pro foro externo. Ihre Entstehung und Einführung in deutschen Bistümern*, vol. 2, Stuttgart, Union deutsche Verlagsgesellschaft, 1908 [reimpresión: Amsterdam, Schippers, 1965].

⁹ Diözesanarchiv Brixen – Archivo Diocesano de Bresanona (DIÖAB), Registratura Dispensation[um] Matrimonial[ium] anno 1753 usque ad annum 1768; *ibidem*, Dispensationes matrimoniales ab anno 1774 usque ad annum 1794 inclusive; *ibidem*, Dispensationes matrimoniales ab anno 1795 usque ad annum 1829 inclusive.

¹⁰ Cf. en general Umberto DELL'ORTO, *La nunziatura a Vienna di Giuseppe Garampi 1776-1785*, Città del Vaticano, Archivio Vaticano, 1995.

lógicas de los protagonistas en las parroquias y sobre todo en los consistorios episcopales, así como la *política pontificia*, en particular de Gregorio XVI (1831-1846), y los circuitos específicos administrativos.

COMPETENCIA ENTRE NORMAS

En el siglo XIX las diócesis de Bresanona, Salzburgo y Trento pertenecían al imperio austríaco. En este contexto las diferencias entre el derecho canónico y el derecho civil eran considerables. A partir de finales del siglo XVIII las relaciones entre Estado e Iglesia se vieron marcadas por una serie de divergencias. Las grandes reformas del Estado y las nuevas codificaciones legislativas afectaron también al ámbito del derecho matrimonial, por lo que ya se preveían los inevitables conflictos con la Iglesia que alcanzaron su culmen con las reformas de José II.¹¹ Las fuentes sobre las dispensas matrimoniales ponen de manifiesto que el ordinariato episcopal de Bresanona tenía una marcada tendencia a actuar según el derecho canónico, ignorando al máximo el derecho civil, igual que los obispos de las diócesis fronterizas, aunque éstos actuaron de forma menos impetuosa.¹² La Ley Matrimonial de José II del 16 enero de 1783 y el Código Civil de 1811, limitaron los impedimentos matrimoniales entre consanguíneos y afines hasta el segundo grado en lugar del cuarto previsto por el derecho canónico.¹³ Sin embargo en la Ley Matrimonial se añadió un párrafo por el cual a los obispos se les otorgaba el poder de conceder dispensas por encima del segundo grado si así lo requería una pareja por motivos de “una conciencia demasiado tierna”.¹⁴

Sin embargo en la Diócesis de Bresanona se actuaba como si la dispensa en tercer y cuarto grado fuera obligatoria y no se tratara de una decisión personal por motivos de conciencia.¹⁵ En los archivos diocesanos de Salzburgo y de Trento se guarda una nutrida correspondencia relativa a las dispensas de tercer y cuarto grado habida a lo largo de todo el siglo XIX. Como no había posibilidad de contraer matrimonio civil –en Austria se introdujo sólo en 1938 con la anexión– durante todo el siglo XIX la Iglesia tenía el pleno control sobre los matrimonios y era muy difícil eludirlo.

Más aún pesaba la obligación de los obispos de conceder las dispensas en grados cercanos en virtud de su propia autoridad, es decir sin recurrir a la Dataria o a la Penitenciaria Apostólica de Roma respectivamente. El efecto de esta última normativa fue que a partir de 1783 y a lo largo de más de veinte años, en esta zona ya casi no se concedían dispensas en grados cercanos de parentesco.¹⁶

¹¹ Cf. en general Wolfgang SCHMALE, Renate ZEDINGER y Jean MONDOT (eds.), *Josephinismus – eine Bilanz / Échecs et réussites du Joséphisme*, Bochum, Winkler, 2008; Helmut REINALTER (ed.), *Josephinismus als Aufgeklärter Absolutismus*, Wien/Köln/Weimar, Böhlau, 2008.

¹² Cf. Margareth LANZINGER, “Staatliches und kirchliches Recht in Konkurrenz. Verwandtenenehen und Dispenspraxis im Tirol des ausgehenden 18. Jahrhunderts”, in *Geschichte und Region / Storia e Regione*, 20, 2, 2011, pp. 73-91.

¹³ Cf. Johannes MÜHLSTEIGER, *Der Geist des Josephinischen Ehegesetzes*, Wien/München, Herold, 1967.

¹⁴ Hofentschließung [decisión de la corte], 6 de marzo 1783, citado de Joseph KROPATSCHEK, *Handbuch aller unter der Regierung des Kaisers Joseph II. für die k. k. Erbländer ergangenen Verordnungen und Gesetze in einer systematischen Verbindung*, vol. 2, 1780-1784, Wien, Moesle, 1785, p. 170.

¹⁵ Cf. Hofdekret [decreto de la corte] de 4 de septiembre 1783, citado de Adalbert Theodor MICHEL, *Beiträge zur Geschichte des österreichischen Ehegesetzes*, Graz, Universitätsbuchhandlung von Leuschner & Lubensky, 1870, p. 25; Tiroler Landesarchiv – Archivo Histórico Tirolés (TLA) Innsbruck, Jüngeres Gubernium, Hauptgruppe 57 Placetum Regium, 1790-1793, fasc. n° 1.622, 1792, n° 12.

¹⁶ Verordnung [reglamento], 4 de septiembre 1781, in: *Sammlung der Kaiserlich-Königlichen Landesfürstlichen Gesetze und Verordnungen in Publico-Ecclesiasticis vom Jahre 1767 bis Ende 1782*, Wien, Trattner, 1782, p. 132; TLA Innsbruck, Jüngeres Gubernium, Hauptgruppe 57 Placetum Regium, 1790-1793, fasc. n° 1.622, 1790, n° 1, Bericht “Geistliche Sache” [informe “Causa eclesiástica”], 25 de febrero 1790. Cf. Margareth LANZINGER, “Mariages entre parents, l'économie de mariage et le « bien commun »: la politique de dispense de l'Etat dans l'Autriche de l'Ancien Régime finissant”, in: Anna BELLAVITIS, Laura CASELLA y Dorit RAINES (eds.), *Construire les liens de famille dans l'Europe moderne*, Clamecy, Presses Universitaires de Rouen et de Havre, 2013, pp. 69-83.

Después de una fase de predominio del derecho civil, desde 1783 hasta comienzos del siglo XIX, en la diócesis de Bresanona —a diferencia de la diócesis de Trento, por ejemplo— la Iglesia volvió a ser la institución central para el procedimiento administrativo de las instancias de dispensas, y no —según lo oficialmente previsto— las administraciones de los distritos (*Kreisämter*). El procedimiento *normal* de la instancia de dispensa en la diócesis de Bresanona volvió a ser la que empezaba por el párroco, que la encomendaba al decano, quien a su vez la transmitía al consistorio que —en los casos prometedores— la enviaba por último a Roma. Hasta el concordato de 1855,¹⁷ para parentescos (incluidas las relaciones de afinidad) de primer y segundo grado, reconocidos como impedimentos al matrimonio también por la ley civil, además de la dispensa papal era necesaria una dispensa política de parte del gobierno regional.

De esta forma el consistorio estaba obligado a contactar con el gobierno regional. Para obtener esta dispensa política, el consistorio de Bresanona mandaba una carta bastante breve con información general sobre la pareja y los motivos de su proyecto matrimonial. Nunca, por ejemplo, contenía información sobre el embarazo de la novia. Hay un caso documentado, una historia muy larga caracterizada por varios intentos de obtener una dispensa en un lapso de al menos siete años, entre 1841 y 1848, en el que el gobierno regional solicitó al consistorio el expediente con los documentos correspondientes. El novio, el viudo Johann Georg Kropf, un comerciante de vino y de productos alimentarios de Elbigenlap (Tirol del Norte), después de haber sido rechazadas varias instancias, envió una súplica al emperador. Mediante este escrito, Kropf solicitaba su autorización para casarse con su cuñada de primer grado Katharina Lumper. Se trataba de un camino y un instrumento absolutamente inusuales en la diócesis de Bresanona. Pero la súplica fue devuelta, y no al novio, sino al gobierno regional que posteriormente quiso que se le informara sobre las circunstancias exactas del caso. La carta del gobierno regional no se encuentra en la correspondencia, pero su contenido se puede deducir de la respuesta: el consistorio de Bresanona contestó que se trataba de información secreta, de un asunto de conciencia, ya que consistía en las declaraciones verbales de la novia, del novio y de los testigos en el examen matrimonial jurado.¹⁸ Aquí el secreto de confesión se utilizó como instrumento de cerrazón y de poder.¹⁹

Si una pareja —y por lo general se trataba de parejas rechazadas por el consistorio— dirigía su instancia de dispensa al gobierno regional o a una institución civil dependiente del gobierno regional como táctica y como alternativa, el consistorio episcopal de Bresanona lo consideraba poco menos que un desafío. Por tanto, no eran pocas las veces en que, en vez de aumentar las probabilidades de recibir una dispensa, los novios empeoraban su situación.

En cambio, en Salzburgo las relaciones entre el consistorio episcopal y el gobierno regional eran muy tranquilas. Algunos se dirigían al párroco, otros al gobierno regional para solicitar la dispensa y ambas instituciones se intercambiaban las informaciones.²⁰ Por lo que se puede entender de las fuentes acerca del proceso burocrático, el consistorio enviaba todos los documentos al gobierno regional. El denominado examen matrimonial, o *examen juratum*, es decir la entrevista del novio, de la novia y de dos testigos, que en Bresanona constituía una parte fundamental del proceso, en Salzburgo no existía. Aquí sólo había un *examen informativum* sin juramento que no entraba casi en

¹⁷ Erika WEINZIERL-FISCHER, *Die österreichischen Konkordate von 1855 und 1933*, Wien, Verlag für Geschichte und Politik, 1960.

¹⁸ DIÖAB, Konsistorialakten 1847, fasc. 5a, Römische Dispensen, n° 6 (este dossier incluye la correspondencia desde hace el año 1841).

¹⁹ Cf. Antonio MOSTAZA, “Forum internum – Forum externum. (En torno a la naturaleza jurídica del fuero interno)”, in *Revista española de derecho canónico*, 23, 65, 1967, 253-331; Arturo Carlo JEMOLO, *Il matrimonio [...]*, op. cit., pp. 208-210.

²⁰ Una situación comparable se observa en Viena y en la provincia de Baja Austria, cf. Edith SAURER, “Stiefmütter und Stiefsöhne. Endogamieverbote zwischen kanonischem und zivilem Recht am Beispiel Österreichs (1790-1850)”, in: Ute GERHARD (ed.), *Frauen in der Geschichte des Rechts. Von der Frühen Neuzeit bis zur Gegenwart*, München, Beck, 1997, pp. 345-366, p. 355.

detalles, además muy pocas veces se adjuntaba. Aquí el documento más importante era un informe, a veces larguísimo, redactado por un encargado del consistorio en el que figuraban argumentos en pro y en contra de la dispensa en cuestión. Esto se puede explicar, al menos en parte, por el hecho de que a finales del siglo XVIII en Salzburgo había un arzobispo influido marcadamente de la Ilustración: Hieronymus conde de Colloredo (1772-1803).²¹

El ejercicio del poder por parte de la Iglesia —que como ocurrió en Bresanona excedía ampliamente a sus competencias— no habría sido posible en tamaña dimensión sin un gobierno regional y unas autoridades de distrito complacientes. Entre los novios que presentaban una instancia de dispensa los había también funcionarios y funcionarios administrativos *imperiales y regios*. Ellos también tenían que seguir el procedimiento impuesto por el consistorio. Y no faltan cartas muy patéticas escritas por el párroco o por el decano en las que se alababan a algunos funcionarios administrativos, ejemplos luminosos de una vida profundamente católica.²²

Debido a la actitud extremadamente estricta del consistorio a la hora de gestionar las instancias de dispensa, hoy día existe mucho material relativo a la diócesis de Bresanona. En la mayoría de los casos, sobre todo si se trataba de un segundo o tercer intento después de la negativa, hay abultados expedientes con descripciones exhaustivas de los respectivos contextos familiares, de las situaciones económicas y de las circunstancias determinantes a la hora de elegir a la pareja y de contraer matrimonio. La ventaja de una perspectiva cuyo punto de partida está en las diócesis, es la de un acceso más amplio, ya que en las diócesis están guardadas las instancias desestimadas por el consistorio episcopal además de aquellas que no se llevaron adelante o que fueron retiradas por las propias parejas. Sin embargo, al Vaticano llegaban sólo las instancias ya aprobadas por el consistorio. Todo ello implica que la riqueza de las fuentes depende no sólo de la transmisión del material de archivo sino también de los circuitos administrativos específicos.²³

LÓGICAS QUE INTERVENÍAN

El contenido de las cartas enviadas a Roma era además muy estereotipado, ya que en ellas figuraban las denominadas “causas canónicas”, es decir los motivos oficialmente aceptados por la Iglesia. En muchas causas canónicas, a las mujeres se las consideraba como personas necesitadas de protección y manutención. Si a los 24 años una mujer no tenía novio, si el lugar donde había nacido o donde vivía era demasiado pequeño para encontrar un novio aceptable y acorde a su clase social y que no estuviese emparentado con ella, si no tenía dote o si ésta era demasiado modesta para encontrar un “buen partido”, si el honor de una mujer peligraba, o si se trataba de una viuda con muchos hijos, entonces cabía esperar un fallo favorable, pues todas estas circunstancias contaban como causas canónicas que justificaban un matrimonio con un pariente.²⁴ Oficialmente para los

²¹ Cf. Alfred Stefan WEIB, “«Dem Pabste brach darüber das Herz ...». Salzburger Beziehungen zu Rom unter Erzbischof Colloredo – ein gespanntes Verhältnis?“, in: Hans PAARHAMMER y Alfred RINNERHALER (eds.), *Salzburg und der Heilige Stuhl im 19. und 20. Jahrhundert. Festgabe zum 75. Geburtstag von Erzbischof Georg Eder*, Frankfurt a. M. et al., Lang, 2003, 433-460; ID., “Josephinismus in Salzburg? Ein Beispiel der kirchlichen Reformtätigkeit“, in: Wolfgang Schmale, Renate Zedinger y Jean Mondot, *Josephinismus [...]* op. cit., pp. 93-114.

²² Margareth LANZINGER, “Umkämpft, verhandelt und vermittelt. Verwandtenehen in der katholischen Ehedispenzpraxis des 19. Jahrhunderts“, in: EAD. y Edith SAURER (eds.), *Politiken der Verwandtschaft. Beziehungsnetze, Geschlecht und Recht*, Göttingen, v&er unipress, 2007, pp. 273-296.

²³ En los últimos años ha surgido una historia cultural de la administración como un nuevo campo de investigación. Cf. Peter BECKER (ed.), *Sprachvollzug im Amt. Kommunikation und Verwaltung im Europa des 19. und 20. Jahrhunderts*, Bielefeld, Transcript, 2011; Stefan HAAS, *Die Kultur der Verwaltung. Die Umsetzung der preußischen Reformen 1800-1848*, Frankfurt a. M./New York, Campus, 2005; Barbara STOLBERG-RILINGER y André KRISCHER (eds.), *Herstellung und Darstellung von Entscheidungen. Verfahren, Verwalten und Verhandeln in der Vormoderne*, Berlin, Dunker & Humblot, 2010.

²⁴ Cf. William A. O'MARA, *Canonical Causes for Matrimonial Dispensation. An Historical Synopsis and Commentary*, Washington, Catholic University, 1935; Margareth LANZINGER, “Consanguinei e affini” [...], op. cit., 291-293.

hombres no había equivalente, pero no era inusual que los párrocos y los decanos hicieran valer como motivo la situación de un viudo con muchos hijos pequeños. De hecho, el número de viudos que presentaban instancia de dispensa en situaciones a menudo dramáticas tanto desde el punto de vista económico como de la organización de la familia y del trabajo, rebasaba el de las viudas. Entre las instancias de dispensa presentadas por personas viudas, las tres cuartas partes se referían a hombres y sólo un cuarto eran mujeres.

La normativa no ofrecía ninguna causa canónica específica a los viudos, como tampoco a los hombres solteros. Pero si el consistorio estaba dispuesto a tramitar las instancias de éstos últimos, tenía que atenerse a la lógica de las causas canónicas, por lo que en el escrito del consistorio no se hacía referencia a la situación en la que se hallaba el viudo tal y como la habían descrito en el examen matrimonial los propios novios, sus testigos, y a veces incluso su párroco. En la carta que iba dirigida a Roma se invertían las razones y lo que se ponía de relieve era la débil situación de las mujeres. De no celebrarse el matrimonio, la novia se quedaría “certe innupta et diffamata” durante toda su vida. En cambio, los problemas del viudo apenas se mencionaban.

Al referirse a los cuñados de segundo grado Johann Kaspar Simma y Maria Barbara Berbig del Vorarlberg, tanto el párroco como el primer testigo exponen en primer lugar la situación del viudo. Como él tenía cinco niños, todos ellos muy pequeños y su trabajo requería su presencia constante, tenía mucha dificultad en encontrar una esposa apropiada. Sin embargo, en la carta que fue enviada a Roma, las causas que jugaban a favor de la dispensa se centraban en primer lugar en la novia:

“[...] quod oratrix indotata vicessimum quartum suae aetatis annum excedens – in loco praedicto Andelsbuch, propter illius angustiam, nimium ultra ducentos quadraginta focos non numerante, – virum sibi non consanguineum aut affinem paris conditionnis, cui nubere possit, invenire nequeat, atque predictus orator ipsam oratricem indotatam, et ad educationem suorum quinque liberorum ex primo connubio maxime aptatam in uxorem ducere potissimum intendat, ac proinde, nisi matrimonium inter eos contraheretur, mulier innupta et diffamata remanere deberet graviaque exinde scandala verosimiliter orirentur.”²⁵

Por tanto, lo que se lee en el examen matrimonial y en el correspondiente carteo y lo que se lee en la carta dirigida a la Santa Sede Apostólica en Roma son dos historias distintas.

El escenario conyugal por el que más se decantaban los viudos era el matrimonio con la hermana de la mujer difunta, es decir un matrimonio de primer grado de afinidad. El porcentaje de viudas que pedían una dispensa para poder casarse con el cuñado era también bastante alto.

Exceptuando Pays Bigouden (Sur de Bretaña), donde los resultados de las investigaciones de Martine Segalen apuntan a que el número de matrimonios entre afines era considerable,²⁶ es probable que a mediados del siglo XIX en las otras localidades y regiones estudiadas hasta ahora hubiera una clara mayoría de matrimonios entre consanguíneos, y lo mismo ocurría en otras áreas de Francia, en Italia, en España y en Neckarhausen (Sur de Alemania). Sin embargo en el área germanófono el número de matrimonios afines era tan alto que igualaba en porcentaje al de los matrimonios consanguíneos –como ocurrió en la diócesis de Bresanona– o incluso los rebasaba, como ocurrió en Viena y alrededores de la Baja Austria, área estudiada por Edith Saurer.²⁷

Es preciso considerar que detrás de las distintas conformaciones de parejas hay distintas lógicas sociales, tanto por lo que se refiere a afinidad-consanguineidad, como al grado exacto de parentesco, pero también a la distribución según el sexo y el estado civil (como viudos-viudas).

²⁵ DIÖAB, Konsistorialakten 1843, fasc. 5, Römische Dispensen, n° 15.

²⁶ Martine SEGALLEN, *Fifteen Generations of Bretons. Kinship and Society in Lower Brittany 1720-1980*, Cambridge et al., Cambridge University Press, 2007; EAD. y Philippe RICHARD, “Marrying Kinsmen in Pays Bigouden Sud, Brittany”, in *Journal of Family History*, 11, 1986, 109-130.

²⁷ Edith SAURER, “Stiefmütter” [...], op. cit.

Queda por explicar la diferencia entre los índices de matrimonios entre consanguíneos y los índices de matrimonios entre afines en las distintas zonas de Europa, diferencias que tal vez ya fueron detectadas en la época. En la correspondencia entre decanos y consistorio –y también en los manuales– se citaba en más de una ocasión un comentario no poco desesperado de Pío VII (1800-1823): “por lo visto en el área alemana no hay otras novias para los viudos más que sus propias cuñadas”.²⁸

Precisamente estos matrimonios de primer grado de afinidad, es decir entre un viudo y su cuñada, o viceversa, entre una viuda y su cuñado, o de primer y segundo grado desigual de afinidad, como el caso de un matrimonio entre un viudo y una sobrina de su difunta esposa y viceversa, fueron los que en los años 30 y 40 del siglo XIX se encontraron con muchos obstáculos. En este periodo era muy difícil obtener una dispensa. Después de su elección como papa en el año 1831, Gregorio XVI, apelando a la *Constitutio Benedicti XIV*, decidió no conceder más dispensas en estos grados de afinidad, con la salvedad de una única razón, o “causa canónica”: la del peligro de *defectionis a fide*, el peligro de una conversión religiosa y del consiguiente abandono de la religión católica.²⁹

En el material examinado, esta explicación figura alegada por primera vez en una carta de la *Dataria* de fecha 11 de junio de 1831 dirigida al consistorio arzobispal de Salzburgo en el contexto de una dispensa de primer grado de afinidad denegada por Roma. En este caso también la diócesis de Bresanona formaba parte del circuito administrativo, ya que la novia Carolina Esterle tenía su domicilio en Salzburgo y el novio Joseph Khuen en Innsbruck, es decir en la diócesis de Bresanona.³⁰ A partir de ese momento, el consistorio desestimó casi todas las instancias de dispensa de primer y segundo grado de afinidad, aduciendo a veces como argumento en sus comunicaciones a los decanos la ausencia de la única causa canónica aceptada, añadiendo que esta información era secreta, por tanto de carácter interno y no divulgable a las parejas interesadas.

En la diócesis de Bresanona, el argumento del peligro de una conversión podía ser utilizado sobre todo en el Vorarlberg y en el Tirol del Este, es decir en las regiones más cercanas a Suiza, y con los protestantes denominados “peligrosos”.³¹ Pero en Bresanona el consistorio era muy severo a la hora de examinar este tipo de instancias. Temiendo que dichas amenazas fueran sólo una táctica y no un propósito ‘real’ de conversión, el Consejo realizaba investigaciones e interrogatorios. Y efectivamente después de verse desestimada su instancia, las parejas Martin Gmeiner y Franziska Pflighard confesaban que habían sido aconsejadas por un abogado.³² De esta forma, amenazar con convertirse podía empeorar las perspectivas. Sin embargo, después de recibir la negativa de Bresanona o de Roma, y a pesar de la política y de las rígidas y restringidas prácticas de dispensa de aquella época, muchas parejas afines no desistían de su proyecto matrimonial y volvían a intentarlo, incluso durante años. De la pareja mencionada anteriormente que esgrimía la falsa amenaza de conversión (eran cuñados de primer grado) han sido documentados nada menos que ocho intentos,

²⁸ Johann KUTSCHKER, *Das Eherecht der katholischen Kirche nach seiner Theorie und Praxis mit besonderer Berücksichtigung der in Österreich zu Recht bestehenden Gesetze*, vol. 5, Wien, Braumüller, 1857, pp. 82-83; DIÖAB, Konsistorialakten 1847, fasc. 5a, Römische Dispensen, n° 20.

²⁹ Cf. *Chirografo della santità di nostro signore Papa Gregorio XVI sulle dispense matrimoniali in primo grado di affinità e in primo misto col secundo di consanguinità o affinità*, Roma 1836, in: Bischöfliches Archiv Chur – Archivo obispal de Coira (BAC), 111.02.04, Päpstliche Erlasse, Bestände 19. Jahrhundert; Margareth LANZINGER, “Consanguinei” [...], op. cit, pp. 294-295.

³⁰ Archiv der Erzdiözese Salzburg – Archivo de la archidiócesis de Salzburgo (AES), Kasten 22/35, Ehe-Dispensen 1828-1840, 1831; DIÖAB, Konsistorialakten 1831, fasc. 5a, Römische Dispensen, n° 1; TLA Innsbruck, Jüngeres Gubernium, Hauptgruppe 64 Ehesachen, 1822-1836, fasc. n° 321, 1831, n° 614.

³¹ Cf. Margareth LANZINGER, “Kirchliche Macht, antiliberalen Tendenzen und ziviles Aufbegehren mit Grenzen. Zur Ehedispensenpraxis in Tirol und Vorarlberg im 19. Jahrhundert”, in *Histoire des Alpes – Storia delle Alpi – Geschichte der Alpen*, 12, 2007, 49-68.

³² DIÖAB, Konsistorialakten 1839, fasc. 5a, Römische Dispensen, n° 5.

todos ellos frustrados, entre 1827 y 1839.³³ Estas instancias repetidas de dispensas para matrimonios afines de primer grado encerraban historias dramáticas y desesperadas.

En los años siguientes al papado de Gregorio XVI las cosas cambiaron y las probabilidades de obtener una dispensa para cuñados y cuñadas aumentaron considerablemente. Al principio el nuevo papa Pío IX era más liberal que Gregorio y la noticia se divulgó por los pueblos y aldeas más remotas.³⁴ Hacia 1847 varias parejas, cuya solicitud había sido rechazada, al ver que se les presentaba una buena oportunidad, lo intentaban otra vez, obteniendo muchas de ellas la dispensa.

Roma ya había concedido la dispensa a Franz y Anna Maria Böhler, primos en segundo y tercer grado desigual, pero luego se descubrió que la novia estaba embarazada. Por miedo a que les denegaran la dispensa, en el examen matrimonial no dijeron nada de su relación sexual, por lo que la dispensa que ya les había sido concedida, fue declarada completamente nula y no podían casarse antes de que la misma quedara “subsanaada”.³⁵ Igual suerte corrieron otras parejas de novios que habían pecado “per copulam carnalem” durante el periodo –demasiado largo– (más de medio año) que había transcurrido desde el momento en que se había transmitido la instancia a Roma hasta la concesión de la dispensa. A partir de la segunda mitad de los años 50 del siglo XIX, después de que se concediera la dispensa, en el consistorio de Bresanona se volvía a hacer un segundo examen denominado “protocolo de comprobación”. Este examen consistía en preguntarle a los novios si las causas para contraer matrimonio señaladas anteriormente seguían vigentes, pero en realidad se trataba de vigilar su conducta moral durante los meses posteriores al examen matrimonial. Como ya hemos explicado, en caso de que en el periodo entre el examen matrimonial y la concesión de la dispensa la pareja cometiera una infracción contra la castidad, era necesario “subsanaar el daño”. La enmienda consistía en una penitencia conformada por varios actos ordenados –según consta por escrito– por el papa. A saber: los novios tenían que pedir perdón en presencia de dos testigos y en las semanas anteriores a la boda tenían que confesarse dos veces; tenían que rezar los cinco misterios del rosario de rodillas, ayunar un día a la semana, ir a la iglesia y rezar el vía crucis una vez a la semana. Paralelamente, también se endureció la actitud ante las relaciones sexuales habidas antes del examen matrimonial. Probablemente no es causal, que el creciente interés por las normas morales se efectuó al mismo tiempo de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción del año 1854.

Entonces, en los años ochenta del siglo XIX se empezaron a esgrimir argumentos relativos a los “peligros” que suponen las uniones matrimoniales entre parientes cercanos, refiriéndose con eso no sólo a la salud de la descendencia sino también a la felicidad de los propios matrimonios. Ahora, el blanco de la negativa eran los proyectos de matrimonio entre primos de primer grado.³⁶

En cuanto al número de los proyectos matrimoniales entre parientes cuñados o de sangre hay que constatar considerables diferencias también en el interior de la diócesis de Bresanona: en el oeste de la diócesis –sobre todo en la región de Vorarlberg– encontramos mucho más novios parientes que presentaron una instancia de dispensa, que no abandonaron el proyecto matrimonial después un rechazo y que trataron de superar los varios obstáculos haciendo un segundo, tercer, cuarto ... intento y recurriendo a tácticas a veces inusuales.

³³ Cf. DIÖAB, Konsistorialakten 1833, fasc. 5a, Römische Dispensen, n° 19; *ibidem*, 1839, fasc. 5a, Römische Dispensen, n° 5.

³⁴ Cf. pro ejemplo: DIÖAB, Konsistorialakten 1848, fasc. 5a, Römische Dispensen, n° 13; cf. en general Giacomo MARTINA, “Pio IX”, in: *Enciclopedia dei papi*, vol. 3, pp. 560-575, p. 561.

³⁵ DIÖAB, Konsistorialakten 1854, fasc. 5a, Römische Dispensen, n° 4.

³⁶ Cf. Margareth LANZINGER, “«Pericoli» dei matrimoni consanguinei e affini: dibattiti e prassi delle dispense tra fine XVIII e XIV secolo”, in *Quaderni storici*, 145, 1, 2014, 71-106.

CONCLUSIONES

Por último, hay que tener en cuenta que si los novios tenían relación de parentesco, sobre todo de parentesco más cercano, los párrocos y los decanos tenían la orden de rechazar los proyectos matrimoniales antes de comunicarlos al consistorio episcopal. Se decía por ejemplo=que ni la Iglesia ni el Estado aprobaban matrimonios con parentesco cercano, que éstos eran contrarios a la moral, e incluso que los matrimonios entre parientes cuñados o de sangre cercanos terminaban mal.

Es imposible pues saber el número exacto de parejas que ante este primer obstáculo abandonaron su proyecto matrimonial, ya que no queda constancia en ningún documento.

De estas observaciones sobre la política y la práctica de las dispensas se pone de manifiesto una clara necesidad de prudencia a la hora de hacer comparaciones cuantitativas interregionales e internacionales de matrimonios entre parientes cuñados y de sangre cercanos. Los datos de los que disponemos sobre Bresanona nos informan sobre todo del número de parejas que no cejaron en su empeño y que supieron salvar los obstáculos, pero no facilitan ninguna información sobre el número de parejas que expresaron el deseo de casarse dentro del parentesco cercano. Según se desprende de las investigaciones realizadas sobre el tema, en otros contextos administrativos o confesionales, las conductas en general eran diferentes y las probabilidades de obtener más fácilmente una dispensa era mucho más alta.

Traducido del italiano por Patricia Unzuin

ESPACIO DOMÉSTICO Y CULTURAL MATERIAL: UNA PROPUESTA DE ANÁLISIS DIFERENCIADO DESDE LAS TIERRAS DEL CAMPO DE MONTIEL (1650-1850)¹

Carmen Hernández López

Universidad de Castilla-La Mancha

INTRODUCCIÓN

Ya la amanece el buen gusto
en el mueblaje; las casas
se adornan de cornucopias,
en vez de petos y lanzas,
y ya ven los españoles
que el papel y las indianas,
para vestir las paredes,
les hacen muchas ventajas
a los cuadros de Velázquez,
Cano, Ribera, que llaman
el Españolito, y otros
pintorcillos de esta laya².

La introducción de nuevos hábitos y costumbres en España iba acompañada de nuevos objetos materiales que iniciaban el cambio hacia otras formas de vida. Desde la segunda mitad del siglo XVIII, en el mundo literario comienzan a aparecer autores y textos que, como en el ejemplo introductorio de *El Petimetre*, exponían los nuevos gustos sobre la vida doméstica, la casa o el consumo de bienes en el hogar, que no son sino el reflejo del nuevo estilo de vida que se iniciaba. En nuestro caso, trataremos de investigar si la población manchega se estaba iniciando en estos “nuevos gustos”, o sencillamente, continuaba con sus *petos y lanzas*.

Nuestra zona de investigación abarca el espacio conocido como Campo de Montiel albacetense, correspondiente a La Mancha Oriental³. Un espacio integrado por varias villas, numerosas aldeas y pequeños núcleos de población rural, marcados todos ellos, por una profunda desigualdad en la cuantía patrimonial. (Mapa 1)

Así, según comprobamos en los análisis de niveles patrimoniales, mientras el 46% de los patrimonios familiares acumulaban un 7% de la riqueza, un 52,9% de esa riqueza se concentraba en el 3,9% de los hogares. (Tabla 1). Resultado muy en consonancia con el nivel patrimonial inicial

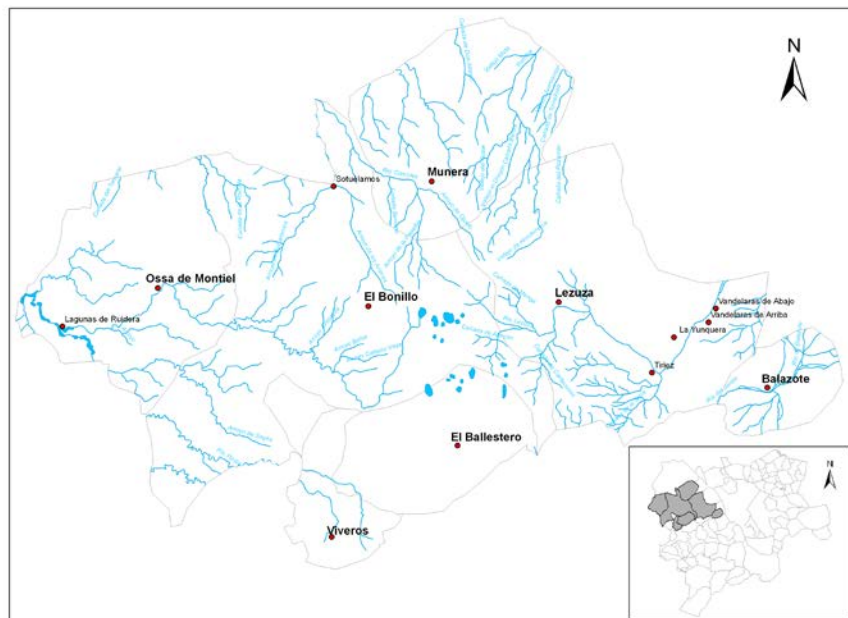
¹ El presente trabajo forma parte de los proyectos de investigación de referencia HAR2010-21325-C05-03 y HAR2013-48901-C6-6-R concedidos por el Ministerio de Economía y Competitividad.

² R. DE LA CRUZ, *El petimetre*, versos 195-200-205.

³ El Campo de Montiel es una altiplanicie situada en el este de la provincia de Ciudad Real y oeste de Albacete. De sus 5000 km², más de la mitad corresponden a la provincia de Ciudad Real. Dentro de la provincia de Albacete abarca los territorios de Barrax, El Bonillo, Munera, Lezuza, Ossa de Montiel, El Balletero y Viveros. Incluimos también Balazote como población limítrofe entre el llano y el Campo de Montiel. El espacio objeto de nuestro análisis, es pues, el sector oriental del Campo de Montiel en La Mancha de Albacete.

(Tabla 2) que, en este caso, el 15,73% del patrimonio total, correspondía al 68,33% de los hogares, mientras que cerca de un 50% de ese patrimonio estaría en manos de un 8%.

Mapa 1. Delimitación geográfica del Campo de Montiel en la provincia de Albacete



CETI – Laboratorio de Cartografía e Infografía (UCLM)

A lo largo de la trayectoria vital de estos núcleos familiares, se acumulaban unos bienes gananciales, que independientemente del nivel de riqueza alcanzado a lo largo de su vida en común, presentaban notables diferencias entre unos y otros hogares. La presencia de patrimonios medios no era muy destacada, si bien la posición económica y social de estos grupos estaba condicionada por otros elementos, como era su nivel de endeudamiento. (Tabla 3).

Tabla 1
Niveles patrimoniales en función de la riqueza bruta.
Inventarios post mortem, La Mancha Oriental. 1650-1800

Nivel patrimonial final	Nº de inventarios	%	Valor total de los patrimonios finales	%
<5000	35	46,05	94.032	6,62
5000-9999	16	21,05	116.688	8,22
10.000-24.999	18	23,68	293.104	20,66
25.000-100.000	4	5,26	164.236	11,57
>100.000	3	3,94	750.563	52,90
TOTAL	76	100	1.418.623	100

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel, El Bonillo, Munera, Lezuza y Barrax

Y son precisamente, los núcleos familiares más modestos los que presentaban un mayor nivel de deuda, algo más del 13% del total de su hacienda, donde el recurso al préstamo hipotecario era un alivio momentáneo para estas débiles economías. En cuanto a los patrimonios inferiores a

5000 reales, la media de las deudas era de 406 reales por hogar, que se elevaba a 996 en el caso de patrimonios comprendidos entre los cinco mil y los diez mil reales. Para el resto de los hogares la situación era más holgada, inferior al 10% del total de las haciendas, porcentajes que, si bien nos hablan de la necesidad del endeudamiento, también manifiestan su capacidad para un mejor desenvolvimiento. Comparando estos resultados con los aportados por Felicísimo García en Extremadura⁴, observamos que eran las familias más modestas quienes mostraban un mayor nivel de endeudamiento (29 % sobre patrimonio) en el territorio extremeño.

Tabla 2
Niveles patrimoniales en función de la riqueza bruta.
Dotes matrimoniales. La Mancha Oriental. 1650-1800

Nivel patrimonial inicial	Nº de dotes	%.	Total aportado por dotes	%
<5000	82	68,33	174.941	15,73
5000-9999	19	15,83	126.335	11,36
10.000-24.999	8	6,66	150.504	13,54
25.000-100.000	10	8,33	527.233	47,43
>100.000	1	0,83	132.430	11,91
TOTAL	120	100	1.111.443	100

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel, El Bonillo, Munera, Lezuza y Barrax

Tabla 3
Nivel de endeudamiento de los patrimonios familiares.
La Mancha Oriental 1650-1800

Nivel patrimonial	Nº de casos	Total patrimonios (reales)	Deudas (reales)	% Sobre patrimonio	Media deudas (reales)
<5000	14	45207	5685	12,57	406,07
5000-9999	12	82516	11472	13,90	956
10.000-24.999	13	220193	19685	8,93	1514,23
25.000-100.000	2	84837	8607	10,14	4303,5
>100.000	2	606947	30494	5,02	15247
TOTAL	43	1039700	75943	7,30	1766,11

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel, El Bonillo, Munera, Lezuza y Barrax

LA CULTURA MATERIAL DIFERENCIADA POR ESTANCIAS DOMÉSTICAS

LA COCINA

La cocina era un espacio vivo, multifuncional. No solo era el lugar donde cocinaban o comían, era el punto de reunión del hogar, donde se recibía a los amigos, a los parientes o vecinos, donde dormían algunos miembros de la familia, muchas veces en compañía de sus animales domésticos, buscando el calor del hogar, donde se hacían los tratos comerciales y donde, en definitiva, se encontraba el centro neurálgico de las viviendas manchegas. Y era tal su importancia, que los grupos de la élite local o labradores hacendados, disponían de varias cocinas en sus viviendas.

⁴ Felicísimo GARCÍA BARRIGA, *Estructuras y dinámica familiar en la Extremadura del Antiguo Régimen*, Tesis doctoral, Universidad de Extremadura, 2007, p. 376.

Veamos algunos casos concretos. En *El Libro de Casas de la villa de Lezuza* se dice que José Izquierdo tenía una vivienda en la calle de El Espolón, lindando con Amargura, constaba de una cocina, dos aposentos y caballeriza, pero añadía, que además disponía de una “cocinica, la cámara y el descubierto”⁵. A la muerte de don Pablo Vitoria, en 1741, se hizo inventario y tasación de sus bienes; en la cocina, junto a los enseres específicos de menaje, se inventariaron numerosos aperos de labor, ropa de cama y ropa de vestir⁶. Y es que en toda esta comarca manchega la individualidad de las habitaciones posiblemente estaba llegando más como concepto, que como una realidad.

Otro ejemplo ilustrativo de esta situación puede ser la vivienda de Francisco de Funes⁷. Fallecido el 3 de diciembre de 1762, en Ossa de Montiel. La descripción en el inventario de las dependencias de su vivienda es una muestra de la apenas perceptible diferenciación de habitaciones, que tímidamente se iniciaba en la segunda mitad del siglo XVIII. En la cocina disponían los enseres que abarcaban varias tipologías; desde los propiamente culinarios de menaje, calderos, almireces, cuchillos, cazos; hasta textiles para vestir la tarima, mantas para taparse, cuando se usaba como dormitorio, y muchos aperos de labor. Todo un repertorio de enseres y objetos amontonados en un espacio multifuncional, al que denominaban cocina, y que remitía, sin duda, a la permanencia de una forma de vida aún muy tradicional.

En la primera mitad del siglo XIX en las casas de los grupos medios y hacendados en la cocina ya se concentraban enseres específicos para su función, al menos en la que denominaban cocina principal. Traemos el inventario post mortem, fechado en Viveros el día 4 de septiembre de 1850, y perteneciente a los bienes de Mariano Fuentes⁸. En “la cocina principal”, se detallaban varios objetos relacionados con la chimenea y el hogar, tenazas, atrancadores, trébedes, fuelles. Y mucho vedriado de cocina, también tres mesas, catorce sillas, tres cántaros para el agua. En total esta cocina principal albergaba 166 objetos de menaje y ropa de casa.

Pero hay un hecho diferenciador, y si en una época anterior algunos miembros de la familia dormían en la cocina, junto al hogar, ahora, en algunas viviendas y precisamente en la cocina, encontramos que han edificado una habitación denominada, “cuarto de la cocina”. Por los enseres allí concentrados funcionaba como un dormitorio. En el caso del inventario de Mariano Fuentes, en esta habitación tenían una cama con encordeladura de cáñamo, un catre con almohada, dos colchones “sin poblar” y tres “con población”, dos almohadas, un arca con ropa de cama y vestidos de hombre, dos planchas, en total se relacionaban 114 enseres específicos del cuarto de dormir y de vestir. Además, tenía otra dependencia, anexa a la cocina principal, era la sala de las cocinas, donde disponían de cinco arcas de pino grandes o medianas, con gran cantidad de ropa de vestido, ropa blanca de cama y ropa de la casa. También anotaban muebles de alcoba o de guardar, como una arquita pequeña, una cama, varios cestos y cestas de mimbre, un colchón sin poblar y otros cuatro colchones poblados. Asimismo, se disponían varios objetos de menaje de cocina, dos mesas de pino pequeñas y una mesa con cajones, tejidos, manteles, zapatos, doce sillas, un baulito, cinco zafas. Se trataba de un cuarto de múltiples y variados objetos, que nos recuerda, sin duda, a los cuartos multifuncionales del siglo anterior, pues habían acumulado en esta estancia, nada menos que 547 objetos grandes y pequeños de muy diversas y variadas funciones.

Y en estos espacios que funcionaban como cocinas, la chimenea no era solo una fuente de calor y de luz, era el lugar privilegiado para la cocción de los alimentos, de ahí la gran cantidad de

⁵ AHPA, Sección Catastro de Ensenada, Libro 105.

⁶ AHPA, Sección Protocolos notariales expediente 1609, legajo 35 de la villa de Ossa de Montiel, distrito de Alcaraz. Ante Martín Pérez del Corral.

⁷ AHPA, sección Protocolos notariales expediente 1613, legajo 15, correspondiente a la villa de Ossa de Montiel, distrito de Alcaraz, ante el escribano José Menchón.

⁸ AHPA, Sección Protocolos expediente 380 de la villa de Viveros, Alcaraz.

utensilios relacionados con el fuego. (Tabla 4). Los más habituales eran las tenazas, badiles, trébedes y asadores. Contabilizamos una media de 1,88 asadores por hogar, fabricados de hierro y se ubicaban en la cocina o cocina de la sala principal. Alonso León declaraba tres asadores de hierro en el inventario tras la muerte de su esposa, María de Funes⁹.

En los hogares con patrimonio superior a los 10.000 reales se registraban casi el 60% de los asadores, por lo que pensamos que era una pieza más extendida entre los grupos hacendados, siendo minoritaria su presencia entre los hogares con patrimonios inferiores a los cinco mil reales. En cambio, el badil y las tenazas aparecen generalizados en todos los grupos de la sociedad, son objetos imprescindibles para el fuego y su presencia era necesaria. Las diferencias entre ellos las aportaba el tallado y tamaño de la pieza. Los había torneados, formando un juego completo de tenazas y badil, y todos eran de hierro. En cuanto a las trébedes, la mitad de ellas se localizaban en hogares comprendidos entre los cinco mil y los veinte mil reales, si bien aparecen en todas las cocinas de los grupos hacendados. Su función era la de sostener los calderos en el fuego, ollas y todo tipo de recipientes. La media por hogar de este utensilio se estima en 1,26.

Tabla 4
Numero de utensilios de menaje de cocina para el fuego.
Ossa de Montiel 1620-1800

Nivel patrimonial del hogar	Asador	%	Badil	%	Tenazas	%	Trébedes	%
<2.500	5	9,80	9	17,64	13	25	6	11,53
[2.500-5.000]	7	13,72	10	19,60	10	19,23	9	17,30
(5.000-10.000]	9	17,64	8	15,68	8	15,38	12	23,07
(10.000-20.000]	15	28,84	11	21,56	13	25	13	25
(20.000-50.000]	10	19,60	11	21,56	6	11,53	6	11,53
>100.000	5	9,80	2	3,92	2	3,84	6	11,53
TOTAL	51	100	51	100	52	100	52	100
Total inventarios	27		43		48		41	
Media por hogar	1,88		1,18		1,02		1,26	

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel.

Símbolo tradicional de la cocina era la sartén. Normalmente se sostenía en tres o cuatro patas y en ella se preparaban todo tipo de guisos. Las encontramos de muchos tamaños, grandes o muy grandes, medianas, pequeñas, viejas, sin usar, a medio uso. Contabilizamos una media de tres sartenes por hogar. También las ollas, muy variadas, pueden ser con una o dos asas y el material empleado en su fabricación era barro, cobre, o alambre, unas sin tapa y otras con "un asón" y la tapa. No se registraba ninguna olla de hierro fundido o de porcelana. Los grupos inferiores apenas si anotaban alguna olla, éstas aparecen en los inventarios con patrimonios superiores a los cinco mil reales. (Tabla 5)

⁹ AHPA, Sección Protocolos Notariales, Expediente 1612, Ossa de Montiel (6/09/1752).

Tabla 5
Número de utensilios de menaje de cocina para la cocción.
Ossa de Montiel 1620-1800

Nivel patrimonial del hogar	Caldero	Caldera	Cazo	Chocolatera	Olla	Puchero	Sartén
<2.500	8	6	8		3	4	25
[2.500-5000]	9	16	9				30
(5.000-10.000]	11	14	12	4	16		43
(10.000-20.000]	16	24	20	2	16		44
(20.000-50.000]	9	16	13	1	10		31
>100.000	11	21	9	6	3		31
TOTAL	64	97	71	13	48	4	204
Total inventarios	42	50	45	9	15	2	68
Media por hogar	1,52	1,94	1,57	1,44	3,2	2	3

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel

Los pucheros se fabricaban de barro y formaban parte del “vedriado”, de ahí su escasa presencia como objetos individuales. Otro utensilio muy escaso y elitista, era la chocolatera. Su presencia era notoria en los hogares con patrimonios muy elevados, por encima de los cien mil reales. Se inventariaron 6 chocolateras, aunque fue un objeto de moda que paulatinamente se incorporaba en los grupos medios; como se evidencia en las cuatro chocolateras registradas en el tramo comprendido entre los cinco mil y diez mil reales. También cabe destacar las calderas y los calderos. Son objetos caros y su posesión denotaba cierto prestigio, sobre todo los de cobre y de gran tamaño, era un símbolo de diferenciación social. La media era de 1,94 calderas por hogar.

En cuanto a los recipientes que contenían los alimentos sobresalen las orzas y tinajas de barro, (tabla 6). En el primer caso registramos orzas de distintas clases, con asa o sin ella, bañadas, sin bañar, orzas de Motilla, de Chinchilla, Villarrobledo o de Las Peñas de San Pedro. El 55% se registraba en las casas de los ricos o hacendados, con patrimonios superiores a los 20.000 reales. Pero la orza estaba generaliza entre los hogares de la población, de ahí que con escasa presencia, ya se constata en las casas de menores patrimonios, un 11%, con una media de 4 por hogar.

Tabla 6
Número de utensilios de menaje de cocina para la conservación de alimentos
Ossa de Montiel 1620-1800

Nivel patrimonial del hogar	Alcuza/aceitera	Cazuela	Lebrillo	Orza	Tinaja
<2500	1	6		3	15
[2500-5000]	1		4	8	16
(5000-10000]			1	15	23
(10000-20000]	4	5	10	14	35
(20000-50000]	4	4	3	23	42
>100000	12		2	27	200* + 26
TOTAL	22	15	20	90	157+200
Total inventarios	11	8	16	23	41
Media por hogar	2	1,87	1,25	3,91	3,82

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel

Nota. 200*: pertenecientes a una bodega

La tinaja es otro de los objetos domésticos muy extendido: tinaja estrellada, tinaja lañada, y con distintas capacidades. Serán utilizadas para todo tipo de líquidos, vino, agua, aceite, miel, pero también para el pan, la harina, e incluso detallaban tinajones para cera, ceniza y para lavar. Asimismo, se detallaban lebrillos de barro bañado, o sin baño, cuya media era de 1,25 por hogar y alcuzas o aceiteras de hojalata. Objetos que aparecen entre los grupos hacendados, sobre todo, porque tenían suficiente aceite para conservar largo tiempo.

Respecto a la cubertería, a finales del siglo XVIII era escasa y algunos cubiertos aún no se han introducido en la mesa de estas cocinas. Encontramos tan solo ocho tenedores¹⁰, siete de plata, y otro de ocho onzas de peso, valorado en 100 reales, por lo que el tenedor era un objeto de lujo. Como objeto de cocina encontramos un solo tenedor valorado en 4 reales que pertenecía a la dote de María Josefa Zamora, vecina de Lezuza en 1799.

La cuchara era de uso muy antiguo, se escrituraban cucharas, cucharillas y cucharones. Las había de madera, de palo, de cobre, alguna de plata, y el 95% eran de hierro. Su uso se ha generalizado y aparecen en todos los grupos sociales, variando el material y la cantidad. La media de cucharas en el grupo de labradores era de 0,62 y solamente 0,31 para los artesanos, pero entre los sirvientes registramos únicamente 0,19 cucharas por inventario. Los grupos hacendados, en cambio, llegaban a las 2,90 cucharas por hogar. (Tabla 7)

Tabla 7
Distribución de objetos de menaje de cocina entre distintos grupos profesionales y mujeres cabeza del hogar. 1620-1800

Grupos socio-profesionales	Labradores		Artesanos		Dones/élite		Sirvientes		Mujeres		TOTAL	
Enseres domésticos	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media
Almirez	29	0,39	6	0,38	18	0,62	3	0,14	19	0,68	75	0,45
Artesas	55	0,74	10	0,63	36	1,24	10	0,48	22	0,79	133	0,79
Calderas	46	0,62	16	1,00	40	1,38	9	0,43	29	1,04	140	0,83
Calderos	44	0,59	8	0,50	31	1,07	6	0,29	23	0,82	112	0,67
Candil/candeleros	52	0,70	23	1,44	42	1,45	11	0,52	25	0,89	153	0,91
Chocolatera	5	0,07	0	0,00	10	0,34	0	0,00	3	0,11	17	0,10
Cucharas	46	0,62	5	0,31	84	2,90	4	0,19	24	0,86	163	0,97
Cuchillos	2	0,03	3	0,19	3	0,10	3	0,14	6	0,21	17	0,10
Platos finos	19	0,26	2	0,13	30	1,03	0	0,00	24	0,86	75	0,45
Servilletas	116	1,57	37	2,31	158	5,45	25	1,19	32	1,14	368	2,19
Tenedores	3	0,04	0	0,00	5	0,17	1	0,05	0	0,00	9	0,05
Nº TOTAL DE CASOS	74		16		29		21		28		168	

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel, El Bonillo, Munera, Lezuza y Barrax

El cuchillo, igual que el tenedor, no era un utensilio generalizado, de hecho, entre dotes e inventarios solo hemos hallado nueve cuchillos en el siglo XVII y doce en el siglo XVIII. Lo habitual era el uso de la navaja, una manufactura que a finales del siglo XVII inició su ascenso en la villa de Albacete.

¹⁰ AHPA, Sección Protocolos, Expedientes 3576, 3529 y 2212 correspondientes a El Bonillo y Lezuza.

En definitiva, comprobamos como la especialización funcional de la casa no era sino el resultado de un variado sistema de comportamientos culturales y sociales en continuo proceso de cambio. Un complejo sistema que tratamos de conocer y analizar desde el espacio doméstico, desde el centro neurálgico de la vivienda, la cocina, reflejo de un estilo de vida tradicional que poco a poco va abriéndose paso hacia novedosas transformaciones, y que, en cualquier caso, son una muestra evidente de las grandes diferencias sociales existentes. Diferencias y contrastes sociales que posiblemente son más acusados si pasamos a la alcoba, donde, en algunos casos, dormían hacinadamente personas e incluso animales, y donde, en consonancia con esta situación, el mobiliario era escaso y privativo, como veremos a continuación

LA ALCOBA O DORMITORIO

La sala es algo enfermiza
de espaldas y de cogótes;
mas quiero alcóba y Iglesia,
que sala con Relatóres
(Diccionario de Autoridades. Tomo I, 1726)

Entre todas las habitaciones de la casa el cuarto con mayor intimidad, era sin lugar a dudas la alcoba, dormitorio, o simplemente el cuarto de dormir. Hasta mediados del siglo XVIII no aparece claramente diferenciada la función de dormitorio, por lo que era, como otras estancias de la casa, un lugar flexible, adaptable y multiuso. En función de ello variaban los muebles y objetos que pudiera albergar, que dependerán además del estatus socio-profesional del propietario.

Los muebles que componían las alcobas o dormitorios eran escasos, siendo el principal la cama, situada en el centro de la habitación o junto a la pared, dependiendo de los tipos. En el caso de los labradores, la media de camas por hogar era de 0,77, similar a la del resto de colectivos, excepto el grupo de los dones que era de 1,34. Los hidalgos, regidores, y grupos de la élite rural, parece ser que sus casas principales tenían una alcoba para la mujer y otra para el hombre, pues permitía a cada uno mayor independencia en sus quehaceres, además de mayor prestigio. (Tabla 8)

Tabla 8
Enseres de los espacios íntimos grupos profesionales y mujeres como cabeza del hogar. La Mancha Oriental (1620-1799)

	Labradores		Artesanos		Dones/élite		Sirvientes		Mujeres		TOTAL	
Enseres domésticos	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media
Arca	146	1,97	34	2,13	78	2,69	31	1,48	65	2,32	354	2,11
Armario	0	0,00	0	0,00	2	0,07	0	0,00	0	0,00		0,00
Baúl	3	0,04	0	0,00	7	0,24	1	0,05	4	0,14	15	0,09
Cama	57	0,77	15	0,94	39	1,34	17	0,81	21	0,75	149	0,89
Cofre	9	0,12	0	0,00	14	0,34	6	0,28	2	0,07	31	0,18
Colchón	98	1,32	23	1,44	78	2,69	19	0,90	44	1,57	262	1,56
Orinal	1	0,01	0	0,00	1	0,00	1	0,00	0	0,00	3	0,01
TOTAL CASOS	74		16		29		21		28		168	

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel, El Bonillo, Munera, Lezuza y Barrax

Las camas que recogemos en los inventarios presentaban hasta cuatro variedades, la cama con encordeladura de cáñamo, la cama con escalerilla, la cama llana y hay una cama redonda. No obstante, el número de camas era bajo, en 11 inventarios señalaban que tenían solamente la armadura de la cama, o las cuatro tablas para hacer una cama, lo que nos induce a pensar que no era un mueble accesible para toda la población, pues no solo debemos considerar el coste de la cama, sino toda la ropa que suponía su adquisición. Para un labrador era más importante tener aperos de labor o una mula que disponer de cama en su vivienda.

Por consiguiente, la cama a finales del XVII y principios del XVIII no era un elemento de confort o de prestigio, sino que se ha convertido en un objeto cargado de connotaciones afectivas, un elemento primordial en las casas, lo que se atestigua en los inventarios por las prolizas descripciones tanto del mueble como de sus diversos componentes. Así se citan: “una cama de nogal con colgadura con su medio campo, dos camas llanas de cuatro palos, una cama entera con encordeladura de cáñamo, una cama de pino con su escalerilla, una cama de álamo con pilares, una armadura de cama con su encordeladura, una cama de pino y nogal...”

Pero la escasez de camas se correspondía con la riqueza de colchones, que se acercaba a los dos por vivienda y se superaba ampliamente esta cifra en el caso de los grupos de élite. El resto del mobiliario que se ubicaba en los dormitorios era muy diverso, pero sobresalen los muebles de guardar, entre ellos el arca.

La media de arcas entre los artesanos era de 2,13 y en el caso de las mujeres era de 2,32. Pero de nuevo los grupos de la élite superaban estas cifras hasta alcanzar las 2,69 arcas por hogar. Los labradores poseían algo más de una y media por inventario, cifra que desciende a 1,48 para los sirvientes. Las arcas podían ser de distinto tipo, forradas de cuero, terciopelo o seda, con pies, con tapa o sin ella, destinadas a contener plata y vestidos y las de maderas muy sencillas para tapicerías y ropa blanca. También se destinaban almacenamiento de granos, harina y para el pan. Estas arcas se colocaban en todas las dependencias de las casas y las más ricas estaban situadas en las salas también en las alcobas principales, conteniendo los vestidos y el ajuar de la señora de la casa. Las más habituales eran de pino, también había de nogal.

Tabla 9

Relación de mesas, sillas, taburetes y tarimas entre los labradores, artesanos, élites, sirvientes y mujeres. La Mancha Oriental, 1620-1799

Grupos socio-profesionales	Labradores		Artesanos		Dones/élite		Sirvientes		Mujeres		TOTAL	
Enseres domésticos	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media	Nº	Media
Mesas	72	0,97	17	1,06	53	1,83	20	0,95	48	1,71	210	1,25
Sillas	53	0,72	12	0,75	51	1,76	30	1,43	39	1,39	185	1,10
Taburetes	293	3,96	56	3,50	183	6,31	46	2,19	97	3,46	675	4,02
Tarimas	29	0,39	9	0,56	15	0,52	7	0,33	9	0,32	69	0,41
TOTAL CASOS	74		16		29		21		28		168	

AHPA: Sección Municipios, legajos de Ossa de Montiel, El Bonillo, Munera, Lezuza y Barrax

Como un mueble novedoso y de reciente incorporación en las casas y dormitorios de esta comarca, aparece el armario. Solamente se registran dos armarios entre la élite. El armario significa mucho más que un mueble de guardar. Lo pondremos en relación con una nueva forma de concebir el espacio y la casa. Si hasta bien entrado el siglo XVIII el arca era insustituible, la entrada del

armario va a estar relacionada con las modificaciones que en el espacio doméstico se irán produciendo desde mediados del siglo XVIII, innovando la concepción del espacio en el dormitorio y de todo el espacio doméstico. Su distribución compartimentada se opone al arca, sin diferenciación ni compartimentación. El armario introduce una nueva organización, independiente y especializada, al igual que está ocurriendo con las dependencias domésticas. Pero en estos momentos es un mueble privativo de la élite.

Como mobiliario generalizado entre todos los grupos sociales cabe citar los taburetes. Para los labradores, artesanos y mujeres, la media por hogar se sitúa entre los tres y los cuatro taburetes, en el caso de los sirvientes no llegan a los dos y medio y para los grupos de élite superaba los seis por inventario. Además, entre los grupos hacendados sobresalían los escritorios, bufetes y los sillones de ceremonia.

El taburete era un asiento fácilmente transportable y de bajo coste y el asiento que más se aproximaba a la manera de sentarse según la antigua costumbre morisca. Sancho Panza invitaba a su mujer a sentarse en el suelo, entre alfombras y almohadas. Y quizás sea este uno de los matices que distingue a la casa española de la casa europea, su herencia árabe. La casa se ofrecía, y se ofrece, a las visitas, se agasajaba a los visitantes. Casi el 43% del total del mobiliario eran taburetes, por lo que se puede afirmar que era el mueble de mayor afluencia entre los labradores. (Tabla 9)

La mesa, aunque era un mueble generalizado, no alcanzaba la unidad por hogar en algunos de estos grupos. En el caso de los labradores se sitúa en 0,97 y para los sirvientes obtenemos una media de 0,95. Los artesanos se quedan en una mesa por cada inventario y las mujeres 1,71. Si pasamos a los dones asciende a 1,83. Las mesas de casi todos los grupos representados, excepto la élite, eran mesas sencillas, con cajón y de madera. También se relacionaba alguna mesa de bancos con tablero plegable y desmontable. Se distinguen además 4 mesas de velador, fue un modelo de mesa popular nacido en Inglaterra a comienzos del XVIII, llamada mesa de pedestal. Un ejemplo especial de mesa lo constituye el tocador, mesa provista de un espejo, cajones o compartimentos para los artículos de tocador: cepillos y peines, tarros de pomada y afeites, frascos de colonia y pomos, etc. En 1659 se inventariaba el tocador que registramos en casa de la viuda de Francisco Parra.

En cuanto a las sillas, las cifras son algo menores, entre 0,72 que registran los labradores como media y 1,76 las élites, ofrecían diversas formas y variedades, silletas de pino, silla de respaldo, de costillar, silletas llanas. Entre los labradores el taburete era el asiento preferente, seguido de las sillas o silletas. La tarima apenas tiene representación en el siglo XVII y en la primera mitad del siglo XVIII se registraba en 11 inventarios, en 14 hogares se constata a partir de 1750. Era un mueble de mayor coste, que requiere un colchón, al menos cuatro almohadas y la vestimenta del colchón, por lo que no puede ser un objeto de consumo para todos los hogares.

Por lo que respecta a los bancos, los más sencillos son los compuestos de tableros sobre borriquetas, desmontables. Sin embargo, cada vez se hace mayor uso del banco encajado de carácter permanente, cuya base, en ocasiones se cierra para formar un arca. Estaba presente en el dormitorio. Allí rodea la cama y es de menor altura. Las banquetas ocupaban el último peldaño en el escalafón de los asientos.

También entre los labradores se registraban algunos muebles novedosos y más próximos al grupo superior, entre ellos figuran 10 mesas de velador, 21 bufetes, un escritorio y un escaparate. En realidad, el estilo de vida y a la vista de los enseres localizados, era muy tradicional dentro de este

grupo profesional. No obstante el mobiliario empezó a estar ligado a actitudes y hábitos más cultos, más refinados, unidos al concepto de buen tono social¹¹.

Los escritorios, al igual que los escaparates y vitrinas, son muebles de ostentación. Entre los que aparecen en la muestra analizada, ocho modelos se describen como “escritorio con embutidos de concha y bufete de nogal”, o escritorio con caja de nogal y pie cerrado con cajones”, entre otros.

El surtido de muebles no siempre eran los imprescindibles. Con todo, como nos recuerda Máximo García para la Castilla del Antiguo Régimen, las exigencias eran diferentes en los distintos estadios vitales y en función de la actividad profesional, y no debemos olvidar que estos inventarios se hacen en los días postreros a la muerte de la mujer¹².

CONCLUSIÓN

Era y es un hecho evidente que la casa privada debe construirse en función de la familia, y como decía Alberti, para que resida en ella de la forma más confortable¹³. La familia componía su casa en función de sus necesidades, pero sobre todo en función de su nivel social y económico. Y así, se comprueba que una minoría disponía y disfrutaba de camas, colchones, mesas, enseres de cocina y lógicamente, víveres para cocinar y comer, mientras que la mitad de la población vivía en unos niveles muy próximos a la pobreza. De hecho, comentábamos que el 46% de los patrimonios familiares acumulaban un 7% de la riqueza y un 52,9% de esa riqueza se concentraba en el 3,9% de los hogares. No en vano los grupos socio-profesionales con mayores efectivos eran población dependiente, un 22% jornaleros y un 15% mozos sirvientes¹⁴. Tierra y ganado constituían los pilares que sostenían todo el sistema social, lo que unido a un alto nivel de endeudamiento llevaba a estos grupos modestos, a la precariedad y hacia procesos de movilidad descendente, hipotecando en muchos casos sus bienes, que no pocas veces, terminaban en almoneda pública.

Los más precarios disponían de muy pocos bienes. Ana Fernández de las Mayoralas¹⁵ cuando se casó ya era pobre. En su testamento indicaba que nada llevó al matrimonio. Falleció cuando aún tenía un hijo menor, además de una hija casada y otra que aún vivía en la casa. Le pertenecía la mitad de la vivienda, que fue valorada en 1189 reales. En su vivienda no disponía de cama, solo un colchón poblado de lana que tasaron en 45 reales, una sábana y otra media sábana, una colcha, una almohada poblada y otra sin poblar. No hay sillas, ni mesas, ni un simple taburete. Los enseres de cocina se reducían a un colador, una caldera y el vedriado. El ajuar se completaba con un guardapiés y una basquiña que mandaba a las hijas. Una cruz y un rosario, testimoniaban sus creencias religiosas. Y eran todos los bienes que tenía en su inventario. La miseria crónica y la dependencia laboral de estas familias era una constante que se repite en todos los hogares precarios, con tan escasos bienes que ni siquiera eran precisos los inventarios. De todas formas, más que bienes materiales necesitaban un medio de vida para comer y vestir. En esta situación había muchos jornaleros, artesanos, campesinos, viudas y mozos sirvientes. Por eso el ganado era clave para su supervivencia, un hato de cabras, un cerdo o un pollino significaban trabajo y comida.

¹¹ Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, “La cultura material doméstica en la Castilla del Antiguo Régimen”, en M. GARCÍA FERNÁNDEZ y M. A. SOBALER SECO, M.A, *Estudios en homenaje al profesor Teófilo Egido*, Junta de Castilla-León, Valladolid, 2004, p. 255.

¹² Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, “La cultura material doméstica en la Castilla... op. cit., pp. 254-255.

¹³ Leon Baptista ALBERTI, *Los diez libros de Arquitectura*, traducidos del latín en romance por Francisco Lozano, Madrid, por Alonso Gómez, 1582, José María de Azcarate (ed.), Valencia, Albatros, 1977, libro V, capítulo XIV, pp. 224-225.

¹⁴ Carmen HERNÁNDEZ LÓPEZ, *La casa en La Mancha Oriental. Arquitectura, familia y sociedad rural. 1650-1850*, edit. Sílex, Madrid, 2007, p. 190.

¹⁵ AHPA, Sección Protocolos, Caja 1613, Ossa de Montiel, año 1758.

Situación similar nos relata en la vecina comarca de la sierra de Alcaraz, Francisco García González, donde más del 45% de las dotes femeninas no superaban los 500 reales, se trataba simplemente de “un omenaje y trastos de casa pobre”¹⁶

Por el contrario, los grupos de la élite, los hacendados y algunos profesionales liberales iniciaron las mejoras domésticas introduciendo las primeras novedades en el mobiliario, en la funcionalidad de las habitaciones, en las cocinas, en el vestido y con niveles confortables en sus alcobas y habitaciones (si se puede hablar de confort en el siglo XVIII). Los grupos intermedios se verán afectados igualmente por procesos de movilidad ascendente o descendente. Se trataba de un gran número de familias y hogares pertenecientes a diversas categorías socio-profesionales, sobre todo labradores, con muchas dificultades para mantener su posición.

En definitiva, hemos comprobado como la cultura material doméstica es reveladora de la estratificación social existente; desde la alcoba o desde la cocina se reflejan las desigualdades en este universo doméstico, donde el papel desempeñado por las mujeres era de primordial importancia. Si por un lado son las encargadas de mantener y cuidar esta cultura material en el hogar, también serán continuadoras simbólicas de las relaciones familiares, por encima del aislamiento o separación espacial. Ejercían así un papel de bisagra¹⁷, que tenía su expresión en multitud de circunstancias de ayuda, solidaridad, intercambio. Circunstancias en las que participaría sola o ayudada por su familia. Porque está claro que desde el interior del espacio doméstico podemos adentrarnos hacia el cada vez más intrincado mundo de las relaciones sociales.

¹⁶ Francisco GARCÍA GONZÁLEZ, *Las estrategias de la diferencia. Familia y reproducción social en la Sierra (Alcaraz, siglo XVIII)*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid 2000, p. 165.

¹⁷ Martine SEGALEM, *Antropología histórica de la familia*, Taurus, Madrid, 1992, p. 244.

VISTIENDO A LA MUJER VALLISOLETANA: EL ATUENDO FEMENINO, 1700-1850¹

Rosa María Dávila Corona

Universidad de Valladolid

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA INDUMENTARIA FEMENINA EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX

Numerosos trabajos sobre la indumentaria femenina a lo largo del siglo XVIII y durante la centuria siguiente, constatan una serie de cambios en la forma de vestir femenina², producidos por diversos factores como la instauración de una nueva dinastía, la de los Borbones a comienzos del siglo XVIII y, con ella, la penetración de modas e influencias extranjeras que irán cambiando la forma de vestir española. También influirá la democratización de la moda, que produce rápidos cambios sobre todo en el último tercio del siglo y la primera mitad del siguiente. Asimismo intervendrá poderosamente el desarrollo del comercio suntuario que, a su vez, contribuye a aumentar el consumo de nuevos tejidos y telas, lo que, a su vez, repercute en un crecimiento visible del número de establecimientos dedicados a la venta al por menor de las mismas, de complementos del vestir y del atuendo e incluso de prendas confeccionadas especialmente, en este último aspecto, al avanzar la primera mitad del Ochocientos³.

Las fuentes documentales conservadas -tanto los inventarios post mortem como las cartas de dotes- así como la literatura contemporánea y las descripciones realizadas por los extranjeros que visitan España a lo largo de estos dos siglos nos hablan de ese cambio en la forma de vestir de la mujer española bajo la influencia de la moda francesa e inglesa. Mientras que el estilo inglés será mayor en la vestimenta masculina, la influencia de la moda parisina será especialmente visible en la indumentaria femenina de la nobleza, quien será la que primero adopte los nuevos modos y costumbres que introduce un atavío novedoso. El gusto por lo nuevo, aliado al estímulo por emular a los grupos más poderosos, será el aliciente para que las nuevas indumentarias sean adoptadas, primero, por la incipiente burguesía, para extenderse, con un cierto retraso, progresivamente al resto de la sociedad, al pueblo llano, tanto en las ciudades como en algunas zonas del mundo rural, las más

¹ Este trabajo forma parte de los trabajos desarrollados por el equipo de investigación "Familia, identidad social, transmisión hereditaria y cultura material. Patrimonios, consumos y apariencias en la Castilla interior: 1600-1850" (Realidades familiares hispanas en conflicto: de la sociedad de linajes a la sociedad de individuos, siglos XVII-XIX, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación. Ref HAR 2010-21325-C05-01

² Son numerosos los trabajos que han analizado la moda femenina y su evolución a lo largo de los siglos referidos anteriormente, entre los que se pueden señalar el M^a A GUTIÉRREZ GARCÍA, *Literatura y moda: La indumentaria femenina a través de la novela española del siglo XIX*, Revista Electrónica de Estudios Filológicos, n^o 9, junio de 2005, el de C. BERNIS, "El traje burgués", en G. MENÉNDEZ PIDAL (dir), *La España del siglo XIX*, Centro de Estudios constitucionales, Madrid, 1998, el de E. MARTÍNEZ ALCÁZAR, "Características del atuendo español del Setecientos a través de la documentación notarial de Murcia", *Imafrontera*, n^o 19-20, 2008, o el de M^a. V. LICERAS FERRERES, *Indumentaria Valenciana, siglos XVIII-XIX. De dentro afuera de arriba abajo*, Carena Editors, Valencia, 2008.

³ Sobre el aumento de los establecimientos dedicados a la venta de telas y de tejidos y al consumo de los mismos están los trabajos de R. M^a. DÁVILA CORONA, "Las ventas a crédito en los comercios vallisoletanos. 1830-1870", *Investigaciones Históricas*, n^o 27, 2007, pp 131-156 y R. M^a. DÁVILA CORONA y M. GARCÍA FERNÁNDEZ, "El consumo de productos textiles en Valladolid, 1750-1850", *Investigaciones Históricas*, n^o 21, 2001, pp. 133-179.

próximas a la capital de la provincia. No hay que olvidar que el traje es la expresión no solo de la condición social, sino también un modo de expresar la apariencia personal.

Las descripciones que nos dan los numerosos relatos de los extranjeros que visitaron nuestro país a lo largo de estos dos siglos, sobre la indumentaria que la mujer española luce en la calle y en los espacios públicos, son, en general, casi monocromas, es decir, la de una vestimenta femenina un tanto uniforme en las piezas básicas que la conforman, así como en el color utilizado, preferentemente el negro o los tonos oscuros. Esta visión tan monocorde es la que les llevó a hablar en sus relatos de un traje nacional o español⁴, utilizado para salir a la calle por la mujer española en las principales ciudades -especialmente en la capital del reino-, constituido fundamentalmente por una falda negra, larga hasta los pies, llamada basquiña, cubriéndose la figura con la mantilla. Ambas piezas, usadas para pasear por los nuevos espacios de recreo que se abren en muchas ciudades, bajo el impulso del pensamiento ilustrado, como las recientes zonas de paseo que se diseñan en Valladolid a finales de siglo, ampliando los espacios de esparcimiento y de lucimiento como era la tradicional Acera de San Francisco, en el corazón de la Plaza Mayor de la ciudad. Igualmente se utilizarían para asistir a las ceremonias religiosas, convocadas por las autoridades eclesiásticas y universitarias en relación con las fiestas religiosas y actos académicos. Bajo las mismas, se resguardaría un vestido diseñado a la moda del momento, que mostrarían una vez llegadas a casa. Es así como los diferentes viajeros nos describen por ejemplo a la mujer madrileña en sus paseos por el Prado y a la mujer asturiana⁵ cuando iba a sus devociones diarias.

Los vaivenes de la moda y el deseo de controlar el gasto en el consumo de artículos de adorno personal que favorecían a las industrias extranjeras más que a las nacionales, a la par que el deseo de incentivar la producción de estas últimas, llevaron a finales de siglo a proyectar un traje nacional⁶, con el que se pretendía uniformar la indumentaria femenina, que no llegó a prosperar.

Sin embargo, sean cuales fueren las intenciones de los ilustrados a propósito de la uniformidad de la vestimenta femenina, las fuentes documentales analizadas para este trabajo, nos indican que las mujeres castellanas, en concreto las vallisoletanas a lo largo del Setecientos, empleaban diversas prendas para vestir y adornar la figura, encontrándose entre ellas, no solo las consabidas basquiñas y mantillas, sino que éstas se acompañaban de gran número de guardapiés, zagalejos y vestidos -siendo estos últimos los que predominaran en el guardarropa femenino desde comienzos de la década de 1820-, sin contar con los numerosos jubones, de diversos tejidos, calidades y colorido, que le permitían una gran variación a la hora de componer y adornar la figura, aumentado las posibilidades del vestuario y del seguimiento de la moda.

La ampliación del consumo de textiles durante la primera mitad del siglo XIX junto con los cambios producidos en la moda femenina, impusieron una nueva forma al atuendo femenino, abandonándose progresivamente las prendas ampliamente utilizadas en la centuria anterior. Poco a

⁴ Numerosas son las descripciones hechas por los extranjeros que visitaron nuestro país y que están recogidas en el trabajo de M^a A. ORTEGO AGUSTÍN, "La mirada ajena. Una aproximación a la indumentaria y los hábitos domésticos españolas según los viajeros ingleses", en G. FRANCO RUBIO (coord.), *Miradas propias y ajenas en un baile de espejos. Tiempos Modernos*, 21, 2010-2012. también en M. GARCÍA FERNÁNDEZ, "El vestido diferenciador: usos y costumbres originales ante los ojos críticos de los extranjeros durante el Antiguo Régimen (siglo XVII y XVIII)", en J. J. BRAVO CARO, y S. VILLAS TINOCO (eds.), *Tradición versus innovación en la España Moderna*, Vol. I, Málaga, 2009. También del mismo investigador "Extranjeros en la Castilla interior durante el Antiguo Régimen. Mentalidad y cultura material: actitudes similares y comportamientos diferenciados", en M. B. VILLAR GARCÍA, y P. PEZZI CRISTÓBAL (eds.), *Los extranjeros en la España Moderna*. Tomo II, Málaga, 2003.

⁵ "En lugar de abigarramiento de vestidos y peinados, no se ve, a pie, en el Prado, más que mujeres uniformemente vestidas, cubiertas de grandes velos negros y blancos que esconden parte de sus rasgos. El Prado, con todo lo bello que es, parece el escenario de la gravedad castellana". J. J. BOURGOING, *Nouveau Voyage en Espagne*, Paris, 1788, Tomo I, p. 235. J. TOWNSED, *A journey through Spain in the years 1786 and 1787*, Londres, 1791, Tomo II, p. 143.

⁶ D. PÉREZ ABRIL, *Moda, mujeres y modernidad en el siglo XVIII*, Valencia, 2008, p 57-ss.

poco se dejaron de llevar guardapiés, jubones y basquiñas, imponiéndose de forma progresiva una nueva forma de vestir, adaptada a las nuevas tendencias. Novedad que se vio contrapesada con el uso continuado de la tradicional mantilla que tardará en ser reemplazada como tocado femenino por el sombrero.

LAS PRENDAS DE VESTIR DE LA MUJER VALLISOLETANA: EL GUARDAPIÉS Y LA BASQUIÑA

Al examinar la documentación compuesta por inventarios post mortem y cartas de dote para el periodo de 1700 a 1850 en Valladolid ciudad y en las poblaciones de Olmedo, Peñafiel, Nava del Rey y San Pedro de Latarce, hay dos datos evidentes que saltan a primera vista y que se centran, primero en el importante papel que juega la ropa dentro de los patrimonios familiares y en las cartas de dotes tanto en el mundo urbano como en el rural; y, segundo, en el abundante número de prendas exteriores con las que la mujer adornaba y vestía su figura. En toda la documentación examinada -para el periodo señalado- destacan en primer lugar los guardapiés, que son las prendas de vestir por excelencia durante el Setecientos, junto con las basquiñas, seguidos por los jubones, los zagalejos y finalmente los vestidos. Por número de piezas inventariadas son, sin embargo, los vestidos los que dominan, a lo largo de toda etapa, el vestuario femenino, seguidos por las mantillas. Una salvedad a la relación anterior la encontramos en el pueblo de San Pedro de Latarce, en el límite noroeste de la provincia, bastante alejado de la capital, donde, a lo largo del XVIII y ya bien entrado el XIX, no aparecen entre las prendas inventariadas los zagalejos, los vestidos, al tiempo que son casi testimoniales las basquiñas, de poco valor monetario y confeccionadas en telas de mediocre calidad. Las mantillas, denominadas en la documentación mantellinas son asimismo poco abundantes y confeccionadas generalmente en telas de lana de escasa calidad.

Para el resto de los núcleos de población -la capital y tres de los pueblos mencionados bien conectados con la primera-, del total de inventarios post mortem y cartas de dotes analizados, la prenda femenina que destaca sin lugar a dudas por el volumen de piezas inventariadas es el vestido con más de 564 piezas entre 1700 y 1850, concentrándose el mayor número de ellos entre 1800 y 1850 con el 85%, de los que casi el 40% de los mismos pertenecen a la burguesía urbana, tanto la comercial como la profesional y la docente; le siguen las mantillas con un total de 540, tras las que se encuentran los guardapiés con 464 y las basquiñas con tan solo 296 piezas, cuya presencia va disminuyendo a medida que nos adentramos en el nuevo siglo, especialmente en Valladolid capital a partir de la década de 1820. Finalmente, los jubones o cuerpos -prenda que contribuye a dar mayor versatilidad a la apariencia de la mujer- suponen 293 piezas, concentradas mayoritariamente en el Setecientos, cediendo terreno al vestido, como las otras dos faldas anteriormente señaladas, al llegar de nuevo siglo. Dejando el vestido para un análisis posterior, la prenda de vestir exterior que más sobresale en todos los guardarropas del siglo XVIII, sin duda ninguna, es el guardapiés, acompañado de un polivalente cuerpo como es el jubón, que podía llevarse con el anterior y también con la basquiña.

El guardapiés era un tipo de falda que se ataba a la cintura y bajaba en redondo hasta los pies. Cada mujer vallisoletana, incluyendo a las de las poblaciones cercanas a la capital, poseía de media entre tres y cuatro faldas de este tipo, aunque en ocasiones -en dotes y patrimonios de importancia- este número se sobrepasa alcanzando cifras superiores como los ocho que pertenecían en 1700 a María Martín residente en Olmedo, los diez que tenía la mujer de Santiago Domínguez en San Pedro de Latarce en 1794 o los once⁷ que poseía Juana Hernández un siglo más tarde, algunos

⁷ Los diez guardapiés encontrados en San Pedro de Latarce están confeccionados en telas de lana de mediana calidad, valorándose en su conjunto en 364 reales, destacando uno de tapizón de lana azul, la prenda más cara y de mejor calidad, valorado en 135 reales. En 1800 se contabilizan a Isabel Ordax ocho guardapiés con valores superiores a los 130 reales

de ellos valorados en más de cuatrocientos reales, al estar confeccionado en una tela de seda de calidad y de origen extranjero como el tafetán procedente de Francia.

Las telas utilizadas para la confección de esta falda eran mayoritariamente las de lana en sus diferentes variedades, procediendo muchas de ellas de los centros textiles de la región como los situados en Palencia y en Segovia, aunque también se detectan telas de lana procedentes de otros lugares de fabricación próximos a la meseta castellana⁸ e incluso extranjeras como las bayetas inglesas o las procedentes de Génova⁹. En su mayoría son telas de calidad mediana e incluso baja como las estameñas y las jergas, algunas de fabricación local e incluso casera, o los barraganes, aunque no faltan, como ya hemos apuntado, las de calidad como los alepines, las cúbricas, el rusel, los paños y las bayetas inglesas.

Detrás de las lanas y ocupando un segundo lugar, son abundantes también los guardapiés de seda, cuya confección se realizaba con telas de procedencia extranjera como el calamaco, la filoseda, el espolinado, el tafetán, la tela de Francia y la felpa llegando en algunos casos al damasco. En tercer lugar, se encuentran los hechos con telas de algodón, al calor de la expansión y consumo que tienen estos tejidos en la segunda mitad del siglo XVIII. A pesar de las prohibiciones de la monarquía para frenar el uso de este tipo de telas que relegaba a las de fabricación nacional a un segundo plano, la muselina, el percal, la indiana, la cotonía y el muletón tienen una importante presencia en la confección no solo de los guardapiés, sino también en los adornos con que se embellecen estas y otras prendas. No hay que olvidar que la mayoría de los tejidos con que se confeccionaban, llegaban a la provincia y, por tanto, a los mercados rurales y lógicamente al urbano a través del intenso comercio que atravesaba la meseta. El transporte realizado por los arrieros y maragatos y otro tipo de transportistas no solo posibilitaban el desplazamiento de los textiles de lana de origen regional y nacional, sino la introducción a través de los puertos cercanos como el de Santander, de novedades extranjeras como los algodones, las lanas y sedas, en sus diversas modalidades textiles, procedentes en su mayoría de Inglaterra y de Francia¹⁰. No faltaban tampoco los artículos de seda catalanes y valencianos que competían con las sedas y tafetanes franceses. Los mercados rurales y los comercios urbanos eran los encargados de ponerlas a disposición de la mujer vallisoletana.

En cuanto al colorido del guardapiés, éste es variado comprendiendo los floreados, es decir las telas estampadas con flores, los blancos, pajizos, tostados, encarnados, azules y naranjas, sin omitir el negro, este último en minoría frente a los anteriores. Generalmente aparecen descritos con una multitud de adornos como los bordados realizados en la propia tela de la falda, con la aplicación de ruedos o volantes hechos con tejidos diferentes como el mitán, la muselina, el percal, la bayeta, etc., o con guarniciones confeccionadas con telas de seda como el tafetán o con encajes. Gran parte de estas prendas son nuevas y buenas, aunque también las hay usadas, andadas, viejas, malas e incluso apollilladas.

Si el guardapiés era por excelencia la prenda exterior empleada por la mujer vallisoletana para vestir, sustituida más tarde por el vestido, a partir sobre todo de 1820, la basquiña, -similar a las demás faldas de la época, como el guardapiés y el zagalejo-, era, quizás, la prenda empleada para salir de casa y asistir a actos de sociabilización como los actos religiosos, los paseos, los toros, el teatro, etc. Como la anterior, se ajustaba a la cintura, estando separada del jubón o cuerpo de uso

cada uno, destacando dos de más de 250, uno confeccionado en tafetán de seda de Francia y otro en flequillo de plata. A. H. P. V. Protocolos Notariales de Nava del Rey, de Valladolid y San Pedro de Latarce, 13.749, 11.340, 11.341, 12.029 y 15.512.

⁸ Entre los textiles de lana nacionales merecen destacarse los paños elaborados en Cataluña, en Hervás, Munilla, Alcoy y Zaragoza.

⁹ R. M^a. DÁVILA CORONA, "Las ventas a crédito [...]", op. cit., pp. 141.

¹⁰ I. MIGUEL LÓPEZ, *El mundo del comercio en Castilla y León al final del Antiguo Régimen*, Valladolid, 2000.

polivalente, puesto que éste servía tanto para formar un vestido de dos piezas con el guardapiés, como para acompañar a la basquiña. Para su confección se emplearon los mismos tejidos que en el guardapiés, predominando las telas de lana tradicionales como las bayetas, la estameña, la lamparilla o el pelo de camello, a las que se suman a principios del nuevo siglo el alepín y la cúbica. Hay asimismo basquiñas realizadas con sedas -aunque son minoritarias en comparación con el resto- como el grodetur, la primavera, el moé, el tafetán, el damasco y los terciopelos. A diferencia del anterior, son pocas las basquiñas confeccionadas con algodones, restringiéndose al empleo del percal y de la indiana.

Si bien es verdad que el colorido empleado en las basquiñas es oscuro, hay que señalar que, frente a la uniformidad de criterios al adjudicarla el color negro como característica esencial de esta prenda femenina, existe una amplia variedad de colores y adornos que la alejan de la tradicional descripción que de ella hacen los diferentes viajeros que pisan el suelo español en el periodo estudiado. Al lado del negro, se sitúan, aunque bien es verdad que en una tonalidad oscura, los colores morados, los pasa, los tonos café, pero también se utilizan los claros como el ámbar e incluso las flores. Los tonos oscuros de esta prenda se ven rotos por los adornos en forma de ruedos, empleando diferentes tipos de tejidos como el mitán, la holandilla, de diferentes colores, de tonos claros como el rosa, el azul e inclusive el dorado que aligeran la coloración monocroma de la prenda. El estado de conservación de la basquiña es similar al indicado para el anterior tipo de falda, encontrándose prendas nuevas y buenas al lado de otras andadas, usadas, viejas, ordinarias o remendadas. Salvo excepciones como en el caso de la mujer de Antonio Comisaña que disponía de seis basquiñas en 1765¹¹, la media de basquiñas que poseía la mujer vallisoletana, hasta la entrada del siglo XIX, era de dos. A partir de esta nueva centuria, especialmente desde la década de 1820, guardapiés y basquiñas irán desapareciendo de los inventarios y cartas de dotes, sustituidas por los vestidos, convirtiéndose, cuando aparecen inventariadas, en una prenda reliquia del pasado, arrinconada por las nuevas modas y tendencias que impondrían el vestido, y que seguramente se habrían heredado.

No obstante, lo más singular de la vestimenta femenina vallisoletana no estriba solo en el predominio del guardapiés como prenda exterior, utilizada cotidianamente, sino en la numerosa presencia, como complemento de este tipo de falda y de la basquiña, de los jubones. El jubón es un cuerpo ajustado¹², de color diferente al de la falda sobre la que va, pero posiblemente combinando con ella, con mangas, y de distinto tipo de tejido, más grueso para proteger del frío. Salvo en San Pedro de Latarce, donde este tipo de prenda no aparece con este nombre sino con el de almilla¹³, las mujeres vallisoletanas, tanto las capitalinas como las de los pueblos cercanos a la ciudad, tenían un número de jubones superior al de las faldas¹⁴ -guardapiés y basquiñas- siendo normal que poseyeran de cinco a siete cuerpos, lo que posibilitaría la combinación de prendas y por extensión, la formación de diferentes conjuntos de vestir, contribuyendo a adornar más la apariencia personal. Es más, a medida que avanza el siglo XIX y mientras el vestido gana en importancia entre las prendas de exteriores, aún se mantiene, aunque de forma un tanto residual, la tendencia a poseer mayor número de jubones que de faldas, ya sean guardapiés y basquiñas, ambas en retroceso.

De los 293 jubones contabilizados, el 44% son de lana, generalmente de estameña, paño de Tarrasa, de Segovia o de Guadalajara o de escarlátin, y, a partir de 1800, de alepín, cúbica y sarga. Las

¹¹ A. H. P. V. Protocolos Notariales de Valladolid 3.807.

¹² M^a V. LICERAS FERRERES, *Indumentaria Valenciana* [...] op. cit, p 40.

¹³ La almilla era una especie de jubón interior con mangas o sin ellas, utilizado por mujeres y hombres para protegerse del frío, y que se colocaba debajo del jubón.

¹⁴ En 1700 Juana Quintanilla, natural de la villa de Olmedo, poseía siete jubones y tres guardapiés. De los siete cuerpos, uno de ellos confeccionado en pana, estaba valorado en 300 reales. A. H. P. V. Protocolos Notariales de Olmedo, 11.452.

telas de algodón como la pana, el mahón, la cotonía, el percal, la indiana y la muselina representan casi el 19%, mientras que la seda, en sus diversas variedades como el grodetur, el gorgorán, el tafetán, la primavera y el terciopelo, no representan más que el 12%.

Sus tonalidades son claras, e incluso se podría decir, en contraposición con los tonos empleados en las faldas, que alegres, utilizándose los blancos, verdes, azules, rosas, rayados, canelas, etc., realzando la calidad de la prenda mediante las mangas, que utilizan diversos tejidos como el algodón, el bombasí, los lienzos o la pana, y los adornos de encaje, los bordados, los botones de plata o los emballenados.

EL AUGE DEL VESTIDO Y PERVIVENCIA DE LA MANTILLA

Aunque el guardapiés y la basquiña siguen apareciendo en la documentación al comenzar el nuevo siglo, el vestido como pieza de vestir exterior, irá ganando en presencia en el vestuario femenino, en parte gracias a la democratización de la moda, a la que contribuirá la aparición en los comercios de cortes de vestidos siguiendo la última tendencia, de ropa hecha, pero, sobre todo, a la influencia ejercida por las noticias que llegan de la capital, a través de periódicos y revistas, quienes dedican una parte de sus páginas a la moda que llega de París. Así *El periódico de las damas*¹⁵ dedica en 1822 una sección completa a las últimas novedades imperantes en Madrid, a solicitud, según indica, de las lectoras de provincias interesadas en ellas. Por su parte, la propia prensa local empieza a reservar espacios exclusivamente consagrados a reseñar las últimas tendencias que sobre la vestimenta femenina se sigue no solo en Madrid sino también aquellas que llegan de París, incluyendo no solo la descripción de figurines, sino asimismo de los nuevos tejidos de temporada e indicando los modelos más adecuados a las estaciones del año¹⁶. Progresivamente, aun con retraso llegan a las provincias por este camino y a través de los escaparates del comercio minorista, las nuevas formas en el atuendo femenino que van desterrando las hasta entonces típicas prendas de vestir de la mujer vallisoletana.

Si nos atenemos a la opinión de Ortega Zapata¹⁷, la mujer vallisoletana del XIX era parca a la hora de vestir¹⁸, sin embargo la información que nos proporcionan tanto los inventarios post mortem como las cartas de dote, nos pone ante una realidad diferente, no solo por el número de vestidos que poseía cada mujer, sino por las telas empleadas en su confección. Una realidad muy diferente a la que se encuentra en la capital y en las tres poblaciones rurales cercanas a ella, es la que presenta San Pedro de Latarce, donde la mujer sigue apegada a su guardapiés y a su correspondiente almilla como prendas fundamentales de su vestuario hasta bien entrada la primera mitad del Ochocientos.

El vestido siempre estuvo presente en los inventarios y en las cartas de dote vallisoletanas desde comienzos del siglo XVIII, aunque las descripciones que acompañan a su tasación son inexistentes, haciendo solo hincapié en los adornos, por lo que es difícil determinar si los mismos seguían la moda imperante en cada momento. Entre comienzos de siglo y la mitad del siguiente se

¹⁵ *El periódico de las damas*, n° 11, 18-3- 822. Hemeroteca Digital. Biblioteca Digital Hispana.

¹⁶ A mediados del siglo XIX el periódico local *El Norte de Castilla*, describía en los ecos de sociedad las novedades existentes en la moda femenina, aconsejando a las lectoras los tejidos más novedosos, las hechuras imperantes, el colorido más moderno, los adornos y complementos más indicados para cada momento. Hemeroteca del Norte de Castilla, *El Norte de Castilla*, año 1854.

¹⁷ J. ORTEGA ZAPATA, *Solaces de un vallisoletano setentón*, Valladolid, 1984.

¹⁸ La opinión de este escritor vallisoletano se encuentra un tanto alejada de lo que muestra la documentación analizada. Según él, el lujo en el vestir femenino era desconocido ya que “las señoras con un traje de alepín de la reina, tela de lana que no se ve por el mundo, y uno de tafetán para las grandes celebraciones, estaban servidas. Un vestido de terciopelo habría sido una enormidad y el gro no era conocido.

contabilizan entre Valladolid, Olmedo, Peñafiel y Nava del Rey un total de 564 vestidos, de los que el 47% son de algodón, el 34% de lana, el 11% de seda y en el resto no aparece la tela. De ese 92%, el 85% se registra durante la primera mitad del siglo XIX, entre 1800 y 1850, abundando en el guardarropa de las mujeres de Nava del Rey que poseían 319 vestidos y en las de Valladolid capital con 130 piezas.

Las telas empleadas para los vestidos siguen, hasta la década de 1820, las pautas tradicionales, predominando las lanas, entre las que destacan la cúbica, el alepín inglés, la franela y a las que se suman el casimir de origen francés, el rusel, el tartán y novedades como el merino y el raso de lana. Después de la lana es el algodón el tejido escogido para confeccionar los vestidos, con telas como el percal, tanto de procedencia inglesa como francesa, la muselina, el algodón, el piqué y la chaconada, esta última muy utilizada en el siglo XIX. Las sedas son asimismo un tejido indicado para las fiestas u ocasiones especiales, empleándose los tradicionales tafetanes y gro, junto a los rasos de seda, los crespones, la seda labrada, el moaré. No faltan tampoco los vestidos de lino.

No escasean los adornos en forma de cenefas, bordados y volantes, con jaretas y entredoses. La falta de descripción que presenta la documentación utilizada nos priva de poder ver la evolución de esta prenda femenina al compás de la moda que domina a la largo de la primera mitad del siglo XIX. No obstante, hay que pensar que, aun con un cierto retraso por ser una capital de provincias, la mujer vallisoletana seguiría las pautas procedentes de la moda europea, a través de la imitación que de ella se hacía en la corte española¹⁹, como parecen indicarlo los adornos anteriormente mencionados.

De lo que no hay duda es que el vestido es la prenda de vestir por antonomasia de la mujer vallisoletana, tanto en la capital como en algunas poblaciones rurales cercanas a ella, durante la primera mitad del siglo XIX, relegando a un segundo plano al tradicional guardapiés y a la basquiña, en esta época muchas veces piezas heredadas de madres a hijas. Que el vestido es la prenda femenina por excelencia nos lo demuestra el que la media que posee la mujer vallisoletana es de casi cinco vestidos por persona, aunque hay casos en los que esta cifra es ampliamente sobrepasada, como ocurre con la comerciante Isidra del Valle, cuyo guardarropa estaba constituido por 22 vestidos²⁰, de los cuales cuatro sobresalen en la tasación al estar valorados en más de 100 reales cada uno.

Casos similares al anterior, por el número de vestidos inventariados, son el de la mujer de Martín Selva y Ramón, a la que se la contabilizan 33 vestidos por un valor total de 3.550 reales, destacando dos de raso con esclavina valorados en 800 reales, dos de gro negros valorados asimismo en 560 reales y dos de tartán de Francia en 360 reales²¹ y el de Romana Pereda Repiso, hermana de un profesor de la Facultad de Medicina de Valladolid, cuyos seis vestidos se valoraron en 2.323 reales, de los cuales solo los de seda nuevos alcanzaron un valor de 1.443 reales.

Junto con el vestido, la mantilla es la prenda de vestir y de abrigo más usada por la mujer española y también por la vallisoletana durante todo el periodo estudiado, aunque durante el mismo sufra una evolución centrada en las telas usadas para su confección que se consolidará en la segunda mitad del siglo XIX, en la que el encaje, los tules y las blondas serán los tejidos básicos de esta clásica prenda.

¹⁹ C. BERNIS, *El traje burgués* [...] op. cit.

²⁰ Posiblemente, y es una hipótesis, los 22 vestidos inventariados tras su muerte pudieran pertenecerle, no solo a ella, sino a su hija, dada la costumbre muchas veces de los peritos tasadores de no discriminar a la hora de tasar la ropa de vestir, si era femenina, entre la que pertenecía a la difunta y la de las hijas. A. H. P. V. *Protocolos Notariales de Valladolid* 5.834.

²¹ A. H. P. V. *Protocolos Notariales de Valladolid* 8.428

Por definición la mantilla o mantellina es una prenda de diferentes tipos de tejidos, cuya misión principal es la de adornar la figura y la de abrigar al tiempo que cubren la cabeza y parte del cuerpo²². De origen netamente nacional, su uso se reservaba para salir a la calle y asistir a las ceremonias religiosas y civiles que se celebrasen en la ciudad. Su presencia acompaña los diferentes usos y formas en el vestir femenino, usándose con los guardapiés y las basquiñas y continuará también empleándose como abrigo y adorno, cuando éstas prendas se vayan relegando y se impongan los vestidos. Por número de piezas halladas en la documentación consultada, es, junto a estos últimos, una de las principales prendas de vestir, y la segunda en importancia por volumen.

Aunque la documentación no proporciona más datos sobre la mantilla que la tela en que esta confeccionada, en ocasiones el estado de conservación y los adornos con los que puede estar enriquecida, si nos informa sobre el número de ellas que cada mujer vallisoletana tenía en su guardarropa. La media nos indica que era normal que ésta poseyese cuatro, aunque no es infrecuente encontrar casos en los que era propietaria de seis, nueve e incluso de catorce prendas de este tipo.

Las telas empleadas con más frecuencia en su confección, por lo menos durante el siglo XVIII, son las de lana como las bayetas segovianas y palentinas, los paños y la sarga; el casimiro y el rusel aparecen ya a finales del siglo y durante las primeras décadas del siguiente. Son asimismo abundantes durante gran parte del Setecientos, las mantillas hechas de muselina y de percal y las que empleaban telas de seda como el tafetán y la seda. A medida que nos adentramos en el último tercio del siglo y en las primeras décadas del siguiente, aunque se siguen empleando telas de la lana para hacer esta prenda, el predominio lo tendrán las sedas como el tafetán, el crespón, el raso, la gasa, el moaré y sobre todo, a partir de la década de 1830, el tul, la blonda y el encaje, que es el tejido nuevo, podríamos decir, más utilizado desde los años de 1850.

En cuanto al colorido usado en las mantillas dominan el blanco y el negro, aunque no faltan otros colores como el pajizo, el encarnado, el azul y el verde, aunque es cierto que, frente a los dos anteriores, son minoritarios.

Son prendas que aúnan a la calidad de la tela los adornos que enriquecen las mismas, siempre en función de la utilización que se de a esta prenda²³. Generalmente las más sencillas suelen coincidir con las mantillas confeccionadas en lana, adornándose con algunas cenefas, listones y cintas, empleándose también, en algunos casos, como enriquecimiento de la prenda una serie de aplicaciones hechas con telas diferentes a las de lana y que se solían denominar cascós de mantilla²⁴; utilizándose en estas ocasiones el raso, el terciopelo o el tul y en algunas ocasiones el encaje. Las de seda o de algodón llevan adornos de gasa, guarniciones de tul, blonda y encaje.

La mantilla seguirá siendo la prenda de abrigo y adorno todavía por excelencia en la primera mitad del siglo XIX, a pesar de la aparición de los primeros sombreros femeninos bajo el impulso de la moda francesa y de las llamadas gorras, nombre por el que se conocía a la capota, tipo de tocado sujeto con cintas por debajo de la barbilla que envolvía totalmente la cabeza, y que se encuentran en algunos inventarios de la capital²⁵, principalmente entre las mujeres del profesorado universitario, y sobre todo en algunos comercios vallisoletanos, especializados en la venta de sombreros y de algunas prendas de vestir ya confeccionadas²⁶.

A pesar de la innovación que supone la presencia del sombrero en el guardarropa femenino y la posibilidad que ofrecen los comercios de adquirir esta novedad, la mantilla seguirá utilizándose

²² Diccionario de la Real Academia Española de 1780 y también en M^a V. LICERAS FERRERES, *Indumentaria Valenciana* [...] op. cit.

²³ M^a V. LICERAS FERRERES, [...] op. cit.

²⁴ Los cascós de mantillas enfatizaban y enriquecían la prenda, adornando la parte central y posterior de la cabeza.

²⁵ A. H. P. V. Protocolos Notariales de Valladolid, 8.424, 8.428, 8.429, 16.733.

²⁶ A. H. P. V. Protocolos Notariales de Valladolid, 16.275, 16. 531, 16.669.

mayoritariamente por la burguesía vallisoletana a lo largo de la primera mitad del Ochocientos. Así como la moda en el vestir va cambiando, aunque con un cierto retraso, abandonándose los guardapiés y las basquiñas por el vestido, adaptado a los nuevos patrones de moda, hay, sin embargo, una cierta resistencia a sustituir la tradicional mantilla que representa según Escobar²⁷ el conservadurismo nacional, frente al cosmopolitismo progresista, centrado en las nuevas modas y en el sombrero.

Así, todavía mediada la década de los años de 1830 nos encontramos con inventarios urbanos en los que aparecen contabilizadas catorce mantillas, la mayoría de seda aunque empieza a hacer su aparición un nuevo tipo encarnado por las de tul²⁸. Hay que esperar a que lleguen los años cincuenta para que se produzcan algunas novedades en esta prenda netamente española: las tradicionales telas en las que se confeccionaba se sustituyen ahora por el encaje y la blonda. De estos nuevos materiales son las tres mantillas que tenía la mujer del bibliotecario del Colegio Mayor de Santa Cruz en su guardarropa, valorada la primera en más de mil reales y las otras dos en más de doscientos cada una²⁹. Pero esta tendencia no es única y exclusiva del área urbana. Así, en el pueblo de Nava del Rey, Dolores Santander poseía dos mantillas de tul de gasa valoradas en 250 reales y una de toalla en más de trescientos³⁰.

A MODO DE CONCLUSIÓN.

Teniendo en cuenta las prendas que hemos analizado en las páginas anteriores y sin disponer de más información sobre la costumbre y uso de las mismas por las mujeres vallisoletanas, al carecer de la información que nos podrían haber proporcionado las fuentes locales impresas, no podemos más que aventurar cuál era el atuendo cotidiano. Sabemos con certeza que la prenda de vestir por excelencia en el siglo XVIII fue el guardapiés, acompañado de sus correspondientes jubones. Que el vestido formaba parte, desde comienzos de la centuria, del vestuario femenino, y que la basquiña estaba también presente en el mismo. Sin embargo, con los datos que proporciona la documentación consultada y a falta de otro tipo de información, sería arriesgado aseverar que la mujer vallisoletana utilizaba en sus salidas a los espacios públicos la tradicional basquiña, acompañada de su correspondiente mantilla negra.

Dos indicios nos hacen pensar que en Valladolid -capital y zonas rurales- la forma de vestir femenina no es exactamente igual a la que se describe para la capital de la nación. Primero, las basquiñas negras no son mayoritarias a lo largo de todo el periodo analizado, conviviendo con otras de colores, aunque en tonos oscuros. Por otro lado, estas faldas exteriores que tapaban los vestidos y guardapiés, aparecen adornadas con telas de diversas calidades y colores, con lo que parecen apartarse del prototipo de falda negra descrita por los viajeros franceses e ingleses a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Eso sin contar los diversos colores empleados en la confección de los jubones que completaban el vestido femenino.

Por su parte la mantilla aparece no solo en color blanco o negro, sino también en otras diversas tonalidades como las pajizas y encarnadas, tanto en la ciudad como en los tres pueblos vecinos.

²⁷ J. ESCOBAR, *El sombrero y la mantilla: moda e ideología en el costumbrismo romántico español*, Les belles lettres, Paris, 1993.

²⁸ A. H. P. V. Protocolos Notariales de Valladolid, 8.428.

²⁹ A. H. P. V. Protocolos Notariales de Valladolid, 15.882.

³⁰ A. H. P. V. Protocolos Notariales de Nava del Rey, 17.013. Según LICERAS FERRERES, la mantilla de toalla recibía este nombre por la forma rectangular que tenía la tela, simétrica en ambos sentidos, similar a la pieza a la que hacía alusión: [...] op. cit., p. 87.

Con estos indicios y con los datos que nos proporcionan los inventarios post mortem y las cartas de dotes, es difícil pensar que la figura femenina en Valladolid y en las principales zonas rurales se ajustase al patrón fijado para Madrid que nos habla de un traje nacional, formado por una basquiña y una mantilla negra. Con las referencias que ofrece la documentación mencionada, podemos hablar de un atuendo femenino compuesto fundamentalmente por el guardapiés y el jubón, posiblemente ambos coordinados en color, con una presencia constante del vestido desde comienzos del Setecientos, que cobrará fuerza al iniciarse la década de 1820, convirtiéndose en la prenda de vestir femenina por excelencia, acompañado, eso sí, de la tradicional mantilla. Ésta evolucionará en el tejido en el que se confecciona, desde las lanas, seda y algodones, a los encajes, blondas y tules, resistiendo a la implantación de un nuevo tocado de influencia francesa: el sombrero.

APARIENCIA Y MOVILIDAD SOCIAL. EL ATUENDO ESPAÑOL EN EL SIGLO XVII

Arianna Giorgi

Universidad de Murcia

APARIENCIA Y MOVILIDAD SOCIAL. EL ATUENDO ESPAÑOL EN EL SIGLO XVII

Dentro del marco de la cultura material, la imagen se definió como uno de los elementos referenciales de esta formulación del prestigio personal y social durante la edad moderna. De hecho, formaba parte de este dispositivo de las apariencias moderna que se escenificaba por medio de la indumentaria y de su ostentación. En efecto, el traje empezó a ser un corolario de la representación social, entrando a formar parte de los hábitos de comportamiento que apuntalaban el sistema de la cultura de las apariencias¹. Este protocolo estético se implantó pronto en la sociedad española a través de la ostentación y de la emulación².

Por eso, este trabajo pretende analizar la apariencia española durante el siglo XVII. En concreto, se propone estudiar el atuendo masculino en la España de los Austrias. Así, a través de los relatos de viajeros y de la tratadística, se reflexionará sobre la imagen vestimentaria del hombre como estrategia de ascenso social. Este comportamiento, de hecho, incluía el uso de la imagen por parte de las elites dominantes para así mantener el régimen estamental de la época. En este sistema moderno, la ostentación de las apariencias se establecía estandarte de la condición social que insinuaba privilegios y diferenciación social. En efecto, la imagen pública se empleaba como vehículo puesto que “la admiración formaba parte de las relaciones sociales y políticas de dominación”³.

Así, sin cuestionar el orden establecido, se va a tratar el ennoblecimiento del vestido que se sumaría a otra serie de estrategias de prestigio social. De este modo, este trabajo pretende analizar las apariencias en el Madrid de los Austrias. En especial modo, se va a hacer hincapié en el atuendo masculino que se imponía como reflejo de un sistema de ennoblecimiento social. Primeramente, se observará el atavío masculino en la España de los Austrias para luego observar el desgaste de esta imagen social y terminar con la legislación suntuaria con la cual se trató reglamentar el desorden vestimentario existente.

Por lo tanto, a este trabajo le corresponde analizar las apariencias como símbolo de movilidad social ya que no sólo definía un nuevo patrón comportamental. El empleo de esta práctica de comportamiento se debe enmarcar dentro de un proceso histórico que coincidió con el declive de la hegemonía española. Por eso, se pretende investigar esta pauta que describió los reinados de la dinastía de los Austrias.

¹ Daniel ROCHE, *La Culture des apparences: une histoire du vêtement XVIIe– XVIIIe siècle*, París, Fayard, 1998.

² George TARDE, *Les lois d'imitation. Étude sociologique*, París, Kimé, 1993; George SIMMEL, *Sobre la aventura. Ensayos de estética*, Barcelona, Península, 1998.

³ Jürgen HABERMANS, en José Antonio MARAVALL, *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, pp. 482-486.

EL ATUENDO ESPAÑOL

Siempre se ha comentado la ostentación como uno de los rasgos distintivos de los españoles al igual que su soberbia. Durante la edad moderna, numerosos autores se hicieron eco de estas peculiaridades, tal y como nos recuerda Caro Baroja:

“Decía Gracián que la soberbia reinó en España [...]. Ahora bien, si leemos algún testimonio anterior o de la época respecto a cómo eran los españoles según gentes hostiles, nos encontramos con que éste de la soberbia se presenta como rasgo típico”⁴.

Sin embargo, también los viajeros se unieron a estas opiniones, como el francés Joey quien visitó España entre 1603 y 1604, acompañado por el abad cisterciense Cauchera. Este viajero, de hecho, se dedicó a describir a los españoles, también en su forma de vestir que acababa de codificarse en un atuendo grave y oscuro:

“En cuanto al traje que usan, el negro es el color y el terciopelo figurado [la pana] la tela más ordinaria, salvo las mangas de raso de tafetán u otra seda parecida, saliendo de una chaqueta con largas escarcelas. Sus calzas son de dos clases: las unas, de bandas largas, atadas a la media estirada [...]; las otras, balones, en forma de gregüescos cerrados a la rodilla y tan anchos allí o más que en lo alto; por encima, la capa o pequeño manto muy corto, siempre recogido bajo el brazo, con la espada al lado, la larga gola almidonada en el cuello, y en la cabeza un sombrero alto de pequeñas alas”⁵.

Así, España se consolidó rápidamente como referente mundial, tanto que Baltasar Castiglione lo utilizaba como modelo ejemplarizante en su famoso *El Cortesano*: “tiene más gracia y autoridad el vestido negro que el de otro color, y ya que no sea negro, sea los menos oscuro”⁶. Este italiano fue el primero en reconocer la solemnidad de este atavío que reflejaba la grandiosidad de España y de su imperio. En efecto, España ya se asociaba a estas apariencias, contraponiéndose a los alegres colores de las cortes europeas⁷. Su fascinación por el color negro reflejaba estabilidad política al mismo tiempo que reseñaba uno de las posesiones más importantes de Felipe II⁸. Eso porque “cuando el Imperio español hacía sentir su influencia en todo el mundo, el negro se convierte en uno de los signos de diferenciación y superioridad. Esto se debía a que Felipe II había recibido el regalo de los materias tintoreras del continente americano y, con ellas, la solución a un problema ancestral: conseguir un negro intenso”⁹. No en vano, Gómez Centurión, comentaba que “la imagen de España que los europeos fueron acuñando durante los siglos XVI y XVII es indisociable en la presencia y actuación de la Monarquía española en la sociedad internacional de la época”¹⁰.

Y esta imagen fue también indisociable de la de Felipe II quien se convirtió en el más importante embajador de su propio estilo:

“Al rey don Felipe II se le representa vistiendo jubón ajustado hasta la cintura, del que penden cortas faldetas; en las mangas lleva un brahón parte afellado, abrochado por delante, con cuello ancho, alto, todo negro, calzas y medias calzas, gregüescos, y sobre los

⁴ Julio CARO BAROJA, *El mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, Seminario y Ediciones, 1970.

⁵ Bartolomé, JOLY, “Viaje hecho por M. Bartolomé Joly”, en José Manuel, DIEZ BORQUE, *La sociedad española y los viajeros del siglo XVII*, Madrid, Sociedad General Española de Librería, 1975, p. 77.

⁶ Baltasar CASTIGLIONE, *El cortesano*, México, Universidad Autónoma, 1997, p. 170.

⁷ Lione RANGSTRIM, *Modelon. Manligth mode. 1500, 1600, 1700. Lions of fashion. Male fashion of the 16th, 17th, 18th centuries*, Estocolmo, Livrustakmmaren-Atlantis, 2002.

⁸ Fernando BOUZA, “La majestad de Felipe II: Construcción del mito Real”, en José MARTÍNEZ MILLÁN, *La Corte de Felipe II*, Madrid, Alianza, 1994, pp. 451-502.

⁹ Amalia DESCALZO LORENZO, “Lo español en la moda”, en Manuel OUTUMURO, *Genio y figura: la influencia de la cultura española en la moda*, Madrid, Disparo editorial, 2008, p. 30.

¹⁰ Carlos GÓMEZ-CENTURIÓN, “Bajo el signo del sagitario. La visión europea del poder español (siglos XVI-XVII)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 2007, n° 16, pp. 201-237.

hombros capa corta, fja sobre el hombre izquierdo y sombrero alto, puntiagudo, en forma de cono truncado, negro y zapatos cerrados con hebillas”¹¹.

Según esta descripción, la ropilla era un jubón exterior que, llevado encima de la camisa, servía también para realzar la figura¹². Y así, lo describía el *Diccionario de Autoridades* de 1737: “Vestidura corta con mangas y bráhones, de quienes penden regularmente otras mangas sueltas, ó perdidas”¹³. Pues la ropilla era un cuerpo que se vestía por encima del jubón, “vestido de medio cuerpo arriba, justo y ceñido, que se pone sobre la camisa y se ataca a las calzas”¹⁴. Las mangas, de hecho, eran otra pieza clave del atuendo español, tal y como comentaba Joly. Se trataba de unas piezas exentas que cubrían los brazos y que solían confeccionarse en raso o en una tela diferente del resto del vestido.

Las calzas, en cambio, eran “la vestidura que cogía el muslo y la pierna, y eran mas huecas o bizarras”¹⁵. El viajero Joly las identificaba con los calzones gregüescos, que en Francia se conocieron como calzas *faictes à la espagnol*.

A pesar de estas prendas características, el verdadero paradigma de este atuendo lo representaba la capa, pues representaba “la mayor originalidad del traje español”¹⁶. Esta prenda de abrigo se utilizaba no sólo como ropa de protección ante los agentes atmosféricos, sino como signo de linaje. De hecho, se trataba de una prenda de paño que, cortada en círculos enteros y con caída de pliegues alineados desde los hombros, confería elegancia y gravedad al caballero español.

Aun así, no se puede cerrar este apartado sin mencionar el característico accesorio del cuello o gola. Con la única función que adornar, se trataba de un “género de adorno de lienzo plegado y alechugado que se ponía en el cuello”¹⁷. Con cuellos alechugados, también Covarrubias hacía referencia a las tan famosas golas que se componían de numerosos capas de tejidos rematados por encaje o seda plisado en el borde¹⁸. Esta extravagancia se convirtió en sinónimo de suntuosidad y sobre todo de prerrogativa. Así fue en 1600 cuando Felipe III se vio obligado a legislar catorce normas relativas a la riqueza, la longitud y el tamaño de este accesorio. Con el fin de frenar los gastos excesivos y los alardes de suntuosidad, este soberano dictaminó que los soldados vistiesen en su boda “almidón en los cuellos y las lechuguillas mayores de la marca, y con bandas, y como quisieren, y los vestidos de la misma manera”¹⁹. En efecto fue durante el reinado de Felipe III cuando estos cuellos necesitaron de abridores de pliegues, almidoneros y planchadores quienes trabajaban estas apariencias.

¹¹ J. Natividad de DIEGO GONZÁLEZ y África LEÓN SALMERÓN, *Compendio de indumentaria española*, Valladolid, Maxtor, 2011, p. 122.

¹² Margarita TEJEDA FERNÁNDEZ, *Glosario de términos de la indumentaria regia y cortesana en España: siglos XVII y XVIII*, Málaga, Universidad de Málaga, 2006, p. 423.

¹³ RAE, *Diccionario de la lengua de castellana, en que explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, Madrid, por los herederos de Francisco del Hierro, 1737, p. 642.

¹⁴ Esteban COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana*, p. 687.

¹⁵ RAE, *Diccionario de la lengua de castellana, en que explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1729, p. 80.

¹⁶ Carmen BERNIS MADRAZO, *Indumentaria española en tiempos de Carlos V*, Madrid, CSIC, 1962, p. 21.

¹⁷ RAE, *Diccionario de la lengua de castellana, en que explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad, con las frases o modos de hablar, los proverbios o refranes, y otras cosas convenientes al uso de la lengua*, Madrid, Herederos de Francisco del Hierro, 1734, p. 201.

¹⁸ Esteban COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana*, pp. 314-315.

¹⁹ DIEGO Y GONZÁLEZ y SALMERON, *Compendio de indumentaria española*, p. 127.

EL DESGASTE DE LAS APARIENCIAS

En este espectáculo de las apariencias, el *lindo* encontró su papel de protagonista. Con este nombre se hacía referencia al hombre presumido y demasiado preocupado por su aspecto quien cobró importancia en la sociedad española del siglo XVII. A ese respecto, Covarrubias aclaraba que “dezir el varon lindo absolutamente es llamarse afeminado, aunque bien dezimos lindo hombre”²⁰.

En efecto, el tema de las apariencias masculina fue un asunto de primordial importancia para los viajeros del siglo XVII quienes no sólo desestimaban la superioridad de España sino la imagen que los españoles se habían forjado a lo largo de los siglos. Sobre la condesa d'Aoulnoy afirmaba severamente al respecto que:

“Siguen en todo exactamente la política de Carlos V, sin acordarse de que la sucesión de los tiempos cambia mucho los acontecimientos, aunque parezcan semejantes en las mismas circunstancias; lo que se podía emprender hace ciento veinte años sin temeridad, bajo un reinado floreciente, sería una imprudencia bajo un reinado que lo es mucho menos. Sin embargo, su vanidad natural les impide examinar que la providencia permite algunas veces el que los imperios, lo mismo que las casas particulares, sufran en proporción sus revoluciones. En cuanto a los españoles, se creen siempre los mismos; pero, aun sin haber conocido a sus abuelos, me atrevo a decir que se engañan”²¹.

A pesar de no haber nunca visitado España, esta noble remarcaba la percepción de los franceses acerca de los españoles quienes, soberbios y vanidosos, ya no representaban la hegemonía en la Europa de la época. También el viajero Jouvin criticaba el carácter de los súbditos de Felipe III, afirmando que: “son de un carácter soberbio, estimándose superiores a todas las naciones extranjeras que es el medio de atraerse el odio y el desprecio. Andan con gravedad, se dicen salidos de la poderosa nación de los godos y se llaman entre ellos hijos de los godos, hidalgos gentilhombres”²².

Ya que estas descalificaciones se centraban en la dicotomía entre la soberbia de sus habitantes y el declive político de la nación, cabe preguntarnos: ¿Realmente la hegemonía española estaba en declive? Es legítimo cuestionar estas críticas que coincidieron históricamente con la regencia de Ana de Austria, madre del futuro Luis XIV e hija de Felipe III. Jesusa Vega las interpreta como un intento por frenar la influencia española en Francia cuando empezaban a introducirse las primeras gramáticas, las representaciones de El Quijote, etc.²³.

Así que, ¿Cómo deberíamos entender este desprestigio? Sabemos que la imagen española no sólo era deudora de los patrones indumentarios sino también que estaba íntimamente ligada a su supremacía política del siglo anterior; pues “la influencia política se mide asimismo por la difusión de un modelo indumentario”²⁴.

Si durante el siglo XVI la imagen del caballero español se asentaba sobre una “silueta en volúmenes arquitectónicos, eliminando toda alusión de índole sexual, encerrando el cuerpo en una imagen sagrada, a tono con la moral represiva impulsada por la Contrarreforma”²⁵, en el siglo XVII se basaba en las apariencias de un hombre presumido. Esta nueva tipología nacía por la crisis de una masculinidad provocada por la decadencia del hombre español, más preocupado por su aspecto que por su austeridad. Lehfeldt, de hecho, sostiene que en la España de Felipe III ya no se hallaban modelos que representasen los valores de la época: los nobles de Pérez de Guzmán y Pulgar

²⁰ Esteban COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana*, p. 525.

²¹ Madame D'AOULNOY, *Relación del viaje de España*, Barcelona, Akal, 1986, p. 143.

²² Alexandre JOUVIN, citado en José GARCÍA MERCADAL, *Viajes de Extranjeros por España y Portugal*, Salamanca, 1999, p. 581.

²³ Jesusa VEGA, “Prólogo”, en Madame D'AOULNOY, *Relación del viaje de España*, pp. 19–20.

²⁴ Lidya KAMITSIS, “Visiones de España en la moda”, en OUTUMURO, *Genio y figura*, pp. 21–27.

²⁵ *Ibidem*.

ostentaban títulos, gravedad y temor de Dios²⁶; mientras que los nobles del siglo XVII se habían distanciado totalmente de este prototipo, dejando las actividades propias de los hidalgos, como la guerra o la caza²⁷.

De este declive, se apenaban numerosos eruditos como Fray Antonio de Escara quien indicaba la decadencia política como la causa de esta desvirtuación de las apariencias masculinas:

“Los hombres, con tanta vileza para la nación española, se han quitado el bigote y el pelo, poniéndose cabelleras postizas (...) no como cuando la nación española se hacía temer y respetar (...) antes, le daba a un hombre la vuelta con el bigote a la oreja, y se ataba el extremo de la barba a la pretina, y más miedo causaban con echar la mano a la barba que hoy con sacar la espada”²⁸.

De la misma opinión se mostraba Luisa de Padilla, condesa de Miranda. Esta noble se afligía por esta ostentación y frivolidad que contravenía a la imagen del caballero español²⁹. Así, añoraba a hidalgos como Don Íñigo López de Mendoza -el Marqués de Santillana- quienes hacían gala de su virtud, su compostura y sobre todo su *sprezzatura* —o sea control y gravedad.

EL DESORDEN ESTAMENTAL

La desvirtuación de la imagen y del atuendo español se relacionó con el declive político de la Monarquía española, trayendo importantes consecuencias en el sistema social. A éstas se trató de solucionarlas a través de nuevas medidas legislativas: las famosas leyes suntuarias.

En efecto, numerosas fueron las críticas al lujo y a los excesos ya a finales del siglo XVI. En este asunto, el vestido jugaba un papel central ya que permitía clasificar a los individuos y establecer la diferenciación social que les definía. Al respecto, Pedro Navarrete arremetía en contra del abuso de las ricas telas extranjeras que eran causa del agravio económico y de la confusión estamental. Así, si se anulaba el código de las apariencias se impedía la clasificación estamental y, consecuentemente, las bases del sistema social moderno que se basaba en prerrogativas:

“¿Puede llegar el traje a más desorden que al que ha llegado en estos tiempos? (...) ¿qué más incentivo que ver a los hombres con unas calzas tan ajustadas? Que en la misma estrechez manifiesta la forma del muslo y algo más que por decencia callo. El primero es el exceso de los trajes, los cuales, por exceder extraordinariamente al caudal ordinario de la renta o hacienda, engendran ordinarias trapazas y pleitos, por cuya causa están las ciudades afianzadas: y ese poco de hacienda que había de andar como en rueda de mantenimiento de la casa se va en las audiencias”³⁰.

Fran Antonio de Ezcaray, opinaba que el lujo era el primero de los pecados que los españoles profesaban. De hecho, casi cien años después, Sempere y Guarino recordará que las pragmáticas sanciones se reiteraron en numerosas ocasiones, con el fin de contener los abusos del lujo:

“Sin hablar ahora de los Romanos, ni de otras naciones, en más de quinientos años que han corrido desde D. Alonso el Sabio hasta nuestros días, apenas ha havido quatro o seis reynados en que no se hayan expedido varias [leyes contra el lujo en los vestidos] en España. Ni la experiencia de su ineficacia para contener el luxo, ni la vista de los daños que por otra parte estaban produciendiendo, ni las diferentes circunstancias en que se ha

²⁶ Fernando PÉREZ DE GUZMAN y PULGAR, *Generaciones y Semblanzas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1954.

²⁷ José DELEITO y PIÑUELA, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Madrid, Espasa-Calpe, 1959.

²⁸ Antonio de EZCARAY, *Voces del dolor, nacidas de la multitud de pecados que se cometen por los trajes profanos, afeites, escotados y culpables ornatos, que en estos miserables tiempos y en los anteriores ha introducido el infernal Dragón para destruir y acabar con las almas, que con su preciosísima sangre redimió nuestro amantísimo Jesús*, 1691.

²⁹ Luisa de PADILLA MANRIQUE Y ACUÑA, *Nobleza Virtuosa*, Zaragoza, por Juan de Lanaja y Quartanet, 1637.

³⁰ Antonio de EZCARAY, *Voces del dolor*, 1691, p. 18.

encontrado la nación por todo este tiempo, de suma opulencia y de extremada pobreza, han sido suficientes para variar la legislación en esta parte, a los menos hasta estos tiempos últimos. Tan frecuentes fueron en los reynados de Carlos V y de Felipe II, en los que España daba la ley a toda Europa, por la superioridad de sus fuerzas, como en los desgraciados de Felipe III, IV y Carlos II”³¹.

Aún así, hay que recordar que el origen de las leyes suntuarias era doble: si, por un lado, servían para diferenciar la nobleza del pueblo; por el otro, se usaban para controlar el uso de bienes preciados y escasos. De hecho, con este objetivo se promulgó la legislación suntuaria que, heredera de las *sumptuariae leges* romanas, se preocupaba por limitar el excesivo uso de determinados gastos: en latín, *sumptus*, o sea compra.

En la edad moderna, estas leyes se caracterizaron por su continuo incumplimiento y por su constante preocupación por la diferenciación social, la precariedad financiera. Puede que por su ineficacia, esta normativa se amparaba en la moralidad que debía preservar la clasificación estamental, ya según Cicerón: “la legislación suntuaria se justifica como correctora de los excesos en el consumo, a consecuencia de las cuales podía quedar subvertido el orden social”³².

Por eso, Yvonne Deslandres declaraba que “las leyes suntuarias, que a lo largo de los siglos se han sucedido en gran número, como la marca más evidente de la jerarquía social codificada por la ley”³³.

En efecto, el vestido siempre ha sido una imagen constante de la condición social, al mismo tiempo que la condición social se reflejaba en el atuendo. Basta con recordar que el atuendo negro y sobrio identificaba al hidalgo español cuando, para ser hidalgo, se debía demostrar poder *vivir noblemente*³⁴. Así, esta normativa trataba de impedir el acceso a determinados bienes de lujos; pues su uso se mostraba la condición e identidad estamental. No obstante, Blumer, aclaraba que “los grupos de la élite social tratan de distinguirse mediante signos visibles tales como la vestimenta y el modo de vivir. Los miembros de las clases situadas más abajo que desean ascender en su estatus social adoptan estos signos distintivos”³⁵. La usurpación de estas apariencias bastaba para atestiguar una condición social mejor y pertenecer a un grupo en proceso de ascenso social.

No podemos olvidar que la palabra ‘lujo’ hace referencia a todo gasto superior a la propia posición social como también a los que no son característicos de la propia clase. Y es en esta diferencia entre necesidad y ostentación donde se originan las leyes suntuarias. Por eso, esta legislación velaba por un justo consumo apropiado según el estamento social. De hecho, no vetaba el uso de determinados bienes sino preservaba el uso desordenado de éstos.

CONCLUSIÓN

Siempre se ha aceptado la soberbia como una característica de los españoles. Y los viajeros de paso por la península opinaban que también su atuendo reflejaba esta naturaleza. Al respecto, los franceses opinaban que el vestido oscuro y grave era sólo un vestigio del pasado glorioso que se vivió durante el reinado de Felipe II.

³¹Juan SEMPERE Y GUARINOS, *Historia del Luxo*, pp. 14-15.

³²José Damián GONZÁLEZ ARCE, *Apariencia y poder. La legislación suntuaria castellana en los siglos XIII y XV*, Jaén, Universidad de Jaén, 1998, p. 79.

³³Yvonne DELSANDRES, *El traje, imagen del hombre*, Barcelona, Tusquets, 1987, p. 196.

³⁴Antonio DOMÍNGUEZ ORTIZ, *La sociedad española en el siglo XVII. El estamento nobiliario*, Madrid, CISC, 1963, pp. 167-188; Alberto, GARAZO, “La imagen de poder de los hidalgos gallegos”, *Obradoiro de Historia moderna*, 2011, nº 20, pp. 221-250.

³⁵Herbert BLUMER, “Moda”, en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Madrid, 1976, p. 155.

Eso porque en la moderna cultura de las apariencias, el vestido personificaba privilegio y diferenciación del resto de la sociedad. En efecto, la imagen pública era recordatorio constante de la posición y de la condición social. El vestido español, símbolo de la hegemonía política, ya no les era permitido. Sus prendas características -como las capas y los amplios cuellos- remitían a una grandeza y a una hidalguía que ya no les correspondían a los españoles del siglo XVII. Sobre todo si avala la hipótesis de eruditos de la época que se preguntaban acerca del desgaste de esta imagen.

Las nuevas apariencias modernas imponían un esmero y una presunción que distaba mucho de la antigua nobleza de antaño. Ahora en el siglo XVII, bastaba con usurpar la imagen de los grupos privilegiados para pertenecer a ellos. Por ello, se trataba de controlar el comportamiento indumentario con el fin de mantener el régimen estamental de la época.

Así, las leyes suntuarias permitían el uso de determinados bienes de lujos a las clases dominantes, prohibiendo el abuso y la confusión estamental. Al respecto, Sponslor sostiene que las “leyes de la confección son los textos esenciales en la dinámica del cambio y del control social”³⁶. Pues, podemos preguntarnos si esta normativa intentaba frenar el desgaste que el vestido había vivido durante los últimos años. ¿Puede que esta legislación tenía como objetivo principal volver a la imagen del siglo XVI? ¿Podía el atuendo español seguir como vestido hegemónico?

³⁶ Claire SPONSLER, “Narrating the social order: Medieval Clothing Laws”, *CLIO*, n° 21, 1992, pp. 265-282, citado en Julia V. EMBERLEY, *Venus and Furs: The Cultural Politics of Fur*, Londres, I.B. Tauris, 1998, p. 46.

ESPACIOS DE CONVIVENCIA EN EL MADRID DEL SIGLO XVIII: CASAS Y CUARTOS

Natalia González Heras

Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

La casa constituye un objeto de estudio histórico complejo, que requiere ser abordado desde diversas perspectivas de análisis para poder hallar unas conclusiones que nos permitan comprenderla en toda su complejidad¹.

En esta ocasión, el interés por conocer a las personas que habitaban en ellas y las relaciones que se establecían entre las mismas nos induce a llevar a cabo un análisis de los espacios dentro de los que se desarrollaba el día a día de dichos individuos. Unos espacios que iban a condicionar las formas de relación entre sus ocupantes y que daban lugar a que se establecieran entre ellos fórmulas de convivencia de distinto tipo.

Con este objetivo se ha considerado fundamental plantear desde estas páginas la definición de dos conceptos esenciales para comprender las realidades habitacionales de Madrid durante la segunda mitad del siglo XVIII: La «casa» y el «cuarto».

DEFINIENDO ARQUITECTURAS

Se comenzará advirtiendo que, ante nuestro propósito de definir conceptos, consideramos estrictamente necesario acotar los límites geográficos y cronológicos dentro de los que una palabra sirve para denominar una realidad concreta. Gracias a la aparición de algunos estudios de carácter local, se ha podido comprobar que un mismo término nombraba en las diferentes regiones y poblaciones formas espaciales distintas y, por lo tanto, susceptibles de dar cabida en su interior al desarrollo de prácticas diferenciadas por parte de los moradores de la vivienda². La misma atención ha de prestarse a la cronología, debido a la evolución sufrida por parte de las palabras en su significado con el transcurso del tiempo, dando lugar a que un concepto sirva para denominar realidades distintas con el avance de los años.

¹ Excede el espacio del que aquí disponemos presentar un exhaustivo estado de la cuestión en torno al tema, para ello remitimos a Natalia GONZÁLEZ HERAS, “La vivienda en la Edad Moderna: Un repaso a la historiografía de los últimos años”, en Ofelia REY CASTELAO y Fernando SUÁREZ GOLAÍN (coords.), *Los vestidos de Clío o: me todos y tendencias recientes de la historiografía a modernista española (1973-2013)*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 2016.

² Sobre la especificidad de uso de los entresuelos en Zaragoza, Carmen ABAD ZARDOYA, “Donde el arte debe sujetarse a la necesidad. Intendencia doméstica, sociabilidad y apartamentos masculinos en los entresuelos del siglo XVIII”, en G. A. FRANCO RUBIO (ed.), *La vida de cada día. Rituales, costumbres y rutinas cotidianas en la España moderna*. Madrid, A. C. Almudayna, 2012, pp. 113-134. Para el caso de La Mancha, Carmen HERNÁNDEZ LÓPEZ, *Calles y casas en el campo de Montiel: Hogares y espacio doméstico en las tierras de El Bonillo en el siglo XVIII*. Albacete, Instituto de Estudios Albacetenses “Don Juan Manuel”, 2007, y *La casa en la Mancha Oriental. Arquitectura, familia y sociedad rural (1650-1850)*, Madrid, Sílex, 2013.

Obsérvese la evolución del concepto «palacio» a partir de la disertación llevada a cabo por el erudito don Rafael Floranes en 1783, a raíz de la denominación de la nueva edificación ordenada construir por los duques de Berwick y Liria en los Altos de Leganitos en Madrid³. A través de su escrito, el autor expresaba la inconveniencia de utilizar el término «palacio» para referirse a las residencias de la nobleza, puesto que tradicionalmente había sido el nombre que se le había dado a los edificios habitados por la realeza:

“Mas yo no veo que esté en uso llamar palacios, ni casas palacios a las casas que estos grandes tienen en la corte, lo que acaso sucederá porque hallándose en ella el palacio real, no se tendría por decente que las de particulares, aunque Grandes, emulasen tal nombre”⁴.

Justificaba su argumento basándose en las definiciones que de «palacio» habían sido dadas históricamente en distintos textos como *Las Partidas*, el *Tesoro de la lengua castellana* de Covarrubias o la *Política para corregidores* de Castillo de Bovadilla. Sin embargo, con el objetivo de mostrar una perspectiva completa respecto al tema, aludía, asimismo, a ciertos autores que habían considerado la validez del uso de «palacio» para calificar otras casas que no pertenecieran a la realeza. Citaba aquí, a Avendaño, consejero de los duques del Infantado y a don Juan García de Saavedra.

Tal vez, estos textos nos permitan hallar la clave de por qué la utilización del concepto palacio no se generalizó para denominar las residencias de la nobleza hasta avanzado el siglo XVIII⁵. Es lógico si tenemos en cuenta la existencia de unos pasajes de tanto peso como los mencionados y de tan amplia difusión durante los siglos XVI y XVII, que insistían en lo inadecuado de aquel uso del término. No obstante, las referencias a voces de autoridad que se suceden a lo largo de la carta de Floranes a favor y en contra del empleo de la voz palacio a lo largo de la Historia nos remiten a una realidad variable según factores geográficos y cronológicos, como ya se señalaba anteriormente. Sin perder de vista la distancia existente entre el uso de la palabra dentro de la documentación escrita y su difusión oral.

Las fuentes analizadas que nos han permitido dotar de significado a los términos «casa» y «cuarto» en la capital – la Planimetría General de Madrid⁶, ciertos tipos de escrituras notariales⁷, las solicitudes de licencias de obras al Ayuntamiento⁸, las matrículas de vecinos de la villa⁹ o los anuncios de venta y alquiler inmobiliario que aparecían en la prensa periódica¹⁰ – evidencian las formas arquitectónicas a las que se denominaba mediante dichas palabras.

Si pasamos al análisis de los conceptos propuestos, «casa» tenía capacidad para definir prácticamente todos los espacios de habitación de uno u otro tipo.

La «casa», como concepto genérico, era definida por el *Diccionario de Autoridades* como: “Edificio hecho para habitar en él, y estar defendidos de las inclemencias del tiempo, que consta de paredes, techos y tejados, y tiene sus divisiones, salas y apartamentos para la comodidad de los moradores”.

³ Biblioteca Nacional (BN). Manuscritos (Mss) 18445.

⁴ *Ibidem*. Fol. 1v.

⁵ Natalia GONZÁLEZ HERAS, “De casas principales a palacio. La adaptación de la residencia nobiliaria madrileña a una nueva cotidianeidad”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30, 2012, pp. 47-66.

⁶ BN. Mss. 1665-1676; Cuadernos de visita y Cuadernos de alquileres, Archivo Histórico Nacional (AHN), Fondos Contemporáneos, Delegación de Hacienda Madrid Histórico; Natalia GONZÁLEZ HERAS, “La Planimetría General de Madrid: Una fuente para el estudio del paisaje residencial en la Corte española del Madrid del siglo XVIII”, en O. REY CASTELAO y R. J. LÓPEZ, *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, t. 2, pp. 191-202.

⁷ Archivo Histórico de Protocolos de Madrid (AHPM).

⁸ Archivo de Villa de Madrid (AVM), Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento (ASA).

⁹ AHN. Consejos, Legajo 12979.

¹⁰ *Diario de Madrid*.

En primer lugar, hallamos cómo esta definición remite a la función más básica del edificio, la de cubrir la necesidad perentoria de habitación propia de todos los seres humanos. Se trataba de dotar al individuo de un espacio en el que protegerse de los efectos del clima: frío, calor, precipitación, sol, viento, etc. No existe aquí diferencia alguna con respecto a las moradas primitivas, aquellas cuevas o chozos que desde el origen de los tiempos sirvieron a los seres humanos para resguardarse. A continuación, la segunda parte de la definición nos introduce en un terreno que sobrepasa el nivel más básico, para penetrar en un campo que se compone de connotaciones donde la casa adquiere unos matices acordes a la evolución sufrida por esta realidad material a lo largo de los siglos, en consonancia al desarrollo de las necesidades de quienes la habitaban¹¹. Aparece así el concepto de «comodidad» sobre el que tanto se ha teorizado por quienes desde distintas perspectivas han abordado el estudio de la casa¹².

Según la definición del *Diccionario de Autoridades*, la comodidad se lograba a partir de una compartimentación adecuada del interior de las casas. Es decir, la organización de los espacios iba a contribuir directamente en la creación de unos sentimientos en sus moradores relativos a la conveniencia, el regalo y el descanso. No obstante, habían de conjugarse además otros elementos materiales que contribuyeran a tal comodidad y que no aparecen reflejados en la definición. Iluminación, calefacción, amueblamiento, eran elementos indispensables en la creación de un lugar que generara en el individuo aquel sentimiento y, por lo tanto, realidad intangible, imposible de ser medida, que Beatriz Blasco Esquivias tildaba incluso de indefinible, pero que explicaba a través de su equiparación con inmaterialidades tales como la armonía, el sosiego o el bienestar¹³.

Así, se podría afirmar que todas las moradas eran casas y como tales podían aparecer mencionadas en la documentación, que en algunos casos no especifica la tipología concreta a la que se refiere. Ya a comienzos del siglo XVII, Sebastián de Covarrubias expresaba en su *Thesoro de la lengua castellana* que el término casa se empleaba para “la morada y habitación fabricada con firmeza y sumptuosidad. Las casas del señor fulano, o las del duque o conde, etc. y porque las tales son en los propios solares de donde traen origen, vinieron a llamarse los mismos linajes, casas”¹⁴.

Casi dos siglos después, se observa cómo se mantenía la utilización del concepto «casa» para denominar las residencias de la nobleza. Así, el palacio que la marquesa de Sonora se disponía a construir en Madrid en el año 1797 sobre otro palacio precedente -el del marqués de Grimaldo-¹⁵, aparecía mencionado de forma genérica como «casa»:

“Don Manuel González, mayordomo de la excelentísima señora marquesa de Sonora, expone la pertenece a su excelencia la *casa* de la calle Ancha de San Bernardo señalada con el número 1, manzana 500, con vuelta a las calles de la Manzana y de los Reyes, cuya *casa* va a reedificar de nuevo con arreglo al diseño que presentó firmado por el arquitecto don Evaristo del Castillo”¹⁶.

¹¹ Gloria A. FRANCO RUBIO, “La vivienda en la España ilustrada: habitabilidad, domesticidad y sociabilidad”, en O. REY CASTELAO y R. J. LÓPEZ, *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, t. 2, pp. 125-136, y “La vivienda en el Antiguo Régimen: de espacio habitable a espacio social”, *Crónica Nova*, n° 35, 2009, pp. 63-103.

¹² Witold RYBCZYNSKI, *La casa: Historia de una idea*, Madrid, Nerea, 1986.

¹³ Beatriz BLASCO ESQUIVIAS (dir.), *La casa: evolución del espacio doméstico en España*, Madrid, El Viso, 2006, p. 12.

¹⁴ Sebastián de COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, 1611, fol. 141 r. Citado por María Victoria LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, “Casas para administrar, casas para deslumbrar: la pedagogía del palacio en la España del siglo XVIII”, en O. REY CASTELAO y R. J. LÓPEZ, *El mundo urbano en el siglo de la Ilustración*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2009, t. 2, p. 24.

¹⁵ Virginia TOVAR MARTÍN, “Diseños para un palacio madrileño del siglo XVIII”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, n° 21, 1984, pp. 53-67 y *El palacio del Ministerio de Justicia y sus obras de arte*. Madrid, Ministerio de Justicia, 1986.

¹⁶ AVM. ASA. 1-55-4.

El erudito Rafael Floranes, en la precitada disertación en torno al concepto «casa-palacio», llevada a cabo, como ya se dijo, a raíz de la denominación de la nueva edificación de los duques de Liria como tal, mostraba su preferencia por el uso de la palabra «casa»:

“Con que tenemos que en el día el nombre casa, que antiguamente en la lengua latina se restringía a significar una casa humilde y ruda, o más bien una choza de campo informe y tosca ha ascendido en estimación y levantándose a significar aún la casa más grande más elegante y más magnífica. Y así decimos en casa del Duque de Liria, en casa del Duque de Alba, etc.”¹⁷.

Sin embargo, las casas en Madrid variaban desde las de carácter palaciego, que se acaban de mencionar, a aquéllas compuestas por «cuartos», algunas de cuyas tipologías se hallaban lejos de contribuir materialmente al alcance de la comodidad por parte de sus moradores. Nos introducimos de este modo en la polisemia que caracterizó al concepto de casa en la capital.

Cuando en la documentación aparece mencionada una casa, también se puede estar haciendo referencia a un edificio que no servía de morada individual e independiente de una familia, sino que se compartimentaba interiormente en varias viviendas ocupadas cada una de ellas por sus propios moradores. Estos últimos son los denominados «cuartos», que se repartían dentro de las diferentes alturas del inmueble. De ahí que en una misma casa –entendida esta vez como edificio– pudiera haber cuartos que materialmente cumplieran con las condiciones requeridas para ostentar el rango de casa, según la definición del *Diccionario de Autoridades*, y otros que, pese a dotarse de paredes y techo, elementos básicos que otorgaban a un espacio el grado de habitación, permanecían en el resto de su composición material alejados de ser capaces de ofrecer a quienes los habitaban las bonanzas de la comodidad –con una compartimentación y acomodo apropiado de sus piezas interiores– y, por lo tanto, de convertirse plenamente en «casa» según la definición académica.

Un «cuarto» pasaba a considerarse como tal una vez que se componía de las dos piezas que la investigación nos ha llevado a afirmar eran necesarias para dar lugar a una célula de habitación básica: la sala y la alcoba. La unidad autónoma de residencia que formaban, se completaba en el mejor de los casos de una cocina. Las fuentes constatan dicha realidad. Por un lado, en los dibujos de plantas que representan la distribución interior de casas de vecindad populares, se repite constantemente este esquema¹⁸. Por otro, los anuncios de alquiler de sala y alcoba se sucedían en la prensa periódica madrileña de la época, indicando que ambas estancias eran las indispensables para que cualquier «caballero respetable» hallara cubierta su necesidad de habitación: “En la calle de San Isidro, frente a la fábrica de cristales, número 27 cuarto principal se alquila una sala y alcoba decentemente puestas, para uno o dos huéspedes”¹⁹.

“La persona de distinción y establecida en esta Corte que quisiere estar en compañía de un matrimonio de satisfacción: se le dará de habitación una buena sala principal, con su alcoba correspondiente en buen parage. Darán razón en la peluquería de la calle de Atocha frente del Exm. Sr. Conde de Salvatierra”²⁰.

Como se acaba de mencionar, dichas sala y alcoba podían aparecer formando un cuarto; o bien podía tratarse de dos aposentos, dentro de una vivienda de mayores dimensiones, que se arrendaban, y con más frecuencia aún, dentro del predominante régimen de ocupación que constituía el alquiler en Madrid, se subarrendaban²¹.

¹⁷ BNE. Mss. 18445, fol. 1 v.

¹⁸ AVN. ASA. 1-45-54, 1-45-119, 1-45-140, 1-84-146.

¹⁹ *Diario de Madrid*, 10 de abril de 1788.

²⁰ *Diario de Madrid*, 18 de julio de 1788.

²¹ Jesús BRAVO LOZANO, *Familia busca vivienda: Madrid, 1670-1700*, Madrid, Fundación Matritense del Notariado, 1992, e “Inmigración, trabajo y vivienda en Madrid a finales del siglo XVII”, en F. CHACÓN JIMÉNEZ, LL. FERRER

El hecho de contar con un inquilino o huésped viviendo con la persona o familia propietaria o arrendataria original de una vivienda se convirtió, a raíz del asentamiento de la corte de forma permanente en la villa madrileña, en una fórmula habitual para cubrir la necesidad de habitación de quienes llegaban a la capital. La demanda de este tipo de alojamiento se asocia, generalmente, a un hombre soltero y profesional que había trasladado su residencia desde provincias a la capital para desempeñar dicha profesión. Esta fórmula de habitación nos permite observar la cohabitación y convivencia de individuos sin vínculo alguno, más allá de aquél que suponía el negocio del alquiler, en una misma morada. No obstante, en el último anuncio mencionado del *Diario de Madrid*, se optaba por presentar el acto de cohabitación o convivencia en el término de «estar en compañía», al cual la definición del *Diccionario de la Real Academia* en su edición de 1783 todavía vinculaba con su tradicional significado de estar en «familia». Podríamos hallar, así, mediante el léxico, indicios de la relación que se deseaba establecer por parte de los moradores habituales con el inquilino, que trascendía los marcos del alquiler, entendido meramente como un negocio. En el caso de los subarrendamientos, con la consecutiva reducción de costes tanto para el arrendatario original como para el subarrendatario. Dejándose percibir en el anuncio la conciencia, por parte de quien lo publicó, de los lazos que cabrían estrecharse entre las personas que convivían bajo un mismo techo.

El subarrendamiento constituía una fórmula plenamente vigente y legalmente aceptada, recogida en los contratos de alquiler de casas en la capital. Obsérvese el siguiente caso: En 1803, en la escritura de arrendamiento de una casa en la Carrera de San Jerónimo, propiedad del teniente coronel del regimiento provincial de Toledo, don Luis Vicente Melo de Portugal, marqués de Vellisca, quedaba establecido el alquiler de ésta por un período de diez años a doña María de los Dolores Chaves y Contreras, condesa viuda de Superunda y marquesa de Bermudo. El precio anual del alquiler eran 30.000 reales de vellón, que tenían que pagarse en efectivo, y durante aquellos diez años ninguna de las dos partes podía pretender subida o bajada del mismo. Una vez cumplidos los diez años existía la posibilidad de continuarse el contrato por el mismo precio.

Era la cuarta cláusula la que se refería a que:

“la señora condesa ha de poder subarrendar las habitaciones que le sobren no siendo para oficinas públicas que perjudiquen al edificio y quedando de su cuenta no sólo el pago de los treinta mil reales anuales de este arriendo, suyo es también el que al cumplimiento de los diez años la dejen libre los tales subarrendatarios”²²

La estructura de aquella casa de la manzana 265, con fachadas a la Carrera de San Jerónimo y a la calle de Alcalá, compuesta por cuartos bajo, entresuelo y principal, con sus cocheras y demás agregados, debía gozar de una amplitud y compartimentación las cuales permitían el subarrendamiento de algunas de sus partes para el alojamiento de un segundo individuo o familia.

Otra modalidad, relativa a las relaciones de convivencia entre individuos que generaron las tipologías arquitectónicas a las que nos venimos refiriendo, fueron las de vecindad dentro del mismo edificio de personas o familias de condiciones socio-económicas diversas. Éstas se plantean desde el análisis de la existencia en una misma «casa» de los que se ha decidido diferenciar como «cuartos-habitación» y «cuartos-casa», debido a una composición en la estructura de los cuartos que dotara a quienes habitaban en ellos de la comodidad que recogía la definición académica de una «casa» en su estadio más evolucionado -«cuartos-casa»- o que, por el contrario, dichos cuartos estuvieran reducidos, materialmente hablando, a cubrir la necesidad básica de habitación -«cuartos-habitación»-.

i ALÓS (eds.), *Familia, casa y trabajo. Historia de la familia. Una nueva perspectiva sobre la sociedad europea*. Murcia, Universidad de Murcia, 1997.

²² AHPM. Protocolo. 22254, folio 1079r.

La saturada trama urbana madrileña del siglo XVIII condicionó al uso de reducidos solares para emprender las obras de casas de nueva construcción o la remodelación de inmuebles preexistentes sujetos desde su origen a similares limitaciones.

Ha sido reiteradamente puesta de manifiesto la escasez de suelo edificable de la que adolecía la villa desde que se convirtió en sede de la corte en 1561. La cerca se amplió para dar cabida a la construcción de viviendas, como respuesta a la demanda de alojamiento por parte del creciente número de población que llegaba a Madrid para cubrir laboralmente las necesidades generadas por la corte y la capitalidad. El último ensanche del perímetro de la muralla fue llevado a cabo durante el reinado del monarca Felipe IV. En el siglo XVIII Madrid se halló constreñida a aquellos muros, que no la permitían crecer en superficie, dando lugar a la edificación y remodelación de inmuebles sobre solares estrechos e irregulares.

La irregularidad de las edificaciones era consecuencia directa de dicho condicionante –la escasez de terreno– que llevaba en muchos casos a que, para el buen aprovechamiento de la superficie del inmueble, se construyeran en una misma planta un cuarto de mayor amplitud y complejidad en su distribución interior, y otro u otros de inferiores cualidades. Este hecho significa revisar el tradicional planteamiento en el que se consideraba que el valor de los cuartos descendía atendiendo únicamente a un esquema vertical de dirección ascendente. Es decir, que un cuarto principal era más caro que un segundo y éste que un tercero. Dentro de este esquema, los vecinos más pudientes económicamente y distinguidos socialmente ocupaban el cuarto principal o primera planta, siempre de más fácil y cómoda accesibilidad, y la condición socio-económica de los moradores tendía a ir disminuyendo según se ascendía escalera arriba, hasta llegar a quienes debían habitar en buhardillas, de techos bajos, expuestas de forma directa a los excesos del clima –calor en verano, frío en invierno y goteras y humedades en períodos de lluvia–.

Para completar esta visión se debe añadir una perspectiva de análisis horizontal del inmueble. En determinadas casas se han podido constatar considerables diferencias en lo que se refería al precio de los alquileres de los cuartos que se hallaban situados en una misma planta o altura²³. Esto demostraba que no debían tratarse de espacios de similares condiciones materiales y/o estructurales. La explicación se halla cuando atendemos a la descripción que se hacía de los cuartos en cuestión –la mayor parte de las veces consistía en una única palabra que nos ofrecía la clave–. Un «cuarto chico» o un «cuarto interior», frente a otro que se presentaba sin calificativo, cuyos costes eran distintos. Unos situados en «la escalera grande», diferenciados, asimismo, en su precio de los cuartos que tenían acceso por «la escalera chica», entre otras características que los particularizaban.

El cuarto de mayor nivel cualitativo y por ende de valor económico superior, tendía a hallar ubicados sus vanos en la fachada del inmueble y a tener vistas desde sus piezas principales –la sala, el gabinete– a la calle; mientras, el cuarto de cualidades inferiores, solía ser interior, con ventanas que daban a un patio o ni siquiera contaba con ellas. Este tipo de arquitecturas son indicativas a su vez de la convivencia de vecinos de condiciones socio-económicas diferentes, no sólo en las distintas alturas del edificio, sino también en una misma planta²⁴. No obstante, no se debe perder de vista que el contacto entre estos vecinos no debería en todas las ocasiones de ser directo, si tenemos en cuenta la existencia de escaleras diferenciadas dando acceso a los cuartos en algunos de los inmuebles. Un hecho que no evitaba, sin embargo, que los moradores transitaran una misma entrada o zaguán o que compartieran servicios comunes como el del abastecimiento de agua desde el pozo o fuente situado en el patio de la casa, y que era, en algunas ocasiones, también común al edificio vecino. Esta última infraestructura debió generar no pocos conflictos entre los residentes. Sirva de muestra cómo el arquitecto don Teodoro Ardemans en su *Tratado de Ordenanzas para la villa de Madrid* –que se

²³ AHN. Fondos Contemporáneos, Delegación de Hacienda Madrid Histórico, *Cuadernos de alquileres*.

²⁴ AVM. ASA. 1-84-92, 1-54-3.

publicó en 1719 y que constó de sucesivas reediciones a lo largo del siglo XVIII²⁵- consideró la necesidad de regular su construcción para facilitar su uso por parte de los vecinos, evitando confrontaciones entre estos. De aquellas líneas se desprendían las siguientes palabras, reflejo de los tipos de relaciones en las que podía desembocar la convivencia en comunidad: “La unión entre la vezindad, y la dilatada comunicación, produce una fina amistad, y de esta resultan beneficios de parte a parte”, pero “también he visto una gran dissensión, porque el uno quiere arrastrar toda el agua a su fuente, y que el otro carezca de ella; y éste es motivo de grandes disturbios...”²⁶.

Los aspectos a los que venimos refiriéndonos se pueden percibir en el proyecto de obra, fechado en el año 1782, para un inmueble propiedad del Hospital General de la ciudad de Vitoria²⁷, destinado a producir rentas mediante el alquiler de sus cuartos. Situado en Madrid, en la calle de la Montera, manzana 342, número 14, se iba a componer de un cuarto bajo con tienda, dos principales, dos segundos, dos terceros y buhardillas vivideras. Todos compartirían acceso desde la calle por un mismo zaguán. Sin embargo, mientras a unos se llegaría a través de “la escalera principal para uso de los cuartos exteriores”, para acceder a los otros había que alcanzar una escalera que se decía “para uso de los cuartos interiores”, cuya embocadura compartía patio con la entrada a la cuadra y al pajar -tengamos en cuenta las molestias que podían llegar a desprenderse de estos espacios-. Los cuartos de la escalera principal se hallaban compuestos por recibimiento, sala con dos balcones a la fachada del edificio, alcoba principal, dos dormitorios, estudio, pieza de comer, cocina y despensa. Por su parte, los cuartos de “la otra escalera” eran de dimensiones inferiores a aquellos de la principal y se distribuían en alcoba, dos dormitorios, cocina, despensa y una sala que se especificaba “propia de un cuarto interior”, a la que se daban luces a través de una ventana que se abría a un corredor con ventanales hacia el patio.

EPÍLOGO

El análisis de los conceptos «casa» y «cuarto», de las formas arquitectónicas a las que nombraban, nos ha permitido llevar a cabo una aproximación a algunos de los tipos de relaciones de convivencia entre individuos que se generaron dentro de aquellos marcos habitacionales. Como se ha podido observar, dichas relaciones se veían directamente determinadas por una realidad residencial y unas fórmulas de ocupación de las viviendas que respondían a las especificidades de un Madrid, que había adquirido un carácter particular condicionado por sus atributos de capital y sede de la Corte, tras dos siglos de configuración.

La convivencia de los miembros pertenecientes a los diferentes y distantes grupos sociales que componían la pirámide poblacional de la capital madrileña era, al menos, de forma física en lo que a sus moradas se refiere, próxima. Sería muy interesante poder acceder a otras fuentes que fueran capaces de responder a cuestiones respecto a los modos en los que se desarrollaban dichas relaciones interpersonales entre propietarios y huéspedes, arrendatarios y subarrendatarios, vecinos, etc., a sus afinidades y desencuentros; por lo que la investigación se presenta abierta a continuar profundizando sobre estos puntos.

²⁵ Beatriz BLASCO ESQUIVIAS, *Arquitectura y urbanismo en las Ordenanzas de Teodoro Ardemans para Madrid*, Madrid, Ayuntamiento, Gerencia Municipal de Urbanismo, 1992.

²⁶ Teodoro ARDEMANS, *Declaración y extensión sobre las Ordenanzas que escribió Juan de Torija, aparejador de obras reales y de las que se practican en las ciudades de Toledo y Sevilla, con algunas advertencias a los alarifes y particulares y otros capítulos añadidos a la perfecta inteligencia de la materia que todo se cifra en el gobierno político de las fábricas*, Madrid, Francisco del Hierro, 1719, folios 230-231.

²⁷AVM. ASA. 1-49-114.

CONSUMOS Y APARIENCIAS DE LA BURGUESÍA LEONESA: LOS INTERIORES DOMÉSTICOS (1700-1850)¹

Juan Manuel Bartolomé Bartolomé

Universidad de León

En los momentos actuales dentro de la historia que denominamos del consumo² interesa tanto lo que se consume y las cantidades, como lo que se consume, dónde y con quién, ya que a través de estos comportamientos se va forjando la construcción de identidades de status y clase social³.

De este modo, son importantes, por un parte, el análisis de los espacios domésticos de consumo, las casas, y sobre todo las dependencias o estancias en las que se lleva a cabo, analizando las piezas del mobiliario y de decoración de las mismas.

Teniendo en cuenta que son las familias burguesas las que adoptan y asimilan primero a nivel cronológico las novedades del consumo, tal como conocemos por la historiografía⁴, el análisis se realizará sobre las familias de comerciantes, comerciantes-financieros, y de la burguesía administrativa y de profesiones liberales de la provincia de León, en el marco cronológico de 1700-1850.

Por ello, tomando como base la información que nos proporcionan las fuentes literarias y fundamentalmente los inventarios postmortem y las partijas de bienes⁵, nos hemos planteado como gran objetivo estudiar el consumo de puertas para adentro, es decir, de los espacios e interiores domésticos, fijándonos en los contrastes entre las diversas familias burguesas en relación con su profesión o actividad y de acuerdo con su ubicación o lugar de residencia, la capital, o villas de menor entidad: Astorga, La Bañeza, Ponferrada. Teniendo siempre en cuenta que no debemos perder nunca de vista la cronología, ya que además de profesión y residencia lo que realmente interesa es cuándo llegan las novedades.

Finalmente, hay que aclarar que la fuente esencial que son los inventarios, sobre todo postmortem, presentan importantes deficiencias para la realización del estudio que proponemos ya que, por una parte, no todos especifican las dependencias en las que están ubicados los bienes a inventariar, y

¹ Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación: *Familia, identidad social, transmisión hereditaria y cultura material. Patrimonios, consumos y apariencias en la Castilla interior, 1600-1850* (HAR2010-21325-CO5-05)

² Desde sus inicios los estudios sobre el consumo han derivado hacia una tendencia más social y cultural, tal como se puede apreciar desde los primeros trabajos surgidos, hace más de diez años, bajo la dirección del proyecto de Bartolomé Yun Casalilla, hasta las publicaciones más actuales del grupo de investigación coordinado por Máximo García Fernández, como la de I. DOS GUIMARAES SÁ y M. GARCÍA FERNÁNDEZ (dirs.), *Portas Adentro, comer, vestir, habitar* (ss.XVI-XIX), Coimbra, 2010. O las más actuales de D. MUÑOZ NAVARRO (Ed.), *Comprar, vender y consumir. Nuevas aportaciones a la historia del consumo en la España moderna*, Valencia, 2011. J. M. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ y M. GARCÍA FERNÁNDEZ (dirs.), *Apariencias contrastadas: Contraste de Apariencias. Cultura material y Consumos de Antiguo Régimen*, León, 2012

³ B. YUN CASALILLA, Prólogo de “*Comprar, vender y consumir* [...]”, op. cit, p. 11.

⁴ Estudios de D. Roche, N. Luis Madureira, Máximo García Fernández, Juan M. Bartolomé Bartolomé

⁵ También utilizaremos los relatos de viajeros extranjeros, tomando como referencia el trabajo de N. GONZÁLEZ HERAS, “La vivienda doméstica española del siglo XVIII según los relatos de viajeros británicos”. Revista *Tiempos Modernos*, nº 21, 2010.

cuando lo hacen tampoco prestan demasiada atención en la definición de las mismas, ya que nos es lo relevante, hasta el punto de que a primera vista da al impresión de que se omiten los espacios donde no hay objetos que inventariar y tasar, como por ejemplo los pasillos. Y, por otra parte, es muy frecuente también la práctica de inventariar y tasar los objetos agrupados por su tipología (textiles, mobiliario, alhajas, cuadros, etc.) y no según su ubicación en los espacios o dependencias de la casa.

De ahí, que la muestra se reduce significativamente a 19 inventarios de las familias de la burguesía comercial y financiera (diez de la ciudad de León y nueve de las villas de la Bañeza, Astorga y Ponferrada), y 17 de las de la burguesía administrativa y de profesiones liberales (quince de la ciudad de León y dos de la villa de Ponferrada).

ESPACIOS Y FUNCIONALIDAD DE LAS ESTANCIAS DE LAS FAMILIAS DE LA BURGUESÍA COMERCIAL

Dejando al margen, por problemas de espacio, el interesante estudio más pormenorizado de las casas donde negocian y viven los comerciantes y financieros⁶, únicamente nos interesa remarcar, ya que es importante de cara al posterior análisis del mobiliario y la decoración, que las casas tenían en su primera, y sobre todo en su segunda planta, la distribución típica del Antiguo Régimen, consistente en espacios conectados y muy polivalentes: salas, antesalas de dichas salas y alcobas⁷. Es cierto, que sobre este esquema se podían producir innovaciones: por ejemplo cuando se trataba de una sala que se especificaba como “principal”, lo más normal es que llevase unida una antesala y una alcoba, aunque a veces también podían llevar dos alcobas. Esta estructura de las casas de las familias de comerciantes del siglo XVIII experimentará escasas modificaciones en la primera mitad del siglo XIX, lo cual es lógico si tenemos presente que la mayoría de las casas en que residen son heredadas, no de nueva edificación, y ello entraña más dificultades a la hora de asimilar y realizar las nuevas novedades burguesas. Así, todavía en la primera mitad del siglo XIX seguirán predominando las estancias comunicadas y sin pasillos, tanto en el primer piso como en el segundo⁸. No obstante, a pesar de lo señalado sí que podemos apreciar cambios: por una parte, las referencias a espacios de tránsito a las dependencias, los pasillos⁹. Por otra parte, las piezas de las casa se transforman en espacios más independientes, las cuales dejan de tener la polivalencia anterior típica del Antiguo Régimen, encontrando las alcobas separadas de las salas y la ausencia de la antesalas¹⁰. Y finalmente, ya aparecerán las novedades burguesas, sobre todo en las familias de origen catalán de la ciudad,

⁶ Ver J. M. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, “Espacios públicos y privados de sociabilidad e intimidad en la ciudad de León en el siglo XVIII”, *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 30, 2012.

⁷ Se trataría, por lo tanto, de la organización típica del Antiguo Régimen, tal como nos señal el viajero de principios del siglo XVII, Bartolomé Joly, el cual señala: “...Desde la sala se entra en los cuartos, aunque tan sólo para acostarse porque son oscuros y sin chimenea, algunos sin ventanas, no acompañados de guardarropas o gabinetes, sino semejantes a los que nosotros llamamos tabucos, ellos los llaman alcobas, que significan lugar ciego. Si hay en ellos alguna ventana, es un ventanuco u otro pequeño agujero. Otros viajeros describen las alcobas como espacios destinados exclusivamente para dormir, las cuales estaban levantadas dentro de una sala, y debían ser necesariamente pequeñas, ciegas e interiores para facilitar su caldeoamiento por medios naturales y sin necesidad de recurrir a estufas, braseros o chimeneas, que producían humo y eventualmente gases tóxicos para el ser humano. J. GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, Madrid, 1952, pp. 72-73.

⁸ Es el caso de José Pablos Salán, el cual, en 1812, cuando se realiza su inventario postmortem, vive en una casa situada en la Plaza Mayor leonesa, que consta en el primer piso, además de la tienda, trastienda y bodega, de una sala principal, con antesala y dos alcobas. Y en el segundo piso hay una sala alta con su alcoba y un cuarto. Archivo Histórico Provincial de Lón (A.H.P.L.), Antonio Ginovés Martín, Caja 1011.

⁹ Éstos aparecen en la casa de Atanasio Jolís y Clara de Pablos, en 1852, con referencias a pasillos a la sala principal, a la escalera, etc. Id., Pedro Ballesteros Ginovés, Caja 1.151.

¹⁰ Separación en espacios de recibimiento y de intimidad también apreciada en los interiores domésticos franceses. Ver D. ROCHE, *Histoire des choses banales. Naissance de la consommation XVII-XIX siècle*, París, 1997, p. 116.

como los gabinetes¹¹ el despacho¹²; las “salas principales” que se convierten en los salones burgueses y sustituyen a las antiguas salas con estrado¹³ y el interesante comedor.

Ahora bien, ¿Cuál era la función de cada espacio doméstico y realmente se produjeron innovaciones entre 1700 y 1850? La mejor forma de acercarnos a este interrogante es a través del estudio cuantitativo y cualitativo de las piezas del mobiliario y objetos decorativos que hay en sus estancias y sus mutaciones. Por ello, se ha considerado conveniente realizar tres planos cronológicos – 1750-1799, de 1800 a 1824 y de 1825 a 1850- con el objetivo de poder acercarnos con una mayor precisión a los cambios de las familias señaladas. No obstante, nos centraremos en las dependencias más relevantes.

Así, en la ciudad de León, en la segunda mitad del siglo XVIII, las antesalas son dependencias de paso previo a las salas.

Las salas que se denominan principales por lo general son espacios multifuncionales donde predomina lo antiguo y sólo esporádicamente llegará algún elemento nuevo. De este modo, hay una importante ocupación del espacio que sirve tanto como lugar de recepción de visitas, como también para comer¹⁴, trabajar y guardar ropa y cubiertos de la casa. Así, es frecuente la presencia de mesas, acompañadas por abundantes taburetes más que por sillas¹⁵, junto con escritorios, bufetes, archivos y arcas principalmente de nogal¹⁶. Tampoco faltan los escaparates pintados con figuras religiosas en su interior, los cuadros y láminas de temática religiosa en las paredes y las cortinas para las ventanas¹⁷. No obstante, esta imagen tan tradicional de las salas principales se rompe ya con la presencia, muy testimonial, de dos elementos decorativos nuevos: los espejos y los relojes de pared¹⁸.

¹¹ En la casa de los mencionados Atanasio y Clara se hace referencia a gabinetes, los cuales tenían una función más de despacho que de espacio reservado a las mujeres o de tocador. De hecho, este gabinete femenino tampoco aparece en los mercaderes y negociantes de Lisboa en la primera mitad del siglo XIX. N. L. MADUREIRA, *Lisboa 1740-1830. Cidade: Espaço e Quotidiano*, Lisboa, 1992, p. 133.

¹² Aparecerá en la familia Selva, Ramón, situado en la primera planta, cerca del negocio y con la alcoba incorporada. Según Nuno Luis Madureira, “la sala de escritorio” es uno de los progresos más notorios y probablemente se trata de una adaptación o reconversión de un cuarto dedicado a los negocios. [*Ibidem*, p. 130]

¹³ El salón es el punto común, según Nuno Luis Madureira, de las casas de los negociantes y mercaderes de Lisboa. [*Ibidem*, p. 128.].

El estrado era el espacio que las mujeres ocupaban después de cumplir con sus obligaciones domésticas. Un espacio para el descanso y el reposo, sin abandonar el hogar al que siempre debían estar atentas. Para mayor información ver SOBALER SECO, M^a A., “Espacios femeninos en la Castilla del Antiguo Régimen. Cultura material y sociabilidad en el estrado”, en *Portas Adentro, comer* [...], op. cit., p. 153. Aunque tenemos que precisar que dichas salas con estrado no son frecuentes en la burguesía de negocios leonesa en el siglo XVIII.

¹⁴ Los viajeros británicos del siglo XVIII criticaban la inexistencia del comedor como una estancia en sí misma, y si lo era, la poca atención que se le concedía. N. GONZÁLEZ HERAS, “La vivienda doméstica española [...], op. cit., p. 16.

¹⁵ La presencia de taburetes, como asiento preferido, llega a suponer el 48,1% del total de todos los taburetes existentes en dichas estancias entre 1750 y 1850. En Lisboa se reducen en los salones los taburetes por combinaciones de sillas, poltronas o sillas acabrioladas. N.L. MADUREIRA, *Lisboa 1740-1830* [...], op.cit., p. 128.

¹⁶ Los muebles mencionados sólo aparecen de forma exclusiva en las salas principales de los comerciantes de la segunda mitad del siglo XVIII. Como ejemplo, En la sala principal de José Casado Valcarce, en 1797, hay los siguientes muebles: un bufete de nogal, diez taburetes de baqueta, una silla poltrona, un escritorio, un arca de nogal, un archivo de nogal. A.H.P.L., Domingo Suárez de Velasco, Caja 973.

¹⁷ Es el caso de Miguel Fernández Chicarro, con una sala principal que alberga dos escaparates pintados con su cristal y dentro de ellos: “...Un Niño Jesús con sus diademas de plata y la imagen de Nuestra Señora de la Concepción con su corona de plata...”. Id., Manuel Rico, Caja 701.

¹⁸ Al igual que sucede en los salones de los negociantes y mercaderes de Lisboa. N.L. MADUREIRA, *Lisboa, 1740-1830* [...], op. cit., p. 128. No obstante, son todavía espejos sencillos y no los Mposteriores y más burgueses de medio cuerpo. En la sala principal de la casa de Miguel Fernández Chicarro hay seis espejos, dos de los cuales con sus “...marcos acharolados con sus lunas y candeleros tasados en 100 reales.”. [*Ibidem*]

Las otras salas más secundarias se destinan principalmente a lugares de trabajo, con presencia de mesas, generalmente de madera de calidad más inferior, escritorios, bufetes y en algunos casos tampoco viene mal la existencia de alguna cama.

Las alcobas principales, piezas como ya hemos visto unidas a las salas, son el lugar reservado para el descanso, sobre todo nocturno, acogiendo el denominado “lecho cotidiano”, es decir, la cama del matrimonio y los colchones y la ropa que la viste¹⁹, la cual suele ser muy abundante, sobre todo los colchones²⁰. Estos espacios íntimos suelen tener también una cama para niños, los cuales compartirían la misma habitación hasta una edad que desconocemos, y unos muebles de acompañamiento simples y escasos: algunas mesas y sillas²¹, que podrían tener la función tan frecuente de comer en la propia alcoba o de aprovechar para realizar algún trabajo. Finalmente, tampoco es muy excesiva la decoración de sus paredes, donde sobresalen las láminas y los cuadros de carácter religioso, acompañados por algún crucifijo²².

Finalmente, las cocinas no sólo eran el espacio destinado a la preparación de los alimentos, sino que también la existencia en las mismas de bancos y mesas, generalmente de chopos, nos lleva a pensar que también se utilizaban para comer y con una mayor frecuencia que las salas principales.

La Bañeza y Astorga van a reproducir, en menor escala, las características señaladas para la capital, particularmente en la estancia más relevante que es la sala principal. De este modo, la multifuncionalidad de su uso se refleja de nuevo en la alta presencia de escritorios, arcas, baúles, cofres, acompañados por mesas, taburetes e incluso escañiles y por los socorridos escaparates. Tampoco la decoración de dichas estancias se escapa a lo establecido: predominio de los cuadros y láminas religiosas, de las imágenes de bulto completo, con el complemento de algunas cornucopias, cortinas y frisos. Aunque también se ha de resaltar la presencia de espejos²³. En cambio, las salas principales de los comerciantes ponferradinos serán mucho más pobres tanto en el mobiliario como en la decoración. Así, predominan sobre todo las arcas, arquitas para guardar ropa y alhajas, acompañadas por alguna mesa y por taburetes y escañiles y por escasas estampas de papel. Además, es frecuente que su polivalencia se acentúe albergando útiles de labranza, azadas, o fibras textiles (madejas de lino o lienzo)²⁴.

En los primeros veinte y cinco años del siglo XIX las casas de los comerciantes y financieros de la ciudad de León ya empiezan a experimentar las modificaciones que las llevarán hacia las modas burguesas. Las salas principales comienzan a tener una menor polivalencia de funciones, ya que poco a poco dejan de ser lugares de trabajo y con muebles destinados a almacenar y guardar ropa y objetos valiosos, como lo demuestra la poca presencia de escritorios, bufetes, arcas, baúles, etc. Y en cambio, se especializarán en adecuar el mobiliario para el objetivo principal de recibir y atender a las visitas y al mismo tiempo de servir de descanso, reposo, de las propias familias. De este modo, no es extraño que sigan coexistiendo sin problemas piezas del mobiliario y de decoración en las salas principales antiguas y nuevas, pero con la particularidad de que las innovaciones son cada vez más

¹⁹ En las localidades campesinas leonesas de Tierra de Campos, Sahagún, es frecuente la práctica hereditaria de que la viuda reciba una vez fallecido el marido y roto el matrimonio, la totalidad del lecho cotidiano que han compartido.

²⁰ En la alcoba principal de Miguel Fernández Chicarro hay “...una cama de madera de nogal con su cabecera y colgadura que consta de cuatro colchones, dos sábanas, cobertor, colcha y almohadas”. A. H.P.L., Manuel Rico, Caja 701.

²¹ La media de sillas es de 2,5 por estancia y en cambio las mesas con cajones no llegan a la unidad.

²² La totalidad de las láminas religiosas y el 66,6% de todos los cuadros con dicha temática se localizan en las alcobas principales del siglo XVIII, en cambio los crucifijos sólo el 16,6%.

²³ No se especifica su tamaño, pero consideramos que no son de medio cuerpo. Los dos más característicos son los que hay en la sala principal del comerciante bañezano Nicolás San Martín: uno de marco negro y otro de marco dorado. A.H.P.L., José de Benito Argüello, Caja 7587.

²⁴ Como las que aparecen en la sala del comerciante José de Castro, en el año 1772. Id., José Vereja, Caja 2.566.

fuertes: junto a los tradicionales y muy escasos estrados²⁵, taburetes, escaparates religiosos y cornucopias, ya son más abundantes las sillas²⁶, los canapés²⁷, los espejos, los relojes y las rinconeras²⁸. Mayor simplicidad, por lo tanto, en el mobiliario, que se corresponde a su vez con una mayor sencillez decorativa: menor número de cuadros religiosos y láminas religiosas para las paredes²⁹ y la introducción de faroles de cristal para la iluminación³⁰.

Las alcobas principales, siguen siendo el espacio reservado para alojar el lecho matrimonial cotidiano, junto como también habíamos señalado con otra cama destinada a los niños. Al margen de las camas son de nuevo muy escasos los muebles que las acompañan, ya que exceptuando los baúles y las arcas destinada a guardar ropa y objetos de plata, no hay ni tan siquiera mesas ni sillas. En definitiva, dependencias para dormir y escuchar sencillas donde la decoración se reduce a algún cuadro o crucifijo³¹.

En los años 1825-50 los comerciantes viven en casas donde, como ya hemos señalado, se producen transformaciones significativas en las dependencias, lo cual tendrá su reflejo en las funciones de las mismas adaptando el mobiliario y la decoración a las nuevas necesidades sociales y de confort.

De este modo, los cambios empezarán primero en la ciudad, llegando al igual que Lisboa, desde las “salas principales”, para conquistar más tardíamente los aposentos considerados más privados³². Dichas dependencias, situadas en la planta baja y cerca del negocio, miran generalmente al espacio público más relevante, que es la Plaza Mayor, y se convierten ya definitivamente en el espacio por excelencia de estas familias burguesas³³, desterrando de forma ya casi definitiva los lazos con el pasado y dando paso a las novedades del consumo burgués. Así, frente a la polivalencia anterior ahora son lugares dedicados casi exclusivamente a dos tipos de actividades: por un parte, a la función de relación social, con lo que ello lleva de exposición frente a las visitas a las que se espera dejar una buena impresión; y por otra parte, dentro de esa misma sociabilidad al desarrollo de las actividades de ocio, frente a las más tradicionales de la conversación. De ahí, que las piezas del mobiliario y los objetos decorativos se adapten a dicha mutación reduciendo su número y lo que es

²⁵ El 100% de ellos se localizan en dichos comerciantes. Por ejemplo, el que existe en la sala principal de la casa de Agustín Fernández Chicarro, en 1816, donde se hace referencia a un estrado con seis sitios de brazo y otros seis sin brazo. Id., Domingo Castañón Rodríguez, Caja 915.

²⁶ Las cuales desplazan ya en número a los taburetes, representando el 40% del total de las sillas localizadas en las salas principales del periodo estudiado 1750-1850.

²⁷ Los cuales suponen el 100% del total localizados.

²⁸ Los espejos ya de medio cuerpo, con un total de cuatro, lo que significa el 30,8% del total de este tipo de espejos del todo el periodo analizado. Podemos describir la sala principal del comerciantes señalado, José Pablos Salán, el cual en el inventario que se realiza en 1812 tiene una casa en la Plaza Mayor de la ciudad de León, cuya sala principal situada en la parte baja, al lado del negocio, tienda y trastienda, se caracteriza porque sólo tiene del pasado: “...un escaparate de la efigie de Nuestra Señora del Mercado con su mesa, valorado en 300 reales.”. En cambio, sobresalen los muebles nuevos: un canapé de tres asientos forrado en esparragón, diez sillas grandes de paja y siete chicas, un reloj de madera, dos espejos con marco de vidrio pintado y dos rinconeras de madera de chopo pintadas de azul. A.H.P.L., Antonio Ginovés Martín, Caja 1011.

²⁹ Las cuales descenderán al 17,5% del total del periodo analizado. En cambio, las cornucopias tendrán la exclusividad de la muestra.

³⁰ Así, en la sala principal del citado José Pablos Salán sólo se hace referencia a cuatro láminas chicas con marco de cristal y un cuadro de marco tallado dorado de Nuestra Señora, acompañado por dos candeleros de metal blanco y un farol de cristal. Id., Antonio Ginovés Martín, Caja 1011. No hay que olvidar que la precariedad en la iluminación de los interiores domésticos españoles era una queja frecuente en las observaciones que realizaban los viajeros británicos. N. GÓMEZ HERAS, “La vivienda doméstica española [...], op. cit., p. 12.

³¹ Los crucifijos sólo suponen un 16,6% del total localizados, al igual que en la segunda mitad del siglo XVIII. En cambio, si sobresalen los doseles religiosos y los Eccehomos.

³² Es lo que Nuno Luis Madureira señala del “salón para adentro, cada vez más para adentro...”. N.L. MADUREIRA, *Lisboa, 1740-1830* [...], op. cit, p. 134.

³³ Tal como ocurría en Lisboa. [*Ibidem*, p. 128].

más relevante desplazando a los antiguos. Es el triunfo, por lo tanto, de muebles como las cómodas, las papeleras, los tocadores, los canapés³⁴, los sofás, las sillas³⁵, las rinconeras, y las mesas de juego³⁶. Acompañados en los elementos decorativos por cuadros religiosos, los cuales tardan en desaparecer, y sobre todo por los relojes de pared³⁷, los espejos grandes y de medio cuerpo³⁸, las cortinas³⁹ y las cortinillas de las vidrieras, y por las pieles de oso que se extienden por los suelos⁴⁰. Es cierto que las principales novedades señaladas se concentran más en las familias cuya procedencia es catalana, lo cual nos lleva suponer que están más en contacto con la influencia externa de las nuevas modas burguesas⁴¹, pero también las familias originarias de León se dejan llevar por las nuevos tiempos⁴².

Por lo tanto, a partir de los años treinta del siglo XIX las “salas principales” de las casas de los comerciantes de la ciudad de León se convierten en dependencias típicas burguesas, con la mirada puesta en el exterior. Es desde este punto de vista, el espacio más visible y externo de cara a la sociedad que les rodea. De ahí, que no sea raro que en algunas familias se disponga de dos “salas principales”, siendo la segunda, con una localización más interna en la casa, la más sencilla y con un número elevado de innovaciones⁴³. En cambio, el resto de las salas, aunque ya sean independientes, siguen siendo utilizadas para desarrollar funciones más variadas y de mayor intimidad: lectura, reposo, no faltando los catres que permiten también dormir⁴⁴.

La misma tendencia, aunque con el ya señalado ritmo más lento, se aprecia también en las salas principales de los comerciantes de La Bañeza y Astorga. Menor número de piezas de mobiliario y más selectas: mesas, sillas y también canapés, sofás, cómodas y rinconeras, aunque no hay mesas de juego. Estancias que también experimentarán cambios similares en la decoración, con la mayor

³⁴ En los comerciantes de Vitoria ya desde la segunda mitad del siglo XVIII aparecen este tipo de muebles más novedosos: cómodas, canapés y tocadores. A. ANGULO MORALES, *Del éxito en los negocios al fracaso del Consulado: la formación de la burguesía mercantil de Vitoria (1670-1840)*, Bilbao, 2000, pp. 179-180. Según Nuno Luis Madureira la cómoda es la gran innovación del mobiliario iluminista y surge en Francia en 1700. N.L. MADUREIRA, *Lisboa 1740-1830* [...], op. cit., p. 183.

³⁵ Con un 77,7% del total de la muestra podemos señalar que conquista ya definitivamente el espacio social. Deja de ser la pieza sagrada o destinada a los reyes, como era en la Edad Media, y se convierte en el siglo XVIII en el asiento preferido, pasando el que la ocupa de una postura tiesa a otra más relajada de reposo y permitiendo una mayor polivalencia e individualización. D. ROCHE, *Histoire des choses* [...], op.cit., pp.190 y 206.

³⁶ En todas las casas de las familias dedicadas al comercio se observa la misma tenencia, destacando las tres mesas de juego que existen en la sala principal de la plaza de José Andrés Jolís. A.H.P.L., José Gutiérrez Bueno, Caja 1103. También aparecen en los comerciantes de Lisboa hasta el punto de que junto con la combinación de sillas y canapés se produce una interesante transformación del espacio del salón que pasa de unitario a transformarse en módulos, individualizando a los destinatarios. En nuestro caso esta tendencia es menos apreciable. N.L. MADUREIRA, *Lisboa 1740-1830* [...], op.cit., p. 129.

³⁷ El 66,8% del total se localizan en las salas de dicho periodo.

³⁸ El 69,2% del total también se emplazan en las salas de los comerciantes de los años 1825-1850.

³⁹ Los porcentajes de cortinas se sitúan de nuevo en un 60,6%.

⁴⁰ Como sucede en la familia José Andrés Jolís en 1834. A.H.P.L., José Gutiérrez Bueno, Caja 1103.

⁴¹ Es el ejemplo del rico comerciante de origen catalán Ramón Selva, el cual tiene una sala principal con escasos muebles pero nuevos y de calidad: una papelería de nogal, un tocador de color caoba, un reloj con su caja pintada, una mesa de nogal, dieciocho sillas con listas de colores en el asiento. Id., Ildefonso García Álvarez, Caja 1167.

⁴² Así, José Fernández Chicarro, el heredero de los negocios de la relevante familia de comerciantes leoneses, tendrá una sala principal, en 1848, donde hay un reloj de campana, un sofá con sus colchoncillos, dos espejos de medio cuerpo y otro más grande y una cómoda de nogal. Id., Felipe Morala Rodríguez, Caja 1070.

⁴³ La familia también con antepasados catalanes formada por Atanasio Jolís y Clara Pablos, dispone en 1852 de una casa con dos “salas principales”, la primera junto con las novedades vistas - mesa de juego, papelería, espejo grande, canapé- tiene dos imágenes religiosas, un San José y un San Isidoro. En cambio, la segunda, que da al corral, es más simple con un sofá de nogal, dos rinconeras y 18 sillas. Id., Pedro Ballesteros Ginovés, Caja 1151.

⁴⁴ La sala situada en la segunda planta de la casa de la familia de José Fernández Chicarro es utilizada tanto de librería (armario con libros), como de espacio de lectura y escritura (un sofá, una camilla, seis sillas) y para dormir (tres catres de chopo). Id., Felipe Morala Rodríguez, Caja 1070.

presencia de cortinas, espejos de medio cuerpo, relojes de pared y arañas⁴⁵, al lado de los cuadros de temática religiosa y las imágenes de bulto completo.

Las alcobas principales de las casas de la capital siguen siendo los lugares reservados para acoger el lecho matrimonial, junto también con otro más secundario orientado generalmente a los niños, de ahí que se haga referencia a “catres chicos”. El número de colchones continúa siendo muy elevado, en torno a una media de tres por cama. No aparecerán de forma tan clara como en Lisboa los muebles ligeros que expresan una mayor intimidad: mesas de té, mesitas de noche o de juego, pero sí que habrá cambios en los muebles cuya función esencial era la de guardarropas. Así, las antiguas arcas y baúles dejarán paso a los archivos, papeleras y a algún armario⁴⁶.

En las casas de los comerciantes de Astorga, La Bañeza y Ponferrada, no son tan claras las diferencias entre la alcoba principal y el resto de los denominados cuartos, destinados sobre todo a la función de dormir, más que a la de relación social⁴⁷. No obstante, las novedades apreciadas en la capital en cuanto al mobiliario no aparecen en estas otras localidades leonesas⁴⁸.

Esta mayor especialización de los espacios domésticos está en relación con la llegada en la capital de dos grandes novedades burguesas ya descritas anteriormente: el cuarto de despacho y el cuarto de comedor. Respecto al primero ya aparece con esa denominación, tal como hemos señalado, en la casa del comerciante de origen catalán Ramón Selva, tratándose, como señala Nuno Luis Madureira para Lisboa, de una adaptación del cuarto dedicado a los negocios⁴⁹. Y el segundo, el cuarto comedor también se localiza en la casa del comerciante anteriormente señalado, en la segunda planta, cerca del cuarto de la criada y lógicamente de la cocina⁵⁰.

Finalmente, también se hará mención a los gabinetes, los cuales serían espacios destinados a recibir las visitas de confianza de la familia, más que una dependencia exclusivamente femenina.

ESPACIOS Y FUNCIONALIDAD DE LAS ESTANCIAS DE LAS FAMILIAS DE LA BURGUESÍA ADMINISTRATIVA Y DE PROFESIONES LIBERALES

⁴⁵ La sala principal del ya citado don Manuel de Rodero, comerciante bañezano, es la que concentra la mayoría de estas novedades. Id., Miguel Cadórniga, Caja 7753.

⁴⁶ D. Roche se refiere al armario como una pieza clave del mobiliario del pueblo de París en el siglo XVIII. D. ROCHE, *Le peuple de Paris*, Paris, 1981, pp. 149-150. Es el mueble que expresa a su manera la conquista de la vestimenta parisina, ya que puede colocar productos textiles de forma vertical y un mayor número. ROCHE, D. *Histoire des choses* [...], op.cit., p.203. Pero según Nuno Luis Madureira otros autores han destacado su origen burgués y en Lisboa todavía no penetra en todas las casas en el siglo XVIII. N.L. MADUREIRA, *Lisboa 1740-1830* [...], op. cit., p. 189.

En el caso de la burguesía comercial de la ciudad de León el armario aparece inventariado en 1830 en la alcoba del comerciante de origen catalán Ramón Selva tasado en 200 reales, que se utiliza para guardar ropa tanto personal como de cama y casa. A.H.P.L., Ildefonso García Álvarez, Caja 1167.

⁴⁷ A excepción de un servicio para tomar café que se hay en un cuarto a la derecha de don Celestino Álvarez. Id., Salustiano González de Reyero, Caja 11136.

⁴⁸ Tan sólo un archivo en el comerciante citado don Celestino Álvarez.

⁴⁹ No existen libros ni mobiliario para su depósito, y los muebles son una mesa de pino, doce sillas (número muy elevado para un simple despacho que no tuviese la función de recibir y negociar con personas externas), un brasero, dos cortinas de algodón y una estera. Además, su emplazamiento en la plana baja y cerca del negocio reafirma dicha idea. [*Ibidem*]

⁵⁰ La aparición de un local propio para comer es un hecho nuevo también en las casas de los negociantes y mercaderes de Lisboa, N.L. MADUREIRA, *Lisboa 1740-1830* [...], op. cit., p. 132.

En la casa del comerciante leonés, Ramón Selva, por el mobiliario que se cita se trata de un cuarto comedor muy sencillo, con reducidos muebles y muy funcionales: una mesa y una mesita de chopo, seis sillas grandes, un arca bastante usada, una cortina con su varilla de hierro y la vajilla (platos de piedra, copas, jarras de cristal, soperas y jarras de piedra, jarritas y platillos de China, etc.). A.H.P.L., Ildefonso García Álvarez, Caja 1167.

La distribución de las dependencias de las casas de estas familias será muy similar a las de la burguesía comercial y financiera: antesalas, salas y alcobas que salían de las propias salas. Sin embargo, esta tendencia propia de la burguesía de tener espacios más aislados, que favoreciesen la intimidad, aparecerá ya de forma clara en la burguesía administrativa y de profesiones liberales que habitan en la ciudad de León en el siglo XVIII, sobre todo en la segunda mitad, adelantándose a la burguesía comercial. En cambio, la que reside en las villas, ejemplo Ponferrada, todavía se mostrará reacia a introducir las novedades en la primera mitad del siglo XIX⁵¹.

En cuanto al mobiliario y la decoración de sus estancias, en la segunda mitad del siglo XVIII, la sala de estrado, muy escasa ya que sólo hemos localizado una, y sobre todo las salas principales, son las dependencias más nobles de la casa y también la más polivalentes, donde no sólo se recibían visitas, sino que también se utilizaba para trabajar, comer y guardar ropa u objetos de valor. De ahí, la elevada cantidad de piezas de mobiliario y de decoración que hacen muy difícil la presencia y la relación humana: mesas, taburetes (el 100% de la muestra), escritorios⁵², bufetes, baúles, acompañados por escaparates con figuras religiosas (el 92,8% del total de todo el estudio), cornucopias y cuadros de temática religiosa. No obstante, en este panorama tradicional aparecen ya algunas novedades, aunque de forma muy testimonial, como son los espejos de medio cuerpo⁵³, los frisos de Inglaterra y los canapés de hombre⁵⁴.

Las alcobas principales son los espacios reservados preferentemente para el descanso y la intimidad, sobre todo nocturna, donde se localizan las camas y sus complementos, destacando la presencia de colchones, pero en un número inferior a los de la burguesía comercial. Se trata de dependencias muy sencillas donde se utiliza para guardar, sobre todo la ropa personal, cofres, arcas y baúles y son muy escasas las piezas más íntimas como las mesas y mesitas⁵⁵. Tampoco es muy abundante la decoración, preferentemente religiosa y algún espejo pequeño.

Al contrario que en la burguesía comercial no son frecuentes las alcobas secundarias y en cambio sí que hace referencia a cuartos: “cuartos dormitorio” o “cuartos junto a la cocina”, los cuales tenían una función más polivalente, ya que no sólo se destinaban a dormir o reposar, con la existencia de camas, sino que también la presencia de escritorios, mesas, librerías y sillas les delatan como lugares de lectura y trabajo.

Mención aparte merecen los “cuartos de estudio” o ya también denominados “cuarto de despacho”, emplazados al lado de la cocina y con braseros y felpones, para poder combatir mejor las bajas temperaturas invernales⁵⁶. Son dependencias dedicadas fundamentalmente al trabajo, conectado con sus profesiones, donde abundan como es lógico los archivos, escritorios, escribanías, mesas y sillas principalmente de nogal, pero donde llama la atención la ausencia de librerías y libros.

⁵¹ Por ejemplo, don José de Gago y García, administrador principal de la hacienda en Ponferrada, en 1822 tendrá una antesala, con una sala principal y una alcoba de dicha sala. Id.

⁵² Por lo general de fábrica de Salamanca, aunque en el caso del médico titular de la ciudad de León, don Andrés de Meyre, los dos escritorios que tiene en la sala principal son de fábrica de Asturias, valorados en 100 reales. Id., Pedro Díez Canseco, Caja 1020.

⁵³ Al igual que sucedía en los comerciantes leoneses y en los salones de los negociantes y mercaderes de Lisboa, N.L. MADUREIRA, *Lisboa 1740-1830* [...], op. cit.

⁵⁴ En la sala principal de don Jerónimo José de la Maza en donde se hallan principalmente dichas novedades: dos canapés de hombre de nogal, pie de anca de rana, respaldo de nogal, forrados en espárragon encarnado, tasados en 280 reales; un friso de doce varas encerado de Inglaterra con varias pinturas y países, valorado en 160 reales. A.H.P.L., José García Álvarez Ocón, Caja 793.

⁵⁵ Como, por ejemplo, en el médico don Andrés de Meyre, que tiene una silla y una mesica de cama. Id., Pedro Díez Canseco, Caja 1020.

⁵⁶ En el cuarto segundo de estudio de don Manuel García Brizuela, abogado de los Reales Consejos, en el año 1777, hay, además del necesario brasero, diez felpones, un pellejo de oso. Id., Pedro Hevia Lorenzana, Caja 749.

Los primeros años del siglo XIX, 1800-1824, nos mostrarán una tendencia hacia la transición en los espacios, y los mobiliarios y la decoración de los mismos.

Las alcobas, tanto las principales, como las muy escasas secundarias, se siguen caracterizando por la sencillez, ya que aparte de acoger el lecho cotidiano principal, los cuales siguen teniendo menos colchones y ropa que en la burguesía comercial, y también alguna cama o catre más secundaria, lo que predomina son los muebles de guardar la ropa tanto la personal como la de cama y casa, sobre todo baúles, con medias de 1,6 baúles. En cambio, siguen siendo muy escasas las piezas más íntimas: mesitas de noche, etc., y también la decoración se reduce a los ya imprescindibles crucifijos o de forma más curiosa a un retrato del Santo Pontífice⁵⁷.

De ahí, que sean las salas principales, o el ya especificado como “salón”⁵⁸, donde se lleven a cabo las mutaciones más relevantes⁵⁹. Así, se aprecia como se van introduciendo novedades en las piezas del mobiliario y en la decoración que coexisten sin grandes traumas con las tradicionales, no llegando todavía a la situación de eliminar los elementos antiguos para buscar una mayor sencillez según los nuevos gustos burgueses. De este modo, junto a las mesas, preferentemente de nogal, ya van desapareciendo los taburetes, los cuales son inexistentes en la muestra, que son sustituidos por las sillas, las cuales significan el 22,1% del total - sillas en general de paja que se diferencian por el género: de hombres y de mujeres y por el tamaño: grandes y chicas-. Harán su aparición los sillones de tripe. Y en la decoración convivirán los cuadros e imágenes religiosas de bulto completo- La Virgen, San José y un Eccehomo de talla- y las cornucopias con espejos, algún reloj y rinconeras (el 60% del total). Por lo tanto, asistimos a un estadio intermedio donde la alta polivalencia de las salas principales anteriores se va reduciendo, convirtiéndose más en espacios de recepción de visitas y de ocio, tal como lo demuestra que ya aparezca una mesa de juego⁶⁰.

Los años que van desde 1825 a 1849 son sin ninguna duda los de asentamiento definitivo de las novedades en el consumo del mobiliario y de la decoración de las estancias, al igual que sucedía con las familias de la burguesía comercial. Éstas llegan principalmente a través de las “salas principales” invadiendo poco a poco el resto de las dependencias⁶¹. De ahí, que sean las salas principales los espacios preferidos destinados a la relación social de la burguesía administrativa y de profesiones liberales, jugando ya un papel relevante no sólo el recibimiento de visitas y la conversación sino también las actividades de ocio. Como consecuencia de esta menor polivalencia de estos espacios más privilegiados observamos como, por un lado, los muebles que existen se reducen en cuanto al número, posibilitando la mayor presencia y estancia humana. Y, por otro lado, la coexistencia anterior entre novedades y piezas tradicionales deja ya definitivamente su lugar a las innovaciones, las cuales están ya en la línea de los gustos de la moda burguesa. Así, lo que predominarán son ya muebles como las cómodas, los tocadores, los sofás - el 80% de los mismos aparecen en estos años- las mesas, las sillas -el 50% del total de las existentes en toda la muestra-, las rinconeras y las mesas de juego⁶². Al mismo tiempo se producen también cambios en la decoración: relojes, espejos,

⁵⁷ El cual se localiza en la alcoba del ya referido don Francisco Díez Campomanes: “un retrato del Santo Padre actual en su marquito en dos reales”. [*Ibidem*].

⁵⁸ Ya se le denomina así en el inventario de la nueva casa que construyó don Joaquín Álvarez Escaja. Id., Felipe Morala Rodríguez, Caja 1065.

⁵⁹ Al igual se sucedía con la burguesía comercial.

⁶⁰ En el salón de don Joaquín Álvarez Escaja. A.H.P.L., Felipe Morala Rodríguez, Caja 1065.

⁶¹ Es lo mismo que se ha apreciado en Lisboa en las casas de los comerciantes. N.L. MADUREIRA, *Lisboa 1740-1830*[...], op. cit., pp. 132-134.

⁶² Sobresaliendo las “dos mesas de juego de nogal” que hay en la sala principal del arquitecto don Fernando Sánchez Pertejo en 1840. A.H.P.L., Félix de las Vallinas, caja 1135. Esta transformación del espacio de los salones es la ya indicada en los comerciantes de Lisboa. [*Ibidem*, p.129].

floreros, rinconeras, y cuadros de historia⁶³ o de los dueños de la casa ⁶⁴- el total de cuadros de temática profana son de estos años-, que todavía conviven con los religiosos y algún crucifijo⁶⁵.

En definitiva, son los mismos cambios que los apreciados en los salones y las salas principales de la burguesía comercial, pero con la particularidad de que son menos intensos que los de las familias de comerciantes de origen catalán asentados en León.

A su vez, cuartos, bien “junto a la cocina” o “cuartos del medio”, se convierten no sólo en lugares de descanso o de trabajo, con la existencia de catres, archivos, tableros para dibujar, sino que también se destinan al ocio: tableros para jugar a las damas, caja con el juego de lotería⁶⁶.

Las alcobas, en cambio, no ofrecen grandes innovaciones en el mobiliario, ya que siguen siendo sus funciones más importantes las de albergar el lecho matrimonial y alguno secundario y las de guardar ropa. Pero tampoco se aprecian piezas ligeras que son signos de intimidad, tal como sucedía en Lisboa, tales como las mesitas de noche, de té o de juego. E incluso, en el mobiliario que se destina a la función de guardar la ropa no hay importantes novedades, en cuanto que lo que predominan son las arcas y sobre todo los baúles, que puede ser debido al tipo de profesión más provisional, y en cambio son muy escasas las papeleras, con una media por alcoba que no llega a la unidad, e inexistentes los armarios⁶⁷. No obstante, en la decoración junto a la preeminente religiosa destacan los cuadros de temática profana - los cuales representan el 81,1% del total de cuadros de toda la muestra analizada, algún farol y reloj de pared.

En cambio, serán más bien “los cuartos dormitorio” donde hay más papeleras, cómodas e incluso algún tocador hace acto de presencia⁶⁸.

Los cuartos de despacho no experimentan la evolución que hubiésemos esperado, debido a la conexión tan fuerte con sus profesiones. Al contrario, siguen siendo espacios muy tradicionales, los cuartos de estudio ya analizados, y únicamente sobresale la existencia ya de armarios, que a pesar de no especificarlo nos imaginamos se dediquen a guardar papeles y libros⁶⁹.

Asimismo, llama la atención que no existan espacios dentro de la casa de la burguesía administrativa y de profesiones liberales que reciban la denominación de “comedores”, a diferencia de los negociantes y mercaderes de Lisboa o de los propios leoneses. De este modo, en la muestra que disponemos de inventarios postmortem, no se menciona en ningún momento el comedor, lo que significa la ausencia de esta pieza doméstica tan propia de las modas burguesas y que la comida se seguía realizando, como era tradicional, tanto en la cocina, donde hay mesas y escaños, como el resto de dependencias de la casa bien cuartos o salas.

⁶³ En las paredes de sala principal de don José González Luna, procurador de causas, se inventarían tres cuadros de historia, uno de ellos de Napoleón, A.H.P.L., José Casimiro Quijano, Caja 903.

⁶⁴ Como un “retrato del difunto”, el cual había sido el arquitecto don Fernando Sánchez Pertejo, tasado con el marco en 50 reales. Id., Félix de las Vallinas, Caja 1135.

⁶⁵ En la sala principal de don Julián López haya 13 cuadros religiosos (seis del “Casto José”, en cobre con cristales tasados en 400 reales) y un crucifijo de marfil valorado en 100 reales. [*Ibidem*].

⁶⁶ Como sucede, por ejemplo, en el cuarto de don Fernando Sánchez Pertejo, arquitecto, en 1840, donde hay una mesa de nogal, cinco sillas, dos catres, un archivo de nogal, dos baúles, un tablero para dibujar y otro para jugar a las damas. [*Ibidem*].

⁶⁷ Como hemos visto tan importantes en el París del siglo XVIII. ROCHE D., *Le peuple de [...]*, op. cit., pp. 149-150

⁶⁸ Como en “el dormitorio de la viuda” de don Fernando Sánchez Pertejo, donde hay un tocador pintado de encarnado. A.H.P.L., Félix de las Vallinas, Caja 1135.

⁶⁹ Cerrado con alambra o de “chopo pintado de encarnado con filetes blancos”. Id., José Casimiro Quijano, Caja 903

Finalmente, los gabinetes sí que estarán presentes pero no como una pieza de uso exclusivo femenino y con el mueble tan típico del momento: los canapés, sino más bien como lugar de trabajo⁷⁰.

Las familias que residen en las villas, Ponferrada, mostrarán las mismas tendencias ya descritas, pero con la particularidad de que, por una parte, su relevancia será menor, y por otra, de la mayor convivencia con elementos tradicionales⁷¹. De este modo, serán las estancias destinadas a las alcobas principales y particularmente las “salas principales” donde se introducirán las novedades en el mobiliario y en la decoración, y según la cronología ya dibujada. Un elemento destacado es la existencia del “comedor” que habíamos echado de menos en las familias de la ciudad⁷².

CONCLUSIONES

La estancia más privilegiada de la casa en las familias burguesas de la provincia de León es el salón o también denominado “sala principal”, el cual desplazará definitivamente a la tradicional sala con estrado y se convertirá en todo un símbolo de la nueva moda burguesa frente a las tendencias aristocráticas.

Además, dicho espacio, al igual que sucedió en Lisboa, será el adecuado para que las familias burguesas, den a conocer sus nuevos gustos con la compra de nuevas piezas de mobiliario, las de moda burguesa, y también con la simplificación de las mimas y su ordenación en el espacio.

El resultado, en definitiva, será unos salones o salas principales destinados exclusivamente para el descanso familiar, la relación social o el ocio, abandonando la función polivalente que tenían los salas, bien con estrado o sin estrado, anteriores.

La decoración de los salones o salas principales seguirá la misma tendencia con la llegada de piezas del gusto de la burguesía: espejos de medio cuerpo, relojes, rinconeras, quinqués, etc., que convivirán todavía con cuadros de temática preferentemente religiosa, pero donde ya no tendrán cabida las imágenes religiosas de bulto completo o los escaparates.

Aunque con menor intensidad también las otras dependencias de las familias burguesas nos mostraran la introducción de novedades en las piezas y la decoración: armarios, cómodas, canapés, relojes, espejos, juegos de mesas, etc.

No obstante, a nivel provincial se debe remarcar que las novedades descritas son, por una parte, más visibles en las familias burguesas que viven en la ciudad de León que en las villas de la provincia. Y, por otra parte, en cuanto al ritmo de asunción de las modas descritas llegarán primero en las familias de profesiones liberales y sobre todo funcionarios, en la segunda mitad del siglo XVIII, pero, con la particularidad, de que la primera mitad del siglo XIX perderán intensidad respecto a las familias de comerciantes y especialmente los de origen catalán asentados en la ciudad de León.

⁷⁰ Tal como lo demuestra la existencia de mesas, sillas, escribanías, caperos y hasta un “mapa de España” que hay en el gabinete de don José González de Luna, en 1849. [*Ibidem*].

⁷¹ Por ejemplo, la presencia todavía de catres de madera entre los muebles de la sala principal, como sucede con don Manuel Sánchez Romero, contador de las rentas reales de Ponferrada. [*Ibidem*].

⁷² Lo hallamos en don José de Gago y García, denominándolo “sala del comedor”. El cual, exceptuando la mesa y ocho sillas de paja, parece un recinto sagrado, ya que está repleto de imágenes y cuadros religiosos (Crucifijos, Niños Jesús), no faltando un escaparate de armazón. Sólo los cinco mapas del Combate de Tolón escapan al ambiente sacro. [*Ibidem*].

ENTRE LO TRADICIONAL Y LO MODERNO: LA ROPA INTERIOR EN EL ENTORNO MURCIANO (1759-1808)

Elena Martínez Alcázar

Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

La llegada de los Borbones a España en el siglo XVIII produjo una serie de cambios en las costumbres que se manifestaron en varios ámbitos del transcurrir diario, fundamentalmente entre las clases pudientes. En Francia, el placer por la sociabilidad, el hedonismo, el mayor protagonismo de la mujer en los espacios públicos y el auge de las modas y el lujo, hicieron que todo lo relacionado con la apariencia exterior se atendiera con mayor esmero que en etapas precedentes.

La adopción de los usos a la francesa comenzó en la corte y en algunas zonas portuarias de gran actividad comercial como Cádiz y Cataluña¹. Sin embargo, los indicios de apertura e influencias del país vecino empezaron a evidenciarse tempranamente también en otras ciudades como Murcia, a juzgar por las críticas del obispo Belluga a su llegada a la Diócesis cartaginense en los primeros años del siglo XVIII sobre el lujo imperante, la relajación de costumbres y la ostentación de las modas exógenas, principalmente de parte de las mujeres². Superados los problemas de etapas anteriores –epidemias, malas cosechas y dificultades económicas–, Murcia se abría a las novedades que llegaban de fuera. Los acaudalados asumieron una serie de ideales, modas y entretenimientos que les agradaban y casaban con el estilo de vida que creían merecer tras haber solventado las dificultades precedentes³. A lo que se sumó la remodelación del trazado urbano, incorporando avenidas, plazas y paseos convertidos en centros de reunión, áreas para el comercio y vías para la exhibición, por los que transitaban diversos tipos sociales y se difundían las modas⁴.

Los estudios realizados en diferentes áreas españolas denotan que los cambios en cuanto a modas se produjeron de manera paulatina desde la primera mitad del Setecientos. En los inventarios de bienes de la nobleza es habitual hallar prendas y accesorios según la moda en boga. Pero en las

¹ Alberto ROMERO FERRER, “La apariencia y la cultura como formas de inversión de capital en la sociedad gaditana del siglo XVIII” en *Actas del Congreso Internacional sobre Carlos III y la Ilustración*, vol. III, Madrid, Ministerio de Cultura, 1989, pp. 397-416. Lidia TORRA FERNÁNDEZ, “Cambios en la oferta y la demanda textil en Barcelona (1650-1800)” *Revista de Historia Industrial*, nº 22, 2002 pp. 20-24.

² Luis BELLUGA, *Carta pastoral que el Obispo de Cartagena, escribe a los Fieles de su Diócesis a cada uno en lo que le toca, para que todos concurran a que se destierre la profanidad de los trages, y varios, e intolerables abusos, que ahora nuevamente se han introducido*, Murcia, Jayme Mesnier, 1711. Sobre las críticas de Belluga a las modas y usos exógenos véase Isabel GÓMEZ DE RUEDA, “La espada que mata las almas”, en Cristóbal BELDA NAVARRO (dir.), *Luis Belluga y Moncada. La dignidad de la púrpura*, Murcia, Fundación Cajamurcia, 2006, pp. 105-123.

³ Manuel PÉREZ SÁNCHEZ, “Reflejos del discurso aristocrático en una sociedad periférica: el caso de Murcia y Francisco Salzillo”, en Rosa PEREDA DE CASTRO y Sofía RODRÍGUEZ BERNIS (dirs.), *Afrancesados y anglófilos. La relación con la Europa del progreso en el siglo XVIII*. Actas digitales de las reuniones científicas celebradas en el Centro Cultural de la Villa, Madrid, 2008.

⁴ Cristóbal BELDA NAVARRO y Elías HERNÁNDEZ ALBALADEJO, *Arte en la Región de Murcia. De la reconquista a la Ilustración*, Murcia, Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, 2006, pp.345-354; Antonio PEÑAFIEL RAMÓN, *Los rostros del ocio. Paseos y paseantes públicos en la Murcia del Setecientos*, Murcia, Universidad de Murcia, 2006.

relaciones de bienes de la burguesía, este tipo de enseres no fueron habituales hasta la primera mitad del siglo XIX, lo que no significa que no tuvieran acceso a los mismos con anterioridad, pues desde la segunda mitad del XVIII se observan ciertos cambios en los hábitos de consumo de las clases medias⁵. Fue precisamente en esa época cuando en el área murciana las modas exógenas se asentaron y extendieron a otros sectores de población como altos funcionarios, maestros de oficios o comerciantes enriquecidos, fundamentalmente a partir de la década de los setenta, según se desprende de la documentación notarial.

Durante los reinados de Carlos III y Carlos IV las influencias francesas convivieron con las inglesas en el vestir. A finales de siglo la hegemonía de Francia comenzó a disminuir por el poder que había ido adquiriendo Inglaterra en el terreno marítimo, comercial y económico. Como había sucedido con el país galo, la preeminencia inglesa hizo que se difundieran a otras potencias sus corrientes de pensamiento, modas y usos. Además, la funcionalidad y comodidad de los trajes de las clases altas inglesas, derivadas de una forma de vida en contacto con la naturaleza, alejada de la corte, casaba con los ideales enaltecidos por la corriente neoclásica. En los últimos años del reinado de Carlos IV se produjo un cambio de gusto que impregnó las artes y que también alcanzó el imperio de las modas y el cuidado del cuerpo, por lo que el espectro de modelos indumentarios aumentó y cambió en los albores del siglo XIX.

No obstante, si hay algo que caracterizó el aspecto de los individuos fue la convivencia entre los modelos para ataviarse autóctonos y los extranjeros, lo que provocó un rico eclecticismo en el vestir. Algo coherente en una sociedad que se debatía entre lo tradicional y lo moderno, sin olvidar la exaltación del casticismo que se produjo a mediados del siglo XVIII entre las clases populares como reacción ante la invasión de tendencias exógenas y que suscitó la atención de determinados personajes de la élite, asumiendo el *majismo* como si de una moda más se tratase⁶. Una coexistencia que también se produjo en la ropa interior, en aquellas prendas que, ocultas total o parcialmente a la vista, servían para lucir adecuadamente las exteriores, varias de las cuales fueron transformando el talle de los individuos conforme se sucedían las modas.

Antes de analizar las prendas interiores que se utilizaban en el ámbito murciano durante esta época⁷, hay que tener en consideración que la ropa íntima estuvo directamente relacionada con el tipo de limpieza corporal que se mantuvo prácticamente a lo largo de toda la Edad Moderna, es decir, con la noción seca de la higiene. Temida el agua por su capacidad de transmitir enfermedades y dolencias, se desarrollaron otras prácticas para conservar el cuerpo limpio. Principalmente adquirió relevancia la cuestión de aislar al cuerpo de los agentes externos mediante la ropa interior, en la creencia de que este tipo de prendas bastaban por sí mismas para recoger las secreciones corporales⁸. De esta forma, la camisa fue el artículo más importante para hacer frente a la suciedad corporal, ya

⁵ Daniel MUÑOZ NAVARRO, “Espacios de consumo en la Valencia preindustrial. Notas para la historia de la comercialización en la España moderna”, en Daniel MUÑOZ NAVARRO (ed.), *Comprar, vender y consumir. Nuevas aportaciones a la historia del consumo en la España moderna*, Valencia, Universidad de Valencia, 2011, pp. 99-120; Juan M. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, “Inventarios post-mortem, cultura material y consumo en León durante la Edad Moderna”, en Isabel DOS GUIMARÃES SÀ, y Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ (dirs.), *Portas adentro: comer, vestir e habitar na Península Ibérica (ss. XVI-XIX)*, Valladolid, Universidad de Valladolid y Universidad de Coimbra, 2010, p. 198; Rosa M. DÁVILA CORONA y Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, “El consumo de productos textiles en Valladolid, 1750-1850”, *Investigaciones Históricas*, n° 21, 2001, pp. 135.

⁶ Carmen MARTÍN GAITE, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Anagrama, 2005, pp. 76-77.

⁷ El estudio se basa en el análisis de cartas de dote, testamentos e inventarios de bienes incluidos en torno a doscientos protocolos notariales expedidos en Murcia, Caravaca y Cartagena.

⁸ María A. ORTEGO AGUSTÍN, “Discursos y prácticas sobre el cuerpo y la higiene en la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, n° 8, 2009, p. 77; Juan M. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, “Condiciones de vida y privacidad cotidiana del campesinado leonés de Tierra de Campos: la comarca de Sahagún en el siglo XVIII”, en Francisco NÚÑEZ ROLDÁN (coord.), *Ocio y vida cotidiana en el mundo hispánico en la Edad Moderna*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2007, p. 410.

que permitía enjugar el cuerpo del sudor, evitando que se criaran parásitos⁹. Investigadores como Herranz Rodríguez hallaron en los inventarios de bienes madrileños del siglo XVIII piezas de cuero o tela engomada que se cosían debajo de las axilas para evitar las manchas de sudor¹⁰.

La camisa no era la única prenda en contacto directo con el cuerpo. Generalmente, a la ropa interior se le denominaba “mudado” y se componía de camisa y calzoncillos o de camisa y enaguas, según se tratara de hombres o mujeres. No obstante, en la documentación notarial era habitual que no se mencionase de qué piezas se componía, con expresiones del tipo: “tres mudados de muchacho”, “seis mudados de ropa blanca”, “diez y seis mudados de hombre a medio coser”, “mudado de lienzo ordinario”, “un mudado entero”, etc. Motivo por el que se ha estimado conveniente analizar las prendas interiores que se incluían en los apartados de “ropa blanca” de los inventarios de bienes, según la parte del cuerpo en las que se colocaban. Es importante destacar que no todas las relaciones de bienes contaban con estas divisiones, apareciendo toda la vestimenta del finado sin distinción entre prendas interiores, exteriores o de complemento. A lo que se añade la cuestión de que ciertas piezas indumentarias medianeras también podían lucirse como exteriores.

EN EL BUSTO

Hombres, mujeres y niños usaban la camisa directamente sobre el cuerpo. En el caso de los varones a veces se denominaba “camisón”¹¹ por tratarse de ejemplares más anchos y largos que los femeninos¹². Aunque pudieron usarse para dormir –al igual que el resto de camisas–, no era ésta su función habitual. En Murcia a las piezas para la noche se les denominaba “camisas de dormir”, si bien, no son muy frecuentes, comenzando a aparecer a finales del Setecientos: “quatro camisas de lienzo ordinario de dormir” en noventa y seis reales¹³. También se citan camisetas, caracterizadas por ser más cortas que las camisas y llevar las mangas más anchas¹⁴.

Por la consideración que se tenía de la camisa como útil de limpieza, era necesario mudársela a menudo para desprenderse de las sustancias que había recogido. A principios del siglo XVIII todavía era habitual que las personas con escasos recursos apenas contaran con una o dos camisas, pero en la segunda mitad ya tenían una media de entre tres o cuatro camisas las más humildes y variedad de ellas las más pudientes¹⁵. Por ejemplo, Francisco Sien Morente, maestro de obra prima, contaba a su fallecimiento con “cinco camisas viejas”, “una camisa nueva”, “una camisa a medio usar” y “una camisa de lienzo gordo”, apreciadas en ciento un reales de vellón¹⁶. Por su parte, el Académico y teórico del arte Diego Antonio Rejón de Silva disponía de “doce camisas finas ya usadas y con piezas en cien y veinte reales”, “seis camisas finas pero menos usadas en cien y

⁹ Rafaella SARTI, “Las condiciones materiales de la vida familiar” en David I. KERTZER y Marzio BARBAGLI (comp.), *La vida familiar a principios de la era moderna (1500-1789)*, vol. I, Barcelona, Paidós, 2002, p. 68.

¹⁰ Concepción HERRANZ RODRÍGUEZ, “Moda y tradición en tiempos de Goya”, en Natacha SESEÑA (comp.), *Vida cotidiana en tiempos de Goya*, Madrid, Sociedad Estatal Goya, 1996, p. 74.

¹¹ Las fuentes del siglo XVI y XVII describen el camisón como una prenda de uso exclusivo masculino. Antonio CEA GUTIÉRREZ, “La indumentaria en el refranero de Correas. Retrato y caricatura de la España del siglo XVII”, en María I. MONTOYA RAMÍREZ (ed.), *Moda y sociedad. La indumentaria: estética y poder*, Granada, Universidad de Granada, 2002, p. 116.

¹² No obstante, son más frecuentes las “camisas de hombre”. También hay “camisas de mujer” y “camisas de niño/niña”.

¹³ Archivo Histórico Provincial de Murcia [AHPMU], Sección Protocolos Notariales, Signatura 2381, ff. 1160r-1196v. (Murcia, 27 de febrero de 1797).

¹⁴ RAE, *Diccionario de la Lengua Castellana*, Madrid, Viuda de Joaquín Ibarra, 1803, p. 162.

¹⁵ En las clases bajas de París la cantidad de ropa blanca y prendas de vestir se triplicó en el Setecientos con respecto a etapas precedentes. Daniel ROCHE, *Histoire des choses banales: Naissance de la consommation XVIIe-XIXe siècle*, París, Fayard, 1997, p. 230.

¹⁶ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4284, f. 414v. (Murcia, 27 de junio de 1806).

ochenta reales” y “veinte y un camisas casi nuevas de la misma calidad en mil doscientos sesenta reales”¹⁷. Esta circunstancia contradice los comentarios de determinados extranjeros que visitaron el país. A mediados de la centuria un viajero anónimo decía: “Su suciedad es singular. Su ropa contribuye mucho a ello. Hay multitud de gentes hasta ricas que no tienen más que una camisa; se la ponen nueva y la dejan seis meses sobre su cuerpo, hasta que se les cae de sucia”¹⁸.

De igual forma, este incremento en el número de camisas se advierte en el importante peso que adquirieron las “nuevas” o “sin estrenar” en los inventarios y cartas de dote de finales del siglo XVIII. Hecho que también se constata en otro tipo de prendas como medias, ligas, enaguas, cotillas, almillas, jubones, casacas, pantalones, zapatos, zagalejos, basquiñas, mantos, mantillas, paletinas o delantales, no solo entre las altas esferas, sino también entre gentes menos pudientes. Si bien, entre estos estratos, lo habitual es que predominaran entre sus bienes camisas “viejas”, “usadas”, “remendadas”, “a medio traer” o “a medio servir”, junto a alguna camisa nueva y varas de tejidos para componerlas personalmente¹⁹. Tejidos que también aparecen en los documentos pertenecientes a las clases medias y altas, lo que probablemente habría que relacionar con la costumbre de contratar a sastres, roperos o costureras, individuos cuya labor fue en auge a lo largo del periodo, debido a la relevancia concedida a la apariencia y la moda. Nicolasa Donante en su declaración de los gastos que había sufragado de su propio caudal para vestir a sus hijos desde el fallecimiento de su marido Diego Guillén García Valladolid, jurado del Ayuntamiento de Murcia, se hallaban “quarenta y tres reales que gasté en junio para una camisa”, “treinta y cinco reales para una camisa y dos pares de mangas”, “catorce reales para una vara de gambano” y “ciento y veinte y seis reales para lienzo para camisas”²⁰.

Las camisas en el entorno murciano se realizaron principalmente en lienzos. Destacaron el lienzo casero, lenzal o “caserillo”, el trué, el naval y la crea, aunque también las había de bocadillo, cotanza, lienzo Romano, granoble, Holanda y de lienzo delgado. Según Ferrandis Mas, este último género era sinónimo de lienzo de compra o de botiga, por lo que hacía referencia de manera genérica a aquellos lienzos que se adquirían en los establecimientos, a diferencia de los caseros²¹. El paulatino auge del algodón a finales de siglo parece que en Murcia no fue muy notorio para la confección de camisas, si bien, son numerosas las ocasiones en las que no se mencionan los tejidos. Únicamente se han hallado “cinco camisas de algodón”, tasadas en quinientos reales de vellón²², “una camisa de zaraza”, estimada en ciento cuarenta y dos reales²³, “una camisa floreada de zaraza”, en noventa reales²⁴ y algunos modelos de percal, uno de los géneros que más arraigo tuvo en el siglo XIX²⁵. Todos los ejemplares citados pertenecen a los primeros años del Ochocientos.

¹⁷ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Signatura 2381, ff. 1160r-1196v. (Murcia, 27 de febrero de 1797).

¹⁸ Recogido por José GARCÍA MERCADAL, *Viajes de extranjeros por España y Portugal: desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, t. V, Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1999, p. 90.

¹⁹ Cuestión también señalada por Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, y Rosa M. DÁVILA CORONA, “Vestirse y vestir la casa. El consumo de productos textiles en Valladolid (1700- 1860)”, *Obradoiro de Historia Moderna*, n° 14, 2005, p. 161.

²⁰ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 2872, ff. 382r-387v. (Murcia, 16 de junio de 1798).

²¹ Vicente FERRANDIS MAS, “La indumentaria del belén, interpretada en los documentos de la época” en Patricio EGEA GARCÍA, (coord.), *La indumentaria murciana en el Belén de Saltillo*, Murcia, Grupo Folklórico El Rento, 2007, p. 131.

²² AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4718, ff. 509r-523r. (Murcia, 7 de mayo de 1800).

²³ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4732, ff. 288r-289v. (Murcia, 31 de octubre de 1803).

²⁴ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4736, f. 451r. (Murcia, 16 de mayo de 1807).

²⁵ El percal y la pana fueron dos géneros de algodón frecuentes en el siglo XIX entre las posesiones de los distintos estamentos sociales. Rosa M. DÁVILA CORONA y Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, “El consumo de productos [...], op. cit, pp. 149 y 153; Juan M. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, “Patrimonios, condiciones de vida y consumo. La burguesía administrativa y las profesiones liberales en la ciudad de León. 1700-1850”, en Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ (dir.), *Cultura material y vida cotidiana moderna: escenarios*, Madrid, Sílex, 2013, p. 81; Hortensio SOBRADO

Las camisas tenían diferentes partes y era común que estuvieran realizadas en lienzo de distinta índole. Principalmente constaban del cuerpo, árbol o rodo, la parte trasera, las nesgas que unían el cuerpo con las mangas, las mangas y bocamangas, las haldas, vuelos o faldas y el cabezón. Dependiendo de la zona de la pieza que quedara más o menos visible, los géneros eran de mayor o menor calidad. En la documentación hay variedad de ejemplos: “cuatro camisas nuevas, y dos a medio traer, las aldas de cañamo, los cuerpos de crea y las mangas de true²⁶”, “quatro arboles de camisa de lienzo tramado” y “un par de mangas de granoble²⁷”, etc. Es habitual que aparezcan camisas de “lino con lino”. Seguramente se tratase de ejemplares de lino de diversas índoles, reservando los mejores para mangas, pecheras y, tal vez, cuellos, habida cuenta de la relevancia que se daba a todo aquello que se veía en público. Por tanto, se trataba de prendas en las que también se detentaban las diferentes tendencias indumentarias. Por ejemplo, la hija del Marqués de Salas llevó a su matrimonio “quarenta y ocho camisas de olanda para señora sin mojar cosidas de última moda”, valoradas en cinco mil cuarenta reales, junto a “quarenta y ocho enaguas de olanda guarnecidas de muselina fina y costura de moda” en cuatro mil trescientos veinte reales de vellón²⁸.

A medida que avanzó el siglo comenzaron a distinguirse camisas de interior y de exterior. Los hombres adinerados disponían de un tipo de camisas denominadas “camisolas” de tejidos más elegantes y variedad de guarniciones como bordados y encajes que se ponían sobre las interiores²⁹. El Visitador Real Francisco de Armona, contaba con treinta y seis camisolas, “las treinta de ellas bordadas, dos con encajes de Inglaterra y las cuatro restantes lisas”, valoradas en cuatro mil cuatrocientos reales de vellón³⁰. Si bien, las mujeres elegantes también disponían de ellas: “Dos camisolas para señora y cuando se vista de viaje guarnecidas, una de encajes y la otra de muselina”, en ciento ochenta y cinco reales de vellón³¹. A principios del siglo XIX comienzan a adquirir notoriedad las pecheras bordadas, como las “dos camisas de percal bordadas”, “una camisa de naval con pechera”, “una camisa vieja con pechera bordada” y “una camisa bordada con pechera bordada” que tuvo Antonio Martínez de Ayala, piloto al servicio del Rey³². Según relataban los libros de modas, por aquellos años los hombres distinguidos preferían los bordados a las chorreras en los pechos de las camisas:

“[...] la camisa, no lleva nada de aquellas guirindolas, y gualdrapas, que hemos usado los militares contraechos; y en vez de este ridículo adorno, se sobreponen unos pequeños pechos de linon, musolina ó lienzo muy exquisito, atados á la espalda por el cuello, y por cima del ombligo: estos se plegan finamente de arriba á abaxo y con igualdad, y en el lugar que injustamente usurpaba la chorrera, se pone un bordadico blanco, de oro, lentejuela, ó colores, al gusto y arbitrio de cada profesor”³³.

En el busto, hombres y mujeres acostumbraban a colocarse determinadas prendas que, sobre la camisa y bajo las piezas exteriores, servían tanto de abrigo como para realzar la figura. Lo más usual es que no llevaran mangas y estuvieran realizadas en lienzo o algodón blanco. Eran estas las características que presentaban los justillos y jubones interiores, además de quedar ceñidos al torso. Estas prendas eran las más utilizadas por los hombres. Aunque las mujeres también hacían

CORREA, “Los inventarios *post mortem* como fuente privilegiada para el estudio de la historia de la cultura material en la Edad Moderna”, *Hispania*, vol. 63, n° 215, 2003, p. 858.

²⁶ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 7776, f. 74r. (Caravaca, 4 de julio de 1804).

²⁷ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4708, ff. 494r-533v. (Murcia, 27 de febrero de 1801).

²⁸ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 6075, f. 46v. (Cartagena, 1 de febrero de 1785).

²⁹ Consolación GONZÁLEZ CASARRUBIOS, *Indumentaria, música y danza popular en la comunidad de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2003, p. 44.

³⁰ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 6176, sin foliar [s. / f.] (Cartagena, 27 de septiembre de 1764).

³¹ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 6075, f. 46v. (Cartagena, 1 de febrero de 1785).

³² AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4593, f. 268r. (Murcia, 11 de julio de 1808).

³³ Luis S. BADO, *El libro a gusto de todos, ó sea, colección de cartas apologéticas de los usos, costumbres y modas del día*, Murcia, Juan Vicente Teruel, 1800, p. 13.

uso de ellas, disponían de más piezas semi-interiores como cotillas, almillas, armadores o monillos, con características bastante similares entre sí.

Como el jubón era también una prenda exterior con mangas y botonaduras, usada por ambos sexos, en los documentos a veces se mencionan “jubones interiores”. Por ejemplo, entre las prendas de ropa blanca que Doña Felipa Chumacero y Moscoso tenía a su fallecimiento se hallaban “cuatro jubones interiores”. En contraposición a estos ejemplares, disponía de una veintena de jubones exteriores de varios colores, ricamente guarnecidos con cintas, blondas, bordados, felpillas y encajes³⁴.

Hubo otras prendas de busto que reflejaban los cánones de belleza y la asunción de las modas extranjeras. Los ajustadores del torso o cotillas, aunque usados principalmente por mujeres, también eran utilizados por los petimetres, como se refería en un artículo de la prensa murciana dedicado a estos personajes: “El Jubón (ó la Cotilla / mas naturalmente hablando) / tanto oprime sus entrañas / que jamás padecen flato³⁵”. En la mayor parte del siglo XVIII las líneas sinuosas y curvilíneas imprimieron de modernidad y elegancia el talle de las aristócratas. Ni la extrema delgadez ni la gordura estaban bien vistas, pues la hermosura femenina residía en la proporción de las formas³⁶. El pecho y las caderas habían de ser voluptuosas, no así la cintura, como extremo de unión entre las dos partes más sensuales del cuerpo de la mujer. Para conseguir este efecto se difundió el uso de los cuerpos interiores emballenados, denominados fundamentalmente “cotillas” y, a finales de siglo, “corpiños”.

Las cotillas interiores —pues también las había exteriores— no llevaban mangas, presentaban varillas de ballena, hierro o acero³⁷ y estaban realizadas en lienzo y en sedas como damasco, tafetán o espolín. Podían cerrarse por delante con ojetes o por detrás con cordones —“cotilla color de rosa con su cordon y clavete de plata³⁸”— y elevaban generosamente el pecho femenino, lo que suscitó las críticas de religiosos y moralistas. La moda a la francesa de los escotes pronunciados convirtió a esta

³⁴ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 7761, ff. 478v- 479v. (Caravaca, 13 de noviembre de 1808). Estas piezas medianeras también se recogen en los inventarios de bienes masculinos. En el apartado de ropa blanca de la partición de los bienes de Francisco González se incluyeron: “un jubón de algodón usado” y “tres jubones de lo mismo usados de buen servicio”, junto a calzoncillos, varios camisones, medias y calcetas. AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 2947, ff. 103r-156v. (Murcia, 6 de febrero de 1771).

³⁵ *Diario de Murcia*, 74, 13 de julio de 1792, p. 292. Los varones utilizaban la cotilla para adecuarse a la postura refinada que exigían las normas sociales de la época y los manuales de modas, la cual consistía en mantener los brazos echados hacia atrás, permaneciendo rígido y erguido. Margarita TEJEDA FERNÁNDEZ, *Glosario de términos de la indumentaria regia y cortesana en España. Siglos XVII y XVIII*, Málaga, Universidad de Málaga, Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, 2006, p. 198. El uso de estas prendas propias de la mujer forma parte de la asimilación de las conductas femeninas que la literatura atribuyó a los petimetres desde principios de siglo. Véase Álvaro MOLINA, *Mujeres y hombres en la España ilustrada. Identidad, género y visualidad*, Madrid, Ensayos Arte Cátedra, 2013, pp. 374-378; Álvaro MOLINA y Jesusa VEGA, “Vistiendo al nuevo cortesano: el impacto de la «feminización»”, Nicolás MORALES y Fernando QUILES, (eds.), *Sevilla y Corte. Las Artes y el Lustró Real (1729-1733)*, Madrid, Casa de Velázquez, 2010, pp. 165-175. Hay que tener en cuenta que en las fuentes se usaba el estereotipo del petimetre para satirizar los excesos de la moda, por lo que determinadas prendas con las que se les describían eran exageraciones con respecto a las que realmente utilizaba la sociedad.

³⁶ Sofía RODRÍGUEZ BERNIS, “Cuerpo, gesto y comportamiento en el siglo XVIII”, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie VII, Historia del Arte*, n° 20-21, 2007-2008, p. 144.

³⁷ En la documentación notarial murciana las descripciones de las cotillas son bastante parcas. A veces no se especifica ni el material ni el color y son pocas las referencias a los varillajes. Únicamente se mencionan algunas cotillas “emballenadas” o “con ballenas”. También aparece el término “media cotilla”, que tal vez hiciera alusión a un modelo muy ceñido o estrangulado.

³⁸ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4718, ff. 838r- 847v. (Murcia, 4 de septiembre de 1801). La cerradura trasera de las cotillas llegó a España de Inglaterra en la década de los setenta. Las francesas llevaban el cierre en la parte delantera. Rocío PLAZA ORELLANA, *Historia de la moda en España. El vestido femenino entre 1750 y 1850*, Córdoba, Almuzara, 2009, pp. 40-41.

moda en indecente: “Una moza morena / llegó a sus plantas, de pecados llena, / con ojos tentadores, talle liso / y una tetas que hicieran caer a Cristo, / pues conforme a la moda, / ya en taparlas ninguna se incomoda³⁹”. Además, por la opresión de los senos que provocaba, se estimaba perjudicial para la salud, pues, como indicaba Martínez Galinsoga, primer médico de Cámara de la Reina:

“Los músculos ó carnes que por desgracia están contenidos entre dos cuerpos tan duros como son un hueso y la cotilla, cuyas partes están en movimiento, ¿qué tortura, qué frotamiento, qué colision, qué aplastamiento, no sufrirán? ¿qué harán los nervios sino cerrarse? ¿quántas finas arterias no se obliterarán?⁴⁰”.

Se decía que estas deformaciones del vientre femenino también causaban malformaciones en el feto e incluso provocaban la esterilidad, lo que convertía a las damas que seguían esta moda en seres egoístas que, por el único motivo de parecer bien, negaban de nuevos súbditos a la nación. Esta prenda era símbolo de la ociosidad característica de las clases altas, en tanto que dificultaba el correcto desenvolvimiento del cuerpo para realizar tareas domésticas o atender a los hijos⁴¹. Por otra parte, al tratarse de un objeto imprescindible para lucir los trajes importados de Francia, era susceptible de variar al son que lo hacían los mismos. Esto suponía un incremento en los gastos familiares, como apuntaba Queipo de Llano en *Avisos de una dama á una amiga suya sobre el perjudicial uso de las cotillas*: “los gastos se duplican, / con que por puertas echan / las miserables familias; / pues tan grande es el lujo / y loca fantasía, / que las cotillas mudan / lo mismo que las camisas; / ascienden las hechuras / á sumas infinitas, / porque en los cotilleros / las modas se varían⁴²”.

La cotilla solía usarse con la bata a la francesa o la polonesa, es decir, con los atavíos propios de las señoras que iban a los teatros o se exhibían por los paseos y alamedas. Las clases menos pudientes no podían hacer gala de estos atuendos suntuosos, con complicados armazones interiores. Su atavío, a grandes rasgos, era sencillo, humilde y cómodo. Para tratar de desterrar el uso de este constrictor de cinturas, los moralistas comparaban el talle de las mujeres ricas con el de las plebeyas, remarcando la belleza de lo natural frente a lo artificial. El botánico y agrónomo francés Rozier, animaba a las gentes del pueblo llano a que no se dejaran cautivar por aquellos artefactos y siguieran únicamente los dictámenes de la madre naturaleza, pues, aunque con ello no consiguieran dar a sus hijas una figura fina y elegante, “en cambio les procurarán una buena y sólida salud, capaz de resistir los trabajos de la maternidad, y á los ojos de los sabios y de los amantes de la bella naturaleza, las bellas formas serán superiores á los talles delgados y facticios de las ciudades⁴³”.

Como prendas similares a los justillos y las cotillas, en Murcia eran más habituales las almillas y los armadores. Si bien, estas piezas podían o no llevar mangas y las mujeres del pueblo llano las usaban tanto de prenda medianera sobre la camisa, como de exterior. María Antonia Acosta, hija del Marqués de Salas, contaba entre su ropa blanca de vestir con “seis zagalejos y doce almillas de cotonia y lienzo fino guarnecidas todas de muselina y costura delicada”, tasadas en tres mil reales de vellón⁴⁴. Otra diferencia con las cotillas era que no solían presentar ballenas. Sin embargo, se citan ciertas almillas y armadores que también presentaban este tipo de materiales para

³⁹ Félix María de SAMANIEGO, *El jardín de Venus. Cuentos eróticos y burlescos con una coda de poesías verdes*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 169.

⁴⁰ Mariano MARTÍNEZ GALINSOGA, *Demostración mecánica de las enfermedades que produce el uso de las cotillas*, Madrid, Imprenta Real, 1784, pp. XVII y XXIX.

⁴¹ Julieta PÉREZ MONROY, *La moda en la indumentaria: del Barroco a los inicios del Romanticismo en la Ciudad de México (1785-1826)*, Tesis doctoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, p. 238.

⁴² Ignacio MERÁS Y QUEIPO DE LLANO, *Obras poéticas*, t. I, Madrid, Benito Cano, 1797, pp. 236-237.

⁴³ François ROZIER, *Curso completo ó diccionario universal de Agricultura teórica, práctica y económica y de medicina rural y veterinaria*, Madrid, Imprenta de Cámara de S. M., 1799, p. 461.

⁴⁴ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 6075, f. 46v. (Cartagena, 1 de febrero de 1785).

mayor ajustamiento de la prenda: “armador de tafetán de color de canario, emballenado con guarnición de lo mismo⁴⁵”; “armador acotillado de tafetán encarnado guarnecido⁴⁶”.

El término “corpiño” comienza a aparecer en Murcia en los primeros años del siglo XIX⁴⁷. Realizados principalmente en sedas como el raso y el tafetán, solían ser blancos y lisos, aunque también los había verdes o encarnados y con bordados o lentejuelas. En los diccionarios de la época se remite a “corpezuelo”, una prenda sin mangas ni faldillas, al estilo de las almillas o jubones sin mangas⁴⁸. En Cartagena, aunque no muy habitual, también se menciona el “monillo” para referir una prenda interior femenina similar a la cotilla. Los ejemplos hallados estaban confeccionados también en sedas como espolín, terciopelo o tripe.

No se han encontrado referencias sobre un tipo de corsé pequeño, ligero y transparente que, según los estudiosos de la ropa íntima, se puso de moda en Francia para lucir los ligeros vestidos camisa que las damas elegantes llevaron desde finales de siglo por influencia de la estatuaría clásica greco-romana⁴⁹. Si bien, desde la década de los noventa empiezan a aparecer en la documentación vestidos de mujer completamente blancos realizados en muselina, algodón, gasa o linón, varios de los cuales se especifica que eran “nuevos”. A principios del siglo XIX ya comienza a citarse este atavío propiamente dicho: “camisa vestido a medio coser de muselina blanca estampada”, estimado en ciento cuarenta reales de vellón⁵⁰.

DE LA CINTURA PARA ABAJO

En contacto directo con la piel, los hombres llevaban calzoncillos. Estaban realizados en lienzo y siempre eran blancos, lo que remite a los zaragüelles. Sin embargo, en la época analizada no es habitual la última denominación en la documentación notarial. Atendiendo a ciertos grabados del siglo XVIII y XIX, en Murcia los varones llevaban unos calzones anchos en los que, a modo de cortapisa, asomaba el borde inferior del calzoncillo blanco⁵¹.

Según los relatos de los viajeros que visitaron la ciudad en el Ochocientos, era habitual que los trabajadores del campo y la huerta llevaran calzones, zaragüelles o pantalones cortos y blancos, por lo que los calzoncillos descritos, además de utilizarse como atavío interior, también se usaban como prendas exteriores entre las clases humildes. Cuando Henry D. Inglis llegó a Murcia en 1830

⁴⁵ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 2818, f. 411r. (Murcia, 15 de noviembre de 1762).

⁴⁶ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4044, f. 150r. (Murcia, 20 de agosto de 1768).

⁴⁷ En otras zonas como Madrid, desde mediados del siglo XVIII, la palabra “corsé” fue la que sustituyó a “cotilla” en los inventarios de bienes. Amalia DESCALZO LORENZO, “Modos y modas en la España de la Ilustración”, en Concepción GARCÍA SAIZ (coord.), *Siglo XVIII: España, el sueño de la razón*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 2002, p. 176.

⁴⁸ RAE, *Diccionario de la [...]*, op. cit, p. 238.

⁴⁹ Lola GAVARRÓN, *Piel de ángel. Historia de la ropa interior femenina*, Barcelona, Tusquets, 1988, p. 135; Diana AVELLANEDA, *Debajo del vestido y por encima de la piel: Historia de la ropa interior femenina*, Buenos Aires, Nobuko, 2007, p. 493.

⁵⁰ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4718, ff. 752r-780v. (Murcia, 10 de octubre de 1801).

⁵¹ Francisco de SOUSA CONGOSTO, *Introducción a la historia de la indumentaria en España*, Madrid, Istmo, 2007, p. 271. Aunque los calzones fueron típicos del traje a la francesa, que terminó imponiéndose en el atuendo civil español tras la llegada de Felipe V al trono, se trataba de una prenda de origen antiguo, usada como parte del tradicional vestido a la española, junto con el jubón y la ropilla. Fueron los sustitutos de las calzas cortas y abultadas del siglo XVI y se incorporaron al atuendo de las diversas clases sociales. Amalia DESCALZO LORENZO, “El arte de vestir en el ceremonial cortesano. Felipe V”, en Margarita TORRIONE (ed.), *España festejante: el siglo XVIII*, Málaga, Diputación de Málaga, 2000, p. 203. Esta tipología de calzón se mantuvo a lo largo del siglo XVIII en el pueblo llano, compartiendo protagonismo con los modelos más ajustados importados del país vecino. Solía acompañarse de jubón, faja, capa y montera. Predominaban los colores oscuros como el pardo, el negro y el color de pasa y estaban realizados en paños de lana, sedas y pieles como el ante y el correal.

dejó constancia de este uso: “La escena también tenía movimiento porque era mucha la gente que con calzones cortos blancos, fajas carmesíes y gorras monteras, cruzaban los campos al regresar del trabajo⁵²”. En 1846, a Richard Ford también le llamó la atención la blancura de esta prenda: “Los campesinos, tocados con pañuelos a modo de turbantes y con zaragüelles blancos, parecen, por el contraste que ofrece la tela blanca contra la piel atezada, tan oscuros como árabes⁵³”. El carretero de Murcia que incluyó Antonio Rodríguez en su *Colección general de los trages que en la actualidad se usan en España, principiada en el año 1801 en Madrid*, lleva una indumentaria que se corresponde con la que describían estos viajeros años más tarde: calzón blanco o zaragüel, faja roja, pañuelo en la cabeza, camisa blanca, chaleco, medias sin pedal, alpargatas y manta al hombro.

Los calzoncillos también se llevaban bajo los calzones típicos del vestido militar o a la francesa —compuesto de casaca, chupa y calzón—, como se constata en los documentos. Así, José Monteagudo, jurado del Ayuntamiento de Murcia, que disponía de multitud de calzones, chupas y casacas de terciopelo, chamelote, rasoliso, paño, lienzo, estambre, espumillón o griseta, tenía “dos pares de calzoncillos blancos en doce reales” y “un par de calzoncillos blancos de lienzo delgado buenos en seis reales⁵⁴”. Piezas de interior que también aparecen incluidas a principios del siglo XIX entre las pertenencias de Francisco Segado Narváez, cuando pantalones, chalecos y levitas comenzaron a introducirse en los guardarropas masculinos, compartiendo protagonismo con las prendas tradicionales del atuendo a la francesa: “cinco pares de calzoncillos blancos en setenta y cinco reales” y “un par de calzoncillos en cinco reales⁵⁵”.

Por su parte, de la cintura a los pies, las mujeres utilizaban las enaguas como prenda interior⁵⁶. Refiere Tejeda que el término procede de “naguas”, voz caribeña que hacía alusión a las faldas de algodón usadas por las indias americanas⁵⁷. Estas prendas estaban realizadas en lienzos como el casero, platilla⁵⁸, estopilla, crea o lenzal, lienzos más finos como la Holanda y el trué, lino como la batistilla, la toca⁵⁹, el granoble/grenoble⁶⁰ o la beatilla, lanas como la bayeta o el chamelote, algodones y, en menor medida, sedas como la estopa y el filadiz. Podían estar compuestas por una o varias piezas de tela que se recogían mediante un pliegue en el talle, donde llevaba cintas que,

⁵² Recogido por Cristina TORRES-FONTES SUÁREZ, *Viajes de extranjeros por el Reino de Murcia*, t. II, Murcia, Asamblea Regional y Real Academia Alfonso X el Sabio, 1996, p. 630.

⁵³ *Ibidem*, p. 696.

⁵⁴ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Signatura 4045, s. /f. (Murcia, 24 de octubre de 1769). Amelia LEIRA SÁNCHEZ, “La moda en España durante el siglo XVIII” en *Indumenta*, n° 0, 2007, p. 87.

⁵⁵ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Signatura 6397, f. 329v. (Cartagena, 22 de marzo de 1808). Véase Elena MARTÍNEZ ALCÁZAR, “La influencia de las modas extranjeras en la apariencia de los adinerados murcianos (1759-1808)”, en José M. ALDEA CELADA et. al (coords.), *Los lugares de la Historia. IV Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores*, Salamanca, Hergar Ediciones Antema, 2013, pp. 635-656.

⁵⁶ Únicamente en una carta de dote se mencionan dos zaragüelles de mujer, uno de serafina y otro de bayetón, detallados junto a la ropa de uso personal que llevó la implicada a su matrimonio. AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 2652, f. 230v. (Murcia, 3 de noviembre de 1786). Similares a los pololos, eran una especie de pantalones interiores más cortos que las enaguas, pues solían llegar por debajo de las rodillas. No comenzó a generalizarse su uso hasta mediados del siglo XIX entre las mujeres.

⁵⁷ Margarita TEJEDA FERNÁNDEZ, *Glosario de términos* [...], op. cit, p. 216.

⁵⁸ “Voz introducida en el siglo XVIII, tomada del francés *platille*, que designaba al bocadillo, un lienzo de hilo delgado y basto”. Rosa M. DÁVILA CORONA, Montserrat DURÁN PUJOL y Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, *Diccionario histórico de telas y tejidos castellano-catalán*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2004, p. 156.

⁵⁹ Las tocas eran unos adornos blancos que solían ponerse las mujeres en la cabeza, como lo hacían las viudas o las monjas. Por extensión también se denominó «toca» al tejido de lino o seda con que se realizaban los mismos. Eran similares a las beatillas. RAE, *Diccionario de la* [...], op. cit, p. 840.

⁶⁰ Se trataba de un lienzo de calidad muy fino que recibía esta denominación por fabricarse en la ciudad saboyana de Grenoble. Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, “Tejidos con «denominación de origen extranjera» en el vestido castellano. 1500-1800”, *Estudios Humanísticos. Historia*, n° 3, 2004, p. 139.

pasadas por los ojales, sujetaban la prenda a la cintura⁶¹. Generalmente eran de color blanco, aunque también aparecen verdes, azules y viradas.

Las enaguas que se ponían a diario de las mujeres apenas llevaban decoraciones, siendo lisas la mayoría. En cambio, tenían otros modelos con guarniciones y combinaciones de tejidos para las ocasiones festivas. Dichas guarniciones se colocaban en la parte inferior, ruedo u orilla y consistían en encajes, fleques, farfalás o deshilados⁶². A veces la decoración era de otro tejido: “dos pares de enaguas de trué nuevas con guarnición de muselina”, tasadas en cien reales⁶³. En estos casos el adorno consistía en una franja colocada en la parte inferior de la pieza, cosida por los filos a la tela principal de la enagua⁶⁴. Se diferenciaban de las farfalás o falbalás en que éstas únicamente se fijaban por la parte de arriba, quedando la de abajo al aire. Se trata del precedente de los volantes o faralaes típicos del traje flamenco⁶⁵. Aunque en Murcia no eran habituales, algunas enaguas llevaban cintas o cordones entre-cosidos como guarnición, lo que, además de aportarle consistencia para soportar el resto de sayas bajas y externas, servía como identificador del estado de la portadora. Según indican Prado y Luengo, la parte inferior de la enagua quedaba visible y por el color de las cintas se sabía si la mujer estaba soltera -rojo-, casada -blanco- o viuda -negro-⁶⁶.

El ideal de belleza femenino, caracterizado por una silueta curva y voluptuosa, se conseguía colocando en las caderas el tontillo, heredero del verdugado del siglo XVII. Situado sobre la camisa y las enaguas, se trataba de un armazón interior compuesto por aros de hierro, madera o ballenas sujetos entre sí mediante cordones sobre telas enceradas⁶⁷. En España esteartilugio interior no tuvo tanto auge como en Francia. Caído en desuso a mitad del siglo XVIII, se reservó para recepciones cortesanas. Principalmente solía llevarse bajo la bata o el vestido Watteau⁶⁸, es decir, sobre el atuendo a la francesa que lucían las mujeres adineradas. La introducción de nuevas tipologías indumentarias, tales como la polonesa, el vaquero a la inglesa o el vestido camisa, fueron desechando el uso de este ahuecador. Con los dos primeros el volumen se trasladó a la zona del trasero, ya no se estilaban las caderas anchas de principios de la centuria⁶⁹. Con el segundo, lo que primaba era el reflejo de la silueta natural femenina, lo que hizo que incluso se abandonaran, durante pocos años, la variedad de sayas interiores que la mayoría de las mujeres se colocaban para obtener un mayor vuelo de las mismas. En las relaciones de bienes analizadas en el área murciana no se ha hallado ninguna referencia a este armazón, aunque sí hay numerosas batas y vestidos según las modas internacionales⁷⁰. El volumen de las caderas característico de estas prendas lo conseguían las murcianas sobreponiendo varias enaguas y sayas.

⁶¹ Margarita ORTEGA GONZÁLEZ, “Las edades de las mujeres”, en Isabel MORANT DEUSA (coord.), *Historia de las mujeres en España y América Latina: El mundo moderno*, vol. II, Madrid, Cátedra, 2005, p. 108.

⁶² Isabel GÓMEZ DE RUEDA, “La indumentaria tradicional femenina a través del Belén de Salzillo: la matanza de los inocentes”, *Imafronte*, n° 14, 1999, pp. 65-66.

⁶³ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 5652, f. 219r. (Cartagena, 1 de julio de 1791).

⁶⁴ Esta decoración era una rémora de las cortapisas, lo que se conseguía sobreponiendo varias sayas o manteos de diversas longitudes. Los bordes de las mismas -de diferentes guarniciones y colores- se superponían en altura, quedando a la vista. En zonas como Salamanca las mujeres de una posición social acomodada llegaban a ponerse hasta nueve manteos. Antonio CEA GUTIÉRREZ, “El traje del siglo XVIII y XIX en Salamanca”, *Revista de Folklore*, n° 36, 1983, p. 191.

⁶⁵ Rocío PLAZA ORELLANA, *Historia de la moda* [...], op. cit, p. 79.

⁶⁶ Luis PRADO y Antonio LUENGO, *Indumentaria tradicional manchega*, Madrid, Diputación Provincial, 2008, p. 57.

⁶⁷ Gloria A. FRANCO RUBIO, *La vida cotidiana en tiempos de Carlos III*, Madrid, Ediciones Libertarias, 2001, p. 145.

⁶⁸ Vestido puesto de moda en Francia compuesto de una sola pieza abierta por delante y con pliegues traseros desde el cuello hasta la cola.

⁶⁹ Amelia LEIRA SÁNCHEZ, “La moda en España” [...] op. cit, p. 91.

⁷⁰ Referencias que sí que encuentran en otras ciudades. Por ejemplo, en el inventario de los bienes de Bernarda Sarmiento de Valladares y Guzmán, Dama de la Reina, se citaron: “otra vatta de rizo negro de tontillo en setecientos y veinte reales de vellón”, “otra vatta de griseta negra de tontillo en trescientos reales de vellón” y “otra vatta de grodetur

En ocasiones, sobre las enaguas y debajo de la saya exterior, las mujeres se ponían zagalejos. Estos ejemplares se citan dentro de los apartados de ropa blanca junto a camisas, almillas, enaguas, medias y calcetas. Por ejemplo, en la escritura de declaración de dote de Fulgencia Poveda y Fernando Cervantes, miembro de la Real Armada, se inventariaron tres zagalejos “de invierno” y dos zagalejos de “verano de lienzo de olanda de colores”, junto a dieciséis camisas, dieciséis pares de enaguas blancas y cinco almillas⁷¹. No obstante, el zagalejo se usaba con mayor frecuencia como saya exterior al igual que el guardapiés o la basquiña, llevándose tanto con los trajes tradicionales españoles como con los vestidos importados del extranjero. Isabel Ruiz, en una de sus mandas testamentarias, legó a su sobrina Lucía Sáez “un vestido que yo tengo de mohé, vata y zagalejo, campo celeste con diversos colores y matices⁷²”.

A medida que transcurrieron los años destaca un incremento notorio del algodón -principalmente muselina e indiana, pero también zaraza, algodón, percal y franela- en prendas interiores como zagalejos, enaguas, jubones, calcetas y medias. Hecho que también se produjo en piezas de exterior como calzones, chalecos, guardapiés, mantillas, fajas, gorros y guantes y que tuvo mayor repercusión en el ámbito de la ropa de cama y casa, como cobertores, servilletas, toallas, manteles o cortinas⁷³. El algodón permitía una mayor facilidad de lavado, secado y planchado, su precio era relativamente más barato que otros textiles y se adaptaba a las modas en la estampación, corte y confección⁷⁴. Así, en el *Interrogatorio sobre fábricas y edificios* realizado en Murcia a principios del siglo XIX los tejedores murcianos se quejaban de que ya no se demandaban “tafetanes, rasillos, felpas y terciopelos” por el cambio en las modas que hacía preferir telas “pintadas y estampadas de los algodones barceloneses⁷⁵”.

En las piernas ambos sexos usaban calcetas y medias que se ajustaban con ligas. Las medias, herederas de las medias calzas del siglo XVI, solían colocarse sobre las calcetas, aunque también había medias interiores: “uatro pares de medias de hilo de hombre interiores viejas⁷⁶”. Las calcetas eran fundamentalmente de hilo, aunque también las había de algodón y seda. Podían ser de pie entero, de medio pie o de trabilla al igual que las medias⁷⁷.

El uso de las calcetas fue disminuyendo a finales de siglo, no así el de las medias, habida cuenta de que la moda a la francesa y el *majismo*, les concedían un gran protagonismo en la indumentaria masculina. Aunque a principios del siglo XIX la situación cambió debido a la difusión

blanco y flores negras, guarnecida hasta la cintura con nuditos para tontillo en quinientos y doze reales de vellón”. Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, Signatura 15427, s. /f. (Madrid, 11 de septiembre de 1753).

⁷¹ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 6484, f. 66v. (Cartagena, 14 de marzo de 1801).

⁷² AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 2360, f. 989r. (Murcia, 28 de julio de 1786).

⁷³ También sucedió en otras ciudades españolas. Jaume TORRAS y Bartolomé YUN, “Historia del consumo e historia del crecimiento. El consumo de tejidos en España, 1700-1850”, *Revista de Historia Económica*, Año XXI, n° extraordinario, 2003, p. 36; Lidia TORRA, “Las «botigues de teles» de Barcelona: aportación al estudio de la oferta de tejidos y del crédito al consumo (1650-1800)”, *Revista de Historia Económica*, Año XXI, n° extraordinario, 2003, p. 96; Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ y Rosa M. DÁVILA CORONA, “Vestirse y vestir” [...] op. cit, pp. 151-155; María A. CANTOS FAGOAGA, “En los márgenes de la ciudad: indumentaria y consumo en l’Horta de Valencia. Torrent en el siglo XVIII”, en MUÑOZ NAVARRO (ed.), *Comprar, vender y consumir. Nuevas aportaciones a la historia del consumo en la España moderna*, Valencia, Universidad de Valencia, 2011, p. 220.

⁷⁴ Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ, “Entre paños y algodones: petimetres y castizas. ¿«La nueva moda en el arca se vende?»”, en Manuel R. GARCÍA HURTADO (ed.), *La vida cotidiana en la España del siglo XVIII*, Madrid, Sílex, 2009, p. 148.

⁷⁵ Recogido por Pedro OLIVARES GALVAÑ, *Historia de la seda en Murcia*, Murcia, Editora Regional de Murcia, 2005, p. 190.

⁷⁶ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4045, s. /f. (Murcia, 24 de octubre de 1769).

⁷⁷ En otras áreas españolas como Soria, las medias y calcetas sin pie recibían diferentes denominaciones como “medias de trabilla”, “calcetas de puente” o “medias de medio pie”. Enrique BOROBIO CRESPO, “La indumentaria popular masculina en los inventarios de bienes”, *Revista de Soria*, n° 64, 2009, p. 8,

de las modas inglesas, puesto que la adopción del pantalón y la bota alta hizo que disminuyeran los encargos de estas prendas⁷⁸. Entre las mujeres, conforme avanzó el siglo en los inventarios de bienes se observa un incremento de las medias, síntoma de que ellas también adoptaron los vestidos transpirenaicos como la polonesa, bata propicia para el paseo y, por lo tanto, más corta. Además, redujeron el largo de sus briaes, al estilo de las majas. Ya a principios del Setecientos Belluga criticaba con dureza la moda femenina de reciente introducción de enseñar los pies, “[...] de llevar tan corta la ropa por delante, que van descubriendo todos los pies, y no pocas las medias⁷⁹”. A finales de siglo, viajeros extranjeros como Peyron y Fischer seguían aludiendo en sus escritos a esta tendencia en la indumentaria de las mujeres que las llevaba a “descubrir la pantorilla a través de los flecos de la falda⁸⁰”. El economista Sempere y Guarinos, se lamentaba de que las damas hubiesen perdido el recato de épocas pasadas: “Siendo entonces las faldas mucho mas largas que ahora, cubrían enteramente el pie, con lo qual no havia lugar al extraordinario luxo de medias, y zapatos, ni á la provocación, que ocasiona esta indecente moda⁸¹”.

Las medias estaban realizadas principalmente en hilo, seda y algodón. Para diferenciar los géneros exógenos de los nacionales solía usarse la denominación “de la tierra” en contraposición a “extranjero”: “un par de medias de seda extranjeras algo usadas” y “un par de medias de seda nueva de la tierra⁸²”. En cuanto a los colores destacaron el blanco, con variantes como el color de perla o color de leche, el negro, el azul y los rojizos como encarnado o carmesí. En menor medida había medias en tonalidades verdes -verdosas, alagartadas y color de romero-, moradas y grises. También se citan algunas rayadas. Ciertos ejemplares presentaban cuadrillos de diferentes colores, donde se colocaban calados o bordados: “un par de medias de marañas encarnadas con cuadrillo bordado⁸³”.

Los ejemplares más suntuosos combinaban diversos tejidos, ornamentaciones y colores, lo que suscitó las críticas de los sectores más tradicionales que lo consideraban un dispendio vano, por lo que solían relacionar esta moda con las excentricidades de los petimetres: “Las medias que solian ser lisas, y llanas, ¡qué revolución no han experimentado! quanta variedad de flores, y matices se ven en ellas! las piernas de los Petimetres se han transformado en Jardines⁸⁴”. Pero no eran los únicos que concedían tanta importancia a esta prenda. Los majos y las majas, movidos en origen por la reacción casticista hacia la importación de usos extranjeros, en un alarde por erigirse como los verdaderos representantes de las modas nacionales, llegaron a conceder tal importancia a su apariencia que se vieron contaminados por aquello que denostaban. Como los petimetres, algunos de estos personajes eran extravagantes en el vestir, queriendo sobresalir por encima de los demás con la mutación constante de sus complementos. En un artículo del *Correo de Murcia* se comentaba sobre un majo:

“hacía un particular alarde de su invención tan ridícula como extravagante, de unas medias, no como quiera de un color, ó listadas, como Vmd. habrá visto, sino de dos colores, blanco y negro [...] Eran verdaderamente Medias, pues la mitad eran blancas, y la otra mitad negras; por un lado las

⁷⁸ David GARCÍA NAVARRO, “Zapatos y medias del siglo XVIII”, en *Museo del traje. Los modelos más representativos de la exposición*, 2006. <http://museodeltraje.mcu.es/popups/06-2006%20pieza.pdf> [Consulta: 20 de enero de 2014].

⁷⁹ Luis BELLUGA, *Carta pastoral que [...]*, op. cit, p. 56.

⁸⁰ Recogido por María A. ORTEGO AGUSTÍN, “La mirada ajena. Una aproximación a la indumentaria y los hábitos domésticos de los españoles según algunos viajeros ingleses”, *Tiempos Modernos*, n° 21, 2010. <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/230/298> [Consulta: 20 de enero de 2014]; José M. SOLÉ MARIÑO, *La tierra del breve pie. Los viajeros contemplan a la mujer española*, Madrid, Veintisieteletas, 2007, p. 115.

⁸¹ Juan SEMPERE Y GUARINOS, *Historia del lujo, y de las leyes suntuarias de España*, t. II, Madrid, Imprenta Real, 1788, pp. 177-178.

⁸² AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 4593, f. 268v. (Murcia, 11 de julio de 1808).

⁸³ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 5672, f. 299v. (Cartagena, 15 de diciembre de 1772).

⁸⁴ *Correo de Murcia*, n° 12, 9 de octubre de 1792, p. 92.

miraba cualquiera, y de alto á bajo las veía negras, y por otro lado blancas, encontrados los quadrillos, con aquella uniformidad que proporcionan los sesos de un majo⁸⁵”.

Las medias se sujetaban a las piernas con ligas o cenogiles/senajiles⁸⁶. Generalmente eran de seda y lana, aunque también las había de hilo y cuero. Procedían de las correas de cuero para atar las calzas en la Edad Media denominadas “jarreteras” con hebillas. Ya en el Renacimiento se usaron por ambos sexos para sujetar las medias a la altura de la rodilla. A lo largo de la Edad Moderna se generalizaron las cintas o ligas de tejidos. Algunos ejemplares masculinos incorporaban ojete o hebillas para asegurarlas mejor a la pierna⁸⁷. Se vendían en los comercios, pero también era habitual que las mujeres las elaborasen en el ámbito doméstico. Asimismo, era una de las labores en que se empleaban las monjas. Entre los bienes que aportó a su matrimonio Ana María Gómez de Amoraga se hallaban: “un par de ligas de Santa Clara” y “un par de ligas de las Agustinas⁸⁸”. Como prenda íntima se convirtió en un regalo apropiado entre enamorados en las bodas. Ana Martínez declaró que entre los enseres que había aportado cuando se casó con Alonso Gambin se encontraban un “pañuelo para el novio”, “medias de seda para el novio”, “medias de hilo blanco para el novio”, “escofia negra para el novio” y “ligas de seda fina para el novio⁸⁹”. Algunas incorporaron leyendas, la mayoría amorosas⁹⁰.

CONCLUSIONES

Según se desprende de las fuentes analizadas, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV en el entorno murciano las modas extranjeras —principalmente francesas e inglesas— comenzaron a propagarse entre las clases emergentes, conviviendo con determinados modelos indumentarios tradicionales. Hecho que se constata en las prendas interiores y medianeras que tenían ambos sexos. Por la concepción seca de la limpieza corporal característica de la época, aumentó el número de camisas en todos los estratos sociales, disponiendo los acaudalados de una gran cantidad de ejemplares nuevos o sin estrenar. Las camisas, al igual que otras prendas en contacto con la piel, como las enaguas o las medias, quedaban parcialmente visibles, lo que hizo que se convirtieran en importantes piezas para complementar la apariencia externa, cambiando según lo hacían las modas.

Jubones interiores, armadores y almillas compartieron protagonismo con las cotillas o corpiños emballenados que llevaban las mujeres para exhibir correctamente las batas o *robes* a la francesa y de los que también hacían uso los petimetres, pese a las críticas de médicos y moralistas. Sin embargo, de otros artefactos interiores como los tontillos no se han hallado referencias en la documentación estudiada. A la moda se unieron los adelantos técnicos que permitieron la difusión de materiales novedosos como el algodón, que fue aumentando desde finales del siglo XVIII en piezas íntimas como enaguas, jubones, calcetas, medias o zagalejos bajeros y que comenzó a tener mayor presencia para camisas en los primeros años del Ochocientos, en detrimento de la tradicional maestría sedera murciana. Aunque no fue equiparable la ostentación y el lujo que los adinerados pudieron permitirse en su atuendo exterior o de complemento, en las prendas interiores también se constatan las influencias de las modas extranjeras, la suntuosidad de sus ornamentaciones y la pervivencia de la tradición entre los sectores humildes y con tendencia al ascenso.

⁸⁵ *Ibidem*, 151, 8 de febrero de 1794, p. 85.

⁸⁶ También se les denominaba atapiernas, ataderas, ligagambas, jarreteras o charreteras. Vicente FERRANDIS MAS, “La indumentaria del belén” [...], op. cit, p. 172.

⁸⁷ Maribel BANDRÉS OTO, *El vestido y la moda*, Barcelona, Larousse, 1998, p. 216.

⁸⁸ AHPMU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 2581, ff. 70r- 74v. (Murcia, 20 de mayo de 1794).

⁸⁹ AHMPU, Sección Protocolos Notariales, Legajo 2607, s. /f. (Murcia, 10 de agosto de 1788).

⁹⁰ Eran del tipo: “Soy tu dueño”, “Te amo”, “Viva mi amor”, “En el lecho del amor / sólo puedes descansar”, etc. Antonio CEA GUTIÉRREZ, “El traje del” [...], op. cit, p. 191.

LOS DISCURSOS SOBRE LA FAMILIA Y EL MATRIMONIO EN *LA JUVENTUD CATÓLICA DE LA HABANA* Y EL *SEMANARIO CATÓLICO*, DOS PERIÓDICOS DEL SIGLO XIX*

Francisco Javier Crespo Sánchez

Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

¿Eran el matrimonio y la familia temas recurrentes en la prensa católica de la segunda mitad del siglo XIX? Si así fue, ¿qué aspectos se exponían sobre ellos? ¿Cómo se pensaba que debía articularse el matrimonio? ¿Qué modelo de familia se defendía desde estos periódicos?¹ El objetivo principal del presente trabajo es analizar la imagen que se ofrecía desde la prensa de inspiración católica sobre esta institución, la familia, y su acto fundacional, el matrimonio. Para ello, se utilizarán dos publicaciones diferentes: *La Juventud Católica de la Habana*, periódico cubano, y el *Semanario Católico*, publicado en México. La elección de estas dos cabeceras viene motivada por mostrar éstas cierto interés en sus artículos por los temas concernientes a la organización familiar, la regulación del matrimonio, las relaciones entre los miembros de las familias o la necesaria formación en valores religiosos de los hijos. No obstante, estos periódicos también dedicaron espacio a otros asuntos, caso de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la crítica a las ideologías emergentes (como el socialismo o el comunismo) o la defensa de los principios articuladores de la religión, símbolo inequívoco de su gran valor para conocer y determinar, no solo la evolución discursiva de la familia, sino el conjunto de tensiones y conflictos que se produjeron entre el poder religioso y el poder civil por controlar e influir en las conciencias de los individuos que formaban parte de la sociedad.

Las fuentes utilizadas son dos publicaciones que rondan la mitad del siglo XIX. En lo que respecta al *Semanario Católico*, se trata de un periódico que sirve de forma excepcional para conocer de primera mano los orígenes y los intereses con los que echó a andar el movimiento de la prensa católica mejicana. *La Juventud Católica de La Habana* era órgano de expresión de dicha asociación, aunque se titulaba como “revista religiosa, científica y literaria”, por lo que trataba también otras temáticas. Lo que se pretende, a partir de estas dos cabeceras, es analizar los discursos que ofrecían y describir qué fundamentos utilizaban para justificar sus posiciones ideológicas ante el público lector. Asimismo, se quiere observar si, a pesar de tratarse de dos espacios geográficos distintos, se generaban mensajes similares y si se repetían muchos de sus contenidos, tratando de esta forma de analizar cómo funcionaron los procesos de transmisión de la información y la opinión.

El proceder para esta investigación se ha basado, primero, en un análisis completo de las fuentes, seleccionando aquellos artículos que teorizaban sobre el matrimonio y la familia, pero priorizando al mismo tiempo los que resultan de mayor interés para la comprensión de los modelos

* Este trabajo se inscribe dentro del Proyecto de Investigación: HAR2013-48901-C6-1-R “Familias e Individuos: Patrones de modernidad y cambio social (siglos XVI-XXI)”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

¹ Es cierto que la historiografía sobre la familia en los países iberoamericanos se ha centrado más en la época colonial, ya sea por las fuentes o por el interés que despiertan los contrastes entre el pasado y el presente, lo que no significa que esta institución deje de tener importancia en siglos posteriores para explicar el devenir de las sociedades y su evolución; Pilar GONZALBO AIZPURU, “Presentación”, *Montalbán*, n° 34, 2001, pp. 173-178.

propuestos desde los periódicos. A partir de esa selección, y gracias a las metodologías procedentes del análisis de contenidos², se ha conseguido el entendimiento de los discursos y de las intencionalidades con las que estos mensajes eran creados a través de la prensa. Como lo que realmente primaba, según Blanco Leal, era conseguir influir en la sociedad a través de la creación de opinión, este método ha resultado muy revelador para desentrañar los efectos de los medios de comunicación en la conducta de los individuos; o lo que es lo mismo, el propósito con el que estos operaban en sus formas de comportamiento³.

De otro lado, hay que ser consciente de las diferencias manifiestas entre ambas realidades geográficas, pues mientras que en México se dio una independencia más temprana con respecto a España, Cuba seguiría vinculada hasta 1898 con la metrópoli. Esta característica tuvo su primer reflejo, sin lugar a dudas, en el distinto marco legislativo entre ambos territorios. Para el caso de México, desde que se produce su emancipación, predominó una prensa de tipo político y que se ocupaba en mayor medida de describir las disputas ideológicas entre los partidos. Esta realidad, como también ocurría en España, fue posible gracias a la vinculación que estos periódicos mantuvieron con los actores políticos, lo que indefectiblemente influyó en la evolución de la prensa de este país. Además, se trataba de un ambiente de conflicto, por lo que no resulta tan extraño que la Iglesia, que también pretendía controlar cuotas de poder social, terminará por acceder a estos medios de expresión con el fin de perpetuar su influencia en la sociedad. Quizás con algo de retraso, la Iglesia católica había comprendido el poder de la prensa para conseguir el adoctrinamiento de las masas⁴. Como ha indicado Pineda Soto, los complejos procesos que tienen lugar en el siglo XIX, de forma más contundente en México si cabe (caso del apego de ciertos sectores a la tradición católica o la posición hegemónica que mantuvo la Iglesia), son los que marcan el acontecer y el devenir de la evolución histórica de estos territorios⁵; factores que necesariamente deben hacer reflexionar sobre la posición en la que quedó la institución eclesiástica tras el establecimiento de las primeras medidas liberales, que aún siendo moderadas en algunos casos, cambiaron el rol que los poderes religiosos habían jugado hasta el momento.

LA PRENSA CATÓLICA EN EL SIGLO XIX

La génesis del movimiento católico en la prensa americana contiene un conjunto de paralelismos evidentes con el caso español, pues hasta bien avanzada la centuria decimonónica no se puede definir una prensa de signo eclesiástico como tal. Por ello, se ha propuesto la mitad de siglo XIX como fecha marco para indicar su origen y primer desarrollo⁶. Como es bien conocido, se trata de una época de una enorme conflictividad y combatividad en la prensa⁷, por lo que no resulta

² Técnica definida como “el conjunto de métodos y técnicas de investigación destinadas a facilitar la descripción e interpretación sistemática de los componentes semánticos y formales de todo tipo de mensaje y la formulación de inferencias válidas acerca de los datos reunidos”; Klaus KRIPPENDORF, *Metodología de análisis de contenido. Teoría y práctica*, Barcelona, Paidós, 1990, p. 11.

³ María del Mar BLANCO LEAL, *Modelos de análisis para el estudio crítico de la prensa*, Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias, 2008, p. 76.

⁴ María Teresa CARAMILLO CARBAJAL, “Prensa y poder eclesiásticos en el Siglo XIX”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n° 109, 1982, pp. 19-20.

⁵ Adriana PINEDA SOTO, “La prensa religiosa y el Estado liberal en el siglo XIX la perspectiva michoacana”, en *Red de Historiadores de la prensa y el Periodismo en Iberoamérica*, 2009, pp. 1-26, disponible en: <http://historiadoresdelaprensa.com.mx/hdp/files/115.pdf>.

⁶ Jesús LONGARES ALONSO, “Los canales de difusión de ideas en los comienzos del liberalismo español”, en Melquíades ANDRÉS, Vicente CACHO, José Manuel CUENCA et al (eds.), *Aproximación a la Historia social de la Iglesia Española contemporánea*, San Lorenzo de El Escorial, Ed. Biblioteca «La Ciudad de Dios» Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, 1978, pp. 171-173.

⁷ María Cruz SEOANE, *Historia del periodismo en España. 2. El siglo XIX*, Madrid, Alianza editorial, 1987, p. 51.

extraño encontrar en sus páginas artículos que recogen el enfrentamiento ocasionado por el control de diversos aspectos que eran pretendidos por instituciones como la Iglesia y el Estado. En ese nuevo tablero de juego que se estaba consolidando, donde la prensa se presentaba como un recurso importante para exponer los intereses y las ideologías, se explica mejor la progresiva atención que la Iglesia fue tomando por este medio de expresión. Además, hay que tener en cuenta el creciente uso que de la prensa se fue llevando a cabo por otros grupos e instituciones, pues resulta evidente que desde el fin de la conocida como Década Ominosa, ésta fue utilizada de forma continua por los partidos políticos y los grupos de presión⁸. El movimiento católico, que entendió estas vicisitudes, tuvo que iniciar, aunque de forma lenta y pausada, su andadura en el mundo de la palabra escrita

La introducción de la prensa en Cuba estuvo ligada a la imprenta y a la formación de una incipiente e ilustrada preburguesía en la isla, como ha indicado Vilar⁹. Sin lugar a dudas, la progresiva liberalización que vivió la prensa en este territorio tras la defunción de Fernando VII fue un factor que ayudó a su desarrollo y posterior consolidación como medio de expresión y transmisión de la información. Así las cosas, en los años 50 ya se editaban alrededor de unas treinta publicaciones, algunas de gran calidad y con un notable desarrollo, como demuestra el caso de la proliferación de revistas científicas o educativas. No obstante, hay que señalar que los años transcurridos desde 1835 a 1850 muestran una gran dificultad a la hora de emprender nuevas obras periodísticas, tanto por el férreo control de las instituciones (había que evitar cualquier posibilidad subversiva) como por la acción de la censura. Sin embargo, la posterior introducción de nuevas técnicas de imprenta en la isla, permitió un importante desarrollo del que también pudo aprovecharse el movimiento de prensa católico que comenzaba a gestarse en torno a esas fechas¹⁰.

De esta forma, una de las publicaciones religiosas que más destacará será *La Verdad Católica*, que se editó durante 1858, contando entre sus colaboradores con destacados personajes como Anacleto Redondo, Salvador Negre o Gertrudis Gómez de Avellaneda¹¹. Este tipo de prensa siempre trató de promocionar diversos temas que no eran nuevos y que coincidían en gran parte con los expuestos en el territorio peninsular: la defensa del celibato eclesiástico, el combate contra el espiritismo, la lucha contra la injerencia de los poderes civiles y la promoción de la unidad católica con el objetivo de conseguir la creación de organizaciones religiosas al estilo europeo. Hay que destacar que el periódico que ocupa este trabajo, *La Juventud Católica de La Habana*, contó con la colaboración del sacerdote español Eduardo Llanas y Jubero en diversos de sus artículos, lo que indica la influencia de los modos de pensamiento religiosos de la metrópoli en la publicación.

En México, la prensa católica tiene su origen alrededor de los años cuarenta del siglo XIX, siendo evidente ese nacimiento tardío que se comentaba anteriormente. Este hecho no invalida la presencia de publicaciones de signo católico desde tiempos pretéritos, lo que demuestra en todo caso es que éstas no fueron producto de una acción coordinada desde los poderes religiosos, teniendo más bien un carácter atomizado y disperso. Lo que pretendía esta prensa era ofrecer un contrapunto frente a las corrientes liberales, atacando muchas de sus propuestas y promocionando los intereses religiosos. En cierta medida, la prensa católica en este país trató de denunciar, desde diversas temáticas, la intromisión de los poderes civiles en los asuntos religiosos¹². Esta cuestión, que

⁸ Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL, "La opinión secuestrada. Prensa y opinión pública en el siglo XIX", *Berceo*, n° 159, 2010, p. 41.

⁹ Juan Bautista VILAR, "Los orígenes de la prensa cubana. Un intento de aproximación y análisis (1764-1833)", *Revista Complutense de Historia de América*, n° 22, 1996, p. 337.

¹⁰ Juan José SÁNCHEZ BAENA, *La cultura impresa en la Cuba colonial*, Murcia, Universidad de Murcia, 1998, pp. 85-92.

¹¹ Juan José SÁNCHEZ BAENA, *El terror de los tiranos. La imprenta en la centuria que cambió Cuba (1763-1868)*, Castelló de la Plana, Universitat Jaume I, 2009, p. 198.

¹² Brian HAMNETT, *Historia de México*, Cambridge, Cambridge University press, 1999, p. 179.

lógicamente también se dejó ver en España, condicionó de buena manera la relación entre estas instituciones durante el desarrollo de este tiempo convulso.

Una vez que este movimiento comenzó a caminar, se puede decir que sufrió un notable crecimiento hacia la medianía del siglo XIX, siendo 1850 una fecha clave en el devenir de este tipo de publicaciones. A partir de ese momento, proliferarán los periódicos y revistas orientados a propagar el pensamiento católico y difundir los intereses que la Iglesia quería hacer llegar a la sociedad. A saber, son buenas muestras de este proceso, la salida ante el público lector de los siguientes diarios: *La Cruz* (1855-1858), *La religión y la sociedad* (1865-1888), *La civilización* (1868-1872), *La Sociedad católica* (1869-1876), *La voz de México* (1870-1909), *El amigo de la verdad* (1870-1914), *La razón católica* (1873) o *El Católico* (1873-1874)¹³. En este sentido, y de forma fácilmente identificable, los tiempos finales de esta centuria asistieron a una actividad prolífica en lo que a surgimiento de manuscritos de ideología religiosa se refiere, afianzando de esta forma la permanencia de las prerrogativas eclesiásticas en el juego de la tribuna escrita diaria.

DOS ESPACIOS, DOS PERIÓDICOS: UN MISMO DISCURSO

Uno de los primeros temas que aparecieron en estos periódicos fue el matrimonio. Así, la principal tarea argumental que se desempeñó a estos efectos fue el establecimiento de la institución divina de este sacramento. Gracias a esa consideración, se le otorgaba un conjunto de dignidades que lo elevaban como uno de los elementos más importantes que el hombre y la mujer podían acometer en el desarrollo de su vida. En todo caso, y como ha venido exponiendo la historiografía, era uno de los ritos de paso más señalados, pues suponía el abandono de la casa de los padres para formar una familia propia. Si se atiende primero al *Semanario Católico*, quedaba perfectamente claro el origen de la humanidad -para lo que aludía al relato del *Génesis*-, así como la equiparación de este episodio bíblico con el acto institucional de este sacramento. Partiendo desde su origen en Dios, el resto de hombres, y por tanto, de naciones, habían ido poblando la tierra desde los primeros tiempos. Era ésta una idea que señalaba de forma concisa cuál era la misión del matrimonio: la procreación¹⁴. Tanto era así que la sexualidad que no estuviera dirigida a este propósito era condenada y señalada como el peor de los pecados, pues si no se daba esta característica, las relaciones sexuales entre dos personas estaban mal vistas, tema de larga tradición en la cosmovisión católica¹⁵. Esto expresaba el periódico sobre el matrimonio:

“Crió Dios al hombre, y no pareciéndole bien que estuviera solo, de su misma sustancia hizo una mujer. Con ambos instituyó el primer matrimonio, fuente del género humano, origen de todas las familias, como de todas las naciones”¹⁶.

Pero esa visión, que como se ha señalado, elevaba al matrimonio como la única forma posible para llevar a cabo la procreación y la formación de familias, encontraba interpretaciones similares en el periódico *La Juventud Católica de La Habana*. De hecho, se decía de ella, en un claro alegato a favor de los intereses religiosos, que era la institución más antigua de la historia, sumando a la imagen de divinidad que daba la visión anterior ese valor fundamentando en la experiencia. Incluso, este diario se adentraba en las consideraciones de tipo legal, pues indicaba como la institución eclesiástica siempre había atendido su reglamentación y legislación; teniendo para ello en cuenta todas las variantes, impedimentos y necesidades que se derivaban de este sacramento. Este

¹³ Carlos BARRERA (coord.), *Historia del periodismo universal*, Barcelona, Ariel, 2004, p. 149.

¹⁴ “Creced y multiplicaos”, *Génesis*, 1, 28.

¹⁵ Tema trabajado en Margherita PELAJA y Lucetta SCARAFFIA, *Due in una carne. Chiesa e sessualità nella storia*, Roma, Laterza, 2008; Gérard DUFOUR, *Clero y sexto mandamiento. La confesión en la España del siglo XVIII*, Valladolid, Ámbito, 1996.

¹⁶ *Semanario Católico*, n° 12, 8 de mayo de 1869, México.

acto sagrado había estado estrictamente definido desde su debate en el Concilio de Trento¹⁷, consiguiendo así un mayor protagonismo para la Iglesia católica y su introducción hacia la intimidad del espacio eclesiástico. En todo caso, lo que este artículo ponía de manifiesto era la supremacía que los poderes religiosos debían mostrar frente a las injerencias de los poderes civiles, que pretendían arrebatarse el control y la dirección sobre aspectos que podían dirimir el posterior manejo de la sociedad¹⁸. El Derecho Canónico debía primar por encima de cualquier ley humana:

“La institución social más antigua y más importante es indudablemente la del matrimonio. Sobre ella ha legislado la Iglesia, sobre ella ha legislado particularmente el Derecho moderno; y todos los hombres conocedores del Derecho Canónico, y particularmente de lo que prescribe respecto al Sacramento del Matrimonio, saben muy bien que el Derecho moderno no ha hecho más que plagiar al Canónico del cual ha conservado las palabras consagradas por la tradición, sus prescripciones sobre la indisolubilidad, sobre los impedimentos, y sobre cuanto a la esencia del acto concierne; y que solo divergen ambos Derechos, en que el Moderno traslada al Estado las atribuciones que sobre el matrimonio la Iglesia había siempre ejercido”¹⁹.

Pero, una vez sentados los principios que debían articular el acto fundacional del matrimonio, ¿qué modelo de familia era la que se pretendía? ¿Qué características debía cumplir su organización interna? ¿Cómo era entendida por estos pensadores? Lo que se proponía era comprender la inexcusable necesidad que la familia tenía de la religión. De ahí que desde estas publicaciones se dedicaran verdaderos esfuerzos en ir desgranando todas las virtudes que el mundo eclesiástico había ido otorgando a esta institución. A partir de esa construcción teórica, lo primero era señalar que el catolicismo había redimido de todas las culpas a la familia, la había convertido en un objeto superior y la había dotado de un halo de santidad que no había tenido hasta el momento. De esta forma, como pasaba con otros aspectos de la vida, la religión significaba un antes y un después en el desarrollo normal de la institución familiar. Frente a la desorganización de tiempos anteriores, desde que la familia se había circunscrito a los principios religiosos, había gozado de una constitución especial que la hacía converger y ser una parte más dentro del plan de Dios. Además, no se defendía un modelo de familia cualquiera, sino el que la representaba como la “familia cristiana”. Se pretendía dar una imagen de esta institución que la relacionaba con los conceptos de seguridad y apoyo, otorgándole nuevos significados que la equiparaban al paraíso en la Tierra. El siguiente artículo resulta muy revelador de los intereses que manifestaban estas dos publicaciones:

“Jesucristo es en la familia cristiana el poder que la protege, la argamasa que la une, y el escudo que la cubre; porque con su amor viene a ser la fuerza que enlaza todos sus miembros en una cohesión poderosa y las preserva de todas las causas de separación, de disolución y de ruptura. Defendemos pues la familia cristiana, teóricamente en todas partes y prácticamente en nuestras casas, no como parte de un sistema, sino como sustentada por grandes y firmísimos principios”²⁰.

Esta argumentación iba un paso más allá en el *Semanario Católico*, que seguía profundizando en estas construcciones discursivas a las que antes se aludían. La familia era sin lugar a dudas la base de la sociedad, el pilar sobre el que descansaba todo el entramado social para estos escritores, por lo que el bienestar de una significaba, por extensión, el de la otra²¹. De esta forma, se sumaban nuevas

¹⁷ Adriano PROSPERI, *El Concilio de Trento. Una introducción histórica*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2008, p. 116.

¹⁸ Aspecto que se puede ampliar en María Alicia PUENTE LUTTEROTH (comp.), *La Iglesia en la historia de México. Hacia una historia mínima de la Iglesia en México*, México, Jus-CEHILA, 1993.

¹⁹ *La juventud católica de La Habana*, n° 7, Año II, 14 de abril de 1872, La Habana.

²⁰ *La juventud católica de La Habana*, n° 8, Año II, 28 de abril de 1872, La Habana.

²¹ Hay que indicar que la familia ha sido considerada por la historiografía especializada como “la célula base de la sociedad”; Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, “Familias, sociedad y sistema social. Siglos XVI-XIX”, en Francisco CHACÓN y Joan BESTARD, (eds.), *Familias. Historia de la sociedad española (siglos XIII-XXI)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 325-392.

facetas a esa descripción que la Iglesia católica ofrecía sobre la familia. Ya no solo era necesaria su circunscripción al mundo religioso para el bienestar de sus miembros, sino para el del conjunto de la sociedad. Por tanto, los valores católicos, que lógicamente tenían que tener su reflejo en el espacio de los comportamientos y de las actitudes, convertirían a la familia en una institución prototípica que redundaría en la buena marcha de las naciones. Se trataban de aunar intereses de diversas índoles con el fin de transmitir a la opinión pública un discurso que no dejara fisuras en su interpretación. Nuevamente, y más si se tiene en cuenta el convulso periodo al que se hace referencia en este trabajo, el tema de las tensiones entre los poderes se dejaba ver en las temáticas de los artículos, pues de fondo se seguía detectando el manido interés por controlar a la familia y a la sociedad. Definir qué era esta institución y qué elementos debían estar presentes en su vida cotidiana fue una de las grandes labores que acometió esta publicación:

“En cualquiera escuela política, que no sea el socialismo, es un principio esta verdad: la familia es la base de la sociedad. Y en toda filosofía, se reconoce como evidente esta verdad: lo que son las partes de un todo, es el todo mismo. Si la familia son los miembros de la sociedad, son las partes componente de ella, son las partes de ese todo. Lo que son las partes es el todo. ¿Queremos una buena sociedad, una buena patria? Componed las familias que la forman. ¿Queréis una sociedad católica, en que la justicia se administre por conciencia, la autoridad se ejerza con justicia, los caudales se administren con puridad...? Pues formad familias católicas”²².

Lo que la Iglesia pretendía no era enunciar un prototipo familiar más, sino definir el modelo por excelencia de lo que debía ser la familia. Un estereotipo donde las relaciones entre sus miembros debían avanzar hacia nuevas pautas, lo que hizo necesario que se abrieran a renovados conceptos como el sentimentalismo, el cariño y los afectos. Quizás, ésta fue una de las grandes incorporaciones que se pueden detectar en la prensa que recorre el siglo XIX, la presencia de esos nuevos factores. Era el caso de los esposos, relación que fue perfectamente desgranada por estos escritores en los periódicos. Para el hombre se seguía manifestando una posición de superioridad con respecto a su esposa, a la que debía proteger y amparar, pero respetándola y asumiendo que ésta era su compañera en la vida. De esta forma, y aunque el discurso religioso presentaba muchas continuidades con respecto a épocas anteriores, se daba un paso más al ofrecer una imagen en la que el compañerismo entre los dos seres quedaba patente. Esta argumentación reforzaba la consistencia y presencia de la pareja central que componía la familia, por lo que el eje formado por el padre y la madre quedaba delimitado así en la prensa. El esposo era la cabeza y la esposa el corazón, elementos que sentaban las bases para la posterior reproducción biológica de la familia. Los deberes y características del marido quedaban expuestos de manera clara en este artículo:

“El esposo debe hacer abstracción de otro ser que no sea su esposa, la compañera que se lo ha sacrificado todo, pidiéndole en recompensa, que todo se lo sacrifique a su vez. Debe considerar que es más débil que él, y que por lo tanto merece protección y amparo, amor y un número mayor de consideraciones y atenciones; debe tener también mayor indulgencia por esos ligeros defectos que solo tienen nacimiento en su debilidad, y el predominio que en ella ejerce el corazón sobre la cabeza... Ambos esposos se deben amor y respeto, una gran estimación recíproca, abnegación y sacrificio, ayuda y consejo; él será la cabeza, ella el corazón, él ordenará y juzgará, ella obedecerá y amenguará los efectos de su justicia; él será la fortaleza, ella la dulzura...”²³.

Pero todo buen esposo necesitaba su correlato en la figura de la esposa, que debía dar respuesta y cobertura a los aportes que el hombre sumaba a su relación. Estas descripciones que ofrecían estos periódicos se incardinaban a seguir construyendo el conocido arquetipo del “ángel del

²² *Semanario Católico*, n° 2, 27 de febrero de 1869, México.

²³ *La juventud católica de La Habana*, n° 19, Año II, 13 de octubre de 1872, La Habana.

hogar”, imagen sobre la mujer que terminaría por consolidarse hacia finales del siglo XIX²⁴. Ésta se basaba, sobre todo, en la necesaria atención que las féminas debían prestar a su marido, al que debían ayudar y comprender en todo, siendo un descanso para ellos y un apoyo para sus problemas diarios. En este sentido, una mujer que se preciara, debía cuidar de su hogar, manteniéndolo limpio y ordenado, pues éste era el espacio por excelencia donde la esposa podía alcanzar y desarrollar todas sus virtudes. Marido y casa eran las principales ocupaciones de la mujer en su papel de esposa, visión que coincidió con lo expuesto también por las diversas corrientes laicistas que se fueron generando en el siglo XIX. Todo ello motivó que, cada vez más, el discurso sobre la mujer la encajonara en el espacio íntimo del hogar, alejándola de los lugares públicos y dejando para su desarrollo personal las afabilidades y tareas internas de la familia²⁵. Este periódico era claro al respecto: la misión de la esposa era desarrollar sus labores en casa, pues éste sería el reflejo de su buen trabajo y hacer. Asimismo, debía esperar la llegada de su esposo de forma agradable y simpática, tratando de aliviar los desagrazos que éste hubiera podido padecer en su larga jornada de trabajo en el exterior. Como guinda a este comportamiento ejemplar, la mujer debía ocuparse de su aspecto físico, mostrándose bien vestida y peinada a la llegada de su hombre, pero siempre respetando los cánones de la decencia y del recato que dictaba el dogma religioso:

“Vedla, a la buena esposa, en el hogar, dando prueba de su laboriosidad y atención, todo está en orden, brillando por doquier, el exquisito cuidado de la esposa, que encuentra su mayor placer en llenar cumplidamente los deberes de tal; y cuando ya se va acercando la hora en que el amado esposo vuelva de sus obligaciones exteriores, entonces dando una postrar mirada a su sencillo tocado, y al interior del hogar, toma su labor y se prepara a esperarle, siempre ocupada, siempre agradable”²⁶.

La mujer no solo era esposa, sino que, por encima de todo, era madre. Qué duda cabe que esa vertiente femenina fue ampliamente reforzada y teorizada desde la prensa religiosa del siglo XIX; más cuando había sido una temática tratada asiduamente por los pensadores ilustrados, que habían dado gran importancia a la maternidad como un elemento de prosperidad para las naciones. De hecho, muchos de estos discursos tenían una cierta inspiración en esos planteamientos que se habían expresado desde mediados del siglo XVIII²⁷. Desde esa posición central que el sexo femenino ocupaba en la institución familiar como madre, la mujer debía acometer una de sus principales misiones: la educación de los hijos²⁸. Sobre todo, lo que se buscaba era la formación en los valores religiosos de estos, por lo que la mujer fue vista como un elemento muy importante a la hora de conseguir la reproducción mental de los esquemas religiosos en las nuevas generaciones. Ésta ya no solo era necesaria por la procreación biológica, sino que su capacidad para enseñar a sus hijos -y especialmente a las hijas-, principios como la sumisión al dogma religioso y el respeto a la doctrina eclesiástica, hizo de la mujer un elemento esencial en el proceso de recristianización individual de la sociedad que la Iglesia quiso acometer durante este tiempo. Por ello, la prensa ensalzó siempre la figura de la madre y su divina labor basada en la formación de las personas a su cargo:

²⁴ Para conocer este proceso: Catherine JAGOE, Alda BLANCO y Cristina ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, *La mujer en los discursos de género. Textos y contextos en el siglo XIX*, Barcelona, Icaria, 1998; María Ángeles CANTERO ROSALES, “De «perfecta casada» a «ángel del hogar» o la construcción del arquetipo femenino en el XIX” en *Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos*, n° 14, 2007, disponible en: <http://www.um.es/tonosdigital/znum14/secciones/estudios-2-casada.htm>.

²⁵ Antonio IRIGOYEN LÓPEZ, “Familias e Iglesia. Normativas y transgresiones en Europa”, en Francisco CHACÓN JIMÉNEZ, Juan HERNÁNDEZ FRANCO y Francisco GARCÍA GONZÁLEZ (eds.), *Familia y organización social en Europa y América Latina, siglos XV-XX*, Murcia, Universidad de Murcia, 2007, pp. 131-150.

²⁶ *La juventud católica de La Habana*, n° 19, Año II, 13 de octubre de 1872, La Habana.

²⁷ Mónica BOLUFER PERUGA, *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, Valencia, Institució Alfons el Magnanim, 1998.

²⁸ Tema que ha sido tratado en Juan José SÁNCHEZ BAENA, “La religión y el control de la instrucción pública en Cuba. El caso de la revista *La Idea*”, en John R. FISHER (ed.), *Actas del XI Congreso Internacional de Abila*, vol. 1, Liverpool, AHILA, 1996, pp. 201-213.

“Si la madre, el adorno de la familia en la prosperidad, su providencia en los reveses, enseña a su hija, más bien por el ejemplo que por la palabra, ese noble papel que la mujer representa en el mundo templando la fogosidad de los arranques del hombre, ¿cómo es posible que tales hijos no sean amenos, caritativos, piadosos, amables, cumplidos? ¿Cómo podrán faltar a lo que deben a sus semejantes y a sí mismos? ¿Cómo no ha de ser el hijo un excelente ciudadano y la hija una buena esposa, y una buena madre de familia?”²⁹.

De esta forma, el desarrollo argumental de la madre en la prensa alcanzaba toda su plenitud. En esa misma línea se expresaba el diario cubano, pues no dejaba de proferir los mejores atributos para aquellas mujeres que se sumaban a la causa de la maternidad católica. En la esencia y razón de ser de todos estos mensajes que se lanzaban hacia la opinión pública, solo la madre representaba la feminidad aceptable y considerada como válida para la Iglesia católica, pues cumplía de forma satisfactoria con su designado papel reproductor y formativo. Al tiempo, este ideal fue asumido progresivamente por los sectores conservadores y burgueses, que además coincidieron en proclamar que la familia era la clave para la organización social, por lo que fortalecieron el pilar básico de la misma al maquillar el discurso que sobre la mujer ofrecían a la sociedad. Una convergencia discursiva que terminó por apuntalar, como se viene exponiendo, la reconversión discursiva del sexo femenino hacia los renovados paradigmas que se expresaron en la centuria decimonónica. Evidentemente, este interés por fomentar estas actividades de las madres, así como sus nuevas dimensiones normativas (presentándolas prácticamente como obligaciones inherentes a su condición y naturaleza), tenía una estrecha relación con las corrientes médicas e higienistas que venían desarrollándose desde finales del siglo XVIII, que en sintonía con las moralistas, se convirtieron en los verdaderos adalides de esta cruzada que pretendía volcar a la mujer en la vida hogareña y en la crianza de sus hijos³⁰. En definitiva, se trataba de dotar de nuevos significados y contenidos a la relación de la madre con la familia, y especialmente, con sus hijos. Por este motivo, desde la prensa se ensalzó y promocionó en gran medida su figura y sus funciones:

“Tienes razón al decir que es una desgracia no tener madre, querida prima, porque es la mejor de las amigas, el más dulce consuelo, el alivio, la gloria, el dulce lenitivo de los pesares que nos afligen”³¹.

Se intentaba que la mujer entendiera que nunca podía dejar de ser madre, pues era una parte más de su ser que debía asumir y cumplir con todas sus consecuencias. Desde ese rol, dentro de esa dimensión, sería grande y estaría ayudando a la buena marcha de la familia. Por eso la insistencia en asuntos como la mayor atención a los hijos, la necesaria presencia en el hogar o la delimitación de sus funciones al espacio de lo doméstico. La Iglesia católica siempre se manifestó a favor de este tipo de feminidad (esta institución se posicionó de forma contraria hacia la participación activa de las mujeres en la vida social o política, exigiéndoles la observancia de las costumbres y de los valores tradicionales), modelo que por otra parte servía bien a los intereses para conseguir ese nuevo paradigma de familia del que se ha hablado anteriormente³².

Por último, quedaba prestar atención al tercer pilar que debía componer la familia: los hijos. En primer lugar, desde este tipo de prensa se quería dejar constancia del respeto que debían mostrar hacia sus padres. Estos los habían cuidado y se habían preocupado de la educación de sus retoños, motivo esencial por el que los hijos tenían que devolver esa gratitud. El *Semanario Católico* expresaba bien estas ideas, pues a través de exhortaciones dirigidas hacia los más jóvenes, mostraba como estos debían atender y velar por la buena asistencia de sus padres cuando alcanzaran una edad avanzada.

²⁹ *Semanario Católico*, n° 10, 24 de abril de 1869, México.

³⁰ Lucia PROVENCIO, “La trampa discursiva del elogio a la maternidad cubana del siglo XIX”, *Americanía*, n° 1, 2011, pp. 42-73.

³¹ *La juventud católica de La Habana*, n° 1, Año II, 14 de enero de 1872, La Habana.

³² Proceso analizado en la última etapa del siglo en Mercedes VÁZQUEZ DE PRADA, *Historia de la familia contemporánea: principales cambios en los siglos XIX y XX*, Madrid, Rialp, 2008.

En todo caso, lo que se dejaba ver en este tipo de construcciones discursivas era, al margen del refuerzo de los factores sentimentales de la familia, un elogio hacia la vejez y lo que ésta representaba. Era una forma más de exponer el respeto hacia la figura de los abuelos. Sin lugar a dudas, lo que se estaba dejando patente era la importancia de la experiencia que aportaban estas personas que, para el pensamiento católico, se equiparaban con la salvaguarda de los valores de la fe y del dogma. Esta imagen tampoco es extraña, pues ya desde el siglo anterior, y con mayor intensidad en la centuria del XIX, se insertaban historias y cuentos moralizantes en la prensa con el objetivo de aleccionar a los hijos –que eran representados en estas narraciones como jóvenes virtuosos en la mayor parte de los casos- sobre el respeto y el socorro que debían siempre dar a sus padres en los momentos finales de su vida³³. La recompensa para estos, obtenida a través de haber cumplido con esos preceptos, era una vida feliz junto a su nueva familia, destino que era el deseado por todos estos muchachos. De esta forma se expresaba el periódico para demandar ese respeto que, además, era otro de los requisitos divinos por antonomasia:

“Joven, acuérdate y no te olvides nunca de aquel tiempo en que, más débil que el animal que acaba de nacer, no podías dar un movimiento sin la ayuda de tus padres, y no hubieras vivido un día sin su amor... Esa madre débil ahora y agobiada por lo años, consumió por ti sus más hermosos días; por no perderte un solo instante de vista hubo de renunciar a todos los placeres, por cuidarte cuando dormías interrumpía su sueño y se privaba del reposo que le era necesario. Ese padre que ya tiene trazas de un anciano achacoso, consumió sus fuerzas trabajando por alimentarte... El mismo Dios, que para la salvación de tu infancia puso en el corazón de tus padres el amor paternal, quiere que el tuyo se mantenga lleno de reconocimiento y ternura para asegurar la dicha de su vejez”³⁴.

La Juventud Católica de La Habana seguía profundizando en esta cuestión, pero mostrando esa visión más fraternal sobre los cuidados que padres y madres debían dar hacia sus hijos. Como se viene señalando, este tipo de atributos quizás sean los más novedosos dentro de los artículos que aparecieron en este tipo de prensa, ya que se pretendía que las relaciones paternofiliales bebieran de esa idiosincrasia. Por tanto, pese a la autoridad y el respeto, se defendía un trato donde cada vez menos tuvieran cabida los castigos físicos y donde la responsabilidad en la atención de los retoños quedara patente. En el caso de la madre ocurría lo mismo, se exhortaba a estas mujeres para evitar el abandono de niños o su desatención. Si los hijos eran fruto del amor y una parte más de esa pareja central que daba origen a la familia, ningún sentimiento podía provocar que estos no fueran queridos y protegidos por parte de sus progenitores. La madre, que además los había llevado en su interior, debía mostrar una especial atención para con estos, más cuando de ella dependía su supervivencia en los primeros momentos. Lo mismo ocurría con el empleo de nodrizas o amas de leche, de las que se decía que practicaban un tipo de lactancia “mercenaria”³⁵, cuestión muy presente en la prensa desde el siglo XVIII. La acción de estas mujeres estaba muy mal vista por estos pensadores y se decía que era uno de los grandes pecados que podían ser cometidos por las madres. Los hijos debían ser atendidos, evitando que estos no recibieran una educación adecuada:

“Padres, madres, ¿dónde está vuestro corazón, vuestra conciencia, vuestra alma al abandonar tierno hijo en extraña casa? ¿Qué hacéis del delicado ser que es cuerpo de vuestro cuerpo y alma de vuestra alma?... ¿Qué haces, madre, de tu hijo? Preciso es que un justo y torcedor remordimiento lacere tu alma. Preciso es que paz no goces. Preciso es que tu conciencia te atormente de continuo... Madre de abandonado niño, ¿no te conmueve su llanto, sus lágrimas no te quebrantan el alma, no sufres, no muere al arrojar de ti al ser que en tus

³³ Francisco Javier CRESPO SÁNCHEZ, “La imagen de la juventud en la prensa: una aproximación a su caracterización (finales siglo XVIII-siglo XIX)”, *Revista de Demografía Histórica*, n° 31, 2013, pp. 57-84.

³⁴ *Semanario Católico*, n° 31, 18 de septiembre de 1869, México.

³⁵ Beatriz ESPINILLA SANZ, “La elección de las nodrizas en las clases altas, del siglo XVII al siglo XIX”, *Matronas profesión*, n° 3-4, 2013, pp. 68-73.

entrañas llevaste? Y entregas a la desnudez, al frío, al hambre, a la miseria. Harán por él madres ajenas, lo que tú no quieres hacer. ¡Cuánta crueldad, cuánto remordimiento!”³⁶.

Así se terminaba de completar el cuadro ideal de la familia, un grupo que a pesar de que parecía teóricamente igual a lo expuesto en épocas anteriores, mostraba algunas variaciones que señalaban esa evolución hacia nuevas formas y realidades.

CONCLUSIÓN

En el comienzo de este trabajo, muchas eran las preguntas que se planteaban sobre la prensa, la transmisión de los discursos y la evolución del modelo familiar. Aún siendo difícil dar una respuesta taxativa sobre algunas de estas temáticas, lo que sí ha quedado claro, al menos en lo que al pensamiento religioso se refiere, fue que en los discursos que manifestaban desde la prensa no se observa un cambio trascendental o de carácter brusco. En todo caso, lo que se percibe es una cierta adaptación de los discursos sobre el matrimonio, la familia o los roles que debían desempeñar sus miembros. Por ello, se prefiere hablar de acomodación y no de cambio, pues éste resultaría un término inadecuado para describir el proceso evolutivo que sufrieron los discursos católicos durante la centuria decimonónica. Así, a pesar de aparecer ciertas concesiones, muchas de ellas emanadas del contexto y de las necesidades de la institución eclesiástica, hay que destacar esa fuerte permanencia discursiva que presenta este cuerpo, sobre todo en los temas referentes a la organización familiar y social.

Otro elemento que ha quedado patente en el desarrollo de este estudio han sido las similitudes y coincidencias entre las dos cabeceras que han sido objeto de análisis. A pesar de las diferencias territoriales, contextuales y normativas, tanto el *Semanario Católico* como *La Juventud Católica de La Habana* han demostrado un recorrido paralelo en cuanto a las temáticas y a la forma de tratarlas. De hecho, asuntos como la reglamentación religiosa del matrimonio, la definición del modelo deseado de familia, las funciones del padre o las características que debía mostrar la esposa, alcanzaron en los dos periódicos una gran repercusión y trascendencia. Asimismo, y como complemento de lo anterior, circundando este tipo de discursos se encuentra el enfrentamiento contra las intromisiones del poder civil, trasfondo que se convirtió en razón de ser de muchas de las líneas argumentales de esta prensa. Esa repetición y coincidencia, tanto en la forma como en el fondo, se convierte en un testigo más que demuestra la existencia de los procesos de circulación de la información y de su reproducción en territorios y espacios diferentes. El pensamiento católico, por tanto, a través de sus medios de expresión, reprodujo sus inquietudes y necesidades de forma parecida en los diferentes países que se han analizado: Cuba y México.

Todas estas novedosas características, en lo que a la familia se refiere, indican la progresiva remodelación de esta institución hacia un modelo que evolucionaría desde la familia extensa (más presente en siglos anteriores) hacia la familia conyugal (paradigma que terminaría por imponerse y consolidarse a lo largo del siglo XIX). Así, ese mayor interés por resaltar el matrimonio, la definición del eje central de la organización familiar –fundamentado en la pareja formada por el padre y la madre– y la renovada atención por la infancia, son claros indicadores de las transformaciones que sufrieron los discursos orquestados por la Iglesia católica sobre la familia y sus miembros. En todo caso, hay que señalar que este modelo, el de la familia conyugal, coincidió en muchos casos con los propuestos por el pensamiento más conservador y burgués, produciéndose hacia finales de la centuria una notable convergencia entre ambos paradigmas.

En definitiva, atendiendo a los artículos mostrados por estos dos periódicos, se puede señalar que más que una ruptura en los discursos, se produjo una adaptación de los mensajes sobre

³⁶ *La juventud católica de La Habana*, nº 17, Año II, 9 de septiembre de 1872, La Habana.

la familia. De esta forma, la armonía y la concordia debían ser los valores que guiaran a esta institución en todas sus relaciones, generando un núcleo familiar circundando por los afectos y los sentimientos. Se buscaba un nuevo estereotipo fundamentando en el entendimiento y en la presencia del cariño, ya fuera entre los esposos, entre los hermanos o entre los padres y los hijos. No obstante, los principios de jerarquía y autoridad no podían ser obviados, pues estos debían seguir organizando la vida cotidiana de estas familias. La obediencia al hombre, en sus roles de esposo y padre, se convirtió en uno de los grandes temas que defendió este tipo de prensa religiosa. Sumado a ello, la división de funciones se erigía como otro de los grandes pilares que apuntalaban la correcta disposición de sus miembros, diferenciando entre las tareas del padre y las de la madre. Con todo ello, se daba imagen a ese modelo de familia que debía ser ejemplar, una familia que ante todo era “sagrada”, pero que sobre todo era católica.

LA FAMILIA COMO EJE VERTEBRADOR DE UNA PROPUESTA INTERDISCIPLINAR: CAMBIOS Y PERMANENCIAS EN EL SÍ DE LAS NIÑAS DE FERNÁNDEZ DE MORATÍN

Ana Isabel Ponce Gea
Antonio Oliver Laso
Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

La importancia de la familia como institución social es un hecho incuestionable. La familia es el primer factor de socialización de la persona, el lugar donde cada uno observamos patrones sociales y donde reconocemos valores que, en la expresión más estructuralista, acabamos por reproducir.

Sin embargo, las dimensiones de la familia —o mejor, su influencia— traspasan a los miembros de esta para constituir la colectividad. La familia es reflejo del momento histórico, es un prototipo más o menos acertado de la organización social del momento, articulado entre las tradiciones y las necesidades de cambio.

Pero, además, la familia es un elemento activo, pues es más que un reflejo fragmentario de la sociedad. Es precursora de transformaciones y, en última instancia, la responsable de que estas tengan o no lugar.

Los progresivos avances en las libertades sociales que han tenido lugar hasta nuestros días han permitido la constitución de familias con patrones estructurales muy diferentes. Ello, a su vez, promueve la modificación de los esquemas de pensamiento que cada vez incluyen, de forma más natural, familias con constituciones de lo más diversas. Pese a este avance, siguen instaurados clichés familiares que, en ocasiones, no dejan la suficiente cabida a las alternativas que ante estos se presentan.

Desde estas dos ideas se desprende el importante papel que el elemento familiar ha de jugar en nuestras escuelas. De un lado, el estudio de una constitución familiar del pasado, entendida como hecho social, proporcionará una información histórica más que valiosa que el alumno podrá analizar y comparar, encontrando en el reflejo familiar un excelente argumento. De otro lado, el estudio diacrónico de la familia pondrá de manifiesto el carácter dinámico de esta. La institución familiar se presentará como una entidad viva, cuya evolución implica cambios y permanencias. Precisamente, fruto de esa evolución, es la diversidad existente ante la que nosotros, como miembros de la sociedad, hemos de adaptar nuestros esquemas¹.

La propuesta didáctica que presentamos, en la que la familia actúa como bisagra, se basa en un trabajo interdisciplinar entre la historia y la literatura.

El debate entre las concepciones familiares de finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX no deja de ser el reflejo de la pugna entre un decadente Antiguo Régimen y una emergente

¹ Tal y como estudia Navarro (2006) en su trabajo sobre los modelos ideales de familia en España, las preferencias de los españoles tienden hacia la familia igualitaria. Así, “a finales de los años ochenta y principios de los noventa, cerca del 47% de españoles se identificaban con ese ideal de familia, mientras que en la actualidad son más del 60%” (p. 127). Aún así, sigue siendo necesaria dicha modificación de esquemas.

sociedad burguesa. Dicho cambio queda excelentemente reflejado en la obra de Leandro Fernández de Moratín, *El sí de las niñas*, donde el pensamiento ilustrado topa de frente con los más tradicionales comportamientos sociales y, concretamente, con los propios que las relaciones matrimoniales llevan implícitos en tales sociedades.

A través de la propuesta basada en fragmentos de la obra de Fernández de Moratín, el alumno desarrollará su pensamiento histórico mediante el análisis y comparación de las diferentes perspectivas sociales que ponen de manifiesto los protagonistas. La obra será buen ejemplo de cómo, en la evolución histórica, hay elementos cambiantes y otros que permanecen y el alumno habrá de enmarcar el cambio ideológico que se produce en la obra en otro cambio mucho mayor que da como resultado el nacimiento de las clases sociales. Además, serán desarrollados objetivos propios del área de literatura, a través del análisis de la obra y de su consideración como fuente de información relevante.

LA FAMILIA COMO EJE DE LA PROPUESTA

La familia es un concepto difícil de definir. De hecho, es una realidad sin definición única. Las definiciones que encontramos del concepto se presentan mediatizadas por el ámbito desde el cual se han originado.

Existen definiciones de la familia desde enfoques del Derecho, sociológicos, filosóficos, económicos, psicológicos, históricos o educativos². Desde estos dos últimos ámbitos, el histórico y el educativo, que son aquellos que más interés presentan para nuestra propuesta, la familia puede definirse tanto como la unidad básica de la sociedad como una comunidad de aprendizaje, y todo ello para designar al mismo referente.

Sin embargo, si hay algo que todas las definiciones ponen de manifiesto, es que el concepto de familia lleva implícita una relación con la sociedad. Y es que la familia es un hecho social, entendiendo hecho social como “toda manera de hacer, fija o no, susceptible de ejercer sobre el individuo una coacción exterior; es general dentro de la extensión de una sociedad dada, a la vez que tiene una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales”³. Entender la familia como hecho social es percibirla y explicarla más allá de los lazos entre sus miembros, más allá de las individualidades. Es apartarse de la trivialidad y la cotidianidad de esta para colocarla en el lugar de referente histórico.

El inicio del interés por el estudio de la familia podría situarse en la segunda mitad del siglo XIX, es decir, posterior a la fecha de la obra con la que trabajamos (1806). La historia de la familia es, por tanto, una disciplina todavía joven cuyo refinamiento metodológico sigue siendo necesario y cuyos objetivos han variado a lo largo del tiempo⁴.

Pese a su novedad, en las últimas décadas se realizan interesantes estudios sobre distintos elementos familiares, algunos de ellos centrados concretamente en la figura del niño y la valoración de la infancia a lo largo del tiempo⁵.

Eso sí, de la evolución de la disciplina de historia de la familia se desprende que la familia no está sujeta a ninguna ley histórica evolutiva, es decir, no camina linealmente de un polo

² María Teresa del Carmen CABANILLAS, “Modelos de hogar y cultura de familia”, Badajoz, 2010, p. 55.

³ *Ibidem*, p. 58.

⁴ Según Cabanillas (2010), en el estudio de la familia se distinguen tres etapas diferenciadas: una primera etapa de inicio del interés por la temática; una segunda, a finales del siglo XIX y siglo XX, en la que se produce el paso del papel predominante de la mujer al papel superior del hombre; y una tercera, que se corresponde con la actual en la que la relación familia-Historia es predominante.

⁵ Delfín ORTEGA SÁNCHEZ, “Infancia, familia y educación en la Edad Moderna española: un recorrido a través de las fuentes pedagógicas (siglos XVI-XVIII)”, *Tejuelo*, nº 11, 2011, pp. 85-103.

a otro, al contrario, se modifica, expandiéndose o reduciéndose, con mayores o menos funciones, con mayor o menos estabilidad, según la sociedad que la rodea⁶.

En la misma línea de transformación familiar, define Cabanillas los grandes objetivos de la historia de la familia en los tiempos actuales. El papel de la disciplina es tan importante para el estudio de los orígenes funcionales de la institución familiar que permanecen (la supervivencia), como para el análisis de su relación histórica con los cambios que conlleva. Así, la historia de la familia, tras sus avances, se enfrenta a dos retos principales:

la exploración en profundidad del grado en que la familia es capaz de estrategias viables de supervivencia [y] volver a abordar la cuestión del cambio a largo plazo en las pautas familiares y su relación con todo el proceso de cambio⁷.

Dicho de otro modo: para comprender el sentido de la utilización de la familia como eje vertebrador de un contenido histórico, hay que dejar de considerarla como una mera unidad funcional y tratarla como unidad ideológica⁸.

Desde este convencimiento, todo estudio con base fundamentada sobre un núcleo familiar determinado podría darnos –y, en efecto, nos da– una información histórica valiosa, no tanto sobre acontecimientos concretos, como sobre cambios en valores e ideologías.

Si nos proponemos, pues, este enfoque a la hora de enseñar a nuestros alumnos, haremos que se desarrolle en ellos un pensamiento histórico real, pues les ofreceremos argumentos con los que justificar la Historia que construyen e instrumentos para validarla.

EL PENSAMIENTO HISTÓRICO DESDE LA PROPUESTA INTERDISCIPLINAR

La Historia, tradicionalmente, se ha considerado una disciplina para cuyo conocimiento era requisito *sine qua non* la memorización. Este modo de aprendizaje –y, consecuentemente, de transmisión de las enseñanzas– era la consecuencia obligada de la concepción de la Historia desde el positivismo más puro.

La perspectiva positivista construía una Historia cuya única finalidad había de ser la de organizar unos datos que, conocidos a través de documentos, eran totalmente objetivos. De esta objetividad se desprendía, precisamente, la categorización de la Historia como ciencia. Y de ello se derivaría también la enseñanza en las aulas de lo considerado verdadero: unos hechos acabados, desempeñados por unos personajes arquetípicos, y que acaban conformando unas relaciones sociales armónicas⁹.

Traditionally, History lessons have been used to create a univocal national awareness through national icons, models of behaviour and forms of social organization that have lasted over time. The result today is that many students today have no identification with the images of the past so often presented to them; the contents have no focus for solving the problems of the world they are living in¹⁰.

Sin embargo, es desde la Escuela de los Annales y su influencia en la enseñanza –sobre todo, a partir de los 70 – cuando la Historia deja de verse como mera organización de los acontecimientos pretéritos y se amplía la realidad histórica hasta enfocarse en el presente.

⁶ María Teresa del Carmen CABANILLAS, “Modelos de hogar [...]”, op. cit., p. 38.

⁷ *Ibidem*, p. 41.

⁸ *Ibidem*, p. 36.

⁹ M.L. GRANATA y C. BARALE, “Problemas epistemológicos en el conocimiento social e histórico”, *Fundamentos en humanidades*, año II, n° 1 (3), 2001, pp. 59-77.

¹⁰ Jorge ORTUNO-MOLINA, Sebastián MOLINA-PUCHE y Pedro MIRALLES-MARTÍNEZ, “Family Histories and Identities of Integration: The Use of Family Concept in History Classroom in Spanish Kindergarten and Elementary School”, *The International Journal of Interdisciplinary Social Sciences*, n° 6 (5), 2012, p. 180.

Esta perspectiva, en consonancia con lo que llamaremos pensamiento histórico, será la que se adecue a las presentes demandas sociales, en las que se le exige a la Escuela la formación de individuos portadores de una formación integral que, además de profesionales, sean ciudadanos con criterios y valores para el funcionamiento de esta sociedad¹¹.

El alumno habrá de desarrollar su pensamiento histórico, lo que no se limita al conocimiento de hechos pasados.

Pensar históricamente conlleva (...) dos habilidades fundamentales: la capacidad de comprender el tiempo histórico y razonar causalmente, por un lado; y la capacidad de valorar e interpretar críticamente las fuentes de información histórica por otro¹².

Si a las habilidades exigidas para el desarrollo del pensamiento histórico, les unimos la idoneidad del trabajo interdisciplinar para el desarrollo de ciertas competencias básicas¹³ y las relaciones que Historia y Literatura presentan desde su epistemología¹⁴, el trabajo con obras literarias para la enseñanza de la Historia encuentra un sustento válido.

Existe constancia de que la Literatura facilita la comprensión de la realidad que nos rodea¹⁵ y queda más que demostrada la idoneidad de la narración para la estructuración temporal¹⁶. Basta articular una propuesta didáctica sólida para que el desarrollo del pensamiento histórico sea posible; una planificación que motive el análisis crítico de la información que nos proporciona la fuente (en este caso, la obra literaria), a la par que presente la Historia como no cerrada.

Sin duda, el problema que presenta el trabajo interdisciplinar en las aulas, entre otros, es la planificación del currículo. Molinero pone en relación los contenidos de Ciencias Sociales y Lengua Castellana para la etapa de ESO y Bachillerato, con la pretensión de hacer coincidir “la época histórica, los movimientos, géneros literarios o artísticos”¹⁷. La interrelación de las dos materias es posible, si bien no está exenta de problemas derivados de una organización curricular pensada desde planteamientos muy alejados a nuestras pretensiones. La no coincidencia entre un mismo momento histórico entre las distintas áreas de conocimiento, además de irracional, promueve una desarticulación entre los conocimientos que transmitimos al alumnado que suele pasar factura.

EL SÍ DE LAS NIÑAS: BÚSQUEDA DE LA ARMONÍA SOCIAL EN UN CAMBIO DE ÉPOCA

Leandro Fernández de Moratín (1760-1828) es, indudablemente, una de las referencias claves del teatro neoclásico español. El Neoclasicismo, entendido como estilo propio de la

¹¹ A. ZABALA y L. ARNAU, *Cómo aprender y enseñar competencias*, Madrid, Graó, 2007.

¹² M. CARRETERO y M. MONTANERO, “Enseñanza y aprendizaje de la Historia: aspectos cognitivos y culturales”, *Cultura y Educación*, nº 20 (2), 2008, p. 135.

¹³ A. ZABALA y L. ARNAU apuntan en su obra, *Cómo aprender y enseñar competencias*, tres tipos de competencias distinguidas por si son fruto de un trabajo disciplinar, interdisciplinar o metadisciplinar.

¹⁴ Ya Wellen y Warren (en Domínguez, 2009) señalaban tres relaciones entre la literatura y la sociedad: la sociología del escritor, el fondo social de la obra y la influencia real de la literatura y público de las mismas.

¹⁵ P. GARCÍA, “La interculturalidad en los cuentos, una visión del mundo en la clase de literatura”, *Lenguaje y textos*, nº 23, 2005, 13-30.

¹⁶ Ejemplos de ello son las conocidas obras de A. CALVANI (1988) y Kiera EGAN (1994); o los estudios más recientes de A. E. VERGARA, M. N. BALBI y S.B. SCHIERLOH (2010).

¹⁷ E. MOLINERO, “Literatura e historia. Elementos para un reencuentro en el aula”, *Íber. Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, nº 71, 2012, p. 28.

Ilustración¹⁸, hace de las formas clásicas una “renovación” para mostrar un equilibrio natural que, en muchos de los casos, se expresa a través de una literatura didáctica.

Los autores neoclásicos transmiten las ideas ilustradas en una época de cambios en los que el reformismo intelectual promueve y coincide con la reforma social. *El sí de las niñas*, de 1806, se sitúa en lo que podríamos conocer como el declive de la Ilustración¹⁹, en un tramo histórico que finalizará con el triunfo de las ideas liberales (1808).

Las obras de estos autores, entre las que se encuentran las de Moratín, ponen de manifiesto la eficacia de ese racionalismo, situado en la base de la Ilustración, que se hará operativo en la pretensión de “sistematizar las directrices de la cultura y fijar una norma de organización práctica político-económica que asegure una perspectiva de felicidad pública”²⁰. Esa idea de progreso llevará consigo mostrar la belleza de lo natural, que no necesita más que la existencia de la razón para la conservación de su armonía y, por tanto, de la felicidad.

Moratín debe, consecuentemente, “mostrar en escena las ventajas de la armonía social y, concéntricamente con ésta, de la armonía doméstica y familiar”²¹. Y lo hace a través de un número escaso de personajes, pero que resultan suficientes para representar las viejas ideas agonizantes, y el nuevo racionalismo que triunfa. Lo que el autor lleva a cabo es una reducción de la realidad social a la familiar, representando de forma exquisita los valores que se enfrentan y haciendo crítica a los estamentos propios del Antiguo Régimen, que se corresponden con los personajes que pone en escena²².

En la obra “aparecen los matrimonios desiguales, la educación de los hijos, las relaciones amorosas, las relaciones paternofiliales, la sociedad, los tipos y problemas sociales del momento”²³. Y todo ello articulado por una doña Irene que es la representación de una “generación anquilosada y moralmente muerta”²⁴, un don Diego que es el reflejo de una vieja España donde ha penetrado el espíritu ilustrado, y una doña Paquita y don Carlos que son el resultado de la educación de sus tiempos.

Moratín utiliza la escena para mostrarnos unas situaciones que permanecen más allá de los cambios, a la vez que conforma un espacio ideal para debatir sobre dichas transformaciones. Y este espacio de debate, de confrontación entre la vieja y la nueva España, es una posada estática en la que coinciden distintos estamentos sociales que dejan, momentáneamente, de estar separados.

Las ideas ilustradas y la importancia de la razón quedan especialmente de manifiesto en el papel desempeñado por don Diego durante la obra. Don Diego “seguirá el camino de la honestidad intelectual, del análisis, del razonamiento lógico a través del diálogo, partiendo de una

¹⁸ Margarita ALMELA BOIX, *Textos Literarios Modernos (siglos XVIII y XIX)*, Madrid, Editorial universitaria Ramón Areces UNED, 2010, p. 22.

¹⁹ ALMELA BOIX (2010) distingue tres etapas en siglo XVIII. En la primera, correspondiente al reinado de Felipe V, se produce el inicio de la Ilustración, dominado lo literario por las obras de corte intelectual. La segunda, con Carlos III, se correspondería con la Ilustración propiamente dicha. Y la tercera de las etapas, con Carlos IV, es el declive de la Ilustración, que finalizará en 1808 con el triunfo napoleónico.

²⁰ Margarita ALMELA BOIX, *Textos Literarios Modernos* [...], op. cit, p. 19.

²¹ J. M. SALA, “Los afectos sociales y domésticos en el teatro de Leandro Fernández de Moratín: El beso de Doña Francisca y Rita”, 2001 [versión electrónica]. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/los-afectos-sociales-y-domsticos-en-el-teatro-de-leandro-fernndez-de-moratn---el-beso-de-doa-francisca-y-rita-0/html/>.

²² Loreto BUSQUETS (2003) sugiere esta idea haciendo corresponder a Irene con la nobleza, doña Francisca con el clero y don Carlos con el ejército.

²³ Jesús CAÑAS, “El sí de las niñas, de Leandro Fernández de Moratín, en la comedia de buenas costumbres”, 2000 [versión electrónica]. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-s-de-las-nias-de-leandro-fernndez-de-moratn-en-la-comedia-de-buenas-costumbres-0/html/>

²⁴ Loreto BUSQUETS, “Iluminismos e ideal burgués en El sí de las niñas”, 2003 [versión electrónica]. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/iluminismo-e-ideal-burgus-en-el-s-de-las-nias-0/html/>

premisa que es una verdad insoslayable y un derecho enajenable del ser humano: la libertad”²⁵. Don Diego renuncia a sus intereses personales – el matrimonio con Paquita y el remedio a su soledad – para dejar que los hechos transcurran como es natural.

En consonancia con el amor burgués, “Paquita ama para contraer matrimonio, para tener hijos y formar un hogar”²⁶. Más allá de la seguridad económica que para ella don Diego representa, este no puede dar respuesta a estas necesidades por su diferencia de edad. Por lo tanto, es el propio don Diego el que hace que lo social deje de ser un obstáculo para el amor, y que el amor entre en esta sociedad que solo necesita articularse a través de la razón.

En resumen, “*El sí de las niñas* se convierte (..) en una comedia de tesis, un texto hecho para transmitir una determinada visión de la realidad, o de una parcela concreta de la realidad, que se desea trasladar al auditorio”²⁷. Lo que nos transmite no es otra cosa que el reformismo social, defendido por el autor a través de la educación más que de la revolución, y que acabará materializándose en el establecimiento de la sociedad liberal y el nacimiento de las clases sociales. Y todo ello lo hace Moratín a través de un conflicto familiar que culmina en felicidad gracias al papel de la razón.

PROPUESTA DIDÁCTICA

1. Contextualización.

La contextualización de la propuesta didáctica que proponemos es la reflejada en la Tabla 1.

Tabla 1: Contextualización de la propuesta.

Etapas	Educación Secundaria
Nivel	4.º
Áreas de conocimiento implicadas	Lengua castellana y literatura. Ciencias Sociales, Geografía e Historia.

2. Objetivos a desarrollar y contenidos trabajados.

La realización de esta actividad contribuirá al desarrollo de los objetivos generales Ciencias Sociales y Lengua castellana y literatura, presentes en el Decreto número 291/2007, de 14 de septiembre, por el que se establece el currículo de la Educación Secundaria Obligatoria en la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Los objetivos específicos desarrollados serán resultantes del trabajo interdisciplinar de ambas disciplinas, conllevando el trabajo de unos determinados contenidos. Todo ello quedará reflejado en la Tabla 2.

²⁵ Loreto BUSQUETS, “Iluminismos e ideal [...]”, op. cit., [versión electrónica]. Recuperado de: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/iluminismo-e-ideal-burgues-en-el-s-de-las-nias-0/html/>

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Jesús CAÑAS, “El sí de [...]”, op. cit., [versión electrónica].

Tabla 2: Objetivos generales, objetivos de la actividad y contenidos trabajados

OBJETIVOS GENERALES		OBJETIVOS DE LA ACTIVIDAD	CONTENIDOS
Lengua castellana y literatura	Ciencias Sociales. Historia.		
15. Aproximarse al conocimiento de muestras relevantes del patrimonio literario y valorarlo como un modo de simbolizar la experiencia individual y colectiva en diferentes contextos histórico-culturales.	5. Identificar y localizar en el tiempo y en el espacio los procesos y acontecimientos históricos relevantes de la historia del mundo, de Europa y de España para adquirir una perspectiva global de la evolución de la Humanidad con un marco cronológico preciso y elaborar una interpretación de la misma que facilite la comprensión de las comunidades sociales a las que se pertenece.	1. Conocer los principales cambios que conlleva la construcción del Estado liberal partiendo de las confrontaciones familiares que tienen lugar en el texto.	<ul style="list-style-type: none"> - Localización en el tiempo y en el espacio de los acontecimientos y procesos históricos más relevantes. - Valoración del papel de los hombres y las mujeres, individual y colectivamente, como sujetos de la historia. - Crisis del Antiguo Régimen y construcción del Estado liberal en la España del siglo XIX. - Desarrollo de la autonomía lectora y aprecio por la literatura como fuente de identificación, de placer estético y de comprensión de los fenómenos culturales.
15. Aproximarse al conocimiento de muestras relevantes del patrimonio literario y valorarlo como un modo de simbolizar la experiencia individual y colectiva en diferentes contextos histórico-culturales. 18. Utilizar la lectura y la escritura como fuentes de placer, de enriquecimiento personal y de conocimiento del mundo y consolidar hábitos lectores.	1. Identificar los procesos y mecanismos que rigen los hechos sociales y las interrelaciones entre hechos políticos, económicos y culturales y utilizar este conocimiento para comprender la pluralidad de causas que explican la evolución de las sociedades actuales, el papel que hombres y mujeres desempeñan en ellas y sus problemas más relevantes.	2. Identificar un tema o problema en un fragmento literario, indagando en su origen y expresando un punto de vista personal.	<ul style="list-style-type: none"> - Identificación de los factores que intervienen en los procesos de cambio histórico, diferenciación de causas y consecuencias. - Búsqueda y selección de información de fuentes escritas, diferenciando los hechos de las opiniones. Contraste de informaciones contradictorias o complementarias a propósito de un mismo hecho. - Desarrollo de la autonomía lectora y aprecio por la literatura como fuente de identificación, de placer estético y de comprensión de los fenómenos culturales.
13. Aplicar con cierta autonomía, los conocimientos sobre la lengua y las normas del uso lingüístico para comprender textos orales y escritos y para escribir y hablar con adecuación, coherencia, cohesión y corrección. 18. Utilizar la lectura y la escritura como fuentes de placer, de enriquecimiento personal y de conocimiento del mundo y consolidar hábitos lectores.	9. Comprender los elementos técnicos básicos que caracterizan las manifestaciones artísticas en su realidad social y cultural para valorar y respetar el patrimonio natural, histórico, cultural y artístico, asumiendo la responsabilidad que supone su conservación y apreciándolo como recurso para el enriquecimiento individual y colectivo.	3. Aplicar conocimientos históricos en una creación literaria propia, mostrando seguridad ante esta producción.	<ul style="list-style-type: none"> - Identificación de los componentes que intervienen en los procesos históricos y comprensión de las interrelaciones que se dan entre ellos. - Composición de textos de intención literaria y elaboración de trabajos sobre lecturas.

3. Contribución a las competencias básicas.

En la Tabla 3, sintetizamos la contribución al desarrollo de las competencias básicas.

<i>Tabla 3: Relación de los objetivos, con las competencias básicas y sus criterios de desarrollo</i>		
OBJETIVO DE LA ACTIVIDAD	COMPETENCIA BÁSICA	CRITERIOS DE DESARROLLO
1. Conocer los principales cambios que conlleva la construcción del Estado liberal partiendo de las confrontaciones familiares que tienen lugar en el texto	<i>Competencia lingüística</i>	<ul style="list-style-type: none"> - Formación de un juicio crítico ante un texto. - Distinción de aspectos reales en lo literario.
	<i>Competencia social y ciudadana</i>	<ul style="list-style-type: none"> - Conocimiento de la realidad social. - Reconocimiento de cambios en el tiempo. - Interés por los problemas de otros.
2. Identificar un tema o problema en un fragmento literario, indagando en su origen y expresando un punto de vista personal	<i>Competencia lingüística</i>	<ul style="list-style-type: none"> - Lectura eficaz. - Comprensión de textos, identificando las ideas principales. - Adquisición de habilidades para expresar opiniones y sentimientos.
	<i>Competencia social y ciudadana</i>	<ul style="list-style-type: none"> - Comprensión de los cambios sociales. - Conciencia de la multiplicidad causal.
	<i>Competencia en autonomía e iniciativa personal</i>	<ul style="list-style-type: none"> - Fijación de metas. - Obtención de conclusiones.
	<i>Competencia cultural y artística</i>	Conocimiento de manifestaciones culturales.
3. Aplicar conocimientos históricos en una creación literaria propia, mostrando seguridad ante esta producción.	<i>Competencia lingüística</i>	<ul style="list-style-type: none"> - Adquisición de habilidades propias para la expresión. - Realización de composiciones escritas, respetando aspectos formales y el tipo de texto.
	<i>Competencia cultural y artística</i>	<ul style="list-style-type: none"> - Uso del lenguaje como un código artístico. - Valoración de la libertad de expresión.
	<i>Competencia en autonomía e iniciativa personal</i>	<ul style="list-style-type: none"> - Capacidad de responder con seguridad y autonomía a lo propuesto. - Valoración realista de su capacidad para aprender.
	<i>Competencia social y ciudadana</i>	- Relación del pasado con el presente.

3.1. Desarrollo de la actividad.

Para la realización de esta actividad, partiremos de la lectura de un fragmento de la escena V del acto II de *El sí de las niñas* (Tabla 4). Desde el inicio de la actividad se supone el conocimiento del argumento general de la obra, bien porque dicha obra ha sido trabajada en

clase, o bien porque el docente les ha proporcionado información adicional a la del fragmento. La elección del fragmento responde a que en él se trata la temática principal de la obra, el matrimonio, quedando reflejadas las posturas de los principales personajes implicados. Dichas perspectivas serán relacionadas con las ideas propias del Antiguo Régimen o de la emergente sociedad burguesa influida por la Ilustración.

Tabla 4: Fragmento trabajado de la obra

<p style="text-align: center;">DOÑA FRANCISCA</p> <p><i>No, señor; lo que dice su merced eso digo yo, lo mismo. Porque en todo lo que me mande la obedeceré.</i></p> <p style="text-align: center;">DON DIEGO</p> <p><i>¡Mandar, hija mía!... En estas materias tan delicadas los padres que tienen juicio no mandan. Insinúan, proponen, aconsejan; eso sí, todo eso sí, ¡pero mandar!.. ¿Y quién ha de evitar después las results funestas de lo que mandaron? ... Pues ¿cuántas veces vemos matrimonios infelices, uniones monstruosas, verificadas solamente porque un padre tonto se metió a mandar lo que no debiera? (...) Decente, que yo no culpo lo que no se opone al ejercicio de la virtud. ¿Pero cuáles ería entre todas ellas la que no estuviere ya prevenida a favor de otro amante más apetecible que yo? Y en Madrid, fígrese usted en un Madrid... Lleno de ideas me pareció que tal vez hallaría en usted todo cuanto yo deseaba.</i></p> <p style="text-align: center;">DOÑA IRENE</p> <p><i>Y puede usted creer, señor don Diego, que...</i></p> <p style="text-align: center;">DON DIEGO</p> <p><i>Voy a acabar, señora, déjeme usted acabar. Yo me bago cargo, querida Paquita, de lo que habrán influido en una niña tan bien inclinada como usted las santas costumbres que ha visto practicar en aquel inocente asilo de la devoción y la virtud; pero si, a pesar de todo esto, la imaginación acalorada, las circunstancias imprevistas, la hubiesen hecho elegir sujeto más digo, sepa usted que yo no quiero nada con violencia. (...). Su madre de usted no es capaz de querer una injusticia (...).</i></p> <p style="text-align: center;">DOÑA IRENE</p> <p><i>¿Puedo hablar ya, señor?</i></p> <p style="text-align: center;">DON DIEGO</p> <p><i>Ella, ella debe hablar, y sin apuntador y sin intérprete.</i></p> <p style="text-align: center;">DOÑA IRENE</p> <p><i>Cuando yo se lo mande.</i></p> <p style="text-align: center;">DON DIEGO</p> <p><i>Pues ya puede mandárselo, porque a ella la toca responder... Con ella he de casarme con usted no.</i></p> <p style="text-align: right;">Acto II, Escena V</p>

La actividad comenzará con la lectura del fragmento, tanto de forma individual como grupal, repartiendo papeles entre los alumnos. Tras esta primera lectura, estos habrán de responder a cuestiones que pretenden extraer las ideas principales del texto y contrastar las perspectivas y conocimientos de los alumnos.

1. ¿Sobre qué crees que están tratando los personajes de la obra?
2. ¿Cuál es la postura de cada uno de ellos?
3. ¿En qué momento histórico situarías esta conversación?

Tras conocer las respuestas de los alumnos, que serán escritas y que también formarán parte de una puesta en común grupal, los alumnos completarán la Tabla 5, que resumirá el contenido del texto y/o las interpretaciones que de él ha hecho el alumno.

<i>Tabla 5: Tarea para la síntesis de ideas</i>		
¿Qué es o qué crees que es el matrimonio para ...		
doña Irene?	don Diego?	doña Francisca?

Una vez realizada la tarea, se establecerá el debate en el aula. El docente fomentará la comparación entre la actual perspectiva sobre el matrimonio y cada una de las que poseen los personajes. La siguiente tarea obligará al alumno a pensar sobre las causas de cada uno de los comportamientos sociales. Para ello, siguiendo el mismo esquema, completará la Tabla 6. El docente indicará que han de buscar causas sociales, de la colectividad, sin intentar basar la respuesta en una mera consideración psicológica del personaje.

<i>Tabla 6: Tarea sobre causalidad</i>		
¿Por qué crees que piensa esto		
doña Irene?	don Diego?	doña Francisca?

El alumno habrá de percibir, durante el desarrollo de la tarea, la necesidad de conocer el contexto histórico del momento y los cambios que están teniendo lugar para dar explicación a los conflictos familiares que se presentan. Es ahora cuando el docente debe introducir el contenido histórico. Se ha de situar históricamente al alumno, ofreciendo datos imprescindibles para la comprensión del cambio social que está teniendo lugar con el cambio de siglo.

Esta exposición debe realizarse sin alejarnos del conflicto familiar que tenemos presente en la obra y que está originado por los cambios de ideologías.

Después de ello, habremos de plantear preguntas que relacionen el texto con la realidad histórica. Algunas de ellas podrían ser:

1. Leandro Fernández de Moratín relaciona a doña Irene, doña Francisca y don Carlos con un estamento social propio del Antiguo Régimen. ¿Con cuál crees que identifica a cada uno de ellos? ¿Qué crítica hace a ese estamento?
2. La figura de don Diego es vital a lo largo de la obra. El personaje renuncia a sus intereses personales, apoyándose en la razón. ¿Qué argumentos utiliza? Pon un ejemplo del texto.
3. La renuncia de don Diego es un enfrentamiento claro a los tradicionalismos del Antiguo Régimen que quedaban amparados incluso por la ley (Carlos III en 1776 obliga a los hijos a tener consentimiento del cabeza de familia para casarse). ¿Por qué podríamos decir que don Diego es icono del pensamiento ilustrado?
4. ¿En qué modo deducimos que se ve afectada la educación de la mujer y el papel de esta en la sociedad con los cambios que dejan de manifiesto la obra? ¿Cuáles son las transformaciones del elemento “familia”?

Tras todo lo anterior, pediremos al alumno que realice una producción literaria propia en la que se establezca un diálogo de personajes, tal y como ocurre en el texto que hemos trabajado. La única condición que pondremos a la creación será que conviertan a uno de las personas (doña Irene, don Diego, don Carlos o doña Francisca) en un ciudadano del siglo XXI. Pretendemos, a la par que aumentar sus capacidades para la producción literaria, conseguir así la comparativa entre uno y otro tiempo, señalando al final de la tarea el alumno qué es lo que ha cambiado qué lo que permanece.

La evaluación de la actividad se llevará a cabo atendiendo a los criterios de evaluación presentes en el currículum, que instrumentaremos a través de los indicadores de desarrollo de las competencias básicas.

CONCLUSIONES

El conocimiento de la realidad social pretérita y la comprensión de la realidad social presente es un hecho imprescindible para el alumnado. Su enseñanza ha de llevarse a cabo promoviendo la formación integral de los que serán los futuros ciudadanos y para los que la realidad no ha de presentarse como un hecho fragmentado sino como un escenario complejo estudiado, paralelamente, por las distintas disciplinas.

La historia de la familia, como parte de la historia social, rescata el valor de las personas como contribuyentes a la creación y la modificación de la Historia. El análisis del elemento familia nos proporciona, pues, una información histórica ante la que razonar y construir conocimientos, contribuyendo ello al desarrollo del pensamiento histórico en nuestro alumnado.

La familia es, a la par, el eje sobre el que se articula la obra de Fernández de Moratín. Los conflictos familiares, a través de unos personajes que representan la confluencia de distintas visiones históricas en un mismo momento, ejemplifican a la perfección la influencia del pensamiento ilustrado en la sociedad de finales del siglo XVIII e inicios del siglo XIX. Y hacen que el lector perciba cómo los cambios sociales están impulsados y tienen influencia en cada uno de los individuos e instituciones familiares que forman parte de la colectividad. Así, pues, la obra literaria se convierte en una fuente secundaria de considerable valor para acercar al alumno a una realidad social que deja de ser pasada y abstracta, para concretarse en personajes con nombres y apellidos que muestran coincidencias y divergencias en sus comportamientos con los individuos que forman la sociedad de nuestros tiempos.

La organización curricular impide una correcta relación entre la época histórica y los movimientos artísticos literarios del momento, empobreciendo considerablemente nuestra propuesta. Pese a todo, el planteamiento presentado pone de manifiesto cómo la historia y literatura son combinables y cómo su trabajo interdisciplinar permite y favorece el desarrollo de las competencias básicas.

Esa familia, la de Moratín, la complicada familia del autor neoclásico, es espejo y reflejo de la Historia de sus tiempos; y, aún más, también de los nuestros.

EL FENÓMENO DEL COLECCIONISMO FOTOGRÁFICO Y LOS ÁLBUMES FAMILIARES DURANTE EL SIGLO XIX: UNA APROXIMACIÓN AL ESTUDIO DE LA COLECCIÓN FOTOGRÁFICA FONTES PASCUAL DE RIQUELME VIUDES

Asensio Martínez Jódar

Universidad de Murcia

INTRODUCCIÓN

La invención de la fotografía durante la primera mitad del siglo XIX cambió para siempre la manera en la que el ser humano se relacionaba con el mundo e incluso consigo mismo. Gracias a esta nueva invención el hombre decimonónico pudo conocer de primera mano lugares remotos, saber qué aspecto tenían sus parientes lejanos e incluso pudo «poner cara» a sus dirigentes y representantes políticos. A día de hoy la fotografía está integrada de una manera tan natural en nuestra vida cotidiana que nos resulta difícil hacernos una idea del valor real que tuvieron estas conquistas. En realidad, la revolución que supuso la imagen fotográfica en el siglo XIX es equiparable a la que se ha vivido en la actualidad con las nuevas tecnologías de la información y la adopción de las redes sociales. En nuestros días, la inclusión del ordenador e internet en nuestra vida diaria ha variado la forma en la que nos relacionamos con los demás. No obstante, ha habido que esperar a que estos avances estuvieran al alcance de un gran número de personas para que se desarrollasen plenamente, o dicho de otro modo, a que accedieran al ámbito doméstico. Con la fotografía sucedió algo parecido, fue en el instante en el que entró masivamente a los hogares de la clase media cuando obtuvo un gran impulso y se transformó en un elemento clave en las relaciones sociales.

El álbum fotográfico familiar cobrará una gran importancia en todo este proceso y a través de su análisis podremos obtener importante información acerca de sus dueños, como su entorno social, sus intereses, sus ideas políticas, sus gustos etc. Con el desarrollo del presente trabajo veremos de qué manera están estos aspectos reflejados en el álbum familiar y analizaremos las circunstancias que llevan a su aparición, entre las que destaca la afición del coleccionismo fotográfico. Atenderemos a todos estos aspectos sirviéndonos de un caso particular, la colección Fontes Pasqual de Riquelme Viudes, comenzada en Murcia alrededor de 1860.

EL AUGE DE LA FOTOGRAFÍA Y EL SURGIMIENTO DEL COLECCIONISMO

Antes de hablar de los álbumes fotográficos y la colección Fontes Pasqual de Riquelme Viudes vamos a hacer un breve recorrido por las primeras décadas de vida de la fotografía, con el fin de identificar aquellos elementos que dieron paso a la aparición del coleccionismo y de los primeros álbumes.

El primer procedimiento fotográfico, el daguerrotipo, fue presentado en París en el año 1839¹. Fue desarrollado por Daguerre a partir de los descubrimientos hechos por su socio

¹ Para más información sobre el daguerrotipo, su desarrollo y expansión se puede consultar el siguiente volumen: M.L. SOUGEZ, *Historia de la fotografía*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 51-94.

Nicéphore Niépce. El daguerrotipo empleaba como soporte una placa de cobre recubierta de una capa de plata en uno de sus lados, que convenientemente pulida y tratada se volvía fotosensible.

Las imágenes obtenidas a través de este procedimiento resultaban bastante frágiles, pues se podían rayar con bastante facilidad y el contacto con el aire hacía que la capa de plata se oxidara, con lo que la calidad del retrato se veía seriamente afectada. Para salvar estos inconvenientes los daguerrotipos fueron encapsulados dentro de pequeños estuches empleando el siguiente procedimiento: primeramente, se colocaba sobre la placa un marco de latón y sobre este un cristal, el conjunto era sellado con cinta adhesiva para preservarlo de la acción del aire e introducido dentro del estuche, que generalmente estaba forrado de terciopelo. En muchas ocasiones, se empleaba un segundo marco de latón flexible que abrazaba y ajustaba el resto de componentes a la caja del estuche. Estos se hicieron en distintos materiales que variarían a lo largo de varios años, desde los más sencillos de cuero repujado y madera hasta los termoplásticos.

Tal complejidad material hacía del daguerrotipo un producto bastante caro, en realidad solo una pequeña porción de la población podía permitirse retratarse a través de esta técnica. Además, el hecho de que se trataba de una imagen única, no multiplicable y el empleo del estuche lo situaban más cerca del retrato al óleo en miniatura que al concepto de fotografía actual. De hecho, al principio muchos daguerrotipos eran coloreados por pintores miniaturistas² con lo que el parecido entre ambas modalidades de retrato era aún mayor.

Durante los años cincuenta un ingenioso fotógrafo francés ideó un nuevo sistema que terminaría por desbancar al daguerrotipo y dar paso a la siguiente etapa de la historia de la fotografía. Se trataba de Disdéri, retratista parisino y audaz hombre de negocios. Disdéri se percató de que por su precio el daguerrotipo solo era accesible a una pequeña parte de la población francesa, por lo que si conseguía abaratar el retrato fotográfico aumentaría su clientela. Para conseguir esto, ideó un nuevo procedimiento fotográfico, sustituyó las placas de cobre y plata por negativos de vidrio al colodión³, que además de resultar mucho más económicas daban la posibilidad de obtener varias copias a partir de un mismo cliché. Para el revelado final optó por el papel, material que resultaba barato a la par que práctico. Además de emplear estos dos elementos, Disdéri también diseñó una cámara dotada de múltiples objetivos, lo que permitía obtener de un solo negativo de cuatro a diez retratos en pequeño formato, dividiéndose así los costes por el número de fotos obtenidas⁴. Tras el revelado en papel, cada retrato se recortaba y se pegaba sobre un cartón rígido destinado a facilitar su manipulación y a favorecer su conservación. La medida de este peculiar formato era de aproximadamente 6 x 9 cm, similar al empleado en las tarjetas de visita personales y comerciales de la época, por lo que el invento recibió el nombre de «carte de visite» (tarjeta de visita en francés). Disdéri patentó su sistema en 1854⁵, lo que no evitó que enseguida le surgieran multitud de imitadores, extendiéndose cada vez más el uso del retrato. Gracias al procedimiento de la «carte de visite» con cada visita al fotógrafo se obtenían varios retratos a un precio muy bajo y a consecuencia de ello, muy pronto nació la costumbre de intercambiar los sobrantes con amigos y familiares.

² Viendo peligrar su oficio al inventarse la fotografía muchos pintores miniaturistas se asociaron con daguerrotipistas y fotógrafos para ofrecer a sus clientes retratos a color. Por este motivo era bastante habitual ver en la prensa del XIX los anuncios de este tipo de asociaciones, sobre todo en las décadas de los cincuenta y sesenta. En Murcia, por ejemplo, estaba el caso del fotógrafo Julio Planchard, que en 1860 vino acompañado del pintor de miniaturas Enrique Lorichon. Su anuncio fue publicado en el diario *La Paz de Murcia*, el 28 de marzo de 1860 (p. 4).

³ También conocido como algodón-pólvora o piroxilina este producto se volvía fotosensible al añadirle yoduro de plata. Presentaba la ventaja de acortar el tiempo de exposición con respecto al daguerrotipo, aunque también tenía un importante inconveniente, pues durante todo el proceso de toma y revelado la emulsión debía mantenerse húmeda. M.L. SOUGEZ, *Historia de la [...]* op. cit, pp. 128-131.

⁴ B. RIEGO AMÉZAGA, *La construcción social de la realidad a través de la fotografía y el grabado informativo en la España del Siglo XIX*, Santander, Universidad de Cantabria, 2001, p. 331.

⁵ G. FREUND, *La fotografía como documento social*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1993. p. 58.

El precio de la fotografía descendió enormemente en pocos años. Veamos un ejemplo concreto, para el cual hemos escogido dos referencias que aparecieron en la prensa de Murcia en un corto periodo de tiempo. Así pues, según un anuncio publicado en 1858⁶ un solo daguerrotipo podía costar entre 80 y 200 reales, el precio exacto dependería del tamaño, tipo de estuche, si se quería coloreado o no etc. Siete años más tarde, en 1865 el fotógrafo francés Laurent Rouede ofrecía a los murcianos 12 retratos en «carte de visite» por 64 reales⁷.

La caída de los precios hizo a la fotografía accesible a una mayor cantidad de personas y el número de retratos realizados creció exponencialmente. En palabras de Giselè Freund, “Gracias a ese cambio radical de formatos y precios, Disdéri logró la popularidad definitiva de la fotografía. Esos retratos que hasta ahora quedaban reservados a la nobleza y la burguesía rica, se volvieron accesibles para quienes vivían con menos holgura”⁸. Aunque habían perdido la exclusividad de retratarse, los miembros de las clases alta y media podían acudir con mayor regularidad a los gabinetes fotográficos, pero no solamente lo hacían para adquirir la propia efigie, si no también la de gobernantes, políticos, escritores, artistas y otras personalidades célebres. De esta manera nació una nueva moda que causó un gran furor entre los miembros de la burguesía europea, el coleccionismo fotográfico también denominado «cartomanía»⁹. Los álbumes surgieron entonces como una solución de almacenamiento ante la gran cantidad de imágenes que comenzaban a atesorar las familias burguesas.

El número de fotógrafos aumentó a la par que lo hacía la demanda de retratos, a ello contribuyó también en gran medida la sencillez del procedimiento ideado por Disdéri. Una gran multitud de personas que habían desempeñado antes diversos empleos intentaron probar suerte en la nueva profesión de moda. El aumento de la competencia en Francia hizo que muchos fotógrafos se animaran a venir a España en busca de un mercado menos saturado. Es por ello que encontramos a mediados de los cincuenta un gran número de operadores franceses trabajando en nuestro país, algunos de ellos lo harán de manera ambulante por varias ciudades.

En España la expansión y consolidación del formato «carte de visite» se vivió en los primeros años de la década de 1860, hecho que coincide además con la apertura de gabinetes estables en las principales ciudades que solían estar ya regentados por fotógrafos de origen local. La prensa fue un importante vehículo de expresión para estos profesionales, a través de ella publicaban anuncios que usaban para dar a conocer sus gabinetes e informar a sus clientes de las novedades y promociones.

LOS ÁLBUMES FOTOGRÁFICOS

Como ya citamos más arriba, los álbumes fotográficos aparecieron para responder a una nueva necesidad, la de almacenar una gran cantidad de fotografías. Esta, se debió en gran parte a la aparición de la «carte de visite» y las nuevas prácticas asociadas a ella como el intercambio de retratos y el coleccionismo. La idea originaria del álbum pudo derivar de elementos anteriores como los libros ilustrados con fotografías pegadas. El primero de estos libros fue *The Pencil of Nature*, editado por el fotógrafo británico Fox Talbot en 1844, estaba compuesto por láminas ilustradas con calotipos¹⁰ pegados que representaban bodegones y objetos familiares¹¹. Entre los

⁶ *La Paz de Murcia*, 26 de noviembre de 1858, p. 2.

⁷ *La Paz de Murcia*, 5 de enero de 1865, p. 4.

⁸ G. FREUND, *La Fotografía como [...]* op. cit, p. 57.

⁹ E. L. LARA LÓPEZ, “La representación social de la muerte a través de la fotografía (Murcia y Jaén, 1870-1902): Una historia de la imagen burguesa”, *Revista de dialectología y tradiciones populares*, nº 60 (2), 2005, pp. 129-148 (p. 133).

¹⁰ El calotipo fue un procedimiento fotográfico patentado por Fox Talbot en 1841. También conocido como talbotipo empleaba como soporte fotosensible papel tratado con nitrato de plata y yoduro de potasio. Tras tomar la imagen el papel se bañaba en cera derretida para volverlo translúcido, con lo que se obtenía un negativo a partir del

que aparecieron en los años siguientes destaca *Annals of the Artist of Spain* de William Stirling, editado en 1847 y que incluía entre sus páginas reproducciones de obras de artistas españoles como El Greco, Velázquez o Goya¹². Los dos ejemplos citados son dos libros ilustrados con imágenes obtenidas por procedimientos fotográficos, pero aún es posible que haya un antecedente anterior a ellos relacionado con los retratos al «fisionotrazo»¹³, que según Juan Naranjo¹⁴ eran colocados en álbumes y regalados familiares.

En cuanto a los primeros álbumes como tales, según afirma Ellen Maas¹⁵, aparecieron en París después de 1858 a raíz de la generalización del formato «carte de visite» que: “condujo a desarrollar una serie de diferentes construcciones de álbumes que permitían guardar las fotografías montadas sobre cartón sin necesidad de tener que pegarlas definitivamente”. Este es un hecho importante ya que al no estar las imágenes fijas sobre las páginas la colección podía ir evolucionando libremente con el paso del tiempo. Así, los retratos se podían recolocar una y otra vez siguiendo determinados criterios, o incluso ser cambiados a un álbum mayor a medida que la colección iba aumentando o se añadían nuevos formatos.

Parece ser que los primeros álbumes fabricados fueron del tipo «deporello» (en acordeón) en los que las hojas, en lugar de estar encuadernadas a la manera de un libro ordinario se encontraban unidas entre sí por los lados largos mediante charnelas de cuero¹⁶. Aparecieron en París alrededor de 1860 y pronto dieron paso al álbum canónico del siglo XIX, el que mantenía la estructura propia un libro. Existieron varios formatos de álbum para «carte de visite» aunque tres fueron los más habituales: los que incluían una fotografía por página, que son en consecuencia los más pequeños, los dobles, que albergaban dos en formato apaisado y los de mayor tamaño que podían contener cuatro imágenes por página. Cada página estaba formada por varias láminas de cartulina y papel (generalmente tres), las fotografías se introducían entre ellas y quedaban expuestas por medio de una ventana. En los primeros álbumes la ranura de introducción se situaba al borde de las hojas, aunque más adelante lo habitual sería situarla al pie de cada ventana.

A partir de 1867 la «carte de visite» va dejando paso a la aparición de formatos mayores como el «cabinet»¹⁷, aunque aún perdurará hasta el cambio de siglo. Cuando esto sucede aparecen nuevos tamaños de álbumes, siendo muy numerosos los ejemplos para tarjetas «cabinet», aunque también los habrá mixtos, que alternaban hojas con una sola ventana para este último tipo con otras de cuatro ventanas para «cartes de visite». Se daba así la posibilidad de ampliar una colección con los nuevos formatos fotográficos de moda mientras se mantenían los retratos antiguos empleando un único álbum.

Los centros productores más importantes de álbumes en los años sesenta y setenta del siglo XIX estuvieron en Alemania, principalmente en las ciudades de Offembach am Main y Berlín¹⁸. Las industrias desarrolladas en estos dos centros introdujeron importantes mejoras que permitían solventar los problemas estructurales que afectaban a los álbumes y que se hacían

cual se podían obtener múltiples copias. A pesar de las posibilidades que ofrecía, este procedimiento no tuvo una gran repercusión debido a las restricciones de su patente. Véase M. L. SOGEZ, *Historia de la [...]* op. cit, pp. 102-108

¹¹ *Ibidem*, p. 109.

¹² J. M. SÁNCHEZ VIGIL, *El documento fotográfico. Historia, usos, aplicaciones*, Gijón, Ediciones Trea, 2006, p. 109

¹³ Se trataba de una modalidad de retrato que se obtenía a partir de la proyección de la silueta del retratado. Fue una técnica muy popular en Francia entre 1786 y 1830. Según Freund, el fisionotrazo no tenía nada que ver con el descubrimiento técnico de la fotografía, aunque se podía considerar como su precursor ideológico Véase: G. FREUND, *La Fotografía como [...]* op. cit, pp. 16-19

¹⁴ J. NARANJO, “Las Tarjetas de Visita, del retrato privado a La imagen pública”, en *De París a Cádiz. Calotipia y colodiión*, Barcelona, Museu Nacional d'Art de Catalunya, 2004, pp. 188–91 (p. 188).

¹⁵ E. MAAS, *Foto-Álbum: sus años dorados: 1858-1920*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1982. p. 9

¹⁶ *Ibidem*, p. 9

¹⁷ Formato de mayor tamaño que se generalizó a partir de 1867. Medía aproximadamente 11x17 cm incluyendo el soporte de cartón. *Ibidem*, p. 70.

¹⁸ *Ibidem*, p. 11

evidentes con el peso añadido de las fotografías. Por el momento no contamos con ningún estudio que nos hable del alcance que pudo tener esta industria en nuestro país (si es que llegó a existir). Lo más probable es que en España los álbumes se importaran desde países como Alemania y Francia y que se vendieran en tiendas de material fotográfico, los propios gabinetes o librerías. En Madrid encontramos el caso de la librería de C. Moro donde se vendían varios tipos de álbumes para «carte de visite» y los retratos de personajes notables españoles y extranjeros con los que poder llenarlos¹⁹. Como veremos más adelante, las fotografías vendidas en este establecimiento llevaban una pequeña etiqueta pegada al reverso con los datos y dirección de la tienda.

LOS ÁLBUMES FAMILIARES

Cuándo hablamos de «álbum familiar» lo hacemos en referencia a una colección fotográfica que ha sido compilada por una misma familia y que se encuentra almacenada en un álbum (o incluso varios). Este no suele estar compuesto únicamente por los retratos de los miembros de un núcleo familiar, si no que también puede incluir los de amigos o los de personalidades admiradas.

Cada álbum es un objeto único e irreplicable en cuanto a que contiene una colección de fotografías que han sido adquiridas, seleccionadas y ordenadas siguiendo los criterios personales de sus dueños. Por eso es muy importante que a la hora de analizar un álbum mantengamos a toda costa el orden original de las fotografías, pues nos aporta datos acerca del modelo organizativo que empleó el coleccionista. En este aspecto, podemos encontrar álbumes en los que los retratos están ordenados por profesiones, por géneros, por proximidad familiar, por orden cronológico etc. También encontraremos ejemplares que parecen no seguir pauta alguna.

Una colección fotográfica se compone principalmente de los retratos que sus dueños se han realizado, de los que han obtenido fruto de regalos o intercambios y de los que han podido adquirir en los gabinetes u otros establecimientos. En ésta última categoría se incluyen los retratos de personajes célebres de la época, reproducciones de obras de arte, lugares e incluso imágenes religiosas. El comercio de este tipo de imágenes tuvo un gran alcance durante la segunda mitad del siglo XIX. El caso paradigmático de este negocio en España fue el de Jean Laurent²⁰. Este fotógrafo de origen francés tuvo su estudio en Madrid y en él fotografió a multitud de personalidades de la política, las letras, el arte, la ciencia, el mundo del espectáculo etc. Con esto llegó a reunir un importante archivo de fotografías que luego vendía en su establecimiento de Madrid o por correo para el resto del país. Laurent publicó a lo largo de su carrera varios catálogos donde aparecían listados de las fotografías que estaban a la venta. Ya en la edición de 1863 titulada *Catálogo de las fotografías que se venden en casa de J. Laurent*²¹, el francés ofrecía una relación de cientos de retratos de “celebridades contemporáneas”. Este listado se encontraba dividido en varias categorías, entre ellas: “Familia Real”, “Ministros de la corona”, “Iglesia”, “Senadores del Reino”, “Diputados a Cortes”, “Ejército”, “Celebidades literarias y políticas”, “Celebidades médicas”, “Bellas Artes”, “Artistas líricos y dramáticos” etc. En las siguientes ediciones el listado de nombres se irá ampliando junto con las vistas de monumentos y ciudades que tanto Laurent como sus colaboradores fueron tomando por todo el país.

¹⁹ M.C. HIDALGO BRINQUINIS, “Los álbumes de Pedro Antonio de Alarcón: su estructura material”, en *Una imagen para la memoria. La carte de visite. Colección de Pedro Antonio de Alarcón*, pp. 157–66. Madrid, Fundación Lázaro Galdiano, 2011, p. 160.

²⁰ Jean Laurent Minier (1816-1886) fue uno de los fotógrafos más importantes en la España del Siglo XIX. Para más información véase: A. GUTIERREZ MARTÍNEZ, “Jean Laurent, creador, innovador y maestro de la fotografía”, en *Jean Laurent en el Museo Municipal de Madrid*, Vol. 1, Madrid, Museo Municipal de Madrid, 2005, pp. 23-101.

²¹ La edición del catálogo de la Casa J. Laurent de 1863 era una ampliación de la primera edición aparecida en 1861. Más información sobre los catálogos de la Casa J. Laurent en: A.A. V.V., *J. Lauret y Cía en Aragón. Fotografías 1861-1877*, Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza, 1997, pp. 103-106.

Este tipo de iniciativas también fueron puestas en marcha por otros fotógrafos en varias ciudades españolas, aunque de forma más modesta. En Murcia, por ejemplo, en la década de 1860 está trabajando otro fotógrafo francés llamado Laurent Rouede que publicitaba este tipo de retratos a través del periódico²². Encontrar imágenes de este tipo en un álbum familiar es bastante habitual, gracias a ellas podemos conocer los intereses de sus dueños, a quiénes admiraban e incluso saber a qué ideología política eran afines. Los retratos de parientes y conocidos son igualmente reveladores, en este sentido podemos afirmar que el álbum es una manifestación visual de la red social de una determinada familia pues pone de manifiesto los lazos que existen entre varios individuos. De este modo echando un vistazo a un álbum familiar podemos saber con quién estaban emparentados sus poseedores o quiénes eran sus amistades, en definitiva, saber qué personas formaban parte de su círculo social.

Identificar a las personas que aparecen en los retratos de un álbum resulta entonces esencial para estudiarlo en profundidad. Estos datos los podremos extraer en muchas ocasiones de los propios álbumes. Algunos de ellos podían incluir un índice en blanco al principio en el que el coleccionista anotaba los nombres de los retratados. No obstante, eran mucho más habituales las anotaciones manuscritas al verso de las imágenes que identificaban al personaje. Estas anotaciones a veces incluyen la fecha de realización o recepción. También encontramos dedicatorias que el retratado escribía para la persona a quien iba destinada la foto. Estas suelen ser realmente llamativas por su contenido y han de tenerse muy en cuenta pues contribuyen a enriquecer en gran medida el significado del álbum.

Llegados a este punto, hemos de señalar que acceder a este tipo de información puede resultar en ocasiones bastante complejo, pues para ello será necesario extraer las fotografías del álbum. El papel empleado para fabricar las páginas de los álbumes suele ser de bastante baja calidad. Además, la última lámina, donde se ubican las aberturas es habitualmente muy delgada y quebradiza, hecho que puede haberse visto agravado por el paso del tiempo y los factores ambientales. Por todo esto, al intentar sacar las fotografías de las ventanas corremos el riesgo de dañar el papel si no se realiza la operación con sumo cuidado. Si finalmente decidimos llevar a cabo este proceso es importante reintegrar las imágenes en su orden originario y sería bastante recomendable aprovechar la ocasión para realizar una digitalización de la imagen por ambas caras. De esta manera tendremos la información siempre disponible sin tener que manipular físicamente los objetos, con lo que favorecemos en gran medida su conservación.

LA COLECCIÓN FONTES PASQUAL DE RIQUELME VIUDES

La colección Fontes Pasqual de Riquelme Viudes está compuesta por dos álbumes familiares contando con un total de 323 imágenes. Se trata de ejemplares de gran tamaño, que albergan en su interior fotografías en formato «carte de visite» y «cabinet». Esta colección fue cedida temporalmente al Archivo General de la Región de Murcia para su digitalización y difusión. Actualmente las imágenes se pueden consultar a través de la web de dicha institución formando parte del proyecto «Álbum Familiar de Murcia»²³, con las signaturas AFM-017 y AFM-019.

Los álbumes se formaron con los retratos de los miembros de tres familias emparentadas entre sí, Fontes, Pasqual de Riquelme y Viudes, además de los de sus círculos de amistades y los de algunas personalidades de la época. Desde hace algunos años, los

²² Según un anuncio publicado en *La Paz de Murcia* el 4 de enero de 1867 (p. 3) en el gabinete de Laurent Rouede y en la imprenta del periódico se podían obtener al precio de 4 reales cada uno los retratos de: “D. CARLOS VALCARCEL, comandante de la fragata de guerra, *Resolución*; D. JOSE ZORRILLA, poeta; MR. PETROPOLIS ó sea el *Hombre-elástico*, (en diferentes dislocaciones) y de M^{lle}. LEBOUYS, célebre violinista”

²³ http://archivoweb.carm.es/archivoGeneral/arg.contenido?seccion=GaleriaFotografica&idsec=144&pa_el_div=/arg.estructura.crea_galeria?padre_gictur=144# (consultado por última vez el 20-12-2014)

descendientes de esta familia han emprendido una exhaustiva investigación genealógica para recabar datos acerca de sus antepasados. Todos esos datos han sido integrados en una página web que conforma una importante base de datos genealógica y que puede ser consultada a través del enlace²⁴: <http://www.abcgenealogia.com>. Con los datos alojados en esta web hemos podido determinar los lazos familiares existentes entre un gran número de los retratados de los álbumes, que a su vez han podido ser identificados gracias a las abundantes anotaciones que aparecen en el verso de las fotografías. Llegados a este punto quisiéramos poner de manifiesto la importancia de los estudios genealógicos en relación con la historia de la fotografía, pues pueden constituir una herramienta de gran utilidad. Por una parte, contribuyen en gran medida a dar sentido a una colección fotográfica dado que otorgan de un contexto y una cohesión a la misma. Por otra, nos pueden servir para fechar algunas imágenes, pues conociendo la cronología vital de una persona podemos adivinar la fecha aproximada de la realización de una determinada fotografía, haciendo un cálculo en base a la edad que parece tener el retratado en ese momento. Obviamente este método de datación no es exacto, hay que tomarlo como orientativo, aunque puede ser de gran ayuda ante la ausencia de datos más concluyentes.

Esta colección fotográfica familiar tuvo su origen, con toda probabilidad, en el matrimonio formado por Jesús Fontes y Rossique y Amparo Pasqual de Riquelme y Palavicino, formalizado en Murcia en 1875. Aunque las imágenes más antiguas de la colección pueden fecharse hacia 1860 no se comenzaron a montar en los álbumes actuales por lo menos hasta la década de los setenta, fecha que coincidiría con la boda. Este hecho tiene su explicación en que en ambos álbumes aparecen fotografías en tarjeta «cabinet», formato que no se generaliza hasta finales de los sesenta.

Jesús Fontes y Rossique nació en Murcia en 1853 y murió en 1885 (Fig.1). Sin ocupación conocida, fue el hijo menor de Mariano Fontes y Queipo de Llano, VIII Marqués de Ordoño. Su mujer, Amparo Pasqual de Riquelme y Palavicino (1851 -1920) también provenía de una familia noble, su padre era Luis Pasqual de Riquelme y Roca de Togores, IX Marqués de Beniel y VI de Peñacerrada. Tanto Jesús como Amparo debían de contar con una colección fotográfica antes de su enlace, pues muchas de las imágenes, como algunas de las producidas en Murcia, son de la década de 1860. Al llevarse a cabo el matrimonio y unirse las fotografías de ambos cónyuges se dio origen a la colección familiar.

La incorporación de la mayoría de los retratos de la familia Viudes se produjo más adelante, cuando siete años después de la muerte de Jesús Fontes, en 1892, Amparo Pasqual de Riquelme se casa en segundas nupcias con Adrián Viudes Girón, tercer marqués de Ríoflorido (Fig.2). Adrián poseía propiedades rústicas y urbanas en Almoradí, Mutxamel y San Juan. A lo largo de su vida desempeñó varios cargos políticos, entre ellos el de Diputado a Cortes por Sueca en 1876 y por Alicante en 1879, 1881 y 1886. Por esta última localidad también fue nombrado Senador en 1893. Al margen de su actividad política, fue redactor del periódico *El Eco de Alicante* en 1865²⁵. Adrián Viudes había estado casado anteriormente con una hermana de Amparo, Trinidad, que murió en 1871 al dar a luz al único hijo de ambos, Juan Viudes y Pasqual de Riquelme (el que sería más tarde IV marqués de Ríoflorido). Con esto queda establecido un lazo entre las tres familias que será el eje sobre el que se va a ir construyendo la colección fotográfica.

Como ya adelantamos al principio, la colección Fontes Pasqual de Riquelme Viudes cuenta con un total de 323 imágenes en los formatos «carte de visite» y «cabinet» repartidas en dos álbumes de gran tamaño (Fig. 3). Ambos poseen cubiertas principales profusamente decoradas a base de incrustaciones de nácar. En el correspondiente a la signatura AFM-017 sobre un fondo negro surge una escena enmarcada por una guirnalda de flores en la que se simula un

²⁴ Consultado por última vez el 4-01-2015

²⁵Datos biográficos procedentes de: J. PANIAGUA y J. A. PIQUERAS, *Diccionario biográfico de políticos valencianos 1810-2006*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2006, p. 602

paisaje romántico donde un viajero contempla las ruinas de un castillo (Fig. 4) . Mientras que en el AFM-019 el peso de la decoración recae sobre un bodegón floral enmarcado por cuatro bandas de nácar y motivos dorados. Estas preciosistas composiciones hacían que muchos álbumes fotográficos se convirtieran en una pieza clave de las estancias donde eran colocados²⁶.

Entre los retratos que podemos encontrar en la citada colección podemos establecer la siguiente clasificación por tipos:

a) Retratos del núcleo familiar. Se trata de fotografías de los matrimonios Fontes-Pasqual de Riquelme o Viudes-Pasqual de Riquelme y sus hijos. Conforman el eje desde el cual se va construyendo la colección. Abundan en este caso los retratos de Juan Viudes y Jesus Fontes al igual que los de varios de sus hijos. Un dato llamativo es que por el momento no conocemos ningún retrato de Amparo, lo que no significa que no la haya en la colección, pues, aunque son minoría aún hay bastantes retratos sin identificar. Esto pudo deberse a que fue ella misma la encargada de compilar los retratos, colocarlos en los álbumes y escribir al verso los nombres de los retratados. Si hizo esta tarea ella misma es posible que no anotara su nombre en sus propias fotografías o quizá por motivos personales no tuviera ningún interés en aparecer en sus álbumes.

b) Retratos de parientes. Como en cualquier álbum familiar que se precie, son muy abundantes. Aparecen desde parientes cercanos hasta los más lejanos. Encontramos entre ellos retratos de los Condes de Pinohermoso, Juan Nepomuceno y Roca de Togores e Inés Sanz del Vallés y Monserrat, que eran tíos abuelos de Amparo Pasqual de Riquelme. Igualmente, también se hay bastantes fotografías de los hermanos y sobrinos de Jesús Fontes. Algunos de estos últimos son especialmente llamativos porque pertenecen a una modalidad de retrato que en la actualidad nos resulta bastante impactante, el post mórtem. Entre ellos podemos destacar el de Jesús Fontes sujetando en brazos a su sobrina María Dolores Fontes y Alemán, o el de su hermano Luis Fontes y Contreras con otra sobrina de ambos, María Teresa Fontes y Alemán (Fig. 5).

c) Retratos de amigos. Presumiblemente, muchos de las fotografías identificadas como personas ajenas a las familias propietarias del álbum se podrían tomar como amistades de las mismas. Aunque bien es cierto, que en muchos casos tenemos constancia de la relación de amistad por las dedicatorias que aparecen en el verso de algunas imágenes. Por el elevado número de retratos que se incluyen, destacan varios miembros de los Olalde-Satrústegui²⁷, familia asentada en Alicante. Por este origen es posible que tuvieran una relación bastante estrecha con los Viudes o los Pasqual de Riquelme. En 1868 los Olalde se trasladaron a Barcelona por motivos laborales, no obstante, la relación entre ambas familias no debió de romperse a pesar de la distancia. Testigo de ello son los múltiples retratos de los Olalde que podemos encontrar en los álbumes y que fueron realizados en Barcelona. Entre los retratos de amigos cabe citar el ejemplo bastante curioso de una «carte de visite» realizada en el estudio del fotógrafo murciano Juan Almagro. Se trata de la fotografía de un tal “Santiago L. Z.” que se retrata vestido con un disfraz de época (Fig. 6). Al verso de la imagen aparece la siguiente dedicatoria manuscrita: “A mi querido / amigo Jesús Fontes / Santiago L.Z. / Trage de la cohorte de / Enrique III de Francia”.

²⁶ Por citar un ejemplo, el escritor Pedro Antonio de Alarcón tenía sus álbumes fotográficos en el que era sin duda un lugar privilegiado. Los situó sobre una mesa junto a varios libros en el mismo centro de su despacho, estancia en la que trabajaba y atendía a sus visitantes. Conocemos este dato gracias a una crónica escrita por el «Doctor Fausto» publicada en *La Ilustración Española y Americana*, del 30 de Julio de 1899. Recogido por: M.C. HIDALGO BRINQUINIS, “Los álbumes de [...]” op. cit p. 157.

²⁷ El cabeza de familia, Eliso de Olalde trabajaba como gerente para la naviera de A. López y Cía. con sede en Alicante hasta 1868. A partir de ese año la sede de la empresa se traslada a Barcelona por lo que la familia Olalde se trasladó a este lugar. Allí Eliso trabajó como secretario personal de Antonio López, primer marqués de Comillas y socio fundador de la naviera. M. RODRIGO Y ALHARILLA, “Familia, redes y alianzas en la gran empresa española: el holding Comillas (1857-1890)”, *Prohistoria*, nº 10, 2006, pp. 73-92 (p. 76).

d) Retratos de personalidades. Aunque no son tan numerosos como en otros álbumes familiares, los de la colección Fontes Pasqual de Riquelme Viudes cuentan con algunos ejemplos. Entre ellos aparece el Príncipe Imperial Luis Napoleón Bonaparte, hijo de Napoleón III en una «carte de visite» realizada por el propio Disdéri (Fig.7). Del mismo fotógrafo hay otro retrato de Adolphe Thiers, que fue presidente de la tercera república francesa entre 1871 y 1873. Tal y como lo demuestra una etiqueta pegada al verso, esta última imagen fue adquirida en la librería madrileña de C. Moro. También aparecen los retratos de varios artistas escénicos, uno de ellos es muy interesante, pues al anverso presenta la efigie en cuerpo entero de un barítono llamado Joaquín Pérez Pló y al reverso aparece el cartel de la zarzuela *El toque de ánimas* con los retratos en miniatura del resto de los intérpretes. Según podemos saber a través del diario *La Paz de Murcia*²⁸ esta obra se estrenó en Murcia el 26 de mayo de 1865 y la fotografía fue un obsequio que Pérez Pló hizo a todos los abonados del teatro (Figuras 8 y 9).

CONCLUSIONES

Tras lo aquí expuesto vamos a realizar una serie de valoraciones sobre los álbumes familiares que sirvan a modo de conclusión. El álbum familiar es un objeto complejo, sujeto a múltiples lecturas y poseedor de varios significados. El más evidente de ellos nos remite al concepto de memoria, el álbum familiar ha sido entendido en muchas ocasiones como una especie de «memoria visual familiar»²⁹. Los retratos infantiles post mórtem, como los que citábamos antes, son la consecuencia de llevar al extremo ese concepto de memoria. Esto hay que entenderlo dentro del contexto de la segunda mitad del XIX, cuando la tasa de mortalidad infantil era aún bastante elevada y, por tanto, la muerte era algo que había que aceptar con resignada naturalidad. En muchas ocasiones los menores fallecían con pocos meses de edad, sin ni siquiera haber llegado a cumplir un año. La aparición de la fotografía permitió que el recuerdo de estos miembros de la familia que habían pasado brevemente por la vida no se perdiera y se mantuviera siempre vivo como parte de esa memoria visual familiar que constituía el álbum de retratos.

No obstante, tal y como señala Bernardo Riego³⁰, el álbum no solamente se limita a conservar la memoria familiar, pues: “posee una jerarquía interna: en la que se sitúan la red social y familiar además de los poderosos y las celebridades, una especie de museo universal privado”. Cada familia construye entonces su propio «álbum-museo» personal con los retratos de sus parientes, allegados y todas aquellas personalidades que son admiradas. Estas últimas nos permiten ver en muchas ocasiones la aficiones que tenían los miembros de una familia, como la lectura, el teatro, la ópera etc. y que quedarán de manifiesto en el álbum a través de los retratos de escritores, actores o cantantes.

A los conceptos de memoria visual y museo universal le podemos sumar un tercero que nos viene a la mente tras analizar la colección Fontes Pasqual de Riquelme Viudes. En esta ocasión, el álbum también parece convertirse en una manifestación visual de la idea del linaje, algo que cobraba una gran importancia en el caso de la nobleza. De esta manera, los lazos entre las tres familias se ponen de manifiesto a través del álbum, además con la inclusión de todos aquellos parientes que ostentan títulos nobiliarios se justifica la pertenencia al linaje de una familia ilustre.

²⁸ *La Paz de Murcia*, 26 de mayo de 1865, p. 2.

²⁹ E. L. LARA LÓPEZ y J. M. MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, “Historia de la fotografía en España: Un enfoque desde lo global hasta lo local”, *Revista de antropología experimental*, nº 3, 2003, p. 7

³⁰ B. RIEGO Op. cit. p. 343